Obras Completas de Julio César Jobet

ENSAYOS EN LA REVISTA OCCIDENTE (1948-1979)

Tomo II

EDITORIAL PRENSA LATINOAMERICANA

Biblioteca Clodomiro Almeyda

Socialismo Chileno

Enero 2020

in memóriam

BELARMINO ELGUETA BECKER

OBRAS COMPLETAS

DE

JULIO CÉSAR JOBET

TOMO II

ENSAYOS EN LA REVISTA OCCIDENTE

***

EDITORIAL PRENSA LATINOAMERICANA

(PLA)

BIBLIOTECA CLODOMIRO ALMEYDA

SOCIALISMO CHILENO

ENERO 2020

***

EDITOR

JOSÉ BALAGUER

AGRADECIMIENTOS

A la Gran Logia de Chile

Biblioteca del Supremo Consejo: don Luis Navarro, doña Jennifer Verdugo y don Fernando Bustos.

Al Director de la revista Occidente, don Roberto Rivera Vicencio.

Y a:

Kenny Hidalgo

Claudio Rodríguez Morales

Sergio Donoso

Flor González

Ana Lagos

Marcelo Alvarado

Francisco Sabá

Table des matières

in memóriam 2
AGRADECIMIENTOS 4
La revolución francesa 8
Hacia el reestructuramiento económico social de Chile 21
Hacia el reestructuramiento económico social de Chile 29
Valentín Letelier: su posición en lo educacional y lo político 36
Darío Salas, educador ejemplar 42
Los problemas de la historia 49
La educación y la democracia social 58
Socialismo y comunismo 66
Socialismo y comunismo 73
Semblanza de Luis Emilio Recabarren 80
Recabarren, caudillo popular 87
Santiago Arcos Arlegui y su “Carta a Francisco Bilbao” 94
Santiago Arcos Arlegui y su “Carta a Francisco Bilbao” 98
Notas sobre Francisco Bilbao y Jenaro Abasolo 103
El régimen socialista de Yugoslavia 108
El régimen socialista de Yugoslavia 113
Aspectos de la revolución boliviana 119
Antonio García. La rebelión de los pueblos débiles 124
Recuerdo de Luis Durand 130
Ideario y ruta de Jaime Eyzaguirre 133
Rusia país de la mentira desconcertante 136
Las concepciones historiográficas de Francisco Antonio Encina 155
Notas sobre el humanismo socialista 165
Albert Camus o la dignidad del hombre 179
Luis Araquistaín, gran ensayista español 185
Dos pensadores y políticos humanistas: Jean Jaurès y León Blum 193
El sabio G. F. Nicolai y sus críticas a la dialéctica 202
Los problemas de Chile en el examen de cuatro escritores 207
Sobre el problema de la libertad de enseñanza 224
Proceso histórico de la Historiografía humana 227

Tres escritores ligados a mi existencia 235
Itinerario de una rebeldía 251
Itinerario de una rebeldía 271
La lengua castellana en Chile 287
Discursos y ensayos sobre Andrés Bello 292
Principios de la educación 295
Teilhard de Chardin, la evolución desfigurada 302
Apreciación del rectorado de Eugenio González en la Universidad de Chile: una labor seria y profunda 305
Algo más sobre el rectorado de Eugenio González en la Universidad de Chile 313
Historia de las fuentes de la bibliografía chilena. Obra de Guillermo Feliú Cruz 322
La generación de 1938 y las grandes concepciones filosóficas y sociales de su época 329
Notas sobre el régimen soviético y la cultura dirigida 337
Ciencia, arte y literatura en los regímenes dictatoriales 347
El pensamiento de Francisco Salazar C 360
El historiador Francisco A. Encina visto por el historiador Guillermo Feliú Cruz 368
Evocación de Humberto Mendoza. Eugenio González y su obra “Hombres”. “No solo de pan”, Por Wladimir Dudinsev. “Anti-memorias”, De Malraux 379
Marcuse ¿Trata tan solo de explicar el mundo de hoy o intenta también transformarlo? Breve examen de algunas posiciones marcusianas 386
Notas sobre Simón Rodríguez, maestro del libertador 392
Valentín Letelier y la enseñanza chilena 395
Las actividades políticas de Valentín Letelier 406
En torno a Valentín Letelier: La educación, el catolicismo y el positivismo democrático 416
Pedro Aguirre Cerda y su gobierno democrático 431
Ensayos recientes sobre la evolución de Chile 435
Lecturas y recuerdos... 449
Experiencia y posición educacionales 462
Testimonios sobre la otrora naciente república de Chile 470
Notas en torno al catecismo político cristiano y dos testimonios sobre Chile en la época de la Independencia 477
Crónicas sobre sucesos de la historia de Chile 489
Una interesante obra histórica sobre el período de 1848 – 1851 494
El porvenir del hombre, curioso ensayo de Pedro Félix Vicuña 503
El ensayo filosófico-social en Chile 513

Las interpretaciones fundamentales de la revolución francesa. De Jules Michelet a Daniel Guerin 528
Enfoques novedosos de la Revolución Francesa 540
Las fases principales y los grandes caudillos de la Revolución Francesa 553
JULIO CESAR JOBET Premio Municipal en Ensayo, 1971 563
Los problemas de Chile vistos por un escritor norteamericano 564
Propósitos igualitarios de Robespierre 569
Las “Pequeñas Historias" del investigador Armando Braun Menéndez 582
Notas en torno a Santiago Arcos, Fermín Vivaceta, Alejandro Escobar y Luis Emilio Recabarren 584
Enrique de Gandía y su “Nueva historia de América” 595
Bilbao ante la sacristía, por Eduardo de la Barra 600
Alfonso Calderón, poeta, crítico y novelista 608
Notas en torno a la trayectoria de dos partidos democráticos centristas 610
Los girondinos chilenos, de Benjamín Vicuña Mackenna 621
Ensayos históricos sobre la Colonia y la independencia 626
Ensayos históricos sobre la Colonia y la independencia 634
La obra histórica de Jaime Eyzaguirre y las cuestiones de límites chileno-argentinas 639
Chile a fines del gobierno de don Bernardo O'Higgins 652
Despedida melancólica 657
Nota sobre Oscar Schnake Vergara. A propósito de las “Memorias” del ex presidente de la República don Gabriel González Videla 663
Recuerdo de Mariano Latorre y de su obra 665
Notas cordiales sobre “Evolución de la poesía chilena” de Francisco Santana 669
Cartas y lecturas estimulantes 674
Gobierno chileno y salitre inglés, (comentario al libro de Harold Blakemore) 678
Ideas y Política de la Independencia de Chile (Comentario del libro de Simon Collier) 681
Visto y vivido en Chile 684
Breve Semblanza de Eugenio González Rojas 688
Diccionario Político Institucional de Chile. Germán Urzua V. 691

La revolución francesa[1]

Un ensayo de interpretación económico-social

LA REBELION ARISTOCRATICA COMO ANTECEDENTE

1. Mathiez y Sagnac, entre otros, han demostrado que la responsabilidad inmediata de la revolución recae sobre los mismos privilegiados que se negaron a aceptar los sacrificios que el poder real pretendió imponerles y que hubo de arrancarles con la convocación de los Estados Generales. La reacción aristocrática, gracias a la venalidad y el favor del Rey, fortalecida en número e influencia por los burgueses enriquecidos, invadió los Parlamentos, Consejos, Clero, Ejército y Administración. Deseaba organizar un gobierno semejante al de Inglaterra, donde el Rey, desde 1688, compartía el poder con la nobleza, alto clero y burguesía rica. Montesquieu es quien mejor representa esta tendencia aristocrática de corte inglés. La oposición nobiliaria a las medidas del Rey sugeridas por algunos de sus ministros (y es de hacer notar que los preámbulos de los decretos de Turgot, Malesherbes, Calonne, Brienn y Necker contienen una recia crítica de los abusos del régimen) es la que, teniendo en sus manos todos los poderes públicos, comenzó la revolución. La aristocracia judicial, por ejemplo, se enfrenta constantemente al Rey usurpándole parte de su autoridad y produciendo una verdadera rebelión noble en contra de la Monarquía, que, de revés levantó a la burguesía. La revolución es, pues, en sus principios aristocrática y no burguesa. Que abortó y preparó el camino a la revolución burguesa es un hecho incuestionable.

LA ELECCION DE LOS ESTADOS GENERALES

2. La revolución se inicia con la campaña para elegir los miembros que formarían los Estados Generales. Coincide con una grave crisis económica pues se había paralizado gran parte de la producción industrial ante la competencia victoriosa de las mercaderías inglesas que entraban al país en gran cantidad después del Tratado de Comercio de 1788. El pan era escaso y caro, mientras que los graneros de los privilegiados estaban repletos.

La elección no se hizo de acuerdo con las formas antiguas (en 1614 había sido la última reunión de los Estados Generales), sino que por un Reglamento Electoral fijado especialmente; era complicado, pero bastante liberal. La base del proceso electoral eran las parroquias o aldeas, las corporaciones y los barrios; luego, la asamblea de la población (pueblo o lugar); en seguida la asamblea de bailía secundaria y finalmente, la asamblea de bailía principal. Junto con elegir a sus representantes se les proveía de un "Cuaderno de Quejas y Peticiones". En las asambleas de los privilegiados la lucha fue viva entre la minoría liberal y la mayoría retrógrada; entre la nobleza cortesana y los hidalgos de provincia; entre el alto y bajo clero.

En el Tercer Estado, que estaba unido en su ataque a la aristocracia, había una gradación diversa en sus reivindicaciones, según fuesen enunciadas por la burguesía, artesanos o campesinos. Aparecen nítidamente diferenciados los intereses de clase. Mientras no se presentan reivindicaciones propiamente obreras, los campesinos son los que atacan directamente y a fondo el feudalismo (Jean Jaurès reproduce en su “Historia de la Revolución”, páginas enteras de estos “Cuadernos”, muy reveladores al respecto). La burguesía, propietaria ya de una buena parte de la tierra se solidariza en la defensa de los derechos sobre ésta con la clase feudal en contra de los campesinos pobres y desposeídos. En el otro plano, los anhelos

[1] OCCIDENTE noviembre 1948 N°40

de industriales y comerciantes son objeto de estudios precisos. Es decir, la clase que va a tomar la dirección de la revolución siente plena conciencia de su fuerza y de sus derechos.

Sin embargo, del examen general de los "Cuadernos de Quejas y Peticiones" se desprende que el absolutismo era condenado unánimemente. Nobles, sacerdotes y plebeyos coincidían en reclamar una Constitución que limitase los derechos de la realeza y que estableciese una representación nacional con facultad para hacer leyes y votar los impuestos. El amor a la libertad y el odio a la arbitrariedad inspiraban todas las reivindicaciones.

LOS MOVIMIENTOS CAMPESINOS

3. El 14 de julio cayó la Bastilla por un levantamiento del pueblo parisiense que armó a las masas permitiéndoles el triunfo. Desde este instante las masas campesinas extienden su insurrección que desde marzo agitaba diversas regiones de Francia. Así en Macon y Beaujolais incendiaron 72 castillos. Fueron atacados violentamente por la burguesía, que se encargó de la represión aliada a la nobleza. Son rechazados los grupos campesinos más numerosos, apresados sus dirigentes y muchos condenados a muerte.

Desde los comienzos de la revolución, el levantamiento de las masas rurales es general y actúa con autonomía, lo que provoca considerable sobresalto en el seno de la Asamblea Nacional Constituyente, que se siente aterrada por esta violenta explosión campesina. A consecuencia de ella el 4 de agosto las clases privilegiadas procedieron a despojarse de sus derechos merced a este ardiente empuje de los menesterosos, y fueron algunos de los nobles más ricos quienes propusieron abolir los derechos feudales, mientras que la burguesía era lisamente partidaria de la represión, afirmando, para desprestigiar el movimiento campesino, que de los propios círculos reales había partido la instigación para que los más desposeídos se lanzasen en contra de las propiedades y así vengarse de su derrota.

Es que en el fondo la burguesía defendía el derecho de propiedad en general y las propiedades suyas adquiridas en grandes proporciones. Más tarde, cuando se enfrió su entusiasmo, la Asamblea Nacional Constituyente trató de limitar sus concesiones y distinguir entre aquellas cargas feudales que habían sido impuestas al campesino contra su voluntad y aquellas que, como los censos feudales, podían considerarse resultado de un libre contrato celebrado entre él y su señor. Ante esta actitud, los campesinos acusaron a los burgueses, dueños de vastos feudos de haberlos engañado y traicionado. Las primeras cargas feudales fueron suprimidas sin compensación, pero se obligó al campesino a redimir las segundas En la práctica fue abolida esta distinción por la presión de los movimientos campesinos que resistieron tenazmente la legislación clasista de la Asamblea Nacional Constituyente; la que por medio de los guardias nacionales, burguesas, y aprovechando la desunión campesina, mantuvo la situación indicada hasta que en 1793 la Convención Nacional hizo tabla rasa de todas las rentas y pagos feudales, aboliendo totalmente el feudalismo, para transformar al campesino en propietario libre. La revolución abolió también la pesada carga del diezmo (que significaba más de 100 millones de francos anuales) y redujo enormemente el gravamen de la contribución. Además, la venta de la tierra confiscada al clero y la nobleza les permitió aumentar y redondear su patrimonio territorial. De tal modo Francia se transforma en una república de campesinos propietarios, siendo la pequeña propiedad la unidad básica de su economía agraria.

LA PERMANENTE EFERVESCENCIA PROLETARIA

4. Un problema permanente que debió enfrentar la revolución que se agravó en los años 1792, 1793 y 1794, fue el del encarecimiento de la vida y la escasez, lo que produjo el levantamiento tanto de las masas rurales como del pueblo de las ciudades en contra del gobierno de la burguesía. Este movimiento de masas provocado por la miseria y el hambre, a pesar de carecer de una organización y dirección propias logró modificar la voluntad de los hombres del momento. Pero tan pronto como el enemigo exterior haya sido vencido y los aristócratas están reducidos, la burguesía se volverá contra el proletariado para aniquilarlo a su vez. La levadura del movimiento popular fue la inflación. La masa reclamaba la vuelta de la reglamentación abolida, de las declaraciones de la venta obligatoria en los mercados, de las requisiciones como una imposición de los pobres contra los ricos, como una represalia para solucionar el problema angustioso del encarecimiento del pan y de la disminución del poder adquisitivo de las entradas fijas, a causa de la guerra, de la especulación y lucro. Hemos visto que una sublevación permanente inquietó los campos. En las ciudades, los obreros y menesterosos tratan de obtener el reajuste de sus salarios la fijación de los precios y la represión de los especuladores y acaparadores.

En el fondo de la Revolución se produce una lucha de clases constante. El pueblo se levanta contra los propietarios e industriales que forman la mayoría en la Asamblea Nacional Constituyente, luego en la Asamblea Legislativa y aún en la Convención. De ahí la insurrección del pueblo en contra de esos organismos en diversas oportunidades, imponiendo nuevas formas políticas. El “máximum general” aprobado durante la Convención, o sea, la fijación de los precios a los artículos de primera necesidad, amén de otras medidas económicas radicales, acarrearon la organización del Terror; o sea, la centralización del poder para imponer una legislación que hería los intereses particulares en favor de las masas pobres.

LAS REIVINDICACIONES DE LA BURGUESIA

5. En 1789 la burguesía, del mismo modo que la masa del pueblo aspiraba a un régimen social mejor que se basara sobre la igualdad y la justicia suprimiendo los privilegios y modificando el sistema feudal. La burguesía grande y pequeña “odiaba a los privilegiados más que a los privilegios y veía con alegría cómo la masa popular atacaba la desigualdad; es que la mayor parte de ellos no aspiraba sino a hacer de la igualdad un medio para conquistar el poder” (Luis Madelin).

La burguesía durante todo el proceso de la revolución debió atender, por un lado, a contener la corriente aristocrática y, por otro, la corriente popular, a fin de llevar al éxito sus propias reivindicaciones. Los campesinos acomodados, los propietarios y los burgueses ricos defendían sus intereses y en función de ellos luchaban porque el poder cayera en sus manos. Pero los clubes, organismos políticos burgueses, se encontraron pronto sometidos a la tendencia avanzada, que eliminó progresivamente a los elementos moderados. Fueron los clubes los que, después de Varennes, orientaron a la oposición hacia el régimen republicano y patrocinaron las reformas más atrevidas.

La revolución burguesa impuso en Francia el liberalismo económico y político. Las clases poseedoras que detentaban la tierra y practicaban la industria y el comercio, detestaban la reglamentación monárquica que limitaba sus beneficios e impedía sus especulaciones. “Tal vez creían con sinceridad en las virtudes de la libre concurrencia; pero, en todo caso, comprendían que la libertad económica multiplicaría su poder”. (Alberto Mathiez).

Muchas de las reformas económicas solamente aprovecharon a la burguesía. Las clases pobres eran hostiles a la libre venta y a la libre circulación. Al derecho de propiedad el instinto popular oponía el

derecho a la vida; pero los grandes propietarios y burgueses ricos proclamaron la libertad absoluta de la venta y circulación de granos, eliminando la reglamentación. En muchos lugares el pueblo se rebeló e hizo el reparto de granos y harinas. Pero las buenas cosechas de 1789 y 1790 favorecieron las medidas del liberalismo burgués. La desastrosa cosecha de 1791 hizo cundir la agitación, de tal suerte que el proletariado ciudadano y campesino hubo de tomar por su cuenta la vieja reglamentación de la monarquía

LA CONSTITUCION DE 1791

6. Según la Constitución de 1791, con apariencias monárquicas, Francia se convierte de hecho en una república burguesa. Suprimía los privilegios fundados sobre el nacimiento; pero respetaba y consolidaba los que estaban fundados sobre la riqueza. A pesar de que la "Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano" proclamaba que la ley es la expresión de la voluntad general, y daba a todos los ciudadanos el derecho de concurrir a su formación, la Constitución, respecto del derecho electoral dividía a los franceses en dos clases: pasivos, excluidos del derecho de sufragio, porque no tenían propiedad, y activos, que eran los que podían participar plenamente en la vida pública. Los proletarios eran "máquinas de trabajo" a quienes se juzgaba carentes de libertad y posibles instrumentos de los aristócratas. Los ciudadanos activos fueron en 1791 cuatro millones y cuarto, quedando tres millones de pobres fuera de los derechos de ciudadanía, lo que significaba un retroceso en relación con el criterio que había presidido la elección del Tercer Estado para los Estados Generales, ya que solo se había exigido en ella para ser elector la circunstancia de aparecer inscrito en la lista de contribuyentes. A la aristocracia del nacimiento sucedía la aristocracia de la fortuna.

A la Constitución censitaria de 1791 se agregó otra medida en beneficio de la burguesía. El 14 de julio de 1791 la Constituyente votó la Ley Chapelier que reprimía severamente, como delito, la coalición de los obreros para imponer un salario uniforme a los patrones. La confiscación y venta de los bienes del clero, igualmente ayudará al fortalecimiento de la clase mencionada. El medio que permitió la liquidación de dichos bienes fue el asignado. Fue un arma política que aceleró la venta y la hizo irrevocable; hasta permitir a la revolución vencer a sus enemigos interiores y exteriores. Como arma financiera, aunque no escapó a los peligros de la desvalorización como era recibido en valor nominal en el pago de los bienes nacionales, por lo que el adquirente ganaba la diferencia entre su valor nominal y su valor real en el mercado, que era muy inferior. De ahí que existió un vivo deseo por cambiarlo por un valor sólido y permanente: la tierra. La burguesía urbana fue la que adquirió la mayor parte de los lotes puestos en venta; en menor escala los aristócratas y los campesinos, que adquirieron pequeñas parcelas, ligándose por ello a la revolución. El poderío de la burguesía sufre un serio quebranto desde que en las jornadas del 9 y 10 de agosto de 1792 triunfa una insurrección popular acaudillada por el Municipio de París. Desde el fin de la Asamblea Legislativa, a raíz de la insurrección victoriosa hasta el 20 de septiembre, o sea desde la toma de las Tullerías y la prisión de Luis XVI en el Temple hasta la reunión de la Convención se desenvuelve un período en el que contienden el poder legal y el poder revolucionario, surgido de las acciones victoriosas del 9 y 10 de agosto. Esta lucha continuará en el seno de la Convención, disputándose la mayoría. El Partido de la Montaña será esencialmente el partido del antiguo municipio revolucionario de París y el Partido de la Gironda será formado por los diputados que habiendo nutrido las filas de la izquierda en la Asamblea Legislativa pasarán a constituir el ala derechista de la Convención.

GIRONDINOS Y MONTAÑESES

7. Los Girondinos representaban los intereses de los comerciantes de Burdeos y eran contrarios al destronamiento del Rey y a la insurrección popular. Eran partidarios de la legalidad que combatía las medidas excepcionales, revolucionarias, de las que el Municipio había dado el ejemplo y había imitado la Montaña, y cuyos puntos principales eran: en el dominio económico-social, las reglamentaciones, las declaraciones de mercaderías, las requisiciones, el curso forzoso del asignado, en una palabra la limitación de la libertad comercial; en el dominio político, la vigilancia de todos los adversarios del régimen, considerados como sospechosos; creación de jurisdicciones excepcionales; suspensión de la libertad individual concentración del poder por la subordinación estrecha de las autoridades. Este programa será realizado íntegramente durante el Terror.

"Los girondinos comprendían un gran número de propietarios y de ciudadanos instruidos: tenían el sentimiento de las jerarquías sociales, que querían conservar y fortificar. Sentían una repugnancia instintiva hacia el pueblo grosero e inculto. Consideraban el derecho de propiedad como absoluto e intangible. Creían incapaz al pueblo y reservaban a su clase el monopolio gubernamental. Todo cuanto tendía a poner trabas a la acción de la burguesía propietaria les parecía mal. Profesaban el liberalismo económico más completo. El Estado más perfecto para ellos era aquel que "intervenía menos en la actividad de los individuos".

Los montañeses, por el contrario, representaban a las clases bajas a los que sufrían la crisis provocada por la guerra, a los que habían derribado el trono, a los que habían logrado los derechos políticos merced a la insurrección. Eran de criterio realista y estaban cerca de la verdad de las cosas, porque comprendían que la situación de Francia reclamaba medidas extraordinarias: al derecho de propiedad oponían el derecho de la vida; al interés individual el interés público. No comprendían que a pretexto de respeto a los principios se pudieran poner en parangón una clase y la Patria. Estaban prestos a recurrir, en caso de necesidad, a limitaciones de la libertad y propiedad particular o individual, si así lo exigían los superiores intereses de la masa. Era una verdadera lucha de clases traducida en estos partidos opuestos, con sus programas definidamente antagónicos.

El Municipio y la Montaña representaban a las clases populares, artesanos, obreros, consumidores que sufren en la guerra y sufren sus consecuencias: encarecimiento de la vida, paros forzosos desequilibrios de salarios.

La Asamblea Legislativa y su heredera la Gironda, representaban a la burguesía poseedora y comerciante que defiende por sobre todo sus propiedades e intereses, de las limitaciones, trabas y confiscaciones que los amenazan. Sin embargo, la mayor parte de los montañeses era, como los girondinos, de origen burgués. La política de clase que ellos inauguran no surgía plenamente de las entrañas del pueblo. Fue una política de circunstancias, una manera plebeya, dice Carlos Marx, de acabar con los reyes, los sacerdotes, los nobles, con todos los enemigos de la Revolución. La oposición entre Girondinos y Montañeses se tornará dramática en el seno de la Convención.

La Convención fue elegida por sufragio universal, participando los ciudadanos activos y pasivos. Los que concurrieron a las urnas fueron pocos; actuando solamente una minoría decidida. Sainte-Claire Deville en su obra "La Commune de l'an II" ha realizado un estudio destinado a investigar la real intervención del pueblo en las jornadas de esa época. Según este escritor la Comuna no expresaría exactamente la soberanía del pueblo, sino más bien la dictadura de un puñado de dirigentes y agitadores. Las asambleas de sección eran frecuentadas por un reducido número de ciudadanos y en los diversos escrutinios no se

alcanza a juntar un décimo de los votantes. De ahí que sea preciso rebajar en mucho “los movimientos de masa” de que se habla frecuentemente. Es una minoría activa, enérgica y audaz la que ha conducido la revolución y en esta época dentro de ella; son los “hebertistas” y los “rabiosos” los que logran una mayor inspiración e influencia.

La mayor parte de los diputados elegidos pertenecían a la burguesía o eran propietarios ligados a la revolución. Solo figuraban dos obreros. Fueron elegidos en gran número los girondinos, más conocidos por su obra. El pueblo pedía una política económica drástica, pues encontraba natural que los ricos que no abandonaban sus hogares para ir a la guerra debían indemnizar a los que partían para defender sus bienes. Los girondinos no comprendían esto y sostenían una estricta política de clase. Su jefe, Brissot, decía: “Todo hombre que hable de Ley Agraria y de reparto de tierras es un decidido aristócrata un enemigo público, un malvado al que se ha de exterminar”.

LAS LUCHAS Y PELIGROS DE LA CONVENCION

8. Los jacobinos (o montañeses) querían limitar los abusos del derecho de propiedad subordinándolo al interés público, aunque sin pensar en suprimirlo, Marat denunciaba la excesiva riqueza y la desigualdad social como fuentes de esclavitud de los proletarios. Robespierre expresaba que nada se hacía en favor de le libertad si no se disminuía la extrema desigualdad de fortunas. Más adelante, Saint Just dirá: “Ni ricos ni pobres. La opulencia es una infamia”. Y era verdad desde que los trabajadores y multitudes hambrientas solamente podían oponer su miseria al lujo insolente de los nuevos ricos, que hacían de él provocativa gala. De ahí que afluían quejas de todas partes en contra de los proveedores especuladores y financistas, verdadera raza de rapiña.

La pugna interna, derivada del proceso económico-social, se agrava desde que la guerra se intensifica y amenaza a Francia. Por la acción de los mercaderes de la City, de quienes Pitt era el intérprete, se constituye la primera coalición contra Francia. Sola frente a las más grandes potencias de Europa defenderá su independencia y las numerosas ventajas que había obtenido con la revolución. Ante la alianza de las potencias absolutistas la revolución apela a la solidaridad do todos los hombres que luchan por la libertad. La Convención Nacional “declara, en nombre de la nación francesa, que acordará fraternidad y ayuda a todos los pueblos que quieran recobrar su libertad y encarga al Poder Ejecutivo de a los generales las órdenes necesarias para que presten socorro a estos pueblos y defiendan a los ciudadanos que hayan sido vejados o puedan serlo por haber defendido la causa de la libertad”.

Consagraba la solidaridad de todos los revolucionarios y se aventuraba a provocar una guerra universal de carácter social. Entraba a propagar su evangelio por la fuerza de las armas, a pesar de haber repudiado el militarismo y las conquistas.

La organización de la primera coalición estimula a los reaccionarios franceses en su lucha contra el gobierno, pero la levadura de la contrarrevolución fue el sentimiento religioso herido. La lucha religiosa dobló las fuerzas del partido aristocrático a la vez que significó la formación de un partido anticlerical. Antes de las elecciones de la Convención Se había ordenado la deportación de los sacerdotes refractarios (decreto del 26 de agosto) y, tal vez, 25.000 se encaminaron al extranjero. La primera coalición devolvió la energía a los realistas, quienes incuban la insurrección de La Vendée cuya señal fue la leva de los 300.000

reclutas para enfrentar la invasión. La rebelión realista y clerical tomó, el carácter de una cruzada; los revoltosos se baten con fanatismo por su Dios y por su Rey[2].

LAS MEDIDAS RADICALES DE LA CONVENCION

9. Por otra parte, la miseria creciente, a causa de la desproporción entre los salarios y los precios, la desvalorización de los asignados y la carestía constante agravan las condiciones de vida de las masas y producen perturbaciones y motines. Uno de sus dirigentes escribe: "Es imperioso hacer que el pobre pueblo pueda vivir si queréis que os ayude a realizar la revolución". De esta inquietud económica se aprovecha la reacción, la que, sumada a los motivos políticos y religiosos indicados, da origen a la formidable insurrección vendeana.

Para aplastar la rebelión vendeana, y conjurar la insurrección federalista (secuela de la derrota de los girondinos), que abarca varias provincias y es utilizada por el realismo, en el interior; y para hacer frente a los ataques del exterior, la Convención se encamina hacia la implantación del Terror, es decir, hacia la dictadura y la supresión de las libertades. El Partido Revolucionario será una minoría ardiente, celosa y enérgica. Tenía necesidad de la dictadura y de la violencia, pero amparaba sus actos en la imagen de la Patria, a la que pretendía defender y salvar. Mientras la situación política es anárquica, llena de artimañas estériles y de zancadillas, el pueblo se consume en vanos esfuerzos para asegurarse el pan cotidiano y la justicia revolucionaria es lenta para actuar y sensible a la influencia y a las presiones. Hebert escribe en el "Père Duchesne": "Ya lo he dicho más de una vez: la revolución ha cambiado las cosas, y los hombres han continuado siendo los mismos y, desgraciadamente, los jueces son únicamente hombres".

De esta realidad surge la petición de "que se ponga el terror a la orden del día". El pueblo tenía hambre y, cansado de esperar, decide "salvarse por sí mismo". El Terror fue impuesto por un movimiento popular auténtico, cuya expansión súbita se puede explicar por las privaciones materiales soportadas largos meses y por los peligros políticos internos y externos ya mencionados.

Se crearon organismos especiales; se formó el Tribunal Revolucionario: se constituyeron los Comités de Vigilancia, que serán los proveedores del Tribunal Revolucionario. Para atraerse a las masas y aplastar la rebelión federalista, la Montaña votó tres grandes leyes:

1. Ley del 3 de junio sobre modo de venta de los bienes de los emigrados, que deberían ser divididos en pequeñas parcelas, cuyos adquirentes podían pagar en diez años; 2. Ley del 10 de junio que reglamenta el reparto de los bienes comunales, que debían hacerse de modo igualitario por cabeza de habitante; 3. Ley de 17 de julio que abolió sin indemnización todos los derechos feudales (los últimos pergaminos feudales debían ser destruidos). Estas leyes completan la ruina del sistema señorial y liberan definitivamente la tierra.

El 27 de julio se dicta un Decreto contra el acaparamiento, de modo que todos los artículos de primera necesidad quedan bajo la mano de las autoridades. Votan el curso forzoso del asignado; la fijación del precio máximo del trigo; el aumento del sueldo de los funcionarios; la imposición de un empréstito forzoso de 1.000 millones, haciéndolo pesar sobre las clases acomodadas, de acuerdo con el lema de que "los ricos deben pagar", por cuanto "la clase pobre ha hecho constantemente sacrificios; lo ha sacrificado todo,

[2] El punto de vista católico sobre la revolución francesa ha sido presentado, recientemente, con seriedad por André Latreille en su obra: "L'Eglise catholique et la Révolution Française", a base de una documentación abundante, en parte obtenida de las fuentes del Vaticano. No obstante, no agrega mayores datos a lo ya presentado en este aspecto.

hasta su sangre; ha sido pródiga con la libertad. Es tiempo de que el rico egoísta comparta las cargas que el pobre ha soportado solo". Y, finalmente, votó una Constitución liberal y democrática".[3]

Hipólito Carnot ha dicho con respecto al Terror, que "fue una dictadura de necesidad". En verdad se les impuso a los dirigentes que no la preveían ni la deseaban, para salvar a la Patria amenazada de los más tremendos peligros. (En julio de 1793 era grave la situación en la frontera Norte; la reacción estaba insolente; fueron asesinados Marat y, poco antes, en Lyon, el destacado revolucionario Chalier, y otros; la situación de las masas era aflictiva, de donde extraían su fuerza los "rabiosos", o exaltados, cuya agitación era permanente, conducidos por Hebert, Roux, Leclerc, Varlet),

LA DICTADURA DE ROBESPIERRE

10. A consecuencia de las luchas mencionadas subió al poder el jefe de los Montañeses, Robespierre. A este respecto dice Mathiez: "Lo que aporta al Comité no son solamente sus raras cualidades personales, su sangre fría y su valor, su aguda clarividencia, su verbo elocuente, sus notables facultades de organizador, su absoluto desinterés; es aún algo más que todo eso. Robespierre es, después de la Constituyente, el revolucionario más popular entre la clase de los artesanos y las gentes humildes, de quienes posee toda la confianza. Es el jefe indiscutible de los "descamisados", sobre todo después de la muerte de Marat". Los que han ligado su suerte a la revolución y que no tienen otra alternativa que vencer o morir, están detrás de él.

Robespierre inauguró una política democrática y nacional, debiendo luchar contra la reacción y en contra de los exaltados. Y esta lucha tiene lugar en medio de grandes desastres militares y de la escasez y carestía en el interior. Frente a los exaltados no teme su política social y hace votar leyes populares para solucionar el problema de las subsistencias y reprimir el agio y la especulación; pero combate en ellos su demagogia y su alianza con elementos sospechosos para provocar anarquía y violencia. Los acusa de "intrigantes", término sibilino en el que envuelve a los agentes realistas y a los "rabiosos". Es preciso destacar, en honor a la verdad, que los "rabiosos" se preocupaban especialmente del problema del trabajo y de los salarios para los obreros, "la clase más sinceramente ligada a la revolución y que conviene, por consecuencia, considerar más". Eran los intérpretes más genuinos de las reivindicaciones de las masas y constituían una oposición popular al partido, dueño del Poder. Robespierre los acusa de "intrigantes", a fin de desprestigiarlos, y para eliminar su acción se reducen las asambleas revolucionarias, aunque éstos burlan la disposición constituyendo "sociedades populares".

La constante lucha de la reacción; la oposición de los rabiosos y de los hebertistas, hizo permanente el Terror, organizándose la vigilancia y represión de un modo constante por medio de la Ley de Sospechosos (17 de septiembre), ley que mereció bastante discusión acerca del contenido que debería abarcar el término "sospechoso" pues se prestaba para que los enemigos personales oprimieran a los buenos ciudadanos. Igualmente consiguió la fijación de las tasas de los artículos de primera necesidad (máximo) y su obtención arrancándolos de manos de los cultivadores; y dio un gran impulso a la defensa nacional para sostener la guerra a ultranza, creación de nuevos ejércitos, armamentos, organización de la ayuda de los

[3] Véase el análisis de Gérard Walter en su "Historia del Terror" (1793-1794), aparecida hace algunos años Walter desmenuza en la primera parte de su libro los diversos aspectos de la obra de los revolucionarios, los obstáculos que encontraban a su paso; la acción constante del pueblo para aliviar su miseria los graves problemas de la escasez de subsistencias, provocada especialmente por los acaparadores, del alza constante del precio de los artículos de primera necesidad, de la venalidad de la justicia; de la formación de una vasta burocracia revolucionaria, etc. En la segunda parte estudia la repercusión del Terror en los pequeños lugares rurales, ciudades de provincia y centros industriales de las distintas comarcas de Francia.

sabios, asociándolos al Estado, como Monge, Berthollet, Fourcroy, Chaptai, Perier, Vardermonde, Hassenfratz y al ejército revolucionario para purificar la República de los conspiradores y acaparadores.

LOS EXCESOS DEL TERROR

11. El gobierno revolucionario se convierte en la dictadura de un partido ejercida en provecho de una clase, la de los consumidores, artesanos, pequeños propietarios y pobres, conducidos por hombres de la clase burguesa que han ligado su suerte a la de la revolución y sobre todo por aquellos a quienes dentro de esa clase enriquece la fabricación de guerra.

Desde octubre de 1793 fueron guillotinados los Girondinos, la Reina María Antonieta, Felipe Igualdad, Madame Rolland, Bailly, Barnave, los generales Custine, Brunet, Houchard, Lamorliére, Biron, Dillon; Dubayet; Harville. En Lyon se cometen carnicerías: 1.667 sentencias de muerte (Comisión Parein). En Nantes llevan a cabo terribles represiones: el ciudadano Carrier hizo ahogar 2 mil personas y fusilar a 4.000 vendeanos.

Para mantener este Terror inmisericorde Robespierre debió aplastar el Partido de los Indulgentes (Danton, Desmoulins, Delacroix, Philippeaux, Westermann), que se desprestigió más que nada porque a ellos se unieron bribones corrompidos y venales agiotistas mezclados en obscuros asuntos de dinero v especulaciones; complotadores relacionados con agentes de las potencias extranjeras y con los aristócratas, como Chabot, Basire, Fabre d'Eglantine, Delaunay, Héraut de Séchelles. Los Indulgentes al reclamar clemencia para hombres indignos se desacreditan y no legran detener el Terror cayendo, a su vez, barridos por él.

Los Hebertistas y los rabiosos son acusados de ateísmo, a raíz de su campaña de descristianización y también por su campaña en favor de las reivindicaciones de las masas con medidas extremas que hieren el derecho de propiedad que la Convención defiende intransigentemente. Los revolucionarios que siguen a Robespierre no son ateos. Aún los más alejados de los dogmas cristianos, no creían que el Estado pudiera prescindir de un credo y de un culto. No pueden desentenderse de las conciencias y estiman que es preciso ligar la moral política enseñada en las ceremonias cívicas (amor a la libertad, a la razón y a la Patria) con una moral filosófica generadora de las virtudes privadas. Era una convicción general que la fe en Dios era el fundamento de la sociedad. El pueblo francés reconoce el Ser Supremo y la inmortalidad del alma, pero elimina a los sacerdotes. Robespierre quería la reconciliación de todos los franceses alrededor del culto sencillo y puro del Ser Supremo y la Naturaleza, puesto que, para él Naturaleza y Dios se confundían, de acuerdo con la filosofía de su maestro Juan Jacobo Rousseau.

PROPOSITOS IGUALITARIOS DE ROBESPIERRE

12. Robespierre y Saint Just luchaban por crear una república igualitaria, sin ricos ni pobres, y para castigar a los enemigos de la revolución hicieron votar un decreto según el cual las propiedades de las personas reconocidas como enemigas de la República serías confiscadas. Saint Just deseaba utilizar el secuestro de los bienes de los sospechosos en un vasto plan de reforma social: Entregar y repartir aquellos bienes entre los indigentes para transformarlos en pequeños propietarios a expensas de los despojados por enemigos de la república. Se formaron listas de patriotas indigentes y se hizo la calificación de los detenidos sospechosos, con el objeto de llevar a la práctica dicha medida. Después de los bienes del clero, de los bienes de los emigrados, la revolución se apoderaba de todo lo que pertenecía aún a sus enemigos. La venta de las dos primeras categorías había aprovechado a los que tenían con qué comprar. Ahora se iban

a distribuir gratuitamente los bienes de la nueva categoría a los patriotas indigentes. Había 300.000 sospechosos, o sea, trescientas mil familias amenazadas de expropiación. Esta realidad se vuelve contra Robespierre y ayuda a su caída. No fue comprendido ni seguido ni aún por los mismos que deseaba contentar. Las masas analfabetas y miserables hacia quienes inclinaba su solicitud eran meras espectadoras de acontecimientos y medidas que no comprendían en su contenido y alcance.

Durante la Convención y el Terror existió una lucha constante contra la vida cara y contra los acaparadores. Los consumidores, ante el fracaso del gobierno para impedir esta realidad, acusan al "Máximum" (ley que tasaba las mercaderías de primera necesidad) de haber determinado la escasez de las subsistencias, entrabado y arruinado el comercio y lanzado al pueblo a la miseria. El empréstito forzoso de 1.000 millones fue también escamoteado en sus bases, con discriminaciones sibilinas. Los obreros se concertaron y lucharon por lograr la requisición de las fábricas; al final de cuentas se benefició con las diversas medidas tomadas una ínfima minoría de traficantes y especuladores. Saint Just decía: '"Las leyes son revolucionarias; quienes las ejecutan no lo son". Por eso que el pueblo medio permaneció escéptico y desalentado, sobre todo después de cuatro años de crisis trastornos e incertidumbres sin lograr nada efectivo. Por otro lado, una tremenda burocracia revolucionaria agobió a la República, con muchos elementos incapaces, holgazanes y prevaricadores que desacreditaron al gobierno. En octubre de 1793, Saint Just decía: "La República es presa de veinte mil necios que la corrompen, que la combaten, que la sangran". Se dictaron leyes que impidieron en cierto modo estos males, pero no lograron el efecto perseguido. No se pudo suprimir los abusos, regenerar la administración, inspirar el desinterés y la abnegación. El mismo Saint Just afirmaba: "Si se echa a un bribón de una oficina, entra a otra".

LA REACCION TERMIDORIANA

13. Todos estos problemas y trastornos crearon una oposición que tuvo por móvil el miedo, pues la guillotina funcionaba sin cesar. El 9 Termidor resultó, en gran parte de la oposición que tuvo por cimiento el temor, dirigida desde la Convención por Fouché, Tallíen, Barras y en el seno del Comité de Salvación pública por Billaud-Varenne, Carnot y Collot d'Herbois. Y es que el Terror se había deshonrado al transformarse en un vulgar puñal para herir a los mejores ciudadanos, debido a la desunión y a las pasiones individuales imperantes sobre el bien público y las necesidades nacionales. Así se produce una verdadera orgía de sangre. El 9 Termidor no fue solamente fatal para la consolidación de la democracia en el interior del país; también prolongó la lucha en el exterior y precipitó a Francia en una política conquistadora que la haría aborrecible para los demás pueblos y finalmente la agotaría. Por otra parte, la no resolución de los problemas económicos fundamentales que afectaban a las masas explica el éxito de este golpe. "Ciertamente, la imagen de la Revolución Francesa vista como una especie de combate perpetuo entre aquellos "que no tenían nada" y aquellos "que lo tenían todo"; es muy simplista e ingenua, pero es verdad el hecho de que la opinión popular encontraba escandalosa la conservación intacta de las gruesas fortunas en una época en que no se cesaba de hablar de fraternidad y de igualdad, época en que el pueblo oía periódicamente alabar su heroísmo, su abnegación y su virtud, que permanecían siempre sin recompensa, y de lo que resultaban choques periódicos bastantes violentos que debían finalmente ser fatales a uno de los adversarios". (Gerard Walter).

Hija de la guerra y de sus sufrimientos, arrojada a la fuerza a un Terror contrario a sus principios, la República, no obstante, sus prodigios, no era en el fondo más que un accidente. Apoyada en una base cada vez más estrecha, no fue comprendida incluso por aquellos que quería incorporar a su vida. Las leyes más rigurosas son impotentes para cambiar de un solo golpe la naturaleza humana y el orden social. La

república igualitaria, sin ricos ni pobres era imposible. No se borran veinte siglos de anarquía y de esclavitud en algunos meses. Robespierre y Saint Just, que querían prolongar la dictadura para crear instituciones civiles y destruir el imperio de la riqueza, lo comprendían bien. El ejemplo memorable de los límites de la voluntad humana en su lucha con la resistencia de las cosas.

LOS CAUDILLOS DE LA REVOLUCION

14. Los grandes dirigentes de la revolución francesa como Mirabeau Danton, Marat, Robespierre y el atrayente Saint Just, han sido motivo de numerosas y completas biografías.

El comienzo y el término de la revolución lo representan muy bien dos políticos corrompidos, de origen noble al servicio de la burguesía: Mirabeau, el hombre más notable de la Asamblea Nacional Constituyente y Barras, el principal artesano de la reacción termidorianas y del Directorio.

Mirabeau ha sido analizado magistralmente por Louis Barthou y, más recientemente) por Pierre Dominique ("Mirabeau", publicado en la editorial Flammarion) y por Antolina Vallentín ("Mirabeau avant la Révolution" publicado en la Casa Grasset). Mirabeau es el político por excelencia, aunque de costumbres depravadas, incapaz de separar sus intereses de los de la Nación. Horriblemente feo, tenía, sin embargo, un gran poder de seducción, de tal suerte que las mujeres ocupan un lugar enorme en su existencia. Parte de su vida la pasó encarcelado (Château d'If, Château de Joux, Vincennes) o en el destierro (en Holanda e Inglaterra) acosado por los acreedores y por su padre. Mirabeau encarna al hombre de acción y al político típico, sujeto de compromisos y oportunista: comprado por el gobierno, intriga para impulsar la revolución. Su rol desempeñado y su gran influencia, a pesar de estas condiciones morales negativas, los debe a su indudable talento político y a su gran extraordinaria elocuencia. En cuanto a Barras, situado al término y degeneración de la época revolucionaria las siluetas trazadas de él (por ejemplo, las de Albert Vandal en "L'Avènement de Bonaparte" y de Funck-Brentano en "Scènes et tableaux de la Révolution") concuerdan en presentarlo como un hombre corrompido, podrido de vicios, conocedor de vinos, de mujeres y elegancia; traidor y mentiroso, que se vendía a todos y que a todos engañaba. Era un alma vil en un cuerpo bello y varonil; enredador, agiotista y ladrón, entró a la Revolución desnudo como Job y al final del régimen se ahogaba en oro. Fue un político sin escrúpulos, experimentado, que actuaba con prontitud y decisión, no con discursos ni guiado por una doctrina, sino movido por sus exclusivos intereses particulares y su provecho personal.

El punto alto de la revolución lo representa Robespierre, el "incorruptible", quien encarna las cualidades opuestas a las de Mirabeau y Barras. Robespierre ha sido motivo de estudios notables debido a Mathiez, Walter y varios más. De ellos se destaca como un revolucionario sincero, dominado por una exigencia de pureza y una sed de integridad política, sacrificándolo todo por el interés público. Exclama: "en el sistema de la revolución francesa lo que es inmoral es impolítico, lo que es corrompido es contrarrevolucionario". Robespierre vivía sobriamente y murió pobre, tal cual había entrado a la lucha. Sus deseos fueron los de instaurar un orden político más fecundo y, principalmente, regenerar el Individuo y el género humano.

Barthou y Walter han dedicado un estudio excelente a Marat, cuya compleja personalidad, surge con caracteres muy favorables si se la compara con la tradición de horror y crueldad en que se le ha envuelto a menudo. Fue el sincero e intransigente "amigo del pueblo", tal como él se vanagloriaba. El mismo Gérard Walter ha tratado la vida de Hebert, a quien juzga con mucha indulgencia, en una reciente biografía: "Hebert et le Père Duchesne". Saint Just, el joven e irreductible revolucionario, guillotinado a los veintisiete años, mereció una notable biografía de Emmanuele Aegerter. En los últimos meses apareció una obra de

Jean Graben: “Œuvres de Saint Just”, en la que traza una semblanza de él y recoge algunos de sus escritos más representativos. Saint Just fue un revolucionario sincero a intrépido y su acción estuvo conformada a su célebre frase: “El secreto de la revolución está en la palabra: atreveos”.

En cuanto al gran tribuno Danton el propugnador de la audacia permanente para enfrentar a los enemigos de la revolución, ha sido motivo de completos estudios entre los cuales sobresalen los de Albert Mathiez y Louis Madelin.

15. Otro gran dirigente, aunque su figuración en los momentos cumbre no fue tan brillante como la de los mencionados, que merece una semblanza más detenida debido a sus hechos, ideas y posición, es Gracchus Babeuf. No hace mucho en París, en una nueva colección histórica titulada: “A la lumière des textes oubliés”, que tiene por objeto la reedición de obras olvidadas o desconocidas, se ha publicado la obra de Babeuf: “Le problème social paysan pendant la Révolution” con introducción y comentarios de Jean Auqer Duvignaud.

François Noel Babeuf nació en Saint Quentin el 23 de diciembre de 1760. Desde temprano tuvo que trabajar y proveer a sus necesidades, haciéndolo en casa de un feudista en Noyon y Roye. Esa clase de personas se dedicaban al mantenimiento y vigilancia de los derechos patrimoniales, feudales y de los censos. Después abrió por su cuenta un estudio parecido en Roye. En su correspondencia con Dubois de Fosseux (secretario de la Academia Real de Bellas Letras de Arras de la que Maximiliano Robespierre formaba parte) le confiesa que educa a sus hijos en los principios de Juan Jacobo Rousseau, y el 21 de marzo de 1787 le propone el tema siguiente para un concurso: “Con la suma general de los reconocimientos adquiridos ¿cuál sería el estado de un pueblo cuyas instituciones sociales fueran tales que reinara indistintamente entre cada uno de sus miembros individuales la más perfecta igualdad, que el suelo que habitaría no fuera de nadie sino que perteneciera a todos; que, en fin, todo fuera común, hasta el producto de todos los géneros de industrias”? En 1789, por su instigación, fueron quemados los archivos feudales de Roye y él fue quien redactó los “Cuadernos de Quejas y Peticiones” de la bailía donde se reclamaba la abolición de los feudos, el rescate de los censos, la supresión del derecho de mayorazgo, la substitución de los impuestos de diversa naturaleza, que existían, por una contribución única, y, finalmente la creación de una educación nacional. Publicó “Le Cadastre Perpétuel” (“El Catastro Perpetuo”), cuyo discurso preliminar es un verdadero programa político y financiero. Fue encarcelado en Roye por hacer adoptar peticiones en contra de las ayudas y de las gabelas; llevado a París salió en libertad por la intervención de Marat. En Noyon sacó a luz “Le Correspondent Picard” “El Corresponsal Picardo”) por el que sufrió una nueva prisión en 1791. En 1792 fue elegido administrador del Somme y después del distrito de Montdidier, donde se vio envuelto en un asunto obscuro, en 1793, siendo condenado, se fugó; pero fue arrestado; para ser puesto en libertad en julio de 1794. Después de Termidor fundó la “Libertad de Prensa” (“La liberté de Presse”), siendo arrestado, después de cinco meses de clandestinidad, en febrero de 1795. Lo transformó en “El Tribuno del Pueblo” (“Le tribun du peuple”). El mismo cambió su nombre de “Camille” por “Gracchus”. Fue transferido a Arras desde donde empezó a preparar la “conjuración de los iguales”. Amnistiado, vuelve a publicar su diario, en el que ataca la Constitución del año III, pues los conjurados desean la Constitución de 1793. Fundó la “Société de la Réunion des amis de la République” más conocida con el nombre de “Sociedad del Panteón”, cuyo objetivo era el de derrocar el Directorio y fundar la República de los Iguales. El Directorio hizo cerrar la Sociedad del Panteón por Bonaparte en persona. Entonces Babeuf lanzó, primero, una memoria o panfleto; “¿Se debe obediencia a la Constitución de 1795?” (“Doit-on obéissance a la Constitution de 1795?”), y, después el “Manifiesto de los Iguales”, que exigía una grande y última revolución para establecer la comunidad de bienes. Una

excelente organización, cuya red secreta abarcaba los doce distritos de París, preparaba la insurrección contra el Directorio. Fue descubierta por la traición de un afiliad, el capitán Grisel, que la denunció a la Policía. Fueron detenidos sus dirigentes, entre ellos el diputado Drouet (el que había hecho arrestar a Luis XVI en Varennes) quien logró escapar. Los implicados eran sesenta y cinco (dieciocho de ellos ausentes). El proceso duró nueve meses, durante los cuales los acusados se defendieron con valor. Babeuf fue ejecutado el 27 de mayo de 1797. Siete fueron deportados, entre ellos Buonarotti, descendiente del gran artista del Renacimiento quién será el historiador de esta frustrada insurrección insurreccional.

El resumen que hemos hecho de la vida y acción de Babeuf demuestra el carácter avanzado de sus ideas, de tal suerte que con toda justicia se le puede considerar un precursor genuino del socialismo revolucionario posterior.

16. La Revolución de 1789 no fue un movimiento socialista. El único movimiento de esa tendencia fue la Conspiración de los Iguales, acaudillada por Babeuf en 1797: contra el Directorio, que fue vencida y aplastada. Militó en esas mismas ideas otro curioso revolucionario de apellido Lange, el que, siendo funcionario municipal de Lyon, en 1792, propuso todo un sistema de nacionalización general de las subsistencias, en un folleto titulado: “Medios simples y fáciles para lograr la abundancia y el justo precio del pan”. (Michelet considera a Babeuf y a Lange los precursores del socialismo moderno).

Los propietarios, la burguesía y los campesinos acomodados fueron los que sacaron provecho de la revolución. Precisamente, los rasgos distintivos de la revolución agraria elaborada durante ese proceso fueron la emancipación de la agricultura de las restricciones de un feudalismo anticuado y la transformación del campesino cultivador en propietario independiente. Desde la revolución, la unidad de propiedad agraria en Francia es pequeña, de tal suerte que se transformó en un país de campesinos propietarios. Mientras el número de propiedades agrícolas es de cinco y medio millones, el número de trabajadores agrícolas es de tres y medio millones. Por otra parte, nada ganó el trabajador industrial, obrero sin propiedad, al que ni siquiera se le permitió asociarse (la Ley Chapelier declaró ilegales las asociaciones de trabajadores, situación que reforzó el Código de Napoleón y otra Ley en 1834), ni tampoco se benefició con la estéril libertad que la Declaración de los Derechos del Hombre afirmaba ser suya por ley natural. La ley controlaba sus movimientos por medio de reglamentos a la vez que prohibía estrictamente su asociación, de tal modo que se enfrentaban indefensos a sus patrones en las disputas industriales. De ahí que la revolución haya consagrado solamente el triunfo de la burguesía, de sus reivindicaciones y de su dominio, de su ideario filosófico, económico y político: el liberalismo, concretado en el régimen democrático-burgués. El resultado incompleto de la revolución toda vez que las clases feudales (nobleza y clero) fueron vencidas y eliminadas del poder para dar paso a la ascensión de la burguesía, dejando siempre al margen del Estado y de la Economía a los trabajadores (obreros industriales y jornaleros agrícolas), provocará una nueva pugna de clases que dividirá interiormente las sociedades: burguesía versus proletariado. La primera defendiendo sus privilegios y su control del gobierno., de sus instituciones y legislación protectora; la segunda luchando por avanzar y ascender para obtener la satisfacción de sus reivindicaciones hasta llegar al gobierno e imponer su dominación a fin de consagrar política y jurídicamente su hegemonía.

En 1848 se produjo el primer estallido violento de esta gran pugna clasista. Es aquí cuando aparece actuando, en primer plano, la clase obrera con sus aspiraciones propias y definidas, con un programa socialista y con dirigentes salidos de sus filas, movilizándose para conseguir el establecimiento de una democracia económica y social. Fue vencida, pero, desde este año hasta el presente, a lo largo de un siglo,

las luchas enconadas entre la clase obrera y la burguesía caracterizan a la sociedad moderna y le dan su dramático contenido. A través del estudio de la gran revolución francesa, como posteriormente de la del año 1848 y, luego, de todo el desarrollo político del gran país galo, se destaca la inmensa misión que Francia ha cumplido y cumple en el mundo como creadora y exportadora de ideas. Desde la gran revolución hablar de Francia es celebrar los derechos del hombre y del ciudadano, la dignidad del individuo, el carácter sagrado de la libertad y la acción constante del pueblo por darle la más amplia realización. Francia y su capital, París, son el símbolo de la civilización humanista y de la libertad humana. Si hoy día algo se exige de Francia en medio de sus quebrantos materiales y de las tremendas heridas que le infirió el despiadado invasor nazi, es que permanezca siendo la tierra de la libertad. Y en estos instantes, cuando se alzan sistemas que desprecian la libertad y envilecen al individuo, la misión de Francia consiste en encontrar el punto justo que logre el equilibrio entre lo que hay de inevitable necesario en las formas colectivas de la sociedad y lo que hay de sagrado en libertad de la persona. Solo en la medida en que ella resista los embates de imperialismos, económico o político, cualesquiera que sean, y en la medida que permanezca fiel a sus tradiciones de libertad, justicia y fraternidad, perfeccionándolas cada día más conservará el lugar eminente que ocupa en el mundo.

Algunos de sus más brillantes escritores del presente consideran que la dignidad de la persona humana está amenazada por el totalitarismo (el fascismo meramente; ahora el comunismo soviético), por el materialismo capitalista y la abdicación de sí de los indiferentes, resignados y derrotistas. De ahí que sea preciso reaccionar contra tales enemigos hasta conseguir que una nueva sociedad sea construida para lograr la liberación total de la persona humana, por medio la acción de todos los individuos en la que se cambie la base material de la propiedad y se obtenga la transformación del burgués y el proletario en un tipo de hombre y de Humanidad.

Hacia el reestructuramiento económico social de Chile[4]

1. La realidad de Chile y la necesidad de la planificación.

2. Contenido y objetivos primordiales de la planificación.

3. La participación de los Estados Unidos en la industrialización de Chile

1. Del análisis del desenvolvimiento histórico nacional se desprende que nuestro país no tiene una estructura económica y social homogénea. Se entrelazan en ellas las fronteras y relaciones de producción feudales derivadas de la Conquista y Colonia con las formas y relaciones de producción capitalista desarrolladas por la burguesía nacional y la penetración imperialista. Tiene, pues, las características de un país semifeudal y semicolonial. Chile presenta una realidad que, en su esencia, no es distinta a la del resto de Latinoamérica: atraso feudal de la explotación agraria, debido al predominio del latifundio y localizada industria, de sostenimiento artificial, ya que labora, en gran parte, materias primas importadas, viviendo a la sombra de aranceles prohibitivos; y dependencia absoluta del capitalismo extranjero. La diferencia principal de Chile con la mayor parte de los demás países latinoamericanos estriba en que no posee masas indígenas numerosas que vivan al margen de la civilización (en Chile, en una población de 5 y medio millones de habitantes, solamente existen alrededor de 130 mil araucanos en proceso de asimilación, y bastaría un pequeño esfuerzo coordinado y sistemático para absorberlos íntegramente).

[4] OCCIDENTE marzo 1949 N°43

Nuestras clases gobernantes no han conseguido desarrollar, ni en lo económico-social ni en lo político y cultural, la totalidad de sus posibilidades como clases dominantes. De ahí que la estructura básica de la nación presenta contradicciones de fondo que dificultan toda acción fecunda y que han impedido a los gobiernos últimos realizar la labor que se esperaba.

Las clases dirigentes tomadas en su conjunto se encuentran social y psicológicamente retrasadas en el campo de las rápidas exigencias y transformaciones de la economía moderna. No han demostrado estar en condiciones de llevar a efecto la política constructiva y renovadora de gran alcance que debería colocar a nuestro país a la altura de las circunstancias históricas. Si en verdad Chile, en cuanto dice relación con el desarrollo jurídico-institucional, es el país más adelantado de Latinoamérica; en cambio, en lo que se refiere a las bases naturales del progreso material: población, fuentes de riqueza, estructura económica, etc., está en una posición subalterna y misérrima. Las clases dirigentes no han sabido echar las bases de una economía moderna creada para el servicio del hombre (en el régimen actual, el hombre parece existir para la economía), cuyo objetivo sea el aumento de la producción con el propósito de disponer de las riquezas necesarias para satisfacer todas las exigencias de la población, sin olvidar que la cuestión social es en parte principalísima un asunto de distribución y consumo. Tampoco han permitido dar la expansión que se merece al sistema eleccionario de tal modo que es muy reducido el número de ciudadanos que participa en la vida pública. La madurez política de las masas acusa, en el campo y la ciudad, considerables desniveles, pues han mantenido a los núcleos campesinos al margen de la vida ciudadana, salvo reducidos sectores de obedientes inquilinos que son conducidos a votar disciplinadamente por el patrón.

En las ciudades y centros obreros se han mantenido toda clase de restricciones, para la inscripción (solo ocho días al mes se mantienen abiertos los Registros Electorales y por unas pocas horas) y no se le ha dado derecho a sufragio a los jóvenes entre 18 a 21 años. Estas restricciones obedecen, en el fondo, al deseo de mantener un electorado reducido, fácil de controlar y cohechar. Un electorado de dos o más millones de personas es imposible comprarlo, con lo que los efectos del cohecho y corrupción mediante la presión, desaparecen sensiblemente.

La solución a este atraso es el establecimiento de un régimen que pueda trazar las líneas generales de una nueva estructuración económica y social como consecuencia del conocimiento exacto de las contradicciones existentes y de las necesidades sentidas por sus masas laboriosas. Un régimen nuevo para superar el caos y la crisis permanentes porque atraviesa Chile y dar comienzo a la reconstitución orgánica de la realidad nacional con miras a establecer nuevas condiciones de vida, debe propiciar una política económica social moderna, cuya línea de fondo abarque una planificación integral, o sea, que comprenda el total de la vida económica en todas las fases del proceso y en todas sus modalidades, controlando y dirigiendo las diversas actividades privadas y, promoviendo la transformación de las bases estructurales de la economía nacional. Solamente una planificación económica de esta especie puede realizar el aprovechamiento intensivo de nuestros recursos naturales y asegurar el alza del nivel de vida de las masas.

Podemos afirmar que, a la luz del desarrollo histórico del país, esta época es el momento de tránsito de una economía semifeudal y semicolonial, orientada con criterio liberal-capitalista, a una economía superior, planificada, de espíritu y orientación socialistas, tendiente a superar el atraso imperante y con una finalidad de servicio social. El proceso económico ligado a la acción de las grandes masas trabajadoras tiende al reestructuramiento económico-social del país por medio de una economía planificada de Estado, como transición hacia un sistema socialista, para cumplir los objetivos que las clases dominantes hasta ahora han frustrado.

La planificación supone la reorganización de la vida económica bajo la dirección del Estado, empleando al máximo todos los recursos económicos, financieros y humanos. La economía planificada de Estado es, en la actualidad, una necesidad a la vez que la solución racional de los problemas que afectan a los países de economía atrasada y subordinada, y crea, al mismo tiempo, nuevas y mejores condiciones de existencia.

La urgencia de una planificación económica deriva, en nuestro país, de su heterogénea estructura; pero, además, de la influencia de las nuevas realidades mundiales. En efecto, a consecuencia de la guerra recién terminada, se ha abierto en el mundo una era de trastornos, como resultado de los cambios, verificados en el modo de producción, en la armazón social y en los idearios políticos, acelerados por el conflicto mismo que constituyó una pugna gigantesca entre concepciones económicas caducas y formas sociales nuevas, revistiendo un contenido verdaderamente revolucionario por sus proyecciones y consecuencias: la independencia de muchas naciones coloniales, el triunfo de numerosos movimientos populares, la caída de diversas monarquías, el estallido de revoluciones, las grandes huelgas, etc., son síntomas claros de que una era de transformaciones se ha iniciado. Tales trastornos no cesarán hasta que se lleven a la práctica los cambios que el progreso técnico, científico y cultural exige imperativamente y que se concretan en el estructuramiento económico-social del mundo, conforme a un plan amónico y razonable que elimine las injusticias, la miseria y la inseguridad. Los políticos, los pensadores y los economistas hablan de la necesidad de someter la sociedad a una planificación que le permita progresar y conseguir la efectiva tranquilidad proveniente de la satisfacción de las necesidades vitales. Por ejemplo, en una excelente obra del psiquiatra austríaco Franz Alexander. “Nuestra Era Irracional” (un estudio de las fuerzas irracionales en la vida colectiva) resultado de la labor de un psicoanalista que estudia la historia del pensamiento político, la teoría de las perturbaciones emocionales y el análisis psicológico de los sistemas y acontecimientos sociales, se hace la consideración de la realidad psíquica en el cambio y reajuste que debe experimentar forzosamente la sociedad actual. Alexander afirma que existe un apreciable retraso cultural, que en la vida colectiva se debe al apego a actividades sociales caducas en un orden nuevo; en el apego al nacionalismo político y económico (aislamiento y autarquía) en un mundo en que es mayor que nunca la interdependencia de las naciones; en el apego a la guerra como medio de resolver los conflictos de intereses y desviar el descontento interno, en una época en que la guerra ha llegado a ser tan destructiva y costosa, que hasta el vencedor resulta derrotado; en el apego a un grado de libertad económica incompatible con la compleja interacción de los factores económicos del presente; en el apego a la competencia en un mundo en que es cada vez más necesaria la cooperación; en el apego a una jerarquía caduca de valores en que ocupa el primer puesto la ganancia económica derivada de la producción de mercaderías, a pesar de que casi todas las mercaderías son el producto de máquinas y de trabajos rutinarios, en tanto que siguen sin resolver los problemas fundamentales de la vida colectiva pacífica y armoniosa. Todos estos apegos determinan una discrepancia entre las actitudes humanas habituales y las condiciones imperantes. Su eliminación requiere el desarrollo educativo de las siguientes actitudes psicológicas, que no se han generalizado: una cooperación internacional basada en la conciencia, que no sabe de fronteras nacionales; una actividad colectiva basada en un poder creador maduro, no en una competencia adolescente, producto de un sentimiento íntimo de inseguridad; el desarrollo de nuevos “estándares” que exalten el uso creativo del espíritu al servicio del saber, del arte y del embellecimiento de la vida cotidiana; el reconocimiento del hecho de que el desarrollo de las ciencias sociales es hoy por hoy más importante que cualquier adelanto técnico ulterior. Estos principios representan, para Alexander, una concepción social en oposición a la filosofía de la violencia propugnada por el totalitarismo. Indudablemente, dichos principios para aplicarse requieren cambios en las actitudes psicológicas y los valores a realizarse gradualmente por medio de la educación. Sería empresa fútil, según este eminente

psicoanalista, elaborar un nuevo orden sin preparar emocionalmente a los hombres. Esta preparación emocional y la liberación económica del ser humano constituyen las dos necesidades urgentes de la civilización en esta hora de prueba. La libertad económica del hombre solamente puede obtenerse por la planificación de la economía en un sentido de bienestar y por el uso de la máquina para desarrollar la producción en beneficio de la colectividad: "En vez de ser nuestra ama, la máquina debiera ser nuestra esclava y dejarnos en libertad para elevar el nivel educativo de la nación y hacer que la vida valga para todo el mundo la pena de ser vivida". Es necesario, según Alexander que la sociedad sacrifique parte de su libertad económica para salvaguardar la verdadera vida espiritual. De aquí surge la necesidad de la planificación económica que se impone y debe ser decidida científicamente, sin los fanatismos políticos que siempre encubren odios, envidias e inseguridades emocionales, sepultadas en el inconsciente. El contenido y alcance de esta planificación deben ser bien comprendidos. Ella no se opone a la libertad política, sino que, al contrario, la fortalece y la hace efectiva: "La fiscalización oficial de la producción y distribución económica, no implica necesariamente la supresión de la libertad política ni del pensamiento y de la expresión, pero sí una restricción parcial de la libertad económica. Si nos resistimos a esta necesidad perderemos todas las demás libertades individuales".

Ahora bien, esta planificación exige para su éxito que sea impuesta por elementos capacitados y con una gran voluntad de realización. Ya no es posible dejar entregado a los políticos profesionales y burócratas fosilizados el manejo y aplicación de tan trascendental planeamiento económico. En 1943, un escritor perspicaz, James Burnham, en su libro "La revolución de los directores", hizo ver que en el mundo de hoy hay una tendencia que proclama el advenimiento de una nueva época en la que al capitalismo en decadencia y el socialismo económico y político en constante transformación, seguirá un "gobierno de directores" (managers), que no es una burocracia estatal sino la primacía de un nuevo tipo de conductores del pueblo, amalgama feliz del político y del técnico. He aquí una finalidad a la que debe tenderse en la selección política. Cada vez más el político no debe ser un improvisado ni un ambicioso vulgar, agitado solamente por móviles de figuración y de lucro, sino que un ciudadano consciente y activo, un patriota íntegro, un técnico conocedor de los problemas nacionales. Solamente equipos de tal condición podrán imponer y comandar una planificación económica fecunda.

2. La lucha por la reestructuración económica y social de nuestros países supone la lucha por la destrucción de los soportes económicos del régimen dominante: latifundio y empresa imperialista. Únicamente la victoria sobre estos factores semicoloniales de nuestra economía permitiría logros y avanzar hacia la implantación de un régimen superior, a base de una economía planificada en la que el Estado habrá dejado de ser el instrumento de defensa del latifundio y del imperialismo, para transformarse en el órgano director de la economía al servicio de la colectividad. La economía de Estado supone en su primera fase, una amplia reforma agraria y una vasta industrialización, como un proceso dialéctico que comprende simultáneamente el incremento cuantitativo de las fuerzas productivas y la transformación cualitativa de la estructura económica, con lo que el Estado y el Derecho adquieren una nueva definición.

El Estado entra a tener una función dinámica y rectora orientada a controlar las inversiones extranjeras, a incrementar la creación de nuevas fuentes productivas y a participar en la planificación de la economía. La democracia ligada a la realidad social materializa el bienestar de las masas laboriosas. Esta intervención del Estado es urgente en nuestros países latinoamericanos a causa de las condiciones y necesidades de su economía. La intervención del Estado en la economía sometiéndola a un plan de conjunto, permite la centralización de todos sus recursos y su aprovechamiento integral; a la vez que es él, únicamente, dada la pobreza general, quien puede reunir los fondos y elementos necesarios para las grandes obras que es

preciso realizar, puesto que los capitales particulares son reducidos. Por otra parte, la intervención del Estado conforme a un plan es incompatible con la naturaleza específica del capitalismo, ya que destruye su espíritu de lucro y los derechos individuales de propiedad. Al hacerse el Estado dueño de la máquina y del capital, se destruye la oligarquía y se impide la formación de una fuerte burguesía industrial. En estos instantes la economía planificada responde a las necesidades del movimiento obrero, porque no se trata de reemplazar la anarquía capitalista por la planificación capitalista, o capitalismo de Estado, pues entonces la nacionalización de los medios de producción es realizada por la burguesía, que convierte a la clase obrera en esclava de un super Estado, como ocurriera en el fascismo, sino que el Estado pasa a expresar los intereses de las clases trabajadoras y de la nación y a conducirlos en una nueva forma, ante la incapacidad del Estado capitalista para distribuir los bienes de la misma manera que ha sabido desarrollar las fuerzas de producción. En este caso, el Estado es el órgano que permite la extensión de las normas de economía reglada, en que la satisfacción de las necesidades prevalece sobre el principio de la ganancia. El Estado, en esta forma, es la expresión de los intereses de las grandes mayorías; es el medio para servir a la nación, de tal modo que el capitalismo se ve obligado a renunciar a su hegemonía sometiéndose a las limitaciones, intervenciones y controles de los poderes públicos. Así se logra una democracia económica y social, como resultado de la planificación de la economía nacional, a base de la intervención del Estado en la transformación de la economía agraria, cuya reforma, racionalización y mecanización, se obtiene de la industrialización del país; de la expropiación y nacionalización de las minas de carbón y hierro y de los medios de transportes y comunicaciones; de la conversión de las industrias controladas por el imperialismo en concesiones dadas por el Estado por un número determinado de años y en condiciones que acelera su recuperación por el país; de la liquidación de los monopolios y nacionalización del crédito.

Además, debe dejarse en claro que las industrias que se instalen tienen que utilizar nuestras materias primas y, por otro lado, la industrialización de Chile tiene que estar subordinada a la de todo el continente.

En una economía planificada para decidir la producción de un artículo con preferencia a otro, no se toma en cuenta la ganancia que puede producir, sino cuál sirve más a las necesidades de los consumidores y cómo conseguir los mejores resultados con los medios que se tienen a mano; luego, la autoridad planificadora colectiva debe distribuir las entradas de los individuos de tal manera que puedan satisfacer sus exigencias básicas. Dichas necesidades pueden ser fundamentales y accesorias. Las primeras se relacionan con la urgencia de la fabricación de maquinarias y artículos para incrementar la producción y la fabricación de artículos de consumo. Las segundas reciben atención una vez satisfechas las necesidades fundamentales, y aquí la producción entra a determinarse por el gusto o la preferencia de cada cual. En una sociedad pobre como la nuestra, la planificación de lo que debe producirse es sencilla y clara. Lo que exige en gran escala la planificación es técnicos y obreros calificados, de lo que se desprende la necesidad de que la enseñanza se oriente en el mismo sentido que la política económica nacional, para que la sirva y le entregue los elementos preparados que requiere.

La planificación económica bajo la dirección técnica del Estado es la solución racional de los graves problemas nacionales; es una necesidad y una conveniencia práctica, así como una exigencia metodológica. Esta planificación crea cambios en la economía, en el derecho y en la sociedad entera. Por eso supone una verdadera revolución. No puede confundirse la planificación que responde a un plan orgánico y científico, técnicamente elaborado, con la simple y desorganizada intervención del Estado, que perturba en vez de coordinar y dirigir.

La planificación no supone la supresión de la iniciativa privada, sino que la organiza y la cohesiona en un sentido colectivo. La planificación considera al hombre en toda su complejidad de sus costumbres, modalidades de vida y reacciones psíquicas. Preserva al hombre; no lo convierte en un autómata. La planificaron no puede ser al estilo totalitario sobre individuos aplastados y envilecidos por la propaganda, la sugestión colectiva y el terror, sino a base de individuos libres, conscientes, que sepan separar las dos partes fundamentales de su ser; aquélla que necesita vivir conforme a la planificación para producir alimentos, vestuario y bienes materiales, y aquélla que requiere formas individuales de pensamiento que han de ser respetadas en su más absoluta integridad. Solamente la planificación económica puede incorporar al Estado y la economía a las grandes masas que quieren consumir e instruirse, y puede asegurarle a cada hombre una parte de lo que produce la sociedad sin atenerse a otro requisito que su trabajo y a la noción que es un ser vivo, que necesita y exige un equilibrio vital por encima de todo equilibrio artificial de propiedad. (Bernardo Vila: “Los problemas de la Planificación”).

3. La economía planificada de Estado, al luchar por el incremento de las fuerzas productivas y la transformación de la estructura económica debe, en primer término, perseguir la industrialización del país y la creación de una estructura industrial, puesto que se carece de ella. Para crearla, como el país es nuevo y pobre, necesita de la importación de capital del exterior. Los grandes países industriales del presente han llegado a serlo por el despojo sistemático de los países coloniales y semicoloniales. Ahora poseen grandes cantidades de capital ocioso que es necesario para el desenvolvimiento industrial nuestro. Asimismo, lo es para importar a maquinarias que impulsen y aceleren este desarrollo industrial, y para fabricar nuevas máquinas. Los capitales para conseguir nuestra industrialización no existen en el país, y tienen que ser solicitados, principalmente, a los EE. UU.

El obstáculo que hasta el presente ha impedido la industrialización, manteniendo a nuestros países como proveedores de materias primas exclusivamente, ha sido el imperialismo. A consecuencia de la guerra y de la política de buena vecindad, tal como por la acción de las fuerzas democráticas norteamericanas, el imperialismo ha sufrido algunos cambios de importancia, que pueden ser favorables a nuestros países. De aquí que nuevas relaciones hayan surgido, y que tendrán que perfeccionarse en el futuro, entre los EE. UU. y los países latinoamericanos, de tal modo que a la etapa de explotación y vasallaje suceda una época de cooperación y prosperidad.

Si Chile, país rico en recursos naturales y pobre en técnica y recursos financieros, necesita de la inyección sistemática de grandes capitales, éstos tienen que ser solicitados en el extranjero, especialmente en los EE. UU., y distribuidos adecuadamente en el plan de industrialización, como base de su liberación futura, dado que ya no serían utilizados en gastos irreproductivos, sino en el montaje de una industria pesada. Por otra parte, la entrega al Estado de dichos capitales para la industrialización y el aseguramiento al país de una parte equitativa de las utilidades que obtienen los consorcios imperialistas, impiden los peligros de expoliación y dominio que hasta ahora han constituido.

Desde que Roosevelt comandara los destinos de los EE. UU, se abrió una nueva etapa en las relaciones entre ese país y Latinoamérica. La diplomacia del dólar y del garrote fue reemplazada, en gran parte, por la de buena voluntad y la cooperación. Se ha avanzado bastante por el camino de un interamericanismo realista y efectivo. Los diferentes conductores de los EE. UU., en los últimos años, Roosevelt, Wendell Wilkie, Cordell Hull, Summer Welles, Henry Wallace, han precisado y definido el alcance de esta nueva política y, también, han llevado a cabo algunas medidas concretas de ayuda material a nuestros pueblos. Ha sido Summer Welles quien mejor ha sintetizado la posición de la buena vecindad en su obra “Hora de

Decisión". En un párrafo, que paso a reproducir, emite los conceptos esenciales que deben orientar la cooperación señalada: "Los recursos del Continente Americano son limitados, y es posible desarrollarlos en beneficio de cada nación, con el aumento consiguiente del estándar de vida, si todas las naciones americanas contribuyen en la empresa.

Para lograr este propósito es preciso desechar muchas teorías y prácticas del pasado. El capital norteamericano no debe ser invertido en las repúblicas americanas en forma susceptible de crear un imperio dentro de otro estado soberano. Un nacionalismo bien entendido en ningún caso permitiría que continuaran tales condiciones. El único procedimiento viable es que el capital de nuestro país se asocie con el capital del país en que sea invertido. Una asociación de esta clase eliminará los males políticos y económicos resultantes del control extranjero de los recursos nacionales o de los servicios públicos de un país y permitirá que la población de los países en los cuales se desarrollen industrias o se exploten los recursos naturales, obtengan una participación justa y cabal de las utilidades".

Pero no son solo los estadistas y políticos los que han planteado este nuevo enfoque de las relaciones de los EE. UU. y los países latinoamericanos. Lo interesante es, que muchos de los hombres de negocios, capitanes de industrias y dirigentes de empresas comerciales, se muestren conformes con esta política de ayuda y de fomento económico. Han visto que está en su propia conveniencia estimular el desarrollo de Latinoamérica, por cuanto ello supone un común beneficio. Eric Johnston, presidente de la Cámara de Comercio de los Estados Unidos, en un penetrante artículo, ha señalado las enormes perspectivas que se abren a la economía norteamericana si se impulsa el desarrollo industrial de los países atrasados. Partiendo de la realidad de que nuestros países son ricos en materias primas y que carecen de recursos financieros y de los elementos técnicos para explotarlos en debidas condiciones, mientras que en los EE.UU hay superabundancia de capital, de tal modo que un exceso de él permanece ocioso, ante la petición insistente de los países pobres, Johnston indica la nueva modalidad bajo la cual, a su parecer, debe invertirse: "Ninguna nación en que haya superabundancia de capital, sea la Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Holanda, Suecia o los Estados Unidos, puede ahora invertir el excedente en países industrialmente atrasados, y absorber todas las ganancias. Tal forma de "imperialismo económico" está agonizando, donde no ha muerto ya. Esos países creen injusta y humillante, y no seguirán tolerándola. Lo que al presente quieren, y a ello tienen derecho, es entrar como socios en las nuevas empresas que se establezcan, sumando su capital con el capital extranjero y corriendo los riesgos y participando en las ganancias del negocio".

Este cambio en la mentalidad de los hombres de negocios de Norteamérica para enfocar la política financiera de las grandes potencias, de aplicarse, puede significar un vuelco en la historia económica y política de la humanidad y una evidente transición entre el capitalismo imperialista moribundo y la nueva sociedad que debe instaurarse. La edad de la explotación de los países atrasados entraría a ser reemplazada por una época de cooperación entre las grandes y pequeñas naciones.

Esta nueva fase de la política económica internacional de los EE. UU. tiene que ser aprovechada por nuestro país para llevar a cabo la transformación de su atrasada estructura, por cuanto no puede seguir como país semifeudal, con una anticuada agricultura y como suministrador de materias primas. Debe industrializarse creando mercados interiores para el mejoramiento de las condiciones de vida de sus grandes masas desamparadas, convirtiéndolas en consumidoras, puesto que así rompería el círculo vicioso de que no hay industrias porque no hay consumidores, y de que no hay consumidores porque no existen industrias Una industria amplia en la que su rica minería sea la fuente de materias primas, puede salvar a

Chile de la crisis en que se encuentra, solucionando los graves problemas de la alimentación, vivienda y vestuario, que agobian, a nuestro pueblo.

Es indispensable para conseguir este objetivo contar con el amplio apoyo económico y técnico de los EE. UU., y que esta ayuda se regule de acuerdo con las normas indicadas por Welles y Johnston, pues, de tal manera, el capital norteamericano puede significar riqueza y bienestar para Chile.

La posición de los políticos y hombres de negocios que hemos reproducido, se ha originado por un estudio realista de las relaciones actuales y futuras de los EE. UU., y Latinoamérica y teniendo en cuenta la extraordinaria y valiosa ayuda que nuestras naciones han prestado a la República del norte en el conflicto recién terminado; asimismo, tomando en consideración las opiniones de las masas de trabajadores de Estados Unidos, que desde hace algún tiempo combaten por sus reivindicaciones específicas y por un acercamiento hacia los trabajadores de América Latina. En el discurso que Phillip Hannah, pronunció en nombre de la delegación de los EE.UU, asistente a la Conferencia Sindical Interamericana, celebrada en Lima, el 19 de Enero de 1948, dijo, entre otras cosas, y como expresión del sentimiento de ocho y medio millones de obreros organizados: “Nuestra experiencia, a lo largo de más de medio siglo de efectiva actividad gremial, en la que millones de obreros han participado, nos ha enseñado una lección muy valiosa: no puede haber prosperidad en ninguna nación a menos que los trabajadores gocen de un alto nivel de estándar de vida y posean un alto grado de poder adquisitivo; no puede haber prosperidad en las Américas a menos que todas las naciones de nuestro Hemisferio Occidental gocen de un grado más alto de prosperidad”. Asimismo, agregó notables palabras para condenar la explotación que realizan los grandes monopolios imperialistas: “Firmemente somos opuestos a la política de aquellas corporaciones americanas o cualesquiera otras corporaciones industriales de extranjeros o nacionales que explotan a sus obreros, que sacan fuera del país todo o una gran parte de sus ganancias. Cualquier medida para corregir tales abusos tendrá nuestro franco apoyo”. Recordó que en un Memorándum presentado por la Federación Americana del Trabajo al Sub-Comité de las Naciones Unidas encargado de estudiar las condiciones económicas en Latinoamérica, manifestaron y recomendaron “que se tomaran medidas para contener la excesiva emigración de utilidades y que una gran porción de estas utilidades se distribuyera, en cambio, a los trabajadores en forma de mayores salarios o las tomaran los respectivos gobiernos mediante impuestos. Esta imposición de contribuciones, por supuesto, tendría como fin el bienestar social o proyectos de seguridad social destinados a mejorar la salud y el estándar de vida de los asalariados”. Pasó a continuación a señalar las luchas de la clase obrera de su país enfrentando a la reacción, contra el alza del costo de la vida y para proteger los derechos del trabajo organizado; denunció las maniobras de las fuerzas reaccionarias y totalitarias con el propósito de mantener a los trabajadores de Latinoamérica alejados ce los EE.UU: “ellos saben bien que mientras nos mantengan separados y divididos no nos será posible construir ese frente obrero democrático interamericano que es necesario para que ustedes y nosotros seamos conducidos hacia adelante en el camino de la victoria obrera”. Finalizó su intervención con las siguientes palabras: “Queremos un interamericanismo democrático sin imperialismo; queremos mejores condiciones de vida y trabajo para los obreros, para todos los obreros, del Hemisferio Occidental; queremos el progreso de la justicia social y la protección de los derechos del trabajador; queremos que la democracia se vigorice y se extienda; queremos ver, mientras vivamos, que las cuatro libertades de la Carta del Atlántico se conviertan en una realidad palpable; queremos ver a nuestra América, el Nuevo Mundo, que se convierta en el inconquistable baluarte de los derechos humanos, progreso social y verdadera civilización cristiana”.

Las ideas de cooperación de los EE. UU. con nuestros países, formuladas por los diversos personeros señalados, nos demuestran la existencia y desarrollo de una conciencia interamericana en el pueblo norteamericano y en muchos de sus organismos y dirigentes. Sin embargo, el proceso será largo hasta conseguir que se imponga como política oficial y normal de ese gran país. Todavía son poderosos los sectores que nos miran exclusivamente como campos de explotación y, desgraciadamente, dichos sectores son los que determinan la política exterior de los EE. UU. De aquí que para conseguir la vigencia amplia de una cooperación continental que se traduzca en nuestro desarrollo económico e industrialización sea necesario fortalecer el movimiento democrático popular de cada país; estrechar lazos con el movimiento obrero norteamericano; exigir de los gobiernos que fortalezcan sus relaciones comerciales y se preocupen preferentemente del alza del nivel de vida de las masas trabajadoras; y denunciar la actividad de los grupos de Wall Street y consorcios norteamericanos que prosiguen por la vieja senda de la rapiña y explotación imperialistas como si nada hubiera sucedido en los últimos y terribles años.

La verdad es que los financistas yanquis no tienen interés en prestar ayuda eficaz a los pueblos latinoamericanos, sino que desean continuar utilizándolos como campos de explotación para sus inversiones esquilmadoras. Nada más justo que los EE.UU extiendan a Latinoamérica aquella misma política de ayuda económica hasta lograr su total recuperación, que ha aprobado para Europa Occidental, pues nuestro continente tiene necesidad urgente de industrializarse para eliminar la miseria y la expoliación, tanto por razones de interamericanismo, como por los inmensos recursos que hemos facilitado para la grandeza de Estados Unidos y, recientemente para su victoria sobre el fascismo, y por lo imprescindible de nuestras materias primas para el mundo futuro. Por lo mismo nada más justo que nuestro Gobierno imponga a las empresas capitalistas extranjeras la obligación de retornar integralmente el valor de su producción en forma de préstamos a entidades estatales o semi estatales de producción y fomento.

Hacia el reestructuramiento económico social de Chile[5]

SEGUNDA PARTE

1. Las relaciones económicas chileno-argentinas.

2. Fundamentos de una política financiera y de un nuevo régimen tributario.

3. Necesidad y aspectos de la reforma agraria.

4. Medidas y consideraciones anexas.

1. Ha comenzado a jugar un rol importante como potencia financiera Argentina, que ya ha realizado cuantiosos préstamos a diversos países. Precisamente, en el curso del año 1947 la opinión pública nacional se ha sentido preocupada por la posibilidad de concertar un Tratado económico-financiero entre Chile y la Argentina, al objeto de lograr del gobierno vecino un empréstito de magnitud para proceder a nuestra industrialización. Se incrementaría, de tal suerte, la ayuda financiera extranjera a la débil economía del país. Desgraciadamente. el espíritu con que el gobierno argentino, que preside el coronel Juan Domingo Perón, elaboró las bases de dicho convenio, fue el mismo con qué se orientara la política expansionista y colonialista de las grandes potencias hasta la reciente guerra mundial (Francia, Estados Unidos, Inglaterra);

[5] OCCIDENTE mayo 1949 N°45

espíritu que ya ha hecho crisis y que esas mismas potencias han debido modificar (otorgamiento de la independencia a numerosas colonias, modificación de las relaciones entre las potencias y los países coloniales aun existentes, política de cooperación económica por medio de préstamos a los gobiernos de los países semicoloniales para que procedan a su industrialización). El gobierno argentino esgrime una política ya caduca que no se aviene con la situación mundial ni con la posición de los países americanos que tratan de estimular sus relaciones en un plano de igualdad y en beneficio reciproco hasta lograr un acercamiento estrecho que permita la verdadera unidad planificada de sus economías.

Por las consideraciones formuladas se hace necesario analizar la realidad de Argentina y ver de dónde deriva su poderío y su actitud soberbia con los demás países, para comprender claramente la verdad de lo que hemos afirmado.

Argentina es un país de poderosa economía agrícola y ganadera. Debido a su desarrollo fantástico en este terreno, ha podido desenvolver una producción inmensa y ha logrado formar una burguesía nacional, con capitales propios, que han sido utilizados, por otra parte, en la creación de industrias livianas importantísimas: textil, cuero, calzado, vestuario, artículos de primera necesidad y de carácter suntuario; artículos de arte, de utilidad doméstica, muebles, editoriales. De esta suerte, Argentina se ha dado una organización económica y financiera sana y sólida, con normas morales severas en cuanto a calidad, utilidad y venta, y de fomento y consolidación del trabajo calificado. Todo esto se ha concretado en la existencia de un alto estándar de vida nacional, con un auge permanente de su mercado interno y de su poder comprador y valor adquisitivo de su moneda.

Argentina ha logrado amortizar casi todas sus inversiones de capital; ha limitado en alto grado las inversiones imperialistas (que, por lo demás, en la agricultura pierden gran parte de su poder extorsionador al revés de lo que sucede en los países mineros); ha conseguido un apreciable nivel de racionalización de sus industrias livianas y auxiliares y, a causa de su poderoso mercado interno, ha logrado producir a costos muy moderados, de tal modo que puede presentar una oferta de calidad y en extensa cantidad, lo que hace difícil una competencia con ella. Pero Argentina, tan extraordinariamente dotada para una super economía agraria, no es un país con perspectivas industriales de orden internacional, pues carece de fuentes de materias primas para la formación de una industria pesada. He aquí su deficiencia ante otros países; por ejemplo, frente al Brasil, que reúne todas las condiciones para un desarrollo de tal índole y que es su rival más próximo en sus pretensiones de predominio en el continente latinoamericano. En esta tremenda falla radica el inusitado interés de Argentina para celebrar un Tratado con Chile. El deseo de nuestro vecino reside en la posibilidad de complementar su estructura económica, de llenar su vacío de falta de materias primas para crear su industria pesada, recurriendo a las inagotables fuentes nuestras, sobre todo en estos momentos en que se ha trazado un ambicioso plan quinquenal para reconstituirla, a fin de producir sus maquinarlas y armas.

Argentina podría conformarse con comprar a Chile carbón, fierro, cobre y acero semielaborado, a cambio de sus productos nacionales, ayudando a desarrollar nuestras industrias extractivas y a desenvolver nuestra industria siderúrgica, de tal suerte que se complementaran ambas economías: super economía agraria y ganadera en Argentina; poderosa economía industrial en Chile. Pero quien analiza el espíritu del frustrado convenio, se convence de que la actitud de Argentina no era de apoyo para la economía chilena, con fines de intercambio simplemente comercial, sino que era la envoltura pacifica de sus grandes aspiraciones expansionistas, de carácter económico continental, especialmente orientadas a su pretendida salida hacia el Pacífico. Argentina no se contenta con comerciar con Chile; desea convertirse

en productor autónomo de nuestro espacio económico nacional, como dueño de una parte decisiva de sus medios de producción y accionista mayoritario de su industria pesada, pues no son ciudadanos argentinos, o sociedades productoras, como particulares, los que entrarían, sino que sería el propio Estado argentino, como entidad jurídica y política, nuestro socio. Argentina no se interesa por el fomento de las industrias chilenas; su interés reside solamente en sus industrias extractivas, energía eléctrica, maderas, y una posición en el nuevo espacio económico-político del Pacifico.

Argentina demostró durante todo el curso de la última guerra una actitud de mal disimulado encono hacia las democracias, y fue el único país dentro del continente que se mantuvo prácticamente ajeno a la labor interamericana de defensa, acogiéndose a la política de “buen vecino" aplicada por los EE. UU, para no tener una presión y, por otra parte, abusando de su privilegiada condición de país agropecuario, indispensable para el sostenimiento de la Humanidad. Ya terminada la contienda, mientras los diversos países se esfuerzan por alivianar el mundo de la miseria en que yacen (una entidad costeada proporcionalmente por los diversos pueblos para reunir alimentos y salvar al mundo del hambre) y los Estados Unidos tratan de rehabilitar Europa por medio del Plan Marshall, el gobierno argentino se ha aprovechado de la espantosa realidad mundial para especular con la necesidad y el hambre, llevando a cabo un negocio soberbio. Ha creado el Instituto Argentino para la Protección del intercambio, que ha entrado a monopolizar las exportaciones e importaciones con el objeto de establecer un nuevo tipo de impuesto que alcanza por igual a los compradores y vendedores extranjeros y a los productores y consumidores nacionales. Este organismo adquiere en el país la totalidad de los saldos exportables a precios corrientes y los vende al exterior con un alto recargo. Al mismo tiempo se constituye en el único importador, distribuyendo las materias primas y artículos a precios más altos que el de compra en otros países. Así el lucro individual se transfiere al Estado, con lo que éste obtiene utilidades enormes. Gran Bretaña hizo notar que el aprovisionamiento de carne en la última temporada le costó un mayor desembolso de 7 millones de libras esterlinas sobre su precio normal que habría pagado directamente a los productores. A mediados de diciembre de 1946 el Gobierno de Buenos Aires anunció uno de los contratos del Instituto de Promoción sobre aceites y vegetales había dejado una utilidad de 700 millones de nacionales. La revista francesa “EUROPE", de junio de 1947, en su sección informativa, daba cuenta de que las cantidades de trigo argentino disponibles para 1947 eran avaluadas en 3.2 millones de toneladas y se agregaba que el comercio de trigo estaba monopolizado por el gobierno de Perón, quien lo compra a más o menos 292 francos la tonelada y lo revende al exterior a 1.022 francos. Estos datos nos dan un índice de la cuantía colosal de las entradas que percibe el gobierno vecino debido a su política estatal. A pesar de que los argentinos nos estiman como “país hermano”, nos han subido el trigo sucesivamente a 32, 35, 40 y 42 nacionales el quintal, mientras que se lo paga a 17 nacionales al productor aborigen (en Chile el agricultor recibe más o menos 25 nacionales por quintal. Igual explotación realiza en el rubro del aceite. Ya no nos vende la materia prima para refinarla en Chile, sino que nos entrega aceite semirrefinado, recargando en el doble nuestros desembolsos por dicho capitulo, amén de otras imposiciones. O sea, pretende subordinarnos por una política abusiva y presionarnos para aceptar obligadamente un Tratado como el que hemos criticado. Si Argentina nos estima y desea comerciar fraternalmente, ¿por qué no nos permite adquirir trigo, carne, maíz, oleaginosas, a los precios que el Instituto de Promoción paga a los productores argentinos? Así se evitaría la antipática explotación que señalamos. ¿Es posible que un vecino rico y prepotente, que actúa de la manera indicada, sin la menor consideración, desee perfeccionar un tratado con fines desinteresados de cooperación y complementación? ¿No es más exacto pensar que Argentina persigue por medio de él una determinada y definida política económica expansionista, a costa

de sus vecinos más pobres hasta lograr someterlas a su poderoso carro económico, sin interesarle un pito la complementación de economías, sino que, exclusivamente, la absorción?

Es un error creer que aquel Tratado unía dos economías complementarias, cuando, en realidad, lo que hacía era poner al servicio de Argentina nuestras fuentes de riquezas y los mercados del Pacifico de que hoy día no dispone.

La base del Tratado era la expansión de Argentina, a través de los medios que Chile facilitaba, con los cuales complementaría su poderosa economía agropecuaria al lograr desarrollar una industria pesada propia con materias primas chilenas, principalmente, y, también, bolivianas. Un Chile industrial, poderoso y libre, es un obstáculo para el proyecto expansionista de Perón, en la misma forma que lo fuera para Santa Cruz, en el siglo pasado. Argentina solamente desea el acceso a las fuentes de materias primas chilenas: cobre, hierro, carbón, energía eléctrica, maderas, para llevar a cabo su Plan Quinquenal, durante el cual pretende montar una industria pesada de importancia, base de su pretendido poderío económico y militar, y, junto a eso, facilidades de libre tránsito por nuestro territorio para su comercio de importación y exportación y el uso de nuestros puertos y rutas en el Pacífico, sobre los cuales ejercitamos dominio exclusivo. Chile no tenía acceso a las materias primas argentinas (semillas de oleaginosas, por ejemplo), según el mencionado Tratado, y no tiene necesidad de salir al Atlántico. La compensación de Chile estaba solamente en la posibilidad de desarrollar industrias de exportación a Argentina y disponer recursos momentáneos para adquirir artículos alimenticios que no podemos pagar por falta de divisas y que significarían nuestro endeudamiento sistemático. Chile recibía 600 millones de nacionales para aumentar la producción exportable a Argentina y construirle los puertos, caminos y ferrocarriles que atravesarían de cordillera a mar nuestro territorio.

Según lo que hemos expresado, Chile necesita contratar empréstitos para lograr su industrialización, única posibilidad en que reside su liberación futura; pero debe hacerlo de acuerdo con una política económica precisa y permanente, como país libre y soberano y con entera independencia para distribuirlos e invertirlos. Tratará de industrializarse, aprovechando sus materias primas, hasta que tal desenvolvimiento industrial propio, de acuerdo con sus intereses, le permita amortizar los empréstitos, recuperar la plena posesión de todas sus fuentes de materias primas y obtener así su total independencia económica: pero de ningún modo debe repetir con Argentina la misma política desgraciada que nos entregó a las grandes potencias imperialistas, cuyo yugo aun no podemos sacudir y que es el que limita todos nuestros movimientos y nuestras acciones para progresar y elevar el estado de prosperidad de la nación.

2. Las consideraciones anteriores acerca de la ayuda financiera extranjera para nuestro reestructuramiento económico-social, no significan auspiciar un endeudamiento sistemático ni ocultar las responsabilidades que el capital nacional tiene en este proceso. La política de los empréstitos en el extranjero es una solución parcial, y aún lo es parcial solamente en el caso que dicha política esté subordinada a una planificación integral de la economía del país, pues de lo contrario innumerables millones se malgastan en obras y empresas aventuradas, lo que endeuda y empobrece a la nación a la vez que provoca corruptelas que degeneran en el envilecimiento permanente del pueblo. Además, la participación del capital nacional en esta vasta empresa es obvia y el gobierno, puesto en el camino de planificar y realizar, debe poseer una política financiera. Chile tiene que armonizar, durante un largo período, una ayuda de capitales extranjeros con una capitalización nacional por medio de algunas drásticas medidas: estabilización de los precios y racionamiento de algunos consumos indispensables, mejoramiento de sueldos y jornales, con medidas para detener la inflación; y centralización de las

utilidades de las rentas excesivas por medio de impuestos progresivos a las ganancias excesivas no legítimas, y ahorro obligatorio para las ganancias y rentas excesivas legitimas. Ahora bien, para administrar e invertir estos capitales se debe crear un Banco del Estado, con el propósito de impedir la tiranía especulativa de los bancos particulares, facilitando dinero o crédito a bajo interés y a largo plazo a todos los productores.

La cantidad de recursos que puede obtener el Fisco en forma justa y legitima para financiar sus gastos ordinarios, como para llevar a la práctica la planificación integral por la que se aboga, es enorme, puesto que nuestro sistema tributario es lo más anticuado y torpe que puede existir. Aún más, se puede suprimir una serie de tributos onerosos y agobiadores y a la vez crear otros de estricta justicia que permiten realizar aquella descongestión en beneficio de las masas consumidoras y, además, dar fabulosas entradas al Estado para que lleve a cabo la obra de renovación que el país espera.

En general podemos afirmar que el sistema tributario nacional no se basa en la justicia social y solo tiende a salvaguardar los intereses de las clases plutocráticas. Por eso una parte considerable de los individuos y las rentas afectas a tributación escapan a todo gravamen tributario. Los impuestos generales de la nación han gravado principalmente los consumos (arancel aduanero e impuestos indirectos), pagados por igual por el contribuyente rico y el pobre, en pugna con el precepto de la igualdad en el sacrificio del pago. Han gravado todas las manifestaciones de la actividad (impuesto a la renta); el trabajo puramente personal, profesional e intelectual, cuatro veces (arancel, impuestos indirectos, renta y patentes); y se ha llegado al absurdo de imponer tributo a la falta de salud (el impuesto a los específicos que debe pagarlos el contribuyente enfermo).

Los impuestos indirectos que recaen sobre los consumidores alcanzan casi a la mitad de la tributación nacional. En cambio, existen numerosos impuestos de estricta justicia social, de rentabilidad elevada, desprovistos de crueldad, que son desconocidos para nuestro sórdido régimen tributario, como por ejemplo: impuesto al mayor valor, por causa social, de la propiedad inmueble, o sea, impuesto a la plusvalía espontánea de la tierra; imposición a las ganancias ilegitimas; tributo especial a las industrias favorecidas por el arancel aduanero; impuesto a los terrenos agrícolas insuficientemente cultivados; impuesto a los sitios urbanos insuficientemente edificados; impuesto al ausentismo agrario; imposición de un tributo adicional a las patentes de minas mensuradas, sin trabajo actual, de compañías o comunidades nacionales que amparan dichas pertenencias en vista de trabajos o negocios futuros; recargo del mismo impuesto adicional cuando se trata de compañías o comunidades extranjeras, o que siendo nacionales tengan una proporción de capitales extranjeros (Compañía Inglesa de Bórax, en Tarapacá, que en el mineral de Chilcaya, departamento de Arica, tiene de reserva 25 millones de toneladas de bórax puro; Compañías Americanas de Hierro en Coquimbo; minas de carbón diversas, etc.); estanco de los tabacos y fósforos; monopolio fiscal o municipal de los servicios de utilidad pública que, en la actualidad, están monopolizados por cuenta de particulares (gas, electricidad, pompas fúnebres, etc.); impuesto a las compraventas de lujo; reavalúo de la propiedad raíz, en especial de los predios rurales que hoy tributan sobre una estimación global de 15.700 millones de pesos, en circunstancias que su valor real debe estimarse en $ 45.000.000.000. De este modo se producirá el aumento correlativo del impuesto territorial y el aumento en progresión del global complementario calculado en la actualidad sobre la presunción de renta a base del avalúo. (El reavalúo hecho con sujeción al rendimiento racional de los predios explotados técnicamente puede constituir la palanca adicional en favor de la reforma agraria). Deberá penarse el delito tributario, especie dentro del delito económico, que se consuma mediante contabilidad falsa o

adulterada, formación de sociedades anónimas subsidiarias y demás formas legales de frustración de los tributos.

Por contragolpe a este aumento de la tributación directa podrían, en cambio, disminuirse los impuestos indirectos que afectan preferencialmente al pueblo; y otros, como por ejemplo el impuesto a los bienes raíces que sean la casa familiar, o bien los comprados por las Cajas de previsión y siempre que su dueño no tenga otro bien raíz, concediéndose acción popular a la denuncia del fraude. Dentro de esta misma tendencia, cabe una reducción de impuestos al pequeño propietario agrícola que trabaja por sí mismo su predio; la derogación del impuesto a los específicos y monopolio fiscal de la importación de los extranjeros que son materia de especulación de comerciantes ávidos de ganancia con detrimento de la salud pública; la liberación total del impuesto a la propiedad destinada a habitación obrera y al empleado modesto por un número de años determinado en la periferia de las ciudades y en condiciones establecidas por un reglamento.

3. Para superar esta etapa semicolonial, la planificación económica debe tender en forma especialísima a la reforma agraria. La industrialización y la reforma agraria son las bases fundamentales sobre las cuales debe edificarse el reestructuramiento económico-social de Chile. Actualmente la producción agrícola es escasa y mal aprovechada. Existe un gravísimo problema de erosión de los suelos, de tal modo que ha representado una pérdida acumulada de unos 400 millones de pesos por año. No se dispone de una carta de suelos y así la producción queda sometida al arbitrio individual y no a una orientación de conjunto y dirigida; de ahí que nunca se sepa con qué cantidad de productos se va a contar en el año para atender a las necesidades de los habitantes. La falta de medios de transporte es angustiosa y origina verdaderas contradicciones. En Chiloé a causa de la sobreproducción de papas, se botan, a los canales cantidades enormes, pues no tienen precio, mientras en las regiones continentales del país alcanzan un precio astronómico; y así ha sucedido con trigo, arroz, frutas, carnes, maderas, etc. Existen regiones donde no se conocen los abonos y no se emplean a pesar de que los terrenos están empobrecidos, y esto en circunstancias que Chile es el mayor productor de fertilizantes naturales del mundo. Las grandes ciudades carecen de cinturones agrícolas que sirvan a su abastecimiento y cada año se han ido alejando los centros de producción, lo que encarece la vida y dificulta el aprovisionamiento. Y todo esto guarda estrecha relación con el problema de la distribución de la propiedad agraria. Según las diversas estadísticas reproducidas el latifundio predomina y agobia la realidad agrícola nacional. En ciertas determinadas zonas, en cambio, existe una excesiva subdivisión de la propiedad, régimen perjudicial para una eficiente y económica explotación. Es necesario, entonces, proceder a una profunda reforma agraria con el objeto de modernizar la agricultura, aumentar su producción y realizar su conveniente distribución. Esto lleva involucrada la necesidad de mejorar la red caminera del territorio, modernizar los ferrocarriles y construir otros; extender las obras de regadío; crear puertos, aumentar la red fluvial, etc. Así puede existir una relación directa y adecuada entre los centros de producción y los centros de consumo.

Un plan agrario que contemple una reforma honda debe: 1) Modificar el defectuoso régimen de propiedad y explotación de la tierra, extirpando la gran propiedad y subsanando los inconvenientes de la pequeña. 2) Racionalizar esta actividad, pues se ha desarrollado lentamente, para llevar hasta ella los beneficios de la técnica moderna. 3) Mejorar la situación económico-social del campesinado, elevar su estándar de vida para que pueda constituir un mercado eficiente para nuestras industrias fabriles, que no se desenvuelven bien por la carencia de poder adquisitivo de la población, y liquidar el inquilinaje, substituyéndolo por el sistema monetario de retribución al trabajo. 4) Y todo esto, además, para obtener que nuestra producción agrícola satisfaga las exigencias del consumo interno y deje un excedente exportable, contribuyendo a la

importación de maquinarias para acelerar la industrialización, de tal manera que uno de los objetivos básicos sea proveer de materias primas a las industrias derivadas de la agricultura.

4. La planificación, como resultado del conocimiento de las contradicciones de la realidad nacional y como expresión de una moderna política económico-social tendiente a superarlas, debe resolver los vitales problemas que hemos reseñado, procediendo al desarrollo de las fuerzas productivas por medio de la industrialización y la reforma agraria. Este desarrollo industrial y agrícola necesita empréstitos, maquinarias y revisión y reorientación del régimen tributario para lograr los vastos recursos técnicos y financieros que permitan la creación y fomento de las industrias siderúrgica, química, manufacturera del cobre, forestal, petrolífera, con el aprovechamiento de la energía eléctrica y del carbón, hierro, cobre, maderas y demás materias primas que el país posee en abundancia. Esto exige la nacionalización progresiva de las empresas imperialistas del salitre, cobre y hierro; de los servicios de utilidad pública (transportes, distribución de la energía eléctrica, gas, teléfonos); y de las empresas industriales y comerciales que hayan llegado a la etapa monopolista. En la misma forma es necesario proceder a la nacionalización del comercio exterior, y a su monopolio por el Estado, puesto que tal medida ayuda a la planificación económica, limita la explotación imperialista (al eliminar las grandes casas importadoras y exportadoras extranjeras que succionan al pequeño productor y al país); y es una fuente de ingresos para el Estado. La creación de un Instituto Nacional del Comercio Exterior del Estado (tal como lo ha hecho el gobierno argentino) como rector de toda la política comercial exterior y dotado de un poder de compra y venta, sería una colosal fuente de riquezas para el Fisco. A esta medida se une, necesariamente, la que se relaciona con la racionalización del comercio interior para eliminar el exceso de intermediarlos, quienes multiplican el proceso inflacionista a través del encarecimiento que provocan en los diversos artículos y del agio que generan y del que, en gran parte, vive y prospera. Igualmente se hace imprescindible la nacionalización de los seguros y del crédito por medio del Banco del Estado, creado sobre la base de la Caja de Ahorros y demás instituciones semifiscales de crédito, con el objeto de disponer crédito a largo plazo y eliminar el crédito especulativo que ponga término a la explotación usuraria de los bancos particulares.

Junto a las medidas indicadas se hace urgente proceder a la descentralización administrativa, asegurando una efectiva participación de las diversas regiones del país, de acuerdo con sus posibilidades, de los beneficios de la política económica del Estado, y, de tal suerte, reducir las actuales provincias a un número discreto de regiones administrativas que correspondan a las zonas geográfico-económicas del país, con autonomía y recursos propios. Paralelamente a esta descentralización debe verificarse una reorganización de la Administración Pública para unificar su acción y eliminar la burocracia inútil.

Todo este conjunto de grandes reformas, con el propósito de realizar el reestructuramiento económico-social de Chile, tiene que ir aparejado a una serie de medidas eficaces para proteger a las masas trabajadoras, elevando sus condiciones de vida y trabajo. En primer término, debe establecerse el salario vital con su adecuado sistema de asignaciones familiares; sobre él edificarse una escala móvil de salarios y sueldos en armonía con las variaciones del costo de la vida y debe darse una justa participación a los obreros en la dirección y utilidades de la empresa según la cantidad y calidad de su trabajo. Con la misma orientación resguardo de las formas de existencia de las clases laboriosas, deben unificarse las diversas instituciones de previsión y asistencia social, a fin de ampliar sus beneficios, realizarse una vasta política de habitación popular (incluso limitando la edificación de lujo si es preciso), impulsarse el mejoramiento de las condiciones sanitarias de la población, combatiendo en forma sostenida los vicios que la agobian, especialmente el alcoholismo.

En esta gran cruzada de transformación, la juventud es la reserva más preciosa, por lo que debe emprenderse una amplia reforma de la educación, que abarque los diversos grados y ramas de ella y llegue a toda la población en edad escolar, que elimine el analfabetismo y que por medio de una orientación concorde con la planificación económico-social, entregue jóvenes aptos para sumarse, técnicamente capacitados, a tal empresa.

Por la acción de la enseñanza bien orientada y por la realización de esta política económica planificada se debe lograr el ennoblecimiento de la política y del individuo, requisitos indispensables para que la democracia funcione fecundamente y en consonancia con sus postulados esenciales.

Tan amplia planificación es el único camino para que Chile resuelva victoriosamente sus grandes problemas y reencuentre la ruta precisa de su porvenir. "Planificar no significa tiranía del Estado y de la burocracia gubernativa sobre todos los negocios particulares. Planificar ha de entenderse como poder orientar y encauzar, liberando fuerzas creadoras de los individuos, fuerzas que, sin el Plan, no podrían manifestarse en acción... Afirmamos que la planificación no solo debe significar iniciativa, de parte del Estado, sino también que ha de estimular las energías creadoras, la iniciativa, la responsabilidad y el espíritu de colaboración de todos los ciudadanos". (Mario Antonioletti: "Los fundamentos racionales de la planificación").

Valentín Letelier: su posición en lo educacional y lo político[6]

Don Valentín Letelier nació en la ciudad de Linares, en 1852, y se educó en el Liceo de Talca y en el Instituto Nacional. Se graduó de abogado en 1875. En el año de 1877 inició su fecunda carrera docente y administrativa, como profesor de Literatura e Historia en el Liceo de Copiapó. De esta época data su dedicación a los estudios filosóficos y su adhesión entusiasta a los principios de Augusto Comte. Es aquí, también, donde inicia sus colaboraciones periodísticas, en "El Atacama".

En 1879 fue elegido diputado por Copiapó, figurando en sitio de honor entre los parlamentarios del entonces vigoroso Partido Radical, del cual llegará a ser, con el correr del tiempo, su más destacado teórico y dirigente. Concluido su mandato fue nombrado secretario de la Legación de Chile en Berlín, cargo en el cual, sobrepasando las labores rutinarias, se consagró al estudio de la organización educacional y a observar la vida, en sus múltiples facetas, de tan poderoso país, lo que le servirá grandemente en su futura labor docente y social en su propia patria. Con el objeto de dar a conocer a Chile y fomentar la inmigración, escribió un libro de propaganda: "Chile en el año de 1883", que logró provechosos resultados.

Valentín Letelier regresó a su país en 1885. Su permanencia de tres años en Alemania le permitió afianzar y sistematizar sus estudios; profundizar y ensanchar su ideario positivista. Y podemos afirmar que él ha sido el pensador chileno que más substancia extrajo de ese sistema y quien más le honró con su magisterio y su labor científica. Por otra parte, su estada en Alemania, que le permitió examinar detenidamente la organización y funcionamiento de la educación en sus diversos grados, en un país que en ese tiempo era un verdadero laboratorio de experiencias pedagógicas, lo llevó al convencimiento de que el porvenir de Chile estaba ligado a la difusión de la enseñanza y la cultura, desde la escuela parvularia hasta la Universidad. Fruto de sus estudios del sistema educacional alemán fueron sus noticiosos informes sobre

[6] OCCIDENTE marzo 1950 N°54

el sistema froebeliano, las escuelas primarias y la enseñanza secundaria y superior en Berlín, enviados al país entre los años 1883 y 1885.

A su regreso, Letelier se dio a conocer vastamente cuando en 1886 se presentó a dos certámenes, triunfando en ambos: al Certamen Varela, que propuso como tema el estado de la ciencia política en el país; y a otro de la Universidad de Chile, que implicaba responder a la pregunta: ¿Por qué se rehace la Historia? Su trabajo "La Ciencia política en Chile", es un ensayo valioso en el que predomina el carácter crítico antes que la investigación sobre la ciencia política misma. Es interesante, porque ya alude en él a problemas profundos, como, por ejemplo, al del inquilinaje: "proletariado agrícola sumiso, abyecto, sin nociones morales ni aspiraciones y sin esperanzas de mejoramiento, fuente perenne de criminales". Para Letelier era este un problema característico del medio social de Chile, que al arte político le incumbía resolver a base de una investigación atinada y científica. "¿Por qué se rehace la Historia?", es un ensayo influido por Montesquieu y Buckle, refundido más tarde en su vasta obra "La evolución de la Historia", aparecida en 1900, libro demoledor del tradicionalismo dogmático e inspirador de nuevos rumbos en la investigación del pasado. Esta labor de filósofo de la historia la complementa con la de disciplinado investigador, a pesar de que no escribió ninguna obra histórica especial, al llevar a cabo una vasta compilación de documentos públicos de extraordinario mérito para la reconstrucción de un extenso período de la historia patria: las "Sesiones de los Cuerpos Legislativos de la República de Chile (1811-1845)". El Tomo I lo recopiló don Domingo Amunátegui Solar y comprende los documentos del primer Congreso, de 1811, y de los Senados de 1812 y 1814, es decir, el lapso de la Patria Vieja. En 1886 fue encargado don Valentín Letelier de la continuación de tan amplia empresa. Desde ese año hasta 1908 le demoró la publicación de los 37 volúmenes de que consta la compilación completa.

En 1887 elaboró el plan de una escuela moderna que consiguió se llevara a la práctica, luchó por que el Gobierno enviase maestros a perfeccionar sus conocimientos a Alemania y Suecia. Asimismo, bregó por que los Trabajos Manuales se incorporaran en los planes de educación común y tuvieran profesores especializados. Por otra parte, se preocupó del mejoramiento de la instrucción primaria y de la educación de la mujer en los colegios del Estado. Le cupo una participación importante en la fundación del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, para la formación del profesorado secundario, plantel al que, posteriormente, defendió en forma brillante y ardorosa, cuando se realizó una campaña para lograr que se suprimiera, campaña verificada a los dos años que se había fundado. (En su libro "La lucha por la Cultura", se recogen los estudios que compusiera, en noviembre de 1892, en defensa del Instituto Pedagógico y que fueron dados a luz en el diario "La Ley", en junio de 1895. En 1940, el Instituto Cultural germano-chileno hizo una reimpresión de esos valiosos artículos, que llevan un prólogo del distinguido catedrático don Roberto Munizaga A., con el título de "El Instituto Pedagógico").

En 1888, Letelier fue elegido diputado por Talca. Y en el mismo año asumió la cátedra universitaria de Derecho Administrativo, desde la cual ejercerá poderosa influencia en nuestra sociedad. A través de su desempeño acumulará los materiales y las reflexiones que, en sus años de retiro, en el ocaso de su existencia, se concretarán en dos libros de altos méritos: "Génesis del Estado" y "Génesis del Derecho". En 1891 participó en la revolución en contra del presidente Balmaceda, a quien atacó duramente. En 1892, al reiniciar su cátedra de Derecho Administrativo, lo hizo con un discurso sobre "La Tiranía y la Revolución", en el que enfoca la administración Balmaceda y defiende los principios y actitud de los revolucionarios.

En 1892 publicó su "Filosofía de la Educación", escrita en 1891, en la cárcel, donde expone la teoría general de la enseñanza pública, conforme a la filosofía positivista. Fue el breviario de nuestros educadores

durante muchos años y tuvo una resonancia internacional. El juicio del destacado sociólogo español don Adolfo Posada indica la medida de la acogida dada a su libro:"... Acaso no pueda señalarse en toda la literatura pedagógica sudamericana ninguno que lo iguale en información, en abundancia de doctrina, en amplitud de vistas para abarcar, con excelente espíritu crítico, la complejidad de los problemas que entraña la ciencia de la educación". En 1895 aparece, como ya hemos mencionado, su libro "La lucha por la Cultura", recolección de artículos de diarios, conferencias y discursos en que afianzaba sobre todo la doctrina del Estado docente, muy discutida hace medio siglo.

Fue designado Fiscal del Tribunal de Cuentas, cargo en el que llevó a cabo una amplia labor, conservándose 27 gruesos tomos con los borradores de sus vistas como Fiscal de las cuentas públicas. De esos tomos se ha formado un libro de selección, publicado en 1923, bajo el rubro de "Dictámenes de don Valentín Letelier, Fiscal del Tribunal de Cuentas, 1891-1918".

En mérito de su dilatada obra llegó a ser elegido Rector de la Universidad de Chile y durante su Rectorado (1906-1911) un soplo renovador sacudió, tanto en lo espiritual como en lo material, la Casa de Bello. Actuando con independencia de criterio y gran tolerancia, realizó una labor reconocida por todos.

Los últimos ocho años de su vida (1911-1919) fueron de retiro y meditación. Entonces compuso sus dos obras que lo acreditan como un sociólogo de grandes condiciones: "Génesis del Estado y de sus instituciones fundamentales", impresa como una introducción al derecho público (en Buenos Aires, en 1917), en la que se esfuerza por descubrir el sentido social del Derecho; y "Génesis del Derecho y de las instituciones civiles fundamentales", aparecido en Santiago y en Buenos Aires, en 1919, donde ahonda en la materia con el mismo criterio y alcance.

Valentín Letelier se destacó como profesor y abogado, como filósofo de la educación y del derecho y como político. En su variada obra sobresalen dos finalidades: 1° Valorizar la cultura científica y enaltecer la educación pública; 2° Realizar, por medio de la política, una obra de reforma social y de modernización institucional.

Valentín Letelier estimó que, para actuar ante la realidad, desde cualquier ángulo, como maestro, político o gobernante, era necesario hacerlo guiado por un conjunto de sólidos principios, por una filosofía precisa. Ya hemos expresado que él adhirió a los postulados filosóficos de Augusto Comte y que a la luz de tal sistema organizó su concepción del mundo y de la sociedad. En seguida, disciplinado en la coherencia de la doctrina comtiana, analiza y hurga en la realidad nacional, enfocando sus problemas esenciales, en especial, los que guardan relación con la enseñanza.

Para Letelier la educación es un fenómeno eminentemente social, una función social cuya finalidad mira a renovar la vida de la comunidad por la transmisión de un determinado tipo de cultura. Establece una conexión estrecha entre la educación, la vida social y la política. Las escuelas son herramientas para la construcción de una mentalidad colectiva. Si la educación está destinada a formar esta mentalidad colectiva, a forjar un alma común, y las escuelas son las herramientas para la organización de la nacionalidad, es el Estado el que debe tener la dirección superior de la enseñanza. La "educación es atención preferente del Estado" y éste por medio de sus organismos adecuados es el que debe orientar y unificar la enseñanza nacional. En este sentido es Letelier quién, en forma más acabada y convincente, ha elaborado la teoría del Estado docente. En su discurso pronunciado en la Universidad de Chile el 16 de septiembre de 1888, sobre las relaciones del Estado y la educación nacional (incluido en su obra: "La lucha por la Cultura"), expresa en un párrafo particularmente brillante "... Creo yo, señores, que, sin renunciar a

la tarea más noble y al medio más eficaz de gobierno, un Estado no puede ceder, a ningún otro poder social la dirección superior de la enseñanza pública. Para el sociólogo y para el filósofo, bajo el respecto indicado, bajo el respecto moral, gobernar es educar, y todo buen sistema de política es un verdadero sistema de educación, así como todo sistema general de educación es un verdadero sistema político. Es, por tanto, doctrina esencialmente materialista, indigna de todo repúblico de espíritu superior, la de que el Estado no debe curarse más que del cuerpo y del orden material de la sociedad. No, señores, las tradiciones invariables de la política chilena no menos que los dictados de la sana filosofía nos enseñan que el Estado tiene también cura de almas y corazones, como quiera que su misión más elevada no es la de atender a la conservación del orden actual o material, sino la de atender al desenvolvimiento del orden actual o material, sino la de atender al desenvolvimiento del orden eterno o moral".

Letelier estima que el Estado, precisado por su propia destinación a mantenerse por encima de todas las sectas y partidos, está lógicamente forzado a adoptar y mantener un sistema general de educación pública, basado en una filosofía humana y realista, porque de todas las enseñanzas, la única que aceptamos todos como verdadera, la única que no nos divide, es la enseñanza de la ciencia. El Estado debe mantener resueltamente su política docente conquistada después de luchas tan arduas y de experiencias tan graves: "reserve, pues, exclusivamente para sí todas aquellas prerrogativas jurídicas, como la colación de grados, que solo en virtud de una delegación expresa de su soberanía, pueden ser ejercidas por autoridades extrañas. Cuídese de ceder a otras manos fuerzas y armas que juntamente servirían para combatirlo a él y para ahondar las divisiones de la sociedad chilena. Contrarreste decididamente la influencia sectaria de una enseñanza que propende derechamente a reaccionar contra el desarrollo de nuestra cultura social, con la influencia moderadora de una enseñanza puramente científica, que no vulnera los fueros de ninguna conciencia. Y, sobre todo, ponga los institutos de instrucción pública en condiciones de superioridad tal que todo padre de familia se sienta inclinado a preferirlos para la educación de sus hijos".

En su libro "La lucha por la Cultura", incluye otros ensayos en que toca aspectos extraordinariamente interesantes de la realidad educacional del país y que le sirven para ampliar sus puntos de vistas y dejar claramente asentadas sus doctrinas del Estado docente. Diversos problemas que se han planteado de nuevo, en las presentes circunstancias del país, como el de los exámenes y de su fiscalización y de la enseñanza de la religión, están tratados de manera preferente por Letelier con abundancia de razonamientos y sólida doctrina, de tal modo que cobran palpitante actualidad en estos instantes en que sectores intransigentes tratan de crear una lucha religiosa en el seno de la sociedad chilena, con fines proselitistas y con el deseo oculto de tender una cortina de humo sobre la consideración de los difíciles problemas económico-sociales que afectan al pueblo.

Valentín Letelier, en 1879, fue elegido diputado por Copiapó. Nuevamente, en 1888, lo fue por Talca, y en tal condición suscribió el acta de deposición de Balmaceda en 1891. Es que Letelier fue un pensador y a la vez un político. Roberto Munizaga ha señalado certeramente esta doble faz suya en una página que pasamos a reproducir: "Pero lo que sorprende y fascina en Letelier es que no manifestara una ruptura entre el hombre de pensamiento y el de acción. Su formación jurídica pudiera haber hecho de él una de esas mentalidades deductivas, ágiles para moverse en el plano de los principios en una coherencia lógica puramente formal, pero impotentes para reajustar su instrumental dialéctico a los ambiguos matices de una realidad que cambia. Su formación filosófica pudiera haberlo conducido a "buscar la paz sobre las alturas" en un terreno de piadosas generalidades y fraseologías edificantes, en el que se elimina cuanto tiene de áspero la consideración de los problemas concretos. No obstante, Letelier se mantuvo adherido a las cosas para interpretarlas y reconstruirlas. En todas las posiciones cultivó el valor intelectual de mirar

las realidades cara a cara y hablar siempre un lenguaje claro, nítido, directo. Periodista, sus luchas en defensa de la cultura resuenan aún entre nosotros. Maestro, sus iniciativas prácticas cubren todo el dominio de la educación, desde la escuela primaria hasta la universidad. ¡Nada tan digno de mostrarse a nuestros estudiantes como la figura moral de este Rector de la Universidad de Chile! Jurista, sus dictámenes se singularizaron por un agudo sentido de los hechos. En todos los aspectos Letelier realiza este equilibrio entre el filósofo y el hombre de acción".

Esta condición de hombre de lucha es la que lo destacó en el seno del Partido Radical, en cuyas filas militó, siempre en el sector de avanzada. Su posición fue renovadora y lo llevó a enfrentarse, a menudo, con don Enrique Mac-Iver. La acción de Letelier en este aspecto fue una anticipación de las innovaciones doctrinarias y programáticas del radicalismo, necesarias a causa del desarrollo económico y social del país, en la década de 1930 a 1940. Ya en 1888 asistió en su calidad de delegado por Constitución, junto con Enrique Mac-Iver, a la primera Convención del Partido Radical. Posteriormente, al estallar la revolución de 1891, fue enemigo enconado del gobierno de Balmaceda a quien atacó en algunas "Cartas Políticas", en las que responsabilizaba al gran presidente de la situación que vivía el país, llegando a extremos de inaudita violencia. En este ataque destemplado a la administración Balmaceda demostró una miopía extraordinaria, de tal suerte que una vez triunfante la insurrección debió combatir el régimen de parlamentarismo sui géneris que se implantó por los vencedores, a causa de los profundos vicios que entrañaba y que no hizo, por lo demás, otra cosa que consagrar la preeminencia de los intereses oligárquicos en la nación. Durante la contienda civil, aparte de los panfletos virulentos en los que acusaba a Balmaceda de tirano similar a Tiberio, se dedicó a refutar a la prensa del gobierno. Esta expresaba que la revolución era una lucha de clases, puesto que la oligarquía se había alzado en armas contra un gobierno popular que la despojaba de sus privilegios. Valentín Letelier rechazaba tal afirmación haciendo ver que en Chile no existía ninguna clase social privada del derecho de ascender a los más elevados cargos públicos si el mérito destacaba al individuo. En Chile no hay patricios y plebeyos por su estirpe, afirmaba Letelier; no hay más que un solo pueblo indivisible, sin distinciones jerárquicas para el goce de los derechos y beneficios que asegura el Estado. Insistió en negar el tinte clasista de la revolución, junto con la existencia de una oligarquía en Chile. Admite sí que la insurrección no fue popular en un principio, por cuanto las masas la miraron con indiferencia, como una contienda entre "futres", incorporándose en el movimiento solamente cuando de ellas se extrajo a viva fuerza la carne de cañón. La iniciativa en todo caso partió de las clases superiores, en las cuales residía la cultura; las inferiores, por su ignorancia y por su inopia, no estaban capacitadas para comprender el verdadero motivo de la lucha. Este desarrollo de Letelier indica claramente el carácter oligárquico de la sublevación, a pesar de su afirmación contraria, puesto que el pueblo no tenía quejas contra el presidente, y se había beneficiado con sus obras. Pero, es verdad, que no fue gobiernista, ni tampoco fue revolucionario. Fue indiferente y simple instrumento.

En 1888, en la primera Convención Radical, Letelier no se distinguió ni expresó posición alguna ante la cuestión social.

Es a fines del siglo XIX cuando inicia un viraje que lo llevará a ser el personero del movimiento de renovación política del radicalismo. Ya en el año 1896, en el diario "La Ley", publicó una monografía titulada "Los Pobres", analizando la aparición de los partidos obreros, demócratas o socialistas, como un fenómeno de trascendencia. Al enfocar la razón de ser de tales grupos insinúa la conveniencia de una readaptación del Partido Radical, que equidista, según él, de las clases populares y de las clases conservadoras. Juzga Letelier que, hasta ese momento, los gobiernos solo habían satisfecho las necesidades de las clases superiores, dejando en completo olvido las de las clases humildes. El culpable de

tal injusticia era el liberalismo. Expresa: "todo lo que ha hecho por los pobres se reduce substancialmente a la instrucción y al sufragio, esto es, a ilustrarles para que conozcan mejor sus miserias y a armarlos para que puedan exigir por sí mismos el remedio de sus males. Sorprenderse del aparecimiento del socialismo es sorprenderse de que la instrucción popular rinda su fruto más genuino, el de dar capacidad al pueblo para estudiar sus propias necesidades". Después de este análisis deduce que el Partido Radical debe mirar hacia ellos, porque "la causa de los pobres fue siempre la causa de los corazones más generosos. La causa de los pobres debe ser la causa del radicalismo". A manera de deducción concreta de su planteamiento, en ese mismo año de 1896, propugnó la acción mancomunada radical-demócrata y defendió un programa de reformas sociales (legislación sanitaria, obrera y reparto de tierras). Se manifestaba ya en él un poderoso espíritu de reforma social y en la Convención de 1899, mientras el líder principal del radicalismo, don Enrique Mac-Iver defiende un individualismo liberal acérrimo, Letelier le opone su espíritu social y avanzado. Mac-Iver, en 1903, llegó a expresar que el socialismo en Chile no tenía razón de ser por no vislumbrarse la “cuestión social", pues, de existir algún sector de proletariado sería únicamente el de los campesinos "que hoy constituyen en el país una verdadera raza de ilotas" (afirmación que tuvo un trágico desmentido con la iniciación de los grandes movimientos obreros en 1903, 1905, 1906 y 1907, en Valparaíso, Santiago, Antofagasta e Iquique). Letelier lo refuta y se inicia una polémica que alcanza su más dramática expresión en la Convención Radical de los primeros días de 1906, en Santiago. Con motivo de la discusión de un nuevo proyecto de programa, contendieron Mac-Iver y Letelier, es decir, las tendencias individualistas y de reforma social. Este último defendió la ampliación del programa radical con el planteamiento de las cuestiones sociales que querían una solución jurídica. Su tendencia, concretada en la necesidad de una legislación social, se impuso y logró cierta renovación del radicalismo. Pero es un error creer que por esta actitud Valentín Letelier se señaló como un socialista, ya que él entendía por socialismo la doctrina de la alteración de las bases del orden social y jurídico, con el objeto de conseguir para el proletariado una definitiva situación de bienestar, doctrina que él no comparte. Deseaba solamente una legislación protectora sobre la organización del trabajo y sobre las condiciones de vida de la masa obrera, especie de socialismo de cátedra, más, su discípulo don Armando Quezada Acharán demostró, en dicho Congreso que la legislación obrera no debía confundirse con el socialismo sistemático que aspiraba esencialmente a colectivizar la propiedad.

De todas maneras, por su acción en este torneo y su labor posterior, don Valentín Letelier definió con respecto a la cuestión social, aparte del reconocimiento de su existencia (que don Enrique Mac-Iver negaba), una política social que poco a poco se fue llevando a la práctica. Y además le señaló al radicalismo la necesidad de renovar su programa y marchar a tono con el desenvolvimiento económico-social del país, al lado de las fuerzas democráticas y populares.

Siguiendo aquella posición de Valentín Letelier, el Partido Radical ha reconocido la existencia de la lucha de clases en el seno de nuestra colectividad y ha debido postular, como una manera de conjurarla, la urgencia de instaurar una democracia económica que, sobrepasando los estrechos límites de la democracia política, dé justicia social y económica a las grandes multitudes laboriosas. Tal como planteara Valentín Letelier: o el Partido Radical se da un programa socialista mínimo, o deja de ser partido radical.

Darío Salas, educador ejemplar[7]

1. Recuerdo de don Darío Salas.

2. Estudios e ideas básicas.

3. Su participación en el Congreso de Educación Secundaria de 1912.

4. Posición de Darío Salas ante los problemas de la enseñanza popular.

5. Su libro decisivo: "El Problema Nacional".

6. Su labor administrativa y docente.

1. Don Darío Salas es uno de los educadores de mayor valer y tenacidad que ha tenido nuestro país. La actividad íntegra y esencial de su existencia la consagró por entero a la enseñanza, a su organización y perfeccionamiento, a su extensión y progreso.

Fue nuestro profesor de Historia de la Pedagogía y de Metodología General en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile y, también, fue quien dirigió nuestra práctica docente en el Liceo de Aplicación. Lo recordamos con particular afecto. A través de sus clases exhibía un vasto conocimiento del desarrollo de las ideas pedagógicas y de la constitución de los sistemas educacionales de los diversos países de la tierra. Por otra parte, este conocimiento teórico estaba abonado por una obra dilatada en la dirección de la enseñanza nacional, en la cual había dejado huellas perdurables de reformas y adelantos reales y valiosos.

Don Darío Salas era un hombre de estatura baja, un poco grueso, de facciones regulares y color moreno. Sus modales eran medidos y corteses; hablaba con seguridad y claridad, mientras un cigarrillo permanecía encendido entre sus dedos. Impresionaba su exterior por cierto aire de solidez y de reserva; parecía estar como ausente, preocupado de graves problemas; sin embargo, era un hombre extraordinariamente observador, lo que se traslucía en su mirada aguda y escrutadora; muy atento para escuchar cualquiera consulta o sugerencia y prudente para responder. En realidad, don Darío Salas, para todos los que fuimos sus alumnos, era un profesor serio, estudioso, cumplidor severo de sus responsabilidades y muy preocupado porque le diéramos el valor que poseen a las disciplinas que nos enseñaba. Siempre se demostró comprensivo y bondadoso, tratando de que todos nos interesáramos por sus ramos, por la comprensión y valoración exactas de su contenido e importancia para el desenvolvimiento de nuestras labores docentes futuras. Nunca trató de imponerse por la violencia o los medios habituales de que puede echar mano el profesor rutinario y mediocre. Y esta cualidad humana de verdadero educador le provenía de su vida esforzada, de trabajo y lucha: todo lo que era lo debía a su propio esfuerzo y a sus méritos intrínsecos; y, sobre todo, a su convencimiento profundo, a su fe honda e inalterable, de que la educación constituía un instrumento fundamental de modificación de la sociedad y que en Chile, para realizar la transformación que todos anhelábamos, el progreso real y poderoso que pusiera al país en relación justa con tradición histórica, era menester ampliar la educación hasta abarcar todos los sectores de la comunidad. Esta fe en la enseñanza era lo que lo movía en su tarea y era la que deseaba inculcar a sus alumnos.

2. Darío Salas, (Darío Enrique Salas Díaz, por su nombre completo), nació en Bajo Imperial (Puerto Saavedra), provincia de Cautín, en 1881. Se recibió de normalista en la Escuela Normal de Chillán, en 1899.

[7] OCCIDENTE mayo 1950 N°56

Nombrado profesor en Santiago continuó sus estudios y se recibió en 1904 como pedagogo en Castellano y francés. En 1905 fue comisionado por el Gobierno para perfeccionar sus estudios pedagógicos en los Estados Unidos. A fines de 1907 se graduó en la Universidad de Nueva York de doctor en Pedagogía. Desde ese país envió al Ministerio de Instrucción Pública una Memoria sobre "La enseñanza normal en Estados Unidos", fechada en Nueva York, a 1° de julio de 1907. A su regreso al país dictó, en el Salón Central de la Universidad de Chile, el 4 de septiembre de 1908, una Conferencia sobre "La educación en los Estados Unidos de Norteamérica", cuyo capítulo final es de importancia reproducir, porque él contiene algunas de las ideas básicas en la acción posterior de este eminente educacionista: ... "Decía en otra parte que no era ni equitativo ni científico juzgar un sistema educativo aparte del medio en que se ha desarrollado; pues las instituciones educadoras de un pueblo forman parte de su cultura, están íntimamente ligadas al desenvolvimiento histórico de ese pueblo, a sus condiciones económicas, políticas y sociales. La imitación servil de esas agencias de progreso en un medio en que los elementos que han contribuido a su desarrollo son diferentes, sería, en consecuencia, o imposible o de muy pobres resultados. De ahí que nuestras instituciones nacionales deban crecer de nuestras propias necesidades, y no de las necesidades de otros; de nuestras propias debilidades y no de las ajenas. No es, pues, la adopción de un sistema pedagógico determinado, llámese él inglés, alemán, francés o norteamericano, lo que nos conviene; sino la adaptación de elementos recogidos en diversos países más adelantados que el nuestro; la amalgamación de esos materiales, en la proporción que exige nuestro medio, para construir así, con ellos, un edificio educativo que, a pesar del eclecticismo de su origen, merezca el nombre de sistema chileno de enseñanza. Otros dirán, si aún no lo han dicho, con qué puede contribuir a este fin la fecunda experiencia de la madura Europa. Yo os diré que cuando concibamos la democracia como igualdad o más bien como equilibrio de oportunidad; hagamos de la escuela pública la institución democrática y democratizadora por excelencia; persigamos en ella un fin ético y social, en lugar de uno estrechamente utilitario o ninguno, y fundemos en la misma toda esperanza de reforma y mejoramiento sociales; cuando la consideremos como una forma de vida en comunidad y basemos en esto y en el respeto a la personalidad del niño, la educación moral y la disciplina, y hagamos de la escuela un sitio atrayente, cómodo, superior al hogar; cuando interpretemos la educación como vida en sí misma y no como mera preparación para la vida, y pongamos en actividad los instintos expresivos y constructivos del discípulo para hacer de él no solo un pensador sino un hombre de acción, y tratemos de armonizar convenientemente las exigencias psicológicas y las sociales en nuestros métodos y programas; cuando cuidemos del cuerpo de nuestros educandos tanto como de su espíritu; cuando tengamos buenos textos y bibliotecas escolares, y enseñemos a usarlos; entonces habremos recogido las mejores inspiraciones de la escuela del Norte. Aprendamos más de los norteamericanos; respetemos lo suficiente en nuestros liceos los diversos intereses y capacidades de los alumnos, librando a éstos del procústeo lecho de la uniformidad mediante la flexibilidad de los cursos de estudios, y dotemos a esos establecimientos del material necesario para sustituir parte de su didáctica de información por la de ''formación"; despojemos a nuestra universidad de su carácter puramente profesional. Aprovechemos otra lección; hagamos que nuestras escuelas normales cambien de frente dando más importancia a la práctica de la enseñanza que a la adquisición teórica de este arte, que traten de dar preparación pedagógica científica, y que contribuyan al adelanto de los maestros en servicio; establézcase un buen plan de ascensos de preceptores, alíviese la situación económica del personal docente en general, en forma que le permita vivir en condiciones que aseguren su máximum de eficiencia; ocupémonos de preparar a los institutores poco preparados más que de quejarnos de su ineptitud; unámonos los que tenemos intereses e ideales comunes en el magisterio, no ya transitoriamente para lograr ventajas materiales, sino en forma estable para luchar por esos ideales y por intereses más elevados; trabajemos

porque en las cuestiones pedagógicas se tome en cuenta la opinión del experto y no la del aficionado, porque haya menos diletantismo y más ciencia en materias de educación. Más aún: descentralícese un poco nuestra organización educativa; extiéndase la acción de las instituciones de enseñanza, y créense, además de las escuelas nocturnas primarias, las secundarias y las industriales. Cuando, además de todo eso, podamos gloriarnos de educar en nuestras escuelas más de un quince por ciento de nuestra población, de poseer en número suficiente edificios escolares que merezcan ese nombre, de apartar para el sostenimiento y progreso de nuestra instrucción primaria y secundaria, un veinte en vez de un siete u ocho por ciento de nuestro presupuesto nacional; cuando, finalmente, podamos felicitarnos de tener gentes de fortuna que quieran fundar o enriquecer instituciones, en cuyo fin no quepan ni el libro ni la propaganda sectaria, y cuyo papel sea, no el de combatir la enseñanza oficial, sino el de estimular y cooperar a su acción completándola, ensayando nuevos rumbos de organización, programa, métodos, en ideales educativos; entonces será nuestro casi todo el secreto de la grandeza de los americanos del norte, y podremos también, como ellos, mirar el porvenir de frente y sin zozobras".

Esta larga cita define claramente la concepción educacional de Darío Salas y especifica el programa de su acción de dirigente educacional en favor de una ampliación y modernización de la educación nacional. En 1908 fue nombrado profesor de Pedagogía e idiomas de las escuelas normales de Santiago, cargos que sirvió hasta 1911. En 1910, a iniciativa del Rector de la Universidad, don Valentín Letelier, fue designado profesor auxiliar de Pedagogía en el Instituto Pedagógico, pasando a ser titular en 1920. Desdé 1910 a 1914 dirigió la "Revista de Instrucción Primaria" y en 1915 fundó la "Revista de Educación Primaria". Tradujo del inglés "Mi Credo Pedagógico", de John Dewey, y "El Proceso Educativo", de Bagley.

3. Don Darío Salas figuró con brillo en el Congreso Nacional de Enseñanza primaria realizado en Santiago y que funcionó entre el 29 de septiembre y el 6 de octubre de 1912, patrocinado por una Junta Organizadora, que presidió el Rector de Universidad de Chile, don Domingo Amunátegui Solar, y de la que formaron parte los más destacados educadores del país, entre ellos, don Darío Salas, como profesor del Instituto Pedagógico. Don Darío Salas fue el relator oficial del tema "Correlación de la enseñanza secundaria con las demás ramas de la enseñanza pública''. Y lo enfocó para criticar la grave situación que se presentaba entre las diversas ramas de la enseñanza nacional, desvinculadas unas de otras, con lo cual no se aprovechaban los estudios hechos en un establecimiento al pasar de él a otro o bien se repetía una enseñanza ya recibida, con pérdida de tiempo y energía. De aquí que defienda la necesidad práctica de la correlación, para dar al sistema educativo entero unidad de miras y de orientación en vista de intereses de orden general. Critica duramente ''el unilateralismo que ve incompatibilidad entre la educación general y la especial y que llama a la una aristocrática y a la otra democrática; que cree que la una forma a la clase directiva y la otra a la clase productora; que asigna como objetivo a la primera "la formación del hombre" mediante la persecución del ideal imposible de desarrollar armónicamente al individuo, y a la segunda, la de habilitarlo para ganarse la vida cultivando en él solo determinadas aptitudes (lo que podrá estorbar su desenvolvimiento armónico, pero que lo hará no ser nota discordante en la armonía del conjunto). Ese materialismo que se expresa en frases tan inexactas y vagas ha contribuido también a agravar la situación, fortaleciendo las tendencias del liceo a aislarse, a no buscar correlación sino con las escuelas universitarias y a someter a todos sus alumnos a un plan de estudios único". Don Darío Salas cree que debería existir correlación entre las diversas instituciones educacionales: la escuela primaria serviría de base a la secundaria; ésta a las superiores, y las distintas enseñanzas especiales arrancarían, según su grado, a alturas diferentes pero fijas, del tronco común formado por la enseñanza primaria y secundaria.

Las conclusiones de su estudio las resumió en una proposición, que fue aprobada por el Congreso, y en la cual se deja constancia de que: "El Congreso nacional de enseñanza secundaria reconoce la necesidad de establecer una correlación más adecuada entre las diversas ramas de la enseñanza pública, a fin de facilitar la realización del plan general de educación nacional prescrito por la Constitución y de asegurar, en provecho del individuo y de la colectividad, el mayor rendimiento de las energías mentales de los ciudadanos"... Y que las siguientes normas deberían informar esa conexión: 1. La instrucción secundaria, además de su carácter de educación general, debe tratar de desarrollar en sus alumnos la vocación por las actividades comerciales e industriales, dando importancia al aspecto económico de los ramos de enseñanza y a las materias del programa que tengan aplicación práctica, y cultivando las aptitudes que capacitan para el ejercicio eficaz de aquellas actividades. 2. El plan de estudios de la enseñanza secundaria debe subdividirse en dos o tres ramas al comienzo del quinto año, o del cuarto si el liceo se basa en el sexto de la escuela primaria, con el objeto de preparar especialmente para las distintas escuelas universitarias y como un medio de tomar en cuenta las aptitudes e intereses de los alumnos. 3. Debe crearse, sobre la base del Instituto Pedagógico, el Curso Superior de Humanidades. 4. La enseñanza comercial e industrial debe fundarse en la escuela primaria completa y, si es de grado superior, en el cuarto año de estudios secundarios o en el tercero, si el Liceo, a su vez se basa en el sexto de la escuela primaria. 5. La correlación entre la enseñanza primaria y la secundaria exige, en primer lugar, la higienización física y moral de las escuelas primarias y debe establecerse, o basando el Liceo sobre el sexto año de la escuela superior, previa una bifurcación de los estudios de esa escuela desde el quinto año, o, si se mantienen los actuales programas de instrucción secundaria, adaptando los del cuarto año de las escuelas primarias o los de la última preparatoria del liceo.

4. La actividad educacional de Darío Salas es múltiple. Aparte de sus clases sistemáticas, dicta conferencias, escribe artículos y folletos, traduce obras útiles para el progreso de la enseñanza en el país, y participa en los distintos torneos pedagógicos, como éste de tanta resonancia de 1912. Su interés por la enseñanza es general, la abarca en sus diversos grados, pero es la instrucción primaria a la que dedica sus mejores energías y sus mayores desvelos. Asimismo, se preocupó, de manera especialísima, de la educación popular. Con motivo del Congreso de Educación Popular, patrocinado por la Federación de Estudiantes, que se realizó en Septiembre de 1914, don Darío Salas pronunció una conferencia en la que analizó diversos aspectos, a menudo olvidados, de la enseñanza en general y, luego, enfocó las materias que trataría el mencionado Congreso; la enseñanza primaria y de perfeccionamiento para adolescentes y adultos; la preparación de la mujer para su función social; la enseñanza superior y la educación popular; la acción social de la escuela y los medios complementarios de educación popular. Estos puntos los dilucida pasando revista a lo que se ha hecho al respecto en los países más adelantados e indicando, en forma breve, lo que existe en el nuestro. Esta interesante conferencia la dictó en la Universidad, el 14 de octubre de 1913. En ella destaca, por otra parte, la urgencia de un reajuste de las instituciones educacionales en conexión con las nuevas necesidades de la colectividad, para que no aparezcan sirviendo ideales ya abandonados y respondiendo a necesidades de otro medio y de otra época. Llama la atención a la obligación de las instituciones educadoras de traspasar los límites que la tradición les señala, al objeto de que recojan las nuevas cargas que entran a pesar sobre ellas. Les asigna mayores responsabilidades, con el objeto de que procedan conscientemente, estudien las necesidades sociales y los medios adecuados de satisfacerlas; que pongan el oído atento a los anhelos sociales y procuren encauzarlos; que exploren el horizonte del desarrollo social y elijan el rumbo que mejor armonice las posibilidades de la nación con el bienestar de sus ciudadanos. Y en lo que se refiere al adulto, las instituciones educadoras deben darle la preparación que le permita mantenerse adaptable a un medio social, económico e intelectual en constante

transformación; y, entre nosotros, sobre todo, enseñarle a leer y a vivir. En un párrafo especialmente esclarecedor dice "Empeñados en mejorar diversos aspectos de la educación considerada dentro del concepto tradicional que de ella se tiene, hemos cerrado los ojos a todo lo que no fuera métodos y disciplina, planes de Estudios y programas. Mucha tinta hemos gastado y malgastado en esos y parecidos asuntos, alguna hemos consumido también —y esta ha sido mejor empleada— en discutir orientaciones de la enseñanza que damos; pero, en todo caso, el verdadero problema, o por lo menos el problema en toda su amplitud, en sus proyecciones más vastas y fecundas, ha pasado desapercibido, ha escapado a nuestro análisis. Sostengo que el problema de si la instrucción secundaria, que sirve a un escasísimo tanto por ciento de nuestra población, ha de tener rumbos prácticos o conservar el carácter de educación general, si ha de preparar el individuo socialmente eficiente o imprimir en él la marca del hombre culto, o hacer ambas cosas a la vez, es problema relativamente nimio en comparación con este inmenso problema que presenta ante nosotros esa enorme masa de hombres y mujeres a quienes hay que enseñar a leer, esa enorme masa de madres a quienes hay que enseñar a criar sus hijos; esa enorme masa de individuos a quienes hay que enseñar a trabajar y a cooperar al progreso común, esa enorme masa de gentes, en fin, a quienes…hay que enseñar a vivir y a ser felices"... De este modo don Darío Salas, al describir el estado de la educación sistemática del adulto en los países más adelantados y al examinar sus orientaciones, hace resaltar nítidamente las deficiencias nacionales en ese plano. Así comprueba que se carecía de la obligación primaria y que se arrastraba un porcentaje enorme de adultos analfabetos o semianalfabetos; que un elevado tanto por ciento de niños, entre 10 y 14 años, a causa de la miseria, de los anhelos de sus padres de libertarse lo más pronto posible de la carga que significa el sostén de un hijo, y por la falta de aquella ley de compulsión, está privado parcial o totalmente de los beneficios de la escuela. Muchos miles, quizás centenares de miles, son los que están condenados, desde temprano, a una ocupación sin horizontes, a vegetar la vida entera, desprovistos de oportunidad para perfeccionarse en el oficio que desempeñan o en otro que les ofrezca porvenir.

5. En esta conferencia ya se adivinan muchas de las ideas y hechos que expondrá y analizará detalladamente, en forma dramática, en su extraordinario libro "EL PROBLEMA NACIONAL", publicado en 1917, y cuya aparición marcará una etapa decisiva en el desarrollo de la educación nacional. "El Problema Nacional" es una obra trascendental en la historia de la educación en nuestro país, y cuando apareció ejerció de inmediato una influencia enorme, de tal suerte que no es aventurado afirmar que ese libro sirvió de base a la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria, dictada en 1920. Muchos de los parlamentarios que abogaron por dicha ley basaron su argumentación en las páginas candentes de la obra de Darío Salas. En uno de los juicios con que la prensa recibió y estimó ese libro, se expresaba que ahí el señor Salas revelaba un profundo conocimiento de todos los elementos y detalles del servicio educacional chileno y sobre todo "una perseverante y acuciosa investigación de los múltiples factores que contribuyen al buen o mal éxito de un sistema educativo y la posesión de las más modernas teorías y orientaciones pedagógicas y sociológicas en materia de enseñanza".

Las ideas y críticas desarrolladas en este valioso libro son todavía de actualidad, puesto que aun la cuarta parte de nuestros habitantes es analfabeta y otra igual es semianalfabeta. En este libro extraordinario, Darío Salas analiza la enseñanza primaria nacional en todos sus aspectos; el progreso que ha experimentado y los factores negativos que pesan sobre ella (analfabetismo, deficiente organización, atrasados planes de estudios y métodos; mala situación económica y social del magisterio); enfoca con especial cuidado el grave problema del analfabetismo y semianalfabetismo, para propugnar, a continuación, las soluciones que estima adecuadas con el objeto de superar tan aguda condición. Los

asuntos sobre la necesidad de aumentar la renta destinada a financiar en forma amplia una moderna y eficiente enseñanza; sobre la organización técnica y eficaz de la dirección de la instrucción primaria; sobre la correlación entre los estudios primarios y los secundarios y especiales; sobre los planes de estudios y programas, educación vocacional, la acción social de las escuelas, la higienización escolar; sobre la situación del magisterio y la necesidad perentoria de su mejoramiento económico y moral y su perfeccionamiento profesional; todos estos asuntos de vastos alcances están dilucidados con vigor, hondura y dominio cabal de la materia.

A pesar de que la obra mencionada estudia la enseñanza primaria en sus diversos aspectos, sus planteamientos superan esa importante rama de la enseñanza nacional hasta abarcar la educación en su totalidad. Sus análisis y puntos de vista son válidos para toda la educación del país. Algunas de las consecuencias gravísimas de nuestra realidad educacional están elocuentemente señaladas en los párrafos que reproducimos: "Queremos ser democracia, y la igualdad de oportunidad educacional, característica de aquel régimen, no existe o no puede hablarse de ella sino con referencia a una porción muy limitada de los habitantes. La mitad de nuestra población adulta carece del instrumento esencial para incorporarse a la vida cívica, el sufragio, y del resto, un crecido número se halla incapacitado para emplearlo en forma inteligente, Y una democracia ignorante es, como dice Rowe, una democracia falsificada. Sin una base de conocimientos generales, comunes a todos los ciudadanos, el "gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo", es una ilusión, una frase y hasta una mentira... Pretendemos ser democracia, y dejamos que la desigualdad de cultura perpetúe las diferencias de clases, mantenga en la condición de siervos o de parias a una fracción nada pequeña de la sociedad y condene a una parte de esta, aún más considerable a no vivir si no es con sujeción a normas de vida inferiores y a no apreciar el placer si no es en sus aspectos defectuosos y groseros... Queremos enriquecernos como nación, y parecemos no comprender que nuestro porvenir económico se liga al dominio que el trabajador adquiera de las artes elementales, base de toda preparación técnica adecuada; se olvida que las faenas industriales exigen hoy, no solo brazos, sino brazos con cerebro, obreros capaces, y que, sin éstos, bien puede un país seguir siendo el dueño, el productor exclusivo, si se quiere, de la materia prima, y continuar, sin embargo, con sus industrias en estado incipiente o en calidad de tributario del extranjero, sea por el artefacto o por la mano hábil".

En esta obra esencial, Darío Salas indica con certeza las principales deficiencias de nuestra enseñanza primaria y detalla los medios que, en su concepto, deberían ser considerados para corregir, pero, a la vez, expone la necesidad fundamental de adoptar un concepto definido acerca de las funciones y el fin de la educación en una sociedad democrática. En este sentido enfoca brevemente las diversas fórmulas propuestas al respecto, estimándolas parciales y que, según su juicio, deben subordinarse a un propósito más amplio, que les da significación: la eficiencia social. La eficiencia social es el verdadero fin último de la educación, considerada como empresa consciente colectiva.

Darío Salas define de la siguiente manera su concepción: "La fórmula de la eficiencia social da significado a los demás fines propuestos, determina su valor e indica la dirección y la extensión en que debe perseguírselos. Afirma, además, que la educación existe en beneficio de la comunidad, y que su objeto es hacer de cada hombre un factor del mejoramiento colectivo, habilitar a cada uno para prestar a la sociedad el mejor servicio que sus aptitudes le permitan ofrecer. Esa fórmula señala, pues, a nuestro juicio, el punto de vista en que debemos colocarnos para apreciar cualquier reforma de nuestro sistema educacional, la medida que habremos de aplicar a los productos de la escuela, el ideal que el legislador y la nación entera deberían proponerse realizar".

Este concepto de la eficiencia social, como objetivo y norma de las actividades educadoras en un país republicano, supone dos implicaciones fundamentales: primero, que las oportunidades de recibir enseñanza sean las mismas para todos; segundo, que la educación prepare a cada uno para la participación correcta en la vida democrática.

La educación secundaria o superior no puede ser considerada como privilegio de una casta dirigente, ni la enseñanza elemental como una mera concesión hecha a las clases oprimidas y que debería restringirse en lo posible, para evitar que, ampliándose demasiado el horizonte de estas clases, las favorecidas sufrieran en sus intereses un perjuicio. La participación de cada uno en el Gobierno, la preservación de la libertad bajo la ley y las instituciones, requieren la ilustración de todo el pueblo.

Estas dos implicaciones fundamentales requieren, por otra parte, diversas condiciones resumidas acertadamente por Darío Salas, en un trozo que es su verdadero credo pedagógico: "El fin de las actividades educadoras no puede ser otro que la eficiencia social; las condiciones primordiales para alcanzar ese objetivo son la igualdad de oportunidad y la preparación para la vida democrática; estas condiciones, a su turno, exigen que la educación popular sea universal y obligatoria, que sea ella costeada y dirigida por el Estado, que sea común en cuanto sirve de base a la ciudadanía, que se adapte exclusivamente a las aptitudes en cuanto es vocacional, que contribuya a mejorar la salud y a aumentar el vigor de nuestra raza, que capacite para el trabajo productivo, que desarrolle las virtudes sociales, que haga de cada miembro de la colectividad un ciudadano y un patriota: he ahí, pues, lo que debe constituir en materia de enseñanza primaria nuestro credo".

6. En 1916, don Darío Salas concurrió, como miembro de la representación oficial de Chile, al Congreso Panamericano de Washington, asamblea a la cual presentó trabajos. Por otro lado, dictó varias conferencias sobre la educación en Chile y visitó las nuevas instituciones educacionales de los EE. UU. En 1918 fue designado Inspector General de Educación Primaria y en 1920 Director General del mismo servicio, cargo que ocupó hasta el año 1927. Al frente de la instrucción primaria, a pesar de los reducidos medios con que contó, logró llevar a cabo una labor fecunda. En primer lugar, consiguió la dictación de la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria, promulgada el 26 de agosto de 1920. Le correspondió aplicarla, para lo cual redactó e hizo aprobar los reglamentos correspondientes de Obligación Escolar, de Nombramientos y Ascensos del Personal; de Atribuciones y Deberes de los Visitadores de escuelas, etc. En seguida, se preocupó en forma primordial, de ampliar y mejorar los servicios de primera enseñanza, poniendo en actividad nuevas escuelas, mejorando la calidad del personal docente, destacando el valor de los ramos técnicos en los programas; estimulando los cursos y las escuelas vocacionales; atendiendo a la salud de los escolares. Los resultados de la labor de Darío Salas se aprecian claramente en el siguiente dato: en 1918, cuando fue nombrado Inspector General, la matrícula en las escuelas fiscales alcanzó 332.120 alumnos; y en 1927, cuando se retiró de la Dirección General, fue de 486.960 alumnos. Además, gastó esfuerzo especial en el mejoramiento de la situación económica del profesorado primario y en el proyecto que propuso al Gobierno, en 1925, y que fue aprobado, se dio a aquél, por primera vez, una renta adecuada, a la vez que se consideraron aumentos trienales automáticos. También fue considerable su empeño por mejorar la técnica de la enseñanza, favoreciendo los ensayos pedagógicos, realizando cursos de perfeccionamiento para el profesorado; enviando misiones pedagógicas a estudiar en los países europeos y en los EE. UU., e iniciando la formación de bibliotecas pedagógicas. Como concreción de su dilatada obra en favor de la enseñanza primaria y, en especial, de su Dirección General durante siete años, redactó un "Proyecto de Reforma de la Educación Primaria", publicado en 1927, y que fue patrocinado por el Ministro de Educación de ese entonces, don Aquiles Vergara Vicuña.

A poco de haberse retirado de la Dirección General, el Gobierno lo llamó nuevamente para que participara en la reorganización de la enseñanza. Es así como en calidad de consejero de don Pablo Ramírez, Ministro de Educación, cooperó, desde octubre de 1928 a marzo de 1929, en una reforma sistemática de la educación pública. En marzo de 1929, en comisión de Gobierno, realizó un viaje de estudio y observación por los EE. UU. y por los principales países de Europa.

En 1930 reanudó sus labores docentes en el Instituto Pedagógico. En 1931, a la caída del General Carlos Ibáñez del Campo, fue elegido Decano de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación.

En el lapso de diez años, desde 1931 a 1941, año de su muerte, llevó a cabo una vasta tarea de enseñanza y formación de profesores secundarios en el Instituto Pedagógico, como profesor de Historia de la Pedagogía y de Metodología General, y gracias a la dirección de los cursos de práctica en el Liceo de Aplicación.

Los problemas de la historia[8]

1. ¿Qué es la Historia? 2. Las formas de concebir la Historia. 3. La Filosofía de la Historia y sus etapas. 4. Algunas de las grandes teorías filosóficas de la Historia. 5. Filosofía de la Historia y Sociología

1. Etimológicamente la palabra “Historia" proviene de una voz griega que significa, según unos, "narrar" y, según otros, "yo averiguo". Desde el punto de vista de su contenido, Historia es la ciencia de los hechos particulares del pasado humano, en su conexión universal y en su aspecto variado y multicolor. Es la Historia la ciencia más dependiente de todas; precisa del apoyo y auxilio de otras muchas: Derecho, Economía, Etnografía, Sociología, Geografía. Es por ello por lo que algunos historiadores han expresado que la Historia es una ciencia eminentemente inexacta, en tal forma que el saber histórico de cada época tiene un carácter relativo y provisorio, lo que determina la imposibilidad de un conocimiento total y exacto. En la misma forma, afirman que no existen leyes históricas, por lo que el concepto de evolución tendría validez limitada. Lytton Strachey, el gran biógrafo inglés, ha escrito que la Historia es, sobre todo, un arte y no una ciencia, rebatiendo a Fustel de Coulanges para quien "no es un arte; es una ciencia pura". Strachey le niega su carácter científico basándose en el hecho de que es imposible consultar todos los documentos que existen sobre un determinado asunto y, además, porque no siempre está lo esencial en ellos. Expresa que ha habido conversaciones que no han dejado huellas y, sin embargo, han transformado la tierra. Por otra parte, los documentos son, a menudo, contradictorios, de tal suerte que precisan una selección, lo que constituye de hecho una ruptura de la objetividad y de la necesidad de su estudio y lectura sin ideas preconcebidas, como pide Fustel de Coulanges al defender el carácter científico de la Historia. Strachey estima incorrecto denominarla "ciencia", ya que los caracteres propios de la ciencia: posibilidad de experimentación, posibilidad de verificar una ley y de comprobar tantas veces como se quiera la exactitud de relaciones ya conocidas, faltan en la Historia. Hace hincapié en el hecho de que la Historia ha sido en otro tiempo vida real entrecruzada por la más enorme multitud de factores. La historia de una conferencia, por ejemplo, no es solamente la expresión de los intereses económicos en juego, sino, además, de las teorías políticas en boga y de las reacciones mutuas de sus componentes, con innumerables pasiones, costumbres, ideas, padecimientos y formación intelectual diversas.

Una refutación brillante a estos hábiles argumentos de Strachey es la del historiador ruso M. N. Pokrovski. Primero recuerda que hay quienes afirman que la Historia no puede ser una ciencia porque solo son objeto

[8] OCCIDENTE agosto 1950 N°59

de ella los fenómenos que se reproducen y en la Historia nos hallamos en presencia de hechos individuales que solo han ocurrido una vez y no habrían tenido lugar antes ni pueden tenerlo después, “la historia no se repite".

Ahora bien, es la repetición de los fenómenos lo que nos da la posibilidad de establecer sus leyes, ya que para lo que no se reproduce no se puede establecer ninguna ley. Además, los dos recursos principales del conocimiento científico: la observación directa y la experiencia, le estarían cerradas. En seguida, Pokrovski refuta lo anterior y hace presente que en toda ciencia abunda lo individual, menos en las matemáticas, y que en el caso de la Historia existen estrechas analogías entre períodos históricos separados. Por otra parte, la mayoría de las ciencias exactas se ayudan de la observación indirecta o se contentan con ella (en Zoología, con algunos esqueletos para varias especies desaparecidas; en Paleontología, Arqueología, Geología, Astronomía y Psicología sucede algo similar). En Historia es posible una observación directa en los pueblos primitivos que aún subsisten. Tampoco le está cerrada la experiencia, pues, la historia vivida, corriente, constituye una experiencia constante. El historiador que siente interés por lo que le rodea debe recurrir a cada paso al "pronóstico", a la "predicción"; debe hacer profecías que, luego, se ven confirmadas o refutadas por los acontecimientos, basándose en la analogía de hechos o situaciones. En el caso de los fenómenos accesibles a la Estadística, en esa experiencia, se alcanza un grado de exactitud considerable. En una palabra, no hay ningún fundamento racional para negar que la Historia es una de las ciencias más importantes. Igualmente está fuera de toda discusión su importancia decisiva para la marcha de la sociedad, puesto que la Historia no solo depende de otras ciencias, sino también de la cultura y de la vida misma. Los objetos de la Historia son los de la vida social: acontecimientos, situaciones, relaciones (contar un suceso presenciado, o relatar el conocimiento de una persona importante, es hacer Historia), Esta conexión con la vida le da su universalidad e importancia para la sociedad. Es así como la Historia surge por todas partes: en el colegio, en el foro, en el monasterio, en la redacción del periódico, en el campamento, en el campo de deportes, en la concentración pública.

Es, precisamente, notable la cantidad de historiadores que se han encontrado actuando en el seno de la vida social de su pueblo, como políticos, funcionarios, magistrados o periodistas.

2. Las formas de escribir y concebir la Historia, o sea, lo que se denomina la Historiografía, han sido diversas. El eminente tratadista Bernheim, en su obra "Introducción a los estudios históricos", ha señalado tres etapas que, si bien son discutibles, han sido aceptadas por la mayoría de los escritores en el terreno indicado. Ellas son: Historia narrativa, Historia pragmática e Historia genética. La primera etapa en las formas de concebir la Historia es la narrativa. Aparece en Grecia y su padre es Heródoto (482-425 A.C.), autor de "Los nueve libros". Para él, Historia "es la narración verídica de los hechos pasados". Heródoto y los diversos historiadores griegos consideran exclusivamente "lo griego" como la esencia de la actividad humana; los demás pueblos son bárbaros. De ahí que carezcan de una concepción universalista. El tipo de Historia narrativa se mantiene a través del tiempo y coexiste con las otras formas. Durante la Edad Media alcanza un considerable florecimiento en las diversas “Crónicas", género que subsiste en nuestros tiempos.

La segunda etapa en la Historiografía es la pragmática, cuyo precursor fue Tucídides (460-400 A. C.), autor de la "Historia de la guerra del Peloponeso y cuyo iniciador fue Polibio (210-127 A. C.). Esta concepción de la historia se caracteriza por el afán de desprender del pasado determinadas enseñanzas como ejemplos para las nuevas generaciones. Es decir, está dominada por una marcada "tendencia". En la Antigüedad modelos de este tipo son las "Vidas Paralelas" de Plutarco (45- 125 D. C.), quien agrupa los diversos hechos alrededor de los hombres más señalados, y la "Germania", de Tácito (55-120 D. C.), quien los desarrolla en

torno a los pueblos germanos. Después de desaparecer en la Edad Media, reaparece en el Renacimiento con marcadas tendencias políticas, alcanzando su mayor expresión en las obras de Guicciardini y Maquiavelo. Este tipo de Historiografía alcanzó una boga extraordinaria en Alemania, donde fue formativa de la mentalidad nacional, desde comienzos del Siglo XIX hasta la primera guerra mundial En los tiempos actuales ha tenido un empleo considerable en las historias oficiales de los países fascistas (Alemania e Italia) y de la Rusia Soviética, llegando incluso a adulterar los hechos históricos en beneficio de la tendencia. Esta historia, colocada al servicio de un nacionalismo sectario y furioso, procede a eliminar todo lo que en el pasado contraría sus consignas, pretensiones o dogmas. No le basta con interpretar de nuevo los acontecimientos; llega hasta a adulterar o "renovar" los hechos y a suprimir los personajes que obstaculizan sus puntos de vista e intereses momentáneos; transforma el papel que han desempeñado algunos de ellos, por estar en "la línea", hasta hacerlos figurar en el primer rol, a pesar de que en la realidad han sido obscuras y secundarias comparsas; finalmente, peca por omisión y mentiras. En el presente es notable ejemplo de este tipo de historiografía la literatura histórica emanada de los medios oficiales soviéticos, con obras como la "Historia del Partido Comunista Ruso", que es una extraordinaria mistificación. En una reciente "Historia de la Diplomacia", publicada bajo la dirección de Vladimir Potemkin, parcialmente seria y documentada, el autor, que es estalinista, habla de las negociaciones rusas de Brest-Litovsk, en 1917, sin citar el nombre de Trotsky, jefe de la delegación, salvo una vez para calificarlo de traidor, a pesar de haber actuado en estrecho contacto con Lenin, y tratando de defender los intereses de Rusia.

La tercera etapa de la Historiografía es la genética. Trata de desprender de los hechos históricos sus orígenes y encadenamientos causales. Está caracterizada por su sentido orgánico y la búsqueda de un nexo común, del sujeto unitario de la heterogeneidad de los hechos históricos. Los iniciadores de esta concepción han sido Bossuet, Voltaire, Vico, Montesquieu y Condorcet. En el Siglo XVIII predomina como ley causal del devenir histórico "la ilustración", es decir, la marcha constante de la Humanidad hacia la cultura racional. En el Siglo XIX las leyes causales son la “evolución”, el "progreso", la "humanidad". En el Siglo XX se habla de "clases", "raza", "espíritu" y "cultura". La historia genética ha imperado en el siglo pasado con nombres tan conocidos- como Comte, Spencer, Marx, Gobineau, y en el actual con Wells, Ferrero, Spengler, Huizinga, Toynbee.

La concepción genética de la historia ha sido ampliada en nuestros días con diversos alcances y han aparecido nuevas escuelas históricas que tratan de superar el esquema de Bernheim, que hemos reseñado. Y ha tenido que ser así, porque es difícil poder separar claramente las formas de concebir la Historia, tal como el mencionado tratadista lo ha intentado. En toda Historia hay narración, es decir, reconstrucción del pasado y expresión de él. También hay enseñanza, porque la Historia es una suma de experiencias que, por muy variables que sean el medio y los sujetos que se suceden en el acontecer histórico, siempre servirán, en cierto grado, para explicar lo presente y guiar la acción futura. En la Historia, además, hay relaciones causales y condicionadoras entre los hechos humanos, aunque muchos de estos no encuentran su explicación en el pasado sino en nuevos factores y en la voluntad humana, de la cual deriva lo contingente e imprevisto.

Para resumir lo que hemos expresado hasta el momento, podemos decir que el vocablo "Historia" comprende dos planos conceptuales; lo acontecido o sucedido, por el solo hecho de serlo, y lo reconstruido, previas una investigación y exposición. Lo primero, es decir, los hechos y procesos reales, con una realidad determinada en el espacio y el tiempo, corresponde a la Historia en su acepción pura. Lo segundo, aquello que del pasado se investiga, reconstituye y escribe, importa lo que se denomina

Historiografía. Lo interpretado y valorado, por medio de la razón, la intuición y la imaginación, constituye la Filosofía de la Historia o Historiografía.

La Historia "es reconstrucción artística del pasado, pero no todo el pasado se reconstituye sino solo aquellos hechos y procesos que una adecuada valoración estima trascendentes, particulares o característicos de formas de armonía o desequilibrio social; la labor del historiador no puede reducirse a la superposición de momentos en la vida de hombres, pueblos o culturas, sino que precisa de una interpretación y comprensión de los hechos y procesos en sus relaciones condicionadoras o causales como formativos de un pasado, en función del presente y al servicio de un futuro que se desea mejor". Con razón ha expresado el gran historiador holandés J. Huizinga: "La Historia es una forma de la verdad acerca del mundo. Cultivarla es un modo de buscar el sentido de la vida".

3. La Historiografía ha sido siempre la preocupación dominante de los grandes pensadores. Se le conoce preferentemente con la denominación de Filosofía de la Historia, según la acertada expresión de Jean Bodin. Una de las primeras sistematizaciones filosóficas de la Historia es la de Juan Bautista Vico (1668-1743), en sus obras "Principios de la Filosofía de la Historia" y "Ciencia nueva". La Filosofía de la Historia, o Historiografía, impone la interpretación de la objetividad por la subjetividad, es decir, partiendo de la aceptación, de que los hechos se correlacionan entre sí como causa y efecto, se remonta a las causas lejanas y trata de responder a las interrogantes siguientes: ¿Existe o no una causa primera? ¿Dios o la materia? ¿Hay leyes que determinan la necesariedad de las series causales? ¿Cuáles son los fines de la Historia? ¿Es la razón humana capaz de comprenderla?

Según Plejanov cada período histórico tiene su propia Filosofía. Para él la más primitiva es la "concepción teológica de la Historia", que está ligada a los primeros esfuerzos hechos por el pensamiento humano para explicarse el mundo exterior. Su representante más notable ha sido San Agustín, obispo de Hipona, en el norte de África, (354-430). En su libro "De la ciudad de Dios" hace provenir de Dios todo lo existente, tanto en el orden material como en el moral. Para él la Historia es el transcurso de la lucha entre la Ciudad de Dios y la Ciudad del Hombre, en la cual se impondrá la primera. Posteriormente, fue sostenida por Bossuet, obispo de Meaux, (1627-1704), en su obra "Discurso sobre la Historia Universal". AI igual que San Agustín, encara los acontecimientos históricos como sometidos a la Providencia divina. Según estos pensadores, la Historia revela que existe una dirección divina de la Humanidad, siendo la voluntad de Dios arcano que el hombre no puede comprender, guiándolo solo la fe en que la Providencia procura conducirnos hacia la realización del reino de Dios. En el Siglo XIX esta concepción ha sido sustentada por los providencialistas De Maistre y De Bonald.

En el Siglo XVIII se abre paso la "concepción idealista de la Historia", que explica la evolución histórica por el desarrollo de las costumbres y de la "opinión", como se decía entonces. Representantes de esta escuela son: Voltaire, (1694-1778), con su "Ensayo sobre las costumbres"; Holbach, (1723-1789) y Helvetius, (1715-1771). Estos filósofos son materialistas en su concepción de la naturaleza e idealistas en su análisis del desarrollo histórico. El más alto personero del idealismo histórico es Hegel, (1770-1831), con su obra: "Lecciones sobre la Filosofía de la Historia". Para Hegel es el espíritu, o la idea, lo que constituye el fondo y el alma de todo lo que existe. La materia misma no es más que una manera de ser del espíritu. La Historia es el desenvolvimiento del espíritu universal en el tiempo.

En el Siglo XX una nueva teoría alcanza una gran popularidad. Es la "concepción materialista de la Historia", debida a Carlos Marx (1818-1883) y Federico Engels (1820-1895), quienes no la desarrollaron

sistemáticamente en una obra especial, sino que a través de sus numerosos escritos ("Las luchas de clases en Francia", "El 18 Brumario de Luis Bonaparte", "Revolución y contrarrevolución en Alemania"), y, sobre todo, en el prefacio de "Contribución a la crítica de la Economía Política", en un párrafo que es famoso: "En la producción social de su vida, los hombres contraen relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; relaciones de producción que corresponden a un nivel de desarrollo determinado de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de esas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se edifica una superestructura jurídica y política, a la cual corresponden formas de conciencia sociales determinadas.

El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual. No es la conciencia de los hombres quien determina la realidad, es por el contrario la realidad social quien determina su conciencia. En un cierto grado de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes o, lo que no es más que su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad en cuyo seno se habían movido hasta entonces. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, esas relaciones se convierten en trabas de esas mismas fuerzas. Entonces se inicia una época de revolución social. Con el cambio de las bases económicas, toda la colosal superestructura se subvierte más o menos rápidamente. Cuando se consideran tales conmociones, debe distinguirse siempre entre la subversión material de las condiciones económicas de la producción, comprobables gracias a las ciencias de la naturaleza, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, las formas ideológicas, en fin, a través de las cuales los hombres adquieren conciencia de ese conflicto y lo prosiguen hasta su término. Así no se puede juzgar una tal época de subversión por la conciencia que ella tenga de sí misma; es menester explicar esta conciencia por las contradicciones de la vida material; por el conflicto que existe entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción. Una forma social jamás desaparece sin que antes se hayan desarrollado todas las fuerzas productivas que puede contener, y no se las sustituye con relaciones superiores de producción antes de que las condiciones materiales de existencia de esas relaciones no hayan sido creadas en el seno de la propia sociedad caduca. Por eso la Humanidad no se plantea jamás sino aquellos problemas que puede resolver, y si se miran las cosas de más cerca, siempre resultará que el propio problema solo se plantea allí donde las condiciones materiales de su solución existen ya o están, al menos, en vías de presentarse"...

Para Marx no es la idea, no es lo espiritual ni lo divino, lo que constituye la fuerza de la evolución, sino que esta fuerza reside en la materia. Afirma que el estado económico de un pueblo es el que determina el estado social y éste, a su vez, su estado político, religioso e intelectual. El estado económico tiene su causa y esta causa fundamental de toda evolución histórica, es la lucha que el hombre sostiene con la naturaleza para asegurar su existencia.

4. Marx y Engels no reconocen ningún Dios en la Historia; rechazan la noción de fuerzas, o seres supra terrestres. Tampoco son las ideas las que determinan los sucesos históricos; tanto en la naturaleza como en la historia, es la base material la que determina la base espiritual, las ideas: "Los hombres hacen su propia historia. Pero no la hacen según el deseo de su iniciativa ni en las circunstancias libremente elegidas; ellos están obligados por las circunstancias del momento, tales como las han creado los acontecimientos' y la tradición". ("El 18 Brumario dé Luis Bonaparte").

Algunos discípulos han exagerado la doctrina histórica marxista, elaborando, en cambio, un rígido determinismo económico que hace automático el proceso histórico, negando la importancia de los demás factores y, en especial, el rol de la personalidad humana en la Historia En este sentido ha expresado, con

gran exactitud, el orador socialista Jean Jaurès, notable historiador de la revolución francesa, el siguiente juicio que sitúa en su verdadero terreno el alcance preciso de la doctrina mencionada: "Pero no olvidemos que las fuerzas económicas actúan sobre los hombres, como no lo olvidó el mismo Marx, empequeñecido muchas veces por intérpretes mezquinos. Y los hombres tienen una diversidad prodigiosa de pasiones y de ideas y la complicación casi infinita de la vida humana no se deja reducir brutal ni mecánicamente a una fórmula económica. Además, aunque el hombre vive principalmente de la humanidad, aunque sufra sobre todo la influencia envolvente y continua del medio social, vive, también, por los sentidos y por el espíritu en un medio más vasto que es el universo... Tan vano y falso sería, por consiguiente, negar la dependencia del pensamiento respecto a la vida económica y de las fuerzas de la producción, como pueril y grosero explicar sumariamente el movimiento del pensar humano solo por la evolución de las formas económicas. El espíritu del hombre se apoya con, mucha frecuencia en el sistema social para resistirlo y vencerlo, de modo que entre el espíritu individual y el poder social hay a un tiempo solidaridad y conflicto.

El materialismo histórico, en el fondo, no es otra cosa que la tentativa de aplicar los métodos científicos generales al estudio de los fenómenos históricos. Los datos de la Historia permiten afirmar que la interpretación científica de la historia es su interpretación materialista, que supone, además, la adopción del determinismo histórico, o sea, que considera todos los fenómenos de la naturaleza y de la historia ligados y condicionados recíprocamente. Puesto que el hombre fisiológicamente se halla sometido a las mismas leyes que todos los seres orgánicos, su necesidad principal es el alimento ("todo lo que vive se alimenta, y todo lo que se alimenta vive") y, por otra parte, su vida consciente presupone, como condición necesaria, su vida orgánica ("el organismo muerto carece de conciencia"). La necesidad de sostener el organismo, de alimentarse, es la necesidad fundamental del hombre, como de todo ser vivo; solo después de satisfacerla puede pensar en otras, y la acción encaminada a satisfacer esta necesidad es la actividad decisiva del ser humano. Por lo tanto, los hechos históricos principales son los materiales, económicos, determinadores en grado supremo de todas las demás actividades humanas. De aquí la importancia decisiva de la economía, cuya finalidad esencial es la obtención del alimento. Con razón Lenin señaló que Marx, al reducir la complejidad de las relaciones sociales a su fundamento: las relaciones de producción; y al establecer la dependencia de éstas últimas del nivel de las fuerzas productivas, creó la posibilidad de representar la evolución de la sociedad como un proceso histórico natural y elevó la historia a la categoría de una ciencia. El esquema de Plejanov es exacto en líneas generales, pero en lo que respecta al materialismo, es preciso considerar otros aspectos, pues dicha posición filosófica no se reduce exclusivamente al materialismo histórico de Marx y Engels. Existen por lo menos otras dos derivaciones: 1. El Positivismo, sostenido por Augusto Comte (1798-1857), especialmente en su obra "Curso de Filosofía positiva". El positivismo comtiano ha sido aplicado a la Sociología por los notables sabios Emile Durkheim, en sus obras "La Sociología y las reglas del método sociológico" y "División del trabajo social", y Levy Bruhl, en su obra "La mentalidad primitiva". También ha sido aplicado al Derecho, principalmente por León Duguit en sus obras "Transformaciones del derecho privado" y "Transformaciones del derecho público". En Chile, el positivismo comtiano ha tenido dos discípulos ilustres: José Victorino Lastarria, (1817-1888), autor de "Lecciones de política positiva" y de varios estudios sobre la historia constitucional y política de nuestro país, y Valentín Letelier, (1852-1919), investigador de singulares dotes y conocedor profundo del pensamiento de Comte, como se revela en varias obras de gran interés: "La evolución de la Historia", "Filosofía de la Educación", "Génesis del Estado y de sus instituciones fundamentales", y "Génesis del Derecho y de las instituciones civiles fundamentales". 2. El materialismo biológico, representado en Biología por Darwin y en Sociología, por Herbert Spencer, en diversas obras como: "Principios de Sociología", "Las instituciones políticas" y otras. Tanto la concepción teológica como la materialista, en sus

diversas direcciones, niegan la capacidad de la razón para comprender la historia. La primera afirma que existe una dirección divina cuya voluntad es incomprensible para el hombre. El materialismo elimina la idea básica de un creador. Los atributos de la divinidad pasan a la substancia cósmica.

A la observación, a la ciencia, cabe determinar el nexo causal constante que se constata entre los fenómenos. Es decir, la razón puede comprender el por qué en la Historia, pero no el para qué, rechazando una sujeción a fines, esto es, una regulación finalista de la vida de la Humanidad.

Mientras las concepciones teológica y materialista colocan frente a frente los términos razón e historia, Hegel, principal idealista, realiza la identidad de estos pretendidos opuestos. Para él la Historia universal es la expresión del espíritu, de cómo el espíritu elabora para llegar a saber lo que es en sí. La evolución consiste en que el espíritu adquiera conciencia de sí mismo y de su curso evolutivo en cuanto se realiza. La historia universal es "la explicación del espíritu en libertad", o "el progreso en la conciencia de la libertad", esto es, progreso en la aclaración de la propia esencia y substancia, progreso en el saber, progreso lógico si se quiere y que, por lo tanto, se sirve de las formas lógicas y se consuma dialécticamente en "tesis, antítesis y síntesis".

El discutido filosofo Nietzsche, cuyo pensamiento se ha prestado para tantas interpretaciones diversas y opuestas, debido a que sostuvo juicios contradictorios sobre un mismo asunto, también enfocó la importancia y características de la Historia en su obra: "Consideraciones inactuales", en la que un capítulo está dedicado a esta materia con él título siguiente: "Del provecho y perjuicio de la Historia para la vida". Nietzsche la considera en su valor para la vida fundamentalmente. La vida necesita los servicios de la historia, pero un exceso de historia incapacita para vivir; debilita al individuo y desintegra la cultura; demasiada historia anula la personalidad. La historia pensada como ciencia pura y proclamada soberana sería para la humanidad una especie de terminación de la vida; su liquidación. La Historia sirve para los que actúan y tienen aspiraciones, a ellos les da modelos, enseñanzas y el consuelo de pertenecer al gremio eterno de los grandes. Así surge la "Historia monumental", que inflama a los poderosos. La historia sirve, en segundo lugar, a quienes conservan y veneran, a quienes llenos de piedad se buscan en lo antiguo; hace agradable la nación y la patria, estimula la fidelidad, el sentimiento de bienestar, por estar arraigado en el pasado y en la conservación de este.

Así nace la "Historia anticuaria". Finalmente, la historia sirve, a los que sufren, a los que buscan la liberación y sienten que lo ya formado es una carga y quieren otra cosa mejor. Así brota la "Historia crítica"; que reclama la transformación e intenta "darse a sí misma un nuevo pasado", Para Nietzsche las tres clases de Historia que registra son peligrosas, pues los mezquinos, que son incapaces de grandes hechos, se envanecen en los modelos, los hacen descender a su nivel y estorban a los grandes, porque conocen a los héroes sin tener su potencia; los patriotas se vuelven miopes, conservadores ilusos de toda bagatela, anticuarios sin piedad, y los que sufren se hacen en un santiamén reformadores del mundo o escépticos.

Toda modalidad de Historia ha de variar tendenciosamente lo positivamente dado, para servir a su objetivo. Solo así puede "estimular", "enseñar a amar" o "ayudar a reformar"; pero la tendencia falsea más de lo que debe.

En el presente ha surgido una nueva teoría contraria a las que ya hemos esbozado. Es el "Intuicionismo", filosofía irracionalista de la Historia. Su personero más representativo es Bergson, entre cuyas, obras se destaca "La evolución creadora".

Para Bergson el pensamiento científico o intelectual es incapaz de aprehender la y el espíritu, verdadero fondo de la realidad: "Solo la intuición puede entender la vida; la intuición es una penetración artístico-mística en lo absoluto".

Lugar propio tiene Spengler, cuya posición filosófica es muy especial. En su obra: "La Decadencia de Occidente", expone una nueva concepción, según la cual ve la Historia universal como "la imagen de una eterna formación y deformación, de un maravilloso advenimiento de formas orgánicas (las culturas)". Spengler muestra que ha sido influenciado por el materialismo y la filosofía irracionalista y ello lo lleva a someter la Historia a un esquema violento, en el cual aplastó todo cuanto no cuadra en su espíritu, como ser el cristianismo, los pueblos latinos, América. Concedió a sus culturas, a las que indicó técnicamente su lugar, la figura de seres humanos, les atribuyó un proceso vital biológico, con lo que violó la Historia. (En Chile, el filósofo citado logró una apreciable gravitación en el historiador Alberto Edwards, según éste lo confesara, en una extensa conferencia dictada en 1925. Esta conferencia constituye una notable síntesis de las principales ideas spenglerianas). La concepción irracionalista de la Historia influyó notablemente, en días recientes, en la tendencia que abusó en forma deliberada de la Historia con fines políticos, abandonando todo principio científico para encadenarla y someterla servilmente a doctrinas transitorias y erradas. El fascismo nacionalista colocó la historia al servicio del interés determinado de un pueblo o estado, con definida intención. Hizo de la Historia una caricatura por su carácter estrecho y tendencioso. Los dominadores que decretaban que toda salvación provenía de la raza y espíritu germánicos, en el fondo sabían que no era así y que tal afirmación estaba reñida con la ciencia y por eso se refugiaron en la intuición bergsoniana como punto de partida para la intelección histórica, a pesar de que Bergson expuso sus teorías sin ninguna finalidad tendenciosa.

En la misma forma, la filosofía irracionalista de la Historia ha influido en el anti-historicismo del poeta y pensador Paul Valéry, quien rechaza el valor del conocimiento histórico en su obra: "De l'Histoire, Regards sur le monde actuel", en los siguientes términos: "La Historia es el producto más peligroso que haya elaborado la química del intelecto. Sus propiedades son de sobra conocidas. Hace soñar, embriaga a los pueblos, les engendra falsos recuerdos, exagera sus reflejos, les mantiene abiertas sus heridas, les atormenta en su descanso, les conduce al delirio de grandezas o al de la persecución y torna amargas, insoportables y vanas a las naciones".

5. A menudo se ha confundido a la Filosofía de la Historia con la Sociología y son numerosos los escritores que defienden esta identidad; sin embargo, son bien diferentes. Es verdad que, históricamente, la Sociología tiene sus raíces en la Ciencia Política y en la Filosofía de la Historia. Solamente en el Siglo XIX la Sociología se aparta y adquiere personalidad propia; habiendo sido Augusto Comte quien creó el vocablo, lo empleó por primera vez en el tomo IV de su "Curso de Filosofía positiva", (cuya primera edición apareció en 1839), en vez de "Física Social", como decía en sus primeras lecciones para evitar confusiones con la "Física Social" de Quételet (1835). Dice Comte, en el tomo citado: "Creo que puedo aventurarme desde ahora a emplear este término, equivalente exacto de mi expresión física social ya introducido, con el objeto de poder designar con un solo nombre esa parte complementaria de la filosofía natural que se refiere al estudio positivo de todas las leyes fundamentales relativas a los fenómenos sociales". Franklin E. Giddings en sus “Principios de Sociología" que es un análisis de los fenómenos de asociación y de organización social, define a la mencionada ciencia como “la descripción sistemática y la explicación de la sociedad considerada como un todo" y agrega que "es la tentativa de explicación del origen, desenvolvimiento, estructura y actividad de la sociedad por la acción de causas físicas, vitales y psíquicas que obran concertadamente en un proceso de evolución".

Los tratadistas William F. Ogburn y M. F. Nimkoff en su reciente libro: "A hand book of Sociology", consideran que la Sociología tiene por objeto el estudio de la vida social y que ésta es el resultado de la interacción de cuatro factores principales: el organismo biológico, el medio geográfico, los procesos de grupo y la herencia cultural. El complejo campo de la Sociología es mirado bajo las directivas de la naturaleza humana, de la cultura, de la conducta colectiva, de las instituciones sociales, de las comunidades y del cambio social. Estimo que es el profesor de la Universidad de Londres Morris Ginsberg quien, en su "Manual de Sociología", resume mejor las funciones esenciales de la Sociología, que para él son las siguientes: 1. Intenta ofrecernos lo que puede llamarse una morfología o clasificación de los tipos y formas de las relaciones sociales, especialmente de aquellas que se definen como instituciones y asociaciones.

2. Busca determinar la relación existente entre las diferentes partes o factores de la vida social; por ejemplo, entre el factor económico y el político, el moral y el religioso, el moral y el jurídico, el intelectual y los distintos elementos sociales. 3. Se esfuerza por desentrañar las condiciones fundamentales del cambio y la estabilidad social, y ya que las relaciones sociales dependen verosímilmente de la naturaleza de los individuos y de sus relaciones entre sí, con la comunidad y con el medio externo. La Sociología pretende pasar de sus generalizaciones empíricas preliminares a las leyes últimas de la biología y la psicología y, en lo posible, a leyes sociológicas específicas no reductibles a las que regulan la vida y la psique de los organismos individuales. Potra ello debe mantener relaciones con la Historia, que le permite el conocimiento de los hechos sociales en los diversos pueblos y desde el tiempo pasado; con el Derecho comparado, con la Etnología, con la Biología y la Psicología, con la Estadística, que le permite conocer muchos casos de un mismo fenómeno social y así obtener conclusiones aproximadas acerca de su producción y de las causas a que obedece.

Algunos consideran que la Sociología no debe permanecer en el plano meramente teórico, sino que debe tener una aplicación concreta. Así el reputado sociólogo norteamericano. Lester F. Word, autor de un difundido "Compendio de Sociología", estima que existen una sociología pura, que trata de establecer los principios de la ciencia, y otra sociología aplicada, que señala sus aplicaciones actuales o posibles (y sus obras fundamentales se denominan: "Sociología Pura"' y "Sociología Aplicada").

Morris Ginsberg plantea acertadamente, una justa posición cuando escribe: “La Historia de la Humanidad es la historia de un conflicto creciente entre los elementos racionales e irracionales de la naturaleza humana. Los elementos que tienden a la unidad y la cooperación mezclados con otros que favorecen la rivalidad y el exclusivismo, los fenómenos, envidias. A medida que la escala de su actividad se amplifica, se empeora el conflicto por la complejidad creciente de la vida, y la multiplicación de las oportunidades de discordia. La idea de que este vasto proceso debe y puede ser conscientemente controlado y dirigido, ha surgido ya en teoría. Pero la concepción de una humanidad dirigida conscientemente por sí misma es nueva y hasta ahora en extremo vaga. Elaborar todas sus implicaciones teóricas y, con la ayuda de las demás ciencias, inquirir las posibilidades de su realización, puede decirse que es el objeto supremo de la Sociología".

Quién mejor ha delimitado el campo de la Filosofía de la Historia y de la Sociología, y ha dado los elementos para una definición de ambas, ha sido el destacado sociólogo español Adolfo Posada (autor de un excelente manual: "Principios de Sociología"), en la forma siguiente: "La Historia, la Filosofía de la Historia y la Sociología tienen, como materia, la realidad social, en un cierto sentido, la humanidad misma; pero, en la Historia importan los hechos que han existido, ocurrido; en la Filosofía, la explicación racional de

estos hechos, y en la Sociología, la interpretación de la realidad social, del orden social, en cuanto social. Además, la Historia abarca el hecho como tal y lo que importa no es que el hecho sea social, sino que sea histórico; la Filosofía de la Historia comprende la explicación del hecho por la razón mientras que en la Sociología lo que interesa es lo que la realidad tiene de social; quizás, aunque no sea humano, pues hay las sociedades animales. Aparte de estas diferencias cualitativas, hay otras cuantitativas; la Historia se detiene en el presente, mira hacia atrás, tiene límites en el espacio donde el hecho ha ocurrido y en el tiempo en que los hechos se han realizado. La Filosofía de la Historia se pone por encima del tiempo y prescinde del espacio como condición de una localización dada del hecho dado, pues pretende explicar el proceso humano y social. La Sociología considera este proceso en cuanto es social y supone todos los problemas de la actualidad y del porvenir sociales".

La educación y la democracia social[9]

1. En medio del caos actual que envuelve a la humanidad en razón del predominio de doctrinas y sistemas que contienden a muerte, sin lograr dar eficaz solución a los apremiantes problemas económicos, sociales, políticos y espirituales de la sociedad y el hombre, y que, por el contrario, en las zonas que dominan se limitan, únicamente, a explotarlo en lo económico; a avasallarlo en lo político, y a envilecerlo en lo moral; los ciudadanos libres y de buena voluntad, los que creemos en el perfeccionamiento de la sociedad y del individuo, y tenemos fe en su destino, defendemos una posición racional, ética y humana, que responde, pensamos, a los verdaderos sentimientos y anhelos de paz y progreso de las grandes multitudes del orbe. Esta posición es la de la democracia social, que trata de reconciliar al hombre con la sociedad.

Si el hombre es la base de la sociedad, no quiere decir que el individuo solo lo es todo, como proclama un individualismo egoísta, y la humanidad cero; o al revés, la colectividad lo es todo y el individuo una mera cifra que se puede borrar en cualquier instante, como proclama el totalitarismo. La sociedad es un medio indispensable para la realización del hombre. Hombre y sociedad son interdependientes. La sociedad tiene deberes hacia cada uno de sus miembros. Acepta su vida, pero, en cambio, le garantiza la justicia, la libertad y el honor.

La democracia social trata de lograr el equilibrio entre lo que hay de inevitable y necesario en las formas colectivas de la sociedad, y lo que hay de sagrado en la libertad de la persona. La libertad y la dignidad de la persona humana están amenazadas tanto por el totalitarismo, expresión fatal de toda iglesia, de cualquiera especie que sea, apoyado en inquisiciones, policías secretas y partidos únicos; cuanto por el materialismo capitalista con su afán de lucro y provecho personal y, también, por la abdicación de sí de los indiferentes, de los resignados, de los satisfechos y de los derrotistas. Para superar los vicios que derivan de estas concepciones: el dogmatismo intolerante, el fanatismo activo del hombre de partido o de secta, la explotación del hombre por el hombre es necesario la liberación de la persona humana cambiando la base material de la sociedad y obteniendo la transformación del burgués y el proletario en un tipo superior de hombre y de humanidad.

Una democracia social, de auténtico carácter popular, exige, al lado de la libertad, la instauración de la justicia económica y una fuerte disciplina colectiva e individual. Y, únicamente, una democracia de este tipo puede lograr el progreso material de la comunidad y el ennoblecimiento espiritual del hombre.

[9] OCCIDENTE diciembre 1950 N°63

La democracia no solamente necesita el mantenimiento y respeto de las libertades públicas; urge de algo más hondo para que sea el camino y la posición superiores frente al totalitarismo tiránico y al capitalismo expoliador, negadores del hombre; tiene la obligación de proceder a una regeneración material, social y moral de la sociedad, para crear nuevas condiciones de vida de las que participen todos sus miembros, en una comunidad sin clases, sobre bases económicas nuevas, en la que se haya substituido la producción anárquica, inspirada en el provecho y lucro, por una producción dirigida en vista del consumo, o sea, de la satisfacción de las necesidades humanas; por el fortalecimiento de esta comunidad elevándose el estándar de vida: habitación sana y confortable, vestuario adecuado, asistencia médica y seguridad de trabajo para todos sus miembros; por la rehabilitación moral y espiritual del hombre y la comunidad, es decir, por el desarrollo de la personalidad, de la cultura, el civismo y la moralidad, por la reforma de las instituciones y de la depuración de los cuadros llamados a influir en esta renovación: justicia, administración, prensa, enseñanza y por un llamado personal a un esfuerzo individual de superación.

He aquí la finalidad de la democracia social. El problema más grave de la democracia se deriva de que requiere no solo la democratización de la riqueza y del Estado, a lo que se oponen los reducidos sectores privilegiados, sino que, forzosamente, necesita la purificación de sus métodos y prácticas y su perfeccionamiento constante, imponiendo la virtud en cada uno de sus ciudadanos, tendiente a superar ese oportunismo innato de la actividad del hombre. Y, para conseguirlo, funda esperanzas dilatadas en el rol de la educación sistemática. La democracia social no puede existir sobre individuos egoístas, irresponsables, parásitos y corrompidos. Cuando así sucede la democracia sucumbe a causa de que se enseñorea de la sociedad un cínico desdén por el honor, espíritu de lucro y engaño, egoísmo, deslealtad, irresolución, deshonestidad, loca ansia de placer y entrega general a los vicios infamantes de la bebida, juego y prostitución. Y, tal vez, la falla capital de la civilización contemporánea estriba, aparte de haber sido incapaz, hasta el presente, de eliminar la injusticia económica y la tendencia al lucro y a la explotación, en la imposibilidad de lograr el perfeccionamiento del hombre. Se ha tergiversado la finalidad del hombre y se le ha puesto al servicio de una economía de lucro, en vez de colocar la economía al servicio del hombre; se han orientado las más nobles conquistas de la ciencia en su lucha por dominar la naturaleza y el universo hacia móviles de destrucción y predominio.

Y por ello llegamos a pensar, en medio del caos y del miedo que nos circunda, que nada ha progresado el hombre en lo ético y en su espíritu desde la época de la caverna y el hacha de piedra hasta ésta del Estado Leviatán y la bomba atómica.

Las grandes conquistas del hombre son pervertidas en su sentido y en su uso, porque las máximas virtudes y cualidades humanas, individuales y colectivas: las de justicia, solidaridad, protección al débil, respeto de la palabra dada, fraternidad universal, han sido descuidadas y vulneradas. Ante este dramático y poco consolador espectáculo del mundo, donde las grandes potencias gastan sus energías principales en el desarrollo de las más espantosas armas de destrucción guardando celosamente su secreto, como manera de abatir al adversario, y en el desarrollo de colosales aparatos de propaganda, para mixtificar y engañar, a la enseñanza y a los educadores nos corresponden un papel inconmensurable y somos quienes debemos dar el ejemplo de alta humanidad dedicándonos al perfeccionamiento del hombre, a defender la paz, a proclamar los derechos humanos decisivos, a instaurar una sociedad nueva regida por las normas de la democracia social.

Impongamos la concepción de que el más alto objetivo por conquistar es el imperio de la dignidad humana mediante el perfeccionamiento del individuo y de la sociedad, que "la virtud moral es el único camino para

llegar al bien", pues más importante que el progreso material y técnico es la evolución espiritual y ética de nuestra especie, auténtica meta humana. El mensaje socrático de conocer al hombre, educar sus instintos naturales y elevarlo hacia el bien, por cuanto “solo los corazones puros pueden entender la verdad", está plenamente vigente. Y esta delicada tarea llevémosla a cabo a través de la enseñanza.

2. Dentro del conjunto latinoamericano nuestro país ha desempeñado un elevado rol. Después de destacarnos por una apreciable energía militar, nos hemos señalado por nuestra cultura, hasta alcanzar una hegemonía espiritual incontrarrestable. Hemos tratado de ser demócratas de verdad, luchando por imponer una amplia democracia y una cultura con profundo sentido civil y republicano y qué, ahora, queremos con sentido social e igualitario. Chile ha sido ejemplar en cuanto a su democracia civil, a su organización institucional y jurídica, a su estabilidad social y madurez política. Su organización administrativa y educacional han sido modelos para América; su opinión pública y su prensa libre han sabido aplastar toda tiranía o intento de tal haciendo prevalecer la ley y la voluntad ciudadana sobre los caudillos o los dictadores. Han sobresalido sus historiadores, sus juristas, sus poetas y sus maestros. Nunca nos ha ofuscado un nacionalismo estrecho y ridículo. Por el contrario, un ejemplar esfuerzo y voluntad, en lo interno, para forjar nuestro destino patrio y un elevado americanismo, ideal y práctico, en lo continental, han caracterizado la posición y aporte de Chile en el mundo. Hemos tenido siempre sobria conciencia de nuestro valer moral y de la finalidad superior que cumplimos, sin ostentación ni vana petulancia.

Laboramos con tesón y dignidad. De aquí nuestra responsabilidad y nuestra gran misión: por lo que hemos sido y por lo que, en lógica evolución, debemos ser.

Nuestro país en el presente sufre las inquietudes y contradicciones mundiales que se reflejan en su economía, vida política, movimiento cultural e ideológico. Pasamos por una etapa de transición, dura, y difícil, en la que pugnamos por superar las graves fallas de su estructura básica, por mejorar y ampliar su organización institucional democrática y por corregir los vicios y deficiencias de la vida de su pueblo.

Las responsabilidades que este momento nos impone se encaminan en dos direcciones: 1. Definir y llevar a cabo una política económica planificada que abarque la totalidad de la nación y atienda al desarrollo poderoso de las fuerzas productivas y a la transformación cuantitativa y cualitativa de su base económica y social, bastante atrasada en aspectos fundamentales. 2. Definir y llevar a cabo una política educacional en correlación con la política económica. Esta abarcando la totalidad de la nación; la política educacional actuando sobre la juventud, reserva y esperanza de la patria, que, por medio de una finalidad precisa, de acuerdo con las necesidades de cambio y progreso del país, la oriente hacia destinos creadores y aproveche íntegramente sus energías, su pureza, su fe, su inconformismo y su coraje.

En Chile no ha existido hasta el presente una política económica planificada que se oriente audazmente hacia la transformación estructural del país y presente los estímulos necesarios para canalizar hacia ella las energías de la juventud. Al no promoverse un reajuste de la economía nacional, a fin de sacarla de la inmovilidad y atraso en que permanece y convertirla en fuente de riqueza y prosperidad, hasta crear un nuevo ambiente, no han existido en la industria, comercio y agricultura los incentivos adecuados para que el interés de las nuevas generaciones se vacié hacia les faenas productivas. Tampoco ha existido, debido a lo expresado, una política educacional que tenga por finalidad, además de formar al hombre, dignificar las vocaciones económicas y dirigir el interés de la juventud hacia la producción y la modernización de Chile. Una política educacional científica y realista nace, naturalmente, de una gran política económica y social.

En Chile hemos carecido de ambas y en ello reside la causa del caos actual en lo económico y en la educación.

Los grandes escritores nacionales, y algunos educadores extranjeros avecindados en nuestro país, han enfocado la realidad chilena deteniéndose, especialmente, en el análisis de la educación por el valor que representa en el desarrollo de una comunidad y han propuesto medidas y reformas inmediatas o han definido la finalidad que debiera animarla para servir mejor al progreso de Chile.

Sarmiento, a mediados del siglo pasado, con su gráfica frase: "Educar al soberano", planteaba el primer deber de una república: impartir enseñanza a las masas. El ilustre maestro Simón Rodríguez (amigo de Bolívar), radicado durante un largo período en Chile, expresa que existe la obligación de enseñar y el gobierno debe ser maestro: "Generalizar la instrucción y asumir el Gobierno las funciones de padre común en la educación es una necesidad que se manifiesta en nuestro siglo, como se ha manifestado la necesidad de la vacuna". El Estado debe dirigir la enseñanza, porque la iniciativa particular jamás puede atender las demandas educacionales y, sobre todo, porque es necesario asegurar la organización de la comunidad alrededor de un mismo plan general de vida. Según Simón Rodríguez, la educación tiene que definir una filosofía de la vida, dar un sentido a la existencia y habilitar para la vida. La educación debe propender a la implantación de los ideales de libertad, justicia, solidaridad social y nueva moral. Debe preparar para el goce de la ciudadanía, como resumen de lo mejor de la condición humana, a través de cuatro especies de conocimiento: saber social, sin el que no hay nociones prudentes; saber corporal, que permita constituir pueblos robustos y sanos; saber técnico, que hace a los individuos expertos en algún oficio y capaces de ganarse decorosamente la vida contribuyendo, al mismo tiempo, a un mejor bienestar, y saber científico, que permite pensar correcta y objetivamente. En conceptos similares se expresa el distinguido educador portorricense, don Eugenio María de Hostos, quien vivió en Chile largos años y fue rector del Liceo de Hombres de Chillán, y más tarde, el primer rector del Liceo Miguel Luis Amunátegui, creado durante la fecunda administración de Balmaceda. Por su saber y por sus ideas educacionales avanzadas fue muy combatido.

Entre los escritores chilenos basta que recordemos algunos nombres. Nicolás Palacios, en su libro "Raza Chilena". (1904), cifra grandes esperanzas en la labor educacional para mejorar el pueblo y cambiar los destinos del país, sobre todo si se le da una orientación realista y técnica que habilite para la vida y la haga servir a los fines de incremento material de la Patria y de regeneración moral de la sociedad. Alejandro Venegas, educador de grandes perfiles, conocido por su pseudónimo de Dr. Julio Valdés Cange, en su valeroso libro "Sinceridad. Chile íntimo en 1910", somete a severa crítica la estructura económica social, educativa y ética de Chile. Encuentra a la enseñanza carente de una orientación adecuada (a las necesidades del país. En cambio, plantea su reforma y reorganización, en sus diversas ramas, en estrecha conexión con una serie de reformas en el plano económico, dándole preferencia a la de carácter agrícola, minera e industrial (no aprecia la comercial, porque estima que el comercio es una industria de segundo orden, de intermediarios, de hombres improductivos). Sus críticas y orientaciones en aquella época eran extraordinariamente justas. Don Valentín Letelier, uno de los más grandes educadores chilenos, se preocupó de fundamentar filosóficamente a la educación y es quien mejor ha definido la teoría del Estado docente. (Ver su discurso del 16 de septiembre de 1888, en la Universidad de Chile, incluido en su libro "La Lucha por la Cultura"). La educación es atención preferente del Estado y éste, por medio de sus organismos adecuados, es quien debe orientar y unificar la enseñanza nacional. Valentín Letelier estima que el Estado, precisado por su propia destinación a mantenerse por encima de todas las sectas y partidos, está lógicamente forzado a adoptar y mantener un sistema general de educación pública, basado en una

filosofía humana y realista, puesto que, de las distintas enseñanzas, la única que aceptamos todos como verdadera, la única que no nos divide, es la enseñanza de la ciencia. De aquí que el Estado debe mantener resueltamente su política docente.

Francisco Antonio Encina en dos libros publicados en el año 1912: "Nuestra inferioridad económica" y "La educación económica y el Liceo", critica la orientación errada de la acción económica de los gobiernos de ese entonces y de la enseñanza, a la que encuentra recargada de un intelectualismo artificial y de un absurdo desprecio hacia las tareas productivas, lo que se habría traducido en la inferioridad económica de Chile. Encina aboga por la transformación de Chile en país industrial, según la acción directa del Estado y por un cambio fundamental en la orientación de la enseñanza, pues la estima un agente decisivo de transmutación y de ahí que pueda corregir las preferencias, contrarrestar las desviaciones y, suplir los vacíos de nuestra evolución. La publicación de los libros de Encina coincidió con la celebración del Congreso de Educación Secundaria de 1912, donde se recogieron sus críticas y afirmaciones dando origen a uno de los debates más interesantes de nuestra historia. Educadores tan señalados como don Darío Salas, Luis Galdames y Enrique Molina analizaron las ideas de F. A. Encina y expusieron lo que, a su juicio, debía ser la finalidad de la enseñanza nacional.

Es de interés recordar, aunque sea brevemente, la actitud de don Luis Galdames, quien expuso un punto de vista realista y ecléctico frente a las posiciones antagónicas de don Francisco Antonio Encina, defensor de una orientación demasiado utilitaria y de don Enrique Molina (véanse sus libros "La cultura y la educación general", 1912, y "Educación Contemporánea", 1914), partidario de una finalidad demasiado humanista-intelectualista. En su libro “Educación económica e intelectual", 1912, don Luis Galdames llega después de un estudio prolijo, a la conclusión de que es menester una reforma educacional amplia, y en especial de la rama secundaria, sobre la base de una armonización, o más bien, de una íntima unión, entre la tendencia intelectualista dominante y la tendencia económica que pugna por hacerse valer. Al sostener que es indispensable contemplar el factor económico en la educación lo hace sin desconocer la importancia de las disciplinas científicas, literarias y morales que constituyen su base ni pretende desvirtuar el carácter cultural del Liceo para convertirlo en una escuela profesional y técnica. Don Luis Galdames concibe la educación como una fuerza social, como un elemento de perfección y de expansión de todas las facultades individuales, como un medio de conseguir la mayor suma posible de bienestar para el individuo, para la nación y para la especie. Y por eso sus esfuerzos tienden a procurar que la educación se amolde a las necesidades más premiosas que aguijonean la vida de todas las colectividades cultas y en especial la chilena, donde urge desarrollar la riqueza, explotar nuestra inmensa masa de recursos naturales, creando una industria propia que nos dé cohesión, energía y vitalidad permanentes entre las demás naciones. Don Luis Galdames asigna a la educación una particular responsabilidad en estos anhelos de grandeza nacional; por esta razón propicia una reforma educacional amplia y, dentro de ella, se detiene en el rol de la educación secundaria. Desea que la enseñanza secundaria, sin despojarse de su carácter científico, se abra ante las aspiraciones nacionales y se incorpore de lleno en la ancha corriente de las necesidades materiales de la vida individual y social; que se desarrolle día a día, pero animada de ese fervoroso espíritu de progreso económico; que se vincule a nuestra escuela y de ella recoja todos aquellos cerebros superiores en que la raza es tan fecunda, se los asimile, los incorpore a la producción nacional y los haga grandes y fuertes en beneficio del país; que reforme sus métodos didácticos, repletos de un verbalismo crónico, en que las ideas se diluyen y las cosas mismas desaparecen para dejar solo las palabras vacías de sentido y eficiencia educadora; que discipline el carácter de la juventud y desenvuelva todas sus energías latentes, para el cumplimiento de más nobles destinos; que tenga un ideal nacional como base

de una solidaridad colectiva que la impulse a obrar en provecho propio y de la Patria; y, por último, que tenga como finalidad moral un ideal de acción capaz de elaborar nuestro porvenir y de hacemos más dignos de nuestro pasado.

Darío Salas, insigne educador, también defendió con insistencia la necesidad de una enseñanza democrática y democratizadora, que persiguiera un fin ético y social, en lugar de uno estrechamente utilitario, fundando en ella toda esperanza de reforma y mejoramiento sociales. Defendía que la educación secundaria debía tener el carácter de educación general, en la cual debieran armonizarse los intentos de preparar al individuo socialmente eficiente y hacer al hombre culto; pero, fundamentalmente, le preocupó el inmenso problema que presenta ante nosotros "esa enorme masa de hombres y mujeres a quienes hay que enseñar a leer; esa enorme masa de madres a quienes hay que enseñar a criar sus hijos; esa enorme masa de individuos a quienes hay que enseñar a trabajar y a cooperar al progreso común; esa enorme masa de gentes, en fin, a quienes hay que enseñar a vivir y a ser felices".

Para Darío Salas el fin de la educación en una sociedad democrática es el de lograr la eficiencia social, o sea, que la educación existe en beneficio de la comunidad, y que su objeto es hacer de cada hombre un factor de mejoramiento colectivo, habilitar a cada uno para prestar a la sociedad el mejor servicio que sus aptitudes le permitan ofrecer". Esta finalidad supone dos implicaciones: 1) Que las oportunidades de recibir enseñanza sean las mismas para todos. 2) Que la educación prepara a cada uno para la participación correcta en la vida democrática, pues la participación de cada uno en el gobierno, la preservación de la libertad bajo la ley y las instituciones, requieren la ilustración de todo el pueblo. Y estas condiciones exigen que la educación popular sea universal y obligatoria, que sea costeada y dirigida por el Estado, que sea común en cuanto sirve de base a la ciudadanía, que se adapte, exclusivamente, a las aptitudes en cuanto es vocacional, que contribuya a mejorar la salud y aumentar el vigor de nuestra raza, que capacite para el trabajo productivo, que desarrolle las virtudes sociales, que haga de cada miembro de la colectividad un ciudadano y un patriota.

3. Después de citar las opiniones de tan egregios educadores, y sin entrar a referimos a las polémicas numerosas acerca de la situación y objetivo de nuestra enseñanza en los últimos tiempos, podemos afirmar, como un hecho verídico e inobjetable, que aún no hemos definido ni poseemos una política educacional emanada de los organismos técnicos estatales. Y, precisamente, en estos años en que se intenta formular una política económica tendiente a desarrollar las fuerzas productivas del país y a reestructurarlo desde su base, se hace impostergable recordar el pensamiento de nuestros más esclarecidos educadores, a la vez que llevar a cabo el estudio objetivo de la realidad nacional, de su situación y necesidades, para esbozar los fundamentos esenciales de una reforma de la enseñanza, de acuerdo con las líneas definidas de una política educacional moderna y renovadora.

Una política educacional solo puede formularse después de un estudio claro de la realidad antropogeográfica, económico-social y ética del país, para señalarse acertadamente las metas pertinentes en el campo de la cultura, planificando técnicamente la acción a desarrollar y verificando la elección de los medios más adecuados y de los mejores hombres con el fin de llevar a cabo exitosamente los propósitos fijados.

Vivimos en un medio geográfico determinado, con características y condiciones que conforman los rasgos específicos de la raza, de su producción, de su idiosincrasia y de su historia. No podemos ignorar las posibilidades y limitaciones de la geografía de Chile en la formulación de una política educacional; por otra

parte, siendo la enseñanza una empresa social es menester el estudio y conocimiento amplios de la sociedad patria, que la utiliza para mantenerse y mejorar. Una política educacional, debe surgir condicionada por las realidades sociales y económicas, políticas y culturales del país, considerando adecuadamente su trayectoria histórica y proponiéndose un destino superior, en el que estén incluidos una nueva economía, una nueva organización social, una cultura más elevada, para lograr un más alto nivel de vida y, también, es imposible trazar una política educacional realista sin el estudio y conocimiento precisos del sujeto de la enseñanza, del educando, desde los ángulos biológico, psíquico, sociológico y ético. Solo partiendo del análisis detenido de la realidad geográfica del medio social y del individuo chilenos, lograremos formular las bases justas, les valores e ideales orientadores de una política educacional dinámica y renovadora, que utilice lo valioso y perdurable del pasado, contemple las necesidades e intereses de los individuos y de la sociedad del presente, haga el balance de lo que es y, luego, enfoque lo que debe ser, para conquistar un futuro superior.

Los países económicamente atrasados, así el nuestro, la educación es importantísima como agente de transmutación y si es verdad que guarda relación con todo lo básico de la actividad humana, en estos pueblos menos desarrollados debe concentrarse sobre las necesidades y problemas primordiales y más urgentes. Aquí el propósito principal de la educación debe ser el de capacitar al hombre para superar su existencia actual ayudando a verificar el progreso económico y social que le permita conseguir prosperidad y bienestar y a desarrollar los mejores elementos de su propia cultura, que le mejoren espiritual y moralmente y, de tal suerte, pueda vivir una existencia más plena y feliz.

Don Pedro Aguirre Cerda, presidente de la República y gran demócrata, cuyo gobierno tuvo por lema la frase de Valentín Letelier: "Gobernar es educar", en su interesante libro "El problema industrial", aparecido en 1933, sintetiza, brillantemente lo que hemos dicho: "No se trata solo de extender y facilitar la educación primaria, secundaria, especial y universitaria. El concepto es más amplio. El Estado y todas las autoridades centrales y locales, la industria, el comercio, la agricultura, la sociedad toda está impregnada del sentimiento que pasa ya a ser un mito colectivo, que sin la educación, sin la comprensión de los principios científicos, o por lo menos, sin el respeto por la ciencia y sus investigaciones y experimentaciones, ayudada de la perseverancia y la aplicación práctica del saber, no hay posibilidad de alcanzar éxito en actividad alguna, y que el ejercicio de la voluntad, unido al interés económico, son estímulos de progreso indefinido en el desenvolvimiento nacional... Si observamos nuestra educación y las exigencias que la vida moderna impone al ciudadano, resalta el desacuerdo entre la orientación educacional y las necesidades sociales. No creemos que los principios directivos de la cultura hayan sido en época alguna, salvo en la educación religiosa, basados en tendencias que solo aspiren a formar un ciudadano ideal, plasmado en conceptos ajenos al medio y sus necesidades. El deber de una colectividad es poner todas las fuerzas de que dispone en favor del progreso y engrandecimiento del grupo, y estas finalidades no pueden sino guardar concordancia en las exigencias de la vida en el momento en que la educación se practica. Aplicar un concepto diverso es crear inadaptados, elementos que serán siempre un tono discordante en el medio en que actúan. Y si este medio, como en el momento actual, exige la máxima energía de cooperación, sería restar fuerzas o crear resistencia, orientar una educación en finalidades ajenas al momento en que se desenvuelve. Es un hecho indiscutido que el concepto económico es el predominante en la época presente y que para alcanzarlo se requieren aptitudes que es necesario desarrollar y fortificar dentro de las ideas que pueden contribuir a formarlo... En todas partes la política educacional del Estado no tiene límites, sobrepasa la instrucción sistemática de la Escuela y de la Universidad y se extiende a todas las actividades nacionales... El mundo económico marcha en el sentido

de que cada país sea una gran empresa científico-industrial encargada del bienestar económico, sin perjuicio de la libertad espiritual de los ciudadanos...".

4. Los espíritus más esclarecidos del país, como hemos visto, se han preocupado de la enseñanza, con un propósito elevado, planteando puntos de vista creadores y formulando críticas constructivas, todo dentro de una concepción racional, laica y democrática. Esta posición justa es muy distinta a la que han adoptado los teóricos y representantes de las fuerzas privilegiadas y de las agrupaciones sectarias, los que han emprendido una constante y concertada ofensiva en contra de la enseñanza del Estado, asilándose en una monstruosa interpretación de la libertad de enseñanza, según la cual asignan a ésta el carácter de mercancía que debe regirse por la ley de la oferta y la demanda, tal como en el proceso económico, sin intervención del Estado. La reacción defiende la libertad de enseñanza, aplicándole el principio del "laissez-faire", para imponer, a su sombra, una organización educacional propia que le asegure su dominación ideológica de la misma manera que posee el predominio económico y social.

No vale la pena detenerse en la consideración de esta absurda y sibilina posición, sobre todo después de conocer las precisas ideas de don Valentín Letelier sobre la necesidad del Estado docente. Por lo demás, el carácter interesado del ataque a la enseñanza del Estado se destaca con rasgos odiosos cuando vemos que quienes lo llevan a cabo no plantean el conjunto de problemas graves que le afectan y que se arrastran desde años, porque se han opuesto a su solución las fuerzas conservadoras en defensa de las cuales se realiza este ataque a la enseñanza fiscal. ¿Qué han hecho las fuerzas privilegiadas y sectarias, que tanto combaten la enseñanza del Estado, a pesar de su influencia preponderante en los pasados gobiernos, por impulsar una política educacional ajustada a las necesidades del país; por dar educación a casi medio millón de niños que no concurren a la escuela; por construir los millares de edificios escolares y crear las miles de plazas de maestros que hacen falta, todo lo que constituye un panorama angustioso que en estos días hemos podido palpar en forma directa una vez más? ¿Qué han verificado, o siquiera intentado, para desarrollar económicamente el país y así abrir campo y destino a la juventud? Nada han hecho y, además, no les interesa ni conviene el incremento de la enseñanza, porque su desenvolvimiento amplio es una amenaza para sus privilegios y sus prejuicios. Esto explica que su oposición a la enseñanza del Estado se reduzca al ataque continuo al Liceo, y, como una derivación, al Bachillerato y a la Universidad. El ataque al Liceo se explica porque en éste, con seriedad y severidad, se ha formado un clima democrático y republicano, libre y tolerante, que ha impulsado el progreso intelectual y político de Chile, y ha mantenido esa acción inextinguible por ampliar la democracia chilena, eliminando los resabios feudales, la mentalidad arcaica y sectaria, los privilegios odiosos.

Estos enemigos del Liceo proclaman, en todos los tonos, que ha fracasado, que no cumple una labor eficaz en conexión con las necesidades reales de Chile, que debe poseer una orientación práctica y no humanista, y que no forma una personalidad moral (de lo que deducen la necesidad de imponer la obligatoriedad de la enseñanza de la religión católica). Estos ataques entrañan una colosal mixtificación. El Liceo ha jugado un papel vital en la creación de una conciencia libre, social y progresista en el país; sus hombres más distinguidos en los diversos planos de la actividad nacional se han formado en sus aulas; el desarrollo democrático, intelectual y espiritual de la nación se ha forjado en sus salas de clases. Por lo demás, el Liceo no ha quedado a remolque del progreso, se ha ido adaptando flexiblemente a las nuevas necesidades de la patria; se ha renovado periódicamente, lo que demuestra la comprensión y sensibilidad de su magisterio. El Liceo no está a la zaga de la educación y no es culpa suya el que no se amplíe y mejore la enseñanza técnica que debe marchar a su lado; ni tampoco es de su responsabilidad el que las fuerzas

políticas dominantes no hayan impulsado un plan económico que desarrolle al país y abra vastas posibilidades a quienes tienen vocación para las labores prácticas.

Aquellos ciudadanos que, formando parte de nuestro mismo campo, critican al Liceo porque no les satisface su orientación humanista, no comprenden que ésta es perfectamente compatible con la utilitaria, pero que la enseñanza secundaria tiene que impartir, antes que nada, una educación general, que abarque al hombre en su integridad, sin parcelarlo, y, luego, darle el oficio, técnica o profesión en que se asegurará su existencia y cooperará a la sociedad.

La enseñanza que, reaccionando contra la humanista, se torna exclusivamente utilitaria pervierte al hombre y lo desfigura, pues no abre su espíritu a la plena realidad; la reduce a un solo aspecto y seca las fuentes del sentimiento y del altruismo, y tiende a sacrificar la sociedad y la humanidad al yo individual y egoísta. De aquí surgen los prácticos que viven y actúan para obtener provechos inmediatos y concretos, burlándose de los soñadores e idealistas, quienes, sin embargo, son los que contribuyen con una mayor cuota al progreso moral y espiritual de la comunidad. La enseñanza humanista es decisiva para la forjación del verdadero sentido de la vida y del hombre. Los países de mayor adelanto técnico, industrial y económico: Inglaterra, Francia, Alemania e Italia, son, a la vez, los países de mayor cultura humanista, los que han dado los más altos valores de la filosofía, de las ciencias, arte y literatura. Es que su enseñanza general es humanista y solo después de cruzar dicha fase, entra su juventud a obtener las prácticas y oficios que le asignarán un sitio en la producción social.

Frente a las posiciones humanista y utilitaria de la enseñanza, lo que debemos esclarecer es que, dentro de la concepción humanista, ha predominado durante mucho tiempo, por una errada interpretación escolástico-dialéctica, una evidente limitación de su contenido hasta dejarlo reducido a una mera categoría intelectual y libresca, que considera el espíritu del estudiante como un fondo pasivo, simple receptor del saber o de las opiniones de los demás. Este concepto estrecho es el que ha fracasado, porque no responde a la realidad del espíritu humano y de la vida.

La enseñanza humanista plena debe desarrollar el intelecto y debe educar la voluntad y el sentimiento y colocar al hombre frente a las cosas mismas. Es el problema que desde hace años enfrenta y trata de resolver, en forma realista, nuestro Liceo y en lo que estamos empeñados todos: maestros, alumnos, padres y apoderados.

Socialismo y comunismo[10]

Con el triunfo del Partido Bolchevique en las jornadas revolucionarias de octubre de 1917, dirigido por Lenin, surge el comunismo como teoría, programa y movimiento político, pretendiendo imponerse mundialmente por medio de insurrecciones proletarias. A pesar de que el Partido Bolchevique era socialista, desde su triunfo se denomina comunista, para diferenciarse de los partidos socialistas o socialdemócratas, considerados reformistas y socialfascistas. Y pronto se forman partidos comunistas en los diversos países, los que libran una enconada lucha en contra de las agrupaciones socialistas. El comunismo se distancia, en todos los planos, del movimiento socialista, hasta constituir una doctrina y programa distinto; una política y una moral opuestas.

[10] OCCIDENTE abril 1951 N°66

La revolución pudo triunfar en Rusia por circunstancias muy especiales. Era un país inmenso y primitivo, donde imperaba un capitalismo atrasado, junto a una clase campesina miserable, agobiada por un feudalismo agrario medieval. Este régimen beneficiaba a una reducida nobleza parásita, cuya expresión política se concretaba en una monarquía corrompida y vacilante. En las ciudades apenas existía una débil burguesía egoísta, sin dirección propia. El país, en su conjunto, marchaba en medio del mayor desorden y descomposición. La guerra, a raíz de los desastres de los ejércitos zaristas, puso al desnudo la honda crisis del régimen y su total incapacidad para conducir los destinos de la nación.

Un esquema de las causas que determinaron el triunfo del Partido Bolchevique sería el siguiente: 1° Corrupción e incapacidad de las clases dominantes, socialmente agotadas y obstáculo para el desarrollo del país (nobleza, burocracia y monarquía). 2° Debilidad política de la burguesía que no tenía ninguna raíz en las masas populares. 3° Carácter revolucionario de la cuestión agraria. Si el problema agrario hubiese sido resuelto por la burguesía teniendo la osadía de atentar contra la propiedad feudal, el proletariado no habría conquistado el poder en 1917. Para que el estado soviético, nacido de la revolución de octubre, fuera una realidad, era necesaria la acción combinada de dos factores de naturaleza histórica distinta: la guerra campesina, movimiento que es característico de la aurora del desarrollo burgués, y la sublevación proletaria, que anuncia el crepúsculo de la sociedad burguesa. Es así como cuatro millones de obreros de las industrias y transportes condujeron a más de cien millones de campesinos. 4° El carácter revolucionario del problema de las nacionalidades oprimidas, integradas en su mayor parte por campesinos. En el Imperio ruso la nación dominante integraba el 43% de la población y subyugaba el 57%, que era una mezcla de nacionalidades de cultura y régimen distintos. Y la presión nacional en Rusia era más brutal que en los estados vecinos. La consigna de autodeterminación nacional de los pueblos "alógenos" esgrimida por los bolcheviques, ganó la confianza de las poblaciones oprimidas. El movimiento de liberación nacional y el movimiento campesino por el reparto de las tierras se tornaron contra el gobierno en forma explosiva. 5° El peso social del proletariado: aunque reducido, frente a la enorme masa campesina, tenía una influencia considerable. Estaba concentrado en las grandes ciudades y puntos vitales de Rusia y entrenado por una larga acción revolucionaria. 6° El estallido de la revolución de 1905, que demostró la debilidad del régimen zarista y suministró valiosas lecciones a los partidos populares. 7° La guerra imperialista de 1914-1918, al demostrar la incapacidad y podredumbre del sistema dominante, agudizó las contradicciones del zarismo y arrancó a las masas atrasadas de su estado de pasividad. 8° La existencia del Partido Bolchevique, organismo político superior a los demás en claridad de pensamiento, en realismo y en decisión revolucionaria. Contaba con una plana de revolucionarios profesionales de acción dilatada y de gran experiencia y, sobre todo, poseía una de las cabezas más extraordinarias de todos los tiempos: Lenin.

La revolución rusa instauró, al triunfar los bolcheviques, el "comunismo de guerra", cuya expresión más clara es su "Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado", redactada por Lenin y ratificada por el Congreso Pan-Ruso de los Soviets, verificado el 23 de enero de 1918. Según el mencionado documento, Rusia se constituyó en una República de Soviets, o sea, consejo de obreros, campesinos y soldados; se socializó la tierra, bosques, aguas, subsuelo, ganados, propiedades y empresas agrícolas; ratificó la ley concerniente a la anulación de las deudas del gobierno zarista; transfirió los bancos, fábricas, ferrocarriles y minas al Estado; estableció el trabajo obligatorio; suprimió los tratados secretos con otras naciones y estableció el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos.

A causa del ataque de las potencias victoriosas en 1918, las que estimularon la guerra civil desencadenada por los "rusos blancos", Rusia quedó aislada. Logró vencer a los ejércitos reaccionarios y realizó, con fuertes luchas intestinas, su evolución independiente. El "comunismo de guerra" tuvo que retroceder,

naciendo una nueva política económica (NEP), a raíz de la cual se logró la consolidación de un fuerte poder estatal, el desarrollo de las fuerzas productivas, mediante la organización centralizada de las grandes industrias, o sea, de acuerdo con lo que se puede llamar un “socialismo de Estado”. Con la muerte de Lenin y el ascenso, al cabo de cuatro años de luchas, de Stalin a la dirección del Partido Comunista Ruso y del gobierno soviético, en 1928, se afirma en la URSS, un nuevo régimen, que muy poco tiene que ver con el comunismo de guerra y con el socialismo de Estado (NEP). En esta etapa de la victoria de Stalin se impone una burocracia estatal, como una nueva clase dominante y explotadora. Es la dueña de los medios de producción, fija la parte del producto del trabajo que se destina a sueldos y salarios, tomando de su cuenta la tarea que le correspondió a la burguesía en el occidente, es decir, desarrollar al máximo la técnica y la productividad del trabajo. De tal modo el socialismo de Estado se resuelve en un capitalismo de Estado, bajo la forma política de una dictadura. Al consolidarse el capitalismo de Estado, por encima de la clase proletaria se forma y se extiende una inmensa burocracia.

El comunismo, como doctrina y programa, queda relegado a una mera palabrería escolástica y formal. Solo sirve para lanzar a diestra y siniestra las mágicas palabras de ‘‘marxismo” y "dialéctica”, tendientes a ocultar en una densa cortina de humo “teórica” la desviación profunda de la revolución rusa. Y el marxismo, en la vida real, se extingue en la rama comunista del movimiento obrero desde que se consolida en la URSS, el capitalismo de Estado, con una fuerte burocracia dominante, y Stalin pasa a ser el profeta y papa infalible de una nueva Iglesia.

Las características que moldean al régimen soviético provienen, en parte fundamental, de la particular realidad rusa, propia de un país campesino atrasado, con una larga tradición de autocracia y represión, y de la interpretación autoritaria del marxismo, defendida por el Partido Bolchevique. En estos hechos reside la explicación de las desviaciones de la revolución rusa en el seno de la URSS, y de la acción nociva de la URSS, en el plano internacional. Desde un principio habrá una permanente contradicción en el hecho de que la URSS., inmenso país campesino, con un incipiente desarrollo industrial, pretenda tomar el control y dirección de la clase obrera de Occidente, formada y disciplinada por un largo desenvolvimiento industrial, y encarando la tarea de transformar la producción capitalista en otra forma superior de producción, la socialista.

El régimen comunista-soviético adquiere un carácter totalitario y dictatorial, apoyado en un partido único, el Partido Comunista, que se declara expresión de la dictadura del proletariado. En la práctica se reduce, por el culto al Estado y al jefe del Estado, a un “estalinismo” fanático. Los PP.CC., a medida que se consolida el capitalismo de Estado soviético, se convierten en agencias del gobierno dictatorial ruso en el extranjero. Para poder imponer en el seno de los PP.CC. sus órdenes y virajes recurren a una "estricta, disciplina mecánica para reprimir toda crítica interna, siempre con la más absoluta falta de honradez en los hechos y en las palabras”. Las discusiones internas desaparecen desde que la policía es la “última razón” (en los países no dominados lo es la “purga” periódica). El gobierno estalinista coordina y orienta la acción de los PP.CC., por medio de la Tercera Internacional (Komintern), su objetivo primordial es el de superar la contradicción de que la URSS, país campesino y atrasado, pretenda dirigir el proletariado de los países industriales en su provecho, para lo cual se estructuró con una organización centralizada y rígida. Su organización se basa en la dictadura del partido sobre la clase y dentro de aquél, de la dictadura de la dirección del partido. Si en verdad el capitalismo de Estado soviético se alza sobre la base de una revolución popular que debió cumplir amplias nacionalizaciones, no es menos cierto que no ha dejado de explotar a la clase obrera como asalariada y no ha permitido la libre gestión de las masas. La clase trabajadora ha quedado sujeta a la dictadura del Partido Comunista sobre ellas y el Partido Comunista a la dictadura

dentro de él de las directivas vitalicias. Desde este momento la dictadura del proletariado es igual a la esclavitud del proletariado.

El comunismo, como cosa realizada y visible a través de la experiencia soviética, es tan burgués como el capitalismo. La misma explotación económica y avasallamiento del individuo; peor dictadura y opresión políticas; idéntica carencia de perspectivas de un destino superior; iguales vicios, injusticias y privilegios irritantes para irnos pocos. La revolución conquistó el poder en la Rusia zarista al grito de "Pan, Paz y Libertad'' y con el objeto de organizar un sistema socialista que mejorara las condiciones de vida del pueblo, desarrollara y modernizara su economía, y destruyera los privilegios odiosos y el cruel despotismo zarista. Pero pronto, el sistema soviético se transforma en un régimen tiránico y en una política de terror y expoliación, más tremendos que el despotismo autocrático anterior. La base de este despotismo rojo ha sido el sistema totalitario del partido único, el Partido Comunista, apoyado en una amplia policía secreta (la Checa, que se transformó en Guepeú y ahora en NKVD) y en una organización político-sindical para el exterior: el Komintern-Profintern, o Tercera Internacional, destinada a preparar la revolución comunista en los diversos países.

El sistema del partido único suprime radicalmente hasta el último vestigio de libertad. Hitler y Mussolini no hicieron otra cosa que imitar y copiar el modelo soviético, para aplicarlo a sus respectivas naciones con las características y resultados conocidos. Los defensores de la URSS expresan que es un país democrático, el único genuinamente democrático, porque se respeta la democracia obrera a través de los soviets y porque así lo establece la Constitución. Lo que establece la Constitución rusa es únicamente la dictadura del Partido Comunista, al mencionar expresamente que constituye el núcleo director de todas las organizaciones de trabajadores, o sea, de los ciudadanos, en abierta contradicción con el carácter democrático y autónomo de los soviets, organismos exaltados, precisamente, por la teorización leninista, como las bases esenciales del gobierno proletario.

En la URSS, el Partido Comunista ha eliminado implacablemente toda otra manifestación política que no sea la suya, no solo de los enemigos de clase, sino que en especial de la clase trabajadora: socialistas revolucionarios, anarquistas, comunistas trotskistas, quienes han sido esclavizados o eliminados. Y en el soviet, organismo básico de poder en la estructura comunista, se dice que están representadas todas las tendencias políticas de la clase obrera, pudiendo actuar en su interior libre y democráticamente. En la práctica solo tiene existencia legal el Partido Comunista, partido gubernamental y es éste el que decide la orientación del soviet por medio de sus fracciones, aplastando a los demás integrantes que no pueden poseer organización partidaria propia; tienen que obedecer o, de lo contrario, son eliminados de su seno, aunque constituyan la mayoría.

En la URSS, no existe democracia de ninguna especie, ni económica, ni política; no hay libertad de prensa ni de reunión, ni religiosa, ni hay igualdad en las fábricas, ni derecho a formar gremios independientes, ni a declararse en huelga, ni a cambiar de empleo. Los obreros están esclavizados a las máquinas y encadenados a una tarifa oficial de jornales. La iniciativa creadora de las masas ha desaparecido del todo. Bajo la dirección del partido único, su papel exclusivo es desfilar por orden, aclamar por orden, y votar por orden. Este monstruoso sistema totalitario supone la realización rápida y minuciosa de las órdenes transmitidas por la directiva política y el cultivo sistemático de los instintos gregarios que terminan en la despersonalización de los individuos.

La experiencia soviética es el resultado práctico de la interpretación autoritaria del marxismo, defendida por Lenin, como etapa transitoria, y luego por Stalin como fórmula permanente, concretada en la "dictadura del proletariado" por medio de un partido único. De esta suerte, el gobierno comunista-soviético ha significado una tremenda tiranía estatal ejercida por un reducido grupo personalista y burocrático que domina la dirección del partido y los órganos del Estado, apoyado en un inmenso aparato represivo, para dar vida, en lo económico, a un capitalismo de Estado superexplotador. La reacción capitalista más feroz: el fascismo, no hizo otra cosa que copiar la realidad soviética del partido único, dictadura estatal, aparato represivo de policía secreta y capitalismo de Estado. En el capitalismo de Estado oligárquico y fascista, los privilegios capitalistas se mantienen a través de la dirección estatista de la economía, por la destrucción de las libertades democráticas y por medio de un sistema corporativista que coordina a la burguesía y esclaviza en sus beneficios a la clase trabajadora. El régimen comunista y el sistema fascista no significan ninguna superación frente al capitalismo de Estado oligárquico y democrático (régimen demo-capitalista), en el cual, si se mantienen las viejas oligarquías plutocráticas, también están vigentes las libertades democráticas y sindicales, por medio de las cuales se realiza la gestión de las masas trabajadoras para transformarlo.

El socialismo estima que la interpretación autoritaria del marxismo es errónea y ha hecho crisis, porque se opone a su contenido libertario. El socialismo combate toda forma de dictadura, todo totalitarismo, para afirmar una posición democrática y libertaria. El socialismo señala el peligro de los regímenes dictatoriales centralizados del mismo modo que el peligro de los grupos reaccionarios: sectores monopolistas, imperialistas, clericales, o militaristas. El socialismo precisa que la clase trabajadora es genuinamente democrática y si lucha por eliminar la propiedad privada de los medios de producción y la existencia de las clases sociales antagónicas es para conseguir la democracia y la libertad. Y como régimen económico de transición, el socialismo persigue la creación de una economía de Estado planificada, con amplias nacionalizaciones, hacia un colectivismo evolutivo, que debe cumplirse en provecho de los intereses populares y humanos, destruyendo los viejos privilegios, pero manteniendo, en forma intransigente la libertad y reconociendo la acción y dirección de los trabajadores, por medio de sus organismos sindicales y cooperativas, en el proceso. El socialismo en ningún instante coarta la fecunda iniciativa de las masas y tiene el convencimiento de que apoyado en ellas podrá realizar la transformación del régimen capitalista en otro de verdadera democracia económico-social y de que sin ésta no es posible la democracia política.

El socialismo se revela superior al comunismo, al perseguir la democratización económica, social y política junto al ennoblecimiento espiritual de la sociedad y del individuo.

Tanto el socialismo, como el comunismo tienen sus raíces teóricas en el conjunto de las doctrinas de Marx, pero sus diferencias en la interpretación y, luego, en la actividad política, son fundamentales. Hoy día socialismo y comunismo pueden ser considerados como dos teorías distintas y como dos movimientos políticos opuestos. Estas diferencias comienzan desde el momento mismo en que ambas enfrentan el marxismo en su conjunto. El socialismo afirma que el marxismo es verdadero solo en cuanto progresa, y que debe renovarse constantemente, pues es una teoría viva que refleja relaciones económicas y sociales determinadas. El socialismo distingue entre un "sistema" perecedero según cambian las circunstancias, y "método", hipótesis de trabajo. El marxismo no es un sistema dogmático, sino un método de investigación, un guía para la acción.

Si se admite que las ideas, las posiciones ideológicas, son el reflejo del estado de desenvolvimiento de las fuerzas de producción y de las relaciones de clase, o sea, que son superestructura, el marxismo elaborado

durante el siglo XIX, debe adaptarse a la época actual, época de la energía atómica, a menos de estimar que el relativismo marxista se aplica a todo: a la economía, al derecho, al arte, a la política y a la moral, menos a la misma doctrina marxista. Según Pannekoek, el marxismo debe modificarse: "sus concepciones de la juventud solo en parte pueden incluirse, son etapas del desarrollo que condujo al marxismo. Mientras en el "Manifiesto Comunista", se explica el papel de la lucha de la clase proletaria y lo que el comunismo se propone, solo con posterioridad a él se elabora la teoría de la plusvalía. Las propias concepciones de Marx en cada época dada eran determinadas por las condiciones sociales... El marxismo no puede ser una disciplina o un credo rígido e inmutable. La sociedad se desarrolla, el proletariado se desarrolla, la ciencia se desarrolla. Aparecen nuevas formas y fenómenos en el capitalismo, en la política, en la ciencia, que Marx y Engels no podían prever o sospechar; pero la herramienta de investigación forjada por ellos constituye todavía el medio por excelencia para comprender y explicar los nuevos fenómenos". El método del materialismo histórico consiste, principalmente, en substituir la especulación sobre conceptos abstractos por el estudio del mundo material real. El socialismo, siendo adepto al marxismo en lo que éste tiene de científico, constantemente trata de enriquecerlo de acuerdo con los aportes que el devenir le señala. Para el socialismo, entonces, no existe un apego tartufesco a la letra del marxismo, mientras en la práctica se le vulnera en sus principios esenciales y más definidos y se adulteran sus más claros, valiosos y permanentes postulados (primacía de la letra sobre el espíritu). Los comunistas, con las magníficas palabras "marxismo" y "dialéctica" en los labios, defienden las peores consignas, aquellas que son diametralmente opuestas a los postulados fundamentales de Marx y Engels, y a medida que se alejan del marxismo ponen más acento en la edición primorosa de las obras de los maestros por el Instituto Marx-Engels de Moscú, por una devoción formal a los textos sacrosantos, muy propia, de quienes han abandonado en los hechos sus orientaciones y enseñanzas. Por otra parte, el proceso histórico concreto es historia que se vive y que se hace, en la que el marxismo debe servir de guía fecundo para comprender y dirigir dicho proceso hacia objetivos definidos, cumpliendo con su gran espíritu de herramienta de orientación social e histórica. Los comunistas, en cambio, han transformado el marxismo en un dogma hasta pretender ser, de acuerdo con él, las reveladoras de una verdad que solo ellos poseen. El marxismo no es ya una doctrina, reflejo de relaciones e intereses económico-sociales, sino que es la verdad misma y la revelación auténtica del misterio de la vida. Los comunistas han transformado su adhesión a la teoría marxista en una religión, abandonando el carácter crítico y científico de ella. Hoy más que nunca viven en esta fase religiosa con la creación de una verdadera Iglesia comunista. Los comunistas no aceptan que el marxismo sea superestructura de la economía y de los intereses sociales de la época y que esté sujeto a crítica y libre examen, con el objeto de hacerlo servir en forma fecunda a los anhelos de las clases laboriosas. Para ellos es la verdad misma. Esta actitud con respecto al marxismo, considerada solamente como fetiche, les ha hecho fanáticos y escolásticos. Si mantienen un respeto sumiso a la letra del marxismo y citan constantemente sus obras, en la práctica actúan exclusivamente en defensa de los intereses nacionales de la URSS, que no coinciden con los de la clase obrera mundial. Y de ambos hechos deriva su política de constantes virajes para sostener posiciones antagónicas y que se repelen con las de la víspera.

El comunismo, que se jacta de una rígida ortodoxia marxista, en la práctica se ha encargado de defender y consolidar posiciones demagógicas y a veces reaccionarias y porque su fidelidad es únicamente formal. El comunismo no conoce el marxismo; no lo aplica ni lo vive; solamente lo venera, decretando que es su propiedad y su tabú. No acepta que deba ser transformado, adaptado, reelaborado en muchos aspectos. Según él, el marxismo es una doctrina de acción y no se puede revisar nada más que en la acción, pero en la acción de un solo partido: el Partido Comunista. Y únicamente él tiene derecho a declararse depositario del maestro. Trata de confundir el marxismo con un partido, el partido comunista, que es obligado a

funcionar como cualquier partido burgués, con un estrecho dogmatismo formal, con un pragmatismo brutal, divorciado de la doctrina y con un interés cínicamente defendido, haciendo una caricatura de la teoría que se dice profesar. El Partido Comunista se transformó en los últimos años en un partido burgués-parlamentario que sobrepujó a la socialdemocracia en oportunismo sin principios. Mientras hacía resonar los llamamientos en favor de la revolución mundial, caía en el campo de las luchas electorales y el Parlamento, o sea, en el más vulgar reformismo. Combatió con saña a los partidos socialistas como enemigos de la clase obrera, por "social-fascistas", y, luego, les propuso pactos con el fin de constituir frentes antifascistas.

El comunismo se aproxima y emparenta a la escolástica, al considerarse la doctrina fija: tiene de ella el vocabulario, el rigor de superficie formal, la vacuidad real y la intolerancia. De esta intolerancia doctrinaria y política, partido único, fluye su posición frente al Estado. No solamente justifica el Estado, lo endiosa como hiciera Hegel, porque le permite el mantenimiento de un poder dictatorial que es la única garantía para una ortodoxia siempre amenazada por la sana reacción de los hombres libres y por el orden de las cosas. Y así la teoría leninista del Estado decreciente se ha transformado en una burla monstruosa. A causa de este dogmatismo formal, mientras la acción práctica se desenvuelve exclusivamente de acuerdo con los intereses bastardos de una nación, y no de una clase, el proceso histórico concreto es estimado a posteriori, historia para burócratas, en la que el método o guía no sirve más que para explicar y justificar lo hecho por el Partido Comunista y la URSS, revisándose constantemente hasta eliminar de sus páginas a los héroes caídos en desgracia.

La segunda guerra mundial, junto con trabajar por el triunfo de una producción más elevada resquebrajando totalmente al capitalismo imperialista, ha permitido descubrir por entero a la URSS, ante las clases trabajadoras del mundo, como la defensora del más tremendo imperialismo y opuesta al socialismo democrático y popular.

Hoy día el principal obstáculo de las clases trabajadoras en su lucha por reagruparse revolucionariamente para acelerar la destrucción del capitalismo, lo constituye el comunismo soviético; impide el ascenso de las masas hacia su victoria; y por tal razón, en la actualidad, los partidos populares de los diversos países han sido llevados a ser, directa o indirectamente, instrumentos de esta o aquella combinación de fuerzas anglo-norteamericanas o rusas.

El comunismo se ha separado de los intereses de la revolución, porque es el instrumento ideológico, y políticamente organizado de la acción internacional soviética, en tanto que la URSS, exhibe una total falta de coincidencia entre los intereses que defiende en su beneficio nacional y los del resto del mundo.

Los partidos comunistas son especuladores del marxismo al servicio de los virajes de la posición exterior soviética; no son los intérpretes sinceros de los intereses de los trabajadores ni tampoco de los deseos y aspiraciones de cada nación: únicamente son simples miembros de la diplomacia soviética y son una forma particular de expresión de los apetitos de la URSS, de tal manera que esta potencia, a su poderío económico y militar agrega la presencia activa en cada país de un pedazo militante de su política que constituye una base de operaciones y de penetración con alcance económico, social y militar en cada una de las naciones en donde actúa. En cambio, el socialismo concilia el patriotismo y el internacionalismo, siendo celoso defensor de la autodeterminación de los pueblos. Es contraria al socialismo la influencia de un gobierno, cualquiera que sea, en las deliberaciones de un partido obrero de un país determinado. El socialismo reconoce que todo individuo, que todo proletario, ha recibido de su patria al menos un idioma

y cierta manera de vivir, de pensar, de reaccionar, que lo marcan y distinguen profundamente y que le definen intereses y obligaciones propias, junto a sus responsabilidades internacionales.

El socialismo no persigue exclusivamente la transformación económica, material, de la sociedad; también intenta con ahínco la modificación espiritual del hombre. Mientras el comunismo recoge la herencia del capitalismo y quiere hacer del hombre un mero productor de bienes materiales, dentro de una sociedad regimentada y tiránica, pervirtiéndolo y sojuzgándolo, el socialismo quiere reorganizar la economía para impedir la explotación, la inseguridad y la miseria, hasta liberar al hombre abriéndole su pleno espíritu, limpiándole de sus males interiores junto con eliminar las lacras de la sociedad.

El socialismo es una organización económica y social que no tiraniza al individuo en sus convicciones, creencias y formas personales de vida (el socialismo aun ateo defiende la libertad de conciencia; solo combate al clericalismo aliado de las fuerzas reaccionarias de conservación social y política) respetando su libertad y su dignidad; a la vez que tampoco le exige y obliga una adhesión rígida a determinada concepción del mundo, de la vida y del conocimiento. En cambio, el comunismo es ineluctablemente totalitario y supone una ideología integral a la que no se puede adherir parcialmente, obligando a una verdadera y completa conversión. El socialismo supone el establecimiento de una sociedad sin clases en el seno de la cual se realizará una mayor verdad social y en la que terminará la explotación del hombre por el hombre. Lucha por la igualdad social y defiende la dignidad de toda persona humana, que debe tener la posibilidad de realizarse ampliamente. El comunismo afirma al hombre totalitario y es tan enemigo de la libre expresión, de la personalidad, como el capitalismo. En el fondo del capitalismo y del comunismo está la negación del hombre. El comunismo trae consigo la muerte de la personalidad y de la libertad humana. No hay crueldad que no cometa y no justifique en nombre del Estado. El comunista no es libre de creer lo que quiera; tiene que creer en el comunismo, es decir, en lo que le prescriben la Iglesia y los dogmas comunistas. Excomulga por causa de herejía. Toda fe distinta de la fe comunista es una herejía que no puede tolerarse. Aunque el comunismo ataca al capitalismo, está impregnado de su mismo espíritu expoliador y negador del hombre. De ahí que desprecie al socialismo por su contenido ético, surgido de las ideas de justicia y de verdad.

Socialismo y comunismo[11]

2ª PARTE

Para el socialismo el conjunto de las doctrinas de Marx representa, a pesar de su extraordinaria importancia, una parte del pensamiento socialista, dado que éste hunde sus raíces y orígenes en los tiempos desde los cuales han existido la explotación económica y el sojuzgamiento político. Considera importante y valioso el socialismo de Proudhon, Fourier, Saint-Simon, Owen, Lafargue, Guesde, Plejanov, Kautsky, Lenin, Jaurès, Pablo Iglesias, Labriola, Bujarín, por humano, realista, atento a la experiencia, siempre en revisión y respetuoso de las antinomias necesarias. El comunismo soviético reduce el socialismo exclusivamente al marxismo-leninismo, en su interpretación estaliniana, despreciando el resto por utópico, pequeñoburgués, trotskista, socialdemócrata o social reformista. Así su sistema es cerrado, arbitrariamente excluyente, fijado de una vez por todas en su dogmatismo, falsamente simplificador y desorientador.

[11] OCCIDENTE mayo 1951 N°67

Si el marxismo, fuera exactamente lo que los comunistas exponen como tal, sería la teoría menos científica que conocemos. Sería únicamente la doctrina apasionada de un profeta o de un partidario frente a la cual solo cabrían dos actitudes: o el rechazo total o la adhesión incondicional. Los comunistas reducen el marxismo a una construcción vasta, de afirmaciones rotundas, de imperativos categóricos, de hipótesis elevadas al rango de leyes inmutables, que, si atrae a muchos hombres de acción, es por la sencillez aparente, que parece explicarlo todo, y porque en la acción misma lo olvidan, tornándose vano y arbitrario. Los comunistas no viven el marxismo; solamente lo inciensan y en la práctica hacen lo contrario de lo que indican sus postulados. En cuanto a las relaciones del movimiento obrero con el marxismo, existen dos posiciones: la del comunismo que, en lo teórico, defiende un marxismo vulgar, reducido a un conjunto de fórmulas envejecidas, erigidas en cómodos dogmas, utilizadas como slogans impresos, pero totalmente divorciados de su acción real y de su política efectiva, y la del socialismo que adhiere a un marxismo realista, vivo, leal a la esencia del conjunto de sus postulados, y tiende a la aplicación de sus principios de evolución a una sociedad nueva y que cambia sin cesar.

El socialismo, en lo que concierne a su dirección filosófica, adopta el principio de tolerancia inteligente. Trata de no amarrarse a una filosofía oficial; en este caso con el materialismo dialéctico, filosofía de Marx. La adopción de una filosofía oficial supone prácticamente: o la existencia de tantos movimientos como hay corrientes e interpretaciones de dicha filosofía; o, sencillamente, la Iglesia y el dogma, como le ha sucedido al comunismo al adoptar rígidamente el materialismo dialéctico y al sostener que, entre éste, doctrina del conocimiento y de la existencia, y el materialismo histórico, hay una conexión necesaria y obligatoria. Esto es discutible y se presta a confusiones desde el momento mismo que se habla de materialismo dialéctico, por cuanto el metafísico y verbalista Hegel comprende por dialéctica la evolución del pensamiento a través de los contrarios que en él se manifiestan, o sea, la dialéctica se aplica exclusivamente al pensamiento, no a los procesos materiales; al espíritu y a la lógica, no a la materia y a la historia.

El materialismo histórico de Marx es una ley explicativa de la historia. Asigna en el proceso histórico un papel primordial a los fenómenos de orden económico, ya que todos los otros fenómenos de carácter social, jurídico, político, moral, religioso y espiritual estarían determinados y justificados por la naturaleza y las relaciones de las fuerzas de producción. El materialismo dialéctico rebasa el materialismo histórico e incorpora el “materialismo filosófico”, es decir una doctrina que se presenta no ya como una explicación de la Historia, sino como una explicación del conocimiento y de la existencia. En el plano filosófico, el socialismo supera y sobrepasa esta querella entre idealismo y materialismo, y la que existe entre las diversas tendencias materialistas, en favor de un humanismo o de un realismo dialéctico, que reconoce fundamentalmente una interacción recíproca de lo material y de lo espiritual, de lo material y de lo moral.

Socialismo y comunismo se diferencian, esencialmente, por su posición internacional, aunque ambos son internacionalistas. El socialismo trata de agrupar a todas las fuerzas populares del mundo en función de sus específicos intereses, no al servicio de una determinada nación, en una organización democrática, libremente elegida y dirigida por los diversos delegados que la constituyan. Sus adherentes mantienen su autonomía nacional y se respetan sus decisiones y acuerdos con relación a la política interna de sus respectivos países. Además, estima decisiva para la pacífica convivencia internacional el principio de la autodeterminación de los pueblos. El comunismo defiende un internacionalismo subordinado estrictamente a una nación, la URSS, en función de la cual se sacrifican todos los intereses de las masas trabajadoras. Dirigido por un organismo centralizado, con sede en Moscú, rígido y autoritario, se le debe acatamiento total. Este organismo se denomina Tercera Internacional, o Komintern (hoy día Cominform),

instrumento importantísimo de la política exterior rusa. Marx, dijo: “los proletarios no tienen patria”. Los comunistas le han corregido afirmando: “la URSS, es la patria del proletariado”, y su organización internacional solo tiende a subordinar los destinos de los obreros del mundo a las conveniencias nacionales, de la URSS.

La Internacional Comunista, se constituyó “como partido internacional, único y centralizado del proletariado”, con un programa “único y común a todas las secciones”. Sus finalidades quedan claramente expresadas en el siguiente párrafo: “El programa de la Internacional Comunista, siendo como es, el más alto resumen crítico de toda la experiencia histórica del movimiento revolucionario internacional del proletariado es el programa de lucha por la dictadura proletaria mundial, el programa de lucha por el comunismo mundial. La Internacional Comunista unifica a los obreros revolucionarios que arrastran consigo a la lucha contra la burguesía y sus agentes “socialistas” a masas de millones de oprimidos y explotados”. Las secciones “nacionales” están sujetas a una disciplina de hierro y a ciega obediencia: “Para coordinar la labor y las acciones revolucionarias, así como para la dirección más eficaz de las mismas, el proletariado internacional necesita una disciplina internacional más rigurosa dentro de las filas comunistas. Esta disciplina comunista internacional debe manifestarse en la subordinación de los intereses particulares y locales del movimiento a los intereses generales y permanentes del mismo y en la ejecución incondicional por parte de todos los comunistas de las decisiones emanadas de los órganos dirigentes de la Internacional Comunista”. (Programa y Estatutos de la Internacional Comunista, aprobados en el VI Congreso, 1° de septiembre de 1928).

Las secciones nacionales de la I. C. deben el más terrible acatamiento a las decisiones del Bureau Central de Moscú y en provecho de él deben sacrificarse los intereses de cada país. He aquí la razón de los inusitados virajes de los partidos comunistas nacionales; ellos se verifican en atención a los cambios que experimenta la política exterior soviética. Desde 1928, la Internacional Comunista sirve únicamente los intereses y apetitos rusos, utilizando al proletariado mundial como masa de maniobra en beneficio de la “patria de los trabajadores”. Las secciones nacionales reciben todas las consignas desde Moscú, en forma terminante, debiendo aplicarlas y defenderlas sin discusión, aunque no contemplen las aspiraciones de sus trabajadores, o signifiquen una traición a sus patrias respectivas. Dichas consignas lucubradas en los gabinetes de Moscú responden a las conveniencias del Partido Comunista Ruso y de la burocracia soviética. Las directivas “nacionales” formadas por dirigentes profesionales, piensan con la cabeza de los jefes de la Internacional Comunista y deben aplicar sus recetas en forma dogmática, reemplazando la “línea justa” por otra “más justa”. En esta forma la III Internacional olvidó el pensamiento de Lenin, quién decía: “Nuestra teoría no es un dogma, sino un guía para la acción, y el gran error, el inmenso crimen de algunos marxistas “patentados” .... consiste en no haber comprendido esto”.

El Partido Comunista de Chile, al igual que el resto del comunismo, ha verificado los más variados virajes. De su posición anterior al año de 1935, caracterizada por un revolucionarismo mesiánico, en lucha por implantar la dictadura del proletariado, el régimen de los soviets de obreros, campesinos y soldados y en busca de la creación de la República Federal de Arauco, por considerar a nuestros mapuches una nacionalidad oprimida que debía liberarse, pasó a la defensa de la odiada, democracia burguesa, concretada en la fórmula del Frente Popular, aprobada en el VII Congreso del Komintern, en agosto de 1935. De la violenta campaña antifascista, sostenida desde 1935 hasta 1939, pasaron a la contemporización con el nazismo, atacando al imperialismo anglo-norteamericano, a raíz del pacto de alianza y no agresión Molotov-von Ribbentrop. Hasta 1939, Hitler representaba la forma más baja de la vida animal; después, sin ser un héroe, no era tan malo. Los fuegos fueron dirigidos de nuevo contra el

imperialismo, y el admirado Roosevelt fue acusado de venderse a los fabricantes de armamentos. Y así como los comunistas norteamericanos se opusieron a la intervención de los Estados Unidos en la guerra, al enrolamiento, a la Ley de Préstamos y Arrendamientos (por medio de la cual la URSS, obtuvo más tarde 11.000.000.000 de dólares en abastecimientos y armas, incluidos 428.000 camiones, cantidad equivalente a la mitad del total de camiones fabricados por la URSS, hasta la guerra con Alemania), al otorgamiento de grandes partidas para el Ejército y Marina, los comunistas chilenos fueron abiertamente neutralistas, antibelicistas y enemigos de que Chile subscribiera los pactos de cooperación continental frente a la amenaza totalitaria. Después del ataque de Hitler a Rusia, en junio de 1941, que la forzó a pasarse al campo de la democracia, se tornaron furiosos belicistas, enemigos de todo movimiento reivindicacionista de la clase obrera, porque interrumpía el esfuerzo guerrero y la ayuda a la URSS. El nuevo viraje interesado se tradujo, en la práctica, en la consigna de "unidad nacional" para derrotar a las fuerzas fascistas. Esta consigna reaccionaria en los países alejados del conflicto se concretó en el obstáculo de toda acción en favor de un reestructuramiento económico y social del país, para poner término a la miseria y al encarecimiento de la vida. Los comunistas actuaron como frenos del movimiento popular. De aquí surgió la inoperancia de la combinación denominada Alianza Democrática y la total burocratización y politizamiento de la Confederación de Trabajadores de Chile.

El socialismo, en cambio, propicia un internacionalismo democrático y fecundo para estudiar libremente los problemas de la clase trabajadora y de la humanidad, a fin de resolverlos realísticamente, sin sujeción de ninguna especie. En cuanto al Partido Socialista de Chile, propugna un internacionalismo gradual, e inicia antes que nada el proceso de unificación de los trabajadores de América, puesto que las realidades y problemas de nuestro hemisferio presentan características propias que no se dan en otras naciones. El Partido Socialista lucha por la unificación continental sobre la base de la creación de una economía antifeudal y antimperialista, por ser el único medio eficaz para la emancipación de las masas obreras y campesinas y la única garantía cierta de nuestra independencia nacional y seguridad continental. A esta política internacional americanista, independiente y digna, los comunistas la denominan "entreguismo" y la obstaculizan en todas las formas, tal vez porque no conciben nada que no sea "entreguista" a causa de su dependencia de Moscú.

Por su posición internacional, los partidos comunistas son un cuerpo extraño en cada nación, sometidos incondicionalmente a los apetitos de Rusia, aun si ellos son contrarios a los intereses de los obreros de su país, de la libertad, de la paz y de la Nación. El socialismo, por el contrario, cuida del porvenir de las masas trabajadoras nacionales, a través de la realización de una amplia democracia política y económica; se preocupa del porvenir de la patria por medio del vigorizamiento de sus instituciones y formas de vida, y, sobre todo, persigue de manera especial la integración de los países en un orden humano, universal, cuyo primer peldaño es la constitución de la federación regional americana.

Desde el punto de vista de la táctica política, son igualmente diferentes y opuestas las posiciones socialista y comunista. El socialismo ha librado una contienda firme y sostenida en contra de las fuerzas reaccionarias, obteniendo medidas que han permitido a los trabajadores solucionar muchas de sus más apremiantes necesidades y darle impulso a su propio movimiento hacia la victoria. La democracia se ha extendido considerablemente gracias a esta pugna socialista, de tal suerte que el sufragio universal ha sido utilizado favorablemente, se ha alcanzado una importante representación obrera en el Parlamento y se han creado bases económicas y jurídicas apreciables. Estas conquistas las realiza el socialismo subordinadas a su finalidad última: la conquista del poder político. De ningún modo estima que un reformismo social pueda darles solución integral a los problemas de las clases obreras, pero tampoco

renuncia a la acción diaria y sincera para conseguir medidas que beneficien a los sectores laboriosos, que fortifiquen su propia organización política y sindical y aumenten sus posibilidades de éxito final, y a lograr un evidente progreso nacional en beneficio de toda la colectividad.

El comunismo crece sobre la base de la agitación constante de una serie de reivindicaciones sentidas por las masas, pero a su vez trata por todos los medios de impedir una solución de fondo para mantener el descontento y poder verificar su gimnasia partidaria. En este plano de la lucha cotidiana, observa una doble actitud: se presenta como el verdadero intérprete de la masa y se hace eco de sus aspiraciones y, por otra parte, lleva a cabo una política de compromisos y alianzas que significan la imposibilidad de que pueda lograrse la resolución de aquellos anhelos populares. El Partido Comunista crece y se desarrolla como parásito de la clase obrera, alimentándose de sus necesidades insatisfechas y de sus recursos pecuniarios, para ayudar al afirmamiento de la burguesía y del actual estado de cosas. De tal manera, no existe la posibilidad de solución de los problemas más agobiantes de las masas y así se sostiene y agrava la realidad económico-social que nutre la prolongada agitación de los partidos comunistas. El comunismo utiliza las masas y los recursos de los propios trabajadores para afirmar una política contraria a los intereses de los sectores populares nacionales. Su política solo juega en función de las contradicciones internas de la burguesía. Es un juego que tiene por objeto favorecer internacionalmente a la URSS., para provocar el caos en cada país, debilitar el mecanismo democrático en la ilusión de una posible revolución comunista y su correspondiente dictadura y, concretamente, para ayudar a la intervención y absorción rusas (Europa y Asia). Demás está señalar que esta táctica doble perjudica gravemente a los trabajadores y a las naciones; es una gimnasia que conduce, en último término, a la dictadura reaccionaria y a la derrota, o al totalitarismo soviético (Europa Oriental y China). Esta táctica desarrollada fuera del gobierno siguió una línea consecuente en los momentos en que los partidos comunistas fueron integrantes de los gobiernos democráticos surgidos a consecuencia de la segunda guerra mundial. Los integraron para disponer de los recursos materiales, pecuniarios y diplomáticos del poder, con el objeto de impedir toda labor creadora y de reajuste en favor de las masas, para aumentar la confusión, desacreditar a los partidos socialistas y al régimen democrático, hasta tratar de dar el golpe totalitario. Fueron incapaces de formular el menor plan concreto de recuperación o de reforma creadora de mejores condiciones de existencia.

La actitud del Partido Socialista, como miembro importante de esos gobiernos, fue distinta, a pesar de darse cuenta exactamente de que no lo hacía después de una conquista revolucionaria del poder, sino por circunstancias especiales y a raíz de su acción y poderío político. Entraba al ejercicio del poder dentro de los cuadros de la actual sociedad capitalista, convertido parcialmente en el administrador o representante del sistema que condena, y desea reemplazar por el régimen socialista. Al hacerlo lo enfrentó con honestidad y sinceridad, teniendo como norte el bienestar y emancipación de la clase trabajadora, pesando bien su responsabilidad y sabiendo claramente que se le planteaba en condiciones más difíciles que para los comunistas. Los comunistas encuentran, en el ejercicio del poder, cualesquiera que sean los obstáculos, contrapartidas naturales. Por un lado, su participación sirve a los intereses de la URSS, y, por otro, realizan en el seno del sistema capitalista, usando y abusando del poder, un metódico trabajo de destrucción de ese mismo sistema. Es la táctica del “caballo de Troya”, que esgrimen como la aplicación de una supuesta posición revolucionaria, no siendo más que una astuta política en favor de la URSS.

Los socialistas nunca han admitido esta manera de penetrar en el poder para colocar obstáculos y entorpecer una labor dinámica y renovadora. Cuando ejercen o comparten el poder en el cuadro de la sociedad demo-capitalista, lo hacen de buena fe, en el interés de la clase obrera y en el interés general de la nación. Los socialistas son administradores honestos y leales; sin tratar de reflotar un régimen social

que condenan y saben liquidado, tratan, por otra parte, de orientar su evolución, de manera que se hagan más rápidas y seguras las etapas de transición hacia un régimen socialista. Al mismo tiempo, los socialistas se esfuerzan por servir el bien público, de valorizar todos los intereses profundos que vinculan la clase obrera al conjunto de la nación.

La táctica política del socialismo responde, a pesar de estar subordinada a una posición general de carácter revolucionario, a un profundo principio de probidad y lealtad en el ejercicio del poder. Esta táctica decente y digna tiene el peligro de hacer cargar, en apariencia, al socialismo, las dificultades que derivan de las contradicciones insubsanables del régimen capitalista, pero, no obstante, el socialismo las elimina con las compensaciones obtenidas; alzas de salarios, legislación social, vivienda popular, desarrollo industrial, etc. y por la exposición detenida de su programa, herramienta esencial para la solución integral de los problemas de este régimen.

El socialismo, sin olvidar su objetivo superior y finalista: la conquista del poder para poner fin radicalmente a los graves problemas de la sociedad actual trabaja prácticamente por lograr reformas que mejoren las condiciones de existencia de las masas y fortifiquen sus organismos de clases, bases de la democracia obrera. Actúa con franqueza, claridad y eficacia, sin doble juego o interés antinacional. Su táctica es limpia y honesta, plenamente divulgada, subordinada a su concepción política general revolucionaria, de profunda lealtad a las masas, al país y a la doctrina que orienta su acción. Es que el socialismo agrega a las razones científicas, acerca del derrumbe capitalista, razones de justicia y de fraternidad, es decir, de orden ético o sentimental. Si es cierto que adhiere a los principios materialistas, desde el punto de vista científico, asimismo tiene fe profunda en el progreso de la humanidad; defiende el espíritu crítico y la confrontación de las opiniones opuestas, y tiene especial cuidado en tratar de lograr "la reconciliación en la libertad del hombre y la sociedad", problema máximo de nuestra época. Y el hombre socialista manifiesta una tendencia constante a proponer a todos los problemas soluciones de nobleza y de generosidad.

Las diferencias entre el socialismo y el comunismo en el plano sindical son igualmente considerables. La política sindical del socialismo se plantea en exclusivo provecho de los intereses de las masas trabajadoras. De acuerdo con la opinión de los creadores del socialismo científico, "los sindicatos no deben estar vinculados a una asociación política o puestos bajo su dependencia, si quieren cumplir su misión; hacerlo, equivaldría a darles un golpe mortal". Y ésta ha sido la norma inamovible que ha guiado a los partidos socialistas en su labor sindical. En cambio, los comunistas, a través del Komintern - Profintern, hicieron de los sindicatos organismos políticos, agencias o sucursales de los partidos comunistas, destruyendo sus finalidades específicas y debilitando su poder efectivo de lucha. Todo sindicato que caía en sus manos, al entrar a controlar sus directivas, era politizado al servicio de sus manejos partidistas, alejándose de sus filas todos los obreros no comunistas, de donde se destruían su organización y vida internas.

El socialismo ha estimado siempre que los sindicatos son organismos firmes y duraderos, porque están ligados estrechamente a la producción y a la exigencia de los obreros y en ellos deben agruparse todos los trabajadores sin distinción de ideas políticas o de credos religiosos, unidos por el deseo superior de lograr sus reivindicaciones económicas más inmediatas y mejorar sus condiciones de trabajo, para limitar los efectos de la explotación capitalista. Estas consideraciones explican que el Partido Socialista de Chile, desde sus primeros días, haya librado una contienda tenaz en el seno de la clase obrera en contra de la errada política sindical de los comunistas, sectaria y divisionista, y fueron sus consignas "nada contra los sindicatos", "la política fuera de los sindicatos", que respondían a una concepción realista en defensa de los anhelos de todos los trabajadores sin diferencias doctrinarias, las que determinaron el vigorizamiento

del movimiento sindical destruido por la demagogia y el extremismo estéril de los comunistas y la dictadura del general Carlos Ibáñez. En la misma forma, el Partido Socialista defendió la existencia y constitución del sindicalismo legal, nacido al amparo de las disposiciones del Código del Trabajo, acusado por los comunistas de "amarillo" y "apatronado". Este tipo de sindicalismo alcanzará un gran desenvolvimiento y será, luego, la base sólida del nuevo movimiento obrero nacional,

El Partido Socialista obtuvo un éxito rotundo al imponer en el seno de la clase obrera chilena su política sindical en contra de las erradas tácticas estalinistas, pues se tradujo en el renacimiento y robustecimiento del sindicalismo nacional hasta obligar al Partido Comunista a plegarse a esta nueva orientación, y permitir la constitución de la CTCh, (Confederación de Trabajadores de Chile). Sin embargo, el comunismo nunca ha abdicado de su política y tendencia a dominar en forma excluyente, totalitariamente, a los sindicatos y centrales sindicales. Y en aquéllos en que logra imponer su dominio, hace desaparecer inmediatamente la democracia sindical, aplastando a las minorías y eliminando a los dirigentes no comunistas. En esta forma pervierte las finalidades de la lucha sindical y enchufa a los sindicatos como meros apéndices del Partido Comunista, para llevarlos, en seguida, a servir sus consignas oportunistas. Los somete a los mismos virajes de su política general en favor de la URSS, y en contra de las aspiraciones legítimas, de los obreros y de su nación. Es la política natural de quienes desconocen en la URSS, toda forma de democracia y, principalmente, la sindicalización libre, el derecho de huelga y el aumento de salarios.

Muchas veces, en los períodos de predominio comunista, los sindicatos, han sido lanzados a huelgas artificiales, condenadas al fracaso, que causan cesantía y desmoralización. Asimismo, los han comprometido en huelgas de carácter político, las llamadas huelgas de solidaridad, a veces con hechos internacionales, en perjuicio de los intereses de sus afiliados y del país. Tal ha sido "la gimnasia revolucionaria", de perniciosos efectos para las masas.

La política sindical del socialismo ha contemplado los intereses legítimos del proletariado y por ello ha combatido el politizamiento de los sindicatos, la "huelga por la huelga", y la "gimnasia revolucionaria". Al colocar el movimiento sindical al exclusivo servicio del mejoramiento económico y social de los trabajadores y del conjunto nacional, a la vez que educa y prepara a los obreros para la construcción de una nueva sociedad, el socialismo ha hecho fecundo y progresivo el sindicalismo.

Y a manera de observación final, al socialismo le causan horror y repulsión los métodos feroces que el comunismo estalinista emplea contra sus enemigos y contra sus camaradas de la víspera. Esos procedimientos de violencia y de secreto, de terrorismo y de tiranía, todo ese vasto aparato partidario y gubernativo que es preciso regar con sangre periódicamente, le parecen monstruosos.

El socialismo no puede aceptar, por repugnante, ese empeño sostenido del comunismo estalinista, en el que se acomodan una especie de duplicidad oriental y un cierto misticismo eslavo, por extender el apetito de crueldad, que viene de Asia desde los tiempos de Atila, Genghis-Khan y Tamerlán, y el gusto de ejercer y de sufrir sevicias, que durante siglos de opresión tártara y zarista se manifestó en las estepas rusas, donde se logró un verdadero refinamiento en las torturas y horrores.

El comunismo estalinista ha eternizado violencia y ha hecho de ella un objetivo, cuando no debió ser más que una etapa brevísima y decreciente. Es el resultado de la aplicación de medios impuros, los cuales corrompen indefectiblemente los fines. Y los hombres que la aplican, aunque sean ellos puros, nada los justifica, por ser fanáticos crueles que desprecian la humanidad. Si tales métodos pueden explicarse en el tenebroso proletariado ruso acostumbrado a la servidumbre, en los primeros años de su gobierno, es

increíble que se hayan elevado a la condición de normas corrientes del Estado soviético, que nos da constantemente el espectáculo de sus represiones, juicios y fusilamientos en masa, en los cuales caen los "héroes" destacados de la víspera.

Estos procedimientos no pueden tener cabida en el seno de los proletariados de los países democráticos, donde una educación política de siglo y medio, y una participación en las instituciones del régimen, los ha capacitado y disciplinado en forma admirable para conducir la sociedad, según normas superiores de convivencia pacífica, que significarán una auténtica superación, desde todos los planos, de la existencia del actual sistema capitalista burgués.

El socialismo trata de evitar la efusión de sangre y de lágrimas y se niega a aceptar un desarrollo progresivo que sacrifica generaciones íntegras bajo el pretexto de asegurar la felicidad de remotas generaciones por venir. Por eso, tampoco participa del afán de arrastrar masas inorganizadas e incultas por vanguardias fanatizadas, pues tal actitud es la que conduce inevitablemente al totalitarismo y a la tiranía bestial de un par de docenas de jefes y jefecillos, apoyados en resortes represivos implacables, sobre pueblos míseros y sufrientes.

Los socialistas no separan jamás la democracia y el socialismo. Un movimiento socialista que suprima las libertades públicas vuelve la espalda a su naturaleza y a su destino. Los socialistas, en este aspecto, se diferencian fundamentalmente de los comunistas, quienes deben a la democracia el poder continuar sus campañas y desarrollar su acción, y reivindican, en nombre del régimen democrático, los derechos que ellos rehúsan en nombre del suyo, totalitario y opresivo.

El socialismo defiende la democracia y la libertad; trata de asegurar la iniciativa de la clase obrera; de pesar sobre un mundo que no es el suyo todavía y de modificarlo sin envilecerse ni encanallarse. Si el comunismo tiene alguna relación con el socialismo, es la de constituir una forma degradada de éste, para el consumo de países cuya evolución social, política y cultural es insuficiente y atrasada.

Semblanza de Luis Emilio Recabarren[12]

En la segunda mitad del siglo XIX, el desarrollo Económico del país permite la formación de una burguesía importante junto a la aristocracia terrateniente. Ambas clases, después de una corta lucha, se funden en una poderosa plutocracia que pasa a dirigir el Estado y sus diversas instituciones, desde la caída del gran presidente José M. Balmaceda.

En un artículo aparecido en "El Mercurio", de mayo de 1882, con el título de "Los millonarios de Chile viejo", se precisa que existían, en ese año, 59 fortunas personales de más de un millón de pesos de 48 d. En total sumaban 180 millones, o sea, varios miles de millones de pesos al cambio actual. De dichas fortunas 24 eran de origen colonial, formadas en la agricultura y constituían la vieja aristocracia. Las demás provenían del carbón, plata, cobre, salitre y oro; de los negocios ferroviarios y marítimos; de las exportaciones a California y Australia y de las nacientes industrias. El artículo mencionado agregaba que "en ningún otro país sudamericano podía registrarse por esos años mayor riqueza particular".

En la base de este proceso económico se forma una clase obrera importante en número. Primeramente, masa pasiva y, luego, conglomerado dinámico que adquiere conciencia de sus intereses y empieza a organizarse para conquistar condiciones de vida compatibles con la trascendencia de su labor. Surgen, a

[12] OCCIDENTE agosto 1951 N°70

fines del siglo XIX, las primeras agrupaciones obreras; se editan las primeras publicaciones de clase y estallan los movimientos reivindicacionistas iniciales.

En el plano político, solamente el Partido Demócrata presenta cierta fisonomía popular, pero agregado al carro de la oligarquía participa en sus alianzas y componendas.

En estos movimientos populares se distingue un joven luchador que será el más destacado organizador de la clase obrera nacional: Luis Emilio Recabarren Serrano. Recabarren nació en Valparaíso en el seno de una familia humildísima. Desde muchacho entró a trabajar en el oficio de tipógrafo. Esta profesión le permite subsistir materialmente y, a la vez, le permite leer con avidez todo lo que cae en sus manos, aunque su gusto se orienta hacia el estudio de las obras de carácter social. Se convierte en un notable autodidacta, por su disciplina, afán de lectura y gran poder de asimilación. Se afilió al Partido Demócrata y desde temprano trató de modificar su línea de acción. Deseaba que se mantuviera al lado del pueblo, como expresión y vehículo de sus intereses. Al no lograrlo dedicó sus esfuerzos a la constitución de organismos sindicales con el objeto de conseguir el mejoramiento de las condiciones de trabajo y para despertar la conciencia de clase en el seno de las masas laboriosas. Lo hizo de preferencia entre los núcleos obreros de la pampa nortina, donde se radicó y actuó denodadamente. Al lado de esta labor práctica de organización, Recabarren se afanó por dar a conocer a los obreros sus derechos políticos y sociales, editando folletos sencillos, al alcance de su mentalidad y, además, por medio de periódicos de batalla en los que planteaba las necesidades y reivindicaciones más sentidas de las multitudes trabajadoras, tales como: “El Proletario”, (semidiario fundado en Tocopilla, en 1904, y que apareció regularmente durante años); “El Grito Popular”, (diario fundado en 1911, en Iquique); “El Despertar de los Trabajadores”, (interdiario fundado en Iquique, en los comienzos de 1912); “La Defensa Obrera”, (diario fundado a fines de 1912, en Antofagasta); “El Socialista”, (periódico fundado en 1913, en Santiago). En los mismos años, y con posterioridad, fundó u orientó numerosos otros periódicos: “El 1° de Mayo”, de Chañaral, órgano de la Sociedad Mancomunal; “El Obrero” y “La Vanguardia”, de Antofagasta; “La Federación Obrera”, de Santiago, que tiraba 20.000 ejemplares; “El Trabajo”, órgano de la Federación Obrera de Magallanes, que aparecía en Punta Arenas; “La Democracia”, “Justicia”, etc.

Recabarren es el propagador de un tipo de organismo sindical-mutualista denominado “mancomunal”, término medio entre el sindicato de resistencia y la sociedad de socorros mutuos. La primera mancomunal se fundó, a comienzos del siglo, en la ciudad de Iquique. En seguida, por Recabarren, en Tocopilla. Fue perseguido y sometido a una serie de vejámenes. En su folleto: “Proceso oficial contra la Sociedad Mancomunal de Tocopilla. Respuesta a la acusación fiscal”, se encuentran los datos esenciales para conocer la actividad de Recabarren en este aspecto.

En los folletos de Recabarren se incluyen consignas interesantes que nos dan a conocer su pensamiento y su actitud. Recomienda a los trabajadores organizarse en asociaciones que tengan por base su mejoramiento económico, social y moral y en asociaciones cooperativas para libertarse de la explotación comercial. Les aconseja que no gasten en licor, pues ese dinero va a aumentar la fortuna de sus opresores. Les pide que lean y protejan la prensa obrera, al ser la única que puede defender sinceramente sus intereses y aspiraciones. Textualmente les clama: “Trabajadores: De vosotros solamente depende el futuro bienestar de vuestra clase. Uníos si queréis libertad. Uníos si queréis bienestar. Uníos si queréis vuestro progreso. Uníos para conquistar vuestra propia emancipación. Uníos porque solamente unidos seréis capaces de triunfar con vuestros ideales de bienestar social”.

Esta labor sindical de Recabarren, sus condiciones de organizador y propagandista, su afán para elevar la cultura de sus compañeros de trabajo, por medio del folleto y de la prensa, lo acreditan como a un hombre de notable perfil social y político.

Se ha dicho que Recabarren era de pocas luces y, en este sentido, se le ha tratado de disminuir y desconocer. Nada más falso. Por el contrario, es preciso convenir que fue un autodidacta extraordinario, de sólida preparación en materias sociales y gran conocedor de los problemas que afectaban a las clases laboriosas y a la economía chilena. Sus folletos, artículos y conferencias lo demuestran. Además, su labor práctica fue de poderoso relieve y gran significación. Por las razones señaladas los sectores más adelantados de la clase obrera siguieron con devoción a Recabarren y, tempranamente, lo designaron su representante ante la Cámara de Diputados.

En las elecciones de marzo de 1906, Recabarren fue elegido diputado por Antofagasta, Tocopilla y Taltal. Este triunfo provocó un revuelo inusitado en el seno de las fuerzas de "orden". Consideraron un escándalo que llegara hasta el Congreso el más connotado dirigente revolucionario de la época, ante cuya candidatura nada había podido el cohecho, el fraude ni la intervención. Y se aprestaron para arrebatarle, en el interior mismo de la Cámara, su representación. Recabarren llegó a la Cámara de Diputados con sus poderes aprobados por la Comisión Calificadora. Al incorporarse a ésta, según la fórmula usual, debió jurar en nombre de Dios. Lo hizo en forma condicionada, nada más que para cumplir un trámite e impedir que lo despojaran de su mandato, manifestando que él no creía en Dios ni en los Evangelios y que dicha fórmula de juramento era absurda, puesto que la Constitución no especificaba en forma precisa cómo debería prestarse, de tal modo que con el criterio de los conservadores solamente los católicos podrían entrar al Congreso. Esta actitud de Recabarren dio origen a una indicación del diputado conservador Barros Errázuriz para que la Cámara declarara nulo su juramento y el de su compañero, el diputado Veas. Esta indicación fue rechazada, lo que importó una aprobación tácita de la actitud de los parlamentarios mencionados.

Al explicar su posición Recabarren dijo lo siguiente: "En los corrillos de la Cámara nos insinuaban ayer algunos diputados que no se nos permitiría usar de la palabra si no prestábamos antes juramento. Yo siento tener que formular mi protesta por esta deplorable falta de deferencia en que se ha incurrido, respecto de dos diputados que representan a la clase obrera. Ya que nuestras instituciones políticas consagran la libertad de cultos, cada uno de los miembros de esta Cámara tiene también la más absoluta libertad de conciencia. Yo, respetuoso de las creencias ajenas, he presenciado el juramento que en conjunto prestaron los señores diputados; pero al mismo tiempo declaro que en mi conciencia no existe Dios, ni existen los Evangelios; nacido en el taller, no alcancé a estudiar esta materia. De manera, entonces, que ningún señor diputado podrá achacarme como falta mi ignorancia respecto de Dios. Así, pues, si se me exige que venga a invocar el nombre de Dios para prestar el Juramento que ordena el Reglamento de la Honorable Cámara, se me obliga a mentir, a engañar a la Cámara, a engañarme a mí mismo y a engañar a mis electores, cuyas opiniones y tendencias creo representar. Debo, además, hacer presente otra consideración. No me parece que sea necesario jurar para proceder en conformidad a la Constitución y a las leyes. Yo he venido a este recinto en virtud de la voluntad popular y no tengo para qué invocar el nombre de una divinidad en la cual no creo, para que esa divinidad sea testigo de mis promesas. ¿Y acaso no hemos visto en diversas ocasiones que algunos señores diputados han faltado a ese juramento?".

Recabarren se negaba a prestar el juramento por considerarlo una fórmula hipócrita y porque para él Dios eran la Verdad, la Sabiduría y la Justicia supremas; trinidad que era el fruto moral de la humanidad.

Recabarren triunfó, pues su juramento condicionado (y el de Veas), fue aprobado por 44 votos contra 32 y 9 Abstenciones, al ser rechazada la proposición del diputado conservador Barros Errázuriz.

Poco después, Recabarren cayó enfermo y en estas circunstancias la Cámara, utilizando una mayoría político-religiosa ocasional, sin oírlo (a pesar de una comunicación suya dando cuenta de su enfermedad y solicitando que se postergara la consideración de su elección hasta que pudiera concurrir a "hacer su defensa"), declaró incompleta la elección y lo excluyó por medio de un Proyecto de Acuerdo, en la sesión del 20 de Junio, favoreciendo al reclamante, el radical don Daniel Espejo, al darle poderes presuntivos en desmedro del legitimó triunfo de Recabarren. Fue tan grosera la actitud de esa mayoría ocasional y tan evidente el propósito de eliminarlo, por medios dolosos, que la prensa publicó diversos artículos elogiosos para Recabarren, a la vez que defendía la legitimidad de su triunfo, limpiamente ganado. "El Mercurio" llegó a expresar que no se sentaba en la Cámara ningún diputado que hubiera conquistado el sillón de manera tan correcta y ejemplarmente democrática. "La ley", a pesar de ser diario radical, o sea del partido que se beneficiaba con su despojo, también atacó la actitud de la Cámara. Igualmente lo hizo "El Ferrocarril". Se ordenó la repetición de la elección y en la nueva jornada triunfó otra vez Recabarren, logrando 2.882 votos contra 2.834 del señor Espejo. Recabarren triunfaba por 48 votos, sin fraude ni cohecho. Sin embargo, nuevamente la Cámara favoreció a su contendor y lo despojó en forma definitiva de su mandato, el único verdaderamente popular logrado hasta entonces. (El asunto de la elección de Antofagasta se trató en las sesiones de los días 19 y 25 de octubre, en las cuales habló Recabarren, dándose a conocer como un orador hábil, acertado y valeroso. En la sesión del 26 de octubre se votó la indicación por la cual se desconoció su elección y se aprobó la entrada de don Daniel Espejo).

El 19 de octubre, en el debate provocado por la calificación de las nuevas elecciones de Antofagasta, Recabarren intervino para desvirtuar las reclamaciones aducidas por su rival derrotado, quien era defendido en la Cámara por su tutor, el diputado Rocuant. En una parte, al deshacer un cargo de su contrincante, dice: "Es una grosera calumnia, digna sí del caballero radical, que hoy pretende usurpar de nuevo ese asiento, para darle más honra, más brillo al partido a que pertenece" y ante la alusión a uno de sus carcelazos, hecha por el señor Espejo, le contesta: "Esa prisión que yo sufrí en Tocopilla es la más hermosa aureola que corona mi frente, y que puedo ostentar con orgullo ante mis conciudadanos. Yo no he llegado a la cárcel a purgar ningún delito cometido. Llegué a ella porque allá hubo un juez radical que calificó de delito el ejercicio de un derecho y declaró delincuentes a los hombres honrados que se atrevían a luchar por ideales de reivindicación social y de emancipación de las clases trabajadoras. No es una afrenta para nadie levantar públicamente la bandera de la moral, para protestar de las injusticias y defender los derechos de los hermanos del trabajo".

En la sesión del 25 de octubre, el diputado Rocuant defiende en forma peregrina el triunfo doloso de su correligionario Espejo y exasperado ante la argumentación maciza de Recabarren, quien destruye todas sus afirmaciones, expresa algo que es la razón de fondo por la que, a pesar de haber triunfado en forma innegable, éste fue excluido: "En vista de todo yo declaro que si no hubiera estricta justicia, para expulsar al señor Recabarren de la Cámara, ello sería necesario hacerlo por razones de alta moralidad social, y por otras que están vinculadas a la felicidad y engrandecimiento del pueblo, pues no es tolerable que en la Cámara vengan a representarse las ideas de disolución social que sostiene el señor Recabarren".

Según el razonamiento reproducido, la clase rica expulsó de la Cámara a un obrero legítimo que habría sido un brillante censor de la incapacidad del gobierno oligárquico y un defensor tenaz y auténtico de las necesidades de las masas. En el curso del debate Recabarren planteó muy bien cómo su caso estaba

subordinado al proceso general de la lucha de clases en el país: “No es que nosotros traigamos aquí esta división de clases para acentuarla ante la Cámara: es la Cámara la que marca esta división cuando al pobre, por el solo hecho de ser pobre, se le señala la puerta. Puede ser que me equivoque; pero tengo el presentimiento de que no se hará justicia a mi causa. Ojalá estuviera en un error, porque si la Cámara se inspirara en estricta justicia al fallar esta elección, tendería con ese solo hecho un puente salvador entre los que nosotros llamaremos los oprimidos y los que, por diversos factores, constituyen una clase aparte y que nosotros nos atrevemos a calificar de los opresores. Conozco un poco la historia de la humanidad y en ella he aprendido que en más de una ocasión se han producido en los pueblos cataclismos sociales espantosos que han precipitado en un mismo abismo a ambas clases sociales. Yo no quiero ver confundirse en un abismo de sangre a los hermanos de una misma nación; pero si ello llegara a suceder, no seríamos nosotros los culpables. Cuando la clase trabajadora lleva sus representantes a las instituciones públicas bajo el amparo de las leyes existentes, llega la mano enguantada del caballero a usurparle su legítima representación, manifestándole que no es digna su compañía. En este caso, por ejemplo, ¿por qué no se retira ese candidato radical que no tiene más apoyo que la mayoría ocasional de la Cámara, para dar paso al verdadero enviado de los pueblos del norte? No me duele retirarme de este recinto; al fin y al cabo, no soy yo el ofendido. Es el pueblo que me ha elegido el que tendrá que convencerse de que aquí, pasando sobre la Constitución y las leyes, se ha violado su voluntad claramente manifestada”.

Con toda razón afirmó Recabarren que él se iría engrandecido de la Cámara por el fallo injusto y atropellador de la mayoría ocasional: “Me iré de aquí convencido de que no se hará obra de justicia, porque tengo la convicción de que la voluntad popular no será respetada. Para sostener inexactitudes se ha apelado al recurso de que la palabra del caballero debe prevalecer sobre la del indigente, sobre la del pobre... Me retiraré de este recinto a donde llegué demasiado pequeño, y me retiraré grande, pues veo levantarse detrás de mí la opinión unánime del país que no acepta el veredicto de esta corporación”.

Nada más acertado y justo, después de la resolución de la Cámara al despojarlo de su legítima investidura, reconocida por la prensa y por destacados políticos de diversas tiendas, entre ellos por el distinguido hombre público, don Paulino Alfonso.

La oligarquía envolvió en una ola de calumnias la actitud de Recabarren y redujo el atropello de que fuera objeto, en forma injusta, al asunto del juramento, tratando de transformarlo en un agitador sin Dios ni Ley. No pudo defenderse, pues debió alejarse del país por un tiempo apreciable en vista de las persecuciones en su contra y dicha campaña calumniosa lo desprestigió ante los sectores independientes. Para deshacerla publicó un folleto: “Mi Juramento en la Cámara de Diputados en la sesión del 5 de junio de 1906”, aparecido en Santiago de Chile, en 1910.

En las palabras iniciales de este folleto da la explicación que sigue: “Antes de alejarme al extranjero, para evitar en aquella época, la prisión que se me abría, hasta noviembre de 1906, solo vi a mi alrededor una aureola de simpatía y de cariño, de admiración y de aliento. En el extranjero recibí noticias de que todo esto se había transformado. Volví a Chile, a fines de 1908, cumplí mi prisión y a fines de 1909 recorrí el país, entre Valparaíso y Osorno. En este viaje constaté el hecho de que alrededor de mi nombre y de mis actos se había tejido una malla de mentiras que en pocos casos pude destruir. Era creencia general, y lo es aún, que, en 1906, al incorporarme a la Cámara de Diputados, yo me negué a prestar el juramento reglamentario y que este hecho había sido la causa de mi expulsión del Congreso”, El folleto mencionado destruye las mentiras propaladas con fines engañosos, al exhibir los documentos qué relatan oficialmente el “affaire”. Sin embargo, la leyenda suministrada para desprestigiarlo se ha mantenido, firme y ha sido

aceptada cómodamente por quienes han estudiado ese período. Así, por ejemplo, en la "Vida de Alessandri", que apareció por capítulos en la revista "Nuevo Zig-Zag", y de la que es autor don Augusto Iglesias, se afirma que don Reca, al no jurar, dio "con torpe apresuramiento" un motivo concreto, ambicionado por las fuerzas conservadoras, para negarle su acceso a la Cámara. Recoge, además, otra de las especies echadas a circular por ese entonces, según la cual Recabarren tomó un predicamento intransigente, porque el diputado contrario lo había sobornado a fin de que le dejara libre el paso. Reconoce el señor Iglesias que era una burda calumnia, pero agrega: "Recabarren, por desgracia, en vista de su insólito comportamiento, dio pie para que ella cundiera".

De acuerdo con el análisis detenido que hemos hecho de las peripecias de la diputación de Recabarren, en 1906, se desprende que éste juró en cumplimiento y conforme a la ley y su expulsión se debió a una actitud clasista de la Cámara para impedir la permanencia en su seno del más auténtico y temido representante del proletariado chileno. Tal es así que contra Bonifacio Veas, su compañero de elección, no intentaron ninguna represalia, a pesar de haber mantenido una misma actitud en el asunto del juramento.

En cuanto a la opinión de Recabarren de que esta acción de la Cámara era un reflejo de la pugna de clases que dominaba en el seno de la colectividad nacional, ella estaba en estrecha conexión con su estudio del desarrollo histórico patrio. Precisamente, en esa época presentó sus puntos de vista, con amplitud y novedad, en su folleto: "Ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana", análisis interesante de la lucha de clases en el interior de la sociedad chilena.

Y su eliminación no lo afectó en su denodada batalla reivindicativa en favor de las masas trabajadoras. Persecuciones, destierros y prisiones menudearon en su existencia; no obstante, nada lo arredró. Solamente amargó su alma y entristeció su corazón heroico el espectáculo de las represiones despiadadas con que el Gobierno y las fuerzas armadas trataron de sofocar tan legítimas peticiones.

Del folleto que hemos citado se deduce que Recabarren pasó los años 1907 y 1908 en el extranjero. Mientras tanto en el país el presidente Pedro Montt y el ministro del Interior ordenaron la horrorosa masacre de los obreros salitreros de Iquique, el 21 de Diciembre de 1907, frente al local de la escuela Santa María, creyendo que las angustias y reivindicaciones populares quedarían ahogadas en sangre. A pesar de que el informe oficial de las autoridades que intervinieron en esa cruel matanza habla de 140 muertos y un número proporcional de heridos, la verdad es que, según las declaraciones de numerosos testigos y el relato de los dirigentes sobrevivientes, más de 2.000 hombres, mujeres y niños, fueron muertos en tan aciaga jornada. Esta represión inhumana, y las anteriores de 1903, 1905 y 1906, en Valparaíso, Santiago y Antofagasta, desanimaron y atemorizaron a las clases obreras. Se abrió así un período difícil para la acción de Recabarren. Este, después de cumplir una prisión desde fines de 1908 a 1909, prosiguió su labor de divulgación de los principios socialistas y de organización propia del elemento trabajador. En folletos y periódicos, en conferencias y discursos a lo largo del país, trata de despertar la conciencia de clases de sus hermanos del trabajo y de dar vida a un poderoso movimiento obrero. En 1910, al cumplirse el primer centenario de vida republicana, en su folleto "El Sembrador de hoy", escribía estas ponderadas líneas: "Compañeros y compañeras: Hagamos votos, y a la vez aportemos grandes esfuerzos, para que el segundo siglo de vida de esta república sea una era sin interrupción, de verdaderos progresos morales que eleven grado a grado el valor y la dignidad de los seres que formamos esta comunidad hasta llegar a un estado tal de perfección donde haya desaparecido todo vestigio de inmoralidad, todo sedimento de injusticia, y sin dolorosas transiciones lleguemos a vivir en un verdadero y completo estado de felicidad y amor".

Comprende Recabarren que no es suficiente la organización sindical de los trabajadores para lograr sus conquistas; es urgente, también, la constitución de un partido político de la clase obrera, intérprete de sus aspiraciones e instrumento genuino de su lucha reivindicativa. Los partidos de la época traducen y defienden los intereses de la clase dominante y los que se dicen democráticos solamente sirven de comparsa a los grandes partidos de la oligarquía. Para superar esta realidad Recabarren fundó, en 1912, el Partido Obrero Socialista y se esforzó durante años por conseguir entre los trabajadores una inquietud política que los incorporara a sus filas. En ese mismo año, Recabarren publicó su folleto "El Socialismo", que constituye la plataforma teórica del nuevo partido. En uno de sus acápites principales dice: "La transformación de la propiedad privada en colectiva, no significa en ningún caso un despojo de los bienes necesarios al individuo en beneficio de la colectividad. No se piense que con esta transformación los ricos de hoy vayan a ser pobres mañana. Eso no sería socialismo, sería solamente cambio de posesión de la riqueza. La existencia de la propiedad privada y su consagración presente es la causa motriz de todos los males existentes. Por eso es por lo que el socialismo ha nacido como remedio ineludible para ese mal social. Si el socialismo es la abolición de los imaginarios derechos sobre la propiedad privada, el socialismo se presenta entonces como una doctrina de la más perfecta justicia, de verdadero amor, y de progresivo perfeccionamiento individual y moral".

En 1914 estalló la primera guerra mundial. Los socialistas y pacifistas fracasaron en sus intentos de impedirla y, luego, se sumaron a los bandos en lucha. En nuestro país, Recabarren, leal a su credo humanitario, mantiene una firme posición antibelicista y trata de definir lo que debe entenderse por patriotismo. En ese año da a luz su folleto: "Patria y patriotismo", del que se harán dos o tres ediciones en varios miles de ejemplares. En uno de sus capítulos expone conceptos dignos de conocerse: "Cuando el Partido Socialista con tanta insistencia combate el alcoholismo, que es la llaga terrible que envenena los pueblos, hace labor patriótica; prueba que ama la patria porque quiere conservar sanos a sus hijos y su raza. Cuando el Partido Socialista combate los garitos y el juego, es porque quiere alejar del vicio que consume el pan de los pobres a tantos obreros que, redimidos, darían labor útil a su patria. Cuando el socialismo combate la prostitución, más infame de las llagas sociales que mantiene nuestra actual sociedad, hace obra de alto patriotismo, porque quiere librar a la patria y la familia que es su base, de esa degradación en la que caen nuestras mujeres, llamadas a ser las madres de la humanidad. Esa labor la llamamos nosotros labor patriótica, y trabajando por la desaparición de los vicios es como nosotros damos la mejor prueba de nuestro verdadero amor patrio, quizá silencioso, pero más real y efectivo que los que gritan mucho de patriotismo". En la misma forma se extiende para condenar la guerra por los daños y miserias que engendra, porque los socialistas "somos y seremos enemigos de la guerra y creemos así saber amar mejor nuestra patria que los partidarios de la guerra".

El desarrollo del conflicto significó para nuestro país una extraordinaria riqueza, pues el salitre era artículo de primera necesidad para alimentarlo. Esos años fueron de abundancia y prosperidad, a la vez que por la situación política anormal se mantuvo una ficticia tranquilidad social. El egoísmo de la clase dominante y la imprevisión de su gobierno provocarán al final de la contienda, en 1919, una crisis gravísima que sumergirá a la clase trabajadora nacional en la más espantosa miseria. La paralización de las faenas mineras, la ausencia de industrias y el atrasado régimen agrario serán las causas de los trastornos y sufrimientos de los años 1919-1922. Por otra parte, el triunfo de la revolución rusa provocará una expansión de las ideas socialistas revolucionarias y la intensificación del movimiento obrero.

En Chile se produce la cesantía de varias decenas de miles de obreros del salitre que son trasladados a Santiago y ubicados en numerosos albergues; otros lo son en diversos lugares del centro del país. Se inicia

una contienda tenaz para conseguir el pan que les permita subsistir y trabajo que se lo asegure. El gobierno, antes que solucionar tan grave situación, toma una actitud represiva. Recabarren es detenido y relegado por tres meses al sur. Los organismos sindicales, acaudillados por la Federación Obrera de Chile u otros inspirados por ella, como la Asamblea Obrera de la Alimentación, y por la I. W. W., de orientación anarquista, desatan grandes movilizaciones de masas. En este clima de angustia se produce la elección presidencial de 1920. Triunfa en ella el abanderado de la Alianza Liberal, don Arturo Alessandri, en contra del personero de la Unión Nacional, don Luis Barros Borgoño. La vanguardia del movimiento obrero, poseedora de firme conciencia de clase, había elegido a Luis Emilio Recabarren, pero su candidatura no prosperó, por cuanto la agitación política existente tenía como columna vertebral a la pequeña burguesía y a las masas empobrecidas que la seguían. Estas últimas, tironeadas por un elemental deseo de trabajo inmediato, comprendían que lo podrían obtener solo del candidato con mayores posibilidades y que en su programa electoral había inscrito dicho anhelo: el candidato de la Alianza Liberal. Esta fue la razón del clamoroso triunfo de Alessandri y por ello fue recibido con la esperanza de que una nueva era de prosperidad y bienestar se abriría en el país, durante la cual la consigna: "Con Alessandri comeremos pan grande" sería una bella realidad. La desilusión será amarga y desalentadora. La influencia del desarrollo victorioso de la revolución rusa y el espectáculo impresionante de la situación económico-social y política de Chile, caracterizada por la honda crisis, la cesantía y miseria de las clases asalariadas; el triunfo político de las fuerzas populistas democrático-burguesas y el despertar constante de las masas, llevan a Recabarren a estimar que nuestro país está próximo a un cambio trascendental, de fondo, del cual advendrá un nuevo régimen, ineludiblemente socialista. El título de uno de sus folletos, aparecido en 1921, traduce su esperanza: "Los albores de la revolución social en Chile".

Recabarren, caudillo popular[13]

En este año de 1921, los sectores populares de la provincia de Antofagasta, que son los de mayor conciencia clasista, levantan la candidatura a diputado de Recabarren. De inmediato se alza incontrarrestable. Las autoridades tratan de impedirla —se producen choques violentos que culminan con los incidentes y la represión de San Gregorio, en enero de 1921—. Pretenden mezclar en ella al candidato, pero todas las maniobras verificadas fracasaron y fue ungido diputado en forma inobjetable, para el período de junio de 1921 a junio de 1924.

La llegada de Recabarren a la Cámara constituyó una victoria de grandes proporciones de la clase obrera del país. Su líder más capaz, valeroso e incorruptible se instalaba en medio de la máxima asamblea política del régimen democrático para expresar la voz acusadora del proletariado chileno. Recabarren no se hacía ilusiones acerca de la capacidad realizadora del Parlamento; en el fondo lo desdeñaba profundamente; pero lo estimaba un medio interesante para desenvolver sus ideas, debelar los abusos del régimen, dar a conocer las condiciones de trabajo y de vida de las grandes multitudes laboriosas y como tribuna fiscalizadora de la política oligárquica hecha de enredos, componendas, corruptelas y engaños sistemáticos a las esperanzas del pueblo y a los intereses del país. Por otra parte, su asistencia al Parlamento no le impidió, en ningún momento, llevar a cabo su obra de capacitación de las masas; por largos períodos deja de concurrir a las sesiones, inútiles y estériles por el charlatanismo difuso y mixtificador, para trasladarse al Norte, a la región salitrera; o al sur, a la zona carbonífera, a actuar en estrecho contacto con sus camaradas de labores.

[13] OCCIDENTE septiembre 1951 N°71

La presencia de Recabarren en la Cámara de Diputados provocó general expectación, a causa de la fama de agitador profesional y de revolucionario intransigente que poseía, que le habían valido prisiones e innumerables procesos y persecuciones. Y esta expectación se hizo más intensa cuando Recabarren, movido por su sincera adhesión a los principios originales de la revolución rusa, obtiene que la Federación Obrera de Chile (Foch), poderosa central sindical chilena, en su Congreso de Rancagua, celebrado el 25 de Diciembre de 1921, con asistencia de 136 delegados de todo el país, acuerde su afiliación a la Internacional Sindical de Moscú y el Partido Obrero Socialista se transforme en Partido Comunista, sección chilena de la Tercera International. El carácter revolucionario de este torneo quedó claramente definido al resolver que no podía participar en él el Partido Demócrata por reformista y ministerial. Este congreso de la Foch tuvo honda repercusión en la Cámara de Diputados, provocando un largo debate, en el curso de las sesiones de enero de 1922, en el que intervinieron diputados de los diversos bandos y el ministro del Interior.

Recabarren, impresionado por el avance de la revolución rusa, emprende un viaje a la URSS, con el objeto de presenciar las transformaciones que ahí se gestaban. Partió a fines de 1922 como delegado al Congreso de los Sindicatos, que se realizaría en Moscú, y permaneció hasta febrero de 1923. En los tres o cuatro meses que estuvo en Rusia observó los esfuerzos de Lenin y su equipo por cambiar las bases tradicionales de su país. A su regreso escribió numerosos, artículos y dictó varias charlas, reuniendo parte de esa labor en su libro: “Lo que vi en Rusia”.

Enfocada esta acción de Recabarren, en los actuales momentos, puede dar pretexto para ataques incomprensivos, pero ubicados en la época que lo hizo, su actitud es lógica y consecuente con sus ideas y conducta. El socialismo reformista había fracasado por una progresiva degeneración teórica y programática, engañando a las masas y sirviendo de estabilizador del capitalismo. En cambio, el comunismo de Lenin significaba un renacimiento vigoroso del contenido revolucionario y obrero del programa socialista. En ese entonces la revolución rusa era el norte esperanzado de todos los hombres de avanzada ideológica. Recabarren no hizo otra cosa que regularizar algo que estaba en el sentimiento de los diversos sectores populares. La desviación posterior de la revolución rusa, desde que Lenin murió, hacia un abierto nacionalismo imperialista y un totalitarismo opresivo, no empaña la posición de Recabarren en los años de 1921 a 1924.

La actuación de Recabarren en la Cámara de Diputados fue brillante, conquistándose respeto y simpatía. Desde su primera intervención manifestó una sorprendente desenvoltura y gran seguridad. Frente a las argucias de quienes servían intereses bastardos o a la dialéctica abogadil de los defensores de las grandes empresas capitalistas, Recabarren opuso su talento natural, su cultura social laboriosamente lograda y, sobre todo, su conocimiento profundo de la vida de la clase obrera, a la cual pertenecía y de la que nunca se desligó. Sus discursos sencillos y directos, apretados de hechos y datos, unidos por justas y generosas consideraciones de tipo general, eran irrefutables. Una serenidad extraordinaria, un alto idealismo y una gran nobleza de tono y forma le confirieron a su estilo un sello propio e inconfundible. Lo que decía era sabio y vivido dramáticamente; no eran palabras vanas ni declamaciones oportunistas. Su hombría, su franqueza y su indudable capacidad fueron unánimemente reconocidas. Leer las intervenciones de Recabarren en este período permite aquilatar desapasionadamente su alto valer intelectual y moral.

Los discursos de Recabarren provocaron tanta inquietud en la Cámara que un diputado, el señor Grez Padilla, en la sesión del 4 de enero de 1922, sometió a su consideración el siguiente proyecto: “Que se nombre una Comisión de Censura encargada de calificar en cada caso el carácter subversivo de los discursos de prédica socialista que se pronuncien en el seno de la Cámara, pudiendo resolver de plano su

cercenamiento de la redacción oficial de sesiones de la Cámara". El diputado autor de esta moción estimaba que la prédica subversiva de Recabarren, tolerada en la Cámara, estaba orientada a producir una verdadera revolución social que ya se propagaba por todos los ámbitos del país. La reacción se mostró encantada con esa proposición y sus personeros, en sendos discursos, condenaron el socialismo y el comunismo, porque tales doctrinas eran disociadoras y no podían "convenir a quien tiene actividad e inteligencia para ganarse la vida". El diputado Marín Pinuer (quien fue el primer presidente de la Federación Obrera de Chile, fundada como organismo mutualista; solo más tarde, cuando Recabarren volcó en ella sus mancomunales, se tornó en una agrupación sindical de resistencia) truena contra los agitadores, "explotadores del pueblo".

Por otra parte, Recabarren estuvo durante todo su período de diputado bajo la amenaza del desafuero, pues apenas triunfó en la elección de marzo de 1921, se le inició un proceso para mezclarlo en lo de San Gregorio. Cada cierto tiempo se recuerda por sus rivales esa situación con el objeto de separarlo de la Cámara. El diputado demócrata Oscar Chanks grita que la Cámara se asusta de los subversivos, pero "que ha habido cobardía para tratar el desafuero de un diputado revolucionario que está atentando contra, el orden público". En verdad, a pesar de la beligerancia de las fuerzas conservadoras hacia Recabarren, era tan burda la maquinación en su contra que no prosperó y, finalmente, Recabarren fue liberado de todas las acusaciones de que se le había hecho objeto.

La actuación de Recabarren en la Cámara resaltó, además, a causa de la trágica inoperancia de sus debates y de las inmoralidades de todo género que se exhibían. La mayor parte de las sesiones se ocupan en prolongados asuntos de carácter personal, en los cuales algunos diputados se ponen de todos colores, acusándose de los peores latrocinios; se suceden agobiadoras discusiones metafísicas entre radicales y conservadores acerca de los orígenes de la propiedad, sobre el Código Civil, la enseñanza y la separación de la Iglesia y el Estado; se pronuncian pomposos discursos para saludar los frecuentes ministerios o para enfrascarse en bizantinas querellas politiqueras; y como materia de fondo, una serie ininterrumpida de negociados que dan origen a interminables trifulcas. La Cámara se apasiona por el escándalo de los albergues, donde se filtran algunas decenas de millones de pesos, cuyo proceso quedó en nada y sus actores ni siquiera fueron encargados reos, "ni lo serán nunca", como sentenció Recabarren; asunto del fundo Pellahuén, viejo y típico litigio de tierras entre particulares y el Fisco, con alcances sociales, pues a causa de la extensión inmensa del predio y de la imprecisión de sus deslindes, centenares de ocupantes vivían desamparados, sujetos a los vejámenes de supuestos "dueños", acaudalados y bien relacionados políticamente; inmenso debate sobre la transacción de la Compañía de Salitres de Antofagasta con el Fisco, de acuerdo con la cual dicha Compañía pagó 50.000 libras esterlinas (2.000.000 de pesos, al cambio de la época) por los servicios gastados en conseguir que la Cámara de Diputados la aprobara, de tal suerte que en la cuenta que el Pool de importadores de salitre presentó a sus asociados figuraba una partida de 64.000 libras esterlinas (2,5 millones) pagados en Chile por comisiones ocasionadas por la aprobación del convenio, según el cual la Asociación Salitrera pagó al Pool 1.500.000 libras esterlinas (del debate se desprendió que los promotores del escándalo eran accionistas de la Compañía de Salitres, desde el senador denunciante hasta el Presidente del Senado, además abogado defensor de los intereses de la Compañía contra el Fisco. Los originadores del affaire se beneficiaron con la operación, pero quisieran desprestigiar al gobierno de Alessandri y sus partidarios, en vista que su amigo, el abogado Horacio Fabres, recibió las 50.000 libras esterlinas para vencer las dificultades que se oponían a la transacción); debate sobre el alza de las tarifas eléctricas que permite debelar una nueva irregularidad; el diputado partidario era el abogado rentado (5.000 libras esterlinas anuales más el 5% de las utilidades líquidas) de la Compañía

y, a la vez, el defensor del alza en el seno de la Cámara de Diputados. Se comprobó que la Compañía influía en las altas esferas a través de sus directores, asesores, abogados, páginas de propaganda en la prensa, primas por concesiones y contratos, que beneficiaban a ciertos influyentes nativos; largas discusiones sobre la Concesión Silva Rivas, otorgada en 1905, con títulos definitivos en 1913 por 47.000 hectáreas, pero que se apoderó de 160.000 hectáreas más. A raíz de las denuncias debió devolverlas, las que, quedaron en poder de un guardador, lo que dio origen a un nuevo escándalo protagonizado por tal funcionario, etc.

Recabarren escucha atentamente estos interminables, debates en los que se exhibe íntegramente la corrupción, del régimen y la calidad deleznable de la mayor parte de los honorables mandatarios del pueblo. En una interrupción al diputado Ismael Edwards Matte, quien denuncia el "affaire de los albergues", en sesión del 20 de enero de 1922, exclama Recabarren, como sintetizando su impresión de estas discusiones: "¡Qué malos somos nosotros, Honorable Diputado, cuando decimos que la sociedad está podrida!".

Mientras tanto el Senado actúa solamente en defensa de los privilegios de la oligarquía, desarrollando una política miope y egoísta, hostil a toda reforma en beneficio del pueblo, causando la esterilidad del gobierno de Alessandri.

Recabarren exhibe la falacia de las promesas preelectorales y la ineficacia de los partidos políticos; analiza y pone en descubierto el carácter clasista de los presupuestos; expone las tremendas condiciones de vida de los trabajadores del salitre, del carbón y de los campos, faenas en las cuales centenares de ellos son despedidos y miles permanecen con los brazos cruzados, sometidos a la constante represión policial. Miseria, abandono, carencia de habitaciones y de asistencia hospitalaria, tiranía de las autoridades subalternas, de los patrones y jefes de oficinas, de las pulperías, destrucción sistemática de la prensa popular, encarcelamiento de los dirigentes obreros, tal es el cuadro ordinario de la vida de las masas asalariadas. Asimismo, destaca el desacuerdo permanente entre las grandes palabras de los discursos parlamentarios y las leyes antiobreras y antipatrióticas que aprueban; defiende obstinada e incansablemente a sus hermanos del trabajo y enjuicia certeramente los vicios e inoperancia del régimen parlamentario, previendo muchos de los acontecimientos que engendrará. Es intransigentemente leal a los intereses de sus mandantes, los trabajadores del país y, en especial, de los más sufridos e infelices: "Represento a los peones de la pampa del salitre, a esos hombres que han proporcionado a este país tanta riqueza con el esfuerzo de sus músculos vigorosos. ¡Esos son mis representados! ¡Para exponer sus ideas he venido aquí!". Y Recabarren supo mantenerse firme e imperturbable en esta línea, defendiendo los anhelos y las reivindicaciones de las clases laboriosas y asalariadas del país. Y esta defensa la supo llevar a cabo sin demagogia ni odio, con gran serenidad y una extraordinaria ponderación. El, acusado de agitador sin Dios ni Ley, tuvo que señalar, a menudo, la violencia, el egoísmo y la dureza de las clases conservadoras; tuvo que enrostrarles esas "odiosidades que no deben albergarse jamás en el corazón de los cristianos, ya que aquí en el corazón de los ateos, como yo, no se albergan jamás odiosidades de ninguna especie".

Al comentar la designación de un nuevo ministerio expresa: "Nosotros que representamos, como digo, una cifra pequeña, políticamente considerada, nos atrevemos, señores diputados...a creer que representamos una gran fuerza de opinión pública del país. Esta inmensa fuerza social, muchas veces sin color político, que tiene los ojos puestos en los hombres que en estos momentos van a desempeñar las arduas labores del Gobierno, pide que se haga una labor más activa y eficiente en bien de la república. En nombre de esa fuerza que en su gran mayoría está formada por obreros y parte de los empleados, y ¿por

qué no decirlo? por una regular parte de lo que llamamos nosotros pequeños burgueses, en nombre de esa fuerza, digo, quiero manifestar algunas opiniones en este sentido en este momento histórico, para nuestro país. El señor Ministro del Interior ha hablado en nombre de todos sus colegas de Gabinete, y ha esbozado un programa de labor que ha recibido los aplausos del caso, tanto en el Senado como en la Cámara; pero nosotros, frente a esta armonía de todos los partidos, que cifran esperanzas tan grandes en este Ministerio, nos atrevemos a recordar que durante toda la vida de la República, se han repetido más o menos los mismos programas ministeriales, y se han cifrado las mismas esperanzas en que se cumplan, y el país, eternamente en el balcón de la opinión pública, sigue esperando el cumplimiento de estas promesas. Yo no sé si hasta hoy, se han cumplido alguna vez... Tanto ha hecho crisis la Coalición, hoy llamada Unión Nacional, como crisis ha hecho la Alianza; tanta incapacidad y desorientación ha demostrado la fracción llamada Coalición como la fracción llamada Alianza. No debo ir a buscar muy lejos las pruebas para demostrar a la Cámara y al país entero la verdad de estas afirmaciones. En el trascurso de la historia de este país, año por año ha ido descendiendo el precio de nuestra moneda, año por año ha ido subiendo el valor del poroto, de la harina, de los artículos de vestir, de la habitación, etc. De manera que, año por año, va deprimiéndose el valor de nuestra moneda, y subiendo el costo de la vida, y año por año va empeorándose y haciéndose más crítica la condición económica de nuestra Nación, de nuestro pueblo, a quien tanto halagan cuando necesitan llevarlo al matadero... En el régimen de Coalición se reprimió el valor de nuestra moneda y se encareció la vida, y en el régimen de Alianza se ha continuado por el mismo camino, siempre en marcha descendente de nuestra situación económica. De manera que el país no tiene ahora confianza en estas combinaciones políticas, ya no puede tener más confianza en ellas. El país está pensando ahora en otra cosa: que nadie tiene ahora poder para proporcionarle bienestar, que nadie tiene poder para mejorar su situación. Y está abriendo los ojos el pueblo y dicen nuestros conciudadanos: ¡Si el poder está en nuestras manos; si nosotros somos la única fuerza poderosa de la Nación; la única fuerza para salvar al país! Entonces, casi me atrevería a comparar el momento de la República de Chile, con los momentos que precedieron a la Revolución francesa. Nos encontramos en una crisis moral, política y económica como la Francia en vísperas de la revolución. ¡Cuidado, Honorables Diputados! No vaya a ser cosa que esta crisis sea precursora de una revolución. No hay que tomar con cierta sorna los hechos que se van marcando en nuestra historia. Nosotros, como ya lo hemos dicho, no querríamos que nuestro país se viera envuelto en una lucha fratricida; pero no somos nosotros los llamados a remediar las cosas; sois vosotros, los legisladores y los gobernantes del país, los que tenéis él deber de prevenir los hechos. Pero no prevenirlos con coacción, con amenazas, con disminución de los derechos populares, sino con un programa que coloque al pueblo día a día en una situación mejor, que le permita cifrar una esperanza para después" ...

Al defender a los obreros cesantes; limitados en sus derechos por la represión gubernativa, expresa: "Los albergados no son presos, no están en prisión; son las víctimas vuestras, señores Diputados; las víctimas de la especulación extranjera consentida y tolerada por los gobernantes, por vosotros; son las víctimas del Pool, que ha clausurado la industria más importante de la República con la tolerancia vuestra. Por consiguiente, los trabajadores no son culpables de encontrarse cesantes en la capital, y, por lo tanto, no pueden ser atacados por el Gobierno, ni restringidos por nadie en ninguno de sus derechos; por el contrario, son dignos de todo respeto y consideración, desde el momento que son las víctimas de una especulación hecha por extranjeros y amparados por los que dirigen los negocios de este país. Siento hablar así, Sres. Diputados, pero nadie puede contradecirme, y negar que ésta es la política del Gobierno y que esta política continúa dando a estos especuladores franquicias y ventajas, para que continúen sumiendo en la miseria a todas las industrias. Porque no es solo la industria del salitre la única que ha sido

detenida en su desarrollo, sino que, por consecuencia de su paralización, se ha entorpecido todo el progreso de las industrias del país, agravando así la crisis y la miseria de los chilenos" ...

Al ser atacado por su labor en el seno de las masas, reivindica con orgullo su condición de agitador: ''Es muy infantil el tratar de separar a los agitadores de la masa; porque los agitadores somos parte integrante de esa masa... El hecho solo de mantener un criterio de esta naturaleza, de creer o hacer creer al país que sin los agitadores la masa estaría tranquila, ese solo hecho es lo que mantiene hasta el momento presente este enorme distanciamiento entre la llamada clase aristocrática u oligarca del país y las clases trabajadoras; porque siempre se aprovechan las primeras de este concepto, para negar a las clases trabajadoras la realización de las aspiraciones a que en justicia tienen derecho: son cosas de los agitadores, se dice; los trabajadores no pedirían nada sin la obra de los agitadores. Para Su Señoría, las masas ciudadanas pueden andar andrajosas, en situación degradada y si algo piden, es obra de los agitadores, porque ellas nada quieren. En el supuesto caso de que las masas trabajadoras no quisieran nada, yo creo que Su Señoría, el Honorable Diputado que me ha interrumpido (se refiere al diputado católico Rafael Luis Gumucio), no se apartaría de ellas y les daría toda la razón, si llegara a ponerse en contacto con ellas en las haciendas — Sus Señorías son casi los únicos dueños de fundos— en las fábricas y viera el estado material de esos obreros. Su Señoría se sentiría indignado y procuraría levantarlas de la miseria y poner fin a las injusticias y abusos de que son víctimas" ...

Al analizar los Presupuestos de la Nación en varias sesiones, a partir de la del 26 de mayo de 1922, en su planteamiento general en ésta, manifestó conceptos interesantes: "¡Tanto que se ha hablado de justicia social!... En la última campaña electoral de seguro no ha habido uno solo de SS. SS., ni ningún partido de los que representan SS.SS., que, en sus manifiestos electorales, en sus programas, en los artículos de prensa, en sus magníficos discursos en la tribuna, no haya dicho que todo el mundo está inspirado del pensamiento de reforma, de renovación de valores, inspirado en el pensamiento de hacer la más alta justicia social... Yo, señor presidente, esperaba ver traducirse este pensamiento en el Presupuesto. ¿Y por qué esperaba yo ver traducirse ese sentimiento de justicia social en el Presupuesto? Porque el Presupuesto representa en el régimen actual la ley matriz, la ley de más importancia y porque en el Presupuesto están contenidas, cristalizadas, las ideas y aspiraciones de todos los partidos... Veo que esta ley sigue siendo lo que fue siempre: una ley de favores políticos, una ley de privilegios, que parece difícil que se pueda modificar en los momentos presentes; una ley de favoritismos para servir los intereses de determinada clase social, de determinado grupo de gobernantes; una ley que consolida, que mantiene y alimenta ¡señores! la más profunda, la más irritante de las desigualdades sociales, de las injusticias sociales. Y, cuando así la contemplo, me pregunto: "¿dónde están las promesas de justicia social? ¿Dónde quedaron los programas cantados al pueblo en las vísperas electorales?" ... Los distintos discursos de Recabarren expuestos en un estilo sencillo y directo, significaron la manifestación genuina de la voz del pueblo en medio del Parlamento oligarca, acusando y debelando las seculares injusticias de que era víctima.

A principios de 1924, a raíz del fallecimiento de Lenin, Recabarren le rindió un ponderado homenaje y poco antes había hecho indicación para enviar una condolencia al gobierno ruso, al igual que la que se remitía a Estados Unidos por el deceso de Woodrow Wilson, indicación que fue rechazada. Fue su última intervención parlamentaria.

En junio de 1924 terminó el período de su mandato; no había querido ser de nuevo, candidato por el norte. Se alejaba del Parlamento en medio del respeto de amigos y enemigos. Agotado por treinta años de lucha, Recabarren se suicidó el 19 de diciembre de 1924.

El olvido en que se ha mantenido la figura y acción de Recabarren se ha debido a su intransigente batalla en contra de la oligarquía dominante y a su adhesión a la III Internacional. Es necesario reconocer que, en nuestro país, para llevar a cabo un reestructuramiento económico-social que permita abolir las injusticias imperantes, debe eliminarse la oligarquía plutocrática. La posición de Recabarren era y es justa. En cuanto a su adhesión al comunismo, no puede olvidarse que, en esos años, 1921-1924, la gente de avanzada vibraba esperanzada frente a la experiencia rusa y los PP.CC., constituían los sectores políticos renovadores. Solamente más tarde se transformaron en disciplinados instrumentos de la diplomacia rusa, al mismo tiempo que el régimen soviético pasa a ser una nueva fórmula del nacionalismo eslavo (desde 1928 al aprobarse los rígidos Estatutos del Komintern, organismo internacional dirigido desde Rusia, al servicio del cual deben subordinarse los intereses y aspiraciones de los movimientos populares de los demás pueblos). Por eso Recabarren, con su larga contienda de treinta años para organizar y educar el movimiento obrero nacional, enchufado estrechamente dentro del conjunto de América, es un genuino dirigente obrero, de la política popular democrática chilena, con perspectivas americanistas, ajeno a los intereses del estalinismo actual, Recabarren murió en diciembre de 1924, meses después que había desaparecido Lenin, y dos o tres años antes de iniciarse el proceso de deformación y desviación de la revolución rusa.

También es preciso hacer notar que el Partido Comunista estalinista ha atacado rudamente la memoria de Recabarren, negándole sus mejores cualidades y rebajándolo abiertamente ante sus prosélitos, hasta plantearse como tarea esencial la de borrar su recuerdo e influencia en el seno de sus filas. En las resoluciones de la Conferencia Nacional del P. C. en julio de 1933, se expresa: “La ideología de Recabarren es la herencia que el partido debe superar rápidamente. Recabarren es nuestro, pero sus concepciones sobre el patriotismo, sobre la revolución, sobre la edificación del partido, etc., son, al presente, una seria traba para cumplir nuestra misión”.

El Bureau Sudamericano, en la carta que aprueba las resoluciones de esa Conferencia, dirigiéndose al C. C. Chileno, declara: “Sexto. El Bureau Sudamericano de la Internacional Comunista atribuye gran importancia a la discusión iniciada por el Partido Comunista Chileno para su liberación del lastre ideológico de Recabarren, que forma un obstáculo muy serio, ideológica, política y orgánicamente para la penetración por el P.C. del marxismo-leninismo, para su transformación en verdadero partido de combate del proletariado. Sin disminuir los grandes méritos adquiridos por Recabarren en el movimiento obrero chileno, sin olvidar que su honestidad y sinceridad revolucionarias lo condujeron hasta las filas de la I. C., es preciso tener bien en cuenta que su ideología y política no fueron más lejos que las de la “democracia burguesa”. Sus reivindicaciones democráticas, su fe en el sufragio universal, su patriotismo burgués, su fundación de nuestro partido como partido de tipo social-reformista, por su estructura y su formación como una federación de organizaciones con fines puramente electorales, su desconocimiento e incomprensión absoluta de la revolución obrero-campesina como una etapa dictada por todo el desarrollo, su planteamiento abstracto de la “revolución social” como un “ideal” remoto y, en fin, su colaboración con la burguesía explicada como una política “real”, todo este bagaje ideológico legado por Recabarren al P. C. chileno ha pesado mucho en su desarrollo y no le ha permitido transformarse en verdadero guía del proletariado, vanguardia capaz de encabezar y llevar a cabo la revolución obrera y campesina de Chile”.

De los párrafos reproducidos se desprende claramente el desdén que los comunistas estalinistas sienten por Recabarren y solo por interesado oportunismo lo vinculan a su pasado. Quitando la conveniencia propagandística circunstancial del vínculo que mantiene con la fervorosa cruzada, de Recabarren, nada queda entre éste y ellos.

Afirmamos, pues, que Recabarren es una figura de extraordinarios contornos que pertenece al movimiento obrero chileno; a las filas democráticas populares nacionales y americanas.

Santiago Arcos Arlegui y su "Carta a Francisco Bilbao"[14]

(Homenaje al cumplirse el primer centenario de su publicación)

Santiago Arcos Arlegui es un personaje chileno de vida azarosa y atrayente, aunque poco conocido. Se educó en Francia, donde pasó la mayor parte de su existencia. En Argentina residió cerca de diez años, después de su destierro a fines de 1852. Solamente actuó alrededor de tres años en el seno de su patria y en tan breve lapso realizó obras que lo vinculan hondamente a su proceso histórico. Es profundamente nuestro por su espíritu inquieto y generoso, por la extraordinaria valentía y perspicacia de sus observaciones sobre la sociedad chilena en el siglo pasado, y por su carácter jovial e ingenioso.

En 1942 publiqué un libro de cierta consideración sobre su permanencia en el país, años de 1848 a 1852; sobre su actividad en la Sociedad de la Igualdad, creación política debida a su esfuerzo; y acerca de su extraordinaria carta a Francisco Bilbao, de 29 de octubre de 1852, extenso documento en el cual se afirma, por primera vez en Chile, que la lucha de clases es la clave para comprender la realidad socioeconómica, las instituciones y los trastornos políticos de la nación.[15]

No he podido cumplir el deseo de investigar la documentación que pueda existir en Argentina para reconstruir su actividad en ese país, donde ocupó un lugar brillante como amigo estimado entre las figuras dirigentes de la nación vecina.

Con posterioridad a la aparición de mi libro he encontrado escasos datos nuevos y solo una crónica sobre algunos interesantes aspectos de su residencia argentina. Los utilizo en esta semblanza que es un afectuoso homenaje a su simpática y original figura con motivo de cumplirse el primer centenario de la aparición de su magnífica y penetrante, "Carta a Francisco Bilbao", inicial escrito de carácter socialista en la historia de las ideas de nuestra patria.

Santiago Arcos Arlegui nació en Santiago, en 1822. Fueron sus padres don Antonio Arcos, español al servicio de los ejércitos patriotas, y doña Isabel Arlegui, distinguida dama chilena, sobrina del obispo don José Santiago Rodríguez Zorrilla.

La vida de su padre fue extraordinariamente movida y fecunda en toda clase de vicisitudes: militar desgraciado en las jornadas de Cancha Rayada y Maipú; comerciante hábil y especulador desenfrenado durante la dictadura de O'Higgins; banquero poderoso en Francia y banquero fracasado en Chile. Sus actuaciones provocaron siempre polémicas, acusaciones y recelos hasta que optó por radicarse definitivamente en París, donde lo sorprendió la muerte.

Su hijo Santiago Arcos Arlegui llevó una existencia totalmente opuesta. No obstante haber sido educado por su padre, con el propósito de hacer de él un experto hombre de negocios (se preocupó porque estudiase idiomas, contabilidad y música) desde niño se sintió inclinado a las investigaciones sociológicas, económicas y políticas. Conoció la literatura socialista en boga: escritos de Saint-Simon, Bazard, Fourier, Pecqueur, Considerant, Owen y otros, quienes influyeron notablemente en su formación ideológica, y en

[14] OCCIDENTE octubre 1952 N°81

[15] Véase "Santiago Arcos Arlegui y la Sociedad de la Igualdad". (Un socialista utopista chileno). Santiago de Chile. 1942.

su conducta, de tal suerte que el ambiente de opulencia en que transcurrió su adolescencia no le desvió de una permanente atención por la condición económica y social del pueblo y de un constante amor e interés por la causa de su liberación económica y cultural.

Santiago Arcos A. era de estatura mediana, de carácter festivo y alegre, simpático y retozón, de ingenio vivo, de espíritu crítico y observador, de chiste pronto y oportuno, de trato fácil y agradable, de modales desenvueltos y cultos; era generoso y buen amigo. Don Benjamín Vicuña Mackenna que le conoció en su juventud, y participó con él en las agitaciones políticas de la época, traza una fina silueta suya en su libro "Historia de la jornada del 20 de abril de 1851" y en su relación histórica "Los girondinos chilenos". Según Vicuña "era pródigo y atolondrado como un andaluz, fino y exquisito como un parisiense, cauto y sagaz como un chileno: era un estuche político; pero todos sus aperos tenían punta y acerado filo", agregando que "la tendencia más marcada de su espíritu era cierto curioso cosmopolitismo de ideas y aficiones".

Santiago Arcos regresó a Chile en la segunda mitad de 1847, pasando por los Estados Unidos y Centroamérica, para llegar a Valparaíso a principios de 1848, antes que sus padres y hermanos, quienes arribaron meses después. En este viaje tranquilo y demoroso tuvo por compañero a don Domingo F. Sarmiento, viajero ávido y curioso, durante más de dos años. Sarmiento ha descrito las peripecias de su periplo, en compañía de Arcos, en su obra "Viaje por Europa, África y América" (1845- 1847). Tiene para Arcos frases de elogio por sus notables cualidades de saber y de generosidad (compartió su bolsa de joven de fortuna con Sarmiento, hombre de limitados recursos pecuniarios) y por su inagotable buen humor y exquisita espiritualidad. Sarmiento recuerda que "hablaba el inglés con una rara perfección" y, asimismo dominaba el francés; sabía mucho de economía y poseía ideas originales, sobre los asuntos más interesantes y "el lado romanesco y varonil de su carácter no es menos aparente que la jovialidad y franqueza que lo distingue".

Al llegar a Chile, en 1848, se confundió en las agitaciones políticas de esos años. No le importaron nada los negocios financieros de su padre. Formó entre los elementos liberales avanzados, que pugnaban por organizar y conseguir algunas reformas. Colaboró en las publicaciones del momento. Integró el famoso Club de la Reforma (octubre de 1849), de breve existencia, aunque bullente de entusiasmo y de deseos democráticos. Es la época de los "girondinos chilenos", como la ha bautizado Vicuña Mackenna.

Don Diego Barros Arana en un artículo escrito en la "Revista Chilena", en 1875, con motivo del fallecimiento de Santiago Arcos, al recordar sus acciones en nuestro país, lo retrata en las siguientes líneas: "La franqueza de su carácter, la penetración de su talento, su buen humor inagotable, su espíritu despreocupado, y sobre todo sus instintos democráticos que lo acercaban a los jóvenes en quienes creía descubrir algún mérito sin tomar en cuenta la posición y la fortuna, le pusieron naturalmente en contacto con los hombres que luchaban en la política por el triunfo de los principios liberales".

Desde el seno mismo del Club de la Reforma, Santiago Arcos A. inicia los preparativos para constituir una agrupación política popular. Cree que es necesario llegar hasta el pueblo para organizarlo e incorporarlo a la lucha política con un programa propio, independiente de los sectores tradicionales y con dirigentes surgidos de su seno o intérpretes de sus intereses. Estas ideas de Arcos tuvieron una ayuda poderosa en Francisco Bilbao, quien llegó a Chile, a principios de 1850, después de una ausencia de más de cinco años, a raíz de la condenación de su escrito de juventud: "Sociabilidad Chilena".

Ambos fundan la "Sociedad de la Igualdad". Arcos aporta su claro pensamiento y su capacidad organizadora. Bilbao su brillante oratoria y superiores condiciones de agitador.

Con la desaparición del Club de la Reforma, la Sociedad de la igualdad pasó a ser el único organismo político opositor al gobierno de Bulnes. De acuerdo con el criterio de Arcos, la Sociedad de la Igualdad debía tratar de conseguir las reivindicaciones políticas del día, o sea, mantener las libertades públicas y sostener una candidatura presidencial antagónica a la del Ejecutivo y, por otro lado, debería conseguir reformas económico-sociales con el objeto de producir un cambio en la estructura básica del país. Santiago Arcos fue el principal organizador de la Sociedad de la Igualdad, según José Zapiola, que participó en ella y escribió un folleto historiando su corta jomada: "La Sociedad, de la Igualdad y sus enemigos". Lo acompañaron Francisco Bilbao, Eusebio Lillo, José Zapiola y los obreros Ambrosio Larrechea y Cecilio Cerda. Más tarde se agregaron numerosos adeptos.

La Sociedad de la Igualdad fue un club político democrático y también, una entidad cultural en beneficio del pueblo. Realizaba reuniones públicas para discutir los programas del momento y, por otra parte, mantenía abierta una escuela popular; se dictaban conferencias y se analizaban proyectos de mejoramiento de las formas de vida de la clase laboriosa. Este organismo tuvo su himno, oficial: La Igualitaria, compuesto por don Eusebio Lillo. En la misma forma tuvo su diario: "El amigo del pueblo", dirigido por Eusebio Lillo, cuyo primer número apareció el 1° de abril de 1850, pronto suprimido por la censura y reemplazado por "La Barra".

La Sociedad de la Igualdad fue inaugurada en concentración pública el 14 de abril de 1850 y duró hasta noviembre del mismo año. Desde sus primeras campañas se transformó en el sector oposicionista a la candidatura presidencial de don Manuel Montt. Y en una gran concentración realizada el 28 de octubre, con asistencia de 3.000 personas, aprobaron un voto durísimo en contra de la mencionada candidatura. Ante el incremento inusitado de la agitación "igualitaria" antigobiernista, las autoridades decretaron el estado de sitio y pusieron término a sus actividades, el 7 de noviembre. Fueron apresados y desterrados algunos de sus principales dirigentes mientras otros alcanzaron a ocultarse.

Aunque su duración solo fue de siete meses, la Sociedad de la Igualdad unificó a los sectores opositores al gobierno y a la candidatura de don Manuel Montt, destacó en la lucha política a los elementos populares, la clase artesanal, y libró una esforzada contienda en defensa de las libertades públicas y de la democracia y, finalmente, llevó a cabo una apreciable obra de cultura popular, destacando la existencia de miembros valiosos en su seno. Santiago Arcos, a este respecto, recuerda que "la clase pobre de Chile, degradada sin duda por la miseria, mantenida en el respeto y la ignorancia, trabajada sin pudor por los Capellanes de los ricos, es más inteligente que lo que se le quiere suponer. Los primeros tiempos de la Sociedad de la Igualdad son una prueba de ello". Además, en la Sociedad de la Igualdad hicieron sus primeras armas políticas Federico Errázuriz y Domingo Santa María, futuros presidentes de la República; Benjamín Vicuña Mackenna, historiador notable; Eusebio Lillo, poeta nacional y ministro de Balmaceda.

En noviembre de 1850, Santiago Arcos fue desterrado al Perú, de donde siguió viaje a California. Aquí permaneció hasta mediados del año 1852. Regresó a Chile en septiembre, siendo detenido en Valparaíso. Logró huir a Santiago, pero pronto cayó en manos de la policía. Encarcelado durante algún tiempo salió desterrado definitivamente del país a fines de 1852.

Arcos se había casado secretamente y tenía dos hijos. Al ser exilado abandonó Chile con su esposa e hijos, radicándose en Mendoza, ciudad donde dio a la publicidad su célebre "Carta a Francisco Bilbao". Poco después se trasladó a Buenos Aires, donde vivió modestamente sin otros recursos que una reducida pensión que le hacía pasar su familia. En Buenos Aires interviene en los diversos sucesos políticos de la

época, mantiene relaciones de amistad con los principales caudillos liberales, publica algunos folletos sobre temas de interés y acumula materiales relacionados con el desarrollo de la historia de la Argentina. Don Diego Barros Arana en su obra "Un decenio de la historia de Chile", en el volumen segundo, dice lo siguiente: "En Buenos Aires perdió su esposa y a uno de sus hijos, pero la amenidad de su trato, su ingenio agradable y chistoso, y la perfecta honorabilidad de su conducta le granjearon las mejores relaciones. En 1859 lo encontré en Buenos Aires en posición modesta, pero siempre contento, sin quejarse de nada ni de nadie, y sin solicitar cosa alguna, a pesar de que mantenía muy estrecha amistad con Mitre y con Sarmiento, que figuraban en primera línea entre los directores de esa situación. En septiembre y octubre de ese año acompañó a Mitre en la campaña que se solucionó en Cepeda. Arcos servía como voluntario de artillería. Habiendo entrado poco después en posesión de una buena fortuna, se estableció en París, y allí publicó en 1865, en francés, un volumen titulado "La Plata", compendio general de historia argentina hasta los sucesos de 1862, que se hace leer con agrado y que en algunas partes es instructiva..."

Los escritores que han enfocado desapasionadamente la vida de este simpático chileno reconocen que poseía una vasta cultura, un gran afán por las aventuras (recorrió América y Europa); que era generoso y desinteresado: cuando poseía dinero lo gastaba rumbosamente y en tiempos de pobreza sabía vivir con modestia a la vez que intentar toda clase de empresas y trabajos. Tenía lo externo para agradar: las maneras correctas y desenvueltas, el vestuario esmerado, la expresión cuidadosa y plena de ingenio.

Los escritores argentinos al analizar su vida, desde 1852, en el país vecino, destacan que se relacionó con Sarmiento (éste lo menciona con cariño y simpatía), con Vicente Fidel López, con Bartolomé Mitre (lo acompañó en su campaña militar, batiéndose valerosamente en Cepeda y Pavón, y siempre que Mitre hizo el recuento de sus legionarios en esas acciones recordó a Santiago Arcos) ; con Lucio V. Mansilla, quién al evocar las cosas y los hombres del pasado tenía un recuerdo grato para Arcos y en sus "Memorias" lo menciona como a uno de sus contertulios.

Mientras vivió en Mendoza se metió en empresas mineras; en Buenos Aires se demostró un buen escritor y hábil periodista, conquistando amistades valiosas y vinculándose estrechamente a los hombres más representativos de la época. Frecuentaba las salas de redacción de los clubes del Progreso y del Plata; los teatros y tertulias. Emprendió otras labores diversas (así transformó una isla del Delta en quinta, produciendo frutas para el abastecimiento de Buenos Aires). Su alegría inextinguible y su inagotable humorismo lo hicieron popular en todos los sectores sociales de la ciudad porteña, recordándose sus bromas, sus historietas y sus frases ingeniosas, Santiago Arcos era un gran chileno: culto, aventurero, risueño, benévolo y generoso; es el prototipo de aquellos compatriotas errabundos que saben conquistarse un sitio brillante por su talento, ingenio y simpatía, en cualquier lugar del planeta donde se establezcan.

Después de haber publicado en París su libro "La Plata" pasó a España, presentándose como candidato a diputado liberal por Ciudad Real, en 1869, y donde estuvo a punto de triunfar.

Según cuenta Héctor Pedro Blomberg, en una extensa crónica sobre Arcos, que le leímos en 1946, éste se encontraba en Madrid cuando recibió una larga carta de su amigo el coronel y después General, Lucio V. Mansilla, que se hallaba en Río Cuarto, como jefe de la frontera sur de Córdoba. En ella le narraba sus impresiones y aventuras entre los indios ranqueles. A esta carta siguieron muchas otras, todas pintorescas y curiosas y en ellas Santiago Arcos leyó por primera vez el que iba a ser uno de los libros clásicos argentinos: "Una excursión a los Ranqueles", apresurándose a traducirlo al francés, mientras se publicaba

en los folletines de “La Tribuna”, de Buenos Aires. Esto ocurría en la primavera de 1870. Recibidas las primeras cartas de Mansilla, Arcos se apresuró a contestarle con otras que relataban sus andanzas por la Madre Patria, epístolas plenas de color y gracejo que aquél publicó en el citado diario bajo el título de: “Sin rumbo ni propósito” y tuvieron la virtud de deleitar a los innumerables lectores del célebre cotidiano bonaerense.

Santiago Arcos Arlegui y su “Carta a Francisco Bilbao”[16]

(CONCLUSION)

(Homenaje al cumplirse el primer centenario de su publicación)

Al remitirlas a su amigo, el impenitente humorista, agregaba: “Querido Mansilla: tú lo quisiste y aquí tienes las consecuencias. No lo has de lamentar tanto tú, que conoces mi incompetencia literaria, como los inocentes lectores de “La Tribuna”. A la inversa del precepto cristiano, te devuelvo mal por bien”. Vicuña Mackenna refiere que lo encontró en 1871 en Nápoles “viejo ya, curado de aventuras, rico, conservador, achacoso y hasta pelucón en todo, menos en su manera de entender la muerte”. Santiago Arcos se suicidó en 1874, en París, a causa de los dolores que le producía un cáncer.

Para nosotros los chilenos, de las publicaciones de Santiago Arcos tiene especial interés su extensa “Carta a Francisco Bilbao”, fechada en la Cárcel de Santiago, a 29 de octubre de 1852, y publicada en Mendoza. Es el documento que nos permite conocer su pensamiento frente a los diversos problemas sociales y políticos de Chile. Santiago Arcos es el primer escritor nacional que ha estudiado con hondura las causas que han originado el lamentable estado económico, social y cultural de Chile. Afirma que ellas residen en el injusto sistema de propiedad dominante, emanada de la conquista, el cual ha determinado la formación de clases sociales rivales, con intereses profundamente antagónicos; las caracteriza con precisión, y señala acertadamente la contienda que se produce entre ellas; las instituciones políticas y jurídicas consagran en forma exclusiva los privilegios de la clase poseedora, cerrada oligarquía, mientras que las clases populares viven en la miseria y la ignorancia. De ahí la fisonomía del país sumergido en la pobreza y el atraso. Analiza los partidos políticos, conservadores y liberales, y los presenta como expresiones de una misma clase social, la de los ricos, separados apenas por leves diferencias formales. Estas consideraciones de Santiago Arcos nos llevan a afirmar que es el primer escritor nacional que ha planteado la existencia de una dura lucha de clases en el seno de la sociedad chilena. Pero no solo la planteó y denunció, también expuso una serie de radicales medidas, las cuales, a su juicio, pondrían remedio a los problemas nacionales, surgidos de aquella injusta realidad, y, entre ellas, estima fundamental la de repartir las tierras entre los pobres para transformar la estructura básica de la sociedad feudal imperante en una auténtica democracia económica y social, junto al funcionamiento amplio de las libertades públicas. Al mismo tiempo indica que tales vertebrales reformas deben ser llevadas a cabo a través de un partido popular republicano, independiente de todo contacto con las agrupaciones de la clase dominante.

..."Nuestras leyes políticas, civiles, militares, fiscales y eclesiásticas tienden todas a conservar el despotismo, a hacerlo cada día más normal, y dándole medios legales de que echar mano, hace que los mandatarios usen sin reserva de medidas arbitrarias, por las cuales su fama de hombres probos no sufre pudiendo escudarse, como lo hacen, con las leyes sancionadas por la titulada Representación Nacional.

[16] OCCIDENTE noviembre 1952 N°82

"Los males que produce este estado de cosas, aunque gravísimos, serían todos remediables por una administración honrada, laboriosa y patriótica, más para curar a Chile no basta un cambio administrativo. Un Washington, un Robert Peel, el Arcángel San Miguel en el lugar de Montt serían malos como Montt. Las leyes malas no son sino una parte del mal. El mal gravísimo, el que mantiene al país en la triste condición en que lo vemos, es la condición del pueblo, la pobreza y degradación de los nueve décimos de nuestra población. "Mientras dure el inquilinaje en las haciendas, mientras el peón sea esclavo en Chile como lo era el siervo en Europa, en la Edad Media, mientras subsista esa influencia omnímoda del patrón sobre las autoridades subalternas, influencia que castiga la pobreza con la esclavatura, no habrá reforma posible, no habrá Gobierno sólidamente establecido, el país seguirá como hoy a la merced de cuatro calaveras que el día que se les ocurra matar a Montt y a Varas y a algunos de sus allegados, destruirán con las personas de Montt y Varas el actual sistema de Gobierno y el país vivirá siempre entre dos anarquías. El Estado de sitio, que es la anarquía a favor de unos cuantos ricos, y la anarquía, que es el estado de sitio a favor de unos cuantos pobres. Para organizar un Gobierno estable, para dar garantías de paz, de seguridad al labrador, al artesano, al minero, al comerciante y al capitalista necesitamos la revolución, enérgica, fuerte y pronta, que corte de raíz todos los males, los que provienen de las instituciones, como los que provienen del estado de pobreza, de ignorancia y degradación en que viven 1.400.000 almas en Chile, que apenas cuenta 1.500.000 de habitantes.

Queremos asegurar la paz por el único medio eficaz, haciendo que las instituciones sean el patrimonio de cada ciudadano y estén en armonía con los intereses de una fuerte mayoría".

Según Arcos 100.000 ricos, dueños de las tierras, de las minas, del dinero y del comercio, dominan y explotan a 1.400.000 pobres, trabajadores de los campos y de las minas y artesanos.

Y dentro de la clase de los ricos, no más de 1.500 a 2.000 grandes hacendados, eran los que en última instancia imponían su voluntad feudal al país. Tales son las dos clases sociales con intereses profundamente antagónicos, que se distinguen en Chile. La clase de los pobres vive en condiciones económicas y políticas de la más profunda servidumbre.

"En todas partes hay pobres y ricos. Pero no en todas partes hay pobres como en Chile. En los Estados Unidos, en Inglaterra, en España, hay pobres, pero allí la pobreza es un accidente, no es un estado normal. En Chile ser pobre es una condición, una clase, que la aristocracia chilena llama rotos, plebe en las ciudades, peones, inquilinos, sirvientes en los campos, esta clase cuando habla de ella misma se llama los pobres, por oposición a la otra clase, los que se apellidan entre sí los caballeros, la gente decente, la gente visible y que los pobres llaman los ricos... El pobre no es ciudadano. Si recibe del subdelegado una calificación para votar, es para que la entregue a algún rico, a algún patrón que votará por él..."

En cuanto a los partidos políticos existentes, Santiago Arcos no encontraba diferencias de principios ni de intereses entre los pelucones y los pipiolos, porque ambos bandos pertenecían a la misma clase social, la de los poseedores, y gozaban de idénticos privilegios económicos.

"No olvidemos que tanto pelucones como pipiolos son ricos, son de la casta poseedora del suelo, privilegiada por la educación, acostumbrada a ser respetada y acostumbrada a despreciar al roto. Los pelucones son retrógrados porque hace 20 años están en el Gobierno —son conservadores porque están bien, están ricos y quieren conservar sus casas, sus haciendas, sus minas—, quieren conservar el país en el estado en que está, porque el peón trabaja por real y medio y solo exige porotos y agua para vivir, porque pueden prestar su plata al 12% y porque pueden hacer castigar al pobre si se desmanda.

Para todo pelucón las palabras progreso, instituciones democráticas, emigración, libertad de comercio, libertad de cultos, bienestar del pueblo, dignidad, República, son utopías o herejías, y la palabra reforma y revolución significa picaros que quieren medrar y robar".

Arcos suma al partido pelucón a todo el clero, "los chilenos, extranjeros, súbditos del Pontífice Romano", que es partidario del orden constituido, integrando la clase dominante.

Ataca a los pipiolos y los exhibe en una triste desnudez política. "Los pipiolos son los ricos que hace 20 años fueron desalojados del gobierno y que son liberales porque hace 20 años están sufriendo el gobierno sin haber gobernado ellos una sola hora. Son mucho más numerosos que los pelucones, atrasados como los pelucones —creen que la revolución consiste en tomar la artillería— y echar a los picaros que están gobernando fuera de las poltronas presidenciales y ministeriales y gobernar ellos, pero nada más... No haber interesado a las demás clases de la sociedad de una manera eficaz, no saber ellos mismos lo que querían, he aquí el motivo de los descalabros del partido pipiolo, descalabros que no son de sentir, pues sus victorias nos hubieran traído desórdenes sin provecho que hubieran desacreditado las ideas liberales... A esta causa de descrédito de los pipiolos se añade otra. Este desventurado partido ha tenido que sufrir la desgracia común a todo partido que por mucho tiempo ha permanecido fuera del gobierno. Cuanto pícaro hay en Chile que no ha podido medrar, cuanto mercachifle quebrado, cuanto hombre de pocos haberes ha perdido su pleito y cuanto jugador entrampado, otros tantos se dicen liberales..."

Al término de su análisis del desarrollo de la sociedad y política chilenas, Arcos señala que los males fundamentales que padece el país son: 1° Las Instituciones que lo rigen; 2° La condición de pobreza y degradación en que viven los nueve décimos de la población.

Las instituciones no son otra cosa que la consagración de la estructura económico-social basada en la explotación de la clase de los pobres. Los partidos políticos traducen los intereses de la clase de los ricos. De aquí que Arcos estudia detenidamente las clases sociales para formular, a continuación, la organización que debe tener un nuevo partido genuinamente democrático y popular.

"No es por falta de inteligencia que el pobre no ha tomado parte en nuestras contiendas políticas. No es porque sea incapaz de hacer la revolución —se ha demostrado indiferente porque poco hubiese ganado con el triunfo de los pipiolos— y nada perdía con la permanencia en el poder del partido pelucón. El pobre tomará una parte activa cuando la República le ofrezca terrenos, ganado, instrumentos de labranza, en una palabra, cuando la República le ofrezca hacerlo rico, y dado ese primer paso le prometa hacerlo guardián de sus intereses, dándole su parte de influencia en el Gobierno... Actualmente los pobres no tienen partido, ni son pipiolos ni pelucones, son pobres —del parecer del patrón a quien sirven, miran lo que pasa con indiferencia, pero están dispuestos a formar un partido— a sostenerlo y, no lo dudo, a sacrificarse por una causa cuyo triunfo alterará realmente la condición triste y precaria en que se encuentran..."

La necesidad de la creación de "el partido nuevo, el partido grande, el partido democrático-republicano" es ineludible, por cuanto "se puede engañar a una sociedad entera —oprimida, darle la tranquilidad que puede mantener el miedo y el embrutecimiento- pero es imposible hacerla vivir si se contrarían las aspiraciones e intereses de una inmensa mayoría".

Y este nuevo partido representaría genuinamente los intereses de la clase de los pobres y su misión sería la de luchar para afirmar el gobierno republicano, modificar el sistema de propiedad imperante, sacar de

la miseria a los trabajadores del campo y de las ciudades, hacer funcionar en forma efectiva un amplio régimen democrático, en el cual, las libertades públicas sean respetadas inexorablemente.

Un nuevo gobierno, según Arcos, debería promulgar los derechos y deberes inalienables del ciudadano y de la República y, al mismo tiempo, realizar una completa distribución de la propiedad territorial.

Los derechos de los ciudadanos que atañen a la libertad de pensamiento, a la libertad individual y a la libertad política deben imperar sin limitaciones de ninguna especie. Pero, aclara Arcos, que las ideas de reforma limitadas solo al mejoramiento de las leyes, y al funcionamiento de una democracia política, no conseguirían nada, pues subsistiría la clase de los pobres en idénticas condiciones de miseria. Por eso, para hacer prosperar el país con un nuevo régimen firmemente establecido, es necesario mejorar antes que nada la situación del pueblo, dándole rango de hombres a los seres que hasta ahora sirven de instrumentos de labranza a los grandes hacendados, dueños de las tierras y de verdaderas máquinas a los propietarios de minas. Frente a tal situación, Arcos expone con franqueza su pensamiento hondo y revolucionario:

... ‘‘Diré de una vez cuál es mi pensamiento, pensamiento que me traerá el odio de todos los propietarios, pensamiento por el cual seré perseguido y calumniado, pensamiento que no oculto porque en él está la salvación del país y porque su realización será la base de la prosperidad de Chile. Es necesario quitar sus tierras a los ricos y distribuirlas entre los pobres. Es necesario quitar sus ganados a los ricos para distribuirlos entre los pobres. Es necesario distribuir el país en suertes de labranza y pastoreo. Es necesario distribuir todo el país, sin atender a ninguna demarcación anterior en: suertes de riego en llano, suertes de rulo en llano; suertes de riego en terrenos quebrados regables; suertes de rulo en terrenos quebrados de rulo; suertes de cerros; suertes de cordillera. Cada suerte tendrá una dotación de ganado vacuno, caballar y ovejuno”. Agrega Arcos:

... “He dicho quitar, porque, aunque la República compre a los ricos sus bienes y aunque los ricos reciban una compensación justa, esta medida sería tildada de robo para ellos, y a los que la proponen no les faltará los epítetos de ladrones, comunistas. Pero no hay que asustarse por palabras, la medida es necesaria y aunque fuerte, debe tomarse para salvar al país”.

Santiago Arcos termina su extensa "Carta” lanzando una consigna que resume su programa de renovación económico-social y política.

... “Demos el grito de Pan y Libertad y la estrella de Chile será el lucero que anuncia la luz que ya viene para la América Española, para las razas latinas que están llamadas a predominar en nuestro Continente...”

Francisco Bilbao cuando recibió la carta de Santiago Arcos, se encontraba desterrado en el Perú, a consecuencia de la derrota de los movimientos revolucionarios de 1851, y se apresuró a responderle en vista de su declaración final: “Si para Ud. como para mí, la revolución es la promulgación de los deberes y derechos, y la distribución de la propiedad territorial, cuente Ud. amigo, con la cooperación de Santiago Arcos”.

La Carta respuesta de Francisco Bilbao es una especie de autobiografía a través de la cual interpreta el desarrollo histórico del país, hace el análisis de la política chilena desde la época de la publicación de su primer escrito “La Sociabilidad Chilena”; relata su salida del país, su permanencia, sus estudios y afanes en Francia; define a Chile considerando sus clases sociales y partidos políticos, analiza la experiencia y significado de la Sociedad de la Igualdad y la revolución del 20 de Abril de 1851. Termina exponiendo las reformas que, a su parecer, pondrían fin a las desigualdades existentes.

En medio de exageradas frases, por lo ampulosas y grandilocuentes, tiene notables aciertos:

... “El pobre no recibe instrucción, no posee la tierra, no tiene capitales, no hay industria que le prepare su emancipación, no le dais tampoco para educarse. Abrís algunas escuelas y decís, ved como no se educa: otra falsía. Dadle tiempo, conservadores, para que pueda dejar el arado o la barreta y que vaya a la escuela, pero la necesidad lo arraiga al trabajo material para poder vivir. Y decís: hay igualdad. Os enriquecéis con su trabajo, formáis fortunas colosales, esos brazos que os enriquecen quedan sin retribución proporcionada. En los campos nos da lo necesario para vivir y sufre hambre. Levanta los edificios y palacios y no tiene albergue. Fabrica las telas y anda con harapos — es el roto... Se ve, pues, que el trabajo no es retribuido justamente. La organización actual roba al pobre... se ve que no hay igualdad ante la ley. La ley actual es la forma que el poderoso imprime al débil..."

Para poner término al estado de cosas imperante, Bilbao afirma que debe imponerse una nueva política, que dé a la libertad el poder universal, estableciendo una efectiva democracia, hasta lograr la total independencia del ciudadano; es decir, instaurar eficazmente la soberanía del pueblo. Para Bilbao los principios de libertad y solidaridad son los esenciales para la buena marcha de toda sociedad bien constituida. Reconoce que "la abolición de la miseria es el problema magno que coronará la evolución del dogma de la libertad”.

Y termina su carta de manera categórica: “Creo, pues, amigo Arcos, que la constitución y crédito igualitarios serán suficientes para abolir la miseria y hacer de todo hombre un propietario, sin necesidad de tocar, aunque sea temporalmente el derecho de los propietarios existentes”.

Mientras Santiago Arcos propiciaba la inmediata expropiación de las tierras del centro del país para repartirlas entre los pobres, Francisco Bilbao ni siquiera temporalmente aceptaba tocar el derecho de los propietarios, aunque ellos fueran grandes latifundistas. El remedio fundamental para curar los males del país era, según Bilbao, el mantenimiento de una amplia democracia política (libertades públicas y reformas jurídicas); en cambio, Arcos, además del funcionamiento de la democracia política exige la distribución de la propiedad territorial, por cuanto su posesión en manos de una minoría era la causa de la miseria imperante y de las clases sociales antagónicas. Es que Santiago Arcos, ardiente adepto de las ideas democráticas y socialistas comprendía claramente que era la gran propiedad agrícola la generadora de las clases sociales rivales; la causa de la pobreza y degradación de la mayor parte de la población, y de la vigencia de las anticuadas instituciones que regían al país. Era un convencido reformador y si propiciaba medios pacíficos para transformar esa realidad, también aceptaba, en último trance, la revolución. Sobre todo, en ningún instante dejaba de sostener que sus ideas democráticas y socialistas solo podían establecerse por la lucha de la clase popular, afectada por la miseria e injusticia dominantes.

Expresaba con fe “Desencadenando como desencadenaremos, sin duda alguna, el elemento popular, produciremos la tempestad, pero esa tempestad puede desde sus primeras horas producir el bien...”

Santiago Arcos supo analizar hondo en la realidad social de Chile y criticarla agudamente; supo plantear con exactitud la necesidad de transformarla en su base por medio de la organización de un partido político popular, con un programa renovador. Puede ser tachado de utopista solamente con respecto a lo extemporáneo (prematuro) de su posición, pues en esa época, 1850-52, era imposible llevar a cabo su propósito por la no existencia de una capa obrera con conciencia de clase, a causa de las razones que el propio Arcos describe con penetración. Apenas se formaba una burguesía que muchos años más tarde, pujante y vigorosa, con anhelos definidos, asumirá la dirección del ataque a la reacción feudal. Solo en el

presente existe una clase obrera poderosa, la cual, organizada sindical y políticamente, de manera autónoma, puede hacer realidad las notables ideas democráticas y socialistas de Santiago Arcos, formuladas hace un siglo.

Notas sobre Francisco Bilbao y Jenaro Abasolo[17]

I

La vida y las ideas del tribuno Francisco Bilbao han sido objeto de varios estudios, sobre todo de parte de sus enemigos, quienes las cubren de dicterios y condenaciones. Sin embargo, su existencia fue idealista y generosa, y sus ideas, aunque confusas a veces, humanitarias y democráticas. Con justicia se le ha proclamado como el precursor ideológico del Partido Radical, organismo que en sus años mozos defendió con ardor las posiciones racionalistas y laicas, combatiendo valerosamente el sectarismo de la Iglesia Católica y de su vehículo político: el Partido Conservador. Francisco Bilbao propició, en forma intransigente, la separación de la Iglesia del Estado, el matrimonio civil, la educación liberal y las libertades públicas, o sea, todo el conjunto de reivindicaciones que dieron fisonomía propia y combativa al Partido Radical y al liberalismo democrático, en la segunda mitad del siglo XIX. Pero el programa de Bilbao es, también, patrimonio legítimo de los partidos democráticos populares, los cuales hacen suyas las consignas laicas, aunque subordinadas a las grandes cuestiones económicas y sociales. Francisco Bilbao ha tenido un continuador de bastante mérito en el publicista Jenaro Abasolo, filósofo idealista y humanitario como él; de pensamiento anti dogmático y anticatólico y de notables preocupaciones americanistas. Jenaro Abasolo estudioso de la historia, de las ciencias biológicas y sociales y de las doctrinas filosóficas y políticas, es un entusiasta admirador de Bilbao. Fue un lector atento de los diversos pensadores cristianos de tendencias sociales; de los socialistas utopistas y de los filósofos idealistas. Comentó a Kant y a Hegel, hecho sin precedentes en Chile, según se desprende de la lista de sus obras inéditas, suministrada por su descendiente doña Flora Abasolo.

Si Francisco Bilbao ha sido capaz de despertar la admiración de un pensador tan serio y sistemático como Jenaro Abasolo, ello se debe a su actividad valiente y fogosa en defensa de una sociedad democrática y laica. Me parece injusto y apresurado el juicio de Miguel de Unamuno cuando expresa que “es un romántico charlatán, sin originalidad alguna, pobre de ideas y harto de retórica declamatoria... y hueco como sus coetáneos y congéneres de aquí”. (Cartas a Ernesto A. Guzmán, fechadas en Salamanca a 12 de febrero y 4 de julio de 1914). Tal vez, mirado el pensamiento de Bilbao, desde un punto de vista europeo y universal, carece de originalidad; pero estudiado en relación con la atrasadísima realidad chilena de la época y en conexión con sus problemas del siglo XIX, es relativamente original, a menudo vigoroso, y en todo momento liberal y progresivo, infinitamente superior y beneficioso frente a los personeros de la reacción y el obscurantismo.

De un interés considerable es la conferencia de F. Bilbao titulada “Iniciativa de la América-Idea de un Congreso Federal de las Repúblicas”, leída el 22 de junio de 1856, en París. Aquí trata de la constitución de la Confederación de América del Sur, para poner término a su dolorosa realidad de “Estados Des-Unidos del Sur”. A fin de lograrla, propone y pide la formación de un Congreso Americano, exclamando: “Hoy la patria se llamará Confederación”. Dos peligros se oponen, según Bilbao, a la realización de este ideal

[17] OCCIDENTE noviembre 1953 N°94

unionista: uno proveniente del Imperio Ruso ("Rusia es la barbarie absolutista") y el otro de los Estados Unidos (los EE. UU. "son la barbarie demagógica").

En su escrito posterior: "La América en peligro" (agosto de 1862, Buenos Aires) denuncia de manera encendida la invasión francesa a Méjico y condena a Napoleón III, ambicioso y déspota, y, a la vez, señala su peligro y lo denuncia como una amenaza a la América entera. En una parte, bajo el epígrafe de Lamennais: "Libertad y catolicismo, son dos palabras que radicalmente se excluyen", combate a fondo el catolicismo por constituir, a su juicio, uno de los obstáculos al desarrollo de los pueblos y de su unidad. Habla con fervor de la necesidad de la defensa de América y de la constitución de un Congreso Americano, que lleve a cabo la unificación americana y la conservación de las ideas republicanas e impida toda pretensión hegemónica de Europa. A este respecto recuerda que en Chile se instaló la Sociedad de la Unión Americana, en Valparaíso, el 17 de abril de 1862, con aquellos fines.

En su ensayo de mayor aliento: "El evangelio americano" (Buenos Aires, septiembre de 1864) expone, a su entender, la filosofía popular del derecho, la filosofía de la historia americana y la indicación de los ideales de la época. Comprende tres partes. La primera es un conjunto de generalidades más o menos difusas. La segunda enfoca el carácter de la dominación española y sus consecuencias nocivas para América. Según Bilbao, Colón no descubre, sino que encuentra la tierra de América en su intento de fondo de conquistar el Sepulcro de Cristo, lo cual le asignará a la conquista y colonización un carácter de "cruzada". Agrega: "con España vino el catolicismo, la monarquía, la feudalidad, la inquisición, el aislamiento, el silencio, la depravación, el genio de la intolerancia exterminadora, la sociabilidad de la obediencia ciega". En cambio, "con los ingleses vino la corriente liberal de la reforma; la ley del individualismo soberano, pensador y trabajador, en completa libertad".

En esta segunda parte, Bilbao define el carácter de la historia de España y de los españoles y el sello que le imprimieron a la conquista.

En la tercera parte analiza el espíritu de la revolución de la Independencia; describe a los enemigos internos de América y al peligro de Europa. En unas frases afirma su espíritu americanista: "Hemos premunido a las inteligencias, desbaratando los sofismas de la civilización europea. Hemos querido preservar al hombre americano de la contaminación del Viejo Mundo".

Es de sumo interés reproducir el plan de reformas que Bilbao incluye en su "Evangelio Americano". En el advertimos todas las reivindicaciones que constituirán el motivo de las enconadas luchas entre conservadores y liberales en nuestro país, desde el Gobierno de don José Joaquín Pérez hasta la administración de don Domingo Santa María.

"En la separación absoluta de la Iglesia y del Estado hay un grandioso progreso a la justicia, a la economía y a la libertad. No más enredo de patronatos, concordatos, recursos de fuerza, pase de bulas, obispados, fueros eclesiásticos, diezmos y primicias. Disminución de los días festivos y feriados. No más prohibición de libros. No más censuras eclesiásticas. No más derechos de sepulturas. No más inmunidades eclesiásticas respecto al servicio personal como ciudadanos y contribuyente. No más derecho de asilo. No más bautismo obligatorio como inscripción en el registro cívico. No más matrimonio obligatorio ante la Iglesia. La ley del matrimonio civil es exigida a todo trance. No más derecho de rechazar del cementerio al no creyente o hereje. Autoridad sobre el toque de campanas, sobre las ceremonias exteriores del culto en los lugares públicos. Organización del Registro Civil". Sobre la educación escolar expresa: "No existe la educación de la República. No hay escuela de la República. No hay libro de la República para texto. No hay

un cuerpo de profesores de la República. Los gobiernos no deben enseñar ninguna religión sino la moral universal, y el dogma universal de la justicia. Y los gobiernos enseñan el error, el dogma caduco. Dan por texto el libro mismo de los enemigos de la libertad, y favorecen la educación de los enemigos de la razón y de la autonomía. Y se llaman gobiernos liberales...".

Francisco Bilbao pone término a su ensayo con estas líneas: "Sea la última palabra de mi libro, escrito en el dolor y en la conciencia del peligro, una palabra de alegría y de victoria".

Las recoge y, hace suya Jenaro Abasolo en su libro "La personnalité".

II

Jenaro Abasolo nació en Santiago de Chile, el 10 de septiembre de 1833 y murió en la misma ciudad el 3 de octubre de 1884. Desciende de una familia de Vizcaya. Estudió en el Instituto Nacional y en la Universidad de Chile, donde se recibió de ingeniero civil, a los 19 años. A los 25 años pasó a Mendoza y Buenos Aires. Escribió algunos artículos sobre educación y visitó la casa de Sarmiento, alternando con diversos personajes. A su regreso al país pasó a desempeñar el cargo de profesor de Matemáticas en el Liceo de Copiapó. En 1861 publicó un folleto, con sus iniciales, titulado: "Dos palabras sobre América y su porvenir". En 1866 dio a luz, en forma anónima, su trabajo: "La Religión de un americano", atribuido a Francisco Bilbao. En 1872 publicó, también anónimo, su folleto: "Pobres y ricos". Por esta época trabaja con su hermano Vicente, ingeniero como él, una hacienda arrendada, en las costas de Rancagua. En 1875 partió a Perú, siguiendo pronto a Europa. En Bruselas, en 1877, apareció su libro "La Personnalité". Regresó a Chile, donde vivió sus últimos años atareado en dar cima a varios escritos, y al morir dejó terminadas diversas obras.[18]

Entre sus obras inéditas se destacan: "Observaciones sobre la Lógica de Hegel" y "Estudio sobre la Filosofía Alemana". Este, comprende tres partes: "Observaciones sobre la crítica de la razón pura de Kant", "Una ojeada sobre la destinación del hombre por Fichte" y "Sobre algunas ideas de Schelling acerca de la Ciencia de la Historia".

Virgilio Figueroa anota que el "Estudio sobre Kant está dividido en cinco partes: 1° Estética trascendental o ciencia de las leyes de la sensibilidad. 2° Lógica trascendental o ciencia de las leyes del entendimiento. 3° Analítica trascendental o analítica de los principios. 4° Dialéctica trascendental. 5° Metodología trascendental. Y de las "Observaciones sobre la Lógica de Hegel" reproduce un párrafo muy elogioso para la obra del obscuro filósofo: "El espíritu de Hegel es universal y se mueve como en el éter, en todas las esferas de la ciencia y en todos los períodos de la historia. Es como un espíritu que parece estar en todas partes, alumbrando la llama de su ideal, en todos los hogares del pensamiento humano. Su lógica está llena de pasajes poéticos profundos y se ve animada por todas las formas de la vida universal". En su libro

[18] Jenaro Abasolo no ha merecido ningún estudio especial. Don Virgilio Figueroa, en su "Diccionario Biográfico", traza una semblanza suya, apoyándose en los datos suministrados por Flora Abasolo en la reseña biográfica que precede a la obra póstuma de J. Abasolo: "La personalidad política y la América del porvenir", publicada en 1907, y en otras fuentes inéditas en poder de esa dama. Aprovechándolas, don Virgilio Figueroa detalla algunas de las obras Inéditas del filósofo que analizamos, reproduce algunos pequeños párrafos e incorpora varios juicios elogiosos emitidos en el extranjero sobre el libro póstumo de J. Abasolo. Entre estos: de Ricardo Palma (carta a Flora Abasolo, del 12-11-1908) y de Federico García Godoy (en su libro "La hora que pasa", y reproducido en "Las Ultimas Noticias", del 18 de Enero de 1911). De paso, Virgilio Figueroa refuta a Pedro Pablo Figueroa, autor de una breve nota sobre Jenaro Abasolo, plagada de errores y de inexactitudes.

“La Personnalité”, por el contrario, estampa una divertida crítica sobre la actitud filosófica hegeliana: “Comenzar, a la manera de Hegel, por las ideas de ser y no-ser y crear la gramática antes de suponer el ser vivo, es desempeñar el papel de los prestidigitadores. Hegel quiere hacer abstracción del yo adulto que posee la vida múltiple del mundo para deducir el yo por medio de una oposición de ideas que, en realidad, han sido creadas por el espíritu en el comercio del mundo y que él supone que son primordiales en el pensamiento. El yo elevado en medio de la naturaleza es el bolsillo oculto del juglar metafísico de cual saca sus categorías y, en último lugar, se saca el mismo, con gran sorpresa de los espectadores”.

De los trabajos inéditos de Jenaro Abasolo solamente se publicó “La personalidad política y la América del porvenir” en 1907.[19]

El folleto “La religión de un americano”[20] es un estudio sobre el desarrollo del ser, la personalidad en general, la personalidad de Dios y el criterio público. Cuando apareció fue atribuido a Bilbao, pero el error queda de manifiesto apenas se inicia la lectura, pues existe una marcada analogía de ideas y de lenguaje con la primera parte de “La personnalité”; y en una de sus páginas alude al héroe moderno de la razón que murmura “Las palabras de un creyente” (obra de Lamennais) o “El evangelio americano”, de Francisco Bilbao.

En el folleto indicado, a través de diversas consideraciones, se expresa el liberalismo de Abasolo, su posición contraria al dogmatismo y al catolicismo, y su vigorosa adhesión a la libertad. Además, afirma que el individuo es moldeado por la sociedad y ésta es el resultado de la calidad de sus individuos: “ambas entidades son agencias y emergencias recíproca y simultáneamente. Su desarrollo debe ser simultáneo, es decir, debe haber unidad en la educación social”. Y las fases de esa educación social son la amistad y la confianza recíproca, el mutuo respeto a las opiniones y el respeto al hombre. Entra, luego, a defender la libertad y a denunciar los daños del dogmatismo: “La libertad se aprende como cualquiera otra cosa: si esclavizáis la razón al dogma ¿qué libertad queréis tener sin razón, sino la libertad de esclavizaros? Solo les queda la forma, la momia del cristianismo. El Cristo vuela con los suyos a la ciudad divina de la inteligencia; el católico queda de rodillas ante el sepulcro blanqueado. El católico ama esas palabras acomodaticias, misterio, gracia, revelación con las cuales disimula, cohonesta y consagra su ignorancia, el hábito de su indolencia y de su inercia interior y le libran de la enorme carga de darse cuenta a si mismo de sí mismo, de gobernarse como ser inteligente y libre”. Para Abasolo el catolicismo dogmático es nocivo “porque su inmutabilidad lo ha hecho antisocial y retrógrado”.

En este folleto menudean las citas de Michelet, Quinet, Proudhon y Lamennais, los mismos autores predilectos de Bilbao. Termina exclamando: “¿Nuestras armas? La palabra. Contra la palabra la tradición apela a la inercia, a la gran nulidad, a la ignorancia. Más si nos arrebatan la libertad de la prensa y de la enseñanza, todo se ha perdido. ¡Adiós libertad, sublime libertad!”.

A pesar de las reflexiones reproducidas, Abasolo es un creyente sincero, pero desea la libertad y la tolerancia como normas indispensables de convivencia. Así en su libro “La Personnalité”, expresa: “Una

[19] En la Biblioteca Nacional se encuentran tres obres de Abasolo: “La religión de un americano”, “La personnalité” y “La personalidad política y la América del porvenir”. Por intermedio de un descendiente, nuestro alumno en el Instituto Nacional, traté de obtener noticias sobre las obras indicadas por Flora Abasolo y Virgilio Figueroa, pero me informó, en definitiva, después de algunas averiguaciones entre sus diversos parientes, que todo había desaparecido.
[20] “La religión de un americano”. Primera parte: “El Ser”. Imprenta de la Unión Americana. Santiago, 186S, 16.0—70 páginas.

sociedad de indiferentes y de bufones que desprecia al pensador obstinado en ver un contenido más vasto en las cosas y una ley más general en los hechos, es tan insoportable como una sociedad de fanáticos. Es de absoluta necesidad para el mundo una creencia fundamental que consagre la tolerancia y el respeto del pensamiento".

Su libro "La Personnalité"[21] tiene por objeto demostrar lógicamente la responsabilidad inalienable de la conciencia humana y la potencia suprema y primordial de la voluntad. Según Abasolo, la idea humana ha tenido tres momentos solemnes: Jesús, como síntesis de la filosofía antigua; Spinoza, como fundador de la filosofía alemana, y Darwin, como resumen del último esfuerzo de las ciencias de la experiencia sensible. Reducir esos momentos a uno solo, hacer una idea indivisible de esas tres ideas dispersas, he ahí el camino que se debe seguir para hacer evidente el triunfo de la personalidad humana y comprobar que la síntesis de la filosofía moderna debe llevarnos a un cristianismo nuevo, pero más universal, y más grande. Según la viuda de Edgard Quinet, este libro le parece "escrito por un hermano de Bilbao y grande amigo de Edgard Quinet". A través de sus páginas se afirma una posición idealista y espiritualista, resultado de las influencias de los pensadores cristianos, de contenido social, y de los socialistas utopistas. En un trozo curioso afirma que los principios éticos y la educación moral tienen mayor influencia que las necesidades materiales; que es deber ineludible modificar la conciencia de los hombres y, en seguida, proceder a cambiar el régimen económico imperante: "¿Por qué nos habláis tanto del vestuario y de la alimentación? ¿Qué significan estas enormes cuestiones sobre la riqueza y sobre la miseria que no tocan jamás en la gran cuestión de la moral y de la filosofía, que son los agitadores permanentes de nuestra naturaleza? SI llegase a presentarse un genio como Jesús, que diese a la masa esa dignidad y esa resignación que solo Él sabía dar, estad seguro de que los ricos de nuestros días o morirían de vergüenza o harían el reparto de sus bienes. El hombre no es un infame. Pero si habláis a un populacho degenerado de comunismo, de propiedad usurpada, etc., la otra parte de la sociedad, que no vale más que la primera, se alarmará y, pagando con un redoblamiento de la opresión lo que no era más que una amenaza, hará del comunismo un fantasma para aterrar la nación y justificar sus detestables abusos. Son los principios, las creencias inmorales que tranquilizan la conciencia de los indolentes y embrutecen la especie, lo que es preciso cambiar. El papel de la economía no es otro que el de sacar el mejor partido posible del ofrecimiento espontáneo de los corazones".

Jenaro Abasolo concede una importancia decisiva a las ideas y a la educación; a las conquistas de la filosofía racional y a los principios morales, tal cual los utopistas, en la modificación de la naturaleza humana, de los espíritus y, solamente después, como una consecuencia directa de ella, la transformación de la sociedad hasta establecerse la justicia, la razón y la libertad. Cree que, con sentar y predicar la equidad y la bondad frente al sufrimiento y el abuso, estos pueden desaparecer, por un elevado acto de comprensión ética de la vida.

En su voluminoso estudio "La personalidad política y la América del porvenir"[22] analiza lo que es la personalidad política; la personalidad en la Historia y en la Ciencia; la personalidad política y la religión, y la personalidad política en América. Es una obra densa, de lectura difícil, en la cual se exhibe como un

[21] Bruxelles, 1877. Imprenta Dauderauwera. 16°—267 páginas. Contiene dos partes: "La personalidad en si" y "La personalidad social". Debería contener una tercera: "La personalidad política".

[22] Imprenta Universitaria, Santiago, 1907. 12°—XIII—574 páginas. Este libro publicado por los desvelos de Flora Abasolo ocupó los últimos años del filósofo y lo dejó terminado poco antes de morir, Y es la tercera parte que faltó a su anterior obra "La personnalité".

continuador de Bilbao (de paso reivindica la Sociedad de la Igualdad, exalta la acción de Bilbao en su seno y fustiga a Manuel Montt); acepta muchas de sus doctrinas y, sobre todo, recoge su americanismo elevándolo a un credo inflexible, hasta afirmar: "Pensar y creer bajo el dictamen de los europeos es abdicar de nuestro destino".

En una página-síntesis de su credo americanista se dirige a los partidos radicales y, con respecto al de Chile, dice: "Así, yo creo, que el Partido Radical de Chile debe proclamar los siguientes principios: 1° Es necesario una religión americana, una filosofía americana, y una literatura americana. 2° Es necesario una política americana, un derecho público americano. 3° Es menester un nuevo principio de sociabilidad, una nueva aristocracia, un nuevo dogma económico. 4° Es menester un nuevo sistema de contribuciones, un nuevo sistema de educación". De esta suerte, estima que el Partido Radical, de tendencias liberales, llegaría a hacerse idéntico con el mejor porvenir de la América Latina. Y Jenaro Abasolo escribía estos propósitos algunos años, antes que dicha entidad llevase a efecto su Primera Convención.

Abasolo es un pensador solitario y curioso, seguidor entusiasta de Bilbao, con ideas vigorosas en defensa de la libertad, la tolerancia y la educación moral. Atacó con energía el dogmatismo y los prejuicios religiosos. Se preocupó de los asuntos continentales, demostrando un americanismo apasionado. En muchos aspectos se emparenta con los pensadores cristianos, de tendencias sociales; con los ideólogos liberales y con los socialistas utopistas moralizadores. Y es que se afanó por comprender y asimilar los grandes sistemas filosóficos de los siglos XVIII y XIX. No concibió una acción política militante ni se preocupó por el papel que podrían jugar las clases populares; explicable actitud porque en la época en que vivió constituían un conglomerado pasivo, sumido en la miseria y la ignorancia. Su actividad se redujo al plano ideológico y a influir en un grupo limitado de mentalidades escogidas. Sus concepciones no superan las ideas y posiciones de los jóvenes liberales y radicales de la segunda mitad del siglo XIX. Jenaro Abasolo, al igual que Francisco Bilbao, es un precursor ideológico del Partido Radical y de los grupos racionalistas y laicos que jugaron un papel progresivo hasta comienzos del presente siglo. Y su rasgo más acusado es la gran fe que pone en el poder de las ideas morales y en la educación.

El régimen socialista de Yugoslavia[23]

I. YUGOSLAVIA EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL Y NACIMIENTO DEL REGIMEN SOCIALISTA.

II. RELACIONES DE YUGOSLAVIA CON LA URSS.

III. YUGOSLAVIA POPULAR Y EL VATICANO.

IV. LOS PRINCIPIOS DIRECTIVOS DE LA REVOLUCION SOCIALISTA DE YUGOSLAVIA.

Desde comienzos de 1929, Yugoslavia se transformó en una dictadura monárquico-militar, bajo el Rey Alejandro Karadjordjevic, quién fue asesinado en Marsella, en 1934. Subió al poder el príncipe Pablo, pero el hombre fuerte, el verdadero gobernante, lo era Milán Stoyadinovic, de tendencias reaccionarias, ligado a intereses bancarios alemanes e italianos. Llevó a su país a un régimen francamente fascista; disolvió la Pequeña Entente y el Acuerdo Balcánico, facilitando la penetración nazista. Los países danubianos sucumben bajo el poderío hitlerista y la política de entrega de la monarquía yugoeslava culminó, cuando

[23] OCCIDENTE noviembre 1953 N°96

firma su incorporación al Pacto Tripartito (Alemania, Italia y Japón), el 25 de marzo de 1941, en Viena, comprometiéndose a apoyar a Alemania con materias primas, víveres y tropas.

Las masas populares yugoeslavas, frente a la actitud de su Gobierno, constituyeron un Frente Antifascista para defender la democracia y resistir la agresión. Su abierta oposición al Pacto, expresando el sentimiento de las diversas capas de la población, llevó a un grupo de oficiales, dirigidos por el General Dusan Simovic, a dar un golpe de estado el 27 de marzo de 1941. La insurrección de Simovic, realizada bajo la presión de las masas, tendía, sin embargo, a salvar la monarquía, desprestigiada por su entrega a las potencias del Eje, sin preocuparse por los derechos democráticos del pueblo.

Frente al movimiento de Simovic, Hitler reaccionó con desmentida furia y preparó la destrucción de Yugoslavia. Ordenó un despiadado ataque aéreo a Belgrado (6-7 de abril). En él fueron demolidos 10.000 edificios y muertos 17.000 habitantes. El Rey y su gobierno huyeron dejando al ejército sin mando y al pueblo entregado a su propia suerte, bajo el cruel ataque de los efectivos hitleristas. El ejército capituló tras once días de lucha desorganizada y la nación yugoeslava cayó bajo la más terrible represión. El sacrificio de Yugoslavia tuvo, no obstante, consecuencias de enorme trascendencia. Alteró los planes estratégicos de Hitler, retrasando en seis semanas el asalto a la URSS, proyectado para comienzos de mayo. Estas seis semanas fueron decisivas, más tarde, en la detención de los ejércitos alemanes ante Moscú y el invierno ruso. Los pueblos de Yugoslavia quedaron sometidos a la ocupación de fuerzas alemanas, italianas, húngaras y búlgaras. Estas realizan represiones sangrientas; fomentan los odios nacionales y de culto; dan vida al estado “independiente” de Croacia, bajo el mando de Ante Pavelic, y forman el Gobierno títere de Serbia, poniendo a su frente al general Milán Nedic.

La brutalidad hitlerista en Yugoslavia queda de manifiesto, de manera particularmente horrible, si recordamos que en el campo de concentración de Jasenovac (Croacia), mataron a 500.000 personas; en el de Baujica (Belgrado) a 200.000 personas; y decenas de millares en numerosos otros. Yugoslavia perdió 1.700 000 hombres y mujeres, o sea, 1 habitante de cada 9. Las fuerzas armadas yugoeslavas tuvieron 305.000 muertos y cerca de 400.000 heridos. Y sus pérdidas materiales sumaron: 870.000 edificios demolidos; 290.000 propiedades agrícolas destruidas con sus ganados e inmuebles; casi la mitad de sus líneas férreas voladas (4.350 kilómetros en un total de 9.650 kms.); y 2.305.000 vehículos destruidos. Estos daños materiales se avaluaron en 47.000 millones de dólares. Durante la guerra, sobre el suelo yugoeslavo, perecieron alrededor de 450.000 soldados del Eje.

El levantamiento del pueblo yugoeslavo contra el invasor empezó el 7 de julio de 1941, en Serbia. Se formaron guerrillas bajo la dirección de Josip Broz-Tito, secretario general del Partido Comunista Yugoeslavo. Tito, hijo de un campesino del pueblo de Kumrovac (Croacia), obrero metalúrgico de profesión, había estado encarcelado durante cinco años a causa de sus actividades revolucionarias. Pronto organizó un verdadero ejército guerrillero; las “Formaciones Guerrilleras de Liberación Nacional de Yugoslavia”, incluyendo campesinos, obreros e intelectuales. Por otra parte, se constituyeron fuerzas de resistencia, los "chetniks”, al mando de Draza Mihaijlovic, quien fue elevado a la categoría de General por el Gobierno emigrado, residente en Londres, haciéndole comandante del "Ejército Real en la Patria". Mihaijlovic se negó a colaborar con Tito alegando que era él el representante legítimo del Gobierno yugoeslavo. Y con el correr del tiempo llegó a cooperar con el Gobierno títere de Nedic en la lucha contra los guerrilleros. La situación de éstos se hizo difícil al tener que combatir a las fuerzas fascistas de ocupación, a los "ustachis” de Pavelic y a los “chetniks" de Mihaijlovic. El prestigio de Mihaijlovic en el exterior se debió a que los círculos del Gobierno yugoeslavo en la emigración, en Londres, lo presentaron

como el jefe de la resistencia contra los alemanes, asignándole a sus formaciones muchas de las acciones y éxitos de los guerrilleros. El Gobierno emigrado lo apoyaba y exaltaba, porque solamente él podía asegurarle el poder en Yugoslavia una vez terminada la guerra.

Tito, en cambio, quería la unidad de todas las fuerzas yugoeslavas contra el invasor y sus títeres locales y que, terminada la guerra, el pueblo decidiera la suerte del país en elecciones generales y libres. También proclamaban la unidad y fraternidad de todos los pueblos de Yugoslavia, para poner término a la odiosidad entre croatas y serbios, estimulada por Pavelic y Mihaijlovic.

En medio de estas luchas intestinas, los guerrilleros soportan sucesivas ofensivas de los ejércitos alemanes, apoyadas por los “ustachis" de Pavelic y los “chetniks” de Mihaijlovic. La última fue en mayo de 1944 Luego, la marea se volvió contra los nazis: el 20 de octubre de 1944 quedó liberado Belgrado. A comienzos de 1945, el ejército de Tito tenía 54 divisiones, con 800.000 hombres.

Con el objeto de dirigir las operaciones contra el invasor, dar forma al movimiento de liberación nacional y organizar el Gobierno local, a fines de noviembre de 1942 se constituyó el ''Comité Antifascista de Liberación Nacional de Yugoslavia" (Avnoj). En su segunda sesión, celebrada en Jajce (Bosnia), el 29 de noviembre de 1943, resolvió que el futuro Estado se formara sobre la base federativa, al contrario de la monarquía centralista, y que fuera un Estado democrático en oposición a la vieja Yugoslavia, monárquica y oligárquica. En este acuerdo reside el origen de la organización, después de la guerra, de la República de Yugoslavia en seis unidades federales iguales en derecho: Serbia, Croacia, Eslovenia, Montenegro, Macedonia y Bosnia-Herzegovina. En esta sesión se formó el “Comité Nacional de Liberación de Yugoslavia”, presidido por Tito, quien fue proclamado Mariscal de Yugoslavia, y que tuvo los caracteres de un Gobierno provisional del país.

Al surgir de la entraña del pueblo en armas, luchando con un enemigo despiadado, el Comité Nacional de Liberación de Yugoslavia, orientado por las ideas de libertad e independencia, actuará como aliado de las grandes potencias, no como satélite, hasta conseguir la victoria por sus propias fuerzas e inmensos sacrificios. Tanto Londres, que apoyaba al Gobierno yugoeslavo en emigración; como Moscú, que deseaba convertir a Yugoslavia en satélite, reaccionaron desfavorablemente ante las decisiones del Avnoj. Los dirigentes de Moscú llegaron a expresar que esos acuerdos significaban “una puñalada por las espaldas a las decisiones de Teherán y a la URSS”. (Es del caso recordar que la URSS, en agosto de 1942, elevó a la Legación Real de Yugoslavia, en este país, al grado de Embajada, lo que provocó una protesta de Tito al Gobierno soviético. En 1943, en medio de tremendas dificultades, Tito solicitó ayuda material a la URSS, y, a pesar de las promesas favorables, no recibió nada. Solamente en septiembre de 1944 obtuvo armas rusas, cuando el Ejército Rojo apareció en el norte de Yugoslavia, avanzando hacia Viena y Budapest, ayuda que este país pagó. Y la cooperación militar en la liberación de Belgrado y el Banato fue necesaria al propio Ejército Rojo para su avance hacia Budapest y Viena).

Durante tres años los yugoeslavos lucharon solos contra los nazis y, cuando alcanzaron la victoria, tuvieron que combatir los intentos de los aliados de resolver el destino de Yugoslavia, sin consultar a su heroico pueblo. En octubre de 1944, Churchill-Eden, en Moscú, se pusieron de acuerdo con Stalin-Molotov, sobre un amplio reparto de los intereses de Yugoslavia en esferas de influencias para ambas potencias. Este innoble acuerdo secreto fue descubierto por Cordell Hull, Ministro de Relaciones Exteriores de los EE. UU., en sus “Memorias”. El pueblo yugoeslavo impidió su realización al celebrar, apenas fueron expulsados los nazis de su territorio, elecciones generales, en noviembre de 1944, en las cuales el pueblo, en forma casi

unánime (90% de los sufragios), reafirmó su adhesión a las decisiones de la segunda sesión de Avnoj. Desde este instante el Movimiento de Liberación de Yugoslavia demostró su unidad e independencia, con el más amplio respaldo de sus masas laboriosas. Esta actitud digna y soberana molestó profundamente a los imperialistas y tuvieron que resignarse a verla surgir como una creación estatal firme, dispuesta a jugar un papel de primera importancia en la nueva Europa. Yugoslavia no desconoció la ayuda de la URSS, y de las potencias occidentales a su emancipación; pero, al mismo tiempo, hizo ver que no fue desinteresada; se la dieron por razones estratégicas y por miras políticas. Y desde un punto de vista moral, de acuerdo con las declaraciones antifascistas de las grandes potencias democráticas, cualquiera ayuda a Yugoslavia era de elemental justicia después de los sacrificios espantosos y del heroísmo de su gran pueblo.

II

Desde el término de la guerra hasta mediados de 1948, Yugoslavia mantuvo relaciones estrechas con la URSS. Su nuevo régimen poseía vínculos sólidos con el Gobierno soviético, del mismo modo que con los países de la órbita comunista, las llamadas "democracias populares". La URSS, actuaba a través del Cominform (Oficina de Información de los Partidos Comunistas), organismo surgido para el intercambio de opiniones y críticas mutuas entre los partidos comunistas. Pronto se transformó en el órgano directivo de esos partidos a través del cual el Partido Comunista Ruso imponía sus órdenes y perseguía sus finalidades políticas. Yugoslavia se resiste a caer inerme en manos de la URSS., y se suscitan constantes choques y dificultades entre ambas naciones. El Gobierno yugoeslavo denunciaba las maniobras contrarias a su dignidad e independencia de los técnicos, diplomáticos y agregados rusos y afirmaba con altivez su aporte inmenso en la lucha contra el nazismo, en medio de la soledad y la total falta de ayuda de los aliados, destacando siempre su condición de país soberano.

En tales condiciones, el 27 de marzo de 1948, el Comité Central del Partido Comunista Ruso envió una primera carta al C. C. del P. C. Yugoeslavo detallando una serie de hechos que eran reprobados por la URSS, y tendían, por lo tanto, a agravar las relaciones entre ambas naciones. Pedía al P. C. Yugoeslavo que admitiera sus "errores", con el objeto de volver a la confianza y fraternidad comunista. Entre los hechos condenados por el P. C. Ruso al P.C. Yugoeslavo figuraban supuestos atasques calumniosos a la URSS., a su P. C. y a su ejército; hostilidad a los expertos soviéticos y a su vigilancia por el Servicio de Seguridad del Estado; carencia de democracia en el seno del P. C. Yugoeslavo; que no era una organización marxista bolchevique y que se estaba diluyendo en el Frente Popular; predominio de un caudillismo militar apreciable; que el Gobierno yugoeslavo deseaba ganarse los favores de los países imperialistas e igualaba la política exterior soviética y la de los países capitalistas; que Yugoslavia había logrado su liberación por la ayuda del ejército soviético y que el P. C. Yugoeslavo se jactaba demasiado de sus éxitos guerreros.

El C. C. del P. C. Yugoeslavo contestó refutando tales acusaciones y de ahí se sigue una disputa seria hasta que el Cominform, convertido ya en una oficina para proclamar las decisiones del P. C. Ruso, aprueba una resolución, el 28 de julio de 1948, en Bucarest, en donde todos los partidos comunistas miembros se identifican con el P. C. Ruso, censurando al P. C. Yugoeslavo. La resolución significaba excluirlo de la comunidad socialista. El Gobierno soviético, pasando por sobre el principio de igualdad de los componentes del mencionado organismo, impuso la resolución cominformista para agravar las relaciones entre la URSS, y sus satélites con Yugoslavia y así justificar su política de presión agresiva.

A pesar de que la URSS, ha insistido siempre en ser la única intérprete de las tendencias modernas de paz y democracia, desde la aprobación de la citada resolución llevó a cabo una política de abierta interferencia

en los asuntos internos de Yugoslavia y descartó toda idea de una solución pacífica de las cuestiones en disputa, agravando deliberadamente las relaciones de los países del bloque soviético con Yugoslavia, aunque existían cinco tratados interestatales de alianza entre ellos.

La resolución cominformista fue el punto de partida de una campaña violenta contra Yugoslavia con el objeto de obligarla, mediante amenazas, coerción política y por la presión diplomática y militar, a que renunciara a sus derechos de soberanía e independencia. Sin embargo, la causa profunda del conflicto no era porque el P. C. Yugoeslavo se negara a aceptar la crítica del P. C. Ruso; se debía a la no tolerancia del Gobierno soviético a que Yugoslavia se organizara de acuerdo con sus aspiraciones y soberanía. Su criterio era que el poder soviético se consideraba el super gobierno en otro país socialista. Así exigía que sus expertos gozaran de una posición privilegiada en cuanto a retribuciones y a derechos (ganaban tres y cuatro veces más que los técnicos yugoeslavos); obligaba a sus expertos a realizar actos de espionaje, en vez de promover el desarrollo de la economía; instruía a sus diplomáticos para que no vacilaran en reclutar ciudadanos yugoeslavos para su servicio de inteligencia, partiendo del concepto de que los comunistas deben lealtad, en primer lugar, al Gobierno soviético; insistía en dominar la economía del país, llevando a cabo una verdadera invasión, de tal suerte que los acuerdos económicos concertados protegían antes que nada los intereses de la URSS, en detrimento de Yugoslavia. Para este país el intercambio con la URSS resultaba mucho peor que el que se estila entre los países capitalistas.

La ruptura se produjo, entonces, porque la URSS, trató de dominar a Yugoslavia imponiendo relaciones desiguales; interfiriendo en su vida interna; llevando a cabo actos y medidas odiosas, junto a una política internacional con métodos equivocados y antisocialistas. Desde el instante de la ruptura, la URSS, y sus satélites, en abierta pugna con su llamado a la paz de Estocolmo, desataron una verdadera ofensiva agresiva en las fronteras de Yugoslavia. En cuatro años transcurridos desde la resolución cominformista se registraron 2.519 incidentes fronterizos provocados por los satélites soviéticos: Bulgaria, Rumania, Hungría y Albania, desesperados por la negativa de Yugoslavia a sacrificar su independencia en favor de la URSS, como lo hicieron ellos.

El Ministro sin Cartera de la República Federal Popular de Yugoslavia Milován Djilas, en su discurso ante la Comisión Política de la ONU, el 27 de noviembre de 1951, expuso todos los antecedentes de la continua presión agresiva del Gobierno de la URSS, y sus satélites en contra de Yugoslavia. Exhibió una inmensa cantidad de hechos y documentos probando la política de aquel Gobierno en orden a lograr el esclavizamiento de su país, desde 1944 en adelante, tal como lo hiciera con Bulgaria, Rumania, Hungría, Checoeslovaquia y Polonia. Llevó a cabo, para conseguir su fin, una sistemática presión de todo tipo. Hasta 1948, a través de convenios comerciales que dieron vida a compañías mixtas, el Soviet trató de inmiscuirse en las ramas básicas de la economía yugoeslava, intentando ejercer funciones de autoridad para desviar su desarrollo económico y transformarla en un simple anexo, proveedora de materias primas de la economía soviética; organizando actividades hostiles y de espionaje contra Yugoslavia; exaltando la superioridad rusa y el papel dirigente que posee dentro del bloque soviético y en el mundo entero, a la cual deben subordinarse mansamente todos los demás miembros del bloque. O sea, toda su actividad tendió a la explotación económica y al sojuzgamiento político de Yugoslavia. Ante la imposibilidad de conseguir este propósito, rompió con este país y desató su tenaz política de presión agresiva: presión económica y bloqueo, presión militar y violación de cláusulas militares de los tratados de paz; actividades subversivas y terroristas; provocación de incidentes fronterizos y violación de los derechos humanos (maltrato y asesinato de ciudadanos yugoeslavos, raptos de niños y crímenes contra las minorías yugoeslavas de Rumania y Hungría). Ésta abierta presión pretendía imposibilitar el desarrollo pacífico de

Yugoslavia y destruir su independencia nacional, negándose sistemáticamente a resolver, por medio de negociaciones pacíficas y directas, las cuestiones existentes, y, por el contrario, aumentaban los incidentes fronterizos, los preparativos militares y las actividades hostiles en abierta contradicción con sus frecuentes llamados de paz en Occidente. Al mismo tiempo los comunistas del mundo entero desencadenaban una tremenda propaganda en contra de Yugoslavia acusándola de nación traidora. Pero, como lo expresó Milován Djilas ante la ONU, si algo habían traicionado, habría sido la política falsamente pacifista, imperialista y antidemocrática del Gobierno soviético y esto es traición solo a los ojos de quienes deben realizar y justificar tal política. En cambio, ha sido de perfecta lealtad para sus principios socialistas, al pueblo y a los deseos de relaciones, pacíficas y justas con todos los países del mundo. En un nuevo discurso, pronunciado en diciembre de 1951, Djilas refutando a los personaros rusos, expresó: "Los delegados soviéticos parten de la base de que los pueblos pequeños existen solamente para recibir órdenes de los más grandes; y de ahí es lógico y natural que piensen que Yugoslavia está bajo las órdenes de algún otro país, desde que se ha negado a estar bajo las órdenes soviéticas. Esto es lo que nosotros llamamos hegemonía y que se ha transformado en un nuevo tipo de imperialismo... Ellos dividen a los hombres y a los pueblos en agentes y bases propios o extraños, probando, de esa manera, sus propias intenciones y actividades hegemonistas"...

El propósito sostenido de la URSS, de provocar la ruina de la economía yugoeslava y su constante amenaza de guerra, obligaron a Yugoslavia a posponer sus proyectos de desarrollo económico y a tratar de fortalecer su capacidad defensiva, lo que significó que una proporción cada vez mayor del presupuesto debió ser destinada a la defensa nacional. No obstante, de acuerdo con una hábil reorientación en su desarrollo industrial según planes realistas y una discreta ayuda extranjera, Yugoslavia ha mejorado en forma apreciable su potencial y sus condiciones de vida y está logrando éxitos notables en su edificación socialista. Y así ha demostrado que un país pequeño ha podido mantener dignamente su soberanía y ha logrado desenvolver su existencia según nuevos cánones de progreso, justicia y democracia. La existencia de Yugoslavia como estado libre se demuestra de extraordinaria trascendencia para el destino del socialismo en el mundo y su experiencia exige un estudio constante y detenido. Josip Broz-Tito, en su Informe al VI Congreso del P. C. de Yugoslavia, a fines de 1952, manifestó: "En este conflicto, en la lucha constante para difundir en el exterior la verdad de nuestra posición, nuestros cuadros estudiaron y se armaron con la auténtica ciencia del socialismo en la lucha contra los revisionistas soviéticos y sus satélites. Nuestra lucha fue un triunfo: logramos desenmascarar a los revisionistas y dejar al descubierto su verdadera cara. Triunfamos al exponer sus maniobras y abusos de la ciencia marxista-leninista como disfraz de sus propósitos imperialistas y expansionistas. Señalamos, y no sin éxito, las falsas doctrinas revolucionarias empleadas por los soviéticos para utilizar a otros partidos comunistas para los fines imperialistas soviéticos. En ese mismo período logramos suprimir entre nosotros mismos muchos de los métodos soviéticos de trabajo. Eliminamos todo lo que tenía un carácter negativo, todo lo que obstaculizaba nuestro desarrollo y nuestra edificación socialista".

El régimen socialista de Yugoslavia[24]

III. YUGOSLAVIA POPULAR Y EL VATICANO.

IV. LOS PRINCIPIOS DIRECTIVOS DE LA REVOLUCION SOCIALISTA DE YUGOSLAVIA.

[24] OCCIDENTE mayo 1954 N°97

Sin duda que la presión agresiva de la URSS, y satélites ha sido el mayor peligro para la independencia de Yugoslavia; pero, también, ha debido soportar una fuerte ofensiva de parte del Vaticano. Su campaña de acusaciones por supuestas persecuciones a la Iglesia Católica ha tenido por objetivo provocar una reacción en el mundo católico en contra del régimen de Tito y entorpecer las relaciones de éste con el mundo occidental; crearle un clima de desconfianza y de recelo, y, de este modo, debilitar los intereses nacionales de Yugoslavia. El Vaticano, en su campaña, ha coincidido a menudo con el Cominform en un verdadero frente soviético-católico anti yugoeslavo. Es que el Vaticano ha combatido siempre a Yugoslavia: apoyó a Mussolini en su política contra ese país, a raíz de la victoria hitlerista en los Balcanes; reconoció rápidamente el "Estado independiente de Croacia", y excomulgó a los sacerdotes yugoeslavos que se pusieron al lado de su pueblo en contra del fascismo. El odio del Vaticano aumentó con motivo del triunfo de la revolución socialista, resistiendo toda penetración o tutela extranjera. Desde entonces ha participado activamente en todas las tentativas contra el actual régimen de Tito. En el problema de Trieste, por ejemplo, ha estado al lado del Gobierno italiano, porque la incorporación de ese territorio a Italia significaría crear de nuevo el papel dirigente de Italia, y de la Iglesia Católica, en esa parte de Europa, dejando a Yugoslavia a merced, en calidad de peón, de las grandes potencias. Yugoslavia rompió sus relaciones diplomáticas con el Vaticano cuando éste, en un gesto de abierta hostilidad, le dio el capelo cardenalicio a Stepinac, fraile procesado por crímenes de guerra y puesto en libertad, a pesar de comprobársele su participación directa en las terribles persecuciones contra los fieles no católicos durante la guerra, por el Gobierno yugoeslavo en un gesto de armonía hacia los católicos. La actitud del Vaticano, al rodear a Stepinac con una densa aureola de martirio demuestra su odiosidad al Gobierno de Yugoslavia. Stepinac fue "vicario militar apostólico" del ejército "ustachis", de Ante Pavelic, bajo la protección nazi. Y en ese cargo participó en el incendio de las iglesias ortodoxas, asesinato de decenas de sacerdotes de ese culto y de miles de fieles ortodoxos, y en la exterminación de 23.000 judíos; asimismo, en la conversión por el terror de 240.000 ortodoxos.

El gesto del Vaticano tendió a desencadenar un conflicto entre el Estado yugoeslavo y la Iglesia Católica, para provocarle dificultades a aquel país. Actitud torpe, pues el poder revolucionario de Yugoslavia se ha manifestado, sin vacilaciones, en favor de la libertad de cultos, sobre la base de la separación de la Iglesia y el Estado. Sus dirigentes, aunque ateos, han tenido en cuenta que la religión es un fenómeno social que no puede suprimirse con decretos o persecuciones. El nuevo régimen normalizó sus relaciones con todas las iglesias (ortodoxa, musulmana, judía y protestante), por normas de recíproca tolerancia, e incluso de cooperación entre ellas y el Estado. Solamente ha sido imposible hacerlo con la Iglesia Católica por la mala disposición del Vaticano, que ni siquiera ha escuchado las tentativas conciliadoras de los católicos yugoeslavos. La Iglesia Católica no está limitada en ninguna de sus funciones y su vida normal sigue su curso sin trabas. Los sacerdotes que continúan presos han sido juzgados públicamente por traicionar a la nación y por crímenes cometidos al servicio de los "quisling" de los ocupantes italianos y alemanes durante la guerra. A pesar de la enemistad del Vaticano, Yugoslavia no modifica su actitud principista frente a la Iglesia ni anula sus esfuerzos por normalizar las relaciones entre el Estado y la Iglesia. En ningún instante pide a la Iglesia ni a sus sacerdotes que se trasformen en propagandistas del socialismo ni que se separen del Vaticano. Lo que les pide es que la Iglesia Católica, al margen de su ideología, adopte una actitud patriótica con respecto a su propio país y a su propio Estado.

I V

La revolución yugoeslava se inició con un acto necesario, históricamente inevitable, y progresista: la apropiación por el Estado de la propiedad privada capitalista, dándose comienzo al período de la

propiedad estatal de los medios de producción. Y desde ese instante el régimen socialista se desarrolla en lucha abierta con los dos peligros que amenazan a todo gobierno proletario victorioso: el uno procedente de la burguesía derribada del poder y los restos del capitalismo (que en caso de imponerse conduce a la restauración de la propiedad privada capitalista), y el otro, procedente de su propia burocracia que realiza tentativas para transformarse en una "potencia dominante en la sociedad", conquistando una posición privilegiada (que al imponerse conduce a la instauración del capitalismo de Estado). Dice Milován Djilas: "Las tendencias burocráticas nacen de la revolución proletaria misma, y se manifiestan con fuerzas, precisamente en el momento que la revolución ya ha vencido por las armas, es decir, cuando los medios de producción más fundamentales han sido nacionalizados y cuando se trata de orientar todo proceso del desarrollo bien hacia el fortalecimiento del papel del Estado en la producción, hacia el fortalecimiento de la dirección burocrática (de hecho, de los privilegios de la burocracia), o bien hacia el fortalecimiento de! papel consciente y organizado de los derechos efectivos de las masas en la Economía y en los órganos del Estado...".

Las fuerzas de producción de Yugoslavia se encuentran en un grado de desarrollo en el que demuestran, por una parte, tendencias burocráticas muy fuertes, engendradas por la realidad objetiva y por el papel todavía necesario y progresista que juega el Estado en la economía y, por otra, las posibilidades de pasar a una gestión de la economía (por el momento en la industria y extracción minera) independiente del Estado o con su participación parcial y cada vez más reducida.

El régimen tiene que luchar contra los restos de capitalismo, o sea, contra una forma burguesa orientada a ahogar las formas socialistas para conducir la evolución hacia las relaciones de capitalismo privado, y contra el burocratismo, o sea, contra una forma encaminada a rechazar y ahogar las formas socialistas para reemplazarlas por las formas de capitalismo de Estado.

Tales tendencias expresan las relaciones de clase y la lucha de clases que se manifiestan en Yugoslavia en el curso de la edificación del socialismo.

Según Edvard Kardelj, la revolución yugoeslava se ha inspirado en ciertos principios directivos que son los rasgos distintivos del sistema popular y democrático con respecto del régimen burocrático de capitalismo de Estado, vigente en la URSS, y satélites, y la aplicación tenaz de ellos ha permitido salvar el carácter socialista del sistema eliminando, poco a poco, las tendencias burocráticas de capitalismo de Estado.

El primer principio del régimen socialista yugoeslavo ha sido el mantenimiento firme del papel dirigente de la clase obrera en las posiciones claves del desarrollo social, en alianza con todos los demás trabajadores y con formas democráticas de poder que permiten la expresión real de ese papel dirigente.

El segundo principio ha sido la orientación constante y consecuente hacia la democracia socialista en toda su vida y en todo su desarrollo social.

El tercer principio es la sostenida tendencia hacia la descentralización del poder sobre la base de la autoadministración más amplia de los trabajadores de las diferentes funciones sociales.

Para asegurar el papel dirigente de la clase obrera, los revolucionarios yugoeslavos han tomado medidas con el fin de contrarrestar la tendencia a identificar los órganos dirigentes del Partido con el aparato administrativo del poder ejecutivo, siguiendo este pensamiento de Tito: “cuanto mayor éxito alcancemos en nuestro nuevo camino de implantación del socialismo, no mediante el terror y la concentración de todas las funciones en manos de un pequeño grupo de hombres, sino mediante una amplia

democratización y descentralización, mayor será la influencia de nuestro ejemplo..." El Partido Comunista Yugoeslavo y el Frente Popular evitaron el peligro de verse identificados con el aparato del poder ejecutivo y de convertirse en el instrumento de éste o de hacer de él su propio instrumento, pues tal camino llevaría a su inevitable burocratización, manteniéndose estrechamente unido a la clase obrera y a las masas laboriosas para luchar conscientemente por la implantación de relaciones socialistas.

Al mismo tiempo, han tratado de afirmar la clase obrera como el factor social dirigente en tanto que productor, en tanto que la fuerza económica más importante capaz de atraer a los elementos económicos y sociales atrasados y de influirlos por su papel en la economía. Para conseguirlo fue necesario que las fábricas, y toda la producción social, se arrancasen de las manos del capitalismo privado y de las de la burocracia, confiando su dirección a los propios productores. La administración estatal y económica sirve a ese fin. Y se ha conseguido por medio del sistema de los consejos obreros, institución de autogobierno de las colectividades obreras de cada empresa en particular y de cada rama económica considerada en su totalidad.

Para realizar el segundo principio, esto es, afirmar la democracia socialista impidiendo el burocratismo y el capitalismo de Estado, los revolucionarios yugoeslavos han guardado fidelidad al principio de Lenin, formulado en 1905: "Si alguien quiere ir al socialismo por un camino distinto al de la democracia política llegará inevitablemente a conclusiones absurdas y reaccionarias, tanto en el sentido económico como en el político". Con respecto a la democracia liberal reconocen que muchos de sus principios son progresistas (y los "derechos individuales" formulados por la revolución demo-burguesa forman parte inalienable del patrimonio socialista), pero, en verdad, su base y misión principales son las de proteger la propiedad privada y los privilegios que supone para la clase burguesa poseedora. En cambio, para el socialismo la base fundamental de una sociedad democrática que se desenvuelve en la libertad es, ante todo, la garantía de los derechos de cada persona a no ser explotada y a poder decir, en tanto productor, cómo será repartida y empleada la plusvalía del trabajo en su colectividad y en la sociedad en general.

La democracia yugoeslava, surgida espontáneamente de una revolución obrera y campesina, se ha moldeado en las formas de autogobierno popular. Es cierto que la dirección del proceso ha estado en manos del Partido Comunista Yugoeslavo, fuerza consciente y disciplinada, pero éste no se ha separado del conjunto de las clases laboriosas, agrupadas en un vasto Frente Popular. En ningún instante se erigió en fuerza exclusiva y dominante y ha actuado como un organismo nexo de las masas y el Estado. En resguardo de la revolución no se ha permitido el sistema de partidos múltiples, por cuanto todo partido que fuera creado al margen del Frente Popular se convertiría, cualquiera que fuese su programa formal, en el centro de reunión de todo género de indeseables hasta transformarlo en instrumento de la reacción contra el progreso y de la agresión extranjera contra la independencia del país. El Partido Comunista ha experimentado transformaciones notables hasta organizarse como un Liga de Comunistas, con una orientación democrática y con una concepción diametralmente opuesta a la del P. C. Ruso, monolítico y excluyente.

Los revolucionarios yugoeslavos, como socialistas, enfrentan esta dramática disyuntiva: adherir a la teoría marxista de la extinción del Estado y, al mismo tiempo, de todo sistema de partidos; o la teoría estalinista del reforzamiento del Estado. Sin duda, la primera teoría lleva por el camino de la democracia socialista, estimulando una participación cada vez mayor de las masas populares en la dirección consciente de la sociedad y en la marcha hacia el socialismo. En cuanto la teoría estalinista lleva fatalmente al burocratismo

despótico, a la concentración creciente de poder en manos de un número cada vez menor de dirigentes y al predominio de las relaciones sociales de capitalismo de Estado.

Los dirigentes de Yugoslavia, de acuerdo con la teoría marxista de la extinción del Estado, se han esforzado por ampliar las formas de organización creadas por la actividad de las masas en el curso de la revolución y, luego, de la edificación socialista. El papel dirigente del Partido Comunista se desarrolla en conexión con el Frente Popular, como verdadera alianza socialista de todas las fuerzas laboriosas (obreros, campesinos, técnicos, profesionales). Reconocen que todavía no logran alcanzar todas las consecuencias deseables, a causa de las influencias negativas del sistema soviético y de la ruda agresión de la URSS. En estos instantes su principal tarea es la de asegurar a la democracia socialista un mecanismo y una organización que correspondan a sus bases sociales y económicas. Kardelj la define así: ..."La llevaremos a cabo desarrollando los consejos obreros, los órganos de autoadministración de la seguridad social, de la instrucción pública, de los comités populares, de los consejos de productores y de los organismos colectivos. Elegidos por los trabajadores, colocados a la cabeza de las células básicas de la organización de toda la vida social, esos órganos pueden ser transmisores de la voluntad de los trabajadores mucho más sensibles y eficaces que cualquier sistema de partidos múltiples".

La nueva “Ley sobre Comités Populares” tiende a garantizar que el funcionamiento de los municipios, ciudades y distritos se oriente en tal sentido. Además, trata de enlazar todas esas células en un organismo único permitiendo que formen órganos republicanos federales democráticos para realizar funciones de interés común; de asegurarles sus funciones desde un punto de vista material y financiero, dándoles sobre todo un papel preponderante en los asuntos de orden general relativos a la edificación del Estado, la seguridad interior y exterior, y la planificación económica. Los Comités Populares serán los órganos locales de un poder único, autónomos en sus actividades, pero en el marco de los principios fijados por la comunidad social.

Es indudable que el régimen socialista de Yugoslavia se afana por extender el espíritu democrático y humanista de la revolución, por conservar su carácter popular y, al mismo tiempo, debe aplicar medidas de coerción y violencia administrativas para reprimir las tentativas de los elementos enemigos: cominformista y vestigios de la antigua Yugoslavia monárquica, porque representan una amenaza a la integridad y unidad del país, y así lo explica Kardelj: ..."Un país socialista en una situación en la que se ejerce contra él tamaña presión agresiva, tanto económica como política, perdería a la vez el socialismo y su independencia si permitiera la destrucción, so pretexto de crítica política, de la fuerza de resistencia del pueblo en su lucha contra la presión extranjera y contra la amenaza de agresión y de conquista. Por ello, jamás negaremos el hecho de que una forma democrática susceptible de determinar semejante actividad no es admisible en nuestro país". Pero, por otra parte, el régimen no entraña ninguna limitación de la iniciativa socialista, ni de la lucha de opiniones en bien del progreso social, desde que "no puede haber "papas" infalibles ni "verdades eternas" protegidas por decreto". La democracia yugoeslava no duda de que una crítica socialista, crítica política y científica, que contribuya al avance del socialismo debe ser la ley de todo régimen de democracia popular. Sin crítica no hay progreso socialista, por ello es parte integrante del sistema yugoeslavo, representando un factor importantísimo de las transformaciones democráticas actuales.

En lo que respecta al tercer principio directivo de la revolución yugoeslava, el criterio sostenido por sus gobernantes, para lograr una efectiva descentralización, pretende establecer, en primer lugar, que los órganos centrales, tanto republicanos como federales, asuman únicamente las funciones que no pueden

dirigir los órganos de base del poder popular y, en segundo lugar, que incluso en lo que toca a la gestión de las funciones centralizadas se ha de tender a que este centralismo sea democrático; que tenga un contenido y una forma de autoadministración social de un grado más elevado. Si es verdad que las revoluciones populares proceden en sus comienzos a la mayor descentralización de autonomía de poder, más tarde, al no saber encontrar un camino hacia formas democráticas adecuadas, empiezan a degenerar y a sucumbir en un proceso de concentración de poderes en manos de un número cada vez menor de dirigentes, coincidiendo con un estancamiento de la sociedad en general e incluso con su retomo a las formas más atrasadas. Tal es el caso de la historia, de la revolución socialista de la URSS. En Yugoslavia no ocurre así por la participación de las masas trabajadoras en la dirección de las posiciones claves del Estado y de la Economía... Sin embargo, "cuando bajo la acción de las leyes económicas y sociales, por una parte, y bajo la influencia exterior por la otra, en Yugoslavia se manifestaron ciertos signos de burocratización y de reducción de la base del poder popular de las masas, el Partido Comunista tuvo la fuerza de ser el primero en levantar la voz contra ese estado de cosas y de empezar a combatirlo primeramente en sus propias filas y después en el sistema estatal. Una lucha enérgica por la ampliación ininterrumpida de la democracia socialista, por la autoadministración del pueblo trabajador en todos los grados de la organización del Estado y de la economía, por la descentralización, etc. ha orientado el desarrollo de nuestro sistema político en un sentido opuesto al de la URSS., no de la reducción sino del ensanchamiento de la base del poder de las masas, y no del robustecimiento y de la intervención del aparato ejecutivo en la vida social, sino de su gradual eliminación. El control de las masas trabajadoras en el Estado y la economía no disminuye, sino que se extiende cada vez más".

El proceso de descentralización se prosigue en dos direcciones: en un mayor desarrollo de las autonomías y de la transmisión de los poderes a los órganos políticos y sociales de base, y en un traspaso de muchas funciones sociales del aparato ejecutivo estatal a los órganos sociales autónomos, particularmente la economía, sanidad y las instituciones culturales.

De acuerdo con este proceso de descentralización y democratización del sistema de administración básica del Estado y de la economía, se trata de formar y de ampliar los órganos responsables de la autoadministración popular, de desarrollar mediante una colaboración del interés individual y del interés colectivo, organismos que conscientes de sus derechos y de sus deberes bien establecidos por las leyes ejerzan el control del trabajo y del aparato administrativo. Los consejos obreros en las empresas y otras instituciones y órganos económicos; los consejos de los ciudadanos en el sistema administrativo de los comités populares y de los gobiernos, así como los otros órganos autónomos que comienzan a extenderse en materia de política social, de sanidad, de enseñanza, representan esas formas básicas de la autoadministración del nuevo mecanismo democrático.

Es una verdad objetiva que los revolucionarios yugoeslavos han logrado grandes avances en el proceso de su obra socialista, rompiendo la columna vertebral del burocratismo y del capitalismo de Estado (que como realidad de la etapa soviética de la revolución se infiltraba en la vida de la nación) y venciendo la existencia de las antiguas relaciones capitalistas, y de este modo, sentando las bases serias de la evolución democrática de la sociedad yugoeslava en su marcha hacia el socialismo.

Los propios dirigentes reconocen que su obra es difícil y está sembrada de inmensos obstáculos heredados de la vieja Yugoslavia y de la URSS.; por los hábitos del pasado, el particularismo y el egoísmo, y por la constante presión agresiva del pasado y del exterior. Tales dificultades serán vencidas en la medida que se logre un mayor ritmo en el aumento de los medios materiales del sistema, del éxito en el desarrollo de

las fuerzas de producción y de la elevación constante de la conciencia socialista de los trabajadores. No se pueden levantar construcciones ideales de democracia socialista sobre la base de fuerzas materiales poco desarrolladas, pero no creer en la posibilidad de lograrlo en la marcha hacia la democracia socialista significaría no creer tampoco en la posibilidad de implantar el socialismo.

En un vistazo de conjunto sobre el alcance de la revolución yugoeslava Tito expresa... "Nuestro desarrollo, la democratización de nuestra vida social, es decir la plena conquista de la democracia socialista se está extendiendo por un lado en medio de la incesante lucha contra los métodos soviéticos, contra la realidad soviética que ha perdido su carácter socialista y que se está convirtiendo en la mayor amenaza para el futuro desarrollo revolucionario y socialista del mundo y, por otro lado, en conflicto permanente con concepciones extrañas al socialismo, que llegan del Oeste. El mundo entero sigue con la mayor atención nuestros esfuerzos para edificar el socialismo... Nos critican por no tener una democracia del tipo occidental, por no tener un sistema de varios partidos políticos, por poner trabas a la empresa privada, es decir, por no dar rienda suelta al sector privado para participar en el comercio y en la industria, o más exactamente, en la producción, etc. Diariamente tenemos que explicar que la transformación de nuestra vida social es una transformación revolucionaria, que la revolución no tolera medidas a medias, que lo que ellos sugieren es hacer girar hacia atrás y no hacia adelante la rueda del desarrollo social... en una palabra, que queremos edificar el socialismo y no un socialismo falso. Nuestra democracia socialista es en todos los aspectos mejor que la de Occidente y no tiene como ésta un carácter formalista porque abarca a amplias masas de la clase trabajadora y les ofrece toda clase de oportunidades para elevar su nivel de vida, porque solo una sociedad socialista puede y debe proporcionar las bases materiales para ello. Esta es, por lo tanto, la genuina democracia, tanto para la comunidad como para el individuo de esta, tanto material como cultural y política. Con esto se puede ver que todo conflicto entre nuestra democracia, socialista y la democracia occidental se debe, precisamente, a los cambios básicos de relaciones en la sociedad, es decir, en la socialización de los medios de producción y en la liquidación de la explotación del hombre por el hombre".

Es esta realidad victoriosa, reconocida por altos personeros del Occidente y, también, del mundo soviético, la que ha permitido Ja consideración cada vez más cordial de Yugoslavia en el concierto de las naciones democráticas y la reanudación de relaciones diplomáticas con la URSS. Es, pues, de un interés supremo para todos los hombres de avanzada, el estudio de la experiencia socialista de Yugoslavia, la que hasta este momento se desenvuelve, cada vez más, en un sentido marcadamente socialista y democrático.

Aspectos de la revolución boliviana[25]

Bolivia es un país monoproductor. A pesar de que la mayor parte de su población está ocupada en la agricultura, la actividad económica básica del país es la minería. El 97% de sus exportaciones está constituido por minerales y, entre éstos, el 63% corresponde al estaño. La actividad minera del estaño es enorme y desarrollada, mientras que el resto del país está en el atraso. El ingenio de Cativí es de lo más moderno de la metalurgia en el mundo; mientras tanto, en el campo, se sigue usando el arado de palo de la época de los egipcios. Dentro de la actividad minera solo produce barrillas, o sea, concentrados de minerales, pero no metales. No ha alcanzado la etapa de la fundición. Tiene que mandar sus barrillas a que las fundan en Texas, EE. UU., o Liverpool, Gran Bretaña. Por otra parte, a causa de ser un país

[25] OCCIDENTE 1955 s/n

económicamente atrasado, no consume sus minerales; el total de su producción tiene que ser exportada, motivo por el cual Bolivia tiene una tremenda dependencia del exterior.

Su agricultura es anacrónica. Sus métodos de cultivo y sus relaciones de producción son primitivísimas. Gran parte de la agricultura produce para su propio consumo y no deja saldos destinados al mercado. Los dos fines esenciales de la agricultura: producción de alimentos y producción de materias primas, no se cumplen. De esta suerte, Bolivia debe importar gran parte de sus alimentos y casi el total de las materias primas que requiere su incipiente industria manufacturera.

Sus finanzas, o sea la economía del Estado, están condicionadas por esta estructura atrasada y dependiente. Su economía es de una absoluta dependencia del mercado internacional; lo que ocurre en las grandes capitales financieras del mundo repercute inmediatamente en ella. La balanza de pagos del país tiene un origen exterior porque los precios del estaño no son fijados por Bolivia sino por los grandes mercados internacionales. Los males que sufre Bolivia son, entonces, de orden estructural, derivados de la base económica del país, y de carácter cíclico o periódico, derivados de la situación del mercado internacional.

II

En relación con la realidad bosquejada, el gobierno revolucionario triunfante los días 9-11 de abril de 1952, se puso de inmediato a la tarea de modificarla y en el acto realizó la reforma agraria y nacionalizó las minas, con el objeto de lograr una efectiva democratización y una real autonomía nacional.

Según el censo de 1950, el 4,5% de los propietarios rurales del país retenían el 70% de la propiedad agraria privada con extensiones de 1.000 a 10.000 hectáreas bajo formas de explotación feudales. Los latifundistas eran dueños de las tierras y de sus ocupantes, sometidos a trabajo forzoso y gratuito, y de esta manera, aunque el volumen de su producción agrícola fuera escaso, el margen de utilidad que percibía el terrateniente era enorme con relación al capital invertido. Ganaban mucho con poca producción y no tenían ningún interés en emplear métodos modernos de labranza, en mejorar su técnica, en adquirir maquinarias para sus cultivos porque todo eso significaba un capital suplementario. En estos hechos residía la causa del espantoso atraso de la agricultura boliviana y resultaba esa ignominia de que Bolivia, con tierras magníficas y fertilísimas, tenía que importar alimentos. A través de la reforma agraria se eliminó a los latifundistas parasitarios y se inició la entrega de la tierra a quienes la trabajan. De esta manera liberó a dos y medio millones de siervos y liberó extraordinarias fuerzas productivas.[26]

En cuanto a la minería, ésta estaba en manos de los barones del estaño: Aramayo, Patiño y Hoschild. Eran más influyentes que la nación misma y constituían un superestado minero. Echaban abajo ministerios y presidentes; controlaban la policía; burlaban los impuestos; sobornaban y corrompían, y se desnacionalizaron. Las condiciones de trabajo de sus obreros eran horribles, reconocidas por técnicos norteamericanos. Según Fernando Diez de Medina, en conferencia dictada en La Paz, el 9 de octubre de 1952, sobre la nacionalización de las minas (y editada en un folleto con el título de ''Una Khantuta encarnada entre las nieves") los "hurones" del estaño, como él los llama, realizaban los siguientes fraudes:

[26] Los detalles completos de la cuestión agraria en Bolivia, desde sus primeros tiempos hasta el momento de la victoria popular de abril de 1952, y de los planes del nuevo gobierno para resolverla, están contenidos en la publicación oficial titulada: “El libro blanco de la reforma agraria”. La Paz, 1953. Editado por la Subsecretaría de Prensa, Informaciones y Cultura.

a) No rendición de cuentas de los remanentes de divisas. De 1939 a 1948, 300 millones de dólares; b) Pago mínimo de impuestos al convertirse las firmas nacionales en compañías extranjeras; c) Ocultación de bienes y valores de las testamentarías de Patiño y Aramayo. Se calculaba la fortuna de Patiño entre 300 a 500 millones de dólares. Al efectuar una partición "intervivos", entre mujer e hijos, declaró bienes por 10 millones de dólares; d) La no declaración justa de rentas y evasión del impuesto global complementario. Simón I. Patiño, uno de los diez hombres más ricos del mundo, se condujo frente al fisco de su patria así: En 1936 no declaró nada ni pagó nada. En 1941 declaró una renta de 6.825 bolivianos anuales; "es decir que el infeliz vivía con 570 bolivianos al mes".

III

Víctor Paz Estenssoro en su "Mensaje al Pueblo", del 6 de agosto de 1954, dando cuenta de su segundo año de gobierno, lleva a cabo un completo, minucioso y franco análisis del curso y realizaciones de la revolución boliviana. Afirma que ya está consolidada la nacionalización de las minas y está por llevarse a término la reforma agraria: "estas dos grandes medidas eran imprescindibles para modificar nuestra realidad de país económicamente dependiente, monoproductor y en el cual subsistían ciertas formas feudales en el régimen de trabajo de la tierra". Después de detallar los problemas enfrentados en los diversos rubros mineros, exclama que deben superar su condición de simples productores de barrillas o concentrados de minerales y alcanzar la etapa de fundición: "cuando podamos fundir nuestros minerales, nuestra economía disminuirá su dependencia del exterior, no solo porque dejaremos de pagar en moneda extranjera los gastos de fundición, los fletes falsos y otros gastos determinados por la forma en que ahora exportamos nuestros minerales, sino porque ya fundidos, podremos venderlos en cualquier mercado".

En lo que respecta a la reforma agraria (el decreto-ley fue dictado el 2 de agosto de 1953) entró en inmediata aplicación: "las parcelas sayañas o pegujales, que eran cultivadas por los campesinos, en el viejo régimen, a cambio de la prestación de varios servicios gratuitos al terrateniente, pasaron a ser propiedad de quienes las trabajan. Se estableció, además, en el mismo decreto, la obligatoriedad del pago de salarios a los campesinos en cambio de su trabajo en las tierras que quedaban en manos del antiguo patrón". De aquí derivó un esfuerzo enorme de los campesinos y la última cosecha, primera después de la reforma agraria, superó notablemente las anteriores.

Con la nacionalización de las minas y la reforma agraria, Bolivia en su nuevo régimen está creando las condiciones necesarias para verificar su gran objetivo: el desarrollo y diversificación de su economía. Se han liberado las fuerzas productivas constreñidas por el sistema feudal en el régimen de trabajo de la tierra; se ha ampliado el mercado interno de consumo, y el Estado se halla en plena libertad de formular sus planes de acuerdo, exclusivamente, con el interés nacional. El gobierno revolucionario persigue con extraordinaria energía el incremento de la producción agropecuaria; el desarrollo de la producción petrolífera y de la producción de energía eléctrica; la construcción de grandes carreteras, y el desarrollo de la industria fabril. Al mismo tiempo extiende una amplia política social en defensa de los trabajadores y un moderno Código del Trabajo.

IV

Víctor Paz Estenssoro en su conferencia en la inauguración de los cursos de capacitación sindical (folleto con el título de: "La revolución nacional trabaja para el futuro") expresó que la revolución boliviana era atacada por enemigos de derecha y de izquierda. "Los primeros —los de la derecha reaccionaria— dicen que las medidas adoptadas por nuestro Gobierno al nacionalizar las minas, al dictar la Reforma Agraria,

han destruido la economía del país. Los segundos —los de la izquierda extremista — dicen que somos un gobierno pequeñoburgués incapaz de solucionar la actual situación económica y que nos hemos entregado al imperialismo. La verdad es que ambos puntos de vista no son sino armas políticas, esgrimidas sin ninguna honestidad. Es explicable esta actitud en el caso de la derecha reaccionaria, pero, injustificada absolutamente la versión de los de la izquierda, a menos que otra vez hubiesen perdido de vista la perspectiva histórica grande, como ya les aconteciera en el año 1946, cuando contribuyeron, en un maridaje inconcebible con la derecha reaccionaria a derrocar al Gobierno y a colgar al presidente Villarroel en un farol de la Plaza Murillo". La razón de tales ataques reside en el propósito de obstaculizar la realización de las grandes reformas estructurales emprendidas por el gobierno revolucionario, y de los planes de desarrollo económico para diversificar la economía boliviana. "Si nosotros tenemos éxito en nuestros planes significa que hemos consolidado por muchos años el Gobierno de la Revolución Nacional. Si se consolida el Gobierno de la Revolución Nacional, con una amplia base económica y social, las derechas reaccionarias, la rosca y sus sirvientes tienen que perder toda esperanza de volver al poder en Bolivia. Nunca más volverán. Para los comunistas, la consolidación del Gobierno de la Revolución Nacional mediante un plan de desarrollo de la economía significa que se retarda su hora por mucho tiempo. Una nación rica, un pueblo próspero que goza de bienestar, no ofrece un campo propicio para la prédica comunista".

Y estos planes de desarrollo económico no son impuestos arbitrariamente por un poder totalitario, sino que democráticamente con el apoyo de todo el pueblo de Bolivia, con la colaboración directa de los trabajadores. La política económica y social del actual gobierno tiende por encima de todo a mejorar las condiciones de los obreros, de los campesinos, de las clases medias. Aumentar la producción para darles un mayor poder adquisitivo. "Antes era la gente de la rosca y el reducido grupo de privilegiadas los únicos que tenían acceso en la participación del producto social de Bolivia, pero, ahora son los trabajadores, los campesinos, o sea que hemos aumentado el número de participantes, en millones".

El más serio límite a la realización de sus planes es la falta de capital nacional, porque los grandes barones del estaño no dejaron ningún capital nacional; los inmensos recursos que salieron de sus minas fueron llevados íntegramente al extranjero, desangrando la economía de Bolivia. Por eso, el gobierno revolucionario y el pueblo tienen "que recuperar todo el tiempo que perdió la oligarquía gobernando este país durante medio siglo".

Al inaugurar el Primer Congreso de Trabajadores, Paz Estenssoro definió de manera franca y realista el carácter de la revolución boliviana ("La Nación", de La Paz, del 1° de noviembre de 1954): "Nuestra revolución es nacional y no social: hay grupos que sostienen la revolución social, en cuanto hablan de dictadura del proletariado, que está fuera de la realidad y que conduciría al descalabro de Bolivia. En un país pequeño de economía dependiente, que debe colocar sus exportaciones en el extranjero para traer alimento, ¿cuánto tiempo duraría esa dictadura en medio de gobiernos que no simpatizan con ella? No duraría nada. Entonces sus dirigentes se irían a Europa y el país caería en poder de la reacción fascista organizada por la violencia, y el pueblo boliviano sufriría las consecuencias de esta dictadura de tipo fascista al servicio de la Rosca"

La reacción y el imperialismo, las oligarquías y el comunismo, atacan el régimen nacional-revolucionario de Bolivia y tratan de presentarlo con un carácter deformado para desprestigiarlo y provocar su caída. Por un lado lo atacan como comunista (y los comunistas casi no existen en Bolivia y el comunismo internacional calumnia al nuevo régimen de Paz Estenssoro, entre otros motivos, por ser un gobierno popular,

democrático, de masas, totalmente ajeno a sus directivas e influencia) y, de otro lado, lo tildan de fascista y de poseer concomitancias con el peronismo (en circunstancias que se apoya en el pueblo en armas, liberado de una dura sujeción, y con un sentido auténticamente democrático; en cuanto a sus pretendidas vinculaciones peronistas, es ridículo considerar tan absurda especie, pues el gobierno personalista y totalitario de Perón no ha sido capaz de tomar ninguna de las medidas implantadas en Bolivia, por ser el peronismo un movimiento reaccionario y capitalista), en ambos casos con el propósito exclusivo de desfigurarlo y desatar una presión exterior en su contra. Estas calumnias en contra de la revolución boliviana quedan irrefutablemente desmentidas en los trozos del vibrante discurso de Juan Lechín, gran dirigente obrero boliviano y una de las figuras más destacadas de su equipo gobernante, pronunciado en el acto inaugural del Primer Congreso Nacional de Trabajadores (reproducido en "La Nación", de La Paz, el 1° de noviembre de 1954) y, al mismo tiempo, quedan señaladas la grandiosidad y repercusión continentales del experimento boliviano:

..."Por primera vez en la historia de los pueblos latinoamericanos, uno de ellos, el más pobre, el más atrasado y el más olvidado de todos, se reúne en un Congreso Sindical paro rendir cuentas de sus labores como elemento integrante de un Gobierno Revolucionario. Porque por primera vez en la historia de los pueblos latinoamericanos, la clase trabajadora de uno de ellos ha compartido en igualdad de condiciones, de responsabilidades y de derechos con otras clases, la tarea de mantener en sus manos el poder político, para desde él, realizar los postulados defendidos por el pueblo por más de cien años. Porque la Revolución de Abril es la ejecutoria testamentaria de las grandes esperanzas revolucionarias de 1810 y 1898... Ninguna de las revoluciones vividas por el país realizó la reforma agraria, ni proclamó la reversión de las minas enajenadas del patrimonio nacional; ninguna de ellas estableció en el país una auténtica democracia, ni liberó al indio incorporándolo a la vida política activa de la misma manera que lo había incorporado a los deberes tributarios. Toda esa labor quedó entregada a la acción revolucionaria del proletariado que ha mostrado en esa forma, que es la única clase social capaz de liberar a las demás clases oprimidas..."

..."El pueblo no supo mancharse con salvajes colgamientos ni inmolaciones bárbaras de sus enemigos, como lo hicieran la Rosca y sus sayones el 21 de Julio de 1946. Seguro de su poder y de su fuerza, el proletariado sabe ser compasivo y digno de su triunfo. Una vez vencedor de la Rosca, el pueblo no se contentó con aplastar su fuerza militar, sino que procedió a desarmarla económicamente, de ahí que no limitó su acción al cambio de equipo gubernamental, sino que planeó y comenzó la realización de un programa liberador. Gracias a ese programa nuestra revolución se ha convertido en la más grande y la más gloriosa, en la más positiva y en la más profunda que conozca América desde la llegada de los españoles a sus costas. La nacionalización de las minas, la reforma agraria, el control obrero con derecho a veto, la organización de las milicias obreras y campesinas, la incorporación del indio a la vida política nacional, la participación de los obreros en las tareas gubernamentales a través de sus ministros y de la Central Obrera Boliviana, ese auténtico parlamento popular, son aspectos que muestran la efectividad y la función creadora de nuestra revolución...

... Hoy contamos con un pueblo social y políticamente avanzado, viviendo sobre una economía atrasada, apenas liberada de los dictados de los gigantescos trusts internacionales. Nos esforzamos por dejar de ser una semicolonia, pero aún seguimos siendo un país de una mísera economía, que mira hacia el mercado exterior, en busca de compradores para nuestras materias primas, y en espera de los alimentos que consumimos. En otras palabras, seguimos siendo un estado dependiente. La crisis económica que atravesamos, a raíz de la depresión del mercado del estaño, nos muestra esta tremenda, innegable y angustiosa realidad. Caídas de agua, yacimientos de hierro, minerales radioactivos, tierras incultas,

esperan la obra fáustica del hombre y del capital. Necesitamos técnicos y dinero para poner en explotación nuestras riquezas yacentes, y planificar el desarrollo económico del país. Y como Rusia en 1924 y como China Roja en 1954 tenemos que buscar esos técnicos y ese capital en el exterior.

..."Esta situación que os describo con toda sinceridad y honradez es la que permite explicarnos nuestra actitud como gobernantes. Alejados del mar, casi sin población, con un 70% de analfabetos, y con una economía monocultora, carentes de capitales y de técnicos, estamos encarando una transformación total de nuestra estructura económica, social, política y cultural. Esto explica muchos de los pasos atrás que hemos dado, y que nuestros críticos gratuitos califican de "entreguismo", o miran como renuncia a la realización de nuestros postulados. A ellos les contestamos: el problema no era tomar el poder, sino mantenerse en él. Una clase o un grupo de clases sociales, que aspiran a la satisfacción de sus intereses históricos, necesitan del poder político, para desde él implantar las reformas revolucionarias que estiman necesarias para su liberación; esas mismas clases alejadas del poder, perdida la posibilidad de reconquistarlo, no son sino sombras gloriosas, incapaces de influir en forma positiva en la marcha de los acontecimientos, en el afianzamiento de la Revolución, en la defensa de sus conquistas y en su profundización. Pero, al luchar por este objetivo, no debemos olvidar nuestra debilidad económica, como no puede olvidar el lisiado su defecto escarnecido por los demás. Y es sobre esta realidad que hemos trabajado, es sobre esta realidad que hemos realizado la nacionalización de las minas, la reforma agraria y el rearme del pueblo, colocándonos así a la vanguardia en el progreso social de los países latinoamericanos. Aunque económicamente débiles, culturalmente atrasados y políticamente inexpertos, nos hemos puesto a la vanguardia de todos los pueblos del Continente, indicándoles el camino a seguir en la lucha liberadora".

Antonio García. La rebelión de los pueblos débiles[27]

(Selección por Julio C. Jobet)

Antonio García, magnífico y fecundo escritor, es el principal dirigente del Movimiento Socialista Colombiano. Su última obra: “La rebelión de los pueblos débiles”, ha despertado considerable interés en los círculos democráticos de América. Claridad conceptual, estilo dinámico y un propósito de alta polémica son los rasgos acusados de este libro y por ello Prensa Latinoamericana lo ha reimpreso.

El Movimiento Socialista Colombiano, al cual pertenece Antonio García, según sus propósitos generales, es democrático, revolucionario, autónomo y nacional. Su pensamiento socialista es el resultado del análisis de su propia historia, del conocimiento y utilización de sus propias experiencias y de la afirmación de los destinos nacionales. Entiende el socialismo como una filosofía, una economía, una política, una ética, destinadas a construir su propia nación como una comunidad libre y solidaria. Lucha contra todos los imperialismos; busca la construcción de una democracia económica, social y política, o sea, justicia económica y libertad; es tolerante en religión; propicia la escuela única, universal, gratuita y obligatoria; propugna una amplia planificación socialista; sostiene un amplio programa de socializaciones (banca y crédito, seguros, transportes, medicina y seguridad social, tierra y enseñanza), y afirma que en una economía socialista pueden y deben coexistir la propiedad social de la Nación, la propiedad social de los Municipios, la propiedad social de las cooperativas y la propiedad de las personas particulares.

[27] OCCIDENTE 1955 s/n

El Movimiento Socialista Colombiano ataca a las fuerzas reaccionarias del país y enfrenta decididamente al comunismo soviético, factor de perturbación de la política colombiana y abierto enemigo del socialismo democrático.

Antonio García define nítidamente el papel confusionista y retardatario del comunismo en un párrafo preciso de su obra: "Se acusa a nuestro Movimiento Socialista de casi todos los pecados y delitos de que podría acusarse el Partido Comunista, el que después de veinte años de existencia no ha producido una obra fundamental de doctrina colombiana, ni una reforma profunda, ni siquiera un estado mayor de líderes. En cambio, se le deben otras cosas: la división crónica de la izquierda en pequeños y cerrados islotes; la corrupción de un sindicalismo que no formaba la conciencia de los trabajadores sino los apetitos de sus líderes; la lucha mecanizada, implacable y sin escrúpulos, contra los movimientos populares que estaban fuera del control político del partido; el empleo de los Sindicatos en aventuras electorales; el uso anarquista de la huelga; la subestimación inicial de las reformas —con el argumento de que anestesiaban los sentimientos revolucionarios del pueblo— y la conversión siguiente a un reformismo demagógico, sin profundidad y sin alcances populares; el descrédito de los ideales revolucionarios y el desprecio ante nuestra propia historia... Esta vaciedad solo puede explicarse por el "colonialismo ideológico", por la carencia de autonomía crítica y por un servilismo tan completo en las tácticas, problemas y métodos de lucha, que en el partido comunista colombiano han operado los mismos factores de escisión que en el seno del partido comunista ruso" ...

De esta manera quedan claramente reseñados los aspectos principales del programa del Movimiento Socialista Colombiano y de su posición frente al comunismo totalitario.

En su nuevo libro: "La rebelión de los pueblos débiles", Antonio García plantea que la substancia de la revolución que se está operando en el mundo es "la toma de la causa nacionalista por el pueblo", hecho de tanta importancia histórica como la toma de la Bastilla o del Kremlin. Con el objeto de presentar un panorama objetivo del contenido de este valioso ensayo, hemos realizado una pequeña antología. Es la que reproducimos en estas páginas.

JULIO C. JOBET

... "El nacionalismo reaccionario, aristócrata, exclusivista, agresivo, es el que se afirma sobre la autoridad y el poder de las clases altas —o de cualquiera de sus grupos— y desarrolla en el exterior una política de anexión, de subordinación de la vida y el destino de los otros pueblos, de aplastamiento de los competidores. En ese cuadro nacionalista, todo es poder y agresión: lo es desde el punto de vista del sometimiento internacional de los pueblos débiles. Ese nacionalismo es el que ha buscado una justificación teórica en la doctrina norteamericana del "destino manifiesto", en la doctrina nazi del "espacio vital", o en la doctrina japonesa de "la esfera de co-prosperidad en el Asia". Pero el cuadro de los nacionalismos agresivos no termina ahí: la vida es siempre más rica que toda nuestra capacidad de encerrarla en esquemas. La línea de evolución de la URSS muestra un desplazamiento del internacionalismo al nacionalismo, del nacionalismo vigorosamente popular al nacionalismo de una burocracia audaz que no solo controla el Estado ruso a nombre del proletariado, sino que a nombre del proletariado sustituye la dirección política de los países que gravitan en su órbita de influencia...

...El nacionalismo popular es la tendencia surgida de las revoluciones modernas y que se basa en la afirmación de que la soberanía no solo reside en el pueblo —en el sentido jurídico de que está yacente en él— sino de que es ejercida directa, auténtica y conscientemente por el pueblo... El nacionalismo popular

arranca de una serie de conceptos revolucionarios: el de que la nación no es una muralla contra el mundo, sino una comunidad solidaria de pérdidas y ganancias; el de que el pueblo toma el control de su propia soberanía, no en el sentido formal de que siempre está representado por alguien, sino en el de que asume la dirección consciente y responsable de sus destinos; el de que la nación no puede crecer por anexión, sino por integración democrática; el de que el Estado está constituido políticamente para garantizar la autenticidad, la vigencia práctica de la soberanía popular. Estas son las dos grandes direcciones de este tipo revolucionario de nacionalismo; una interna, que organiza la nación como una comunidad solidaria, presente en las necesidades, en los riesgos y en los problemas de todas sus clases; otra externa, que ve en el mundo una comunidad y no una plaza fuerte o un mercado...

...Esta es la nueva clasificación del mundo: naciones oprimidas y naciones opresoras. Esta es la angustia que se filtra en la nueva historia universal. Esta es la clasificación fundamental para los países débiles, ya que el problema cardinal de ellos —su problema de vida o muerte— es el de recobrar o conquistar la soberanía de su destino... Si un pueblo no es dueño y responsable de su destino, no hay república, ni sistema representativo, ni democracia actuante, ni Estado nacional.

...Nosotros seguimos entendiendo que imperialismo hay donde haya anexionismo —de carácter militar, financiero o político— y consiguiente reemplazo del "derecho de autodeterminación de los pueblos" por "las razones de poder". ...El imperialismo no es solo un sistema de conquista o subordinación hacia afuera, sino también un sistema interno de poder que le sirve de base de operaciones; el resorte de ese sistema de poder ha sido siempre una oligarquía militar o financiera.

...Según el concepto comunista ruso —fraguado en la doctrina leninista de "El imperialismo, última etapa del capitalismo"— el imperialismo tiene las siguientes características: a) es la última etapa del capitalismo, en la que dialécticamente culmina el desarrollo y comienza el proceso de la agonía; b) es un capitalismo parasitario, con una orientación exclusiva de rentista, o más exactamente, de rentista privilegiado; c) es un capitalismo monopolista, en cuanto su técnica de operación económica es el monopolio, la subordinación de los mercados coloniales o semicoloniales de materias primas y alimentos y en cuanto es producto de la distribución del capital; d) se fundamenta en el predominio del capital financiero —el que resulta de la fusión del capital bancario con el industrial —e impera en la exportación de capitales y se apoya en una oligarquía financiera. Es evidente que el análisis de Lenin es un análisis objetivo y mucho más completo que el de los socialdemócratas europeos como Bernstein o Kautsky; pero es también evidente que se trata de un análisis limitado y parcial. Estudia unas formas de imperialismo — las más importantes para la comprensión de la historia contemporánea, de la lucha darwinista en el plano de las relaciones Internacionales, de las nuevas variantes de las "luchas de poder", de la quiebra del principio de autodeterminación de los pueblos, de la división del mundo en naciones —rentistas y naciones proletarias— pero no todas las formas: con el esquema de Lenin no podríamos explicar el imperialismo... totalitario nazi. La política imperialista alemana se basaba en el coloniaje, pero no exportaba capitales, sino que los tomaba de los países subordinados; no se constituía esencialmente sobre un sistema de relaciones financieras, sino sobre un sistema de vínculos militares y políticos... ¿Cómo explicar la subordinación política, militar y económica, de los países del oriente europeo a la Rusia Soviética? ¿Cómo explicar la incapacidad de gobernarse autónomamente los pueblos dominados por partidos comunistas que apenas son un apéndice del partido comunista de la URSS? ¿Podríamos explicarlo todo diciendo que se trata solamente de una deformación bonapartista de la revolución rusa? Lo que hay, como decía Lenin, es que el proletariado de una potencia triunfante también puede rumiar los conceptos y políticas de las clases dominantes en las grandes potencias. La revolución no limpia todas las culpas ni purifica todas las

banderas. Y si a nombre de la revolución proletaria se lleva a la horca a los comunistas checos, acusados de chauvinismo— por pensar en términos de su propia nación y de sus propios intereses— lo que hay es un simple fraude a la revolución: porque los pueblos débiles buscan su libertad social y política y no la substitución de sus relaciones de dependencia... El anexionismo puede ser encubierto en todas las teorías políticas, pero su naturaleza siempre ha de consistir en la negación práctica del principio de autodeterminación. Cuando se ha substituido a un pueblo en su facultad de decidir sus propios destinos de acuerdo con la estimación que haga de sus intereses y de sus problemas, lo que se ha operado es una anexión a otro. Y no veo cómo ni por qué puedan admitirse unas ''formas revolucionarias" de anexionismo. Hoy puede repetirse oportunamente la frase dicha por Marx en 1848, cuando el irreductible combatiente pedía a la joven democracia alemana la libertad de los pueblos oprimidos por los alemanes: "No puede ser libre el pueblo que oprime a otros pueblos".

...Pero lo cierto es que los "países oprimidos", son aquellos que no solo han perdido la dirección de sus destinos, la facultad de autogobierno, la capacidad de administrar un patrimonio de personas, instituciones y cosas, sino la posibilidad de "adquirir un sistema propio de pensamiento". Este colonialismo ideológico ha sido siempre la contrapartida de la subordinación colonial o del anexionismo, en cualquiera de sus manifestaciones económicas, políticas y culturales; a la pérdida de la autodeterminación nacional, ha seguido la ausencia crítica frente a los problemas de la historia universal o de la historia doméstica. Nada puede expresar tan exactamente la degradación cultural de los pueblos sojuzgados... El colonialismo ideológico supone que nuestra conciencia no funciona ni aun para saber que no funciona. Por eso las naciones oprimidas no han podido analizar y comprender la historia como una lucha entre naciones poderosas y débiles —así como el marxismo la ha entendido como una lucha de clases, para armar al proletariado de una filosofía activista y combatiente —entre unas fuerzas nacionales de subordinación y otras de liberación, entre la dinámica del anexionismo y la dinámica de la independencia...

... ¿Para qué los países oprimidos deben elaborar su propia teoría de imperialismo? Primero, para descubrir las leyes que rigen la subordinación de unas naciones por otras, a cualquier título y bajo cualquier pretexto doctrinario. En esto consiste el análisis de todas las formas históricas del anexionismo. Segundo, para señalar los métodos de resistencia a ese poder y las modalidades de lucha —militar y política— contra el coloniaje y contra las diversas formas de subordinación nacional. Con estos ingredientes históricos podrá fraguarse una teoría del imperialismo y una estrategia antiimperialista. Tercero, para fijar los caminos que nos conduzcan a la construcción de nuestro propio sistema nacional de vida. Estas son las bases doctrinarias de una posición antiimperialista que corresponda a una "perspectiva propia" de los países subordinados y no de las potencias opresoras: una teoría de la subordinación nacional; una teoría de la insubordinación y una teoría de la construcción revolucionaria.

...En los siglos XIX y XX el imperialismo se edifica sobre cuatro pilares maestros: la adquisición monopolista de materias primas y alimentos; la venta privilegiada de mercancías industriales; las inversiones privilegiadas de capital y el control estratégico sobre los "secretos vitales", de la economía: banca, transportes, combustibles, energía eléctrica, seguros, producción de metales exportables y escasos. En la época de saturación colonial, de uso de la guerra total como política de última instancia, de despertar político de los pueblos oprimidos y de aparecimiento de los sistemas regionales (basados en principios de sometimiento de una constelación de países a una gran potencia, el imperialismo adquiere nuevos rasgos. Han desaparecido los sistemas regionales de subordinación japonés y alemán y se encuentran en vías de desmoronamiento el francés y el inglés. Los sistemas regionales que permanecen en pie son el soviético y el panamericano.

...El sistema regional ruso comprende a los países del oriente europeo (con la sola excepción de Yugoslavia) y se fundamenta en una dependencia de los partidos comunistas gubernamentales al partido comunista ruso, por dentro o por fuera del aparato político del Kominform: esta dependencia de orden político, económico y militar aparece como "libremente aceptada" por los países de la periferia, en cuanto cada uno de ellos está gobernado por un partido comunista propio. A nombre de la "dictadura del proletariado", cada uno de los países del sistema acepta la dirección política rusa, subordinándose su propio interés a la corriente de intereses de la gran potencia. Sin embargo —y a diferencia de los otros sistemas regionales, del tipo capitalista— en el sistema ruso funciona un principio de integración y planeamiento en el empleo y distribución de recursos. Desde el punto de vista económico, la falla consiste en que ningún país puede seguir la ley de su propio interés colectivo, sino la dirección que imprime la Planificación Económica Rusa. Desde el punto de vista político-militar, ninguna de las naciones del sistema puede tomar en serio el principio de la autodeterminación, ni manejarse de acuerdo con la estimación que cada una haga de sus propios "intereses nacionales": cuando se trata de las pequeñas nacionalidades adscritas a la órbita rusa, su nacionalismo es chauvinismo reaccionario; cuando se trata de la gran potencia soviética, su nacionalismo se identifica con la causa del proletariado mundial.

...El sistema regional panamericano nunca ha funcionado como un sistema de integración económica sino como un "sistema de subordinación" de los países de la periferia a la gran potencia norteamericana. Esta estructura del sistema explica varios fenómenos: primero, el de que no se hayan transformado económicamente los países latinoamericanos, hasta el punto de haber resuelto o estar en capacidad de resolver los problemas de su industrialización orgánica (elevación de la productividad general del capital, el trabajo y la tierra), y de su sistema de vida (elevación de sus niveles de bienestar y seguridad); segundo, el de que los países latinoamericanos hayan mantenido en su tratamiento mutuo las viejas prácticas de competencias y las viejas nociones mercantilistas de que los competidores son nuestros enemigos y deben derrotarse como enemigos, arrasando con las posibilidades de una sincera cooperación interamericana; tercero, el de que no se hayan modificado —esencialmente— las corrientes y formas de inversión de capitales norteamericanos en la América Latina, si bien han desaparecido algunas "formas de tratamiento colonial" (como la exportación en bruto de materias primas y combustibles) ; cuarto, el de que las economías latinoamericanas no hayan modificado su catastrófica dependencia de las exportaciones y, en consecuencia, sean altamente vulnerables a los cambios del mercado internacional; quinto, el de que no haya desaparecido el tratamiento discriminatorio de la mano de obra de color, contribuyendo a mantener los estados de degradación del trabajo latinoamericano; sexto, el de que los "programas defensivos" hayan elevado el fortalecimiento militar de los gobiernos no representativos, los que, desde luego, no pueden resistir la presión de sus pueblos sino por medio de la política armamentista y de la liberalidad en las concesiones extranjeras... Esta orientación actual del sistema regional panamericano determina dos líneas políticas diferentes: la de los comunistas, que la emplean como una estrategia de desprestigio y lucha contra los Estados Unidos, de acuerdo con las necesidades de la estrategia nacional rusa; y la de los socialistas y liberales demócratas que —apoyados en la opinión de los sectores más radicales y conscientes del pueblo norteamericano —luchan por transformar el sistema de subordinación imperialista en un sistema de integración democrática interamericana...

La clasificación histórica expuesta nos lleva a la conclusión de que ni el imperialismo es solo "una forma última o superior del capitalismo", ni puede encerrarse dentro de las fronteras de la organización capitalista, ni siquiera reviste los mismos caracteres en un mismo ciclo de la historia del capitalismo, ni se basa necesariamente en los conceptos de la exportación de capitales o de la anexión por la fuerza. Pero lo

que siempre hallamos de común en todas las manifestaciones históricas del imperialismo es la dinámica anexionista, el quebrantamiento del principio de autodeterminación, en cualquiera de sus esferas o manifestaciones. No diríamos —en busca de ese común denominador general de carácter histórico— que el imperialismo pueda definirse simplemente como un anexionismo, pero sí que el imperialismo funciona siempre sobre unos resortes anexionistas...

...Toda tendencia imperialista está accionada por un principio de anexión, esto es, de subordinación práctica del derecho de autodeterminación de un pueblo al interés de una gran potencia... Anexar significa incorporar físicamente, pero también subordinar los intereses de una nación a los intereses de otra, de una manera irresistible y sistemática... Desde el punto de vista de los países débiles y subdesarrollados, el anexionismo es execrable, bien se realice a nombre del capitalismo financiero, del espacio vital o de la dictadura del proletariado. Porque siempre significa una cosa: pérdida de los derechos a construir la propia historia y a dirigir responsablemente la propia vida.

...Partimos del hecho de que existe una división imperialista del trabajo mundial: arriba, un grupo de países privilegiados tiene la más alta participación en los ingresos mundiales, en cuanto controla la mayor potencia industrial y en cuanto dispone de mayor capital y técnica para administrar sus recursos; abajo, otro grupo de países —que constituyen la mayoría— desempeñan una condición de productores de materias primas y alimentos, son deudores crónicos, mantienen economías con una baja productividad, una pequeña dotación de capitales y una tremenda capacidad de desperdicio. Las primeras son economías de capitalización y altos niveles de vida; las segundas de consumo improductivo, desperdicio y niveles subhumanos de vida. Entre ambos grupos, viven países de clase media —como Suiza, Suecia o Bélgica — con un capitalismo del más alto nivel cultural, pero de la más baja capacidad expansiva.

...En el orden social, la degradación se expresa en la conversión de unas oligarquías en el punto de apoyo de la política imperialista y en la captura que éstas hacen del Estado. Roto el cuadro tradicional de sociedad latinoamericana el poder social se encuentra en unas pocas manos, a través de una estructura de grandes corporaciones capitalistas. Los partidos o las clases reinan, pero las oligarquías gobiernan: todo el sistema económico social se resiente de esta tendencia y el Estado burgués de derecho cede el paso a un simple Estado dinástico. Al lado de esta poderosa tendencia de organización corporativa del capitalismo se desarrolla otra paralela de dispersión de las organizaciones sindicales o partidistas del pueblo. Cuando se inicia el proceso de consolidación del Estado dinástico, las clases trabajadoras carecen de órganos y herramientas para enfrentarse a él y combatirlo. Con un pueblo disperso, desarmado ideológica y orgánicamente, no puede lucharse victoriosamente contra el privilegio ni defenderse la libertad. Y este es el dilema que plantea la presencia del Estado dinástico: la libertad o el privilegio. En la defensa del privilegio están identificadas las dos grandes fuerzas de opresión, una que viene de fuera y otra que sale de dentro: el imperialismo y las oligarquías locales.

...Este es el siglo de la revolución de los pueblos oprimidos... La estrategia de liberación de las naciones oprimidas puede realizarse a través de estos canales: a) La cooperación mundial (a través de organismos como el Banco de Reconstrucción y Fomento), para resolver los problemas elementales de la industrialización y del nivel de vida; b) la cooperación nacional de los países débiles, a través de asociaciones transitorias o permanentes, parciales o con sentido de federación económica; c) el apoyo de las potencias adversarias a la potencia opresora, y d) la solidaridad política de las clases trabajadoras de la gran potencia opresora.

...El planteamiento clásico del socialismo —en las luchas de liberación— es el que enlaza la cuestión nacional con la cuestión de clase y el que sitúa uno de los centros de gravedad de esas luchas en el apoyo de las clases trabajadoras de la propia potencia imperialista. Esta es una estrategia de singular importancia política, porque abre un frente en el propio seno de la nación opresora, desmorona su moral y transforma el carácter social del problema... Las naciones latinoamericanas no podrán luchar eficazmente contra el imperialismo, sino por medio de la simpatía y colaboración del pueblo norteamericano. Esta es la premisa de su estrategia: el mejor aliado no está en Europa o Asia, sino en el pueblo de los Estados Unidos".

Recuerdo de Luis Durand[28]

E1 11 de octubre de 1954 falleció, en Santiago, a los 59 años, don Luis Durand, escritor ilustre. Antes de morir pidió que lo enterraran en su tierra natal. Reposa para siempre en Traiguén, junto a su madre, adentrado en el corazón de la Frontera, comarca fielmente descrita en sus diversas obras.

Hemos llegado hasta su tumba en viaje de emocionado recuerdo. Mientras contemplamos el túmulo donde permanecen sus restos mortales una secreta angustia nos envuelve; angustia y tristeza de no volver a sentir sus palabras cálidas ni palmotear afectuosamente su figura maciza y tranquila, apoyada con cierto desgano en su firme bastón de guindo; de no poder conversar reposadamente sobre las cosas sencillas que forman la trama cotidiana de nuestras humildes existencias...

Observo su tumba y lo evoco nítidamente. Escucho su saludo entre serio y divertido: "¿Cómo le va a su señoría? ¡Tiempo que se había perdido su merced!" Y al ver a mi esposa se acercaba con grandes demostraciones de afecto: "¿Cómo está Elisita? ¡Por Dios qué ingrata, no viene nunca a vernos!". En el acto anudábamos una entusiasta charla, mezclando sucesos, comentarios, anécdotas, proyectos, recuerdos... Por otro lado, la señora Josefina, su abnegada esposa, dueña de casa ejemplar, atenta, cariñosa y sencilla, disponía un festejo abundante y variado, pero que siempre le parecía magro a don Lucho. Con su tono socarrón le decía: ¡Pero señora Chepa, no le ha servido nada a la Elisita! Y dirigiéndose a mí: ¡Distinguido ensayista: no desprecie estas modestas once y atráquele!

Cualquier suceso, por nimio que fuera, relatado por don Lucho cobraba singular relieve. Una vez nos contó, precisamente, un pequeño incidente protagonizado en Traiguén. Le manifestaron que vivía cerca del pueblo una señora de avanzada edad y resolvió visitarla. Llegó hasta su casa y resultó ser una dama muy fruncida. Nos refirió parte del diálogo: "¿Y de dónde es usted, señora? Yo soy de los países de Copiapó". ¿Vive Ud. solita? No, vivo con un hermano. ¿Y está aquí su hermano? Si, pero en este momento el caballero de mi hermano anda laborando. (Don Lucho agregaba que pronto llegó el caballero de su hermano con raído pantalón a media pierna, ojotas, tongo de papel y una pala al hombro). Al despedirse le hizo esta última pregunta: Señora, ¿qué edad tiene Ud.? La viejísima dama, tomándose la punta del delantal entre los dedos, le respondió: ¡Mire..., señor, muchos caballeros han pasado por aquí, pero ninguno me había hecho esa pregunta! Don Lucho se retiró sin poder satisfacer su curiosidad.

El motivo de esta anécdota es muy simple, pero relatado por don Lucho adquiría una gracia tan simpática y risueña que ya no se olvidaba más. Todavía, cuando vemos a alguien de modesta condición, engolado y suficiente, comentamos con mi esposa: ¡Seguramente es de los "países de Copiapó!".

II

[28] OCCIDENTE N°102, marzo-abril 1955

Don Lucho, como cariñosamente lo llamábamos, fue un hombre afectuoso; irradió simpatía y bondad en su trato diario y a través de sus libros derramó generosamente ternura y amor por las personas y las cosas de nuestra tierra. Hombre bueno, afable, con una simpática picardía criolla, bonachona y pura, en su modo de ser y en sus relaciones corrientes, supo conquistarse el cariño y el respeto jovial de quienes le conocieron y rodearon. Vivió pobre, afrontando la lucha por la existencia con entereza y conformidad. A pesar de la circulación amplia de sus numerosas obras no obtuvo los medios indispensables para llevar una vida tranquila. Su labor literaria nutrida, de más de un cuarto de siglo de actividad incansable, y con un sello tan sabrosamente chileno, no le permitió disfrutar de una existencia desahogada, y hasta el último instante hubo de luchar afanosamente para mantener su hogar y cumplir sus responsabilidades privadas.

Luis Durand, escritor tan próximo al alma de cada hombre de nuestra tierra, por su chilenísima creación, literaria, partió sin haber logrado ninguno de esos éxitos materiales que otros más afortunados, sea por sus méritos reales o por la propaganda de círculos interesados, partidarios u oficiales, han logrado copiosamente y de manera insultante. Se le negó reiteradamente el Premio Nacional de Literatura, galardón de elemental justicia para su obra tan vasta y fecunda, hondamente característica de Chile, a pesar de haber logrado en una ocasión dos votos de los tres que forman el jurado. Es verdad que si don Lucho no adquirió bienes materiales, en cambio conquistó con exceso el cariño de sus compatriotas. Amigos dilectos en las diversas localidades del país le acompañaron y alentaron; un público lector inmenso siguió y aplaudió su trayectoria literaria; escritores, políticos, estudiantes, simples ciudadanos, buscaron su amistad y se honraron con su contacto risueño, de corazón abierto, sin dobleces ni trastienda.

Luis Durand con amoroso deleite recorrió a lo largo y a lo ancho el territorio patrio, dejando en crónicas sencillas, asombradas o regocijadas, sus frescas impresiones. Nuestra hermosa región de la Frontera la registró y describió de manera indeleble en las páginas de sus magníficos cuentos (“Tierra de pellines”, “Campesinos”, “Mi amigo pidén”, “Cielos del Sur”, “Casa de Infancia”) y en novelas rebosantes de colorido y emoción (“Mercedes Urízar”, “La noche en el camino”). En su producción máxima: “Frontera”, entregó un vasto, fresco, animado, recio, pintoresco y épico cuadro de esta atrayente región, donde nació y creció. Cuadros notables y certeros de su paisaje sorprendente y de sucesos relevantes de la colonización, tipos variados, en quienes la vida aflora por todos sus poros; conflictos humanos profundos, todo desfila escrito y aprisionado eternamente al conjuro de su pluma iluminada. Con esta obra dotó a la región mapuche de su epopeya en prosa y se incorporó a los grandes novelistas representativos de Latinoamérica.

III

Don Lucho actuó largamente en los diversos organismos de escritores (Sociedad de Escritores de Chile, Pen Club y Sindicato de Escritores) y al mismo tiempo dirigió la revista literaria más importante del país: “Atenea”. En su dirección contó con la ayuda constante de Luis Merino Reyes, Mario Osses y con la mía (como lo recordó gentilmente en su libro “Gente de mi tiempo”). Un rasgo simpático de su labor en los organismos señalados fue su comprensiva apreciación de los nuevos escritores, a quienes siempre alentó, prologó y facilitó las páginas de “Atenea”. Y, a menudo, se le criticó por su actitud generosa. Siempre cooperó con las instituciones culturales de provincia y colaboró en sus pequeñas publicaciones. Periódicamente visitaba alguna ciudad a dar charlas o conferencias sobre literatura nacional. En Temuco estuvo varias veces y alcanzó especial relieve su permanencia en 1948, cuando invitado por el Ateneo, leyó algunos capítulos de sus recuerdos literarios (incorporados en su obra “Gente de mi tiempo”) y dictó sabrosas charlas en los Liceos de Niñas y de Hombres. Miró con especial simpatía la aparición del cuaderno

literario “Travesía”, apoyándolo con sus artículos y con diversas colaboraciones obtenidas entre sus amigos.

En su estímulo a los escritores jóvenes no se dejó llevar por una norma estética determinada. Le bastaba que escribieran con entusiasmo y fe, aunque muchas veces no lograra entender del todo sus lucubraciones. Al respecto nos contó algo divertido que le ocurrió con un poeta joven, en uno de sus viajes al sur. El poeta llegó hasta su hotel y le solicitó su aprobación para leerle uno de sus poemas. Don Lucho, cortésmente, le manifestó su agrado de oírlo y fumándose despaciosamente un cigarrillo escuchó una difícil poesía. Al término, como él permaneciera silencioso, el joven poeta entró, entonces, en una apasionada y gesticulante explicación de todo el proceso de gestación de su poema y de su significado profundo. Sofocado y expectante esperó la opinión del maestro, pero don Lucho, impresionado por los ademanes y esfuerzos del vate, solo atinó a exclamar: “¡Puchas! ¿no?”. El joven poeta tomó sus papeles y salió indignado y desdeñoso.

IV

Don Lucho en materias religiosas e ideológicas mantuvo un criterio tolerante y desapasionado. No era creyente ni le interesaban las abstracciones metafísicas. Su conocimiento cabal de la vida, su contacto permanente con los seres sencillos, la observación diaria de tantas injusticias y sufrimientos, su propia existencia laboriosa, aporreada, sus relaciones con altos personajes de la política (don Lucho fue secretario de don Arturo Alessandri en su segunda administración) y de las letras a quienes conoció en toda su íntima mediocridad, le afirmaron en su escepticismo amable. Escéptico en política e incrédulo en filosofía y religión, se mantuvo ajeno a las inquietudes de las luchas partidistas y a las torturas abstractas sobre la existencia de Dios y del más allá; de la misma manera que en la vida corriente no le turbaron las ambiciones de gloria o de figuración. (Fue declarado hijo ilustre de Traiguén, motivo por el cual tuvo que asistir a las ceremonias y solemnidades del caso. A su regreso me confesaba que casi, no pudo soportar las molestias de ser “personaje célebre”. A menudo todo le parecía chacota).

Para don Luisito, lo fundamental en sus preocupaciones era el hombre concreto, de carne y hueso, y su actitud de solidaridad hacia los humildes, sin pose ni aspavientos, fue inalterable. Hizo todo lo posible por aliviar las miserias de sus semejantes y rindió un culto fervoroso a la amistad. Pocos hombres más amistosos que él. No podía vivir sin sus innumerables amigos. Y a donde fuera aparecían, brotaban, le rodeaban los más variados, raros, pintorescos y entrañables amigos.

A través de sus conversaciones, y en sus libros, se destacaba un amor fuerte por la naturaleza y los animales, con un verdadero fervor panteísta. Asimismo, gustaba intensamente de los goces sencillos de la existencia cotidiana: guisos sabrosos, frutos de la tierra y del mar, mostos olorosos. Era un “gourmet,”, escapado de las páginas de Rabelais.

V

Si alguna preocupación de tipo metafísico le conturbó, ésta, sin duda, es la que le llevó a ingresar a las Logias Masónicas, donde al parecer su actividad fue discreta, sin mayor relieve. Sus referencias a esa zona de su vida eran escasísimas. Solamente recuerdo una anécdota que me narró varios años atrás. En una de las reuniones de la logia, mientras un orador hacía diversas consideraciones, un señor pequeño, moreno, instalado a su lado, se revolvía en el asiento y criticaba por lo bajo los juicios de quien hablaba. En un momento, dirigiéndose a don Lucho, manifestó en voz alta: ¡Lo que dice el hermano es totalmente

inexacto! Don Lucho se limitó a lanzar un "¡Ah! ¿sí?" Al terminar la reunión preguntó por el señor moreno e inquieto. Era don Pedro Aguirre Cerda, el futuro presidente de la República.

A raíz de los grandes movimientos sociales y políticos a partir de 1938, don Lucho se sintió conmovido y atraído por la marejada democrática, que correspondía a su modo íntimo de apreciar los hechos y las cosas de su país. Su apoliticismo (su alessandrismo era una adhesión simpática y personal, desligada de todo contenido político) sufrió una fuerte crisis hasta que se decidió a ingresar al Partido Socialista Popular. Se le recibió, junto con otros escritores y artistas, en una ceremonia especial, donde él habló en nombre de los recién incorporados. El P. S. P. iniciaba una etapa difícil, aislado, con escasa gravitación. Otro grupo socialista estaba en el gobierno de don Gabriel González y contaba con el apoyo oficial. En tales circunstancias apareció su novela "Frontera". Un día le llegó una carta muy sentida del viajero Bernardo Ibáñez, líder del sector socialista gabrielista, firmada en un puerto de Irlanda, en la cual le expresaba su entusiasmo por "Frontera". Don Lucho se emocionó con la epístola y deseó publicarla, pero le asaltaron escrúpulos en vista de su condición de "militante" socialista. Al mismo tiempo se le plantearon dudas sobre cuál de los dos grupos era su tienda efectiva. En tales momentos lo visité. Después de conversar un rato, repentinamente me preguntó: "¡Julio César! ¿De cuáles socialistas soy yo?". De los de Ampuero, don Lucho, le respondí. Entonces no puedo publicar esta cartita, me agregó, dándomela a leer. Y meneando la cabeza exclamó:" ¡Por la remadre, compañero, que es embromado esto de ser de un partido!" Más tarde, al proclamar el P. S. P la candidatura presidencial de don Carlos Ibáñez del Campo, don Lucho se retiró silenciosamente y se ligó al grupo socialista del Frente del Pueblo. Aquí los comunistas le hicieron muchas zalamerías y halagos con el objeto de atraérselo y especular con su nombre literario, con su vasta obra criollista. Resultado de este bloqueo fue su designación de presidente del Instituto Chileno-Chino de Cultura. Y empezó a circular la especie de que don Lucho se había convertido al comunismo. No hubo tal. Su natural bondad lo llevó a aceptar aquel cargo (como antes por amistad con los señores Chuaqui, Hirmas, Mussa, se había incorporado al Instituto Chileno-Árabe de Cultura) y porque los "chinitos" le cayeron tan simpáticos. Una vez le pregunté: "Don Lucho, ¿qué dice el Instituto Chileno-chino? ¿No le ha traído molestias? Me miró socarronamente y me respondió ¡Si, hombre! Ya no soy Luis Durand. ¡Ahora me llamo Luis Luland!

Su carácter bondadoso y tolerante, su espíritu amistoso y abierto, no se avenían con las exigencias de la militancia comunista. Era, ante todo, un demócrata de verdad, enemigo de los enredos políticos y partidarios, a quien le preocupaba solamente la existencia amplia de la libertad y de la justicia. Deseaba sinceramente un perfeccionamiento de la democracia, dentro de una convivencia pacífica, por métodos razonables, sin menoscabar la autonomía y dignidad del hombre. En verdad, su corta vida socialista, y entendido el socialismo como un nuevo y profundo humanismo, respondía a su condición esencial de escritor libre y realista y a su espíritu ciudadano pacífico y solitario de los humildes.

Ideario y ruta de Jaime Eyzaguirre [29]

El historiador católico Jaime Eyzaguirre prosigue con tesón y laboriosidad ejemplares sus enseñanzas y sus investigaciones preconcebidas en un sentido regresivo. De acuerdo con la línea ideológica de los profesores e historiadores ultramontanos, se encuentra empeñado en una vasta tarea de divulgación reivindicativa de doctrinas e instituciones enemigas de la democracia pero presentadas como libertarias y progresistas, a través de una erudición formalista y con interpretaciones antojadizas, tratando de

[29] OCCIDENTE mayo-junio 1958 N°113

deformar el criterio de la juventud (no hace mucho terminó un cursillo sobre el claroscuro de la Inquisición); y de revisionismo histórico que no tiende al esclarecimiento de la historia sino a afirmar sus juicios unilaterales y sibilinos.

La Editorial del Pacífico, en su colección "Rostro de Chile", ha sacado a luz una segunda edición de su ensayo "Fisonomía histórica de Chile" (apareció por primera vez en Fondo de Cultura Económica, colección "Tierra Firme", en México); y la Editorial Universitaria en su colección "América Nuestra", dirigida por Clodomiro Almeyda, le ha publicado su ensayo "Ideario y ruta de la emancipación chilena" (El grueso de este trabajo se había insertado en la revista Atenea, N°291-292, de septiembre-octubre de 1949, bajo el título de "Los presupuestos jurídicos y doctrinarios de la Independencia de Chile").

El examen de los ensayos citados permite comprender con claridad el propósito histórico, de Jaime Eyzaguirre. So pretexto de reparar la leyenda negra aspira a rehabilitar integralmente el período del colonialismo hispánico, como resultado de una fantástica fascinación erudita por la legislación de Indias y de sus artífices; repudia el enciclopedismo francés, negándole influencia importante en la formación ideológica de los caudillos de 1810 y en el proceso de emancipación hispanoamericana y, al mismo tiempo, saca del polvoriento arsenal de la escolástica medieval los elementos doctrinarios y jurídicos de aquel suceso; desconoce a la revolución de 1810 todo carácter popular y democrático y toda inspiración en las revoluciones norteamericana y francesa; condena a los arquetipos de mentalidad republicana y liberal-democrática, como Lastarria, Bilbao, Barros Arana, etc. En general, glorifica el absolutismo español, presentándolo como democrático y popular, y exalta el monopolio, la encomienda, la misa y el Santo Oficio.

Jaime Eyzaguirre se coloca en el mismo plano y espíritu de Alberto Edwards y coincide en todo, de manera literal, con Francisco A. Encina. Muchos de sus desarrollos ya los habíamos leído en la voluminosa obra del pretencioso y extravagante historiador argentino Enrique de Gandía: "Nueva historia de América. Las épocas de libertad y anti-libertad desde la Independencia". El historiador mencionado combate las teorías del materialismo histórico, porque está firmemente convencido "que no son los hechos económicos los que crean las ideas, sino las ideas las que determinan los sistemas económicos". Considera interpretación reaccionaria de la independencia de América a la que afirma que hubo revolución e independencia en busca de libertad. Los americanos no realizaron ninguna revolución, porque no fue un movimiento en contra de España, de Femando VII, sino en contra de Napoleón. Fue una guerra civil entre los partidarios de las Juntas y los partidarios del Consejo de Regencia, la cual terminó por llevamos a la formación de nuevas naciones. "Todo lo que cae fuera de este marco no tuvo importancia, no tuvo trascendencia alguna, en la constitución de nuestros orígenes nacionales: la Revolución Francesa, ni la política inglesa, ni los supuestos, falsos, intentos de independencia anteriores a 1810, que nunca pasaron de protestas movidas por otros fines, ni las causales de orden económicos. Todo esto es letra muerta para el verdadero estudio de nuestros orígenes políticos".

Para E. de Gandía, "los conquistadores españoles son el ejemplo más perfecto de conquistadores idealistas" y, en el siglo XVI, "brilló en España la más pura libertad y democracia" y solo con la llegada de los Borbones "la antigua democracia y el antiguo sentido de justicia y de libertad, de los Austrias, fue substituido por un absolutismo que convirtió a los reyes en verdaderos autócratas" ... Es decir, la época de mayor intolerancia, de guerras por razones de fanatismo dogmático, de destrucción de los sefarditas, moriscos, comuneros de Castilla y de Aragón, etc. lo fue en defensa de la justicia y de la democracia. ¡Carlos V y Felipe II fueron reyes populares y libertarios!

Jaime Eyzaguirre sostiene el mismo predicamento y, según él, durante los Austrias la comunidad conserva prerrogativas que hace valer ante el soberano; en cambio, a partir de la subida de los Borbones estos tratan de absorber la plenitud de la soberanía sin dejar resquicios a la intervención del pueblo.

¡Sin duda, este criterio, aplicado a la historia actual de España, permite afirmar que la tiranía de Franco es democrática y defensora de la libertad!

El alegato histórico de Eyzaguirre es, con frecuencia, ingenuo y absurdo. Según presenta las "encomiendas", éstas constituyeron un modelo de justicia y de bondad y no podemos menos que emocionarnos ante el minucioso cuidado de la Corona y de las autoridades de América, para proteger la salud corporal y espiritual de los indios. Reconoce que las encomiendas tropezaron en Chile con grandes obstáculos, pues el aborigen era aventurero y trashumante, amante de la libertad anárquica: "extraño a la idea de un trabajo racionalizado e imprevisor por naturaleza, no comprende tampoco las ventajas que el derecho y la cultura hispanos le ofrecen, y en todo esto solo divisa un medio del conquistador para exigirle el pago de un tributo que desea rehuir". Eyzaguirre sintetiza con honda satisfacción: "el sentido ético-jurídico que encarnan las encomiendas y los contratos de trabajo y la suma de principios morales que reglan el campo económico, delatan la alta visión en que ha puesto su mira el hombre de cultura hispana". Este trozo es la apología del formalismo escolástico, pues son innumerables los documentos donde se demuestra hasta la saciedad cómo las disposiciones de las Leyes de Indias no se aplicaron y, por el contrario, el trabajo forzado, la mita, impuesto de manera bárbara por los ávidos y codiciosos conquistadores, casi exterminó la población indígena en muchas regiones de América. Eyzaguirre exalta del mismo modo la labor evangelizadora de la Iglesia y su amor por los aborígenes, aunque no menciona a aquellos numerosos sacerdotes y misioneros que gastaron sus energías en luchar por el mejoramiento efectivo de las condiciones de vida, del trato de los indios expoliados de manera terrible por los encomenderos (Eran, según Encina, frailes desconformados cerebrales en quienes "un sentimiento místico ahogaba el sentido de la realidad", y por eso no merecen la atención de los historiadores hispanistas). En un párrafo donde aplaude a los miembros de la Iglesia, dice: "ellos, al componer las primeras gramáticas de las lenguas autóctonas, salvan la barrera que impedía el intercambio y conocimiento entre indígenas y españoles y con la llave del idioma en la mano penetran en el alma de los naturales, acudiendo a mil recursos de la pedagogía (¡!) para hacerles entender en forma clara los misterios del dogma católico y los adelantos del orbe europeo". Serían los creadores de la educación, logrando tales resultados que en un colegio de Cali "los indios llegan a representar comedias en latín elegante". ¡Lástima que no se hubiese generalizado esta educación latinista de los indios!

En la Colonia, aparte de los indios reducidos a encomiendas, había otros que alquilaban sus servicios a los grandes terratenientes. Estos eran los "inquilinos" cuya situación contempló la Tasa de Esquilache, en 1621. Comenta Eyzaguirre que a este sistema jurídico se acoge: "desde el primer momento la población mestiza. Su falta de espíritu constructivo y lo imprevisor de su naturaleza impiden que se haga propietaria; y sin la audacia para correr el albur del trabajo independiente prefiere asegurarse la subsistencia recurriendo al amparo de un propietario agrícola, a quien ofrece sus servicios en calidad de inquilino. De manera que va quedando ella ligada, poco a poco, a la explotación de la tierra y sometida a un régimen paternalista, que, si en algo coarta su libertad, está lejos de parecerse a la servidumbre europea todavía en boga".

¡Delicioso e idílico cuadro! La falta de audacia del inquilino y del peón es la generadora de la gran propiedad agrícola y de la servidumbre; y de su desmedrada situación. Así, de manera amable y

bonachona, describe y explica las diversas instituciones económicas injustas y las relaciones sociales opresivas existentes a lo largo del desarrollo nacional.

Al enfrentar la explicación del movimiento de emancipación, al igual que Enrique de Gandía, trata de demostrar que el régimen colonial no consideró a las tierras del nuevo mundo como meras factorías de explotación sujetas a un sistema jurídico degradante y de inferioridad y que el espíritu de libertad anidó profundamente en el mundo de la cultura hispánica y no fue necesario, entonces, importarlo de los Estados Unidos o de Francia. Las Indias no son factorías de explotación sino provincias autónomas, ligadas a España, en la persona del Monarca y los dirigentes criollos se apoyan en este distingo jurídico para propiciar el movimiento juntista; y encuentran eh los teólogos de la Compañía de Jesús y en la escolástica las teorías sobre la generación popular de la soberanía, opuestas a las teorías del origen divino de la realeza, para afirmar sus propósitos de autonomía. Según Eyzaguirre, "no hacía falta pues que se buscaran fuera del acervo del mundo hispánico los conceptos de libertad, soberanía popular y limitación del poder real". O sea, Locke, Paine, Jefferson, el enciclopedismo, Rousseau, etc. ya se encuentran en las tesis de la escolástica. Algunos escrúpulos le obligan a reconocer que si en los inicios del movimiento de 1810 algún papel tuvo la ideología francesa revolucionaria sería el de modesto coadyuvante.

En 1810 y 1811 la idea de total independencia de España solo anidó en escaso cerebros. Por ejemplo, en Juan Martínez de Rosas y Camilo Henríquez, bebida en la literatura de la "ilustración", Raynal y Rousseau; en O'Higgins y Carrera, bebida en sus viajes a Europa, donde tuvieron contacto con sociedades secretas. Si la filosofía francesa fue apenas influyente en los momentos iniciales del proceso revolucionario, en la segunda etapa se hace notar de manera más efectiva, cuando se aspira a una total independencia, en los años 1812 y 1813.

A J. Eyzaguirre no le preocupa en lo más mínimo estudiar la situación económica y social de la época; los intereses materiales contrapuestos; las pugnas comerciales; la presión del capitalismo europeo; las aspiraciones de la aristocracia agrícola-ganadera y de una incipiente burguesía, deseosas de romper las trabas, monopolios, impuestos, con el objeto de intercambiar libremente, encontrando en el ideario demoliberal la justificación ideológica y política a sus intereses y anhelos. Todo su desarrollo descansa en el análisis minucioso, erudito, de la literatura sobre la legislación de Indias y de los teólogos y moralistas jesuitas. Le son desconocidas las obras de Mariátegui ("Siete ensayos de interpretación de realidad peruana"); de Rodolfo Puiggros ("De la Colonia a la Revolución"); Sergio Bagú ("Economía de la sociedad colonial" y "Estructura social de la Colonia"); de Jan Bazant ("Feudalismo y capitalismo en la historia económica de México"), y de tantos otros colocados en moderna y científica línea de investigación de los procesos económicos y sociales de América Hispana; de sus instituciones y verdadero funcionamiento, alejados de la estéril adhesión a cuerpos jurídicos, doctrinas y tesis no aplicados ni cristalizados en organismos reales, actuantes. Por estas razones, la orientación, tendencias y directivas de J. Eyzaguirre tergiversan la evolución real del país entregan una visión deformada y unilateral del pasado nacional.

Rusia país de la mentira desconcertante[30]

El destacado escritor y ensayista Julio César Jobet ha colaborado desde antiguo en "Occidente". Su personalidad intelectual, la profundidad con que aborda los temas que trata y los recursos de su vasta cultura, son sobradamente conocidos por nuestros lectores. En esta ocasión damos a conocer uno de sus

[30] OCCIDENTE mayo-junio 1958 N°138

más recientes estudios sobre uno de los problemas que más inquietan al hombre ilustrado de nuestro tiempo —el de la Democracia y el Comunismo— publicado hace poco por la prestigiosa Revista "Combate" que dirige, en Costa Rica, José Figueres.

***

Nosotros los socialistas, estaremos en la Tierra de nadie, bajo el fuego de ambos extremos. Nuestra tarea consistirá en enseñarles a los rusos que la democracia industrial no vale nada sin la democracia política, ya los norteamericanos que la democracia política no es nada sin la democracia industrial. UPTON CLAIR.

***

I

A pesar de la actividad del grupo de poderosas naciones neutralistas, de la presencia dinámica de los pueblos asiáticos y africanos recién liberados, y de la influencia creciente de la opinión pública mundial, el destino del universo actual depende de la decisión de dos superpotencias: la URSS y los EE. UU., en torno de las cuales giran las constelaciones de países comunistas y de naciones demo-capitalistas, respectivamente.

Hace más de un siglo, el gran escritor francés Alex de Tocqueville señaló el paralelismo de aquellos colosos en cuanto a su potencia ascendente. En su famosa obra "La Democracia en América", emite juicios como éste: "Hay actualmente sobre la tierra dos grandes pueblos que, partiendo de puntos diferentes, parecen adelantarse hacia la misma meta: son los rusos y los anglo-norteamericanos. Los dos crecieron en la oscuridad y, en tanto que las miradas de los hombres estaban ocupadas en otra parte, ellos se colocaron en el primer rango de las naciones, y el mundo conoció casi al mismo tiempo su nacimiento y su grandeza. Todos los demás pueblos parecen haber alcanzado poco más o menos los límites trazados por la naturaleza, y no tienen, sino que conservarlos, pero ellos están en crecimiento; los demás están detenidos, o no adelantan sino con mil esfuerzos; solo ellos marchan con paso difícil y rápido en una carrera cuyo límite no puede todavía alcanzar la mirada. El norteamericano lucha contra los obstáculos que le opone la naturaleza; el ruso está en pugna con los hombres. El uno combate el desierto y la barbarie; el otro la civilización revestida de todas sus armas: así las conquistas del norteamericano se hacen con la reja del labrador y las del ruso con la espada del soldado. Para alcanzar su objetivo, el primero descansa en el interés personal y deja obrar sin dirigirlas la fuerza y la razón de los individuos. El segundo concentra en cierto modo en un hombre todo el poder de la sociedad. El uno tiene por principal medio de acción la libertad; el otro, la servidumbre. Su punto de vista es diferente, sus caminos son diversos; sin embargo, cada uno de ellos parece llamado por un designio secreto de la Providencia a sostener un día en sus manos los destinos de la mitad del mundo".

Pronto el desarrollo de los EE. UU. se hizo portentoso y demasiado visible, pasando a ser el arquetipo de la democracia burguesa y del capitalismo; en cambio, el de la Rusia Zarista siguió envuelto en las oscuras mallas de la autocracia y de la represión. Únicamente los observadores agudos y lúcidos advertían el poderío ruso, apoyado en una tremenda vitalidad popular, aunque entorpecida por un aparato dirigente caduco. Así Edmond Théry, director de "El Economista Europeo", en el prefacio de su libro, "La Transformación Económica de Rusia", en 1912, decía: "Si en las grandes naciones europeas las cosas se suceden entre 1912 y 1950, como ellas acaban de pasar entre 1900 y 1912, hacia mediados del presente

siglo Rusia dominará Europa, tanto desde el punto de vista político como desde el punto de vista económico y financiero".

Esto ha resultado una profecía certera, después Rusia en la actualidad es la potencia más fuerte de Europa y le disputa a los EE. UU. la supremacía mundial. ¿Cuál ha sido la fuente de tan considerable progreso, la causa del aceleramiento de su avance? Sin duda, la revolución de 1917, que, al destruir el anticuado régimen zarista, sus privilegios, rezagos y contradicciones, abrió las compuertas de la sociedad rusa, desatando inmensas fuerzas creadoras contenidas en sus inagotables masas humanas. En ese mismo año de 1912, el gran líder socialista francés Jean Jaurès, escribía en "L' Humanité", estas líneas: "Rusia se apresta a llegar a ser, por la fuerza inmensa de sus trabajadores, una potencia de civilización y de justicia; será pronto, por el esfuerzo heroico de sus proletarios, uno de los recursos más prodigiosos de la raza humana

La victoriosa revolución de 1917 confirmó en sus comienzos la profecía de Jaurès, al iniciar la construcción de una nueva sociedad, pero desde el triunfo de Stalin, las esperanzas jauresistas se desvanecieron. Aquel régimen que se decía socialista, logrado "por la fuerza inmensa de sus trabajadores", no se concretó en una potencia de justicia y libertad. Aunque ha conquistado un portentoso adelanto material, científico y tecnológico, éste es solamente el fundamento de un sistema totalitario y concentracionario, con el peor despotismo conocido en la historia. Las observaciones de Tocqueville y Théry se han cumplido, pero la esperanza de Jaurès está aún lejana; sigue en el terreno de los ideales por alcanzar; y solo nos queda pensar que la URSS será algún día "por el esfuerzo heroico de sus proletarios, uno de los recursos más prodigiosos de la raza humana"

¿Por qué se produjo tan terrible desfiguración, de las jornadas revolucionarias de 1917 y del régimen salido de sus entrañas?

II

Al estallar la Revolución Rusa, los pueblos y los intelectuales de avanzada la saludaron con entusiasmo. Caía derribado el peor régimen despótico; el zarismo. Sin embargo, los grandes teóricos socialistas la miraron con reservas en vista de ser la Rusia atrasada y tiránica el escenario, sin una clase obrera vasta, consciente, educada políticamente, y porque el principal de sus caudillos, Lenin, genial por muchos motivos, había desarrollado una concepción revolucionaria audaz, pero discutible y peligrosa, influido por la particularísima realidad de ignorancia, miseria y terror de la Rusia zarista. El despotismo zarista, el estado primitivo de Rusia y la carencia de conciencia de clase en las masas obreras y campesinas, por lo tanto, incapaces de llevar a cabo una acción política y sindical regular y por medios democráticos, obligaron a Lenin a formular su doctrina de que era indispensable crear un estado mayor político de tipo centralizado y militarizado, como un ejército formado por revolucionarios profesionales para conducir a las masas atrasadas.

Lenin se proclamaba defensor de la democracia, pero en la realidad rusa, y en ese tiempo, le parecía absurda. Escribía: "Necesitamos de una organización de revolucionarios profesionales probados, que hayan demostrado, en largos años de trabajo, que están prestos a dar la vida por la revolución y por el partido. Todos los obreros conscientes... saben que para vencer al zarismo necesitamos en este momento un partido clandestino, centralizado, revolucionario, fundido en un solo bloque. Bajo la autocracia, con sus represiones feroces, adoptar el régimen electoral y la democracia es, simplemente, ayudar al zarismo a destruir nuestra organización y facilitar a los confidentes de los revolucionarios". De esta concepción nació

el Partido Bolchevique, basado en un fuerte centralismo antidemocrático, y de ella se nutrió la intransigencia fanática de Lenin, acusando a quien no seguía con docilidad sus afirmaciones, de “traidor”, “filisteo”, “renegado” ... Su concepto totalitario del partido y su dogmatismo ideológico, defendidos como resultado de una supuesta única interpretación correcta del marxismo, al imponerse a fines de 1917 en Rusia, son estimados por muchos sociólogos como los orígenes de la posterior dictadura de Stalin y de su sistema terrorista.

Desde aquellos primeros años del siglo, Lenin fue combatido por Plejanov, llamado “el padre del marxismo ruso” por Trotsky, por Rosa Luxemburgo y los mencheviques, encabezados por Martov. Todos discípulos fieles del marxismo.

Georges Plejanov fue el primer propagandista del marxismo en Rusia (fundó, en 1883, el grupo “Liberación del Trabajo”) y una personalidad eminente del movimiento obrero ruso e internacional. Siempre se destacó por sus condiciones de escritor brillante, por su probidad intelectual y la inteligente interpretación y enriquecimiento del pensamiento socialista. Ocupa un sitio destacado en la historia de las ideas sociales en Rusia y Europa. Nació el 8 de diciembre de 1856 y murió en Finlandia, el 30 de mayo de 1918.

Aunque Lenin se proclamó su discípulo, polemizó con él a lo largo de su existencia y fue un enemigo irreductible del bolcheviquismo por considerarlo una excrecencia del marxismo, a la luz de las doctrinas de Marx. Después del Congreso del Partido Social Demócrata Ruso, de 1903-4, Plejanov dijo de Lenin: “Es de esta pasta de la que se hacen los Robespierre”

Trotsky en su folleto “Nuestras Tareas Políticas", aparecido en Ginebra, en 1904, combatía los métodos leninistas, porque según ellos “el partido sustituye a la clase, el aparato al partido, el Comité Central al aparato y el Secretario General al Comité Central”.

Rosa Luxemburgo, al analizar “el espíritu de cuartel del ultra centralismo preconizado por Lenin y sus amigos'', decía qué el libro “Un paso Adelante, dos Pasos Atrás”, era “la exposición sistemática de las opiniones propias de la tendencia ultra centralista del partido ruso. Estos puntos de vista, que el autor expresa con un vigor y un espíritu lógico sin par, son los de un despiadado centralismo que sustenta los siguientes principios: Por una parte la selección y la constitución en cuerpos autónomos de los revolucionarios activos, frente a la masa no organizada aunque revolucionaria que los rodea, y, por la otra, una disciplina severa, en nombre de la cual los centros dirigentes del partido intervienen directa y francamente en todas las cuestiones de las organizaciones locales del mismo. Basta indicar que, según la tesis de Lenin, el Comité Central tiene, por ejemplo, el derecho de organizar todos los comités locales del partido y, en consecuencia, de nombrar los miembros efectivos de todas las organizaciones locales..., de imponer a todas ellas estatutos previamente elaborados, de decidir sin apelación su disolución y su constitución, de suerte que, a fin de cuentas, el Comité Central pueda determinar a su antojo la composición del órgano supremo del partido, es decir, del Congreso. Así, el Comité Central es el único núcleo activo de la agrupación y todos los demás no son más que órganos ejecutivos... El establecimiento del centralismo sobre los principios de la subordinación ciega de todos los órganos, hasta en el menor detalle, en relación con el centro, que es el único que piensa, trabaja y decide por todos, y la separación rigurosa del núcleo organizado en relación con el ambiente revolucionario, como lo entiende Lenin, nos parece una transposición mecánica de los principios de la organización blanquista de los círculos de conjurados al movimiento socialista de las masas obreras... ¿Qué puede haber de común entre la docilidad bien organizada de una clase oprimida y el levantamiento organizado de una clase que lucha por su

emancipación integral? No es partiendo de la disciplina impuesta por el estado capitalista al proletariado (después de haber substituido simplemente la autoridad de la burguesía por la del Comité Central Socialista), sino extirpando hasta sus últimas raíces les costumbres de obediencia y servidumbre de la clase obrera, como ésta podrá adquirir el sentido de una disciplina libremente consentida propia del socialismo"

Plejanov, Trotsky y Rosa Luxemburgo, y los mencheviques, creían que, desde el punto de vista de las aspiraciones del socialismo, el movimiento político debía ser democrático y por eso trataban de introducir hábitos democráticos en su seno, pues sin ellos sería imposible establecer el verdadero socialismo.

A raíz de la revolución de 1917 continuó la polémica. Trotsky se unió a Lenin y ambos pasaron a ser los grandes conductores de aquel proceso desde octubre, Plejanov y Rosa Luxemburgo continuaron atacando o poniendo reparos a las concepciones leninistas. A ellos se sumaron los grandes teóricos socialistas del occidente europeo: Karl Kautsky, la figura más prestigiosa de la II Internacional, colaborador de Engels; Hilferding, Rennex, Adler, Vanderelde, y tantos otros.

Plejanov, con motivo del golpe bolchevique, protestó contra la disolución arbitraria de la Asamblea Constituyente y contra el terror ejercido por un grupo minoritario, y en un artículo especial afirmaba: "el socialismo en general y el marxismo en particular no tienen nada que ver aquí", la táctica de Lenin "es la táctica de Bakunin, y en muchos casos la de Netchaiev", opuestas a las teorías de Marx-Engels. Y recordaba su respuesta a Víctor Adler cuando éste le había dicho medio en serio medio en broma, "Lenin es vuestro hijo". "Si él es mi hijo es, seguramente, un hijo ilegítimo". En un comentario sobre Plejanov, del escritor Isaías Berlín, cita esta profecía suya: "Si el socialismo fuera impuesto por la fuerza, llevaría a una monstruosidad política análoga a las de los imperios de China y del Perú; a un despotismo zarista renovado, con un aderezo comunista". Y en su "Diario de un Socialdemócrata" predijo que los bolcheviques evolucionarían de tal manera que, al fin, "todo girará alrededor de un solo hombre, quien ex providencia, reuniría en él todos los poderes".

III.

Lenin y Trotsky triunfaron en octubre de 1917 y entraron a gobernar en alianza con los diversos partidos democráticos (mencheviques, socialistas revolucionarios) pero pronto impusieron la dictadura del Partido Bolchevique y de los soviets (dominados por los bolcheviques) echando las bases del totalitarismo, al eliminar en forma implacable a los partidos populares aliados y al reprimir en forma cruel a los marineros de Cronstadt (1923), la columna de choque de la insurrección de octubre, quienes pedían la vuelta a la democracia socialista y revolucionaria. Rosa Luxemburgo, que ya había señalado los peligros de la concepción leninista del partido monolítico, anotó con extraordinaria clarividencia las consecuencias de la actitud de Lenin-Trotsky, en su obra "La Revolución Rusa". En un párrafo escribe: "Lenin y Trotsky han reemplazado los órganos representativos nacidos de elecciones populares por los soviets, considerados como sola representación válida de las masas laboriosas, pero el ahogo de la vida política en el conjunto del país tendrá por efecto, necesariamente, paralizar también más y más, la vida de los soviets mismos. Suprimir el sufragio universal, la libertad de la prensa, el derecho de reunión, la libre concurrencia de todas las opiniones es quitar la vida a todas las instituciones públicas, no dejarles más que una apariencia de vida, de la cual la burocracia quedará como único elemento actuante. Nadie escapa a esta ley. La vida política caerá poco a poco, en letargo; algunas docenas de jefes del partido, dotados de una energía inagotable y de un idealismo sin límite, dirigirá y gobernarán; son en realidad, debajo de ellos, una docena de grandes cerebros quienes ejercerán el poder y de cuando en cuando una élite obrera será invitada a

reunirse a fin de aplaudir los discursos de los dirigentes y aprobar por unanimidad las mociones propuestas; en suma, se terminará en la dominación de una pandilla, en una dictadura por cierto, pero no en la dictadura del proletariado: en la de un puñado de políticos, es decir, en la dictadura en el sentido burgués del término, en el sentido de un triunfo del jacobinismo... Si, por cierto, es necesaria una dictadura; pero esta dictadura debe consistir en una utilización, no en una supresión de la democracia, en una liberación enérgica y resuelta sobre los derechos legítimos y las condiciones económicas de la sociedad burguesa, sin lo que la revolución socialista no podría ser cumplida. Pero esta dictadura debe ser la obra de la clase obrera misma, y no de una pequeña minoría dirigente Que actúe en nombre de la clase, es decir, que ella debe depender en todo instante de la participación activa de las masas; estar sometida directamente a su voluntad, así como al control del conjunto de la opinión; en fin, debe resultar de la educación política creciente de las masas populares".

La trágica experiencia soviética, sobre todo durante el gobierno de Stalin, corrobora en forma impresionante el juicio perspicaz de Rosa Luxemburgo, formulado de acuerdo con una correcta asimilación de las concepciones marxistas, como, igualmente, el hondo juicio de Plejanov.

Sin duda, puede criticarse desde varios ángulos la posición de Lenin, pero es indiscutible que su conocimiento del marxismo era profundo y su método lo utilizó ampliamente. Al mismo tiempo, como dirigente, se destacó por su realismo, su franqueza, y cuando estuvo al frente del gobierno, jamás permitió la adulación ni perdió su sencillez. Tampoco rebajó o persiguió a sus compañeros. Stalin, en cambio, se divorció del marxismo hasta transformarse en su peor enemigo. Liquidó a todos los bolcheviques con aspiraciones socialistas, sinceramente revolucionarios, e instauró un régimen tiránico faraónico, donde predominó una despiadada burocracia, desarrollada en forma monstruosa por las necesidades de su ambiciosa transformación industrial, bajo la forma de un cruel capitalismo de Estado y de casta.

Pero Stalin no inventó las formas organizativas de la economía comunista, y del Estado soviético. Las recibió como herencia de la época de Lenin-Trotsky.

IV

Entre los innumerables libros escritos por comunistas desilusionados del experimento bolchevique, es muy ilustrativo el de Antón Ciliga (comunista yugoslavo), publicado en su edición revisada con el título de: "Au Pays du Mensonge Déconcertant" (en 1950). Hace notar, en el prefacio, la extravagante asociación reinante en la URSS: terror angustioso e injusticia profunda y una tremenda fuerza vital del país; contradicción sorprendente entre las palabras y los actos, entre las teorías más avanzadas y la más auténtica esclavitud. Por eso, la URSS es el país de la mentira desconcertante: la existencia de grandes fuerzas creadoras y de grandes verdades está puesta al servicio y dominada por las mentiras y las injusticias más increíbles; y, según Ciliga, en la URSS: "las tendencias socialistas de la vida económica y social han sido reemplazadas por el capitalismo de Estado. Una dictadura burocrática totalitaria ha suplantado la democracia obrera y el ensayo de construcción de un Estado obrero; las tendencias del internacionalismo obrero han sido reemplazadas por un nacionalismo feroz y por un nuevo imperialismo".

El régimen de capitalismo de Estado y de tiranía burocrática habría sido consagrado en 1921 con la tesis de Lenin sobre el partido único, con su dictadura y con la instauración de la NEP. A partir de esta fecha se produce la desviación de la revolución.

A. Ciliga entrega numerosos detalles sobre las luchas de corrientes en el seno del Partido Comunista, determinadas por su posición ante el desarrollo del proceso revolucionario. Desde 1919 existió una fuerte oposición a Lenin, defensora del centralismo democrático en contra del centralismo burocrático del CC presidido por él. Critica su política en el poder apoyándose en los principios de "El Estado y la Revolución", o sea, que defiende el leninismo en contra de Lenin; opone al Lenin del período ascendente de la revolución al Lenin de la etapa decadente de la revolución.

El "grupo obrero" (grupo bolchevique de oposición), combatía los conceptos leninistas de la "dictadura del partido" y de la organización burocrática de la producción, y reclamaba, en cambio, una organización de la producción por las mismas masas, comenzando por los colectivos de usinas, y, en política, exigía el control del partido y del poder por las masas obreras.

Para Lenin la dictadura del proletariado solo podía ser realizada por la vanguardia que acumula toda la energía revolucionaria de la clase: el partido. Pero la experiencia demostraba que la teoría de la dictadura del partido sobre la clase obrera, o sea, de una minoría escogida sobre la mayoría atrasada del proletariado, conducía inevitablemente a una realidad burocrática. Lenin se negaba a aceptarlo y solo veía en la pequeña burguesía y el capitalismo privado los únicos enemigos del proletariado y el socialismo, negándose a considerar el burocratismo y el capitalismo de Estado como los peligros mayores.

Mientras Bujarín formulaba la base teórica de esta realidad en 1920, en su obra "La Economía del Período de Transición", exponiendo su concepto del bonapartismo proletario (el régimen personal), Lenin trataba de "pequeños burgueses", "anarquistas" y "contrarrevolucionarios" a los obreros que luchaban contra la mixtificación burocrática del socialismo, inaugurando así la era de mentiras y falsificaciones propias y corrientes de la vida en la URSS.

En el X Congreso del P. C., en 1921, se aprobaron, a iniciativa de Lenin, la supresión en el país de todos los partidos a excepción del P. C., y la supresión en el seno del P. C., de toda opinión y todo grupo opuestos a la cima burocrática. El partido pasó a ser, entonces, un órgano auxiliar del cesarismo burocrático, así como los soviets y los sindicatos se habían transformado en órganos auxiliares del partido. Desde ese instante tomó forma precisa la dictadura bonapartista sobre el partido. La represión sangrienta del Cronstadt significó la respuesta y el triunfo de la burocracia sobre el proletariado y el socialismo. En seguida, la NEP consolidó las formas de capitalismo de Estado.

Según A. Ciliga, la represión política en la URSS comienza con la instauración de la NEP. Con anterioridad se había permitido a los socialistas y anarquistas ciertas actuaciones, especialmente en los momentos de peligro; en noviembre de 1918, cuando estalla la revolución en Alemania; en octubre de 1919, a raíz de la amenaza de Denikin, a las puertas de Orel; en el verano de 1920, por la guerra ruso-polaca; y cuando surge la amenaza de Moscú por Denikin, se llegó a la libertad total de socialistas y anarquistas y a la alianza con los irregulares de Makhno. Pero en abril de 1921 se violó la promesa de liberar a los socialdemócratas presos en Bontyrki; en 1922, se formó el primer campo de concentración en Kholmogory, en el Mar Blanco. En seguida se organizaron nuevos campos y se reprimió por las armas toda manifestación contraria al gobierno.

A la iniciativa y desbordamiento de las masas obreras (se habían adueñado de las usinas e instaurado el principio de la producción colectiva) se opuso el sistema de capitalismo de Estado, despojándolas de su poder y transformándolas en mano de obra asalariada en las usinas estatales.

La burocracia liquidó al socialismo en el plano económico, destruyendo el poder obrero en las usinas; y, en seguida, eliminó la base política del proletariado, transformando al soviet y al sindicato en anexos del P. C., en cuyo seno se suprimió toda libre discusión y toda oposición. Así se consolidó una nueva forma social: el capitalismo de Estado, con una vasta burocracia, como nueva clase dirigente. Desde este momento tal cual lo había señalado en un manifiesto el "Grupo Obrero", el Partido Bolchevique ya no se apoya en la clase obrera, sino en "el culto del jefe".

La actitud de Lenin, decisiva en la creación de esta nueva realidad, fluía según un oposicionista, del hecho de no haber sido jamás el ideólogo del proletariado y tan solo el ideólogo de la "intellegentzia Para combatir a la burocracia se precisaba libertad de organización, de prensa y de reunión, pero al ser suprimida por Lenin- Trotsky, se privó a la oposición de todo medio eficaz de resistencia.

IV .

Durante estos años, millares de relegados políticos son enviados a Siberia. Antón Ciliga presenta un cuadro animado de su situación. El grueso de los detenidos y presos estaba compuesto por trotskistas, miembros de la oposición; los no comunistas se dividían en socialdemócratas mencheviques rusos; sociales demócratas georgianos; socialistas revolucionarios rusos y armenios sionistas y de las diversas tendencias socialistas y anarquistas. Organizados en grupos, con sus comités, jefes y periódicos manuscritos, discutían y tomaban posiciones ante todos los grandes problemas del momento. Y hasta 1934 se pudieron leer en las prisiones las obras de Plejanov, Martov y Trotsky; después se las confiscó.

En el seno de los comunistas de izquierda no se ponían de acuerdo sobre el carácter del capitalismo de Estado soviético. Para unos era "relativamente progresista"; para otros "puramente parasitario", y para V. Smirnov representaba una "época nueva de la civilización". (A. Ciliga considera a V. Smirnov, por sus planteamientos, un precursor de James Burnhan y su "Managerial Revolution"). La tesis de A. Ciliga era la siguiente: la burocracia comunista, dueña absoluta de todos los medios de producción, poco a poco llega a ser el nudo de una nueva clase dirigente, cuyos intereses son opuestos a los del proletariado, como lo eran los de la burguesía. (Aquí Antón Ciliga se demuestra un antecesor de Milován Djilas y su obra "La Nueva Clase").

Es preciso, entonces, organizar en la URSS la lucha económica del proletariado (reivindicaciones, huelgas) como se hace en los países de capitalismo privado; y, al mismo tiempo, constituir un nuevo partido revolucionario obrero, en alianza con los socialistas y anarquistas.

Los comunistas trotskistas, en general, al criticar la política de Stalin se referían al volumen de sacrificios exigidos, y no a los principios sociales que ella violaba. Al examinar si el carácter del Estado soviético era o no socialista, unos le reconocían su carácter obrero, a pesar de sus desviaciones burocráticas, porque subsistían vestigios de la dictadura del proletariado y del socialismo, como eran la nacionalización de la propiedad privada y la represión de la burguesía. Otros negaban la existencia de la dictadura del proletariado, aunque los fundamentos económicos de la revolución de octubre se mantenían, por lo cual era preciso realizar una revolución política. Otros creían que no solo el orden político sino también el social y económico eran extraños y hostiles al proletariado.

La burocracia era una verdadera clase y una clase hostil al proletariado.

Rakovski, a partir de 1928, verificó un análisis de la burocracia destacando su carácter parasitario y explotador, transformada "en un orden social particular, en detrimento de los obreros y campesinos"

Se podía concluir que esa burocracia era una nueva clase, pero Rakovski, como Trotsky, no se atrevieron a hacerlo. Trotsky en sus cartas y escritos llegados a las prisiones de la URSS, jamás hablaba de organizar huelgas, de incitar a los obreros a la lucha contra la burocracia y de movilizar a la clase trabajadora en favor del programa económico trotskista. Todo se dirigía al C. C., al aparato del partido. El sujeto activo para él era el partido con su politburó; el proletariado no era sino el objeto. ¿Cuál es la posición de Trotsky frente al régimen soviético? Según A. Ciliga, Trotsky y sus partidarios estaban nítidamente ligados al régimen burocrático de la URSS para poder llevar a cabo la lucha contra él. Analiza el trabado de Trotsky, publicado en abril de 1931 (y que a ellos les llegó en el verano de 1932), con el título de: "Los Problemas del Desarrollo de la URSS". (Esquema de un programa de la oposición internacional de izquierda sobre la cuestión rusa). Pues bien, el documento destacaba los éxitos de la industrialización y la colectivización de los campos. No se encontraba en él una crítica social y política del régimen; no declaraba que el Estado soviético actual no era un Estado obrero, el programa lo definía como un Estado proletario. Con respecto al Plan Quinquenal destacaba su carácter, sus fines y sus métodos socialistas. Sus críticas se reducían a simples cuestiones de detalles. (La URSS no había entrado en la fase del socialismo, como afirmaban los estalinistas. sino en la primera fase de una evolución hacia el socialismo). En resumen, la URSS se desarrollaba "sobre el fundamento de la dictadura proletaria".

Ante tal actitud del principal opositor al gobierno de Stalin, afirma A. Ciliga: "En lo sucesivo sería vano esperar que Trotsky hiciera la distinción entre burocracia y proletariado, entre capitalismo de Estado y socialismo. Trotsky mantenía una actitud favorable con respecto a los fenómenos sociales, y una actitud negativa en lo referente a la superestructura política. Por lo tanto, terminaba en la concepción de una revolución puramente política. La tarea de la oposición era solo la de mejorar el sistema burocrático: luchar contra la exageración de los privilegios y la extrema desigualdad, de los niveles de vida. Y sus enemigos eran pequeños burgueses utopistas de extrema izquierda".

La evolución ulterior de Trotsky confirmó su actitud. En su libro "La Revolución Traicionada", de 1936, permanece fiel a las grandes líneas de su "Programa", de 1931. Critica con severidad algunos aspectos de la sociedad soviética, pero no modifica sus puntos de vista sobre la URSS en tanto "Estado obrero". Trotsky se negaba a considerar las fealdades y desviaciones contra las cuales protestaba como la consecuencia lógica e inevitable del sistema todo, al cual defiende encarnizadamente.

En el fondo, Trotsky es para A. Ciliga como el teórico de un régimen del cual Stalin era el realizador. Algunos trotskistas rompieron con él porque para ellos la clase obrera era el motor de la revolución, no el partido: y era su papel el que les interesaba. En cambio, a Stalin y Trotsky solo les importaba la política del partido, el personal directivo del partido: para uno como para el otro, el proletariado no era más que un objeto.

La tiranía burocrático-soviética se intensificó con los procesos de terrorismo contra los comunistas. Estos empezaron a puertas cerradas, en el invierno de 1932, por oposición contra Stalin. Luego se amplían con motivo del asesinato de Kírov, el 1° de diciembre de 1934, y a raíz del proceso, 30.000 comunistas y obreros sin partido de Leningrado fueron enviados a Siberia; desde 1936 siguen un ritmo frenético, siendo liquidados todos los antiguos bolcheviques; y en agosto de 1940, un agente estalinista asesinó a Trotsky, en Méjico.

V

¿El sistema imperante en la URSS es capitalismo de Estado o es otro tipo de régimen?

Rudolf Hilferding ha sido el más notable de los economistas marxistas. A él y al inglés Hobson se deben las modernas teorías sobre el imperialismo, tomadas por Lenin para redactar su conocido opúsculo: "El imperialismo, fase Superior del Capitalismo".

En 1940, un año antes de morir en un campo de concentración nazi, R. Hilferding escribió un artículo para refutar al británico R. L. Worrall, quien sostenía que en Rusia existe un régimen de "capitalismo de Estado". Con su erudición acostumbrada, Hilferding niega validez al concepto de capitalismo de Estado, porque una economía capitalista está gobernada por las leyes del mercado (analizadas por Marx), y la autonomía de estas leyes constituye un síntoma decisivo del sistema capitalista de producción. Una economía de Estado elimina la autonomía de las leyes económicas. No representa una economía de mercado, sino una economía de consumidores, donde una comisión estatal planificadora determina lo que se produce y cómo. Así, tanto la competencia como el afán de obtener ganancias, incentivos básicos de la producción capitalista, desaparecen. (Las utilidades significan la apropiación individual de los productos excedentes y, en consecuencia, solo es posible realizarlas sobre la base de la propiedad privada).

¿Qué es lo que gobierna la economía rusa? Trotsky y Worrall contestan: "la burocracia". Trotsky rehúsa considerar a la burocracia como una clase (según Marx, una clase se caracteriza por el lugar que ocupa en el proceso de la producción). ¿La burocracia gobierna realmente la economía y en consecuencia al pueblo? La burocracia no es la depositaría independiente del poder. Por su estructura y sus funciones es solo un instrumento en manos de los verdaderos gobernantes. Está organizada como una jerarquía, y subordinada al poder que manda. Recibe órdenes, más no da órdenes. Y es el dictador quien da órdenes a la burocracia rusa. Ni siquiera es el partido quien gobierna. Es un selecto gruño de elementos, los líderes, quienes gobiernan. "Cambiaron el aparato del Estado acomodándolo a sus necesidades como gobernantes, eliminando la democracia y estableciendo su propia dictadura, que, en su ideología, aunque de ninguna manera en la práctica, se identificaba con la dictadura del proletariado". De esta suerte crearon el primer Estado totalitario; aún antes de que este nombre se inventara, Lenin y Trotsky lo inventaron y Stalin lo implantó removiendo a sus rivales por medio del aparato estatal y estableciendo una dictadura personal ilimitada. No hay dominación de una burocracia, puesto que ésta está subordinada al gobierno tan completamente como el resto del pueblo.

En un estado totalitario es esencial "sujetar la economía a sus objetivos, con lo cual queda desprovista de sus propias leyes y se convierte en una economía controlada. En cuanto este control tiene lugar, transforma la economía de mercado en una economía de consumidores. La naturaleza y extensión de las necesidades se determinan entonces por el Estado".

Tal control de la economía en un estado totalitario se extiende y pronto se convierte en elemento de absorción total.

Tal ha sido el caso de la Italia fascista y la Alemania nazi. Y algo semejante ocurrió en Rusia. La economía, y los exponentes de la actividad económica, quedan sujetos al Estado, se convierten en subordinados suyos. La economía pierde la primacía que tenía bajo la sociedad burguesa. La influencia de los círculos económicos es limitada, condicional, y "no es decisiva en relación con la esencia de la política. Esta se determina, de hecho, por un pequeño círculo de quienes se hallan en el poder". Sus intereses y sus ideas determinan la política que ellos imponen, como una ley sobre la economía subordinada.

Por eso, "el factor subjetivo —el carácter "irracional" y que "no puede verse de antemano", en el desenvolvimiento político— ha ganado tanta importancia en política".

Según Hilferding, el poder del Estado, en nuestros días, habiendo alcanzado independencia, está desenvolviendo su enorme fuerza de acuerdo con sus propias leyes, sujetando las fuerzas sociales y obligándolas a servir sus fines. “Por lo tanto, ni el ruso ni ningún sistema totalitario en general se determina por el carácter o naturaleza de la economía. Por el contrario, es la economía la que es determinada por la política del poder que gobierna y la que queda sujeta a los propósitos de ese poder. El poder totalitario vive por la economía, más no para la economía, ni siquiera para la clase que gobierna la economía, como acurre en el Estado burgués, aunque éste puede ocasionalmente perseguir fines muy suyos”.

La economía soviética no puede llamarse “socialista”, porque el socialismo está indisolublemente unido a la democracia. La socialización de los medios de producción implica la liberación de la economía de las manos de una clase que la gobierna, para ponerla en manos de la sociedad en conjunto: una sociedad que se gobierne democráticamente por sí misma, que tenga autonomía.

“Nosotros nunca imaginamos que la forma política de esa “economía dirigida” que iba a sustituir a la producción capitalista en bien de un libre mercado podría ser un absolutismo sin restricciones”.

La sociedad socialista debe inaugurar la más elevada realización de la democracia. El poder centralizado puede concebirse durante el período de transición, por un lapso temporal, llamado a terminar después de la supresión de las clases proletarias, para iniciar de inmediato su marchitamiento.

“Pero la historia, este elemento “mejor que todo el marxismo”, nos ha enseñado otra cosa. Nos ha enseñado que “la administración de las cosas”, pese a lo que Engels esperaba, puede convertirse en una ilimitada “administración de las personas y de esta manera conducir no a la emancipación del Estado en relación con la economía, sino a la sujeción de la economía por el Estado

El sistema soviético, según Hilferding, no es ni capitalista ni socialista. Representa una economía de estado totalitario, es decir, un sistema al cual se acercaron mucho las economías de Alemania e Italia.

Y para Antón Ciliga el verdadero fundamento de sus victorias económicas ha sido el trabajo forzado. Es el secreto del milagro de la revolución técnica realizada por los planes quinquenales. Los millones de campesinos deportados suministraron la mano de obra para las gigantescas obras del Extremo Oriente y Asia Central. En general, un tercio de la clase trabajadora rusa era esclava.

VII

Desde el triunfo de la Segunda Guerra Mundial, Stalin reeditó las reaccionarias aspiraciones imperiales y paneslavistas de los Zares, tan constantemente denunciadas por Marx (“La Cuestión de Oriente”) como enemigos de la paz, de la democracia y del progreso, en innumerables artículos. La burocracia soviética afirmó su poder en vista de la indiferencia de la masa del pueblo ruso por la democracia, a causa de no haber conocido la libertad ni haber disfrutado de los derechos humanos inalienables en los pueblos de Occidente. Por eso en los pueblos dominados por la URSS, que poseen un pasado de lucha en pro de la independencia y la democracia, como Hungría, Polonia, Checoslovaquia, Alemania oriental y los Estados Bálticos, existe una aspiración obstinada a la libertad, manifestada en huelgas y rebeliones.

Los historiadores soviéticos pretenden ser los monopolizadores de la verdadera ortodoxia marxista, pero en la realidad han establecido una completa falsificación de sus principios, con el objeto de justificar la política de poder de la URSS. Se han apoderado del marxismo, de la misma manera que se han apoderado de Carelia, los Estados Bálticos, Polonia oriental, Bukovina. etc. No es extraño, entonces, comprobar, que

los grandes marxistas rusos, poseedores de espíritu científico, como Pokrovskt; Preobrayenski, Riazanov y Bujarín fueran liquidados en las purgas de Stalin, y éste, por dicho crimen, haya sido alzado como el representante máximo del marxismo y "la culminación genial" de sus conceptos. La terrible profecía de Plejanov de que si el socialismo se imponía por la fuerza llegaría a ser "un despotismo zarista renovado con un aderezo comunista", se cumplió al pie de la letra. Aunque en la URSS se defienden formalmente el marxismo y el socialismo y se proclama, oficialmente, la supremacía del proletariado y de su gobierno, en la práctica se ha edificado una "sociedad estatal de tipo concentracionario", donde la represión política, la explotación económica y la censura intelectual son las bases de su sistema terrorista. Se acoplan en él un asombroso desarrollo científico y tecnológico con la más completa supresión de pensamiento libre. A través del examen de sus leyes y decretos se comprueba cómo el proletariado está transformado en materia prima básica para la producción y, en general, el hombre es únicamente un instrumento de trabajo. De esta suerte el llamado comunismo soviético, surgido de la aplicación de las doctrinas marxistas y de la victoriosa actividad revolucionaria de los intelectuales, obreros y campesinos rusos, se tradujo bajo la "infalible" dirección de Stalin en un régimen tiránico, opresor y expoliador del hombre común. Es el resultado, al decir del filósofo J. P. Sartre, de "la putrefacción soviética de la revolución social".

El desarrollo de la URSS no se ha debido a la aplicación del socialismo sino a la implantación de los peores métodos del capitalismo en su época de acumulación y ha repetido la evolución de los grandes países capitalistas. La URSS, alcanzó su poderío en un lapso de 40 años; Alemania, en un período de igual duración, 1860 a 1900, alcanzó su unidad nacional y se transformó en la principal potencia europea; Japón, en los mismos años, pasó del feudalismo al capitalismo industrial y se colocó entre las primeras potencias mundiales; y Estados Unidos de Norteamérica, en el mismo lapso de existencia de la URSS se enfrentó a las dos guerras mundiales, y logró la primacía mundial en lo económico y en lo militar.

Sin duda el desarrollo económico de la URSS es poderoso, pero no ha realizado nada esencial en favor del socialismo. Si se denomina país socialista, si su sistema burocrático y concentracionario, se pretende pasar por socialista, es por razones de propaganda, y como manera de capitalizar en su provecho el pasado romántico y generoso de la revolución de 1917, e impresionar a su favor a los pueblos que sufren, oprimidos por el imperialismo y el colonialismo.

En nuestra época las palabras no corresponden a las realidades. Impera la "neo- habla", descrita por Orwell en su alucinante novela "1984", donde presenta la existencia en una nación totalitaria. Por eso el cambio de palabras no supone el cambio de las cosas. El socialismo de la URSS es capitalismo en los hechos y su pretendida libertad y democracia son tiranía y explotación en la realidad.

¿Cuáles son las características del régimen comunista-soviético y cuáles las razones de su repudio por los intelectuales a pesar de su poderío material y de sus éxitos en el campo de las armas nucleares y de los cohetes?

Según el economista y sociólogo André Piettre, profesor de la Facultad de Derecho de París, en su obra "Marx et Marxisme", al estudiar el origen de la Revolución Rusa y el régimen soviético, con el propósito de ver hasta donde son marxistas, comprueba como aquélla estalló en la Rusia medieval y no en un país capitalista evolucionado, de donde surgió un régimen esclavista exactamente contrario al preconizado por Marx. En la URSS una nueva alineación del hombre ha sustituido a la antigua porque lo instaurado "no es una economía de emancipación humana, ni aun una economía de bienestar, como la que trata de construir el capitalismo evolucionado; es una economía de poder que además, deja sin resolver los dos problemas

elementales de las subsistencias y de la habitación", Según Piettre, lo rasgos económicos distintivos del sistema soviético serían los del Colbertismo y Sansimonismo, es decir, mercantilismo y tecnocracia, y no socialismo. Para Piettre existe una profunda oposición entre marxismo y bolcheviquismo, porque éste contradice las premisas esenciales de aquél. El bolcheviquismo condujo al sistema soviético, el cual bajo la dirección de Stalin degradó el marxismo haciéndolo sinónimo del trabado forzado, deportación, tortura, rapto y crimen de derecho común, según lo confesó Kruschev en el XX Congreso del Partido Comunista Ruso.

En el estudio de Piettre se establece una incompatibilidad absoluta entre marxismo y bolcheviquismo soviético, pues éste es solo "un sistema estatista de industrialización forzada para países subdesarrollados". La Revolución rusa partió de premisas contrarias al marxismo, al imponerse en un país atrasado, y llegó también a resultados contrarios al socialismo, al establecer la esclavitud de Estado, o incaismo, y no la emancipación humana. Anota que "por una doble alteración a las previsiones de Marx, la revolución ha encontrado, y continúa encontrando, su terreno de dirección, en los países poco, o no capitalistas, y su advenimiento ha estado ligado al empleo de medios esencialmente políticos. La doctrina aquí, entonces, se ha adaptado a los hechos, acarreando con Lenin, una verdadera innovación del marxismo".

Si con Lenin se inició ya una separación del marxismo, con Stalin el sistema soviético llegó a ser antimarxista por cuanto se desarrolló en contra de los postulados de esa doctrina y todos sus representantes fueron liquidados en forma cruel.

A continuación, en las diversas partes donde domina, los marxistas son los primeros en ser despachados a la otra vida. Las denominadas "revoluciones socialistas" se han realizado exclusivamente en los países subdesarrollados, con masas habituadas a la miseria y a las represiones. Por esta razón no tendrían nada que ver con el marxismo, para el cual la "revolución proletaria" se sitúa al término de la industrialización y no antes de sus comienzos.

VIII

El escritor Bertrand de Jouvenel, al examinar la experiencia soviética advierte que la "dictadura del proletariado" ha imitado el desarrollo capitalista y en ningún instante lo ha contradicho. En todo momento ha buscado crear una economía de tipo americano, y no construir una economía opuesta. A los dirigentes soviéticos los obsesiona el desarrollo industrial, no el bienestar de las masas, con el propósito de colocarse al nivel de los EE.UU, la URSS ha experimentado un gran progreso, pasando a ser, en un lapso de 25 años, la segunda potencia industrial (en 1929, 5 millones de toneladas de acero, en 1954, 41 millones de toneladas de acero imitando el mismo salto dado por los EE.UU, entre 1896 y 1916, de 5 millones 300 mil toneladas de acero a 42 millones 700 mil toneladas de acero). Este gigantesco desarrollo de la URSS la mantiene sin embargo muy lejos de la producción actual de los EE. UU., 85 millones de toneladas de acero, y tal ventaja es una verdadera desesperación para los jerarcas soviéticos en vista de su actividad en función de alcanzar y sobrepasar a los EE. UU.

El actual desenvolvimiento soviético reproduce una realización del capitalismo americano, basado en la misma condición: prioridad dada al imperativo de la producción sobre el de las relaciones humanas. La URSS continúa en el mismo espíritu, mientras los EE. UU., están empeñadas desde hace años en crear una economía de bienestar.

Desde mediados del siglo XIX existe una conciencia de crítica al capitalismo por su degradación del hombre, mujer y niño, en su calidad de trabajadores. Jornadas agobiadoras, disciplina implacable, labor sin variedad ni atractivo, hacen del trabajador un ser explotado que no se pertenece y por esta alienación es un mísero proletario. Los causantes son los capitalistas y su afán de lucro. Pero este mal de las fábricas no era tanto del capitalismo como de la industrialización desenfrenada.

Pues bien, la situación de los trabajadores soviéticos (hombres, mujeres y niños) es idéntica a la de aquella época del capitalismo industrial. O sea, el trabajador soviético no solo está en retraso con respecto al americano, en cuanto al salario material, sino en cuanto al estado social y moral del asalariado. En el mundo occidental, el trabajador posee poderosos sindicatos y a través de ellos trata sobre salarios y condiciones de trabajo en el interior de las fábricas con los patrones; los derechos de los sindicatos y del obrero están establecidos en las leyes. La justicia y la policía ya no están al lado del patrón. En la URSS el trabajador no tiene el menor medio de defensa, pues La propiedad de las empresas y el mando de la policía y la definición de la justicia están reunidos en las manos de los dirigentes políticos, sin el menor control sobre ellos. O sea, lo que Marx reprochaba a la sociedad capitalista se ha realizado de manera efectiva y despiadada en la sociedad comunista soviética de la URSS.

El Estado era el Estado de los patrones, de los grandes capitalistas y sus instrumentos de poder estaban al servicio de los intereses patronales exclusivamente. Esta confusión ha cesado en gran parte, en los países del Occidente; en cambio, en el Estado soviético tiene su más perfecta realización. Aquí no hay más que un patrón: El Estado, donde los dirigentes obsedidos por los imperativos de la producción, por una loca industrialización, disponen de la justicia y de la policía para romper cualquier resistencia obrera e imponer el trabajo forzado. El país donde la policía está a las órdenes del patrón es la URSS.

Según la teoría de la plusvalía, Marx demostró cómo el obrero era explotado y despojado de una parte considerable del valor creado por él en cada jornada de trabajo. A los ojos de Marx tal era la característica del capitalismo y el escándalo de su sistema. Pero, al mismo tiempo, esa explotación inhumana creó los beneficios necesarios para dar vida a grandes capitales exigidos por el desarrollo de la producción y el empleo de nuevos obreros. Como en la URSS el atraso era enorme, la acción revolucionaria no tuvo como misión recibir la herencia cuantiosa del capitalismo y distribuir los frutos de su brutal proceso de acumulación, sino, crear el aparato industrial capitalista que faltaba, sometiendo al trabajador a una intensa y despiadada explotación, como en los albores del capitalismo. El grado de explotación para crear el aparato de producción tenía que ser elevado y a esto se orientaron los planes quinquenales de Stalin. Y en ello prosigue Kruschev.

La crueldad, de la época de Stalin radica en aquella causa: millones de campesinos fueron llevados a la industrialización forzada y sometidos a un trabajo horrible.

Y la tiranía más espantosa mantuvo sojuzgado a todo el país.

Un examen desapasionado indica que el proceso de desarrollo económico en el régimen comunista ha sido idéntico al del sistema capitalista. Las características de la economía soviética, tanto las dignas de elogio como las de abierta reprobación, poseen el ritmo desenfrenado de la industrialización capitalista y en ningún momento permiten vislumbrar que lleven al socialismo o al comunismo. Los bienes de consumo en la URSS forman un porcentaje reducido de la producción industrial.

La cuota más alta y primordial se destina a fabricar máquinas y armas. Con todos sus éxitos últimos (cohetes a la luna hombres en órbita alrededor de la tierra, y armas destructivas poderosas) sus dificultades son grandes: en los EE. UU., 7.0.00.000 de trabajadores agrícolas colman de productos alimenticios a 53.000.000 trabajadores no agrícolas; en la URSS 53.000.000 de trabajadores agrícolas abastecen en forma insuficiente a 42.000.000 trabajadores no agrícolas. Es decir, la URSS ha tenido éxito en el crecimiento, la producción industrial, sobre todo en la no dirigida a los consumidores; y ha fracasado en el crecimiento de la producción alimenticia que interesa directamente al bienestar.

En resumen, se podrá imputar, si se quiere, los más nobles móviles a los dirigentes soviéticos y los más ruines a los dirigentes capitalistas, pero, objetivamente, siempre permanecerá el hecho siguiente: la economía norteamericana, a pesar de sus cuatro millones de cesantes, (aunque subsidiados por el gobierno), es una economía de bienestar; y la economía soviética es una economía de acumulación.

Marx divide la historia de la economía industrial en dos fases separadas, la primera se caracteriza por la acumulación del capital, que implica una tremenda explotación del trabajador y el agente de esta explotación es el capitalismo; la segunda se inicia cuando, edificado todo su sistema, llega a emplearlo en hacer gozar al trabajador de todo el fruto de su trabajo, lo cual solo puede verificarse por un cambio de régimen, por el advenimiento del comunismo. Es el caso que la economía de los EE. UU pasó a la segunda fase y la economía de la URSS se encuentra en la primera. Si el amontonamiento de proletarios cuya suerte no se mejora prepara la crisis del régimen, tal situación está más próxima en la URSS que en los EE. UU., o, por lo menos, si la revolución de los trabajadores debe terminar con la explotación del capitalismo e implantar el socialismo, en la URSS como en los demás países capitalistas tendrá que ocurrir idéntica revolución.

Jules Moch, en “L’URSS, les Yeux Ouverts”, presenta un testimonio de interés muy favorable a la Unión Soviética. Pertenece a aquel sector socialista inclinado reverente ante la poderosa realidad soviética y creyente en la posibilidad de relaciones pacíficas y leales con ella. A su entender, el régimen soviético nada tiene que ver con el capitalismo de Estado, como han afirmado numerosos economistas democráticos; pero, a la vez le discute su pretendido carácter socialista. En su afán de demostrar comprensión y buena voluntad hacia la URSS, hace afirmaciones como ésta: “La URSS, ha recuperado las tres repúblicas baltas, una fracción de Polonia, de Checoeslovaquia, de Rumania, de Mongolia, la isla Sakhalin, etc.”, en circunstancias que nunca ninguno de esos territorios ha sido ruso. Los ha dominado por métodos típicamente imperialistas. Con ese criterio debió reconocerle la “recuperación” de la zona de Königsberg de Alemania, también anexada por la URSS.

En otra parte, al enfocar las relaciones con los comunistas franceses y la URSS anota: “aun cuando nuestros comunistas adopten sistemáticamente el partido de la URSS, nosotros no estamos bien fundados, por ese hecho, para atacar constantemente a la Unión Soviética, porque la hostilidad contra un partido en el interior del país no puede colocarse en un mismo plano con la actitud hacia un Estado en lo internacional”. Es un juicio correcto, pero el propio Jules Moch, en su calidad de primer ministro del Interior, después de la Liberación, denunció la sumisión de los comunistas franceses a Moscú y sus lazos financieros con la URSS, en la tribuna de la Asamblea Nacional, el 16 de diciembre de 1948. O sea, que las relaciones con la URSS se dificultan por el hecho de ser los partidos comunistas órganos dependientes y al servicio de la política del Kremlin.

IX

La realización del XX Congreso del P. C. Ruso con las nuevas consignas de Kruschev, después de su tremenda requisitoria en contra de Stalin, pareció abrir una nueva etapa en las relaciones de la URSS con los países demo capitalistas y con el movimiento socialista internacional. Pero no ha ocurrido así, porque Kruschev, a pesar de su terrorífica crítica al "culto de la personalidad", eufemismo para caracterizar la salvaje tiranía de Stalin, dejó en pie lo esencial del estalinismo. De todos modos, su discurso fue el punto de partida de graves acontecimientos en el mundo soviético. La promesa de libertades llevó a la rebelión a los polacos y a los húngaros; y a la URSS a demostrar que con o sin Stalin no está dispuesta a perder la más mínima parte de su imperio.

De Hungría, Polonia y Alemania Oriental han salido documentos reveladores de una profunda crisis ideológica. En la revista polaca Po Prostu, por ejemplo, se pedía la vuelta a los principios humanistas del socialismo, de acuerdo con la célebre fórmula de Marx: "el hombre es el ser supremo para el hombre" y es un imperativo categórico eliminar las condiciones en las cuales yace oprimido, subyugado y anulado. Pietro Nenni, en Italia, al romper su alianza con los comunistas reafirmó en la misma forma el carácter humanista del socialismo basándose en los conceptos de Marx citados.

Un texto de Wolfgang Harich, joven catedrático de ciencias sociales en la Universidad de Humboldt y redactor de la "Revista de Filosofía", de Berlín, teórico de la nueva generación de Alemania Oriental, repudia el estalinismo e incluso polemiza con algunos principios básicos del leninismo. Sus desarrollos se advierten influidos por Rosa Luxemburgo y Georg Lukács. No intenta repudiar el marxismo-leninismo; su ruptura es con la actual directiva comunista, aunque afirma que "la URSS no tiene derecho a pretender un papel dirigente en el campo socialista". Define al XX Congreso, en su posición antiestalinistas como "tentativa por detener mediante una revisión desde arriba la revolución inminente desde abajo". El 9 de marzo de 1957, W. Harch fue condenado a 10 años de trabajos forzados por su intento de reelaborar las bases doctrinarias del partido comunista y transformar el régimen comunista. A pesar de ser un estalinista plenamente identificado con el sistema, se influenció con los sucesos posteriores al XX Congreso y con una visita en mayo-junio de 1956 a Polonia. Invitó a Georg Lukács a Berlín Oriental para que hablara en sus círculos de discusión, y estaba ligado a Julius Hay y otros escritores húngaros. Su fuerte actividad para conseguir la reforma del P. C., y del régimen cayó sospechosa en el seno de las directivas. En su último memorándum remitido a los socialistas y publicado después como su "testamento político", preconiza la desestalinización completa del régimen para reformarlo y evitar un levantamiento popular. En muchos documentos actuales se advierte una vuelta a Trotsky y Bujarín y a los eminentes teóricos marxistas antibolcheviques, como Rosa Luxemburgo y Karl Kautsky.

En cuanto a Antonio Giolitti, alto dirigente del comunismo italiano, ya planteó en el VI Congreso del Partido Comunista Italiano, en diciembre de 1956, las siguientes tesis: la URSS no es un modelo a copiar, sino una experiencia a discutir; el régimen totalitario soviético se debe al estado preindustrial de la Rusia de cuando estalló la revolución y ese estado no existe ni en la Europa Central ni en Italia; apoyar la actitud de Gomulka es un deber para todos los comunistas con el objeto de acelerar la desestalinización; las libertades formales no son ni burguesas ni proletarias son universales y absolutas; la intervención soviética en Hungría fue una grave falta, pues no había allí ninguna contrarrevolución; es preciso cambiar el aparato dirigente del Partido Comunista Italiano porque la duplicidad de sus líderes se ha hecho intolerable. Su intervención fue condenada como "contraria a los principios ideológicos del P. C. I".

A comienzos de 1957, Giolitti, publicó un folleto: "Reforma y Revolución", donde insiste en sus tesis del VI Congreso y agrega en forma categórica que no son errores los cometidos en la URSS, sino crímenes debido

a la tiranía erigida en sistema permanente; y socialismo y democracia son conceptos inseparables. No puede haber socialismo donde no hay democracia. En julio de 1957 renunció al P. C. I.

La fuga de grandes intelectuales y escritores de las filas comunistas hacia el campo de la democracia es ininterrumpida.

Y los sucesos de Hungría en octubre de 1956 provocaron un considerable aumento. Entre los casos más notables se pueden citar Howard Fast, celebrado escritor norteamericano, de obra muy nutrida, y quien recibió el premio Stalin de 1953. Abandonó el Partido Comunista y denunció al comunismo como a la peor impostura de todos los tiempos. Su libro "El Dios Desnudo" es un testimonio conmovedor. Eugenio Reale, alto dirigente del P. C. Italiano, se alejó de sus cuadros, y desde la espantosa represión de Budapest (agravada con el fusilamiento, año y medio más tarde, de Nagy) ha entregado estudios notables sobre las tácticas comunistas en su libro último. "Avec Jacques Duclos au bagne des accusés" describe la reunión constitutiva del Kominform en el lugar de Szklavska Poreba (cerca ele Breslau, en Polonia), los días 22-27 de septiembre de 1947. Descubre sus entretelones y cómo los comunistas italianos y franceses fueron acusados de traición por los rusos y balcánicos.

En esa reunión se decidió la conquista total por el P. C., con la ayuda del ejército soviético, de los países de la Europa Oriental. Pierre Hervé, intelectual comunista connotado, rompió con el Partido Comunista Francés y desató una violenta polémica. En 1957 publicó "¿Dios y César son comunistas?", donde es de particular acidez su crítica al conformismo de los escritores ante sucesos tan degradantes para el comunismo como el discurso de Kruschev y la represión de Hungría. Edgar Morin, intelectual de bastante calidad, se retiró del P. C. Francés y entregó un testimonio de mucho interés en "Autocritique", (Julliard 1959). Pierre Fougeyrollas, profesor de filosofía, se adhirió a las juventudes comunistas en 1942 y abandonó el P. C. en 1956, a raíz de los sucesos de Hungría. Es un "revisionista", o sea, un herético del marxismo dogmático. Su análisis del pensamiento socialista lo realizó en su libro "El marxismo en cuestión", 1959, un estudio claro, metódico y ordenado, donde proclama la necesidad de abandonar el dogmatismo para adherirse a un sano relativismo, de acuerdo con los nuevos y profundos cambios económicos, sociales y técnicos y, también, en vista de la terrible realidad comunista-soviética.

Henri Lefebvre, máximo pensador comunista francés, fue expulsado por su libro "Les Problèmes actuels du marxisme" En seguida publicó su autobiografía ideológica. "La somme et le resté", escrita en dos volúmenes, en 1959.

A lo largo de su extensa obra reivindica su papel en la formación del sincretismo hegeliano-existencialista-marxista, pues él ha sido uno de los primeros en desarrollar el tema de la "alienación", que ahora pertenece al acervo marxista corriente. Propicia una dialéctica relativista. El materialismo dialéctico, como expresión, ha sido empleado por Engels, según M. Rubel, y no por Marx, en cuya pluma jamás ha figurado. Del famoso binomio, Marx es el filósofo. La expresión, según H. Lefebvre, solo ha estado destinada a promover una nueva escolástica. El espíritu de su libro lo resume en este trozo de la página 577;

"Fue, pues, así como un filósofo, vio estrechar sin cesar sus ambiciones filosóficas, reuniendo en su "carrera" los temas de la piel de zapa y de las ilusiones perdidas. Partió del ideal que la filosofía iba a cambiar el mundo, o al menos a aportar una contribución decisiva a ese cambio, realizando en la vida relativa de los hombres los antiguos absolutos de justicia, verdad, libertad. Pero llegó a ser un simple ejecutante en una acción política más y más alejada de la justicia, de la verdad, de la libertad. La aceptó admitiendo que ella, la acción, las reuniría después de rodeos un tanto laberínticos, (los que continúa

esperando). Ahora contempla el desmoronamiento de sus esperanzas, comprobando que el técnico mejor que el filósofo, y el político mejor que el técnico, actúan sobre las cosas y los hombres, de suerte que la política es a la vez la peor y la más grande de las actividades humanas, junto con la del soldado. Llega a pensar que el máximo de esperanzas que puede autorizarse un hombre de pensamiento es influir sobre el lenguaje, modificar algunos términos, introducir una o varias palabras en el vocabulario que sirve de reja a las conciencias".

X

En cuanto a los dos filósofos del marxismo revolucionario, detrás de la Cortina de Hierro, Ernst Bloch y Georg Lukács, su situación no es muy clara. Bloch y Lukács son contemporáneos (73 años en 1959). Impregnados del idealismo clásico alemán, "han dado un valor particular a la noción de la utopía en el sentido de la reconciliación del hombre consigo mismo y con el mundo". Han vivido en semi desgracia como responsables de las desviaciones y herejías de sus discípulos y amigos. Sobre Lukács, en Budapest, como sobre Bloch, en Leipzig, pesa la sospecha de ser "revisionistas". Lukács posee un mayor renombre en Occidente, pero Bloch posee el mérito de no haber renegado de sus grandes obras. (Su obra "Principe Espoir" apareció en Berlín Oriental, en 1954). Lukács, por el contrario, ha condenado sus obras más personales, de valor original, en las que había fundado sólidamente su reputación.

Algunos lo consideran más bien historiador de la filosofía y de la literatura. Sus grandes ensayos, "El alma y la forma" e "Historia y conciencia de clase", le dieron categoría de pensador.

Ha denunciado el idealismo, el existencialismo y, según las exigencias del momento, el trotskismo y el "social-fascismo". Únicamente no ha renegado de su adhesión al idealismo hegeliano.

Su autocrítica "Mon chemin vers Marx", apareció en 1934. En ambos, Bloch y Lukács, es sorprendente la admiración que profesaron a Stalin y su aceptación del estalinismo. De todos modos, en Bloch, en sus escritos ha preservado la integridad y la coherencia de un pensamiento de libertad. En cuanto a Lukács no ha cesado de hablar de los errores de sus escritos estéticos de juventud, y en Moscú denunció su principal obra de pensamiento político: "Historia y Conciencia de Clase", como teóricamente falsa y prácticamente nefasta

En seguida, por acomodarse a la línea comunista, ha debido realizar toda suerte de compromisos y someterse a indignas presiones. Sus obras de la era estaliniana son hábiles, pero carentes de originalidad. Por ejemplo, su volumen "La destrucción de la razón" es una muestra clara. Aquí traza el camino del irracionalismo desde Schelling a Hitler, oponiéndole el racionalismo materialista y dialéctico desde Hegel, al gran Stalin, cuyos pensamientos son citados once veces. Toda corriente filosófica que no esté de acuerdo con la teoría del marxismo-leninismo es desenmascarada. Sin duda aporta comentarios inteligentes y penetrantes sobre Scheler, Heidegger y otros pensadores muy conocidos por él, pero, en general, es una obra pesada, estalinista y lamentable. Lo demuestra su postfacio consagrado al "irracionalismo de postguerra", donde en estilo Zdanovista ataca a Kravchenko, Koestler, Burham, Silone, Reuter, (alcalde de Berlín), para demostrar que el Occidente en su política de agresión se sirve de excomunistas que son inmorales o gánsteres. Estima que desde los ideólogos del nazismo hasta Koestler ha habido un rebajamiento de nivel.

Lukács, que dedica un esfuerzo tan inmenso a denunciar la irracionalidad progresiva de la filosofía burguesa, ¿por qué no analiza la sociedad soviética desde el punto de vista de la razón? ¿Acaso era

"racional" el estalinismo? Lukács, en su conciencia íntima debía repudiar el estalinismo y su celo exterior mostrado en el libro citado lo era para salvar la piel. No se explica de otra manera, pues apenas estalló la insurrección del pueblo húngaro estuvo con los revolucionarios y fue Ministro de Cultura en el breve gobierno de Nagy. Por otra parte, los comunistas nacionales contaron con su adhesión para organizar el Partido Socialista Obrero Húngaro. Fue entrevistado por el redactor jefe de "Noiva Kultura", comunista polaco, a quien hizo curiosas e interesantes declaraciones. (Ver "Journal d'une Révolution" en "France-Observateur", Paris, décembre de 1956). Compartió el cautiverio de Nagy y el de los demás miembros del Gabinete de Octubre, pero no figuró como acusado en el proceso de Nagy. Aunque puesto en libertad, ha sido violentamente acusado y criticado por su antiguo discípulo Joseph Szigeti, Viceministro de Instrucción Popular. En diversas revistas su obra es sometida a prolijo análisis y crítica, tratándose de probar que ha sido siempre partidario de una tercera fuerza, opuesto irreductiblemente al "espíritu de partido", y a su marxismo lo suponen, manchado de herejía. Aquí puede preguntarse Lukács si el gobierno de Janos Kadar es racional.

Su último libro conocido critica el "realismo socialista". Apareció escrito en alemán en Hamburgo. Su título en castellano es "Contra el Realismo Mal Comprendido". Los ensayos de este volumen corresponden a los textos de las conferencias pronunciadas por Hilferding en diversas ciudades, en los últimos años: Berlín Oriental, Varsovia, Viena, Roma, Milán, Turín, Bolonia y Florencia. En ellas enfoca algunas formas de realismo mal comprendido: "el realismo socialista", especie de romanticismo falsamente revolucionario; la literatura decadente occidental, o formalista, donde se cierra los ojos ante la realidad y se sitúa al hombre en una soledad absoluta, fuera de todo lazo social. Pero también en el seno de la literatura occidental se encuentran grandes figuras, como R. Martín du Gard y Thomas Mann, verdaderos pioneros de una literatura moderna donde se refleja la complejidad de la vida social. Herederas de las grandes tradiciones de la novela realista del siglo XIX, son los exponentes de un realismo bien comprendido, de un "realismo crítico". En el prefacio expresa que no esperó el XX Congreso del P. C. Ruso para criticar el "realismo socialista", pero la libertad de terminología solo se la concedieron recientemente.[31]

[31] Ya escrito el presente trabajo, el cable dio la siguiente noticia: El profesor de la Universidad Carlos Marx de Leipzig, Ernst Bloch, considerado el más grande y original filósofo marxista en vida, después de una visita a la Universidad de Tubinga, en Alemania Occidental, decidió no regresar a Alemania Oriental, a raíz de las últimas medidas represivas del régimen comunista de Ulbricht —Ernst Bloch inició su carrera de escritor con su obra "El espíritu de la utopía" — revolucionario sincero y pensador profundo, ejerció una gran influencia intelectual y, a pesar de las diferencias entre su filosofía y la ideología del Partido Comunista, éste lo toleraba y lo consideraba un aliado distinguido, como ocurría con Brecht, aunque ninguno de los dos era miembro del partido. Durante el deshielo de 1955 se le otorgó el Premio Nacional y la Orden de Plata del Mérito de la Patria, y Bloch, no obstante, sus discrepancias, se mostraba favorable al régimen comunista alemán. Los hechos posteriores lo alejaron, sobre todo la represión de 1956-57 contra los filósofos. En esa época los Servicios de Seguridad del Estado ocuparon la redacción de la "Revista Filosófica Alemán", fundada por Bloch y sus discípulos, y detuvieron a su cuerpo de redacción. Entre los jóvenes filósofos más conocidos de la zona soviética, Wolfgang Harich fue condenado a diez años de trabajos forzados, Gunther Zem, a cuatro y Manfred Hertwing, secretario de redacción de la revista, a dos años. Los discípulos de Bloch, Richard Lorews y Gerhard Zwerewz, huyeron de Leipzig a la República Federal. El propio Ernst Bloch, fue destituido, prohibiéndosele publicar y viajar. Su detención, que ya había sido ordenada por el fiscal Welsheimer, quedó sin efecto, en el último momento, por razones políticas.
En un escrito de la dirección del partido en la Universidad de Leipzig, y por sugestión de Ulbricht, se ha acusado a Bloch de "extraviar a la juventud". Lo cual es un honor para un filósofo: la misma acusación fue hecha contra Sócrates.

Las concepciones historiográficas de Francisco Antonio Encina[32]

Al examinar la historiografía nacional se comprueba una situación paradojal: de una parte, la existencia de una impresionante cantidad de obras voluminosas en las cuales se investiga y narra con minuciosidad el desarrollo del país en sus aspectos político y militar; y, de otra parte, la carencia de estudios serios acerca de su evolución económica, social, educacional e ideológica. A pesar de la inmensa producción historiográfica chilena, amplias secciones de su desenvolvimiento no han sido analizadas, ni han merecido la atención de los investigadores y eruditos. Tampoco se ha escrito una síntesis completa y moderna de la historia de Chile, basada en los métodos de las ciencias sociales. En la mayoría de los casos, los diversos historiadores aceptan los mismos esquemas conceptuales usándolos sin el menor examen crítico. En esta forma repiten los datos y las interpretaciones, y sus aportes originales se limitan a la presentación del material escrito de nuevo y a algunos escasos detalles antes ignorados.

CARACTER DE LA HISTORIOGRAFIA CONTEMPORANEA

Hoy día la Historia no puede reducirse a la narración caudalosa de los sucesos político-militares con una agobiadora exhibición de documentos. La reconstrucción objetiva y exacta del pasado nacional, en su totalidad, exige la exploración de la estructura económica y el enfoque de los procesos sociales. Solo el análisis de los procesos económico-sociales operados en el subsuelo de la realidad política, en íntima conexión, nos puede permitir la tan deseada reconstrucción objetiva y la explicación científica del movimiento histórico. Y para verificarlo fecundamente deben utilizarse en la investigación correspondiente los conceptos, métodos y datos de las ciencias sociales. Para comprender con claridad los problemas nacionales es necesario encarar el conocimiento detenido de la base material de nuestra sociedad en toda su evolución, porque la estructura económica, y los hechos económicos no son el resultado de repentinos estallidos. Por el contrario, son consecuencia de lentos procesos, con una trama tupida de luchas y contradicciones, que se originan en el seno de la sociedad, imponiendo leyes, moldeando instituciones, extendiendo nuevas ideas y aspiraciones, todo lo cual define y singulariza las acciones y posiciones políticas. La actividad de los grandes personajes únicamente puede comprenderse y apreciarse, con imparcialidad, por su ubicación precisa en su medio histórico y por su filiación como individuos pertenecientes a una clase social, o a un sector, cuyos intereses representan consciente o inconscientemente. De esta suerte es posible conocer bien la trama de los acontecimientos de los cuales han participado y, al mismo tiempo, valorar con rigor y exactitud su conducta. Exclusivamente con este método científico se podrá entregar una imagen fiel de la vida real de un período definido y del papel jugado por una determinada personalidad. Nada más distante de este procedimiento que el falaz estudio de la “conformación cerebral”, de la “psiquis” y de los “avisos de la sangre”, al cual recurren los adeptos a la intuición histórica.

LAS INSUFICIENCIAS DE LA HISTORIOGRAFIA TRADICIONAL

Los métodos tradicionales de análisis e interpretación no ofrecen ya soluciones completas y admisibles para el complejo proceso histórico. Quien se proponga explicarlo debe manejar múltiples conceptos, datos y técnicas elaborados en disciplinas no históricas, como son la sociología, la antropología, la economía, la estadística, la psicología social y la ciencia política. La narración prolija de los acontecimientos políticos, militares y diplomáticos de la historiografía clásica excluye los procesos sociales y culturales, los más importantes, y no arroja ninguna luz sobre realidades e instituciones de excepcional importancia.

[32] OCCIDENTE N°115 septiembre-octubre 1958

Fenómenos relacionados con las condiciones y fluctuaciones del avance o el estancamiento económico; las consecuencias sociales del desarrollo urbano; los nuevos tipos de ocupación de la mano de obra y las oportunidades que se abren o se cierran a la población; la alteración de las relaciones familiares; los orígenes y la persistencia de hábitos y creencias sociales; la naturaleza de la actividad política y las características del dirigente político; los objetivos sociales erróneos; la pérdida de los valores éticos y espirituales; las finalidades de la enseñanza; el papel de la Iglesia y de las fuerzas armadas, de la prensa, y las corrientes literarias y artísticas, son elementos esenciales en la existencia y progreso de la sociedad y, por lo tanto, deben merecer una atención preferente en el bosquejo del cuadro histórico. En caso contrario, la visión resulta trunca, parcial y equivocada, por más extensión formal y palabrera que se le dé.

El esfuerzo gastado en describir la guerrilla politiquera, en confrontar leyes, en publicar nutridos epistolarios de próceres, es más útil orientarlo hacia el conocimiento de las normas de la sociedad en las cuales se ventilaron aquellas pugnas y donde vivieron y actuaron aquellos personajes.

FRANCISCO A. ENCINA Y SU “HISTORIA DE CHILE”

En Chile existe una formidable base documental, organizada en numerosas colecciones eruditas, para reconstituir nuestro pasado. A la vez es sobresaliente la cantidad de grandes historiadores, quienes, aprovechándolas con amplitud, han entregado valiosas e irreemplazables obras, aunque dando siempre importancia decisiva al plano político y soslayando el examen de la base material del país. Sin duda, personifican toda esta pléyade de investigadores y, a la vez, compendian sus virtudes y defectos, las figuras eminentes de Diego Barros Arana y José Toribio Medina. De entre los historiadores contemporáneos se propuso repetir y superar la empresa de Barros Arana, pero basándose en su vasta producción y en la de Medina, a la luz de nuevas concepciones, que denomina genéticas, Francisco Antonio Encina Armanet, abogado, hacendado, político y escritor. Entre los años 1940 y 1952 publicó su “Historia de Chile desde la Prehistoria hasta la revolución de 1891”, en veinte gruesos volúmenes.

En el tomo I, analiza las características geográficas de Chile; su prehistoria y el drama de la conquista hispánica; en los tomos II, III, IV y V, describe la época colonial; en los tomos VI, VII y VIII, trata de la lucha de la Independencia; el tomo IX es un estudio del lapso de 1823 a 1830, la época de la “anarquía política”, y el tomo X es un panorama de conjunto de la vida económica, social, religiosa y cultural de Chile desde 1810 a 1830; y en ambos volúmenes enfoca la obra de Portales; el tomo XI trata del gobierno de J. J. Prieto (1831-41); el volumen XII, de la administración de Manuel Bulnes (1841-51); el volumen XIII, de la presidencia de Manuel Montt (1851-61); el volumen XIV, del gobierno de J. J. Pérez (1861-71); los tomos XV, XVI y XVII examinan los gobiernos de Federico Errázuriz Zañartu y Aníbal Pinto (1871-81); el tomo XVIII, trata del gobierno de Domingo Santa María (1881-86), y los volúmenes XIX y XX de la administración de José M. Balmaceda (1886-91).

LAS FINALIDADES DE LA “HISTORIA DE CHILE” DE ENCINA

Su detallado análisis de la evolución histórica de Chile pretende ser el resultado de una actitud objetiva y comprensiva frente al devenir nacional, ajeno a cualquier partidismo, porque, según sus palabras, “una historia encuadrada en un sistema filosófico, sociológico, político, moral o religioso no es historia... El historiador que, antes de repasar los documentos, sabe a dónde va a parar, sencillamente no es historiador, cualesquiera que sean su poder cerebral y sus dotes artísticas”. Esta observación no solo la fórmula para exaltar el valor de su producción, sino también con el propósito de invalidar la clásica “Historia General de Chile”, de Diego Barros Arana, de orientación liberal. Le supone parcialidad en sus

investigaciones y lo acusa de haberlas subordinado a ideas preconcebidas en contra de España y del régimen colonial. Lo cierto es, sin embargo, que F. A. Encina, al realizar su ambiciosa empresa histórica, tuvo por modelo y apoyo la "Historia de Chile" de Barros Arana, aunque la ataque continua y despiadadamente, y al autor lo encuentre "inerte mental" y desprovisto de "sensibilidad cerebral" para aprehender el suceder histórico. Asimismo, aprovecha los trabajos de Ramón Sotomayor Valdés sobre el decenio de Joaquín Prieto (1831-41), y de Alberto Edwards sobre el decenio de Manuel. Montt (1851-61). Pero, únicamente, reconoce haber utilizado la inmensa documentación reunida en las postrimerías del siglo pasado y primer tercio del presente por el gigantesco erudito J. T. Medina. A los autores contemporáneos que han suministrado valiosas obras, renovando en muchos aspectos la historiografía tradicional, a pesar de reproducirlos en muchas de sus consideraciones, no los cita, ni deja constancia de sus publicaciones.

La lectura atenta de la Historia de Chile, de F. A. Encina, permite advertir varias finalidades de fondo. En primer término, la defensa cerrada de la conquista española como empresa idealista y espiritual, y la reivindicación apasionada de la obra colonizadora de España y de su régimen colonial; en seguida, exaltación ardorosa de la obra de la aristocracia castellano-vasca y de sus personeros, como Portales, Tocornal, M. Montt, A. Varas, A. Cifuentes; y condenación sistemática del movimiento liberal y de sus hombres más representativos, como Lastarria, Bilbao, Barros Arana, Balmaceda. Un propósito anexo, y bastante reiterado, es el de destacar la participación decisiva que habrían jugado en la política de su tiempo, sus familiares, los huasos Encina, de Maule-Linares. Asimismo, pretende llenar el vacío de la deficiente información económica y social de los anteriores historiadores. En este terreno logra sus mejores éxitos, aunque no establece ninguna conexión entre el avance y las transformaciones de la base económica y las actividades políticas, con el objeto de presentar una explicación sociológica del proceso histórico. Prefiere señalar los discutibles factores raciales y psicológicos como los determinantes de la acción colectiva e individual.

ACTITUD DE F. A. ENCINA FRENTE A BARROS ARANA

Otra finalidad, presente a través de toda su obra, es la de rebajar y desacreditar a Barros Arana. A este respecto la actitud de Encina llega a tornarse odiosa, como si todo su estudio hubiera sido trazado con el ruin propósito de deprimir y ridiculizar al gran historiador liberal. Es verdad que, con una soberbia desmedida y una descomunal egolatría, apabulla y demuele a todos los historiadores opuestos a sus particulares concepciones, a sus afectos militantes y a sus intereses políticos e ideológicos, pero es Barros Arana la víctima predilecta, en quien se ensaña y descarga a cualquier pretexto, sus hirientes e insidiosos anatemas. Encina, según Feliú Cruz, "ha rebajado, por desgracia, con este encono, la propia dignidad de su obra", y pronuncia, a continuación, este juicio exacto y justo sobre la deuda de F. A. Encina con respecto a D. Barros Arana: "En rigor, si se hace honor a la verdad científica, Encina no habría podido materialmente escribir su historia sin el auxilio, sin la base, sin las indicaciones, sin el plan, sin las investigaciones de Barros Arana. Las mismas fuentes bibliográficas son las que han consultado y a veces ha vertido párrafos completos. En cuanto a los documentos, en su auxilio vinieron los de Medina y otros, aprovechados para corregir detalles de errores de Barros Arana. Pero Encina los ha ampliado con el evidente propósito de descalificar al autor de la Historia General. Esos errores, que no logran cambiar el fondo de los sucesos que relató, no son nada en conjunto. ¿Hay algo nuevo, de fundamental en Encina que no esté en el relato de Barros Arana? Absolutamente. Lo nuevo es su estilo vigoroso, el sentido polémico que da siempre a la narración, las sugerencias, discutibles o no, con que la avasalla, la interpretación científica o sociológica con que procura explicar los sucesos. Es penosa la actitud de Encina para con Barros Arana historiador".

Creemos razonable el juicio reproducido y la única rectificación necesaria se reduce, en nuestro concepto, a agregar en el párrafo final, el vocablo "seudo", por cuanto la interpretación histórica de Encina, en vista del abuso de anticuadas teorías racistas y de un psicologismo irracionalista, es seudocientífica y nada sociológica.

LAS INFLUENCIAS DE P. N. CRUZ Y N. PALACIOS EN ENCINA

Aunque Encina se vanagloria de su originalidad, hasta en sus ataques a Barros Arana, demuestra ser un seguidor obediente de envenenadas plumas anteriores. Con toda la enorme extensión y porfía de su diatriba en contra del gran historiador vasco, en el fondo repite los reparos sibilinos de Pedro Nolasco Cruz, escritor católico y conservador, quien en su estudio de la "Historia General de Chile" acusó a Barros Arana de poseer un escaso caudal filosófico propio, de carecer de ideas luminosas y de pensamientos elevados; de faltarle puntos de vista originales y de no tener facilidad para manejar los hechos y descubrir las leyes a que están subordinados o las consecuencias que de ellas se deducen. Y, según P. N. Cruz, estos graves defectos de Barros Arana se deben a su concepción racionalista, positivista y liberal, y a su desdén por la España feudal-absolutista, el régimen colonial, y la actividad y rol de la Iglesia Católica en el devenir histórico.

Pues bien, idéntico criterio evidencia F. A. Encina en sus cansadores ataques al autor de la "Historia General de Chile". La diferencia entre ambos representantes del conservantismo y de la reacción en el plano de la crítica y de la historiografía radica solo en la extensión desmesurada del ataque de Encina, de su caudal fraseológico excesivo para llevarlo a cabo, y de su disfraz con pretendidas concepciones históricas modernas.

F. A. Encina insiste reiteradamente en la originalidad de sus planteamientos con respecto a los rasgos característicos de la evolución nacional, pero, en realidad, lo único novedoso en el anciano historiador es su estilo pintoresco y desenfadado y su actitud irrespetuosa hacia los distintos personajes que le son antipáticos. En cuanto a sus concepciones más decisivas, están desechadas por la crítica histórica contemporánea. Y los puntos de vista en los cuales pone mayor acento, como exclusivos, los extrajo de Nicolás Palacios, de su caótico arsenal de "Raza Chilena", y de Alberto Edwards.

La influencia de Nicolás Palacios en F. A. Encina es muy profunda. Tanto sus críticas de la realidad económica chilena como sus remedios para transformarla, en su denso ensayo "Nuestra inferioridad económica", le fueron suministradas en gran parte por los desarrollos de N. Palacios. Para este escritor la posibilidad de un nuevo destino chileno se encuentra en la creación de una economía industrial y en la reforma de la educación, a fin de dotarla de una orientación más realista, utilitaria. En tales proposiciones se encuentra la rica fuente del pensamiento de F. A. Encina expuesto en su famoso opúsculo. Además, las aventuradas teorías racistas de Palacios provocaron su entusiasmo y su adopción apasionada, esgrimiéndolas para demostrar la superioridad de la aristocracia castellano-vasca y su derecho histórico a dirigir el país, derecho amenazado por el ascenso de la sangre aborigen en las "clases inferiores".

De otro lado, la exaltación de la aristocracia castellano-vasca y del autoritarismo; el desprecio por el pueblo mestizo y el liberalismo, provienen del arsenal de Alberto Edwards.

F. A. ENCINA CONTINUADOR DE ALBERTO EDWARDS

Al historiador A. Edwards no le interesaron los grandes cambios económicos ni las transformaciones sociales como base de las acciones políticas, de los programas y posiciones de los partidos y de las actitudes

de sus dirigentes. Consideró a las agrupaciones políticas desligadas de aquellas estructuras materiales. Solo estima fundamentales las ideas abstractas y los programas teóricos. Los hombres, entonces, se mueven y actúan, únicamente, por grandes concepciones idealistas. La trama de la lucha política del siglo XIX es, para él, la contienda entre el presidencialismo, de origen portaliano, y el parlamentarismo aristocrático, o sea, una pugna ideológica entre el conservantismo y el liberalismo. Es una interpretación simple donde no se enfoca el nacimiento de las nuevas fuerzas sociales, debido al desenvolvimiento económico creciente y las vinculaciones de ese proceso a la economía internacional. No considera la presencia de poderosos y dinámicos intereses materiales, ni la acción de factores extra nacionales, tanto en su avance económico como en sus luchas políticas, realidades económicas y sociales nuevas que aclaran las extrañas alianzas entre conservadores, liberales y radicales, a pesar de sus posiciones ideológicas. Esta misma ceguera sociológica de Alberto Edwards la padece F. A. Encina, no obstante, su conocimiento de los factores económicos y sociales.

Alberto Edwards no comprende el nacimiento de los partidos populares como vehículos expresivos de los nuevos sectores sociales de clase media, o pequeña burguesía, artesanado y clase obrera. Permaneció siempre ajeno a la consideración de la vida y reacciones del pueblo. A menudo se refiere con desprecio a las “clases inferiores” y no les reconoce ningún papel. En cuanto a sus organismos, solo los explica por la obra de agitadores, quienes, con el pretexto de ilustrar a las masas, las preparan para la sedición y los trastornos, y así inclinar la balanza política con el peso de todas las pasiones que fomentan la ignorancia y la miseria. Este es el criterio de A. Edwards en la comprensión de la existencia y las acciones de las clases populares en el país. Y es también el criterio de don F. A. Encina.

Por otra parte, A. Edwards considera utopías desquiciadoras a las reformas políticas tendientes a extender las libertades, patrocinadas por el liberalismo. En seguida, la contienda de 1891, la reduce al choque abierto del gran presidente Balmaceda con las clases dirigentes del país, porque habría tratado de “derribar sus venerables instituciones constitucionales” y se arrojó en brazos de una minoría débil, obscura e irresponsable. Los intereses de clases y los apetitos foráneos, heridos por la actitud y los proyectos de Balmaceda, hasta provocar la unión de enemigos ideológicos acérrimos como conservadores y radicales, no le arrancan la menor observación. Todo se limita a meras contiendas jurídicas e ideológicas, en el plano político, sin la menor vinculación con los grandes intereses materiales, económicos y sociales.

El análisis de F. A. Encina de la época posee el mismo criterio, con similares planteamientos y desarrollos, eso sí, envueltos en un torrente fraseológico colosal y adornados con abundantes “retratos psicológicos”.

A. Edwards, cuando advierte la aparición de tendencias socialistas, las explica como el exclusivo resultado de la “animadversión contra las clases ricas y consideradas”; cuando comprueba la constitución de agrupaciones obreras las acusa de pretender que “el país debe ser gobernado por las clases inferiores de la sociedad a despecho de la escasa cultura moral e intelectual que ordinariamente alcanzan”. Combate el sufragio universal, “que entrega a las masas venales los destinos de la nación”, pero nada dice de quienes realizan el cohecho, con qué fines y cuál es el sistema amparador de esa inicua situación.

LA INFLUENCIA DE SPENGLER EN A. EDWARDS Y F. A. ENCINA

El indisimulado pensamiento reaccionario y aristocratizante de Alberto Edwards nutre las páginas de la producción histórica de F. A. Encina. Su común filiación monttina los une en apretada simbiosis ideológico-personalista. Para Edwards como para Encina, el liberalismo y la democracia son concepciones exóticas, ajenas a la idiosincrasia chilena. En cambio, el régimen colonial, la preeminencia de la Iglesia Católica y el

autoritarismo, de corte portaliano y montt-varista, expresarían la genuina vocación nacional. El latifundio, el inquilinato, el sufragio censitario, la represión y un gobierno autocrático y paternalista, ejercido con "buen sentido" por la aristocracia y la iglesia, constituyen los elementos de poder y dirección defendidos por el binomio Edwards-Encina. Todo cuanto desborde dicho cuadro supone un atentado a la tradición, a la legalidad y al progreso; y los diversos personajes enemigos de los "ideales" mencionados son "ilusos y desconformados cerebrales".

A. Edwards sufrió el impacto de la brillante y discutible obra de Spengler: "La decadencia de Occidente". Y, precisamente, la comentó en un extenso ensayo. F. A. Encina sufrió idéntico deslumbramiento y adoptó muchos de sus atrevidos esquemas. Cuando apareció la discutida obra, un perspicaz crítico español la analizó como un vasto ensayo de imaginación, cuya pretensión más insistente era la de explicar los secretos del pasado y del futuro, en virtud de un desarrollado sentido intuitivo, de una verdadera inspiración. También señaló que su influencia sería considerable y se la tomaría por los esnobs como la última palabra de la ciencia histórica y la clave de la historia de la civilización. Juicio exacto si tomamos el ejemplo de F. A. Encina. Para el escritor chileno la historia no se descifra por un saber científico, sino por la intuición. Sin duda en la obra de Encina hay historia (el esquema tomado, en lo fundamental, de Barros Arana y rellenado con la documentación de J. T. Medina), pero hay más imaginación, al modo spengleriano.

A pesar de proclamar, F. A. Encina, que la historia encuadrada en un sistema filosófico, sociológico o político cualquiera no es historia, la suya está predeterminada y deformada por una adhesión ciega a anticuadas concepciones racistas y clasistas, y por su insistente afán de refutar a Barros Arana y a los historiadores liberales.

ALGUNAS CONTRADICCIONES DE F. A. ENCINA

La urdimbre de su historia ha sido trazada con el fin de demostrar que la conquista se basó en altos ideales de creación desinteresada y que la tiranía española durante la Colonia es una burda patraña; que el español llegado a Chile era de sangre germana y su mestizaje con los aborígenes significó un retroceso de su grado de evolución mental; que la grandeza de Chile se debe exclusivamente a la aristocracia castellano-vasca y los elementos de ideas democráticas eran "ideólogos", "tarados mentales" y "desconformados cerebrales".

En la defensa de sus tesis cae, a menudo, en gruesas contradicciones y, por otro lado, se extiende en consideraciones aventuradas apoyadas, exclusivamente, en su potencia intuitiva.

Al leer la obra de Tancredo Pinochet Le-Brun, "Autobiografía de un Tonto", me encontré con un excelente capítulo donde examina los primeros tomos de la producción de Encina. En él registra diversas afirmaciones rotundas del anciano historiador y, luego, las confronta a lo largo de esos volúmenes verificando una serie de flagrantes contradicciones, muy propias de quien se deja llevar por la facilidad torrencial de su imaginación y de su pluma incansable. La lectura de este capítulo de Pinochet me ratificó varias de mis observaciones y me suministró otras que más adelante consigno.

F. A. Encina sostiene en el tomo II: "Para España lo fundamental fue la expansión espiritual y material de América. Los móviles económicos estuvieron siempre supeditados por el impulso creador". No obstante, en el tomo I, había escrito: "El mandato inconsciente de la sangre impulsaba a través de móviles egoístas y pequeños. Crearon, inconscientemente, movidos por avidez de riquezas, de mando, de lustre, de honores o de gloria inmediata". Y en el tomo IV, agrega: "A los capitanes, oficiales y soldados solo les

interesaba capturar indígenas para venderlos. Cogían indios de todas las edades, con frecuencia pacíficos, para venderlos en las minas del Perú, o en Santiago, o en Concepción".

F. A. Encina es rotundo en negar que la conquista fuera una empresa de negocios, pero suministra numerosos datos reveladores de cómo los españoles la llevaron a cabo para repartirse las tierras y los indios y adquirir riquezas y honores. Muchas veces los hechos se oponen a sus disquisiciones. Entonces los sepulta bajo sus desbordes intuitivos. A los frailes defensores de los indios, quienes denunciaron las crueldades cometidas por los conquistadores, los acusa de "desconformados cerebrales", pues en ellos "un sentimiento místico ahogaba el sentido de la realidad".

Según Encina el trabajo forzado y los castigos no eran las causas de la rebeldía de los indígenas y de su resistencia a plegarse al género de vida de los españoles. En el tomo I escribe: "Ningún poder, ninguna enseñanza, sin excluir la religión, podían hacer germinar en los aborígenes, aun aislándolos en grupos, los sentimientos y las ideas que informaron el cristianismo y la civilización occidental. Las concepciones y la moral abstracta del cristianismo tenían que resbalar por la superficie de sus cerebros primitivos, lo mismo debía suceder con el patrimonio mental que constituye el alma mater de la civilización europea". Pero el detalle de las atrocidades de los españoles explica mejor la razón de la indomable lucha del indio. En el tomo I, algunas páginas antes de la cita reproducida, expone: "Valdivia les hizo cortar la mano y las narices a cuatrocientos prisioneros indios y los puso en libertad para que sembraran el terror entre sus tribus". Aplaude a aquellos conquistadores partidarios de los métodos de terror. Para él, Rodrigo de Quiroga (1575-1580) es "tal vez, la personalidad de mayor valer entre los conquistadores de Chile", porque sostenía la necesidad de tomar prisioneros a los indios más belicosos, ejecutar a los cabecillas y "desgobernar" a los demás (córtales los dedos de un pie).

EL ATRASADO RACISMO DE F. A. ENCINA

Los defectos más graves de las concepciones históricas de Encina fluyen de su obstinada adhesión a las teorías que ven en la raza el factor más importante de la Historia, tal como Gobineau, Vacher de Lapouge y H. S. Chamberlain, lo sostuvieron en el siglo XIX. Hace suyas, en parte, las teorías del doctor Nicolás Palacios discípulo chileno de aquellos escritores europeos, expuestos en su libro "Raza Chilena".

Según el doctor Palacios, los españoles que conquistaron Chile eran de ascendencia germana, por lo cual la raza chilena es una raza mestiza araucano-gótica. Palacios formuló su teoría con fines patrióticos, dirigida a exaltar la bondad del mestizaje y las grandes cualidades del pueblo chileno. Encina hace suya la teoría de Palacios en algunos aspectos. Acepta la ascendencia germánica de los españoles llegados a Chile, cuya sangre se habría concentrado en las altas clases sociales; pero combate el mestizaje español-indígena, donde se originaron las clases populares, por haber significado un retraso en la evolución mental del pueblo chileno. De todos modos, el mayor porcentaje de sangre goda que circula por las venas de la población chilena habría influido en su temperamento y carácter, diferenciándola de los demás pueblos latinoamericanos. Para superar la contradicción de esta teoría con la realidad en la que los vascos se constituyeron en clase dominante, agregándose a ella elementos franceses, irlandeses, sajones, etc., Encina afirma que la capa vasca solo recubrió la base goda, sin destruirla, a fines de la Colonia y dio origen a la aristocracia castellano-vasca. Su insistencia sobre la alta proporción de sangre germana de los peninsulares dominadores de Chile, donde habrá influido poderosamente en su constitución étnica y en sus rasgos psicológicos, no puede asentarse sobre ninguna base seria. Entonces, Encina recurre en forma

exclusiva a su fina sensibilidad cerebral y a su sagacidad intuitiva, de las que carecieron los historiadores vascos del siglo XIX, para demostrarla e imponerla.

La teoría enciniana acerca del fondo germánico del pueblo chileno resulta más peregrina si consideramos el panorama étnico de la Península Ibérica. El fondo racial característico y fisonómico de España está constituido por elementos íberos, celtas, romanos, semitas, fenicios, cartagineses, árabes y judíos sefarditas, bereberes, parientes de los íberos, y vascos. Los germanos establecidos en los siglos V y VI, formarán la aristocracia feudaloide sobre el pueblo hispano, celtíbero en su mayoría, relativamente romanizado. Y pasada la Reconquista que dejó raudales de sangre árabe y bereber, y también judía, en más de dos tercios de la península, la capa visigoda desapareció en la secular contienda o se mezcló abundantemente. De subsistir restos todavía en el siglo XVI, es difícil suponer que abandonara España para venir a América, si poseía puestos de comando en el gobierno de la época y su actividad internacional se encauzaba hacia la consecución de la hegemonía en Europa. A América se dirigen los elementos populares desesperados por la miseria y la sujeción, por las represiones terribles, quienes se juegan el todo por el todo (campesinos humildes, cuidadores de cerdos, presidiarios, marinos, moriscos y sefarditas, temerosos de las medidas fanáticas de la Inquisición), deseando mejorar la condición social y capaces de las mayores empresas a trueque de lograr riquezas y honores. El valor, la codicia y la crueldad, forman el simple andamiaje psicológico de estos conquistadores, sin el menor freno que provenga de la cultura o de la moralidad, y que se manifiesta a cada instante en contra de los aborígenes y de sí mismos. En realidad, el germanismo de los peninsulares llegados a Chile y su influencia en la clase dirigente nacional hasta determinar modalidades raciales, sociales e históricas, es el producto de un “estado delirante”, para usar los propios términos, tan pintorescos y fantasiosos, del autor.

En cuanto al problema del mestizaje, expresa en el tomo III: “En la gran masa, el mestizaje determinó el retroceso del grado de evolución mental del español. A partir de la segunda mitad del siglo XVII, se acentuaron mucho en el criollo las manifestaciones de una especie de infancia cerebral que ya no desaparece en todo el curso de la historia de Chile”. En los tomos siguientes insiste en diversas oportunidades que el mestizaje español-aborigen retrasó la evolución mental del pueblo chileno, legó al mestizo la repulsión por el trabajo, engendró desequilibrados mentales y produjo reversiones a la animalidad primitiva.

EL ARISTOCRATISMO REACCIONARIO DE ENCINA

Encina, en estrecha relación con su racismo, es clasista. El mestizaje es una calamidad y solo las clases altas, sin contaminaciones aborígenes, son las creadoras y las hacedoras de la historia. La superioridad racial y, por lo tanto, mental y moral de las clases españolas dominantes es un dogma indiscutible. Es la gente distinguida y superior en constante peligro por la infiltración de la sangre aborigen. Si ésta se infiltra determina en el acto un retroceso del cerebro español, lo hace descender en la escala del desarrollo mental, lo torna más basto e imprime un ritmo más lento a las reacciones del temperamento y de la inteligencia. En el tomo V escribe: “Todo el siglo XVII y la primera mitad del siglo XVIII fue una lucha, sorda e inaparente, entre la barbarie representada por el avance de la sangre aborigen hacia las altas clases sociales, y la civilización representada por la sangre europea que siguió llegando”.

A pesar de combatir con dureza al aborigen, en diversos capítulos reconoce el valor extraordinario de los araucanos y se admira de su voluntad y tenacidad guerreras y de su fecunda imaginación militar. Si los acusa de perezosos y señala su repugnancia por el trabajo, también comprueba una actitud similar de los

españoles, haciendo resaltar que son descuidados y holgazanes. Son soldados y frailes y tratan por todos los medios posibles de hacer trabajar en su beneficio a los indios y mestizos. Llega a anotar que si los españoles entran en masa a los conventos es para esquivar el trabajo. ("El pueblo español encontró en la religión un justificativo al ocio y a la mendicidad vagabunda", tomo II). De ahí los miles de conventos y las decenas de miles de religiosos. Si fue imposible habituar a los indios a un trabajo sistemático, algo semejante ocurrió con los españoles. En el siglo XVII los días festivos eran 139, es decir, los españoles trabajaban únicamente durante 226 días al año.

Ante la realidad bosquejada, Encina defiende la esclavitud, las encomiendas, los mayorazgos y la servidumbre de los mestizos. Y con la misma intensidad arremete en contra de los sacerdotes denunciantes de los abusos cometidos por los conquistadores y partidarios de la abolición de las encomiendas; rechazan las "tasas", porque habrían provocado la ruina de los encomenderos al reglamentar el trabajo de los indígenas. Combate la cultura y, en el tomo V, emite este juicio sorprendente: "Las Universidades jamás han sido focos creadores de las ciencias, ni palancas del desarrollo mental", y duda de la educación pública como medio para transformar el desarrollo mental de un pueblo, en abierta contradicción con su ensayo sociológico "Nuestra inferioridad económica", su primer escrito, en donde señala los diversos males del país, achacándolos a la mala orientación de la enseñanza. En ese ensayo pone toda su confianza en la educación para conseguir la modificación de la realidad nacional y la mentalidad de sus habitantes.

EL INTUICIONISMO FANTASIOSO DE ENCINA

Junto a su adhesión a las teorías racistas demuestra una simpatía constante por la filosofía irracionalista de Bergson, quien afirma que, únicamente, la intuición puede entregarnos la posibilidad de aprehender la realidad. De aquí saca Encina su ilimitada confianza en la intuición como método para lograr la resurrección del pasado y para comprender las acciones y móviles de los personajes. Y en este terreno el historiador abusa en forma desmesurada. Analiza con impresionante seguridad el subconsciente de numerosos personajes y conoce claramente los "avisos de la sangre" (el conocimiento proveniente de la sangre y no del intelecto) de muchos otros; traza extensos retratos psicológicos, a menudo, meros pretextos para sus exageraciones intuitivas, sin el menor valor histórico. De tal modo se acumulan las páginas ingeniosas, a veces agradables, pero fantasiosas e inútiles.

Su adhesión a las teorías racistas y a la filosofía irracionalista se completa con su admiración devota por Spengler, cuya influencia directa, y a través de Alberto Edwards, es palpable en toda su obra. Spengler aplica en su concepción histórica la psicología irracionalista bergsoniana y un marcado materialismo biológico, al dividir el proceso histórico universal, de manera arbitraria, en culturas separadas, y éstas sujetas a un proceso biológico. Abusa de la imaginación y de las explicaciones y profecías intuitivas, Encina reproduce la particular terminología spengleriana y con ella forja innumerables mitos y enreda y obscurece el devenir nacional.

Respecto de los personajes históricos, Encina exalta y endiosa a algunos y denigra y ridiculiza a otros. Los santos de su devoción, Portales, Manuel Montt, Prieto, Tocornal, Antonio Varas, son todos genios o semi genios y, al revés, quienes provocan sus antipatías, los hombres de ideas democráticas, son "desconformados cerebrales, histéricos, turbulentos, tarados mentales, violentos, agraviados, miopes mentales e hipocondríacos". A Portales le consagró una obra especial, y muy extensa, publicada en 1934, donde acumula la más impresionante cantidad de ditirambos en favor del político conservador. Lo

considera un genio extraordinario. A la misma altura coloca a Manuel Montt. En las páginas del tomo XIII vuelca su pasión admirativa de monttino fervoroso, siguiendo una definida línea familiar. Trata ahí de demostrar cómo Montt fue impuesto presidente por la aristocracia, pero que ésta jamás lo consideró suyo. Su fuerza residió, entonces, en el apoyo del elemento modesto de la administración pública, en los acaudalados propietarios de provincia, en los sectores militares y civiles descendientes de la vieja aristocracia colonial arruinada y desplazada del Poder. Lo apoyaron devotamente, aunque "no era psicológicamente uno de los suyos, pero era el Mesías que su subconsciente esperaba; el vengador cuya planta debía hollar la soberbia del vasco advenedizo que suplantó a sus antepasados". El trozo es muy representativo del estilo y método de Encina. Según el autor, Montt no solo sostuvo una lucha tenaz contra sus enemigos doctrinarios, ideológicos, los liberales, sino también con la fronda aristocrática, en especial al agregarse el motivo religioso en la contienda. El retrato psicológico de Manuel Montt ocupa varias páginas y en ellas menudean los más generosos elogios, lo recarga de tal manera que su personalidad histórica real se esfuma para dejar un cuadro ideal, una grandiosa, perfecta y solemne estatua. Montt, de acuerdo con el retrato mencionado, "posee admirable claridad y cordura intelectuales; recio andamiaje moral, poderoso instinto político; un fondo de profunda bondad humana; una fuerza magnética avasalladora, que emana directa sobre los hombres y los domina; es un gran conocedor de hombres, tal vez el mayor de los que registra la historia de la América española". A su amigo Antonio Varas lo considera, igualmente, un cerebro poderoso, "de un vigor semi genial", con vivo sentido de la realidad, una asombrosa amplitud de pensamiento y una divísima sensibilidad cerebral, única en la larga serie de estadistas y políticos chilenos. Y en esta forma exalta a quienes le son simpáticos, mientras sepulta en una avalancha de dicterios y juicios adversos a quienes le disgustan. En el endiosamiento de Portales y M. Montt y en el aniquilamiento de los personeros liberales, por repulsa ciega al movimiento democrático, es el seguidor, con mayor caudal fraseológico, de Alberto Edwards y de los historiadores conservadores.

LA OBRA DE FRANCISCO A. ENCINA ES REACCIONARIA

Encina acusa a nuestros historiadores de otorgarle una exagerada importancia al desarrollo político, dejando "en los demás aspectos de la evolución social, lagunas que hacen difícil su aprehensión". Colma el vacío apuntado, por medio de informativos capítulos sobre la evolución económica y cultural del país; pero, no obstante, no establece ninguna vinculación entre el proceso económico y la acción política. Para él, el desenvolvimiento histórico nacional está determinado en forma decisiva por los factores de raza y sangre y los psicológicos. Cae en el mismo pecado de sus predecesores reseñando de manera minuciosa el desarrollo político, al cual reduce, principalmente, la marcha de la nación. Y los sucesos políticos se hacen y se deshacen de acuerdo con la acción de individuos destacados, quienes se unen o se dividen, según tengan su psiquis normal o sean desconformados cerebrales; según sean castellanos-godos o vascos advenedizos.

Cuando analiza la época republicana lleva a cabo una condenación sistemática de los adeptos al ideario democrático y libertario. Son "ideólogos", "soñadores", que vivían en "estado delirante", verdaderas excrecencias del desarrollo nacional. No les reconoce ningún papel en el curso del devenir nacional, ni siquiera como incitadores e inquietadores del progreso político y jurídico del país.

En este aspecto, Encina, oscila entre el culto al héroe local (Portales, M. Montt) sin la menor interpretación crítica, pues todo se le antoja genial, excelso y asombroso en él; y la fácil diatriba dictada por la pasión partidista y la incomprensión frente a lo que ofrezca un leve matiz popular o democrático. Subestima o

desprecia el aspecto social como trasfondo del acontecer histórico y por ello no establece la necesaria conexión entre sus capítulos respectivos y los sucesos políticos.

Por las razones expuestas, la obra de Encina, interesante y atrayente por motivos de estilo y soltura de interpretación es, al mismo tiempo, extremadamente peligrosa, a causa de la fantasía que abunda en sus páginas y por su reiterado afán de desprecio de las ideas democráticas. Por otra parte, sus teorías racistas están reñidas con la ciencia y con las investigaciones biológicas modernas. Ya no es posible dividir a la sociedad en un sector de sangre azul y otro de sangre roja. Su concepción es reaccionaria y tiende a justificar la dominación española primero y la explotación de la nacionalidad por una reducida y egoísta oligarquía a continuación. En este aspecto es un verdadero arsenal histórico de la reacción, estrecha y miope, bloqueadora del progreso amplio del país, al impedir el desencadenamiento libre de todas las fuerzas materiales y espirituales avasalladas en gran parte por los privilegios y las injusticias que mantiene intransigentemente.

Notas sobre el humanismo socialista[33]

I

Los espíritus más lúcidos afirman la existencia de una profunda crisis en la sociedad humana actual. Para Albert Einstein, por ejemplo, su origen reside en las relaciones del individuo y la sociedad: “más que nunca el individuo ha llegado a tener conciencia de su dependencia frente a la sociedad. Pero adquiere esta experiencia no como un apoyo positivo, como un lazo orgánico, como una fuerza protectora; la siente más bien como una amenaza hacia sus derechos naturales, incluso de su existencia económica", y la fuente real del mal señalado se encuentra en la anarquía económica de la sociedad capitalista, tal como existe hoy día: “vemos frente a nosotros a una inmensa comunidad de productores cuyos miembros se encarnizan continuamente en despojarse unos a otros de los frutos del trabajo de todos, y esto, no se hace por el uso de la violencia, sino que, generalmente, por la observación leal de reglas legalmente establecidas. A este respecto es importante no perder de vista que los medios de producción, es decir la capacidad productiva entera necesaria para la producción de bienes de consumo y equipos suplementarios, puede estar y está en realidad sujeta a la aprobación de los intereses privados’’. En la situación indicada el propietario de los medios de producción compra el poder de trabajo del obrero, y éste utilizándolos crea nuevos bienes los cuales pasan a ser propiedad del capitalista. Y la remuneración del trabajador no está determinada por el valor real de su producción. En la economía capitalista, entonces, dos principios predominan: los medios de producción están sometidos a la propiedad y los propietarios disponen de ellos como lo juzgan conveniente y, en seguida, el contrato de trabajo es libre.

Como el objetivo de la producción es el provecho y no la utilización de los bienes, innumerables obreros capaces de trabajar, y deseosos de hacerlo, no encuentran empleo. Así el trabajador vive con el constante temor de la cesantía. Por otra parte, el capital privado tiende a concentrarse en algunas manos, en parte a causa de la competencia entre los capitalistas y en parte porque el progreso tecnológico y la división acrecentada del trabajo alientan la formación de más grandes unidades de producción en detrimento de las pequeñas. El resultado del desarrollo del capital en este sentido es una oligarquía del capital privado, cuyo poder enorme no puede eficazmente ser tenido en jaque, aun por una sociedad política democráticamente organizada".

[33] OCCIDENTE N°117, marzo-abril 1959

Los capitalistas privados, imponen sus decisiones porque controlan en forma directa. o indirecta, la educación, la prensa, la radio. Los individuos no pueden llegar a conclusiones objetivas y a hacer uso inteligente de sus derechos políticos. Además, en esta realidad capitalista, el progreso tecnológico trae consigo un aumento de la inactividad en vez de aliviar la parte de trabajo que corresponde a todos. La persecución del provecho y la competencia provocan el despilfarro del trabajo y conducen a severas depresiones.

Albert Einstein afirma que el capitalismo lisia y destruye a los hombres: "el capitalismo estropea a los hombres: ahí está, a mi parecer, la más grande de sus taras. Todo nuestro sistema educativo la sufre. Se inculca al estudiante una actitud exageradamente competitiva, arrastrándolo al culto del éxito adquisitivo en vista de su carrera futura. Estoy convencido de que no existe sino un solo medio de eliminar esos males aflictivos: es el establecimiento de una economía socialista, acompañada de un sistema educativo que estaría orientado hacia fines sociales. En una economía de esta especie, los medios de producción serían la propiedad de la sociedad misma y serían utilizados de una manera planificada. Una economía planificada que ajuste la producción a las necesidades de la comunidad distribuiría el trabajo entre todos los individuos aptos y garantizaría los medios de una existencia decente a cada hombre, a cada mujer, a cada niño. La educación además de su tarea de promover las capacidades individuales innatas se esforzaría por desarrollar el sentimiento de las responsabilidades con respecto del prójimo. en lugar de glorificar, como lo hace en la actualidad, el poder y el éxito".

Entonces, para eliminar sus males, ha de establecerse una economía socialista, acompañada de un sistema educativo orientado hacia fines sociales. Los medios de producción serían propiedad de la sociedad misma y utilizados de manera planificada; pero una economía planificada no es todavía socialismo, por cuanto "una economía planificada puede muy bien estar acompañada de la servidumbre completa del individuo. Es que la realización del socialismo exige la solución de algunos problemas sociopolíticos extremadamente difíciles. ¿Cómo luchar contra la concentración impulsada por el poder político y económico e impedir que la burocracia adquiera una prepotencia petulante? ¿Cómo asegurar la protección de los derechos del individuo y aportar con esto un contrapeso democrático al poder de la burocracia? La claridad respecto de les fines y problemas del socialismo es de la mayor importancia en el período de transición en que vivimos"

II

El desarrollo de la sociedad impone el socialismo como norma superior e inevitable de vida y la opinión de Einstein refleja una actitud muy generalizada entre los grandes intelectuales y sabios en su favor. Sin embargo, el movimiento político socialista no ha estado a la altura de su responsabilidad. De aquí brota una de las contradicciones más resaltantes entre la justeza de la doctrina socialista y el avance inexorable de la sociedad hacia formas socialistas y la impotencia de los movimientos socialistas, en crisis o divididos. Por eso, otros intelectuales, al enfocar esta paradoja han llegado a afirmar la necesidad de rectificarlo de acuerdo con las nuevas modalidades de la experiencia histórica. Pero es más correcto hablar de su ensanchamiento, pues a la luz de los acontecimientos mundiales nada hay que modificar en las doctrinas socialistas. Sólo es menester poner de relieve aspectos poco considerados de ellas, rectificar algunas interpretaciones equivocadas, volver a examinar sus fuentes y destacar el sentido correcto de sus grandes líneas. El socialismo no tiene necesidad de transformar su doctrina, apenas precisa esclarecerla en algunos puntos, y en su conjunto actualizarla. Si el socialismo ha fracasado en algunos períodos no lo ha sido a causa de su doctrina, sino por su falta de eficacia como movimiento político para imponerla. Cuando se

habla de crisis del socialismo, ella debe entenderse como un fracaso de organización y de dirección, pero en ningún instante como crisis del ideal y de principios. Es innecesario, entonces, hablar de renovación teórica. Y es oportuno, en cambio, hablar de esclarecimiento del socialismo y de reacondicionamiento de sus postulados a las nuevas realidades económicas, sociales y técnicas de la sociedad contemporánea.

Al proclamar el valor de la doctrina socialista es preciso enfrentar un doble problema: 1°) Revisar y reivindicar a los teóricos socialistas deformados y aplastados por la agresión polémica de Marx. 2°) Revisar el marxismo para insistir en su contenido revolucionario, a menudo negado o soslayado por el socialismo reformista y para exaltar su contenido democrático, humanista, pervertido por la interpretación comunista-soviética.

Marx utilizó ampliamente a los llamados socialistas utopistas, de quienes extrajo muchas de sus teorías. En éstos se encuentra una admirable crítica de la sociedad de su tiempo y al mismo tiempo, certeros planteamientos comunitarios y democráticos, opuestos a todo dogmatismo y centralismo tiránico. Proudhon resume en forma admirable esa actitud en una carta a Marx, cuyo texto es el siguiente "Mi querido señor Marx, consiento gustoso a ser uno de los que reciban su correspondencia, cuyos fines y organización me parece que han de ser muy útiles. No prometo, sin embargo, escribirle mucho ni a menudo; mis ocupaciones de toda índole, juntas con una pereza natural, no me consienten tales esfuerzos epistolares. Me tomaré, pues, la libertad de hacer algunas reservas que diversos párrafos de su carta me han sugerido. Primeramente, aunque mis ideas respecto a organización y realización estén paradas en este momento, por lo menos en lo que respecta a los principios, creo que mi deber, que es el deber de todo socialista, es conservar todavía durante algún tiempo la forma crítica o dubitativa; en una palabra, hago profesión con el público de un anti-dogmatismo económico, casi absoluto. Busquemos juntos, si usted quiere, las leyes de la sociedad, el modo cómo esas leyes se realizan, el progreso según, el cual llegamos a descubrirla; pero, por Dios, después de haber demolido todos los dogmatismos a priori no vayamos a soñar, a nuestra vez, con adoctrinar al pueblo; no caigamos en la contradicción de su compatriota Martín Lutero quien, después de haber derribado la teología católica, se puso en seguida, con grandes refuerzos de excomuniones y anatemas, a fundar una teología protestante. Desde hace tres siglos, Alemania no se ha ocupado más que de destruir la revocadura hecha por Lutero; no vayamos a preparar nuevas tareas para el género humano con otras capas de yeso. Aplaudo de todo corazón su idea de esclarecer las opiniones; hagamos una polémica buena y leal, demos al mundo el ejemplo de una tolerancia sabia y previsora, pero precisamente porque nosotros estamos a la cabeza del movimiento, no nos hagamos jefes de una nueva intolerancia, no nos las demos de apóstoles de una nueva religión, aunque esta religión sea la religión de la lógica, la religión de la razón. Acojamos y alentemos todas las protestas, denunciemos todas las exclusiones, todos los misticismos; nunca consideremos una cuestión como agotada, y cuando hayamos gastado hasta el último argumento, volvamos a empezar si necesario es, con la elocuencia y la ironía. En esas condiciones entraré gustoso en su asociación y si no, no".

Proudhon, con su espíritu crítico y anti-dogmático, su sed de justicia y de libertad, supo alertar a Marx sobre el peligro de un pensamiento autoritario y rígido. La polémica de Marx, a menudo injusta, relegó a cierto olvido e incomprensión su rico ideario, con aciertos notables. Supo ver en las doctrinas marxistas una peligrosa base para discípulos estrechos de miras, inclinados a la organización de una sociedad ultra centralizada y totalitaria, en apariencia fundada en la dictadura de las masas, pero en que éstas no tienen más poder que el necesario para asegurar el avasallamiento general, de acuerdo con las siguientes fórmulas y principios tomadas del antiguo absolutismo: indivisibilidad del poder público, centralización

absorbente, destrucción sistemática de todo pensamiento individual, ya sea corporativo o local. considerándolo agente destructivo".

III

El socialismo es humanista porque tiende a la más completa liberación del trabajador y del hombre en general. Su único dogmatismo filosófico es el valor del hombre. ¿Cuál es este valor? Es la libertad. Entonces trata de conseguir la instauración de una sociedad donde se permita su pleno desarrollo. La aspiración máxima del socialismo es la emancipación del hombre, o sea, el hombre libre.

El socialismo es revolucionario y democrático porque pretende destruir la enajenación económica y política del hombre en la sociedad burguesa y terminar con la "explotación del hombre por el hombre". En cuanto a la democracia, la estima justa en principio y si su funcionamiento se encuentra falseado lo es por los factores económicos del capitalismo. Sin embargo, la democracia es el medio de acción indicado para transformar las realidades económicas y modificar el Estado.

El contenido humanista y revolucionario del socialismo fue claramente exaltado por Marx en sus escritos de juventud, dominado por una ética humanitaria. Se desprendió del hegelianismo por su justificación "racional" de un presente en el cual el hombre aparece enajenado. Para Marx "la naturaleza del hombre es tal que no puede alcanzar su perfección sino obrando impulsado por el bien y el perfeccionamiento de la humanidad". Su primera visión de la condición humana es moral, enemiga del conceptualismo de Hegel y del naturalismo de Gustav Hugo. De su crítica antirreligiosa inspirada en Feuerbach (y a quien supera, pues éste sólo describe la enajenación del hombre en sus creaciones religiosas y Marx va más lejos revelándola en los planos económico y político) y de su contacto con las aspiraciones revolucionarias en Francia, afirma que "el hombre es el ser supremo para el hombre"; denuncia todas las formas de alienación que le impiden realizarse (y en primer lugar el Estado, elevado a fetiche por Hegel, donde concentra el espíritu de la sociedad; y la propiedad, fuente de la enajenación del hombre en las relaciones económicas) y plantea la necesidad de la revolución como "el imperativo categórico para cambiar todas las condiciones que hacen del hombre un ser envilecido, avasallado, abandonado y despreciable".

Marx no concibe su ética sino en la acción y en sus "Tesis sobre Feuerbach" opone la "práctica" a la teoría; la actividad humana apta para transformar el mundo a la contemplación filosófica de los hegelianos y a su justificación mistificadora de ese mundo de injusticias. Por eso escribe en su tesis XI: "Los filósofos no han hecho hasta hoy más que dar diversas interpretaciones del mundo; lo que importa es transformarlo".

Su concepción materialista de la historia, formulada más tarde, fue para Marx el hilo conductor de sus investigaciones; en ningún instante una concepción dogmática y sectaria que pudiera confundirse con la verdad absoluta y convertirse en una religión civil. De aquí la riqueza de su pensamiento, de sus análisis y de sus críticas. Entonces no se puede aceptar que en nombre del marxismo se afirmen y prolonguen esas condiciones degradantes donde el individuo es un ser abyecto, servil y anulado, por medio del trabajo forzado, la cárcel y la tortura, en una sociedad totalitaria despiadada y antihumana.

La revolución capaz de lograr un cambio y un efectivo progreso humano únicamente podrá verificarlos por medio de la democracia. La voluntad de remediar las injusticias económicas no puede llevar a tolerar su eliminación, pues son imposibles la justicia social y la libertad sin un control democrático.

Antonio Giolitti, quien abandonó el Partido Comunista e ingresó al socialismo proclamó sin reservas ni equívocos "que la libertad democrática no es burguesa ni aun bajo su forma institucional, la que comporta

la división de los poderes, garantías formales y garantías parlamentarias; elementos indispensables para la edificación de una sociedad socialista..."

El socialismo defiende, en el plano económico, la economía planificada; en el plano político, la democracia; y en el campo cultural, el desenvolvimiento de la educación de acuerdo con aquellas finalidades humanistas y democráticas. El control democrático permite la vigilancia de los dirigentes y el imperio de la justicia social; la organización de la vida de los hombres, su defensa y desarrollo.

IV

Marx enfoca la caída de la burguesía y el triunfo del proletariado como inevitables y anuncia el advenimiento ineluctable de una sociedad liberada de toda alienación.

En su credo y en su método, según Maximilien Rubel, a la investigación empírica de los fenómenos sociales e históricos, corresponde en la esfera de los valores éticos, la elección de medios inmediatos en vista de un fin lejano, y la exigencia fundamental de la ética marxista requiere la instantaneidad y correspondencia del fin y del medio en la conciencia y en la praxis revolucionaria. El hombre no debe asumir nuevas servidumbres en nombre de un problemático beneficio en transformaciones imprevisibles.

El hombre de Marx asume la finalidad histórica escogida conscientemente en conformidad de una interpretación sociológica de la historia. Rehúsa someterse a los imperativos categóricos que le proponen salvadores providenciales. De la enseñanza marxista se desprende un llamado patético al individuó; una exigencia ética, una exhortación a un cambio fundamental, interior y visible y "el individuo apuntado por este llamado es el hombre moderno, corrompido por la gangrena universal que tiene el nombre de "alienación de sí" y que afecta indistintamente a todos los hombres de la sociedad capitalista, cualquiera que sea su pertenencia de clase".

M. Rubel en su notable libro "Karl Marx, essai de biographie intellectuelle", reproduce una página admirable, escrita en 1856. Sus párrafos principales dicen: Hay un hecho evidente que caracteriza nuestra época... De un lado, hemos visto nacer fuerzas industriales y científicas que ninguna época anterior pudo imaginar. Del otro, se notan los síntomas de un desastre que podría eclipsar los horrores indecibles de la caída del imperio romano. En nuestros días, cada cosa parece preñada de su contrario. La máquina que posee el maravilloso poder de abreviar el trabajo y de hacerlo más productivo, trae el hambre y el exceso de fatiga. Por un extraño capricho del destino las nuevas fuentes de riqueza se transforman en fuentes de miseria. Se diría que cada victoria de la técnica se paga por una pérdida moral. A medida que el hombre se hace amo de la naturaleza, él se transforma en esclavo de sus semejantes y de su propia infamia. La pura luz de la ciencia misma parece llamar, para resplandecer, las tinieblas de la ignorancia. Todas nuestras invenciones y todos nuestros progresos no parecen tener otros resultados que el de dotar de vida y de inteligencia a las fuerzas materiales y rebajar al hombre a una fuerza material. Este contraste de la industria y de la ciencia modernas con las condiciones sociales de nuestro tiempo es un hecho patente, aplastante, innegable. Ciertos partidos políticos pueden deplorarlo; otros pueden pensar ser liberados por la técnica moderna y, al mismo tiempo, de los conflictos modernos. O aun, pueden creer que un progreso tan notable en la industria tenga necesidad, para ser perfecto, de un retroceso no menos marcado en el orden político. En cuanto a nosotros, no nos dejamos engañar con el espíritu pérfido que no se cansa de señalamos todos estos contrastes. Sabemos que las fuerzas nuevas de la sociedad reclaman hombres nuevos que las dominen y las hagan realizar un buen trabajo. Estos hombres nuevos son los obreros. Ellos son el producto de los nuevos tiempos, tanto como las máquinas mismas. En los signos que desconciertan

a la burguesía, la aristocracia y a los pobres anunciadores de la decadencia, nosotros reconocemos a nuestra vieja amiga... la revolución..."

En este trozo admirable, Marx destaca en forma brillante algunas de las contradicciones más hirientes de la sociedad contemporánea, las cuales se han agravado en la actualidad. En efecto, en el seno del capitalismo demo-burgués como en el seno del comunismo soviético, el progreso científico y técnico, y su correspondiente maquinismo perfeccionado, no han traído más justicia y libertad ni tampoco seguridad y mejoramiento moral. Hasta este instante, a pesar de los prodigiosos adelantos científicos y técnicos, es muy lento el mejoramiento material de la especie humana y muy reducida la ampliación del área de su libertad. Por el contrario, no obstante, los adelantos, las fuerzas históricas presionan en ambos mundos hacia el totalitarismo: en el mundo ruso-soviético debido a una política deliberada del Kremlin como resultado de sus concepciones y de la estructura del régimen comunista; en el llamado "mundo libre" debido al crecimiento de la sociedad directorial y administrativa, a los efectos del rearme total y a la represión de las aspiraciones de las colonias y de los países subdesarrollados.

Por otra parte, examinando en conjunto la sociedad humana, la civilización y el desarrollo portentoso de la ciencia, no han generado un progreso moral paralelo. Si se mide el avance de la moralidad social por el grado de igualdad y respeto por la personalidad individual y por el grado de justicia y de libertad, más bien comprobamos un retroceso, por cuanto la tiranía, la tortura y el miedo imperan en la mayor parte del mundo.

El mundo yace dividido en dos bloques irreductibles. Para los comunistas sólo existen dos campos: el suyo, socialista, democrático, popular, y el antagónico, capitalista, oligárquico, burgués. Para los demo-burgueses sólo existen dos mundos: el suyo, el mundo civilizado y de la libertad, y el contrario, el mundo concentracionario, de la dictadura y el terror.

En el llamado “campo socialista” la dictadura del proletariado se transformó en la dictadura despiadada de una casta burocrática sobre todo el pueblo, incluso el proletariado, donde las libertades políticas y sindicales se suprimieron. Es un estado policial basado en una economía colectivizada, burocráticamente administrada. En el llamado “mundo libre” se incluyen regímenes tan odiosos como las tiranías clérico-castrenses de Franco y de Salazar; la China Nacionalista de Chiang- Kai-Chek; la racista Unión Sudafricana, del Dr. Malan; las dictaduras de Trujillo. Somoza y Stroessner; las monarquías feudales del Medio Oriente: la Norteamérica de Mac-Carthy y Faubus y la Francia de Massu. En este “mundo libre” las economías de los países se encuentra en manos de grupos restringidos de capitalistas. La prensa y radio están monopolizadas por los grandes intereses, quienes orientan la opinión conforme a sus apetitos. Existen irritantes desigualdades sociales en todos los planos: en los salarios, en la habitación, en la salud pública, en la enseñanza, en el esparcimiento. Las libertades se encuentran siempre amenazadas y se mantienen por la dura batalla, desde hace más de un siglo, de las clases populares y de la intellegentzia. La democracia no existe en forma real en los países pobres y donde la lucha de clases es violenta, subsiste con muchas limitaciones.

V

Tanto los comunistas soviéticos como los socialdemócratas se han alejado de las concepciones marxistas, aunque ambos se remiten a Marx para justificar sus posiciones. Y entre más se alejan de los postulados de los maestros, más énfasis ponen en afirmar que son sus fieles discípulos. Pero, en la realidad de los hechos, ambos han desvirtuado la esencia del marxismo. Los primeros al dar forma a una sociedad totalitaria,

tecnocrática, con un desprecio absoluto por el hombre; y los segundos, por haberse acomodado al engranaje burgués-capitalista, contentándose con practicar un conformismo reformista, sin vuelo ni destino. Los comunistas soviéticos son los grandes revisionistas y los socialdemócratas, los grandes reformistas.

En la URSS, la abolición de la propiedad privada no ha engendrado el socialismo, cual lo concibieron Marx y los demás pensadores socialistas. Por el contrario, dio vida a un explotador y derrochador capitalismo de Estado y su correspondiente nueva clase privilegiada: la burocracia dueña del Estado. Y si ha obtenido grandes éxitos en la creación de una poderosa industria lo ha sido al precio de la libelad y del bienestar y de los trabajadores cuya servidumbre y bajo nivel de vida, durante varias generaciones, es semejante a la de los primeros decenios de desarrollo del capitalismo liberal.

En cuanto al socialismo reformista, a pesar de sus largos períodos de colaboración no ha logrado modificar la estructura del capitalismo y acelerar su paso hacia el sistema socialista. No se ha producido el colapso del régimen capitalista y, por el contrario, ha demostrado poder de evolución y transformación. Pero aun en los Estados Unidos, donde impera el capitalismo más dinámico, ha sido incapaz de eliminar sus contradicciones, de suprimir el desempleo y la cesantía, mientras un exceso de producción se malogra y destruye para mantener los precios y las ganancias de los dueños de los medios de producción, llegándose a bonificar a los agricultores si reducen sus siembras y limitan la producción.

La crisis del socialismo europeo radica según André Philip, socialista francés de izquierda, autor de dos obras de gran calidad: “La democracia industrial” y “El socialismo traicionado”, en su reformismo conformista. Su permanencia en el poder lo acostumbró a gobernar en el cuadro de la actual sociedad demo-capitalista. Es innegable su éxito en la obtención de ventajas apreciables para la clase obrera, pero no ha podido modificar los fundamentos del sistema. Han sido reformas de distribución en el cuadro de una estructura invariable, que llegan hasta cierto límite más allá del cual nuevas reformas sociales aumentan los precios de fábrica, y no aportan ventajas reales a los trabajadores. Esto último es posible únicamente si se afronta una transformación radical de la estructura económica capitalista.

Para André Philip, un verdadero movimiento socialista revolucionario y democrático debe guardarle fidelidad al ideal humanista de 1848 y al método de análisis científico de los acontecimientos aportado por el marxismo, por ser el único que nos permite una apreciación correcta de la evolución de la sociedad e incluso alcanzar resultados diferentes a los de Marx en su época.

El socialismo cree ante todo en el hombre y lucha por implantar una organización económica, social y política más favorable al desarrollo de su existencia y de su personalidad. En esta empresa debe mantener una severa concordancia entre su finalidad y los medios para lograrla, buscando siempre la verdad. El socialismo no puede engañar jamás y debe estar dominado por un afán de justicia, un anhelo de libertad y la más estrecha solidaridad con los oprimidos.

En el mundo actual se operan transformaciones gigantescas. Se ha iniciado una nueva revolución industrial caracterizada por la utilización de la energía atómica y la automatización, la cual cambiará profundamente la estructura social Se asiste ya al reemplazo del obrero por la máquina automática y a la formación de grupos profesionales nuevos. El socialismo, entonces, debe ser constructivo y técnicamente progresivo, colocándose al frente de la lucha por el aumento de la producción, y los progresos de la técnica y en la etapa de transición, por asegurar el pleno empleo de los trabajadores. Al mismo tiempo, crear un nuevo cuadro donde se rompa la resistencia de los intereses particulares, se planifique la producción y

distribución en el marco de una descentralización administrativa e industrial y se desarrollen las economías regionales. Pero el socialismo no sólo trata de reorganizar la producción; ante todo se esfuerza por liberar a los trabajadores, dándoles participación efectiva en las decisiones de las cuales dependen su nivel de vida y su existencia misma. Por eso, el socialismo investiga el papel de los comités le empresas, la autogestión obrera, la participación de las organizaciones sindicales en todos los actos de decisión de la vida económica y social. Según André Philip, el problema de fondo de la acción socialista en este instante es el de conseguir la democracia industrial, porque no es el caso de asegurar una planificación de la producción de acuerdo con el interés colectivo, aunque puesta en manos de minorías de técnicos, quienes deciden para el pueblo. pero sin el pueblo. Los trabajadores deben poseer una plena conciencia de sus responsabilidades. A este respecto el socialismo debe seguir de cerca la experiencia yugoslava de gestión obrera y las tentativas realizadas en Polonia.

Por otro lado, el socialismo debe ser internacionalista, porque es imposible su realización en un marco nacional. Si se integra en las estructuras nacionales de los Estados demo-burgueses se hará proteccionista, colonialista y reaccionario, pues por encima de los antagonismos de clases se establecerá una solidaridad nacional entre la burguesía y la clase obrera. El socialismo se ahoga en el marco nacional y ahí carece de destino. Debe reafirmar su carácter internacionalista y su lucha contra el capitalismo pues la socialización en el cuadro nacional es un paliativo temporal, a merced de los factores exteriores que no domina.

La emancipación de los trabajadores será universal. Este mensaje de Marx es ineludible. La socialdemocracia se transformó en defensora de los intereses inmediatos y limitados en el tiempo y en el espacio, de los obreros y empleados de un país. El comunismo-soviético desde la época de Stalin y su consigna del "socialismo en un solo país" llegó a ser nacionalista e imperialista; del comunismo de Stalin-Kruschev al socialismo de Mollet se aprecia el mismo virus nacionalista y reaccionario.

La política del socialismo reducida al ámbito nacional debilita su fuerza y su influencia, lo dispersa, le impone una gran diversidad de política y le da un carácter estrecho y poco efectivo a su lucha. La URSS, al subordinar el internacionalismo proletario a una acción táctica en favor de sus apetitos expansionistas, pervirtió y desnaturalizó la actividad de los comunistas colocándola como mero instrumento del Kremlin.

El socialismo debe combatir el colonialismo y poner en el primer plano de sus preocupaciones el problema de los países subdesarrollados. De aquí su posición antiimperialista práctica. El movimiento socialista es solidario de las tres cuartas partes de la humanidad en busca de libertad política y de desarrollo económico. Un socialista no puede solidarizar con un poder colonialista que trata de mantener el actual régimen de opresión y se opone a la emancipación de los pueblos. Tampoco puede solidarizar con el totalitarismo soviético que, a pretexto de desarrollar económicamente a un pueblo, suprime la libertad y quita sus derechos políticos y sindicales a los trabajadores.

Un socialismo dinámico, creador, revolucionario y democrático, constituye la verdadera esperanza de las grandes masas de trabajadores, técnicos y jóvenes, ansiosas de nuevas oportunidades y de seguridad, en estos instantes cuando el capitalismo exhibe su incapacidad para lograr la justa distribución de los bienes y el comunismo soviético demuestra su poder avasallador sustentado en una inhumana tecnocracia y en una tiranía despiadada.

VI

Es preciso volver al estudio de los maestros: coger de ellos la llama de sus doctrinas, no sus cenizas, y con ellas alumbrar el verdadero camino del socialismo; su real contenido de solidaridad y de liberación humana; su defensa del hombre y de la libertad; su dignidad revolucionaria y su aspiración de verdad y de justicia. En ningún caso pervertirlas por interpretaciones antojadizas e interesadas para justificar la opresión y la tiranía o el oportunismo y la componenda.

El socialismo es revolucionario y profundamente democrático y libertario. De aquí procede su lucha tenaz en contra del capitalismo y su correspondiente estado gendarme y su oposición irreductible a regímenes burocráticos y tiránicos. Por principio está en contra del capitalismo y en contra del fascismo totalitario; y tampoco acepta el capitalismo de estado burocrático del comunismo soviético. Aquellos sistemas suponen la negación del hombre y de la libertad.

A causa del desarrollo de las fuerzas productivas, de la técnica y de la ciencia, el socialismo se presenta como la solución racional a los problemas de la sociedad contemporánea. Su objetivo básico es realizar una profunda revolución social para poner término a las contradicciones existentes y a las clases antagónicas y edificar una nueva sociedad emancipada, sin clases. En su actividad diaria no rechaza la obtención de reformas, y por eso lucha para conseguirlas, pero estima sus resultados, aunque puedan ser bienhechores, muy limitados. Por eso es revolucionario y para realizar la revolución toma en cuenta todos los elementos: desarrollo de la producción, grado de concentración capitalista, progresos técnicos, voluntad de resistencia de los privilegiados, madurez política de la población, educación general y nivel de vida de los trabajadores llamados a cumplir su misión histórica de construir la nueva sociedad.

El verdadero enemigo del régimen y del espíritu capitalistas es la democracia socialista. Por eso el fascismo, tanto en su forma italiana como alemana, aun cuando su propaganda demagógica pretendía eliminar el capitalismo no hizo sino reforzarlo y dirigir toda su actividad real hacia la destrucción de las instituciones democráticas y de las conquistas sociales. Se impuso a base de una insistente propaganda en contra del régimen democrático-liberal, agitando consignas anticapitalistas y, al mismo tiempo, propiciando ciertas reformas de tipo socialista. Pero, como lo anotara Harold Laski, en uno de los luminosos capítulos de su gran obra “Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo”, el fascismo no fue otra cosa que una contrarrevolución capitalista y, una vez en el poder, estableció un “gobierno de forajidos”.

Siempre exhibió un feroz antiliberalismo en lo político y se demostró profundamente capitalista en lo económico. Su sistema corporativo se basó en la explotación minuciosa de los obreros con salarios reducidos, sin defensa frente a los patrones fuertemente organizados. El estado, corporativista y autocrático del fascismo no fue sino un Estado de empresarios donde se negó toda participación a los trabajadores, manejado como una empresa policíaca para oprimir al pueblo. En él “es como si la línea de montaje de una fábrica racionalizada se extendiera a toda la trama de la vida social, reduciendo al ser humano a la condición de esclavo de sus herramientas... En aras de la eficiencia y del bajo costo de producción se destruye toda libertad personal, cada individúo es manejado por el Estado, que extiende su albedrío a la esfera intelectual, a la vida privada y a los credos personales". De aquí surgió su inhumana dictadura, haciendo desaparecer todo rasgo de democracia. Suprimió las garantías de la libertad individual; la prensa quedó sometida a una censura implacable, y la educación, así como toda la actividad nacional, se orientó hacia la guerra.

Thomas Mann, en su conferencia “El artista y la sociedad”, escribió con exactitud: “el fascismo... no es una idea sino una maldad”. El ensayista chileno Luis D. Cruz Ocampo anotó el verdadero contenido del fascismo

en este trozo: “El antidemocratismo fascista es de la más pura cepa capitalista. El patrón no acepta ni puede aceptar discusiones dentro de su industria. El absolutismo de la usina pasa al Estado dirigido por el gran capital”. En el régimen fascista una arrogante casta gobernante, disciplinada en un partido único, pasó a controlar el Estado y la economía con los rasgos de una nueva clase social privilegiada, cargada de poder. Este estado burocratizado surgió del seno mismo de la democracia burguesa y de la producción industrial en masa, propia del alto capitalismo.

Pero la burocratización de la vida no sólo alcanzó su máximo en Alemania nazi de Hitler, también sucedió idéntico fenómeno en la Unión Soviética, de Stalin. Y tanto en el capitalismo burocrático fascista como en el soviético se suprimió toda democracia y se aplastó a los trabajadores. En los países fascistas para conjurar de manera drástica las contradicciones de un régimen de propiedad privada monopolista, con una intensa expoliación de las clases trabajadoras, dentro de una economía de guerra; y en la URSS, en cuanto resultado de la degradación del sistema socialista. Su desviación burocrática se produjo a causa de la desaparición de la democracia proletaria. El partido único al suprimir la libertad de sus adversarios y de sus propios miembros, ahogó las fuerzas creadoras de las masas laboriosas, condenó el régimen a la tiranía y favoreció la formación de nuevos privilegios y de una casta burocrática soberbia.

El resultado capitalista y burocrático en la URSS, tal vez se explica, además, porque el comunismo ha conquistado el poder donde ninguna de las condiciones objetivas (desarrollo de la producción, concentración capitalista) y subjetivas (extensión de las libertades, educación popular) subrayadas y exigidas por Marx se habían dado: en la atrasada Rusia Zarista y en la China feudal. Entonces se pasó del atraso, la miseria y la opresión a la dictadura y el totalitarismo y no al socialismo democrático.

Con razón Marx y Engels escribieron: "La minoría opone a la concepción crítica una concepción dogmática; a la visión materialista, otra idealista. A las circunstancias reales, sustituye la mera voluntad como motor de la revolución. Mientras nosotros decimos al obrero: tienes que pasar por quince, por veinte, por cincuenta años de guerra civil y de luchas de pueblos, no sólo para cambiar las circunstancias, sino para cambiarte a ti mismo, y capacitarte para el poder; vosotros le decís todo lo contrario: “o conquistáis inmediatamente el poder, o puedes echarte a dormir”. Y en tanto que nosotros enseñamos al obrero alemán, especialmente, el atraso en que está todavía el proletariado de su país, vosotros aduláis de la manera más descarada su sentimiento nacional y sus prejuicios de clase, lo cual es más práctico, desde luego, como medio de conquistarse la opinión. Hacéis con la palabra “proletariado” lo que los demócratas con la palabra "pueblo"; lo convertís en un ídolo. Y como los demócratas queréis adelantaros al proceso revolucionario enarbolando la frase de la revolución”.

Al estallar la revolución en los países más primitivos el socialismo degeneró en tiranía y superexplotación. Así se pasa más fácilmente en un país subdesarrollado y subinstruído a la dictadura y al totalitarismo que al socialismo y la democracia.

El socialismo pretende la apropiación colectiva de los instrumentos de producción y de cambio, pero como medio para alcanzar su objetivo final: la liberación del hombre y su definitiva dignificación. Mientras el capitalismo, el fascismo y el comunismo soviético constituyen la negación del hombre, el socialismo en su plena afirmación y su más alta reivindicación.

El socialismo combate el capitalismo de Estado y la burocratización con su feroz totalitarismo a través de la instauración de un sistema donde los medios de producción sean propiedad social y se manejen por los productores mismos con formas de democracia directa.

VII

En la experiencia socialista mundial cobra especial relieve el experimento yugoslavo, porque a pesar de haberse producido la revolución en un país pequeño y atrasado, sus dirigentes y su pueblo se esfuerzan por impulsar la edificación socialista dirigida a fundamentar una sociedad de nuevo tipo y a contribuir a una evolución democrática y pacífica en el mundo.

En el régimen socialista yugoslavo, sus postulados teóricos y sus instituciones tienden a dar organización a una democracia efectiva, a base de un proceso sostenido de descentralización administrativa por medio de organismos de autogobierno, o sea, de la intervención directa de las clases trabajadoras. La experiencia yugoslava rechazó los principios estalinistas y sus dirigentes señalaron que, en la URSS, no existía democracia, porque el régimen socialista se desfiguró al suprimir la iniciativa creadora de las masas, permitiendo la formación de una poderosa burocracia con todos los privilegios inherentes a su condición de dueña de los medios de producción y del Estado. En esta discrepancia y en esta crítica residen las causas del conflicto de ambos países.

Desde 1950 se inició una nueva etapa en la construcción del socialismo en Yugoslavia con la dictación de leyes avanzadas: Ley de los Consejos Obreros; Ley de los Comités Populares y Ley Constitucional, de 31 de enero de 1953. La Ley Constitucional se apartó del modelo soviético, pues tiende a disminuir la intervención administrativa centralizada y el empleo de medios político-administrativos, robusteciendo la tendencia al autogobierno. Los fundamentos de la organización política, económica y social se erigen en estos principios: “La propiedad social de los medios de producción, el autogobierno de los productores en la economía y el autogobierno del pueblo trabajador en el municipio, la ciudad, el distrito..."

Según Edward Kardelj, la revolución yugoslava ha tenido éxito porque se ha inspirado en ciertos principios fundamentales, característicos de su desarrollo y cuya aplicación tenaz y consecuente salvó el contenido socialista del sistema implantado, eliminando las tendencias burocráticas de capitalismo de Estado y evitando así reproducir la terrible experiencia soviética, donde se degradó totalmente el movimiento socialista. Estos principios directivos han sido el mantenimiento firme del papel dirigente de la clase obrera en las posiciones claves del desarrollo social, en alianza estrecha con todos los demás trabajadores, y con formas democráticas de poder; la orientación constante y consecuente hacia la democracia socialista en toda su vida y en todo su desarrollo social; y la sostenida tendencia hacia la descentralización del poder sobre la base de la autoadministración más amplia de los trabajadores en las diferentes funciones sociales y económicas.

Estos principios han sido defendidos en forma intransigente en el enfrentamiento de las dos tareas cardinales de la revolución: la primera, sacar al país de su estado de atraso (Yugoslavia de preguerra era uno de los países más atrasados de Europa un 75% de los habitantes vivía en el campo: carecía de industrias y la explotación de sus materias primas estaba en manos de capitales extranjeros, por lo cual debía importar la totalidad de los numerosos artículos que necesitaba) y edificar “la base económica indispensable, sin la cual es imposible un mejoramiento de las condiciones de existencia de los trabajadores, menos todavía un desarrollo de las formas socialistas de vida". En esta magna empresa, Yugoslavia ha conseguido grandes resultados y ha creado una base bastante sólida para su desarrollo económico y político. Es apreciable el progreso de su producción industrial y la transformación consiguiente de la estructura social, fundamentos de una más sólida estabilidad en las relaciones políticas. Según las estadísticas de las Naciones Unidas, desde 1953 a esta fecha, Yugoslavia es el país de Europa que

ha experimentado el más alto ritmo de desarrollo industrial (superior al de la URSS, y demás países satélites y al de las grandes potencias capitalistas como Francia, Gran Bretaña y Alemania Occidental). La segunda tarea, instaurar un sistema político democrático correspondiente a sus nuevas condiciones económicas y sociales, esto es, a la socialización de los medios esenciales de producción, verificada por un acto revolucionario. Según la concepción y la experiencia yugoslava en estas condiciones, para el desarrollo del mecanismo democrático, es primordial saber sobre qué principios será orientado el sistema de gestión de los medios sociales de producción. En primer término, no debe significar su entrega a un aparato de funcionarios que los dirijan. Una práctica de esta especie engendra ausencia de iniciativa individual, estagnación en la productividad del trabajo y, en general, el estancamiento económico con todas las manifestaciones negativas del monopolio de Estado y la tendencia a imponer el despotismo político de un poder de Estado absoluto. En segundo lugar, el sistema económico basado en la socialización de los medios de producción debe significar la emancipación del trabajo: “Todo hombre que trabaja debe participar de manera consciente y responsable en su gestión. Esta participación no puede ser sólo un derecho político formal, sino estimulada por sus reales intereses económicos y morales”.

El éxito y avance constantes de la experiencia yugoslava para construir una democracia socialista y su política internacional independiente de los bloques, impulsando una coexistencia activa y una neutralidad positiva, junto con todos los países democráticos ajenos a los intereses de las superpotencias, ha generado una elevada influencia en los países “socialistas” bajo la dominación rusa. De aquí la constante presión agresiva de la URSS en su contra. A pesar de haber restablecido sus relaciones en 1955 (Declaración de Belgrado), los sucesos de Polonia y Hungría y la negativa de Yugoslavia de firmar la Declaración de Moscú, de noviembre de 1957, reabrieron la disputa iniciada en 1948. El Kremlin desató la lucha contra el llamado “revisionismo”, como el peligro máximo que afrontan los partidos comunistas. Con motivo de las discusiones del Anteproyecto de Programa de la Liga de los Comunistas de Yugoslavia y de su aprobación, en seguida, en su VII Congreso de Liubliana, los días 22-26 de abril de 1958, la URSS y China asimilaron en forma violenta el revisionismo a la experiencia yugoslava y desencadenaron un ataque general en su contra. Frente a su exitosa experiencia, donde se construye el socialismo según caminos propios, el comunismo soviético los acusa de revisionistas y practicantes de los siguientes supuestos pecados: negar el espíritu revolucionario del marxismo y socavar el socialismo entre las clases trabajadoras; negar el papel dirigente del partido marxista-leninista; rechazar los principios del internacionalismo proletario, minar los principios leninistas en la organización del partido, o sea, del centralismo democrático y de querer transformar el P. C. de organización revolucionaria en una sociedad de debates y de fracciones.

A partir de esta campaña en los países bajo régimen comunista “revisionismo" es sinónimo de traición política más que desviación ideológica.

Para contrarrestar los peligros del "revisionismo”, el Kremlin insiste en el respeto del “internacionalismo proletario” y el “papel dirigente del Partido Comunista Ruso”. A través de tales principios, la URSS, se opone a la soberanía e independencia de los diversos partidos comunistas para determinar su línea de acción. Deben someterse estrictamente a los intereses de la URSS, y de su política. En esto consiste la subordinación de los “intereses locales” a los "intereses de la lucha proletaria mundial”.

En cuanto a la defensa del “partido marxista-leninista” y del “centralismo democrático” se la entiende como la existencia de un partido monolítico, con una obediencia incondicional de todos sus miembros a la voluntad de la directiva central. En este aspecto consideran "revisionismo la petición de democracia interna y libertad de discusión. Aceptarla significaría abrir a la crítica las decisiones tomadas por la

dirección central del partido. El mantenimiento rígido del “centralismo democrático” (en buenas cuentas “centralismo autocrático") permite la subsistencia de partidos comunistas obedientes y fieles instrumentos de las consignas soviéticas.

El combate contra el “revisionismo” es paralelo al ataque contra el socialismo humanista, porque éste repudia el despotismo del comunismo soviético y cree en el establecimiento del socialismo por procedimientos democráticos para dar vida a una sociedad donde imperen el bienestar y Ja libertad.

El comunismo soviético no acepta y, por el contrario, desaprueba estas palabras del Presidente Tito: “la sociedad socialista debe ser edificada para el hombre, para su felicidad y no para algo abstracto. Si se pierde de vista al hombre, se pierde de vista la esencia del socialismo pues el socialismo debe significar, ante todo, mejores relaciones humanas. Lo esencial en el socialismo es el humanismo. Es lo que no se debiera olvidar jamás”.

VIII

El triunfo del socialismo es inevitable. Y triunfará debido al desarrollo económico de la sociedad, de la educación política de las masas y del funcionamiento de la democracia.

Si pone acento especial en la crítica de las injusticias del orden capitalista imperante, de sus abusos y de sus desigualdades y atrasos, al mismo tiempo señala a las clases trabajadoras sus responsabilidades en una gestión disciplinada y consecuente. Las grandes transformaciones sociales no son la consecuencia de hábiles componendas; ellas resultan de la acción de las masas impulsadas por necesidades hondamente sentidas y porque son capaces de asimilar ideas inspiradoras. De acuerdo con lo expresado por los grandes teóricos socialistas las tácticas astutas, las maniobras caudillescas, las consignas burocráticas o la conquista de cargos directivos en los organismos populares, con ser importantes en un momento dado, no logran reemplazar las ideas, las cuales se convierten en fuerza material cuando, penetran y prenden en las masas. Y las ideas sin las cuales es imposible cualquier transformación progresiva de la sociedad no proceden de los politiqueros audaces y prácticos, que las subordinan o adaptan a una organización poderosa, sino de personalidades innovadoras, de talento crítico y de espíritu libertario.

Las ideas socialistas incrustadas en las masas no pueden ser jamás extirpadas por métodos represivos, por campos de concentración o ejecuciones. Como escribía Marx: “actos notorios, aun cuando realizados en masa, pueden oponerse con cañones en cuanto se tornan peligrosos; pero las ideas que se enseñorean en nuestra inteligencia y rinden nuestro albedrío, y que la razón remacha a nuestra conciencia. esas ideas son cadenas que no pueden arrebatarse al hombre sin destrozar su corazón”.

La experiencia nos enseña también que reformas profundas en el dominio de la propiedad territorial y mobiliaria, en la producción y repartición de las riquezas, no bastan para echar los fundamentos del socialismo. Dichas reformas pueden ser la base de una sociedad tecnocrática y tiránica como lo demuestra la experiencia rusa. Es necesario que el socialismo rechace los métodos dictatoriales, afirme la verdad y una severa ética revolucionaria. Para los socialistas el fin no justifica los medios, pues cuando éstos son detestables deterioran y encanallecen el fin. Aunque los comunistas ridiculizan a los socialistas como a pequeñoburgueses titubeantes, paralizados por escrúpulos éticos, mientras ellos son hombres de acción sin vacilaciones ni prejuicios morales, lo cierto es que la posición socialista es más fuerte y justa.

Los socialistas asiáticos han señalado particularmente la importancia de este problema. Para ellos todas las tentativas de la reconstrucción socialista de la sociedad están condenadas al fracaso si no se afirma una

ética socialista, por medio de la cual se establezca una perfecta correspondencia entre los fines y los medios; un respeto severo por la verdad y su práctica constante; un mejoramiento ininterrumpido del individuo. Según los teóricos socialistas asiáticos, los obstáculos para conseguir lo anterior radican en dos fuentes principales: el amoralismo de muchos de los dirigentes socialistas-marxistas, quienes consideran a los principios éticos básicos como relativos y como “prejuicios burgueses"; y la debilidad de la naturaleza humana (el innato sentido del oportunismo del hombre).

El triunfo del “socialismo" en Rusia ha puesto de actualidad el problema. Se cambiaron las bases económicas y las condiciones sociales, pero la superestructura que se elevó no respondió en ningún instante a lo descrito por el socialismo. Se consolidó un régimen de capitalismo de Estado, dirigido por un Estado omnipotente, a través de una burocracia soberbia y de una tiranía jamás vista. Quienes anhelaban la construcción de un régimen socialista de bienestar y justicia y el desarrollo de la ciencia del socialismo, después de su establecimiento, fueron defraudados. Y los comunistas soviéticos en lugar de hacer progresar el socialismo lo estratificaron en dogmas estériles y en vez de interpretar la historia se dedicaron a falsificarla. Desde su victoria en el seno del Partido Comunista y de la casta gobernante de la URSS, ha existido una lucha por el poder despiadada y cruel. Y en su curso se han empleado todos los medios, y a los métodos, aun los más repudiables, se les consideró apropiados. La moral socialista en esta experiencia se ha basado en un amoralismo para el cual el bien y el mal son valores relativos, que pueden ser completamente desechados en interés del resultado por conseguir, o sea, de la rastrera conveniencia. Esta actitud se justifica porque el objetivo, o fin último, es bueno. Sin embargo, la propia experiencia demuestra que, con tales medios se han alejado cada vez más del fin.

Es irrefutable, y los socialistas asiáticos lo han señalado con extraordinaria claridad, que, si nuestros actos inmediatos no guardan consonancia con nuestro ideal último, no tendremos jamás posibilidad de alcanzarlo. En cambio, solo al encuadrarse nuestros valores inmediatos con nuestros ideales, al no existir la menor contradicción entre los valores inmediatos y los objetivos últimos, entonces habrá posibilidad de alcanzar nuestro ideal.

Los programas socialistas, deben contener, entonces, ciertos valores éticos, cuya aceptación sería obligatoria y jamás descartados por el oportunismo.

En cuanto a la debilidad de la naturaleza humana es preciso contar con este hecho y no preocuparse sólo del medio ambiente que rodea al individuo; es necesario encarar su naturaleza interna propia y poner acento en su mejoramiento. Es un proceso encadenado: cambio de las condiciones sociales y mejoramiento espiritual del individuo. Gran parte del éxito del fascismo se debió a su aprovechamiento cínico de la mala condición humana. Hitler, en su obra ''Mi Lucha”, escribió: “Debemos tomar a los hombres tales como son, y también tomar en cuenta su debilidad y su brutalidad”. O sea, no preocuparse por mejorar y elevar la condición humana, sino sacar provecho de ella para afirmar una política contraria a los intereses del hombre y de la humanidad: embaucar a las masas para oprimir a la sociedad.

El hombre es un ser social y la influencia del medio ambiente, del sistema imperante, lo conforma en gran parte. Un cambio de régimen entonces significa de inmediato una modificación apreciable de su conciencia. La democracia y el socialismo se afanan por cambiar la sociedad y por dignificar al hombre; de elevarlo por sobre sus propias taras, porque creen en su perfectibilidad ilimitada. Es cierta y justa la observación del Dr. Rieux, personaje de “La Peste”, de Albert Camus, cuando reconoce “que hay en los hombres más cosas dignas de admiración que de desprecio”. Entonces se debe actuar de consuno sobre

medio e individuo para ser transformados. Y así, en un ambiente apropiado, sin miseria ni opresión, pueda el individuo comportarse como un ser humano libre, pero disciplinado y capaz de someter sus propios deseos y ambiciones al bien social.

Si es posible transformar las condiciones económicas y sociales, también es posible crear en el corazón del hombre sentimientos más altos y darle un ideal moral superior. Y en la resolución de la cuestión social deben predominar la defensa y el respeto de la personalidad humana, dando a cada individuo el máximum de seguridad, de dignidad, de felicidad. El verdadero progreso debe tender sin cesar a liberar al hombre y a la humanidad; a acrecentar el valor individual del hombre, no a transformarlo en un insignificante tornillo de un complicado mecanismo ni en una ínfima hormiga en un inmenso y despiadado hormiguero como desde puntos opuestos tienden el capitalismo egoísta y el comunismo totalitario; ambos negadores de la esencia del hombre, de su dignidad, de su libertad y de su posibilidad de perfeccionamiento espiritual.

Albert Camus o la dignidad del hombre[34]

"En efecto, no soy un filósofo y sólo puedo hablar de lo que he vivido. Y yo he vivido el nihilismo, la contradicción, la violencia y el vértigo de la destrucción. Mas, al propio tiempo, he saludado la facultad de crear y el honor de vivir". A. C. - ACTUELLES.

I

Albert Camus ha sido una de las conciencias más nobles de nuestro tiempo. Inteligencia lúcida, corazón generoso, carácter heroico, fueron sus atributos como hombre; talento vigoroso y brillante, riqueza de ideas y belleza clásica del estilo, son sus características como escritor. Con razón F. Bondy expresó: “Camus no sólo era una presencia como escritor, sino sobre todo como hombre”.

A pesar de ser un escritor maestro y un defensor tenaz de la alta misión del artista, rehuyó formar parte de los clanes de la sociedad intelectual, manteniéndose solitario e independiente. No le agradaba destacarse en polémicas ruidosas ni con actitudes propagandísticas; no se identificó con ningún grupo ni con revista alguna; tampoco mantuvo compromisos con partidos o potencias. Su interrogante, al recibir el Premio Nobel, demuestra su modestia y su sinceridad: “¿Cómo un hombre casi joven todavía, rico solo de sus dudas, con una obra apenas en desarrollo, habituado a vivir en la soledad del trabajo o en el retiro de la amistad, podría recibir, sin cierta especie de pánico, un galardón que le coloca de pronto, y solo, en plena luz?”.

Su actividad creadora y ciudadana estuvo alimentada por la más profunda adhesión a la verdad y a la justicia; a la sinceridad y a la libertad. Al amparo de tales principios defendió toda causa noble; denunció todo atropello a la dignidad del hombre; condenó todo abuso. De aquí surgió su autoridad en el mundo intelectual y artístico y las nuevas generaciones francesas se vieron mejor representadas por él que por cualquier otro escritor. Su altiva independencia, su firme espíritu libertario y la perfección de su obra literaria le valieron los ataques concertados de reaccionarios y totalitarios, y la envidia de los mediocres. Pero, en cambio gozó de una influencia inmensa en la juventud y en la multitud del hombre común. Y a medida que el tiempo transcurra, su obra prematuramente detenida por un accidente absurdo, crecerá en gravitación, porque en todos sus escritos, como en sus actitudes y posiciones cívicas, en perfecta concordancia con su vigorosa filosofía de la libertad y su sincero anhelo de progreso, nada se encuentra

[34] OCCIDENTE N°128, mayo-junio de 1961

de que pudiera haberse arrepentido o avergonzado, al revés de lo sucedido a tantos de sus impugnadores, comprometidos de manera innoble con las fuerzas conservadoras o con los poderes dictatoriales.

Camus era enemigo del nacionalismo y de cualquier orgullo imperialista; por ascendencia (nació en Argelia y tenía sangre francesa, española y árabe) y formación humanista, poseía un espíritu profundamente universal. Uno de sus compañeros ha recordado que, en su propio despacho, con amigos de cinco países, se fundó el primer Comité de la Federación Europea. Asimismo, intervenía en favor de escritores argelinos detenidos por los colonialistas franceses; alzaba su voz en defensa de Tibor Dery y los escritores húngaros encarcelados por las fuerzas soviéticas; denunciaba las persecuciones a los escritores españoles por el despotismo franquista; apoyaba moralmente a Boris L. Pasternak, vilipendiado en su patria, la URSS, al mantener su espíritu altivo.

Albert Camus, en 1958, aceptó reeditar su primera publicación: "El revés y el derecho", de 1937, y en el prólogo escribió: "Sé, con toda seguridad, que la obra de un hombre no es más que este largo deambular para volver a encontrar por los rodeos del arte las dos o tres imágenes sencillas y grandes a las que el corazón se abrió por primera vez. Y quizás por esto, al cabo de veinte años de trabajo y de producción, sigo viviendo en la idea de que mi obra no está siquiera empezada".

Es demasiado exigente, pues al recorrer su vasta producción de tan rico y original contenido, son de admirar su unidad y su asombrosa perfección.

II

Albert Camus nació en Mondovi, provincia de Constantina (Argelia), el 7 de noviembre de 1913. Murió en un accidente automovilístico, en enero de 1960, a los 46 años. Descendía de una familia de obreros agrícolas. Su padre, francés fue muerto en 1914; su madre era de ascendencia española, por parte de su padre, y de árabe, por su madre. Cursó estudios superiores en la Facultad de Argel, donde experimentó la influencia de su profesor Jean Grenier. Desempeñó diversos oficios y se dedicó a los deportes. Licenciado en Letras, entregó una tesis sobre San Agustín y Plotino, pero la tuberculosis le impidió presentarse en el concurso de adscripción. Desde joven lo devoró una fuerte pasión por el teatro y creó una compañía, (L'Equipe). Llevó a la escena su obra La révolte des Asturies, (La revuelta de Asturias), sobre el levantamiento de los mineros de Oviedo, en octubre de 1934. Fue prohibida por las autoridades. Adaptó El tiempo del desprecio, de André Malraux y tradujo Prometeo, de Esquilo. Viajó en condiciones difíciles por España, Italia y Checoslovaquia. Publicó sus primeros opúsculos en 1937 y 1938: L'envers et le droit, (El revés y el derecho), y Noces, (Matrimonio). Ejerció el periodismo en Argel y, más tarde, en París. Durante la guerra luchó en la Resistencia y llegó a ser el jefe de redacción de "Combat", (Combatiente), fundado por las fuerzas patriotas, y donde colaboraron Bernanos, Malraux, Sartre. Lo abandonó, en 1945. En "Combat" impuso su rectorado espiritual, destacándose por su vigor y rectitud. Atacó la violencia, el sofisma y la injusticia, ganándose el aprecio y el respeto del público por su entereza, su honestidad y pureza.

En plena conflagración salió a luz su novela L´ Etranger, (El Extranjero), en 1942, conquistando de inmediato renombre literario. En El Extranjero, un hombre ignorante del bien y del mal mata sin saber por qué; es juzgado y condenado sin acertar a defenderse. Todo pasa fuera de él, extraño a su propia conciencia como a la de los demás. Y sube al cadalso empujado a la muerte por una sociedad a la defensiva, de la cual lo ignoraba todo y a la que no perteneció nunca, ajena ella, igualmente, al condenado. El "extranjero" es el hombre solo, sin atadura alguna. La fuerza de la novela mana de la piedad hacia la

desventura inmerecida de un ser miserable, abandonado, víctima inexplicable de un mundo sin razón de ser y, por ello, absurdo entre los dos extremos que lo encierran: la angustia y la nada.

Al año siguiente, 1943, apareció su ensayo Le mythe de Sisyphe, (El mito de Sísifo). Aquí, en oposición al absurdo y desventurado "extranjero", presenta un tipo de hombre valeroso, en los trazos simbólicos del Sísifo de la mitología griega, condenado a empujar hasta la cumbre de una montaña, una roca que volvía a caer al fondo y era necesario llevarla de nuevo a la cima. Al aceptar su condenación, Sísifo revela grandeza humana en la realización de su tarea. A partir de esta obra, la moral de Camus, apoyada en la nobleza del esfuerzo humano, adquiere un nuevo sentido: defiende al hombre agobiado por un destino ineluctable o por la injusticia de la masa innominada hacia el individuo.

Después de la liberación alcanzaron gran éxito sus obras de teatro, Le Malentendu (El malentendido), representada en 1944; y Calígula, en 1945. En este mismo año apareció Lettres a un ami allemand, (Cartas a un amigo alemán). Son cuatro cartas en las cuales defiende el sentido del hombre y de la felicidad, y junto con Carta a un rehén, de Saint-Exupéry, fueron las primeras voces humanas llegadas de Francia a los ciudadanos de Alemania despedazada.

En 1946 hizo un viaje a los Estados Unidos, y al año siguiente se publicó su novela La Peste. Con ella se colocó como maestro de las generaciones de postguerra. Imagina una ciudad, (Orán), víctima de una plaga mortal, contra la cual luchan con fervor algunos seres generosos, llevados por la sola devoción hacia los demás hombres, por el sacrificio de la solidaridad humana. Rieux, su personaje principal, decide redactar la crónica de la lucha contra la peste: "por no ser de los que se callan, para testimoniar en favor de los apestados, para dejar por lo menos un recuerdo de la injusticia y de la violencia que les había sido hecha y para decir simplemente algo que se aprende en medio de las plagas: que hay en los hombres más cosas dignas de admiración que de desprecio".

En 1948 y 1950 entregó sus obras de teatro: L´ état de siège, (El estado de sitio), y Les justes, (Los justos). La última sería, al decir de sus críticos, la obra más reveladora del alma de Camus. Se enfrenta con "los grandes inquisidores que amenazan restablecer aquí el reino de la muerte", es decir, con quienes por estar seguros de sus juicios se arrogan esa responsabilidad sobrehumana y "en esa brutal seguridad, Albert Camus, no ve la conclusión de un juicio responsable, sino la negación del razonamiento y de la verdadera condición humana, la ciega acción que alimenta su fuerza en la fascinación del poder, en el ejercicio de la violencia, aunque se pretenda ejercerla en nombre de abstractos ideales".

Su pasión por el teatro era profunda. Trabajó años en la adaptación y en la escenificación de Los Endemoniados, de Dostoievski.

En 1949, realizó un viaje por América del Sur. Estuvo en Santiago, donde dio una aplaudida conferencia en el Salón de Honor de la Universidad de Chile. Por su sencillez, hombría y despierta inteligencia se captó las simpatías de todos los que le trataron.

En 1951 se imprimió su ensayo L´ Homme révolté, (El hombre rebelde), obra de historiador y de filósofo. Proclama el derecho del individuo a rebelarse contra la revolución transformada en tiranía. A. Camus, en severo y exigente compromiso con la verdad, denunció todo engaño y sofisma. Por eso reprobó los campos de concentración soviéticos defendidos como necesarios para la victoria de la construcción comunista y del partido, de la misma manera que solidarizó con los trabajadores e intelectuales húngaros, heroicos combatientes por su libertad en contra del poder imperial de la URSS.

III

En su “Diálogo en defensa del diálogo”, (Babel, N°57, traducido por Oscar Vera y recogido en ACTUELLES) define su posición: ... “Soy partidario de la pluralidad de posiciones. Si se pudiera organizar el partido de los que no están seguros de tener razón, ese sería el mío. En todo caso, no insulto a los que no están conmigo. Es mi única originalidad”. Rechaza toda política de poder, porque significa la preparación para la guerra. Es partidario de la paz, pero no de la paz a cualquier precio. No olvida a Yalta ni a Postdam; los firmantes de esos pactos consagraron el reparto del mundo y entregaron “a los liberales, a los socialistas y a los anarquistas de las democracias populares del Este a los tribunales soviéticos”, permitiendo su eliminación despiadada. Junto con trabajar en favor de la paz, precisa las siguientes limitaciones a la violencia: supresión de la pena de muerte, denuncia de las condenas a plazo ilimitado, de la retroactividad de las leyes y de los campos de concentración. Escribe: “proclamarse revolucionario y exaltar la pena de muerte, la supresión de las libertades y la guerra equivale solamente a decir que se es reaccionario, en el sentido más objetivo y menos reconfortante de la palabra. Los revolucionarios contemporáneos han aceptado ese lenguaje; por eso es por lo que vivimos hoy universalmente una historia reaccionaria. Son las potencias policiales y las potencias del dinero las que, quizás por cuanto tiempo todavía, hacen la historia en contra del interés de los pueblos y de la verdad del hombre” ... Sin embargo, está permitida la esperanza y ya que no vivimos tiempos revolucionarios, aprendamos a vivir tiempos de rebeldía. Saber decir que no, denunciar las injusticias, preparar lo que merece vivir, mantener lo que vale del ser, son obligaciones del hombre libre.

Su producción continuó regularmente. En 1954, L´ Eté, (El Verano), ensayos; en 1957, L’ Exil et le Royaume, (El destierro y el reino), cuentos; y La Chute, (La Caída), relato.

En su relato “La Caída”, según varios críticos, la objetividad aparente no disimula la subjetividad. Su personaje Jean Baptiste Clamence, aunque no es Camus, aparece como su portavoz para contestar a sus enemigos. Por lo menos ésta es la opinión del perspicaz crítico Claude Mauriac. Gracias al subterfugio señalado, Camus puede, también, burlarse amablemente de sí mismo. En esta obra, pensamiento y estilo alcanzan una pureza insuperable, aunque se advierte la ausencia del optimismo de sus anteriores libros. Estampa este desolado juicio: “Los hombres no se convencen de tus razones, de tu sinceridad y de la gravedad de tus penas, sino con tu muerte. Mientras vives, tu caso será dudoso”.

En 1957, a los 44 años, recibió el Premio Nobel. Desde la aparición de El Extranjero, en 1942, que lo elevó a la fama literaria, su obra no cesó de ascender. El Premio Nobel consagró con reconocido acierto su alta jerarquía artística y su nobilísima posición intelectual. El mundo literario en general y la juventud lo recibieron con unánime entusiasmo. Sólo los reaccionarios y los soviéticos lo atacaron. (Un tal S. S. Smirnov, en “Aguitator”, (“El Agitador”), N°22 de 1958, escribió estas líneas innobles, muy propias de la actitud de los personeros del mundo concentracionario: “El año pasado el Premio Nobel de Literatura fue discernido al escritor fascistizante francés Camus, muy poco conocido en Francia, y que aparece moralmente como un individuo al cual ningún escritor francés decente tendería la mano. En realidad, ese Camus ha enviado también un telegrama amigable a B. Pasternak”). ¡Los comentarios sobran!

Al recibir el Premio Nobel, Albert Camus enfocó la delicada misión y los difíciles deberes del escritor en frases luminosas y perennes. Sus párrafos más sobresalientes dicen: “El artista se forja en ese perpetuo ir y venir de sí mismo a los demás, equidistante entre la belleza sin la cual no puede vivir, y la comunidad, de la cual no puede desprenderse. Por eso los verdaderos artistas no desdeñan nada; se obligan a comprender

en vez de juzgar" ... "Pero en todas las circunstancias de su vida, obscuro o provisionalmente célebre, aherrojado por la tiranía o libre de poder expresarse, el escritor puede encontrar el sentimiento de una comunidad viva, que le justificará a condición de que acepte, en la medida de sus posibles, las dos tareas que constituyen la grandeza de su oficio: el servicio de la verdad y el servicio de la libertad. Y, pues su vocación es agrupar al mayor número posible de hombres, no puede acomodarse a la mentira y a la servidumbre que, donde reinan, hacen proliferar las soledades. Cualesquiera que sean nuestras flaquezas personales, la nobleza de nuestro oficio arraigará siempre en dos imperativos difíciles de mantener: la negativa a mentir respecto de lo que se sabe y la resistencia a la opresión".

Enfocó el papel de las generaciones y con relación a la actual le reconoce como característica su defensa de la verdad y de la libertad y por eso debe ser alentada donde quiera que se halle y donde se sacrifica: "... Indudablemente, cada generación se cree destinada a rehacer el mundo. La mía sabe, sin embargo, que no podrá hacerlo. Pero su tarea es quizás mayor. Consiste en impedir que el mundo se deshaga. Heredera de una historia corrompida en la que se mezclan las revoluciones fracasadas, las técnicas enloquecidas, los dioses muertos y las ideologías extenuadas; en la que poderes mediocres que pueden hoy destruirlo todo, no saben convencer; en la que la inteligencia se humilla hasta ponerse al servicio del odio y de la opresión, esa generación ha debido en sí misma y a su alrededor, restaurar, partiendo de sus amargas inquietudes, un poco de lo que constituye la dignidad de vivir y de morir. Ante un mundo amenazado de desintegración, en el que nuestros grandes inquisidores arriesgan establecer para siempre el imperio de la muerte, sabe que debería, en una especie de carrera loca contra el tiempo, restaurar entre las naciones, una paz que no sea la de la servidumbre, reconciliar de nuevo el trabajo y la cultura y reconstituir con todos los hombres una nueva Arca de la Alianza" ...

IV

Albert Camus reunió sus artículos polémicos en tres volúmenes, bajo el título de ACTUELLES. En el primero, ACTUALLES. Chroniques 1944-1948, recopila los editoriales de "Combat", entre 1944 y 1945, y otros posteriores; y ACTUELLES III. Chronique Algérienne. 1939-1958, presenta los textos referentes a Argelia a lo largo de veinte años, a partir de 1939, cuando casi nadie, en Francia, se interesaba por la situación de aquel país, (en junio de 1939 publicó Misère de la Kabylie). Desde muy joven Camus se encontró enfrentado a la miseria argelina y multiplicó en vano sus advertencias sobre ella. Por esta previsora actitud se le expulsó de Argelia.

En el prólogo de su tomo sobre Argelia expone con absoluta franqueza su actitud. No aprueba una política de conservación o de opresión, pero tampoco una de dejación. Condena las represalias contra la población civil y la práctica de la tortura; tales crímenes suponen afrenta y humillación para los franceses y debe rehusarse toda justificación. Es preferible sufrir injusticias antes que cometerlas. Y ahí advierte: ... "El deber del gobierno no consiste en suprimir las protestas, aunque sean interesadas, contra los excesos criminales de la represión, sino en suprimir estos excesos y condenarlos públicamente ..." Al mismo tiempo condena el terrorismo del FNL contra la población civil francesa y árabe, porque después de todo, "Gandhi ha probado que se puede luchar por el propio pueblo, y vencer, sin cesar un sólo día de ser estimable". Se opone a ambos extremistas y a la casuística de la sangre: "para justificarse, cada cual se apoya entonces en el crimen del otro".

Según Camus, el Occidente, que, en los últimos, años ha dado la independencia a decenas de países (y Francia a toda el África Negra), merece más respeto y paciencia que la URSS, pues en el mismo tiempo ha

colonizado y colocado bajo su protectorado implacable a una docena de países de grande y antigua civilización. En su criterio, en Argelia "hace falta una política de reparación y no una política de expiación". A pesar del recrudecimiento del terrorismo y de la represión es posible poner fin al colonialismo, a los sueños de reconquista o de mantenimiento del "statu quo"; y excluir los sueños de un desarraigo de los franceses de Argelia, porque si bien no tienen derecho a oprimir a nadie, sí tienen de no ser oprimidos y de disponer de sí mismos en la tierra donde nacieron.

La posición humana y realista de Camus fue tachada de poco definida, olvidando su condición de franco argelino; sus investigaciones de carácter social con el propósito de aliviar la miseria en Kabila; su expulsión del país; su preocupación por reunir a los escritores argelinos y ayudarlos a publicar sus obras, y su constante intervención cerca de los Residentes Generales en favor de condenados a muerte.

Al periodista Jean Bloch-Michel, le expresó Camus, en una entrevista para la revista "DEMAIN", lo siguiente: "Mi papel en Argelia no ha sido nunca, ni nunca será, el de dividir, sino el de unir de acuerdo con mis medios. Pero yo no puedo hacer solo lo que tantos hombres se encarnizan en destruir. He hecho lo que he podido. Volveré a empezar cuando de nuevo haya una probabilidad de ayudar a la reconstrucción de una Argelia liberada de todos los odios y de todos los racismos".

V

Albert Camus amaba a España como patria de los rebeldes y fue un sincero adepto de España Republicana. Sentía el drama español como una tragedia personal. La guerra civil española la estimó como una guerra de la libertad. Condenó la indiferencia de Francia y las indignidades cometidas; entre otras, la entrega de Companys, a quien fusiló, contra todas las leyes de la civilización, el cavernario tirano Franco. Lo entregó Vichy, pero, como decía Camus, "no se nos quita la idea de que una nación es solidaria de sus traidores, tanto como de sus héroes o no es solidaria de nada". Europa, el mundo, no pueden prescindir de España y no es posible permanecer indiferente a su situación y ante ella escribía: "Pero nosotros hemos comprendido que la democracia no tiene fronteras. Menospreciada en un lugar, es amenazada en todos... Cada vez que un hombre libre es cargado de cadenas en el mundo somos todos nosotros encadenados. La libertad debe ser para todos o para nadie. Es la única fórmula de la democracia que vale la pena".

La posición de Camus frente a los problemas ideológicos y políticos de la época se encuentra bien definida en un mensaje leído en un acto público, de los estudiantes franceses, en solidaridad con los insurrectos de Hungría. Ahí dice: "Los hombres de mi generación tenían veinte años en la época en que Hitler tomaba el poder y en que se organizaban los primeros procesos en Moscú. Durante diez años hemos tenido que luchar, primero, contra la tiranía hitleriana y contra los hombres de derecha que la sostenían. Y durante otros diez años hemos combatido la tiranía estaliniana y los sofismas de sus defensores de izquierda. Hoy, a pesar de las traiciones sucesivas y de las calumnias de que los intelectuales de todos los campos la han cubierto, la libertad, y ella, ante todo, sigue siendo nuestra razón de vivir". Recomienda a la juventud no aceptar jamás que la libertad del espíritu, de la persona, de la nación, sean puestas en tela de juicio ni siquiera provisionalmente: "Ahora debéis saber que cuando el espíritu está encadenado, el trabajo está esclavizado; que el escritor está amordazado cuando el obrero está oprimido; y que cuando la nación no es libre, el socialismo no libera a nadie y sojuzga a todo el mundo".

Al proclamar la lección de los jóvenes combatientes de Budapest muertos por la libertad, exclama: "Estos no os han mentido al gritaros que el espíritu y el trabajo libres, en una nación libre, en el seno de una

Europa libre, son los únicos bienes de esta tierra y de nuestra historia que merecen que se luche y se muera por ellos".

VI

Albert Camus fue atacado en forma permanente por los derechistas reaccionarios y por los comunistas y sus seguidores veleidosos, al estilo de Sartre. La repulsa de los primeros es obvia, por su posición de izquierda, libertaria y rebelde, humanista y universalista, reacia a todo nacionalismo estrecho y a todo sectarismo retrógrado. La de los segundos, por las mismas razones, y por la negativa de Camus a aceptar los métodos tiránicos y concentracionarios del sistema soviético. En una época le prodigaron los epítetos más groseros: haber escrito sus libros con los fondos del Plan Marshall y de ser un agente de la policía. Al otorgársele el Premio Nobel y en vista de la dolorosa experiencia de Hungría, (muchos escritores simpatizantes se retiraron de su lado y, entre ellos, el voluble Sartre), los teóricos comunistas de turno (al estilo de Garaudy y Kanapa) lo trataron con moderación. El crítico J. Bloch-Michel cita de "L' Humanité" este trozo: "La obra de Camus se caracteriza... por un anticomunismo tenaz, traducido con una perfecta claridad, una gran fuerza (éste es su mérito literario); representa la angustia del intelectual que, después de haber unido su suerte a la de una clase condenada, cree o finge creer que el humanismo, su propia razón de ser de intelectual, está también condenado a muerte. La obra de Camus, himno de rebelión estéril, es asimismo el grito de desesperación de un mundo condenado". Todo esto es falso, reconoce Bloch-Michel, pero no hay las injurias y calumnias acostumbradas por los comunistas contra todo intelectual contrario a sus virajes y mistificaciones. Según el cronista, porque Camus es un gran escritor leído con suma atención por los militantes comunistas y, entonces, no se les puede hacer tragar las inepcias corrientes. De ahí su esfuerzo por condenarlo en un "estilo serio", a cargo de sus grandes teóricos, acusándolo de "filósofo del mito de la libertad abstracta".

En resumen, los ataques a Camus son contradictorios y no obedecen a una posición seria, elevada, ni tampoco calan en la rica substancia de su obra. Son meros desbordes verbales, superficiales y torpes. Jean Bloch-Michel hizo un balance, a través de la prensa representativa de las grandes tendencias en pugna, y llegó a este resultado: unos le reprochan firmar demasiados manifiestos y otros de no firmar bastantes; unos lo acusan de ser partidario de soluciones liberales para Argelia y otros de no ser partidario bastante eficaz de esas soluciones liberales; unos le reprochan haber sido un "resistente" y amar la paz; y otros le acusan de luchar contra la pena de muerte y rehusar el perdón ciego. En este mundo de sectarismos choca a unos y a otros su espíritu crítico, rebelde, independiente; y en medio de los dogmatismos crueles molesta su defensa de la verdad y de la libertad.

El juicio objetivo y técnico sobre su obra y su actividad señala la innegable calidad de ambas; la perfecta comunión entre un pensamiento original y rico y un arte estupendo; la sorprendente ecuación entre un pensador atormentado y un escritor maestro; su gran honestidad intelectual y su insobornable posición en defensa de la libertad y de la justicia. Ocupará un sitio insuperable como moralista de alcurnia en la mejor tradición de la intelectualidad francesa.

Luis Araquistaín, gran ensayista español[35]

El escritor y ensayista chileno Julio César Jobet es un colaborador habitual de la revista "OCCIDENTE", así como de las más importantes publicaciones culturales de América. La actualidad y hondura de los temas

[35] OCCIDENTE enero-febrero 1964 N°154

que aborda, así como la claridad y elegancia de su estilo, otorgan a sus ensayos y artículos un valor de excepción, altamente apreciado por los públicos nacionales y extranjeros.

I

Luis Araquistaín, eminente escritor, llevó a cabo una amplísima actividad como articulista en diarios y periódicos y como ensayista en revistas literarias y políticas, a lo largo de medio siglo. En su condición de líder político desempeñó altos cargos de representación popular y diplomáticos durante el período republicano. Aunque se le conoce, principalmente, por haber sido uno de los periodistas más notables de España, también publicó varias novelas y dramas.

Araquistaín nació el 18 de junio de 1886, en Bárcena de Pie de Concha, pueblo santanderino. Ingresó a la Escuela de Náutica, donde terminó sus cursos, pero no se incorporó a la Marina. Muy joven se trasladó a Buenos Aires y aquí vivió algún tiempo dedicado a modestas funciones. Desde muchacho se le despertó una poderosa vocación de escritor y pronto colaboró en la prensa de Bilbao y de Barcelona. Al radicarse en Madrid escribió en el diario "EL MUNDO" y, en seguida, lo hizo en "EL LIBERAL". En sus páginas afirmó su prestigio de escritor.

Araquistaín entró a actuar en la escena española en los instantes en que una nutrida falange de grandes pensadores, literatos y artistas removía su ambiente intelectual y político. Era una promoción notable, heredera del llamado movimiento del 98, con un fuerte bagaje ideológico moderno y una ancha perspectiva europeísta, con todos sus esfuerzos dirigidos a conseguir "la regeneración nacional", es decir, sacar a España del atraso económico y del marasmo social y político, transformarla desde el fondo a la superficie, inyectarle una vigorosa savia cultural, colocarla en la corriente universal de la civilización, integrada con Europa y el mundo.

En el último tercio del siglo XIX, originales pensadores calaron hondo en la situación de España, señalando sus males e indicando remedios urgentes. Joaquín Costa, Angel Ganivet, Francisco Giner de los Ríos, Miguel de Unamuno, y tantos más, se empeñaron obstinadamente en tan gigantesca tarea. Costa exclamaba: "hay que europeizar a España y cerrar con siete llaves el sepulcro del Cid... España tiene hambre de pan, hambre de instrucción, hambre de justicia". El admirable maestro de España contemporánea, Francisco Giner de los Ríos, enfrentaba la realidad peninsular en frases sombrías y, al mismo tiempo, proféticas lamentando el divorcio entre la vida jurídica española y las instituciones políticas. En la práctica imperaba la falsificación de las funciones, permitiendo el triunfo de la garrulería, lo cual traería en el futuro consecuencias perniciosas, si oportunamente no se le ponía coto. En su ensayo "Sobre el estado de los estudios jurídicos en nuestras universidades", de 1888, trazaba un asombroso panorama de la existencia hispánica y de los peligros inherentes en caso de no modificarse: "El descrédito y la ruina del sistema parlamentario aterra cuando se piensa en la completa falta de medios con que cuenta nuestro pueblo para sustituirle y aun para intentar la reforma. La befa de los principios, hija y madre al par de la ignorancia; el bajo nivel intelectual de casi todos nuestros hombres políticos; el desenfreno moral de una gente desalmada que corre tras los goces más ínfimos y bastos, únicos que comprende y en que cifra su desapoderada ambición; las dos clases extremas, las "altas" y la plebe, embrutecidas y enviciadas; las medias, secas, que no sé si es peor todavía... dan en su combinación por resultante la nota común de nuestra civilización y vida pública, bravo arsenal de que podemos disponer para la mejora de nuestro régimen político. Yo no sé qué suerte (qué desgracia diré más bien) nos está reservada al término de esta situación, sobre que los tiempos no están para oficiar de profeta. Pero sí conviene recordar cómo

decadencias de esta clase han solido terminar en la historia por grandes despotismos sociales que aprovechando esa combinación de pesimismo y la impotencia con que pierde todo prestigio moral el régimen libre del Estado, concentran en sus manos un poder más violento que fuerte y prometen en falso una política de realidades y de cosas en vez de aquella de sombras y de palabras a que la libertad había venido a reducirse. En tales crisis un hombre levantado sobre el servilismo de los más y la necedad con que los menos imaginan curarse con mudar de dolencia se erige en amo y señor de todo un pueblo. Puede serlo un soldado, un político, un cualquiera. Los Césares no nacen; los fabrican para su vergüenza el odio y el desprecio a la vana retórica y la perversión moral interna, que rompe todos los resortes del Estado".[36]

Los continuadores de los maestros señalados, Azorín, Baroja, Maeztu, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala desencadenan el crudo planteamiento de los problemas esenciales y urgentes de España y, en su criterio, la política y la educación son los caminos adecuados para lograr el cambio y la reestructura económica, social y espiritual de la nación. Aunque alzados sobre una crisis profunda a causa del fracaso total del régimen monárquico-burgués, los personeros de esta nueva generación, con entusiasmo y fe en la renovación de España, exponen sus problemas, proponen soluciones y tratan de despertar las energías nacionales. No consiguieron hacerse oír en el gobierno y cuando las exigencias ciudadanas despertadas por su crítica y prédica se tornan amenazantes, la monarquía y la oligarquía desvían la atención pública con la aventura de Marruecos y la dictadura militar. De todos modos, la labor y la actividad de esta pléyade, fructificará más tarde en el triunfo de la República y la iniciación de un período democrático.

II

Araquistaín, como todos los miembros de su generación, salió de su país y vivió largas temporadas en Inglaterra, Alemania y Francia. Sus crónicas "desde Londres" y "desde Berlín", aparecidas en "El Liberal", alcanzaron notoriedad y lo consagraron como escritor. Los integrantes de la generación de Araquistaín en su propósito de conseguir la europeización de España, es decir, renovarla y modernizarla, recorrieron todo el continente y pasaron largos períodos en los grandes países: estudiaron y observaron, e informaron de sus experiencias al público peninsular. Pusieron especial cuidado en la descripción de sus instituciones de progreso, el estado de la educación, las conquistas científicas y las nuevas corrientes artísticas, literarias y filosóficas. Por tal empresa consiguieron una influencia considerable y útil. Araquistaín, joven periodista, frecuentó las universidades y los medios literarios y políticos de Inglaterra, Francia y Alemania, adquiriendo una cultura vastísima, ayudado por su natural inteligencia, su incansable curiosidad intelectual y su enorme capacidad de lectura y de asimilación. Desde aquella época fue un colaborador distinguido de los principales diarios españoles e hispanoamericanos. En 1915, a su regreso de Londres, reemplazó a Ortega y Gasset en la dirección del semanario "ESPAÑA", fundado por el ilustre filósofo, y lo tuvo a su cargo durante los años de la guerra mundial. Luego se la cedió a Manuel Azaña.

Por esta época, Araquistaín se incorporó al Partido Socialista Obrero Español, y se le eligió concejal del Ayuntamiento de Madrid, en febrero de 1920. Fue una fecunda etapa de actividad política y de nutrida colaboración en los más influyentes diarios hispánicos, como "EL SOL", de Madrid; y "La Nación", de Buenos Aires. Examina la realidad latinoamericana y fruto de sus observaciones son dos libros de amplia resonancia en su época: "LA REVOLUCION MEXICANA" y "AGONIA ANTILLANA". En el primero reivindica la gesta mexicana suministrando un análisis profundo de la realidad económica, social y política de México.

[36] Los sucesos de comienzos del siglo XX le dieron dramática confirmación a la profecía de Giner de los Ríos, pues los desastres de África, en 1921, dejaron en descubierto la incapacidad y corrupción del régimen monárquico e impusieron la dictadura militar de Primo de Rivera.

Deja al descubierto su ignominioso fondo de miseria y de explotación, del cual surgió la rebelión de su pueblo torturado y anheloso de un régimen de justicia y dignidad humana. En el segundo presenta un cuadro patético de los tremendos abusos de gobiernos sangrientos y crueles, en los países del Caribe. Constituyen ambas obras vastos reportajes donde se conjugan la escrupulosa investigación del sociólogo con la ágil destreza del periodista de garra, insobornable y combativo.

Entre sus obras de imaginación se mencionan sus novelas "El Archipiélago maravilloso", "La vuelta del muerto" y "Las columnas de Hércules"; y los dramas, "El coloso de arcilla", "El rodeo" y "La rueda de la virtud".

III

Araquistaín participó en la conspiración contra la Monarquía y contribuyó al advenimiento de la República. Se le eligió diputado a Cortes en la Constituyente de 1931. En su seno formó parte de la comisión redactora de la Constitución. Con tal motivo pronunció un brillante discurso en defensa de su artículo primero, cuyo texto decía así: "España es una república democrática de trabajadores de todas clases que se organiza en régimen de libertad y justicia". En los años de 1932-33 representó a la república española como Embajador en Berlín. Ahí le sorprendió el advenimiento de Hitler al poder.

En 1934, cuando la reacción penetraba la República y ponía en peligro sus recientes conquistas democráticas, Araquistaín fundó "LEVIATAN", "Revista de hechos e ideas", de orientación socialista, cuya influencia en los turbios años de 1934-1936 fue considerable. Dejó de publicarse en 1936 a raíz de la sublevación fascista de Francisco Franco.

"Leviatán" alcanzó una gravitación inusitada en los medios políticos e ideológicos de la República. Tuvo como rasgo distintivo la divulgación de las teorías marxistas y el análisis franco de los problemas económicos, sociales, políticos e internacionales de España. En su número 13, de mayo de 1935, al cumplirse su primer año de vida, Araquistaín explicó la finalidad crítica y anti dogmática de la notable revista. En un párrafo expresaba: "Leviatán tiene bastante con cumplir la misión que se propuso que no fue ni es meramente la política en el sentido estricto de este vocablo sino el examen y la crítica de las principales manifestaciones de una civilización y de una cultura que están agonizando en todos los órdenes y la colaboración modesta, pero entusiasta, al alumbramiento de un mundo nuevo que lucha y sufre por romper las cristalizaciones históricas del viejo".

Luis Araquistaín fue ayudado por un selecto equipo de escritores españoles e hispanoamericanos en la redacción de "Leviatán". Él publicó sendos ensayos y sostuvo resonantes polémicas. Provocó especial revuelo su examen de la obra de Ortega y Gasset. Con motivo de la aparición, en 1934, de una nueva edición de "España Invertebrada", el prestigioso filósofo le colocó un discutible e injusto prólogo que sulfuró a Araquistaín, profundo conocedor de la producción orteguiana. En un extenso ensayo: "José Ortega y Gasset, profeta del fracaso de las masas", aparte de condenar su prólogo por equivocado e inoportuno, enfocó con singular competencia las fuentes inspiradoras, las ideas esenciales, los logros y errores de Ortega y Gasset. Pudo hacerlo por su conocimiento profundo de la literatura española, alemana, francesa e inglesa, en filosofía, sociología e historia. Constituye un verdadero balance de la obra y de la influencia de Ortega y Gasset.

A pesar de su ruda embestida, Araquistaín supo apreciar con justeza al egregio escritor. Por eso, cuando falleció, denunció con indignación las trapacerías de la Iglesia Católica Española para deshonrar la actitud

y la memoria de Ortega y Gasset y, al mismo tiempo, señaló lo valioso y permanente de su pensamiento. En el número extraordinario de la revista SUR, de Buenos Aires, (julio-agosto de 1956), consagrado a Ortega, publicó Araquistaín su trabajo "En defensa de un muerto profanado". En sus afirmaciones entresacamos las siguientes: "Lo más precioso de la filosofía y de la vida de Ortega, es su absoluta libertad mental, tesoro supremo del hombre que pocos alcanzan y del cual quieren despojarle ahora aquellos cuya razón de ser en la Iglesia y el Estado actuales de España es destruirlo por la astucia y el dolo, ya que hoy no sea posible hacerlo de otro modo. En otro siglo hubieran quemado su cuerpo y sus libros. Hoy, los inquisidores españoles tratan de aniquilar su obra y su personalidad filosófica al presentarlas fraudulentamente como repudiadas por él in artículo mortis mediante su supuesta reintegración al seno de la Iglesia Católica.

Podemos discrepar de Ortega cuando aplica su órgano filosófico a la interpretación de la política, de la historia y del Estado, pero en el último conocimiento de la filosofía y de la ciencia, que es saber que la naturaleza tiene infinitos secretos naturales, pero ninguno sobrenatural, nuestra identificación con Ortega es absoluta. Al defenderle, exponiendo la integridad y la autenticidad de su pensamiento, no se trata solo de hacer justicia a un hombre cuya vida y cuya obra intenta adulterar y envilecer una España teocrática, sino de salvarle también como educador y como figura representativa de la otra España, la más verdadera y numerosa, la ya mentalmente liberada. Junto a la funesta influencia política que tuvo sobre una parte de la juventud, hay que reconocer que fue también un gran liberador mental para otra parte de la juventud, la mejor y la llamada a intervenir a su vez como liberadora del pensamiento en una España restaurada a la vida democrática. Es preciso que Ortega siga siendo en esa última filosofía suya un maestro para las nuevas generaciones, y para ello hay que evitar que la España teocrática le presente como un monedero falso, como un vulgar delincuente intelectual que con su obra puso en circulación una moneda falsa y que solo a la hora de la muerte, para salvar su alma, confesó su delito. Hay que defenderle contra esa infamia que se quiere cometer con él, como educador permanente de España.

Su comprensión de la obra orteguiana y su justeza para medir su eficacia resultan explicables porque Araquistaín cumplió una misión similar a la atribuida por él a Ortega y Gasset. Más centrada en lo sociológico y político, pero tan amplia y eficaz como aquélla. Sin duda, ejerció un magisterio liberador de servidumbres morales y materiales, escribiendo profusamente y militando en forma activa en la política nacional, en las filas socialistas. No se aisló como sucedió con muchos intelectuales, al margen de los partidos o realizando política por encima de las agrupaciones partidarias. En su libro "EL OCASO DE UN REGIMEN", escribió algo definidor de su actitud. Ahí plantea la necesidad de crear un Ministerio de Educación Moral para hacer del español, sujeto doméstico, un hombre nacional y universal, "un ministerio de educación del carácter, que fomente en cada español, frente al grosero materialismo con que sale de la familia, el sentimiento de libertad, el espíritu público, la independencia personal, la competencia, el orgullo de hombre, el amor al trabajo eficiente, el gusto de las actividades puras, las grandes ambiciones espirituales, el respeto a la crítica, la conciencia de la dignidad humana y el desprecio de lo vano y mezquino".

Su pensamiento crítico y moralista, en la línea de la mejor tradición intelectual española es lozano y jugoso en sus diversos libros de ensayos, como "EL ARCA DE NOE", "ESPAÑA EN EL CRISOL" y "DOS IDEALES POLITICOS".

IV

La gravitación de Araquistaín en el seno del Partido Socialista Español fue inmensa. Se colocó en el ala izquierda adepta del Frente Popular. Su propósito perseguía aglutinar a todas las fuerzas republicanas y democráticas en defensa de las libertades y en contra del fascismo. Esa corriente la encabeza Francisco Largo Caballero, prestigioso líder del movimiento obrero peninsular. La influencia de Araquistaín fue decisiva porque poseía el mérito de ser el mejor escritor político de España y uno de los más competentes conocedores del complejo pensamiento marxista. Sus artículos y ensayos doctrinales repercutieron intensamente entre los afiliados socialistas y en los sectores populares. Por otra parte, ejerció un enorme ascendiente sobre Largo Caballero. En 1934 el renombrado líder publicó su libro "Discurso a los Trabajadores", con un prólogo de Araquistaín. En él destaca la obra por sus valores teóricos y por sus enseñanzas vitales, y también señala la calidad intelectual y ética de Largo Caballero, obrero auténtico, siempre entregado en cuerpo y alma a una obra positiva: a su oficio, a su organización gremial, a su partido y, luego, a hacer un nuevo estado. A su juicio, "como Pablo Iglesias, como en todos los temperamentos con vocación de fundadores, de creadores de cosas, para quienes las ideas no son simples juegos mentales sino fuerzas en movimiento o no son nada, lo característico de Largo Caballero, es la pasión ética, la acción por la justicia, por el bien de los más". Cuando Largo Caballero fue llamado a organizar el gobierno popular, (1936-37), a Araquistaín se le nombró Embajador de España en Francia.

Al caer vencida la República, por la intervención fascista de Hitler y Mussolini, y el "comité de no intervención" de Francia e Inglaterra, Araquistaín se exiló. En el período comprendido entre el derrumbe de la República y el estallido de la segunda guerra mundial afrontó el esclarecimiento de los sucesos de la guerra civil, diciendo la verdad sobre lo ocurrido. Determinó las culpabilidades de los diversos integrantes de la República, pero llegó a la conclusión que los principales responsables del fracaso republicano fueron los comunistas y con ellos sostuvo una virulenta polémica. En dos publicaciones combativas resumió sus puntos de vista: "MIS TRATOS CON LOS COMUNISTAS" y "EL COMUNISMO Y LA GUERRA DE ESPAÑA", aparecidas ambas en Francia, en 1939.

En el transcurso de la guerra mundial se encontró en Inglaterra. Aquí soportó el blitzkrieg y luchó con su ardiente y erudita pluma, fustigando el fascismo y defendiendo a las democracias. Muchos de sus brillantes artículos de este memorable período fueron recopilados en un denso volumen: "ENTRE LA GUERRA Y LA REVOLUCION".[37]

En Inglaterra, a poco de firmarse la paz, perdió a su esposa y a su hija. Se radicó en Ginebra, donde vivió en medio de sus numerosos y escogidos libros, escribiendo en contacto con los núcleos republicanos y socialistas, establecidos en Francia. Le preocupó de manera fundamental, en esa época, conseguir la recuperación de la democracia en España y restablecer la República, pero no se hizo ilusiones sobre su posibilidad porque, a su entender la lucha abierta entre los dos bloques, el demo-capitalista y el comunista soviético, sería el peor estorbo para obtenerlas. De su polémica sobre los asuntos españoles y con los comunistas, en esta etapa, dejó ensayos primorosos, publicados por la revista CUADERNOS, editada en castellano, en París. Algunos los dedicó a explicar las raíces de la política soviética, como, por ejemplo, "Constantes históricas de la diplomacia rusa" y "El informe Kruschev: catilinaria y apología de Stalin"; y otros los destinó a esclarecer la intervención extranjera en la guerra civil española. Con gran acopio de antecedentes, de las más variadas fuentes, de los propios personeros comunistas tanto rusos, como

[37] La obra de Pierre Broué y Emile Temime: "La revolución y la guerra de España", en 2 volúmenes, recientemente aparecida en México, ratifica muchas de las afirmaciones y acusaciones de Araquistaín sobre el papel de la URSS y de los comunistas en la república popular española.

españoles; (muchos de ellos repudiaron el Partido Comunista años después de la guerra civil: Jesús Hernández; Castro Delgado; Valentín González; "el Campesino"; y también algunos de los funcionarios soviéticos, y todos dejaron libros terribles con revelaciones aplastantes), y de sus experiencias directas, muy ricas por su alta colocación en la política española, escribió ensayos notables abarcando la tragedia de la república, tales como: "Las grandes potencias y la guerra de España" y "La intervención de Rusia en la guerra de España".

Su colaboración en la revista "Cuadernos", de la que llegó a ser su director a mediados de 1959, poco antes de morir, fue muy variada, y demostró una vez más la vastísima curiosidad de su espíritu y su honda cultura filosófica e histórica. Expresión de su inmensa preparación histórica son sus eruditos y polémicos ensayos sobre el desarrollo de España a propósito de la obra de Claudio Sánchez Albornoz, "La España precapitalista del historiador Sánchez Albornoz" e "¿Historia mítica o historia crítica?"

En cuanto a su actividad política en los medios republicanos no decayó no obstante su absorbente labor de escritor. Su último discurso político lo pronunció en el Congreso del Partido Socialista Obrero Español, en agosto de 1958. Luis Araquistaín falleció el 6 de agosto de 1959, en Ginebra.

V

Como obra póstuma de Luis Araquistaín se imprimió en 1962, en Buenos Aires, su ensayo "EL PENSAMIENTO ESPAÑOL CONTEMPORANEO", prologado por su amigo Luis Jiménez de Azúa insigne jurista especializado en derecho penal, socialista y diputado a Cortes junto con Araquistaín. El libro en cuestión lo habría comenzado en 1937, al abandonar la Embajada española en París, reemplazado por Angel Ossorio y Gallardo, pero lo interrumpió durante años y, solo en Ginebra, en medio de su rica biblioteca, le dio término. Falleció cuando lo revisaba.

El volumen indicado contiene dos ensayos extensos, profundos y polémicos: "El pensamiento español contemporáneo" y "España ante la idea sociológica del Estado", íntimamente enlazados. Un par de ensayos breves sobre supervivencias de la Iberia primitiva en la España contemporánea completan el tomo.

Luis Araquistaín estudia con agudeza y erudición, en apretadas páginas, libres de toda hojarasca retórica, la trayectoria de las ideas filosóficas y políticas en España a lo largo de un siglo y medio. Primero expone, escuetamente, la influencia del pensamiento francés a lo largo de un siglo, como resultado de la instauración del gobierno de los Borbones; en seguida, analiza su desplazamiento por la filosofía mística de Krause, pensador alemán cuya gravitación será decisiva en el siglo XIX en España, y con representantes notables: Julián Sanz del Río, Francisco Giner de los Ríos, Manuel Sales y Ferré, Gumercindo de Azcárate y Bartolomé B. Cossio. A continuación, describe la reacción anti krausista examinando en páginas equilibradas la vasta obra de Marcelino Menéndez y Pelayo y la de sus discípulos (el más brillante Ramón Menéndez Pidal); y la posición e ideas esenciales de los miembros de la generación del 93. Se detiene en Joaquín Costa, la personalidad más robusta de esa generación, apóstol de la regeneración nacional (uno de sus libros fundamentales es "Reconstitución y europeización de España", publicado en 1900); en Ramiro de Maeztu, crítico de Costa, desde un punto de vista anarquista nietzscheano, y más tarde católico, tradicionalista y campeón de las derechas reaccionarias; en Angel Ganivet, escritor original, de gran nobleza, con su notable "Idearium Español", de 1897, de fuerte influencia en Miguel de Unamuno.

A Miguel de Unamuno le dedica páginas de extraordinaria riqueza crítica, perspicaces y orientadoras, del más alto interés. Lo toma desde sus comienzos socialistas en Bilbao y lo sigue en lo medular de su vasto y contradictorio pensamiento. También es extenso y valioso su examen de la producción filosófica de Ortega y Gasset. Araquistaín cree que es propio y justo clasificarlo "como un eminente ensayista, por la provisionalidad de casi todos sus trabajos". Después de comentar sus obras más representativas, de desnudar sus ideas básicas, de anotar sus fuentes y las influencias recibidas, pero calladas o disimuladas, concluye: "Y la ecuación personal de Ortega es ésta: un liberal del siglo XIX; un fuerte temperamento. estético que hace filosofía, y, para hacerla, la busca antes en otros y la encuentra, sobre todo, en Nietzsche y Dilthey, dos pensadores también típicos del siglo XIX; y, en resumen, un brillante escritor barroco que quedará en la literatura española, no por sus ideas, sino por su forma y por su emoción estética, más que humana, por su poesía. Cuando, en Marburgo, me decía melancólicamente que abandonaba la novela para dedicarse, por patriotismo, a la filosofía, en realidad no se desviaba de su vocación; simplemente cambiaba de tema, de materia. Su obra seguiría siendo, esencialmente, una obra de arte".

Sobre un pensamiento socialista español, original, no encuentra nada de fondo, digno de destacarse. El marxismo casi no ha tenido comentadores de calidad y no obstante tal penuria ideológica, hubo en España, casi sin conocer a Marx y Engels, una enorme mística marxista, no comunista; como la hubo, y la ha habido siempre, una gran mística anarquista colectivista. A pesar de su pretendido individualismo, en España, la doctrina colectivista, con todas sus variantes, es consustancial con la historia y el carácter de los españoles.

Termina su ensayo con palabras de fe en su pueblo: "Después de todo, y ésta es mi conclusión al cabo de esta fatigosa reseña del pensamiento español contemporáneo: quizás el filósofo más profundo de España sea el pueblo mismo por su alegría vital, por su radical sentimiento de la libertad igualitaria, por su odio a todo yugo y por su serenidad ante la muerte definitiva".

El trabajo "España ante la idea sociológica del Estado", es una certera visión de la singularidad histórica de España, por medio de un análisis de los orígenes y del desenvolvimiento del Estado español, en su tipología histórico-sociológica. Empieza por presentar, con su erudición acostumbrada, las diversas teorías sobre el Estado, incluso la idea marxista, enfrentándola con el anarquismo. En este enfrentamiento, según Araquistaín, mientras los anarquistas quieren la abolición del Estado, Engels anuncia su extinción. Si en las palabras es poca la diferencia, en el concepto, ninguna. Se detiene en la teoría del historiador árabe Ben Jaldúm, y de ella parte para caracterizar los orígenes del Estado español y explicar luego su atraso histórico, entre militar y teocrático, que se cristaliza en su última forma durante los siglos de la Reconquista, cuando se fanatiza, se absolutiza. De su amplio examen llega a la conclusión siguiente: "Esa es la historia esencial de nuestro país, siempre igual a sí misma. Estamos como hace doce siglos. ¿Pues qué nos importa que el conquistador se llame Muza, Carlos V, Felipe V o Franco?

El pueblo español, salvo brevísimos momentos de su historia, no ha sido nunca martillo, nunca señor de su destino, nunca soberano, siempre yunque, siempre súbdito, siempre colonia de extranjeros, aunque ellos se llamen ahora super españoles y a nosotros nos llamen la anti-España. Sí, eso somos: la anti- España de ellos, los eternos conquistadores".

A pesar de la presencia casi constante del Estado de conquista, del Estado militar, el pueblo español no es incapaz de otra forma, más racional, humana y progresista: "No. El atraso del Estado español tiene por causa hechos que se pueden rectificar; unos naturales, pero corregibles por la industria del hombre; otros, los más, históricos, obra de los hombres y que los hombres pueden superar. Nuestro destino no es fatal,

estático, como el falum griego, sino dinámico, perfectible. Es un producto de la pobreza relativa del suelo español, del atraso de la sociedad española, del atraso de su economía, del atraso cultural de sus clases dominantes".

En sus enfoques, Luis Araquistaín, después de investigar los orígenes del Estado español, caracteriza a la luz de la idea sociológica, el Estado vigente, y enfrenta algunas de las grandes cuestiones del día del pueblo español. Expone sobre el tema sus puntos de vista con mucha franqueza y realismo. Su repulsa al régimen franquista no le impide, por otro lado, señalar la ineficacia política de los republicanos emigrados a causa de su creciente aislamiento de España y del mundo. Se mueven en el vacío, sin ninguna influencia positiva sobre lo que acontece en España y en el mundo de sus relaciones con el problema español. Son espectadores de la historia, dejando de ser actores. Y solo serán eficaces cuando desaparezcan las organizaciones que los aíslan del mundo y de España. Asigna a los españoles del interior el máximo papel en la definición y conducción de la nueva política que debe hacerse en España. En la actualidad, dada la situación internacional, al no liquidar el mundo exterior al franquismo, los emigrados tienen bien poco que hacer y si no queremos condenarnos a una esterilidad definitiva, necesitamos salir de nuestra soledad e iniciar la única unión eficaz, la única de que no se habla, hablándose de tantas: la unión o reunión con los españoles del interior".

Es la decisión impuesta por una política científica y no utópica. Es el mensaje de Luis Araquistaín, pensador vigoroso y escritor ilustre.

Dos pensadores y políticos humanistas: Jean Jaurès y León Blum[38]

El escritor y ensayista Julio César Jobet es colaborador habitual de nuestras páginas a las que ha entregado el valioso fruto de investigaciones históricas, políticas y sociológicas. El presente trabajo nos presenta a los dos políticos y pensadores que mayor gravitación han tenido en el desarrollo de la política francesa de este siglo y en el movimiento socialista europeo e internacional, Jean Jaurès y León Blum.

Jean Jaurès nació en Castres, departamento del Tarn, el 3 de setiembre de 1859. Después de realizar sus estudios secundarios entró a la Escuela Normal Superior, en 1878. De ahí salió como "Agregado de Filosofía", tres años más tarde. Fue designado profesor de Filosofía en el liceo de Albi, donde enseñó de 1881 a 1888, y se incorporó a la Facultad de Letras de Tolosa, entre 1883 a 1885. Lo designaron diputado, por primera vez, en las elecciones de 1885, por el Tarn, su comarca natal, integrando una lista política de centroizquierda. Durante el ejercicio de esta diputación comienza a nacer en Jaurès el pensamiento socialista. En las elecciones de 1889 se presentó por Castres, siendo derrotado. Se reincorporó a la Facultad de Tolosa y se recibió de Doctor en Letras con sus tesis sobre "La realidad del mundo sensible" y "Los orígenes del socialismo alemán en Lutero, Kant, Fichte y Hegel".

En su primera tesis, "La realidad del mundo sensible", domina una aspiración a la unidad, la búsqueda de las conciliaciones: conciliación entre Dios y el mundo, la calidad y la cantidad, el pensamiento y la acción, lo inteligible y lo real. Y de esa concepción unitaria en el dominio filosófico fluyen más tarde los grandes temas de su pensamiento político, su aplicación a conciliar evolución y revolución; nación y humanidad.

A comienzos de 1892, al sostener en La Soborna su tesis sobre los orígenes del socialismo alemán se puede considerar que ha sido conquistado plenamente por la doctrina socialista. En esa tesis Jaurès busca, y

[38] OCCIDENTE N°158 julio 1964

encuentra en gran parte las fuentes del socialismo alemán contemporáneo, no como el marxismo, en el proceso económico y el desarrollo del capitalismo moderno, no en el materialismo de la extrema izquierda hegeliana, sino en los filósofos idealistas; en las aspiraciones morales y sociales de Lutero y el movimiento de la Reforma; en el idealismo de Kant; en la teoría del progreso indefinido de Fichte y en la doctrina de Hegel. Tal vez la orientación de esta tesis señala ya el carácter de la posición muy particular de Jaurès. Adepto al materialismo histórico, a la luz del cual ensayó interpretar el desarrollo de Francia desde la gran revolución, es al mismo tiempo un filósofo idealista; afirmando la realidad de la lucha de clases, permanecía ligado a la vieja herencia republicana y pretendía unir el socialismo a la tradición revolucionaria de la burguesía por una república abierta a las reformas sociales.

Jaurès salió elegido, de nuevo, en una elección parcial realizada en enero de 1893, poco después de la gran huelga de los mineros de Carmaux, en la segunda circunscripción de Albi, defendiendo el programa socialista. En las elecciones generales del mismo año logró una resonante victoria. Derrotado en 1898, vuelve a triunfar en 1902 y desde entonces representó sin interrupción la segunda circunscripción de Albi hasta el día de su muerte, el 31 de julio de 1914.

En Jaurès es preciso distinguir dos aspectos bien definidos: uno corresponde al escritor de vasta obra creadora, historiador de singular erudición y penetración crítica y periodista múltiple, combativo y razonador poderoso; y otro se relaciona con el político activo, de extraordinario dinamismo, destacándose como orador incomparable en el mitin y en la Cámara y líder del socialismo francés desde 1905 hasta 1914.

De su amplia actividad, impresiona su denodada contienda contra la guerra y su defensa intransigente de la democracia y la paz. La posición política de Jaurès puede merecer muchas críticas dado un cierto reformismo conciliador en varias de sus actitudes. No obstante, para la mayor parte de sus críticos, a pesar de su apoyo a la participación socialista en el Ministerio, en defensa de la república, Jaurès no era reformista. El sostenía la república como parte importante de la lucha proletaria y de acuerdo con su sistema de la "evolución revolucionaria". Por otra parte, siempre se defendió de ser un "revisionista" y en la controversia Kautsky-Bernstein, se pronunció por Kautsky. Si intentó aliar el materialismo histórico de Marx con el idealismo, afirmó siempre como verificadas e irrefutables las teorías del valor y de la concentración. Marx, para él, se equivocaba a veces en cuanto a velocidad, pero jamás de dirección. De todos modos, si su posición política merece reservas, su larga y consecuente jornada pacifista es admirable e indiscutible. Permaneció invariablemente leal al pacifismo y gastó sus mejores esfuerzos en su propaganda hasta entregarle su vida. Y esta noble actitud de Jaurès compromete el reconocimiento emocionado y unánime de la clase trabajadora mundial y la adhesión completa del socialismo.

Jean Jaurès emprendió la tarea de redactar una historia socialista del desarrollo de Francia desde 1789 hasta 1900. En esta vasta obra, Jaurès escribió los tomos correspondientes a la gran revolución: "LA. CONSTITUYENTE", "LA LEGISLATIVA" y "LA CONVENCION". También redactó el tomo sobre "LA GUERRA FRANCOALEMANA". Con el objeto de contribuir a la explicación del programa socialista publicó "EL NUEVO EJERCITO", donde expone sus ideas sobre una nueva organización de las fuerzas armadas. Su labor periodística es de gran importancia e innumerables artículos suyos se encuentran dispersos en "La Dépêche de Toulouse", "La petite République" "L'Humanité", fundado por él, en 1904, transformándose en el diario oficial del Partido Socialista Francés, (S.F.I.O.), hasta su división en el Congreso de Tours, en 1920. También insertó varios ensayos en "La revue Socialiste". Sus candentes publicaciones sobre el asunto Dreyfus se reunieron en el tomo "LAS PRUEBAS". Algunos de sus mejores artículos fueron coleccionados en los volúmenes "ACCION SOCIALISTA" y "ESTUDIOS SOCIALISTAS". En la introducción de

este último reivindica la importancia del artículo periodístico en estas líneas: “No he considerado jamás el artículo de diario como una obra apresurada y superficial, y coloco en él, por respeto al proletariado que lee los diarios socialistas, toda mi conciencia de escritor”.

Jaurès en su historia socialista de la revolución francesa dirige la investigación hacia el plano de los procesos económicos y sociales como decisivos en el curso de dicho fenómeno (“las condiciones económicas, las formas de la producción y de la propiedad son el fondo mismo de la historia”), sin dejar de señalar la importancia de las causas ideológicas, teorías políticas y filosóficas. En su concepción histórica tiende a conciliar necesidad y libertad y aplica una síntesis del determinismo histórico de Marx y el idealismo, (“por eso nuestra interpretación de la historia será materialista con Marx y mística con Michelet”). En las líneas introductivas de su inmensa obra, al explicar su concepción y sus métodos históricos, finaliza así: “Procuraremos, pues, en esta historia socialista, no prescindir de nada cuanto constituye la vida humana. Trataremos de comprender y traducir la evolución económica fundamental que gobierna las sociedades, la ardiente aspiración del espíritu hacia la verdad total y la noble exaltación de la conciencia individual que desafía al padecimiento, a la tiranía y a la muerte. Extremando el movimiento económico es como el proletariado se emancipará, convirtiéndose en humanidad. Es necesario que adquiera clara conciencia, en la historia, del movimiento económico y de la grandeza humana. Aventurándonos a sorprender al lector con la disparidad de tres grandes nombres, quisiéramos escribir esta modesta historia bajo la tupida inspiración de Marx, Michelet y Plutarco”. A pesar de su declarado idealismo se preocupó, hasta en sus menores detalles, de la historia económica de la revolución, mejor que cualquier marxista confeso. Ha sido uno de los primeros en descubrir la trama económica y social sobre la cual se ejerce la acción del hombre y de los sistemas.

Desde la aparición del magistral estudio de Jaurès la revolución francesa se nos presenta como el coronamiento de una larga evolución económica y social en donde el poder de la burguesía, llegado a su madurez, se impuso y logró su lógica consagración hasta ser la dominadora del mundo. La gran revolución no tuvo un carácter socialista, pero de ella, sin embargo, salieron en el siglo XIX la democracia francesa y la democracia europea. Su obra fundamental consistió en el orden económico y social, en romper las antiguas formas de producción, en destruir los antiguos moldes que se oponían al desarrollo industrial; y en lo político consistió en abolir los privilegios de la nobleza y del clero, en poner fin a la monarquía de derecho divino y en proclamar los derechos del hombre y del ciudadano. Y no podía hacer más, por cuanto el socialismo exige un estado de evolución económica, un desarrollo de las fuerzas productivas, un perfeccionamiento de la técnica y una conciencia de las clases trabajadoras, que no existían en 1789-1793.

La revolución francesa se inspiró en las ideas del liberalismo económico e hizo más por salvaguardar los derechos de la propiedad en vez de proteger los del hombre, incorporando a la burguesía al Estado y a la riqueza en beneficio de la cual se lograron nuevos privilegios. El drama de la revolución francesa, según lo nota Jaurès, reside en esta contradicción: a pesar del derrocamiento de las clases feudales y de la transformación del individuo en ciudadano, lo esencial de los privilegios antiguos fue mantenido. Sin embargo, Jaurès no ve solo en ella una obra burguesa, aunque ella haya sido la principal beneficiaría, sino también una obra de emancipación humana, de la cual el socialismo será la culminación.

Jaurès señaló un nuevo método y abrió una etapa fecunda en la reinterpretación del proceso revolucionario de 1789 y su huella ha sido seguida por los diversos historiadores que después de él se han preocupado de tan magno acontecimiento histórico. Y ninguno de los nuevos historiadores desconoce el rigor científico de su obra, su cuidado escrupuloso del documento, el estudio y la clasificación clarividentes

de los hechos, la discusión crítica proba y minuciosa de los textos y su perspicacia para coger el sentido correcto de la evolución.

A principios de 1893, a consecuencia de la huelga de los mineros de Carmaux, se produjo la elección complementaria en la segunda circunscripción electoral de Albi, a la cual pertenece Carmaux. Los obreros levantaron e hicieron triunfar la candidatura de Jaurès. A partir de ese instante entró a figurar en el estado mayor del socialismo francés. Su llegada a la Cámara, como diputado socialista, coincide con el estallido del famoso escándalo de Panamá, uno de los típicos del régimen burgués de Francia. Dio motivo a grandes acciones en contra de la corrupción y a Jaurès para fustigar a la desvergonzada plutocracia y presentar una orden del día afirmando que la aplicación resuelta y metódica de la política socialista es la única capaz de poner fin a los escándalos, consecuencia natural y necesaria del régimen económico capitalista.

Con gran rapidez, Jaurès se destacó en el seno del Parlamento por su versación sociológica y su brillante oratoria. Orador estupendo, pronunció discursos elocuentes exhibiendo los abusos y las injusticias inicuas del sistema dominante. Casi al terminar su mandato, Francia experimentó una sacudida profunda por el famoso asunto Dreyfus. Alcanzó caracteres dramáticos cuando el 13 de enero de 1898 estalló el famoso trueno del "Yo Acuso", de Emile Zola. Jaurès interviene a fondo en favor de Dreyfus; defiende y elogia a Zola; denuncia la complicidad del Estado Mayor en el turbio enredo, creado por el militarismo antirrepublicano y por el nacionalismo reaccionario y antisemita. Entonces un abrumador ataque cayó sobre Jaurès y la acusación de "traidor a la patria" se propagó por toda Francia. Una tenaz campaña concertada por todas las fuerzas hostiles a la democracia le provocó la derrota en las elecciones de 1898. Pero Jaurès no desmayó en su actividad por esclarecer el asunto Dreyfus y fue uno de los principales artesanos de su reivindicación.

En el gabinete constituido a mediados de 1899, por Waldeck-Rousseau, se incorporó, como Ministro de Comercio, el socialista Alejandro Millerand, de acuerdo con Jaurès y en abierta pugna con los principios y la actitud del socialismo francés, declarado enemigo de la participación en el gobierno. La actitud de Millerand-Jaurès dio motivo a una desgraciada escisión. El sector doctrinario, leal al programa socialista, conducido por el gran líder Jules Guesde, combatió violentamente la posición de los partidarios de Millerand y la lucha se enconó por la acción represiva de los ministeriales en las huelgas de la época. La discrepancia producida se tradujo en el seno del campo obrero en una contienda entre los socialistas colaboracionistas, dirigidos por Jean Jaurès, Arístides Briand y René Vivian, y los socialistas revolucionarios, propulsores de la lucha de clases, encabezados por Guesde, Lafargue, Deville y Vaillant. Los "millerandistas" mantienen en su campo una parte del proletariado francés, valiéndose de las odiosas prácticas de corrupción, introducidas en ciertos medios obreros a la sombra de las influencias del poder y atrayéndose a los hombres sensibles a los favores y a las ventajas personales. El Congreso de Ámsterdam, de la Segunda Internacional, reunido en 1904, escuchó a los divididos socialistas franceses y después de oír un memorable debate entre Jaurès, sostenedor de la tesis ministerialista, y Guesde, defensor de la posición basada en una firme adhesión a la lucha de clases, se pronunció ampliamente por la tesis de Guesde y su resolución pasó a ser la "Carta de las reglas internacionales de la política socialista". Junto con definir la política del socialismo de acuerdo con su contenido revolucionario, condenando la participación ministerial, aprobó una segunda resolución llamando a la unidad del socialismo francés.

Apenas terminado el Congreso de Ámsterdam se reunieron los delegados de los dos grupos y acordaron su unidad, según una declaración conjunta donde afirman: "el Partido Socialista es un partido de clase que tiene por objeto socializar los medios de producción y de cambio, y por medio de la organización

económica y política del proletariado. Por su objetivo el Partido Socialista no es un partido de reforma, sino un partido de lucha de clases y de revolución. Los elegidos del partido al Parlamento forman un grupo único en frente de todas las fracciones políticas burguesas; ellos deben rechazar los créditos militares, los créditos de conquistas coloniales, los fondos secretos y el conjunto del presupuesto". Esta declaración fue ratificada en un congreso nacional de unidad, a fines de abril de 1905. Así quedó fundado el Partido Socialista Unificado, sección francesa de la Internacional Obrera (S.F.I.O.). Había triunfado la tesis de Guesde, pero el jefe del partido lo será, hasta su muerte en 1914, Jean Jaurès, y poco a poco pierde su carácter revolucionario para transformarse en una agrupación de reforma y de democracia social, no de lucha de clases y de revolución. En 1914 obtuvo 1.400.000 sufragios y 104 diputados.

Desde este período de 1905 en adelante se afirma la posición pacifista e internacionalista del socialismo francés y Jean Jaurès se destaca magníficamente en su defensa. Su actividad, en tal sentido, otorga al socialismo francés, y a Jaurès, una señalada ejecutoria moral. La actitud de Jaurès en esa época de preguerra merece el más profundo y sincero respeto. Combate la intervención en Marruecos, la ley militar de los tres años y los crecidos gastos armamentistas. En sus diversos congresos discute su posición frente a la guerra hasta concretarla en una resolución, defendida por él y por Vaillant, contemplando la lucha contra el militarismo y la supresión de los ejércitos permanentes y, en caso de conflagración, la huelga general y la insurrección.

Jaurès arremetía incansablemente en contra del capitalismo por contener en sí la guerra como la nube lleva la tempestad, según demostró en ardientes discursos; desenmascaró a los astutos "comerciantes de la patria"; a los traficantes del colonialismo y las intrigas turbias de la diplomacia secreta; denunció todos los imperialismos y, en especial, al zarismo reaccionario, al cual nunca confundió con el pueblo ruso. A este respecto escribió en "L'Humanité", a fines de 1912, estas hermosas líneas: "La Rusia se apresta a llegar a ser, por la fuerza inmensa de sus trabajadores, una potencia de civilización y de justicia; será pronto, por el esfuerzo heroico de sus proletarios, uno de los recursos más prodigiosos de la raza humana", nunca fue enemigo del acercamiento francoalemán, pero lo concibió siempre en el cuadro de una alianza europea.

En el séptimo congreso de la Segunda Internacional, celebrado en Stuttgart, en agosto de 1907, se discutió con calor la situación del socialismo frente a las amenazas de guerra. La posición del socialismo francés defendida por Vaillant y Jaurès fue aceptada. En una resolución aprobada por la unanimidad de los delegados, confirmando anteriores votos contra el militarismo, el imperialismo y la guerra, se expresa en el párrafo final, tomado de una enmienda de Lenin y Rosa Luxemburgo, que, en caso de estallar la guerra, la clase obrera tiene el deber, para hacerla cesar, de utilizar con todas sus fuerzas la crisis económica y política creada, para agitar las capas populares más profundas y precipitar la caída de la dominación capitalista. Esta concepción de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil la aplicó Lenin en 1917, en Rusia, permitiéndole triunfar.

Jaurès pronunció en estos dramáticos meses varios discursos combatiendo la guerra, en los grandes centros de Francia. Advierte a los gobiernos capitalistas los peligros a que se exponen y señala a los trabajadores su deber: no derrochar sus energías en favor de un gobierno belicista, sino retener las armas puestas en sus manos y servirse de ellas para abatirlo revolucionariamente.

Su intensa campaña pacifista es denunciada como "traición a la patria en peligro", pero Jaurès no desmaya y es respaldado en el congreso internacional extraordinario de Basilea, reunido en noviembre de 1912, y donde se revelan una vez más las maniobras de los gobiernos lanzados directamente a la guerra: asunto

de Agadir, guerra ítalo-turca, guerras balcánicas, política reaccionaria del zarismo, denunciado como el peor enemigo de la democracia europea. El congreso indica a los gobiernos que se ponen en peligro ellos mismos si desencadenan la guerra. Un congreso extraordinario del Partido Socialista, realizado en París, en los días 14-16 de julio de 1914, dio una nueva ocasión a Jaurès para pronunciarse por la huelga general como el medio más seguro de conjurar el azote bélico e inspirada en sus ideas se aprobó una moción recomendándola para impedir el conflicto amenazante.

Los hechos se suceden con increíble celeridad en los diez días posteriores a esa reunión. En el último discurso pronunciado por Jaurès, en Lyon, a pesar de la gravedad de la situación, aun exclama con fe: "Tengo la esperanza de que el crimen no será consumado". El 31 de julio realiza múltiples gestiones en favor de la paz ante el gobierno. En la tarde, después de permanecer en el diario "L'Humanité", concurre al restaurant Croissant, en Montmartre, donde es asesinado a balazos por un individuo medio loco, llamado Raoul Villain, instrumento de sus enemigos "nacionalistas" y "patriotas", quienes más tarde terminaron su carrera política como sirvientes y testaferros de Hitler, con Charles Maurras a la cabeza. En cambio, Jaurès, aunque internacionalista, fue, al mismo tiempo, defensor abnegado de la clase obrera francesa y pacifista sincero por amor a la humanidad. Así cayó Jean Jaurès, primera víctima de la espantosa guerra de 1914-18. No podemos olvidar su tenaz y valerosa campaña para impedirla y mantener la armonía de las naciones y la amistad de los pueblos.

Jean Jaurès fue un hombre sencillo y genial, poseedor de una cultura vastísima y variada y de un saber universal. Su vida fue muy modesta; amó a los hombres y a la naturaleza y sintió una compasión honda por todo ser sufriente. Predominaron en su modo de actuar la bondad y una arraigada necesidad de justicia; fue desinteresado y generoso, guiado por un racionalismo robusto, enemigo de toda abdicación de la inteligencia, y por un poderoso optimismo en el destino de la humanidad. Jaurès luchó por establecer una democracia social amplia y justiciera y defendió al hombre y sus valores espirituales. Pereció por tratar de mantener la paz, palabra simple, elocuente y universal, resumen de los anhelos de todos los seres humanos. Jaurès, mártir en esta cruzada pacifista, será siempre un símbolo para todos los hombres amantes de la libertad, la justicia y la paz.

II

En la actividad de León Blum es preciso distinguir al escritor y al político. Su obra literaria ha permanecido ignorada, en gran parte, oculta por su acción política de primer plano llevada a cabo durante varias decenas de años. Diversos y recientes ensayos críticos-biográficos ponen de relieve ambas facetas de la vida intensa y dramática del gran dirigente del pueblo y del socialismo francés. Por otro lado, poco después de su fallecimiento se comenzó la publicación de sus producciones con el título: "L'OEUVRE DE LEON BLUM", ("La obra de León Blum"). Conocemos tres volúmenes. El primero contiene sus iniciales ensayos literarios y artículos de crítica; el segundo, agrupa sus escritos de cautiverio, 1940-J945; y el tercero, sus artículos de "Le Populaire", entre 1945 y 1947.

León Blum nació en París, en 1872. Hizo brillantes estudios en los liceos Carlomagno y Enrique IV. Ingresó a la Escuela Normal Superior, pero la carrera jurídica lo interesó, en definitiva. Desde temprano demostró una gran inquietud literaria, y su resultado un modesto periódico, LA CONQUE, ("La Concha"), aparecido a comienzos de 1891, en el cual se publican los primeros versos de Paul Valéry, poeta metafísico, más tarde miembro de la Academia y uno de los valores artísticos de mayor categoría de Francia; y poemas de Pierre Louys y del propio Blum. Después de unos pocos números de vida, el periódico falleció, para ser

reemplazado por LE BANQUET, (“El Banquete”), donde Blum colaboró junto a Marcel Proust, Ferdinancl Gregh, Jacques Bizet y Daniel Halévy. En seguida pasó a LA RÉVUE BLANCHE, (“La Revista Blanca”), y durante varios años tuvo a su cargo la crónica bibliográfica. La revista publicaba prosa y verso y en ella colaboraban Paul Adam, Stephane Mallarmé, Tristón Bernard, y Emile Verharaen, caracterizándose por su espíritu ardiente, combativo y radical.

Con motivo del proceso Dreyfus, León Blum abandonó su torre de marfil estética y literaria y, junto a la inmensa mayoría de los escritores galos, se puso al lado de Emile Zola y Anatole France, con el propósito de obtener la revisión del bullado asunto. Toda la redacción de “La Revue Blanche” era dreyfusiste y antimilitarista. Y Blum se señaló como adepto colaborador, pleno de energías, de la actitud de Zola cuando se le intentó enjuiciar ante la Corte del Sena en vista de la osadía de su “Yo Acuso”.

A raíz de la tormenta desencadenada por el “afluiré Dreyfus”, León Blum se puso en contacto con los jóvenes socialistas del Barrio Latino. En la librería Georges Bellais, se reunían diversos estudiantes y normalistas, como Albert Thomas, Paul Langevin, Jean Perrin, Charles Andler, Hubert Legardelle, Jean Longuet y Lucien Herr, entre otros. No son marxistas, sino socialistas a lo Jaurès. La librería Georges Bolláis inauguró una "Biblioteca Socialista”, con el objeto de editar obras de propaganda y de doctrina, estudios históricos y biográficos y reimpresiones y traducciones de libros socialistas importantes. Se dieron a luz estudios de Vandevelde, Thomas, y varios otros. León Blum aportó dos pequeños volúmenes titulados: “Los congresos obreros y socialistas franceses, 1876-1900”, muy valiosos. Indican su paso definitivo del individualismo al socialismo.

Olvidado el asunto Dreyfus, Blum volvió a sus afanes literarios, especializándose en la crítica dramática y literaria, (primeros años de “L’Humanité”). De este período provienen sus obras: “AU THEATRE”, (“En el Teatro”); “EN LISANT”, (“Al Leer” o “Lectura”), cuatro volúmenes de crítica: “NOUVELLES CONVERSATIONS DE GOETHE AVEC ECKERMANN”, (“Nuevas conversaciones de Goethe con Eckermann”); un ensayo titulado “LE MARIAGE”, (“El Matrimonio”), y un estudio sobre “STENDHAL ET LE BEYLISME”.

En su obra “Nuevas conversaciones de Goethe con Eckermann” se imagina las charlas que el gran escritor alemán, vivo aún en 1900, podría tener sobre los sucesos del día y sobre los más destacados de sus contemporáneos. Se expresa maliciosamente sobre Barrés, Jules Claretie y Pierre Loti; comenta los debates del Congreso Socialista celebrado en 1899 y nos participa la notable impresión que le causaron sus tres líderes: Jules Guesde, Jean Jaurès y Jean Allemane. Este libro de Blum es la recopilación de crónicas satíricas, llenas de ironía.

En resumen, León Blum escritor entregó más de media docena de volúmenes, una docena de folletos políticos, algunos centenares de artículos críticos y millares de artículos políticos, lo cual constituye una obra sistemática y valiosa.

En cuanto a su labor política, León Blum cayó bajo la influencia avasalladora de Jaurès, integrando la redacción de “L’Humanité”, órgano periodístico del movimiento socialista francés hasta producirse la escisión de Tours. A consecuencia de ella quedó en manos del sector adherente a la Tercera Internacional y base del Partido Comunista. Entonces los socialistas fundaron “Le Populaire”, en cuyas páginas aparecerá regularmente la colaboración de Blum. En 1914 fue Subsecretario del Ministerio de Obras Públicas y en 1919 pasó a ser el jefe del Partido Socialista y el indiscutible sucesor de Jean Jaurès, su maestro. Dictó su programa y se le eligió diputado en varias oportunidades; desde ese día no bebió nunca un vaso de vino y solo comió verduras y pan blanco. En la Cámara se distinguió por su preparación y su competencia. En

1929, cuando volvió después de una breve ausencia, su formidable enemigo, Raymond Poincaré, interrumpió un discurso para decirle: “Bienvenido, señor. Hemos necesitado su luz y consejo. Es un bien para Francia que hombres como Ud. tengan asiento en esta Cámara”.

A partir del año 1919, en la Cámara, Blum, con su talento y su sarcasmo hiriente, fue el terror de cada Premier cuya política no estuviera de acuerdo con la del P.S. Esto le suscitó el odio frenético de la extrema derecha reaccionaria y del nacionalismo jingoísta. El miope y obcecado Charles Maurras, quien dijo en 1914, poco antes del estallido de la primera guerra mundial, que debía dispararse sobre Jaurès, (y poco después era asesinado por su instigación) escribió en “Action Française”, en abril de 1935, “matemos a Blum, pero por la espalda”. En obedecimiento a su consigna, en febrero de 1936, cuando Blum regresaba de la Cámara, unos doscientos “camelots du roi”, accidentaron su coche y casi le mataron a golpes junto a su mujer. Charles Maurras, acusado judicialmente al día siguiente por instigar su asesinato, gritó: “lamento el fracaso y me siento humillado al verme considerado solo como un cómplice en este asunto”. Blum se salvó y siguió leal a Francia y a la democracia. El furibundo Maurras traicionó a su patria para servir al triste gobierno títere de Vichy y a su amo Hitler, de acuerdo con el slogan de la reacción gala: “Antes Hitler que Blum”.

Una actitud similar a la del fascista Maurras sostuvo el poeta comunista Louis Aragón, quien, al amparo de las “libertades burguesas”, escribió su consigna en verso “Fuego contra León Blum”, y al mismo tiempo exaltaba a Stalin y a sus esbirros.

Posteriormente, León Blum aceptó el cargo de Premier y subió al poder como jefe del Frente Popular. Cuando asumió el gobierno un millón de obreros se encontraba en huelga. En una conferencia dramática, de doce horas, con los jefes sindicales y los representantes industriales más conservadores y reaccionarios, logró un acuerdo poniendo término a dicho movimiento e inició una verdadera renovación social del país por medio de la dictación de una serie de leyes sociales, considerando las más urgentes reivindicaciones del proletariado francés. De esta manera se modificó la anticuada estructura económico-social de Francia. León Blum fue un combatiente tenaz del fascismo y por ese motivo concentró en su persona los ataques despiadados de sus agentes. Sin embargo, el gobierno del Frente Popular, presidido por él, no llevó a cabo una acción internacional consecuente. Mientras la República Española sucumbía por falta de ayuda material ante la ofensiva de Franco apoyado insolentemente con tropas y armas de Hitler y Mussolini, Francia aceptó la “no intervención”, capitulando ante la actitud reaccionaria del gobierno inglés de la época. La “no intervención” se aplicó en forma estricta respecto del régimen legítimo de España Republicana, pero no frente a los facciosos franquistas. Tal posición selló la derrota de los republicanos españoles, a pesar de su heroica lucha. Adolf Sturmthal, en su obra “La tragedia del movimiento obrero”, enfoca con simpatía y comprensión la personalidad de Blum, pero encuentra que en esos instantes de 1936-39 lo perjudicó su humanitarismo impidiéndole abarcar en toda su horrible profundidad un fenómeno tan inhumano como el fascismo. No se pudo convencer de que la fuerza, y la amenaza con la fuerza, eran los únicos argumentos accesibles a la mentalidad nazi. Por eso no se atrevió a adoptar una política exterior enérgica. Ante el peligro de la guerra inminente, Blum trató por todos los medios de impedir tamaño riesgo. Sturmthal resume en estas líneas su semblanza de Blum: “Algunos críticos han acusado a Blum de cobardía. Pero no se pudo dudar de su valor cuando, a propósito de la ocupación del Ruhr, se opuso a Poincaré, ni más tarde cuando alzó la bandera del antifascismo durante los sucesos que siguieron al día fatal del 6 de febrero de 1934. El odio fascista hacia Blum tuvo su expresión más violenta cuando, el 13 de febrero de 1936, los monárquicos y los fascistas agredieron e hirieron al jefe socialista. Y Blum demostró una vez más su valor moral y físico ante el tribunal del Mariscal Pétain. No es en este

terreno donde ha de buscarse la explicación de sus fracasos. Radican en las grandezas y en las limitaciones del siglo XIX cuyo hijo espiritual era León Blum. Fue su fe en la fuerza de los valores morales y humanitarios la que le desarmó cuando se enfrentó a un enemigo como el fascismo que se hallaba fuera de la moralidad establecida".

Al caer Francia vencida por las huestes de Hitler, el "Atila Mecanizado", como lo denominara Blum, se le apresó y encarceló por los sicarios de Pétain. El gobierno títere de Vichy preparó el famoso proceso de Riom en contra de las personalidades democráticas de la Tercera República. En él, Blum, se defendió con valentía y en sus notables apostrofes se transformó de acusado en acusador. El proceso debió suspenderse en vista de la situación creada y a Blum se le internó en uno de los numerosos campos de concentración alemanes, de donde salió a la libertad cuando se produjo la derrota del Tercer Reich y la destrucción del hitlerismo.

Desde la época del pacto nazi-soviético, y del estallido de la segunda guerra mundial, los comunistas entraron a atacar con gran violencia al líder del socialismo francés, prodigándole los más calumniosos epítetos. Mauricio Thorez, escribió un largo e injurioso artículo en su contra en el N°2 de "L'Internationale Communiste", en 1940, (también apareció en alemán en "Die Welt", del 16 de febrero de 1940). En él oculta la responsabilidad de la alianza de Stalin con el fascismo en el desencadenamiento de la guerra, tras un desproporcionado ataque a Blum. Según sus consideraciones, en 1939, el P.C. permaneció leal a la causa de la clase obrera, detrás de la "firme política de paz" de la URSS, a quien los hacedores de la guerra imperialista no pudieron precipitar en el sangriento caos. "Tal argumentación resulta discutible si se recuerdan el reparto de Polonia, la anexión de los Estados Bálticos y la invasión de Finlandia, según idénticos procedimientos hitlerianos, y cuando año y medio más tarde se produce el asalto de su aliado y la "burguesía occidental", causante exclusiva de la guerra, según Thorez, pasó a ser aliada de la URSS. En Blum le indigna su "infamia" por atacar a Stalin, "ese gigante del pensamiento revolucionario, y de la acción revolucionaria" …

¿Cuál será su juicio respecto de Kruschev, después de su horripilante diatriba en el Vigésimo Congreso del Partido Comunista Ruso, donde dejó al "gigante del pensamiento revolucionario", reducido a las proporciones de un monstruo demente y sanguinario?...

En resumen, para los comunistas, León Blum es enemigo de la paz, de la democracia y del socialismo, porque tuvo el valor de denunciar el totalitarismo imperante en la URSS y su política, a menudo, contraria a los intereses de las clases populares, impuesta por Stalin, con bastante anterioridad a las revelaciones y anatemas de Kruschev.

Apenas terminó la guerra y fue libertado, Blum se reintegró inmediatamente a la política de su patria, jugando un rol de primera magnitud, dadas su experiencia y capacidad y su recia gravitación ética sobre el pueblo francés. De esta época data su excelente libro "A L'ECHELLE HUMAINE", ("En Escala Humana"), escrito a fines de 1941 en la prisión de Bourrassol. En esta obra se encuentran las aspiraciones del socialismo democrático francés tal como en "L'ARMEE NOÜVELLE", de Jaurès. Algunos pocos ejemplares circularon clandestinamente y apareció en forma después de la liberación. Blum declara ahí con impresionante franqueza: "La generación a la cual pertenezco no ha tenido éxito en su tarea", y su trabajo mira por eso, exclusivamente, al porvenir y está dirigido a la juventud. Insiste en el carácter profundamente democrático, moral y humano del verdadero socialismo: "Conciliar los derechos de los pueblos con la paz, los derechos del hombre con el orden, combinar la organización colectiva de la

producción y del consumo con el desarrollo de las libertades personales", tales son sus objetivos esenciales, según Blum. Y la razón le asiste cuando hemos visto tantas bárbaras degradaciones en nombre del socialismo, y por eso la asociación de los valores de justicia y de libertad debe ser considerada como un dogma fundamental del socialismo.

León Blum es un típico representante del socialismo humanista francés, elevado a cumbre señera por Jaurès, y su figura es inconfundible porque era "demasiado culto para amar la popularidad, demasiado honrado para ser demagogo y demasiado sagaz para ser un doctrinario". En un informe luminoso sobre la esencia y porvenir del socialismo francés definía sus rasgos de la siguiente manera: "Somos el Partido Socialista y nuestro objeto es la transformación revolucionaria de la estructura social, es decir, del régimen de la producción y de la propiedad. Trabajamos por esa transformación no solo en interés del individuo sino también en interés de la colectividad, porque nosotros consideramos ambos intereses absolutamente solidarios. Es esta transformación esencial de la estructura social, esta mutación, lo que para nosotros constituye la revolución. Creemos que esta transformación es revolucionaria, aunque se lleve a cabo por medios legales: y a la inversa, no sería revolucionario un levantamiento popular victorioso que no buscara esa transformación social. Si luchamos por esta transformación no es solo porque ella emana de una ley histórica, o porque traduce el progreso de las fuerzas de producción y de las relaciones sociales que esas fuerzas determinan; es también porque responde a un ideal de justicia".

La sociedad socialista, según Blum, no es el cuartel ni el convento; la igualdad no es la uniformidad y consiste, por el contrario, en colocar a cada individuo en su lugar exacto, en el que le asigna su vocación natural, reconocida y cultivada por la sociedad misma. El socialismo valoriza, desarrolla y trata de utilizar para el bienestar colectivo todos los méritos y originalidades personales. Mientras "en el fondo del capitalismo está la negación del hombre", en el socialismo el individuo no es oprimido ni anulado; por el contrario, la finalidad última del socialismo es la liberación integral de la personalidad humana.

Para Blum, el socialismo es lo opuesto al totalitarismo. Un régimen socialista no puede suprimir la libertad. Solo por medio de la democracia el socialismo mantendrá y ampliará la democracia. Y únicamente el control democrático puede permitir la existencia y el funcionamiento de un régimen socialista, cuyos pilares son la justicia social, el bienestar y la libertad. Por otra parte, si el partido político es el medio eficaz e indispensable en la lucha, el Partido Socialista en vista de su finalidad de imponer el socialismo, no puede ser totalitario. En el seno de un Partido Socialista debe existir amplia libertad de discusión y su organización y disciplina deben provenir de la fidelidad a la doctrina y al partido, enraizada en una fuente espiritual y no en una coerción mecánica, de regimiento. La base fundamental en el desarrollo del socialismo es la educación general y la educación política y exigen un ambiente democrático. Tanto en el interior del partido como en el gobierno, socialismo y democracia constituyen una indestructible unidad.

El sabio G. F. Nicolai y sus críticas a la dialéctica[39]

El jueves 8 de octubre de 1964 falleció, en Santiago, a los 90 años, el científico, filósofo y maestro George Frederick Nicolai Michaelis, quien permaneció más de un tercio de su existencia en Chile. Autor de innumerables obras notables, alcanzó fama mundial con "Biología de la guerra", escrita en la prisión, durante la primera conflagración mundial, a la cual fue llevado por su desafío al poder absolutista de

[39] OCCIDENTE N°162 noviembre 1964

Alemania y por su denuncia de la barbarie belicista. El escritor y pacifista francés Romain Rolland le llamó "el gran europeo".

I

ENTRE SUS libros publicados mientras vivió en nuestro país se destacó uno dedicado a dilucidar candentes problemas teórico-ideológicos. En 1940 apareció, en Santiago de Chile, su voluminoso trabajo "La Miseria de la Dialéctica". En aquella época tuvo una resonante actualidad en vista del pacto Molotov-von Ribbentrop, con el cual se selló la alianza de Hitler y Stalin de dos años (1939-1941), a pesar de la lucha dramática entre el comunismo y el nazismo hasta el momento mismo de firmarse aquel documento. Las vicisitudes de la guerra mundial, a partir de junio de 1941, cuando la invasión de Rusia por los ejércitos de Hitler la obligó a pasarse al campo de las democracias, despertaron en la opinión mundial una gran simpatía por los sacrificios y heroísmos del pueblo ruso y, al mismo tiempo, sepultaron a las grandes denuncias del régimen soviético como tiránico y enemigo de la democracia. De nuevo, al término del terrible conflicto mundial, se produjo un vuelco en contra de la URSS, por sus tremendos apetitos anexionistas (fue la única potencia que se anexó territorios pertenecientes a otros países y, además, ocupó diversas grandes naciones, a las cuales en seguida impuso regímenes títeres con ayuda de sus fuerzas militares de ocupación) y por su afán de despotismo y opresión. Entonces surgió un apasionado interés por conocer los libros de análisis del régimen soviético, y aquellos dedicados a señalar los peligros del hegemonismo comunista para la democracia, la libertad y la autodeterminación de los pueblos.

La lectura de "La Miseria de la Dialéctica", producción erudita y polémica, es de permanente oportunidad, pues suministra una profunda base teórica para entender la suspicacia irreductible de la URSS, hacia los países capitalistas o democráticos, y la resistencia del comunismo hacia todos los movimientos de avanzada social, no sujetos a su férula.

En el marxismo, proclamado doctrina oficial del gobierno soviético, según Nicolai, se mezclan dos métodos directamente opuestos: el dialéctico y el científico. Su obra tiende, primordialmente, a separar esa mescolanza heterogénea, defendiendo a Marx, el científico, de su peor enemigo, Marx el dialéctico. La aportación más importante de Marx científico es su concepción del materialismo histórico; y ésta, en su esencia, significa que los métodos de las ciencias naturales son aplicables a todo y, por eso, a lo social. El concepto material de la historia corresponde al principio general de las ciencias naturales. Y por la aplicación consecuente de este método se puede llegar a establecer el socialismo. El socialismo en su concepción más amplia significa la firme resolución de realizar en lo posible todas las consecuencias que, razonable o científicamente, podemos sacar de la solidaridad del género humano. En cambio, el materialismo dialéctico, o sea el hegelianismo revitalizado por Marx, es el peor obstáculo para avanzar hacia el socialismo científico.

Nicolai lleva a cabo un examen detenido y despiadado de la filosofía de Hegel, poniendo al descubierto, y en ridículo, sus afirmaciones absurdas y sus contradicciones de todo orden. Según su diagnóstico el filósofo Hegel es políticamente reaccionario, espiritualmente clerical y científicamente anti empírico, y pudo gloriarse de haber complementado la reacción mantenida con las bayonetas por la Santa Alianza, con sus artes dialécticas, brindando a los potentados sus tres grandes conquistas: la restauración de la metafísica, del dogma y del absolutismo. Hegel, como anti empírico, elaboró su sistema por "seguridad inmediata", renovación del argumento ontológico de la escolástica, reemplazando a Dios omnipotente por Hegel omnipotente.

El método dialéctico hegeliano no sirve para nada creador; con él se puede comprobar lo mismo que el carbón es verde o que es violeta; que se es anti nazista uniéndose en alianza con el nazismo: que se es defensor de la libertad implantando una feroz tiranía. En la adhesión a la dialéctica, y no al materialismo histórico, radicaría la explicación de las desviaciones comunistas, de sus actitudes variables y de su paso repentino de una posición determinada a la opuesta, sin pudor ni disimulo.

En los tiempos posteriores a la primera guerra mundial, las tres conquistas hegelianas: la metafísica, el dogma y el absolutismo, se impusieron en forma de avasallamiento y servilismo de grandes masas, de dictaduras de partidos únicos y policías secretas, bases de un totalitarismo antihumano. No es un hecho casual la rehabilitación de Hegel verificada por el nazismo, pues fue el apologista del Estado prusiano, y tampoco es extraño el establecimiento, en la URSS, de la dialéctica como ciencia oficial. Según Nicolai, a causa de la dialéctica han degenerado las culturas alemana y rusa; la primera hasta eclipsarse por largo tiempo, y la segunda, viviendo momentos de confusión y crisis. La dialéctica es veleidosa y giratoria; y permite encontrar supuestas verdades a nuestro gusto y conveniencia. Si en la URSS se restableciera la libre discusión, con seguridad la dialéctica se vendría al suelo, El nacionalismo y el dogmatismo comunistas derivan de la dialéctica, pues ésta y el nacionalismo están unidos por la raíz común del misticismo. Con la dialéctica se forman solamente partidistas; en cambio, la ciencia prepara ciudadanos. El doctrinarismo dialéctico lleva a cometer inconsecuencias como la de comprobar una mutación incesante, pero que no se la admite en la propia doctrina; y la de creerse poseedor de la verdad para siempre, por estar todo contenido y explicado de antemano en los libros sagrados. De esta suerte, el comunismo posee una raíz mística y por ello se ha constituido en Iglesia, reemplazando la gastada trinidad del Padre, Hijo y Espíritu Santo, por la igualmente intocable de Marx, Engels, Lenin, tratando de cuadrar el triángulo con Stalin en el papel de María.

La ideología de Hegel sobre el Estado la heredaron la Alemania de Hitler, ya destruida, y la URSS. Para Hegel, como para el estalinismo, el individuo no vale nada frente al Estado; tanto en el nazismo como en el sovietismo existe una idéntica adoración por el Estado y su dictadura, Como consecuencia directa de su exaltación se organiza el partido único, y éste, como el Ejército y la Iglesia, tiende a automatizar a los individuos para hacerles olvidar su facultad de pensar y arrastrarlos con consignas administradas por el jefe de propaganda y vigiladas por la policía secreta.

Nicolai plantea la distinción clara entre Marx científico (defensor del materialismo histórico y del socialismo) y Marx dialéctico (padre del comunismo), y llega a afirmar que los dos peligros más grandes para el socialismo son: de una parte, la mistificación dialéctica en el dominio ideológico; y de otra, el oportunismo innato en la actividad del hombre. El materialismo histórico es un método eficaz y puede ayudar fecundamente a superar ambos escollos, por cuanto junto con reconocer la importancia decisiva de lo material en la vida humana, exalta la importancia soberana de la voluntad del hombre, de donde fluye su acción consciente para transformar la sociedad apresurando los cambios urgentes. Para él, la más sublime tarea del hombre racional es acelerar de modo voluntario lo que debe venir necesariamente.

Nicolai realiza su desmenuzamiento con el objeto de reivindicar el socialismo como la finalidad actual de la sociedad y del hombre: “En nuestros días la noción posible del socialismo se ha simplificado hasta concretarse en una finalidad de ennoblecimiento de la especie humana, por medio de la sociedad, y en un método de dominar la economía que se ha tornado demasiado complicada por medio de un plan general, en beneficio de la sociedad total. La economía planeada incluye entonces de sí misma el socialismo

internacional, puesto que un plan general es incompatible con la iniciativa privada y lo mismo con la soberanía ilimitada de los Estados aislados".

El socialismo debe aprovechar exclusivamente a Marx científico y eliminar el dialéctico. Debe continuar sirviéndose de la ciencia y aprovechar todos los hechos que una ciencia verdadera nos enseña, pero debe terminar con la creencia de ser él mismo una ciencia, porque esta actitud "no le ayuda y solo le crea cadenas doctrinarias, en los momentos en que él necesita de toda su libertad para luchar eficazmente por sus ideales". Y no tengamos temor ante su categórica afirmación, pues "la ciencia verdadera no puede ser reaccionaria, ni siquiera en manos reaccionarias; la ciencia es revolucionaria y exactamente lo opuesto a la dialéctica".

El denso y variado libro de George Nicolai nos entrega una convincente explicación de los continuos virajes del comunismo dialéctico, y nos suministra, al mismo tiempo, una base firme para considerar el socialismo como un sistema distinto y opuesto al comunismo soviético y, por lo tanto, etapa superior en la evolución de la sociedad, en la cual imperarán efectivamente la justicia y la libertad.

II

Los puntos de vista de Nicolai con respecto a Hegel y al comunismo encuentran una sorprendente confirmación en las penetrantes observaciones del filósofo y humanista inglés Bertrand Russell, Premio Nobel y decidido luchador por la paz, en varias de sus publicaciones y, sobre todo, en sus "Ensayos Impopulares". Bertrand Russell, al igual que Nicolai, vapulea de firme a Hegel, cuya filosofía "la expresó con tanta obscuridad, que la gente pensó que debía ser profunda". Pero se la puede explicar con lucidez en palabras sencillas y entonces, su obscuridad es manifiesta. Hegel encontró "la naturaleza de la realidad gracias a un proceso puramente lógico llamado dialéctica, que consiste en descubrir contradicciones en las ideas abstractas y corregirlas haciéndolas menos abstractas. Cada una de tales ideas abstractas es concebida como una etapa en el desarrollo de la idea y la última etapa es la idea absoluta... ("en la que no hay contradicción y que, por lo tanto, describe el mundo real"). Para Hegel el curso de la lógica y el curso de la historia eran en términos generales, idénticos y así lo hace notar Russell: "Cosa rara, por algún motivo que Hegel jamás divulgó, el proceso temporal de la historia repite el desarrollo lógico de la dialéctica". Distintas naciones han corporizado las etapas de la idea que la dialéctica alcanzó en tales épocas. Y desde la caída de Roma solo los alemanes han sido los únicos portaestandartes de la idea y, ya en 1830, estaban muy próximos a comprender la idea absoluta. Según Russell, el éxito de este "fárrago de disparates" es sorprendente, aunque explicable entre los alemanes, porque les halagaba su autoestima.

Según Bertrand Russell, un sistema autocrático, como el propugnado por Hegel, solo es teóricamente justificable sobre la base de un dogma indiscutido. Y, precisamente, las afirmaciones de Marx sobre la dialéctica han sido aceptadas sin discusión y elevadas a la categoría de dogmas en la URSS, hecho reñido con la propia sociología marxista, basada en la ciencia, por cuanto todo dogma inmutable es anticientífico.

Si los sistemas de dogmas sin cimientos empíricos, como los de la teología escolástica del fascismo y del comunismo estalinista, poseen la ventaja de producir un alto grado de coherencia entre sus discípulos, también es inevitable que el dogmatismo conduce a la tiranía totalitaria y domina, entonces, por medio del terror y el miedo, aplastando las individualidades y transformando a cada ser en una simple unidad en la masa o rebaño. El dogmatismo es el más terrible "enemigo de la paz y una barrera insuperable para la democracia". En un estado totalitario y policíaco asentado en dogmas y en el terror, la ciencia y la filosofía,

el arte y la literatura, se “tornarán apéndices sicofánticos del gobierno, hueros, estrechos y estúpidos”, y quien “no logra seguir las evoluciones de la dialéctica oficial con suficiente agilidad está perdido”.

Por las razones señaladas, Bertrand Russell proclama como obligación ineludible de todos, defender la libertad de pensamiento, la libertad de investigación, la libertad de discusión y los sentimientos humanos.

III

EL filósofo Ernst Cassirer en su libro “El mito del Estado”, enfoca la responsabilidad de Hegel y de otros pensadores, en el afianzamiento de las tiranías actuales. Para él las bases teóricas del totalitarismo contemporáneo se encuentran en las doctrinas de Hegel glorificando el Estado; en las de Carlyle sobre el culto de los héroes; y en las de Gobineau, ensalzando la primacía de la raza.

Hegel, en su exaltación del Estado, escribió, en 1801: “los hombres son bastante necios para olvidarse... en su entusiasmo por la libertad de conciencia y la libertad política, de la verdad que reside en el poder”, Para Cassirer, tales palabras contienen el más claro programa de fascismo propuesto por un escritor político o filosófico. El mismo principio vale tanto para la conducta de las naciones como para los individuos excepcionales que determinan el curso del mundo político y son quienes hacen la historia. También ellos están exentos de toda obligación moral. En el sistema de Hegel, el culto del Estado se combina con el culto del héroe.

En el campo de la política práctica, Hegel, en 1806, se entusiasmó con Napoleón y él era “el alma del mundo”: más tarde, Prusia se convirtió en la potencia predominante en Alemania y “el alma del mundo” se trasladó a Prusia y Hegel se convirtió en el “filósofo del Estado prusiano” por estar “fundado en la inteligencia,” En su tiempo todos los liberales alemanes consideraron el sistema hegeliano como el más firme baluarte de la reacción política y, para ellos, Hegel era el enemigo más peligroso de los ideales democráticos. Según recuerda Cassirer, el filósofo Fríes afirmó que la teoría del Estado de Hegel había brotado “no en los jardines de la ciencia, sino en el muladar de la servidumbre”.

No obstante ser Hegel, un conservador, defensor del poder de la tradición y sostenedor de la reacción, del Estado prusiano y de la Santa Alianza, su sistema filosófico llegó a ser en los siglos XIX y XX una de las fuerzas revolucionarias más poderosas del pensamiento político. Se convirtió en el maestro de Marx y de Lenin, en el paladín del “marxismo dialéctico”, cristalizado como régimen político en la URSS de Lenin-Stalin. Y por otro lado desembocó como filosofía oficial en el Estado fascista de Hitler y Mussolini, expresiones máximas de la contrarrevolución y de la tiranía totalitaria. Resume Ernst Cassirer su enfoque en este párrafo: “El hegelianismo es uno de los fenómenos más paradójicos de la vida cultural moderna. Tal vez el ejemplo mejor y más notable del carácter dialéctico de la historia lo dé el destino del propio hegelianismo. El principio que defendió Hegel se convierte de repente en su contrario. La lógica y la filosofía de Hegel parecían un triunfo de lo racional. El único pensamiento que la filosofía trae consigo es la simple concepción de la razón, la idea de que la historia del mundo nos ofrece un proceso racional. Pero el trágico destino de Hegel fue que desencadenara inconscientemente las potencias más irracionales que hubieran aparecido jamás en la vida social y política del hombre. No hay otro sistema filosófico que haya contribuido tanto en la preparación del fascismo y el imperialismo como la doctrina del Estado de Hegel, como esa “idea divina en su existencia terrena”. Hegel fue inclusive el primero en dar expresión a la idea de que, en cada época de la historia, hay una nación y solo una que represente verdaderamente el espíritu del mundo, y que esta nación tiene el derecho de regir a todas las demás”.

Para Hegel, en su defensa de un imperialismo nacionalista, los espíritus de las demás naciones "no tienen ningún derecho en absoluto" frente a la nación que, en un momento histórico dado, debe ser considerada como el único "agente del espíritu del mundo.

Al lado de Hegel, han contribuido a preparar la ideología del régimen totalitario, Carlyle, (1795-1881), y Gobineau, (1816-1882), ambos enemigos de los ideales políticos de igualdad y de libertad del siglo XVIII. Thomas Carlyle, en su obra "Los héroes, el culto de los héroes y lo heroico en la Historia", identifica la vida histórica entera con la vida de los grandes hombres; sin ellos no habría historia. Distingue entre los "héroes" y la masa, o "los criados". La verdadera iniciativa se reserva para la minoría selecta y la masa debe someterse a la voluntad de esos elegidos, los caudillos natos. Según Jean Touchard, en su "Historia de las ideas políticas", para Carlyle "la historia universal... el relato de lo que hizo el hombre en el mundo, es en el fondo la historia de los grandes hombres". Su teoría sobre el culto de los héroes se encuentra en la base de la exaltación de los líderes carismáticos (duce, Führer, caudillo) del fascismo. Ninguna otra doctrina, de acuerdo con Cassirer, ha contribuido tanto a preparar el camino para los ideales contemporáneos del caudillaje político. En seguida, Gobineau, en su obra "Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas" proclama que "la raza lo es todo; todas las demás fuerzas no son nada. (Carecen de valor y significación independientes. Si algún poder tiene, no es un poder autónomo. Les es conferido nada más por su soberano y superior: la raza omnipotente. Este hecho aparece en todas las formas de la vida cultural: en la religión, la moral; la filosofía, el arte, la nación y el Estado". Afirmada su doctrina de la raza, declara la superioridad de la raza blanca. Con su totalitarismo de la raza, Gobineau, es uno de los escritores que más aporta a preparar la ideología de los sistemas reaccionarios.

En las luchas políticas del siglo XX, el culto del Estado, el culto del héroe y el culto de la raza se encuentran unidos y confundidos en los ideales y movimientos totalitarios,

El "culto de la personalidad" denunciado por Nikita Kruschev, en la URSS, después de la muerte de Stalin, (durante un cuarto de siglo el líder faraónico, omnipotente y omnisciente, del sistema comunista soviético), no es sino una fórmula ambigua para denominar la práctica del Estado Totalitario y de su correspondiente caudillaje tiránico.

El sabio y maestro George F. Nicolai, en su larga, laboriosa y ejemplar existencia, combatió todos los "cultos" contrarios a la dignidad y libertad humanas, y a sus consecuencias aniquiladoras de la sociedad: la guerra y la tiranía. Defendió la ciencia, la cultura y la democracia, como los medios emancipadores y ennoblecedores del hombre. Su actividad y su obra merecen el respeto y la admiración de todos los hombres libres.

Los problemas de Chile en el examen de cuatro escritores[40]

Las grandes crisis capitalistas de 1919-20 y de 1929-30 repercutieron hondamente en Chile. La primera tuvo influencia en el movimiento social y político de 1920 y en el triunfo del abanderado populista Arturo Alessandri Palma; los efectos de la segunda sumados a la insurgencia unánime de la ciudadanía provocaron la caída de la dictadura militar de Carlos Ibáñez del Campo, el 26 de julio de 1931.

Desde 1919-20 se desató una enconada pugna entre las clases tradicionales, sólidamente agrupadas en la defensa de sus privilegios, y las clases desposeídas, ansiosas de incorporarse al gobierno con el propósito

[40] OCCIDENTE N°163 diciembre 1964

de proceder a una transformación radical del régimen económico-social y a la democratización real de la riqueza y del Estado.

El antagonismo señalado, profundo y violento, se ha desenvuelto en Chile, por medio de partidos políticos relativamente organizados y, en general, por cauces democráticos, utilizando el sufragio, con solo breves períodos anormales de anarquía o de restricción de las garantías constitucionales.

El desarrollo democrático de Chile en el plano constitucional y jurídico en estas últimas décadas ha llamado la atención a muchos observadores extranjeros, sobre todo por el contraste con la situación frecuente de tiranía de caudillos militares o de oligarquías corrompidas en la América Latina. Y en verdad, examinando la superficie política de nuestro país, es una comprobación justa. Pero, por desgracia, detrás de su fachada constitucional impecable, de sus numerosas y bien discutidas leyes y de la acción disciplinada de sus partidos, se esconde un lamentable fondo de atraso, de ignorancia y de injusticias. En estos instantes, Chile experimenta una crisis gravísima. El contraste entre su brillante nivel político, de carácter democrático, y su primitiva base económico-social y educacional, con una apreciable proporción de miseria, de analfabetismo, de abusos y vicios, más una agobiadora inflación, origina una situación de angustia e inseguridad intolerable en los diversos sectores laboriosos. A causa de la pobreza extendida y la carencia de estímulos para existir con decoro se malogran fuerzas de trabajo valiosas y se pierden estupendas promociones de juventud.

Hemos escogido a cuatro escritores de tendencias democráticas, si no ajenos, por lo menos alejados de la militancia política rígida, dos sociólogos, un ensayista y un economista, para entregar a través de la síntesis de sus obras, una visión de los complejos asuntos chilenos, en los últimos decenios de su evolución. Sus análisis poseen viva actualidad porque entregan una exposición seria de los problemas de fondo del país y señalan medidas coordinadas para enfrentar su resolución. En su época promovieron discusiones, pero no pasaron más allá del ámbito teórico.

En el presente, en Chile, se habla en todos los sectores sociales y políticos de la imperiosa urgencia de llevar a cabo reformas estructurales internas y de la necesidad de complementación económica con las demás naciones latinoamericanas, y de colaboración financiera y técnica de las grandes naciones industriales. Y, por suerte, éstas miran con creciente interés a la América Latina en orden a ayudarla en su desenvolvimiento con cierta equidad y no, exclusivamente, como factoría para expoliar y saquear. El reciente viaje del extraordinario estadista francés Charles de Gaulle es una demostración inobjetable.

El gobierno de Jorge Alessandri Rodríguez elaboró un Plan Decenal de Desarrollo que, sin herir los privilegios de la oligarquía monopolista, pretende alcanzar cierto avance de algunas ramas de la economía nacional. Asimismo, por su iniciativa, y la de los partidos sostenedores de su gestión, se aprobó una tímida, y complicada Ley de Reforma Agraria, con el propósito de vincular a la tierra en calidad de propietarios a algunos millares de campesinos, pero resguardando celosamente los intereses de los grandes terratenientes. En el fondo no es sino una ley de parcelación de tierras y de fomento agrario, de acuerdo con una similar finalidad a la de la Caja de Colonización y otras instituciones ligadas a la agricultura existentes en el país; y con un elevadísimo costo. Contempla la creación de una imponente burocracia y no da la menor representación al campesinado, en favor de quien se hará la reforma. No es propiamente, entonces, una reforma agraria, la cual supone un traspaso en gran escala de la propiedad del agro hacia los trabajadores del campo y su adhesión masiva a la tierra por ellos cultivada. En la pretendida reforma agraria chilena, según engorrosos trámites burocráticos, se persigue transformar en propietarios agrícolas

a una ínfima minoría de la población rural, dentro de un largo plazo, sin menoscabar el latifundio, principal causa del retroceso de la producción agropecuaria, del atraso general y de las hirientes desigualdades sociales y económicas imperantes en Chile.

En cuanto al pillaje de las principales materias primas (cobre, salitre, hierro), realizado por los monopolios norteamericanos, los gobiernos recientes le han otorgado nuevas concesiones y privilegios desmesurados, en vez de cercenárselos y, de tal modo, eliminar las perniciosas consecuencias de la penetración imperialista, una de las causas fundamentales del atraso y del empobrecimiento continúo del país. Y, finalmente, en este instante trascendental, la difícil realidad chilena plantea un desafío histórico a las nuevas fuerzas políticas triunfantes en las elecciones presidenciales del 4 de septiembre recién pasado, a la democracia cristiana. Según su programa y su prédica, conscientes de las tremendas urgencias nacionales, pretenden enfrentarlas con decisión y resolverlas con vigor, llevando a cabo una amplia "revolución en libertad". El país, próximo al colapso, le ha entregado una responsabilidad gigantesca. En los próximos años veremos si se comportan a la altura de la magnitud de la tarea y de la esperanza del pueblo.

I

Los años de la primera guerra mundial fueron de prosperidad para el Fisco chileno. Las entradas provenientes de las grandes ventas de salitre financiaban los gastos del gobierno y permitían la construcción de algunas obras públicas. Esas entradas extraordinarias disimulaban la infecundidad del régimen parlamentario y el marasmo general del país. En medio del conformismo reinante aparecieron dos libros del más alto valor sociológico, como denuncia y programa a la vez, sobre la atrasada y patética situación nacional. En 1917 se publicaron "El Problema Nacional", del educador Darío E. Salas, y "Oligarquía y Democracia", del periodista Tancredo Pinochet Le Brun. El libro de Darío E. Salas, implacable análisis de la situación educacional de Chile tuvo amplia difusión, removió el ambiente, repercutió en el Congreso Nacional e influyó en la dictación de la Ley de Instrucción Primaría Obligatoria, en 1920. La obra de Tancredo Pinochet, en cambio, no logró el impacto de la de Salas, a pesar de su mérito. Apareció con introducción del doctor Carlos Fernández Peña, apóstol del antialcoholismo, y en ella examina los aspectos sobresalientes de la raza chilena, de su medio geográfico y recursos; de su desarrollo y problemas más importantes. En páginas encendidas defiende al pueblo chileno y deshace las interesadas acusaciones sobre su inferioridad, como resultado de sus vicios. Por el contrario, considera a la minoría gobernante, ciega y egoísta, la única causante de la decadencia del país, de la postración de su pueblo. Según Tancredo Pinochet, Chile no es una democracia; su gobierno reside en manos de una oligarquía plutocrática y política, cuyos privilegios mantienen aniquilada a la nación, en el atraso material, en la injusticia social y en la incultura.

Al hacerse cargo de las acusaciones corrientes en contra de las clases populares por parte de personeros o representantes de quienes las explotan y oprimen, rebate su alcoholismo como tendencia natural, porque "el alcoholismo es fomentado entre el pueblo por las clases dirigentes que son las que controlan la industria del alcohol, la cual representa en el país un capital de 263.464.734 pesos, con 110.000 personas ocupadas directa o indirectamente en las industrias alcoholizadoras. Esto constituye una fuerza social que empuja al obrero a la taberna". El pueblo no es borracho porque sí; lo es por la acción de fuerzas sociales, económicas y políticas, las cuales fomentan el alcoholismo: nuestra oligarquía no se vanagloria de explotar el fierro o el cobre, sino de producir vino".

El chileno es capaz de un trabajo esforzado, como lo demuestra en las faenas del salitre, del carbón, del hierro; en las labores del campo en el centro o en el extremo sur, en condiciones terribles. El obrero de las minas realiza jornadas de doce horas diarias, y el campesino aún mayor. La fortaleza de la raza es asombrosa y hasta ese momento el alcoholismo no la ha abatido; no es flojo, ama el trabajo, pero el obrero y el gañán son expoliados, mal pagados y carecen de estímulos. Tampoco es enemigo del estudio, pues posee ansias de aprender, de estudiar, de surgir; no es torpe, todo lo aprende con facilidad y se desempeña con acierto. Refuta su mala fama de ladrón, porque es asunto de educación, como en lo referente al aseo, el cambiar en un sentido positivo.

En los diversos aspectos del carácter o de la idiosincrasia, presenta rasgos favorables; los chilenos no son pusilánimes, ni derrochadores, y son capaces. Escribe Tancredo Pinochet: "La raza chilena, el pueblo de Chile, en su conjunto, son una raza y un pueblo capaces. El que nuestros "Lajas" no estén domados y no estén rindiendo millones de caballos de fuerza, no quiere decir que no tengan esa fuerza, sino simplemente que no se ha aprovechado esa fuerza. Así también el que no se aproveche la capacidad de esta raza, no quiere decir que esta capacidad no exista, sino que no se ha aprovechado".

Es enorme la variedad de recursos inexplotados o apenas explotados, y muy grande el desconocimiento de sus verdaderos recursos naturales: los geólogos aseguran la existencia de petróleo en Magallanes y de nuevos mantos de carbón, de minerales de hierro y de cobre; además hay enormes reservas de maderas; inmensas fuerzas hidroeléctricas; una rica y prodigiosa fauna marítima; suelos aptos para el cultivo de arroz, caña de azúcar y frutas. Al efectuar el balance del progreso nacional, sobre un medio geográfico rico y con una raza capaz, se pregunta si nuestro grado de progreso corresponde a tal riqueza y a tal capacidad. En respuesta exhibe el terrible atraso general, la miseria y la mortalidad de sus masas trabajadoras. Con respecto al problema de la vida, manifiesta: "Tenemos una organización nacional de una eficiencia estupenda para aniquilar la raza y matar a sus hombres. Todo Chile es un matadero infantil. El conventillo, la taberna, la ruca del inquilinato, el campamento de la salitrera, todos éstos son baterías más perfectas que la más moderna maquinaria bélica de los países en guerra, para concluir con la población chilena y cercenar la pujanza física de los pocos que quedan con vida..."

La salubridad es pésima; la habitación se encuentra en pavorosas condiciones y el alcoholismo en aumento: "Los conventillos de nuestras ciudades son una afrenta para cualquier país que se llame civilizado", e igual juicio formula con respecto a los campamentos salitreros y los ranchos de inquilinos y "el medio millón de inquilinos chilenos, no están más incorporados a la vida nacional que el millón y medio de nuestras vacas".

En la estructura social y política del país, comprueba una profunda separación de clases, siendo avasallador el predominio de una reducida minoría privilegiada, dueña de la riqueza y del poder político. Es el gobierno de una oligarquía. Los presidentes y parlamentarios están estrechamente emparentados y unidos por los lazos de la riqueza. Para romper tan cerrada oligarquía y dar paso a una efectiva igualdad social y con ella desatar el progreso, corrigiendo abusos, eliminando instituciones arcaicas, nivelando los recursos, es preciso iniciar la hora de la democracia auténtica. La solución del atraso del país exigía la vigencia de una real democracia en lo económico, en lo social y en lo político.

La voz de Tancredo Pinochet, como la de otros sociólogos, cayó en el vacío. El régimen oligárquico parlamentario continuó ahondando los males de la nación y acumulando contradicciones explosivas.

A raíz del término de la primera guerra mundial, el régimen parlamentario experimentó una profunda conmoción y un evidente agrietamiento. En 1919 se desató una gravísima crisis económica; se paralizó la industria salitrera. El Estado dejó de percibir sus mayores entradas y millares de obreros quedaron cesantes. Sobre las masas trabajadoras hambrientas y sobre las clases medias pauperizadas llegó la influencia beligerante de la revolución triunfante en Rusia Zarista y el ejemplo de confusas experiencias extremistas en Alemania, Hungría... La crisis capitalista, de una parte, el éxito de la revolución rusa en Europa, y la consolidación de la revolución mejicana, en América Latina, estimularon la formación de un amplísimo movimiento social y político en Chile. En él se integraron las grandes masas populares, hasta ese momento indiferentes y ajenas a los llamados de la acción política, y las agrupaciones de los sectores dinámicos de las clases trabajadoras: la Foch, (Federación Obrera de Chile), organismo sindical clasista desde 1919; la I. W. W. (Trabajadores Industriales del Mundo), núcleo sindical de acción directa, constituido en 1919; el P.O.S., (Partido Obrero Socialista), de cuadros reducidos, pero activos, y con numerosos dirigentes obreros fogueados; la Asamblea de Alimentación, vasto frente de explotados, de asalariados y consumidores; y la FECh, (Federación de Estudiantes de Chile), organismo de la juventud universitaria que, en 1919, abandonó su posición apolítica y se sumó al gran movimiento y despertar sociales. Se alió a los organismos señalados y algunos de sus dirigentes fueron militantes de la I. W. W. y de la Foch.

El poderoso movimiento social y político, de repudio al régimen parlamentario oligárquico, lo canalizó en su provecho electoral la conjunción política populista de la Alianza Liberal, con un caudillo verboso y demagogo, senador Arturo Alessandri Palma.

La reacción reprimió, a través de diversos medios, las actividades de los organismos obreros y trató de hacer fracasar la candidatura presidencial de Arturo Alessandri. La Unión Nacional, conglomerado político derechista, y su candidato Luis Barros Borgoño contaron con la decidida intervención del Gobierno a su favor, a través de un ministerio decididamente unionista.

El gobierno persiguió a los elementos populares de acuerdo con el famoso “Proceso de los Subversivos” y, además, con la farsa de “la guerra de don Ladislao”. El ministro de guerra, Ladislao Errázuriz inventó un supuesto peligro de guerra en el norte, movilizó el ejército y envió 60.000 soldados a esa zona a mediados de junio de 1920. Los despidió en la Estación Mapocho, con estas palabras tribunicias: “Vais cumpliendo una noble y elevada misión que compromete la gratitud nacional”. A pesar de ser una burda comedia, “la guerra de don Ladislao” se tradujo en la compra de caballares y provisiones por millones de pesos en los fundos de la oligarquía. ¡La farsa apuntaba a un doble beneficio! Sin embargo, respecto al propósito de impedir la victoria de Alessandri, no tuvo éxito. El 25 de junio de 1920, Arturo Alessandri obtuvo un gran triunfo en las urnas, creándose un verdadero estado prerrevolucionario en el país. La reacción consternada, para ella Alessandri y sus partidarios eran "Lenin y sus bolcheviques-maximalistas” en la Moneda, continuó utilizando procedimientos de fuerza, terroristas, con el propósito de despojar de su triunfo al abanderado de la combinación populista.

La FECH tomó un acuerdo el 18 de julio de 1920 condenando la movilización militar ordenada por el ministro de Guerra y a raíz de él, el 21 de julio, con motivo de las manifestaciones patrióticas de despedida a las fuerzas que iban al norte, miembros de "la canalla dorada” y turbas asaltaron y destruyeron el Club de la Federación de Estudiantes, en calle Ahumada, porque sus elementos "eran espías vendidos al oro peruano”.

Mientras tanto, un Tribunal de Honor, por 5 votos contra 2, reconoció el triunfo de Alessandri, y el Congreso Pleno, el 6 de octubre de 1920, respetando aquel fallo, proclamó a Arturo Alessandri Palma, presidente de Chile, y el 23 de diciembre se hizo cargo de su mandato.

El Gobierno de Alessandri fracasó, y por la oposición oligárquica, atrincherada en el Senado, el parlamentarismo llegó a su máxima descomposición. Un golpe militar lo derribó el 5 de septiembre de 1924, y un nuevo pronunciamiento, el 23 de enero de 1925, lo repuso. En este corto período, Arturo Alessandri se preocupó de la dictación de una nueva Constitución de la República, en la cual se estableció el sistema presidencial de gobierno con el objeto de poner término a los excesos del parlamentarismo. Para dar forma a su propósito llamó a la Moneda a las personas más representativas de la opinión nacional y trató lo referente a una Asamblea Constituyente. El 7 de abril designó una Comisión Consultiva, con la misión de elaborar un proyecto de Constitución Política. De sus debates salió la actual Carta Fundamental de 1925. Por la presión de los militares, Alessandri abandonó el gobierno y se llamó a nuevas elecciones. Los partidos políticos tradicionales se unieron y levantaron la candidatura de Emiliano Figueroa Larraín. Los elementos populares, asalariados, proclamaron la candidatura del doctor José Santos Salas, Ministro de Higiene y Previsión Social, autor de la Ley de Vivienda y de otras leyes sociales. Los organismos aglutinadores de aquel movimiento en pro de la solución del problema de la vivienda fueron las Ligas de Arrendatarios.

Para llevar a cabo los trabajos de la postulación de José Santos Salas, se constituyó un Comité Nacional de Asalariados. También la apoyó la Foch y el exdiputado socialista Víctor Luis Cruz, figuró como secretario general de aquel Comité. Los elementos socialistas se organizaron en la USRACH, (Unión Social-Republicana de Asalariados de Chile), verdadero embrión de un partido laborista.

En aquellas elecciones triunfó Emiliano Figueroa con 187.000 votos. José Santos Salas obtuvo 74.000 sufragios. Su gobierno duró escaso tiempo por la intervención creciente de los militares y debió renunciar para dar paso al cesarismo castrense.

En 1924-25 los pronunciamientos militares barrieron con la vana y falsa retórica parlamentaria y con su corrompido sistema. Desgraciadamente, su predominio posterior, a consecuencia de la caída del infecundo sistema oligárquico amurallado en el Congreso, envolvió la pérdida de las libertades republicanas. Sobre el cansancio y la reprobación del pueblo, los militares exaltaron al César criollo, Carlos Ibáñez del Campo, cuya dura tiranía aniquiló la libertad y para adormecer la conciencia ciudadana, dio un gran impulso al desarrollo material superestructural. Aplastó la politiquería estéril y desterró la difusa charlatanería de los núcleos dirigentes de la casta plutocrática, pero, también, ahogó la crítica, la oposición, con lo cual florecieron el abuso, el favoritismo y el despilfarro.

II

Un balance del país, de su situación social, política y moral al asumir la dirección del gobierno los militares, se encuentra en la obra del sacerdote Guillermo Viviani Contreras: "Sociología Chilena. Nuestro problema Social", aparecida en 1926. Adepto al contenido social de las Encíclicas "Rerum Novarum" y "Quadragésimo Anno", no se le puede acusar de extremista y resentido, ni recusar su estudio como demagógico, dada su condición de miembro calificado de la Iglesia. Pues bien, su obra citada es un documento lapidario para la gestión gubernativa de las clases poseedoras y, al mismo tiempo, una condenación del egoísmo y la incapacidad de la oligarquía dominante. Al enfocar el problema social chileno analiza las clases sociales; su origen, sus divisiones y características más acusadas; en seguida, apunta los

rasgos más sobresalientes de la evolución social del país; y, finalmente, plantea el fondo de la cuestión social chilena.

No obstante, su posición espiritualista, cristiana, a menudo se le escapan afirmaciones del más puro corte materialista. Ante todo, reconoce que "la primera y más imprescindible necesidad de todo ser es alimentarse para vivir" y, por tal motivo, "el dinamismo de los pueblos hambrientos es terrible".

En su examen de las clases sociales, parte de la comprobación de un hecho indiscutible: "La riqueza de nuestro país está poco repartida. Un grupo reducido de familias tiene la propiedad de las principales haciendas del valle central, de casi todas las minas de carbón, cobre, plata y salitre, y dirige las instituciones de crédito, los bancos y el engranaje superior del alto comercio, de exportación e importación" ...

Las llamadas clases altas son las clases de los grandes terratenientes, mineros, industriales y comerciantes; representan el capital organizado de Chile y su influencia es preponderante en la política, por medio de dos grandes partidos: el Conservador y el Liberal. Según G. Viviani: "El Estado ha permanecido, hasta hace poco, bajo la dirección, sin contrapeso, de una verdadera oligarquía que se repartía, para su beneficio, todos los más importantes y mejor remunerados puestos públicos y diplomáticos, los sillones de la Cámara de Diputados y el Senado; y elegía entre sus prohombres al presidente de la República. El régimen en que vivíamos era popular y democrático, en su organización jurídica, tenía como base el sufragio universal, la elección de los gobernantes por el pueblo; y con todo, en la realidad, nuestra república era, y lo es todavía, la más aristocrática de todas las repúblicas americanas".

En sus formas de vida y en su conducta cotidiana las clases altas llevan un boato desmedido, con una fuerte inclinación al vicio: juegos en el club, o garito elegante; apuestas mutuas del hipódromo, mantención de casas de placer... Sus rasgos en el plano moral, los resume así: "Profundamente religiosas y morales, en tiempo antiguo, a medida que han ido enriqueciéndose y transformándose en plutocracia, el lujo exorbitante y la sensualidad las ha ido paulatinamente relajando. En la vida económica han prescindido de la moral cristiana. De ahí, la falta de equidad con que cierto número de grandes hacendados trata a sus inquilinos, el abuso en las especulaciones bursátiles, los escándalos por quiebras fraudulentas, las maniobras inmorales de los gestores administrativos, la explotación política de los ciudadanos pobres por el cohecho; y cien otros abusos, de todos conocidos, que han disminuido notablemente los sentimientos patrióticos del pueblo y han engendrado la desconfianza en los gobernantes" ...

Aunque es claro para exponer los privilegios de la clase dominante, en los cuales reside su poder, su riqueza y su profunda inmoralidad, como sacerdote hace una concesión a su calidad de tal, y trata de encontrar en razones religiosas la propagación de aquellas injusticias y vicios imperantes. Así, lamenta la educación de las nuevas generaciones en el ateísmo, lo cual habría dado origen a innumerables focos de degeneración física y moral en ciudades y pueblos. No obstante, reconoce también que el avance del ateísmo se debe al debilitamiento de las fuerzas de la moralidad cristiana.

Después de caracterizar a las clases plutocráticas, analiza las clases medias; les asigna un papel de extraordinaria importancia, pero las encuentra corroídas por un movimiento intelectual antirreligioso que ha creado profundas raíces en su seno. Expresa: "en resumen, las clases medías, muchísimo más numerosas que las clases altas, con razón llamadas espina dorsal de las naciones, en el orden político, están representadas por los dirigentes del Partido Radical y Demócrata; y elementos de segundo orden de todos los demás partidos, cuya influencia social está supeditada a la de sus dirigentes. En el orden económico, representan el pequeño capital y la gestión de las empresas de poca importancia, la burocracia

estatal, y las funciones variadísimas de la inteligencia al servicio del capital. En el orden moral, son un conjunto heterogéneo de grandes energías morales y católicas, y de no menos grandes perversidades morales e intelectuales, cuyo veneno descompone el organismo sano de la patria".

Luego lleva a cabo un completo examen de los diversos estratos de las clases trabajadoras y lo inicia con esta afirmación: "Nuestros trabajadores tienen grandes cualidades físicas e inteligencia; lo que los coloca a la altura de los mejores del mundo. Son de fácil comprensión, mucho sentido práctico, y poseen una energía muscular extraordinaria. Cuando se construyó el canal de Panamá, la cuadrilla de obreros chilenos se distinguió, y superó en competencia a muchas otras cuadrillas de norteamericanos y europeos, y mereció los elogios unánimes y la admiración, de sus empresarios y del pueblo".

Las condiciones de trabajo y de existencia de las clases obreras chilenas son inhumanas. Todos, obreros de la ciudad y de las minas, campesinos de las grandes haciendas, colonos e indígenas experimentan la misma explotación desalmada y vegetan en la más degradante miseria. Los gañanes o peones, llamados vulgarmente "rotos", son la escala inferior de las clases obreras: analfabetos, sin familia ni hogar, hijos del azar, generosos, fuertes y vigorosos en las labores pesadas, trabajan en todas las grandes faenas, dando ejemplos de pujanza y de extraordinaria resistencia orgánica. Sin educación, no reconocen partido y venden su voto si están inscritos, sometidos al cohecho corruptor y a la influencia de cantinas embrutecedoras. Por otra parte, los inquilinos "sufren silenciosa y resignadamente la miseria" y en algunas regiones su situación "es casi insoportable. Son explotados sin piedad". Son generalmente analfabetos e ignorantes; no pertenecen a ningún partido y solo obedecen a sus patrones; "en las provincias agrícolas las fuerzas políticas dependen principalmente de los grandes hacendados. Cada uno de éstos sabe que sus inquilinos le pertenecen como heredad".

He aquí un trozo sobre las condiciones económicas y sociales de las clases trabajadoras chilenas, según el sacerdote-sociólogo Guillermo Viviani: "Para comprender plenamente la situación económica y moral del proletariado, es necesario trasladarse a los suburbios de nuestra gran ciudad, recorrer los barrios populares, mal pavimentados, formados por conventillos insalubres y casitas antihigiénicas, y entrar a las míseras habitaciones de los pobres. Oprime el alma, ver tanta degradación moral y física. Hombres y mujeres viven sin casarse en espantosa y repugnante promiscuidad. Niños sucios y harapientos, candidatos prematuros a todos los vicios, juegan en patios húmedos, mal oliente, lleno de miasmas deletéreos, y aguas detenidas. En una sola pieza habita, a veces, numerosa familia. La miseria escuálida siega vidas en flor, retoños apenas abiertos al sol de la primavera. La mortalidad infantil es enorme. En los jóvenes, se ceba la tuberculosis, infección universal que devora familias enteras. El alcoholismo, en su forma más cínica y escandalosa, y los juegos de carreras matan las sanas energías del obrero, el cual invierte en esos vicios, los salarios, a veces subidos, que gana en la fábrica o el taller; entre tanto, la mujer, cargada de un racimo de hijos, trabaja sin descanso, agotando su vitalidad maternal, para asegurar el sustento a sus pequeñuelos y satisfacer sus más apremiantes necesidades. Tronco robusto de la raza, cae también a veces para no levantarse jamás, azotado por el vendaval de la miseria. Los niños abandonados, son recogidos piadosamente por otras mujeres, madres también de numerosos hijos, que conocen el dolor de vivir pobre. La caridad de nuestro pueblo es inagotable" ...

En cuanto a la tragedia de los obreros mineros describe un cuadro aterrador: "Donde la situación de los mineros es digna de especialísima consideración y estudio, es en la Pampa, inmensa planicie, calcinada por el sol, sin vegetación, árida y desolada como un desierto. Sus riquezas en yacimientos de salitre y minas de cobre son fabulosas. Sobre la vasta planicie a mil, dos mil, tres mil metros de altura, está la Oficina. Allí

nada se produce, no crece yerba ni pasto, ni es posible mantener animales para beneficiarlos. Los productos indispensables para la subsistencia vienen de afuera, del puerto. Los encarga la empresa explotadora. La elaboración del salitre y el cobre exige un esfuerzo humano ingente, efectuado en condiciones por demás difíciles. Hay trabajos tan duros que el más fornido obrero no lo resiste más de seis meses. En ninguna parte, la organización capitalista y su gran armazón económica se manifiesta al espíritu de los trabajadores con mayor claridad que en las oficinas de la Pampa. Cada oficina reúne dos mil, cinco mil y a veces diez mil obreros, que han venido, en enganche, de campos floridos y fértiles a la trágica y solitaria llanura. La empresa que les da trabajo instala almacenes, llamados pulperías, donde se vende la carne, el pan, todos los artículos de consumo y de tienda. Allí, nada falta, pero todo es caro.

"Las dificultades para la conducción de los productos, el espíritu de lucro de las administraciones de las pulperías, la escasez de artículos de primera necesidad, muchos de los cuales deben ser traídos desde la región central del país, y otros factores, como la no competencia, influyen poderosamente en el subido valor de los objetos que la pulpería vende. Por eso, aunque los salarios sean buenos, el obrero lo gasta totalmente en su subsistencia y la de su familia. Además, los garitos clandestinos en que, con simulada ignorancia de la policía, se juega a las cartas, se vende licor, y se mantienen entretenciones inmorales, destruyen las sanas energías del obrero, fomentan el vicio y conducen a la miseria.

"En suma, el minero ve que la Oficina que ha pagado su trabajo con un regular salario recibe, a los pocos días, ese mismo salario en cambio de las mercaderías que le vende a subido precio. Ella gana así dos veces: primero, como empresa productora de salitre o cobre; después como almacén universal que tiene, de hecho y sin posibilidades prácticas de competencia, el monopolio total y cerrado del comercio. Ningún objeto llega a la Oficina sin el visto bueno de sus jefes. Como, por otra parte, todos los servicios públicos, la Administración de Justicia, la Policía, el Ejército, las oficinas de Registro Civil, etc., están, aunque no por derecho, a lo menos de hecho, bajo la dirección y patronato de los gerentes de la Oficina, los trabajadores de minas se hallan como seres indefensos y siempre pobres, parias en su propia tierra, ante la potencia formidable del capital organizado y anónimo, el cual se enriquece considerablemente. Algunas oficinas han pagado en pocos años de explotación, los millones de pesos invertidos en sus maquinarias; y han comenzado a dar una ganancia líquida enorme a los capitalistas que las instalaron. Se explica con lo dicho, que los pampinos sean obreros descontentos de su propia suerte, en los cuales se desarrolla rápidamente, el espíritu revolucionario. El movimiento socialista y comunista ha dominado la Pampa y logrado, con continuas huelgas y reclamaciones, mejorar un poco las duras condiciones del trabajo. Es digna de admiración esa inmensa multitud de héroes anónimos que, bajo un sol inclemente, rinde la vida trabajando y enriqueciendo a las grandes compañías extranjeras y nacionales, a grandes compañías extranjeras y a la patria. El gobierno y las empresas mineras se han preocupado muy poco de mejorar la situación económica y moral de los trabajadores de la Pampa" ...

Por las terribles condiciones expuestas se producen continuos motines y conatos revolucionarios, sofocados por medio de sangrientas represiones. Como sacerdote sociólogo se lamenta de la falta de curas y de la reducida acción religiosa y moral en la región, de tal suerte que esas poblaciones están impregnadas de la más absoluta indiferencia religiosa.

Al enfocar la evolución social de Chile afirma que la existencia de la oligarquía económica ha tenido como resultante lógica la formación de una oligarquía política, y así los políticos dirigentes de los partidos Conservador, Liberal y Radical, tienen como hacendados, industriales o capitalistas, más afinidades económicas entre ellos que con los ciudadanos de las clases medias y obreras de sus asambleas

respectivas, Por otro lado, se ha constituido una inmensa burocracia que obstaculiza el desarrollo de la nación, a causa de sus intereses creados. Pero lo más grave es la desnacionalización de la economía chilena.

"La evolución capitalista de las clases altas está actualmente íntimamente ligada al desarrollo de grandes empresas extranjeras, principalmente norteamericanas e inglesas. Capitales más poderosos han arrastrado tras sí muchos capitales chilenos, que se han colocado bajo su tutela y protección. De este modo, poco a poco, se va convirtiendo nuestro país en una factoría extranjera, y las grandes riquezas de nuestro suelo pasan a manos de personas extrañas que ni siquiera nos conocen. Es verdad que las empresas extranjeras benefician a nuestro pueblo porque le proporcionan trabajo en abundancia; pero también lo es que las grandes oligarquías financieras que ellas forman procuran ejercer un tutelaje, económico primero, después político, y por último moral sobre nuestra patria. Y como no es posible ni conveniente impedir la llegada de nuevos capitales extranjeros, a un país nuevo y vigoroso como el nuestro, es necesario que, con sabia política, el gobierno establezca un equilibrio en la presión económica ejercida por los capitales de los diversos países y sus respectivos intereses con el objeto de mantener incólumes la libertad e independencia nacionales"

Para Guillermo Viviani, "la cuestión social chilena deriva de la explotación capitalista. El capitalista quiere ganancias sin trabajo personal, y los capitalistas y gerentes propenden a pagar los más bajos salarios a sus trabajadores y a despedirlos cuando no los necesitan, porque en la organización económica capitalista se considera el trabajo como una mercancía sujeta a la ley de la oferta y la demanda, en circunstancias que el trabajo debe ser dignificado, permanente y retribuido con un salario no solo equivalente al servicio prestado, sino también proporcionado a las necesidades de la vida del obrero que lo recibe".

En definitiva, las consecuencias de la explotación capitalista se traducen en el fenómeno social de diferenciación de clases: mientras los ricos se hacen cada vez más ricos, los pobres son cada día más pobres: "La estructura económica capitalista hoy predominante, tiene refracciones morales dilatadísimas. Ella ha empobrecido progresivamente a las clases bajas, y ha acumulado la riqueza en manos de pocas personas. Miseria, en los de abajo; lujo exorbitante, en los de arriba. El industrialismo moderno ha sacado a la mujer de su hogar, y la ha llevado a talleres y fábricas, en busca del salario indispensable para su subsistencia. La organización económica actual favorece la inmoralidad y propende a la destrucción de la familia".

Mientras los capitales nacionales se han dedicado más a la especulación que a la labor productiva, el gobierno gasta más de lo que gana y se endeuda. Así el pago de los intereses de la deuda pública es un pesado fardo que impide la máxima expansión económica del país. Por otro lado, el elevado consumo de riqueza en el sostenimiento del lujo de las clases altas sustrae capitales a la producción de la riqueza destinada a satisfacer las necesidades del pueblo y abaratar la vida. En lo político, se extiende el pernicioso vicio del cohecho, y los elegidos son todos de las clases pudientes o a su entero servicio. El Parlamento, representante genuino de la burguesía, no se ha preocupado de la situación del pueblo, ni de sus miserias, ni de sus vicios, que consumen en flor sus mejores energías. Los partidos políticos se han convertido en sociedades de socorros mutuos, buscando sus propias conveniencias de grupo, y no el bien general del país. Y a su alrededor prolifera, y aumenta, una dañina casta de gestores administrativos, de nefasta actividad; y ella origina negociados con los bienes nacionales, defraudaciones al Fisco y grandes especulaciones.

Desde extremos opuestos, el lujo exorbitante de las clases altas y la miseria de las clases populares, fomentan la corrupción, el robo y el vicio. La sociedad entera que camina envuelta en la sordidez y en su centro exalta el egoísmo de los poderosos, no pone límites a sus ambiciones "y estima que el aplastamiento de los débiles es una fatalidad necesaria e irremediable".

La dictadura militar de 1927-1931 no modificó en lo más mínimo la tremenda realidad reseñada por Guillermo Viviani. Más bien agravó la situación nacional, porque no dio solución a sus problemas básicos y, en cambio, para mantenerse en el poder, otorgó nuevas y amplias concesiones a los consorcios internacionales y endeudó, en forma desmedida e irresponsable, al país por medio de cuantiosos empréstitos. La nación quedó sometida al imperialismo norteamericano. Al atraso interno impuesto por el predominio de la clase terrateniente, sustentadora del latifundio, se sumó el saqueo colonial de la arrolladora penetración imperialista de los monopolios norteamericanos.

La crisis capitalista de 1929-1930 puso al desnudo las dolorosas injusticias y las insolubles contradicciones de ese régimen semifeudal y semicolonial; y el descontento de las grandes masas laboriosas frente a los seculares privilegios y a la dictadura, desató un movimiento de resistencia que se transformó en abierta insurgencia revolucionaria hasta provocar la caída de la tiranía el 26 de julio de 1931.

A raíz del derrocamiento de Ibáñez, quien se fugó a la Argentina, volvió al poder la oligarquía levantando la enseña del "civilismo" como antídoto a la "dictadura militar". Su gobierno, cuyo personero fue el abogado radical Juan E. Montero, se demostró incapaz y desubicado históricamente. No intentó la menor reforma económica y social en favor de las masas y, por el contrario, reafirmó el poder del latifundio, de la Iglesia y del imperialismo. Su esterilidad realizadora y su orientación reaccionaria agudizaron el descontento nacional y originaron un "pronunciamiento" de militares y civiles, dirigido por Marmaduke Grove, Comodoro del Aire, y Eugenio Matte Hurtado, abogado y tribuno brillante, quienes dieron vida a una efímera república socialista, del 4 al 16 de junio de 1932, bajo el lema de "Pan, Techo y Abrigo para el pueblo". Aunque la oligarquía, apoyada en milicias represivas semi militarizadas y sostenida por el imperialismo, logró retomar el control del país y afirmarse en el poder, la violenta lucha de clases de este período sacó a las masas populares de su resignada sumisión, elevándolas al plano de la actividad política revolucionaria, dándoles clara conciencia de sus intereses y necesidades.

Como expresión de ese despertar y de su destino soberano nació el Partido Socialista, en cuyas filas se aglutinó un sector inmenso y dinámico de los trabajadores manuales e, intelectuales del país, el 19 de abril de 1933, iniciándose una nueva etapa en las luchas de las clases asalariadas del proletariado chileno.

III

La personalidad intelectual de Domingo Melfi es atrayente. Escritor elegante, fino y perspicaz en sus notas de viaje ("Pacífico-Atlántico", "El hombre y la soledad en las tierras magallánicas"); crítico literario, culto y comprensivo en sus ensayos (algunos fueron reunidos en "Estudios de literatura chilena" y "El viaje literario") y en sus innumerables artículos no recogidos en volúmenes; y penetrante y agudo exegeta de los problemas sociales e ideológicos de la evolución de Chile en vastos ensayos socio-políticos, como "Dos hombres; Portales y Lastarria", "Dictadura y Mansedumbre", "Sin Brújula", "Indecisión y desengaño de la juventud" y "Tiempos de Tormenta".

Melfi se ocupó en forma constante y seria del examen de los grandes movimientos sociales y políticos de nuestro tiempo e intentó exponer sus causas, sus ideas matrices, su ritmo. Al mismo tiempo llevó a cabo

una revisión detenida y original de la evolución institucional e ideológica de Chile, captando las líneas esenciales de su complejo proceso; supo extraer su fondo determinante y entregó una notable cantidad de anotaciones y sugerencias del más alto valor, certeras y perspicaces. Dedicó en su empresa un sitio destacado a la exaltación de los altos valores individuales, a las figuras sobresalientes, por su pasión creadora, por sus anhelos de progreso, por su defensa y aplicación del credo democrático. Precisamente, en un estudio primoroso sobre Lastarria, el máximo animador intelectual de Chile, durante el siglo XIX, explica su noble misión, en estas líneas; "aspiramos a que la generación de los muy jóvenes vuelva su corazón y su pensamiento a los hombres fundamentales del siglo pasado, a fin de estudiarlos y comprenderlos y, también, para imitarlos en aquellas virtudes en que plasman los verdaderos caracteres... Lastarria y los hombres liberales de su generación alimentaron la llama viva e inextinguible de la libertad y dieron a los hombres la conciencia segura de sus deberes, por el estímulo de la dignidad humana, de la cultura y de la ciencia".

Enjuicia y exalta el papel orientador, profundamente moral, de los educadores como Diego Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui, Valentín Letelier, y, en general, descubre la tragedia de los intelectuales en el seno de una sociedad conservadora, gazmoña, donde es atacado y mirado con suspicacia por su espíritu crítico, su manejo de grandes ideas, e ideales, y por su desdén altivo hacia la política rastrera sostenida por personajes secundarios, mediocres, consumidos en hechos subalternos. Reivindica el papel fecundo del ideólogo, quien, a pesar de chocar con las tradiciones, los privilegios y las ideas anticuadas, y de ser resistido e incomprendido, sin embargo, señala derroteros, abre caminos, ilumina a la juventud, y a través de su influencia de minorías selectas y dinámicas, contribuye poderosamente a la renovación.

Su obra "Sin Brújula" es uno de los diagnósticos más serios y lúcidos de la realidad política de Chile, como se exhibía en los años de 1931 a 1933, período de intensas convulsiones sociales. Plantea con claridad el drama de la época con sus variados e insospechados efectos en el orden político, en el plano económico y en el ámbito intelectual y moral. Según Melfi su raíz se nutre en el conflicto entre el capitalismo y la democracia social: "de un lado los mitos de la superstición capitalista, el desorden de los grupos personalistas, agotados y corrompidos por la ambición, el cinismo y la intriga, y del otro, la impaciencia creadora, el sentido de una cultura y un orden social nuevos, de edificación de la personalidad humana, de construcción de una ética de acuerdo con la realidad actual, de responsabilidad, de firmeza ante la vida y de elevación y solidaridad en las luchas".

El agudo ensayo de Melfi constituye un análisis hondo, a menudo doloroso, de la evolución nacional, desde la época del parlamentarismo. Demuestra en sus páginas una tremenda pasión vital por explicar en su fondo los emocionantes sucesos del período, por esclarecer las ideas en circulación, por aniquilar los prejuicios torpes y por señalar nuevos cauces, a la actividad política y a la acción de la juventud. Detalla con palabras vibrantes de indignación, los contornos sociales y morales de la crisis del país; precisa la responsabilidad de la aristocracia, de los sectores medios y de las clases populares en un análisis franco y exacto; deja en descubierto la formidable red de intereses que aplasta a los mejores idealismos, desnuda la imprevisión y frivolidad de los diversos gobiernos y el egoísmo de la burocracia agobiadora; enumera la sucesión interminable de escándalos, tapados por la complicidad y por la carencia de sanción. En síntesis, deja en claro cómo un sensualismo sórdido acompasaba todos los actos de una política de intrigas, convirtiendo el parlamento en una orgía.

La corrupción del sistema parlamentario obligó a la intervención de los militares para ponerle término, pero no justificó su posterior dictadura. La dictadura militar no dio solución radical a los problemas

esenciales del país, únicamente los postergó. A su caída, las fuerzas sociales y políticas tradicionales trataron de reinstalarse en el poder escamoteando el triunfo del movimiento popular y nacional sobre la tiranía y torciendo sus anhelos en orden a crear un nuevo régimen democrático y renovador. Tras las pancartas del "civilismo" entraron a maniobrar, con su natural inescrupulosidad, y para contrarrestar la protesta levantaron la persona de un jurista distinguido y honorable, pero sin la menor experiencia política, don Juan Esteban Montero.

Montero, apegado a las normas frías y desvitalizadas de una juridicidad superada por los acontecimientos y las necesidades de los grandes sectores populares, no comprendió que el movimiento de junio de 1931 era una verdadera revolución encaminada a organizar un nuevo gobierno, apoyado en las clases ascensionales, tras el logro de una economía moderna y de un orden de justicia y de libertad. Por su ceguera e incomprensión, en él "se condensan las fuerzas llamadas de reacción, que aspiran a gobernar una realidad nueva con prácticas y hombres en desuso".

El fracaso de Montero, y de su gobierno, desencadenará una fuerte anarquía política, en cuyo seno se moverán con habilidad y experiencia las fuerzas tradicionales hasta recuperar el gobierno y consolidar su poder con un abanderado, hecho como de encargo para este confuso y revuelto período, el versátil y demagogo caudillo populista Arturo Alessandri Palma.

En definitiva, Montero se derrumbó porque no tuvo el sentido de la revolución de su tiempo y no pudo identificarse con ella; únicamente "fue el mito circunstancial, construido por los acontecimientos, manejado por los hombres reaccionarios, que en un comienzo creyeron servir los ideales civilistas. En realidad, servían los intereses de casta y de grupo".

El fracaso de Montero dilatará por muchos años la posibilidad de acometer en Chile la empresa dirigida a colocar las bases para una transformación económica y social y una reorganización política e ideológica de la nación.

En "Indecisión y desengaño de la juventud" condensa, certeramente, el origen de la crisis nacional: "el país vivía con la sugestión potente de la riqueza del Norte, de donde entraba al centro una corriente poderosa y, al parecer, inagotable de dinero. La capital aprovechaba gran parte de esta riqueza y la convertía en construcciones suntuosas, en saraos, en festines, en embajadas, o en opíparas comisiones que salían al extranjero. Pero el pueblo vivía en pocilgas; los barrios apartados de todas las ciudades eran resumideros de la muerte; los campos tenían chozas que avergonzaban a los observadores, y lentamente las enfermedades se filtraban en el organismo de la raza, mataban en flor a los niños, consumían a los adolescentes, agrietaban a los hombres ya maduros".

Para remediar tamaños males, Melfi pone su confianza en una política moderna, creadora; pero su mayor esperanza la cifra en la cultura y en la acción de la juventud, de los intelectuales y de los maestros, como orientadores y animadores de las fuerzas sociales sanas, reserva de la nacionalidad, las únicas capaces de iniciar y llevar a cabo una nueva etapa de renovación y de superación.

En ese aspecto rechaza a la educación en general, por su anticuada estructura y por su errada orientación, aunque su crítica fundamental la dirige a la Universidad, porque, en Chile, termina su misión junto con dar a cada alumno su título correspondiente, y por tal actitud mantiene una posición de simple espectadora frente a los inmensos problemas del país, en vez de entrar a estudiar, como deber ineludible, la serie creciente de fenómenos sociales, jurídicos, científicos, para tomar el pulso a la nación y concretar su

destino, sirviendo a la realidad de la época. Es en la juventud profesional y estudiosa, en la cual cifra, mayores expectativas. La exalta y, al mismo tiempo, le señala su responsabilidad porque si "solo tiene ojos para el placer o energías solo para el goce, pierde todos sus derechos". Se explica la actitud destructiva de la juventud, su desengaño, hasta llegar a condenar el pasado a fardo cerrado, pero le pregunta; "¿Es el pasado, aunque modesto, tan despreciable? ¿No existieron mentalidades superiores, esfuerzos heroicos, sacrificios individuales tenaces? ¿No está la tierra abonada con la sangre y las lágrimas de los que en ella batallaron por abrir sendas de luz en el obscurantismo que intentaba eternizarse, por ampliar la vida intelectual, por hacer hombres antes que esclavos de la ignorancia?".

Uno de los méritos mayores de Melfi radica en su justiciera reivindicación de los grandes valores del pasado, avasallados por el desprecio y la incomprensión de los intereses dominantes.

Alejandro Venegas Carús (autor del libro "Sinceridad. Chile íntimo 1910", bajo el pseudónimo de Julio Valdés Canje, uno de los más implacables estudios de la sociedad chilena durante la época del parlamentarismo). En una página hermosísima subraya el papel magnífico, por orientador y profundamente moral, de los grandes maestros, y con respecto a Venegas escribe: "...Volvemos pues, a encontrar en Chile, en un maestro, la noción angustiosa y positiva de la existencia. Cuando todos callan, es la suya la voz que desentona o condena. Cuando el silencio se espesa para encubrir los errores o los vicios, es su voz la que se eleva por encima de la conformidad... Resumen la ansiedad de grandes porciones olvidadas o recogen el pensamiento, la inquietud, dispersos, de tantos espíritus, que sienten o son incapaces de hacerse entender. Son a su vez, grandes laboriosos. Viven en la atmósfera del sacrificio personal. Olvidan que son hombres con necesidades y deseos, y se entregan a la pasión del estudio. El lucro está desterrado de sus naturalezas... En general, son escritores, y ponen su pluma al servicio de las ideas generosas... Tienen fe en el pueblo, y no lo engañan, precisamente porque saben que se trata de un pueblo niño, al que es preciso guiar, levantándolo de la postración y de la pasividad para llevarlo a cumplir sus fines. Son almas espléndidas y gallardas, valerosas y capaces de afrontar sin temor las consecuencias. Son, pues, creadores, en el mejor sentido de la palabra".

En Melfi existió siempre una noble pasión por desentrañar el presente y preparar el futuro de la nación; estimuló en forma constante a los escritores a examinar la realidad social de su tiempo y, a la vez, reivindicó con firmeza a quienes tuvieron aquella, preocupación. Asimismo, sobresalen su nobleza y dignidad críticas al exaltar toda obra de auténtica calidad, toda honesta labor creadora, toda posición altiva, vigorosa e independiente.

La desaparición de Domingo Melfi, en plena madurez, significó un doloroso golpe para las letras chilenas. Al repasar su obra asombran su riqueza conceptual y su actualísima vigencia. Campea un fuerte optimismo en sus diversas páginas, pero a veces, alguna observación pesimista, surgida de una exacta comprensión del alma nacional, empaña su esperanza de mejores días para su patria. Por ejemplo, ésta: "La coraza chilena es impermeable a las experiencias. No desprende lecciones. No aprovecha el trágico cotidiano. Vive el día como el juerguista o no paga las deudas. Se divierte sobre su propia descomposición. Crea mitos que extrae del aire, de la podredumbre o de los osarios... Le acompaña en esto la prensa, que, sin sentido de las proporciones, hace un día ídolos de los rapaces vulgares, y al otro, de los ídolos bandoleros o trúhanes. Y así vamos rodando alegremente..."

Solo la ruptura de tal coraza de indiferencia y de cinismo, hará posible la salvación. Y las condiciones han madurado de tal modo que, en cualquier instante, puede producirse el rompimiento de la indiferencia sumisa del chileno.

IV

EN 1948 apareció el estudio de Francisco A. Pinto: "Estructura de nuestra economía", donde se verifica un completo balance de la realidad económica de Chile y se señalan las líneas de una nueva política capaz de permitir una fecunda transformación de sus bases materiales.

El año de 1948 es muy significativo en el proceso político chileno. En él termina un decenio de experiencia de frente popular, o alianza democrática de las fuerzas obreras con los sectores burgueses progresistas, para detener el fascismo y la reacción. El principal artesano de la táctica de frente popular, el Partido Comunista, entró a ser duramente perseguido por su socio democrático, el Partido Radical, apoyado por el Partido Liberal, en los instantes mismos de la espectacular expansión del comunismo soviético en la Europa Oriental y en Asia. En esos momentos el Partido Socialista no poseía influencia, yacía anarquizado y dividido en numerosas fracciones. En septiembre de 1948 entró en vigor la "Ley de Defensa de la Democracia", que puso fuera de la legalidad al comunismo y eliminó a unos cuarenta mil militantes de los registros electorales. Se inició el gobierno de concentración nacional, expresión de las fuerzas oligárquicas del país.

¿Cuál era la situación económica de Chile en ese período, su real estado material, despojado de todo envoltorio político? El libro de F. A. Pinto entrega la radiografía más completa. En un lenguaje moderado y sereno hace el balance escueto, preciso y veraz de la situación dramática del país, como resultado del control de la vida económica por una reducida, clase poseedora de los medios de producción, en su exclusivo beneficio. Asimismo, expone las líneas fundamentales de una nueva política económica que abarca en su total complejidad la realidad nacional, plantea reformas y medidas acertadas para iniciar la transformación económico-social de Chile tras nobles perspectivas de grandeza material y de bienestar colectivo.

El autor se muestra un experto conocedor del desarrollo histórico y del estado actual de la economía chilena, y poseedor de un método lúcido de exposición y crítica. La seriedad de su trabajo se evidencia en la vasta y variada bibliografía utilizada. Las mejores obras nacionales sobre la materia., estadísticas oficiales, los informes a las Cámaras y sus debates, las memorias ministeriales, las obras de expertos y observadores extranjeros, las publicaciones de gobierno, todo lo consultó y aprovechó inteligentemente.

Según el examen de F. A. Pinto, la economía chilena depende fuertemente de su comercio exterior, manteniendo un cuadro de relaciones propio de una economía semicolonial. Aunque posee su independencia política, los vínculos económicos con las naciones industriales son del tipo colonial; señala cómo la minería, uno de sus puntales decisivos, es controlada por los grandes consorcios internacionales, provocando en su organización y resultados, situaciones contrarias a los intereses patrios.

En la minería del cobre descansa fundamentalmente la economía chilena. El precio y las ventas del cobre repercuten en todo su andamiaje financiero (en esos años una baja de cinco centavos por libra le representó una pérdida de 20 millones de dólares anuales). Y en esta industria de tanta trascendencia el Estado chileno no tiene ninguna participación efectiva; se desenvuelve como un elemento independiente y ajeno a la realidad de la nación. Chile no sabe nada de costo, mercados y otros resortes esenciales de

una industria cuyos auges y depresiones repercuten en forma gravísima en los niveles de ocupación, de consumo, rendimiento de tributación y en el activo de su balanza de pagos.

Al estudiar la economía agraria demuestra, abundantemente, que la producción agrícola es insuficiente para satisfacer las necesidades del país; se logra con altos costos, a causa de los métodos atrasados de trabajo y escasa mecanización; y mantiene en bajas condiciones de vida a los trabajadores del campo. La causa original de la deficiente producción agrícola radica en el defectuoso régimen de propiedad de la tierra, al predominar el latifundio en forma incontrarrestable.

En su análisis de la actividad industrial, llega a una conclusión paradojal: no está montada sobre el cimiento natural de sus materias primas básicas: cobre, salitre, lana, madera, sino con materias primas ajenas. Es dependiente del extranjero por ese capítulo y respecto al equipo mecánico. Además, trabaja con reducidos capitales, deficiente mecanización y en pequeñas unidades de producción; dispone de un limitado mercado interno, por las bajas condiciones de la vida de la masa asalariada, y carece de mano de obra especializada o técnica. Sin embargo, su rentabilidad ha sido elevada por el alto nivel general de precios, utilizando su posición privilegiada por su monopolización y protección estatal con sacrificio evidente de la masa consumidora del país.

Al enfocar el régimen monetario o financiero, aparte de destacar el hecho, de todos conocido, de su progresiva y permanente desvalorización, reflejo de las debilidades estructurales de su economía, estudia a fondo el fenómeno de desvalorización e inflación con el resultado lógico del caótico e injusto régimen económico imperante, y caracterizado por la dependencia casi absoluta a un par de productos mineros en manos de consorcios capitalistas extranjeros, la deficiente producción agrícola y la marcada debilidad industrial. Mientras no se solucionen las fallas fundamentales de la estructura del sistema económico nacional no será posible poner término a la inflación, mal endémico de Chile por las razones anotadas.

Frente a un balance tan lamentable, ¿cuál ha sido la actitud del Estado? Si se examina su intervención a través de la Ley de Presupuestos, cauce principal para una acción eficaz y creadora, Pinto anota defectos profundos: en primer término, una total falta de orientación de la actividad del Estado, en función de objetivos precisos, aprovechando para ello todos los recursos públicos; en segundo lugar, una deficiente distribución de los gastos del Estado, con una cuota exagerada de inversiones no reproductivas, tanto entre los diversos servicios públicos como en la naturaleza de los gastos, y la casi totalidad se absorbe en consumos; y en tercer lugar, no ha existido una política tributaria justa, pues la obtención de los ingresos públicos no atiende a la equidad, es decir, no considera la condición social de los contribuyentes, ni tampoco está orientada con el fin económico de lograr una mejor distribución de la renta nacional.

En la parte constructiva de su obra, Pinto, después de exponer y criticar las diversas soluciones parciales, de tipo liberal, propuestas para reajustar la economía del país, se inclina francamente por una solución de fondo, de tipo social, dirigida a concentrar todas las energías y esfuerzos nacionales en aquellas medidas que tiendan a reformar la estructura del país, y hacer desaparecer sus males congénitos. Solo un Plan orgánico, en el cual se precisen los objetivos finales y próximos que se busca obtener, los medios que se emplearán y los recursos humanos, financieros, técnicos y mecánicos que se destinarán a la acción reformadora, puede salvar los escollos de la actual realidad caótica del país e iniciar el proceso de progreso por todos anhelado. Pinto señala como objetivos de un Plan Económico, en estricta concordancia con la realidad chilena, estos cuatro, aunque en estrecha interdependencia y, en Chile, primero es condición previa para lograr los otros tres; 1. Aumento cualitativo de la renta nacional, o sea, el país debe concentrar

sus esfuerzos productivos en aquellos rubros que le signifiquen positivo mejoramiento humano y económico, dedicándole una atención preferente al desarrollo de los grandes rubros económicos: a) de los productos o artículos destinados a satisfacer necesidades esenciales de la población: alimentación, vestuario y vivienda; b) el desarrollo de aquéllas producciones que, por la condición natural del país, constituyen "rubros legítimos" de la economía chilena, o sea aquellos que la disponibilidad de materias primas y demás elementos necesarios, aseguren una producción nacional de bajo costo, garantizándose su colocación en el mercado nacional y extranjero; permitan facilidades en su industrialización y representen un valor económico apreciable, tales como la siderurgia, las manufacturas del cobre, la madera y el carbón; la química y la pesca. 2. Estabilidad de la renta nacional. O sea, fortalecimiento de la economía interna del país, por el desarrollo de la llamada legítima producción chilena, que la diversifique sobre bases de mejor rentabilidad y la aleje del eje único representado hoy por las exportaciones de cobre y salitre, lo cual la hace depender, prácticamente, de un solo mercado, Estados Unidos, y le da una marcada inestabilidad; solo la diversificación le permitiría el intercambio positivo, amplio y favorable con los diversos países, al disponer de una variada producción exportable, creando un comercio internacional estable y equitativo. 3. Ocupación plena y óptima de los recursos de la población (los miembros de la comunidad deben participar activamente en el esfuerzo productivo que significará cubrir las necesidades sociales). En un planeamiento justo es de capital importancia asegurar un nivel de ocupación plena: ningún individuo permanece sin trabajo; y la población activa trabaja en aquellas labores donde su esfuerzo significará un máximo de productividad. 4. Distribución equitativa de la renta nacional, es decir, atender a la justa repartición de los beneficios del proceso productivo, por cuanto es imperativo, innegable que la acción económica debe asegurar a todos los habitantes una cuota de la renta nacional para hacer frente con holgura a sus necesidades primordiales. (De ahí un objetivo esencial del Plan Económico en Chile: eliminar las injusticias del actual régimen de repartición consagratorio de anomalías sociales y humanas y de serios trastornos económicos).

Si bien estos objetivos precisos representan el medio más directo para un mejoramiento de nuestra economía, no llegan en sí mismos a constituir el fin de la acción económica. Se requieren otros objetivos más amplios y así los bienes y servicios logrados por el mayor desarrollo de la economía beneficien al elemento humano a que están destinados. Interesa, ante todo, tener presente que un volumen abundante de bienes y servicios constituye la condición primordial para que la comunidad pueda satisfacer todas las necesidades humanas y no solo su subsistencia vegetativa. El fin más urgente del Plan Económico es: ¿cómo obtener el incremento de la renta nacional? Entonces lleva a cabo, Pinto, una completa investigación sobre la capitalización actual del país; acerca del mayor rendimiento que se podría lograr de esa capitalización por la mejor inversión de los excedentes de rentas; la acertada utilización de los recursos del crédito, de los fondos de previsión y de las entradas fiscales; por el máximo de aprovechamiento de los saldos de la balanza de pagos; y por el mejor rendimiento del trabajo humano. En seguida, pasa a señalar los rubros principales de recursos para la capitalización nacional, tales como elevación de tributos (el actual régimen tributario del país es sórdido e injusto; su revisión y reajuste a base de la progresividad y orientado hacia el tributo directo suministraría grandes recursos sin dolores ni injusticias); control e inversión racional de las disponibilidades de la balanza de pagos y enmienda de diversas anomalías perjudiciales existentes en ese campo; aprovechamiento de empréstitos externos e incorporación de capitales extranjeros, que bien invertidos representan una positiva ventaja en los esfuerzos de fortalecimiento económico (en ciertas condiciones los empréstitos y capitales extranjeros son recursos reales de capitalización).

Dentro de un Plan Orgánico, la inversión adecuada de la capitalización nacional debe orientarse hacia las actividades de mayor trascendencia para el desarrollo económico del país, como siderurgia, industria del cobre, vivienda popular, industria maderera, alimentación, industria de la pesca y energía eléctrica. Estimulando estos rubros, Chile lograría solucionar sus más angustiosos problemas y establecer una economía moderna, próspera y en progreso ininterrumpido. En sus palabras finales expresa: "Para obtener lo deseado será necesario... abordar los problemas fundamentales, que miran a la estructura misma de nuestra economía. La sola formulación de este objetivo, sobre el cual debieran concentrarse las voluntades y los recursos del país, nos demuestra la dificultad de la empresa. Hay aún muchos sectores de Chile que parecen ignorar la urgencia de reformas profundas de nuestra organización económica; unos por ignorancia y otros por egoísmo, creen que pueden mantenerse viejos moldes. Sin embargo, el hondo clamor de todo un pueblo, y el advenimiento de orientaciones más justas, que dan primacía a los requerimientos del hombre y del espíritu por sobre los del lucro, impulsarán directivas como las señaladas. Es esa la tarea de esta generación". El brillante ensayo de F. A. Pinto constituye una orientación indispensable en el intrincado dédalo de la heterogénea y anticuada economía chilena, y una seria exposición de un bien fundamentado plan económico con los elementos necesarios para obtener una elevada capitalización humana y capaz de conseguir la transformación progresiva de Chile.

Sobre el problema de la libertad de enseñanza[41]

Resumen y traducción de un ensayo de André Philip

a) Libertad del Empresario de Escuela.

Para muchos la libertad de enseñanza no es más que una aplicación de la teoría general del liberalismo económico; pero la enseñanza no es una rama de la industria, a la cual se le pueda imponer el régimen de la libre concurrencia, de acuerdo con el criterio capitalista de aplicar la libertad a las cosas y a los negocios. La enseñanza es obligatoria y debe ser gratuita, porque satisface necesidades de orden social y moral.

b) Libertad del Maestro.

La libertad de enseñanza en cuanto al maestro tiene que ser limitada, porque no se puede tolerar que dado el estado de ignorancia del niño se le enseñen nociones falsas, (contrarias a las ciencias); inmorales, (contrarias a las creencias comunes propias de una civilización); o vulgares y sectarias, (emplear formas odiosas para quienes no participen de ciertas opiniones). Pero dentro de los límites definidos, la libertad del maestro debe ser garantizada: libertad de conservar cierta elección en el interior mismo de la enseñanza y libertad en su vida privada y pública para expresar todas las opiniones fuera de clase.

c) Libertad del Padre de Familia.

La libertad del padre de familia, o sea, que es al padre a quien incumbe elegir la educación de su hijo; choca con la del maestro, y en materias de instrucción la mayoría de los padres es incompetente. A menudo los padres piensan más en sus sueños insatisfechos que en la vocación real del niño. La libertad del padre de familia está muy limitada por la Ley y como, además, la educación debe adaptarse a las necesidades profesionales y a las necesidades sociales de una economía planificada, el padre ya no cuenta. Son más importantes el juicio de los maestros y las necesidades de la colectividad, de la nación.

[41] OCCIDENTE N°164 enero-marzo 1965

d) Libertad del Estado.

La libertad del Estado tiende a hacer de éste el único responsable de la educación, porque debe asegurar la continuidad de la sociedad y dar, a todos, la instrucción indispensable para su buen funcionamiento. Por otra parte, la nación debe participar en la obra educativa para dar a todos los niños, desde su infancia, la educación cívica necesaria y hacerlos conscientes de sus deberes ciudadanos. Pero la educación excede las funciones y la autoridad del Estado nacional, pues se trata de formar un hombre y no solo un ciudadano. La educación del joven debe orientarse hacia un humanismo de carácter universal que engloba lo nacional, pero lo sobrepasa. Además, la enseñanza debe estar protegida de la arbitrariedad del poder ejecutivo. La "escuela no debe estar sometida a una forma política particular o a una ideología especial" ... "El Estado no es el depositario de la verdad, de la cual el maestro sería el sacerdote; existen en materia de enseñanza derechos y deberes superiores a la voluntad pasajera del Estado". Es preciso, entonces, mantenerle cierta independencia al servicio de la enseñanza. Ningún poder público debe poseer la autoridad de impedir el desarrollo de verdades nuevas; la enseñanza de teorías contrarias a su política particular o a sus intereses momentáneos.

e) La Libertad del Niño.

El niño no es un medio sino un fin en sí. Posee todos los derechos inherentes a la persona humana: derecho a un mínimo de conocimientos comunes a todos; derecho a una instrucción según las capacidades de cada uno y de acuerdo con las necesidades del país, dada a todos independientemente de la situación de fortuna de los padres; derecho a una educación dada en una atmósfera de libertad que lo prepare en su rol de ciudadano; dirigida a desarrollar su razón y hecha toda bajo el signo del libre examen. La verdadera libertad de enseñanza es ante todo la enseñanza de la libertad. El niño tiene derecho a conocer toda la realidad humana comprendida ahí la realidad divina.

En resumen, la enseñanza es un servicio público, o sea, una organización jurídica de derechos y obligaciones superiores a la voluntad transitoria de un gobierno particular o de un Estado nacional, organización jurídica de derechos y obligaciones que resultan de la aplicación de prerrogativas y recursos del poder público a la satisfacción de una necesidad colectiva.

No hay libertad del maestro, ni de la familia, ni del Estado; solo hay competencia del maestro, del padre de familia y del Estado para asegurar el financiamiento de un servicio público hecho necesario por el ejercicio de la libertad del niño.

En cuanto a su estructura, la enseñanza puede ser pública o privada, pero lo más importante es definir su naturaleza: debe ser neutra, laica, como los demás servicios públicos del Estado moderno, en particular del Ejército y la Magistratura; o debe poseer un carácter confesional. En general los católicos estiman que toda la enseñanza debe ser confesional. Esta posición supone un cuádruple error: 1. Jurídico, porque la enseñanza es un servicio público y el derecho del padre de familia no es un derecho natural, no es una libertad absoluta. 2. Pedagógico, porque no se puede someter al niño en el proceso educativo a una sola y única influencia, pues termina en un totalitarismo educativo, atentatorio de la libertad del niño, por cuanto debe conocer el fondo común y las divergencias. 3. Nacional, porque de tal suerte se multiplicarían los establecimientos de enseñanza y se dividiría la nación; al lado de las escuelas católicas, estarían la protestante, la judía, la librepensadora, la atea, la socialista y la comunista. 4. Religioso, porque tal posición supone falta de fe y de caridad. El joven católico no puede ser puesto en contacto con otros, porque la

discusión puede crearle el escepticismo; debe mantenerse, entonces, retirado del mundo, desconfiado de él, en vez de penetrar sin temor en el llevando su fe.

Por tales razones es superior desde el punto de vista pedagógico, la escuela laica. Pero hay que señalar tres precisiones: 1. La enseñanza dada en la escuela laica debe ser respetuosa de todas las creencias religiosas del niño, aunque siempre asegurando la formación de su inteligencia y de su carácter. Por sobre las divergencias filosóficas, religiosas y políticas, existen ciertos valores espirituales y morales; son los valores universales centrados en la idea fundamental del carácter sagrado de la persona humana, idea desconocida en la antigüedad, afirmada por el cristianismo y el socialismo, y negada por los sistemas totalitarios, en los cuales la raza, la nación o la clase aparecen como nuevas deidades bárbaras a las cuales son sacrificadas las personas. El hombre no es un pedazo de materia, o un animal. Hay algo más en él: un universo en el cual el mundo puede contenerse por el pensamiento y el amor y que domina el tiempo y la muerte. El hombre no es un individuo aislado, participa en la vida social a través de múltiples organismos, aunque todos de base personal. La sociedad es un todo de todos; un todo de libertades. El hombre está sometido a la sociedad (subordinado en lo político y en lo económico), pero la desborda en lo intelectual, artístico y religioso. El hombre está al servicio del grupo, pero éste no alcanza su fin más que sirviendo al hombre. Cada hombre posee secretos que escapan al grupo y vocaciones que el grupo contiene (Maritain). 2. Después de presentar al niño cierto número de creencias comunes, queda por buscar sus fundamentos metafísicos. Algunos ligan los suyos a la universalidad de la razón humana; otros a la revelación de Cristo muerto en la Cruz para la salvación de cada alma personal. La escuela debe dejar abierta una y otra interpretación. Además, al lado del maestro es necesario agrupar a los padres y apoderados, constituyendo centros locales de cooperación (y de educación de los propios padres en los problemas educacionales) 3. Para llenar las tareas educacionales son necesarios profesores de calidad. Y para tenerlos es preciso rentarlos bien y revalorizar la función docente.

En resumen, en cuanto a la naturaleza del servicio público de la enseñanza debe rechazarse la idea confesional, afirmar la laicidad del servicio público, en una obra de educación positiva en colaboración amigable con la educación complementaria dada fuera de la escuela, pero en nexo con ella por organismos familiares; enseñanza por maestros sometidos a estricta disciplina, con remuneración suficiente y calidad pedagógica suficiente.

Como estructura de servicio público pareciera que el monopolio de la enseñanza es su expresión, lógica, así como no hay más que un servicio público de justicia y un solo ejército. Pero en educación, tal vez, es preferible la coexistencia: una escuela pública predominante y un sector privado, en cuanto permita mejorar la calidad de la educación o acrecentar el rendimiento del servicio público de enseñanza. Es decir, debe existir cierto grado de libertad de enseñanza, pero desde que ésta se transformara en obstáculo al buen funcionamiento del servicio público no podría mantenerse. En la escuela primaria debe mantenerse el MONOPOLIO.

Por otra parte, en la escuela privada, debe exigirse competencia a los profesores, y su defensa; deben estar integrados en el plan nacional de educación; con idénticos programas, textos análogos, y libertad en sus métodos educacionales. Y debe exigírseles lealtad republicana y democrática.

¿Debe el Estado subvencionar la enseñanza particular? No tiene ninguna obligación, porque no existe ningún derecho de ningún organismo privado a una ayuda financiera (subvención). Solo por libre voluntad del Estado puede dar la ayuda financiera a escuelas de calidad, innovadoras, de carácter internacional, etc.

El servicio público de la enseñanza exige, la laicidad de la escuela, el monopolio de la rama primaria, la coexistencia de un sector privado al lado del público y una ayuda a aquél en caso de calidad excepcional.

Proceso histórico de la Historiografía humana[42]

Con un propósito estrictamente cultural y didáctico, el profesor Julio César Jobet nos entrega un resumen sobre el tema contenido en el título de esta crónica, basado en la obra del erudito hispano Rafael Altamira, y con agregados de un ensayo de José Ferrater Mora y de una obra de Ernst Cassirer. La adaptación y síntesis de tan extensa e interesante materia han sido realizadas con precisión y rigor, conformando un panorama sugerente, de indudable valor informativo, y punto de partida para penetrar en esta apasionante rama de conocimiento.

El historiador español Rafael Altamira en su obra "Proceso histórico de la Historiografía humana", en cuanto al desarrollo de la ciencia historiográfica, distingue cinco ciclos: 1. Ciclo Griego, con sus representantes más genuinos, Luciano de Samotracia, y su obra "Cómo ha de escribirse la Historia" y Dionisio de Halicarnaso, y su obra "Tratado de la Historia". 2. Ciclo Romano, con sus representantes Plutarco y Cicerón. Este último por su escrito "Historia magistrae vitae", ("la Historia es la maestra de la vida"). 3. Ciclo Musulmán, con Abenjaldum, el más brillante historiador árabe. 4. Ciclo renacentista, con Juan Luis Vives, Jean Bodin y Francis Bacon, humanistas preocupados en definir el contenido de la historia. 5. Ciclo de los siglos XIX y XX.

Respecto a las características y orientación del relato histórico contempla las siguientes etapas: A) Concepción política de la historia. Es propia de las edades antiguas y media. Su contenido lo define certeramente, Croiset, historiador de la literatura griega, en estas líneas: "los mejores historiadores de la antigüedad estudian, sobre todo, las grandes fuerzas históricas (individuos, ciudades, ejércitos), en su juego exterior y en su acción. En punto a explicaciones no van más allá de las morales, de las consideraciones políticas en el sentido más limitado de la palabra, y de las apreciaciones estratégicas". Idénticos rasgos conservó la historiografía medieval con sus crónicas y cronicones.

En algunos historiadores de la concepción expuesta resalta, además, un sentido pragmático, o sea, que la historia ofrezca un ejemplo moral y político; que en la pintura de los caracteres humanos y, en especial de los personajes sobresalientes, brote la enseñanza que el hecho histórico debe entregarnos. Así lo exigen Cicerón, para quien "la Historia es la maestra de la vida", Plutarco y Tácito.

b) Posición de Abenjaldum (1332-1406). Es un árabe oriental, cuya obra "Prolegómenos", constituye una metodología general de la historia de los pueblos y una verdadera enciclopedia de ciencias sociales. Según Altamira, en la doctrina histórica de Abenjaldum, hay que considerar tres puntos capitales: 1° Su estimación de la historia como ciencia, subiendo así su categoría desde el campo de la literatura predominante entonces. 2. Su concepto del contenido de la historia misma. 3. Sus ideas acerca de los momentos concurrentes en la producción de la historia humana y de algunas de las leyes, pues Abenjaldum creía en la existencia de esas leyes.

Para Abenjaldum, la historia era una ciencia filosófica y declara su objeto en dos aspectos: el exterior: la historia "sirve para relatar los sucesos que han marcado el surco de los siglos y de las dinastías, y de los cuales han sido testigos las generaciones pasadas" y el interior: "el examen y comprobación de los hechos

[42] OCCIDENTE junio 1965 N°167

mediante la investigación de las causas que los han producido, el conocimiento profundo de la manera como se han sucedido los acontecimientos y el de su origen.

Sí se unen ambos aspectos, la historia para Abenjaldum, resulta ser la ciencia de los hechos humanos, apreciados no solo en su apariencia exterior, sino más bien en sus causas v funcionamiento especial.

Como el principal papel de la ciencia es distinguir la verdad del error, se esfuerza por dar a la historia caracteres de exactitud y precisión completas. Las causas de error en los historiadores son, según Abenjaldum. 1° Apasionamiento por ciertas doctrinas. 2° Exceso de confianza en los testimonios utilizados. 3° Ignorancia de los fines perseguidos por los autores de los grandes acontecimientos. 4° Facilidad en creer cada cual, que es él quien posee la verdad. 5° Ignorancia de las relaciones existentes entre los sucesos y las circunstancias que a éstos acompañan. 6° Lisonja a las personas vivientes. 7° Desconocimiento de la naturaleza de las cosas que nacen de la civilización.

c) Historia civil. Es propia del Renacimiento. Para Juan Luis Vives (1493-1540), la Historia no puede detenerse en el relato de las guerras y debe ocuparse principalmente de las relaciones de la vida civil o humana. Jean Bodin, (1530-1596), es el creador de la denominación ''filosofía de la Historia", y es el primero en tratar sistemáticamente el contenido de la Historia en su obra "Methodus ad facilem historiarum cognitionem", publicada en 1565. Ahí exige al historiador conocimientos de los negocios públicos y de la ciencia política y, a la vez, le aconseja observar cuidadosamente las costumbres y usos de los pueblos, las leyes y los derechos de las personas políticas, pero esto más bien entendido en provecho de la historia del Estado que en el amplio sentido moderno. Francis Bacon, (1562-1626), distingue tres modos de la historia civil o humana: la sagrada o eclesiástica; la civil propiamente dicha o política; y la de las letras y las ciencias. Al hablar de la historia civil la hace abarcar los hechos políticos, las costumbres, las producciones.

El período mencionado se cierra con Pierre Bayle, (1647-1706), y su "Diccionario histórico y crítico", publicado en 1697, representante de la hipercrítica, y a quién le importaba, ante todo, la denuncia de errores y fábulas, el desbrozo del terreno histórico. Aunque no negaba las verdades religiosas, las hacía completamente independientes de la razón, y aun contrarias a ella. Es escéptico y, según él, la razón no puede comprender nada de los dogmas.

d) Historia de la civilización. Corresponde al nuevo concepto de civilización del siglo XVIII y parte del XIX. Sus representantes son muchos y entre ellos: Montesquieu, (1589-1755), seguidor de las ideas de Bodin, quien trata de explicar el régimen y las leyes de los estados por la índole peculiar de los pueblos, su carácter y éste por la naturaleza y por el clima del país; Gibbon, (1737-1794), autor de la "Historia de la decadencia y de la caída del imperio romano"; Condorcet, (1743-1794), autor del "Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano", donde trató de establecer la ley del desarrollo de las sociedades y colocó su progreso en relación con los de las ciencias; Herder, (1744-1803), autor de "Ideas sobre la Filosofía de la Historia de la Humanidad"; Guizot, (1787-1874), autor de la "Historia de la civilización en Europa y Francia"; Macauley, (1800-1859) ; Buckle, (1821-1862), autor de la "Historia de la civilización en Inglaterra"; Volney, (1757-1820), autor de la famosa obra "Las ruinas de Palmira", y de quien, Rafael Altamira, exhuma un "Programa de Historia" presentado a sus compañeros de las Escuelas Normales fundadas por la Convención Nacional. Pero los dos más notables representantes son Voltaire y Hegel.

Voltaire, (1649-1778), es el divulgador de la expresión "filosofía de la Historia", creada por Bodin, y entendida como el examen y juicio de los acontecimientos desde el punto de vista de los ideales y

exigencias de la época. (Más tarde le dieron una amplia perspectiva: especulación sobre el ser y los fines últimos del devenir humano). Las más cumplidas realizaciones históricas suyas son: "El siglo de Luis XIV" y "Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones". La segunda es su obra magna por su contenido y su alcance. En ella pretende examinar la intimidad de la substancia histórica en relación con las costumbres y el espíritu de los pueblos, buscando los móviles y el sentido bajo la cáscara de los acontecimientos. En esta forma, la historia ya no es la simple crónica de sucesos; su objeto es la descripción e interpretación del panorama histórico. Y en el caso de Voltaire, por el espíritu del siglo XVIII, encarnado en su representante más brillante y calificado. Con Voltaire, la historiografía iluminista alcanzó su cúspide, sosteniendo una posición optimista edificada sobre dos creencias: la del progreso indefinido y la de la razón perfectible. Su objetivo de reorganización del saber sobre bases empíricas y racionales se advierte en toda su producción y, al mismo tiempo, se descubre en ella una lucha tenaz por la verdad, la justicia y la tolerancia. Por las cualidades indicadas es la encarnación más genuina y notable de la ilustración francesa. Expuso sus ideas en obras diversas y, a la vez, libró polémicas apasionadas, enfrentando a los poderes absolutistas e intolerantes. En su ''Historia del Parlamento de París", escribió: "Solo la libertad es capaz de conocer y de decir la verdad. Quién está coartado por lo que debe a sus amos, a su clase, queda forzado al silencio, y quien está dominado por el espíritu de partido, no es sino un órgano de errores. Los que deseen instruirse de buena fe sobre cualquier materia, deben apartar los prejuicios, en cuanto ello es accesible a la naturaleza humana. Deben pensar que ningún cuerpo, ningún gobierno, ninguna institución es hoy lo que ha sido, que seguirá cambiando como ha cambiado antes y que la inmutabilidad es cosa ajena a lo humano".

Una de las características propias del siglo XVIII es que sus pensadores jamás separaron la especulación intelectual de la vida; pensaron, escribieron y actuaron conectados con los problemas concretos de la vida práctica, social y política. Tal vez no ha existido nunca una armonía más completa entre teoría y práctica, entre pensamiento y vida, que en el siglo XVIII; fue un período intelectualista por el estudio apasionado de la sociedad y del hombre, a la luz de la razón y, a la vez, militante por su inmersión en las corrientes tumultuosas de la vida. De ahí su influencia, su labor revolucionaria y su perdurabilidad.

Voltaire personificó en forma admirable ese doble carácter del siglo XVIII. Fue un escritor fecundo y un hombre de lucha, y experimentó los sinsabores de esa condición.

Su libro "El siglo de Luis XIV" se abre con estas palabras: "No se pretende aquí únicamente referir la vida de Luis XIV, sino un asunto más importante. Se procura describir para la posteridad, no las acciones de un solo hombre sino el espíritu de los hombres en el siglo más ilustrado que jamás hubo"; y en su breve escrito: "Nuevas notas sobre la Historia", termina con estas frases: "En una palabra, para hacer la historia del siglo de Luis XIV, el autor ha buscado la verdad durante cuarenta años y él la ha dicho". Se acredita como un historiador puntual e imparcial que, después de una vasta y escrupulosa investigación, enfoca todos los aspectos de la vida nacional: política, guerras, religión, finanzas, industrias, comercio, artes y ciencias. La más importante de sus obras, por su contenido y alcance es "Essai sur les mœurs et l'esprit des nations". En ella aparece una idea nueva de la historia: aparte de la mera exposición de sucesos, su objeto es analizar las costumbres y el espíritu de las naciones. Los pueblos aparecen como unidades históricas con un espíritu y unas costumbres: la idea alemana del "Volksgeist", del espíritu nacional es, como lo ha mostrado Ortega y Gasset, la simple traducción del "esprit des nations".

Voltaire refuta a Bossuet, al mostrar con hechos, la inconsistencia de la interpretación providencialista, justificando los sucesos mediante causas y motivos exclusivamente terrenales. De acuerdo con su

humanitarismo cosmopolita del siglo XVIII, verifica una grandiosa integración histórica, ofreciendo por primera vez un completo cuadro histórico, donde resalta un esfuerzo inmenso para su época, por reunir una documentación amplísima y por una extraordinaria capacidad para apreciar culturas hasta entonces desdeñadas, y siendo el primero en reconocer la significación universal de algunas de esas civilizaciones, Cosmopolitismo y razón son los elementos orientadores de su obra. Lo razonable desempeña dos funciones: sirve para la depuración de la verdad fáctica y para la valoración de personajes y acontecimientos.

Las características de la obra de Voltaire pueden resumirse así: interpretación natural de los hechos; sátira a cuanto signifique predominio de elementos irracionales; afán reivindicatorio, hasta justificar sucesos y personajes condenados por la historiografía anterior, en la misma forma que lo hiciera con contemporáneos suyos. Voltaire elevó a cumbre señera dos principios esenciales de la Ilustración: universalismo humanitarista y creencia en el progreso intelectual. Voltaire defiende la libertad, y en cuanto reconocimiento de libertad ajena, la relaciona con la tolerancia tema predilecto en su prédica. En él es profunda su noción de progreso por el perfeccionamiento del hombre por medio de la razón, y a través de ella aprenden a pensar, mejoran sus costumbres, desarrollan las ciencias y las artes.

Hegel, (1770-1831), con su obra "Lecciones sobre la filosofía de la Historia universal" es considerado el máximo representante del idealismo histórico. Para él, la historia es el desarrollo del espíritu universal en el tiempo, como la naturaleza es el desarrollo de la idea en el espacio. En su calidad de idealista recurre al espíritu como a un último resorte del movimiento histórico: Cuando un pueblo pasa de un grado de su evolución a otro es que el espíritu absoluto, o universal, de quien ese pueblo no es más que el agente, se eleva a un nivel superior de su desarrollo. Y definió a la historia del mundo como "un progreso en la conciencia de la libertad", (según Ernst Cassirer, fue Kant quien dio primeramente esa definición). De su concepción de la historia deduce su concepción del Estado. La historia es la trayectoria de la idea que se va dando cuenta de sí misma hasta constituirse la familia en sociedad y entra en una fase decisiva cuando apacigua la lucha interna entre la familia y la sociedad, y surge el Estado. Para Hegel, el Estado no es una parte de la vida política; es la esencia, su médula misma. Y niega que podamos hablar de vida histórica fuera o aparte del Estado.

El filósofo español José Ferrater Mora, en su obra "Cuatro visiones de la historia universal" (San Agustín o la visión cristiana; Vico o la Visión renacentista; Voltaire o la visión racionalista; y Hegel o la visión absoluta) suministra una síntesis muy aceptable del complejo y confuso pensamiento hegeliano y de ella extractamos algunos desarrollos.

El problema de la religión y el problema de la historia son los centros intelectuales de la doctrina de Hegel. El tema principal de su filosofía fue la síntesis, la correlación y compenetración recíprocas de estos dos elementos: el histórico y el religioso.

Para Ferrater Mora, Hegel aspira a descubrir qué es, en qué consiste y cómo se realiza la plena e indiscutible verdad que es el vivir... Solo porque el vivir pura y simplemente es verdad puede Hegel encontrar lo que Spinoza comenzó a entrever al final de su profunda religión filosófica: una esencia que fuera al mismo tiempo una existencia, un espíritu que fuese a la vez palpitante vida... El eterno retorno de Hegel es el forzoso resultado de esa buscada unión de la verdad con la vida, de lo perecedero y contingente con lo inmortal y necesario. En esta unión, cuyo fruto final se llama idea, adquiere la filosofía de Hegel su más preciso carácter. Feuerbach dijo una vez que en todo el pensamiento de Hegel alentaba el fantasma

de la teología. Sería más exacto decir que todo el pensamiento de Hegel es, en su más honda entraña, teología, pues la idea, el principio, nudo y desenlace de la tragedia filosófica hegeliana, no es sino, como Hegel sinceramente declara, el desenvolvimiento de la divinidad... Lo que Hegel llama Idea es, ciertamente, el aspecto metafísico de lo que llama Dios el religioso, pero lo que la Idea proyecta, la naturaleza y el Espíritu, solo en cierto sentido son divinos... Conquistar la libertad, replegarse sobre sí misma para llegar a ser verdaderamente ella misma, sin enajenamientos ni alteraciones, es la misión de la historia, cuyo protagonista es lo que surge de la naturaleza en el instante en que hay en ella algo más que nueva existencia negativa: el Espíritu. Espíritu que no debe ser entendido, por otro lado, como una vaga abstracción o como una pálida quimera. El Espíritu no es nada abstracto, sino algo entera e inmediatamente concreto, vivo, activo, palpitante... El Espíritu quiere… libertarse de la naturaleza que lo sostiene y, a la vez, le oprime; la naturaleza, que es el reino de lo contingente, es a la par el reino de la esclavitud y la dependencia, pues lo contingente no es para Hegel precisamente lo libre.

La libertad de la historia no es, por lo tanto, la mera contingencia, el azar o el acaso; la libertad de la Historia es cumplimiento inexorable del fin, sumisión a sí mismo, conocimiento cabal de lo que el Espíritu es verdaderamente una vez se ha desprendido de los tentáculos de la naturaleza. Por eso dice Hegel que el progreso en la conciencia de la libertad, en que se resume la peregrinación del Espíritu hacia sí mismo, debe ser conocido en su necesidad... El desenvolvimiento de la historia, es decir, la realización del ser esencial del Espíritu exige una sumisión a sí mismo, una inflexible disciplina... La libertad es así, para esta tan profunda como peligrosa concepción teutónica y hegeliana, la necesidad interna, no la alegre contingencia, sino la penosa y esforzada conciencia de la propia necesidad... Quien alcanza la libertad es, ante todo, el Espíritu, que se despliega en la conciencia humana, el Espíritu universal, protagonista de la vuelta de la Idea hacia sí misma... La historia, que es la salida del Espíritu subjetivo fuera de sí mismo, es así también una gran experiencia de la cual se conoce ya el resultado, pero con un conocimiento imperfecto. El resultado necesita, en efecto, no solo ser conocido, sino también y muy especialmente vivido. La historia termina con la liberación definitiva del Espíritu, con la conversión del Espíritu objetivo, en Espíritu absoluto, esto es... en vida perfectamente cumplida, en bienaventuranza eterna...

Para Hegel la historia es la peregrinación del espíritu en busca de su libertad. La llegada del Espíritu al gobierno de sí mismo se efectúa por fases: 1) En la primera de ellas, que corresponde en la Historia a los pueblos orientales, el Espíritu se halla todavía sumergido en la naturaleza. La sumersión en la naturaleza significa que el Espíritu ha alcanzado solo de un modo muy relativo la libertad anhelada. Esta fase puede llamarse la infancia del Espíritu. Aquí hay un solo hombre libre: el déspota. La libertad del Espíritu coincide con la libertad del déspota, por lo cual es muy menguada.

2) La segunda fase es la de la reflexión del espíritu sobre sí mismo. En la primera fase reina la unidad del Espíritu con la naturaleza; la segunda fase es la de la separación. En ella comienza el Espíritu a conocer que existe y que se realiza. Esta es la fase de la juventud y de la virilidad, manifestadas, respectivamente en el mundo griego y en el mundo romano. En el camino hacia la conquista de la libertad, en esta fase, la libertad se alcanza cuando el hombre ha dejado de vivir desde sus propios y particulares intereses para realizar sus fines a través del Estado... La aparición de un verdadero Estado es la condición necesaria para la casi definitiva desvinculación del Espíritu frente a la naturaleza, pues en el Estado tiene lugar la concordancia del Espíritu subjetivo con el objetivo, del interés particular con el general, del individuo… con la sociedad ...

3) En la tercera fase se logra la conciliación efectiva y definitiva; es la fase del mundo cristiano, que éste es el nombre que da Hegel al mundo germánico. Según Hegel el espíritu germánico es el espíritu del mundo moderno (de las invasiones a la revolución francesa). Es una etapa de madurez.

La Historia, para Hegel, es solo la evolución del Espíritu y su lucha para llegar a sí mismo para desvincularse de la oprimente naturaleza y hacerse libre. Todo lo que no sea esto; peregrinación del Espíritu en busca de la libertad, debe ser descontado del haber de la historia. Por eso no pertenecen a la Historia ni las épocas más primitivas, en que no hay Estado, ni las épocas modernas en que no hay agitación del Espíritu; por eso no pertenecen a la historia ni los pueblos que amanecen ni las civilizaciones crepusculares.

Hegel se lanza... a una fantástica divinización del Estado y dice, entre otras cosas aterradoras, que "solo en el Estado tiene el hombre existencia racional", que "el hombre debe cuanto es al Estado", que "todo el valor que el hombre tiene, toda su realidad espiritual, la tiene mediante el Estado". El Estado se convierte de este modo en el único poder real de la historia, en el verdadero portador del Espíritu, en esa extraña libertad objetiva que parece consistir, para el hombre de carne, hueso y alma, en recibir, sin pronunciar palabra, las más tremendas palizas ...

Hegel al hablar elogiosamente del Estado intentaba conferir el carácter divino a un Estado y a una situación de hecho, pues tal situación era para él la realización del plan de Dios en el gobierno del mundo, el necesario resultado del desenvolvimiento de la historia.

b) Historia integral. Corresponde a los siglos XIX y XX. Según esta concepción las historias particulares de cada pueblo como las universales deben comprender todas las actividades humanas, tanto la política como las que en conjunto forman la civilización.

El número de historiadores dentro de esta concepción es inmenso. Y en los diversos aun aparece algún gran representante o innovador. Por ejemplo, en el progreso de las ciencias del hombre fue notable el año 1859. En su curso se publicaron las obras siguientes: de Marx: "Contribución a la crítica de la economía política", (en la cual formula, en densa síntesis, su concepción materialista de la Historia); de Darwin: "El origen de las especies"; de Theodor Waitz: "Antropología de los pueblos naturales"; y de Adolf Bastian: "El hombre ante la Historia".

Rafael Altamira no se preocupa de enumerarlos, y, en cambio, emprende la tarea de analizar los problemas surgidos respecto a si ¿la Historia es ciencia o pertenece a otra manifestación espiritual, por ejemplo, la literatura?; ¿La Historia posee condición científica o literaria-artística?

Los filósofos, sociólogos e historiadores, frente a la interrogante planteada, pueden clasificarse en tres grupos: 1° Unos niega toda condición científica a la Historia. 2° Otros se la reconocen en parte. 3° Algunos afirman que constituye una nueva especie dentro de la Enciclopedia.

Quiénes le niegan carácter científico a la Historia lo es porque dudan que el conocimiento histórico sea verdadero y cierto y entre ellos unos se apoyan en la completa imposibilidad de la verdad científica del conocimiento histórico; y otros consideran el carácter de ese conocimiento aun en el caso de llegar a ser plenamente cierto.

Según Altamira, la base común de quienes le niegan carácter científico a la Historia es la adhesión plena a la definición de ciencia de acuerdo con el criterio aristotélico cuando expresó que "no cabe ciencia de lo particular". La Historia, entonces, no puede elevarse a lo general, porque su materia propia la constituyen

los hechos concretos individuales. A este respecto es ilustrativo el juicio de Schopenhauer: “Le falta (a la historia) el carácter fundamental de las ciencias: a saber, la subordinación de los hechos conocidos... En Historia no hay sistema como en todas las demás ciencias; la historia es un saber, no una ciencia... Las ciencias son sistemas de nociones generales; tratan siempre de género y la Historia de cosas individuales”. A esta corriente pertenecen los historiadores italianos Croce y Gentile.

Croce le niega a la historia su condición de ciencia y la incluye en el arte, entendido éste según la idea de Vico, para quien la Estética es la lógica de la imaginación o de la intuición y de la representación. Expresa en uno de sus trabajos: “la ciencia, desde Aristóteles o Sócrates, no ha dejado de tener por objeto lo universal, lo necesario, lo esencial, ahora bien, la Historia se ocupa de lo individual, lo empírico, lo que aparece y desparece en el tiempo y en el espacio.

La Historia es, por tanto, conocimiento, pero no ciencia. Estaría condenada al fracaso toda tentativa que se proponga elevar la Historia a la dignidad de ciencia y aspire a establear leyes históricas “que pretenda, en una palabra, transformar en concepto lo que solo nos interesa a título de intuición, lo que el concepto en virtud de su misma naturaleza viene a destruir”. Según Croce, no hay leyes históricas sino tan solo hechos o intuiciones históricas. Pero distingue la intuición puramente estética, de la intuición del carácter histórico.

Quienes niegan las leyes (o “conocimientos necesarios de los fenómenos y la posibilidad de su demostración”, según la doctrina de Comte) en la Historia plantean la cuestión del azar. La sumisión de los hechos históricos a leyes, entonces, lo sería no obstante lo accidental y la libertad humana. El peligro que trae a la Historia el reconocimiento de leyes nota Altamira, reside en la confusión con la concepción jurídica, es decir, entendida como normas obligatorias de conducta, o sea, a pensar en una sumisión fatal de los hechos humanos que componen la Historia respecto de normas directivas que pueden amenazar la libertad humana. El verdadero sentido de leyes, según los historiadores partidarios de su existencia, no expresa aquel concepto sino el reconocimiento en lo ya sucedido de una cierta continuidad de caracteres comunes y preponderantes, cuya existencia no compromete en manera alguna el futuro de esa especie de hechos.

En la historia genética, causal o científica, además de la coordinación de los hechos en agrupaciones sintéticas, la Historia puede deducir leyes generales que resumen los rasgos comunes de varias series de hechos y leyes superiores que expresan las relaciones regulares y permanentes por las cuales se puede explicar el encadenamiento de los hechos observados.

Rafael Altamira resume su amplia exposición sobre el problema de la Historia, en estos puntos: 1° Quienes niegan a la Historia la calidad de ciencia es merced a la creencia de que esta disciplina no puede generalizar ni inducir las llamadas leyes, pero junto con afirmar esa imposibilidad, admiten que sobre la base (no científica) del conocimiento histórico, fuera ya de la historia, se puede generalizar, filosofar respecto de la vida humana, como si ésta por ser vida, no fuese ya historia.(Posición de Croce). Para otros tratadistas, como Langlois y Xenopol, son compatibles la negación de las leyes históricas y la afirmación de que la Historia es ciencia.

2° Numerosos autores creen imposible la verdad y la certeza en el conocimiento histórico. Nace esta creencia ya del género de observación de los hechos (indirecta, a través de testimonios), en que se afirma, no sin error, que consisten las fuentes históricas, de toda Historia; ya del escepticismo referente a la

imparcialidad y veracidad humanas que, de no existir nunca, turbarían toda fuente de conocimiento de la vida individual y social.

Los defensores de la posición señalada insisten en el peligro del uso de testimonios ajenos; el débil rastro que dejan a menudo los hechos; la carencia de fuentes directas; las dificultades de comprobación e interpretación, porque en todo conocimiento se produce una interpretación subjetiva (la del observador) de los hechos; y la posibilidad de error, (aunque esta es falla de toda clase de conocimientos).

3° A pesar de las discusiones expuestas, la Historia cuenta ya con notables investigadores y con elementos numerosos y variados (archivos, estadísticas, prensa). Los partidarios del carácter científico de la Historia constituyen legión. Entre los especialistas del conocimiento histórico, la ciencia es un conjunto de verdades o proposiciones que enuncian una semejanza constante entre tales o cuales fenómenos (Lacombe); o simplemente, todo conocimiento verídico y probado, (Xenopol). Para Lacombe, la Historia tiene por fin estudiar las instituciones (deducidas de la observación de la semejanza de los hechos) y los acontecimientos (hechos singulares o desemejantes) en cuanto producen una institución nueva, e investigar las causas de los hechos por medio de la psicología, que ofrece un criterio constante.

Para Xenopol es una ciencia especial: la ciencia de los hechos sucesivos o de repetición diferenciada, cuyo procedimiento lógico no es de inducción y deducción, sino el de inferencia. Según Mortet, la Historia es una ciencia experimental que emplea los métodos de las ciencias experimentales; y para Rickert, la Historia es ciencia que tiene por objeto reconstituir los sucesos reales y que formula juicios y conceptos no obstante entrar en ella un elemento imaginativo que debe tenerse en cuenta.

Rafael Altamira, en la parte final de su obra, menciona al sabio vienés Sigmund Freud, (1856-1939), en conexión con la ciencia histórica. Aunque su propósito substancial fue estudiar el inconsciente y descubrir la influencia profunda de las reacciones sexuales sobre la conducta humana, también dedicó atención a los problemas históricos. Uno de sus libros está consagrado a ellos: “Estudios sobre la Historia”.

Sobre la filosofía de Freud entrega una página notable Ernst Cassirer, en su volumen “El mito del Estado”. Al analizar la teoría psicoanalítica del mito (expuesta en “Tótem y Tabú”), verifica agudas consideraciones sobre la metafísica de Freud, quien vivió dentro de la atmósfera de la filosofía alemana del siglo XIX. En ella encontró dos concepciones de la naturaleza humana y la cultura, diametralmente opuestas entre sí. Una representada por Hegel, y la otra, por Schopenhauer. Según Cassirer, el filósofo Hegel había descrito el proceso histórico como un proceso fundamentalmente racional y consciente: “Tiene que llegar un día, dice Hegel en la introducción de sus Lecciones sobre la Filosofía de la Historia, en que pueda comprenderse este rico producto de la Razón activa, que la Historia del mundo nos ofrece… Debe tenerse en cuenta desde el principio que el fenómeno que estamos investigando —la Historia Universal— pertenece al reino del Espíritu... En el plano en que lo estamos observando, el Espíritu se manifiesta en su más concreta realidad”. Schopenhauer atacó y ridiculizó esta concepción hegeliana. Semejante visión racionalista y optimista de la naturaleza humana y de la historia le parecía no solamente absurda, sino nefanda. El mundo no es un producto de la razón. Es irracional en su esencia misma y su principio, porque es el fruto de una voluntad ciega. El mismo intelecto no es más que el resultado de esta voluntad ciega, que lo ha creado y lo usa como un instrumento para sus propios fines... El poder de la voluntad —el verdadero principio del mundo— aparece clara e inconfundiblemente en nuestro instinto sexual... Es ridículo hablar de la razón, como lo hizo Hegel, como de un “poder substancial”, como del “soberano del mundo”. El verdadero soberano —el centro en torno al cual giran la vida de la naturaleza y la vida del hombre— es el

instinto sexual. Como dijo Schopenhauer, este instinto es el genio de la especie que convierte al individuo en un instrumento para la prosecución de sus fines.

La obra de Schopenhauer "El mundo como voluntad y como representación" nos ofrece el fondo metafísico general y el núcleo de la teoría de Freud.

Freud, fundador del psicoanálisis, pertenece al grupo de investigadores que intentó establecer el cuadro de las necesidades y motivos que ocupan en la vida humana los lugares primarios y más exigentes de nuestras inclinaciones. Apetitos primarios de la especie humana son la alimentación y el amor sexual (impulso espontáneo e instintivo de la procreación para que no se extinga la especie). A esos se agrega el de defender la vida propia, común a todos los animales; y el especial del hombre, que es el apetito de la riqueza y que, al inventarse la moneda, desde sus más antiguas formas a la del dinero, puso en éste el medio fundamental de cambio en que consiste el poder económico de individuos y colectividades. Con esto se reducen los motivos de la humanidad a sus necesidades puramente materiales. (De ser cierto y exclusivo, serial fácil escribir el proceso de los sucesos humanos y quedaría resuelto el problema de su verdad y, a la vez, de su fatalidad, mayor que la de los fenómenos de la naturaleza). Se produjo, en la misma psicología, la reacción de las necesidades morales, que no son menos exigentes y forzosas para los hombres. Así, por ejemplo: desprecio del instinto de defensa la vida superado por la valentía reflexiva de arriesgar la vida propia hasta perderla en aras de sentimientos y anhelos espirituales insuperables por indispensables para el alma. (Imperativos de defender y salvar convicciones políticas, religiosas y científicas; amor a la patria y a la libertad). Amor y defensa de los hijos. Altruismo: sacrificio por el prójimo y por la humanidad. Heroísmo, santidad, amor, carecen de intereses egoístas y sus móviles son completamente desinteresados. Tanto para refutar el pan-economicismo, como el pan-sexualismo, son válidos los argumentos expuestos.

Tres escritores ligados a mi existencia[43]

Isaac Felipe Azofeifa, poeta embajador

I

El nuevo embajador de Costa Rica en Chile, Isaac Felipe Azofeifa es maestro y poeta, de gran labor docente y de altísima obra lírica. Estudió en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile entre los años 1929 y 1933, y obtuvo su título de profesor de Castellano y Filosofía con una brillante memoria sobre los poetas de Coquimbo.

En su patria ocupó importantes cargos en la enseñanza y participó con entusiasmo en las filas del movimiento social renovador desatado por los más insignes miembros de su generación, de cuya entraña surgió la actual Costa Rica democrática, en ininterrumpido proceso de reforma y de progreso. Viajó por diversos países y publicó numerosos ensayos, en los cuales examina doctrinas y problemas con gran rigor intelectual y rica experiencia humana. No obstante ser muy fecunda su actividad educativa y su producción ensayística, Azofeifa se destaca, tanto en Costa Rica como en Centro América, en su condición de poeta egregio. En 1961 ganó el primer premio "República de El Salvador" de poesía, con su volumen "Vigilia en pie de muerte".

[43] OCCIDENTE septiembre 1965 N°170

En plena madurez, y al cabo de treinta años de distancia de su época universitaria, ha vuelto a nuestro país, con alegría y gratitud, porque aquí vivió cinco años intensos y decisivos en su formación humanista. Sin duda, se constituye en el más auténtico embajador de su ejemplar nación, tan ligada a Chile, su tradicional amigo, por múltiples lazos culturales y espirituales.

Desde las bellas páginas de su último libro se nos presenta tal cual le conocimos y le quisimos, en su agónico amor a la vida y en su intacta pureza humana:

Salud, estrella pura, sol de oro, día pleno, aire, formas, objetos duros, vida abierta, fruto maduro y áspero de la vida.

Vuelve el pálido minero del silencio,

del país subterráneo, del alma de los sueños.

Vosotros todos me conocéis. Os digo: salud, yo soy

el mismo

amoroso habitante de la soledad, libertador de impuros ángeles —vosotros los llamáis palabras— que se escapan al júbilo de la luz por la ventana abierta de este verso.

II

Isaac Felipe Azofeifa realizó sus estudios universitarios con otro inolvidable costarricense, Carlos Monge Alfaro, actual rector de la Universidad de su patria. Fuimos compañeros inseparables y compartimos las mismas pensiones de los alrededores de la plaza Brasil, zona próxima al Instituto Pedagógico ubicado en Alameda esquina Cummings. Azofeifa y Monge dejaron un recuerdo imborrable entre los estudiantes del Instituto Pedagógico de esos años por su modo de ser espontáneo, fraterno, risueño y simpático y, en verdad, alegraron y estimularon nuestras existencias. A su profunda generosidad en la convivencia cotidiana unieron un elevado concepto de responsabilidad y se distinguieron como alumnos sobresalientes. Dotados de innegable talento natural y de un severo sentido del deber, supieron mantener un equilibrio admirable entre su carácter amable y festivo, y una disposición tenaz, incansable, para el estudio, influyendo positivamente en quiénes éramos sus amigos cercanos, provincianos un tanto indolentes.

Los años de 1929 y 1930 se deslizaron tranquilos, bajo la férrea dictadura de Carlos Ibáñez del Campo, y vivimos recogidos dentro del viejo caserón pedagógico. Aparte de nuestras tareas programáticas regulares, asistíamos a las conferencias sobre Bergson, Levy-Bruhl, Spengler, Ortega y Gasset, Freud.

Del departamento de Filosofía, y a los actos literarios de la Academia de Castellano, escuchábamos deslumbrados y, más tarde, discutíamos, con audacia y entusiasmo, barajando conceptos, frases y términos oídos por primera vez o leídos con prisa en los autores de moda. En cualquier conversación resonaban las afirmaciones categóricas o se lanzaban a destajo vocablos sugerentes: “la mentalidad primitiva es mística y prelógica”, “las culturas al igual que los seres vivos, pasan por fases de juventud, plenitud y decadencia”, “solo la intuición es capaz de aprehender lo sucedido”, “vivimos una época de rebelión de las masas”, “el alma fáustica en su sed de infinito”, “el perspectivismo orteguiano antecede al relativismo”, “desde los sótanos del inconsciente y por las exigencias de la libido” ... Y así se extendían las

polémicas, las charlas colectivas, los diálogos. Época feliz, resplandeciente de anhelos, pletórica de energías y, al mismo tiempo, alegre y despreocupada.

En las veladas de la Academia de Castellano alcanzaron rango de primera figura Isaac Felipe Azofeifa y los salvadoreños Alberto V. Montiel y César Herrera Peña. Azofeifa recitaba sus propios versos modernistas, productos de una inspiración opulenta, pero depurados por una sensibilidad disciplinada. Montiel y Herrera, eximios guitarristas, sostenían la parte musical de las reuniones con el aplauso entusiasta de la juventud asistente. (Montiel y Herrera casaron con chilenas y se radicaron en el país. El primero, profesor de Castellano en Concepción, fue, en seguida, embajador de El Salvador durante un extenso período. Desgraciadamente falleció hace algún tiempo. El segundo es profesor de Matemáticas en el Instituto Nacional).

También nos daban conferencias los grandes escritores extranjeros en visita por nuestro país. Así, por ejemplo, en 1931, llegó a Chile Ramón Gómez de la Serna. Su permanencia tuvo caracteres resonantes. Después de un almuerzo espectacular y pintoresco con los profesores y estudiantes de Medicina, dictó una charla muy original en el Instituto Pedagógico. Lo recibimos en nuestro viejo caserón con gran afecto. En medio de frases ingeniosas, palabras cáusticas y mucha alegría, encumbramos por largas y empinadas escaleras al tercer piso, donde se encontraba el salón de actos, todo lo cual le dio motivos para diversas chanzas. Presidió el acto el historiador Luis Galdames. Versó su insólita y chispeante conferencia sobre la ventaja de los anteojos sin vidrio, mientras manipulaba constantemente su pipa.

Constituyó un alarde de observaciones inesperadas y un juego de metáforas rutilantes. El tema sirvió de mero pretexto para exhibir su ingenio y desbordar su imaginación. Lo rodeó a manera de anillos con los más variados agregados. En alguna parte escribió que se debía reaccionar contra las palabras inertes y en su charla entregó una demostración cumplida de su capacidad para dar vida y gracia a las palabras. Lo seguimos con simpatía. Don Luis Galdames se divirtió bastante y no le abandonó una sonrisa un tanto socarrona mientras lo escuchó.

Ramón Gómez de la Serna era bajo, fornido, rostro vigoroso, enmarcado en un par de gruesas “chuletas”, melena abundante peinada hacia un lado, de aspecto juvenil y fuerte. En favor de los vinos chilenos dejó esta greguería: “Un vaso de tinto es tinta para los pensamientos”.

III

En el año 1931 el ambiente recoleto y literario del Instituto Pedagógico se rompió ante el alud de los acontecimientos políticos. La lucha contra la tiranía y los sucesos posteriores arrastraron al estudiantado universitario a la calle y lo incorporaron a los grandes movimientos sociales de la época. Las veladas literarias y musicales se reemplazaron por bulliciosas concentraciones políticas. Los poetas y artistas cedieron su lugar a los tribunos y agitadores.

Con Azofeifa y Monge participamos en innumerables asonadas y peripecias. Enardecidos por oradores estupendos nos sumábamos a las acciones de masas, experimentando los riesgos consiguientes: sustos tremendos y fugas veloces para escapar, sanos y salvos, de las cargas de los lanceros y de los terríficos tiroteos de las tropas. Así palpamos la otra cara de la vida, dramática, peligrosa, pero subyugante, frente a la cual nos sentíamos hombres y actores.

A fines de 1933, Azofeifa y Monge regresaron a Costa Rica, titulados de profesores de Castellano e Historia, con un sólido bagaje de conocimientos y con una riquísima y variada experiencia social, política y….

sentimental. En cambio nos dejaron dos monografías soberbias: Azofeifa, su trabajo “El sentido místico de los poetas de Coquimbo”, en cuyas páginas alía el examen riguroso y comprensivo con su intuición de poeta, entregando una obra fundamental en la bibliografía sobre aquellos escritores; y Monge, su ensayo: “Las encomiendas según tasas y ordenanzas", resultado de una investigación exhaustiva con novedosos puntos, de vista ensanchadores de la interpretación tradicional predominante en ese campo de la historia nacional.

Instalados en su patria, a lo largo de treinta años, llevan a cabo una inmensa obra docente e intelectual. Ahora, Carlos Monge es el rector de la prestigiosa Universidad de Costa Rica, e Isaac Felipe Azofeifa, embajador en Chile. Tan elevados cargos no empañan su profunda sencillez ni merman su auténtico credo democrático.

Azofeifa, maestro y escritor, mantiene su defensa insobornable de la justicia y de la verdad, y se consume en su permanente vigilia poética. En esta etapa de consignas mistificadoras, de dogmatismos desaforados y de regimentación de los espíritus, Azofeifa, en su calidad de hombre de pensamiento y de poeta existencial, entona su poderoso canto de altiva independencia y reafirma su fe en la libertad del hombre, rechazando toda hipoteca de ella, aunque se la presente como transitorio recurso para conseguir una supuesta liberación definitiva. Proclama su actitud en versos inspirados y conmovedores:

Vinieron a prenderte en nombre

de un credo, de una ley, de una doctrina.

Para llamarse libre había que gritar con ellos.

Para vivir tenías que llevar su estandarte, su insignia, sus cadenas.

Pero tú no sabías, no podías, no querías aprender sus gritos.

No encontraron tus manos.

No pudieron

encadenar tus alas mariposa.

Como la luz indestructible eres.

Ellos lo saben, temen, les posee la violencia.

Los has vencido, alma mariposa.

Aunque ahora mismo pasean por el cielo sus

banderas,

ellos lo saben oyen tus alas Infinitas golpeando su cárcel.

Hemos leído "Vigilia en pie de muerte” con hondo afecto y secreta emoción, como si fuera un repentino y deslumbrante palimpsesto. Aprisionado por el embrujo mágico de sus metáforas, al mismo tiempo evoco, detrás de ellas, los hechos, las frases y los gestos de nuestra convivencia estudiantil y amistad pura, en aquellos años lejanos, dichosos, cargados de sueños y de proyectos. Iluminado por los recuerdos, siento

con intensidad sus versos como si fueran la expresión lírica de nuestras existencias, de lo esencial que nos conmoviera y de su posible sentido.

Hemos luchado y sufrido, hemos realizado cosas y formado nuevos espíritus, nuevas personalidades, y con ello dimos un valor a nuestras azarosas trayectorias humanas. Y de todo eso ¿qué nos queda? El poeta y hermano espiritual nos contesta:

Solo tu soledad es tuya.

Solo posees tu profundo silencio.

¿Y de ti, amigo poeta? No queda... más que tu verso.

* * *

Eugenio González, educador eminente

En las elecciones de la Facultad de Filosofía y Educación, en 1962, se produjo el hecho sorprendente de la reelección del decano Eugenio González Rojas, por acuerdo unánime de sus miembros.

Le otorgaron tan elevada prueba de adhesión y confianza como reconocimiento a su capacidad intelectual, a sus prendas morales, a su probada sindéresis y a su larga dedicación a la enseñanza. La actitud desinteresada y ecuánime de los componentes de esa Facultad significó el acatamiento espontáneo a la egregia condición humanista de Eugenio González, hecha de saber, de actividad realizadora, de rectitud personal y de profunda comprensión del hombre chileno y de la sociedad nacional.

Al aproximarse las elecciones con el objeto de designar Rector de la Universidad de Chile para el período a iniciarse el 17 de septiembre de 1963, una vez más su ascendente intelectual y moral movió a doscientos maestros a firmar un impresionante manifiesto levantando su candidatura. De inmediato se sumaron numerosísimas adhesiones y su postulación adquirió una honda resonancia. Por primera vez, en varios decenios, se llevaba candidato al magno cargo, a una figura prominente en el campo del pensamiento y de la cultura, y a un educador de nota, con una obra vasta, real y fecunda, con ideas precisas, con una posición nítida y definida, y con una reciedumbre espiritual, ideológica y ética admirable y ejemplar.

En el día de la elección su nombre se impuso de manera categórica, por amplio margen. Asumió la Rectoría en medio del entusiasmo de sus admiradores y del respeto de sus rivales, y desde el primer día se advirtió la firmeza de su actitud y la ponderación de su método.

Sin duda, su rectorado se traducirá en la dignificación, el progreso y la renovación de nuestro más alto plantel educacional.

I

La larga trayectoria de Eugenio González Rojas como educador, escritor y político posee contornos macizos y atrayentes. Pertenece a la llamada “generación de 1920” y se nutrió en sus atributos esenciales bien definidos por el propio Eugenio González en un bello artículo, con estas frases: “Había entonces ideales, no consignas. Nadie abdicaba de su autonomía moral, de su independencia intelectual, de su derecho a juzgar libremente las ideas, los sucesos y los hombres”. En ese ambiente se amasó el fondo sustentador de su calidad intelectual e ideológica, de la inagotable originalidad y vitalidad de su pensamiento y de sus actividades sociales y políticas. La generación de 1920 fue fecunda en altos valores individuales, con rasgos

muy característicos. Al pasar revista a los grandes líderes de la brillante promoción, sintetiza en Domingo Gómez Rojas las cualidades humanas y los anhelos de sus integrantes: “Gómez Rojas ha quedado como el mejor símbolo de aquella época y aquella generación. Tuvo de ellos, en su carácter y en su obra, el exaltado romanticismo, la patética osadía, el ardiente afán de plenitud humana, el visionario sentido de una vida superior de libertad, de justicia, de belleza.” Eugenio González, militante de aquella generosa y vibrante pléyade universitaria, es uno de sus más altos exponentes. El eximio memorialista González Vera lo recuerda participando en los encendidos debates de la época, con su “hermosa voz lenta”, aportando sabiduría y humanidad.

Desde entonces ha sobresalido como educador, escritor y político, por su talento, por su fina y honda sensibilidad, por sus avanzadas y creadoras posiciones, determinadas por sus ideales de justicia y verdad.

El espíritu de la generación del año 20, idealista, libertaria y rebelde, le marcó su sello indeleble y, a su vez, Eugenio González la personifica con brillo inigualado y le asegura gravitación e influencia mucho más allá sus reales fronteras cronológicas.

Las concepciones y los problemas, su examen, su crítica, en el tratamiento de Eugenio González alcanzan siempre una amplia dimensión, un luminoso ensanchamiento, jamás se reducen o estrechan en formas dogmáticas y sectarias. Todo debate o polémica donde participe se traduce en un amplio esclarecimiento y en un fecundo enriquecimiento del asunto discutido. De esa virtud ha surgido la ancha gravitación de su personalidad intelectual, haciéndose acreedor al respeto y la estimación generales. Hombre de ideología definida y de convicciones firmes es, sin embargo, la antítesis del fanático, porque su amplio espíritu sabe comprender y aquilatar las ideas y actitudes de los demás, confrontándolas con las suyas, con inteligencia y elegancia.

II

Fiel a su ideario democrático-social se opuso a la instauración de la dictadura militar y durante el primer período de Carlos Ibáñez del Campo, por su resistencia a la tiranía, sufrió una larga relegación en la isla de Más Afuera. A su regreso al continente participó en las inquietudes de un selecto grupo de ciudadanos, organizado con el fin de dar vida a una nueva agrupación política. De su seno nació la ARS, (Acción Revolucionaria Socialista), y como dirigente intervino en la revolución socialista del 4 de junio de 1932, en cuyo gobierno ocupó el Ministerio de Educación. En seguida tuvo una señalada actividad en la fundación del Partido Socialista de Chile, el 19 de abril de 1933, y en los años iniciales de su vida.

Según Eugenio González, un partido político nuevo aparece en el seno de una sociedad democrática cuando responde a los intereses y a los anhelos de un sector social sin cabal expresión en los organismos existentes. Al fundarse el Partido Socialista se daban las condiciones objetivas para que los trabajadores intelectuales y manuales actuaran de consuno en una colectividad política propia, por cuanto ninguno de los partidos tradicionales, ni tampoco las pequeñas agrupaciones obreras de la época, representaban sus intereses económicos y sus aspiraciones sociales, dentro de una doctrina concordante con el sentido del movimiento histórico. El Partido Socialista emerge, entonces, como producto natural de las circunstancias económico-sociales, dentro de la continuidad orgánica de la evolución democrática del país, con el propósito de reconstruir la economía y afirmar una nueva moral. Por las razones expuestas participó con decisión en el nuevo conglomerado político popular y en los momentos particularmente graves para el destino socialista, jugó un papel de primera magnitud, siendo designado Secretario General del Partido

Socialista Popular y, a Continuación, en las elecciones de marzo de 1949, salió elegido senador por la provincia de Santiago.

Paralelamente a sus actividades políticas mantuvo sus inquietudes literarias. Integró el grupo escogido formado en torno a la revista Índice, de mucha trascendencia en la evolución artística del país. Su primera novela "Más Afuera", constituyó un éxito rotundo y asimismo las siguientes: "Hombres", "Destinos" y "Noche". Junto al valor del escritor es indiscutible la calidad e influencia de su empresa en la enseñanza. Cumplió una larga y fructífera labor en el Internado Barros Arana y en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, como profesor de Filosofía y de Sociología; realizó una fecunda misión educacional en Venezuela, contratado por el gobierno democrático de ese entonces. A su regreso prosiguió en su tarea docente hasta llegar a ser designado director del Instituto Pedagógico y, luego, Decano de la Facultad de Filosofía y Educación.

Sin duda, en la múltiple y rica personalidad de Eugenio González, resplandece su larga y constante trayectoria de educador. En un memorable discurso polémico en el Senado, expresó que la sociabilidad esencial del hombre implica la subordinación de sus instintos divergentes a imperativos de conveniencia mutua. Tan radicales son en el hombre los impulsos egoístas como los impulsos altruistas y la prevalencia ulterior de estos últimos es el sentido que tiene —si alguno tiene— la evolución de la sociedad y de la cultura. Pues bien, es la educación el medio por el cual pueden afirmarse y expandirse los impulsos altruistas y transformar al individuo en un ser culto, eficiente y solidario, capaz de convivir con sus semejantes. Comparte el soberbio juicio de Kant: "el hombre no llega a ser hombre sino mediante la educación".

III

Su obra educadora enriquecida con su experiencia política y su intuición de artista, le han dado su profundo conocimiento de la naturaleza humana y de la sociedad. Su fe en el hombre y en su perfectibilidad, por la elevación de su grado de racionalidad y la purificación de sus sentimientos, y su reconocimiento de la inquietud permanente del corazón humano más allá de todo progreso social y de todo avance científico, provienen de este contacto cotidiano con la juventud y de su conexión estrecha con la vida. Además. Eugenio González, es un trabajador incansable. Ha enfrentado sus tareas, siempre, con el máximo de responsabilidad y las ha realizado con eficacia. Su larga obra de maestro, escritor y político corrobora con exceso la afirmación expuesta.

En su condición de intelectual, de hombre de pensamiento, ha mantenido una resuelta independencia frente a los poderes, a los sectarismos y a las conveniencias tácticas, entregado exclusivamente al servicio de la verdad. Su inteligencia unida a una moralidad severa, enemiga de la búsqueda de éxitos efímeros, o de recompensas, nutren su admirable y permanente actitud de defensa de los valores espirituales, de la causa del hombre.

Su trayectoria intelectual y política exhibe una perfecta consecuencia entre idea y acción entre teoría y praxis. Ha rechazado toda consigna astuta, la mentira y el dogma. Y como hombre de pensamiento, educador y político, ha sabido encontrar la reconciliación de la condición humana en la formación de la juventud y en la solidaridad con el sufrimiento de los pobres y de los humildes.

En su última intervención en el Senado pudo decir con absoluta veracidad: "no concebimos la política como medio de encumbramientos personales. Tampoco como ocasión de popularidad y vanagloria.

Menos aún como empresa de utilización partidista del poder del Estado. La concebimos como actividad de servicio, como severa vocación patriótica". Tal ha sido la norma inflexible en la vida y conducta de Eugenio González. De ahí su gravitación espiritual, el acatamiento y simpatía a su personalidad, aun por sus antagonistas ideológicos y políticos.

Durante los ocho años de su mandato senatorial cumplió una magnífica misión, no solo por su preocupación constante por los problemas nacionales, concretada en peticiones y proyectos, sino por numerosos y eruditos discursos polémicos en torno a la doctrina socialista, a su programa, al enfoque de la evolución histórica de Chile y al análisis de la política de la época. A pesar de la dura pugna ideológica y política, se le escuchó con interés y respeto y se le admiró por su extensa cultura, por su estilo original y su riqueza idiomática, por su profunda versación técnica. Además, siempre constituyó una fiesta espiritual escuchar sus intervenciones por el tono elevado y distinguido de sus planteamientos, y por sus frecuentes consideraciones ingeniosas, en las cuales brillaban un agudo y remozado volterianismo.

A raíz de su discurso del 14 de marzo de 1957, culminación de su brillantísima jornada de ocho años de labor y fecundas polémicas, en la cual se conquistó la admiración de todos los Senadores por su actitud serena y gallarda, se produjo un hecho inusitado: su contendor tenaz, el Senador liberal Raúl Marín Balmaceda, pronunció sentidas y ecuánimes palabras, en su nombre y en el de los miembros de los partidos opositores, como adhesión al caballeroso y talentoso antagonista ideológico y político: "Sin odios ni resentimientos, sin pasión y sin violencia, sin servitudes inútiles –que solo contribuyen a cavar un abismo entre los partidos antagónicos – en lenguaje singularmente castizo y hermoso, supo él dar elevación, seriedad, a todos los debates en que tomó parte. Me es inmensamente grato así decirlo y rendir por ello al noble adversario público homenaje de admiración y respeto". Y se lo rendía casi sin conocerlo personalmente, por lo cual agregaba: "No es, pues, un sentimiento de amistad el que me mueve a rendirle este homenaje de despedida, sino el reconocimiento a su cultura, a su caballerosidad y a su alta apostura moral en el desempeño de su representación popular".

V

Eugenio González es uno de los representantes más calificados del socialismo chileno y de su corriente humanista. ¿Cómo lo entiende? De acuerdo con sus propias palabras, en memorables discursos, el socialismo es revolucionario y creador y, al mismo tiempo, profundamente democrático. Los partidos socialistas frente a la sociedad burguesa son revolucionarios como en toda época lo fueron frente a la sociedad nobiliaria los partidos liberales. La condición revolucionaría del socialismo no depende de sus métodos empleados para alcanzar sus objetivos, sino de la naturaleza de su impulso histórico dirigido a un cambio radical en el régimen de propiedad y en la forma de convivencia. Por otra parte, para superarlos, dándoles la plenitud de su sentido humano, el socialismo pretende poner al alcance de todos los miembros de la colectividad trabajadora los bienes de la civilización técnica desarrollada por el sistema capitalista. El socialismo es revolucionario por sus objetivos, pues implica un cambio completo en la estructura de la sociedad capitalista, pero no puede ser dictatorial por sus métodos, por cuanto procura el respeto a valores de vida que exige el régimen de libertad.

¿Cuál podría ser la fórmula expresiva del programa socialista? La siguiente: Planificación económica dentro del estado democrático popular con vistas a la dignificación espiritual de la vida humana. Las formas de vida en que el socialismo se realice solo serán auténticas y verdaderamente progresivas si están animadas por lo esencial de su espíritu: la dignificación del hombre. Para el socialismo la transformación radical de

la estructura económica es solo el medio para posibilitar el fin, que es el pleno desenvolvimiento de la personalidad humana, hoy día desvirtuada en sus más nobles atributos y convertida en nuevo resorte de la maquinaria estatal. El capitalismo se afirma de hecho en una negación de la persona humana e impide a la mayoría de los hombres, adscritos a la servidumbre moderna del salario, el acceso de los bienes de la cultura y los limita a todos por igual —capitalistas y obreros— en una práctica mecánicamente rutinaria del trabajo y en una concepción, sórdidamente utilitaria de la vida. Ante la confusión de los medios y los fines y la transmutación tan negativa de los valores vigentes en la convivencia humana, Eugenio González expresa: "Así la técnica, la economía y la política, de simples medios han llegado a convertirse en fines eminentes. El socialismo, y esa es la raíz de su fuerza ética y de su significado cultural, tiende a restablecer la subordinación de los medios a los fines y a determinar estos últimos de acuerdo con una jerarquía de valores cuyo eje sea la dignidad de la persona. Aprovechar la técnica, organizar la economía y configurar el Estado de modo que sean posibles, conjuntamente, la libertad política, la justicia económica y el desarrollo espiritual". El socialismo se esfuerza por establecer condiciones que permitan devolver al trabajo su alegría creadora y a la vida su dignidad moral. Los socialistas quieren una economía para la comunidad, no para el Estado.

VI

Es arbitrariedad de la ignorancia, cuando no propósito de intencionada malicia, sostener que el socialismo es incompatible con la libertad y, por lo tanto, siendo ésta su esencia, con la democracia. Eugenio González aclara que la socialización del poder económico propiciada por el socialismo no implica que ella se realice en forma de centralización totalitaria impuesta por una burocracia estatal y porque como heredero del patrimonio cultural repudia, el socialismo, cualquiera forma de Estado totalitario. Los fueros de la conciencia personal en lo que concierne a los sentimientos y a las ideas, así como a su expresión legítima, son inalienables para el socialismo como el derecho de los trabajadores para designar a sus representantes en la dirección de las actividades comunes. El socialismo no excluye ninguno de los modos superiores de vida espiritual. Ningún método de violencia estatal, menos aún la violencia erigida en sistema es compatible con la índole del socialismo, porque si puede realizarse por la violencia una planificación económica para colmar el abismo del atraso y del subdesarrollo, ello se hará a costa de una inevitable deformación moral de las nuevas generaciones en el ámbito inhumano del Estado totalitario.

Dice Eugenio González: "El socialismo no aspira a reforzar el poder político del Estado con el manejo del poder económico. No pretende el socialismo que sea el Estado quien planifique, regule y dirija los complejos procesos de la producción y distribución de bienes y servicios. No se propone el socialismo levantar sobre las ruinas de las empresas privadas a una especie de gran empresario que sería el Estado burocrático y policial. Por el contrario, quiere el socialismo que los propios trabajadores y técnicos a través de sus organizaciones, planifiquen, regulen y dirijan, directa y democráticamente los procesos económicos en beneficio de ellos mismos, de su seguridad, de la sociedad real vigente. Para el socialismo es tan imperativa la defensa de los intereses y valores humanos frente a las tendencias absorbentes del totalitarismo estatal como frente al poder económico del capitalismo monopolista".

No es posible, entonces, separar el socialismo de la democracia. Más aún, solo utilizando los medios de la democracia puede el socialismo alcanzar sus fines sin que ellos se vean desnaturalizados. Sin duda, se trata de una democracia viva, superadora de la democracia puramente formal, de alcances civiles y políticos, y se haga una democracia real, de contenido económico y social, pero sin que su sentido histórico y moral

que es por sobre todo, la preservación de los derechos humanos, experimente menoscabo alguno en provecho del poder del Estado o del progreso de la economía.

En este instante de crisis y de transición en nuestra evolución democrática la instauración del socialismo es ineludible y, en su fase inicial, exige la planificación económica como absolutamente necesaria para acelerar el desarrollo interno del país; industrialización conforme a un plan, reforma del régimen de propiedad y trabajo de la tierra, reajuste del sistema institucional democrático, la incorporación de las masas a la actividad cultural; entendimiento de los países latinoamericanos sacándolos de su estado de simples dependencias de la política y economía de los grandes imperialismos en pugna para una integración orgánica de sus economías y unidad de sus estados en la política internacional, con los gobiernos democráticos.

VII

El socialismo se está realizando en el mundo como exigencia perentoria de las transformaciones económicas impuestas por los avances tecnológicos, y como imperativo insoslayable de la conciencia moral. Y aquí está, según Eugenio González, "la fuente primordial de la vitalidad del socialismo: en que es todavía una esperanza de superación humana. Si él no fuera otra cosa que la racionalización, en términos políticos y económicos de los impulsos utilitarios y materialistas de las masas urbanas, carecería de verdadera grandeza, de virtud creadora".

Los socialistas que combatimos, en lo teórico, el esquematismo dogmático por estimarlo nocivo para el enriquecimiento y ensanchamiento del socialismo; que reconocemos la importancia decisiva de la clase obrera en la lucha por el socialismo pero, al mismo tiempo, resistimos la idealización del proletariado y el mesianismo proletario, porque damos gran importancia a los sectores medios, a los técnicos y a los campesinos; y criticamos la concepción del partido único, por llevar en caso de triunfo, inexorablemente, al "culto del partido" y al "culto de la personalidad", bases de la peor tiranía imaginable, nos hemos planteado siempre estas dos preguntas angustiosas: ¿Se puede construir el socialismo en un ambiente de libertad política? y ¿en un país en vías del socialismo, puede existir organizadamente una oposición política socialista?

Creo interpretar de manera correcta el pensamiento de Eugenio González al responder de acuerdo con sus ideas expuestas, afirmativamente dichas preguntas. Y en tal sentido expresa la posición de la mayoría de los adeptos al programa y a las actividades socialistas y, a la vez, los caracteriza en forma precisa ante las otras corrientes del movimiento obrero.

El socialismo es comunión íntima con todos los desheredados, es un humanismo democrático, cuya misión supone construir una nueva sociedad, un ideal de vida, una comunidad de intereses, una civilización de trabajo. En la reconstrucción de esta comunidad de vida e intereses es esencial el funcionamiento de una economía planificada que nacionalice los medios de producción y asegure una justa repartición de las rentas; pero la planificación no debe aplastar y sumergir al individuo. El régimen socialista impone prescribir a la política y al Estado límites que dejen al ciudadano un campo de libertad filosófica o religiosa y permitan el amplio respeto humano. El socialismo no implica un dogma ni una disciplina obligada y apremiante, sino una ética. Al concretarse como régimen político abarca un sistema de libertades, con garantías individuales, libre discusión y crítica, bajo un permanente control democrático. La democracia socialista debe ser un modo de convivencia, organización y dirección social basado en la libertad, cuya expresión positiva contenga el derecho a disentir. Una democracia socialista genuina favorece la crítica de

sus métodos, y aun de sus fundamentos, para lograr su incesante perfeccionamiento; estimula la iniciativa creadora de los ciudadanos; respeta y amplía las libertades, protege la oposición y la disidencia. En caso contrario cae en la dictadura simple y niega su teoría, su contenido, su esencia.

Eugenio González personifica brillantemente el programa y la posición del socialismo humanista y democrático, cuyas líneas generales hemos presentado de acuerdo con los discursos y ensayos del eminente intelectual y educador.

Jorge Jobet, poeta e intelectual

I

Jorge Jobet es un poeta de gran sensibilidad y un intelectual de amplia y sólida cultura. Profesor Académico de Filosofía con mención en Literatura General y Profesor de Estado de Educación del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Lector y estudioso infatigable, realiza una labor meritoria en el campo de la docencia y del periodismo. No es de aquellos escritores encerrados en su torre de marfil, aislados del contacto fecundo con la vida social, con la realidad dinámica y actuante; ni tampoco pertenece al grupo de los que se marginan de las ásperas luchas ideológicas y de las preocupaciones políticas superiores. Como hombre de su época, participa de sus angustias y de sus esperanzas y trata de ayudar generosamente al proceso de superación del medio nacional al lado de las fuerzas democráticas del país, desde las filas del socialismo, ideario político y filosófico que lo ha formado desde su más temprana juventud, aunque el carácter y los resultados de las jornadas políticas no son con frecuencia como para estimular el entusiasmo hasta dejarse absorber enteramente por ellas. Su conocimiento directo de hombres y acciones y su intuición de poeta (la poesía es su labor esencial y su destino), refrenan una entrega total o una subordinación a esas experiencias. Cuando nos informaba acerca del proceso ideológico del país y de la calidad de sus hombres dirigentes nos anotaba también la frustración de muchos principios por la pugna de intereses de círculo, la opacidad de la conducta civil y los apetitos materialistas reñidos con una sana moral pública.

El mandato de su época lo impelía a combatir por los ideales de libertad, justicia y verdad; pero los frutos recogidos, pobres y flacos de carnadura substancial, lo curan de cualquier entusiasmo fácil y lo tornan un censor severo, actitud irreconciliable, por supuesto, con una militancia cerrada, intransigente. Por estas razones, en su acción ideológica y política, mantiene su independencia de criterio, denunciando todo lo pequeño y mezquino, todo intento de cercenar la libertad del hombre. No ha transigido con los prejuicios ni con el personalismo. Ha defendido su soberanía individual, en medio del gregarismo partidista, porque “es mejor tener cierta independencia para poder conservar la libertad de pensamiento y decir con entereza la parte de verdad que podemos llevar adentro”. Su humanismo se ha conciliado perfectamente con el ideal socialista, que él lo ha estimado siempre como la negación del partidismo sectario y fanático que transforma a cada individuo en un militante obtuso y diabólico, alzado contra el hombre y el ciudadano, para aplastarlo y envilecerlo a pretexto de hacerlo libre. Dentro de estos márgenes le ha dado importancia y valor a la lucha social, conservando, eso sí, su autonomía personal y la soberanía del juicio. Por eso él mismo se define como un socialista humanista.

Su actitud le ha permitido analizar y comentar el desenvolvimiento del país, en los planos superiores de la cultura, con gran amplitud de criterio y una severa exigencia intelectual. Hace algún tiempo, mientras residíamos en provincia, nos escribió: ‘‘Le hace falta a nuestra gente un sentido más hondo de la vida y de las cosas; una capacidad de comprensión y estudio más heroica, íntima y fuerte, para lograr la armonía

necesaria y conveniente entre las exigencias del hombre de acción y de pensamiento. Nuestra realidad, por desgracia, no es propicia aún para dar vida a los grandes renovadores y revolucionarios, que la época exige, porque los odios y las incomprensiones, por un lado, y nuestros vicios naturales de pequeña sociedad en desarrollo, por otro, ahogan todo lo nuevo, generoso y noble. De ahí que siga vigente para el artista y el intelectual el cultivo de la interioridad, de donde debe brotar el mensaje limpio y verdadero que llegue al corazón de los hombres angustiados por la existencia cotidiana, pero nunca negados a la esperanza. Los intelectuales están obligados a salvarse a través de la cultura, a fin de conservarse moralmente intactos para ayudar a buscarle el camino al pueblo desorientado, en manos a veces de audaces e irresponsables".

II

La trayectoria poética de Jorge Jobet abarca ya más de veinticinco años. Su obra es voluminosa y la conserva inédita en su mayor parte, por las exigencias estilísticas que le impone. Ha publicado poemas en diarios y revistas, sin apremio. Su primer libro, en edición definitiva, apareció en 1957, editado por Nascimento, bajo el título "El descubridor maravillado", volumen de cien poesías. Muchas de ellas las había publicado anteriormente en ediciones restringidas en Estados Unidos, donde residió en los años 1938-1939, y en Chile. A fines de 1959 publicó Nascimento su segundo libro, "Naturaleza del ser" y en 1963, la misma editorial entregó al público su tercera obra, "Mis provincias". Próximamente aparecerá su extraordinario libro de poemas, "Introducción al sentimiento", elaborado a lo largo de veinte años. Constituirá, creemos, un verdadero acontecimiento literario, por los poemas que de él se conocen, tales como "Llora mi voz", "Corazón de la frontera", "La muerte de Lory", "Cántico del tiempo", "Chile, país de largura" y otros.

"El descubridor maravillado" constituye la expresión lírica depurada de un vate de alta jerarquía conceptual y estilística. Frente a este libro, la crítica y el público culto fueron unánimes en juzgarlo por su refinada belleza y la originalidad en el tratamiento de los materiales poéticos. La primera impresión era de sencillez y diafanidad. Pero luego, se percibía el profundo sentido de la realidad material y espiritual, en una rara y original simbiosis de vida, movimiento y lozanía. El estilo, producto de un riguroso trabajo intelectual, ponía en descubierto el milagro de traducir en poesía un mundo de sensaciones insólitas que solo un espíritu atormentado y puro podía llevar a cabo.

Es difícil espigar poemas de selección en un libro selecto por naturaleza. Unos destacaron "Hora de reflexión", "La música mata a los dioses", "El acabamiento del ser", "El niño contempla la naturaleza". Otros se refirieron con detenimiento a "Canción labriega", "Lógica de la infancia", "Condenación de dioses pobres", "Rostro del desierto", "Sensación". Mérito indiscutible, sin duda alguna. En este aspecto, la poesía de Jorge Jobet es completamente original, tanto en la imagen como en el ritmo interior, en el vocabulario y en la posición estética. Hay en ella una unión íntima y solidaria entre el mundo natural y ese otro mundo forjado por la fantasía del creador. Aquí se da el fenómeno de la creación en forma responsable, no enumerando únicamente sensaciones y figuras yuxtapuestas, sino extrayendo de los fenómenos, ideas, asociaciones, pensamientos. En otras palabras, recreación del mundo de las formas y de los contenidos. Libro auténticamente bello y nuevo en el lenguaje poético tradicional, como lo pusieron de relieve los críticos Ricardo A. Latcham: "La escogida producción lírica de Jobet demuestra su voluntad de estilo por encima de toda improvisación que eluda la responsabilidad del verbo en un instante de crecimiento poético nacional": Francisco Santana: "Jobet realiza de este barro, que no vemos, un transparente lirismo, una jubilosa fiesta espiritual. Pocos poetas, a su edad, han conseguido la plenitud de

expresión de este “Descubridor maravillado”. Comprendemos que estamos frente a un poeta, de felicísimo talento, de asombrosa sensibilidad”; Francisco Dussuel: “Lo que en este caso impresiona con agrado es el clima de belleza que se respira por todas partes, la delicada percepción de las relaciones estéticas el “descubrimiento maravillado” y constante de las cosas y de las almas”; Luis Droguett Alfaro: “En él relumbran los vocablos cultos escamoteando los lugares comunes. Las palabras han alcanzado su autonomía de diosas en la mayoría de los pareados que el poeta crea. Cada poema cumple su ley de metódica personalísima; las cosas, el mundo animal y vegetal, el mundo mineral, todo se cristaliza en un acto estrictamente poético. Lo sensorial mismo, formas y colores, logra una primacía que a su vez se incorpora a la estética totalizadora del autor. Hay impresión en la materia deseo de trascenderla”.

Su segundo libro, “Naturaleza del ser”, nos pone frente a una de las obras mejor cincelas de la poesía latinoamericana. Aquí la poesía no es tan solo la expresión emocional inmediata; esencialmente, muestra al alma aquietada y serena, de cuyo fondo emergen formas elegantes y precisas que aprisionan el cauce del verbo, lo temporal y lo perecedero, pero con ansias de permanencia y eternidad. El poeta tiene la sabiduría humilde para desprenderse de los lazos concretos de la realidad, de las modas y los gustos, con el objeto de navegar por el espacio infinito con la soltura de un ave poderosa, segura de su canto y de su garganta. Jorge Jobet ha sabido decir en este libro algo propio y novedoso, sabio e intenso, sensible y modernísimo. Diversos críticos y especialistas de literatura española e hispanoamericana apreciaron de manera cabal la jerarquía de este bello mensaje lírico que, por desgracia para la poesía, tiene una avara circulación por la resistencia del poeta a las reuniones sociales y de círculo. En un apretado comentario, el profesor de Literatura Española de la Universidad de Chile y de la Universidad Técnica del Estado Germán Sepúlveda, sostuvo: “Este libro, tanto como el anterior, da la impresión de estar en medio de una zona de puras transparencias. Al parecer, cada verso es una policromada corola en cuyas cercanías se oye el zumbido de abejas melodiosas. La relectura, sin embargo, detecta pugnas, conatos y vigilias por la aprehensión de instancias psíquicas recónditas. Al matiz, y a las musicalidades verbales los sostiene e hinche la sustantividad de bien granadas espigas de la sementera fantaseadora. Porque Jorge Jobet es poeta de dentro hacia afuera, es temperamento madurecido antes de sintonizar el ruido de las cosas, es sensibilidad exteriorizada a través de la función simbólica de los objetos circundantes”. Eduardo Godoy Gallardo, especialista de Literatura Española del Instituto Pedagógico de Valparaíso de la Universidad de Chile, se refirió a un punto del libro en estos términos: “Nótese, además, los aspectos formales que hacen de Jobet un poeta riguroso y meditabundo. Lenguaje castizo, adjetivación precisa, coherencia lógica, metáfora justa y equilibrada”. Del crítico Gustavo Rivera Flores: “Jobet es un trabajador incansable del verso, sabe construirlo, pulirlo. No sigue determinada escuela, ni recibe influencias extrañas. Es un auténtico creador, siente su poesía, la ahonda, penetra en la naturaleza de cosas, hasta alcanzar su trascendencia”. Luis González Zenteno, novelista prematuramente fallecido y amigo entrañable del poeta, estampa, entre otros, los siguientes juicios: “No hay en su verso ninguna metáfora rutilante y, a menudo, la asonancia impide que se desborde la eufonía de la estrofa. Queda así el milagro de las sensaciones, una clara, dulce y aparencial sencillez, pero sencillez elaborada en duras y prolongadas vigilias, en que no hay ni una palabra de más, ni una palabra de menos. Esta poesía, estamos ciertos, ha de hacer historia sempiterna, por lo que tiene de honesta y viril, de emotiva, profunda y humilde (una humildad que contrasta con el gesto olímpico, altivo y beligerante del poeta en la vida civil)”.

Las cincuenta poesías que forman el libro constituyen un todo de similar belleza. Citemos, a manera de ilustración, dos de sus poemas:

Río vivo

Cautín a solas, entre secos pastos, la palma cunde de tus aguas mansas. Algún guijarro de tu mano leve como un pescado en el anzuelo salta.

Por anchos campos de materia verde, brillantes trigos, soledad de ramas, tu voz se quiebra en el cristal más fino del limpio espejo que tu cielo baña.

El blanco velo de tus nubes lentas y el negro acopio de tus grandes pájaros, como veleros en silvestres olas quedan prendidos en tus altos árboles.

Desnudos abren tu matriz los niños y en ella caen en alegre danza.

Los tordos cruzan con su noche el lomo de tu lampiño y musical caballo.

Cautín a solas, rumoroso en piedras, tu sinfonía se transforma en llanto. Desde los puentes de pilares sordos el tiempo apaga tu canción nostálgica.

VERDES AÑOS

A mi lado discurren verdes años con su marcha jugosa de verdura, sin horario imprudente que detenga sus avances ganosos de espesura.

En la costa solemne de los astros se sostienen sus máximos augurios, y mi amor ya no puede Incorporarlos al olvido palpable de las brumas.

Mucho tiempo que andamos codo a codo, aspirando el frescor de las alturas, rutilantes estrellas del pasado, timbaleros presentes de la angustia.

Cuando caigo en la brega despiadada, agotado mi cuerpo y flaco el ímpetu, me levanta el acero de sus brazos y su leche materna me revive.

Si renazco en rescoldos peligrosos que acentúen mis actos de bravura, volveréis, verdes años, a pulirme con la vara ancestral de vuestras lunas.

El tercer libro de Jorge Jobet “Mis provincias”, apareció a fines de 1963, en una pulcra tirada, como todas las del autor. El poeta se encontraba en la ciudad de La Serena, desempeñando sus cátedras de Filosofía y Sociología en el Colegio Universitario Regional, creado en 1961 por la Universidad de Chile. Esto puede explicar, en parte, que esta obra, de gran mérito, está solo ahora siendo comentada por algunos escritores de espíritu libre, ajenos al individualismo y egoísmo de los grupos organizados de la capital, afiliados a capillas dogmáticas y con todos los recursos de los medios de divulgación y propaganda en sus manos o a su servicio, incluso las empresas editoras con sus equipos pagados para elogiar, sin tasa ni medida, las publicaciones que llevan su nombre. Por otra parte, los diarios más importantes del país disponen de grupos ideológicos definidos que eluden la trascendental misión de la crítica literaria levantada y noble para caer, en cambio, en la adjetivación gratuita y elogiosa de sus partidarios.

En relación con este asunto, ya demasiado notorio en la literatura chilena, fui testigo de una curiosa anécdota, que ratifica esta afirmación. Cuando dirigía la revista “Zig-Zag” el notable novelista y periodista, Ricardo Lomboy, le ofreció éste a Jorge Jobet la oportunidad de ejercer la crítica literaria de la revista, con entera independencia de juicio, como es natural entre escritores serios. Alcanzó a aparecer su primer y único comentario, destacadamente publicado y con acopio de profundidad, objetividad y elegancia. Algunos juicios emitidos, con un sólido fundamento estético y estilístico, no fueron del agrado de la

gerencia de esa empresa por tratarse de una obra compuesta en sus prensas. En el número siguiente de la revista apareció, sin firma, un elogio desmesurado sobre el libro enjuiciado. Salió ganando el autor. Jorge Jobet, fue despedido.

Este mismo tema, desde otro punto de vista, lo trató el distinguido escritor Hernán del Solar, de cuya solvencia moral y capacidad crítica independiente nadie puede dudar. En su comentario semanal de libros y autores, se refiere a Jorge Jobet de la siguiente manera: "Como en todos los países, hay en el nuestro, algunos buenos poetas que, ajenos a todo interés de verse halagados, se entregan a su labor sin buscar otra aceptación que la íntima, satisfechas —siquiera en parte— las constantes exigencias nacidas del propio rigor. No son nunca numerosos estos poetas. Desde luego, no se les ve de continuo, con su firma, en las revistas; ni asisten a banquetes literarios, que suelen ser campos de batalla o circos donde círculos a ciertas horas, en determinados lugares, los asistentes declaran sin ambages su genio, mientras despellejan con arte inigualable a los poetas ausentes. A estos poetas siempre escasos pertenece Jorge Jobet. Está desterrado, desde luego, de casi todas las antologías; tiene prohibida la entrada en el maravilloso país de la genialidad decretada, al cual no se entra sin pasaporte firmado y timbrado en los cafés, en los rincones del ocio y el resentimiento. Sin embargo, hay un crecido número de lectores que le estima y cree, sin temor a equivocarse, que es uno de los valores verdaderos de nuestra poesía actual".

En el examen del libro que comentamos, escribe: "En "Mis provincias" está el poeta delante del mundo y señalando sus hallazgos, o bien dentro de sí mismo y rastreando la verdad, la justicia, la belleza. Es Jobet un poeta para minorías y la estimación que de muchos se tiene ganada, merece ensancharse".

A este juicio debo agregar otro, proveniente del original escritor Homero Bascuñán, bajo el pseudónimo de Juan de Almonacid: "He aquí un título sugestivo que suscribe el poeta Jorge Jobet. Más de veinte años hemos venido viendo a este autor elaborar con acierto una poesía de imágenes audaces y de original acento. Su poesía resuma un marcado acento social, sin debilitamiento en su uniforme diapasón de vibraciones sinceras, profundas, encendidas en la llama que la genera. Clara y emocionada como una confesión o un recuerdo de la vida humilde de provincia, expresa en "Plaza de la infancia", "Cura de aldea", "Aurora de oro", "El bien y el mal" y "Olor de mi provincia", para no citar más, son suficientes para aquilatar los méritos de este libro de Jorge Jobet, que afirma que "la poesía anda correteando por el espacio, libre como el ala de la mariposa, pura como la soledad del cóndor y fuerte como los sollozos del hombre quebrado por su historia". Arcano simple, como toda expresión sincera del hombre, en la vida combativa y en la creación lírica de Jorge Jobet, es el principio que rige su destino y el deber impuesto, con el fin de interpretar el drama del hombre de nuestro tiempo, en toda su grandeza y resignación ante los hechos que han plasmado su historia; así su poesía cumple el fin propuesto: busca al hombre en su medio, alza su imagen en el poema y lo proyecta en un mural inmenso de su emoción, que comparte plenamente el lector más humilde.

En su último libro, característico por el estilo depurado y castizo, por la novedad de las imágenes, la riqueza del lenguaje poético y la precisión conceptual, se encuentran temas del sur y norte del país, como puntos de partida para endilgar la flecha del espíritu humano, hacer salir la belleza de las cosas recónditas y la verdad humana de los manantiales de la vida. Dominan en el libro los tonos de una suave melancolía y una preocupación vigilante por el destino del hombre y el aspecto social que están destacando los críticos, se nota claramente en sus composiciones "Villorrios", "Partidario de la paz", "Ventajas de la civilización", "Nuestro deber", "Un año más", "Color del hambre", "Resignación", "Tratamiento justo" y otras. Sirva de ejemplo esta poesía:

Campesino en la desgana: ojotas, penuria, tifo.

Piel reseca y arrugada.

La maldad duele a la vista.

Tos y fiebre; calenturas y terror manso en aviso. Cortijo, porotos, liendres; escasamente tortillas.

Por techo, la vil totora.

Por cama, el suelo llovido. Los pájaros te levantan y te acuestan las gallinas.

Siervo de gleba esquilmada. Espinazo corruptible.

Suerte de bestia trabada. Reproche que no se dice.

Adelante, la picana.

Atrás, el ramal de espinas.

Protesta muda que escarba en esfuerzos intensivos.

Campesino demoroso: remiendo, pana, Pacífico.

El dieciocho de septiembre cantan en tu alma las diucas.

La estada de Jorge Jobet en el norte, en un ambiente duro de explotación y miseria, afinó doloridamente su sensibilidad y de ahí la razón de ser de varios poemas de honda tristeza y violenta acusación, a saber, “La huella en el mar”, “El cielo empedernido”, “Perro fiel”, “Cuesta arriba”, “El bien y el mal”, “Encuentro con mi padre”, “Yo lo vi”, “No es mucho pedir” y “Siempre en domingo”, muchos de los cuales marcarán huella en la nueva poesía.

La interpretación anímica del paisaje, medida, elegante y de un lirismo transparente, la encontramos en poesías de indiscutible belleza, como ser, “Nubes del sur”, “Esteros”, “Las madrugadas”, “Mi quinta”, “Plaza de la infancia”, “Olor de mi provincia”, “Atardecer”, “Variedad de pájaros”, “Casas de música”, “Noche del grillo en Vicuña”, “Los perales de la patria”, cualquiera de ellas en condiciones de figurar en las mejores antologías de la poesía chilena contemporánea. Me gusta particularmente el siguiente poema:

LLUVIA EN EL CAMPO

En los finos cristales alborean los rostros.

El viento hinca sus fauces en el cuerpo aterido.

Los árboles se inclinan con sus frentes tirantes y el valle es una antorcha que se quema en el frío.

Los viejos sembradores, desteñidos, caducos empujan gravemente sus pasos y sus días.

El pan alza sus cantos en las chozas friolentas como un coro de ovejas al salir de la esquila.

En el campo tiritan la menta y el mastuerzo, el plumón de las gualas en la joya del Budi, el sol desmadejado, la selva y los arroyos, la potranca, el becerro, la anciana en sus crujidos.

La lluvia nos importa con sus pies de lechuza, con su carguío en brazos de un caminante equino, con su bastón de luma, con su pollera floja, con golpes circunspectos contra la nomeolvides.

Gritan como unos locos los padres rezagados, llamando a rempujones al rebelde potrillo.

El fuego arde llorando como resina tórrida, quejoso el horizonte bañado en un pistilo.

Cantadles a los hombres, trotona, risco, planta, verdura escandalosa, cordel, arado, alivio, enseñadles la magia para llegar al cielo, montando una raposa de velados suspiros.

La lluvia y sus terrores me traen tu recuerdo, tu garbo y tu sonrisa de mujer campesina, tus medianas caderas de cosecha en apuros y tu voz salmodiando las lavazas del día.

Te amo con el mal tiempo, quizás un poco menos, pero estarás conmigo en la tarde garrida.

La noche escrutadora se alargará en candelas y te irás nuevamente mientras muere la lluvia.

Grandemente originales y de forma marmórea son sus composiciones “El amo y sus perros”, “Cura de aldea”, “Los amigos”, “Diablo de azufre”, “Los gnomos”, “Las brujas” y “Las pipas”.

La poesía de Jorge Jobet cuenta con un amplio grupo de lectores escogidos, sobre todo en los niveles profesionales, artísticos y docentes del país y del extranjero. Ahora el poeta se encuentra en los Estados Unidos prosiguiendo sus estudios estéticos y sociológicos. Quiero citar, para cerrar estas notas, párrafos de la hermosa “Carta abierta a un poeta amigo”, que apareció en los diarios del norte con la firma del crítico literario Iván Robledo:

“Vengo a saludar al hombre, a compartir con el amigo el pan cotidiano de su cultura y a trazar las raíces de su ilimitado sur pluvial, para escanciarlo sin mezquindades, como solo él sabe hacerlo. Por eso os invito a que nos acerquemos a él. Escuchémosle fraternalmente. Fraternalmente sentémonos a su alrededor. Es tan simple y sencillo. Tiene la profundidad y la armazón añeja de las viejas encinas y líquenes, y se nos entrega en imágenes, como un joven potro rebelde. Tiene la sencillez de las pequeñas cosas y la grandeza de las pequeñas grandes cosas. A veces, en días como éstos, le he venido escuchando con su cristalina voz, que se me asemeja, en su diafanidad de contenido, a los claros y palpitantes ríos de Chile. A veces, en noches como ésta, se nos viene con la grandeza del viento galopando en la estrecha garganta del Valle de Elqui. Avanza y se detiene. Hábil buscador de hombres, paisajes y cosas va entregándonos la esencia profunda de ellos. La fuerza telúrica del terruño se agiganta y se agita en sus palabras. Y es por ello por lo que os digo, que para que este amigo nuestro, sencillo, afable, torrencial y multitudinario, que tiene, vive y siente como nosotros la enfermedad de esta hora —la enfermedad del espíritu— le sean abiertas todas las puertas del agradecimiento”.

Itinerario de una rebeldía[44]

[44] OCCIDENTE noviembre 1966 N°182

DESDE niño se enriqueció mi espíritu con tres cualidades profundas: un amor inagotable a la naturaleza, una pasión devoradora por la lectura, y una solidaridad inquebrantable con los humildes. ¿Cuáles fueron sus fuentes nutricias? El mágico contacto con la tierra de la Frontera (provincias de Malleco y Cautín); la influencia de mi padre, y una innata sensibilidad para comprender el sufrimiento humano, agudizada con la visión constante de la miseria de mis semejantes y el aguijón doloroso de la propia pobreza.

I

MI gusto por la naturaleza se alimentó en el incansable corretear por la extensa y hermosa llanura limitada al este por los macizos cordilleranos de Pemehue, Las Raíces y Nevada, donde se alzan los imponentes volcanes Tolhuaca, Lonquimay y Llaima, y al poniente por las serranías de Quechereguas-Adencul (noroeste), y las del Ñielol (suroeste). Forma el corazón del mapu y ahí residían grandes caciques araucanos, algunos de los cuales fueron mis amigos: Antilaf, Chicao, Huenuhueque, Lemunao, Montri, Nahuelcura, Quiñenao . . . En esas relaciones se afirmó mi invariable simpatía por la valerosa raza tan esquilmada y abandonada a pesar de los caudalosos discursos obligados sobre su heroísmo y su resistencia secular frente a las depredaciones de los huincas desalmados.

La comarca delimitada había sido pacificada en la década de 1880 e, inmediatamente, se dio comienzo a su colonización con elementos nacionales e inmigrantes europeos, sobre todo alemanes, franceses y suizos. Se transformó en una zona típicamente agropecuaria y maderera. Sus fértiles campos producían trigo y avena, con altísimos rendimientos, y sostenían una excelente crianza de vacunos, ovejunos y caballares. La explotación de la madera constituyó durante muchos años un rubro muy lucrativo por la abundancia y calidad de sus bosques inmensos. Las labores de siembra, cosecha y trilla; de capa, marca, esquila y rodeos de animales, señalaban los momentos culminantes de las faenas locales. La abundancia y variedad de pájaros permitía una frenética caza; y la actividad de aserraderos primitivos entregaba la madera para la construcción de las casas, fabricación de muebles y elaboración de durmientes utilizados en las vías férreas; el bosque quemado suministraba la leña, único combustible aceptado, y la masa imponente de los cierres de "palo a pique" para la separación de los diversos predios. En las aldeas se concentraban algunas casas de comercio, negocios de bebidas alcohólicas, talleres artesanales vinculados a las demandas del campo, y las grandes bodegas de cereales de los consorcios dedicados a la adquisición de las producciones de los pequeños y medianos propietarios, hijueleros y mapuches. En el verano los villorrios gozaban de una bulliciosa animación, con la llegada de miles de carretas repletas con sacos de trigo y avena.

Desperté a la vida en medio de ese ambiente agrario; mi infancia y adolescencia se desarrollaron en su seno, y mi ser espiritual quedó modelado en el amor a los trabajos agrícolas y ganaderos, al campo sureño y, en general, a la naturaleza. Rudas labores e incansables correrías en los veranos resplandecientes, por entre praderas de ondulantes trigales o de pastos impregnados con el delicioso perfume del poleo; o bajo los aguaceros y vendavales del invierno; contemplación de sus cielos

azules, sembrados de nubes blancas, deshechas y rehechas por el viento frío del sur, de buen tiempo, o el viento húmedo del norte portador de las grandes lluvias; paseos en las noches frescas, bajo una bóveda celeste intensamente estrellada, a través de suelos henchidos de luminosas "candelillas"; sencillas alegrías de una vida primitiva: bañarse en los raudales de los riachos lentos y transparentes de Quino, Perquenco y Quillén; montar a caballo, arrear animales, recoger avellanas, cóguiles, copihues, maqui, lleuques en los bosques; embelesado contacto con sus majestuosos y soberbios árboles, restos dispersos de la selva aborigen, y el canto melodioso, arrobador, de sus innumerables pájaros.

Al evocar el campo sureño lo asocio con sus faenas agrícolas y ganaderas; con sus hombres laboriosos y sufridos: criollos, gringos y mapuches; con sus cielos húmedos, sus aguas claras y sus pastos verdes; con el hechizo de sus árboles maravillosos y el canto alegre de sus pájaros. Recuerdo y me represento con nitidez asombrosa los montes, ya desaparecidos por la vandálica actitud del hombre, donde se apretaban los altos y frondosos robles pellines, y los robles jóvenes, hualles, cargados de digueñes; los corpulentos raulíes; laureles perfumados, crespos avellanos, lingues gigantescos, imponentes y elegantes coigües; lleuques y mañíos; ulmos de fragantes flores, delicia de las abejas; canelos y radales; maitenes de finas hojas; peumos y pataguas; boldos obscuros, de hojas medicinales, y notros de rojas y llameantes guirnaldas; arrayanes y temos, de flores blancas; lumas y pitras; maqui, de frutos negros y diminutos, dulcísimos; y en los faldeos cordilleranos el más hermoso y majestuoso de los árboles de la región araucana: el pino araucaria, enhiesto como gigantesco candelabro obscuro, guardador de los suculentos piñones, alimento de los mapuches y de quienes nos hemos criado en aquella ubérrima región. Siempre me he sentido fascinado por la belleza y el encanto de los árboles de mi país y por tal motivo su criminal exterminio, junto con provocarme la indignación más violenta, me causa una pena infinita. No puedo olvidar la impresión dolorosa de los aterradores incendios de extensas montañas en los veranos de la Frontera; y al atravesar superficies de muchos kilómetros de bosque quemado, el alma se me rebelaba de indignación y de impotencia. Millones de árboles calcinados, sin su ramaje, y más tarde por la acción del agua y del viento, limpios de su anillo negro, se volvían de color gris plateado . . . Todavía en el camino de Curacautín a Lonquimay se presencia el macabro espectáculo de los inmensos bosques de árboles-esqueletos, muertos y de pie, como se nos imaginan los paisajes de otros planetas . . . Y esta trágica e incomprensible barbarie se sigue cometiendo. En Malleco los bosques desaparecieron y sus tierras se erosionaron; en Cautín están en vía de extinguirse, y así sucede en las demás provincias sureñas. Es urgente reforestar, pero reponiendo las incomparables especies autóctonas . . .

Al susurro de los árboles se agrega el canto de sus pájaros. Los diáfanos y cristalinos "chiu, chiu" de las diucas; las líricas y armoniosas variaciones del zorzal; los arrullos de tórtolas y torcazas; el dulce canto y gorgeo del chincol; la loica, de rojo pecho y alegre canción; el jilguero con sus leves notas frescas; los chirigües con su pechera amarillo-verdosa; los diminutos chercanes, las tencas; en los campos cultivados la perdiz con su agudo silbido y veloz vuelo rasante; en los comienzos del otoño el paso de las bulliciosas e interminables bandadas de choroyes hacia los cordones pre-andinos en pos de los piñones; y en medio del concierto armonioso de los pájaros cantores, irrumpía el chillido destemplado del tiuque, ave útil por su afición a los dañinos "pololos verdes"; el áspero grito del queltehue, alerta y vigilante; el triste y monótono grito del fío-fío metido en el bosque . . .

Al cumplir los siete años de edad aprendí a leer en un silabario Matte e ingresé a la escuela rural de Perquenco y en ella hice cuatro años de estudios primarios. Manejamos como texto básico "El lector americano", del educador José Abelardo Núñez. Apenas aprendí a leer, una irresistible curiosidad me llevó a hojear las innumerables revistas y libros de una nutrida biblioteca de mi padre. Por influencia de sus conversaciones y relatos elegí pronto los volúmenes de Historia y de Geografía y años más tarde el sortilegio de sus charlas inagotables me llevaría a inclinarme por el estudio de las obras de ideas sociales y políticas. Muy

roso (los niños trabajaban tanto como los adultos y no podían concurrir a la escuela); mortalidad infantil aterradora (no se daba ninguna atención médica y ésta se reemplazaba por los servicios de algunos "componedores de huesos" y comadres yerbateras; en situaciones extraordinarias, si se contaba con recursos, se podía concurrir a los pueblos de Victoria, Traiguén o Lautaro, donde ejercían varios médicos, de espíritu magnánimo, humano, por lo que sus actos alcanzaban caracteres legendarios, narrándose sus actitudes generosas y sus aciertos profesionales junto a las hazañas de Pedro Urdemales u otros personajes de la mitología popular; recuerdo entre ellos a los doctores Montebruno, de Lautaro (hermano del profesor de Historia, don Julio Montebruno); doctor Zuleta, de Victoria; doctor Lynch, de Perquenco, en la época de florecimiento de esta aldea, en su plenitud agraria, famoso durante años por su abnegada labor, su desinterés, su distinción, y por su fin desgraciado, trágico: murió su esposa y su fallecimiento provocó una rotura definitiva en su mecanismo espiritual, abandonándose hasta extinguirse en la más increíble miseria, aislado, sin la menor ayuda de quienes recibieran sus atenciones y sus cuidados, en una despiadada demostración de ingratitud humana); desquite ciego y brutal de los adultos con los niños, dándoles palizas constantes, y de los varones, con sus mujeres, propinándoles pateaduras cobardes; y comportamiento salvaje con los animales, sus abnegados compañeros de trabajo, martirizándolos con sus garrochas dotadas de una afilada púa en el extremo, o con sus frenos y las afiladas rodajas de las espuelas . . . Era la brutalidad propia de la ignorancia, de la miseria, del alcoholismo, en una palabra, de la vida primitiva y bárbara, sin estímulo ni horizonte de mejoramiento.

En este medio semibárbaro, la estructura "democrática" de la nación funcionaba normalmente. La actividad política se desenvolvía por medio de pequeños núcleos ciudadanos de los partidos tradicionales, Conservador, Liberal, Radical y Demócrata, con sus respectivos caciques. Se animaban con ocasión de las elecciones periódicas y para realizarlas se abría una suculenta época de choclones, comilonas, componendas y discursos (los oradores eran "importados"). En el día de las elecciones se producían robos de urnas, falsificaciones de actas, asaltos a las casas de los personajes rivales, peleas de matones y asesinatos. A los ciudadanos electores se les encerraba en locales preparados; a veces, los corrales servían para tal efecto, donde se les festejaba con empanadas, asados y vino, amén de gratificárseles con una suma determinada de dinero. El cohecho alcanzaba proporciones inauditas y envolvía a todos los estratos de la ciudadanía. Algunos caudillos políticos regionales gozaron de fama épica y, tal vez, resumió sus cualidades y defectos don Augusto Smitmans, quien desde Los Sauces extendía su poder por todo Malleco. Fue un hombre valeroso; se colocaba al frente de sus hombres para librar enconadas batallas con sus rivales; actuaba movido por una pasión avasalladora por la lucha política local, fundada en la hombría, en la fidelidad personal y caudillesca, no en doctrinas, programas o principios; no extrajo beneficio de la política, y por el contrario, gastó parte de su fortuna de gran agricultor en levantar y hacer triunfar amigos y, por último, en conquistar él mismo un sillón parlamentario. Poseía la estampa del señor feudal convencional: alto y recio, rubio, ojos azules, sólido para los "combos" y experto tirador; en general, su presencia y su trato eran agradables y leal a carta cabal con sus amigos y adeptos. Lo recuerdo con afecto y evoco con precisión su figura, pues en muchas ocasiones lo divisé en los períodos eleccionarios y, también, durante algunos años mantuvo estrechas relaciones con mi padre y otros "gabachos".

El papel de las autoridades se reducía a proteger los intereses de los poderosos. El subdelegado, el comandante de la policía (los "pacos" de uniforme azul y largo sable, o "charrasca"), el oficial de registro civil, los miembros de la Ilustre Municipalidad, los directores de escuelas públicas y el cura actuaban de común acuerdo, un tantico envanecidos con la importancia de sus cargos. Estaban obligados a respetar las decisiones de los grandes hacendados (quienes permanecían la mayor parte del tiempo en la capital o en Concepción y, entonces, sus fundos quedaban en manos de ávidos y arbitrarios mayordomos; sólo unos pocos residían en sus haciendas y, generalmente, eran lugareños enriquecidos, sórdidos

niño conocí en sus más amplios detalles la historia de Francia y de Chile. Las obras de Guizot, Michelet, Quinet, Thierry, Thiers, los manuales de Duruy y de Seignobos, me fueron familiares; la "Geografía Universal", de Eliseo y Onésimo Reclus la devoré deslumbrado; los volúmenes de Barros Arana y Vicuña Mackenna; la "Historia de la Guerra del Pacífico", de Gonzalo Bulnes, y la "Historia de la civilización de la Araucanía", de Tomás Guevara, los releí varias veces. Al mismo tiempo absorbía con deleite y emoción las aventuras interminables de los tomos de Emilio Salgari, Julio Verne, Maurice Leblanc, Alejandro Dumas, Walter Scott, Enrique Sienckiewicz y Fenimore Cooper. Una influencia extraordinaria ejerció en mi apetito literario una edición de "El Quijote", en gran tamaño, ilustrada de manera portentosa por Gustavo Doré. Desde entonces se transformó en una de mis obras favoritas.

También gusté tempranamente los artículos de Jotabeche y "Recuerdos del Pasado", de Vicente Pérez Rosales, en dos magníficos volúmenes de empastadura azul, de la Biblioteca de Escritores de Chile; los relatos militares de Daniel Riquelme; los cuentos mineros de Baldomero Lillo . . . En poesía leí constantemente un ejemplar de "Selva Lírica", dedicado a mi padre por sus autores, quienes fueron sus amigos en Santiago; y más tarde, la antología de Armando Donoso. Estas desordenadas y voraces lecturas ensancharon mi espíritu e hicieron desbordarse mi imaginación y, al mismo tiempo, debilitaron la ambición y sentido de la aventura que pude poseer llevándome al ensueño y a cierta indolencia de carácter, con un invencible agrado por la soledad y el sedentarismo contemplativo, con los cuales he debido luchar tenazmente a lo largo de toda mi existencia. La lectura pasó a ser mi vicio absorbente, un rito insaciable, que ha dado gozo, luz y satisfacción completos a mi alma. En los momentos de desfallecimiento, de derrota o tristeza, por los azares y fracasos de una vida humilde, a menudo desamparada, el estudio y la lectura me salvaron, reconfortaron mi espíritu y me permitieron superar el peligroso tedium-vitae.

Mi vida de niño fue ruda, porque junto a mis estudios primarios y secundarios tuve difíciles responsabilidades de trabajo. Soporté padecimientos demasiado duros para mi edad; mis alegrías se mezclaron a hondas angustias y realicé esfuerzos desmedidos para sacar coraje y valor de un organismo débil y de un espíritu vacilante. En el desempeño de mis labores de niño campesino experimenté graves accidentes: fracturas, roturas, quemaduras . . . reuniendo en mi cuerpo una impresionante cantidad de cicatrices. Por otra parte, prematuramente entré en contacto directo con la crueldad y miseria humanas, con la desigualdad e injusticia sociales. La vida cotidiana "normal" estaba tejida en un grueso cañamazo de animalidad, pobreza, resignación y estallidos repentinos de violencia. Por todas partes atraso, alcoholismo, ignorancia y contrastes hirientes . . . Engaño y robo a los mapuches (los hacían firmar unos contratos impresos, a cambio de vino, y luego los ejecutaban, trabando embargos sobre sus cosechas, ovejas, tierras; los acreedores acompañados de la fuerza pública atacaban las reducciones y se armaban campales contiendas con muertos y heridos); explotación inmisericorde de inquilinos y peones (no era un cuadro demagógico cuando se anotaba en los discursos políticos las distintas "formas de vida" de los inquilinos y los animales seleccionados en las haciendas; mientras éstos, caballares finos, ovejas escogidas, vacas normandas y holandesas lecheras, poseían establos abrigados, con alimento especial, bien aseados y cuidados con personal especializado para atenderlos, los inquilinos vegetaban en condiciones inhumanas, en chozas destartaladas, vistiendo harapos, sin calzado y mal alimentados; los peones ambulantes, o trabajadores estacionales, raídos, con ojotas, un saco al hombro y su hechona, se contrataban para cortar trigo y avena, en una jornada de sol a sol, por un reducido salario y la comida; a menudo llegaban hasta la casa de mi padre en su período de juez local a pedirle su intervención ante el hacendado para conseguirle el aumento de algunos centavos en el salario, o para obtener aliño en su comida, pues los porotos se los daban cocidos sin manteca; o un mayor margen en el descanso de mediodía para almorzar, descabezar una pequeña siesta y recuperar fuerzas); frecuentes salteos, con asesinatos y violaciones; alcoholismo desenfrenado con una espantosa secuela de riñas feroces (cada casa modesta era una cantina disimulada); analfabetismo pavo-

y atrasados, ignorantes y despiadados); a servir los negocios e intereses de los comerciantes acomodados, dueños de grandes tiendas-arcas de Noé, prestamistas (compras en verde), usureros que lentamente adquirían valiosas tierras a costa de los pequeños propietarios y de los mapuches, y algunos se transformaban en terratenientes (las víctimas predilectas eran los mapuches, enviciados y holgazanes, al margen de la "civilización" con muy raras y honorables excepciones. A través del estímulo de su alcoholización los engañaban y despojaban de sus tierras; los empobrecían y aniquilaban). Asimismo cautelaban los cuantiosos intereses de las grandes firmas comerciales nacionales y extranjeras, poseedoras de enormes bodegas en el recinto de la estación de los ferrocarriles para guardar los cereales adquiridos a los agricultores medianos y modestos de la extensa zona: Compañía Molinera "El Globo", "Compañía de Buques y Maderas", "Sáenz y Terpelle", "Compañía Maderera Malvoa", "Williamson Balfour", "Duncan Fox" y "Gibbs".

Un pequeño mundo aparte lo constituía una importante capa de medianos propietarios, laboriosos y con bastante holgura, descendientes de los colonos europeos, y acomodados después de un largo y tesonero esfuerzo y un fuerte sentido de responsabilidad, austeridad y ahorro. En cambio, un considerable número de hijueleros, pequeños propietarios, casi siempre colonos criollos, tenaces y desordenados, vivían mal, en constante agobio, endeudados con las casas exportadoras o los molinos; sin ayuda ni orientación, derrochaban energías sin resultado lucrativo y, en definitiva, resultaban esquilmados.

En resumen, la vida corriente consistía para la enorme mayoría de la población en vegetar bestialmente sin sentido ni destino; y sólo una pequeña minoría gozaba de las comodidades y del bienestar de la civilización, porque acaparaba la riqueza, el producto del trabajo agobiador de miles de seres humildes y primitivos.

Mis propios sufrimientos, la repercusión de las estrecheces de mi familia, y la observación cotidiana obligada de la existencia misérrima, penosa, increíblemente angustiada de la casi totalidad de los aldeanos, campesinos y mapuches, crearon en mi inteligencia y en mi sensibilidad, un sedimento de amargura y descontento ante la brutalidad de la injusticia, un sentimiento poderoso de solidaridad con el expoliado y el pobre y, a la vez, con el conocimiento, la lectura y mi temprana madurez intelectual se me formó un fuerte espíritu de rebeldía contra el orden imperante y de lucha contra la explotación y opresión predominantes, vertiente de mi posterior posición socialista y de mi ingreso al movimiento revolucionario.

II

DESPUES de cursar cuatro años de escuela rural, en Perquenco (1919-1922), ingresé al Liceo de Hombres de Temuco para hacer mis seis años de humanidades, entre 1923 y 1928.

En esta época el Liceo de Temuco atravesaba uno de sus períodos más brillantes, y tuve un equipo de profesores extraordinarios por su saber, calidad humana y espíritu educador. Fui un alumno excepcional en Historia, Educación Cívica y Literatura; bueno en Ciencias Naturales y Biología, Francés e Inglés y Filosofía; malo en Matemáticas, Física y ramos técnicos; activo en Gimnasia, por mi afición entusiasta al foot-ball y al basket-ball. Mis profesores fueron: en Historia, Gustavo Labatut (más tarde catedrático de Derecho Penal en la Universidad de Chile); en Francés, mi tío Roberto Jobet Angevin y en el año final Oscar Vera Lamparein (en la actualidad, uno de los más brillantes expertos en asuntos de planeamiento educacional); en Inglés, Osvaldo Latorre Pizarro y Antonio Zamorano Baier (buen escritor); en Castellano, Víctor Hernández Concha, Inspector General del establecimiento, y Hermógenes Astudillo Herrera (recientemente jubilado como rector del Liceo Manuel Barros Borgoño); en Educación Cívica, Pedro Enrique Alfonso, (posteriormente parlamentario, ministro y candidato a la presidencia de la República); en Filosofía, Astudillo y Vera; en Ciencias Naturales, Rodolfo Poblete Navarro; en Biología, Anita López; en Química, Gertrudis Turke; en Matemáticas y Física, Esteban Doña y Carlos Morales; en los ramos técnicos: Manuel Manquilef (en un período diputado por Temuco); Fernando Navarrete Lira, Ma-

nuel Maza Seguel, Cicerón Monsalves, Felimer Riffo, Max Neumann, Miguel Maraboli Letelier y Carlos Oyarzún Peña . . . La cultura e inteligencia sobresalientes en la mayoría de estos maestros, les permitía superar la rigidez y el recargo de los programas y mitigar el carácter exclusivamente humanista-intelectualista de la enseñanza, desvinculada de la realidad nacional, de sus reales necesidades y exigencias. Abrumaba el predominio de lo formal, clásico y extranjero, con abuso del método memorístico. La carencia de laboratorios y útiles tornaba en simple ejercicio de memoria la enseñanza de Biología, Química y Física. En la sección de los ramos humanistas agobiaba el exceso de historia y literatura europeas. En segundo ciclo, por ejemplo, no estudié nada de historia de América y de Chile; ni de Geografía de América y de Chile; y nada de literatura latinoamericana y chilena. Este vacío lo salvamos en parte, respecto de la literatura americana y chilena, por la atinada obligación impuesta por nuestro profesor Hermógenes Astudillo, de leernos los suplementos dominicales de "El Mercurio" y "La Nación", y recortar los artículos críticos de Omer Emeth y Alone. De todos modos, mientras estudiábamos a fondo las literaturas española, francesa e inglesa, no se nos daba ni la menor información sobre Bello, Sarmiento, Hostos, Montalvo, Martí, Rodó, Lastarria, Ingenieros, Valentín Letelier, Mariátegui... Mientras nos sabíamos a fondo la antigüedad greco-latina, la mitología griega, las guerras médicas y púnicas, las campañas de Alejandro y Julio César, las Cruzadas, la guerra de cien años, etc., no teníamos ni la más pequeña idea de la historia contemporánea: revolución rusa y mejicana, expansión colonial de los grandes países europeos, aparición del fascismo, situación de los continentes asiático y africano; realidad de América Latina; y no se hacía ninguna alusión a la existencia socio-económica y política de Chile, a pesar de los golpes militares y del comienzo de la dictadura de Ibáñez . . . Por residir en Cautín, región con características propias, con la presencia cotidiana de los mapuches, se nos podía haber analizado algo de su historia, economía, geografía, pero nada se nos informó como si fuéramos extraños a nuestra propia comarca. En Biología fui un excelente alumno, porque amaba el ramo, considerándolo una prolongación de las ciencias naturales (zoología y botánica), en cuyo estudio me destaqué; pero mi profesora, mujer culta y simpática, no pudo abordar, por razones obvias, los aspectos relacionados con nuestras inquietudes adolescentes y los problemas del despertar sexual; en Química sacaba buenas notas cuando me aprendía de memoria las lecciones y si me daba flojera hacerlo, no. En sexto año salí mal porque me negué a memorizar el grueso volumen de química orgánica.

Las diversas asignaturas estaban separadas y ajenas unas de otras; cada profesor consideraba a la suya aisladamente y de una importancia exagerada, como si sólo ella existiera; cada ramo se desarrollaba sin relación con los demás, por lo cual se repetían materias o no se complementaban en una armoniosa y beneficiosa conexión de conjunto. En general, la enseñanza se encontraba imbuída de un liberalismo cosmopolita aliado a las muchas concesiones exigidas por la religión católica, divorciada de los problemas de la época y del medio chileno, (época de dominio de una oligarquía plutocrática, privada de toda sensibilidad social y de toda grandeza cívica, cerradamente egoísta y ciega en la defensa de sus desmesurados privilegios, a costa de la miseria de las multitudes laboriosas, de la entrega del país a los monopolios extranjeros y del atraso de la nación no obstante su fachada democrática). Individualismo egoísta, espíritu competitivo y desnacionalizado; admiración por todo lo extranjero; apego a lo formal, a la letra de los textos con marcado descuido por la vida real y lo concreto; y evidente menosprecio del espíritu de renovación y progreso, de solidaridad social y humana, de cooperación y servicio, eran las características más resaltantes de la enseñanza secundaria de mi tiempo.

Junto a la docencia oficial tuve la suerte de recibir una impresión saludable para la fecunda formación de mi personalidad, a través de la amistad estimulante y cordial de algunos de mis profesores, dotados de espíritu crítico y creador, y con quienes departí más allá de las clases, como Osvaldo Latorre, mi tío Roberto Jobet Angevin, Miguel Maraboli Letelier, Hermógenes Astudillo, An-

tonio Zamorano Baier y Oscar Vera Lamperein. Ellos, con sus charlas libres de los barrotes de los programas obligatorios, me presentaron otros aspectos del conocimiento y de la cultura, y sus valiosas orientaciones me abrieron horizontes insospechados y ensancharon mi espíritu.

Por eso, no obstante los defectos señalados, la influencia de la enseñanza recibida en el liceo y la labor formativa de mis maestros fueron decisivas en mi desarrollo intelectual, dotándome de sólidos y variados conocimientos; en la elección de mi destino profesional y de mis inclinaciones ideológicas; en la comprensión democrática de la sociedad y de la vida, y en la adopción de una actitud de búsqueda de la verdad, crítica y renovadora.

En esa época liceana, correspondiente a la adolescencia, de formación intelectual y de afinación espiritual y ética a través de las lecciones de brillantes maestros; en comunión con las normas de nuestros hogares y la influencia de la convivencia cotidiana con un crecido número de muchachos de la más diversa índole, se anudan amistades y compañerismos de incalculables consecuencias para nuestros destinos. El estudio, la práctica de los deportes, las primeras diversiones y las nacientes inquietudes literarias estrechan lazos perdurables y conforman una fuente inagotable de anhelos y sentimientos y de recuerdos inextinguibles, y frente a la cual constantemente nos asomamos a lo largo de nuestra trayectoria humana, con nostalgia y simpatía. Siempre experimento una alegría profunda al encontrarme con mis condiscípulos, (profesionales, miembros de las Fuerzas Armadas, empleados, hombres de negocios, literatos y artistas, y otros sencillamente fracasados y derrotados, anónimos). Aunque muchos de los mejores se separaron de mi trato regular por hondas divergencias políticas, su presencia fugaz y el intercambio de algunas noticias triviales, me conmueven. Es que llevo la indeleble marca de su amistad espontánea y pura en aquellos luminosos años liceanos...

Una resonancia refleja, de alta trascendencia para mis predilecciones culturales la tuvo la naciente y rápida tradición literaria del liceo de hombres de Temuco. Cuando ingresé, en 1923, repercutía entre los profesores y los alumnos de los cursos superiores con aficiones poéticas, el éxito logrado en Santiago por quién llegaría a ser su máxima celebridad: Neftalí Reyes Basualto, o Pablo Neruda. Se había dado a conocer recién llegado a la metrópoli con un triunfo sonoro en un concurso de poesía a raíz de las fiestas primaverales, y en ese año de 1923 apareció su volumen "Crepusculario", punto inicial señero de su portentosa creación poética. Daniel Belmar, el futuro gran novelista, Oscar Escobar Zapata, con el tiempo profesor de castellano, y Gerardo Seguel, más tarde poeta y ensayista, se afanaban entonces por sacar a luz una revista, estimulados por el ejemplo y el triunfo de Pablo Neruda. Y desde aquella época el liceo de hombres de Temuco brillará por la cantidad notable de profesionales de gran jerarquía y de escritores distinguidos modelados en sus aulas. Junto a hombres de ciencia como los médicos Héctor y Raúl Croxatti Rezzio, y catedráticos y ensayistas como Norberto Pinilla y Oscar Vera, se extiende la impresionante lista de poetas, novelistas e investigadores literarios: además de Pablo Neruda, Premio Nacional de Literatura en 1945; Juvencio Valle, Premio Nacional de Literatura, 1966; Gerardo Seguel, Daniel Belmar, Armando Benavente (Pablo de Alón), Aldo Torres Púa, Francisco Santana, Carlos Poblete, Mario Osses, Jorge Jobet (Claudio Indo), Teófilo Cid, Carlos Godoy Silva, Julio Durán Cerda, Gonzalo Mera, Oscar Weinberg Sánchez, Altenor Guerrero, Germán Sepúlveda, Briones Toledo, Alfonso Calderón, Luis Vulliamy...

La tradición literaria del liceo de hombres de Temuco ha ejercido una fuerte gravitación en mi sensibilidad y en mis inquietudes intelectuales hasta llevarme a colaborar en los diarios de Temuco, ("La Frontera", "El Sur" y, sobre todo, en "El Diario Austral"), en cuyas páginas al lado de esporádicos aportes, durante tres años (1945-1948), estuve a cargo de una información literaria. Y también llegué a participar en la publicación de una pequeña revista: "Travesía", junto a Gustavo Muñoz, Sofanor Vidal, Altenor Guerrero y Augusto Lied.

Del liceo de hombres de Temuco pasé a la Universidad de Chile. Aquí terminé de forjar mi personalidad intelectual, con una mayor suma de conocimientos, con una carrera profesional y, por sobre to-

do, con la adquisición de los elementos metodológicos indispensables para proseguir investigando y estudiando por mi cuenta. En mi etapa universitaria, además, agregué a mi ser una profunda inquietud social y un interés especial por la lucha política, tanto desde el plano teórico-científico como por la participación directa en las luchas de 1930-1934. Formé parte de la juventud universitaria surgida al primer plano de la actividad pública en 1930, en lucha abierta contra la tiranía del general Carlos Ibáñez del Campo. Contribuyó a su caída con un fuerte bagaje de generosidad y entusiasmo, como vanguardia abnegada del descontento nacional cristalizado en un movimiento unánime de insurgencia ciudadana, triunfante el 26 de julio de 1931. Un sector de esa juventud participó en las grandes pugnas sociales de 1931-32, a raíz de las cuales se constituyeron nuevas agrupaciones políticas y, entre ellas, el Partido Socialista, en cuyas filas se incorporó un fogueado sector de aquella generación. Y entre sus elementos yo fuí uno de quienes respondió a su toma de posición política y de lucha sin tregua por imponer un nuevo régimen económico-social y político en Chile.

III

CUANDO ingresé al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, con el propósito de estudiar Historia y Francés, en marzo de 1929, nuestro país vivía bajo la tiranía de Carlos Ibáñez del Campo. La sociedad entera yacía envuelta en una extraña situación. En las distintas regiones del país, grandes obras públicas modernizaban su tosca superficie, daban trabajo bien remunerado y mantenían tranquila a la población. La vida, en general, era barata. El ambiente material aparecía próspero y brillante. Algunos sectores gozaban de un trato excepcional. Las fuerzas armadas y policiales poseían privilegios especiales, por cuanto constituían el principal sostén del régimen; la burocracia bien rentada y soberbia, crecía de manera sorprendente y hacia ella se orientaban las aspiraciones de una juventud ambiciosa y optimista, segura de encontrar cargos elevados y remunerativos. La penetración caudalosa del capital imperialista norteamericano desarrollaba las industrias extractivas y, al mismo tiempo, permitía un margen de industrialización en los sectores livianos, dando origen a una burguesía nativa, intermediaria del imperialismo, bastante considerable. Los estratos tradicionales, latifundistas, altos comerciantes y financistas, vegetaban seguros y con mayores negocios, a la sombra de la penetración imperialista, beneficiándose con ella y ayudándola. De tal manera, además, aseguraban el mantenimiento intacto de las atrasadas formas de explotación del campo y no se inquietaban por el desenvolvimiento de una industria pesada nacional. El país experimentaba una evidente evolución, pero, desgraciadamente, sólo afectaba su exterior, su piel; por dentro, en el fondo, continuaban el atraso y la explotación primitiva.

Si eran ciertos el avance material y el dinamismo técnico-financiero del país, el espíritu de la ciudadanía, en cambio, en su casi totalidad, sufría, en lo íntimo, un sentimiento de malestar, una secreta angustia deprimente. Detrás del desarrollo material del amplio ritmo de las obras públicas, se advertían empréstitos enormes comprometedores del porvenir; ostentosos derroches e inmoralidades insultantes. Era evidente una corrupción generalizada, únicamente mitigada o sofocada apenas por la dictadura. Pero lo principal y más grave en esta realidad, lo constituía la tiranía. La existencia de un poder omnímodo y arbitrario frente al cual no era posible ejercer ningún derecho; donde el ciudadano carecía de toda seguridad y defensa, envenenaba la atmósfera nacional y producía un marasmo cívico doloroso y lamentable. La falta de libertad pesaba agobiadoramente en todos los espíritus y en las diversas actividades, aplastando la vida política y espiritual de los individuos y de la colectividad. El temor generalizado impedía la vigencia de la espontaneidad creadora o, simplemente, del intercambio corriente y natural, entorpeciendo hasta las simples relaciones cotidianas de amistad o convivencia. La desconfianza ante las infidencias de soplones o adversarios, paniaguados del régimen, ponía una nota de inquietud y sospecha permanentes. Las modestas relaciones diarias, de trabajo, oficina o conversación, resultaban un peligroso juego en el cual se consumía una considerable energía nerviosa, por la

cautela, el recelo y el temor. Nadie se atrevía a expresar sus sentimientos profundos, sus opiniones sinceras y, a la vez, se debía soportar en silencio, o con una sonrisa cómplice, la satisfacción y soberbia de la minoría adepta al régimen, usufructuaria de sus prebendas y sinecuras a costa del patrimonio nacional y de la libertad de sus habitantes. Los favoritos de la dictadura se pavoneaban ufanos e insolentes, en actitud de provocadores o de perdonavidas.

El gobierno y sus partidarios sufrieron una sorpresiva advertencia de repudio a sus dilatados desmanes a mediados de 1930 cuando se desataron los primeros movimientos estudiantiles, de protesta contra el régimen vigente. Aunque fueron sofocados con cierta rapidez, lograron remover a la opinión pública y durante varios días, en los diversos hogares capitalinos, se comentaron con acritud los abusos de la tiranía. Los plumíferos a sueldo de la Moneda tuvieron conceptos despectivos para los muchachos universitarios; calificaron sus ruidosas asonadas como manifestaciones y rebeldías de jóvenes irresponsables, sin raíces en la conciencia ciudadana. Y la relativa indiferencia demostrada por ésta a lo largo del país, ratificaba en cierto modo su juicio optimista. Más, en seguida, como una ola devastadora cayó sobre la economía del país y las finanzas del régimen la peor crisis del sistema capitalista, provocando la bancarrota del gobierno.

En el ambiente descrito iniciamos, en 1929, nuestros estudios en el Instituto Pedagógico y entramos a leer con entusiasmo las publicaciones de la Revista de Occidente y, por supuesto, las de su animador, el insigne pensador José Ortega y Gasset. Sus diversos ensayos, en especial "El tema de nuestro tiempo" y "La rebelión de las masas", los comentábamos con entusiasmo. Al mismo tiempo escuchábamos conferencias eruditas sobre las teorías de Einstein y las doctrinas de Bergson; el análisis del pensamiento económico de Sombart, o las nuevas posiciones en arte y literatura. Los alumnos del departamento de Historia debíamos consultar y extractar los diversos volúmenes de las colecciones francesas "La evolución de la Humanidad", dirigida por Henri Berr; "Pueblos y Civilizaciones", de Louis Halphen y Phillippe Sagnac; la "Historia Universal" de la Universidad de Cambridge; la sintética y magistral "Historia Universal" dirigida por Walter Goetz; las geografías universales de Granger-Dantin Cereceda y de Vidal Lablache; revisar y anotar la eruditísima "Raccolta Colombina", de Cesare de Lollis y la colección de viajes de Navarrete; las obras de Barros Arana y José Toribio Medina...

El conjunto de profesores del departamento de Historia era notable: don Luis Alberto Puga Rojas, en Geografía Universal e Historia de América, macizo y erudito, expositor claro y vigoroso; amenísimo en la cátedra de Geografía; severo y difícil en historia documental de América; en todo momento cortés y fino para responder a las consultas; ingenioso y, no obstante, su exterior seco y atemorizador, poseía una gran simpatía y delicadeza; en Historia universal, don Eugenio Pereira Salas, joven, estudioso, trataba su vasta materia en forma ordenada y sistemática; muy gentil y distinguido, siempre atento para solucionar nuestras dificultades; y don Juan Gómez Millas, culto e inquieto, constantemente preocupado de conocer y exponer las últimas investigaciones e hipótesis sobre las grandes civilizaciones; estimulador del interés de sus alumnos y guía cordial en sus estudios; en Historia de Chile, don Luis Galdames, amable y risueño, mientras hablaba confeccionaba sus cigarrillos y una chispa maliciosa brillaba en sus ojos; erudito y anecdótico, con una extensa y sólida cultura histórica y sociológica; en Prehistoria americana, don Guillermo Feliú Cruz, joven y erudito, iniciaba su inmensa obra de investigación y exposición sobre la historia americana y chilena; en Geología, don Juan Brüggen, sabio alemán radicado en Chile, profesor de la más alta categoría por su saber, originalidad y espíritu científico.

En los ramos generales, Pedro León Loyola, y Adolfo Meyer, en Filosofía; Guillermo Mann y Waldemar Voigt en Pedagogía y Metodología; Darío E. Salas, en Historia de la Pedagogía; Luis Tirapeguy, en Psicología, y el abogado don Pedro Daza, en Educación Cívica. En esos ramos leíamos y extractábamos innumerables libros especializados, pero los que a mí me agradaron y todavía consulto con placer son las historias de la filosofía y de la pedagogía de Janet-Seailles,

Fouillée, Bréhier, Messer, Monroe, Vorlander y Wickert.

En los dos años de francés fuí discípulo de las distinguidas profesoras Madame Mazzini, en gramática; y madame Ronzier, en práctica del idioma; y de don Julio Saavedra Molina y Bernardo Salinas, en Literatura y Fonética, respectivamente. Ambos habían sido compañeros de estudios en el Instituto Pedagógico de mi tío Roberto Jobet Angevin y guardaban un recuerdo gratísimo por su compañerismo y su francés purísimo. Más tarde ambos vivieron muchos años en Francia; su dominio del francés llegó a ser completo y su cultura literaria inmensa. Conversé muchas veces con Bernardo Salinas, cuyas gentileza y simpatía atraían profundamente. En actos íntimos de los alumnos del departamento de francés participaba con alegría parisiense y cantaba emotivas canciones galas con mucha gracia y donaire. De don Julio Saavedra Molina recuerdo siempre un curso extraordinario sobre Anatole France, abarcándolo en sus diversos aspectos y relacionándolo con las corrientes novelísticas, poéticas y de crítica literaria de su época.

Por sobre las clases sistemáticas y la inmensa cantidad de autores consultados para cumplir con nuestras obligaciones de estudiantes, tres pensadores monumentales cautivaron nuestra atención. Ellos fueron Spengler, Freud y Marx.

El sombrío filósofo de la historia, Oswald Spengler gozaba de alto prestigio. El catedrático Guillermo Mann, y director del Instituto Pedagógico, en sus clases sobre las corrientes filosóficas y culturales contemporáneas, entregaba un buen esquema de las concepciones spenglerianas. El profesor de filosofía, Pedro León Loyola, inspiraba y orientaba ciclos de conferencias en los cuales se examinaban aspectos novedosos de las teorías filosóficas en boga. En los dos primeros años se analizaron el intuicionismo de Bergson, las teorías de Levy-Bruhl sobre la mentalidad primitiva; las de Emile Durkheim sobre los orígenes de la religión; algunas de las facetas de la obra magna de Spengler, "La decadencia de Occidente"; aspectos de las teorías de Freud, y alcances de la concepción materialista de la historia de Marx, con su correspondiente aplicación al conocimiento e interpretación de determinados períodos históricos.

A esas reuniones concurría un numeroso y entusiasta contingente de estudiantes de las distintas asignaturas, catedráticos y público variado. Una vez terminadas las conferencias se abría debate y se desataban enconadas polémicas. Estas continuaban ruidosas en el seno de la masa estudiantil asistente, en las clases, en los recreos, en los lugares de estudio o en los bancos de la Alameda de las Delicias, en el trozo ubicado entre las Avenidas Brasil y Cumming, donde recibíamos deleitosamente el sol en los meses de otoño y gozábamos la refrescante sombra de las dobles hileras de plátanos orientales en primavera. Don Pedro León Loyola no ocultaba su agrado cuando se rebatía al obscuro pensador, porque no era spengleriano, y desde su trono greco-francés miraba con desconfianza y desapego, y con un tanto de sorna, al caudaloso y apocalíptico filósofo, con más de profeta que de pensador. Con el profesor Loyola recibíamos elocuentes y vibrantes enseñanzas de la filosofía griega e influía en nuestro pensamiento. Heráclito, Sócrates, Pitágoras, Platón, Aristóteles, Plotino . . . nos eran familiares. Nuestro racionalismo se entronca en gran parte, a sus clases sobre la filosofía griega. Según Sócrates cada individuo tiene que encontrar su propio camino y la verdad sólo puede ser alcanzada por un proceso dialéctico de preguntas y respuestas. La concepción griega de la dialéctica está en manifiesta contradicción con cualquier tipo de verdad revelada. He aquí una de las vertientes de nuestra posición filosófica. En lo hondo de nuestro ser se encuentra una llama socrático-platoniana. Platón aceptó la tesis socrática de que la felicidad es el fin supremo de toda alma humana, pero buscar la felicidad no es buscar el placer. Para Platón felicidad, o eudaimonía, significa libertad interior; una libertad no dependiente de circunstancias accidentales y externas, sino de la armonía, de la "debida proporción" en el propio ser del hombre. Esta idea se nos afirmó con el trato de los filósofos franceses del siglo XVIII.

Los alumnos de Historia nos interesamos en forma más directa, por las doctrinas spenglerianas. Spengler provocó una impresión profunda en varios escri-

tores nacionales y su huella se advierte en los trabajos del historiador Alberto Edwards. Le había dedicado un extenso ensayo analítico, uno de los mejores en lengua castellana, según los entendidos, en la revista "Atenea", en 1925 y a continuación aplicó sus conceptos y su terminología en su principal obra: "La Fronda Aristocrática", aparecida en 1928. Este libro poseía un gran prestigio y era la producción histórica de actualidad. El autor, además, se encontraba sujeto a severas críticas por ser el rapsoda del gobierno fuerte, del "estado en forma", y, concretamente, por su defensa de la dictadura de Ibáñez. Formaba parte de su equipo dirigente en calidad de brillante funcionario y en un importante período desempeñó el Ministerio de Educación. Leíamos y subrayábamos con generosidad las deslumbrantes consideraciones del escritor teutón. El juicio de Ortega y Gasset para quien la obra de Spengler era sin disputa "la peripecia intelectual más estruendosa de los últimos años", resultaba de una gran exactitud. La hermosa edición, en 4 volúmenes, en esmerada traducción de Manuel García Morente, a pesar de su alto valor monetario, era frecuente encontrarla en manos de los estudiantes de ese período. Su lectura causó honda impresión; sus teorías, sus observaciones inesperadas; su terminología tan particular y sus profecías audaces, todo resultaba novedoso y sorprendente.

Quienes resistían el sortilegio del pensador le criticaban su intento de destruir la confianza en una historia científica. Según Spengler, nuestro conocimiento capta en imágenes inmóviles el mundo que nos rodea, en constante devenir, lo cual impide aprehenderlo como historia. La realidad de la historia puede ser cogida, entonces, sólo mediante la intuición. Aunque no le asigna a la intuición el carácter de método único del conocimiento le concede una primacía evidente. De ahí su afirmación rotunda de que en su obra "se acomete por vez primera el intento de predecir la historia". Así pretende explicar el pasado y el futuro en virtud de un sentido intuitivo y de una inspiración y revelación propias de poeta. (Más tarde con su obra "Prusianismo y Socialismo" suministró elementos de apoyo al fascismo, y su obra en conjunto llegó a ser una bandera del nacional-socialismo. El Occidente estaba en decadencia; correspondía a los nazis su conquista para la raza germánica, raza superior de la cual eran sus representantes, con el fin de crear un milenio de nueva vida).

Si Spengler, en el plano de la Historia, provocaba las más hondas inquietudes, en el dominio de la Psicología, el sabio vienés Sigmund Freud nos entregaba un mensaje nuevo y sobrecogedor. Su visión de la naturaleza humana constituía para nosotros un mundo fascinante. Freud ejerció, también, un poder ilimitado sobre la juventud de mi época. En las conversaciones se discutían sus ideas y los vocablos puestos en boga por él y sus discípulos se utilizaban con exceso. Era frecuente oir en los diálogos corrientes y en las disputas estudiantiles las palabras "complejo", "inhibición", "trauma", "subconsciente", "líbido", y otras usuales de la terminología del sabio austríaco, y de sus discípulos Adler y Jung. Leíamos las obras del maestro y las de sus seguidores, y diversos estudios sobre el conjunto de las doctrinas del psicoanálisis, como las de Hesnard, Mira y otros. Asimismo entramos a preocuparnos por todo lo relacionado con los problemas sexuales y estudiamos las obras de Bloch, Forel y Marañón.

El lenguaje en aquellos años era muy freudiano-spengleriano. Spengler conquistó una adhesión especial. En el plano político influyó en sectores nacionalistas de bastante actividad a partir de 1930 en adelante. En cambio, el favor dispensado a Freud decayó, conservándose entre los especialistas y en algunos reducidos círculos intelectuales. Pero la gravedad de la crisis de 1930, que nos golpeó en forma directa y trastornante, y la lucha contra la tiranía de Ibáñez, en 1931, hasta provocar su derrumbe, abriéndose en el país una etapa de convulsiones sociales y anhelos de reformas económicas y políticas, desplazaron del campo de las inquietudes ideológicas de la mayoría de la juventud, la gravitación de los dos grandes pensadores, siendo reemplazados por una adhesión fervorosa a las mesiánicas teorías de Marx-Engels-Lenin. No sólo se estudiaron y exaltaron las doctrinas de Marx; al mismo tiempo se las vincularon con el triunfo de la revolución rusa encabezada por Lenin, y con el funcionamiento del régimen soviético, dominado con firmeza por el georgiano Stalin.

El fenómeno de la revolución rusa se analizaba y comentaba con entusiasmo por una minoría. En esos años Stalin había concentrado en sus manos el poder, transformándose en un zar de nuevo cuño, y daba comienzo al primer plan quinquenal, despertando admiración y adhesión sobre todo a partir de la crisis del capitalismo. Mientras el sistema democrático-burgués se debatía en un mar de contradicciones, crisis, cesantía e inestabilidad; el régimen soviético aparecía firme y en pleno desarrollo creador. Sólo la virulenta polémica Trotsky-Stalin demostraba algunas grietas en la férrea armazón comunista.

En esta época leí los primeros libros sobre la experiencia soviética: los del socialista español Julio Alvarez del Vayo; "Moscú, 1931", de César Vallejo; "Diez días que estremecieron al mundo", de John Reed... Mi ánimo se encontraba predispuesto favorablemente para adherir al proceso bolchevique: innata inclinación izquierdista; admiración por la literatura rusa, tan humana y desgarradora, siendo lector asiduo de sus principales autores (Dostoiewski, Tolstoy, Chejov, Andreiev, Turguenev, Korolenko, Garin, Gogol, Pushkin, Gorki); entusiasmo por su tradición revolucionaria y terrorista de minorías heroicas; y por la gran revolución de octubre de 1917; y, sin embargo, no me sedujeron ni el comunismo leninista como doctrina, ni su régimen soviético. Advertía un fanatismo esquemático y una intolerancia dogmática reñidos con mi espíritu libertario y mi racionalismo iluminista. Por esta época influían en mi intelecto y en mis sentimientos abundantes lecturas de los pensadores franceses: Montaigne, Descartes, Diderot, Rousseau y Voltaire; las obras sobre la revolución francesa de Michelet y Jean Jaurés (conocía a fondo su "Historia socialista de la revolución francesa"); y de numerosos ensayos de los más altos socialistas utopistas, como Fourier y Proudhon, (cuyas publicaciones completas poseía mi padre). Y todas esas obras exaltaban el poder de la razón, de la crítica y búsqueda científica de la verdad, de los anhelos de igualdad social, de justicia y de libertad; y formaron en mi naciente personalidad intelectual un fuerte sedimento revolucionario y humanista extraño a cualquier afecto por el mesianismo, o inclinación por la crueldad, la tiranía, o el culto de líderes omniscientes. Voltaire y Diderot me disolvieron toda posible creencia religiosa y reafirmaron mi natural ateísmo. Particularmente Diderot, quién fue un enemigo encarnizado e implacable del absolutismo y un furioso y brillante libertario, y de ahí su constante movimiento de rebelión contra el despotismo perverso de la Iglesia y del Estado. Más tarde comprendí a fondo la dilatada dimensión anticlerical de su obra y encontré en el ensayista Jean Luc la interpretación ajustada del alcance de su posición y de la resonancia exacta de sus libros en mi espíritu. Para su humanismo ateo, la religión está dentro de la naturaleza como un defecto y, tal vez, un defecto incurable. Son ingredientes de la religión, el irracionalismo y el ascetismo "y se debe siempre temer un cambio funesto de las proporciones, un retorno a las tinieblas, —puesto que la religión adula la imbecilidad, la pereza, la inercia de las masas—, un retorno al frenesí, ya que la religión adula la brutalidad y la perversidad instintivas o refinadas. Acaricia estas potencias de destrucción y de crueldad de la naturaleza humana que en sí no es ni buena ni mala, en tanto que naturaleza, y que lleva en si misma peligrosas contradicciones, causas de decadencia y de muerte al lado de causas de desarrollo y de progreso". Según Diderot, "el hombre es un animal que posee la facultad excepcional, pero no sobrenatural, que llamamos razón"... Emancipada la razón, todo se revela como hecho humano, como medida a cada instante del imperio del hombre sobre la naturaleza, de las fuerzas del hombre y del espíritu humano. El universo es un mundo sin Dios, y "en el mundo sin Dios, el hombre no está separado de la naturaleza. No está separado de ella ni por el alma inmortal, ni por el indeleble pecado heredado del último acto, trágico, de la hechicería de la creación. No se trata ya de exilio ni de prueba. El hombre es un trozo de la naturaleza viva. Es el solo hecho material de la organización lo que explica el comportamiento humano, el conocimiento, la acción. Y la sociedad humana, desde el rebaño hasta el estado civilizado, no está tampoco fuera de la naturaleza. Es de institución natural siendo de institución humana. Sus errores y sus vicios no pueden ser corregidos, lo

mismo que los vicios y los errores del individuo, sino por un llamamiento a las fuerzas profundas de la vida. El hombre se reconciliará con la vida universal en la que las exigencias y verdaderas leyes ya no aparecen enmarcadas por las pesadillas de la superstición. La moral del hombre en la naturaleza y en la sociedad será una moral de la felicidad y del progreso". Diderot "denuncia sin tregua a todos aquellos que, en nombre de la fábula absurda del pecado original, se arrogan el derecho de oprimir, encadenar y corromper la naturaleza humana. Particularmente defiende sin retroceder ante ninguna consecuencia, la causa del instinto sexual, es decir, de las tendencias que expresan de modo más enérgico, y también más rico, nuestra profunda necesidad de felicidad". Para Diderot, el ateo "puede ser un hombre de bien, el mejor de los ciudadanos de este mundo, más allá del cual no busca recompensas ni teme castigos".

La influencia de Diderot eliminó de mi pensamiento toda concomitancia con el dogmatismo y sectarismo religioso, con las sutilezas de la teología, y por extensión con cualquier dogmatismo ideológico y sus jergas esterilizantes. En la misma época tuve contactos con amigos anarquistas, quienes me facilitaron las obras de algunos eminentes teóricos libertarios, especialmente de Kropotkin, ("Palabras de un rebelde", "La conquista del pan" y su excelente estudio de la revolución francesa). También conocí la prodigiosa epopeya del guerrillero anarquista ruso Machno, cuya intervención ayudó al triunfo del ejército rojo. De esta suerte en mi espíritu se depositó una fuerte dosis de anarquismo libertario, suficiente para neutralizar cualquiera debilidad en favor del autoritarismo estatal y de la dictadura burocrática.

Mis lecturas racionalistas y socialistas y mis espontáneas inclinaciones revolucionarias, me llevaron a resistir el ingreso a la organización política del Partido Comunista y adherir al comunismo como teoría; y me permitieron intuir que, en Chile, era otro tipo de partido, con un programa surgido de las necesidades nacionales efectivas, con una acción revolucionaria responsable, ligada a toda la tradición popular chilena, el que debía constituirse y acaudillar el movimiento de las masas hacia su liberación. (Más tarde, en 1933, cuando se fundó el Partido Socialista de Chile, ingresé a él porque, a mi parecer, la nueva agrupación política, tanto en sus ideas programáticas como en su composición social y espíritu revolucionario americanista, respondía a mi ideal y a mis esperanzas).

IV

EN 1930 la crisis del capitalismo y la acción de la dictadura, como apéndice del imperialismo norteamericano, produjeron en el país un tremendo desequilibrio social. La clase dominante entró en descomposición; renació el movimiento obrero y en su torno se polarizaron, en forma acelerada, las clases medias, y la juventud animada por su rebeldía idealista, se sumó con grandes contingentes a las luchas del proletariado, todo lo cual originó una amenazadora marea popular.

La opinión pública que había celebrado la destrucción del estéril e inmoral régimen parlamentario resistía la dictadura sucesora de aquél, aunque el temor a la represión policíaca y la prosperidad económica la mantenían paralizada. El parlamentarismo causó la corrupción política y espiritual del país, embriagando a la ciudadanía con interminables discursos, mientras en la sombra se aprobaban contratos por medio de los cuales se entregaban las riquezas nacionales al capitalismo extranjero, remachando la servidumbre económica del país. La dictadura militar destruyó el parlamentarismo corrompido, pero provocó, a su vez, profundos trastornos. Agravó la subordinación del país al dominio imperialista; envileció la conciencia pública y desacreditó la autoridad, extendiendo el desencanto y el temor. De ahí la justeza de esta cita de Domingo Melfi, en su ensayo "Sin Brújula", aparecido en 1932: "Waldo Frank ha dicho que no es sólo culpable de la servidumbre económica de Hispanoamérica el Calibán norteamericano, el ávido banquero de Wall Street; tanto o más culpable que aquél lo es el Calibán que negocia para mantenerse en el poder las riquezas y las fuentes de riqueza de su suelo... A trueque de extender la mentira de un bienestar colectivo que le permita prolongar su permanencia en el mando no vacila en traficar con la misma independencia económica de su patria"...

La dictadura no pudo soportar la cesación de los empréstitos extranjeros, básicos para mantener su plan de obras públicas, (con él adormecía la conciencia ciudadana), ni tampoco pudo detener el ímpetu del movimiento estudiantil, al cual se sumó pronto la totalidad de las fuerzas vivas de la nación, en una impresionante acción de lucha y repudio, hasta desencadenar una huelga general a fines de julio. La dictadura cayó el 26 de julio de 1931, después de una semana de sangrientos encuentros callejeros entre las multitudes ciudadanas y las fuerzas policiales, mientras los estudiantes universitarios transformaban el viejo edificio de Alameda en una ciudadela combatiente, expresión idealista de la resistencia general a la tiranía.

A la dictadura militar le sucedió la administración civilista de Juan Esteban Montero. Muy pronto el nuevo régimen se demostró incapaz y mediocre, porque quienes le llevaron al poder pertenecían a las clases sociales y agrupaciones políticas causantes de la desorganización de Chile, aliadas del imperialismo y sostenedoras de la dictadura de Ibáñez. Llevaron a Montero al poder con ideas y posiciones anticuadas, desconectadas de las nuevas fuerzas sociales, de la juventud, de los anhelos del instante, es decir, de la realidad. Eran partidos reaccionarios, individualistas, sin arraigo ni en la juventud, ni en el pueblo. Aunque algunos sectores fueron conspiradores en contra del gobierno de Ibáñez y varios de sus dirigentes perseguidos por la dictadura, las mayores fracciones habían apuntalado la tiranía y, en general, todos sus elementos se demostraron oportunistas, alejados del contacto fecundo con las masas, sólo preocupados de pequeñas rencillas de asamblea, ambiciones personales y maniobras sin trascendencia.

Tanto el soberbio sistema dictatorial de Ibáñez como el débil gobierno civilista de Montero recibieron el repudio de las fuerzas populares, por ser la expresión de los apetitos e intereses de las clases poseedoras, de la iglesia y del imperialismo. A sus organismos políticos no se les reconoció ninguna beligerancia, pues estaban ajenos a las inquietudes y aspiraciones del momento. En el seno de las fuerzas populares se hizo verdad irrefutable que todos los males económicos y sociales del país provenían de la incapacidad y del egoísmo de las castas oligárquicas y de sus aliados. Con su apoyo, o su indiferencia, se lo entregó al dominio del capital internacional. Sus dirigentes políticos se exhibieron mediocres, deshonestos y demagogos.

En la mayoría de la juventud universitaria de 1930, inconformista y combativa, se fundieron los sentimientos de la repulsa a una tiranía corrompida y envilecedora por sus sistemas de represión y de espionaje, sus despilfarros y su entrega al imperialismo, con un marcado predominio de arribistas y aprovechadores sobre la mansedumbre triste de los humildes; y las razones surgidas de la comprensión que un mundo anacrónico, podrido y fracasado, moría irremediablemente: el mundo del liberalismo económico, del egoísmo burgués, de la despiadada prepotencia de la oligarquía plutocrática y conservadora, del insaciable sistema del capitalismo imperialista.

La incapacidad del gobierno de Montero, manejado por sectores sociales y económicos caducos, reaccionarios, consolidó los sentimientos y las razones de los mejores elementos de la generación de 1930 para desatar un vasto movimiento popular, socialista y democrático, dirigido a derribar aquel sistema carcomido y poner en su lugar un nuevo régimen de justicia económica, de igualdad social, de libertad política y espiritual, donde desaparecieran las instituciones arcaicas, los privilegios seculares y los poderes opresivos. Su primera prueba de magnitud se relacionó con la revolución socialista del 4 de junio de 1932, aunque en ella el papel de la juventud no alcanzó primacía, por su todavía débil organización y su falta de sazonada madurez política.

El grueso de la juventud universitaria de 1930 inició su acción colocándose a la cabeza del avance ciudadano en oposición a la dictadura y, al mismo tiempo, se puso en las primeras filas de la lucha social por un nuevo régimen, por la transformación de la realidad nacional. Es una generación cargada de inquietud social, nutrida en la literatura socialista y plasmada en la pugna contra el despotismo y la represión imperante en el país, y en el ataque al régimen capitalista cuyas contradicciones, injusticias y tendencias contrarias a la dignidad del hombre, quedaron al descubierto en la tremenda

crisis de 1930. Fue una juventud beligerante; marchó en estrecha unión con el movimiento obrero y consolidó una recia unidad obrero-estudiantil. Así, su brega por la reforma de la Universidad la desató como parte de un programa más amplio, subordinada a la contienda por un cambio de régimen. Precisamente, una de las debilidades de la juventud del año 20 fue la de reducir su movimiento a la reforma universitaria como objetivo total y desligado del proceso social y político y de las clases trabajadoras, aunque explicable porque la clase obrera era aún débil y la conducción del movimiento social estuvo a cargo de las clases medias demagógicas. El movimiento de la juventud universitaria de 1930 superó el carácter pequeño-burgués de aquél con su alianza obrero-estudiantil y con su espíritu revolucionario. La actuación de la generación de 1920 fue un tanto romántica, de rebeldías líricas, anárquicas, grandilocuentes, pero careció de empuje y constancia. Demasiado individualista y, ante todo, literaria y política, en ella se dio una confusa mezcla de idealismos y apetitos; de generosidad y de egoísmos... Muchos de los grandes líderes de 1920 se entregaron a la oligarquía, a pesar de haberla combatido con palabras de fuego, sucumbiendo en calidad de burócratas, de politiqueros o de indiferentes vecinos que sólo recordaban sus gestos libertarios como locuras de juventud. La juventud universitaria de 1930 posee sinceridad revolucionaria, impregnada de un poderoso anhelo de justicia; desea con fervor instaurar un nuevo régimen económico, social, político y espiritual, porque condena la inicua realidad de miseria, de opresión, de atraso, de podredumbre del país y, a la vez, creció coincidiendo con la actividad revolucionaria de la generación europea de postguerra enemiga del capitalismo individualista, por ser quien recurre a la guerra para dar salida temporal a sus contradicciones, y por su negación del hombre, de su dignidad, al transformarlo en un ínfimo instrumento productor de bienes en beneficio de la burguesía ávida, derrochadora e inmoral.

En la lucha desatada en el mundo, la juventud universitaria de 1930 se colocó en su casi totalidad al lado de quienes combatían los mitos de la superstición capitalista, las depredaciones del imperialismo y el egoísmo sórdido de las clases burguesas, agotadas y corrompidas por la ambición, el lucro y el cinismo. O sea, se puso junto a las clases trabajadoras en rebelión contra la explotación y la dictadura. No quería nada ni con el pasado, ni con los políticos camaleones, ni con su política tejida de engaño y resignación. Profundamente creadora, anhelaba un cambio radical y, en consecuencia, un programa de realidades, dinámico, fundado en un análisis exacto de las necesidades de la época y en una movilización de todo el pueblo como medio para imponerlo. De aquí se originó su agrupamiento y su esfuerzo por dar vida a un vasto movimiento de renovación dirigido a poner término al atraso económico y a las injusticias sociales y a superar la incapacidad de los viejos partidos políticos y los apetitos primarios, la avidez de presupuesto, de los taimados politiqueros profesionales. Entonces se enlazó al movimiento obrero y ayudó a generar varios grupos políticos nuevos, revolucionarios y, también, tuvo una participación indiscutible en la revolución socialista del 4 de junio de 1932.

Entre las nuevas agrupaciones políticas surgidas en esa época de cambio, se destacó el Partido Socialista, fundado el 19 de abril de 1933. Un núcleo escogido de la juventud universitaria de 1930 participó en el proceso de darle vida, impregnándolo con algunas de sus mejores cualidades: espíritu sinceramente revolucionario, emoción creadora, comprensión de la realidad circundante; ideas programáticas modernas; fe ardiente en un porvenir mejor. Otro sector importante ingresó al Partido Comunista, asumiendo con fervor la tarea de mejorarlo y de ampliar sus cuadros; asimismo un grupo reducido, pero con algunos valores humanos excelentes, se incorporó al Movimiento Nacional-Socialista en formación, y le aportó su vigoroso concurso, por desgracia a una actividad equivocada, incompatible con las aspiraciones e idiosincrasia del pueblo chileno, hasta sucumbir en su fracasado y sangriento putsch del 5 de septiembre de 1938. Un poderoso contingente, de creencias católicas, dió impulso renovador a la juventud del Partido Conservador, donde pronto, por la asimilación de las teorías de un remozado cristianismo social, se

alejó de sus filas para organizar una entidad independiente, la Falange Nacional, base de la actual Democracia Cristiana, fuerza mayoritaria de la política nacional y agitadora de un confuso y demagógico "socialismo comunitario". Una de sus vertientes se encuentra en el sentimiento anticapitalista y socializante de la generación universitaria de 1930.

La juventud universitaria de 1930 se manifestó siempre entusiasta, irreverente, iconoclasta, generosa en su actuación; luchó con vigor, decoro y responsabilidad; despreció a los indiferentes, a los fatalistas y a los calculadores; denunció a los renegados y a los oportunistas, a los arribistas y a los serviles; su fe contagiosa arrolló a los hombres inmóviles, agobiados por los prejuicios y las vacilaciones, sin fuerza espiritual ni pasión realizadora. El grueso de la generación universitaria de 1930 formó en la base del poderoso movimiento social chileno desatado desde 1931-32, con la caída de la dictadura de Ibáñez, la revolución socialista de junio de 1932, y la fundación de nuevos conglomerados políticos de avanzada; y un sector de ella jugó un lucido papel en la constitución del socialismo chileno y, más tarde, alcanzó el primer plano de la realidad política nacional con el triunfo del Frente Popular el 25 de octubre de 1938, fecha trascendental en el proceso de democratización de Chile.

V

Mi posición socialista, no comunista, se afirmó con el estudio sistemático del pensamiento marxista, a través de las principales obras de Marx-Engels, y de la producción de varios autores marxistas como Plejanov, Rosa Luxemburgo, Pokrovski, Riazanov, Max Eastman, Víctor Serge, José Carlos Mariátegui. También robusteció mi posición marxista independiente el conocimiento detallado del proceso de la revolución bolchevique y de las concepciones dictatoriales de Lenin (criticadas por Plejanov y Rosa Luxemburgo), las cuales llevaron inexorablemente a la estatolatría a causa de la supresión de los soviets populares; la eliminación de los demás grupos democráticos, mencheviques y socialistas revolucionarios; el aplastamiento de Machno y los anarquistas; la represión sangrienta de los marineros de Cronstadt, sublevados en demanda del restablecimiento de la democracia obrera y socialista; la extensión de la policía (Checa y Guepeú); y el control severo de toda manifestación intelectual, artística, literaria y política, por medio de la más estricta censura. Asimismo, el sombrío espectáculo de la lucha por el poder al desaparecer Lenin, enfrió todo mi entusiasmo por el sistema soviético: las cambiantes alianzas de unos dirigentes bolcheviques contra otros; el descrédito de unos por los otros; el agravamiento de las medidas represivas, dándose comienzo a un implacable totalitarismo hasta culminar en la victoria burocrático-bonapartista de Stalin, venciendo a Trotsky, teórico de "la revolución permanente", desprestigiaron a la revolución rusa. Sentía admiración por la personalidad de Trotsky en virtud de su extraordinario valor intelectual y su brillante papel revolucionario, pero sus concepciones las entendía ajenas a nuestra realidad. Nunca tuve simpatía por Stalin a pesar de la lectura de biografías elogiosas de su actividad y de su rol en la revolución de octubre, como la de Henri Barbusse, uno de mis autores predilictos en esos años. Siempre lo consideré un personaje taimado y vulgar, de inmensa energía y fría crueldad, pero desprovisto de calidad intelectual y de simpatía humana.

Para mi formación socialista tuvo gran trascendencia mi ingreso en 1934 al primer año de Derecho y, al mismo tiempo, mi actividad práctica entusiasta en las filas del Partido Socialista, llevando a cabo todas las tareas propias de una organización política revolucionaria y alternando con innumerables camaradas, tanto obreros de elevadas condiciones humanas, luchadores recios y autodidactos respetables, como intelectuales de excepcionales conocimientos teóricos. De unos y de otros recibí una influencia beneficiosa, alentadora, inolvidable.

En el primer año de Leyes, por las exigencias programáticas de las cátedras de Economía Política e Introducción al Derecho, y por la participación intensa en el movimiento estudiantil de la época, ahondé en el examen del marxismo. En Economía Política seguí el curso de don Enrique Marshall. Lo inició con un brillante panorama de la evolución de las doctrinas económicas y cuando enfocó

las teorías marxistas se produjeron ruidosas polémicas. Los integrantes del grupo "Frente" (nacionalistas ibañistas, guiados por una síntesis doctrinaria portaliano-spengleriana, bajo la tuición intelectual de Juan Gómez Millas, alejado del Partido Socialista del cual había sido uno de sus fundadores) las desataron con la lectura de una cuidadosa refutación del materialismo histórico. A continuación los miembros del grupo "Vanguardia" (constituido por comunistas, trotskistas y socialistas) expusieron una sólida refutación. Con motivo de esta ebullición ideológica me inscribí para realizar un trabajo de seminario sobre las doctrinas sociológicas y económicas de Marx, punto de partida de mis estudios regulares sobre el complejo pensamiento socialista científico.

En 1934, las luchas estudiantiles fueron violentas. Aparte de los grupos mencionados (Frente y Vanguardia) existían "Avance" (comunistas stalinistas); la sección universitaria del Movimiento Nacional-Socialista; una agrupación social-católica; y sectores reaccionarios dispersos. Se produjo un hecho sensacional: el ataque a la Casa Central Universitaria, en donde funcionaba la Escuela de Derecho, por las tropas de asalto nacistas. Apalearon a numerosos estudiantes de izquierda con el propósito de perturbar el proceso de las elecciones para designar la directiva del Centro de Derecho.

En los recreos y horas libres se conversaba animadamente sobre la política nacional e internacional; en grupos compactos; en diálogos apartados; en pequeñas concentraciones . . . Las discusiones sobre el contenido de la doctrina socialista, la amenaza del fascismo, los sucesos internos de la URSS., el destino de los nuevos partidos políticos, el gobierno reaccionario de Alessandri y sus Milicias Republicanas, se encrespaban y muchas veces tomaban un sesgo de violencia verbal impresionante.

El entusiasmo por las ideas marxistas llevó a numerosos compañeros de aquellos años a recibirse con memorias sobre temas relacionados con las doctrinas de Marx-Engels o acerca de materias sociales y jurídicas interpretadas de acuerdo con la concepción y el método marxistas.

De mis extensas lecturas y apuntes surgió mi ensayo "Los fundamentos del marxismo", trabajo de síntesis con el propósito de suministrar un cuadro ordenado de los grandes planos de las teorías de Marx y Engels, el cual se publicó años más tarde en folleto. En 1935 entré a trabajar como bibliotecario en el Liceo de Hombres de Temuco y ahí, en colaboración con Lorenzo Sazié Herrera, abogado y profesor de Historia, rector del plantel, de amplia cultura y admirable sensibilidad social e ideológica, inquieto investigador y brillante maestro, redactamos un manual titulado: "Desarrollo y ritmo de las doctrinas sociales". Abordamos el conjunto de las doctrinas sociales y políticas a partir de la revolución francesa, con sus principales representantes. Al no interesarse en su publicación las editoriales Ercilla y Nascimento, a las cuales se lo presentamos, lo repartimos entre nuestros alumnos que daban bachillerato y sorteaban aquellas materias, y pronto perdimos los originales y las copias.

J. C. J.
(Concluirá)

Itinerario de una rebeldía[45]

[45] OCCIDENTE diciembre 1966 N°183

IV

AL APARECER la cuarta edición de mi manual de divulgación "Los fundamentos del marxismo", el año 1965, manifesté que era una obra de juventud y en ella ordené y resumí mis primeras lecturas para abarcar y comprender las complejas doctrinas marxistas. En sus diversas ediciones agregué algo y corregí errores, pero siempre mantuve el plan y esqueleto iniciales. No obstante poseer muchos apuntes tomados con motivo del conocimiento de varios trabajos y de la correspondencia de Marx y Engels, y de la lectura de nuevas obras sobre el conjunto de la producción marxista, no los he incorporado al manual en cuestión. Asimismo guardo una apreciable cantidad de comentarios críticos personales, surgidos de mis investigaciones y reflexiones y de mi larga práctica socialista. No sé si todo este material lo encierre en un volumen especial, o sencillamente lo olvide. A esta altura de mi existencia carezco de la audacia propia de la juventud capaz de impulsarme a entregar una obra modesta sobre materia tan analizada y enriquecida por innumerables autores de la más alta jerarquía teórica y política.

En el enfoque y exposición de las teorías marxistas, con un sentido objetivo, con rigor científico, nosotros los socialistas independientes de la II y III Internacionales, encontramos un escollo difícil en la posición del socialismo reformista, al despojar de su médula revolucionaria al marxismo; pero el obstáculo más serio lo presenta la actitud del Partido Comunista por considerarse el único representante legítimo de las doctrinas de Marx-Engels y proclamar al régimen soviético como marxista ortodoxo. Las dogmáticas interpretaciones, esencialmente políticas, de Lenin; la enconada disputa político-ideológica de Stalin-Trotsky, y la consolidación durante un cuarto de siglo del sistema de "culto de la personalidad", opuesto al humanismo marxista, constituyen acontecimientos de profundas proyecciones en el campo de la investigación y aplicación del ideario marxista, afectando sobre todo a los pensadores y escritores socialistas revolucionarios. Y es el caso de los socialistas chilenos adeptos al marxismo "enriquecido por todos los aportes del constante devenir" e independiente de las internacionales existentes. Fatalmente, al enfocar los postulados marxistas, se les compara con las realizaciones del régimen soviético y con las posiciones del Partido Comunista. La labor, entonces, se torna complicada y, a veces, ingrata.

En la tercera edición de "Los fundamentos del marxismo" incluí un capítulo extremadamente polémico sobre el carácter del régimen soviético y de la desviación experimentada por la revolución rusa bajo la dirección de Stalin. En la cuarta edición lo suprimí por considerarlo ajeno al carácter del manual, y desligado del conjunto doctrinal marxista, cuya síntesis y presentación ordenada, constituye su propósito fundamental. Además no es posible desconocer las nuevas realidades surgidas en la URSS con el desaparecimiento de Stalin.

En su época, los escritores socialistas que atacamos los desmanes estalinistas, sufrimos toda suerte de calificativos y vituperios; sin embargo, Nikita Khruschev, en el 20º Congreso del PC ruso, nos dio amplia razón.

Entre las revelaciones de Khruschev alcanzó caracteres sensacionales su reconocimiento oficial de la existencia del llamado "Testamento de Lenin" y su entrega a la publicidad. Durante treinta años el gobierno soviético lo mantuvo oculto

y lo negó acusando de embusteros y falsificadores a quienes afirmaban su realidad.

El llamado testamento de Lenin son dos notas de fecha 25 de diciembre de 1922 y de 4 de enero de 1923, dictadas por el gran líder en la última fase de su enfermedad, y con destino al 12º Congreso Comunista, celebrado en 1923, y en las cuales exhibe su clarividencia y su conocimiento de los hombres. Lenin dándose cuenta de la rivalidad entre Trotsky y Stalin, temió el peligro de una escisión entre los dirigentes bolcheviques y, por lo tanto, en el PC. Para evitarla sugería varias recomendaciones. Define a Trotsky como "el hombre más capaz del Comité Central actual", y a Stalin lo estima "demasiado brutal", defecto "intolerable en la función de Secretario General". Proponía separarlo de su cargo y nombrar en su lugar a un hombre "más paciente, más leal, menos caprichoso". Señala a Zinoviev, Kamenev, Bujarin y Piatakov como a las principales personalidades, quienes, a pesar de sus defectos, debían trabajar unidos en la dirección del PC y del Estado soviético. Las notas no fueron comunicadas al Congreso, y al fallecer Lenin el 2 de enero de 1924, su viuda Nadiedja Krupskaia, propuso que fueran leídas en el 13º Congreso. Se opusieron Stalin y la mayoría del CC aliada ya al astuto georgiano en contra de Trotsky, y no se tomaron en cuenta las sugestiones de Lenin. Triunfó Stalin y, más tarde, en su furia homicida ordenó asesinar a Zinoviev, Kamenev, Bujarin, Piatakov y Trotsky.

A propósito del examen de los sucesos iniciales de la revolución rusa entré en contacto con dos grandes escritores comunistas: Max Eastman y Victor Serge, cuya trayectoria seguí con el más vivo interés. El primero todavía vive, pero abjuró de su concepción socialista marxista; el segundo falleció y nunca flaqueó en su adhesión al humanismo revolucionario.

Max Eastman, poeta, ensayista, periodista, traductor y viajero, es uno de los más interesantes escritores norteamericanos. Redactó una serie de obras fascinantes sobre la revolución rusa y el régimen soviético. Su trayectoria ideológica es desconcertante y desalentadora; socialista admirador de Lenin, adherente de la revolución bolchevique, crítico sagaz de la desviación estalinista, amigo y traductor de Trotsky, terminó en antimarxista, proclamándose liberal democrático. Entre 1912 y 1922 fundó y dirigió las revistas "The Masses" y "The Liberator". Esta, en un momento dado, fue el único órgano defensor de los bolcheviques en los EE. UU. En 1917, cuando tomó partido a su favor, reunió los fondos para enviar a John Reed a Rusia y le publicó sus artículos, los cuales formaron su célebre libro "Diez días que estremecieron al mundo". El propósito de las publicaciones de Eastman y Reed en defensa de la URSS, en 1917, guarda similitud con la de Wright Mills, Leo Huberman y P. M. Sweezy en la actualidad con respecto de Cuba, por sus libros "Escucha yanqui" y "Cuba, anatomía de una revolución".

En seguida, Max Eastman, deseoso de conocer en forma directa la experiencia soviética, y cautivado por las ideas expuestas por Lenin en su folleto "Los soviets en el trabajo", aprendió ruso y se trasladó a la URSS, donde permaneció casi dos años (desde septiembre de 1922 a junio de 1924). Asistió al 4º Congreso de la III Internacional y vio de cerca la lucha por la sucesión de Lenin y las maniobras iniciales de Stalin en contra de Trotsky. Con los antecedentes reunidos en esos meses y el testamento de Lenin, compuso su libro "Depuis la mort de Lénine", en 1927, de valor inapreciable a causa de las posteriores falsificaciones de Stalin. Eastman recibió las notas de Lenin de manos de Boris Souvarine, quien las obtuvo de sus amigos del círculo de N. Krupskaia, viuda de Lenin. Souvarin las hizo publicar en 1926 en los periódicos "Revolución Proletaria" y "Boletín Comunista", de París, al mismo tiempo que las imprimía Eastman en el "New York Times" y el "New York Herald". Algunos años más tarde, Souvarin publicó su "Staline" (Plon, 1935), formidable biografía crítica en la cual expone con gran lucidez la magnitud inconcebible de la dictadura del implacable georgiano.

Mientras permaneció en Europa occidental, Eastman terminó su libro "Marx et Lénine. La science de la révolution", publicado en 1926, y que posteriormente rehizo, dándole una nueva redacción e imprimiéndolo en 1940 con el título de "Marxism, is it science?". Según Max Eastman, en Lenin le fascinaron su sentido de las realidades, su espíritu positivo, su solicitud ardiente hacia los pobres y los oprimidos y su anhelo de libertad;

encarnaba su ideal de revolucionario científico. No obstante su admiración por Lenin y su posición socialista, en su visita a Rusia experimentó el comienzo de una decepción cruel: le chocaron el sectarismo y el bizantinismo en torno de las santas escrituras marxistas, leídas como una revelación y, por ello, advertía que en lugar de emancipar el espíritu humano, el régimen bolchevique tendía a encerrarlo en una prisión de Estado más hermética. Para sus adentros, según declara en una de sus obras, se convenció "que contenía el germen de una teocracia y de un régimen policial", pues "toda religión de Estado aniquila la libertad del hombre", y, por eso, "la separación de la Iglesia del Estado es una de las principales medidas de protección contra la tiranía". El marxismo tratado como una nueva religión, hacía imposible esa separación; se le reducía a un conjunto de dogmas, fijado y administrado por el Estado transformado en Iglesia. Su crítica se confirmó con el afianzamiento del régimen de Stalin, y de ahí su polémica constante contra él. De esa época son sus libros: "La jeunesse de Trotsky" (traducción de Madeleine Marx, París, 1929) y "La fin du socialisme en Russie", 1937. Por referencias en revistas conozco los títulos de obras como "Artists in uniform", 1934, y "Stalin's Russia and the crisis in socialism", 1940. Además tradujo la "Historia de la revolución rusa", de León Trotsky, y según su juicio, "para mí, esta obra es el ejemplo supremo, la demostración más poderosa de la metafísica marxista aplicada a la Historia, excediendo los esfuerzos similares del mismo Marx. Pero esta aplicación pienso que será la última. Ya no se encontrará jamás un parecido titán para prodigar una semejante potencia intelectual en encerrar los hechos en tales moldes".

En revistas francesas se tradujeron algunas soberbias semblanzas suyas de Chaplin, Einstein, Trotsky, integrantes de su volumen "Greats Companions", publicado en 1959, y en donde estudia la personalidad de eminentes contemporáneos frecuentados por él, como John Dewey, Freud, Bertrand Russell, Santayana, Pablo Casals y los citados más arriba. En 1955 dio término a su parábola ideológica publicando "Reflections on the failure of socialism". Su experiencia directa de la URSS y su lucha contra el régimen estalinista lo llevaron a criticar los principios filosóficos del marxismo y de ahí saltó a su condenación completa por suponerlo anticientífico, proclamándose demócrata liberal.

El caso del gran escritor Victor Serge es distinto. A pesar de terribles vicisitudes no se debilitó su fe en el ideario socialista y murió leal a su pasado, legándonos su libro hermoso, conmovedor y subyugante: "Mémoires d'un révolutionnaire". Hasta el presente no conozco traducción española. En el periódico "La Calle" le dediqué un extenso comentario. Un grupo de socialistas chilenos mantuvimos correspondencia con él y con el escritor y dirigente francés Marceau Pivert, a través del movimiento "Socialismo y libertad", cuando ambos, Serge y Pivert, vivían en México, a fines de la segunda guerra mundial.

Victor Serge conquistó un sitio excepcional en la literatura contemporánea como novelista, ensayista y periodista. Era hijo de un suboficial de la guardia imperial rusa, demócrata emigrado de Moscú a Bruselas, y de una dama belga. De joven se instaló en París y se enroló en las filas libertarias. La policía lo complicó en uno de los procesos de anarquistas y lo encarceló en Melun. Más tarde militó en España. Su novela "Nacimiento de nuestra fuerza", revive sus experiencias de esa época. Cuando estalló la revolución rusa acudió a sumarse a ella. Se incorporó a los bolcheviques y actuó en todas sus luchas. Su admirable libro, "El año primero de la revolución", es un testimonio emocionante de aquellos sucesos.

En sus "Memorias de un revolucionario" expone con insuperable lucidez el desarrollo de los trastornantes sucesos de los primeros años de la revolución: describe el fervor y el heroísmo revolucionarios de las masas; los marineros de Cronstadt toman por asalto el Palacio de Invierno instalando en el poder a Lenin y los bolcheviques; se suceden la guerra civil y la intervención extranjera; en seguida los bolcheviques encarcelan y exterminan a sus rivales y a sus aliados libertarios, y se desarrolla la policía política; asiste a la represión de Cronstadt, en 1921, donde son aplastados los valerosos marineros cuya intervención decisiva, en 1917, cuatro años antes, permitió la victoria bolchevique y, ahora, sublevados en contra de la naciente burocracia y la dictadura terrorista; participa en la lucha Stalin-Trotsky y presencia la exone-

ración del gran conductor del Ejército Rojo, con quien Serge se unió y su fidelidad a él lo llevó a la prisión y, luego, a la relegación a la comarca primitiva del Ural.

En 1935, durante el Primer Congreso Internacional de Escritores Pro Defensa de la Cultura, se expuso su caso. Aunque la delegación soviética, encabezada por Ehrenburg, afirmó que Serge era un traidor, culpable del asesinato de Kirov, la misma estupidez de la acusación levantó la protesta general de los asistentes, quienes solicitaron su libertad. La actitud de dicho congreso influyó ante Stalin, inclinado ya, en esa época, en favor de la táctica de Frente Popular, y ordenó la liberación de Serge. Volvió a París y reanudó su combate en favor de la dignidad humana y de la libertad. Entonces se hizo la firme promesa de no transigir jamás ante la mentira y la impostura por conveniencia partidaria. Defendió siempre el socialismo y la revolución como expresión del dinamismo interno y de la energía de las sociedades: comuna de París, revolución de octubre, establecimiento de los soviets espartaquistas en Alemania; rebelión de Cronstadt, comuna de Canton... Fue un revolucionario libertario, independiente, nutrido en los anhelos de liberación del pueblo y dispuesto a romper todo privilegio como medio de obtener la transformación de la sociedad y de la vida. Repudió todos los dogmas y se opuso con tenacidad a la religión del poder y, asimismo, rechazó todo compromiso intelectual con las sectas o capillas y, por el contrario, trató de legar un testimonio sincero de su época, de sus luchas, de sus angustias y de sus esperanzas. El mismo decía: "produzco el efecto de un animal exótico que he acumulado el anarquismo, el bolchevismo, el trotskismo, y que se permite aun vivir". Escribió libros admirables: "Petrogrado en peligro", "Si fuere la medianoche del siglo", "El caso Tulaev" (novela formidable sobre el asunto tenebroso de los procesos en el período estaliniano). En Chile, la Editorial Ercilla le publicó un volumen acusador y polémico: "El destino de una revolución".

Y a Max Eastman y Victor Serge se agregan los casos de los teóricos y escritores tan eminentes como Ernst Bloch, Andrezj Stawar, Henri Lefebvre, Georg Lukacs...

V

DURANTE treinta años he sido profesor de Historia, Geografía y Educación Cívica en establecimientos secundarios y universitarios de Temuco, Valparaíso y Santiago. El rebelde yugoslavo Milován Djilas, en su fascinante autobiografía: "Tierra sin libertad", al ensalzar el magisterio, expresa: "verter conocimientos en los demás es también una labor creadora. Salva de la destrucción a quienes la llevan a cabo; así perduran y viven en las realizaciones y la inquietud intelectual de quienes han de llegar". Juicio exacto siempre que la transmisión de conocimientos se lleve a efecto en función de formar personalidades, como medio para modelar hombres, dirigida a elevar su grado de racionalidad y hecha por el cauce del libre examen. Esta fue mi invariable actitud en mi ejercicio docente. En mis clases traté de mantener siempre un ambiente de libertad, conciliando equilibradamente mi estímulo cordial al alumno con el respeto de éste a su profesor, rehuyendo tanto el halago al estudiante como la propaganda partidista o el proselitismo, porque tal actitud es opuesta a la misión del verdadero educador. Si alguna gravitación espiritual conseguí sobre mis discípulos, lo fue por el cumplimiento honesto de mis obligaciones, por la preparación cuidadosa de mis materias, por el afán de despertar la comprensión de los fenómenos sociales y el interés por investigar y leer con el propósito de formar el sentido crítico y, de tal modo, formularse juicios propios. Y también por la práctica rigurosa de severas normas éticas tanto en el comportamiento cotidiano en las aulas como fuera de ellas, estableciendo una perfecta concordancia entre su prédica moral docente, abstracta, y el ejemplo vivo de su maestro.

Desde la época de mi juventud universitaria, cuando participé en la insurgencia ciudadana contra la dictadura militar, en 1931, en los trastornantes sucesos de 1932, y en la fundación del Partido Socialista en 1933, me transformé en un luchador político idealista y activo.

He sido un militante socialista consciente y fervoroso, movido por un profundo anhelo revolucionario de justicia y verdad. En el seno del Partido Socialista he afrontado altas responsabilidades directivas de diverso tipo, procediendo

siempre con honestidad personal y fidelidad a sus principios teóricos y programáticos, y a sus finalidades revolucionarias. Me he guiado por este juicio profundo de Domingo Melfi en su ensayo "Sin Brújula": "sólo una ética profunda puede mantener al revolucionario de las tierras americanas en el dominio de la lealtad y del sacrificio o del desinterés personal". He creído, y creo, en la revolución, sin vacilaciones, como un auténtico proceso creador en favor de las clases desheredadas y del progreso real de la sociedad, por ser el único medio eficaz para terminar con los privilegios del régimen capitalista, en el cual la riqueza y el bienestar de unos pocos reposan sobre la miseria, la expoliación y el embrutecimiento de las grandes multitudes de desdichados que trabajan en las más rudas y agobiadoras faenas. Mi posición ha sido, y es, socialista, humanista y revolucionaria.

Junto al desempeño de mis funciones docentes y a la realización de mis actividades políticas, he escrito, de manera regular, artículos, ensayos, folletos y media docena de libros; he sido animador y redactor de muchos periódicos políticos y de varias revistas ideológicas o de divulgación cultural. Por esta permanente labor se me ha calificado como historiador, periodista y escritor a secas. En verdad no son definiciones acertadas. Me encuentro desprovisto de las dotes peculiares del investigador y del historiador; tampoco poseo el dinamismo y las inquietudes propias del periodista; y a pesar del conjunto de mi obra, no soy un escritor típico. Este lo es plenamente sólo escribiendo desde sí mismo, y su personalidad no es separable de esa condición; en cambio, yo, cuando escribo ejecuto una tarea anexa, que es un aspecto de mi personalidad de educador y de luchador político. Sólo puedo considerarme como un hombre de pensamiento que enseña, actúa en la lucha social y escribe. Creo ser un intelectual y ensayista, además de luchador político.

Para muchos, el hecho de ser profesor incluye forzosamente la condición de intelectual. Es un error. El intelectual lo es en la medida en que se dedica a cultivar y formular conocimientos, y cuando definimos a alguien como "intelectual", designamos un papel social y no la actividad de una persona; y aunque ese papel social coincide con diferentes actividades profesionales, no tiene por qué confundirse con ellas. No todo profesor o médico, o ingeniero, o periodista, es un intelectual. A menudo un profesor se limita a enseñar el contenido de un texto sin más interpretaciones ni aplicaciones, y en tal caso no es un intelectual, como no lo es el locutor de radio, mero lector de textos escritos por otros para él. En ambos casos, profesor y locutor, comunican ideas forjadas por otros, tal cual ocurre en las demás profesiones; y no cumplen el rol específico del intelectual: formular conocimientos y verificar interpretaciones originales.

En cuanto a los rasgos sobresalientes de mi existencia espiritual, predominan mi permanente afán de conocer y de comprender, poniendo la máxima confianza en la razón, y mi inclinación por las tradiciones culturales francesas.

He desdeñado a quienes temen la inteligencia y entregan su adhesión y su esperanza a las potencias obscuras y dañinas del irracionalismo; he despreciado a los enemigos del saber, cultores de la ignorancia; a los predicadores del temor ante el misterio y a los dogmáticos de todos los pelajes por autoproclamarse poseedores de una supuesta verdad absoluta.

Aunque fundamentalmente chileno, con un amor apasionado a nuestra tierra, gentes e historia, y educado en la cultura española y occidental, ha sido la civilización francesa la modeladora de mi espíritu, gracias al influjo de mi padre, quien me llevó muy temprano hacia el conocimiento de las grandes obras del pensamiento galo y de sus ricas tradiciones históricas. Admiro las cualidades del genio francés: su amor a la vida y a la belleza, su claridad y equilibrio, su inteligencia alerta y penetrante, su don de la finura y de los matices; su rechazo a todo misticismo y su pasión por la igualdad y la libertad. Para mí, Francia no es sólo la tierra de mis antepasados, es, también, el país de los hombres del espíritu libre, donde la inteligencia y la investigación buscan siempre expresarse sin trabas ni limitaciones. Los rasgos esenciales del pensamiento francés, su humanitarismo y su universalidad, lo han hecho portador de ideas generales y de valores para todos. Su papel ha sido, y es, el de pensar con lucidez el mundo, con una lógica sólida y constructiva. Pues bien, de la cultura francesa he heredado su indomable

independencia intelectual, su claridad y precisión de pensamiento, y su norma maestra: la verdad debe ser buscada y dicha siempre. Tales cualidades aplicadas a mi actividad docente y periodística, a la participación en las luchas políticas e ideológicas, a la meditación de los problemas del mundo y a la comprensión de la doctrina socialista, junto con enriquecer mi espíritu y mi cultura por una ponderada curiosidad universal y un absorbente interés por los problemas nacionales, han afirmado mi condición de ser libre, de orgullosa soberanía y de tolerante posición, evitándome toda militancia obtusa y oportunista, aunque mi práctica de la tolerancia no ha significado jamás complicidad con los reaccionarios y sectarios, quienes al amparo de nuestra condición tolerante tratan de imponer sus dogmas antihumanos y su dominio totalitario.

Mi amplio contacto con la vida como profesor, político e intelectual y, como consecuencia, el conocimiento profundo del hombre en toda su compleja naturaleza egoísta, han mitigado mi natural optimismo y mi entusiasmo teórico, y han envuelto mi inteligencia con una discreta dosis de escepticismo. De mis experiencias en la educación, en la política y en la brega cotidiana propia del hombre común, resulta una comprobación constante de la imperfección del hombre y de la sociedad; la estupidez y la trivialidad de la inmensa mayoría de los seres; su increíble crueldad y resignación, y a cada paso se revela la lentitud y la relatividad del progreso espiritual y ético de la Humanidad, contra lo cual chocan y se desvirtúan las más bellas y optimistas concepciones liberadoras y renovadoras del hombre. Ante el espectáculo irracional y sórdido de todos los días, cobra trágica exactitud la opinión de Goethe, citada por Thomas Mann en su conferencia "El artista y la sociedad": "De lo alto de la racionalidad toda la vida parece una sucia enfermedad y el mundo un manicomio". Y a ello se agrega el insistente sentimiento de la transitoriedad de nuestras existencias individuales. Ante una perspectiva tan descorazonadora podríamos, sensatamente, alejarnos de cualquier empresa o tentativa orientada a sacudir las conciencias y a colocar en ellas la semilla de un ideal enaltecedor y a eliminar las injusticias, las desigualdades, los privilegios, por inútil y condenada de antemano al fracaso. Sin embargo, jamás he caído en el fatalismo y la indiferencia; ni he concebido el beneficio del favor y de la indulgencia de los influyentes y de los poderosos; ni tampoco he perdido la esperanza. Un sentido profundo de la fraternidad humana y una honda piedad por el sufrimiento de mis semejantes me han sostenido con firmeza en mis labores de educador, militante y ciudadano corriente. La praxis diaria por tratar de modificar en algo la abrumadora realidad imperante y una marcada bondad indulgente para comprender las acciones y móviles del hombre, han sido los antídotos eficaces para neutralizar mi porción de escepticismo. En definitiva, le he dado significado a mi modesta vida a través de la comprensión fraternal y simpática de la actividad humana y del ejercicio de la solidaridad con los humildes; la amistad cordial hacia mis compañeros; el cariño inalterable a mis familiares (esposa, hijo, nietos, hermanos, sobrinos, tíos, primos); el severo respeto de los grandes valores espirituales y éticos de inteligencia, honor, dignidad y virtud, y por la actividad permanente y desinteresada en favor de la justicia, de la libertad y de la paz.

Estos rasgos éticos de mi personalidad, muchos de ellos reñidos con las exigencias de una disciplina partidaria estrecha y rígida, se han reflejado en muchas oportunidades en mi comportamiento militante, impregnándolo con una visible contradicción. En efecto, a mi condición profundamente socialista se ha unido, entonces, un distanciamiento espiritual con algunas de las posiciones políticas del partido o de las actividades de sus dirigentes. Sin duda, esa ruptura espiritual por las posiciones políticas demagógicas o rastreras no ha afectado jamás mi adhesión a la doctrina socialista, ni tampoco mi confianza en el movimiento socialista en general. Lo ha sido con tácticas momentáneas, las directivas acomodaticias y los dirigentes oportunistas. Y así se explica que, a pesar de mis reservas a muchos de los compromisos políticos del PS no haya participado nunca en sus numerosas y desgraciadas escisiones. A cada aniversario del partido llego con un año más de militancia, incólume de pecado divisionista, lo cual no deja de ser un mérito sorprendente.

A despecho de mi larga actividad política partidaria he comprobado que me

faltan las cualidades corrientes del político profesional, quien posee virtudes y defectos especiales. Carezco de la constancia y paciencia del dirigente político típico; de su flexibilidad y habilidad maniobreras; de su facilidad para cambiar de posición; de sus innatas tendencias al compromiso y la negociación; de su resistencia y desconfianza al intelectual de espíritu crítico y libre; de su sentido oportunista que le lleva inexorablemente al reemplazo del idealismo doctrinario y revolucionario por el afán de hacer carrera y el burocratismo. Por mi carencia de dotes políticas corrientes se me ha considerado como "teórico", a veces en sentido despectivo, como un individuo habitante de las nubes, desligado de la realidad concreta y de lo factible; en otras ocasiones, con más propiedad, como sinónimo de intelectual, de ideólogo.

A menudo he tratado de enfocar mis luchas y militancia socialista, para redactar un panorama histórico y pragmático, pero me ha sido imposible reflejarlas en forma objetiva y exacta, porque a lo largo de treinta años se ha desvanecido el auténtico ambiente y espíritu real de los hechos protagonizados amén de las deslealtades, infidelidades, volteretas y traiciones de muchos de los protagonistas, lo cual lleva a caracterizarlos mal, con un criterio a posteriori, que no corresponde a su actitud verdadera en los años anteriores a sus cambios o perfidias; y porque a consecuencia del desenvolvimiento de la sociedad, de sus profundos cambios y aplastantes experiencias, como de mi propia trayectoria biológica, mental y humana, he experimentado una innegable evolución ideológica y espiritual, debilitados el entusiasmo, la pureza y la optimista esperanza de la juventud. Me agobia, entonces, una angustiosa exigencia: mantenerme fiel al ideal y a mi pasado y, a la vez, seguir leal a mí mismo dentro de mi irresistible evolución. Se ha traducido con frecuencia este combate íntimo, en una actitud crítica áspera, inconformista, y un tanto escéptica. Si bien es cierto que ha estado movida siempre por la más absoluta sinceridad personal y por una firme honestidad ideológica, no ha sido bien comprendida y me ha valido una injusta calificación en términos virulentos y encontrados, desde "agente del imperialismo" hasta el de "trotskista", con una variada gama intermedia: anarquista, socialdemócrata, titoísta, demagogo, reformista, utopista, pequeño-burgués...

Jamás he tratado de menoscabar la doctrina socialista. Por el contrario, he tendido siempre a exaltarla y a hacerla cada día más la esencia de mi vida y de mi conducta. Cuando la he enfrentado, he tratado únicamente de esclarecerla por encontrarla mal interpretada y, a veces, escarnecida por dirigentes incapaces o politiqueros oportunistas. Es verdad que en este plano complica mi posición, y perturba mi visión de la marcha del socialismo en Chile, y en el mundo, la constante polémica sostenida contra el comunismo, no obstante nuestros largos períodos de alianza, aunque sin abdicar de nuestros antagonismos de fondo. Por cierto, mis ataques provienen de una adhesión racional, sensata, a los grandes principios del socialismo científico, humanista, revolucionario y democrático; y en ningún caso derivan de una actitud reaccionaria o reformista. En este plano he debido soportar los dicterios de los dogmáticos y de los adeptos al "verbalismo revolucionario".

Las doctrinas de Marx-Engels las he entendido en su amplia raíz dinámica, en constante enriquecimiento y ensanchamiento; jamás como adoración fanática, con mentalidad primitiva de religioso devoto a una interpretación simplista, única y excluyente. El marxismo es una concepción científica de la sociedad opuesta a toda mística; es una visión crítica del mundo opuesta a la fe tradicional de las viejas religiones y, por eso, no se le puede adulterar y transformar en dogmas de una nueva fe.

En su bello ensayo "Elogio del Manifiesto Comunista", el brillante escritor Aníbal Ponce, escribe estas sagaces líneas: "El concepto de un mundo en permanente evolución, que había tenido en Diderot su anunciador, y en Condorcet su apologista, adquirió en Hegel la vasta repercusión de una doctrina y un método: una doctrina para la cual todo lo existente vive y actúa en la medida en que contiene el germen de una contradicción; un método, mediante el cual nos es posible asir esa contradicción como raíz de toda lucha y de todo movimiento. Pero Hegel, con haber dado a la doctrina las proporciones de una inmensa sinfonía, no había sabido desprenderla de los residuos teológicos que la invalidaban. Tras esa idea absoluta dirigiendo la historia,

se disimulaba apenas el viejo Dios de Bossuet que la burguesía francesa había destronado. No contento con eso, Hegel, profesor del Rey de Prusia, traicionaba, además, su propio método. Aquel espíritu universal cuya marcha a través del mundo y de la historia iba despertando los seres a la vida y los hombres a la libertad, detenía en Alemania de Federico su movimiento eterno. ¡Cómo si tamaño viaje a través del universo y de la vida pudiera merecer como remate la apoteosis grotesca de un Estado despótico!"

Muchos sedicentes revolucionarios imitan la actitud de Hegel para hacer desembocar la concepción marxista, de liberación humana, de implacable crítica a la explotación capitalista y a la opresión burguesa, en la defensa y justificación del despotismo estatista y tecno-burocrático de sociedades en las cuales se ha suprimido la libertad y los derechos de las clases trabajadoras.

Con agudeza, Feuerbach, heredero del materialismo francés, atacó el estado absoluto, ensalzado por Hegel y, a través de su obra reivindicó el elemento revolucionario contenido en la filosofía de Hegel, pero que éste había ahogado para poner la idea absoluta en contacto con la realidad humana. Sus principios humanistas fueron tomados por Marx de acuerdo con su fórmula: "el hombre es el ser supremo para el hombre", denunciando todas las formas de alienación que le impiden realizarse; en primer lugar, el poder del Estado, en el plano político y, en seguida, la propiedad, fuente de la enajenación del hombre en las relaciones económicas, y para suprimir todas esas formas de alienación, plantea la necesidad de la revolución como "el imperativo categórico para cambiar todas las condiciones que hacen del hombre un ser envilecido, avasallado, abandonado y despreciable".

A esta concepción socialista, humanista y libertaria, a este concepto humanista de la revolución adherimos los socialistas desde la fundación de nuestra agrupación partidaria, rechazando toda interpretación autoritaria, intolerante, dogmática, para justificar la dictadura, el "culto de la personalidad" y la servidumbre, so pretexto de un desarrollo material con fines de poder, y no de bienestar.

En la humanidad actual, el régimen económico capitalista de libre empresa, ha degenerado en su sistema de monopolio y de privilegio. Frente a él, el régimen comunista de economía dirigida y fortalecimiento del Estado, no ha emancipado ni económica ni espiritualmente al individuo. La explotación del hombre por el hombre y la explotación del hombre por el Estado, son manifestaciones idénticas de la concepción del hombre como instrumento o medio, y no como fin en sí mismo. Por eso, tanto en el seno de los países democapitalistas como en las sociedades comunistas, y en las naciones recién independizadas y en vías de desarrollo, se torna urgente la tarea de extender la democracia y afianzar la libertad. En este hecho radica, a mi entender, la misión histórica del socialismo, al luchar como doctrina y como sistema, por extirpar la explotación y sujeción económicas, la inseguridad y la ignorancia, y para establecer, en cambio, la justicia social, el bienestar y la libertad. En tal sentido, el socialismo no es un estadio previo al comunismo; es un fin y una culminación del desarrollo de la sociedad, en un sentido de mejoramiento y perfección. Si se preocupa del desarrollo material y de la industrialización como medio para conseguirlo, jamás trata de avasallar los planos social, político y cultural, bajo una tiranía estatal preocupada de manera exclusiva del avance industrial y del adelanto técnico, pues sería negar su aspiración máxima: el mejoramiento y ennoblecimiento del hombre y de las relaciones humanas. Así lo expresó magistralmente el periodista bolchevique Karl Radek, en estas palabras, a propósito de una obra de Boris Pilniak, en 1930: "pero la industrialización de un país, aunque se realice en un ritmo de tempestad, no es socialismo. Los cimientos del socialismo no consisten en la transformación de las cosas, sino en la de los hombres". Este cuidado del socialismo por el bienestar y la libertad del hombre, le confiere el valor ético del más alto ideal humano. Tiene razón, entonces, la escritora francesa Jeanne Hersch, en su libro "Ideologies et realité. Essai d'orientation politique", cuando escribe que los socialistas, aunque filosóficamente materialistas, "al perseguir como objetivo de su acción el fin de la esclavitud económica para que los hombres puedan ser libres y plenamente hombres, es decir, vivir por su espíritu, se podría sostener que son espiritualistas".

Marx y Engels durante toda su vida

combatieron intransigentemente las injusticias, y fueron enemigos implacables de todas las tiranías; exigían la vigencia de un auténtico régimen democrático y las más amplias garantías para la libertad de la persona. Su inmensa obra intelectual examina en forma científica las múltiples enajenaciones del hombre en la sociedad actual, causantes de su miseria, de su inseguridad y de su opresión. Marx escribió en la "Neue Rheinische Zeitung", el 15 de mayo de 1842: "el peligro vital para cualquier criatura reside en perderse a sí misma. Por lo tanto, la pérdida de la libertad es un peligro mortal para el hombre". Engels en "Fundamentos del comunismo", en 1847, afirma: "no seremos los comunistas quienes destruiremos la libertad personal y convertiremos al mundo en un enorme cuartel o reformatorio... No tenemos el deseo de comprar la igualdad al precio de la libertad". Y más tarde, en su obra capital, "Anti-Duhring", expresó que la sociedad misma no puede ser libre a menos que lo sea también cada individuo. Sólo con la supresión de todas las alienaciones, en un régimen socialista, se pondrá término a la explotación y a la servidumbre y se extenderá la libertad en un florecimiento sin fin. El socialismo, pues, es la liberación de la sociedad y del hombre, y el establecimiento, en forma real, de la libertad personal. ¿Es esto posible dada la triste condición humana? ¿El socialismo científico comporta una dosis demasiado alta de utopismo, a pesar de su crítica y rechazo del denominado socialismo utópico? Preguntas a las cuales es difícil dar una respuesta adecuada y, únicamente, con la experiencia de estos terribles años en medio de los cuales nos debatimos, ante la amenaza de desaparecer por la propia infamia del hombre, podremos saber si afirmamos su contenido y su ideal dándole una nueva perspectiva de progreso y paz a la humanidad, o si somos incapaces de lograrlo y desaparecemos envueltos en las nubes aniquiladoras de las bombas de hidrógeno...

VI

LO DICHO en forma tan escueta constituye un caudaloso y largo proceso, sembrado de contradicciones y dificultades, de avances y retrocesos. No es desacertada, a la luz de la experiencia histórica, esta observación del escritor laborista Richard Crossmann: "todo sistema económico capitalista o socialista degenera en un sistema de privilegio; todo partido político degenera en una agencia de empleos, a menos que sus dirigentes sean controlados por una oposición dentro de sus filas; toda iglesia se vuelve interés encubierto sin sus heréticos, y todo sistema político incluyendo la democracia, se osifica en una oligarquía. La libertad está siempre en peligro... a menos que una minoría quiera desafiar los privilegios de algunos y la apatía de las masas"... Es decir, en el largo y profundo proceso para alcanzar una nueva y superior etapa de desenvolvimiento económico, social, político y cultural, la fase socialista de la humanidad, por sobre clases, partidos y sistemas, se plantea el papel indispensable e insubstituíble del intelectual y escritor libres, como integrantes de esa minoría audaz que debe desafiar los privilegios de una casta; la apatía y el conformismo de las masas; los apetitos de las iglesias; los intereses de los partidos y las ambiciones de sus dirigentes; defendiendo, ensanchando y fortaleciendo las bases de la democracia genuina y la libertad, la crítica y la fiscalización; impulsando la instauración consecuente y legítima de esa nueva etapa y régimen de vidas.

A través de la historia, el intelectual y escritor libres, han resistido los desbordes del poder y del dogmatismo, y han colocado la verdad por encima de toda conveniencia personal, de todo interés mezquino de secta o de grupo. Por ejemplo, la brillante y valerosa contienda de los humanistas en defensa de la razón y de la tolerancia, en medio de los fanatismos religiosos y políticos en la época de la reforma y del absolutismo; la admirable y fructífera cruzada de los intelectuales y escritores del siglo XVIII, de la "ilustración", a pesar del despotismo y de la censura. En ese extraordinario siglo de las luces se tuvo una profunda "conciencia de los derechos de la inteligencia y de la importancia moral de los intelectuales"... porque se convirtieron en los abogados de la naturaleza y de la razón, de los valores eternos del hombre y del ciudadano, de su derecho a la libertad y a la felicidad; fueron los abogados del buen sentido y de la justicia. Se comprendió y respetó la eminente dignidad de las funciones del intelectual y del escritor libres, y se siguieron y

aplicaron sus doctrinas y enseñanzas.

En los trágicos años desde el término de la primera guerra mundial, la misión de los intelectuales y escritores libres ha aumentado, porque de nuevo nos hemos visto sumergidos en los más feroces fanatismos y en las peores contiendas ideológicas, como si fuera una nueva época de guerras de religión, de la mayor crueldad y violencia. Albert Camus, al recibir el Premio Nobel, expuso con claridad la misión del intelectual y escritor libres en la noble empresa por clarificar las conciencias y purificar la sociedad: "Pero en todas las circunstancias de su vida, obscuro o provisionalmente célebre, aherrojado por la tiranía o libre de poder expresarse, el escritor puede encontrar el sentimiento de una comunidad viva que le justificará a condición de que acepte, en la medida de sus posibles, las dos tareas que constituyen la grandeza de su oficio: el servicio de la verdad y el servicio de la libertad. Y, pues, si su vocación es agrupar al mayor número posible de hombres, no puede acomodarse a la mentira y a la servidumbre que, donde reinan, hacen proliferar las soledades. Cualesquiera que sean nuestras flaquezas personales, la nobleza de nuestro oficio arraigará siempre en dos imperativos difíciles de mantener: la negativa a mentir respecto de lo que se sabe y la resistencia a la opresión".

En la sociedad contemporánea su misión es tan necesaria en el seno de la sociedad demoburguesa como en el interior de las sociedades comunistas. En ambas debe luchar por despertar la conciencia del pueblo para combatir el poder y la opresión; en todas partes debe denunciar el abuso y la injusticia, estigmatizar el egoísmo y el privilegio; y debe oponerse a los fanatismos nacionalistas y a los sectarismos de partido. El intelectual bolchevique Anatol Lunacharsky, en su obra teatral "Don Quijote liberado", le asignó su rol específico cuando hace exclamar al idealista manchego: "Os prevengo que donde veo la opresión, aunque sea bajo el aspecto de una nueva justicia, allí me precipito a combatirla".

Es su función insobornable; no puede abdicar so pena de traicionar su vocación y su destino histórico. El escritor francés Jean Duvignaud ha señalado que los estudiantes e intelectuales constituyen un grupo especial que interviene en la sociedad para dotar de vida a una masa abandonada a la explotación y el silencio, para sacarla de la resignación y la indiferencia, y les asigna como característica el "complejo de Enjolras". Recuerda la novela "Los Miserables", en la cual Víctor Hugo presenta al estudiante Enjolras desempeñando un papel de maestro del obrero, entrenador de las masas e iniciador del mundo futuro, y como idealista y revolucionario lo hace morir combatiendo en la última barricada de un motín fracasado. En él personifica la misión y el martirio del intelectual libre. En la sociedad actual, son los casos de los intelectuales resistentes al nazismo hitlerista y al fascismo mussoliniano; al falangismo clerical de Franco; al estalinismo; al colonialismo y la persecución racial; a las tiranías castrenses al estilo de Castelo Branco y Onganía. En Francia; numerosos intelectuales y escritores sufrieron procesos y persecuciones por debelar los abusos de los paracaidistas de Massu, en Argelia; en España, por denunciar las inmoralidades de la censura policial y frailuna; en los Estados Unidos, por condenar los vejámenes de la discriminación racial; en la URSS, por solicitar la libertad de expresión. En las naciones comunistas su valiente contienda contra la dictadura y la mentira alcanzó épica grandeza en Hungría. En el congreso de escritores húngaros, celebrado en septiembre de 1956, no sólo afirmaron que la actividad literaria dependería en adelante de la conciencia e inspiración de los escritores; también proclamaron su independencia frente al Partido Comunista y colocaron la verdad por encima del partido. Fueron ellos, con su sedición, su actitud crítica y rebelde, quienes precipitaron los acontecimientos que culminaron en la heroica y trágica comuna de Budapest, en octubre-noviembre de 1956.

En nuestro país, el papel de la mayor parte de los intelectuales y escritores ha sido solidario del movimiento popular, de avanzada social. A comienzos de siglo varios escritores, artistas e intelectuales, animaron las veladas de ateneos proletarios, colaboraron en revistas y periódicos de los trabajadores y dieron vida a una colonia tolstoyana. El papel histórico de la famosa generación de 1920 quedó personificado en la figura de Domingo Gómez Rojas, poeta y luchador social, inmolado por la persecución torpe de un gobierno oligárquico y retardatario. Se-

gún el juicio de Eugenio González Rojas, escritor de aquella generación y eminente educador, "Gómez Rojas ha quedado como el mejor símbolo de aquella época y aquella generación. Tuvo de ellos, en su carácter y en su obra, el exaltado romanticismo, la patética osadía, el ardiente afán de plenitud humana, el visionario sentido de una vida superior de libertad, de justicia, de belleza".

La generación que libró una memorable contienda en contra del gobierno reaccionario de Alessandri-Ross y del virulento nacismo criollo, copia ridícula del hitlerismo alemán, posee una personificación gloriosa en la figura mártir del joven escritor y luchador social Héctor Barreto, asesinado por las bandas fascistas el 23 de agosto de 1936, a los veinte años de edad.

Héctor Barreto era un hombre de fina sensibilidad, seguidor atento de los sucesos políticos y con una honda preocupación por la creación literaria. Cuando niño, estudiante en el Instituto Nacional, había participado en las manifestaciones contrarias a la dictadura de Ibáñez; adolescente, se entregó por entero a la lectura, a la charla con amigos dilectos sobre los asuntos sociales y estéticos, y pronto empezó a escribir... Las tropelías sanguinarias del nacismo criollo amparado por la reacción de la época, asaltando locales obreros, atacando a los personeros y a las concentraciones populares, le conmovieron y sacaron de sus afanes literarios. Cuando arreció la magnitud de las luchas callejeras entre los nacistas y los militantes de la FJS, y la prepotencia criminal de las tropas de asalto llegó hasta el asesinato, en su propia casa y delante de su familia, de Manuel Bastías, comandante de la FJS en Concepción, Héctor Barreto se vinculó a ese organismo e ingresó a las filas socialistas. Los nacistas provocaron una nueva muerte: la de Gilberto Llanos, en La Cisterna. Frente a tan innoble crimen, Barreto exclamó: "yo pasaré a ocupar su puesto", y desde ese instante se sumó con pasión viril a la lucha por el socialismo, distinguiéndose por su trabajo abnegado y resuelto. Al mismo tiempo impulsó el estudio y la discusión de las doctrinas socialistas y no cesó de escribir. De esa época son sus relatos, algunos de los cuales constituyeron el volumen "La noche de Juan y otros cuentos", prologado e ilustrado por el pintor Fernando Marcos, su amigo y compañero. En su prólogo suministra valiosos datos sobre la vida y preocupaciones de Barreto, con detalles precisos sobre su asesinato a manos de una pandilla nacista.

A raíz de la cruel represión de Ránquil, contra campesinos hambrientos y esquilmados por latifundistas sin entrañas, en 1935, escribió Barreto una página estremecida. En ella dice: "nada querían ellos sino vivir. Eran alegres. Pensaban que nada mataría su vida o su alegría... Nada pedían ellos sino lograr de nuevo su día y su alegría. Pero los hombres del capital odian la alegría de vivir. La estrangulan siempre que pueden. La ahogan. A cosas tan brutalmente inhumanas y torpes sólo puede responderse de un modo, según la ley mosaica. Y el día está pronto y la verdad es que el color de la sangre no se olvida. Nada pedían ellos sino vivir... Paz para los caídos y los mártires. Paz...". Su frase "el color de la sangre no se olvida", fue elevada a categoría de consigna por la juventud socialista, y enarbolándola con arrojo y decisión derrotó a las mesnadas pardas del nacismo criollo.

Héctor Barreto, intelectual idealista y soñador, se agregó a los cuadros de la Federación Juvenil Socialista; trabajó y pereció trágicamente en defensa de sus ideales, sellando con su labor y su sacrificio la unidad de la acción política con el ideal artístico. En su cuento "La Velada", pone esta frase inicial: "nada importa, sino la vida del hombre". Condensa su asimilación del contenido humanista y revolucionario del socialismo marxista, y fue la norma de su lucha breve y mártir contra la explotación capitalista inhumana y la agresión terrorista del fascismo. La figura de Barreto constituye en nuestro país un ejemplo y símbolo de la lucha contra el fascismo y la dictadura y, a la vez, representa la unión indisoluble entre los hombres de acción y de pensamiento, entre los trabajadores manuales e intelectuales, con el propósito de transformar la realidad, cambiándoles sus bases materiales y abonando así el terreno para el crecimiento y fructificación de un auténtico hacer cultural.

La doctrina socialista, generosa y libertaria, recoge por un lado los anhelos de mejoramiento económico y progreso social de los pueblos, y, por otro, los altos ideales de la intelectualidad científica,

artística y literaria. Barreto al ingresar a las filas del movimiento socialista, encontró el clima adecuado a su responsabilidad ciudadana y a su condición de escritor. A poco de actuar cayó ultimado por las balas del nacismo criollo, pero su sacrificio se tradujo en un mandato ineludible para todos los intelectuales y artistas: sumarse a la contienda por la libertad y la democracia. No podían permanecer al margen de una batalla general y decisiva para los destinos de la cultura y de la vida. Desde entonces, los intelectuales socialistas persiguen la emancipación del hombre y de la cultura de la tiranía oprobiosa de las fuerzas retrógradas, sectarias y fanáticas, por ser enemigas de la justicia, de la libertad y de la tolerancia; pretenden concertar en una amplia unidad de labor y de propósitos a los escritores y artistas de América, como una avanzada generosa y clarividente en la lucha ineludible por la exaltación fraternal y pacífica de los pueblos americanos y la real solidaridad continetal. Al mismo tiempo, anhelan y persiguen el más estrecho contacto con todas las comunidades democráticas del mundo. De consiguiente, rechazan el chovinismo apasionado y estéril; el anexionismo y la tiranía, y propician la cooperación y el intercambio, sin trabas de ninguna especie, exigiendo sólo el respeto por los valores tradicionales de cada pueblo. Propugnan, como requisitos primordiales de su actividad creadora, la defensa y el respeto del hombre, de la verdad y de su libre expresión; el ennoblecimiento del hombre por medio de la seguridad económica y los derechos políticos; el repudio a la mentira y el engaño de doctrinas tortuosas, por la discusión y la crítica libres; el rechazo del dogmatismo mojigato, por la acción honrada y franca de la inteligencia, creando las bases necesarias e indispensables de una convivencia social y de una real creación científica, artística y literaria.

Barreto fue un combatiente activo por el socialismo y un escritor libre. Por eso, su breve creación literaria estuvo ajena a cualquier propaganda partidista. Se enraizó, únicamente, en su alma de artista rebelde y generoso. En este aspecto es, también, un ejemplo. Se mantuvo fiel a su vocación creadora por cauces propios y, a la vez, a su responsabilidad cívica luchando contra el fascismo en las filas del socialismo. Pero no confundió ambas zonas de su personalidad. Es que siempre los escritores, artistas e intelectuales socialistas han combatido el arte y la literatura dirigidos y domesticados; han resistido la intervención del Estado y de la censura, se han opuesto a quienes pretenden introducir a viva fuerza la política militante en las creaciones del arte y de la literatura, para transformarlos en propaganda partidista; han denunciado todo intento de utilizar la cultura con fines menguados, o como instrumento estatal para la exaltación de una doctrina, de un régimen o de un sistema. Hacen suyo este pensamiento de Ignacio Silone: "La verdadera dignidad humana exige libertad. El artista es capaz de dignidad, cuando es soberano de lo que hace".

Los intelectuales socialistas afirman que el arte y la literatura no pueden quedar al margen de los procesos y de los problemas de su tiempo. Deben examinar y reflejar la vida tal cual es, en su verdad más honda y sincera, y forjar una imagen honesta de su dinamismo múltiple y polifásico, que se expresa por el espíritu independiente, desinteresado, de los creadores de bien, de justicia y de belleza. Creen que el sentido profundo del arte y de la literatura es el de describir con valentía, honradez y crudeza la sociedad de su tiempo; señalar las injusticias y las bajezas, la estupidez y la crueldad de un mundo en crisis, poblado de contradicciones y de intereses opuestos a la dignidad del hombre, dentro de normas de libre interpretación y el servicio de la esperanza humana. Por eso repudian a quienes ponen su creación al servicio de una sociedad capitalista injusta, tratando de encubrir idealmente sus ruindades y sus miserias; y a quienes invocando los principios libertarios del socialismo, ensalzan la conducta esclavizadora y omnímoda del Estado totalitario, ocultando sus fines dictatoriales y antihumanos.

Los escritores, artistas y profesionales del socialismo, leales al espíritu noble y enaltecedor de su doctrina, tratan de estimular la libertad creadora, la libre discusión, la crítica abierta y fecunda, la tolerancia y la verdad, para entregar al pueblo un arte y una literatura de profundo contenido social e ideal humano, donde aniden la justicia, la ética y la pureza de sentimientos. Oponen a la violencia, la mentira y el fariseísmo, la esperanza en la liberación del hombre y la

realidad de un mundo mejor.

El papel de los intelectuales y escritores libres en la hora presente, es hacer de los trabajadores una clase consciente de su existencia, de su rol, de sus derechos. Su misión se justifica mediante la doble función de despertar las masas y de ponerse a la cabeza de la lucha entre las clases, del lado de las clases desposeídas contra los poseedores, junto a las clases desvalidas contra las oligarquías privilegiadas. Y por encima de esa doble función posee, además, la ineludible responsabilidad de denunciar el caudillaje político, el "culto de la personalidad" y el mesianismo político-clerical, porque llevan en forma inexorable a la instauración de sistemas despóticos, con censuras e inquisiciones, en los cuales se suprimen las garantías individuales y la autonomía de la persona, se destruye la libertad. Hoy día los partidos y los caudillos de tendencias totalitarias pueden persuadir por medio de los tremendos recursos de la propaganda moderna (radio, prensa, televisión, "asesores") de que sólo necesitan el líder y el partido indicados para satisfacer un determinado deseo colectivo. Esta propaganda no sólo altera los hechos y los valores, también transforma el lenguaje, y sobre la palabra semántica impone la palabra mágica, cargada de arrogancia, de desprecio, de furia y de odio, o, sencillamente, de mentira para desatar el miedo y el terror, el engaño masivo, preparando de tal modo el terreno para su victoria y su dominio. Esta propaganda se vale de una tristísima realidad, muy bien captada por Ernst Cassirer en su libro "El mito del Estado", donde manifiesta que la libertad no es una herencia natural del hombre, para poder poseerla tiene que crearla y es una conquista difícil; es más bien una labor, una exigencia, un imperativo ético; cumplirla, es cosa dura. Si el hombre siguiera simplemente sus instintos naturales, no se afanaría por la libertad; más bien elegiría la dependencia. Es más fácil depender de otros que pensar, juzgar y decidirse por sí mismo. La libertad, entonces, se considera a menudo una carga y no un privilegio. Ante circunstancias críticas, trata de librarse de esa "carga". De ello se aprovechan los caudillos y su propaganda para imponerse por medio de la demagogia, el engaño y el terror. Los nuevos partidos políticos mesiánicos, de corte totalitario, prometen una escapatoria al dilema: suprimen y destruyen el sentido de la libertad y, al mismo tiempo, eximen al hombre de toda responsabilidad personal. "El miedo de la libertad" conduce a la masa a gritar con felicidad estentórea "vivan las cadenas", sometiéndose a la tiranía y elogiando su esclavidad. El terror, la propaganda constante y la práctica de innumerables y severos ritos políticos mantienen en seguida al sistema.

El intelectual y el escritor libres, como adalides de la libertad, quienes nunca la temen y siempre batallan por conquistarla, defenderla y extenderla, deben desenmascarar aquella mistificación, aquella propaganda brutal y deshonesta, aquellos bárbaros y primitivos ritos políticos, junto a su acción incansable por dotar de conciencia lúcida a la masa, por sacarla de la apatía y el conformismo insuflándole el concepto de su responsabilidad.

Los intelectuales y escritores libres cumplen, pues, una misión civilizadora, de cambio y de progreso, verdaderamente revolucionaria.

J. C. J.

La lengua castellana en Chile[46]

El sabio investigador y reputado catedrático chileno, don Rodolfo Oroz, ha entregado al público una obra magistral: "La Lengua Castellana en Chile". Con este original estudio enriquece de manera sobresaliente su ya dilatada producción intelectual. Aparece patrocinado por el Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, e impreso, en forma esmerada, por la Editorial Universitaria. El autor lo dedica a la memoria de su "excelente amigo" el doctor Rodolfo Lenz, ilustre filólogo y profesor alemán, de fecunda labor en nuestra patria. El doctor Rodolfo Oroz goza de indiscutible prestigio en los círculos docentes y culturales nacionales e internacionales, sus investigaciones y opiniones son aceptadas como las de una autoridad especialmente competente y dotada, en todos los asuntos de filología, lingüística y literatura.

Don Rodolfo Oroz estudió y se doctoró en filosofía en la Universidad de Leipzig, en 1922. Al año siguiente se incorporó a la Universidad de Chile, y desde entonces ha servido ininterrumpidamente en su seno, desempeñando diversas cátedras, de preferencia latín y lingüística, y numerosos cargos de elevada responsabilidad, como los de director del Instituto Pedagógico y decano de la Facultad de Filosofía y Educación. En la actualidad, además de sus tareas docentes, es director del Instituto de Investigaciones Histórico-Culturales y de su Instituto de Filología anexo, director de la Escuela de Graduados y miembro académico de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Por otro lado, es director de la Academia Chilena de la Lengua, y por su acatado saber se le designó presidente del Instituto de Chile, organismo cultural superior del país, de reciente fundación.

El nuevo libro del doctor Rodolfo Oroz contiene una minuciosa descripción del castellano en Chile, tendiente a "reflejar de la manera más fiel y completa posible la fisonomía de nuestra lengua actual". En el prólogo lo expresa con estas palabras: "El presente estudio pretende, pues, señalar los rasgos esenciales del habla chilena, captados a base de una encuesta y confirmados, hasta donde nos fue posible, mediante los testimonios de la literatura nacional." La encuesta aludida se llevó a cabo, en forma acuciosa, de acuerdo con métodos científicos irreprochables, en los siguientes puntos del país: Iquique, Antofagasta, Copiapó, Ovalle, La Ligua, San Felipe, Putaendo, Los Andes, Limache, Valparaíso, Santiago, Conchalí, Rengo, San Vicente de Tagua-Tagua, Sewell, Graneros, Chimbarongo, Curicó, Talca, Talcahuano, Concepción, Los Ángeles, Angol, Contulmo, Valdivia, Puerto Montt, Ancud, Castro y Punta Arenas.

La enorme masa de datos obtenidos en esta cuidadosa empresa, clasificados y examinados científicamente; el manejo de innumerables obras características de nuestra literatura, muy representativas de la idiosincrasia nacional, para ilustrar los acuerdos formulados; y una inmensa bibliografía general y especializada sobre la materia, respaldan con fuerza poderosa el desarrollo y los resultados de esta obra notable. La erudición y pericia del autor, cuya autoridad en este campo de investigaciones es universalmente reconocida, quedan de manifiesto en la vastedad de su estudio, en la escrupulosidad de sus búsquedas correspondientes, y en la sagaz utilización de una nutrida bibliografía. La recompensa a tan laborioso y paciente esfuerzo yace en el logro exitoso de la estructuración de un libro admirable y, desde ahora, insustituible para el conocimiento del castellano en Chile. El trabajo del doctor Rodolfo Oroz posee un valor científico y literario indiscutible y, sin duda, en él ha alcanzado su culminación la serie constante de ensayos dedicados al tema a lo largo de muchos años, como por ejemplo: "El castellano de nuestros deportistas", 1927; "El uso metafórico de nombres de animales en el lenguaje

[46] OCCIDENTE julio 1967 N°188

familiar y vulgar chileno", 1932; "Sobre los sufijos de los nombres gentilicios chilenos", 1934; "El elemento afectivo en el lenguaje chileno", 1938; "Metáforas relativas a las partes del cuerpo humano en la lengua popular chilena", 1949; "Prefijos y seudo prefijos en el español de Chile", 1952-53; "La carreta chilena sureña", 1955; "Sobre los adjetivos derivados de apellidos en la lengua castellana", 1956-57, "Los chilenismos de José Martí", 1958; "La lengua de Pedro de Valdivia". 1959, y "El español de Chile", 1964.

En el prólogo, el doctor Rodolfo Oroz emite algunas afirmaciones previas de interés para la justa comprensión de su trabajo. A su juicio, del cotejo de su estudio con los datos proporcionados por anteriores investigadores, como Valentín Gormaz (1860), Aníbal Echeverría R. (1900), Rodolfo Lenz (1891) y J. M. Irarrázaval (1947), "comprueba que en el transcurso de los últimos cien años, prácticamente no se han producido alteraciones en la fonética chilena", y "por lo que atañe a las formas gramaticales, las variaciones son mínimas y difícilmente demostrables en relación con los cambios culturales, de los cuales serían probable indicio". En cambio, "la situación es diferente en el dominio del léxico, donde son más evidentes los reflejos de los principales caracteres del mundo actual en su continuo flujo." En la diferenciación de la lengua de hoy frente a las funciones de la lengua de ayer, juega un papel de gran importancia la influencia creciente de la prensa, verdadero taller lingüístico, de la radiodifusión y del cine. La "prensa diaria constituye, hoy por hoy, uno de los instrumentos más poderosos y responsables de transmisión de la lengua escrita, como lo es la radiodifusión respecto de la lengua oral. Y su influencia lingüística es decisiva, siendo para la gran masa de la población la única o la principal fuente de información cultural". Asimismo, la lengua de la publicidad es otra fuente de innovación, porque es ella la introductora de "extranjerismos y de acuñaciones muchas veces reñidas con los moldes de una tradición respetable". La vida económica e industrial y las condiciones sociales del país se reflejan en el vocabulario periodístico y en el de la administración pública, y a menudo, "la labor periodística y el lenguaje administrativo pueden influir también de manera negativa en el desarrollo de la lengua a saber, cuando el periodismo y el aparato administrativo no están en el plano superior de conocimiento de la norma lingüística".

En aclaraciones preliminares sobre el carácter y el límite de su estudio, precisa que en él no le han interesado los principios relativos a la corrección idiomática, "sino una descripción objetiva de los hechos lingüísticos, libre de toda pedantería"; y, también, ha prescindido de una comparación sistemática de los fenómenos lingüísticos observados en el país con los fenómenos similares comprobados en otras partes de Hispanoamérica, a fin de evitar una extensión desmesurada de su trabajo, y porque la dialectología hispanoamericana se encuentra todavía en una etapa meramente descriptiva, y solo en el futuro podrán ser utilizados los valiosos estudios monográficos descriptivos en síntesis provechosas. En cuanto a la norma culta del habla en Chile, su ideal de lengua corresponde, en lo esencial, "a la norma común a todo el castellano, o sea, a la norma peninsular".

Si se observan algunos desvíos de la pauta general española, "se trata, en nivel superior, de algo ocasional y siempre de fenómenos peculiares de niveles más bajos que surgen al nivel superior". En ningún caso constituyen, como en otras partes, "elementos integrantes y distintivos de una norma especial, propia de un "nivel superior regional". "Finalmente, no hay datos que autoricen para hablar de "normas geográficamente diferenciadas" en nuestro territorio, "y, si se quisiera establecer una norma culta, local, por ejemplo, la de la metrópoli, esta no sería diferente o inferior a la norma culta general". Concluye su prólogo explicativo con estas palabras: "nuestro propósito no ha sido, pues, ofrecer un estudio monográfico del "dialecto" de nuestro país, sino simplemente descriptivo de todos los rasgos que han podido comprobarse en los lugares encuestados a lo largo de todo el territorio."

En su introducción (páginas 14-52), trata de algunas generalidades acerca del español en América y los estudios sobre el español de Chile; de éste en la época de la conquista y colonización de Chile, la contribución de las lenguas indígenas, y las zonas lingüísticas de nuestro país. Respecto del peligro de fraccionamiento y disgregación de la lengua castellana en Hispanoamérica, como lo temió el ilustre Rufino José Cuervo, o de la aparición de otros fenómenos negativos para el porvenir de nuestra lengua en América que preocuparon a don Andrés Bello, y más tarde a Rodolfo Lenz, el doctor Rodolfo Oroz afirma: "El español de Hispanoamérica no ha llegado a fraccionarse ni llegará a formar nuevas lenguas regionales, pues ha evolucionado y seguramente seguirá evolucionando con tendencias paralelas a las del español peninsular, porque la estructura interna de la lengua ha quedado la misma." En lo relacionado con la polémica sobre "el andalucismo dialectal de América", y de la cual traza una acertada síntesis, llega a esta ponderada conclusión: "La verdadera base lingüística del español de América tiene que haber sido una lengua ya bastante nivelada, como lo era en España el castellano "general e interregional", en el cual no se acentuaba lo específicamente dialectal, pero tal vez con un leve fondo andaluz. En América, sin embargo, afloraron luego y se impusieron finalmente ciertas tendencias locales que junto con las nuevas modalidades de vida que el Nuevo Continente presentaba a los pobladores hispánicos y las que tuvieron que reflejarse en la expresión idiomática, dieron al español hispanoamericano su rasgo distintivo."

Los caracteres sobresalientes del español de América, señalados por los diversos estudiosos, son los siguientes: 1) un notorio vulgarismo en la pronunciación y el uso de ciertas formas gramaticales; 2) la conservación de numerosos arcaísmos, de orden fonético, morfológico y, sobre todo, léxico; 3) la adopción de indigenismos, casi exclusivamente en el vocabulario; 4) la creación de muchos neologismos.

El vulgarismo se originó en el hecho de que, en América, los "españoles hicieron predominantemente rústicas sus formas de vida, y de este modo se desurbanizaron, se aplebeyó su lengua. Pero mientras que en España se lograba reprimir o frenar las tendencias plebeyas, en América, ciertos rasgos vulgares o rústicos penetraron en todas las clases sociales." Tales condiciones cambiaron con el tiempo, y en "todos los países hispanoamericanos se lucha por reanudar la tradición culta que representa un ideal de lengua más ceñido a un nivel superior de cultura."

Un papel de gran importancia en el desarrollo del español en América, les correspondió a las lenguas indígenas, y por su influencia la lengua castellana adoptó un elevado número de voces autóctonas: del arahuaco (lengua de la isla de Haití) tomó palabras como éstas: ají, baquiano, batea, cacique, canoa, caoba, hamaca, maíz, tabaco, tiburón, etc.; del nahual (lengua de los aztecas): cacao, camote, chocolate, tiza, tocayo, tomate, etc.; del quechua (lengua de los incas): alpaca, cóndor, chacra, mate, pampa, papa, poroto, puma, zapallo, etc. En menor proporción contribuyeron el aimara, el guaraní y el mapuche.

En cuanto a los estudios del español en Chile, revista someramente la producción de sus especialistas desde Andrés Bello hasta Rodolfo Lenz, cuya llegada a nuestra tierra "señala un hito importante en la historia de los estudios del español en nuestro país". Respecto del desenvolvimiento histórico del castellano en el suelo chileno, destaca que el español traído por el conquistador y colonizador de Chile, don Pedro de Valdivia, era el corriente de la época y, luego, el lenguaje de algunos de los documentos literarios criollos, como el "Arauco Domado" de Pedro de Oña, y de otros, no se diferencia esencialmente del español literario de la metrópoli, salvo en el uso de algunos indigenismos.

Si todavía se discute el alcance de la influencia de la conquista de los incas entre los aborígenes chilenos, por lo menos en lo concerniente a su lengua se comprueba una propagación de vocablos de ese idioma,

tanto en la toponimia desde el norte hasta la provincia de Santiago, como en la propia lengua araucana, la que adoptó numerosas voces quechuas. Enseguida, los conquistadores españoles utilizaron y diseminaron una apreciable cantidad de quechuismos, los cuales pasaron a la lengua nacional chilena. Por otra parte, el doctor Rodolfo Oroz adhiere plenamente, tanto en su formulación como en sus conceptos generales, a este juicio de A. Alonso: "En suma: no hay que descartar la probabilidad de que el araucano, ya como sustrato, ya como adstrato, haya dejado alguna huella en el chileno, sobre todo en las melodías y en los juegos rítmicos; pero en el sistema fonético, conjunto de articulaciones sistemáticamente relacionadas como un juego de valores, no ha impuesto influencia alguna."

Según la encuesta ya mencionada, se comprobó, para la lengua popular, la existencia de cuatro zonas lingüísticas fundamentales: la nortina (provincias de Tarapacá, Antofagasta, Atacama y Coquimbo); la central (provincias de Aconcagua, Valparaíso, Santiago, O'Higgins, Colchagua, Curicó y Talca); la sureña (provincias de Maule, Linares, Ñuble, Concepción, Arauco, Biobío, Malleco, Cautín, Valdivia, Osorno, Llanquihue y Magallanes), y la zona de Chiloé (provincias de Chiloé y Aisén).

En la parte dedicada a la Fonética (páginas 53-198), realiza el análisis detenido de todos los fenómenos propios de la pronunciación chilena, cuyas principales características coinciden con las que son comunes a casi toda América y gran parte de España, en particular de Andalucía, y, fonológicamente, se anotan escasas diferencias entre el español de Chile y el peninsular; el yeísmo y el seseo son los únicos hechos fonológicos de consideración, por los cuales se diferencia el español de Chile del de la península. La pronunciación chilena tiene, igual que la de otros países americanos de habla española, semejanza con la andaluza. Y en el lenguaje oral chileno "tenemos que distinguir, desde luego, entre la pronunciación de la clase culta y la del pueblo, aunque en estos dos grupos caben aun, como en todas partes, numerosas variedades. Las personas educadas y cultas de Chile emplean la lengua general de Castilla con algunas peculiaridades, pero procuran siempre ajustarse a las normas de la lengua literaria".

En la parte concedida a la Morfología (páginas 199-369), después de un largo y técnico análisis, concluye así: "En comparación con los cambios articulatorios, las variaciones de orden morfológico son de escasa monta, consideradas a la luz del uso normal del español. Los casos de mutación que suelen darse en el habla chilena en este campo no alcanzan carácter de regularidad en ninguno de los niveles sociales en que se producen: pertenecen, al igual que la mayoría de los fonéticos, casi exclusivamente a los sectores populares e iletrados. Hay, sin embargo, uno que otro caso que se observa también en el habla de grupos sociales superiores. Obedecen, por supuesto, estos cambios a las mismas razones que causan idénticos fenómenos en otros idiomas; es decir, se trata, en general, de cambios asociativos o analógicos. Los morfemas más comunes raras veces sufren alteraciones. No obstante, se producen con alguna frecuencia cambios idénticos debidos a confusiones de morfemas semejantes."

A continuación, sigue la parte que se refiere a la Sintaxis (páginas 370-402), y, finalmente, la consagrada al Vocabulario (páginas 403-471). Esta última es de un fascinante interés; de valor práctico, inmediato y de utilidad indispensable. El "rasgo más distintivo de las hablas hispanoamericanas no reside tanto en las peculiaridades fonéticas y gramaticales como en las de su léxico", pues la lengua renueva constantemente su vocabulario. Sin embargo, en el caso de Chile, se ha hecho notar con frecuencia la suma pobreza del léxico del término medio de sus habitantes en comparación con el hispanohablante de otros países. Comenta don Rodolfo Oroz: "Gran culpa de ello tiene los colegios, en los cuales no se da la debida importancia a los ejercicios correspondientes. Por eso, los escolares, alumnos de segunda enseñanza e incluso universitarios, recurren a menudo a muletillas que les ahorran todo esfuerzo mental de buscar la

palabra justa para un objeto preciso. Así es muy común oír en esos ambientes -y en otros de personas de mediana o escasa cultura- la voz cuestión (en esferas bajas custión) que desempeña casi todos los ministerios: pásame esta cuestión, aludiendo, por ejemplo, al bolsón de libros; no traje esta cuestión, refiriéndose a un objeto cualquiera. Siempre se trata en estos casos, de una cosa concreta. Un uso parecido tiene también el vocablo payasada (payasá)... Para asuntos de mayor categoría, cuando se llega a las esferas de lo abstracto, el chileno común también tiene un vocablo que lo salva de situación embarazosa: problema. Para nosotros casi todas las materias de carácter inconcreto constituyen "problemas" convirtiéndose todo -podría pensarse- en rompecabezas, complicaciones y dificultades, lo que no es así, en verdad". Y en el vulgo chileno su acervo léxico se reduce, en último término, a dos voces obscenas, a las cuales, según las inflexiones, se les da los más variados contenidos semánticos.

A continuación, se detiene en el examen de los tres elementos lingüísticos fundamentales del léxico chileno: el español, el aborigen y el extranjero (o sea, el aporte no hispánico de diversas naciones). Primeramente, describe algunas de las voces de procedencia india, de mucho uso en casi todo Chile, de origen quechua y de origen araucano; y en cuanto al elemento español, procede a la enumeración de las voces y acepciones nuevas de las diferentes esferas: el vocabulario de la política, del hipismo, del ejército y la marina; de la agricultura, minería y pesca, y de los regionalismos léxicos.

Al exponer e interpretar las voces nuevas y las acepciones metafóricas usadas en el lenguaje popular chileno, el doctor Oroz acuña dos observaciones sugerentes..."El habla chilena, como la de los demás países hispánicos de América, tendrá siempre su peculiaridad frente al habla peninsular, debido a su nota afectiva distinta en que se acrisoló el mestizaje, todo el drama de la conquista, la colonización, la independencia, el surgimiento de la conciencia de una nación"... y "nuestro pueblo posee una imaginación viva y tiene la visión clara; rehúye en lo posible las abstracciones, valiéndose constantemente, en el lenguaje afectivo, de imágenes extraídas de la realidad concreta. En general, su lenguaje está lleno de colorido, realismo y relieve, revelando un espíritu chispeante, ingeniosidad y espontaneidad; también es mordaz e irónico, pero su mordacidad e ironía no son ofensivas, sino risueñas''. Los elementos extranjeros en el vocabulario chileno son numerosos e incorporados en diversas épocas: "entre las naciones que han suministrado vocablos a nuestro léxico, figuran principalmente Francia, Inglaterra, Estados Unidos de Norteamérica e Italia. Estas son las que en la vida económica de Chile ocupan un puesto preponderante, habiendo creado o dado impulso a importantes industrias y ramas comerciales." De las naciones latinas la influencia más poderosa corresponde a Francia, país de apreciable gravitación en la cultura, política e ideología de los chilenos, y "predominan las voces francesas en todo lo que dice relación con la vida social y cultural refinada; las inglesas en aquello que se refiere a la vida práctica, deportes especialmente. Las palabras alemanas son muy escasas. Del italiano, además de los términos de música, la voz mafia". Suministra una nutrida lista de los extranjerismos de uso frecuente en política y la vida institucional, en la vida social, en el movimiento obrero, en el periodismo y la propaganda, en el teatro y la radiotelefonía, en la cinematografía y la música, en los bailes y juegos de salón, en los deportes, en la aviación, en el transporte, en el comercio, en sus diversas ramas, en las comidas y bebidas, en la vivienda y construcciones, en el mobiliario e instalaciones, y en la vestimenta y modas.

Un Apéndice contiene los nombres del dinero en la lengua popular; los sinónimos y expresiones figuradas; la fraseología popular chilena, y los dichos populares eufemísticos.

En esta reseña, realizada por una persona ajena a los dominios de la filología y la lingüística, con el único propósito de realzar la riqueza de la obra del doctor Rodolfo Oroz, creemos exhibir, en parte, la

trascendencia de su nuevo libro: “La Lengua Castellana en Chile”. Es un volumen indispensable en la mesa de trabajo del escritor y del profesor, del político y del periodista, del locutor y del estudiante. Su aparición es de incitante oportunidad y su manejo, inexcusable obligación para todos los hombres cultos de Chile. Leerlo significa aumentar nuestro acervo idiomático y penetrar, al mismo tiempo, en lo más profundo del alma chilena para obtener una mejor comprensión de sus características y peculiaridades, y lograr un más acabado conocimiento de su idiosincrasia auténtica.

Discursos y ensayos sobre Andrés Bello[47]

Con motivo de la conmemoración del centenario del fallecimiento de don Andrés Bello, primer Rector de la Universidad de Chile, la Facultad de Filosofía y Educación hizo imprimir un volumen con los discursos pronunciados en los actos oficiales y una serie de ensayos, especialmente preparados, a cargo de catedráticos competentes, sobre los aspectos más singulares de la múltiple actividad del egregio sabio y educador. Es un medular volumen, de 326 páginas, enriquecedor de la amplísima bibliografía sobre la personalidad de Andrés Bello. A partir de este instante pasa a ser una publicación esencialísima para el cabal conocimiento y la adecuada comprensión de la prodigiosa obra del ilustre caraqueño-chileno. Lo integran tres discursos de gran hondura interpretativa: del actual Rector de la Universidad de Chile, don Eugenio González Rojas: “Andrés Bello y la Universidad de Chile”; del Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, don Julio Heise González: “Acción y pensamiento de Bello”; y de Roberto Munizaga Aguirre: “Actualidad de Bello para una moderna reorientación de la enseñanza en Latinoamérica”; y seis ensayos originales, eruditos y novedosos, de Guillermo Feliú Cruz: “Los primeros contactos de Bello con Chile”; de Rodolfo Oroz: “Andrés Bello, imitador de las bucólicas de Virgilio”; de Ricardo Donoso: “Bello en el Senado”; de Gastón Carrillo: “Actualidades de la gramática de Andrés Bello”; de Graciela Mandujano: “Consideraciones sobre la obra educativa de don Andrés Bello”; y de Julio César Jobet: “Las ideas educacionales de don Andrés Bello y su labor en la Facultad de Filosofía y Humanidades”.

El volumen es de una importancia extraordinaria para abarcar y entender el significado de la empresa educacional, jurídica, literaria y cultural de don Andrés Bello, y cada ensayo aporta valiosos elementos a una visión integradora de su inmensa y sorprendente obra. No cabe sino felicitar a la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile por el estímulo y patrocinio de estos selectos estudios

En cuanto a la trascendencia de la actividad y de la producción intelectual de Bello, el magnífico ensayista Mariano Picón-Salas, (venezolano, formado en nuestra Universidad), ha escrito estas justísimas líneas: “unió como ningún otro letrado la vieja tradición española con los nuevos impulsos que desde la Revolución y el Romanticismo empezaron a configurar el alma moderna. Abrió al trato intelectual de otras naciones y otras culturas el entonces cerrado mundo hispanoamericano, con la misma decisión que los héroes de la independencia lo abrían al trato político. Su seria erudición, su sosiego, su don de análisis, su ponderado juicio, sabían canalizar el frenesí. Toda su obra parece así un compromiso entre la tradición y la modernidad”.

Andrés Bello fue un hombre de su tiempo, dotado de un espíritu abierto, innovador y liberal en el campo de la cultura. Su pensamiento filosófico y educacional se nutrió en diversas fuentes: en su juventud tradujo la “Lógica” sensualista de Condillac; leyó a los grandes representantes del humanismo renacentista y a los escritores del siglo XVIII; estudió a Descartes, Locke, Hobbes, Hume, Berkeley, Cousin y Constant; y en

[47] OCCIDENTE N°189, agosto de 1967

Inglaterra, profundizó la escuela escocesa (Bentham, Mill). Según su definición, la educación "es la que enseña los deberes que tenemos para con la sociedad como miembros de ella, y los que tenemos para con nosotros mismos, si queremos llegar al grado de mayor bienestar de que nuestra condición es susceptible..." O sea, la educación junto con estimular el perfeccionamiento individual desempeña una función social delicada, porque el individuo posee obligaciones con la sociedad.

Bello propiciaba la extensión de la educación y, en especial, de la primaria, defendiendo la necesidad de instruir a las "clases inferiores", por medio del aumento de las escuelas públicas, el establecimiento de escuelas dominicales y el reparto de textos adecuados. Su pensamiento ilustrado, liberal-burgués, queda de manifiesto al auspiciar el incremento de la enseñanza primaria en relación con la función social desempeñada dentro de la colectividad en cuyo seno existen clases sociales separadas, con intereses antagónicos, es decir, clases superiores y clases inferiores, y "estas clases, como las más numerosas y las más indigentes, son las más que exigen protección de un gobierno, para la ilustración de su juventud. Mas, como sus necesidades sociales son diferentes, y como su modo de existir tiene distintos medios y distintos rumbos, es preciso también darle, una educación análoga a esta situación particular ..." La educación debe amoldarse estrictamente a las diferencias sociales, y con un contenido de utilidad práctica respecto de las clases inferiores, a fin de mantener su estado y su desempeño de las funciones más pesadas de la colectividad.

Bello exhibió una preocupación constante por el cultivo y fomento de las ciencias naturales, pero tras su espíritu científico y su fe en la importancia de la enseñanza de los ramos científicos, se ocultaba un fuerte conservantismo social. Su reconocimiento del papel de la enseñanza partía de la aceptación, como una realidad natural, de la existencia de una clase superior, la de los propietarios, llamada a dirigir el gobierno y, por lo tanto, a obtener la mayor cultura; y la clase inferior, de los pobres, a la cual era indispensable darle una mínima instrucción por medio de la extensión de la educación primaria.

El historiador don Miguel Luis Amunátegui ensalza las aspiraciones educacionales de Andrés Bello, tanto por su contenido intrínseco como por su valor histórico, por cuanto las exponía en una época en la cual todavía predominaba el criterio de la Iglesia docente, heredado del régimen colonial. En el sistema escolar impuesto por España, su magisterio estaba formado por hombres de iglesia: su enseñanza impregnada de escolasticismo y avasallada por las prácticas eclesiásticas; los rezos y ritos de devoción ocupaban tanto o mayor tiempo que los estudios, semejando los colegios a conventos o claustros frecuentados por aspirantes al sacerdocio y no por hombres destinados a vivir en el mundo. Bello, aunque era católico y manifestó siempre respeto por la religión y le asignaba valor a la instrucción religiosa, dentro de un plan racional de estudios, protestó con energía en contra de ese atrasado régimen escolar. Respecto a este punto era clasificado por muchos coetáneos entre los sospechosos de impiedad, pues quería "una instrucción religiosa en que se dé menos importancia a las prácticas exteriores, al culto meramente oral, a las explicaciones de pura fórmula, al misticismo, a las autoridades ascéticas; y en que ocupen el primer lugar, las grandes verdades morales, el homenaje del corazón y el ejercicio habitual de la justicia y de la beneficencia".

El liberalismo intelectual de Bello se manifestó con nitidez en su tenaz campaña librada en contra de la censura a la internación de libros; (y a raíz de sus artículos se mitigó mucho, pero no se abolió sino con el decreto del 31 de julio de 1878), en el fervor puesto en pro de la difusión de las ciencias naturales y en la atención primordial al estudio de las ciencias físicas. Bello, colocado en su época y ante su circunstancia, sobresale como un gran civilizador, a través de su constante actividad educacional y de su reformismo

jurídico. Difundir la cultura, organizar un sistema de enseñanza eficiente y eliminar el caos de la atrasada legislación vigente, fueron los anhelos inalterables de su quehacer fecundo, con el objeto de dotar a nuestra naciente República de instituciones y formas de convivencia renovadas, en concordancia con las exigencias de la realidad creada por la independencia nacional. Fue un apóstol del progreso. Y su obra cobra caracteres egregios por sus resultados positivos y por haberlos obtenido en medio de un ambiente cargado de indiferencia y de resistencia a su empresa. En el campo educacional sostuvo una posición humanista amplia, en el sentido de implantar un sistema en el cual se fundieran las humanidades clásicas, como nexo con lo más valioso de la tradición, con las ciencias físicas y naturales, indispensables por las nuevas realidades creadas por el desenvolvimiento industrial y el avance científico. Al mismo tiempo, proclamaba la necesidad de instruir a las clases populares y señalaba la trascendencia de la educación primaria, a la cual agregaba, en su plan de estudios, elementos de las ciencias. Para él no podían separarse, en un sistema educacional idóneo, las asignaturas literarias cuyo foco es la vida del hombre, de las disciplinas científicas, cuyo centro es el estudio de la naturaleza.

Bello presenció en Europa, (en su permanencia de diecinueve años en Inglaterra), la declinación del humanismo clásico, exclusivamente literario, y el ascenso de un realismo científico renovador, acorde con las nuevas exigencias de un profundo proceso de cambio económico, social y educativo. De ahí el robustecimiento de su concepción humanista-científica y la insistencia, en sus numerosos artículos, en exponerla y propinarla. Desgraciadamente, el marcado escepticismo respecto de la eficacia de la educación como medio para promover el adelanto de la sociedad, predominante en la clase superior del país, y la resistencia cerrada a la enseñanza de los ramos científicos, tanto de la aristocracia como de la Iglesia Católica, no permitieron que las ponderadas ideas de Bello prosperaran. En la época de su rectorado no se pudo dar vida a un sistema educacional nuevo, en conexión con las necesidades del país y de una actitud previsora, y no se hizo sino injertar sobre la base colonial española, latina y escolástica, algunos elementos del sistema francés, no adaptados a la rudimentaria situación republicana. A la instrucción primaria se la descuidó completamente, salvo en el período de don Manuel Montt; no se estableció su obligatoriedad ni se la dotó de recursos especiales (como trató de conseguirlos el propio don Manuel Montt), vegetando durante un siglo, con muy pequeños períodos de impulso, hasta 1920, cuando se dictó la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria. La educación secundara se la redujo a las humanidades clásicas, (filosofía, historia, literatura, religión, idioma patrio), centradas en el latín; se impuso un humanismo literario, un tanto añejo, que por la importancia desproporcionada del latín y de los ramos dialéctico-literarios, adquirió un carácter escolástico, retórico y verbalista, desvinculado de las cosas y de los problemas de Chile. Bello, a pesar de su pensamiento moderno y de su defensa de la enseñanza de las ciencias físicas y naturales, se vio obligado a moverse en el sistema impuesto. Por eso se equivocan quienes afirman que la enseñanza es la causa de nuestros males y de nuestra inferioridad económica. Al contrario, el sistema educacional del país es el resultado del sistema económico-social y político oligárquico, subordinado a la penetración imperialista, caracterizado por su profunda diferenciación de clases y desigualdad de rentas, el cual obstruye e impide una reforma educacional integra y democrática. Cada sistema educacional refleja los rasgos y las limitaciones del régimen económico y social sobre el cual reposa y del cual es la expresión. En la actualidad vivimos una etapa de acelerados cambios socioeconómicos y marchamos hacia el establecimiento de un régimen democrático integral de completa igualdad social y política de los individuos; caminamos hacia la instauración de una democracia económica, social y política, por la acción sostenida de las clases trabajadoras. Este proceso revolucionario plantea el otorgamiento a todos de iguales oportunidades de desarrollo de sus capacidades y de actuación social y política. La vida y el gobierno actuales son posibles, únicamente, con la participación de todos con

idénticos derechos y deberes. Una sociedad democrática, igualitaria y justa, propia del socialismo, en la que se restituya su dignidad al hombre, reclama una educación integral, científica y técnica, sobre la base de una completa fusión entre el espíritu democrático, que es el de confianza en el hombre, y el espíritu científico, que es el de búsqueda imparcial de la verdad.

Don Andrés Bello respondió con inteligencia, fervor y abnegación al desafío de su tiempo. Su ejemplo y su labor merecen permanente respeto y simpatía; y sus obras son fuentes inagotables de ideas creadoras y de enseñanzas útiles aun para las exigencias de nuestro dramático momento histórico.

La lectura de este grueso volumen: "ANDRES BELLO (HOMENAJE DE LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y EDUCACION DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE)", nos permite abarcar muchos aspectos relevantes de la inmensa personalidad y de la múltiple producción intelectual del sabio venezolano-chileno a través de la pluma erudita y penetrante de un selecto grupo de catedráticos y escritores nacionales. Nosotros nos hemos permitido señalar únicamente su singular contribución al avance de la enseñanza chilena.

Principios de la educación[48]

Comentario en torno a la profunda obra de Roberto Munizaga Aguirre. "Educación y vida se confunden". La educación como proceso de transmisión de cultura y reconstrucción de experiencias.

El catedrático Roberto Munizaga Aguirre con una larga y fecunda trayectoria docente, actual director del Departamento de Ciencias Sociales de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile ha conquistado un lugar preponderante entre los ensayistas chilenos. Especializado en los asuntos educacionales, posee una producción abundante y de gran calidad conceptual y literaria. Cada una de sus obras exhibe un seguro dominio del tema abordado y un sabio equilibrio para unir una rigurosa información técnica y un amplio manejo de las ideas filosóficas y científicas de acuerdo con las más modernas investigaciones y conclusiones. Dotado de un admirable poder de síntesis, sobresalen, al mismo tiempo, su claridad de estilo y su poderosa lógica expositiva. La lectura de sus interesantes ensayos nos adentra en profundidad en las materias tratadas; nos ilustra y orienta; nos lleva a la reflexión seria por medio de continuos puntos de vista originales y estimulantes.

Entre sus publicaciones hemos leído: "La Facultad de Filosofía y la evolución pedagógica en Chile" y "Educación y Política", de 1943; "Filosofía de la Educación Secundaria", 1947; "Algunos grandes temas de la filosofía educacional de don Valentín Letelier", 1952; "El Estado y la Educación", 1953; "En torno a Sarmiento. (La educación en el mundo subdesarrollado)"; "Libertad de cátedra y libertad de investigación", 1964; y "Sentido, forma y función de la Universidad en Latinoamérica", 1965. "Principios de Educación" es un volumen de agradable lectura, porque los problemas enfocados y las ideas expuestas lo están en un severo ordenamiento y un atrayente desarrollo, propios de un escritor y de un pensador de muy calificada competencia. El autor explica en sobrias palabras el objetivo de su libro: "Este ensayo de "Principios de Educación" tiende a reducir los problemas pedagógicos a sus términos más simples, sin que ello implique eludir su auténtica complejidad. Conscientes de lo que importan las exigencias del especialísimo científico en nuestro tiempo, con su inevitable orientación centrífuga y dispersiva, aspiramos a recuperar un ordenado equilibrio: el de un punto de vista filosófico, sinóptico y totalizador, que nos reintegre

[48] OCCIDENTE N°190, septiembre de 1967

centrípetamente, al núcleo de los grandes principios fundamentales que dan eficacia y sentido a todo el hacer pedagógico".

Los grandes temas de un curso de "Principios de Educación" son: Significado de la educación y de la escuela; del método; de la materia de estudio; y los fines de la educación.

Respecto del significado de la educación, después de determinar el hecho educativo y exponer sus principales conceptos científicos, arriba a esta conclusión: "La educación es siempre, y correlativamente, por una parte, un proceso de transmisión o conservación de la experiencia y, por la otra, de reconstrucción o renovación de la vida. El interés social, sobre todo en las comunidades tradicionales, consiste en defender un patrimonio cultural inmóvil. El mundo de hoy, en cambio, pone el acento sobre una reconstrucción de la vida. En todo caso, la educación, desde el punto de vista del individuo que crece, es siempre una reconstrucción de la cultura que le es dada como "hecha". La posibilidad de una mayor o menor transformación social depende, por una parte, de la naturaleza de los ideales sociales —estáticos o dinámicos— y, por la otra, de la riqueza y originalidad de las capacidades innatas del individuo. Al insistir sobre los conceptos de la educación como transmisión y como reconstrucción de la experiencia, queremos destacar que ellos son orientaciones fundamentales del espíritu, que de inmediato colorean y definen cualquiera situación pedagógica, de la escuela primaria a la Universidad".

Todo el problema de la moderna renovación de la vida puede plantearse como un asunto de equilibrio entre la educación refleja y la educación formal. Y, paradójicamente, la nueva escuela, al renovar sus técnicas de enseñanza, se propone por una parte desformalizar la educación formal, y, por la otra, en cierto modo, sistematizar la educación refleja. Así, la reorganización metodológica de las diversas asignaturas no es sino una tentativa para desformalizar las materias de estudio y, al revés, un ensayo para utilizar ordenadamente las experiencias de ese género que la vida ha ido depositando en los alumnos. Todo tiende a encontrar siempre un equilibrio entre la educación refleja y la educación sistemática, en un proceso de búsqueda constante de la fórmula exacta de un nivel metodológico.

La escuela, según una síntesis esclarecedora de Munizaga, es herramienta para dirigir adecuadamente el crecimiento de las generaciones nuevas. Su posición es la de un órgano intermediario entre la sociedad ya formada, y el individuo en formación. Frente a la sociedad, su misión consiste en conservar el pasado, preservar el presente y promover el progreso hacia el futuro: transmitir la cultura. Frente al individuo, su papel consiste en iniciarlo en los misterios de la vida común, despejarle la incógnita de la civilización: ayudarlo a reconstruir en sí mismo la cultura. Las funciones típicas de la escuela, según J. Dewey, son: simplificar el medio ambiente social, purificarlo e idealizarlo, homogeneizarlo, integrarlo y cohesionarlo. La educación es una función social y, más específicamente, una gran tarea propia de la nación. A este respecto se pregunta el autor: pero ¿lo es en igual medida, una función del Estado? ¿Puede definirse el Estado como docente? Tema sujeto a controversia, lo analiza y clarifica pasando revista a las concepciones anarquistas, liberal y estatista (el Estado como un fin en sí, ante cuya jerarquía todos los demás son simples medios, lo que suele designarse con el nombre de totalitarismo). En la actualidad, la tendencia predominante de la vida social lleva a multiplicar las funciones del Estado, como órgano de dirección y de servicio de la comunidad, y su papel creciente es defendido tanto en el pensamiento socialista como en el de las democracias organizadas, sin identificarse con la concepción estatista o totalitaria. El Estado, en el fondo, no es sino el esqueleto institucional, el centro coordinador, director y consciente de su vida: el eje organizador de la sociedad misma. La educación entonces tiende a transformarse en todas las naciones modernas en una función del Estado, vale decir, en un instrumento para la organización de la vida nacional.

La escuela es solo un instrumento, un medio, nunca un fin en sí; y la importancia de su obra depende del sistema de fines o valores a cuyo servicio se encuentra, lo cual equivale a reconocer que la nación y el Estado tienen que vitalizar la escuela con una filosofía coherente para que su valor no se realice al azar, desprovista de sentido y de eficacia.

La historia del progreso de la enseñanza en Chile se encuentra ligada al concepto de la responsabilidad del Estado en su orientación y fiscalización. La idea del "Estado docente" es uno de los elementos fundamentales de la tradición pedagógica nacional. Si en verdad ha sido combatida por un sector de la ciudadanía esgrimiendo en forma tendenciosa para oponérsele la "libertad de enseñanza", tratando de establecer una irreductible antinomia entre la libertad y la planificación, y aspirando a identificar a esta última con el espíritu totalitario, la mayoría de la nación ha defendido y mantenido el concepto y la política de que "la educación es una atención preferente del Estado" y su funcionamiento ha supuesto una conquista a firme de la democracia chilena. Dice Munizaga: "durante largo tiempo combatida, en virtud de ambiguas y extemporáneas consideraciones teológicas —algunos espíritus superficiales han pretendido invalidarla como "arcaica" y propia solo del siglo XIX— la idea del "Estado docente" recupera hoy toda su vitalidad de "idea-fuerza" como necesidad de los países subdesarrollados, que aspiran a conquistar su liberación económica y cultural".

Entre las principales conclusiones de su erudito examen sobre el significado de la educación y de la escuela, se destacan las siguientes: "1. Educación y vida se confunden. La educación no es más que el esfuerzo de la comunidad por perseverar en su esencia. 2. La educación se encuentra sometida a un doble determinismo, por una parte, bio-psicológico, y, por la otra, histórico social. La educación se halla limitada en sus posibilidades y en su eficacia por lo cual es tendenciosa malevolencia responsabilizar a la escuela y al maestro de todos los vicios y defectos de la sociedad. 3. Desde el punto de vista de la sociedad, la educación es siempre un proceso de "transmisión de la cultura". Desde el punto de vista del individuo que aprende, ella es siempre un proceso de "reconstrucción de la experiencia". Pero ambos son correlativos e inseparables. 4. La educación formal deriva de la refleja y de ella recibe la mayor parte de su sentido. La escuela es una institución siempre derivada y dependiente, nunca un instrumento autónomo, original y libre. 5. El maestro es un simple intermediario entre la sociedad y las generaciones nuevas. En todo lo que se refiere a la tarea escolar su actitud se encuentra condicionada por esa doble y contradictoria situación: el profesor complaciente que a veces puede deshonrarse haciendo demagogia con sus alumnos, descuida los intereses superiores de la nación. El maestro rigorista, preocupado solo de cumplir las normas reglamentarias, desatiende el "caso" humano, singular y único, del niño en crecimiento. 6. Las materias, los métodos y los fines de la enseñanza se encuentran, en cierta manera, dados en la estructura misma del fenómeno educativo. 7. La pluralidad de conceptos sobre educación corresponde a la diversidad de doctrinas filosóficas, es decir, a las diversas representaciones que es posible hacerse de la vida de los individuos y de la organización de la sociedad".

Al examinar los distintos niveles educativos parte de la afirmación de que uno de los grandes temas de la nueva educación, y, tal vez, su único y apasionante problema real, es el de las relaciones entre la educación general y la especial; el asunto de fundir el espíritu liberal de las humanidades clásicas con el contenido utilitario de las técnicas, es decir, armonizar teoría y práctica, cultura y trabajo. En cuanto al significado de la educación primaria, después de trazar un breve cuadro de su evolución, muestra cómo en la actualidad la escuela elemental meramente alfabetizada, tiende a ser superada por una auténtica formación cívica y ciudadana. La educación primaria, ahora, persigue una preparación para una vida completa, con sus fines específicos de preparación para la salud, la vida del trabajo, la vida familiar, la vida cívica, y el buen empleo

del tiempo libre. Respecto de la educación secundaria, expresa cómo tradicionalmente ha ocupado un lugar propio en la organización general de la enseñanza, opuesta a la educación primaria, que es solo información y adiestramiento, por la idea humanista de ''formación"; y a la educación técnico profesional, que es especialización utilitaria, por su idea de generalidad estricta. A ambas, por su fundamental desinterés. Frente a la Universidad aparece como un simple vestíbulo, lo cual explica su designación de "educación preparatoria" durante el sitio XIX, en nuestro país. En su contenido, como el estudio de las "humanidades"; y en sus fines: la preparación para la Universidad, la constitución de una élite intelectual, literaria, científica, política y administrativa, básica en la marcha de una democracia, y formación de una cultura general. El concepto actual de la educación secundaria implica: la idea de una preparación general para la vida, (para el oficio general de hombre y de ciudadano); la idea de una preparación para la Universidad y, al mismo tiempo, aunque en forma indirecta, al hombre del oficio o profesión. Al hacerlo para la Universidad, la educación secundaria prepara indirectamente para las profesiones liberales, y se pregunta el autor: ¿No sería posible que, sin transformarse completamente en su esencia, pudiera preparar también para otros tipos de trabajos y profesiones? En todo caso ella trata de eludir o armonizar en lo posible, tanto la presión especialista que viene desde arriba, según las exigencias de las distintas carreras universitarias, como la lateral, que procede de las ocupaciones y profesiones no liberales. Ella aspira a definir su carácter de enseñanza preprofesional como una introducción al mundo del trabajo y estimación de las realidades económicas.

En la enseñanza técnica, después de describir su limitado contenido tradicional dentro de un cuadro estrechamente utilitario, enfoca su moderno concepto hacia el de una cultura técnica, hacia las humanidades técnicas. De esta suerte al adolescente se le presentan dos caminos: por una parte, el de la cultura general o humanidades, que conducen a la Universidad y deben enlazarse también con el mundo del trabajo, y, por la otra, el del trabajo, propio de la enseñanza técnica, que, desde su peculiar centro de especialización, debe conducir hacia nuevos y más vitales horizontes de cultura. En todo caso, comenta Munizaga, "lo que continúa diferenciando a enseñanza secundaria de la técnica profesional es, simplemente, el mayor énfasis colocado sobre los momentos iniciales que se definen: la educación secundaria acentúa el momento de la generalidad estricta, que debe llevar, sin embargo, hacia la definición vocacional, y la técnica, el de la profesionalización decidida, que debe conducir, no obstante, hacia la cultura".

En lo pertinente a la enseñanza superior llega a las siguientes conclusiones sobre la esencia de la Universidad: a) La conservación y transmisión de los más altos bienes de la cultura elaborados por la historia integral de los pueblos occidentales. b) La formación metódica de los profesionales y de los técnicos que requieren la sociedad y el Estado, c) La continuación metódica de la investigación científica. d) La educación cultural, liberal o humana, e) La extensión popular de la cultura. Estas funciones pueden reducirse a tres en la caracterización ordinaria de la Universidad trabajando hacia adentro, y a una cuarta, que no es sino la extensión hacia el público de esas mismas tareas: a) La enseñanza profesional, b) La investigación científica, c) La formación cultural.

Las partes II, el significado del método, y III, el significado de la materia de estudios, las dilucida en relación al método y la práctica escolares; y en torno a la cultura, (previo análisis del sentido de la palabra cultura, la relación de cultura y naturaleza, y la más reciente oposición entre cultura y civilización), y la materia de estudios, verificando un breve panorama histórico del asunto y, luego, de los problemas derivados del paso de los contenidos de la cultura a la escuela: plan de estudios, programas de estudios, y lección. Al tratar la actitud tradicionalista de resistencia al cambio, centrada en el mantenimiento de planes y

programas de estudio solidificados, recuerda que “la educación, es decir, la formación del espíritu, debe primar sobre la enseñanza propiamente dicha, esto es, la adquisición de los conocimientos”, y refuerza ese concepto con una cita sugerente de G. Berger: “Si el mundo cambia tan rápidamente que es imposible prever con exactitud el género de actividad que han de tener los hombres veinte años después de egresar de la escuela o de la universidad, es preciso convenir en que las preparaciones muy largas y especializadas llegan con frecuencia a ser inútiles”. Y por tal motivo es preciso habituarse a la moderna idea de una “educación permanente”, que no se finiquita al salir de las aulas escolares, y continúa nuevas oportunidades de formación complementaria, a lo largo del trabajo y de la vida.

En un mundo cambiante es necesario habituarse a la idea de que no existe un saber definitivo, porque el hombre y la sociedad se reconstruyen, y, por ende, la cultura personal es una tarea siempre abierta e inconclusa. En los países subdesarrollados los planes y programas de estudio deben reorganizarse en íntima conexión con una sana actitud metodológica. Y en el caso del nuestro, para la reconstrucción de los planes y programas es necesario tomar conciencia de que somos centro determinante y no simple periferia y como sana actitud metodológica conviene destacar, primeramente, el perfil del hombre, de la sociedad, de la naturaleza y de la cultura en Latinoamérica. Todo debe partir de una experiencia y comprensión de nosotros mismos, y del conocimiento directo de nuestros grandes pensadores, como Sarmiento, Martí, Bello, Letelier, por lo común desconocidos u olvidados de los propios maestros.

La parte IV, sobre los fines de la educación, es de particular interés. Aquí lleva a cabo un riguroso estudio de las principales concepciones de la vida y de los fines de la educación. En primer término, de la concepción utilitaria de la vida, (su imagen del hombre es la del “homo economicus”; el valor supremo que en ella se afirma es el de lo útil; la educación la interpreta como un proceso de “preparación para la vida”, pero entendida como un proceso de adiestramiento para “ganarse la vida”, e insiste en la formación del técnico antes que la del hombre); la concepción intelectualista de la vida, (trata de la forma de vida correspondiente al hombre teórico o intelectual, y ubica a los valores teóricos sobre los éticos, estéticos o religiosos; el fin de la educación es el cultivo de la inteligencia, aunque se desplaza hacia la mera adquisición del saber; y el proceso educativo no consiste solo en transmitir ideas, sino también en la formación de hábitos, actitudes e ideales y, además, los conocimientos no pueden ser el fin último, por cuanto constituyen un medio para el desarrollo de la inteligencia y de la personalidad); la concepción aristocrática de la vida, (cuya idea fundamental es la de una superposición jerárquica en las relaciones humanas y destaca las virtudes sociales ligadas a una sociabilidad distinguida: elegancia, delicadeza, gracia, propias del “caballero” o del “gentleman”; concibiendo la educación, en gran parte, como un proceso de formación de actitudes y asignando un lugar subalterno a las nociones intelectuales, hasta reducir el fin de la educación a la cultura identificada con la noción convencional de la “buena crianza”, o destreza en el arte de “saber vivir”, con todo regulado: ideas, sentimientos, actitudes, vestido, modales. Esta concepción reduce la cultura a la urbanidad y los modales; y en la formación intelectual prima un cierto carácter externo del saber, considerado desde un punto de vista decorativo; y su idea de clase tiende a “clasificar” los conocimientos, atribuyéndoles solo a algunos un efectivo valor cultural); la concepción eticista de la vida, (afirma la idea de una existencia superior o “vida moral”, girando en torno a las nociones centrales de “deber”, “virtud” y “bien”; persigue la formación del “hombre íntegro, honrado e insobornable”, el hombre de bien, justo y virtuoso, para llegar a ser el buen ciudadano, el buen profesional, el buen padre de familia. Afirma la primacía de lo ético sobre todos los demás valores: lógicos, estéticos... La escuela debe transformarse en un efectivo ambiente moral, reduciendo la importancia del papel de la enseñanza sistemática); la concepción humanista de la vida, (por encima de todas las demás vocaciones

especializadas, el hombre debe cumplir con su fundamental “oficio de hombre”; se destaca la imagen del hombre en su completo desenvolvimiento físico, intelectual, moral y estético, inunde los rasgos más impresionantes del “milagro griego”; sentido y valor de la educación general como una etapa previa en la formación de todo hombre, o sea, primero el hombre, después el productor; la concepción humanista de la vida, al destacar, por una parte, entre sus fines, la completa realización del individuo, y, por la otra, la idea de cultura general, ha contribuido a una notable reconstrucción de la primera enseñanza, a la “humanización” de la escuela primaria; y a la secundaria, con el moderno concepto de las humanidades; y a la técnico-profesional, con la tendencia a reconstruirla según el llamado “humanismo técnico”, o “humanismo del trabajo”); la concepción sociologista de la vida, (el valor de la vida social es el elemento decisivo; no se puede prescindir del ámbito social concreto en el desenvolvimiento de la personalidad del hombre; no pueden comprenderse los fines de la educación según una tendencia individualista y en abstracto. Es preciso formar el “hombre socialmente eficiente”, como opuesto al ideal individualista, o de desarrollo de la personalidad con fines privados, egoístas.

En esta concepción, el hombre, el ciudadano y el productor son los tres aspectos que deben equilibrarse en la formulación de un correcto ideal educativo. En su sentido amplio y verdadero la eficiencia social no es la mera sumisión del individuo al grupo, para crear cualquiera especie de bienes económicos, sino como la utilización de sus auténticas capacidades en tareas con un profundo significado social; y la concepción democrática de la vida, (entendida la la democracia como una forma de vida, un modo de organización social, con la participación de cada individuo en las diversas fases de las actividades del grupo, libre de las artificiales restricciones, hasta constituir la única forma de vida compatible con la libertad, el pensamiento y la dignidad del hombre. En la concepción democrática la imagen del hombre se proyecta bajo la especie del ciudadano, dentro de una forma de vida socializada que se opone al individualismo de las otras anteriores, y cuyas virtudes son: su anhelo de comprender la existencia del país, su historia, instituciones e ideales, las complejidades del presente, sus proyectos de vida hacia el futuro, en suma, la necesidad de formarse una cultura, por lo cual, la educación del hombre es el más alto interés de una democracia; su efectiva participación en la existencia del país hasta sentirse personalmente responsable de las grandes decisiones colectivas; y su convicción de que el buen funcionamiento del Estado descansa sobre una clara inteligencia, reflexivo control y vigilante firmeza de todos los ciudadanos. La sociedad democrática descansa sobre las ideas de libertad, de igualdad y de respeto a la persona humana. Sus valores eminentes son el hombre, la personalidad, la libertad, la vida social, la vocación, la educación, la lealtad a las leyes, la voluntad de servicio, solidaridad, cooperación. La concepción democrática de la vida está llena de implicaciones para todos los niveles de la enseñanza, y ella equivale a establecer los fundamentos de una verdadera revolución educativa).

Entre los rasgos básicos de la concepción democrática de la educación, Roberto Munizaga señala principalmente: una filosofía democrática define a la educación como un proceso de crecimiento de las capacidades innatas del individuo —respeto a la personalidad humana— que es inseparable de su dirección, por una determinada sociedad, cultura o ambiente. La educación es un proceso de vida, actualidad de experiencia, cuyas raíces se hunden en el pasado, pero cuya intención avanza hacia el futuro. En los fines de la educación, es preciso plantearse si es un fin o un medio, y para ella la antinomia entre los fines y los medios se revela inconsistente. Un buen fin de la educación es el que, al mismo tiempo, es un buen medio para verificar la continuidad de la experiencia. En la ética de los valores de Scheler y Hartmann, el hombre cuyo fin es el cumplimiento de los valores es, al mismo tiempo, el único medio por

el cual ellos pueden llegar a realizarse: el hombre es así, el sentido del mundo, y esas filosofías son compatibles tanto con una concepción democrática como con una concepción humanista de la vida.

En cuanto al significado de la materia de estudios, la concepción democrática modifica el planteamiento clásico del problema y para ella los diferentes ramos poseen el mismo valor humanista, simultáneamente teórico, cultural, formal, utilitario en la medida de su contribución a la realización de las distintas vocaciones personales. Asimismo, innova en la filosofía del método. La materia de estudios es un medio, y no un fin, en el proceso y técnica del aprendizaje. El fin consiste en cultivar y desenvolver mediante sus contenidos, la suprema dignidad y eficacia del hombre, la capacidad de pensamiento. Respecto al sistema nacional de educación —ordenamiento de los distintos géneros o niveles de la enseñanza— la concepción democrática de la vida se expresa en un ánimo de estricta continuidad, con la completa universalización de la enseñanza primaria, su humanización, y dirigida a dar una formación total; reconoce el derecho a una "educación secundaria para todos", cuya universalización elimina la antigua educación de tipo selectivo; reconstrucción de métodos, planes y programas de la enseñanza técnico profesional en el sentido de vincular creadoramente la teoría y la práctica, la cultura y el trabajo; la democratización de la Universidad, o sea, ampliar sus cuadros para atender el aumento de quienes egresan de la segunda enseñanza y rehacer el esquema tradicional de las llamadas carreras liberales o profesiones clásicas, a fin de ofrecer nuevas y modernas oportunidades de trabajo a la juventud.

En una acertada síntesis, Roberto Munizaga, expresa: "Por su amplitud, riqueza y omnilateralidad, la concepción democrática de la vida contiene y, en cierto modo, armoniza, en una síntesis superior, los valores específicos de las diversas filosofías que hemos estado examinando. Así, por ejemplo, en lo que se refiere a la concepción utilitaria: reconoce sus valores económicos, pero siempre como medios, al servicio de un fin más alto, el hombre. En lo que respecta a la intelectualista, la democracia reivindica, mejor que ninguna otra, los valores de la inteligencia, el saber y la cultura. Y en cuanto a la concepción aristocrática, cuyos odiosos convencionalismos destruye, en nombre de la idea de igualdad, si bien ella condena las desigualdades artificiales entre los hombres, reconoce, en cambio, sus desigualdades naturales, que son fundamento de la vocación y de la originalidad creadora. De ahí, entonces, que, en su intento de universalizar la enseñanza, diferenciándola, al mismo tiempo, según la línea de las diversas vocaciones personales, propicie la formación de nuevas y amplias "élites", libremente reclutadas en el seno de las masas, lo que incide en algunos valores que eran caros a la concepción aristocrática de la vida. Es fácil advertir, igualmente, cómo traduce las ideas del deber y del bien, en torno a las cuales giran las orientaciones del eticismo y de la enseñanza de la moral. Por otra parte, como ya lo dijéramos, la concepción humanista de la vida no es sino una versión de la democracia. Y en lo que se refiere a las proyecciones del sociologismo, con su ambigua norma de la "eficiencia social", puede observarse cómo han quedado superadas las contradicciones entre el individuo y el grupo: En la democracia la idea de una socialización del individuo se hace perfectamente compatible y es correlativa de un amplio proceso de personalización".

Al final de su volumen, Munizaga, enfoca tres temas de importancia: el significado de la infancia, el planeamiento educativo, y el maestro y su cultura. Nos interesa resumir brevemente su posición ante el planeamiento educativo. Para el autor, planear o planificar equivale a pensar, racionalizar, conceptualizar, organizar, proyectar la vida y, por ende, la educación. Planear es pensar la vida, adoptar una filosofía, y ella aparece como inseparable de la educación. La filosofía no es sino la teoría de la educación, y la educación, la práctica de la filosofía. Filosofía, educación y política, aunque actividades distintas, aparecen como términos correlativos. La filosofía se cumple en doble intento: cambiando al individuo por medio de

la educación, y transformando al mundo social por la política. Las escuelas, en todos sus niveles, deben interpretarse como instrumentos para la realización de una determinada concepción de la vida. Planificar su multiplicidad, anarquía y discrepancias, equivale a ponerlas al servicio de una filosofía. Por lo tanto, todo planeamiento educativo implica la declaración de una filosofía. En el fondo del nuestro se reitera la fe en una concepción democrática de la vida.

La planificación educativa al coordinar los diversos niveles de la enseñanza, tradicionalmente separados, bajo el signo de la unidad y la continuidad, humanización de la enseñanza primaria y de la técnica, recupera los principios de una filosofía democrática y reivindica el sentido moderno y vital del humanismo. En cuanto a los desafíos que el planeamiento debe resolver con éxito, sobresalen los relacionados con ''nuestra inferioridad económica", derivada del desequilibrio entre las condiciones de producción y del consumo, (Alberdi nos definió como primitivos para producir y civilizados para consumir), causa del subdesarrollo. Toda la enseñanza nacional ha de contribuir a superar la inferioridad económica animándose con el imperativo ético del avance económico, de la industrialización, sin desnaturalizarse en su sentido humano; luego los que fluyen de nuestra "invertebración" nacional y cierta incapacidad para el ejercicio amplio de la democracia; y superar el desdén para pensar las condiciones de nuestra propia vida y realidad chilena y latinoamericana.

El planeamiento educativo implica, pues, una toma de conciencia de nuestra específica realidad chilena y latinoamericana en su complejidad, heterogeneidad y contradicciones. Desea que la vida nacional y continental se encuentre dilucidada y conducida por la inteligencia, superando su etapa anterior de entrega al azar y a la rutina. Se trata, entonces, de "utilizar la educación como un instrumento para la defensa y la liberación del hombre chileno y latinoamericano. Y ello, dentro de los principios y tabla de valores propios de una concepción humanista de la vida y de postulados éticos de la democracia".

Tales son algunos de los puntos de vista de este excelente volumen del catedrático y escritor Roberto Munizaga Aguirre, en cuya síntesis hemos utilizado las propias palabras del autor, para así suministrar el panorama lo más fiel de su extraordinaria densidad y riqueza. Desde cualquier ángulo que se le examine es un libro valioso: expresión típica de su magisterio docente e ideológico. Enseña y esparce su pensamiento jugoso, renovador, abriendo senderos al cambio y al perfeccionamiento de la educación nacional, con nítidos perfiles laicos, democráticos y socialistas. Ha sabido el maestro Roberto Munizaga, reducir su enjundioso pensamiento a escritos valientes y esclarecedores, a ensayos perdurables, dando vida a una literatura de calidad, indispensable para armar intelectual y técnicamente a quienes estamos empeñados en la gran batalla por transformar a la sociedad patria. Mientras grandes educadores progresistas se consumen en la mera docencia oral, o en la charla y la crítica volanderas, sin dejar obra escrita y, por ende, sin la menor contribución al enriquecimiento ideológico y literario de nuestras posiciones democráticas y socialistas, de raíces chilenas y americanas, el filósofo y profesor Roberto Munizaga se constituye en una lección admirable y permanente de alto pensamiento, de laboriosidad incansable y de coraje polémico. ¡Su ejemplo debe llevarnos a una pronta imitación!

Teilhard de Chardin, la evolución desfigurada[49]

A mediados del año recién pasado se publicó el notable libro de Abraham Pimstein Lamm: "Teilhard de Chardin, la evolución desfigurada". Las teorías del famoso sacerdote francés desde hace algún tiempo se

[49] OCCIDENTE N°194

divulgan en nuestro país en frecuentes artículos, cursos y foros como si fueran las más definitivas y novedosas en los campos de la ciencia y de la filosofía. Por otra parte, escritores de izquierda, a veces por estar superficialmente informados o por obedecer a una nueva consigna oportunista y sibilina, elogian a Teilhard, y con tal actitud mantienen "la mano tendida a los católicos progresistas".

En medio de tal confusión filosófica y política apareció la obra de Abraham Pimstein. Es un denso volumen de doscientas cuarenta páginas, y en cuatro extensos capítulos (I. Todo Fluye; II. Las fuentes de la vida; III. Los orígenes de la humanidad; IV. La transformación permanente) desmenuza los distintos aspectos de las teorías teilhardianas premunido de una sólida y variada información científica y filosófica, a la luz del método del materialismo dialéctico, y con un rigor analítico admirable. Su excepcional ensayo se inscribe en un lugar de honor entre los libros de alta trascendencia ideológica.

Abraham Pimstein es un escritor concienzudo, de extensa cultura, formada en el estudio disciplinado de las grandes corrientes del pensamiento científico y, en especial, del marxismo, y enriquecida por una praxis político-social intensa. Por su cultura y actividad práctica se define como un revolucionario, de original espíritu crítico y de singular poder polémico. En su libro acomete la difícil empresa de decidir si las ideas propagadas por Teilhard de Chardin son efectivamente científicas y esclarecer la formación y las repercusiones del mito teilhardiano. En el análisis de lo fundamental de su obra demuestra que su "evolucionismo cristiano" (¡como si el desarrollo de la naturaleza involucrara un modo cristiano de existencia de la materia y del devenir de los fenómenos!) desfigura el evolucionismo descubierto en la naturaleza por la ciencia. El método utilizado por Teilhard en la exploración de la realidad no es científico, sino filosófico. Una obra puede ser científica o metafísica, pero no ambas cosas a la vez, porque sus respectivos objetos se excluyen; y en la obra de Teilhard ocurre la constante mezcla y el reiterado acomodo entre ambas, invalidándose su supuesto contenido científico. De las características propias del concepto de ciencia y las del vago contenido de la metafísica, resulta que cada una de ellas es antagónicamente incompatible con la otra, y por sus respectivas naturalezas no cabe intentar confundirlas o reconciliarlas. Teilhard no solo llama ciencia a la ciencia, sino también a la Metafísica, a la Teología e inclusive a la Apologética, a pesar de ser éstas meras construcciones ideológicas específicas de carácter especulativo, es decir, no-científico, cuyas conclusiones, puramente subjetivas, no son susceptibles de general observación, de experimentación directa o indirecta, ni verificables. A través de ellas, Teilhard "se sumerge de lleno en el pantano de la teología y de la religión", y "al desconocer el motor del desarrollo real de las cosas —que se conservan transformándose— se enfrenta a hechos inéditos, inesperados, que aparecen surgiendo de modo inexplicable y misterioso, cuya explicación y develación últimas busca mágicamente en la supuesta intervención de super seres o superpotencias imaginarias situadas fuera del mundo, fuera del tiempo, fuera del espacio y fuera de la propia evolución".

Teilhard plantea la aceptación del evolucionismo subordinado a la teología, para lo cual desvirtúa su carácter científico, y con ello trata de reforzar y prolongar el poder ideológico del catolicismo porque, según lo expresara en una carta, todo lo que hagamos "hemos de hacerlo con la conciencia (amplificadora y fortificante) de que trabajamos atómicamente para la realización de un efecto (incluso en su realidad tangible) que requiere indirectamente el cuerpo de Cristo" ...

Teilhard estuvo siempre preocupado por el porvenir de la Iglesia Católica, amenazada por el propio absolutismo de la doctrina dogmática tradicional, y con perseverancia ejemplar se dedicó a construir una nueva doctrina teológica capaz de transformarla y asegurarle su existencia futura. Por eso, aunque la Iglesia haya condenado las obras de Teilhard, "el pensamiento cosmológico del discutido sacerdote admite

la posibilidad de ser utilizado más adelante cuando se agrave aún más la crisis institucional de la Iglesia, como una reserva doctrinal que podría asegurar la supervivencia en el futuro de la casi bi milenaria organización religiosa".

Las diversas religiones, no sólo la católica, son fuerzas conservadoras activas, al servicio de las clases dominantes, y en la actualidad defienden la permanencia del régimen capitalista, de sus fundamentos esenciales, aunque en las palabras algunos de sus adeptos aboguen por "una vía no capitalista de desarrollo"; y como los extraordinarios avances científicos y tecnológicos le arrebatan a la religión los dominios calificados de misteriosos, propios de los inescrutables designios de un ser supremo, y la toma de conciencia revolucionaria por sectores cada vez mayores de las clases desposeídas las aleja de las iglesias, se origina, entonces, un descreimiento creciente entre las grandes masas de creyentes. De esta manera, la religión católica ha visto amenazado su edificio doctrinal e ideológico, y "ha reaccionado frente a este peligro, a través de diferentes movimientos de renovación. Las características comunes a sus reajustes doctrinarios tienen su fuente en el pie forzado de no destruir las bases dogmáticas esenciales que sostienen la iglesia. El más reciente intento de conciliar la iglesia con la ciencia, de conciliar la razón con la fe, ha sido efectuada por Teilhard de Chardin. El propugna la aceptación del transformismo, pero lo subordina a la teología, desvirtuándolo en su contenido y alcance científico. Así el progreso aparente dentro de la iglesia católica deviene una renovación y afianzamiento del poder ideológico alienante de esta religión".

Una vez más se ha tratado, pues, de establecer una síntesis entre la religión y la ciencia, colocando a la ciencia como sirvienta de la teología para elaborar una teoría orientada a prolongar el dominio de la Iglesia Católica y del actual régimen capitalista. A pesar del intento, a menudo desconcertante, por lo inteligentemente mistificador, queda en descubierto su irracionalidad y su repulsa al socialismo. En efecto, "con ojos metafísicos que invierten la imagen de la realidad, Teilhard osa acusar al marxismo de frustrar al hombre en su porvenir". Por eso llama la atención, e indigna, que pensadores marxistas como R. Garaudy, teórico del PC francés, haya expresado, según reproducciones de A. Pimstein, conceptos como los siguientes: "Amo en primer lugar, en Teilhard de Chardin, su concepción optimista del mundo y del hombre, la cual es incompatible con el conservantismo social, pues éste se halla estrechamente ligado a una visión pesimista del mundo... La ciencia no aporta respuestas a cuestiones referidas a nuestros problemas más profundos: por ejemplo, el sentido de la vida, la actitud frente a la muerte. La religión precisamente aborda estas cuestiones ... El mito atestigua de modo prerracional, la posibilidad para el hombre de una iniciativa histórica que lo libere de una situación dada —nada expresa mejor esta posibilidad infinita que la resurrección de Cristo—. Por su resurrección, Cristo franquea el límite absoluto del hombre que es la muerte".

Con razón advierte, A. Pimstein, en el prólogo de su libro, que también pretende dar un mentís a la posición entreguista y humillante en los contactos y diálogos entre la "vanguardia" de la Iglesia, representada por jesuitas, y la retaguardia del reformismo "comunista", a lo Garaudy, celebrados a espaldas de la causa revolucionaria del proletariado mundial, de los revisionistas atenuadores y disimuladores de "las diferencias irrevocables que separan al marxismo de la religión", y quienes hasta "han dejado presumir que existe cierta comunión con las ideas de Teilhard de Chardin".

La lectura atenta del primoroso examen de las concepciones teilhardianas por Abraham Pimstein, constituye una fiesta intelectual.

Apreciación del rectorado de Eugenio González en la Universidad de Chile: una labor seria y profunda[50]

I

Eugenio González Rojas asumió el cargo de rector de la Universidad de Chile prestigiado por una larga carrera docente en la enseñanza liceana y universitaria, por una importante labor de creación literaria y por una rica experiencia política como calificado representante de las fuerzas democráticas del país, en el Senado de la República.

Apenas inició sus funciones, en 1963, formuló diversas declaraciones en diarios y revistas, y a los más connotados comentaristas de radio, con su acostumbrado lenguaje castizo y su estilo elevado y sereno, sobre sus concepciones en torno a la misión de la universidad en general y, en forma precisa, sobre los problemas universitarios chilenos, y esbozó en líneas generales cuáles serían los puntos más sobresalientes, las preocupaciones mayores, de su política universitaria.

Es oportuno recordar, ahora, sus principales conceptos y confrontarlos con su labor, expuesta en dos brillantes documentos, en 1966 y en 1968, y que son, al mismo tiempo, certeros y ecuánimes balances de la situación de la Universidad de Chile y respuestas constructivas a las críticas de los diversos campos ideológicos; definidos deslindamientos de responsabilidades, y patéticos llamados a los organismos políticos y al gobierno para atender con prontitud las exigencias del desarrollo y de la renovación del primer plantel de la cultura nacional.

La descripción escueta realizada en este artículo permite comprender la superior capacidad intelectual y espiritual de Eugenio González Rojas, su hondo, versado, conocimiento de la realidad educacional y universitaria chilena, y la efectiva obra creadora de su rectorado a pesar de las tremendas limitaciones impuestas por un anticuado Reglamento Universitario y por un insuficiente presupuesto.

Fluye, como una consecuencia irrebatible, que una personalidad tan egregia como la de Eugenio González Rojas debe continuar al frente de la Universidad de Chile, tanto por su indiscutible capacidad intelectual y moral, por su eficiencia administrativa, y por su programa realista de ampliación y mejoramiento de la Universidad de Chile, como por la garantía democrática, laica y humanista de su gestión, desempeñada con ecuanimidad y firmeza, con dignidad y jerarquía, sin aspavientos egolátricos, sin estridencias demagógicas y sin manejos proselitistas.

Abonan nuestro anhelo sus condiciones excepcionales de carácter y de cultura, y, también, su posición ideológica de izquierda, democrática y socialista. La izquierda representa una concepción democrática integral, basada en el reconocimiento de la igualdad social y política de todos los individuos, en oposición a la derecha propiciadora del "gobierno de la élite", y justificadora de derechos y privilegios abusivos por una supuesta ineptitud y una irremediable desigualdad de los seres humanos. La izquierda es optimista, posee confianza en el hombre, se coloca en la línea del progreso esforzándose por instaurar un nuevo orden libremente deseado, a base de la aplicación de la ciencia a la vida y de la participación de todos los ciudadanos en la elaboración de los nuevos valores de una sociedad igualitaria. La izquierda propicia el cambio, la innovación, y exige el otorgamiento de iguales oportunidades de desarrollo y de participación social y política a todos los miembros de la comunidad. La derecha habla de la existencia de "leyes

[50] OCCIDENTE N°195, abril 1968

naturales", en oposición a las conscientes elecciones humanas, y predica la sumisión a ese orden natural, en nombre del cual condena las revoluciones y el principio mismo de las reformas de estructura. La derecha es fundamentalmente conservadora, defensora de los intereses materiales y de los privilegios. La izquierda se encuentra al frente del avance de la sociedad, porque "el deseo de hacer las cosas mejor, antes generador de utopías, se convierte en la condición del progreso e incluso de la prudencia. Ahora bien, esta confianza en las posibilidades humanas es el alma de la izquierda. Ella se ha expresado ora con torpeza, ora con clarividencia, tomando partido por la ciencia contra el obscurantismo, por la democracia contra el autoritarismo, por el cambio contra el statu quo. Ella ha suscitado doctrinas, pero también combates, que han marcado profundamente la historia de nuestro país. El conservantismo profesional que se ha apoderado de los medios de enseñanza no debe hacer olvidar que fueron hombres de izquierda, los institutos republicanos, quienes sostuvieron en el momento más difícil, la batalla por la difusión del saber, fuera de la élite que trataba de conservar lo existente".

La izquierda es la única capaz de impulsar el progreso porque persigue, como lo señala Jaurès, "el fluir de la gran vida ardiente y libre de la humanidad que, aliviada de toda servidumbre, se apropiará del universo a través de la ciencia, la acción y el ideal".

Eugenio González Rojas une a su cultura, a su idealismo y a su elevada moralidad, su condición de firme e inteligente hombre de izquierda, de luchador democrático, de socialista humanista, colocado en medio del fluir histórico hacia el progreso y la libertad. Creemos, pues, movidos por un exclusivo afán de equidad y respeto, y como hombre de izquierda, que Eugenio González Rojas debe ser elegido rector de la Universidad de Chile, por un nuevo período, en el claustro pleno del próximo mes de agosto.

II

En sus primeras declaraciones afirmó de manera categórica: "Tengo el propósito de hacer funcionar, del modo más cabal que sea posible, un régimen de democracia en la vida de la universidad"; y, a la vez, establecer un racional ordenamiento general de la actividad universitaria y una más eficaz planificación de la enseñanza superior." Sin embargo, desde el primer momento dejó también constancia de que tales intenciones chocaban con un obstáculo muy serio: la vigencia de un Estatuto Universitario anticuado, cuya reforma es de resorte del gobierno. No obstante, las inmensas atribuciones dadas por las leyes y reglamentos al rector, aquel Estatuto obsoleto restringe la adopción de medidas creadoras aconsejadas por la experiencia y las nuevas necesidades; impide la realización de los cambios de fondo que las circunstancias actuales imponen; y, de tal modo, limita y reduce toda posibilidad renovadora de una nueva política universitaria, de una reforma y de una democratización generales. Por esa razón, pondría su máximo empeño en obtener la tramitación legal de una modificación sustantiva del Estatuto Universitario, delicada cuestión de incumbencia del gobierno.

De todos modos, agregaba: "Aun dentro de los marcos restrictivos de la actual legislación universitaria, es posible poner en obra procedimientos que simplifiquen, haciéndolo más expedito, el funcionamiento administrativo de la universidad; que hagan más eficaz la docencia, mediante una seria reforma de la organización de las cátedras y de los métodos de trabajo; que den un impulso realista a la investigación científica, sin caer en exageraciones dispendiosas y a menudo peregrinas."

El planeamiento de la educación universitaria, como aspecto del planeamiento integral de la educación nacional, supone el ordenamiento y la jerarquización de los problemas generales y particulares, mediatos y urgentes; la utilización racional de los medios existentes y la apelación a nuevos recursos indispensables;

y por encontrarse ligada a la enseñanza media, y por el sentido de sus tareas, su conexión con ella; no puede aparecer como una institución aislada en el marco del sistema escolar del país. Las ramas de la enseñanza deben guardar una relación coordinada y progresiva, porque cada etapa de la educación posee una tarea propia y, a la vez, es preparación de la siguiente.

En relación con las ideas anteriores, la universidad recomendó la supresión del bachillerato, y luego lo reemplazó por una prueba de aptitud académica en armonía con el contenido y el carácter de la enseñanza media; y, por otro lado, influyó ante las autoridades educacionales para la creación del Consejo de Coordinación y Planeamiento de la Educación Superior.

El rector Eugenio González, en sus declaraciones públicas, se refirió también, en forma clara y precisa, a la autonomía universitaria. Para su funcionamiento eficaz y fecundo se requiere un régimen de plena autonomía administrativa y cultural, y un régimen de libertades para la expresión del pensamiento, la investigación científica y la organización interna de los grupos de la vida universitaria. La libertad de cátedra implica la plena soberanía del profesorado en la enseñanza y la responsabilidad para éste de impartirla objetiva y científicamente, de presentar con honestidad intelectual los diversos sistemas. La unidad de la universidad no puede obtenerse en el respeto de un dogma oficial, porque ello desembocaría en el confesionalismo, sino en el conocimiento vivo y en la búsqueda permanente de la verdad; y en la identificación de todos sobre lo que debe ser y hacer la universidad en la vida de la nación.

En la actualidad, como lo ha expresado F. C. James, presidente de la Asociación Internacional de Universidades, la autonomía universitaria está expuesta a nuevas amenazas: “La contribución de los gobiernos centrales o provinciales al financiamiento universitario aumenta regularmente,” y esta evolución involucra el peligro de una mayor injerencia suya en su seno; y, por otro lado, como las universidades son “consideradas ahora poderosos factores del desarrollo nacional, pone en el riesgo de incitar a los gobiernos a intentar una mayor influencia sobre ellas, a fin de adaptar más estrechamente sus actividades a los planes nacionales de desarrollo”; y en otras partes del mundo, “se ve a veces a las iglesias o a otros organismos religiosos esforzarse por orientar el conjunto de las actividades universitarias”.

La autonomía es algo básico en la vida universitaria, porque sin ésta carece de posibilidad de acción. La autonomía le concede el derecho a la propia dirección; y el gobierno de la universidad, de sus facultades y departamentos, se alcanza por la vía electiva democrática, por la libre elección de los claustros de profesores, y, en ciertas fases, de los representantes de los alumnos.

La autonomía supone la existencia de una amplia libertad para determinar sus orientaciones, el contenido de sus estudios y sus sistemas de trabajo. El gobierno y la sociedad deben darse cuenta de que la autonomía de la universidad es un poder espiritual que se debilita o no se hace patente si ella carece de libertad; y, al mismo tiempo, su vigencia supone la obligación de la universidad de respetar todas las ideologías políticas, todos los credos sociales y las creencias religiosas. La universidad autónoma no puede convertirse en instrumento de ningún partido o secta.

La autonomía sufre limitaciones provenientes, principalmente, de la restricción financiera de su presupuesto con recursos escasos, en relación con sus crecientes necesidades, dependiente del poder público, y no de rentas propias. La falta de independencia económica puede comprometer la autonomía doctrinal y efectiva de la universidad, y por eso es una aspiración legítima llegar a conquistar fondos propios acordados por leyes específicas.

Cuando la universidad ha perdido su autonomía por la subordinación estricta al gobierno, transformándose en órgano de dictaduras, de ideologías dogmáticas o sectas o grupos partidistas dominantes, pierde su poder espiritual, su búsqueda imparcial de la verdad, y deja de estar animada por una vida auténtica.

III

"La universidad está al servicio de la cultura, es decir, de la formación del hombre... La universidad tiene que ser radicalmente humanista. Toda actividad universitaria, por lo mismo de serlo, tiene que girar alrededor del hombre y de su destino dentro de la realidad orgánica de una cultura viviente".

Si la cultura "es el sistema vital de las ideas de cada tiempo", la misión de la universidad supone la transmisión de la cultura, la enseñanza de profesiones y la investigación científica, o sea, una equilibrada totalidad de cultura, ciencia y profesión, con un sentido integrador y unitario. La universidad moderna, junto con perseguir el desarrollo de la aptitud y el saber técnico profesional, y de la capacidad para la investigación científica, tiende al pleno desenvolvimiento humano.

Eugenio González Rojas reconoce la alta importancia de la ciencia en el contexto de la cultura moderna, pero rechaza el criterio bastante generalizado según el cual solo posee valor la ciencia que da los fundamentos de la técnica cada día más perfeccionada, necesaria para "el aumento de la productividad", "el desarrollo económico" y la "satisfacción de las necesidades materiales"; y también reacciona contra el criterio restrictivo corriente, propio de los especialistas, de considerar ciencia únicamente a las ciencias naturales, apoyadas en las matemáticas, menospreciando las ciencias del espíritu y de la cultura, como son las históricas, psicológicas, sociales... Por eso, sin menoscabar la situación de la ciencia natural y de la alta tecnología, en la universidad, estimaba indispensable impulsar todas las formas de la actividad espiritual; y manifestaba: "Tendré el mayor interés en fomentar el cultivo y difusión de las ciencias humanas y de las actividades artísticas y literarias. El desarrollo cultural debe ser orgánico y reflejarse, como tal, en la formación de la juventud. La universidad tiene que promover armónicamente, sin exclusivismos arbitrarios ni circunstanciales apasionamientos, la producción filosófica, científica y artística. Esa es su tarea: de integración espiritual, de auténtica cultura."

En razón de lo expresado, al imperativo de formar buenos contingentes de profesionales y técnicos, que guíen y promuevan el desarrollo económico y social en todos sus aspectos; de impulsar la investigación científica, proporcionando los elementos materiales indispensables y estimulando el interés de los jóvenes por las ciencias puras, como única manera de romper la eterna dependencia de los aportes científicos y técnicos de los países más avanzados y crecer por sí mismo, se agrega la obligación de amparar y extender el arte y la literatura; y de aumentar la orientación filosófico-humanista de toda su enseñanza para llegar a la formación integral del hombre.

El pensador Fritz Pappenheim, en su ensayo "La enajenación del hombre moderno", entre sus muchas consideraciones sobre los factores alienantes de la sociedad actual y la posibilidad de encontrar una solución positiva en la reforma educacional, destaca cómo en la actualidad predomina un tipo de enseñanza especializada, dirigida a formar y entrenar meros técnicos; enseñanza limitada, concentrada en aspectos parciales y fragmentarios del problema humano. Escribe; "El hombre moderno no busca el conocimiento primariamente para comprender el misterio del ser o para encontrar soluciones a las cuestiones suscitadas por el sentido de curiosidad supuestamente inherente a todos los seres humanos. Prefiere el tipo de saber que le capacitará para lograr su meta de sujetar el mundo a sus fines y aumentar

su poder tanto sobre la naturaleza como sobre sus semejantes. El conocimiento mejor adaptado a este propósito es el saber pragmático, dirigido a la dominación tal como lo ha descrito Scheler en sus ensayos sobre la sociología del saber moderno. La influencia de este saber pragmático y utilitarista para controlar es una tendencia básica de la civilización moderna." O sea, el sentido de la sociedad actual, en sus diferentes regímenes políticos, le impone a la educación ese afán de aumentar nuestro poder sobre la naturaleza y elevar nuestra posición social; no se preocupa por exaltar su significado humano, es decir, su capacidad de permitir al hombre realizar su búsqueda de la verdad que lo libera.

Está en lo justo, entonces, Eugenio González Rojas al propiciar como fin de la educación universitaria, el desarrollo de un hombre eficiente y libre. Por ese motivo, la universidad no puede limitarse a desempeñar el papel de un organismo administrativo, de enseñanza superior, dotada de un criterio pragmático-utilitario, la de una profesión especializada en función de una sociedad competitiva y egoísta. La universidad pretende ser más científica y humanista, porque su meta genuina es más amplia y profunda: lograr la concurrencia equilibrada de la especialización profesional, del espíritu científico y del contenido del humanismo, con una idea integradora.

Según F. C. James, "la experiencia de la investigación es necesaria para el desarrollo personal del escolar o del científico. Sus resultados, vale decir, el volumen de conocimientos humanos, solo pueden ser transmitidos de generación en generación de estudiantes universitarios, a través del proceso de la enseñanza. La investigación y la enseñanza son, de esta manera, igualmente indispensables en el proceso de la enseñanza superior". Son tareas fundamentales de la universidad, entonces, la enseñanza (profesiones) y la investigación científica; y, para prodigar sus beneficios, la extensión cultural y el bienestar estudiantil.

El mismo autor citado, reconoce "que el volumen de los conocimientos de nuestra época crece tan rápidamente, que hay una tendencia hacia el completo divorcio entre los conocimientos "científicos" y los "humanistas". Cada vez se tiene mayor necesidad de técnicos, y por la causa indicada, la verdad es que éstos "no están siempre preparados para jugar su papel de ciudadanos", y tal situación cobra gravedad cuando ingenieros u otros técnicos llegan a ocupar altos puestos administrativos en el estado, o en la política. Por tal motivo es acertado el criterio de Eugenio González Rojas cuando plantea que la universidad sea radicalmente humanista. No es correcto mirar a la universidad únicamente como un conjunto de organismos y servicios destinados al desarrollo de la aptitud y el saber profesional, y de la capacidad para la investigación científica; y obligados a proporcionar colaboración técnica a una política del estado. Es primordial entenderlo como un núcleo vivo preocupado del pleno desenvolvimiento humano.

IV

"... Nuestra universidad se ha caracterizado por su liberalidad para acoger las nuevas ideas y ha promovido iniciativas y estudios que, adelantándose al movimiento de la sociedad, han contribuido a orientarlo a través de las juventudes formadas en sus aulas. Es la suya, en este sentido, una noble tradición."

Al reconocer esta tradición, Eugenio González Rojas, declaró que se esforzarla por acrecentarla en conformidad con los requerimientos sociales y las tendencias renovadoras del mundo actual. No concibe una universidad estática, incapaz de responder a las exigencias y peticiones del dinamismo social, porque en tal situación sería un factor negativo para el progreso de la nación. Como órgano y conciencia de la sociedad, se deberá adaptar al acelerado proceso de cambio social y espiritual; y, a la vez, a impulsarlo por sendas creadoras y fecundas.

En una admirable síntesis definiendo el rol de la universidad en el proceso de cambio actual, dijo:

“La universidad no solo tiene que adaptarse al cambio social, sino que debe contribuir a impulsarlo desde su propia esfera de acción constructiva y con la objetividad que corresponde a su espíritu de libre crítica, a fin de alcanzar la forma de vida justa a que el pueblo aspira.

“Conservar, incrementar y difundir el patrimonio cultural, son funciones tradicionales y específicas de la universidad, pero como efecto superior de su actividad docente está la formación de mentalidades directivas de la actividad social en todos sus aspectos. Nuestra universidad prepara buenos profesionales, y comienza a preparar buenos investigadores. Todavía no prepara, sin embargo, buenos dirigentes, porque ha descuidado la formación de auténticos universitarios, capaces de comprender la sociedad y la naturaleza en que viven, y de contribuir a la transformación de la una en términos de justicia, y al aprovechamiento de la otra en el desarrollo nacional.

“El progreso científico y tecnológico que nos asombra y nos abruma, pone en evidencia la necesidad de una elevada formación espiritual de quienes lo promueven, tanto por los peligros que implica la neutralidad de la ciencia y de la técnica frente a los valores morales y artísticos, como por las manifestaciones de creciente independencia entre las distintas manifestaciones de la ciencia y de la técnica con las demás expresiones de la vida cultural.

“Pero esta formación integral que define al verdadero universitario, no se logra si se desconoce el sentido social de las ciencias y de las profesiones. Aunque estamos en la época de la socialización, persiste todavía en muchos aspectos de la preparación de científicos y profesionales una tendencia de anacrónico individualismo. Quiero ser bien entendido. No pretendo decir que el individuo deba desaparecer en las nivelaciones mecánicas de la sociedad de masas. Por el contrario, es mi propósito destacar el hecho de que el individuo solo puede existir moralmente como tal en la medida que se integra a la comunidad donde vive, con libre decisión de servicio.

“La universidad, —como institución nacional— debe ser colaboradora del estado en el esclarecimiento científico y técnico de los diversos problemas concretos —administrativos, financieros, económicos, educacionales, agrícolas, sanitarios, etcétera— que a éste se le presentan. He aquí una relación de la universidad con la política, entendida como empleo creador del Poder Público, por encima de circunstanciales intereses partidistas. La universidad ha cooperado, desde sus comienzos, y está cooperando al progreso institucional de la república, tanto a través de la enseñanza que imparte con elevado espíritu científico como mediante las investigaciones que realiza en nuestra naturaleza y en nuestra historia.

“Pero hay otra relación, en un plano más elevado, de la universidad con la política. La universidad no es solo un conjunto de organismos y servicios capaces de proporcionar asesoría técnica y científica a una política del estado. Es también la universidad —y debiera serlo principalmente— una persona moral que toma debida y oportuna conciencia, en cada circunstancia histórica, de las fuerzas renovadoras que aparecen como impulsos ciegos de la voluntad colectiva. Esto significa que la universidad tiene la obligación de contribuir a orientar hacia objetivos valiosos el movimiento social, defendiendo siempre las conquistas dignificadoras de la personalidad humana.

“Todos los universitarios saben lo que es necesario hacer en la universidad, y saben, también, por qué solo se hace en insuficiente medida. El desarrollo de la universidad está programáticamente vinculado al

desarrollo nacional. Si el ritmo de desarrollo es lento, lo será asimismo el ritmo de desarrollo de la universidad. Pero, en ningún caso, puede la universidad quedar rezagada con respecto al desarrollo nacional, porque si así fuere, este último se resentiría a corto plazo en términos de imprevisible gravedad."

En síntesis, la universidad debe poseer una orientación humanista, de acuerdo con el principio de que la conservación, transformación y perfeccionamiento del hombre es el fin de la cultura; nacionalista, en cuanto su crecimiento orgánico y funcional se guíe por las exigencias del desarrollo y progreso de la nación en los diversos aspectos de su vida: formación de profesionales, investigadores, dirigentes políticos, requeridos para cubrir todas sus necesidades; democrática, tanto en su funcionamiento interno, por una leal asociación de profesores y estudiantes, como en su papel en la vida de la nación, tendiendo a eliminar los obstáculos y privilegios económicos que retardan el avance del país e impiden a los estudiantes de las clases modestas llegar a sus aulas; social, en cuanto a modificar la estructura y sentido ético de las profesiones, y en especial de las tradicionales, reemplazando su ejercicio comercial por una finalidad de cooperación en la vida social; y estimular y propiciar las proyecciones técnicas ajustadas a las necesidades del desarrollo nacional; constituyendo servicios de bienestar y protección al estudiante (pensionados, atención médico-dental, libros, etcétera); y organizando la difusión cultural al servicio de las capas populares; científica, en cuanto a programas, centros de investigaciones y laboratorios; servicio de las cátedras y selección del profesorado. (Si la universidad se concibe como un órgano al servicio del desarrollo nacional, la actividad científica ha de orientarse a la investigación de sus recursos naturales y a la aplicación técnica correspondiente.)

V

"Procuraré que se establezcan vínculos permanentes y, en lo posible, efectivamente orgánicos, entre nuestra universidad y las demás universidades latinoamericanas. Tenemos problemas comunes y podemos coordinar nuestros esfuerzos para solucionarlos con nuestros propios recursos. No quiero decir con esto que sea contrario a recibir la colaboración económica de países ajenos a la comunidad latinoamericana. No; cualquiera ayuda a nuestro desarrollo cultural —como al económico— debe ser bien acogida. El mundo de hoy tiende a la integración entre los dos órdenes. Pero, eso sí, cualquiera ayuda que se ofrezca para la universidad, debe ser absolutamente incondicionada, es decir, prestada en condiciones que no amengüen en forma alguna la independencia y la dignidad de la corporación y del país. Nosotros en cuestiones de educación, tenemos técnicos de alta competencia. No necesitamos de "expertos foráneos" …

En cuanto a la planificación de la educación superior en Latinoamérica: "Nos interesa mucho la coordinación planificada de la actividad universitaria en Latinoamérica. Consideramos este asunto con sobrio realismo. No queremos contribuir a formar y mantener entidades fantasmales que solo adquieren transitoria consistencia para celebrar congresos" ...

En la realización de este propósito ha tratado de forjar vínculos efectivos entre universidades libres, como intercambio de profesores y escuelas comunes, con las de Lima, Buenos Aires y Montevideo.

Por otra parte, a juicio de Eugenio González Rojas, las universidades latinoamericanas fieles a su tradición histórica están obligadas a sustentar ideales democráticos y americanistas, y, por lo tanto, atender al perfeccionamiento de la democracia y a la unidad de los pueblos americanos, preparar a la juventud para la libertad política de cada nación y para la unidad continental. Estos principios se conciban perfectamente con aquellos fundamentos básicos de la universidad: orientación humanista y sentido de universalidad,

defensa y práctica de la libertad y búsqueda permanente de la verdad; objetividad científica y espíritu social; autonomía general y vinculación al medio nacional.

Al respecto es preciso tener en cuenta una atinada observación de C. F. James, cuando expresa: "El hecho mismo de que las universidades contribuyan tan poderosamente al desarrollo nacional, tiende cada vez a que sean consideradas como instituciones nacionales más que internacionales. Es esto bien entendido, completamente contrario a los largos siglos de tradición universitaria, y es también peligroso. Si en efecto, el progreso técnico está en la situación de reducir todo el problema a que la humanidad deba transformarse en el futuro en una gran comunidad pacífica, o perecer, es de primordial importancia que las universidades en esta época crucial tengan conciencia aguda de los problemas y de la estructura de la comunidad mundial, que sean ellas en verdad centros de comprensión internacional y no puramente de propaganda nacional."

En efecto, la universidad, además de su espíritu nacional y americanista, no puede desentenderse de la aspiración general de la humanidad hacia la comprensión, el intercambio y la solidaridad humanos. La universidad defiende la persona humana, su dignidad y libertad; combate la guerra y el odio fratricidas, proclama el derecho de la autodeterminación de los pueblos y del cumplimiento de cada destino nacional, para integrar la unidad latinoamericana y conseguir la comunidad mundial.

VI

En breve recapitulación, a juicio de Eugenio González, la universidad es el gran centro creador de la cultura; y la educación universitaria se propone conservar, transmitir y desarrollar la cultura. Contribuye a su avance mediante los estudios humanistas, la investigación científica y tecnológica, la creación artística y la formación profesional (la formación de profesionales es solo una parte de su misión). Es fundamental en su quehacer la investigación científica en todos los campos del saber; y por medio de la labor docente transmite y difunde las ideas, los adelantos de la ciencia, las realizaciones artísticas, el pasado histórico.

Además de la función de investigar y de preparar investigadores, y de capacitar especialistas en las diferentes direcciones de la ciencia y de la profesión, entra en el campo universitario la formación de técnicos auxiliares encargados de realizar los proyectos de los científicos v planificadores. La universidad cumple su cometido contemplando estudios ajustados al desarrollo económico del país, y estableciendo una relación correcta entre la investigación científica y la riqueza potencial de los recursos naturales.

(En el siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX la universidad experimentó un crecimiento desarticulado, y a consecuencia del proceso de especialización, las facultades se desmembraron y cada una adquirió fuerza propia. Lo importante pasó a ser esas facultades, el estudio especial, profesional; y lo secundario, la universidad, el estudio general. La idea de que la universidad era una suma de facultades se adecuaba a la enseñanza de las carreras para preparar los profesionales liberales: médicos, ingenieros, abogados, y el personal de la administración pública.)

La universidad, al entroncarse con la realidad nacional, con sus características y deficiencias, forma elementos capaces de ayudar con eficacia a mejorarla y superarla. En este terreno, con respecto a Chile, ha establecido toda una serie de carreras cortas, muchas de ellas en estricta conexión con las necesidades locales (Colegios Universitarios Regionales). La universidad no cumple con su cometido y se debilita si no fija una adecuada relación entre el estudio de las ciencias y las humanidades; y entre la necesidad de formar a los jóvenes en diversas carreras y especialidades y el progreso científico de la educación. Su labor

languidece cuando hay escasez de personal, altamente preparado, de laboratorios y bibliotecas, o los locales son inadecuados, y cuando no implanta una estructuración racional para evitar que haya profesores y alumnos de cursos equivalentes, duplicados en la misma universidad; que la enseñanza de los diversos ramos, como matemáticas, física, química, biología, economía, sociología, esté fragmentada en decenas de secciones- estancos a cargo de catedráticos autónomos, repetidas de escuela en escuela, dispersando y multiplicando instalaciones y profesorado.

La universidad exige ser un ámbito de trabajo constituido por seminarios y laboratorios, equipos de estudios y centros de investigación, cursos y ciclos de conferencias. Y es fundamental el trabajo directo, personal, de profesores y alumnos; la investigación y resolución de problemas mediante una acción convergente de maestros y discípulos. La función docente tiene por objeto la enseñanza teórica y práctica, en forma activa, fomentando el contacto directo entre los estudiantes y el personal docente; y evitando la colocación del alumno en una pasiva actitud receptiva y repetidora del saber hecho, que no ha concurrido a investigar ni a esclarecer. La enseñanza inerte a base de apuntes y manuales, sin elaboración directa del estudiante, debe desecharse. Es perjudicial la didáctica de los apuntes, con gran actividad de la memoria, del sistema de cátedra magistral, de exclusiva exposición oral, dogmática y rígida. Es menester buscar las formas vivas de aprendizaje, intensificar los trabajos prácticos individuales y por grupos, y acordar una relación más adecuada entre el trabajo de los alumnos y el del profesor. De aquí la necesidad de implantar el sistema de profesores con "dedicación exclusiva", al lado del profesor con dedicación parcial, o catedrático. La universidad actual no permanece hermética frente a las transformaciones de la cultura y de la sociedad; y en un plano elevado intenta la comprensión de los problemas y aclara y orienta el proceso histórico de la nación.

En esta época de cambio la juventud universitaria, a pesar de sus excesos concurre siempre ante los nuevos hechos sociales y a la cultura, con aportaciones valiosas y oportunas, con actitudes renovadoras que no siempre manifiestan las otras generaciones, por lo cual poseen el legítimo derecho a participar en el gobierno universitario al lado de los profesores y graduados.

La universidad es un vigoroso poder espiritual orientador, sin prestarse para servir de ambiente o tribuna a la propaganda partidaria o sectaria. Y en cuanto a su magisterio, se afana por darle un trato excepcional, en el cual se haya suprimido la expoliación intelectual, con horarios excesivos y malas condiciones de trabajo; y eliminada la desmedrada condición económica por las bajas rentas y la subestimación de la carrera docente. El profesorado no se libera de la obligación de estudiar y actualizarse, y por ello es fundamental su estímulo y respeto a base de concederle un buen salario y dignidad profesional.

Algo más sobre el rectorado de Eugenio González en la Universidad de Chile[51]

En abril de 1966, Eugenio González publicó un notable y esclarecedor documento sobre la situación y las perspectivas de la Universidad de Chile. Su examen permite adentrarse en los aspectos más sobresalientes de su política universitaria.

Ante todo, se pregunta si está la Universidad en crisis. Y responde con ruda franqueza: "Lo está, por cierto, como el país entero, como el mundo entero. Hay, en todas partes, graves incongruencias entre las

[51] OCCIDENTE N°196, mayo de 1968

instituciones que tienden a permanecer inalterables y las realidades sociales fundamentalmente dinámicas. Entre nosotros, el ritmo de desarrollo se ha acelerado en los últimos decenios y se acelera cada vez más, exigiendo cambios verdaderamente revolucionarios en las estructuras básicas —materiales y morales— de la sociedad y del estado."

La Universidad no puede quedar ajena a tales cambios. Y para medir sus deficiencias y limitaciones, es preciso considerarla en relación con la estructura educacional del país. Algunos datos estadísticos aclaran la situación. En 1964, la matrícula total llegó a 1.399,000 alumnos en educación parvularia y primaria (81,3%); a 291.000 alumnos en educación media (16,9%), y a 32.169 alumnos en educación superior (1,8%). Según las cifras reproducidas, la distribución del alumnado es todavía insatisfactoria, pero cada vez más equilibrada en los distintos grados del sistema educativo. Se tiene casi resuelto el problema cuantitativo de la educación primaria y una importante expansión en la enseñanza media; y, en cambio, es muy insuficiente el desarrollo de la educación superior. Una comparación permite abarcar la realidad en esta rama: en EE. UU. y la URSS, a fines de la década pasada, el 7,6% y 8,3% de su población escolar cursaban educación superior, correspondiendo al 1,85% y 1,13% de su población nacional, respectivamente. En cambio, en Chile esas proporciones de la educación superior, alcanzadas en 1964, fueron del 1,9% de la población escolar y de 0,38% de la población nacional. Por lo tanto, en Chile queda por recorrer todavía un camino inmenso en ese plano.

En 1964, el 70% de la matrícula en la enseñanza media correspondía a los liceos, y esos establecimientos continúan siendo, para la mayoría de sus alumnos, preparatorias para el ingreso a la Universidad. Y ahí se origina uno de los graves problemas nacionales, por cuanto "esta insuficiente diversificación de la enseñanza media, reflejo del menor valor que aún se atribuye a la actividad productiva de la industria, la agricultura y el comercio, y deplorable vestigio de una estructura social en vías de superación, explica, en gran parte, la excesiva presión por el ingreso a la enseñanza superior que se observa cada año".

La angustia del ingreso a la Universidad deriva del hecho anotado de la insatisfactoria distribución del alumnado (un alto porcentaje en los liceos solo mira a la universidad) y del carácter selectivo de la educación superior. La educación universitaria es por definición selectiva, pues se reserva únicamente a los más aptos para aprovecharla. Pero, "debemos reconocer, no obstante, que el acceso a los últimos años de la enseñanza media y, por lo tanto, a la Universidad, es todavía, en nuestro país, una especie de privilegio. Investigaciones realizadas recientemente, muestran que los padres de nuestros estudiantes tienen un ingreso promedio igual al doble del promedio nacional, y un promedio de escolaridad que es también igual al doble del promedio nacional".

En este aspecto radica otra deficiencia grave: carencia de una amplia política asistencial dirigida a favorecer el ingreso a los grados superiores del sistema educativo a todo joven talentoso cualesquiera sean las condiciones sociales y económicas de sus familias; por eso, "hoy es posible afirmar que estamos dando educación superior solo a una fracción de los jóvenes realmente capacitados para recibirla".

Aunque la Universidad no posee capacidad para acoger a todos los egresados de la enseñanza media, el desajuste no es tan dramático como se le presenta arbitrariamente: "La matrícula total del primer año de las universidades entre 1961 y 1965 representa el 80% del total del último año de las escuelas de educación media con seis años de estudios entre 1960 y 1961." Y, por otra parte, no puede pretenderse que todos los egresados de la enseñanza media deban incorporarse de modo automático a la enseñanza superior: "Ningún estado, por fuerte que sea su estructura económica y perfecta su organización social, podría

sostener una política de “universidad para todos”, en el sentido de proporcionar a todos los ciudadanos que la deseen, preparación universitaria. Otra cosa es que la Universidad esté abierta a todos los que, en el curso del proceso educativo, demuestren aptitud y vocación para los estudios superiores, proporcionando el estado, a aquellos cuya situación económica lo exija, los recursos necesarios. Así podría haber en el ingreso a la Universidad una selección auténtica.”

A pesar de sus deficiencias y limitaciones, la Universidad de Chile, ha alcanzado progresos de importancia, y es la base insustituible para cualquier construcción del futuro. No se encuentra al margen de los imperativos de cambio social ni se ha demostrado incapaz de responder a las progresivas demandas de educación superior. La matrícula de alumnos propiamente universitarios, por curso, entre 1961 y 1965, aumentó en un 50%, a una tasa acumulativa anual de 10,7%, y la del primer año a una tasa realmente excepcional de 14%. La Universidad de Chile atiende el 54% del alumnado universitario nacional. Además, ha extendido sus servicios a todo el país, haciendo funcionar más allá de Santiago y Valparaíso, ocho centros universitarios (en Arica, Iquique, Antofagasta, La Serena, Talca, Chillán, Temuco y Osorno) en los cuales se proporcionan algunas de las carreras tradicionales y numerosas carreras cortas de acuerdo con las necesidades y posibilidades económicas y sociales de la región. Pero el progreso se ha conseguido con un gran esfuerzo, siempre entrabado por la parsimonia cicatera del Estado en el suministro de los recursos indispensables para financiar la calidad de su educación y una acelerada expansión de sus servicios.

El reducido monto del Presupuesto de Inversiones ha impedido mejorar las condiciones de su planta física y disponer de la dotación exigida por una universidad moderna. Apenas un 20% del equipo actual ha sido adquirido en los últimos diez años, y el resto debería ser renovado; sus escuelas y servicios funcionan en locales dispersos e inadecuados. La Universidad solo posee el 64,3% de las superficies construidas en que funciona; de los locales restantes, 10,3% son arrendados, y 24,4% cedidos. Un 19% de sus edificios pueden considerarse buenos; un 31% son deficientes y un 50% son impropios para sus labores.

Una estimación prudente de recursos necesarios para atender en forma adecuada su expansión cuantitativa (mayor matrícula, planta física y dotación, gastos de operación de sus servicios, en constante crecimiento) y su mejoramiento cualitativo de la preparación profesional (aparte de la actualización de planes y programas y práctica de nuevos métodos de trabajo, exige disponer de completos equipos de laboratorio, bibliotecas bien provistas, numeroso personal docente y auxiliares consagrados enteramente a la faena universitaria) alcanza sumas enormes. De 1967 a 1975, en pesos de 1965, requiere aumentar su capital anualmente en E° 29,1 millones, para atender la expansión de la matrícula y renovar su planta física y su dotación; y aumentar su presupuesto corriente con una suma idéntica para atender los gastos de operación de sus servicios, en crecimiento a una tasa de 10,7%. Sin considerar gastos adicionales diversos y reajustes de remuneraciones y otros derivados de los cambios en el poder adquisitivo de la moneda.

La gravedad del problema universitario chileno radica en que “el país necesita... profesores, ingenieros, médicos veterinarios, agrónomos, asistentes sociales y otros especialistas, en número creciente, y las escuelas que lo forman no están en condiciones de satisfacer la demanda nacional”.

(A este respecto, una información del extranjero ilustra la anterior afirmación. En el “Boletín Informativo de la Gaceta de la Universidad”, N°16, de junio de 1967, de Montevideo, se reproducen unas declaraciones del doctor Hermógenes Alvares, decano de la Facultad de Medicina, sobre la superpoblación estudiantil de la universidad uruguaya, y cuando habla de los estudiantes extranjeros destaca su elevado número en su facultad, en particular chilenos, con un porcentaje de 8,1% sobre el total, y expresa “la cantidad de

estudiantes chilenos que cursa en nuestra Facultad (67), supera la población de las dos últimas facultades que creó Chile. Allí funcionan cuatro facultades de Medicina, una de las cuales admite 150 estudiantes y las otras tres solamente 30 cada una. Así, el limitacionismo de las universidades de Chile nos lleva a la situación de formar más de la cuarta parte de los estudiantes de medicina de ese país. Un convenio firmado en 1918 establece la libertad de ingreso de esos estudiantes a nuestra universidad." Para remediar tan delicado asunto, las autoridades universitarias uruguayas se han planteado la necesidad de revisar ese acuerdo y, por otra parte, el Consejo de la Facultad de Medicina ha propuesto limitar a un 5% el total de ingresos de los estudiantes extranjeros.)

Con el propósito de mejorar la docencia, cada año se incorporan más profesores al régimen de jornada completa, régimen óptimo dentro de una universidad moderna, a pesar de no contar con los recursos para ofrecerles, en general, remuneraciones equivalentes a las que algunos pueden obtener en el ejercicio profesional libre o en otros servicios públicos, empresas privadas, organismos internacionales y universidades extranjeras.

(En tal situación reside una de las explicaciones de la emigración de tantos profesionales chilenos. Según un informe del exembajador de Chile en los EE. UU., don Sergio Gutiérrez Olivos, de 8.549 chilenos establecidos en ese país entre 1954 y 1963, 2.320 eran graduados universitarios; y de esa cantidad, un 18% ingenieros, 14% economistas, 12% médicos, 14% arquitectos y mecánicos y técnicos en electricidad. Esa grave fuga de profesionales no solo constituye una pérdida por lo que dejan de producir para el país, por el daño a su economía, sino también por el gasto ocasionado al erario nacional en su formación. A la Universidad de Chile, formar un médico le costaba 35 millones de pesos; un agrónomo, 12 millones; un arquitecto, 7 millones; un ingeniero, más de 7 millones; un economista, 5 millones; según cifras de 1965 más un 25% de desvalorización, en 1967. Si se multiplican esas cifras, por el número de profesionales emigrados, en esos años a EE. UU., 92 agrónomos, 417 ingenieros, 324 economistas, 324 arquitectos, 278 médicos, etc., se redondea una suma fabulosa. Es una pérdida de elemento humano especializado, vital para resolver las necesidades de desarrollo del país, y en el cual se invirtieron recursos cuantiosos para formarlos, mientras aquí faltan caminos, puentes, atención médica, cultivos científicos; y en circunstancias que la universidad debe rechazar año a año a numerosos postulantes en sus diversas escuelas profesionales porque no hay cabida, y, sin embargo, el país necesita miles de arquitectos, ingenieros, agrónomos, técnicos industriales, químicos, dentistas, profesores...).

De todos modos, la Universidad, a pesar de algunas fallas, cumple ampliamente con su deber institucional: es un importante conjunto de escuelas profesionales, favorece la creación artística y literaria, y la difusión de los valores culturales; y es un inmenso centro de alta investigación científica y tecnológica, estrechamente unido al desarrollo del país. En síntesis, la Universidad de Chile se encuentra íntimamente enlazada a los problemas nacionales, y, por tal razón, el gobierno está en la obligación de darle recursos y de fomentarla. Así lo expresa su rector: "Pero es necesario que se forme conciencia pública en el sentido de que el problema fundamental de la Universidad de Chile —el problema de su adecuado financiamiento— es un problema del Estado. La Universidad de Chile solo podrá responder, con plena eficacia a los requerimientos de nuestra sociedad —en trance de transformaciones profundas— si el Estado le proporciona, oportuna y regularmente, dentro de sus planes de desarrollo, los medios que reclama"

La Universidad de Chile aumenta año a año el número de sus alumnos, por cierto sin alcanzar todavía un porcentaje óptimo, a causa de sus limitados recursos (el nivel óptimo del número de estudiantes

universitarios para naciones como la nuestra, se estima entre el 0,75% y el 1% de la población; por lo cual, en Chile nos encontramos en menos de la mitad de esa cifra; los estudiantes universitarios son 35.000, el 0,3% de la población; si se llega a un 0,75% se alcanzaría una cifra superior a los 80.000 estudiantes). Y en forma constante se perfecciona su enseñanza y se amplía su investigación; pero, "el notable incremento cualitativo de nuestra educación superior sería un beneficio ilusorio y podría crear nuevos y mayores problemas, si no fuera acompañado de una radical reforma de la universidad y de la organización de los estudios, en orgánica correlación con una reforma completa de todo nuestro sistema educacional y con un efectivo cambio en la situación económica y social de Chile"

* * *

En los comienzos del presente año, Eugenio González Rojas dio a conocer la situación de la Universidad de Chile, y expuso su pensamiento frente a sus grandes problemas: crecimiento y necesidades financieras, democratización y representación estudiantil, carrera y libertad académica, autonomía y planificación[52].

En primer término, reiteró, con un más extenso análisis, algunos de los asuntos considerados en su exposición de abril de 1966 sobre la situación y la perspectiva de la universidad. Su proceso de rápido crecimiento se registra de manera objetiva en la expansión de la matrícula. Su alumnado era en 1957 de 12.267 jóvenes, y subió en 1967 a 30.663. (Incluidos solamente los alumnos regulares que cursan enseñanza superior.) Ese aumento ha sido más acelerado en los últimos cinco años: en 1962 hubo una matrícula de 15.915; en 1967, alcanzó una cifra equivalente al doble. O sea, en cinco años experimentó un 100% de incremento.

Este notable crecimiento cuantitativo se produce junto con una extensión trascendental de las tareas de la Universidad hacia las provincias, por medio de centros universitarios muy activos (en Arica, Iquique, Antofagasta, La Serena, Talca, Chillán, Temuco y Osorno) y por el funcionamiento de nuevas carreras, "creadas con el propósito de preparar a los muchos profesionales y especialistas, de grado medio, que va requiriendo nuestro desarrollo económico y social". En 1957 se daban 66 tipos distintos de formación profesional; y subieron a 116 en 1967, la mayor parte dados en los centros universitarios de provincia. En 1957, el 76,2% del alumnado de la Universidad de Chile seguía carreras de cinco y más años de duración, y el 23,8% lo hacía en carreras de cuatro años y menos. Ahora, la proporción es de 52,5% y 47,5%, respectivamente, lo cual reafirma la importancia de las carreras cortas y su acogida favorable en la juventud.

Junto a la expansión cuantitativa de la docencia ha mejorado su contenido cualitativo, por medio de la revisión de los planes y programas de estudio "para adecuarlos a las exigencias del progreso científico y tecnológico, y a las realidades y perspectivas del desarrollo nacional". (Entre enero de 1966 y mayo de 1967, el Consejo Universitario consideró 46 planes y programas de estudio y reglamentos de escuelas y de carreras recién creadas.)

Con el mismo objeto de mejorarla ha enviado a centenares de profesores a especializarse y perfeccionarse en los grandes centros científicos y universitarios en Europa y los EE. UU. Y ha emprendido y realizado numerosísimas investigaciones científicas y tecnológicas, en diversas ramas del saber, para mantener la enseñanza superior en un alto grado de calidad y eficiencia. Por otra parte, ha sido enorme su obra de difusión cultural a través de escuelas de temporadas, cursos y conferencias, y su participación en trabajos

[52] Su texto íntegro apareció en "EI Mercurio", del 10 de febrero de 1968.

de ayuda a la comunidad en diversos lugares del país. (A través de su Departamento de Extensión Universitaria, Centros de Estudios Sindicales y Cooperativas y Departamento de Acción Social.)

La notable expansión en la enseñanza, investigación, difusión cultural y acción social no ha tenido, desgraciadamente, un aumento correlativo de sus recursos humanos, materiales, técnicos y financieros. Aunque la planta física de la Universidad ha aumentado de 139.668 m2., en 1957, a 273.819 m2., en 1967, es insuficiente para su buen funcionamiento, y "faltan aulas, bibliotecas, laboratorios, gimnasios. Faltan hogares y casinos estudiantiles, canchas deportivas. Faltan, sobre todo, equipos de trabajo —personal y medios— para atender a las crecientes promociones estudiantiles."

La Universidad comprende quince grandes reparticiones: Rectoría, Secretaría General y trece facultades. A su vez, esas quince reparticiones se componen por 322 organismos a lo largo del país (escuelas, institutos, centros, departamentos, oficinas, estaciones, observatorios, etcétera). Para atenderlos cuenta con un presupuesto constituido por sus entradas propias (derechos de matrícula, prestación de servicios, producto de leyes especiales), y por los aportes anuales del fisco.

Las entradas propias permiten solventar actividades reducidas y un tanto marginales de la Universidad. En cuanto a los aportes del fisco, anota las cifras esenciales y claves para comprender el divorcio profundo entre las exigencias y necesidades de la Universidad para mantener y perfeccionar sus tareas, y las cantidades asignadas realmente.

En 1966, las cantidades totales solicitadas como mayor aporte del Estado se elevaron a la cifra de E° 96.000.000, de la cual se otorgaron E° 14.000.000; en 1967, E° 80.000.000 y de ellos se dieron E° 17.000.000; en 1968, el mayor aporte solicitado ha sido de 99 millones de escudos y le han sido dados, hasta ahora, E° 19.000.000. "Un sucinto análisis de las cifras anteriores permite establecer que, sin considerar los reajustes de remuneraciones que se otorgan cada año por ley especial, y que pasan a incorporarse al presupuesto del año venidero, él mayor aporte fiscal para el presupuesto de gastos corrientes fue, en 1966, de un 7,31% del total de E° 97.164.966, asignado en 1965; en 1967, de 10,92% del total de E° 134.071.000, asignado en 1966, y en 1968, de un 8,83% del total de E° 174.065.000, asignado en 1967. Estos porcentajes incluyen los aumentos de sobresueldos (trienios, cargas familiares) que se producen en el curso de cada año, los incrementos vegetativos de los rubros de bienes de consumo y los gastos que implica la continuación de cursos iniciados en períodos anteriores. De este modo, las disponibilidades para extender las actividades internas y externas de la Universidad se reducen hasta proporciones insignificantes..."

A menudo el fisco ha dejado de pagar algunas sumas del presupuesto de gastos corrientes, y también del presupuesto en dólares. Y en cuanto a los fondos provenientes de la ley 11.575, de 1954 (para favorecer la investigación científica y tecnológica orientada a mejorar la productividad de la agricultura, minería e industria, y a acelerar el desarrollo económico nacional), como el fisco no ha podido financiar en su totalidad las necesidades mínimas de la Universidad, se ha autorizado su inversión en gastos de funcionamiento para evitar reducir su actividad. (Y el fisco adeuda a la Universidad la totalidad del rendimiento en dólares de la ley 11.575 correspondiente a 1967, 456.000 dólares, y el 40% del, correspondiente a 1966, 188.099 dólares.)

Ante la crítica mal intencionada de algunos sectores de opinión, Eugenio González rechaza categóricamente la suposición de que la Universidad de Chile carezca de una "definida política, reflejada en una planificación técnica de su actividad corporativa, condición esta última del óptimo

aprovechamiento de los recursos disponibles y base objetiva para solicitar la entrega de mayores aportes fiscales." Por el contrario, posee un plan bien elaborado de expansión de la Universidad, "hecho a base de las exigencias técnicamente estimadas del desarrollo educacional y nacional en los próximos diez años." Y este se revisa y se perfecciona constantemente para actualizarlo. En cuanto a la acusación frecuente de existir en la administración universitaria arbitrismo dispendioso, también la niega por injustificada. En cambio, es verdad que adolece de muchos de los defectos inherentes a la de cualquier servicio público, dentro de un Estado de acentuada índole burocrática, porque "la complejidad de las disposiciones legales y reglamentarias a que está sometida nuestra Universidad impide, en efecto, cualquier simplificación de sus mecanismos administrativos, cada vez más recargados de enojosos trámites que perturban, a menudo, la oportuna atención de las necesidades propiamente académicas. Consideramos de urgencia dotarla, mediante una nueva ley orgánica de la potestad reglamentaria requerida para que ella misma regule su régimen interno."

El Consejo Universitario ha discutido y aprobado, después de recoger las opiniones expuestas en las distintas facultades, las disposiciones principales de un nuevo proyecto de Estatuto Orgánico (para reemplazar al de 1931, todavía en vigencia), que elevará a la consideración y resolución del gobierno y del parlamento. Asimismo, el Consejo Universitario ha aprobado las ideas centrales de un proyecto de reorganización de la universidad que requiere, para ser puesto en práctica, nuevos edificios agrupados en centros docentes, "que permitan la integración armónica de servicios similares, ahora dispersos." Pero se necesitan cuantiosos recursos financieros, y el Estado ha sido incapaz de aumentar sus aportes. No faltan planes, sino medios. Los proyectos de expansión, oportunamente presentados, quedan sin aplicación.

La Universidad de Chile "ha llegado al límite de utilización de su personal, de sus instalaciones y de sus locales". Frente a tan angustiosa realidad, de acuerdo con los datos suministrados, la opinión pública y la juventud, en especial la que no ha obtenido matrícula en la Universidad, deben apreciar "la magnitud y trascendencia del problema, cuyo planteamiento corresponde a los organismos técnicos de nuestra Universidad, pero cuya solución depende de la voluntad política del Estado."

Con respecto a la democratización de la Universidad existe un asunto previo: "no cualquiera, por el simple hecho de haber terminado el ciclo secundario, puede atribuirse el derecho a ingresar a la Universidad; tiene que acreditar, para ello, calidad y vocación. Además, es obvio que ningún Estado, cualquiera sea el régimen imperante en él, contribuiría a formar más profesionales de los requeridos para su subsistencia y progreso."

La democratización de la Universidad no puede entenderse en tal sentido, y es más legítimo preguntarse: ¿Llegan actualmente a la Universidad los jóvenes más capaces para los estudios superiores? El proceso educativo, ¿produce en sus diferentes instancias, una elevación auténtica y una adecuada distribución de los alumnos, según sus aptitudes y vocaciones? Ni lo uno, ni lo otro. La selección universitaria se realiza entre jóvenes que, por pertenecer, en abrumadora mayoría, a grupos sociales de alta y mediana situación económica, pudieron completar el ciclo de enseñanza media... La democratización de la enseñanza superior "solo será efectiva cuando se democratice realmente la educación nacional en su conjunto, y esto solo será posible cuando se modifiquen las estructuras básicas de la sociedad y del Estado..."

Se puede atenuar la injusticia actual por una próvida asistencia del Estado a los jóvenes de escasos recursos. La democratización de la Universidad en cuanto al servicio del pueblo debe considerarse como

“esencial función suya llevar al pueblo estímulos de cultura, a fin de abrir los espíritus a la comprensión de los valores de la verdad, belleza y la justicia para el logro de una convivencia digna.”

Aunque la universidad es ajena a las contingencias de la política partidista, no puede ser indiferente a los movimientos de progreso social, y por eso el empeño de su rector y de sus autoridades en darle una estructura nueva que le permita ser una auténtica comunidad de vida y trabajo, “de la cual se encuentren excluidos la violencia y el dogmatismo. En este terreno la rebeldía estudiantil debe comprenderse como “uno de los tantos fenómenos reveladores de una crisis histórica en la que se están definiendo nuevas formas y valores de la vida humana. Ha surgido tanto en sociedades políticamente libres y prósperas como en sociedades agobiadas por la opresión y la miseria”. Y frente a ella, el rector proclama: “Nos parece altamente plausible que nuestros estudiantes tengan serias inquietudes políticas y sociales. Por lo demás, las han tenido siempre y, a través de su federación han actuado como factor dinámico del progreso nacional. Preocupándose de los problemas públicos y promoviendo el cambio social, se han sustraído a las limitaciones espirituales de una formación sin base humanista y demasiado especializada que, por natural consecuencia, pudo inclinarlos a un concepto mezquinamente utilitario de su servicio profesional.”

Con respecto al problema de la democratización de la Universidad hacia adentro, o sea, con respecto al funcionamiento de sus servicios docentes, científicos y culturales, y con relación al modo de elegir a los miembros del cuerpo académico superior y sus autoridades, se plantea este problema candente: ¿Deben los estudiantes intervenir en estas elecciones con derecho a voz y voto, para hacer efectiva la democratización de la Universidad? Los estudiantes participan en diversos organismos con derecho a voz, y algunos con derecho a voto; y tres representantes de la FECH asisten al Cuerpo Superior. La colaboración de los estudiantes ha sido útil, inteligente y constructiva, y en los debates del Consejo Universitario han expuesto, con serena y respetuosa firmeza, sus puntos de vista sobre todos los problemas universitarios.

Ante tal situación, “para la debida integración y el cabal funcionamiento de una genuina comunidad universitaria —y recogiendo la ya larga experiencia del carácter positivo de la colaboración estudiantil— el Consejo Superior, en acuerdo con los delegados de la Federación de Estudiantes, ha resuelto que se institucionalice, dándole vigencia legal, en el nuevo Estatuto Orgánico, la participación de representantes estudiantiles en todos los organismos colegiados de nuestra Universidad, con derecho a voz y voto desde la cátedra, concebida como grupo de trabajo, hasta el Consejo Superior. También la tendrán representantes del personal agregado a la docencia. El derecho a voto de los estudiantes no regirá para la elección de autoridades y profesores, y la resolución de problemas administrativos.” El sensato acuerdo revela la madurez y seriedad de los dirigentes estudiantiles, y el espíritu realista y renovador del Consejo Universitario.

En cuanto a la carrera y libertad académicas, reconoce defectos en la generación del cuerpo académico y, por ende, en la generación de las autoridades universitarias, porque no participan en los claustros electores de las facultades y el Claustro Pleno, varias categorías de profesores e investigadores, a pesar de que muchos trabajan solo para la Universidad, afectos a jornada completa y dedicación exclusiva, y reúnen los requisitos docentes y científicos para ser considerados en el más alto rango de la jerarquía universitaria. Entonces “urge poner término a esta situación evidentemente anómala, estableciendo una “carrera académica” en la que los miembros del personal docente y científico, independientemente de la función que desempeñen, vayan ascendiendo en los diversos rangos de la jerarquía universitaria hasta alcanzar el más alto que les dará acceso, con plenitud de derechos, a los claustros de las facultades y al claustro pleno.

El respectivo reglamento deberá ser extremadamente riguroso, a fin de que las promociones se produzcan exclusivamente a base de méritos, experiencia y trabajos."

Solo de esa manera se evitará cualquiera injusta arbitrariedad de las autoridades en los nombramientos de su incumbencia y no quedarán librados a mayorías ocasionales de las facultades, a veces movidas por intereses ajenos a los propios de la Universidad.

Corresponde a las autoridades universitarias respetar y hacer respetar el principio de libertad académica, principio esencial en la vida y el trabajo de la Universidad. Para el cabal ejercicio de la libertad académica "es condición básica, por una parte, la autonomía de la Universidad, con respecto a poderes externos, en el cumplimiento de sus fines docentes, científicos y culturales; por otra parte, en el orden interno de la Universidad, la libertad académica implica completa independencia de sus miembros para exponer y sustentar ideas y doctrinas. Ningún miembro de la Universidad puede ser objeto de medidas restrictivas, menos de sanciones directas o indirectas por las ideas y doctrinas que exponga y sustente, tanto en los organismos universitarios y ante sus alumnos dentro y fuera de las aulas, como en cualquiera forma de la actividad pública."

Por otro lado, la Universidad, aunque se mantiene al margen de los intereses transitorios de la política partidista, no puede permanecer ajena a las inquietudes ideológicas y problemas de la época. Por el contrario, "debe estar abierta a la discusión elevada de los grandes temas del conocimiento y de la vida, y el examen objetivo de todas las ideas y doctrinas, hecho con la libertad de crítica y el decoro intelectual, propios del espíritu científico. Aún más, la Universidad, como entidad moral, tiene la obligación de promover en la juventud de sus aulas una clara conciencia de los valores que orientan, en sentido de progreso, la formación del hombre y el desarrollo de la sociedad."

En cuanto al ordenamiento de las actividades nacionales y la autonomía de la universidad, no puede existir oposición y, por ese motivo, la Universidad de Chile ha expresado repetidamente la necesidad de planificar el crecimiento de la enseñanza superior, vinculándola al desarrollo de las demás ramas del sistema educativo y el avance cultural, social y económico de la nación. Para llevar a la práctica este anhelo, el rector pide que se establezca en una ley, como organismo del Estado, el Consejo de Coordinación y Planeamiento de la Educación Superior, creado por decreto del Ministerio de Educación en 1967. Que entre al examen de los proyectos de expansión de las autoridades universitarias estatales y particulares, dándole prioridad, en el financiamiento de nuevos servicios y proyectos, a las universidades del Estado, en particular a la Universidad de Chile, por cuanto atiende más de la mitad del alumnado universitario del país.

La acción de la Universidad de Chile está estrechamente ligada a la vida y el porvenir de la nación a través de las generaciones formadas en sus aulas, y por ello es obligación ineludible del gobierno y el parlamento proporcionarle los recursos para cumplir y extender sus tareas,

A pesar de las trabas de un anticuado Estatuto Orgánico y de la insuficiencia de sus recursos financieros, la Universidad de Chile ha crecido y progresado; se ha democratizado y organizado; ha planteado sus problemas adelantándose a las críticas y ha señalado cuál debe ser el camino para resolverlos; ha exhibido un conocimiento profundo de las necesidades nacionales y ha indicado las maneras de satisfacerlas; ha mantenido su dignidad y se ha hecho acreedora a la consideración y el respeto de las autoridades y de la ciudadanía.

¿Y quién ha sido el celoso defensor de los fueros de la Universidad, el eficiente promotor de su progreso, el decidido formulador de sus deficiencias actuales y de su urgente renovación, y el alerta y vigoroso adalid de su expansión fecunda? Indiscutiblemente su rector, el eminente maestro Eugenio González Rojas. Por eso su elección para un nuevo período asegurará un futuro brillante a la principal institución cultural, científica y docente de Chile.

Historia de las fuentes de la bibliografía chilena. Obra de Guillermo Feliú Cruz[53]

Es realmente asombrosa la capacidad de investigación y de trabajo de don Guillermo Feliú Cruz. Durante medio siglo ha publicado una cantidad impresionante de obras; ha enseñado con entusiasmo y erudición; ha desempeñado con dedicación y singular eficiencia altos cargos en la administración pública y en el seno de la Universidad de Chile; y ha animado con ejemplar devoción empresas culturales de alta trascendencia.

Hace algunos meses aparecieron los dos primeros tomos de su "Historia de las fuentes de la bibliografía chilena", de la cual debe salir un tercer tomo y, tal vez, un cuarto, dada la extensión del material elaborado y por imprimirse. Es una obra magna en el campo bibliográfico, donde el autor es autoridad reconocida, y capital para todos los investigadores del pasado nacional. Se complementa con su anterior y voluminosa "Historiografía colonial de Chile 1796-1886"' cuyo primer tomo entregó en 1957.

"Historia de las fuentes de la bibliografía chilena"[54] de Guillermo Feliú Cruz, colma un extraño vacío en la literatura nacional. Chile carecía de un estudio de conjunto sobre la erudición bibliográfica, a pesar de poseer el máximo bibliógrafo de la cristiandad, don José Toribio Medina; y en este reciente trabajo se presenta un cuadro general de las fuentes nutricias de la bibliografía chilena, entendida como el conjunto de todos los elementos bibliográficos que, directa o indirectamente, se relacionan con nuestro país.

I

Cada nueva producción de Guillermo Feliú Cruz despierta nuestro interés por la erudición y seriedad de su minerva y, al mismo tiempo, nos provoca alegría, por el afecto y el reconocimiento al viejo maestro y dilecto amigo. Entramos en relación con él en 1929, en el Departamento de Historia del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, donde fue nuestro profesor de Prehistoria Americana, y el verdadero guía en las investigaciones de historia de América y de Chile realizadas en la Sala Medina, de la Biblioteca Nacional.

La Cátedra de Historia de América la servía don Luis Alberto Puga, maestro de pasmosa cultura y de fluida y brillante expresión. Aunque su aspecto era severo, en su trato se comportaba con mucha bondad y comprensión, y en todo momento derramaba su ingenio chispeante y risueño. Por eso despertaba al unísono respeto y cálida simpatía. Nos exponía en forma ordenada y sistemática el proceso de las fuentes documentales de la historia del nuevo mundo a partir de las Cartas de Cristóbal Colón y de las historias generales de las Indias, hasta las grandes producciones de los eruditos contemporáneos de los diversos países latinoamericanos.

[53] OCCIDENTE N°197 junio 1968

[54] Obra realizada por la Biblioteca Nacional bajo los auspicios de la Comisión Nacional de Conmemoración del centenario de la muerte de Andrés Bello. Santiago, 1966.

La Cátedra de Historia de Chile, la desempeñaba don Luis Galdames, historiador acucioso y original. Poseía un conocimiento profundo de las grandes obras de la sociología francesa y norteamericana, cuyos principios aplicaba a la interpretación del devenir histórico, dándole novedad y hondura. Sus clases atraían por su amena sabiduría y su exposición aguda y luminosa.

Para conocer y manejar las grandes obras analizadas en las clases de historia de América y de Chile, y, a la vez, desarrollar y dominar las materias correspondientes, concurríamos a la Sala Medina. Aquí, don Guillermo Feliú Cruz pasaba a ser espontáneamente nuestro experto y exigente orientador por puro afecto vocacional de auténtico maestro, porque no tenía ninguna obligación de hacerlo. Nos indicaba la manera eficaz de penetrar en el trato de las inmensas colecciones documentales, cómo leer y extraer lo valioso de los libros especializados, cómo elaborar las fichas y los apuntes. En una palabra, nos dotaba del método científico indispensable para llevar a cabo nuestra tarea y obtener real provecho del estudio emprendido. Bajo su dirección resolvimos las dudas innumerables suscitadas por el manejo de la "Raccolta Colombina", de Cesare de Lollis; la "Colección de Viajes", de Martin Fernández de Navarrete; las historias generales de las Indias de Fernández de Oviedo, de López de Gómara, de Antonio de Herrera, de Juan Bautista Muñoz; y la "Colección de Historiadores de Chile" ...

Durante los cuatro años de los cursos profesionales mantuvimos un contacto cotidiano, abusamos de su paciencia inagotable y nos compenetramos de las fuentes bibliográficas de la historia americana y chilena bajo su abnegada y desinteresada vigilancia. Una vez terminados los estudios regulares, su ayuda eficaz continuó guiándonos en la redacción de la memoria histórica para recibir el título de profesor en esa asignatura. Fue mi erudito consejero en la investigación básica de mi monografía: "Santiago Arcos Arlegui y la Sociedad de la Igualdad", con la cual obtuve mi cartón de profesor de Historia, Geografía y Educación Cívica.

Una vez lanzado a la vida profesional prosiguieron, hasta hoy día, mis relaciones cordiales con Guillermo Feliú Cruz, y su generosidad se prodigó en muchos estímulos a algunas investigaciones propias hasta llegar a prologar en forma elogiosa y valiente mi "Ensayo crítico del desarrollo económico- social de Chile", por lo cual debió soportar diversos ataques injustos.

Don Guillermo Feliú Cruz ha sido un maestro ejemplar y un amigo generoso, y por ello compromete nuestra gratitud y explica la alegría sincera con que recibimos cada obra salida de su pluma fecunda. Hombre cabal, erudito bibliógrafo y brillante historiador; admirable catedrático por su elocuencia y sabiduría; funcionario austero y enérgico, capaz de impulsar el mejoramiento y progreso de los servicios a su cargo; es, sin duda, un ciudadano benemérito, ejemplo para las nuevas generaciones.

II

En los últimos años, Guillermo Feliú Cruz ha entregado numerosas obras de gran calidad sobre diversos aspectos de la historia nacional, y ha sido el motor de los homenajes a José Toribio Medina, en el centenario de su nacimiento; y a Andrés Bello, en el centenario de su fallecimiento, los cuales alcanzaron caracteres continentales. Con tal motivo llevó a cabo una inmensa labor de organización, de redacción de artículos, ensayos y folletos, y dio numerosas conferencias y sostuvo una voluminosa correspondencia. Por un extenso período dirigió y renovó los "Anales de la Universidad de Chile" y fundó la revista "Mapocho". Bajo su dirección, la Biblioteca Nacional editó desde 1951 a 1965, una veintena de volúmenes de la "Colección de antiguos periódicos chilenos", repertorio indispensable para acometer la historia de las ideas políticas, sociales, económicas, jurídicas y educacionales chilenas. Últimamente han aparecido

dos gruesos volúmenes relacionados con Andrés Bello, recopilados y prologados por Guillermo Feliú Cruz.[55]

El primero es: "La Prensa Chilena y la codificación 1822-1878" introducción y recopilación de Guillermo Feliú Cruz (Santiago, 1966), obra auspiciada por la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile. Contiene un conjunto de artículos de prensa sobre la codificación de gran importancia como antecedentes para la historia del Código Civil de Chile, y dos apéndices. Uno reúne los homenajes tributados por los "Anales de la Universidad de Chile" a la muerte de su primer rector, en 1865; y el otro, agrupa los artículos sobre el centenario de su nacimiento, en 1881, de los grandes diarios capitalinos.

En una sobria introducción, "Algo sobre Bello codificador", explica el origen y el valor de su trabajo. Ahí recuerda que la campaña sobre la conveniencia de una codificación general se inició en 1822, en "El Mercurio de Chile", redactado por Camilo Henríquez. Pero el órgano principal en la defensa de esa aspiración generalizada fue "El Araucano" (fundado el 17 de septiembre de 1830), a cargo de su colaborador Andrés Bello, quien insertó su primer artículo sobre la materia el 28 de junio de 1833. Andrés Bello, sin ser abogado, poseía una preparación inmensa como jurisconsulto. El 17 de noviembre de 1836, a los 55 años, obtuvo en la Universidad de San Felipe el grado de bachiller en las facultades de Sagrados Cánones y Leyes, pero no prosiguió para cumplir la práctica forense y recibirse de abogado. Bello publicó numerosos artículos sobre la necesidad de la codificación y, luego, sobre los diversos temas jurídicos, exhibiendo un dominio acabado del Derecho y la Jurisprudencia.

El segundo volumen es: "Estudios sobre Andrés Bello", compilación y prólogo de Guillermo Feliú Cruz (Santiago, 1966). En él selecciona artículos y ensayos de notables figuras nacionales sobre la personalidad de Andrés Bello con ocasión de su deceso (José Victorino Lastarria, Miguel Luis Amunátegui, Domingo Arteaga Alemparte y una veintena de escritores más), y dos estudios bibliográficos: el de Emilio Vaisse, adicionado por Guillermo Feliú Cruz, y el de Eugenio Orrego Vicuña. La introducción, de veintiséis páginas, es un hermoso y sugerente ensayo, en el cual el compilador expone su contacto desde su niñez con las producciones del sabio caraqueño, a través de la lectura frecuente de sus poesías, en su hogar, donde se le veneraba, y, luego, por medio de sus estudios de gramática, versificación y ortografía, de instrucción cívica y de preceptiva literaria, en el colegio. Paralelamente, por la lectura asidua de la simpática "Historia de Chile", de Francisco Valdés Vergara, donde se esboza una inolvidable semblanza de Bello, y de la "Vida de don Andrés Bello", de Miguel Luis Amunátegui. La parte de su trabajo titulada: "La visión del hombre a través del recuerdo", es de una extraordinaria calidad. Los recuerdos de Guillermo Feliú Cruz son el trasunto de lo que les oyó a grandes personalidades de la generación inmediata a la que trató en forma directa a Bello, y configuran una completa y rica silueta humana del insigne sabio. (Sus informantes fueron:

[55] Es un bellista consumado y sobresalen sus obras sobre el egregio sabio venezolano-chileno: "Andrés Bello y la redacción de los documentos oficiales del gobierno de Chile", Caracas, 1951; "Andrés Bello y la redacción de los documentos oficiales, administrativos, internacionales y legislativos de Chile. Bello, Irisarri y Egaña en Londres", Caracas, 1957; "Andrés Bello y la administración pública de Chile", publicado como prólogo de "Textos y mensajes de Gobierno", volumen XVI, de las "Obras Completas de Andrés Bello", Caracas, 1964; "Andrés Bello y la historiografía chilena" y "Andrés Bello y la Biblioteca Nacional", ensayos aparecidos en Santiago, en 1965. En 1958, patrocinado por la Comisión Nacional Organizadora del centenario del Código Civil, se imprimió el volumen "Antecedentes legislativos y trabajos preparatorios del Código Civil de Chile recopilados por Enrique Cood, profesor de Derecho Civil de la Universidad de Chile, precedidos de una biografía por Miguel L. Amunátegui Reyes, completados por Carlos Stuardo Ortiz", con Introducción de Guillermo Feliú Cruz.

Enrique Mac-Iver, Miguel A. Varas Herrera, Augusto Orrego Luco, Martina Barros de Orrego, Gonzalo Bulnes, José Toribio Medina, Juan Agustín Barriga, Luis Claro Solar, Luis Barros Borgoño, Alcibíades Roldan, Domingo Amunátegui Solar, Juan Nepomuceno Espejo Varas, Eduardo Lamas García, José Alfonso, Luis Arrieta Cañas, Paulino Alfonso, Miguel Luis Amunátegui Reyes, Samuel Ossa Borne, Alejandro Fuenzalida Grandón, Luis Orrego Luco, Emilio Bello Codesido, Enrique Matte Vial, Ricardo Montaner Bello, Inés Echeverría Bello de Larraín, Carlos Silva Vildósola, Alberto Edwards, Joaquín Edwards Bello, Miguel Varas Velásquez, Isabel Bello de Casanueva y Ana Luisa Prats de Sarratea.)

III

En su "Historia de las fuentes de la bibliografía chilena", distingue las fuentes externas, o extranjeras, y las fuentes internas, o propiamente nacionales. En el estudio de las fuentes externas deben considerarse los escritores españoles o americanos que han publicado obras sobre el país o se han referido a los autores nacionales; los autores franceses, ingleses, alemanes, italianos, portugueses, holandeses u otros, que se han ocupado del país como viajeros, geógrafos, naturalistas, bibliógrafos; y los autores nacionales que han escrito fuera de Chile en las diversas etapas de su historia. Al enfocar las fuentes externas verifica un examen prolijo de la producción (de Antonio León Pinelo, fundador de la bibliografía americana, y de Andrés González Barcia por su pasión en difundir la historiografía americana. Con ruda franqueza declara el autor, al analizar las fuentes bibliográficas españolas, hispanoamericanas, norteamericanas, francesas, inglesas, alemanas, italianas y portuguesas, que su trabajo es incompleto y no llena las exigencias actuales en cuanto a los materiales modernos. Pero, de todos modos, por primera vez, se presenta un conjunto bibliográfico como el aportado en esta cuidadosa y notable obra.

En dos densos capítulos traza la biografía de Antonio de León Pinelo (1590-1660), y desmenuza los principales aspectos de su empresa bibliográfica, en especial de su "Epítome de la Bibliografía Oriental y Occidental Náutica y Geográfica", publicada en 1629 y libro clásico que lo consagró como el padre de la bibliografía americana y, al mismo tiempo, como el primer bibliógrafo de cada uno de los dominios del imperio español y, por lo tanto, de Chile. Por tal motivo reproduce la bibliografía contenida en su obra, sobre Chile. Antonio de León Pinelo dio a conocer veintidós títulos relacionados con Chile: siete obras históricas (crónicas de Jerónimo de Vivar, Cristóbal Suárez de Figueroa, etcétera), cuatro poemas épicos (Alonso de Ercilla, Pedro de Oña, Diego de Santisteban de Osorio y Fernando Álvarez de Toledo), diez autores dramáticos, un hagiográfico, y señaló cinco manuscritos.

Después de referirse al bibliógrafo sevillano Nicolás Antonio, al italiano Rafael Savonarola y al portugués Diego Barbosa Machado, verifica un amplio examen del americanista Andrés González Barcia (1673- 1743), quien reimprimió diversas obras históricas en su famosa colección "Historiadores primitivos de las Indias Occidentales" e hizo una nueva edición añadida y enmendada del "Epítome", de León Pinelo. Reproduce el catálogo de González Barcia sobre Chile.

Al enfocar otras fuentes bibliográficas utilizables para Chile, entre ellas señala a Juan Bautista Muñoz (1745-1799), quien reunió papeles conservados en 150 tomos, en los cuales trabajaron Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna, Carlos Moría Vicuña y José Toribio Medina. A J. B. Muñoz se debió el conocimiento de las cartas de Pedro de Valdivia a Carlos V sobre la conquista de Chile. A continuación reproduce los títulos de las obras de la bibliografía española relativas a Chile; algunas fuentes hispanoamericanas, norteamericanas (con sus notables historiadores americanistas Washington Irving y Guillermo H. Prescott, y su agudo erudito Henry Harrisse, 1830-1910), inglesas (William Robertson, 1721-

1793), francesas (especial referencia a Henry Ternaux-Compans, 1807-1864, quien le proporcionó a Claudio Gay cinco cartas de Pedro de Valdivia, hechas copiar por J. B. Muñoz en el archivo de Simancas), alemanas e italianas.

Esta primera parte, sobre las fuentes externas, la cierra con un apéndice dedicado al bibliógrafo español del siglo dieciocho, José de Rezabal y Ugarte, oidor regente de la Real Audiencia y presidente interino de la Capitanía General de Chile, y quien falleció aquí el 19 de julio de 1800. Escribió una importante obra de bibliografía española, y por ello lo somete a una detenida apreciación biográfica, bibliográfica y critica.

En la segunda parte estudia las fuentes internas y empieza con los orígenes de la bibliografía chilena. El nexo entre las fuentes externas y las internas es el abate Juan Ignacio Molina (1740-1829), célebre como naturalista, y autor también del "Compendio de la historia civil del reino de Chile" y del "Catálogo de los escritores de las cosas de Chile", dándole el lugar de primer bibliógrafo propiamente chileno. Lo reproduce, y en él menciona 65 títulos de obras sobre Chile. En seguida analiza a aquellos cronistas anteriores y posteriores a Molina que en sus obras han indicado algún género de fuentes: Alonso de Nájera, Alonso de Ovalle, Diego de Rosales. Miguel de Olivares, Felipe Gómez de Vidaurre, José Pérez García (1726- 1814), de origen español, y Vicente Carvallo Goyeneche (1740-1816). Con estos dos últimos parten la historia y la bibliografía nacionales.

En los comienzos de la república, con la fundación de la Universidad de Chile, se estimuló el estudio de la historia de Chile, por medio de la redacción de memorias, y a ella se agrega la benéfica influencia provocada por la "Historia física y política de Chile", de Claudio Gay, a partir de 1844, cuando salió a luz el primer volumen. En noviembre de 1844 leyó José Victorino Lastarria la primera memoria histórica, y desde entonces se sucedieron las de Diego José Benavente, Antonio García Reyes, Manuel Antonio Tocornal, José Hipólito Salas, Ramón Briseño, Salvador Sanfuentes, Ignacio Víctor Eyzaguirre, Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, Diego Barros Arana, Domingo Santa María, Federico Errázuriz Zañartu, Melchor de Concha y Toro, y Benjamín Vicuña Mackenna. (Este notable historiador las coleccionó y publicó en cinco volúmenes.) Más tarde se imprimieron otras notables memorias de Miguel Luis Amunátegui, José Toribio Medina y Domingo Amunátegui Solar.

La Universidad de Chile, junto con proteger la investigación científica del pasado patrio, por medio de las memorias indicadas, echó Las bases de la bibliografía nacional, acometiendo la realización de una obra fundamental para ella: agrupar bajo las formas bibliográficas la producción impresa en Chile desde la introducción de la imprenta en 1812. En sesión del Consejo Universitario del 17 de diciembre de 1859, presidido por Andrés Bello, se aprobó una indicación de su secretario Miguel Luis Amunátegui para confeccionar un catálogo circunstanciado de las publicaciones hechas en el país desde 1812, y se acordó encomendarle tan delicada tarea al director de los Anales, don Ramón Briseño.

Por esta época fueron editados los cronistas de la colonia, en la "Colección de Historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional", iniciada en 1861, por el periodista Juan Pablo Urzúa, continuada por Luis Montt y José Toribio Medina, hasta totalizar 51 volúmenes.

Como antecedentes de la obra de Briseño se pueden señalar las modestas aportaciones del argentino Juan Bautista Alberdi (1810- 1884), autor del "Manual del Escritor", publicado en 1846, y en el cual inventariaba los periódicos chilenos desde 1812; la de Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, por su "Catálogo de los libros y folletos impresos en Chile", aparecido en 1857; y el de Santiago Lindsay (1825-1876), por su

“Catálogo de las obras publicadas en Chile desde el año 1812 hasta el de 1858”, que se limita a reproducir, más algunos pequeños agregados, el de los hermanos Amunátegui.

En el tomo II, describe, en forma pormenorizada, a los clásicos de la bibliografía chilena. En primer término, a Ramón Briseño (1814-1910), dedicándole cuatro capítulos (un total de 124 páginas). Es su más completa biografía, redactada a base de todo lo escrito sobre él y, particularmente, en los papeles del archivo de Briseño, puesto a disposición del autor por los descendientes del bibliógrafo. Posee un indiscutible valor original y detalla todos los aspectos de la larga labor docente, funcionaria y bibliográfica de Ramón Briseño, y, en especial, lleva a cabo un concienzudo examen de su obra “Estadística bibliográfica de la literatura chilena”, en dos tomos (el tomo I, de 1812 a 1859, y el tomo II, de 1860 a 1876).

Luego dedica una cincuentena de páginas a la exposición de la labor de Diego Barros Arana y Benjamín Vicuña Mackenna, quienes siendo fundamentalmente historiadores contribuyeron de manera erudita y sólida al desarrollo de los estudios bibliográficos. Barros Arana tuvo una profunda afición al estudio de los libros y de sus accidentes; y su relato histórico se apoya siempre en la bibliografía. Además, poseía vastos conocimientos de biblioteconomía y organizó la magistral biblioteca del Instituto Nacional. Algo similar ocurre con Benjamín Vicuña Mackenna, y a ambos su erudición histórica los llevó a la investigación de las fuentes documentales e impresas, en las cuales apoyaban sus grandes libros, y de ahí sus inmensos aportes a la bibliografía. También hace un breve análisis de los clásicos “Recuerdos Literarios”, de J. V. Lastarria, como fuente bibliográfica del desenvolvimiento nacional, en un importante aspecto de su vida, desde 1828 a 1877.

Los capítulos VI-XIII, páginas 183-407, están consagrados a José Toribio Medina (1852-1930). Es una completa biografía intelectual del eminente sabio y ha sido realizada por quien posee el conocimiento más hondo de los gigantescos trabajos de aquel titán de la bibliografía. La producción de Medina alcanza a 392 títulos (libros, folletos y ensayos), y escribió 81.235 páginas (35.596 páginas originales y 45.639 páginas de documentos transcritos, anotados y prologados), y describió de visu 69.682 títulos de impresos americanos o relativos a América. Tal fue el prodigioso resultado de 56 años de investigador y publicista. Ha sido el máximo erudito, dotado de un criterio bibliográfico científico, con un método riguroso y de pasmosa fecundidad.

Al describir los trabajos bibliográficos de los grandes eruditos, se refiere también a la formación de riquísimas bibliotecas particulares, muchas de las cuales pasaron a formar parte, por adquisición del gobierno o por generosa donación del dueño, de la Biblioteca Nacional o de la Universidad de Chile, como las de Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna, José Toribio Medina, Ramón Briseño, Gregorio Beeche... A propósito, apunta dos hechos extraordinariamente sugerentes sobre la actitud de los gobiernos frente al destino de ellas.

El bibliógrafo Ramón Briseño reunió 7.387 volúmenes entre obras chilenas, americanas y europeas, y sus colecciones alcanzaron un valor inapreciable y, en muchos aspectos, eran muy superiores a las de la Biblioteca Nacional. En 1887 ofreció en venta su biblioteca en el mercado bibliográfico de Londres y en Estados Unidos, Pero en el curso de la negociación intervino el presidente Balmaceda para detenerla, escribiendo una carta a Adolfo Valderrama, modelo de doctrina y previsión, con fecha 16 de noviembre de 1887: “Querido Adolfo, me dicen que don Ramón Briseño está ofreciendo en venta su biblioteca de asuntos chilenos para que se la compren en Londres o en Estados Unidos, y esto no puede ser. El señor Briseño no puede olvidar que fue director de la Biblioteca Nacional, que le debe a este servicio la

consideración de preferirlo en caso de venta, ofreciendo al Estado su biblioteca, formada y completada durante los veintitantos años que permaneció al frente de ese establecimiento. He visto el catálogo de Briseño y allí se dice que su biblioteca tiene impresos que no hay en la nuestra. ¿Cómo el señor Briseño se ha olvidado de su país? Póngase al habla con él y con Luis Montt, que aparece como intermediario del señor Briseño y dígales que hagan una oferta al gobierno. Hay cosas que, aunque sean de particulares, se convierten en patrimonio moral del Estado, y es deber de quien fue funcionario público y recibe del Estado una remuneración por sus servicios mediante una ley especial, preferir los intereses de su patria sobre cualesquiera otros, por fuertes que sean las cifras ofrecidas. Suyo afectísimo. J. M. Balmaceda."

Prevaleció el pensamiento clarividente de Balmaceda y la biblioteca de Ramón Briseño no salió de Chile, pues se llegó a un acuerdo y se adquirió para la Biblioteca Nacional.

En 1927, durante la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo, se produjo una situación inversa. El ministro de Educación Pública, abogado Pablo Ramírez, ordenó desalojar el edificio de la Biblioteca del Instituto Nacional, para demolerlo, y en su lugar construir una piscina, dispersando sus 80.000 a 100.000 volúmenes. Había recibido el estímulo de Barros Arana y de obras de grandes educadores; el gobierno había adquirido la sección americana de Gregorio Beeche, poseedor de una de las más valiosas bibliotecas particulares del continente, incorporándola a la del Instituto Nacional. A raíz de la orden cavernaria de Pablo Ramírez se perdieron miles de libros y muchos se podían adquirir en las librerías de viejo, en calle San Diego. Escribe Guillermo Feliú Cruz: "La destrucción de esa biblioteca, con la cual cayó la sección americana de Beeche, no mereció ninguna protesta pública en ese tiempo, ni se inició después una investigación administrativa siquiera para establecer dónde habían ido a parar los libros, en qué condiciones y cuáles habían sido recibidos en los liceos; o bien para intentar, como todavía era posible, reconstruir esa extraordinaria biblioteca. Nosotros que habíamos estudiado en el Instituto e investigado en ella e iniciado nuestra carrera bibliotecaria en 1920 en ese establecimiento, consignamos nuestra protesta en un libro que nació en la biblioteca institutana. Nos referimos a nuestra obra "En torno a Ricardo Palma", publicada en 1933, dos volúmenes. En el tomo primero escribimos una airada protesta por ese atentado contra la cultura, el cual ha quedado impune hasta nuestros días. No pocas molestias nos significó en la Universidad de Chile, de la cual éramos miembros, esa protesta, llegando la corporación a impedir la circulación de este tomo primero que sus prensas habían editado, censurando, al mismo tiempo, nuestra conducta."

En los próximos volúmenes, Guillermo Feliú Cruz estudiará los historiadores con inclinaciones bibliográficas y cercanos a José Toribio Medina, como Domingo Amunátegui Solar, Alejandro Fuenzalida Grandón, Enrique Matta Vial y Tomás Thayer Ojeda; y a los bibliógrafos, como Víctor María Chiappa, Luis Montt, Emilio Vaisse y numerosos otros, hasta llegar a los actuales, como Aniceto Almeida Arroyo, Ricardo Donoso, Eugenio Pereira Salas, Raúl Silva Castro, José Zamudio.

El rápido vistazo dado a la nueva producción de Guillermo Feliú Cruz sugiere su enorme riqueza investigativa e informativa, y nos permite afirmar su magnitud como creación erudita y su indispensable manejo para quienes sienten inclinación por los estudios históricos. Y el admirado y querido maestro prosigue metódicamente en su labor historiográfica y bibliográfica, abarcando los más diversos temas. Pronto saldrá a luz, en las prensas de la Editorial Nascimento, un completo enfoque de la historia del discutido Francisco A. Encina, basado en el análisis de su producción y en largas conversaciones, debidamente apuntadas, sostenidas con él, en el correr de muchos años. Asimismo, en la Editorial Jurídica

aparecerá el Epistolario del gran presidente liberal, don Domingo Santa María, en tres volúmenes, recopilado y anotado por el infatigable Guillermo Feliú Cruz, escritor fecundo, erudito y zahorí.

La generación de 1938 y las grandes concepciones filosóficas y sociales de su época[56]

A menudo se habla de "la querella de las generaciones", y muchos pensadores adjudican a una generación histórica, es decir, a un grupo reducido de hombres, el papel decisivo de motor del suceder político, ideológico, literario y artístico.

El brillante pensador español José Ortega y Gasset, muy leído por mis contemporáneos, enfocó, con su acostumbrada sagacidad, el problema de las generaciones en sus libros "El Tema de nuestro Tiempo" y "La Rebelión de las Masas", y más tarde "Esquema de la Crisis" e "Historia como Sistema".

Cuando en el inmenso conglomerado humano, una minoría, en un momento dado, presiente el nuevo sentido de la época, se plantea anhelos renovadores y avizora más amplios horizontes hacia los cuales trata de conducir a la sociedad, actuando para impulsarla en tal sentido, y separándose de la mayoría-masa, sumergida en el conformismo de lo establecido, entonces se convierte en generación histórica. Sus miembros están dotados de ciertos caracteres típicos, presentan una fisonomía común, poseen un modo propio de sentir la existencia, todo lo cual los diferencia, de la generación anterior. Cada generación que reúne a un conjunto de coetáneos equivale a tener la misma edad y algún contacto vital; no todos los contemporáneos son coetáneos, y en un mismo tiempo cronológico interfieren varios tiempos vitales; por lo cual al hablar de hombres de la misma edad, englobados en una generación, la edad se refiere a un cierto modo de vivir que se extiende durante varios años; no es una fecha, sino una "zona de fechas", tener la misma edad; entonces, es haber nacido en la misma zona de fechas tanto como en el mismo año. Por eso cada generación se encuadra entre otras dos generaciones beligerantes. Según Ortega y Gasset "siempre hay dos generaciones actuando al mismo tiempo, sobre los mismos temas y en torno a las mismas cosas, pero con distinto índice de edad y, por ello, con distinto sentido".

La generación es una unidad sociológica abarcadora del conjunto de coetáneos que han mantenido entre sí contactos vitales, o sea, sus factores de cohesión provienen de los nexos reales en el convivir, posibilitados por medios informativos comunes y la experiencia de una época, a partir de un punto de arranque cronológico, también común, todo lo cual configura un estilo, una modalidad de pensamiento y de vida. Los cambios históricos como variantes en las formas de vida vigentes en la sociedad adquieren convicción en la continuidad de las generaciones. Son éstas las promotoras de tales cambios en cada una de las dimensiones de la vida, de la estructura económica, social, política y cultura espiritual, de las usos, modas y costumbres.

En resumen, la generación histórica reúne a protagonistas, a una aproximada altura de edad, bajo una misma bandera política, o literaria, o artística, sustentando un sistema de valores determinados y con un estilo propio e inconfundible para enfrentar similares problemas y con recursos idénticos en su intento de resolverlos, participando en la historia de su tiempo a partir de un hecho sobresaliente, trascendental, que determina su acción, los caracteriza y distingue, y cuyo influjo la define y coloca en función de él.

[56] OCCIDENTE N°200, septiembre 1968

Los hechos determinantes de la toma de conciencia y de la actividad de la generación de 1938 fueron la grave crisis del sistema capitalista mundial en 1929-30, las grandes convulsiones sociales subsiguientes y la amenaza del fascismo reaccionario y terrorista. Se fogueó en la lucha contra la tiranía de Ibáñez en 1931, en los trastornos políticos posteriores, en las acciones del Frente Popular en contra de la "dictadura legal" de Alessandri-Ross y en el rechazo decidido de las provocaciones y de la violencia desencadenadas por el nacismo criollo. Asimismo, se nutrió con el fervor multitudinario en pro de la república democrática española, y jugó un papel de primera magnitud en la victoria electoral del 25 de octubre de 1938, a raíz de la cual se organizó un gobierno democrático con participación de partidos populares, presidido por el estadista y educador Pedro Aguirre Cerda. Después de este resonante triunfo entró a vivir las inquietudes de la inminencia y, luego, del estallido de la segunda guerra mundial.

Quienes le denominan generación de 1938 se apoyan en el profundo significado del éxito político de ese año; por primera vez, el pueblo, a través de partidos de clase, representantes genuinos de sus intereses y aspiraciones, llegaba al poder y, en consecuencia, se iniciaba una moderna etapa en el desenvolvimiento democrático del país.

Elementos destacados de la generación de 1938 asumieron responsabilidades en el nuevo gobierno, y trataron de darle un sincero sentido renovador.

En el trágico decenio de 1929-30-1939-40, entre la profunda crisis capitalista y el estallido de la segunda guerra mundial, se levanta y desarrolla la generación de 1938. Los trastornantes sucesos del decenio dramático la marcaron con rasgos inconfundibles comunes a todos sus miembros, no obstante, sus actitudes ideológicas discrepantes, en primer término, su irreductible posición anticapitalista; en segundo lugar, su profundo sentimiento antifascista, y luego su adhesión a las doctrinas y programas de avanzada ideológica: socialismo, comunismo y cristianismo social.

En el plano artístico, sus integrantes se rebelaron en contra del criollismo lugareño imperante y entraron a propiciar una literatura social y psicológica, incorporando en su temática los asuntos relacionados con la clase popular y, en general, con todos los sectores de la sociedad patria. Realizan un inventario completo de la existencia nacional, abarcándola en su totalidad; examinan sus diversos grandes problemas sociopolíticos y cultiva un realismo humano de hondo contenido nacional y, al mismo tiempo, universal.

Los escritores de la generación de 1938 se incorporaron al vasto movimiento político democrático, y la mayor parte se afilió a los partidos de extrema izquierda, destacándose en la contienda por conseguir la liberación de los trabajadores y la independencia económica nacional. Junto con reivindicar la función social del escritor y del artista dieron categoría literaria y artística a la vida del pueblo.

II

¿Cuál era la literatura en boga en los años de lucha de la generación de 1938? ¿Qué grandes pensadores ejercieron una influencia especial?

La crisis mundial del capitalismo y la violencia terrorista del fascismo pusieron al descubierto las contradicciones insubsanables, las injusticias hirientes y las irracionales actitudes del régimen demo burgués. De tal realidad brotó un deseo apasionado por conocer la literatura marxista, por cuanto sus teorías representaban el subyugante atractivo de su acertada explicación de las leyes del sistema capitalista, de su implacable poder crítico y la justeza de sus conclusiones políticas, ratificadas de manera impresionante por las crisis cíclicas del capitalismo y por el ascenso sostenido de los movimientos

populares de inspiración marxista. La obra de Marx aparecía como la llave maestra para abrir la comprensión del mundo y el método adecuado para transformarlo... Como derivación del interés por el marxismo, quienes lo vincularon a la experiencia comunista soviética y a sus pugnas internas se devoraban las producciones de Lenin, Trotsky, Bujarín, Stalin.

Por otro lado, frente a la quiebra del capitalismo y en oposición a las doctrinas, sobre todo a su práctica revolucionaria dirigida a instaurar la dictadura del proletariado, un importante sector de mi generación prefirió las resonantes profecías del filósofo Oswald Spengler, heraldo de la decadencia de la "cultura occidental". Spengler, prusiano conservador, aristocrático y partidario del "estado en forma", es decir, de la subordinación de los individuos, de las clases y de la sociedad entera al poder del Estado, conducido por una minoría dirigente, daba en el gusto a los nacionalistas autoritarios y admiradores de la tradición portaliana. Los nacionalistas reaccionarios y los nacistas hitlerianos exaltaban la necesidad de reconstituir el "estado en forma" sobre el aniquilamiento de las instituciones y formas democráticas "decadentes". Spengler y Portales eran sus dioses tutelares.

Los elementos católicos rechazaban de plano las teorías marxistas por materialistas, ateas y estimuladoras de la lucha de clases, pero a la vez comprendían la injusticia del capitalismo liberal, sórdido y egoísta. Tampoco les atraían las doctrinas de Spengler, debido a su pesimismo sistemático. Leían entonces las encíclicas papales sobre la cuestión social, se remontaban a las obras de la Escolástica medieval y se entusiasmaban con la interpretación del tomismo; meditaban a León Bloy, a Berdaieff, a Jacques Maritain, y creían posible un catolicismo social capaz de dar solución a los hondos problemas económicos, sociales y espirituales de la época.

Los diversos sectores de la juventud, sin distinciones ideológicas y políticas, estudiaron a Freud y a sus discípulos Adler y Jung, cuyas teorías nos enfrentaban con las complejidades de la naturaleza humana. Más tarde su gravitación se circunscribió a los ámbitos intelectuales y profesionales. Quienes poseían formación matemática analizaban la teoría de la relatividad de Einstein y su nueva dimensión del espacio-tiempo. Años después el político peruano Víctor Raúl Haya de la Torre la utilizó para formular una ambiciosa fundamentación filosófica del aprismo. Por lo demás, la literatura aprista gozó de bastante aceptación por ser una de las manifestaciones de las amplias inquietudes antimperialistas de nuestras juventudes latinoamericanas, y por la participación en la vida chilena de un grueso y valioso contingente de personalidades apristas desterradas en este "asilo contra la opresión". También suscitaban admiración y crédito las obras de Ingenieros, Mariátegui y Aníbal Ponce.

En general, todos leíamos con entusiasmo las publicaciones de la "Revista de Occidente" y las de su propulsor, el Ilustre pensador José Ortega y Gasset. Nos eran familiares Frobenius, Huizinga, Keyserling. Scheler, Simmel, Sombart, Marañón, Waldo Frank, y a ellos se agregaban Bergson, Burckhardt, Ferrero, Levy Bruhl, Bertrand Russell, Durkheim, Unamuno. En literatura figuraban, entre nuestros predilectos, James Joyce, Thomas Mann, Romain Rolland, Henry Barbusse, E. M. Remarque, M. Proust, Aldous Huxley, A. Malraux, M. Gorki, C. Fedin, B. Pilniak, Panait Istrati, Antonio Machado, D. H. Lawrence, García Lorca, B. Shaw, H. G. Wells, Martin du Gard, John Dos Passos, Sinclair Lewis, Upton Sinclair, Mariano Azuela, J. E. Rivera, Rómulo Gallegos, R. Güiraldes, Vicente Huidobro, Pablo Neruda, Azorín y Pirandello.

III

Según Spengler, la realidad de la Historia solo puede ser penetrada y aprehendida por la intuición. (La doctrina de la intuición fue profundizada en obras capitales por el filósofo francés Henri Bergson), La

historia, para Spengler, no se reconstruye e interpreta por un saber científico basado en el principio de causalidad; su modo de concebirla y cogerla se logra por una intuición. Afirma que en su obra "se acomete por primera vez el intento de predecir la Historia". Desprecia todo método científico: “La naturaleza hay que tratarla científicamente, la historia, poéticamente”. Por eso su morfología de la historia universal posee un sentido místico y tiene más de profecía que de interpretación. Es determinista y exhibe un deprimente naturalismo. Según su desarrollo, la historia del hombre se rige por las mismas reglas de la historia animal y vegetal.

Su obra magna “La Decadencia de Occidente" es un ensayo de morfología de la historia universal. Para que haya una morfología de la historia es menester la existencia en la historia de formas de contornos definidos y de evolución determinada. Esas formas de la historia son las culturas. Según Spengler, en el curso milenario de la Historia se han sucedido ocho culturas: la egipcia, babilónica, china, indostánica, grecorromana, arábiga, mexicana y occidental. Cada cultura posee un estilo de vida propio y original. Se desarrollan con cielos cerrados, autónomos, sin relación mutua, pero sometidos a un proceso inexorable a través de etapas análogas y de duración semejante; todas nacen, crecen, decaen y mueren, o sea, pasan por cuatro etapas, correspondientes a la infancia, la juventud, la madurez y la senectud. La muerte de una cultura significa el agotamiento de sus posibilidades creadoras: cae en la repetición o imitación de formas pretéritas, sin el alma que las animara un día.

Spengler es adepto a una concepción aristocrática de la historia y la política. Para él el mando ha sido ejercido siempre por las minorías en cualquier sistema de gobierno. "Estado en forma” es el que, dirigido por gobernantes compenetrados de su misión, buscan la grandeza en el concierto de los demás Estados, porque el Estado no existe para sí, y “es el orden interior de un pueblo para los fines exteriores”.

Se oponen a los intereses del Estado los representantes de cualquier religión, la nobleza desplazada del poder, los individuos preocupados de satisfacer sus apetitos económicos por sobre cualquier otro interés, y los utopistas sociales al luchar por implantar un nuevo orden nacido de una especulación cerebral, desconociendo que el Estado es una realidad. En el régimen feudal la nobleza hace la historia. Cuando el Estado se confunde más con la “nación”, es desplazado del poder y entonces se rebela contra él, constituyendo “la fronda nobiliaria o aristocrática”. El Estado llama a su lado a la burguesía para defenderse. Con el tiempo, la burguesía anhela todo el poder y estalla la revolución; ésta desemboca al comienzo en una tiranía y, luego, pasa a la democracia parlamentaria, período en el cual la “cultura” toca a su fin. En esta etapa se ha adueñado de la cosa pública, y en su contra actúa el proletariado, sin respetar el derecho y solo tratando de conquistar beneficios. Las exigencias del proletariado conducen a los Estados hacia el colonialismo y la inflación, con lo cual se producen las crisis y el caos. En este instante aparecen los Césares, cuyas dictaduras someterán el poder del dinero y de la masa rebelada. En párrafo sugerente, dice; “El advenimiento del cesarismo quiebra la dictadura del dinero y de su arma política, la democracia. Tras un largo triunfo de la economía urbana y sus intereses sobre la fuerza morfogenética política, revelase al cabo más fuerte el aspecto político de la vida. La espada vence al dinero, la voluntad de dominio vence a la voluntad del botín. Si llamamos capitalismo a esos poderes del dinero, y socialismo a la voluntad de dar vida a una poderosa organización político-económica por encima de todos los intereses de clase, a la voluntad de construir un sistema de noble cuidado y de deber que mantenga en forma el conjunto para la lucha decisiva de la Historia, entonces esa lucha es, al mismo tiempo, la contienda entre el dinero y el derecho”.

Pero los Césares lucharán entre sí y se impondrá el más fuerte, estableciendo un “gobierno único del mundo”. Según Spengler, este gobierno universal será instaurado por el pueblo alemán, no por un concepto racista (pues hablar de raza pura es una farsa grotesca), sino por sus mayores reservas de energía. No obstante, el dominio de los Césares, el destino de Occidente se encuentra sellado: desaparecerá como cultura al imponerse la revolución mundial de los “hombres de color”. (Para Spengler, “hombre de color” es todo aquel que no pertenece a la cultura occidental, como es el caso de los rusos después de la revolución bolchevique). El anhelo de infinito del “hombre blanco” lo ha llevado a todo el mundo a extender su imperio. Por tal motivo la revolución será interna.

Las afirmaciones de Spengler contenidas en los capítulos consagrados al Estado y al mundo de las formas económicas, donde ataca la democracia y el Parlamento, por asimilarlos a la plutocracia; donde pervierte el sentido del socialismo, dándola un significado opuesto a su esencia; donde exalta al César con atributos bismarckianos, y donde entrega una nueva versión del misticismo hegeliano de la idea absoluta encarnada en el pueblo alemán, llevaron a muchos comentaristas a señalarle como a un heraldo del nacismo.

Precisamente en su libro posterior, "Prusianismo y Socialismo”, especie de epilogo de "La Decadencia de Occidente”, pretende una completa similitud entre socialismo e imperialismo, y asimila el socialismo al prusianismo como idénticos. El mundo será socialista a la prusiana o capitalista a la inglesa. La democracia del dinero es Inglaterra; el socialismo cesarista es Alemania. El socialismo, como lo entiende Spengler, es un socialismo de cuartel, totalitario, con un César todopoderoso a su cabeza.

Consciente o inconscientemente, con sus ideas nutrió de elementos teóricos ideológicos a una Alemania revanchista, ansiosa del desquite por la derrota sufrida en la primera guerra mundial. Por otra parte, toda su vasta y arbitraria visión histórico-política encaja con el advenimiento del programa del nacionalsocialismo de Hitler. Por eso, así como Hegel detuvo su colosal teorización de la idea de libertad en el Estado despótico prusiano, su encarnación temporal, las flamígeras afirmaciones “socialistas” de Spengler se encarnaron en el nacismo cruel y reaccionario y su “Führer”.

Spengler atrajo jóvenes de las diversas tendencias, entusiasmó a muchos reaccionarios, orientó a los fascistas y confundió a innumerables izquierdistas. La profunda crisis de 1930 del sistema demo capitalista parecía confirmar sus teorizaciones y profecías, y por eso su obra ejerció tanta fascinación en la juventud de mi época. (Por lo demás, ya tenían un discípulo influyente en el historiador Alberto Edwards, cuyo ensayo “La Fronda Aristocrática” fue escrito a la luz de la concepción spengleriana. Y en esos años redactaba su inmensa “Historia de Chile” don Francisco A. Encina, quien experimentó en forma apreciable el avasallador contagio del filósofo alemán).

Es innegable el brillo de la obra de Spengler, su calidad literaria, su frondosa imaginación y también su valor como documento espiritual de una época, con gran cantidad de ideas originales, algunas del autor y otras ajenas. Con razón expresaba un crítico “que era una obra rica en fuegos artificiales del pensamiento”. Pero con una falla básica; la de encajar los hechos en un sistema apriorístico; por tal razón, para edificar su tesis esencial, apela a demasiadas construcciones arbitrarias. Interpretó erróneamente, o pasó por alto, todas las continuidades, los mutuos cambios, y no logró explicar las desintegraciones anticipadas ni las renovaciones tardías. Y si las culturas desaparecen, el hombre y la civilización permanecen.

El éxito del libro de Spengler radicó, tal vez, como lo anotó Ernst Cassirer, en su título antes que en su contenido. Muchos europeos se percataban de que había algo podrido en la ensalzada civilización occidental, y el título del libro de Spengler expresó de manera aguda esa desazón general. Para quienes

leíamos a Marx y Engels era la civilización capitalista la decadente, sumergida en profunda crisis, por sus contradicciones, desigualdades e injusticias: pero en brazos del proletariado y del socialismo se impondría una nueva edad del progreso y la cultura, asegurando al occidente y al mundo una nueva era de esplendor y de prosperidad, Spengler falleció en 1938. La crisis y los antagonismos se agudizaron hasta desembocar en la segunda guerra mundial. A consecuencia de ella, el mundo entró en un gigantesco proceso de cambios económicos, sociales, políticos y técnicos. En ese instante surgió una nueva interpretación del devenir histórico universal: la de Arnold J. Toynbee; ocurre en la actualidad con su “Estudio de la Historia Universal” algo semejante a lo sucedido con “La Decadencia de Occidente" entre ambas guerras mundiales. Hoy día mucha “gente culta” ha tomado la producción del historiador inglés como la última palabra de la ciencia histórica, verdadera clave de la comprensión de la trayectoria humana.

Spengler y Toynbee poseen estrecho parentesco, y precisamente éste encuentra la creación spengleriana “rebosante de luminosa penetración histórica”. Pero la concepción de Spengler es determinista, inflexible y pesimista, y su cruda imagen biológica, con su inexorable proceso de nacimiento, vida y muerte, Toynbee la reemplaza por una más amplia concepción mística del mundo y del trasmundo. Aunque reconoce la muerte de todas las culturas, no advierte ninguna necesidad interna en virtud de la cual deba fatalmente haber ocurrido tal cosa. Únicamente la nuestra no ha perecido, y ésta podría ser la excepción para perdurar por un tiempo indefinido, al no existir ninguna ley de caducidad, y porque en la actualidad el hombre avanza a la etapa de una cultura humana universal, no obstante, los peligros que la asedian y que son el “desafío” al cual debemos responder victoriosamente. La historia se compone de “desafío” y “respuesta”; desafío del destino y respuesta del hombre. Para Toynbee, la historia es el resultado de la libertad humana y una manifestación de su dignidad, por cuanto es capaz de oponer su libre voluntad a las leyes naturales que quisieran llevarla a su decadencia y a su muerte. En forma categórica afirma: “Tengo una fe casi absoluta en el porvenir abierto a la libertad”.

En resumen, las obras de Spengler y Toynbee son libros seductores y sofísticas obras de imaginación en las cuales se reacciona contra el espíritu positivo, científico de los siglos XIX y XX. En el fondo contienen poca historia y excesiva imaginación y reflejan las demasías de los adeptos de la intuición como método de análisis y explicación de la historia.

IV

Sigmund Freud fue un renovador de la psicología tradicional. Con anterioridad a sus investigaciones se concebía la vida del espíritu únicamente en el plano de la conciencia; la conducta del hombre era determinada exclusivamente por fenómenos conscientes percibidos con toda claridad por él. Según Freud. el conocimiento del alma solo es posible si se determinan los elementos que se agitan en las zonas profundas del inconsciente. La noción del inconsciente es el factor cardinal en la doctrina psicoanalítica y de acuerdo con ella todos los procesos de la vida mental son originalmente inconscientes, emergiendo en la conciencia sin otra finalidad que la de servir a designios determinados por precedentes instintivos, desconocidos aún por el propio sujeto que los experimenta. Freud concibió la existencia de un mundo psicológico inconsciente en el cual se mantienen ocultos desde la infancia todos los acontecimientos de la vida anímica de cada cual. Y le concedió una importancia excesiva al pasado de los hombres, sobre todo a su infancia, de tal modo que su vida futura estaría determinada “por los cuadros de comportamiento forzados en los primeros años de la existencia humana”.

Tanto los estudios de Freud como los de sus discípulos revelaron la existencia de “traumas psíquicos” y de “complejos” guardados en el inconsciente, de poderosa influencia en la conducta hombre. En suma, “el inconsciente es ese mundo psicológico constituido por toda nuestra vida espiritual y experiencia vital, aparentemente olvidadas y que se manifiestan en actos fallidos, en fobias, obsesiones e impulsos histéricos, en antipatías infundadas, en predilecciones sin causas aparentes, y que, en última instancia. dan la forma, la característica y el matiz a nuestras actuaciones conscientes”.

Freud afirma, además, que nuestra actividad psicológica tendría como móvil definitivo el “instinto sexual”, denominado por él “libido” (palabra latina que significa voluptuosidad). (Y es en la evolución de la sexualidad donde se producen tropiezos y se forman complejos, causas de la pérdida de la salud mental, pues se manifiesta en neurosis, estados de angustia, odios inmotivados, homosexualidad...) La definición de complejo es difícil. (Jung lo define así: “Es una magnitud psíquica que adquiere autonomía y actúa desde el inconsciente inhibiendo o excitando las aportaciones conscientes”.) Pero nosotros entramos a hablar de los complejos más destacados por Freud: el complejo de Edipo, el complejo de Electra y el complejo de Narciso...

Junto con estudiar las doctrinas freudianas, leíamos las controversias desatadas y en ellas encontraban muchos argumentos quienes las rechazaban. En realidad, se hacía difícil admitir estas complicadas teorías que subestiman el elemento más valioso del hombre, la “inteligencia”, al proclamar el imperio abusivo de los impulsos naturales acumulados en el depósito o sótano nebuloso del inconsciente. Los partidarios del libre albedrío sufrían un serio golpe, porque, de acuerdo con el psicoanálisis, es difícil elegir con entera libertad el camino que debemos seguir, por cuanto desde el fondo de nuestro espíritu nos empujan fuerzas oscuras asiladas en el inconsciente, las cuales, ante cualquiera debilidad de nuestra conciencia o de nuestra voluntad, afloran y nos subyugan. Asimismo, la exagerada importancia concedida al pasado de los hombres, particularmente a su infancia, en su existencia futura, era impugnada en forma unánime. Sin negar la extraordinaria importancia de aquella observación freudiana, se subrayaba el hecho trascendental de existir otras realidades poderosas frente al individuo; en especial las de “sociedad” y “cultura”, de cuyo concierto e influencia nacen modalidades de vida adquiridas que no se justifican en función de los limitados antecedentes personales del hombre.

Por otro lado, se daban las interpretaciones simplistas. Para muchos, las teorías freudianas se reducían a su cerrado determinismo sexual y adherían a tan esquemática calificación a manera de justificativo de sus apetencias eróticas; para no pocos poseía un fascinante interés su teoría de los sueños. La antigua idea del influjo que ejerce el sueño en la vida de los hombres fue ahondada por Freud, y su mérito radica en haber descubierto en el proceso onírico un camino para determinar las raíces de muchos móviles perturbadores de la conducta de los hombres. Según la doctrina freudiana, los sueños son producto de la actividad psíquica inconsciente y poseen un significado, relacionándose con la personalidad de los individuos que los sueñan. De ahí fluye el mecanismo de su interpretación. Muchos compañeros vivían preocupados en relatar sus sueños y, luego, en someterlos a una adecuada interpretación, a fin de caracterizar su personalidad. Los tecnicismos superficialmente recogidos en las obras de los maestros se barajaban con todo desparpajo en interminables discusiones.

Con todo, por sobre los excesos de la adhesión o las negaciones del rechazo, la influencia de Freud fue considerable en mi generación. Muchos comprendimos que, si Freud proclamó la supremacía del impulso, con respecto a la inteligencia no pretendió rebajar a ésta en favor de aquél, sino más bien fue un llamado ferviente para despertar el interés por el estudio de los móviles instintivos que tienden a invadir y

perturbar el comportamiento de los hombres, y para concentrar los esfuerzos científicos en el estudio de las complejidades del alma humana. Por eso el movimiento psicoanalítico ha continuado; y sus nuevos representantes, junto con depurar las doctrinas freudianas de sus exageraciones y de sus desviaciones, han agregado nuevos hallazgos, enriqueciendo el psicoanálisis.

A quienes más adelante atrajo y dominó el credo marxista y entraron a militar en los partidos revolucionarios, el primer efecto embrujante de Freud casi desapareció, pero siempre existió una oculta influencia, reanimada con la aparición de las atrayentes obras de Otto Ruhle, el gran dirigente y escritor alemán, de inspiración marxista y militante del grupo espartaquista de Rosa Luxemburgo. Sus libros "El Alma del Niño Proletario" y "Carlos Marx" provocan curiosidad. En su biografía de Marx destaca los aspectos sobresalientes de su actividad según los cánones del método marxista y de los resultados de las investigaciones psicoanalíticas. También constituyó un renacimiento de las simpatías freudianas entre los marxistas la aparición del agudo ensayo de Osborn: "Marx-Freud", en el cual su autor intenta una comparación y complementación entre el materialismo histórico y las teorías del sabio vienés.

En relación con la popularidad de Freud, penetró en forma arrolladora la novelística de D. H. Lawrence, conquistándose una entusiasta admiración. Algunas de sus obras se imprimieron en el país por las Editoriales Ercilla y Osiris, y otras llegaban de las grandes editoriales argentinas.

En los tiempos más recientes, algunos pensadores han realizado análisis magistrales de la realidad social, política y espiritual, orientados por las doctrinas psicoanalíticas. Entre otros Kari Mannheim y Eric Fromm. El libro de este último, "Psicoanálisis de la Sociedad Contemporánea", es soberbio. El psiquiatra austríaco Franz Alexander, en su obra "Nuestra Era Irracional (Un estudio de las fuerzas irracionales de la vida colectiva)", resultado de un psicoanálisis que estudia la historia del pensamiento político, la teoría de las perturbaciones emocionales y el examen psicológico de los sistemas y acontecimientos sociales considera la realidad psíquica en el cambio y reajuste forzosos de la sociedad actual. Según Alexander, existe un apreciable retraso cultural, que en la vida colectiva se debe al apego a actividades sociales caducas en un orden nuevo; en el apego al nacionalismo político y económico (aislamiento y autarquía) en un mundo donde es mayor que nunca la interdependencia de las naciones; en el apego a la guerra como medio de resolver los conflictos de intereses y desviar el descontento interno; en una época en la cual la guerra ha llegado a ser tan destructiva y costosa que hasta el vencedor resulta vencido; en el apego a un grado de libertad económica incompatible con la compleja interacción de los factores económicos del presente; en el apego a la competencia en un mundo donde es cada vez más necesaria la cooperación; en el apego a una jerarquía caduca de valores en que ocupa el primer puesto la ganancia económica derivada de la producción de mercaderías, a pesar de ser casi todas las mercaderías producto de máquinas y trabajos rutinarios, mientras siguen sin resolver los problemas fundamentales de la vida colectiva pacífica y armoniosa. Todos estos apegos determinan una discrepancia entre las actitudes humanas habituales y las condiciones imperantes. Su eliminación requiere el desarrollo educativo de las siguientes actitudes psicológicas: una cooperación internacional basada en la conciencia, que no sabe de fronteras nacionales; una actividad colectiva basada en un poder creador maduro, no en una competencia adolescente, producto de un sentimiento íntimo de inseguridad; la exaltación del uso creativo del espíritu al servicio del saber, del arte y del embellecimiento de la vida cotidiana; el desarrollo de las ciencias sociales, por ser hoy más importante que cualquier adelanto técnico ulterior. Estos principios representan para Alexander una concepción social en oposición a la filosofía de la violencia propugnada por el totalitarismo. Pero sería empresa fútil elaborar un nuevo orden sin preparar emocionalmente a los hombres. Esta preparación emocional y la liberación económica del ser humano constituyen las dos necesidades urgentes de la

civilización en esta hora de prueba. La libertad económica del hombre solamente puede obtenerse por la planificación de la economía en un sentido de bienestar y por el uso de la máquina para desarrollar la producción en beneficio de la colectividad: "en vez de ser nuestra ama, la máquina debiera ser nuestra esclava y dejarnos en libertad para elevar el nivel educativo de la nación y hacer que la vida valga para todo el mundo la pena de ser vivida". Según Alexander, la sociedad debe sacrificar parte de su libertad económica para salvaguardar la verdadera vida espiritual. De aquí surge la necesidad ineludible de la planificación decidida científicamente sin los fanatismos políticos que siempre encubren odios, envidias e inseguridades emocionales sepultados en el inconsciente. Ella no se opone a la libertad política; al contrario, la fortalece y la hace efectiva: "la fiscalización oficial de la producción y distribución económica no implica necesariamente la supresión de la libertad política ni del pensamiento y de la expresión, pero si una restricción parcial de la libertad económica. Si nos resistimos a esta necesidad, perderemos todas las demás libertades individuales".

Notas sobre el régimen soviético y la cultura dirigida[57]

I

En 1967 se celebró el centenario de la aparición del volumen I de "El Capital", la obra magna de Carlos Marx. A juicio de no pocos comentaristas, esta obra representa en muchos aspectos un cambio fundamental de la teoría marxista. A partir de ella, Marx y Engels abandonaron sus puntos de vista ambiguos sobre la expansión capitalista, en general favorables al colonialismo y contrarios a los clamores de los pueblos por su autodeterminación nacional, sobre todo en sus escritos de 1845-1865.

Cuando Marx y Engels comenzaron su colaboración en 1845, se mostraron partidarios de la expansión capitalista. El desarrollo de un mercado mundial era descrito como un factor de progreso. Donde dos naciones capitalistas en expansión competían por el dominio de un área retrasada, sus simpatías estaban con la más progresista. La conquista de México por los Estados Unidos, en 1847-48, fue aprobada bajo el supuesto de que el país azteca estaba destinado a caer como presa ya de los Estados Unidos o de Inglaterra. Y de los dos, el primero era el más progresista. La anexión de la mitad del territorio mexicano no les irritó, porque los enérgicos yanquis desarrollarían esas regiones de una manera que los "flojos mexicanos" no querían hacerlo.

Por eso es justa la observación de Ernesto Che Guevara en sus "Notas para el estudio de la ideología de la revolución cubana", cuando escribe: "A Marx como pensador, como investigador de las doctrinas sociales y del sistema capitalista que le tocó vivir, puede, evidentemente, objetársele ciertas incorrecciones. Nosotros, los latinoamericanos, podemos, por ejemplo, no estar de acuerdo con su interpretación de Bolívar o con el análisis que hicieron él y Engels de los mexicanos, dando por sentadas incluso ciertas teorías de la raza o la nacionalidad inadmisibles hoy. Pero los grandes hombres, descubridores de verdades, luminosas, viven a pesar de sus pequeñas faltas y éstas sirven solamente para demostrarnos que son humanos".

Engels apoyó la colonización de Argelia por Francia y solo diez años más tarde, en 1857, la combatió y denunció.

[57] OCCIDENTE N°203, diciembre de 1968

Marx y Engels mostraron una hostilidad constante contra la Rusia zarista en su actividad en Europa, pero le reconocieron influencia civilizadora en las áreas retrasadas de Oriente. Fueron inflexibles enemigos del paneslavismo y atacaron con acritud a los checos y croatas. Engels lanzó muchas invectivas con las "reliquias de los pequeños pueblos" del sudeste de Europa, en especial contra los eslavos del sur. Marx conservó una gran confianza en la "misión civilizadora" de Alemania en Europa Central, y al igual que Engels, exhibió encaso interés por los derechos de las pequeñas nacionalidades. El sabio inglés, campeón de todas las nobles causas en defensa de los pueblos oprimidos, Bertrand Russel, ha presentado un objetivo resumen de las doctrinas y declaraciones de Marx y Engels en contra de los pequeños pueblos centro y sud europeos en su obra "Libertad y Organización", penetrante visión histórica del siglo XIX. Precisamente, cita algunos párrafos de los artículos y ensayos de Marx-Engels, de aquella época, en los cuales queda estampado un criterio abiertamente expansionista y prusiano. Engels reprobó la anexión por Prusia de la provincia de Schleswig, poblada de daneses, como "una expresión de los derechos de la civilización sobre la barbarie, del progreso sobre el estancamiento". El derecho de autodeterminación dijo Engels, en 1866, debe estar limitado a las "grandes y bien definidas naciones históricas de Europa".

Para abarcar las debilidades de Marx y Engels, desde el punto de vista de su propia doctrina revolucionaria, y, al mismo tiempo para comprobar una aguda perspicacia en el análisis de las pugnas de intereses y perspectivas de dominación de las grandes potencias europeas, es de sumo interés leer sus artículos y ensayos dedicados a la llamada "cuestión de Oriente" y a la política exterior de Rusia Zarista. Se encuentran en las páginas del "New York Tribune".

El "New York Tribune" fue fundado por un grupo de discípulos norteamericanos de Fourier y llegó a una circulación de más de 200.000 ejemplares diarios. Se le solicitó la colaboración a Marx. Este aceptó para recibir los honorarios, pero en realidad la escribió Engels, (por su dominio del inglés, para permitirle una entrada regular a Marx, y por encontrarse éste empeñado en su obra económica). Como afirma Mayer, desde 1851 a 1859 ninguno de los escritos de Engels en el diario norteamericano (que eran recibidos con gran interés) aparecieron con su nombre. Entre agosto de 1851 y octubre de 1852, Engels publicó una serie de artículos sobre "Alemania, revolución y contrarrevolución", recopilados en un volumen, con ese título, por Kautsky, y con el nombre de Marx.

Enseguida, entre 1853 y 1856, escribió una serie de 93 artículos sobre la cuestión de Oriente, en los cuales se refiere a las rivalidades de Turquía, Rusia e Inglaterra en los Dardanelos y el Bósforo. Fueron recopiladas por Edward Aveling—Eleanor Marx, en un volumen: "The eastern Question", ("La Cuestión de Oriente"), aparecida en Londres, en 1897, con el nombre de Marx. Engels llevó a cabo un brillante análisis del antagonismo de Rusia y Turquía por los Estrechos, y de sus diversas incidencias y derivaciones internacionales.

Luis Araquistaín, perspicaz ensayista español, uno de los primeros en utilizar esa obra, y en traducir al castellano algunos párrafos, (eso sí que comete el error de atribuírsela a Marx como corrientemente se había aceptado), afirma que es una magnifica historia de esa pugna en el período señalado y una admirable caracterización de los protagonistas, sobre todo de Rusia.

Engels creía que Rusia había ya traspasado sus fronteras occidentales en Europa y por ello su porvenir estaba en Asia. Manchuria y el Amur caerían en sus manos y en Siberia tenía una posición en el Pacífico, el océano del futuro. Por otra parte, consideraba al zarismo como el enemigo más peligroso de la libertad europea y del triunfo de la revolución. G. Mayer recuerda que en algunos de sus artículos decía:

“Quedaban solo dos potencias en Europa: Rusia, con su filosofía de absolutismo, y la revolución, con su filosofía de democracia”.

Araquistaín traduce su definición de la geopolítica rusa: “Resumiré la cuestión de Oriente en pocas palabras. El Zar, enojado y descontento de que su inmenso imperio confine en un solo puerto comercial (San Petersburgo entonces), y esté situado en un mar que no es navegable la mitad del año y que puede ser atacado por los ingleses durante la otra mitad, está prosiguiendo el plan de sus antepasados de tener acceso al Mediterráneo; está amputando uno tras otro, de su cuerpo principal, los miembros más distantes del imperio otomano, hasta que por último Constantinopla, el corazón, deje de latir. Repite sus periódicas invasiones siempre que en la consolidación del gobierno turco ve un peligro para sus designios sobre Turquía, o cuando advierte síntomas, más peligrosos, de independencia en los pueblos eslavos. Contando con la cobardía y los temores de las potencias occidentales, juega al matón con Europa y extrema sus exigencias lo más posible, con el fin de aparecer magnánimo más tarde, contentándose con lo que de inmediato deseaba”. Acerca de la constancia de los métodos y objetivos de Rusia, Engels escribía: “No hay rasgo más sorprendente en la política de Rusia que la identidad tradicional, no solo en los objetivos, sino en el modo de continuarlos. En la cuestión de Oriente no hay complicación, ni negociación, ni nota oficial, que no lleve el sello de una cita de páginas conocidas de la historia... La unidad de objetivos en la política rusa la dan, pues, su pasado histórico, sus condiciones geográficas y su necesidad de adquirir puertos libres en el Archipiélago griego, como en el Báltico, si quiere mantener su supremacía en Europa... Si el éxito de su política hereditaria prueba la debilidad de las potencias occidentales, el amaneramiento estereotipado de esa política prueba la barbarie intrínseca de Rusia misma... La política rusa, con astucia, sus imposturas y sus subterfugios tradicionales, puede embaucar a las Cortes europeas que ellas mismas no son sino cosas tradicionales, pero se revelará impotente con los pueblos que han hecho su revolución”. En otro párrafo: “Rusia es decididamente una nación conquistadora y lo ha sido durante un siglo hasta que el gran movimiento de 1789 puso en potente actividad un antagonista de naturaleza formidable. Queremos decir la revolución europea, la fuerza explosiva de las ideas democráticas y la sed ingénita del hombre por la libertad. Desde esa época no ha habido en realidad más que dos potencias en el continente de Europa: Rusia y el absolutismo; la Revolución y la Democracia”.

Engels (con Tocqueville) ve a mediados del siglo XIX la misión histórica de los EE. UU. en la política mundial. En 1853 escribía: “El gran acontecimiento del día es la aparición de la política americana en el horizonte europeo. Saludada por unos, detestada por otros, el hecho es admitido por todos... En Beirut los americanos han extraído otro refugiado húngaro de las garras del águila austríaca. Es alentador ver que la intervención americana en Europa comienza precisamente con la cuestión de Oriente. Además de la importancia comercial y militar de la situación de Constantinopla, hay otras consideraciones importantes que hacen de su posición un objeto de disputa fogosa y permanente entre el Este y el Oeste, y América es el representante más joven y vigoroso del Oeste”.

Aunque señala y condena el objetivo expansionista ruso en Europa, acepta su desbordamiento hacia el continente asiático. En 1855, se lamenta que el paneslavismo no hubiera seguido en Rusia la inspiración del conde de Gurowski, su teórico “más lúcido y filosófico”. Gurowski creía, y Engels con él, que el campo legítimo “para la fuerza expansiva de las energías eslavas era Asia... Rusia es una potencia civilizadora y su contacto (con ese continente) no puede ser sino benéfico”.

Engels tenía muy poca simpatía por las minorías eslavas del Oeste y del Sur de Europa. Los checos eran una nación destinada a desaparecer en “el levantamiento revolucionario del mundo entero”; los eslavos

balcánicos eran “escoria diseminada de barbarie”. Por eso, su biógrafo Mayer, exclama que “ni siquiera un revolucionario puede borrar todas las murallas de la nación y de la clase social a que pertenece”.

Engels justificó la expansión de los EE. UU., hacia el suroeste, y la conquista de California y Texas, a costa de México. Aunque el despojo era injusto, aprobó la anexión, “porque los enérgicos yanquis estaban mejor capacitados que los perezosos mexicanos para desarrollar las fuerzas latentes y abrir el Océano Pacífico a la civilización”.

Si bien Marx explicó la ascensión del colonialismo, y consideró al capitalismo superior al feudalismo, luego condenó como hechos vergonzosos la continuación de los abusos propios de la época de la génesis del capitalismo y desde 1867, el marxismo rechazó tanto los excesos como el hecho mismo del colonialismo. La I Internacional, por ejemplo, atacó el desgobierno de Irlanda, en manos de los británicos.

Marx y Engels modificaron su actitud sobre la expansión imperialista y en el asunto de la autodeterminación y derechos de las nacionalidades pequeñas. Por otra parte, Marx insistió en denunciar el expansionismo ruso-zarista como el principal enemigo de la paz, en Europa, y en un discurso pronunciado en 1867, después de evocar los sucesos de 1848, cuando se esperaba la restauración de Polonia, dijo: “Hay mucha gente bastante cándida para creer que todo eso ha cambiado, que Polonia ha dejado de ser una “nación necesaria”, como la llamaba un escritor, y ya es solo un recuerdo sentimental. Y, como sabéis, los sentimientos y los recuerdos no se cotizan en la Bolsa. Pero yo os pregunto: ¿qué es lo que ha cambiado? ¿Ha disminuido el peligro? No; solo la ceguera mental de las clases gobernantes de Europa ha llegado al cénit. En primer lugar, la política de Rusia es inmutable, según reconoce su historiador oficial, el moscovita Karamsin. Pueden cambiar sus métodos, su táctica, sus maniobras; pero la estrella polar de su política —la dominación del mundo— es una estrella fija”.

Marx y Engels no se imaginaron que un siglo más tarde, Rusia habría de llevar su “estrella fija” al borde de la dominación del mundo, ejerciendo una hegemonía todopoderosa en Europa, a la cabeza de un tremendo bloque militar, y disputando en el resto del mundo con la otra potencia, la “de los enérgicos yanquis”, EE. UU. de Norteamérica, la posesión del globo terrestre y del espacio sideral.

La Rusia Zarista fue destruida por una revolución popular en 1917, y sobre sus escombros se edificó un régimen comunista soviético, bajo la dirección de Lenin y Trotsky. Al cabo de diez años de diversas vicisitudes (fallecido Lenin y desterrado Trotsky) el poder cayó en manos de Stalin, y éste implantó un sistema tiránico y expansionista, de acuerdo con las líneas motrices y los métodos del zarismo vencido en 1917. Stalin transformó a la URSS en una gran potencia industrial y militar. Liquidó las bases fundamentales de la revolución socialista y, en cambio, extendió un régimen de trabajo forzado y tiránico, opuesto al ideario marxista de sus creadores y muy similar en sus aspectos políticos y en su acción exterior al zarismo. Se formó e instaló férreamente en el poder una poderosa casta burocrática que eliminó a todos los viejos revolucionarios y redujo el socialismo, a pesar de las citas de Marx-Lenin, a un feroz sistema de tiranía burocrática centralizada y de capitalismo de Estado, con estas características, según los teóricos yugoslavos: “En lugar del internacionalismo, de la fraternidad e igualdad entre los pueblos y de un arreglo pacífico de los conflictos entre ellos, nos encontramos frente a un sombrío furor nacionalista, frente a la ocupación enmarcada de seis estados europeos civilizados, (Alemania Oriental, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania y Bulgaria), frente a la exportación de sus capitales y a la aplicación de métodos de acumulación primitiva para sacar de ellos un super provecho, frente a la preparación de una nueva guerra de conquista, de palabra contra el capitalismo, y de hecho, si ya no es posible un compromiso provisional

con él, para asegurarse un botín y adquirir nuevos territorios. En lugar de la dialéctica y del materialismo, vemos una nueva escolástica y un nuevo ideario subjetivo; en lugar de la práctica revolucionaria, un practicismo ávido; en lugar de formas alegres y libres de la vida espiritual y social de los trabajadores... efusiones violentas e inhumanas y una opresión inexorable y tan totalitaria que su espionaje ha sido aplicado en las más ínfimas células de la sociedad, hasta en las relaciones entre marido y mujer, entre padres e hijos, entre el artista y su inspiración y su obra, que no se ha conocido en la historia de la humanidad".

El régimen estalinista se vio envuelto en las vicisitudes de la política internacional, como integrante de la Liga de las Naciones; se destacó en la lucha contra el fascismo, elaborando la táctica de Frente Popular (alianza del Partido Comunista con las fuerzas democrático-burguesas) para detenerlos; pero pronto se alió con él, según el Pacto Nazi-Soviético de 1939-1941, uno de los factores del estallido de la segunda guerra mundial, en septiembre de 1939. En junio de 1941, Alemania Nazi, su aliada, la atacó sorpresivamente y obligó a la URSS de Stalin a pasarse al campo democrático capitalista y a aliarse con Inglaterra y los EE. UU. El heroísmo del pueblo ruso, la resistencia asombrosa de Inglaterra y la gigantesca ayuda material de los EE. UU., le permitieron vencer, después de cuatro años terribles, a Hitler. La victoria la llevó a apoderarse de enormes territorios y a imponer su dominio totalitario en seis naciones europeas; y, al mismo tiempo a reforzar el funcionamiento de su sistema de explotación y opresión. La casta burocrática cargada de medallas y de títulos heroicos, en su nueva posición de vencedora del fascismo y libertadora del pueblo alcanzó un poder monstruoso en lo político, económico e ideológico, reforzado con su expansión exterior, oculta bajo la forma de "ayuda a las fuerzas socialistas". Pero a cada instante se vio que era una careta de las peores tendencias anexionistas sobre otros pueblos y de malsanas aspiraciones y pretensiones de llegar a la hegemonía mundial.

La acción de los PPCC, y de la URSS en los países denominados no tuvo por objeto ayudar ideológica y políticamente a abolir desde el interior el régimen capitalista y reemplazarlo por el socialismo, sino más bien a facilitar a su ejército la ocasión de utilizar un movimiento revolucionario con el fin de conquistar un territorio y extender su dominación, para enseguida someterlo a pillaje y extraer "beneficios extras" sin los cuales no es posible sostener su monopolio. Toda su acción la llevó a cabo con los procedimientos más cínicos y desvergonzados, tal cual lo estilaban los viejos imperialismos.

Al término de la segunda guerra mundial, la URSS fue la única potencia que se anexó territorios de otros países, en una actitud típicamente imperialista, haciendo irrisión del principio socialista de la "autodeterminación de los pueblos", y colocada en la misma línea expansionista y geopolítica de los zares. (Como expresaba el historiador oficial Karamsin, la estrella polar de la política rusa, la dominación del mundo es una estrella fija). De acuerdo con los objetivos de su estrella fija, los comunistas "internacionalistas" realizaron enormes conquistas, a pesar de que los aliados se comprometieron a "no buscar engrandecimiento territorial ni de otra índole", y Stalin ratificó ese criterio, en 1941, con estas palabras "no tenemos ni podemos tener objetivos de guerra tales como la adquisición de territorios extranjeros ni la subyugación de pueblos extranjeros". Sin embargo, la URSS se apodera militarmente, o por concesiones logradas en Yalta y Postdam, de los siguientes territorios:

Carelia y otros distritos de Finlandia	44.560 kilómetros cuadrados	600.000 habitantes
Estonia	45.330	1.200.000
Letonia	65.800	2.000.000

Lituania	55.240	2.700.000
Prusia Oriental	11.650	300.000
Polonia Oriental	178.710	11.000.000
Rutenia (Checoslovaquia)	12.740	725.000
Bukovina del Norte	11.440	500.000
Besarabia (Rumania)	44.000	3.000.000
Islas Kuriles (Japón)	10.200	18.000
Sakahalin (Japón)	36.000	415.000

De acuerdo con la política expansionista del comunismo ruso, la China de Mao-tse Tung se apoderó del Tibet, y sus dirigentes declaran que son territorios suyos el Nepal, Bután y Sikim, estados protegidos de la India; y algunas zonas tradicionales del territorio hindú: Ludakh, en el noroeste, 15.500 Km2. y 83.000 Km2. en el noreste, en las colinas del Himalaya y parte de la llanura de Assam, casi hasta el Brahamaputra.

A raíz del violento conflicto actual entre China Popular y la URSS, los chinos pretenden recuperar territorios cogidos por el zarismo en el siglo pasado. En "El Diario Popular", de Pekín, declaró Mao que más allá de Hong-Kong y Macao, existían tratados que le habían sido impuestos a China por las fuerzas imperialistas en el siglo XIX. El órgano chino citó nueve tratados injustos y tres de ellos se refieren a grandes cesiones territoriales de China a Rusia. El tratado de la frontera ruso-china desde los montes Jablonoi y Stavovoi, en Siberia, hasta el Amur, según el tratado de Aigun, de 1858; la cesión de regiones chinas a orillas del río Ussuri (Lejano Oriente soviético; con la ciudad de Vladivostok), por el tratado de Pekín, de 1860; y la anexión del valle inferior de Ili, en el Sin- kiang chino, a raíz del tratado de San Petersburgo, en 1881.

El anexionismo de la URSS y su implacable sujeción de las naciones incorporadas a su órbita provienen tanto de la tradición rusa como de las contradicciones actuales del sistema soviético. Los teóricos yugoslavos afirman que el nivel técnico del capitalismo de Estado de la URSS es bajo todavía, siéndole imposible mantener las posiciones tomadas si las abriera a la competencia de los monopolios capitalistas, cuyo nivel técnico es mucho más elevado. De tal situación derivan las dos tendencias de la política oficial de la URSS: 1°) La vieja política imperialista de las esferas de influencia (arreglos temporales, porque en un sistema de libre competencia no podría guardar sus conquistas), a la cual se oponen los monopolios americanos, cuyas fuerzas de producción inmensamente desarrolladas encuentran una traba en cualquier barrera colonial y un peligro para su constante expansión. 2°) El retraso relativo de la URSS (respecto de los países avanzados) y el nivel relativamente elevado (respecto de la Rusia Zarista) engendran tales contradicciones, que una evolución hasta alcanzar y sobrepasar a los países avanzados solo sería posible basándose en nuevas conquistas con importantes superbeneficios complementarios de la acumulación anterior. Por esto, el capital de la URSS no se encuentra en condiciones de soportar una competencia capitalista normal, y para no perder sus posiciones, debe guardarlas con métodos coloniales y una política de conquista y rapiña, y prepararse para hacer cesar por las armas "la injusticia" de exigírsele que renuncie a los privilegios basados en la fuerza bruta, y no en la potencia económica. En los países dominados desarrolla formas de capitalismo de estado y burocracia, aunque se presenta como libertadora de la explotación capitalista nacional y de los monopolios capitalistas "extranjeros". Se presenta con un aspecto "socialista", aunque deformado, pues su acción es propia de una política de expansión imperialista en

exclusivo interés de la URSS. En el fondo el expansionismo soviético prosigue la línea de la Rusia imperial, nacionalista, militarista y autocrática, bajo el mando de nuevos zares. Supone la negación completa del ideal socialista y significa una abierta actitud contrarrevolucionaria.

En la línea expuesta se encuentra la "explicación" de las represiones sangrientas de las huelgas y protestas de los trabajadores alemanes, en Berlín Oriental; de los polacos; de la masacre de los húngaros en Budapest y del fusilamiento de sus héroes "comunistas nacionales" Imre Nagy y Paul Maleter. Asimismo, de la opresión, persecución de las minorías musulmanas y judías en el seno de la propia URSS. Esa política anexionista, de conquista y rapiña, se ha mostrado una vez más de manera repugnante en la invasión de Checoslovaquia y en las intimidaciones a Rumania, por el simple hecho de tratar de democratizar el aparato político y las actividades culturales, sobre la base del mantenimiento de la organización socialista de la economía y la alianza con las demás naciones comunistas.

La invasión de Checoslovaquia, en agosto último, se ha justificado por el Kremlin como necesaria para salvar el socialismo en aquel país, después de veinte años de dominación soviética, lo cual supone la más tremenda acusación rusa contra veinte años de política y de historia en que su responsabilidad ha sido decisiva, fundamental.

Los comunistas obedientes a Moscú han defendido la ocupación de Checoslovaquia arguyendo que los EE. UU. hicieron lo mismo en Santo Domingo y Vietnam. Tal argumento coloca la acción del Kremlin en la misma línea de las actitudes del Pentágono y, por tanto, hace acreedora a la URSS de todos los epítetos prodigados por la prensa comunista al imperialismo norteamericano.

II

Con la llegada de Stalin al poder, se inició un abierto proceso de degeneración del sistema de socialismo de Estado hacia el totalitarismo antisocialista. Sus dirigentes, en vez de ampliar y desenvolver el programa socialista, de fortalecer y acrecentar la misión de la clase trabajadora, de impulsar la democracia obrera, de buscar valerosamente la verdad, afirmaron una feroz tiranía totalitaria, extendieron la mentira vulgar y la demagogia cínica, persiguieron a los revolucionarios y montaron procesos como los de los herejes y de las brujas, en los tiempos medievales, donde eran degradados y asesinados. Se transformaron en los mayores enemigos del marxismo, aunque no renunciaron a servirse de él, pero mutilado y falsificado, demostrando estar en contra de toda auténtica revolución y de toda democracia y solamente tratando de servirse de ellas para utilizarlas en los fines prácticos de su política de hegemonía, sin guardar la menor concordancia entre lo proclamado y lo llevado a cabo.

El régimen soviético, con Stalin a la cabeza, degeneró en un sistema de completa subordinación del individuo y el grupo a la fuerza centralizada del líder del partido gobernante. Bajo el sistema soviético de partido único y líder todopoderoso, el Estado en vez de empezar a extinguirse se reforzó hasta límites inconcebibles e impuso dominación absoluta, exigiendo ciega obediencia. El hombre debió sacrificar su individualidad y libertad; la clase trabajadora fue esclavizada, y el partido pasó a ser un mero instrumento ejecutor de las órdenes del jefe. El comunismo soviético significa, por tanto, la negación de todos los conceptos de libertad, la libre expresión individual y de responsabilidad genuina de la masa, bases del socialismo democrático.

Edvard Kardelj ha explicado el proceso soviético de la manera siguiente: "En realidad, cuando más se confunda el partido en el poder con el aparato estatal, identificándose con él, y cuando más se concentren

en las manos de ese aparato los órganos autónomos del poder, el Partido perderá más y más los lazos que le unen a las masas laboriosas y mayor será el peligro de que se transforme en una fuerza independiente regida por sus propias leyes económicas y sociales, máxime al darse la circunstancia de que los elementos de capitalismo de Estado siempre son relativamente fuertes al comienzo de cada revolución proletaria... Esos elementos son indispensables e inevitables y al principio son generalmente progresivos, aunque al mismo tiempo engendran también en forma inevitable el burocratismo. Cuando las fuerzas socialistas conscientes no son bastante fuertes, esto es, cuando el control ideológico-revolucionario, proletario y socialista del desarrollo práctico no es bastante eficaz, el sistema se convierte en el punto de partida de la formación de una casta burocrática y de la degeneración de la revolución proletaria en un sistema de despotismo burocrático, expresión y superestructura de las relaciones sociales propias del capitalismo de Estado".

Toda sociedad debe producir plusvalía para poder renovarse y marchar. ¿Quién se apropia y quién reparte la plusvalía del trabajo en el régimen capitalista de Estado y en los comienzos del socialismo? Tanto en uno como en otro caso es el Estado. Pero el capitalismo de estado reparte esta plusvalía en privilegios a los burócratas, la utiliza para el saneamiento de las diversas empresas y del capitalismo en su conjunto, mientras que el Estado socialista las utiliza para edificar el socialismo y para remunerar a los obreros y empleados de un modo equitativo.

Cuando la primera propiedad socialista, en forma estatal, se transforma en propiedad exclusivamente estatal, el Estado se convierte en una potencia autónoma, por encima de la sociedad. De aquí "se derivan inevitablemente toda una serie de cambios sociales: la administración de la economía y la repartición del excedente de la producción (de hecho, de la plusvalía) pasan enteramente a manos del Estado, y por este hecho mismo, la democracia y la libertad son ahogadas, siendo el monopolio absoluto del Estado, por su naturaleza, el enemigo de toda libertad y de toda democracia. Las diferencias de trato y los privilegios de todas las clases insignificantes en el comienzo, cuando el Estado cumple su primer y su último acto autónomo, se acentúan más y más, mientras que los cambios esenciales de carácter reaccionario se producen en el curso de la política exterior, la que se orienta cada vez más deliberadamente, y con la victoria definitiva del capitalismo de Estado totalmente, hacia la conquista, las guerras de conquistas, y la transformación de otros pueblos en pueblos coloniales. Las leyes del capitalismo monopolista desencadenadas allí con todo su rigor brutal hacen de sus propios iniciadores y protagonistas, dóciles servidores y ejecutores. La sociedad se descompone progresivamente en asalariados y una casta de burócratas con grandes retribuciones, sin escrúpulos, hipócritas y brutales".

¿Cómo surgió este espantoso totalitarismo desde el seno de la revolución proletaria acaudillada por Lenin?

En nuestra época el despotismo burocrático se manifiesta como un factor social autónomo principalmente en dos formas: dictadura fascista y dictadura tipo estalinista. La primera como resultado de la debilidad del poder burgués, y la segunda como consecuencia de la debilidad del poder proletario. La forma de dictadura burocrática fascista "nace allí donde la burguesía, en tanto que clase, no puede mantenerse ya en el poder y donde, al mismo tiempo, el proletariado es políticamente demasiado débil para apoderarse de él. La casta burocrática en el poder, amalgamándose con los círculos dirigentes de la oligarquía financiera, protege por una parte los privilegios de ésta, y, por otra, refuerza los elementos de capitalismo de Estado en el sistema económico y en las relaciones sociales".

El despotismo burocrático de tipo soviético “se forma allí donde el proletariado ha conquistado el poder en una revolución victoriosa, pero es demasiado débil para conservarla, ora debido al estado atrasado de la nación, ora por otras causas objetivas y subjetivas. Las tendencias antisocialistas se afirman dentro de las nuevas formas creadas por la revolución, a través de las prácticas burocráticas, propias de todo sistema estatal, las que se convierten en la forma principal de la supresión gradual y de la liquidación final de la influencia decisiva de la clase obrera en la dirección del Estado”.

En el caso de Rusia la debilidad del poder de la clase obrera provenía del estado excesivamente atrasado de la estructura social y económica del país. Obligada a crear un enorme mecanismo burocrático para sofocar y dominar las fuerzas antisocialistas, la revolución creaba al mismo tiempo el poder que ha dominado y sometido a sus designios a la propia revolución, esto es, a la clase obrera. El poder ejecutivo adquirió un extraordinario dominio empezando a formar una casta burocrática autónoma con intereses sociales particulares. Después de conquistar el monopolio económico interior, ha comenzado a practicar una política imperialista de conquistas exteriores y de hegemonía mundial, siguiendo así la ley de todo monopolio. Mientras este sistema cumplía cierta misión progresiva con respecto al desarrollo de Rusia (al contribuir a sacarla de su estado atrasado y primitivo) y en la política exterior, disimulándose tras la bandera del socialismo, contó con un vasto apoyo en el seno del proletariado mundial. Pero cuando dentro de la nación las relaciones predominantes en la producción, las relaciones de capitalismo de Estado, entraron en conflicto con las fuerzas productivas, y cuando la clase burocrática soviética comenzó a descubrir sus tendencias hegemónicas sobre otros pueblos, el sistema entró en su fase de crisis, y la crítica socialista y revolucionaria ha condenado al sistema burocrático como destructor de las conquistas socialistas de la revolución de octubre y enemigo del progreso del socialismo en todo el mundo.

De esta suerte, la revolución social, económica y jurídica de la URSS exhibe un abandono total de las doctrinas marxistas y de la mayor parte de los principios formulados por Lenin. Fueron liquidados los restos de democracia en la gestión económica, y por medio de leyes anti obreras desarmaron a los trabajadores privándolos de todos los derechos en sus relaciones con los directores de fábricas, premunidos desde ahora de poder absoluto sobre los obreros. Lo mismo ocurrió en los Koljoses y en los órganos del poder público; el aparato soviético de las repúblicas, de las regiones y de los distritos se convirtió en un instrumento ejecutivo sometido a los órganos centrales y los propios soviets no fueron más que un decorado de circunstancias, sin derechos y sin poder: “Sometidos completamente en la fábrica al director y a la dirección económica, en el Koljoz al presidente profesional nombrado por la autoridad superior y en el soviets al aparato de los funcionarios, a su vez carentes de todo derecho, salvo el de ejecutar ciegamente las órdenes del poder central, los trabajadores soviéticos han perdido toda posibilidad de influir en el poder del Estado”.

Una burocracia inmensa, corrompida por los privilegios, ahoga al país, instrumento servil de la majestad faraónica del poder ejecutivo central; cada día es mejor remunerada a costa de los obreros y campesinos, por cuanto ella recibe y disfruta de la plusvalía. Por eso no es una remuneración según el trabajo rendido y la capacidad, sino de acuerdo con privilegios especiales de explotadores, de los privilegios de una casta burocrática, de una remuneración proveniente de la exacción y de la extorsión de la plusvalía del trabajo de la clase obrera, como forma de la apropiación capitalista en las condiciones del capitalismo de Estado.

La Constitución estalinista rompió definitiva y formalmente toda relación democrática entre el soviet central y los soviets locales como cuerpos representativos. Únicamente subsisten las relaciones entre el aparato superior que da las órdenes y el aparato inferior que las ejecuta. De este modo, el soviet local, la

única institución en donde los trabajadores podían realizar todavía directamente sus voluntades, perdió los últimos vestigios de su autonomía y todo el poder pasó a las manos del órgano del poder ejecutivo central y de los órganos administrativos a él subordinados.

Una notable crítica marxista al régimen soviético estalinista, la llevó a cabo el escritor polaco Andrés Stawar, (1900 - 1961), considerado como el "Lukács polaco". Encontrándose en París, en marzo de 1961, propuso a la revista polaca "Kultura", editada en el exilio y representante de una posición de izquierda liberal, la publicación de un libro con una crítica implacable y rigurosamente marxista del estalinismo y del imperio burocrático de Kruschev. Al decidir su ofrecimiento sabía que le quedaban pocos meses de vida. Desde su lecho de moribundo corrigió las pruebas de su obra en la cual había resuelto dar libre curso al verdadero fondo de su pensamiento. Falleció en París el 5 de agosto de 1961, y el 15 de agosto, el gobierno de Polonia celebró en Varsovia sus funerales nacionales con discursos y honores extraordinarios. Las revistas polacas le dedicaron números especiales. Un mes más tarde, el 15 de septiembre de 1961, "Kultura" de París, publicó el manuscrito donde aplica un método marxista a la crítica del sistema soviético, como antisocialista. Andrés Stawar, afiliado desde su juventud al P.C.P. se destacó como teórico marxista, y dentro del comunismo polaco fue uno de los jefes de su ala izquierda, igualitaria e internacionalista. En 1924 fue elegido diputado y en 1932 se separó por oposición a las suicidas tácticas estalinistas. En 1938 el P.C.P. fue disuelto por Stalin y sus jefes eliminados. En la postguerra, en 1945, al reconstruirse Stawar se afilió de nuevo, pero pronto se hizo sospechoso de herejía y rehusó someterse a "autocrítica", salvándose de la prisión por su prestigio de filósofo marxista y de antiguo combatiente. No publicó nada hasta 1955. A pesar de su rebeldía no quiso sumarse a los jóvenes revisionistas que preparaban la insurgencia polaca de octubre de 1956 y quienes le consideraban como su jefe espiritual. Su conducta se la estimó paradójica entonces, pero quedó aclarada en su libro póstumo: Stawar ya no creía que un retorno a las fuentes leninistas pudiera remediar en lo más mínimo las deformaciones estalinistas. En él explica su separación del P.C.P., en 1932, en frases condenatorias para la política comunista: "el año 1932 era decisivo en relación con la marcha de Hitler hacia el poder. Era la última oportunidad para reunir a las fuerzas de izquierda, lo cual únicamente podría realizarse uniendo los esfuerzos defensivos de los socialdemócratas alemanes y de los comunistas. El problema era difícil, debido a los innumerables resentimientos del pasado, pero no imposible de resolver. Sin embargo, la acción común se vio destrozada por la táctica que Stalin impuso a los comunistas alemanes, expresada en el slogan: "luchar contra el hitlerismo sobre el cadáver de la social democracia". Era esa una táctica suicida, que abrió el acceso de Hitler al poder. No es, pues, sorprendente que esa táctica provocara una fuerte oposición en el seno del Partido Comunista Polaco. Oposición que fue eliminada por la acción, siempre eficaz, del aparato del partido".

Stawar condena el sistema de trabajos forzados de Stalin, no solo por cruel sino también por oneroso. Según sus cálculos, en los 25 años de duración a base de dos a tres millones de seres en los campos soviéticos, con un índice medio de vida humana en ellos de cuatro años, murieron prematuramente, en dicho lapso, diez o doce millones de personas. Como eran hombres en la plenitud de sus facultades productivas, se produjo una reducción apreciable en la economía demográfica, debiendo recurrirse al trabajo de las mujeres en proporciones hasta entonces desconocidas. Todo ello repercutió en una disminución considerable del crecimiento demográfico de la URSS.

En cuanto a la actitud internacional de Stalin, al aislar la URSS condenó la política soviética a la rigidez absoluta. Los sucesores de Stalin pusieron remedio a esos errores: sanearon la situación demográfica, acabando con el sistema concentracionario y dieron un nuevo impulso a la política exterior soviética,

decidiéndose en favor de la coexistencia y sacando a la URSS de su aislamiento. Pero Kruschev no quiso eliminar la principal debilidad de la vida soviética: el cesarismo. Al respecto, Stawar escribe:

"Esta concepción creada y perfeccionada por Stalin, ha permanecido inmutable. Si bien es cierto que en el XX Congreso se produjo una violenta crítica personal contra Stalin, ni siquiera se abordó en él el problema del cesarismo. Por el contrario, las más tímidas sugestiones de una crítica marxista de ese problema fueron ahogadas. En consecuencia, la URSS, continúa condenada por el momento a soportar el mito de un jefe, que es necesario mantener mediante una serie de éxitos y con resonantes actos de propaganda. Todos los grandes hechos colectivos responden evidentemente a necesidades reales, pero resulta imposible orientarlas de manera verdaderamente racional, ya que solo se admiten los éxitos y hay que silenciar los fracasos. Según Stawar, únicamente el partido podría emprender una reforma del sistema, pero como tal reforma limitaría su monopolio, por el momento es incapaz de acometerla.

Ciencia, arte y literatura en los regímenes dictatoriales[58]

Las opresiones de ayer y de hoy. Lo que ocurre en España, en América latina y en la Rusia Soviética. El pensamiento dirigido, ¿es compatible con el marxismo?

A través de la historia, son numerosos los intentos de utilizar la cultura con fines partidistas o como instrumento de política estatal. Durante la Edad Media predominó sin contrapeso la autoridad de la Iglesia Católica en el campo ideológico: la Filosofía y la Ciencia eran únicamente "criadas de la Teología". Nadie podía apartarse de los dogmas consagrados, y quienes se atrevían a hacerlo caían, de inmediato, en las redes de la Inquisición, acusados como heréticos y apóstatas. Entonces podían producirse resultados de algún valor solo subrepticiamente. El Renacimiento y la Reforma rompieron el mundo cerrado medieval y lograron una apreciable emancipación de la cultura, a pesar del dogmatismo de muchos de sus dirigentes. Si Ignacio de Loyola expresó: "Cuando la Iglesia nos enseña que lo que nos parece blanco es negro, debemos declararlo negro al instante"; el reformador Lutero gritó con la misma fe: "debemos recordar que nada puede ser más venenoso, perjudicial y diabólico que un rebelde". Y con esta máxima encabezó la represión sangrienta de los campesinos alemanes. Calvino instauró una odiosa tiranía en Ginebra, donde persiguió, torturó y quemó a destajo. El catolicismo y el calvinismo fueron los más encarnizados enemigos de la libertad de conciencia, de la tolerancia, del pensamiento. Giordano Bruno y Miguel Servet perecieron quemados por ser defensores de la libertad de pensamiento. Giordano Bruno decía: "No puede lograrse conocimiento alguno de la naturaleza ni una conquista de la verdad si no hay libertad para todos en el ejercicio y la manifestación del pensamiento". Defendió la plena libertad para pensar y manifestar su opinión.

Después de largas luchas se abrió un clima de relativa tolerancia, permitiendo un desarrollo amplio de la ciencia y de la filosofía, pero la Iglesia Católica siempre acarició una vuelta al feudalismo-teocrático e insistió en el respeto al dogma, en la obediencia a su autoridad infalible, y donde logró un predominio orientó la cultura en el sentido de sus intereses.

Napoleón, el más grande de los dictadores modernos, trató de establecer una literatura y un arte oficiales, ordenando que su producción perpetuara la memoria de los sucesos de los últimos años, con el fin de halagar la vanidad nacional y justificar su dictadura. Pronto se dio cuenta de su error: su política oficialista y su correspondiente control gubernativo degradaban el arte, la ópera y la literatura. El jefe de policía y

[58] OCCIDENTE N°204 marzo 1969

los ministros fijaban qué se debía escribir, causando la esterilidad y mediocridad de la producción intelectual y artística de Francia. El mismo Napoleón, hombre de gusto literario seguro y buen escritor, la condenó, al no dedicarle ninguna atención en su destierro de Santa Elena, mientras leía y comentaba inteligentemente a Homero, Racine, Corneille.

Más tarde, a lo largo de un siglo se pasó a una completa libertad de creación y expresión literarias y artísticas; pero con el advenimiento de las doctrinas fascistas y nacistas, en Italia y Alemania, se utilizó la cultura como instrumento de política estatal para exaltar la superioridad racial, el culto al jefe, el odio a la democracia y el pensamiento libre. Todos sus grandes escritores y artistas emigraron y en la cultura de esos países se originó un agotamiento impresionante. Frente a su poderío material exhibieron una abismante debilidad en la creación artística, literaria, musical y filosófica.

LA CULTURA EN LA ESPAÑA DE FRANCO.

En España, con motivo del triunfo de Francisco Franco, apoyado por el fascismo internacional, se impuso la intervención del gobierno y de la Iglesia en la producción literaria, aparte de su control total sobre la enseñanza y prensa, a través de una censura severísima. De esta suerte se prohibió la circulación de las obras de algunos esclarecidos pensadores y escritores españoles de tendencias liberales. Los más grandes intelectuales peninsulares se desterraron por ser leales a sus ideas democráticas. Continuamente queda en descubierto la aberrante tiranía espiritual existente en la España de Franco. Con motivo de la muerte de José Ortega y Gasset, el mayor pensador hispano, los periódicos debieron ajustarse a estas instrucciones de gobierno, de fecha 13 de octubre de 1955: “En relación con la muerte de don José Ortega y Gasset pueden publicarse hasta tres trabajos: la biografía y dos artículos. Título de la información, como máximo a dos columnas. Si se hace un comentario de su filosofía, deberá hacerse con altura, sin violencia contra él, aunque destacando sus errores en materia religiosa. Pueden publicarse en la primera página fotografías de la capilla ardiente, de la mascarilla o del cadáver, pero no de don José vivo. En páginas interiores podrán publicarse dos fotografías de Ortega vivo” ¡De esta manera innoble actúan la Censura y la Iglesia en España!

La asfixiante tiranía clérico-castrense sobre la cultura ha determinado un vasto movimiento de protesta en los universitarios, profesores y estudiantes. En diversos actos han exigido un cambio liberal de la política cultural de España. A pesar de la represión, la dictadura y su “mística”, la juventud española encuentra superior la democracia.

A principios de 1957 fueron encarcelados diversos escritores descontentos del régimen, siendo el de más categoría Dionisio Ridruejo, y a partir de esa fecha las críticas y protestas de los intelectuales hispanos en contra de la dictadura y la censura son permanentes. La nueva generación española se levanta contra el totalitarismo bestial de Franco, el Ejército, la Iglesia y la oligarquía. Como ha escrito uno de sus personeros, Miguel Sánchez Mazas, organizador del movimiento estudiantil de oposición, por lo cual estuvo preso y abandonó España, la causa reside: “en el descubrimiento del dolor de España, de la miseria del pueblo, de la división deliberada del país, del oportunismo y falta esencial de patriotismo de Franco y la oligarquía, de la arbitrariedad policíaca y de la falta de libertad cultural y social, del papel equívoco y servil de la Falange y de la amenaza del caos nacional...”.

EL DESPOTISMO POLITICO Y LA SITUACION DE LA CULTURA EN AMERICA LATINA.

En América Latina, continente nacido a la vida independiente bajo el signo de la libertad, impera, como norma corriente, el más tremendo despotismo por la sucesión ininterrumpida de tiranías vergonzosas, donde se suprimen los derechos individuales y se persiguen las ideas democráticas, donde se obstaculiza el libre desenvolvimiento de la persona y de la cultura, se destruyen la prensa independiente y los partidos populares.

En la mayor parte de América Latina la cultura está ahogada por la existencia de dictaduras de reducidas oligarquías financieras dueñas de la riqueza y del gobierno, defensoras intransigentes de seculares privilegios antidemocráticos. Estas oligarquías criollas se apoyan en la expansión imperialista de los "trusts" norteamericanos, respaldados por el Departamento de Estado (la explotación de nuestras materias primas no se realiza en función de los intereses generales de los pueblos latinoamericanos sino en favor de los apetitos particulares de los "trusts" en cuanto agentes del imperialismo norteamericano) y la expansión del falangismo español, enemiga de la democracia y la libertad, a través los grupos clericales (la iglesia y el clero latinoamericanos nutridos en las teorías políticas del franquismo y clericalismo españoles, poseen una fuerte influencia espiritual y material en estas sociedades y son, con frecuencia, el sostén de los peores regímenes dictatoriales, como sucedió durante varios años en la tiranía de Perón y en la sombría dictadura medieval de Laureano Gómez, en Colombia). En varios casos, la defensa de los intereses señalados corre a cargo de oligarquías militares que gobiernan con métodos nazi -fascistas (como influencia del nazismo), una mentalidad similar o idénticos procedimientos a los de la tiranía de Hitler o la de Mussolini. Son los gorilas de distintos pelajes, pero todos con idéntica mentalidad cavernaria al servicio del imperialismo.

Esas tiranías a pesar de proclamarse defensoras del orden y de la democracia, de condenar el comunismo por enemigo de la "civilización cristiana", destruyen con saña los derechos constitucionales y diversas manifestaciones libres de la cultura.

Los grandes escritores latinoamericanos, los maestros y artistas, de tendencias democráticas son perseguidos por los dictadores y para subsistir han debido desterrarse en aquellos pocos países del continente en donde imperan las libertades esenciales, en esas tiranías el panorama cultural es desolador. La literatura es raquítica conformista o mediocre, hecha por escritores insignificantes. Y cuando poseen méritos éste se rebaja, desde un punto vista moral, al comprobarse que estaban prosperando en la indignidad y haciéndose cómplices de las tropelías y crímenes de los tiranos.

LA CREACION ARTISTICA DURANTE LA AUTOCRACIA ZARISTA.

A consecuencia de la primera guerra mundial triunfó en Rusia una vasta revolución popular tendiente a ensanchar la sociedad y al Estado y al desenvolvimiento libre de la personalidad humana. Sus grandes dirigentes: Lenin, Trotsky, Bujarín y Lunacharsky, proclamaron que el terreno literario no era un campo donde mandara el Partido Bolchevique, dueño del poder, actitud unida a la tradición de la intelectualidad rusa de abierta lucha contra la represión y censura zarista, en defensa de la libertad, produjo resultados brillantes.

El gran escritor Herzen manifestó bajo la dominación zarista: "En un pueblo sin libertad política, la literatura es la tribuna donde se puede oír la voz de la desaprobación y de su conciencia", por esta razón, durante los duros años del despotismo de los Romanoff, predominó una poderosa y original literatura. Sus obras calaron hondo en el alma humana y suministraron la más franca y sincera observación de la vida.

Su espíritu era democrático, de abierta repulsa a la tiranía y a la injusticia. Predicaron amor a la humanidad, el altruismo y la libertad.

Bruckner en la introducción de su "Historia de la literatura rusa" escribe: "La literatura rusa ha representado por si sola a todas las esferas de la vida; ha sido una tribuna desde la cual ha resonado la voz del escritor a favor de todo lo bueno, bello, libre y humano; ha sido la única expresión de la conciencia pública, la sentencia condenatoria contra todo abuso, toda opresión, todo libertinaje, todo pacto con la vulgaridad y con la tiranía, ha predicado el perdón universal, la renunciación, el perfeccionamiento individual, la superación del instinto del provecho personal. De aquí el alto valor moral de sus producciones; de aquí que en ella el escritor se constituye en guía, en un director espiritual...". Esta literatura además se acompañó de un aspecto heroico: "se considera responsable plenamente de lo que predica, acepta la desigual lucha con el gobierno y la censura, a la que la mera actividad intelectual inspira desconfianza... Nada tiene de extraño que ninguna otra literatura mundial pueda presentar un tal formidable martirologio; el patíbulo, Siberia, la miseria y la muerte prematura; en ninguna otra parte del mundo han hecho una obra semejante de devastación; en ninguna otra parte la censura ha actuado con un carácter tan opresor…"

Al desencadenarse la revolución de 1917 se abrió una etapa de completa libertad de creación. Floreció así una literatura notable, de hondo sentido universal, con un gran enriquecimiento de temas, enfoques y valores estéticos. Y mientras el comunismo fue una doctrina y un partido de libre discusión se mantuvo vigorosa y fecunda actividad literaria y artística. Fue la época de Blok, Balmont, Essenin, Babel, Maiakovski, Mandelstam, Pilniak, Fedin, Sifulina, Pasternak... Pero este lapso alcanzó apenas una década de duración. En seguida se retrocedió a una realidad peor que la del régimen zarista.

Con el triunfo de Stalin en los años 1927-1928, y su llegada al poder, la situación cambió radicalmente. Desde entonces se impuso en URSS un severo régimen de pensamiento dirigido, proyectado a exaltar el sistema soviético, su tiranía, sus realizaciones materiales y un nacionalismo estrecho y agresivo, idéntico al de la época zarista. Al mismo tiempo que fueron liquidados en distintos juicios los grandes líderes políticos bolcheviques, a los escritores y artistas se les sometió a purgas periódicas y quienes no se adaptaron a la línea oficial fueron eliminados o silenciados.

LA CULTURA BAJO EL REGIMEN SOVIETICO Y EL "REALISMO SOCIALISTA".

El régimen soviético se proclamó socialista y a Stalin se le exaltó como el "genial heredero de Marx". No obstante, Stalin desató una enconada y minuciosa persecución en contra de los grandes marxistas rusos y una expurgación cuidadosa de las obras de Marx y Engels. A este respecto resultó increíble el caso de Riazanov, uno de los más notables eruditos marxistas a quien se le hostilizó y se le destruyó su obra, falleciendo obscuramente en el interior de la URSS. Además, fueron eliminados, y sus obras retiradas de la circulación, Pokrovski, Preobajensky y Bujarín. Desde la muerte de Gorki, en 1936, se intensificó la represión cultural en Rusia. Educación, prensa, literatura, arte, ciencia, filosofía, cine y música, son orientadas estrictamente por el Politburó, Boris Polniak seguramente fue fusilado; Isaac Babel murió en un campo de concentración; Maiakovski, Essenin y otros se suicidaron; muchos fueron ejecutados según se supo por las rehabilitaciones últimas; y de otros, después de sus primeras publicaciones, no se tuvo noticias.

Al término de la segunda guerra mundial en vez de abrirse los controles sobre la producción intelectual, se cerraron más estrechamente en los años 1946 y 1947, con una serie de resoluciones del C. C. del P. C.

y de amenazadoras intervenciones del secretario del P. C., Andrei Zhdánov, y del propio Stalin. Ambos, aunque se declararon incompetentes en estas materias, dieron las directivas del caso. Los discursos de Stalin y Zhdánov, ordenando la subordinación de las búsquedas filosóficas, sociológicas, científicas, literarias, musicales y artísticas a las autoridades del partido y del régimen significaron la renuncia a toda crítica y, por ende, la domesticación del pensamiento ruso. Los grandes escritores de los primeros años de la revolución desaparecieron: algunos se suicidaron; varios fueron eliminados. Otro tanto les ocurrió a los sabios de la promoción de 1917, a quienes se les desplazó por una intervención oficial y se les substituyó por nuevos sabios "marxistas-estalinistas".

Para justificar su increíble inquisición cultural, los comunistas crearon la concepción estética denominada del "realismo socialista". Su definición, según el Primer Congreso de la Unión de Escritores Soviéticos, en 1934: "La reproducción veraz históricamente concreta de la realidad en su desarrollo revolucionario". Pero no pasaba de ser una burda mixtificación, porque no tenía nada de teoría o posición estética. Solo encubría la deformación de la literatura y el arte al ponerlos al servicio de la vida soviética, según la interpretaba el Politburó. En 18° Congreso del P.C. de la URSS, Jaroslavsky dijo: "El camarada Stalin inspira a los artistas, les da ideas orientadoras... Las resoluciones del C. C. del P. C. y el informe de A. A. Zhdánov dan a los escritores soviéticos un programa de trabajo completamente preparado". Así, la censura se presentaba como una orientación ideológica.

En la obra de Rosenthal y Judin: "Petit dictionnaire philosophique", (Moscú, 1955), se lee en el artículo "réalisme socialiste", lo siguiente: "Los hombres del arte soviético son los ingenieros de las almas humanas. Educan a los trabajadores en el espíritu del comunismo, de una devoción sin límites al partido comunista, en el espíritu del patriotismo soviético". O sea, la misión del arte y del artista es fabricar almas como autómatas para servir al P.C. y a la URSS. Así, pues, no es un fin en sí mismo, ni una conquista, es un medio de propaganda, una sumisión al partido y al patriotismo soviético. Y su definición de patriotismo es, igualmente, curiosa. En el artículo "patriotisme soviétique" dice: "Patriotismo de un tipo nuevo, superior, debido a la victoria de la gran revolución socialista de octubre y fundado en la instauración del socialismo, la abolición de la explotación del hombre por el hombre y de la opresión nacional".

El tal patriotismo llevó a la URSS a ocupar y dominar a los países vecinos, como Alemania Oriental, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania y Bulgaria; y a reforzar la hegemonía de los rusos sobre los pueblos amarillos y musulmanes incluidos en el imperio ruso desde la época de los zares. Con tal "patriotismo" se pisoteó el principio marxista-leninista del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, o sea, la autodeterminación de los pueblos.

Por otro lado, según Zhdánov, la filosofía se ha convertido en un "arma científica de las masas proletarias en lucha por su liberación del capitalismo" y "de ahí el gran papel del principio del espíritu de partido para la ciencia histórica y filosofía marxistas". El principio del espíritu de partido resultó un hallazgo no menos asombroso que el de la ingeniería de almas; es un nuevo espíritu santo que lo define y controla todo: el arte, la literatura, la filosofía, el teatro, el cine, la música, la ciencia...

En cambio, Engels, en carta a Margaret Harkness, de principios de abril de 1888, le decía: "Cuando más oculta quede la opinión del autor mejor para la obra de arte", lo cual supone la más neta oposición a cualquier exigencia impuesta al autor para tomar partido y usar su opinión política a fin de influir sobre la del lector.

La literatura concebida como propaganda política, como literatura de partido, es una monstruosidad contraria a su esencia y razón de ser. Por eso en los primeros años de la revolución rusa, Trotsky resumió la posición leninista al expresar que la literatura era terreno donde el partido no podía intervenir.

La oligarquía comunista se demuestra enemiga del pensamiento en nombre de la ciencia, enemiga de la libertad en nombre de la democracia, corrompiendo la mente del pueblo ruso. Persecuciones, prohibiciones, imposiciones, humillaciones, vejaciones son las bases del "realismo soviético" y revive la tendencia a convertir la creación literaria y artística, al igual que la ciencia y filosofía, el teatro y la música en política estatal, con un mayor rebajamiento porque ni siquiera trata de colocarlas al servicio generoso de una inmensa clase social o de una amplia concepción del mundo y de la sociedad; solo las pone exclusivamente bajo el dominio de menguados objetivos de poder de la URSS y de su régimen; sin importarle los asuntos relacionados con los caracteres, estilo y técnica, asuntos propios de la teoría estética. Para la seudo concepción expuesta lo fundamental es el tema y el respeto sumiso a las consignas correspondientes exaltando el mundo soviético.

El ensayista yugoslavo Rade Vlkov, al analizar la literatura dirigida, impuesta por la tiranía estalinista, recuerda a aquellos censores universales que justificaban todo en vista de "los objetivos superiores de acuerdo con la lógica del obispo de Verdún, Dietrich Nieheim, quien en su "Libros sobre el cisma", hace más de cinco siglos, escribía que la Iglesia está liberada de todas las leyes, humanas y morales, y, para salvaguardar su unidad consagraba el empleo de todos los medios: hipocresía traición, violencia, simonía, asesinato. El sacrificio de todos los principios, según la fórmula de que "los intereses individuales, se subordinan a los intereses de la comunidad (de la iglesia)", ha sido calificada por los humanistas de inhumanidad teológica. Y hoy día, en pleno siglo XX, invocando el marxismo, doctrina de liberación humana "una nueva jerarquía con nuevos dogmas y dioses" reafirma esos mismos principios: cuando se trata de los intereses superiores, la jerarquía esta liberada de las reglas humanas y morales. Y es así como en una sociedad donde el hombre debía "ser para el hombre el ser supremo" (Marx), este gran principio humanista se ha transformado en una negación. Los "guardianes de la moral y de la ortodoxia", como les llamaba Gorki, creado su propia concepción del hombre objeto, del hombre-autómata, cuyo valor se mide por las jornadas de trabajo y el grado de adaptación a los cuadros (y consignas) que se les impone desde arriba".

LA "EPOCA LIBERAL" POSTERIOR A STALIN.

El "realismo soviético" esclavizó toda la vida intelectual, artística y científica de la URSS, y pervirtió en gran medida, a los escritores comunistas del "mundo libre". Con motivo de la muerte de Stalin se abrió una etapa "liberal" en la producción literaria rusa, y una actividad considerable de los escritores, pero duró desde octubre de 1953 a mayo 1954, poniéndose de nuevo en vigencia decretos zdanovistas. Una vez más quedó demostrado prácticamente que los problemas de la literatura soviética son asuntos de Estado, no cuestiones de estética.

Ehrenburg escribe "El deshielo", publicada en la revista "Znamia" ("Estandarte"), en mayo de 1954. Pronto se desencadenó un ataque general sobre sus producciones por "desviacionistas".

También se permitió publicar a Mijail Zostchenko, en "Cocodrilo", y a Boris Pasternak, gran poeta, ambos silenciados desde 1947, por los decretos de Zhdánov. Acusados de "cosmopolitas", "decadentes", "pesimistas" y "subjetivistas", fueron nuevamente condenados al silencio. Una novela interesante de Vera Panova, "Las estaciones del año", realista y amarga; y un ensayo crítico de D. Pomerantsev, publicada en

“Novy Mir”, “La sinceridad en la literatura”, fueron atacados con dureza, después de haber sido recibidos con entusiasmo. A Vera Panova se le acusó de objetivista y naturalista; su estilo no era el del realismo socialista. A Pomerantsev se le acusó de perjudicial y destructivo. Zorin representó su obra “Los invitados”, describiendo la burocracia soviética y la hostilidad que ésta encontraba en los sectores de la inteligencia laboriosa, en medio de gran aprobación. El Kremlin contestó con represalias. La época de libertad duró escasos meses y únicamente sirvió para demostrar la férrea tiranía cultural del Estado soviético. Al mismo tiempo exhibió la tragedia y desesperación de los escritores rusos anhelantes de libertad para dar rienda suelta a sus facultades creadoras. Varios escritores y músicos fueron expulsados de sus respectivas organizaciones por “amorales”, “antisociales” y por “conducta contraria a la ética”. Se les amonestó severamente por desviacionistas a V. Panova, D. Pomerantsev, M. Zostchenko e Ilya Ehrenburg. Se suicidó Fadeev, inquisidor literario de la época estalinista, a raíz del vacío que le hicieron los escritores después del discurso demoledor sobre Stalin en el 20° Congreso del P. C. ruso, por Nikita Kruschev.

Los anillos de hierro de los decretos de Zhdánov volvieron a cerrarse sobre los escritores y artistas soviéticos. Fueron inmovilizados una vez más por la pesada losa de la inquisición del Politburó.

Aunque el totalitarismo soviético trataba de ocultar su perversión en el campo cultural tras la pantalla de la doctrina del “realismo socialista” en arte y literatura, los hechos demostraban que no son doctrinas filosóficas y artísticas, sino política policial destinada a servir los intereses y las consignas del comunismo soviético, totalitario y enemigo del hombre.

LOS ESCRITORES SOVIETICOS ANSIAN LA LIBERTAD.

Los escritores luchan contra la censura y la intervención de las autoridades, pero son arrollados. De todos modos, su combate no decae.

“El arte socialista no exige que las imágenes de la vida se suavicen allí donde son severas e implacables. Pero exige que detrás de cada éxito se pueda ver el objetivo: detrás de la víctima, el motivo que la provocó; que se discierna detrás de una derrota provisional la perspectiva de la victoria futura” En este mismo Congreso varias voces se levantaron para insistir que era indispensable la libertad creadora. La poetisa Olga Bergholz dijo: “Me parece que una de las causas del retraso, no solo de la poesía sino también de la dramaturgia y de la crítica, residía en que tanto los escritores como la prensa daban una apreciación de las obras literarias, no desde un punto de vista estético o artístico, sino ateniéndose con frecuencia a las directrices procedentes del Secretariado. Pienso que una crítica así tiene que ser dañosa...”. “Solo quiero subrayar una vez más que, a mi parecer, sin la expresión multiforme del poeta, no hay creación lírica, que ni existe ni puede existir”

En el campo de las investigaciones científicas los soviéticos destruían el principio sustentado por los sabios occidentales del carácter internacional de la ciencia. La arbitraria división de ciencia soviética y ciencia burguesa solo tiene paralelo con la actitud nazi que hablaba de ciencia aria y ciencia judía. Los comunistas llevaron al nacionalismo más estrecho y regresivo a la ciencia y eso explicaba su afán ridículo de reivindicar, sin ningún fundamento, como rusos todos los grandes inventos occidentales.

LAS PERIPECIAS DE LA CIENCIA EN EL SISTEMA SOVIETICO.

La tradición científica rusa es antigua e importante, a pesar de la severa dictadura zarista. Los nombres de Mikhail Lomonosov, Dimitri Ivanovski. Dimitri Mendeleev, Ivan Pavlov (Premio Nobel), Ilya Mechnikov (Premio Nobel) son conocidos mundialmente.

En el régimen comunista la ciencia es admirada y protegida, pero se la somete a un rígido control. Desde que el marxismo es presentado como el triunfo de la ciencia, ésta pasa a su vez a ser objeto de un verdadero culto marxista. Ya en 1934, el político y escritor francés Édouard Herriot observó que el régimen soviético confirió a la ciencia toda la autoridad de que privó a la religión. Stalin otorgó a los sabios grandes recompensas y, al mismo tiempo, les exigió un completo servilismo. Desde 1930 el Partido Comunista entró en guerra contra el "individualismo académico" y en la gran purga de 1936-38, casi la mitad de los académicos miembros del partido fue fusilada o enviada a los campos de trabajos forzados. El cosmopolitismo (la idea de que la ciencia pueda ser extranjera o judía), el objetivismo (el rechazo a interpretar las nuevas búsquedas en una perspectiva marxista) y el idealismo (acusación general, aplicable en forma indiscriminada) fueron considerados pecados capitales. Así comenzó la era de "nuestra ciencia nacional". Los soviéticos se atribuyen por decretos, con efecto retroactivo, diversos descubrimientos científicos, desacreditando con sus exageraciones y torpezas, su importante pasado (Polzunov fue proclamado inventor de la primera máquina a vapor; A. N. Lodygin, inventor de la primera ampolleta eléctrica; Mozhaisky, inventor del aeroplano "veinte años antes que los hermanos Wright"; etc.). A Lysenko, biólogo de segundo orden, se le ensalzó por su teoría sobre la herencia de los caracteres adquiridos, en vista de su perfecto acomodo con la teología comunista. El físico Lev Landau fue encarcelado; el físico Abram Joffe estuvo a punto de ser fusilado y el genetista N. A. Vavilov murió en un campo de trabajos forzados, mientras su hermano menor firmaba los documentos que decretaban la destrucción de la obra entera de su hermano, en su calidad de presidente de la Academia. Se colocó en el primer plano y se cubrió de honores a numerosos mediocres y el P. C. denunció la teoría de Einstein, la teoría de los quanta de la Escuela de Copenhague y la cibernética, como "idealistas". De todos modos, los trabajos de Einstein, Bohr y otros grandes sabios occidentales servían de base a los rusos para desarrollar su bomba atómica. El físico Peter Kapitza, arrestado por haber rehusado participar en los trabajos sobre la bomba atómica, recuperó el favor de los jerarcas rusos. Solo dos años después de la muerte de Stalin, se apreció un cambio importante en la actitud de los sabios soviéticos y en la Academia. Los violentos ataques personales en contra de cientos de sabios por sus ideas heterodoxas desaparecieron de su boletín oficial. Ya no se les acusaba de "cosmopolitismo" y el presidente de la Academia, A. Nesmeyanov, declaró que "el internacionalismo es un carácter específico de la ciencia".

LA CREACION MUSICAL EN LA URSS.

Los líderes del comunismo soviético llevaron a cabo una lucha tenaz en contra de la innovación musical, en favor de arte nacional, cuyos peores enemigos serían el formalismo, el individualismo y el cosmopolitismo. Así un decreto sobre la ópera "La gran amistad", de D. Muradeli, promulgado por el C. C. del P. C. de la URSS, el 10 de febrero de 1948, condenó "la tendencia formalística entre los compositores soviéticos", algunos de los cuales seguían un camino "que es falso e injurioso para la obra creadora del mundo soviético". Asimismo, se censuró la ópera "Lady Macbeth de Mtsenk" de Shostakovich, por sus "perversiones formalística y antipopulares", cuya tendencia "pone en daño y peligro el futuro desenvolvimiento de la música soviética". El decreto de 1948 denunció a los músicos que representan "perversiones formalística... ajenas al pueblo soviético y sus gustos artísticos". Su música estaba impregnada de "la música burguesa de Europa y Norteamérica, que refleja la decadencia de la cultura burguesa". Los jóvenes músicos, por lo tanto, "deben dedicarse a destruir las tendencias formalística y cosmopolitas y semejantes sobrevivencias de influencias ideológicas burguesas". V. Gorodinski, en su trabajo "La música de la pobreza espiritual" (1955) afirmaba "que la música contemporánea burguesa es

la música de la pobreza espiritual, de un empobrecimiento mental catastrófico y de la más profunda decadencia moral".

En fecha más reciente, un decreto promulgado por el PC (Pravda, 8 de junio 1958, rectificaba las críticas oficiales contra los músicos, lanzadas en 1948, bajo Stalin, y rehabilitaba a varios compositores soviéticos y, entre ellos, a los tres grades: Shostakovich, Prokófiev y Jachaturián. Según "Pravda" la acusación de "decadencia formalista en música... que divorcia arte y pueblo", provenían de un "enfoque subjetivo" de Stalin sobre las artes y tradujo en "críticas unilaterales y tendenciosas". El gusto de Stalin influenciado en forma negativa por Beria (ejecutado después del fallecimiento de Stalin) y Molotov y Malenkov (ministros de Stalin en desgracia por su "anti-partidismo"). Estas rectificaciones, sin embargo, eran cautas, no toda la música condenada en el pasado podía rehabilitarse, al decir de "Pravda" Muchos compositores estaban infectados de modernismo y el mundo musical soviético no debía abrirse a las corrientes de las influencias occidentales.

EL TOTALITARISMO CULTURAL SOVIETICO.

En resumen, en la URSS, la cultura está subordinada a la política y depende de las órdenes del Politburó. El culto al Estado y al jefe, la sujeción estricta a la línea impuesta por el Politburó, con normas de la creación literaria, artística y musical, deforman y angostan la cultura rusa. En la URSS, en abierta pugna al espíritu crítico, libertario y fecundo del socialismo, las ciencias, artes, cine, literatura, música, periodismo y enseñanza están estrictamente sujetas a la dirección Partido Comunista con el fin de servir a la política del régimen y a su propaganda. Así se afirma la regimentación total del pensamiento y se tiende al embrutemiento del pueblo ruso.

El comunismo soviético es un completo totalitarismo porque dispone de tres factores fundamentales para dominar al pueblo. Según Milován Djilas: "El primero es el poder, el segundo la propiedad y el tercero la ideología. Están monopolizados por un único partido político, o más bien, por una nueva clase; y al presente por la oligarquía de ese partido o esa clase". Su literatura dirigida solo entrega obras menores y conformistas donde se exaltan las finalidades del régimen soviético, divorciándose de la vida real. El informe de Kruschev denunció una cantidad abismante de crímenes horrendos (purgas, deportaciones, atropellos a la "legalidad socialista", desenfrenado "culto a la personalidad" ...) durante los años de Stalin, y sin embargo no hay una obra de la literatura soviética de ese período donde se recoja o se indique algún aspecto de aquella realidad cotidiana. ¡El despotismo zarista aparece como una etapa de libertad de creación frente al mundo totalitario soviético!

No obstante, la desaparición de Stalin y del avance científico y tecnológico de la URSS, no se advierten síntomas de libertad en el campo de la creación literaria y artística, a pesar de algunas leves rehabilitaciones. La explicación radica en algo afirmado por el escritor yugoeslavo Vladimir Dedijer, en el sentido de que los rasgos característicos del régimen soviético basado en la existencia de un superestado como forma particular de capitalismo de Estado totalitario, no han podido ser alterado por los movimientos surgidos después de la muerte de Stalin. Aunque se han producido ciertos cambios en el seno de la casta dirigente, la naturaleza misma del sistema social y político se mantiene intacta. A la fuerza omnipotente de la burocracia y la policía se ha hecho sentir el peso de la influencia de los tecnócratas y del ejército, quienes han reclamado una sociedad estable y un mínimum de legalidad, pero nada indica una atenuación del dogmatismo y de la rigidez que son la regla en todos los aspectos de la vida soviética. Y como corolario, tal cual expresa el ensayista yugoeslavo Rade Vlkov, "en cuanto a la libertad de expresar

la verdad artística, que es la libertad de escribir, según su conciencia, ésta no será dada jamás por una tiranía, pues eso sería su fin". Por esta razón la tiranía literaria se ha mantenido inflexible. Los casos de Vladímir Dudíntsev y Boris Pasternak, confirmaron lo expuesto. Dudíntsev debió revisar y expurgar su novela "No solo de pan...", según las órdenes de la censura, pues su crítica a la burocracia se la estimó incorrecta y desmoralizadora del pueblo ruso, Pasternak: publicó en Italia su gran novela "El doctor Zhivago", la más bella, humana y sincera obra rusa de las últimas décadas y de indiscutible calidad artística.

Se la tradujo a diversos idiomas, con un éxito sorprendente y la Academia Sueca le otorgó el Premio Nobel de Literatura correspondiente a 1958. En la URSS se prohibió su circulación por considerarla un "libelo corrompido impregnado de sentimientos e ideología burguesa". Boris Pasternak era el único gran sobreviviente de la famosa generación literaria de la época heroica de la revolución rusa y fue milagrosa su escapada de las garras de los esbirros estalinistas... Si su gran novela hubiera aparecido en la URSS habría cubierto de honor a la literatura rusa actual. A tales extremos llega la censura artística en "el país del socialismo". No obstante, su jactancioso poderío, tiembla ante la salida a la luz de una bella y turbadora novela...

Boris Pasternak fue obligado, so pena de destierro, a renunciar al premio Nobel, y a raíz de las persecuciones y presiones morales falleció poco después (el 30 de mayo de 1960). ¿Por qué acaparó Pasternak el odio de la censura soviética? porque su novela "El Doctor Zhivago" no entonaba un hosanna fervoroso al Leviatán imperante, obligación de todos los artistas y literatos en la URSS. Aquella obra fue un acto de herejía contra las normas del mal llamado "realismo socialista", y provocó la indignación en las esferas oficiales, no tanto por algunas opiniones desfavorables al régimen estalinista, como por el hecho de no glorificar el sistema comunista y sus instrumentos los "héroes positivos", (en la novela el líder rojo se suicida) y la dictadura del proletariado. Zhivago es un hombre de antes de la revolución, un idealista, a quién ésta y el nuevo régimen decepcionan. La novela es una biografía como individuo, el análisis de su angustia unido al relato de acontecimientos fabulosos. Es la odisea de una conciencia privada y la descripción de una aterradora experiencia. La novela posee gran amplitud y abarca diversas épocas; exhibe una multitud de personajes, presenta caracteres opuestos y enfrenta actitudes contradictorias. Como con la literatura épica surgida en 1917, a raíz de la revolución victoriosa, (y propia de toda Europa en una larga época, cuya máxima expresión lo fuera Malraux con sus grandes novelas y sus tipos-héroes), y con la literatura conformista del realismo socialista, exaltadora del régimen soviético, y con aprobación del gobierno, al estilo de Ehrenburg, Fadeev y Cholojov (cuya obra maestra: "El Don Apacible", que le valió el Premio Nobel en 1967, es anterior a su entrega al estalinismo y a los dictados de Zhdánov).

Ante la realidad señalada aquí, a grandes rasgos, no es de extrañar las dramáticas peripecias experimentadas por los escritores soviéticos que se afanan por crear libremente, de acuerdo con su conciencia, y reclaman el término de la censura del partido y del gobierno sobre la obra de artistas, músicos, literatos o intelectuales, como ha ocurrido en los casos de Dudíntsev, Solzhenitsyn, Brodsky, Sinyaski, Daniel, Vosnezenski y tantos otros.

En síntesis, en la URSS no afloja el sistema político tiránico, no disminuye el totalitarismo estatal. Y este hecho básico explica el asombroso contraste de la sociedad soviética, en la cual se ha logrado un gran avance científico-tecnológico y un notable progreso material y educacional y, no obstante, impera una absoluta censura cultural e ideológica, por lo cual se asiste al frecuente e increíble espectáculo de procesos y condenas de escritores e intelectuales por sus obras, opiniones y actividades, como si se viviera en la época de absolutismo teocrático. Precisamente la inclinación por la censura del pensamiento, por la

represión de la libertad intelectual y artística, corresponde históricamente a la posición permanente de las iglesias, y en especial de la Iglesia Católica, celosa mantenedora de dogmas absurdos y de toda una hechicería montada para el consumo de mentalidades primitivas.

Los dirigentes soviéticos defienden su sistema de represión intelectual, literaria y artística, invocando a Marx y al socialismo, con lo cual llevan a cabo una deliberada degradación del contenido científico y emancipador del marxismo, asimilándolo al dogmatismo vulgar administrado por un Vaticano fanático y reaccionario.

Las persecuciones de las autoridades soviéticas, ayudadas por algunos escritores oficiales, han alcanzado caracteres odiosos, conmoviendo a los círculos literarios de los diversos países, e incomodando a los propios escritores comunistas de los países "burgueses". En el aplastamiento de la insurrección popular húngara de 1956, en medio de la cual se destacó la combatividad de los intelectuales, fueron apresados innumerables escritores, y a varios de ellos se les fusiló. En el seno de la URSS, los procesos y condenas de Brodsky, Siniavsky y Daniel; el aislamiento de Solzhenitsin (autor de la dolorosa novela sobre los campos de concentración: "Un día de la vida de Iván Denisovich") y Vosnezenski, han provocado un repudio general en los ambientes artísticos y literarios del mundo entero.

En estos días sombríos de la invasión de Checoeslovaquia, ante la actitud crítica y democrática de los intelectuales y escritores checos, el odio de los jerarcas moscovitas se ha dirigido precisamente, contra ellos. Y en sus exigencias para perdonar la vida de Checoeslovaquia, las más reiteradas son las relacionadas con la reimplantación de la censura de la prensa, radio y televisión y, por supuesto, a las actividades de los intelectuales, escritores y artistas, a quienes los propios líderes reformistas checos derrotados han recomendado exilarse del país "mientras tengan tiempo". (!).

Resulta conmovedor leer el libro "Checoeslovaquia vuelve al socialismo", publicado por Editorial Universitaria, en el cual se recopilan discursos, entrevistas y escritos de prominentes intelectuales, luchadores por la libertad en contra de las formas esclerosadas de la estructura totalitaria. Estas palabras de Milán Kundera resumen su posición: "Toda represión de la libertad de pensamiento, aun cuando apunte a opiniones equivocadas, se dirige en último término contra la verdad, porque solo se puede alcanzar la verdad en la confrontación de opiniones iguales y libres". Todos condenan y rechazan la supresión de la libertad de pensamiento y de expresión, porque ello constituye un escándalo en el siglo XX y un escollo para el florecimiento de la literatura.

Herbert Marcuse, pensador contemporáneo de gran influencia en la actual rebelión de la intelectualidad inconformista y de la juventud universitaria, dio a conocer en 1958, "Soviet marxism - A critical analysis", traducido y publicado recientemente en Madrid, (en Ediciones Revista de Occidente). Su lectura es indispensable para comprender el deliberado proceso de degeneración del ideario marxista en manos de los dirigentes soviéticos, en donde reside la explicación del sistema de cultura dirigida, de censura total, y de represión de cualquier asomo de independencia intelectual, literaria o artística.

"El marxismo soviético", de Herbert Marcuse, es una obra de alta polémica y gran alcance filosófico teórico y la más rigurosa confrontación de los principios esenciales del socialismo original con la ideología soviética desde el leninismo al estalinismo y formas post estalinistas. A su juicio, es una obligación previa establecer una distinción entre la formulación pública y el significado real de las declaraciones marxistas soviéticas, porque los conceptos específicamente marxistas "son transformados en la medida en que el marxismo soviético pretende constituir un verdadero marxismo en, y para, una nueva situación histórica; constituyen

la respuesta marxista a los cambios fundamentales, económicos y políticos, durante la primera mitad de este siglo. Desde este punto de vista, el marxismo soviético aparece como un intento para reconciliar el cuerpo heredado de la teoría marxista con una situación histórica que parecía invalidar la concepción central de esa propia teoría, a saber, el concepto marxista de la transición del capitalismo al socialismo". La primera parte de la obra se centra en el estudio de los factores objetivos, subyacentes al marxismo soviético; y la segunda parte trata del factor subjetivo, esto es del "material humano" que, se supone, sigue las directrices y alcanza los objetivos fijados por el marxismo soviético, enfocado a través de los elementos extraídos de la filosofía ética soviética.

La compleja y rica concepción marxista ha sido rebajada a un cuerpo doctrinal acomodaticio, de acuerdo con un manejo oficial, para justificar las acciones del gobierno soviético. En la introducción, Herbert Marcuse, lo deja establecido con claridad: "El marxismo soviético ha asumido el carácter de una "ciencia del comportamiento". La mayor parte de sus declaraciones teóricas tienen un propósito pragmático e instrumental; sirven para explicar, justificar, promover y dirigir ciertas acciones y actividades que constituyen ''datos" reales para tales declaraciones. Estas acciones y actitudes (por ejemplo, la colectivización acelerada de la agricultura; el estajanovismo; la ideología integralmente antioccidental; la insistencia en el determinismo objetivo de las leyes económicas, básicas bajo el socialismo) se racionalizan y justifican en términos del heredado cuerpo de doctrina "marxista-leninista" que los líderes soviéticos aplican a la mudable situación histórica. Pero es precisamente el carácter pragmático y behaviorista del marxismo soviético el que hace de este un instrumento indispensable para la comprensión de la evolución soviética. Las declaraciones teóricas del marxismo soviético en su función pragmática definen las tendencias del evolucionismo soviético.

En su examen de la ética soviética deshace la pretendida creación de un "hombre nuevo", propio de una sociedad liberada, con valores espirituales superiores y distintos, a los del mundo demo-capitalista. Marcuse los deja en descubierto como idénticos a los de las sociedades industriales. Vale la pena reproducir su párrafo más sugerente: "Al recorrer las enumeraciones de los valores morales superiores que establece la filosofía soviética, resulta difícil encontrar una sola idea moral, un conjunto de ideas morales que no sea común a la ética occidental. Cuidado, responsabilidad, amor, patriotismo, diligencia, honradez, laboriosidad, prohibiciones de violar la felicidad del prójimo, consideración por el interés común, no hay nada en este catálogo de valores que no pueda incluirse en la ética de la tradición occidental...". "El Código de la moral comunista expresado en el Programa de 1961 incluye principios completamente familiares a la ética de la industrialización, por ejemplo:

— el trabajo concienzudo por el bien de la sociedad, quién no trabaja no come;

— el cuidado de cada uno por conservar y multiplicar el bien público;

— alta conciencia del deber social, intransigencia hacia toda violación de intereses sociales;

— la honestidad y la sinceridad, la pureza moral, la simplicidad y la modestia en la vida social y privada:

— respeto mutuo en la familia, desvelo por la educación de los hijos.

"Estos principios banales (no exactamente progresistas) no parecen expresar la idea de una moral nueva para una sociedad nueva. Además, la definición del "hombre nuevo" que debe formarse en el período del paso al comunismo evoca una imagen todavía más inquietante: este hombre nuevo reunirá en él "la riqueza espiritual, la pureza moral y la perfección física".

“Para ponerse en situación de apreciar la función real de estas nociones banales, hemos de situarlas en el contexto concreto con que son ilustradas en la moral soviética. Este contexto viene suministrado por las discusiones de las relaciones laborales, por el matrimonio y los asuntos familiares, por el empleo del ocio, por la educación y por la presentación de todo ello a través de la literatura y de la industria del espectáculo. Los valores morales convergen en la subordinación del placer al deber, el deber de poner todo lo que se posee al servicio del Estado, del Partido y de la sociedad. Traducido a moralidad privada, esto significa relaciones monogámicas estrictas, dirigidas a la producción y educación de los niños; disciplina y ejecución emulativa, dentro de la división de funciones establecidas y la concepción del empleo del ocio, como relajamiento del trabajo y una nueva creación de energía para el trabajo más que como un fin en sí mismo. Se trata, en todos los aspectos, de una moral de emulación en el trabajo, proclamada con una rigidez superior a la de la moralidad burguesa, y suavizada o endurecida, según los intereses específicos del Estado soviético (por ejemplo, suavizada en la consideración otorgada a los hijos ilegítimos, o en el supuesto de que la rigidez entre en conflicto con las exigencias de la lealtad política, de la eficacia laboral, de la disciplina del Partido, etc.; endurecida en el castigo por robo o “sabotaje” de la propiedad estatal”. (Págs. 222-223).

A través de sus postulados éticos se advierte un estrecho ideal “burgués” y un extremado chovinismo: “una de las exhortaciones más representativas, cuya finalidad es “el fortalecimiento de la moral comunista”, se centra en el espíritu de trabajo. Se dice que los “principios más elevados” que rigen este espíritu son el patriotismo soviético y el amor a la madre patria, que se unen a un “internacionalismo proletario”. Sirven como justificación para endosar totalmente al trabajo el contenido mismo de toda la vida del individuo”.

A la exaltación del patriotismo soviético y de la entrega total al trabajo disciplinado, se entronca el conformismo de la burocracia comunista y, al mismo tiempo, su odio desaforado a las individualidades disidentes, a toda obra inconformista y a cualquier concepción crítica de la sociedad tiránica y tecnocrática. Anota Herbert Marcuse: “La lucha contra la ética burguesa se hace tanto más vital para la filosofía social soviética cuanto más rasgo en común parecen poseer ambas. Las tendencias progresivas y críticas dentro de la filosofía burguesa se convierten en el blanco principal del ataque, y la principal acusación que se esgrime contra esas tendencias es la de que constituyen una difamación de la razón. Nietzsche y Freud, Schopenhauer y Dewey, el pragmatismo, el existencialismo y el positivismo lógico son estigmatizados como irracionalistas, anti intelectualistas y, a mayor abundamiento, “reaccionarios”, “inmorales” e “imperialistas”. Según la interpretación soviética, así son necesariamente —en su función histórica objetiva— importando poco cuáles hayan podido ser las intenciones y convicciones personales de los filósofos respectivos”.

¡En cambio, la época de Stalin, con sus campos de concentración y constantes “purgas” y las represiones de los dirigentes post estalinistas, son “racionales” y “progresistas”!

En cuanto a la estética soviética, según Marcuse, mientras insiste en el arte al mismo tiempo proscribe su trascendencia: “quiere un arte que no sea arte, y obtiene lo que solicita”.

El pensamiento de Francisco Salazar C[59]

El 24 de octubre de 1968 falleció Francisco Salazar Céspedes de un ataque al corazón. A pesar de su delicada salud se prodigó con exceso en la atención de su alto cargo de director del Departamento Coordinador de los Centros Universitarios de la Universidad de Chile y durante el periodo de las actividades de la reforma, en los meses de mayo a octubre del presente año, aumentó el ritmo de sus labores y preocupaciones. En abnegada y suprema consecuencia con sus nobles ideales y su temperamento batallador, inquieto y de profunda responsabilidad profesional, entregó su vida al término exitoso de una prolongada reunión de alto nivel de la rectoría y de las directivas de la comisión nacional de reforma y de los centros universitarios de la Universidad de Chile.

En esa importante asamblea actuó en forma brillante, con su acostumbrado brío y talento, y tuvo la honda satisfacción de recibir el espontáneo y unánime reconocimiento de su singular capacidad intelectual, de su elevado dominio técnico de los complejos problemas de la enseñanza superior y de su atinada gestión en la marcha de los Centros Universitarios por la cabal comprensión de su carácter y objetivos.

Al finalizar las densas sesiones de trabajo se detuvo su corazón rindiendo su vida ejemplar, puesta en forma consciente y generosa exclusivamente al servicio de la educación de su patria.

Francisco Salazar había nacido en Santiago el 10 de octubre de 1912. Realizó sus estudios superiores en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, entre 1929 y 1933, donde se tituló de profesor en Historia, Geografía y Educación Cívica. Inició su carrera docente en liceos de provincia y, luego, en la capital. Aquí, además, alcanzó una notable figuración en la reforma de la educación secundaria y en la organización y marcha de los liceos experimentales, llegando a ser jefe de la Sección de Experimentación del Ministerio de Educación. En seguida llevó a cabo estudios de perfeccionamiento en la Universidad de París, en 1955, y se desempeñó en significativas responsabilidades educacionales en Centroamérica, contratado por el gobierno de Costa Rica, entre 1956 y 1959. A su regreso al país fue nombrado jefe del Departamento Pedagógico del Ministerio de Educación. Desde ese cargo pasó a dirigir el Colegio Regional Universitario de Temuco, el primero en su género, entre 1960 y 1966. A principios de 1967 se le designó jefe del Departamento Coordinador de Centros Universitarios de la Universidad de Chile.

En el servicio de sus diversos cargos exhibió siempre una inteligencia natural brillante y un profundo sentido de responsabilidad para cumplir con absoluta entrega sus obligaciones. Como profesor demostró amplia cultura, gran claridad en la exposición e interpretación de las materias, afán por emplear métodos estimuladores de la iniciativa y reflexión de los muchachos, afectuosa relación con sus alumnos, todo lo cual le concitó invariablemente la admiración y la calurosa simpatía de sus innumerables discípulos.

Si en el plano docente, a lo largo de su carrera se destacó por su constante empeño de estudio y perfeccionamiento hasta llegar a ser una autoridad en el campo de la educación y de la sociología, en el ámbito civil, como ciudadano, se señaló por su permanente inquietud ideológica y su fina sensibilidad social. Siguió con apasionado interés el desenvolvimiento democrático del país y militó en el movimiento ideológico y político de avanzada, pero su actividad práctica la volcó al terreno gremial. Llevó a cabo inapreciable labor en la Sociedad Nacional de Profesores y en la Federación de Educadores de Chile, instituciones en cuyo seno ocupó cargos de importancia.

[59] OCCIDENTE N°205 abril 1969

Francisco Salazar pertenecía a aquella vigorosa generación universitaria de la década de 1930, protagonista de primer plano en una de las épocas más convulsas de la evolución nacional. En su fondo espiritual y profesional entraron por iguales partes las enseñanzas científicas de notables maestros y las experiencias adquiridas tempranamente en la participación fervorosa en sucesos políticos trascendentales de la vida chilena. Así se conformó su personalidad en el rico molde de estudios eficientes y de serios anhelos e ideales de perfeccionamiento individual y de justicia y progreso sociales. En su fecunda existencia reflejó los mejores rasgos distintivos de esa generación. Mantuvo su adhesión inconmovible al sistema democrático entendido como el derecho de los hombres a autodirigirse para los fines por ellos mismos acordados, y como la condenación de cualquier absolutismo o dictadura, aunque se erija en su nombre. A su juicio, solo el régimen democrático era el único capaz de movilizar por completo las fuerzas y energías de la sociedad y únicamente en él es genuina la libertad al permitir a todos los individuos discutir y expresar sus intereses en forma total y continua. La concepción democrática se basa en el reconocimiento de la igualdad social y política de los individuos y para su cumplimiento honesto exige el otorgamiento a cada uno de iguales oportunidades de desarrollo y de participación social y política. Por tal razón, la sociedad está obligada a dar a todos los individuos acceso a los medios de desarrollo de sus capacidades. En la actualidad se puede restituirle su dignidad al hombre por la educación y las iguales oportunidades. Una sociedad democrática, igualitaria y justa, no podrá serlo realmente sin un desarrollo extraordinario de la educación, concebida ésta como el método para enseñar a pensar en los nuevos términos creados por la ciencia y en el profundizamiento del conocimiento humano en el campo social.

En el pensamiento de Francisco Salazar, la asociación humana en el presente se fundamenta en dos hechos nuevos: la aplicación de la ciencia a la vida y la participación de todos los individuos en la elaboración de los nuevos valores de una sociedad igualitaria. De ahí surge la necesidad individual de educación, la urgencia de los estudios sociales y de la investigación científica. Un régimen democrático, de inteligencia y libertad, solo podía ser el resultado de un movimiento social y político disciplinado y poderoso y de un sistema de educación de extrema eficiencia y extendido a todos los miembros de la comunidad: de un sistema de investigaciones científicas libres, abarcando los diversos campos del interés humano, y de un sistema de información mediante el libro, el periódico, la radio y la televisión de imparcialidad rigurosamente garantizada.

Su dedicación a la enseñanza derivó de su concepción democrática expuesta y por eso luchó denodadamente en contra del atraso de las concepciones educacionales y la inercia de los métodos escolares para realizar un nuevo ideal social y educacional; para colocar la educación en una posición de vanguardia con relación a los modos de vida y a las necesidades de la sociedad chilena; para hacer de la educación la preparadora del cambio social e institucional y del avance cultural. En toda su actividad docente aplicó su credo democrático y un severo criterio de libre examen intelectual; rechazó siempre la educación imperante, atrasada y rutinaria, sostenedora de las tendencias y los valores que impregnan la sociedad capitalista competitiva, egoísta y antihumana, cuya meta básica es la formación del hombre adaptado a las normas imperantes, cuyo pensamiento no difiera de los valores tradicionalmente aceptados, y así se impongan el conformismo y la sumisión.

Francisco Salazar acariciaba el proyecto de redactar un volumen sobre sociología educacional. Se había preparado largamente por medio de lecturas sistemáticas y del manejo de la más moderna bibliografía al respecto; y con el mismo propósito reunió anotaciones y documentos de su nutrida experiencia pedagógica en el país y en el extranjero. Desgraciadamente, su muerte tan repentina impidió una obra que, con seguridad, habría resultado extraordinaria.

En la vida corriente, cotidiana, Francisco Salazar se destacaba por su trato sencillo, su alegría espontánea y su chispeante buen humor; era amable y fraterno, con un sincero deseo de servir a sus semejantes; su conversación, en cualquier tipo de reunión, se singularizaba por su inteligencia despierta y su ágil ingenio; para quien se le acercara a saludarlo, a consultarle algo o a solicitarle algún favor, tenía una respuesta gentil y una sonrisa alentadora. Fue enemigo de convencionalismos solemnes y de formalismos superficiales, rutinarios, tanto en sus funciones docentes como en sus cargos administrativos, y en todo momento hombre comprensivo, culto, servicial y laborioso. Los atributos esbozados le configuraron una personalidad humana y profesional de excepción y le conquistaron la amistad calurosa y la simpatía cordial de cuantos le conocieron.

II

Francisco Salazar dedicó sus últimos años de vida, con incansable devoción y entusiasmo, a formar una conciencia clara y profunda sobre la trascendencia para el país de la creación de centros universitarios en sus principales ciudades, como expresión de una moderna renovación de la Universidad de Chile, de acuerdo con las características de la educación superior contemporánea y como respuesta eficaz de su auténtica democratización. En un escrito elaborado en conjunto con el Secretario General de esos organismos, los define así "Los Centros Universitarios, por su naturaleza, no pueden ser concebidos como una etapa hacia organizaciones universitaria tradicionales, sino como una institución universitaria nueva y plena de contenido por su propia definición. Constituyen una institución democrática que responde a los actuales requerimientos de la sociedad y de la educación y que debe ser considerada y evaluada a la luz de sus propias finalidades".[60]

O sea, reciben en sus aulas recientes numerosas promociones de jóvenes, egresados de la rama secundaria, anhelosos de enseñanza superior moderna, de nuevas carreras y nuevos campos ocupacionales. Los Centros Universitarios, entonces, tienden a la creación de oportunidades de educación superior para grupos cada vez más amplios de la población en rápido crecimiento y con el propósito de preparar para el desempeño en una impresionante variedad de profesiones y situaciones diferentes surgidas del desarrollo del país y del avance científico y técnico.

En la actualidad funcionan ocho Centros Universitarios, en Arica, Iquique, Antofagasta, La Serena, Talca Chillán, Temuco y Osorno con casi 8.500 alumnos y el 23% del alumnado total de la Universidad de Chile. Su organización constituye un sistema en cuyo nivel superior se establece el Consejo Superior de Centros Universitarios, presidido por el Rector (y constituido por los representantes de facultades, los directores de Centros, el Director del Departamento Coordinador de Centros Universitarios, el Secretario General, los directores de los departamentos de Extensión Universitaria y de Acción Social y representantes del profesorado de los Centros); el Departamento Coordinador de los Centros Universitarios, con la responsabilidad técnico-pedagógica; y la Secretaría General, con la responsabilidad de su marcha administrativa.

En cuanto al organismo dirigido por Francisco Salazar, poco antes de su sensible fallecimiento, salió a luz un grueso volumen del más alto interés y de indispensable consulta para conocer y comprender sus delicadas funciones técnico-pedagógicas y su responsabilidad en la marcha académica de los centros. Se

[60] "Los Centros Universitarios de la Universidad de Chile". Junio de 1968. Trabajo de Francisco Salazar, director del Departamento Coordinador de Centros Universitarios, y Marino Pizarro, Secretario General de los Centros Universitarios.

trata de la publicación: "Departamento Coordinador de Centros Universitarios. Un aporte al desarrollo de la educación superior". Fue preparada por el conjunto de coordinadores del Departamento, bajo la activa y directa cautela de Francisco Salazar, quien trazó el plan, redactó el capítulo inicial sobre el origen y las funciones del departamento, y leyó y perfeccionó todos los demás capítulos sobre sus diversas secciones: planes de estudios y programas; métodos de enseñanza; evaluación: orientación y admisión; información ocupacional; desarrollo profesional del profesorado; bienestar estudiantil; estudios e información regionales, y extensión universitaria. En esta obra se encuentra la más completa exposición sobre el funcionamiento de este organismo y, a la vez, es una profunda descripción del carácter renovador de la enseñanza superior impartida por los Centros Universitarios. Su circulación significó la eliminación de todos los malentendidos, y aventó las críticas equivocadas sobre la importancia y necesidad indispensable de la existencia del Departamento Coordinador para la correcta y eficiente marcha académica y pedagógica de los centros universitarios.

Es evidente que la creación de los centros universitarios por la Universidad de Chile respondió a la demanda urgente de impartir "enseñanza superior en todos sus grados y, de preferencia, para profesiones requeridas por el desarrollo de las zonas respectivas", determinadas por las exigencias del avance económico general de la nación y las necesidades específicas del progreso de las diversas regiones del país. Además, dicha empresa se llevó a cabo con la debida cautela y con el máximo rigor universitario. Por eso Francisco Salazar escribió con tal motivo: "Las carreras que se ofrecen en los Centros Universitarios han sido especialmente determinadas a través de un estudio específico de sus necesidades y después de tener la seguridad de contar con el personal idóneo y los medios de biblioteca, laboratorios y otros, exigidos para el mantenimiento del adecuado nivel universitario. Todas las carreras deben ser autorizadas por la Facultad correspondiente. Ella aprueba los planes de estudio y programas y otorga el título respectivo, quedando así garantizada la tuición académica de la enseñanza profesional superior que se ofrece en los Centros Universitarios. Este ha sido uno de los factores básicos de la unidad de acción de la Universidad de Chile en todo el país".[61] Por otra parte, respecto de la filosofía orientadora de los Centros y proyectada en su organización general, sus principios más importantes son éstos:

1° Comunidad universitaria, es decir la participación de todos sus elementos integrantes: personal docente directivo, profesores, alumnos, exalumnos y ciudadanía.

2° Integración, o sea, la convivencia de alumnos de diferentes carreras en planes de estudios comunes de ciencias básicas y educación general, y unidad lograda por la vida escolar, en un mismo recinto, compartiendo experiencias juveniles de estudio y recreación, y en contacto directo con sus profesores.

3° Excelencia académica, entendida como la actitud permanente de lograr el nivel universitario en su más alto grado, por medio de una preocupación constante de parte del profesorado por el mejoramiento de las técnicas de enseñanza y por qué los alumnos adquieran eficientes medios de estudio, y por el examen detenido de los diferentes problemas planteados por la educación actual.

4° Funcionalismo, esto es, determinación de carreras profesionales y de actividades que valoricen los recursos humanos y materiales, para servir a la solución de los problemas propios del desarrollo regional y nacional.

[61] "Revista Consejo de Rectores Universidades Chilenas", Vol. II, N°5, septiembre de 1967, págs. 39-49: Francisco Salazar C.: "Los Centros Universitarios de la Universidad de Chile".

5° Orientación, como un factor importante de la democratización de la enseñanza al permitir un tipo más seguro de admisión, de distribución del alumnado y una forma eficaz de lograr un mejor aprovechamiento de las capacidades y condiciones de los estudiantes.

6° Socialización, lograda, aparte de las actividades en las aulas, a través de las diferentes formas de recreación y de servicio a la comunidad.

7° Solidaridad, o sea, el estímulo a todas las formas de ayuda que permitan el acceso a la vida universitaria y a su mantenimiento en ella, de todos los jóvenes en condiciones de realizar estudios superiores.

8° Extensión universitaria, conjugando la investigación del medio, las formas de educación continuada y el impulso de los diferentes aspectos de la expresión cultural de la comunidad.

En diversas conversaciones sostenidas con Francisco Salazar para conocer su pensamiento íntimo sobre la misión de la Universidad de Chile y las finalidades precisas de los Centros Universitarios, me expuso ideas claras y originales. A su juicio, la Universidad de Chile es la universidad nacional y en cumplimiento de su función de servicio social que le es intrínseca, está llamada a extenderse a todo el país, facilitando el desarrollo patrio; ampliando las oportunidades de acceso a la educación superior a todos los jóvenes en estado de recibirla, sin discriminación de ninguna especie. En este sentido la Universidad tiene que ser comprometida y para cumplir ese compromiso dio vida a los Centros Universitarios.

Los Centros Universitarios, reiteraba Francisco Salazar, son instituciones universitarias con características propias, concebidas como integrantes de un sistema universitario nacional. La Universidad de Chile entendió que su misión era proceder a una atinada descentralización por medio de estas unidades capaces de cumplir, en forma completa y responsable, sus objetivos y manteniendo el nivel académico propio de una escuela universitaria.

La Universidad de Chile, con una clara y realista comprensión de su responsabilidad en esta etapa del desenvolvimiento nacional, procedió a crear los centros universitarios para enfrentar el doble proceso que afecta a la sociedad: el de la explosión demográfica, con una masa creciente de alumnos necesitados de una enseñanza superior; y el de la complejidad extraordinaria del desarrollo económico con un requerimiento intenso de innumerables carreras nuevas. Al mismo tiempo significó dar una respuesta práctica a las peticiones de provincia para contar con instituciones universitarias modernas.

Los Centros Universitarios nacieron como la expresión y la prolongación de la Universidad de Chile en las provincias, bajo un signo renovador de la educación universitaria; y no como instituciones anexas, en un nivel inferior, o nuevas escuelas aisladas que, más tarde, privadas de los medios suficientes y sin el rigor académico necesario se vieran impedidas de mantener con prestigio su dignidad universitaria. Los Centros Universitarios son como partes esenciales de su finalidad y de su funcionamiento, en donde se aplican formas modernas de organización de estudios y métodos de trabajo, de estructura general y administración; y responden al firme propósito de evitar la proliferación de pequeñas universidades provinciales, débiles en cuanto a organización y recursos materiales (edificios, bibliotecas, laboratorios) y con una escasa dotación de personal especializado. Por ende, sin el adecuado nivel universitario y sin perspectivas de una segura y verdadera expansión ulterior.

La existencia de los Centros Universitarios como integrantes de un sistema nacional, suponía, para Francisco Salazar, la realización práctica de una universidad moderna, en conexión con los grandes problemas y las urgentes reivindicaciones educacionales del presente, y permitía superar el carácter un

tanto anticuado de la tradicional organización de la Universidad de Chile, estrictamente profesional y reducida, ante todo, a las grandes profesiones liberales.

El crecimiento de la población nacional, la ampliación de las actividades económicas por el desarrollo científico y técnico y la complejidad de las nuevas relaciones sociales, han provocado la diversificación creciente de las profesiones tradicionales y la aparición de carreras nuevas; y a la vez, han originado una extraordinaria movilidad del campo profesional.

La Universidad, entonces, se encuentra en la obligación de dar la preparación adecuada para estas nuevas carreras y de revisar continuamente su enseñanza. Los Centros Universitarios nacieron para responder a tan trascendental exigencia y, de esa manera, atender en forma adecuada a las nuevas necesidades económicas y sociales del país y al aumento constante de la población escolar secundaria, de acuerdo con un ideal democrático y con un criterio científico.

Los Centros Universitarios son el resultado de una legítima extensión y descentralización de la Universidad de Chile, por una preocupación especial, patriótica de ésta, para servir a vastas capas estudiantiles deseosas de una formación profesional moderna y para responder a las necesidades cada vez más complejas de la comunidad nacional, y así romper su clásico sistema tradicional, excesivamente rígido, y para orientar a los jóvenes hacia profesiones nuevas, descongestionando a las escuelas tradicionales.

La democratización de la Universidad de Chile en el campo profesional no puede entenderse conseguida por la mera extensión de ella a las provincias con el objeto de dar las carreras tradicionales. Solo lo es realmente al presentar nuevas y variadas oportunidades profesionales y al permitir el ingreso a la Universidad de un número de jóvenes de provincias privados de educación superior. Y los Centros Universitarios se organizaron para satisfacer esa demanda y para cumplir su misión democrática.

Los Centros Universitarios son Centros de enseñanza superior, es decir estrictas instituciones universitarias, por su origen, sus funciones y el nivel con que las desarrollan, aunque con características propias, especiales. Si cada Centro posee una definida singularidad, al mismo tiempo están concebidos dentro de una amplia unicidad. Por eso no pueden desintegrarse y romper el sistema general al cual responden. Su estricto carácter universitario queda de manifiesto en que sus carreras exigen un nivel postsecundario y se encuentran dotadas de planes de estudio que incorporan la enseñanza de ciencias básicas, ramos de educación general y ramos profesionales; y son atendidas por profesores de alta formación y especialización científica.

En cuanto a sus características especiales, Francisco Salazar insistía en que los Centros Universitarios poseen objetivos diferentes a las escuelas tradicionales, porque, fundamentalmente, sus carreras se orientan hacia las necesidades de la producción y, a veces, son más cortas y, al mismo tiempo, pretenden servir los intereses económicos y sociales de las diversas regiones donde funcionan; y porque acogen a estudiantes distintos. En la actualidad es apreciable la heterogeneidad de la población estudiantil secundaria, por sus diversos grados de capacidad y aptitudes y por sus variados intereses. A los Centros Universitarios llegan miles de alumnos anhelantes de carreras nuevas; algunos que, por carencia de medios, no pueden concurrir a las carreras universitarias de la capital; otro alto porcentaje de estudiantes pertenecientes a los grupos obreros y campesinos y a los pueblos cercanos a las sedes universitarias. Los Centros Universitarios han significado en este plano una evidente democratización de la enseñanza superior, porque, ahora, pueden recibirla importantes contingentes que antes estaban privados de ella a causa de su falta de recursos económicos.

Por otra parte, se distinguen por la calidad del profesorado. El profesor de los Centros Universitarios es tan universitario como el de las grandes escuelas tradicionales. Ha sido formado en la Universidad y, luego, su desarrollo profesional se confunde con ella; pero junto a su elevado nivel académico posee una mayor preparación y preocupación pedagógicas que el profesor corriente de la Universidad. Por esta preocupación pedagógica es más sensible y entrega mayor orientación y ayuda al alumno.

El profesor que ingresa a un Centro Universitario, de acuerdo con requisitos severos de preparación e idoneidad, continúa formándose en el servicio mismo en contacto con los integrantes de las cátedras, en el trabajo de equipos, en la investigación; por medio de la utilización de becas de perfeccionamiento en los centros científicos y docentes del país y del extranjero, y por el manejo de una bibliografía al día.

En el terreno de las formas de trabajo, los Centros Universitarios son originales. Los profesores actúan más en contacto con la realidad y con un mayor espíritu social; con una fuerte preocupación institucional y con un interés integral por sus alumnos, por el buen aprovechamiento de sus estudios y, luego, en su éxito profesional tratando de evitarles fracasos y frustraciones. Para cumplir con tal desvelo se han desarrollado especialmente los campos de la orientación y la evaluación y, en todo el proceso del paso del joven por el Centro Universitario, se ha producido una estrecha colaboración entre él, sus compañeros, y sus profesores, y con el Centro en su conjunto.

Finalmente, en los Centros Universitarios, junto con impartirse una enseñanza superior de alta calidad, se ha logrado un abaratamiento de ella, por la racionalización científica de su trabajo, por la existencia de laboratorios comunes, de bibliotecas centrales, de labor de equipo, de funcionamiento de un mismo grupo general de orientadores; y, a la vez, se ha logrado una más perfecta integración con la comunidad llegando a actuar como un factor dinámico de su conciencia y desarrollo; con una mayor eficiencia científica y una más democrática función educacional y social.

Ha sido eficaz y reconocido en los diversos sectores de la comunidad, el estudio competente de los recursos naturales y humanos de cada región, la investigación de sus formas culturales, el examen de las tradiciones características de la historia local, todo lo cual ha permitido un conocimiento acabado del pasado y de la realidad de la zona y una contribución apreciable a su elevación cultural.

La unicidad del sistema de los Centros Universitarios deriva de su filosofía general y de su estrecha relación con las Facultades. Todas las carreras ofrecidas en los Centros Universitarios han sido determinadas de acuerdo con estudios específicos de su necesidad y todas han sido autorizadas por la Facultad correspondiente. La Facultad aprueba los planes de estudio y los programas y otorga los títulos respectivos, lo cual garantiza la tuición académica de la enseñanza superior impartida en los Centros Universitarios. La Facultad otorga los títulos precisamente por la garantía de la estrecha relación académica entre los Centros Universitarios y las Facultades y es éste el factor básico de la acción de la Universidad de Chile en todo el país.

Francisco Salazar señalaba un peligro en el establecimiento de la Universidad de Chile en diferentes grandes ciudades del país, por medio de sus Centros Universitarios: la presión de un espíritu “provincial”, no logra entender del todo que la descentralización de la Universidad de Chile se realiza conservando su organización nacional y por ello algunas autoridades políticas y miembros de los propios Centros pretenden una completa autonomía académica, administrativa y financiera para transformarse en pequeñas universidades provinciales contraviniendo abiertamente el espíritu al cual se debió su creación inicial.

Si tal criterio prevaleciera, las Facultades reforzarían su intervención y aumentarían su exigencia académica y, con seguridad organizarían un nuevo sistema de dirección y fiscalización de las carreras otorgadas en los Centros. También existiría la posibilidad del cierre ce determinadas carreras ante la incertidumbre en las Facultades de si ellas continuaran en el nivel de exigencia y calidad actuales. Y con toda certeza, si las Facultades encontrasen que no se cumplían los planes completos no darían títulos, provocando la crisis de los Centros.

Según el criterio de Francisco Salazar, el sistema nacional de los Centros Universitarios evita la multiplicación innecesaria y la dispersión de recursos materiales, financieros, humanos y científicos; asegura la continuidad del proceso educativo, porque recibe a sus alumnos del Liceo sin establecer exigencias que exceden su nivel y así afirma la correlación entre la educación secundaria y la educación superior; las aptitudes y los intereses de los alumnos los orienta hacia el tipo de actividad profesional que más les conviene, evitando inadaptaciones, deserciones, fracasos y despilfarro de medios; estimula a la juventud a ensayar campos profesionales nuevos y nuevas combinaciones profesionales, y a otros les permite rectificar rumbos equivocados; atiende las variadas aspiraciones y las nuevas necesidades de la población escolar egresada de los liceos y acoge a la juventud que no posee interés en llegar a las escuelas tradicionales de la Universidad.

Los Centros son expresión del moderno concepto democrático de que todos los jóvenes tienen derecho a recibir la educación superior que les permita sus capacidades de acuerdo con sus peculiares aptitudes e intereses. En el fondo corrigen la anticuada idea aristocrática, según la cual la Universidad tendría como misión exclusiva formar la élite intelectual y profesional de la nación. Al mismo tiempo eliminan el argumento de la incapacidad de la Universidad para dar cabida a todos los egresados del liceo a fin de evitar la “plétora profesional”. Tal argumento solo sería acertado con respecto a algunas grandes carreras liberales, pero no lo es cuando se contemplan las innumerables carreras nuevas exigidas por el avance del país.

Francisco Salazar era un ardoroso partidario de la reforma universitaria y, precisamente, al defender la creación y funcionamiento de los Centros Universitarios lo hacía en la firme creencia de iniciar con ellos la reforma eficaz y realista de la universidad tradicional y su auténtica democratización. A su entender, nada de lo expresado en defensa de los Centros Universitarios como creaciones modernas de enseñanza superior y como integrantes de un sistema nacional dentro de la Universidad de Chile estaba en contradicción con los planteamientos de la organización democrática, del cogobierno de la Universidad. La generación de sus autoridades era un problema ajeno a las finalidades y funciones de los Centros Universitarios; y más bien su carácter, formas modernas de organización y de funcionamiento, con la participación de profesores, alumnos, exalumnos y miembros de la comunidad constituían una forma original de cogobierno para sí y para la Universidad.

Junto con defender la existencia de los Centros Universitarios como órganos propios y esenciales de la Universidad de Chile, planteaba la urgencia de reconocerles su derecho para coordinarse con el objeto de mantener siempre una acción planificada que los robusteciera y les permitiera su continuo desarrollo; y, al mismo tiempo, asegurarles el derecho de cada centro a ser entidad autónoma del sistema universitario nacional, para manejar su vida administrativa y presupuestaria. También aspiraba a obtener el derecho de los Centros Universitarios a constituir un Consejo Directivo Superior gestado soberanamente por ellos mismos, y colocado en idéntico nivel que los demás organismos superiores y, por lo tanto, con intervención en todas las resoluciones de la universidad nacional

Con el alto propósito de esclarecer el verdadero significado de los Centros Universitarios y dar a conocer sus ideas reseñadas en el presente artículo, actuó con singular dedicación y eficiencia en el seno del movimiento de reforma universitaria, sostenido anhelo suyo, y de los mejores elementos de su generación.

Sus agobiadoras actividades frente al Departamento Coordinador de los Centros Universitarios y en el seno de las comisiones reformistas, y algunas dolorosas decepciones morales provocadas por la incomprensión y la ingratitud de algunos de sus compañeros, en momentos difíciles de prueba, minaron del todo su ya delicada salud y precipitaron su muerte.

Francisco Salazar Céspedes exhibió siempre un pensamiento original y renovador, propio de una personalidad modernísima y al tanto de los grandes avances de las naciones más adelantadas en los dominios de la educación y de la sociología. Su desaparición priva a la enseñanza superior de un notable experto, quien poseía una amplísima cultura y una rica experiencia, al país, de un ciudadano patriota y virtuoso.

El historiador Francisco A. Encina visto por el historiador Guillermo Feliú Cruz[62]

El carácter y la finalidad de esta nueva obra de don Guillermo Feliú Cruz se definen en la página 23: “Poner de relieve los antecedentes y las líneas en que se afirma la concepción historiográfica de Encina, antes que hacer un verdadero juicio crítico de su “Historia de Chile”, es el objetivo que me propongo al glosar con la mayor fidelidad el pensamiento enciniano a través de sus conversaciones”.

Apeló al testimonio directo del personaje, por medio de charlas sostenidas con gran cordialidad, en virtud de los lazos familiares y personales existentes entre ellos, y anotadas cuidadosamente. “En no menos de quince entrevistas, Encina me relató la historia de su formación intelectual y sus concepciones de la Historia”, manifiesta Feliú Cruz, beneficiándose con el placer de la conversación”, sentido por el historiador. Además, extractó sus escritos dedicados a exponer su proceso educativo, su trayectoria ideológica y sus concepciones historiográficas, y reprodujo los párrafos más ilustrativos.

Las confesiones de Francisco A. Encina a Guillermo Feliú Cruz tuvieron lugar en 1946, cuando el historiador ya cargaba 72 años de vida y culminaban sus anhelos de "crearse” una personalidad intelectual de precoz genialidad y sin paralelo en el plano nacional, y, de tal modo, explicar y justificar la magnitud de su “Historia de Chile” en vía de publicación desde 1940, y, en especial, apuntalar con su “genio” sorprendente, sus

[62] OCCIDENTE N°206 mayo 1969
Guillermo Feliú Cruz: “Francisco A. Encina, Historiador”. Editorial Nascimento, 1968. En un denso volumen que contiene un homenaje previo, en 37 páginas, a “M. Carlos George Nascimento, editor de la literatura chilena”; un trabajo sobre la personalidad y la obra de F. A. Encina, en 205 páginas; una bibliografía Encina, una bio biografía y una breve referencia sobre la prensa de Chile y la muerte del historiador, en 36 páginas.
Incluye también tres fotos muy nítidas de don F. A. Encina, las cuales muestran una figura típicamente criolla, de rasgos muy aborígenes, popular y simpática, pero sin la menor relación con las pretensiones racistas, ibero-godas, con el supuesto predominio de la sangre germánica en el conquistador español llegado a Chile y de su influencia decisiva en la formación del pueblo chileno, tan reiteradamente defendidas por él. Su aspecto es completamente meridional propio de un ejemplar representativo de las “clases inferiores”, de acuerdo con las caracterizaciones del discutido autor. ¡Travesuras de la historia genético-enciniana!

concepciones anticientíficas, sus juicios arbitrarios, sus retratos hirientes, su desprecio a los historiadores "vascos", su desdén a los nuevos investigadores, y, en general, su desmesurado orgullo y su descomunal egolatría. Un anticipo de sus confesiones a Feliú Cruz lo volcó en su "Prólogo", escrito en 1944, a la obra de Januario Espinoza sobre el abate Molina, impresa en 1946. En su oportunidad mereció rectificaciones de fondo que dejaron en descubierto su tendencia al falseamiento de hechos y relaciones, impropia de un escritor con un mínimo de respeto a la opinión pública.

La obra de Feliú Cruz recoge pasivamente aquel insistente afán de F. A. Encina por crearse una trayectoria de genialidad intelectual, a partir de los cuatro años; estructura en forma coherente y dilatada aquella abrasadora preocupación del megalómano historiador; y contribuye a extender una mitología enciniana, en gran parte apoyada exclusivamente en sus declaraciones, sin el menor documento de respaldo, objetivo y serio.

ANTECEDENTES INTELECTUALES DE F. A. ENCINA

El contenido esencial del libro de G. Feliú Cruz es el siguiente:

El capítulo primero constituye una exposición concisa de las fases del pensamiento histórico de Francisco A. Encina a través de su "Portales", aparecido en 1934; de su "Discurso de incorporación a la Academia de la Historia", en 1935; del Prólogo a la primera edición de la "Historia de Chile" en 1940; del prólogo titulado "La renovación de nuestra historia", en 1940, colocado a la obra de Januario Espinoza sobre el abate Molina, en 1946; el "Breve bosquejo de la literatura histórica chilena", en 1949, y el Prólogo al tomo XIX de su "Historia de Chile" en el cual define su concepción genética de la historia, "que siempre estimó suya, original, creación de su espíritu, y si no, por lo menos, haberla corporizado en una obra en la que se habían vencido los escollos que ella presentaba".

En el capítulo segundo trata de la iniciación de Encina en la vida intelectual del país. Hasta 1911, cuando dictó sus conferencias reunidas en el volumen "Nuestra inferioridad económica, (publicado en 1912) era un desconocido, no obstante, sus brillantes estudios en el liceo de Talca y en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, y a pesar de sus dos períodos de diputación, entre los años 1906 y 1912. Junto con graduarse de abogado se alejó de los círculos universitarios y se dedicó a la vida agrícola. Compraba las siembras en agraz, arrendaba pastizales, transaba en frutas de exportación, negociaba en vinos y dedicábase a la crianza de caballos, "en la que llegó a ser el más diestro conocedor de la especie equina". Únicamente mantuvo contacto con algunos escasos escritores e intelectuales, como Alberto Edwards, Carlos Fernández Peña, Omer Emeth, Enrique Matta Vial y Joaquín Díaz Garcés, quienes habrían acostumbrado a consultarle sobre los aspectos dudosos, los sucesos oscuros y el carácter de los hombres dirigentes en la historia nacional.

Sus preocupaciones agrarias y comerciales no le impidieron estudiar e investigar en forma constante, y por eso no fue un improvisado ni un superficial, como muchos creyeron cuando comenzó a imprimirse su monumental "Historia de Chile". A juicio de Guillermo Feliú Cruz, "la obra de Encina es el resultado de una larga preparación científica y técnica, llevada a límites que parecían imposibles en nuestro ambiente intelectual, y de un estudio profundo del valioso material histórico acumulado por tres generaciones de eruditos, realizado en un largo período de tiempo, por un intelectual de una rara capacidad de trabajo".

En los capítulos, tercero a sexto, expone los antecedentes de su familia, el proceso de su infancia, su paso por el liceo de Talca y por la Universidad de Chile. Después de establecer los orígenes seculares del tronco

de Encina, se detiene en las generaciones más próximas y, en especial, en la personalidad de su padre, don Pacífico Encina Romero, heredero de una cuantiosa fortuna y de una vasta influencia social y política, "favorecido por una inteligencia privilegiada y espoleado por una vivísima curiosidad intelectual, adquirió, por propia iniciativa, una de las culturas más extensas y mejor asimiladas".

ASPECTOS DE LA PRECOCIDAD GENIAL DE F. A. ENCINA

El pequeño Francisco Antonio creció en un medio opulento y en el seno de una familia excepcional. Reveló una precocidad intelectual sorprendente. No cumplía cuatro años y ya leía libros de cuentos en francés y los suplementos ilustrados de "El Fígaro". En 1886, a los once años, ingresó al liceo de Talca. Apenas había comenzado sus estudios de primer año de humanidades leyó los "pensamientos" de Pascal y, de inmediato, inició profundas investigaciones filosóficas y científicas analizando y criticando los grandes sistemas de Platón, Aristóteles, Plotino, San Agustín, Bacon, Descartes, Hobbes, Spinoza, Locke, Gassendi, Hume, Leibniz, Kant, Hegel y Schopenhauer. Según una feliz expresión del niño pensador, rechazó "el saber de ropa hecha", desarrolló una poderosa fuerza de penetración intelectual y robusteció la vitalidad del pensamiento propio; y todo ello le permitió abarcar y desmenuzar aquellas concepciones. (A Francisco Antonio le habría ocurrido algo parecido a lo que experimentó el filósofo John Stuart Mills, quién a los diez años leyó los "Diálogos", de Platón, y poco después, formuló algunas de sus teorías más importantes). A los dieciséis años, como resultado de sus inclinaciones y reflexiones filosóficas, se preguntó: "Los problemas últimos que plantea la razón ¿no son barrotes de la jaula que ella misma se ha construido?".

Paralelamente a sus investigaciones filosóficas realiza lecturas históricas, en especial las obras de Guizot y Taine, y a raíz de su conocimiento habría manifestado una fuerte antipatía por el encasillamiento de la realidad histórica en postulados preconcebidos y habría calificado a los personajes de Taine como marionetas psicológicas y al autor de "alambique transformador de la realidad en conceptos". Y, también, a los dieciséis años, con motivo de su examen de historia, llegó a formular su concepción genética de la historia, concretada algunos decenios más tarde, en su "Historia de Chile". Aquel examen fue un duelo de erudición y saber entre el adolescente y el profesor Ludovico Eugenio Chouteau, propio de titanes, y en el cual, por supuesto, venció el genial muchacho. Es interesante conocer un párrafo del dictado de F. A. Encina a don Guillermo Feliú Cruz: "El profesor me hacía señas desesperadamente; pero yo continuaba impertérrito, y M. Chouteau intensamente pálido, daba puñetazos sobre la mesa. Tras un momento de silencio, se puso de pie y me lanzó esta pregunta: "sin el advenimiento de Napoleón, ¿cuál habría sido la marcha de la revolución?". "M. Chouteau, arguyó suavemente el profesor, éstas no son preguntas para niños". "Déjeme, señor, solo" dije, dirigiéndome al profesor, cerrados los puños y chispeante la mirada. Desde que advertí el deseo malévolo de deslustrarme el examen, una fuerza extraña germinó en mí. Me sentía capaz de pulverizar a Aristóteles, a Alberto el Grande, Leibniz y Newton reunidos, que para mí formaban el cuadrilátero de la grandeza mental producida por la humanidad. Y volviéndome hacia el rector: "Habría terminado meses o un año más tarde". ¿Por qué? "Porque se le habría acabado el vapor". "Esa no es razón". "La historia se siente, se va, se palpa, no se razona". "Esa es una estupidez". "Perdóneme, señor; la estupidez está en sustituir la realidad histórica por las hojarascas del razonamiento". ¿Qué papel desempeña, entonces, la razón en la historia? "Sirve para vestirla y presentar una apariencia a caricatura de ella a los que nacieron sin ojos para verla".

M. Chouteau, "después de pasarse la mano por la frente perlada por el sudor y de la cólera", y de la derrota, le puso tres de distinción.

En sus seis años de humanidades fue señalado como un alumno excepcional y sus notas brillantes, reproducidas por G. Feliú, así lo acreditan. Respecto de sus análisis y logros filosóficos e históricos solo podemos confiarnos en su testimonio, nada de modesto, por cierto.

En la Escuela de Derecho, además de seguir normalmente sus cursos, se relacionó con Juan Enrique y Luis Lagarrigue, y entró a leer a Comte, Darwin, Spencer, Le Bon, James y Ward, despertándose su afición a la biología, sociología y psicología.

(En el tomo XIX de su "Historia de Chile", pág. 357, recuerda a los tres o cuatro jóvenes que, en 1892, "arrastrados por una curiosidad congénita" seguían los progresos de esas ramas del saber: la biología, la psicología genética y la sociología).

También se consideró discípulo de Valentín Letelier, de quien expresó conceptos favorables a su magisterio y a su saludable influencia en los medios universitarios, cuando falleció en 1911; pero lo rebajó arbitraria e injustamente en las páginas finales de su "Historia de Chile".

LAS ACTIVIDADES PROFESIONALES Y POLITICAS DE F. A. ENCINA

En los diez años transcurridos entre su graduación de abogado, en 1896, y su ingreso a la Cámara de Diputados, en 1906, su curiosidad intelectual se polarizó en el estudio de los orígenes de la civilización occidental moderna. En cuanto a sus actividades profesionales, no ejerció la abogacía, y se consagró al comercio ligado a los frutos del país y, luego, a la agricultura. Vivió enamorado del campo chileno, de la zona central, y desempeñó todas las funciones susceptibles de darse en él, de inquilino a patrón de fundo: "Como agricultor, hizo lo mismo que cuando negociaba en pequeña escala los frutos del país de las haciendas loncomillanas y talquinas al comprar, por medio de escrituras públicas, la producción en agraz. De este modo conoció a la perfección lo que daba la zona, y formó conceptos propios acerca del carácter de la producción agrícola zonal en que desenvolvía sus pasos", (p. 68).

En los capítulos, séptimo a noveno, describe su actividad política entre 1906 y 1912, y, a la vez, la situación económica y social de Chile en ese lapso. Al adquirir una sólida situación económica, de inmediato le llegaron las solicitaciones políticas. Era miembro del Partido Nacional (y admirador fervoroso de Portales, Manuel Montt y Antonio Varas), y como su representante salió elegido diputado por la agrupación de Linares, Parral y Loncomilla, en dos períodos, de 1906 a 1912. Mientras se desempeñó como tal le habrían ofrecido en repetidas oportunidades las carteras de Hacienda y de Instrucción Pública, pero él las rechazó en vista de la esterilidad del sistema de gobierno de la época. Su labor en la Cámara fue muy opaca. Feliú Cruz encontró únicamente dos discursos de importancia, pronunciados el 13 y el 27 de julio de 1907, y en ellos analizó las consecuencias perniciosas de las emisiones de papel moneda.

Con amargura exclamaba el joven abogado: "Hemos discutido dos meses una emisión que es inútil, que ningún alivio reporta a la crisis, que el país rechaza; pero que la especulación bursátil ha menester" ... Ante tal fenómeno, si bien se explicaba la actitud de los agiotistas y de los doctrinarios del papel, no lograba entender la actitud de los agricultores partidarios de la deplorable medida, y expresaba: "Pero hay un gremio cuya actitud no comprendo: el de los agricultores. Nunca su situación fue más próspera, jamás han obtenido las utilidades que hoy rinde su industria y dudo que en el porvenir vuelvan a cruzar por días de tanta bonanza. Pues bien, ellos que serán las primeras víctimas de todo trastorno, dan también algunos votos a la nueva emisión, "¡Que no tengan que arrepentirse de ello!".

La vida política de F. A. Encina se desenvolvió en una de las etapas más sombrías de la anarquía parlamentaria y cuando graves problemas se cernían sobre el país: la desastrosa pugna entre "oreros" y "papeleros"; la violenta "cuestión social"; la decadencia del nivel intelectual del Parlamento y la inutilidad de la labor parlamentaria; el escepticismo en las mejores inteligencias sobre la posibilidad de remediar la situación a través del cauce de los partidos tradicionales. Ante la indiferencia del Parlamento frente a la petición de leyes sociales y para despachar el proyecto de ley de educación primaria, de beneficio directo al elemento trabajador, un grupo de jóvenes se dio a la tarea de formar el Partido Nacionalista, (entre otros, Alberto Edwards, Francisco A. Encina, Luis Galdames, Ricardo Montaner Bello, Guillermo Subercaseaux, Enrique Zañartu). Enarbolaba como puntos programáticos el robustecimiento del poder ejecutivo y la restauración del principio de autoridad; implantación de una reforma monetaria y de un Banco Central, como regulador de la vida económica del país; nacionalización de "todas aquellas empresas industriales y comerciales que, pudiendo ser explotadas convenientemente por nacionales se prestan, sin embargo, para ser absorbidas por el capitalismo residente fuera del país"; desarrollo de la educación e independencia de ella de la influencia política, y pedía que la Universidad no solo se mantuviera como escuela para formar profesionales, sino como foco de investigación y de progreso científico.

Ante la desidia del gobierno, la anarquía parlamentaria, la corrupción electoral y administrativa, las condiciones sanitarias deplorables, la crisis moral y la bancarrota económica, se intensificó la acción particular para conjurar en algo la situación imperante, formándose ligas contra el alcoholismo, contra la sífilis, contra la tuberculosis, flagelos terribles que azotaban al pueblo chileno. En esas circunstancias el Dr. Carlos Fernández Peña, alma de la Asociación Nacional de Educación, invitó a F. A. Encina a dar una serie de conferencias, a mediados de 1911, y las cuales aparecieron en libro, en 1912, bajo el título "Nuestra inferioridad económica", centro de una gran polémica en el Congreso Nacional de Educación Secundaria de ese año.

LOS PRIMEROS LIBROS Y LOS RASGOS INTELECTUALES DE F. A. ENCINA

En el capítulo décimo analiza los antecedentes de sus dos libros publicados en 1912: "Nuestra inferioridad económica" y "La educación económica y el liceo". Ellos se encontrarían en la observación cotidiana de la crisis nacional por la ausencia de autoridad del gobierno y la decadencia del espíritu de empresa de los chilenos; y, además, en el examen de la evolución histórica del país, en la cual pesaban rasgos negativos desde la época colonial misma. (No obstante, su reivindicación de aquélla, envuelta por la "leyenda negra" de los historiadores liberales, escribe algo no muy diferente del juicio de sus antagonistas: "la Colonia legó a la República un edificio sin cimientos; un pueblo que carecía de aptitudes políticas y económicas necesarias para el desarrollo normal de la civilización occidental contemporánea. La superabundancia de productos naturales apuntaló el edificio hasta fines del siglo XIX y pagó los platos rotos de la anarquía política. La enseñanza sistemática en vez de consolidar el edificio mediante el desarrollo de los estímulos que conducen a la actividad económica desvió de ella al educando").

Por otro lado, dos obras recientes acicatearon su decisión para entregar su propia versión de la realidad y del porvenir de Chile: una, por su plena admiración, y coincidencia de puntos de vista: "Raza Chilena", de Nicolás Palacios; y la otra, por su abierta y violenta oposición a sus juicios: "Sinceridad", de Alejandro Venegas (Dr. Alejandro Valdés Cange). El estudio amargo y pesimista, del Dr. Valdés Cange fue condenado en los medios oficiales y sancionado su autor. Según Feliú Cruz, solo un grupo reducido de hombres cultos estuvo de parte del crítico social, y, entre ellos, Encina. Tal afirmación nos parece equivocada, porque

manifestó su repulsa a “Sinceridad”. En una nota de “Nuestra inferioridad económica”, formula su acre condenación.

En el capítulo undécimo, analiza las características intelectuales de F. A. Encina. Destaca la potencia y la singularidad de su pensamiento. Y al definirlo en detalle, Feliú Cruz se contagia con las teorías y los términos de su personaje, expresándose en un estilo similar al del ególatra y polémico historiador. Enfoca su recia “organización cerebral congénita” y su increíble “sensibilidad cerebral”. “Hay en Encina una vivísima sensibilidad cerebral, que resalta quizás en exceso, por contraste con la bronca que es propia del castellano-vasco y del grado de desarrollo cerebral que atravesamos”, y por eso, “suele haber más pensamiento auténtico en una página de Encina que en un volumen entero de nuestras mejores historias”.

La exposición es enteramente enciniana y, al parecer, se limita a adoptar la auto- imagen de Encina quién, en otra página, se retrata en estas frases: “Lo único que advierto en mi cerebro es una sensibilidad más viva que la corriente, y quizás una imaginación combinadora de los elementos de la realidad, más ágil. En cambio, mi fantasía es indigente”.

El lenguaje de G. Feliú Cruz adquiere un sospechoso contenido enciniano prodigando las frases-tipo del historiador, “inercia cerebral”, “urdimbre del devenir”, “cerebros más bastos”, “hebras del tejido histórico”, “bronco cerebro de los pueblos jóvenes”, “trabajo de taracea” ...

Pone de relieve su vida intelectual singularmente activa y su increíble capacidad de trabajo. Después de los sesenta años renunció a toda distracción: vida de club, lectura de periódicos, asistencia al teatro... para dedicarse por entero a su obra. Apenas dormía cuatro horas y consagraba dieciocho horas diarias a su empresa historiográfica. (Encina llamó la atención sobre su actividad titánica en el tomo XVIII de su “Historia de Chile”, al referirse a algunas erratas de los tomos XVI y XVII y, de paso, como era natural en él, dejar en claro su superioridad sobre Barros Arana y Amunátegui: “En descargo del impresor, debo declarar que la mayoría de los lapsus anotados y muchos que omito, porque no alteran el sentido del texto, proceden de las versiones paleográfica y dactilográfica de los originales, que no pude corregir por falta material de tiempo, a pesar de que aumenté, el trabajo a dieciocho horas diarias, hasta que mi naturaleza se rindió, postrada por un esfuerzo que ningún hombre ha logrado resistir por largo tiempo. Como es sabido, la historia genética exige ineludiblemente una doble revisión del material, la primera para representarse los sucesos tal como se destacan de las fuentes y la segunda para formarse concepto de su génesis y encadenamiento, o sea, justamente el doble de tiempo que requería la antigua escuela chilena que culminó con Barros Arana y Amunátegui.

LA OBRA Y LA VOCACION HISTORICA DE F. A. ENCINA

La investigación para redactar su "Historia de Chile”, la inició en 1896, a los 22 años; comenzó a escribirla en 1935 a los 61 años; demoró 16 años en darle forma, entre 1935 y 1951. El volumen primero apareció en 1940 y el vigésimo, cuando la concluyó, en 1951, tenía 77 de edad. Los 20 tomos suman 11.000 páginas.

En los capítulos XII al XIX se refiere a su vocación histórica y a su concepto, y métodos históricos.

En su juventud no sintió inclinación por la historia y, en cambio, lo atrajeron fuertemente la biología y la psicología. ¿Cómo se encaminó entonces hacia la investigación histórica? Al darse cuenta del retraso en Chile, de la historia como ciencia. Se plantea el propósito de superar tan visible falla armándose con los elementos de la concepción genética de la Historia y entregándose a la investigación de acuerdo con sus métodos. A su juicio, “lo significativo en historia son el contenido racista, los factores sociológicos que

condicionan su desarrollo y los sucesos eventuales que lo modifican". En cuanto a su forma de realizarla, "la historia no es una narración ni la demostración de una tesis; es una representación del trozo o del aspecto del pasado que se enfoca", y es un desatino dividir la historia en objetiva y subjetiva, pues "lo que entre nosotros se llama objetivismo, es la inercia cerebral, la incapacidad para exprimir el contenido de los documentos y convertirlos en una representación del pasado, o sea, la impotencia cerebral para crear la historia. Lo que entre nosotros se llama subjetivismo, es el poder cerebral que permite captar a través de las huellas dejadas en los documentos y demás fuentes históricas la forma y el fondo, el alma y el cuerpo del pasado y lo vacía en una representación, fiel o infiel, feliz o desgraciada, o sea, las dotes cerebrales que hacían posibles la creación histórica".

Distingue entre el investigador y el historiador; jamás un gran investigador será un gran historiador y viceversa. Ser gran historiador "exige dotes que están normalmente repartidas en el erudito, el sabio, el pensador y el artista".

Frente a las concepciones historiográficas de Encina, en observaciones calcadas de las suyas, Feliú Cruz comenta: "Aparte de la flexibilidad necesaria para abarcar las materias más distintas entre sí, Encina concede importancia capital a la sensibilidad cerebral, que permite captar el pasado a través de sus despojos inertes y a la imaginación combinadora, que permita percibir las relaciones de los sucesos en el espacio y en el tiempo y aprehender el devenir histórico, columna vertebral de la historia. Sin imaginación poderosa, la historia es imposible; pero la imaginación, en la historia, no puede crear, menos aún derivar hacia la fantasía. La imaginación histórica debe ser esencialmente evocativa".

Don F. A. Encina es, pues, el historiador chileno ejemplar, de genial categoría, porque a juicio de él, y repetido por don G. Feliú Cruz, posee la sensibilidad cerebral más viva y la imaginación evocativa más poderosa y, a la vez, su fantasía es indigente (?), lo cual le permite la justa reconstrucción del pasado, sin derivar en ningún instante hacia su posible falseamiento. Como, además, en él se dieron generosamente las dotes del sabio (acumuló vastos conocimientos de biología, psicología, economía y sociología), del pensador (había enjuiciado desde niño todos los grandes sistemas filosóficos, de Platón, Aristóteles a Comte, con penetrante comprensión y crítica), del artista (se encontraba dotado de una intuición y de una sensibilidad propias del genio), y del erudito (llevó a cabo enormes investigaciones en archivos y bibliotecas nacionales, al lado de las cuales las de Barros Arana fueron elementales), alcanzó la cúspide de la historiografía y de la creación intelectual chilenas. En este aspecto, de acuerdo con sus propias consideraciones, solo se podría colocar junto a Miguel de Lacunza y a Juan Ignacio Molina.

En cuanto a las influencias de la historiografía universal en Encina, se apreciaría el impacto de las concepciones que a partir de Leibniz llegan hasta Spengler, y, además, la gravitación especial de Voltaire (con "El siglo de Luis XIV"), de Sainte- Beuve (con "Port Royal"), de Taine (con "Los orígenes de la Francia Contemporánea", ensayo de historia genética en una línea similar a la de Encina), de Lord Acton, de Burckhardt, Mommsen, Ranke y Treitschke.

BARROS ARANA Y ENCINA

En el capítulo XXI esboza un paralelo entre las concepciones históricas de Barros Arana y Encina. A su juicio, Encina ha trazado una nueva síntesis histórica del país, apoyándose en los grandes historiadores del siglo XIX, en especial Barros Arana; y en el inmenso material documental reunido entre 1880 y 1940, sobre todo por J. T. Medina, además de otros eruditos de gran categoría; y retomando el espíritu de los ensayos de Alberto Edwards. En seguida entrega un breve examen de los aportes e interpretaciones originales de

Encina y de sus desacuerdos con la historia tradicional, representada por Barros Arana. Es un somero paralelo entre las posiciones históricas de Encina y Barros Arana desde la Colonia a la época de Manuel Bulnes, hasta donde llegó la narración de Barros Arana.

Completamente dominado por el criterio de Encina, don G. Feliú Cruz, al revisar el andamiaje de las obras de los dos historiadores, expresa lo siguiente: "La "Historia General de Chile" está construida sobre el sólido andamiaje ideológico y sentimental del autor y de su época". Y copia en forma textual estas líneas de Encina: "Como se ha dicho con mucha exactitud, la interpretación histórica estaba producida antes que el autor compulsara los documentos. Su trabajo consistió en verificar su verdad material y encuadrarlos en los casilleros de la armazón preconcebida, mediante un hábil trabajo de taracea". En cambio, "la obra de Encina, como todas las manifestaciones de la vida, supera a los sistemas filosóficos, morales, políticos, simples creaciones pasajeras del hombre".

¿Pueda afirmarse honestamente que la obra de Encina carece de armazón ideológica y de espíritu preconcebido, cuando se proclama adepto a teorías racistas y psicológicas anticuadas para interpretar el devenir histórico, y cuando actúa con un insistente y monótono afán de denostar, rebatir y vilipendiar a los diversos historiadores predecesores de su obra y, con verdadera odiosidad a Barros Arana? El propio Feliú Cruz niega aquella pretensión cuando escribe... "el ataque a Barros Arana ha sido sin piedad. Lo ha deprimido como historiador, educador diplomático, individuo de pensamiento, en fin, ¿qué actividad de Barros Arana no ha fustigado Encina? El escritor a veces ha rebajado, por desgracia, con este encono, la propia dignidad de su obra".

En el capítulo XXII, y último de su libro, Feliú Cruz se refiere a los ataques de Encina a Barros Arana en sus diversas obras anteriores a su "Historia de Chile" y a lo largo de ésta. Asimismo, menciona algunas de las principales rectificaciones a tales diatribas. Una completa bibliografía de Encina y una nutrida bio bibliografía completan el volumen de Guillermo Feliú Cruz.

INTERROGANTES SOBRE EL LIBRO DE G. FELIU CRUZ

¿Por qué don Guillermo Feliú Cruz, representante de una concepción historiográfica opuesta a la de Encina, se hizo portavoz de sus delirios de genialidad y de sus aventuradas concepciones históricas? ¿Por qué el investigador disciplinado e historiador brillante y mesurado, admirador de Barros Arana y M. L. Amunátegui y discípulo prolífico de J. T. Medina y E. Matta Vial, prefirió transformarse en un corresponsal vibrante de la autobiografía aderezada en vista de la posteridad de F. A. Encina, en vez de enfrentarlo en un examen crítico severo y a la luz de una interpretación científica de la Historia nacional?

No alcanzo a comprender el motivo de fondo de su generoso trabajo en favor de quien estuvo destituido de equilibrio y generosidad. ¿Lo movieron la admiración, la curiosidad intelectual, la atracción irresistible por el asombroso "fenómeno Encina" para llevarlo a cabo? Tal vez aquella razón oculta se encuentre en estas líneas introductivas: "Encina se alzó en definitiva con la monarquía de la Historia nacional, como en el caso de Lope de Vega con el teatro español. De súbito se impuso como el más popular escritor de nuestro pasado... Así dejó en segundo y en tercer plano a cuantos escribíamos historia. Prácticamente nos sepultó. Algunos lo envidiaron, y sintieron odio atacándolo. Con este sistema, lo engrandecieron, pues lo hicieron en el detalle y no en la concepción general de las ideas. Algo había en el relato de Encina que atraía y sugestionaba. Lo leyeron los hombres de la oligarquía y de la clase media con simpatías y enojo. Lo cierto fue que en las páginas de la Historia el chileno vio el espejo de su nacionalidad y se sintió identificado con la imagen".

Sin duda el libro de G. Feliú Cruz posee un valor testimonial de gran interés, porque, en lo sucesivo, será indispensable para conocer el retrato que Encina quiso dejar de sí a la posteridad. Pero, al mismo tiempo, queda situado en la corriente inclinada a la idolatría enciniana.

Don Guillermo Feliú Cruz se coloca junto a don Hernán Díaz Arrieta en la tarea de acrecentar el mito Encina. A juicio de Feliú, el crítico Alone "fue el constructor más esforzado del pedestal de la gloria de Encina". La exaltación de Encina por Alone es explicable, porque gran escritor y artista, ha destacado con fina inteligencia y entusiasmo lo que hay de fascinante literatura (estilo, fantasía, intuición, retratos, novela) en su discutida historia; en cambio, no se justifica que G. Feliú Cruz, historiador severo, se limite a transcribir la panegírica versión del propio Encina de su supuesta prodigiosa trayectoria intelectual, reforzándola con los elementos autobiográficos, del mismo corte, dispersos en algunas de sus publicaciones, y muchas de ellas refutadas en su oportunidad.

Cuando F. A. Encina narra su examen de historia ante M. Chouteau, por ejemplo, ¿dice la verdad?, los juicios y vocablos del adolescente ¿fueron realmente los puestos en su boca? ¿O todo no es sino el pensamiento maduro del historiador trasladado a aquella lejana época, con el propósito de forjar la leyenda de su precocidad genial en todos los campos del saber: filosofía, ciencia, historia? La terminología empleada en esa reconstrucción de su dramático examen, a los 16 años, es la misma de "Literatura Histórica", publicada a los 60 años.

En cuanto al relato de sus estudios filosóficos en sus años de niñez, de sus tempranos conocimientos de excepcional amplitud, de sus maduros y penetrantes enjuiciamientos de los complicados sistemas metafísicos y científicos, a corta edad, ¿cómo puede obtenerse una comprobación real, convincente? Únicamente habría que confiarse en la palabra de F. A. Encina, pero se ha demostrado que ésta no es veraz, porque el autor posee una egolatría patológica, y es un formidable mitómano. Por otra parte, es sospechoso en un verdadero genio, como en el fondo se proclama, conocedor y crítico de las máximas creaciones y concepciones científicas, filosóficas, que alterna solo con Leibniz, Newton, Kant, Hegel, Comte, Darwin... se haya transformado en adepto dogmático y vulgar de concepciones racistas y psicologistas erradas y desmedidas para aplicarlas a la intelección e interpretación de la historia de un pequeño país, muy inferior a sus colosales aptitudes intelectuales, de pensador y artistas (tal vez, por esta causa, su "Historia de Chile" es más bien la historia de los anhelos, delirios y sueños intelectuales de F. A. Encina, especie de Dios, para quien los sucesos del devenir, las mentes de los individuos, los móviles conscientes o subconscientes de los líderes son descritos y descifrados por un poder omnisciente singular y no por una metodología científica).

¿Cómo se podría depositar la necesaria confianza en Encina, si se ha comprobado en forma repetida su falta de veracidad cuando trata asuntos contemporáneos a su actividad y cuando existen testigos?

ENCINA DENIGRA A LAS PERSONALIDADES DEMOCRATICAS

Feliú Cruz recuerda que el prólogo a su obra de J. Espinoza en donde esboza la genialidad y superioridad soberbia de su proceso intelectual y de su concepción genética, sufrió una rectificación profunda, y "algunos de los recuerdos de Encina no eran exactos, las afirmaciones eran aventuradas y las observaciones solo nacidas de su imaginación. Documentalmente le fueron evidenciadas estas fallas". En otro párrafo (páginas 194-195) expresa: "En el gobierno de Pinto se había escrito por diversos autores la parte de la Guerra Pacífico y en el de Balmaceda, la revolución de 1891. Encina ha compuesto a su vez, esas historias con un criterio propio, personal, siempre original, polémico a veces y con desprecio

ordinariamente para los que se ocuparon de los mismos asuntos y con deliberado propósito de imponer sus propias concepciones. Habría que someter a una crítica severísima el valor de su propio testimonio a que él recurre. Era entonces demasiado joven y no pueden merecer mucha fe las afirmaciones graves que dice haber oído a hombres de mucha más edad que él, cuyas confidencias, no era posible depositaran a un muchacho. La cronología está en contra de las revelaciones que dice Encina haber recibido de esos personajes. Merece dudas también el testimonio de sus deudos. Pacífico Encina fue un caudillo político regional de Loncomilla. Ejerció cierta influencia en los sucesos de su tiempo, pero no decidió, como lo hace aparecer el historiador, sucesos de importancia. La cronología es adversa a Encina en cuanto al valor de sus revelaciones. La imaginación le traicionó".

A menudo don Guillermo Feliú Cruz emite apreciaciones enaltecedoras de Encina. Por ejemplo, al anotar aspectos de su recia personalidad intelectual y moral, subraya "su marcada inclinación a la labor positiva y creadora, y el consiguiente desdén por lo negativo y disolvente". De ahí su admiración por numerosos hombres de aptitudes superiores en política y milicia, en economía y negocios. Es parcialmente exacto ese juicio, pues, a menudo, tal inclinación denota un espíritu meramente conservador y tradicionalista, enemigo del cambio, de las innovaciones y, por ello, denostador implacable de todas las mentalidades y personalidades inconformistas, disidentes, críticas impulsoras de ideas discrepantes del statu quo y con un contenido renovador cualquiera.

A través de sus veinte tomos, eleva a muchos personajes sin mayor relieve, suponiéndoles concepciones notables a través de apologías desmesuradas y, a la vez, masacra a altos valores políticos o intelectuales bajo un aluvión de dicterios, acusados de inertes y tarados mentales. Al sabio Andrés Bello casi lo declara "desconformado cerebral", después de innumerables páginas de aplausos y regateos, contradictorios y mezquinos. En definitiva, no le reconoce poder creador y apenas sería un discreto "cerebro esponja"; a José Victorino Lastarria, de tan notable inquietud intelectual y política, lo deprime a cada instante, y, ante todo, lo caracteriza por "la egolatría patológica" y "su violento sectarismo", además del "apasionamiento y la superficialidad cerebral" (Tomos XI y XII); a Manuel Antonio Matta lo considera un débil cerebral: "en 1812, don Manuel Antonio Matta era reputado el pensador más profundo de Chile y el mayor conocedor de Goethe. En nuestra vehemencia de muchachos por confirmar el origen leibniziano de algunas concepciones del poeta que se nos habían representado espontáneamente, nos acercamos al patriarca. Quedamos tan encantados de su fondo de bondad humana, como convencidos de su limitación cerebral. Se confundía en Chile la profundidad cerebral con la simple difluencia psicológica", (Tomo XII, p. 477); a don Valentín Letelier, de quien fue discípulo, tratándolo con deferencia y simpatía en un artículo de 1911, en su "Historia de Chile", lo rebajó y presentó en forma perversa: "Por una contradicción, la primera vista desconcertante, su influencia sobre la enseñanza superior, aunque de segunda mano y ya atrasada, iba a resultar tan sensata y progresista, para Chile de 1890-1900, como fatal para la transformación y progreso de la enseñanza secundaria su "Filosofía de la Educación", obra basada en una psicología arcaica y en concepciones pedagógicas ya difuntas a la fecha de su aparición" (T. XIX, p. 356).

Incluso a los escritores por los cuales confiesa admiración en definitiva los denigra y despoja de la paternidad de sus ideas originales, reduciéndolos en su porción de valor a meros instrumentos suyos. El, Encina, les habría suministrado las ideas y observaciones que los hicieron célebres. Son los casos del Dr. Nicolás Palacios (Tomo X, p. 341), y de Alberto Edwards (Tomo XX, p. 343).

Mejor es no hablar de su actitud frente a los grandes historiadores liberales del siglo XIX, como M. L. Amunátegui, Benjamín Vicuña Mackenna y Diego Barros Arana. Con respecto a Barros Arana es tanta su

saña, que Feliú Cruz reconoce que ni aun los escritores clericales habían ido tan lejos en la crítica: "toda la historiografía del siglo XIX es demolida y los golpes son mayores para el más genuino representante de ella. Intelectualmente, Barros Arana era mediocre y un miope; su cultura, postiza; carecía de una filosofía; sectarismos y odios políticos y religiosos lo hicieron parcial hasta el punto de preterir la documentación. De los progresos de la historiografía europea se encontraba absolutamente a ciegas. La "Historia General de Chile", edificada con una aparente solidez, se halla construida en algunas partes con materiales deleznables. Buena enciclopedia de datos no podía ella satisfacer el verdadero contenido de la historia".

Y toda esa avalancha de injustas y odiosas suposiciones únicamente exhiben un espíritu mezquino, roñoso, al cual no es ajena la envidia, porque a juicio de Feliú Cruz "si se hace honor a la verdad científica, Encina no habría podido materialmente escribir su historia sin el auxilio, sin la base, sin las indicaciones, sin el plan, sin las investigaciones de Barros Arana. La distribución material de la historia de Encina está calcada sobre la de Barros Arana. Las mismas fuentes bibliográficas, son las que ha consultado, y a veces ha vertido párrafos completos. En cuanto a los documentos, en su auxilio vinieron los de Medina y otros, aprovechados para corregir detalles de errores de Barros Arana. Pero Encina los ha amplificado con el evidente propósito de descalificar al autor de la Historia General. Esos errores, que no logran cambiar el fondo de los sucesos que relató, no son nada en el conjunto. ¿Hay algo nuevo, de fundamental en Encina que no esté en el relato de Barros Arana? Absolutamente. Lo nuevo es su estilo vigoroso, el sentido polémico que da siempre a la narración, las sugerencias, discutibles o no, con que la avasalla, la interpretación científica o sociológica con que procura explicar los sucesos. Es penosa esta actitud de Encino para con Barros Arana, historiador"

LA CRÍTICA A ENCINA Y UNA ACLARACION PERSONAL

Las palabras reproducidas establecen con precisión el real alcance de la obra de Encina; y de ellas quedan en claro la enorme deuda del actual historiador con respecto a Barros Arana, y la ninguna genialidad original de su desarrollo, aunque son singulares su esfuerzo intelectual y material para redactarla; su aporte creador respecto del período de 1851 a 1891 y su atrayente estilo. El párrafo reproducido contradice, además, la afirmación de que la "Historia" de Encina carecería de armazón ideológica y de "prejuicios" en su investigación y orientación.

Al leer el libro de don G. Feliú Cruz nos damos cuenta de que el anhelo profundo y obsesionante de Encina era el de pasar a la posteridad no solo por su obra histórica realizada, y realmente impresionante, sino, a la vez, como el hombre de mayor originalidad y poder creador en el campo del pensamiento y de las letras en Chile; y nuestro maestro, al prestarse para recoger y vigorizar esta imagen del megalómano historiador, contribuye a afirmar un falso y perjudicial mito. Hubiéramos querido, por la admiración y respeto sentidos hacia su producción intelectual, un examen riguroso del "complejo pensamiento contradictorio, dogmático, absoluto e intolerante", del verboso historiador.

Y unas pocas frases finales. Enfocar el caso Encina resulta complejo y difícil, porque es, sin duda, un gran escritor, galardonado con el Premio Nacional de Literatura, y con una obra inmensa. Criticarlo entonces, por quien es un obscuro profesor, resulta desmesurado y apenas justificable a la luz de una concepción democrática de la república de las letras. En mi caso existiría otro atenuante: el ser citado como uno de los críticos negativos de Encina en este párrafo: "Mientras que Alone lo exaltaba, los otros críticos señalaban lunares, deducían el ámbito del campo amplio en que se movía Encina, peleaban por un nombre, una fecha, una cifra. Le negaban ser investigador. No haber trabajado en bibliotecas y archivos.

Tener imaginación. En suma, todo lo que quiso ser Encina, que prefirió destacarse como hombre de pensamiento, artista, sociólogo e historiador. En esas críticas no hay ideas ni principios generales. Ninguna concepción de historia e historiografía. Silva Castro fue el crítico que consideró al historiador en su justa discreción. Latcham contribuyó a la exaltación. Jobet extremó la crítica negativa. Elías Almeida intentó una sistematización de las ideas encinianas para contradecirlas" (p. 209).

Como articulista del estado llano de la sociedad literaria inicié mi crítica a F. Encina desde el punto de vista de los principios generales de su concepción historiográfica, señalando sus vertientes racista, intuicionista y tradicionalista, reñidas con la ciencia histórica, anotando su falta de originalidad de muchas de sus más "novedosas" lucubraciones, porque ellas las extrae de las canteras de N. Palacios y A. Edwards; y sus aportes documentales y tácticos proceden de Barros Arana y J. T Medina. He indicado algunas de sus contradicciones y limitaciones; discutido y contradicho varios de sus juicios hirientes y cargados de odio y de sarcasmo en contra de todas las figuras de algún pensamiento reformista y democrático y de los historiadores liberales progresistas. Nunca me he detenido en detalles banales de erudición fatigosa. Si mi balance ha resultado negativo se ha debido estrictamente a la estructura y orientación reaccionarios de la obra de Encina, a su innegable parcialidad, a su orgullo y soberbia para calificar y denostar a todas las más altas intelectualidades de avanzada, por su afán tradicionalista y retrógrado de defender y exaltar instituciones expoliadoras y posiciones clasista, enemigas de un auténtico y legítimo progreso nacional.

Evocación de Humberto Mendoza. Eugenio González y su obra "Hombres". "No solo de pan", Por Wladimir Dudinsev. "Anti-memorias", De Malraux[63]

"…Ya había empezado —más pronto de lo que suele llegar— ese gran abandono de vejez, que está preparándose a morir; que se envuelve en su crisálida, dejación que se puede advertir allá al fin de las vidas que se prolongan mucho, hasta... entre amigos que estuvieron unidos por los más generosos lazos y que al llegar un año dejan ya de hacer el viaje o la salida necesarios para verse, no se escriben y saben porque no volverán a comunicarse en este mundo..."

M Proust. "Por el camino de Swann"

* * *

En "El Mercurio", del 7 de junio de 1967 apareció esta pequeña crónica:

"Funerales de don Humberto Mendoza. Con asistencia de parlamentarios y funcionarios de la Cancillería se efectuaron ayer los funerales del político, escritor y diplomático, don Humberto Mendoza Bañados, quién falleció a consecuencia de una crisis cardíaca. Su deceso ha provocado un sentimiento de hondo pesar. El sepelio se realizó en el Cementerio General, luego de una misa oficiada en su domicilio por el Vicario Castrense, Monseñor Gilmore, a las 10 de la mañana. El señor Mendoza había regresado de Paraguay, en donde se desempeñó como Consejero Económico de la Embajada de Chile en Asunción. Durante su carrera diplomática cumplió misiones en Francia, Estados Unidos, Argentina y otros países latinoamericanos. El señor Mendoza, de 65 años, se educó en la Escuela Naval y durante su juventud fue

[63] OCCIDENTE N°207 junio 1969

activo militante del Partido Socialista. Durante el gobierno del presidente Juan A. Ríos ocupó la cartera del Trabajo. Autor de varios ensayos políticos, publicó también libros sobre la materia".

Noticia escueta tras la cual se oculta una de las personalidades más curiosas y enigmáticas del movimiento popular de tendencia marxista de Chile. Lo conocí personalmente en 1936, y mantuvimos una estrecha asociación ideológica en 1940-1943. Prologué extensamente su libro: "¿Y Ahora? El socialismo móvil de postguerra", aparecido en 1942. Nos encontramos esporádicamente en los años 1944-46. Publicó un nuevo volumen: "Socialismo camino de la libertad", en 1945. Hice una extensa reseña, publicada a página completa en "La Opinión". Participó en la desgraciada aventura política del PS, con Alfredo Duhalde, y fue Ministro de Agricultura. En su desempeño hizo declaraciones abiertamente opuestas al programa socialista. A continuación, se alejó de la política activa e ingresó a la diplomacia, renegando al parecer del socialismo. Desde aquel año de 1946 no le volví a ver.

Humberto Mendoza era de profesión ingeniero agrónomo y durante el gobierno del Frente Popular ocupó un alto cargo en la Caja de Colonización. Desde joven se distinguió por su conocimiento y dominio de la teoría marxista. Fue destacado teórico del Partido Comunista y más tarde, a raíz de su escisión, uno de los principales dirigentes de la Izquierda Comunista, con el seudónimo de Jorge Levín. En seguida se incorporó al Partido Socialista y en su seno figuró con brillo como integrante o jefe de sus departamentos de política nacional e internacional y colaborador eficiente, erudito y riguroso en su pensamiento, de las publicaciones partidarias.

Le llamábamos afectuosamente "la enciclopedia de la revolución" a causa del conocimiento profundo de las doctrinas marxistas y de su aplicación al examen de los problemas económicos, sociales y políticos de Chile. Entregó originales interpretaciones a la luz de aquel método. Brillante elaborador de tesis y buen polemista, tuvo singular desempeño en innumerables reuniones partidarias, en los diferentes niveles de la organización.

A pesar de mi afecto y de nuestro trabajo en común, bastante estrecho, en casi cuatro años, nada supe de su vida privada, familiar. A veces ignoramos lo fundamental de la vida de nuestro mejor amigo y en cambio conocemos en todos sus triviales detalles la de personas muertas hace siglos. Así me ocurrió con Humberto Mendoza. ¿Quién era su esposa? ¿Dejó hijos? ¿Se convirtió al catolicismo, o su familia, pasando por sobre sus convicciones materialistas, ordenó la misa de Monseñor Gilmore? Poseía una escogida y valiosa biblioteca marxista (y en ella ingresó una veintena de libros míos, obsequiados espontáneamente, a raíz de nuestras largas y numerosas jornadas de estudio, de intercambio de opiniones e impresiones, de trabajo socialista, y movido también por mi manía de expresar el afecto y la admiración, el agradecimiento y la simpatía, con buenos libros, único capital del que he dispuesto con cierta cuantía en mi aporreada existencia) y, ahora, se encuentran en las librerías de San Diego, volúmenes de sus colecciones. ¿Por qué fue dispersada tan rápidamente su biblioteca? ¿Acaso sus familiares detestaban esos libros?

Evoco con punzante tristeza a mi amigo y camarada y siento una lacerante congoja ante el paso inexorable del tiempo y de la vida sin haber logrado realizar ninguna de nuestras grandes aspiraciones de bienestar colectivo y de progreso social.

Humberto Mendoza debió fallecer en la noche del 4 de junio, el día aniversario de la esperanzada revolución socialista de 1932. El 4 de junio de 1967 Santiago amaneció completamente nevado, brindando un espectáculo fascinante, inefable. Como si la naturaleza de nuestro amado país le entregara el sudario apropiado al generoso y contradictorio corazón de mi amigo inolvidable.

* * *

La obra literaria de Eugenio González Rojas ha permanecido un tanto silenciada, tal vez por el mismo renombre suyo como educador y político. Llegó a ser un prestigioso y respetado catedrático universitario y ocupó los más altos cargos académicos, incluso el de Rector, en el período de 1963-1968. En el campo de la política se distinguió como dirigente y teórico calificado del Partido Socialista y durante ocho años lo representó en el Senado de la República.

Aquellas actividades interrumpieron su obra literaria; dejó de publicar y, con el correr del tiempo, sus novelas quedaron olvidadas. "Más Afuera", aparecida en 1931, alcanzó un éxito halagador, y figura entre las producciones clásicas del realismo chileno; "Destinos", colección de vigorosos cuentos; y "Noche", novela de análisis sicológico y de costumbres, afirmaron su reputación literaria. He vuelto a leer "Hombres", novela de la lucha política popular. Refleja la rica experiencia del autor en un lapso dramático del proceso social chileno. En ella se aúnan la calidad literaria y la fidelidad documental. Eugenio González estuvo al frente del movimiento universitario en la década del veinte: mantuvo contacto estrecho con los grupos anarquistas; actuó en la "revolución socialista" de 1932 y en la fundación del Partido Socialista, en 1933, organismo de rápido crecimiento en cuyo seno ha figurada con brillo como uno de sus más representativos líderes.

En "Hombres" se describen personajes y sucesos típicos del ambiente político chileno, observados con aguda percepción e implacable lucidez. En su protagonista, Leonardo Vargas, creo reconocer los rasgos de Oscar Schnake Vergara, líder universitario y miembro de la I.W.W. en la década del veinte. Amigo y compañero de Eugenio González, pasó a ser el más brillante y querido jefe del PS entre los años 1933 y 1943. He aquí su retrato: "Algo a la vez ascético y sensual daba carácter al rostro enmarcado por largas melenas, rostro en el que una pensativa y bondadosa mirada anticipaba la cordialidad de su espíritu libre de compromisos, comprensivo hasta el extremo de no sentir el odio. Daba una impresión de paz espiritual, de tranquila pereza, de armonía interior. Al verlo venir, con su andar un poco inseguro, lento y abstraído como deteniéndose ante la sombra de sus propios ensueños, uno sentía la evidencia de una energía secreta que por el hecho mismo de ocultarse era más fecunda...". "Convertido en anarquista militante... llegó a ser pronto el jefe moral de un grupo de estudiantes anarquistas que trabajaba entre los obreros... Ninguno pensaba en sí mismo. Eran sobrios, austeros, abnegados, porque eran fanáticos..."

La peripecia central de "Hombres" es la progresiva desilusión de Leonardo Vargas; la pérdida de su fe y de su optimismo, hasta llegar a su autoeliminación.

Las patéticas líneas en la cuales traza su desmoronamiento espiritual; su desengaño respecto de los hombres; y su quiebra moral, que le conducen al suicidio, son una anticipada y posible explicación del proceso espiritual sufrido por O. Schnake V. en la década del 40, y que le obligó alejarse de la dirección del socialismo y de la política activa.

"...No creía ya en el porvenir ni en sí mismo. No creía en nada. Y debía continuar en la lucha interiormente hastiado y avergonzado de su inútil heroísmo... Había que seguir adelante, simulando la fe perdida, ocultando con palabras enfáticas el vacío del corazón desierto... Él también había confiado en la posibilidad de cambiar la sociedad, la vida y, más que eso, el corazón del hombre. Pero aquello le parecía, ahora, en la cruel lucidez de su desaliento, una ingenuidad de adolescencia. Llenos de vanidad y de soberbia se atribuían una misión grandiosa que ni siquiera comprendían...".

En “Hombres” desfila toda la variada gama de individuos —militantes de la política, y donde se encuentran los mejores y los peores elementos de la sociedad. Al lado del idealista desinteresado, el oportunista detestable; junto al combatiente valeroso, el enredador solapado; próximo al generoso y sincero luchador, el arribista demagogo e interesado. Se codean el héroe anónimo de tantos sucesos sangrientos con el desalmado traidor, agente de la policía; el ególatra intelectualoide, con “una extraña y enfermiza admiración por sí mismo”, con el abnegado y humilde trabajador “por la causa”

Su caracterización de los diversos hombres de partidos alcanza cruel justeza. Por ejemplo, este retrato de un correligionario radical: “Estudiaría hasta obtener su título de abogado y se iniciaría en la política seria, incorporándose al Centro de Propaganda Radical, peldaño del arribismo democrático. Con sus dotes oratorias —perfeccionadas en las tumultuosas asambleas populares— llegaría pronto a ser dirigente. Entraría a una logia masónica donde conocería a personajes conspicuos del país, y figurones de la administración pública. Sería ministro. Y después, ¿por qué no?, presidente de la República”. He aquí el perfil de un agitador comunista: “Podía cambiar el disco este burócrata comunista —dijo Baeza, con rencor. Odiaba a los políticos obreros que, una vez trepados al Parlamento, se convierten, por lo general, en los solapados enemigos de sus antiguos compañeros; y le eran particularmente repulsivos los dirigentes comunistas que repetían con pertinacia de sectarios las consignas que, junto con el sueldo, les mandaban los Jefes de la Internacional. Le parecían más perniciosos para la verdadera revolución que los mismos burgueses. Con su mentalidad cuadrangular y su charlatanería doctrinaria le daban la impresión de una logia de teólogos enemigos de la vida”.

“Hombres” es una buena novela, pero pesimista. “La acción es un deber, un destino, pero nada más. Todos los fines que puede proponerse la voluntad son deformados cuando se logran, por las circunstancias contradictorias de la vida, por el choque imprevisible de sucesos desconocidos. La vida conforme a un plan, el futuro modelado de acuerdo con la razón, el rígido idealismo de la doctrina, absurdo del orgullo humano cuando no fantasías de una impotencia desesperada”.

Las palabras finales de “Hombres” son estas: “Habían luchado, tratando de embriagarse en una acción incesante, quizás para huir de la verdad de sus corazones. Pero llega un momento en que se hace necesario enfrentarse con lo que hay de más íntimo en la propia alma, mirar la vida interior en su patética desnudez, y entonces, nada existe que pueda evitar el derrumbe de los ensueños imposibles, la renuncia, un poco orgullosa, a lo que no nos pertenece, el conocimiento de que es la soledad nuestro reino y nuestro destino”.

* * *

En la URSS a la literatura se la considera uno de los tantos medios, o instrumentos, de la política del Partido Comunista y de los fines del Estado, con el cual se identifica. La lucha de los escritores por conseguir la libertad de creación es heroica, sufren duras persecuciones y encaran procesos humillantes. La cárcel y el confinamiento en las desoladas regiones de Siberia, como en los tiempos de la autocracia zarista, son las sanciones más suaves a su rebeldía...

He vuelto a leer la voluminosa novela inconformista de Vladimir Dudíntsev: “No solo de pan...”. Aparte de su indiscutible valor artístico, es un documento social en cuanto refleja numerosos aspectos sórdidos de la existencia cotidiana soviética y de la agobiadora burocratización del sistema de gobierno. Al dejar en descubierto el enorme poder y los irritantes privilegios de la “nueva clase” provocó la airada reacción de las autoridades y la censura de la obra.

“No solo de pan...” es la odisea de un “inventor privado”, un “individualista”, el profesor Lopatkin, en medio de una sociedad jerárquica y burocrática. Lopatkin defiende su individualidad, su libertad interior, y se enfrenta a la burocracia dominante para imponer la aceptación de una máquina de su invención. A lo largo de sus páginas presenciamos el choque del idealismo y la independencia de Lopatkin con la avidez burguesa de la burocracia y el oportunismo conformista de la mayoría. A pesar de la enorme desigualdad de las condiciones, actúa sin decaer, porque “el que ha aprendido a pensar es siempre libre”. Su contendor más directo es Drosdow, jefe de una fábrica, personificación del alto burócrata privilegiado, pero, al mismo tiempo, tecnócrata eficiente, laborioso y disciplinado, proclive a dejarse llevar por el lado administrativo de las cosas, consciente de su poder y de su superioridad sobre la masa. Su posición la define en estas palabras, claramente opuestas a las aspiraciones del socialismo: “Así debe ser, los bienes de la vida han de repartirse según los casos, cuantitativa y cualitativamente. La igualdad es una cosa peligrosa”. En un diálogo entre Lopatkin y Drosdow, éste le manifiesta: “Eres una figura trágica; representas toda una época que definitivamente pasó a la historia. Eres un héroe, pero eres un individualista...” Y al rechazar su invento, le agrega: “Si se tratara de solucionar cualquier proyecto en este sentido, el Estado lo ordenaría, y nuestros ingenieros, así como sus oficinas colectivas, encontrarían la solución necesaria, y esa solución sería mejor que la tuya, porque siempre se consigue una mejor y más rápida solución de cualquier problema por medio de un esfuerzo colectivo. La colectividad siempre es más genial que cualquier genio individual”.

Resulta sombrío el cuadro de los procedimientos dilatorios de la administración burocrática, de sus trabas, pues “habían trocado el aparato de la máquina estatal en una fortaleza burocrática”; los ministros y altos dirigentes poseen grados militares, con sus respectivas charreteras plateadas, estrellas doradas y condecoraciones (Lopatkin combatió valerosamente en defensa de su patria, y frente a los uniformados y condecorados piensa: “cuando un héroe de verdad alcanza la gloria de su fama, la mayor parte de las veces no lleva condecoraciones sobre su pecho, y, quizás precisamente por ello, sea un verdadero héroe”).

A menudo destaca el contraste profundo entre el nivel de vida alto (buena casa, abundante comida, auto) de los burócratas dirigentes y las condiciones deprimentes de los trabajadores, a veces lindantes con la miseria. Y anota cómo les moscovitas “abrigaban el deseo constante de poseer una vivienda propia, aun cuando los techos tuvieran que ser excesivamente bajos”.

Lopatkin entendía de otra manera el régimen comunista: “En un comunista burgués no he pensado nunca. Todos los que creen que el comunismo ha de traerles magníficos trajes bordados en oro, se equivocan, y el ciudadano que cree esto, solo puede esperar del comunismo una cosa: hartarse. El comunismo terminará con el lujo excesivo que procede de la vida de holganza de los ricos.”

La burocracia defiende sus privilegios y ante ella muere toda crítica. Quien la formule es acusado como “apolítico” o “idealista”. Una frase inapelable liquida todo ciudadano de iniciativa: “es un individualista, un egoísta”, vale decir un elemento dañino. Es el caso de Lopatkin y por eso lo persiguen y tramitan. Se lo hacen ver: “La colectividad te ayuda, te toma bajo su custodia, salvaguarda tus intereses, e incluso te auxilia materialmente. Tú, en cambio, te mantienes al margen de la colectividad, aun cuando siempre estuvimos dispuestas a alargarte la mano”.

Después de innumerables peripecias y trajines, Lopatkin logró imponer su máquina venciendo a las “camarillas de enchufados”. En el día de su triunfo, sus compañeros le aconsejan la compra de una casa de campo, de un auto, de un televisor. Lopatkin les responde: “No solo de pan vive el hombre, cuando es

un hombre de verdad". El hombre de verdad se realiza por el amor, el pensamiento libre y el trabajo creador.

Es explicable la intervención de la censura para exigir la "depuración" de la novela, si el autor deseaba continuar imprimiendo nuevas ediciones, en vista de su demoledor retrato de la burocracia gobernante y de la exaltación victoriosa de un "idealista-individualista".

* * *

André Malraux es uno de mis escritores predilectos. En los años del Frente Popular leí sus novelas "La Condición Humana" y "El tiempo del desprecio" (en esmeradas traducciones del ensayista y catedrático Oscar Vera) y "La Esperanza" (en traducción del fecundo escritor peruano Luis Alberto Sánchez).

Cuando vino a Chile ofreció una conferencia en el Salón de Honor de la Universidad de Chile. Asistí y pude observarle detenidamente. Típica figura de intelectual francés, amplia frente, rostro anguloso, mirada penetrante, nervioso, fumador. En aquella ocasión un grupo de veinte muchachos (de la juventud árabe y algunos trotskistas) le interrumpió lanzando octavillas sobre el problema de Argelia y haciendo estallar un ruidoso petardo, todo lo cual originó mucha confusión y desconcertó a las autoridades universitarias. Intervinieron los carabineros para expulsar a los causantes del desorden. Participé activamente en el tumulto en favor de Malraux, lanzando denuestos en contra del totalitarismo por sus tropelías en Hungría, Polonia... pues creí que los protagonistas eran soviéticos. Me equivoqué. En un francés elemental y horrible grité algunas frases en dirección a Malraux sobre quiénes eran los provocadores. Él se mantuvo muy sereno y se limitó a esperar el restablecimiento del orden. El público entero del Salón de Honor se puso de pie y le tributó un caluroso y prolongado aplauso. Se reanudó el acto y el gran escritor terminó su discurso, recibiendo una nueva demostración de gran simpatía.

Recuerdo su presencia, sus gestos, su voz, mientras inició la lectura de su hermoso libro: "Anti-memorias". (Sur. Buenos Aires, 1968). Al mismo tiempo evocó los personajes principales de sus novelas, de esos héroes revolucionarios de la época entre las dos guerras mundiales. Y después de treinta años de militancia en el movimiento socialista chileno, y de hablar interminablemente sobre la teoría y la revolución, para reducirlas a una rastrera praxis electoral, comprendo y envidio el carácter de aquel personaje de "Los Conquistadores" para quien: "Si la técnica y el gusto de la insurrección le seducían, le exasperaba, en cambio, el fárrago doctrinal. En realidad, era de esos para los que la revolución es, sobre todo, un estado de cosas".

La lectura de sus "Anti-memorias" constituye una fascinante aventura. Dividida en partes con títulos sugerentes, algunos los de sus propias novelas, por tratar asuntos de los mismos escenarios donde aquellas se desarrollan, con una arbitraria disposición cronológica. Trata algunas épocas de su vida azarosa: evocaciones de su padre y de su niñez, su experiencia bélica de 1940, pormenores de su captura por los nazis durante su lucha en la Resistencia, sus relaciones con De Gaulle en su primer gobierno; describe sus viajes y peregrinaciones, en distintas fechas, por Egipto, Adén, Ceylán, India, Singapur, China, y en las posesiones francesas del Caribe: Guadalupe, Martinica y Guayana. El relato de sus viajes adquiere una densidad profunda, porque contiene el examen de la situación social y política de los países visitados, el registro de sus grandes problemas, el retrato soberbio de sus altos dirigentes, el detalle de conversaciones subyugantes y sus observaciones y reflexiones agudas, hondas, originales...

Así las “Anti-memorias” poseen un valor insuperable para comprender las tensiones mundiales y para conocer el pensamiento de algunas de las figuras más extraordinarias de nuestro tiempo, a través de la pluma soberbia de un cronista-pensador, culto, lúcido, sagaz, y artista estupendo. Una tríada de personajes domina el libro de Malraux. Ellos son: De Gaulle, Nehru y Mao. Su retrato de Charles de Gaulle es profundo; emerge en toda su grandeza y en su absorbente pasión por Francia: “France quand même”. Pero tal vez por mi conocimiento bastante amplio de la existencia y del pensamiento del “Grand Charles”, de sus luchas y de sus libros, incluyendo sus notables memorias, despiertan mi mayor curiosidad sus conversaciones con Nehru y Mao.

Traza un análisis detenido del espíritu y la religiosidad de la India; enfoca sus problemas y, a través de sus conversaciones con Nehru, perfila la compleja personalidad de Gandhi. Su retrato de Nehru es admirable. Hace resaltar su honda humanidad, su inteligencia aguda, su simpatía fascinadora. A través de sus conversaciones surge nítidamente formulada su actitud comprensiva hacia la URSS, aunque no comparte la concepción dictatorial totalitaria de su sistema; su juicio perspicaz sobre la situación de Occidente, al cual conoce y admira en muchos aspectos, desde sus estudios en Inglaterra. Las observaciones de Nehru siempre son sagaces. Malraux anota que en un discurso-conversación declaraba: “La mejor política intenta luchar contra la destrucción que la ciencia lleva consigo y contra la violencia que es inherente a la humanidad”. Después de regresar de una velada con Nehru, piensa Malraux en la frase de De Gaulle: “Durante toda mi vida me he formado una idea determinada de Francia...” para agregar este comentario: “Desde Hitler hasta Mao- Tse-tung, ¡cuántas vocaciones nacionales, en este siglo que debería ser el de la Internacional!”.

Para remachar su admiración y afecto por Nehru reproduce parte de su hermoso testamento; y cuando describe su prisión como coronel Berger, de la Resistencia, en 1944, en el sur de Francia, lo hace bajo las palabras de Gandhi-Nehru: “La libertad debe buscarse entre los muros de las prisiones”.

Su enfoque del régimen comunista chino es penetrante y describe con admiración indisimulada toda la trayectoria de Mao y su “gran marcha”. En su retrato del líder chino destaca su inteligencia superior, su firmeza, su heroísmo, su tenacidad. Reproduce esta máxima suya, clave de su victoria final: “El enemigo avanza, nos retiramos. Acampa, lo hostigamos. Rehúsa el combate, atacamos. Se retira, lo perseguimos”.

Es divertido el relato de una entrevista con Chou-En-Lai, inteligente, fino e inescrupuloso diplomático (en Bandung fue una de las “vedettes” y ahí firmó los famosos principios de paz, solidaridad y democracia, pero no mucho después justificaba la invasión del Tíbet y el ataque a la India). Escribe Malraux “Abre los brazos y las manos, viva imagen del inocente que apela a la buena fe universal. ¿Cómo negociar con gente que no respeta los acuerdos? Desolado por tanta perfidia, representa a las maravillas el papel de sabio confuciano frente a la lamentable barbarie de quienes no cumplen con los ritos. Máscara inesperada en su cara de samurái”. Agrega esta observación original: “Observo que cuando un político cínicamente lúcido apela a la virtud, acude a la máscara de sus antecesores: los comunistas que mienten se disfrazan de ortodoxos, los franceses de convencionales, los anglosajones de puritanos”.

El desprecio de los comunistas chinos hacia los comunistas soviéticos es inmenso. Así queda establecido en la diatriba de Mao contra el gordo y parlanchín Nikita. A su juicio, “Kruschev fue pequeño burgués no leninista, que pasó del miedo a la guerra nuclear al miedo a la Revolución... y que el gobierno soviético ya es incapaz de hacer un llamado a las masas porque les tiene miedo”.

Las “Anti-memorias” terminan con su impresionante oración fúnebre de Jean Moulin, héroe de la resistencia, torturado y asesinado por la Gestapo. Evoca su pasado del “maquis”, en la maravillosa caverna de Lascaux; describe en forma conmovedora y patética los sufrimientos y las torturas de hombres, mujeres y niños franceses, en los campos de concentración. Es una de las acusaciones más hondas contra la inhumanidad alemana hitlerista (tan fuerte como la de Hochhuth, en “El Vicario”). Al precisar que la tortura ha existido siempre, desde hace siglos, en cambio no había existido nunca la organización para degradar al hombre: “El infierno no es el horror; el infierno es ser degradado hasta la muerte, tanto cuando llega la muerte como cuando pasa de largo: la terrible abyección de la víctima, la misteriosa abyección del verdugo...”. ¡Es la insondable barbarie en “el tiempo del desprecio!”

Marcuse ¿Trata tan solo de explicar el mundo de hoy o intenta también transformarlo? Breve examen de algunas posiciones marcusianas[64]

A juicio de muchos economistas y sociólogos, en las grandes naciones industriales, de capitalismo organizado, las crisis ya no son inevitables, porque han sido superadas por el perfeccionamiento de los métodos de control y planificación; tampoco ha aumentado la pauperización de la clase trabajadora no obstante persistir una mala distribución de los ingresos; y los peligros de una guerra general no son insuperables, a causa del equilibrio de los arsenales de armas nucleares entre la superpotencia capitalista y la superpotencia comunista; del despertar político de los países subdesarrollados, el tercer mundo; y la influenza moral creciente de una opinión pública mundial. Pero siempre conservan vigencia otros males graves: el aumento de la concentración monopólica, en reemplazo de la competencia, distorsionando el funcionamiento del mecanismo de los precios y retardando el progreso técnico; y la alienación del hombre, cada vez más aguda por la elevación de los objetos materiales a la categoría de amos de la actividad humana.

La contradicción básica del capitalismo, entre el carácter social de la producción y la propiedad privada de los medios de producción, se manifiesta hoy en la subyugación de las actividades positivas del hombre a un mecanismo cuyo movimiento responde solo a la avaricia del capital. Este, después de dominar el trabajo, entró a dominar a otros capitales y, luego, extendió su poder sobre el mercado (el mercado ha pasado a ser el departamento de ventas de un monopolio que manipula los precios e influye sobre la demanda de mercaderías. La ciencia misma, la mente humana, están ahora bajo el dominio del capital). En suma, el capitalismo organizado puede ser capaz de morigerar las crisis, de elevar el nivel de vida de las masas en términos de bienes y servicios de mercado; de evitar las guerras, e incluso de aumentar las potencias productivas; pero amplía y fortalece el poder avasallador del gran capital e intensifica el grado de alienación del hombre.

El breve resumen expuesto incita al manejo de las obras del filósofo germano-norteamericano Herbert Marcuse, analista lúcido e implacable de la sociedad industrial. Su crítica rigurosa ha puesto al desnudo los métodos de dominio y de manipulación de las masas en la “sociedad de consumo”; y la total irracionalidad de la “sociedad industrial”. Pero, por otra parte, ha señalado con extraordinaria fuerza la enorme capacidad de adaptación del capitalismo moderno y, al mismo tiempo, la marcha decidida del comunismo soviético hacia un régimen capitalista, asentado ambos en el más duro despotismo.

[64] OCCIDENTE N°208 julio 1969

Se le ha reprochado a H. Marcuse de ser un pensador preocupado únicamente de explicar el mundo, en circunstancias de plantearse la urgencia de proceder a su transformación. En junio de 1968 el periodista Pierre Viansson-Ponté le preguntó: "¿Solo trata de explicar el mundo en que vivimos o intenta transformarlo?" En su respuesta, a juicio de Marcuse, cualquier explicación verdadera debe conducir a intentar una transformación, pues hay una relación evidente entre la explicación y la transformación. Él no tiene actividad política militante; lleva a cabo la forma normal de acción de un intelectual en los EE. UU., enseña, ofrece conferencias, habla con los estudiantes. Y la tarea de un intelectual es, en primer lugar, una misión de educación radical. Ha cumplido con esa misión. Por lo demás, si en su obra predomina la actitud crítica, denunciando los rasgos negativos de la sociedad industrial, también es visible en ella un espíritu nuevo, creador, llamando al cambio del régimen para establecer una nueva sociedad, en la cual se establezca el dominio del hombre sobre el mecanismo de las cosas; se salvaguarde la integridad del individuo y se extienda una vida decente. Ahí reside la fuerza de su obra, y ahí se encuentra la explicación de su influencia en el movimiento estudiantil de las distintas grandes universidades del mundo. El "poder estudiantil" impugna los fundamentos de la sociedad actual y trata de transformar la universidad del presente, conformista, verdadero bastión del conservantismo, en la sede de un nuevo radicalismo revolucionario. En general, condena el despotismo, y su crítica apunta tanto al capitalismo imperialista como al comunismo totalitario; tanto a las sociedades opulentas como a las sociedades indigentes.

El periodista Serge Mallet hace notar que los temas marcusianos impulsan la rebelión estudiantil, y así denuncian y rechazan el carácter profundamente totalitario de la sociedad industrial; la permanente represión social; la mutilación y nivelamiento de las conciencias; el refrenamiento de las energías, impidiendo y prohibiendo todo lo que tiende a un porvenir diferente del aceptado oficialmente, y ello en provecho de una producción a la vez racionalizada en extremo y completamente irracional por sus derroches, sus destrucciones de riquezas, su ausencia de finalidad humana; la comprobación del fracaso, o de la quiebra, del movimiento obrero, lo cual indica la ausencia de un grupo revolucionario capaz de modificar el sistema y liberar a la sociedad; y su llamado, entonces, a las fuerzas de "subversión intelectual", como última barrera contra la barbarie en ascenso y última reserva de energía revolucionaria.

Hemos leído dos libros de H. Marcuse: "El marxismo soviético" y "El hombre unidimensional", varias entrevistas (de Michel Bosquet, de Pierre Viansson-Ponté, de un equipo de periodistas de "L'Express" ...) y algunos artículos y ensayos sobre su existencia y su obra.

Herbert Marcuse nació en Berlín, en 1898, en el seno de una antigua y culta familia judía, de tendencia liberal (como la de Marx). Ingresó al Partido Socialdemócrata, del cual se retiró en 1919, a raíz del asesinato de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, por la policía del ministro socialista Noske. No adhirió al Partido Comunista en vía de formación, y en 1927 fue director de la revista teórica socialdemócrata "Gesellschaft", conservando su independencia frente al partido. Abandonó Berlín y terminó su tesis de filosofía sobre Hegel, en la Universidad de Friburgo en Brisgau, bajo la dirección de Martin Heidegger. Pasó a integrar la "escuela dialéctica del marxismo europeo", con Karl Korsch y Georg Lukács. Trabajó con Theodor W. Adorno en el "Instituto de Investigaciones sociales" de Fráncfort sobre el Main y, además, con Horkheimer, Pollak y dos jóvenes franceses: Raymond Aron y Georges Friedmann. En seguida, a partir de 1934, se relacionó con las universidades norteamericanas. Primero, con la de Columbia; luego con la de Harvard, en cuyo "Instituto de investigaciones sobre Rusia", llevó a cabo los estudios básicos de su libro "El marxismo soviético". Entre 1945 y 1965 se desempeñó como profesor de filosofía y sociología en la Universidad Brandéis, de Boston. En ese lapso perfeccionó sus concepciones y críticas sobre lo que llamó "el capitalismo de organización" y "la sociedad industrial". Publicó sus dos libros capitales: "Eros y la

civilización" (Boston, 1955), donde persigue la reconciliación del marxismo y del pensamiento freudiano; y "El hombre unidimensional" (Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzado), Boston, 1964.

Se trasladó a la Universidad de California, en San Diego, en 1966, en las orillas del Pacífico, donde reside en la actualidad. Herbert Marcuse posee una típica formación universitaria alemana, y una extraordinaria capacidad de investigación; domina el alemán, inglés, francés y ruso, y comprende el castellano.

Varios críticos de la obra de H. Marcuse relacionan su espíritu un tanto amargo y, a veces, pesimista, con la experiencia decepcionante del filósofo su juventud, estudiosa y activa. Se formó en medio del formidable empuje liberador desencadenado por la derrota del II Reich, la revolución rusa y su eco espartaquista en Alemania, y la revolución surrealista. Pero en el espacio, de decenio, el fracaso de las revoluciones desvió el amplio movimiento popular y el anhelo general de libertad hacia los dos más crueles sistemas, enemigos pero semejantes en cuanto a su primitivismo bárbaro: el nazismo y el estalinismo. ¿Por qué el país más industrializado de Europa domesticó la revolución obrera y se encaminó hacia el movimiento más estúpidamente sanguinario de la historia moderna? ¿Por qué la industrialización soviética, después de la más entusiasta y prometedora explosión de libertad popular, hubo de avanzar a la par con el desarrollo de un nuevo y feroz despotismo? La Segunda Guerra Mundial abatió al tercer Reich, pero no puso término a la crueldad soviética, y, por otro lado, envolvió a los EE. UU., a través del macartismo en un ambiente de neonazismo. Tales contradicciones llevan a H. Marcuse a su crítica de la "sociedad industrial y tecnocrática" tanto en su aspecto de "capitalismo organizado", como en su modalidad comunista soviética. En estos últimos decenios se han reunido todas las condiciones materiales para ordenar y pacificar la existencia, es decir, suprimir la guerra, la crueldad, la estupidez, la fealdad y la opresión. Desde un punto de vista económico y técnico es posible instaurar la libertad. La automatización permitiría abolir el trabajo embrutecedor en beneficio del tiempo libre. El desarrollo de las fuerzas productivas exige, en forma objetiva, la abolición del capitalismo y de sus valores caducos. Por eso la sociedad opresiva, para mantenerse con sus privilegios minoritarios, actúa para impedir que los hombres tomen conciencia de su posible liberación y acepten como algo natural la perpetuidad de la dominación imperante y de la cual son objeto. ¿Cómo lo hace? Por el acondicionamiento y la manipulación de las conciencias: libertad administrada y democracia limitada; perpetuación de la inseguridad, el temor, el desvirtuamiento del consumo, la educación dirigida, con una actividad técnica cuya ideología, tal cual se enseña en la universidad, le impide y le prohíbe toda posibilidad de crítica, de rechazo, de evasión. La sociedad tecnocrática exalta todos los deseos de los individuos, pero los desvía de su fin u objetivo liberador, y los pone al servicio del proceso de producción, asignándole satisfacciones banales y venales. La mercantilización de las satisfacciones y la represión de las necesidades profundas van a la par. El aparato de producción se hace totalitario y él determina las actitudes y las satisfacciones al mismo tiempo que las aspiraciones y las necesidades individuales. De tal modo, la industria amasa enormes beneficios con su sistema de dominio absoluto. En una palabra, la alienación se extiende y perpetúa, mientras las técnicas de dominación logran privarla de la conciencia de ella misma. La propia revolución socialista, en esas condiciones, no bastaría para liberar a los hombres, porque su conciencia se encuentra tan hondamente mutilada que ellos llegan a ser incapaces de negar las necesidades exaltadas y los objetivos impuestos por la sociedad represiva. Por otra parte, la revolución socialista clásica no es concebible por cuanto la clase obrera misma se ha integrado al sistema de necesidades, en lugar de ser su negación.

A juicio de H. Marcuse las llamadas sociedades socialistas no son cualitativamente diferentes de las sociedades capitalistas. Dejan subsistir una forma de dominación en lugar de otra, y nada más. Una sociedad socialista auténtica debe basarse en una verdadera cooperación, en una verdadera solidaridad,

con un nuevo tipo humano, desalienado. Marcuse cree en la posibilidad de instaurar una genuina sociedad socialista, sin pasar por un período estaliniano, en donde se estructure "una forma de vida que... ponga realmente los instintos de agresión al servicio de los instintos de vida y eduque a las generaciones jóvenes para la vida y no para la muerte". Al parecer Cuba se encamina hacia allá y, precisamente, el Che Guevara era y es el símbolo del hombre socialista, muy alejado de los burócratas estalinianos.

Al preguntársele si creía en la posibilidad de crear una sociedad libre, respondió: "Soy optimista porque creo que jamás en la historia de la humanidad han existido en tal grado los recursos necesarios para crear una sociedad libre. Soy pesimista porque creo que las sociedades establecidas, en particular la capitalista, se han organizado y movilizado en su totalidad contra esta posibilidad".

Precisamente la guerra del Vietnam ha sido para él una prueba aterradora de que el sistema capitalista "aun en su forma más avanzada, conserva una indomable voluntad de dominio y de destrucción", aunque, al mismo tiempo, ha demostrado cómo su poder tiene un límite, "que el hombre puede desafiar el sistema". La inmensa fuerza de los EE. UU. no ha conseguido aplastar al vietcong, y "esta es la novedad más rica del potencial revolucionario de los últimos años".

En cuanto a la rebelión de la juventud norteamericana no se calmaría con una retirada de Vietnam, porque su protesta no abarca solo la política militar del gobierno, "hay una rebelión cada vez más masiva y difundida contra las contradicciones de una sociedad que por una parte alienta artificialmente el consumo inútil y por otra no sabe atender a las necesidades más elementales de grandes estratos de la población humana". Su rebelión no es contra una sociedad pobre, sino contra una sociedad rica, bien organizada en su lujo y su derroche, mientras el veinticinco por ciento de la población vive en la pobreza y en los guetos; "la rebelión no está dirigida contra las desgracias que provoca esa sociedad, sino contra sus beneficios" (es un fenómeno propio de la "sociedad de la abundancia", de las sociedades opulentas).

Por otra parte, los jóvenes europeos ven con recelo la convergencia del capitalismo y el comunismo hacia una común sociedad tecnológica. El comunismo mismo se está quebrando en dos sectores: de una parte, los países del comunismo industrializado, el comunismo rico; y, de otra parte, los países del comunismo pobre, temido tanto por los comunistas ricos como por los capitalistas.

El comunismo rico, con su sociedad industrial, solo se preocupa de mantener sus zonas de influencias y de competir con los EE. UU., cometiendo atropellos vituperables. Como ocurrió recientemente en Checoslovaquia, y como antes lo hiciera en Alemania Oriental, Polonia y Hungría. Declara Marcuse: "La invasión de Checoslovaquia es uno de los actos más reprobables de la historia del socialismo. Es la expresión brutal de la política de poderío practicada desde hace mucho tiempo por la URSS, en competencia política y económica con el capitalismo. Creo que muchas de las cosas reprobables que se producen en los países comunistas son el resultado de la coexistencia competitiva con el capitalismo, mientras que la miseria sigue reinando en las naciones comunistas".

Respecto del poder estudiantil, recuerda que en todas partes la gran masa de los estudiantes es conservadora, o indiferente, e incluso reaccionaria. Por consiguiente, un "poder estudiantil", si fuera democrático, sería conservador, reaccionario. Ante la pregunta: "¿qué papel les atribuye a los estudiantes?", manifestó: "Son minorías militantes que pueden articular las necesidades y las aspiraciones de las masas silenciosas. Pero, por sí mismas, no son revolucionarias ni nadie lo dice. Los estudiantes lo saben muy bien". Su papel es de portavoces y reveladores.

De todos modos, respecto de los movimientos estudiantiles, H. Marcuse declaró su solidaridad. En el libro "La imaginación al poder", publicado en 1968, se reprodujeron estas opiniones: "Creo que los estudiantes se rebelan contra todo nuestro modo de vida, que ellos rechazan las ventajas de esta sociedad tanto como sus males y que aspiran a un modo de vida radicalmente nuevo: a un mundo donde la competencia, la lucha de los individuos unos contra otros, el engaño, la crueldad y la masacre ya no tengan razón de ser... Los estudiantes ven en el Che Guevara, en Fidel Castro, en Ho Chi Minh figuras simbólicas que encarnan no solo la posibilidad de un nuevo camino hacia el socialismo, sino también un nuevo socialismo exento de los métodos estalinistas... Si son violentos es porque están desesperados. Y la desesperación puede ser el motor de una acción política eficaz..." (Declaraciones a Michel Bosquet, en junio de 1968).

Por otra parte, la comprobación de H. Marcuse de la conservatización de la clase obrera, por su integración a la sociedad de consumo, y el traslado del espíritu revolucionario a los sectores marginados de ella, en especial los estudiantes, se ilustra y refuerza por las observaciones de los grandes dirigentes de la insurrección universitaria de París.

En el diálogo entre Jean Paul Sartre y Daniel Cohn-Bendit, en el libro "La imaginación al poder", este último expresa: "Para mí, no se trata de hacer metafísica, ni de indagar cómo habrá que realizar la revolución. Ya he dicho que creo que vamos más bien hacia un cambio perpetuo de la sociedad, provocado, en cada etapa, por acciones revolucionarias…"

Al examinar lo sucedido en las dos semanas de lucha del estudiantado francés, cree que ella ha constituido una refutación de la teoría de "las vanguardias revolucionarias" (concepción leninista) consideradas como las fuerzas dirigentes de un movimiento popular. Ninguna de las vanguardias pudo tomar la dirección del movimiento. Y afirma: "Es el punto esencial. Sirve para destacar que es necesario abandonar la teoría de "la vanguardia dirigente" para adoptar —aquella más simple y honrada— de "la minoría activa" que desempeña el papel de un fermento permanente, impulsando a la acción sin pretender la dirección. En efecto, aunque nadie quiera admitirlo, el partido bolchevique no dirigió la revolución rusa. Fue empujado por las masas. Pudo elaborar su teoría en la marcha, dar ciertos impulsos hacia un lado o hacia otro, pero no desencadenó, solo, un movimiento que fue en su mayor parte espontáneo. En determinada situación objetiva —con la ayuda de una minoría activa— la espontaneidad retoma su lugar en el movimiento social. Es ella la que promueve el avance, y no las órdenes de un grupo dirigente". El anti- leninismo del sector más avanzado de la rebelión es notable. A su teoría de la vanguardia revolucionaria le oponen el de la "minoría activa", en tanto Lenin proclamaba: "sin teoría revolucionaria no hay acción revolucionaria", una de las consignas juveniles decía "no hay pensamiento revolucionario. Hay actos revolucionarios". Sin duda es el rechazo a la burocratización de los partidos marxistas clásicos, tradicionales; y al verbalismo revolucionario inoperante.

Según H. Marcuse, el fermento de oposición de los jóvenes, siendo poderoso, no está en condiciones de cambiar la dirección de la sociedad industrial avanzada. Su rebelión, entonces, debe conducir a la creación de una fuerza revolucionaria; no puede quedar en la pura espontaneidad. A pesar de la conservación de amplios sectores de la clase obrera, no puede "imaginar una revolución sin la clase obrera". Las élites revolucionarias estudiantiles deben hacer alianzas con el proletariado pobre de sus naciones y con los explotados y perseguidos de otras razas y color, con los movimientos del tercer mundo. Aunque aplaude el fermento de anarquía existente en el movimiento juvenil, en cuanto fuerza poderosa y progresista, antiburocrático y anticonformista, estima indispensable una nueva organización, flexible y dinámica. La anarquía en el movimiento revolucionario del siglo XX "significa que los estudiantes han comprobado la

rigidez de las organizaciones políticas tradicionales, su petrificación, el que ellas hayan prácticamente asfixiado todo impulso revolucionario. La revolución, en consecuencia, se expresa al margen de estas organizaciones en forma espontánea. Aunque la espontaneidad no sea suficiente. Es indispensable también una organización. Pero una organización de nuevo tipo, muy flexible, que no imponga principios rigurosos, que sea permeable al movimiento y a las iniciativas. Una organización sin los "jefes" de los antiguos partidos o agrupaciones políticas..."

Para combatir contra una sociedad movilizada y organizada en su totalidad contra todo movimiento revolucionario, contra toda oposición efectiva, con una concentrada fuerza militar y policial, se necesita una organización revolucionaria eficaz, heroica, inflexible, enlazada con las masas marginales y oprimidas, y alejada de cualquier negociación con el estatus.

H. Marcuse es un marxista independiente. Por una parte, ha combatido la burocratización del marxismo y, por otra parte, ha reivindicado lo permanente y valioso del pensamiento de Marx. En su empresa contra la "reificación" del marxismo (o sea, su "cosificación", entendida como la acción de convertir algo en cosa, de concebir algo por analogía con la naturaleza y estructura de las cosas), asume una posición "revisionista", apoyándose en el joven Marx, de los "Manuscritos económicos-filosóficos", de 1844, y donde descubrió la alienación de los hombres en mercaderías. Por otro lado, se afirmó en Freud, para quién "la historia del hombre es la de su represión", y forjador del sicoanálisis para liberarlo de ella.

A la luz del marxismo y del freudismo Marcuse señaló que la sociedad contemporánea (capitalista y comunista) es una sociedad represiva en todos sus aspectos, donde incluso la prosperidad, la pretendida libertad política y moral y el confort, son utilizados con fines represivos. Únicamente la revolución cambiaría tal situación, pero una revolución que postule "la emergencia de un nuevo tipo de hombre, con necesidades y aspiraciones cualitativamente diferentes de las necesidades y aspiraciones agresivas y represivas de las sociedades establecidas.

Es cierto que la clase obrera comparte hoy las necesidades y aspiraciones de la clase dominante. Y que, sin una ruptura con el contenido actual de las necesidades, la revolución no es "imaginable". Y el hombre, ¿puede ser libre creyendo en la existencia de Dios? A juicio de H. Marcuse "la liberación del hombre no depende ni de Dios ni de su no existencia. No fue la idea de Dios lo que ha sido un obstáculo para la liberación del hombre, sino el uso que se ha hecho de la idea de Dios... Desde sus comienzos la religión fue aliada de los grupos dirigentes de la sociedad. En lo que se refiere al cristianismo, eso no fue inmediato, pero, así y todo, muy prematuro".

La revolución posee un nuevo espíritu. Ha de contener aventura: "Guevara no era solamente la aventura. Era la alianza entre la aventura y la política revolucionaria. Si la revolución no contiene un elemento de aventurerismo, no vale nada. El resto es el orden, los sindicatos C.G.T., la socialdemocracia, el establishment. La aventura ha ido siempre más allá…"

Al definir la sociedad socialista, en su esencia espiritual, Marcuse expresa: "No existe una sociedad libre sin silencio, sin el espacio mental y exterior de la soledad en la cual puede desarrollarse la libertad individual. Si no hay vida privada ni autonomía, ni silencio, ni soledad en una sociedad socialista, es algo muy simple: no es una sociedad socialista

¿Será posible la realización del socialismo? ¿No contendrá, acaso, demasiado utopismo, dada la deleznable condición humana?

En 1906, en Francia, a raíz de las huelgas de abril-mayo, reprimidas con dureza por el ministro radical, pronunció un discurso polémico Georges Clemenceau, el 13 de junio, rebatiendo las acusaciones de Jean Jaurès, "honor de la tribuna francesa", y censurando su idealismo utópico. Le dice: "vous avez le pouvoir magique d'évoquer de votre baguette, des palais de féerie", para, en seguida, abarcar su construcción dialéctica, con estas frases : "Amphion, modestement aux accents de sa lyre, élevait les murs de Thèbes ; à la voix de M. Jaurès, un miracle plus grand s'accomplit : il parle et toute l' organisation séculaire des sociétés humaines s'écroule, soudainement... Tout ce que l'homme a pensé, voulu, réalisé pour améliorer son sort, pour amener un commencement de justice sociale, tout ce qu'il a souffert par le sang et par le fer, depuis qu'il s'est élancé de ses cavernes á a la conquête de la planète, toutes ses victoires tout cela se ressoude en poussière s'envole en fumée, et si vous suivez cette fumée, dans les airs, vous la voyez s'étayer en palais somptueux et brillants d'où toute misère est bannie. C'est le mal social, éliminé de l'œuvre de la Genèse ce mal qui Jéhovah lui-même n'avait pu enlever ; il ne vous restera plus que les maux de notre condition humaine et je vous le jure, ce sera assez".

Notas sobre Simón Rodríguez, maestro del libertador[65]

Simón Carreño Rodríguez nació en 1771 y era hijo legítimo de Cayetano Carreño y Rosalía Rodríguez, pero siempre se firmó caprichosamente Simón Narciso Rodríguez. Fue un auténtico e incansable educador. En Caracas dirigió su primera escuela desde el 19 de mayo de 1791. Al mismo tiempo se desempeñó como profesor particular del niño Simón Bolívar Palacios, durante algunos años, y ejerció una fuerte influencia en su discípulo. El Libertador proclamó siempre que Simón Rodríguez fue su verdadero maestro. El 13 de julio de 1797 se descubrió una conspiración para deponer al Capitán General y cambiar el sistema de gobierno. Simón Rodríguez era el presidente de una junta secreta de conspiradores, por lo cual se alejó del país y se ocultó con el pseudónimo de Samuel Robinson. Pasó a Jamaica y, luego, permaneció tres años en Baltimore, donde trabajó como cajista de imprenta. Se embarcó para Europa y en 1800 desembarcó en Cádiz; siguió a Francia y enseñó Castellano en París. Aquí se reunió con Bolívar, en 1804, cuando Napoleón se proclamó Emperador. Prosiguió su intercambio intelectual con Bolívar, y según el testimonio de O'Leary, le recomendó a su discípulo la lectura de los filósofos materialistas y racionalistas, como Helvecio, Holbach y Hume. Viajaron a Italia y en el Monte Sacro, frente a Roma, Bolívar juró consagrarse a la lucha por la emancipación de América.

Mientras el futuro Libertador regresaba a su país, Simón Rodríguez viajó durante un cuarto de siglo por Italia, Alemania, Prusia, Polonia, Rusia e Inglaterra. Se hizo poliglota y a principios de 1832 volvió a Colombia para "emprender una educación popular". Estuvo en Bogotá, Guayaquil, Lima, hasta que se reunió con Bolívar, y éste lo nombró director e Inspector General de Instrucción Pública y Beneficencia. Juntos visitaron el Alto Perú, y cuando Bolívar abandonó la zona, Simón Rodríguez se quedó organizando una escuela modelo. En Arequipa publicó Sociedades Americanas en 1828. Decidió dirigirse a Chile. En una carta de don Joaquín Campino a don Manuel de Salas, fechada en Lima, a 4 de marzo de 1833, se refiere a él en este párrafo: "Don Simón Rodríguez es verdaderamente un hombre singular, y por lo mismo (aun prescindiendo de su falta de paciencia y de constancia) me parece que tiene muy poca analogía con el resto de los hombres, lo que debe hacerle poco apto para acomodarse a ellos y a su inteligencia, requisitos que parecen calidades indispensables para la enseñanza. Sin embargo, yo creo siempre útil su ida a Chile. El oír solo a hombres de talento es un estímulo a la inteligencia; y no hay en Chile, principalmente en Concepción, para adónde va destinado, un estímulo que sea más necesario" ... (Insertada por don Miguel

[65] OCCIDENTE N°209 agosto 1969

L. Amunátegui en su biografía sobre Manuel de Salas). Llegó a Chile en 1834 y se domicilió en Concepción, donde fue apoyado por el Intendente don José Antonio Alemparte, organizó un colegio y reimprimió su obra Las sociedades americanas en 1828. Mantuvo amistad con el educador francés Ambrosio Lozier, refugiado en Arauco después de su fracaso en la rectoría del Instituto Nacional.

Le sorprendió el terremoto de 1835 y por encargo de la Intendencia de la provincia, en colaboración con Lozier y Arteaga, presentó un informe acerca de "La ciudad de Concepción y sus cercanías después del terremoto del 20 de febrero de 1835". En 1836 se empleó en las fincas de don Bernardino Pradel, y cultivó trigo y aserró maderas. Más tarde se instaló en Valparaíso donde fabricó velas de sebo y estableció una escuela en el barrio Almendral. Ayudó a rescatar los tripulantes y pasajeros de un barco destrozado en los arrecifes del Toro, y, a raíz de tal suceso, trabó amistad con el profesor belga de lenguas clásicas Antonio Vendel-Heyl. En 1840 publicó su Tratado de las luces y las virtudes sociales. Con el título de "Partidos" publicó once artículos en "El Mercurio". En seguida se fue al Ecuador y deambuló entre ese país y el Perú, y publicó nuevos trabajos. En esa época, en Ecuador, tuvo su experiencia en Latacunga, a raíz de la cual escribió sus Consejos de amigo dados al colegio de Latacunga, curiosa exposición de sus ideas pedagógicas.

En la casa de una familia amiga, en Guayaquil, guardaba sus manuscritos; un incendio los consumió y, entre ellos, su Tratado sobre la enseñanza en general, al cual aludió en sus Consejos de amigos, dados al colegio de Latacunga. Falleció el 28 de febrero de 1854.

El pensamiento educacional de Simón Rodríguez es de mucho interés, porque posee un talento original y vigoroso, y por ser un viajero empedernido, observador y sagaz. Sus obras son de lectura difícil por su manera arbitraria de presentarlas. Un desbarajuste gráfico proveniente de la morfología atípica de sus escritos hace cansadora su consulta: menudean las desigualdades, tanto en el tamaño de la letra como en el número de renglones, cortados al azar, uso y abuso de diversos tipos en un mismo párrafo. ¿A qué se deben esos verdaderos trastornos del lenguaje escrito? El investigador Arturo Guevara escribe: "Es bien sabido que Simón Rodríguez fue un caso clínico de sicosis crónica. Por ese motivo, en su sicobiografía escribimos lo siguiente: en la constitución paranoica del personaje tienen origen sus dilogías gráficas tan manifiestas que al primer golpe de vista sorprenden al lector" ...

A raíz de la Independencia se sustituyó en parte la enseñanza religiosa y escolástica a la española por la enseñanza liberal a la francesa, pero siempre continuó siendo inactual, inadecuada al medio y a sus necesidades reales. Si se extiende la escuela laica, siempre predomina su contenido libresco, abstracto. Pues bien, Simón Rodríguez se levantó contra la escuela libresca tradicional y en su obra "Sociedades americanas en 1828", propone crear casas-escuelas, talleres, para recoger los niños y enseñarles un oficio, a fin de "colonizar el país con sus propios habitantes". Su objeto es "la economía social con una educación popular reduciendo la disciplina propia de la economía, a dos principios: destinación a ejercicios útiles y aspiración fundada a la propiedad". Quiere que cada niño salga con un oficio: artesano, agricultor...; y a los gobernantes de su tiempo les pide que "pongan los ojos en los niños pobres... en éstos está la industria que piden, la riqueza que desean, la milicia que necesitan, en una palabra: la Patria". O sea, procura la instauración de una educación realista y eficiente para el trabajo y para el progreso social.

Para Simón Rodríguez existe la obligación de enseñar y el gobierno debe ser maestro: "Generalizar la instrucción y asumir el gobierno las funciones de padre común en la educación es una necesidad que se manifiesta en nuestro siglo como se ha manifestado la necesidad de la vacuna". El Estado posee la obligación de dirigir la enseñanza, porque la iniciativa particular jamás puede atender las demandas

educacionales y, sobre todo, porque es indispensable asegurar la organización de la comunidad alrededor de un mismo plan general de vida. A su entender la educación debe definir una filosofía de la vida, dar un sentido a la existencia y habilitar para la vida. La educación debe propender a la implantación de los ideales de libertad, justicia, solidaridad social y nueva moral. Debe preparar para el goce de la ciudadanía, como resumen de lo mejor de la condición humana, a través de cuatro especies de conocimientos: el saber social, sin el cual no hay nociones prudentes; el saber corporal, que permite constituir pueblos robustos y sanos; el saber técnico, que hace a los individuos expertos en algún oficio y capaces de ganarse en forma decorosa la vida, y contribuyendo a un mejor bienestar; y el saber científico, que permite pensar correcta y objetivamente.

Simón Rodríguez daba una importancia decisiva a la enseñanza primaria, y la formación social y ética son las verdaderas funciones matrices de la escuela primaria. En sus "Consejos de amigo dados al Colegio de Latacunga", escribe que la importancia de la primera escuela es determinante, porque el buen éxito de todas las carreras depende casi siempre de los pasos iniciales que se dan en ella, por eso "los gobiernos liberales sea cual fuere su denominación deben ver en la primera escuela el fundamento del saber y la palanca del primer género con que han de levantar los pueblos al grado de civilización que pide el siglo", y agrega, "el objeto de la instrucción es la sociabilidad y de la sociabilidad es hacer menos penosa la vida". Por tal motivo, el maestro es irreemplazable y su labor muy delicada, y entonces "la enseñanza mutua es un disparate" y Lancáster la inventó "para hacer aprender la Biblia de memoria". Los muchachos van a la escuela... "a aprender, no a enseñar ni a ayudar a enseñar".

Es un fervoroso defensor de la implantación de la enseñanza de la física, química e historia natural. Había trabajado en Europa en laboratorios de Química y de Física, y en el jardín de Plantas, de París, y de esa rica experiencia fluía su interés por implantar la enseñanza de las ciencias exactas y de observación, para conocer la naturaleza; las cosas, los fenómenos; y, luego, mejorar el cultivo de la tierra, desarrollar la industria, de la cual vienen los objetos durables.

Al señalar la importancia del estudio de la historia natural no solo se conoce la naturaleza, sus accidentes y fenómenos, también les abre a los jóvenes muchas carreras: "con latín, leyes y teología no ganarán de qué subsistir, o subsistirán entre privaciones y escaseces". Con conocimientos en historia natural, apoyados en los de Física y Química, serían agricultores instruidos; conocerían los métodos más útiles que el oro y plata, como el hierro, plomo, estaño, cobre, zinc, manganeso, platino y otros: y desarrollarían las artes mecánicas, los talleres, las manufacturas.

Refuerza sus consideraciones expuestas con otras en favor del maestro, quién "debe contar con una renta que le asegure una decente subsistencia y en que pueda hacer ahorros, para sus enfermedades y para la vejez". En igual forma, la enseñanza debe alojarse en "edificios decentes, surtidos de todo lo necesario, para enseñar con facilidad y perfección". Para reunir fondos bastantes con que generalizar la enseñanza, propone crear una renta a base "de una contribución directa, de un real anual por persona, sin excepción de sexos, estados ni condiciones". Y para recibirlo propone una instrucción impresa "sobre las ventajas que sacan los contribuyentes, y sobre las que resultan de la instrucción primaria, como la propongo, y sean los curas los recaudadores de la contribución". O sea, un procedimiento escogido más tarde por Sarmiento.

Reitera sus ataques al latín, cuya enseñanza encuentra inútil: el latín "murió con los romanos, por más que hagan los latinistas no lo resucitan". En cambio, propicia la extensión de la enseñanza del castellano y la implantación del estudio del quichua. (Se encontraba en Ecuador, después de vivir largos períodos en Perú

y Bolivia, países poblados por millones de indígenas). Era absurdo quemarse las pestañas en aprender latín, "¿para hablar con quién será?, mientras vivimos en medio, o en contacto con multitud de indios, y no los entendemos porque no conocemos su lengua. Ellos hablan bien su lengua, y nosotros ni la de ellos ni la nuestra. Se refiere en forma detallada a lo mal que se habla el castellano: enumera los barbarismos y solecismos empleados en las conversaciones de los jóvenes; reúne una enormidad de expresiones incorrectas, viciosas, comunes en el pueblo, todo lo cual transforma en jerga casi ininteligible el idioma. Por tal razón, implantar cátedras de castellano y, en los países indicados, también de quichua. Y de la misma manera crear cátedras de física, química e historia natural, en vez de Teología y Derecho.[66]

Simón Rodríguez, extraño personaje venezolano-americano, permaneció varios años en Chile, donde esparció su inquietud educacional y cultivó la amistad de altos representantes de su cultura. Como tantos otros ilustres ciudadanos de América ha quedado incorporado a nuestra historia, y por ello merece un estudio detenido de sus actividades y de su obra en el país.

Valentín Letelier y la enseñanza chilena[67]

En los escritos de Valentín Letelier se encuentra el registro de conceptos pedagógicos modernos, sólidamente elaborados, en torno a cada uno de los grandes problemas de la educación. A juicio del escritor y catedrático Roberto Munizaga A., el autor de "Filosofía de la educación" es el único sociólogo que ha pensado orgánicamente los diversos problemas educacionales de Chile y sus ideas constituyen el intento más serio para elaborar un cuerpo de doctrinas pedagógicas como fundamento a la organización y a la acción de las escuelas de todas clases. Trató los asuntos pedagógicos con amplitud y sistema superiores a don Andrés Bello y Domingo F. Sarmiento, porque es un espíritu universal; adhiere a las grandes líneas de una filosofía orgánica; establece las bases de una política educacional y, correlativamente, expone el conjunto de los detalles de un sistema educacional. Por todo lo dicho, Valentín Letelier constituye un valor excepcional en el campo filosófico, sociológico y docente de Chile.[68]

I

Valentín Letelier Madariaga nació en Linares el 16 de diciembre de 1852 y falleció en Santiago el 20 de junio de 1919. Descendía de franceses, llegados a principios del siglo XVIII, y de vascos. Ingresó al Instituto Nacional en 1867, cuando quedó a firme la modernización de planes, programas y métodos, y de su régimen interno, llevada a cabo por su rector, don Diego Barros Arana, a partir de 1863. Permaneció en el tradicional establecimiento hasta su bachillerato y tuvo un cuerpo de profesores ilustres: Diego Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui, Ramón Briseño, Rodulfo Armando Philippi, Enrique Ballacey, Justo Florián Lobeck y Baldomero Pizarro.

---

[66] "Consejos de amigo dados al Colegio de Latacunga", por Simón Rodríguez. Introducción y notas de Arturo Guevara. Caracas, 1955. El autor es un especialista en investigaciones sobre Simón Rodríguez y Simón Bolívar. Sobre el primero publicó en 1954, "Espejo de Justicia", esbozo siquiátrico-social del filósofo. Y sobre el segundo publicó "Historia clínica del libertador. Estudio noseológico y sicobiográfico de Bolívar", en 1948.

[67] OCCCIDENTE N°211 octubre 1969

[68] Roberto Munizaga Aguirre ha dedicado varios estudios a la obra del ilustre pensador, como "Algunos grandes temas de la filosofía educacional de don Valentín Letelier", 1943; "Letelier y nuestra tradición pedagógica", 1952, (conferencia dictada en el Museo Pedagógico de Chile); "Letelier y la educación primaria", 1952, (conferencia dada en la Escuela José Abelardo Núñez).

En 1872 se incorpora a la Escuela de Derecho y aprovechando una disposición transitoria que permitía reducir a tres los cinco años de estudios de la carrera de abogado, recibió su título a comienzos de 1875. Su tesis de grado versó sobre "El poder Municipal o la descentralización administrativa".

Como estudiante universitario participó en las ardientes y enconadas luchas ideológicas entre el conservantismo y el liberalismo, sobre todo en torno a las llamadas "cuestiones teológicas, y al "estado docente". Asimismo, formó en el círculo de los jóvenes positivistas, presidido por Jorge Lagarrigue, donde inició su estudio de las obras de Augusto Comte y de Emile Littré, y también asistió a la "Academia Literaria", fundada por Lastarria. En su futura actividad profesional tuvo mucha influencia el proceder sectario del Partido Conservador en los asuntos educacionales.

EL CATOLICISMO Y EL CONSERVANTISMO ATACAN EL "ESTADO DOCENTE"

En 1872 estalló la lucha entre la enseñanza del Estado, representada por el Instituto Nacional y su rector Diego Barros Arana y la enseñanza confesional, personificada por Abdón Cifuentes, ocasional ministro de Educación. En el fondo fue el desenlace de la fuerte resistencia del elemento conservador-clerical al avance del liberalismo, el que se reagrupó en el ultramontanismo surgido a raíz de la posición laica de Montt-Varas, y se reforzó aprovechando el oportunismo político de la fusión liberal-conservadora, opositora a Montt-Varas. El pensamiento conservador-católico escolástico tuvo su momento de poderío político y lo aprovechó en el acto para asestar un golpe a la enseñanza liberal. Por decreto del 15 de enero de 1872, estableció la libertad de enseñanza, es decir suspendió todo control estatal sobre los colegios particulares, les dejó atribuciones para trazar sus propios planes de estudios y les confirió el derecho a tomar sus exámenes y otorgar promociones, títulos y grados. El decreto desató una ola de abusos e inmoralidades y contra él se alzó don Diego Barros Arana, a quien destituyó el ministro. El decreto traducía la concepción teórica del Partido Conservador en materia educacional. Sus principios, de acuerdo con las palabras de don Luis Galdames, eran los siguientes: "En el seno del Partido Conservador, adicto a la iglesia, se asentó como principio doctrinario la "libertad de enseñanza". Conforme a este principio, debía permitirse a cualquiera persona hacer los estudios que más le agradasen, dónde y cuándo le viniese en deseo, y obtener así los grados académicos correspondientes para optar a los títulos de las profesiones superiores. Cualquiera persona podría abrir y sostener un colegio, enseñar en él lo que le pareciese, salvo, queda entendido, cuanto contrariase a la moral y al orden público, y otorgar certificados de exámenes, de estudios y competencia. Esta libertad docente y profesional era como una derivación y complemento de las libertades económicas, relativas al comercio y al trabajo, que integraban el programa del partido. En todo, la libre concurrencia haría triunfar a los mejores. En el hecho, esos propósitos tendían a restringir, si no a abrogar, las atribuciones conferidas a la Universidad para ejercer el control de los estudios en los colegios privados, por medio de los exámenes anuales que se tomaban a los alumnos. Suprimido ese control, la Universidad no tendría para qué intervenir en el otorgamiento de grados académicos y de títulos profesionales, a menos que se limitase a reconocer la suficiencia de los estudios cursados en otras aulas cualesquiera que fuesen su extensión y su mérito. Tendían además esos propósitos a favorecer los colegios de las congregaciones religiosas, que eran casi los únicos representantes de la enseñanza particular en el país y las que aspiraban a eximirse de aquella fiscalización, a fin de organizar sus planes como más le conviniese y dar validez universitaria a las pruebas tomadas por sus propios profesores. La cuestión así planteada tenía un alcance mucho mayor que la simple libertad de estudios, la cual no se desconocía ni se negaba; era, lisa y llanamente, la libertad de conceder los títulos necesarios para el ejercicio de las profesiones superiores; era la abolición del Estado docente.

“Por otra parte, la mayor hostilidad contra la enseñanza de las ciencias físicas y naturales había partido siempre de los miembros del clero y sus amigos. Si se obtenía la libertad reclamada, era fácil comprender que esa enseñanza desaparecería de los colegios particulares; y no siendo necesaria para la adquisición de los grados y títulos que otorgaba la Universidad, la línea del menor esfuerzo haría que los jóvenes prefiriesen los estudios en esos colegios, sobre los mantenidos por los colegios del Estado, estudios que con las ciencias aparecían mucho más complejos y que, por añadidura, no disfrutaban del favor social”.[69]

El ataque contra el Instituto Nacional se debía tanto a la combativa personalidad liberal y anticatólica de su rector como a la preeminencia del establecimiento dentro de la enseñanza nacional. La ley orgánica de la Universidad entregaba al Rector y al Consejo Universitario la inspección de los colegios fiscales y particulares y ordenaba que solamente los estudios sometidos a las pruebas dispuestas por las facultades tendrían valor para “acreditar de un modo auténtico la instrucción necesaria para el ejercicio de las funciones literarias y científicas”, según especificaba su artículo 15. Un reglamento aprobado por decreto supremo del 27 de octubre de 1843 estableció la forma de cumplir ese mandato y delegó en los profesores del Instituto Nacional la función de recibir los exámenes correspondientes: tal régimen lo consideraban un privilegio excesivo otorgado a ese plantel.

LA PERSECUCION A DIEGO BARROS ARANA, EDUCADOR LIBERAL PROGRESISTA

La persecución a Barros Arana (fue destituido de sus funciones por decreto del 12 de marzo de 1873, al cumplir diez años de rectorado) y los abusos, excesos e inmoralidades cometidos al amparo de la ley de libertad de enseñanza, causaron su general desprestigio y su repudio por parte de los elementos liberales hasta acarrear la caída del ministro Abdón Cifuentes y la derogación de la ley.

En su documento “Mi destitución” explicó Barros Arana los ajetreos y motivos de su separación, y en carta a Bartolomé Mitre, del 28 de agosto de 1875, se refirió al asunto de manera irónica en estos términos: “Fui rector del Instituto durante diez años. Trabajé con tesón incontrastable para reformar la enseñanza, estudiando yo mismo por la noche lo que debía enseñar al día siguiente y aprendiendo así lección por lección, lo que había estudiado antes. Creo que mi acción sobre la enseñanza no ha sido inútil y que al fin he conseguido introducir útiles reformas y despertar en la juventud el amor por ciertos estudios que antes se hacían mal o no se hacían. Pero yo enseñaba la historia sin milagros, la literatura sin decir que Voltaire era un bandido y un ignorante, la física sin demostrar que el arco iris era el signo de la alianza, y la historia natural sin mencionar la ballena que se tragó a Jonás. Esta enseñanza enfureció al clero, que no perdonó medio alguno para suscitarme dificultades. El gobierno de Errázuriz, que al fin ha tenido que romper con los clérigos, había comenzado por ponerse a las órdenes de las gentes devotas y las sirvió hostilizándome por todos los caminos, e inventando mil tramoyas para separarme. Al fin me sacaron del Instituto a principios de 1873, es decir después de diez años de consagración a los trabajos de este orden”.

LAS PRIMERAS ACTIVIDADES DOCENTES DE VALENTIN LETELIER

En el fragor de aquellas contiendas, el joven Valentín Letelier, militante del liberalismo más avanzado organizado en el nuevo partido Radical, fue nombrado el 17 de mayo de 1875, profesor de Filosofía y Literatura en el liceo de Copiapó, cuna, precisamente, del radicalismo. Ahí pasó a ser colega de don Juan Serapio Lois e importante discípulo de Comte. Desde entonces estudió a fondo la filosofía de Comte, Littré

[69] Luis Galdames: “La Universidad de Chile. 1843-1934”, páginas 104-5. En las páginas 105-7 reproduce el texto del decreto sobre la libertad de enseñanza.

y Spencer. Analizó el "Curso de Filosofía Positiva", en seis volúmenes, de Augusto Comte; "La Science au point de vue philosophique", de Littré; y "La educación intelectual, moral y física", de Spencer. Tradujo y publicó dos estudios de Littré bajo el título de "Opúsculos de Filosofía Positiva", con un bosquejo biográfico del autor, (en carta del 28 de julio de 1879, Littré le agradeció a su discípulo chileno la divulgación de la doctrina positiva).

En su desempeño docente en el liceo de Copiapó, además de servir con brillo sus cátedras, ayudó a dar vida a una academia literaria y a publicar una "revista de literatura, artes y ciencias". En la "Sociedad de Artesanos" dio una conferencia: "El hombre antes de la Historia", en 1877, punto de partida de sus estudios sobre la evolución de la historia. El mismo año redactó su ensayo sobre don Juan Martínez de Rozas. Con motivo del centenario del fallecimiento de Voltaire leyó su trabajo: "La Filosofía Positiva y sus precursores", (impreso en Valparaíso en 1878). Colaboró en "El Atacama" llegando a ser su director y, al mismo tiempo, actuaba como corresponsal de "El Deber", de Valparaíso. Entregaba artículos a la prensa de Santiago, en "Los Tiempos", "Las Novedades" y "El Heraldo", diario al cual contribuyó a fundar y pasó a ser su jefe de redacción en abril de 1881. En 1880 publicó su estudio "De la Instrucción", propiciando "un plan racional y jerárquico de la enseñanza pública".

Mientras Valentín Letelier actuaba con entusiasmo en el liceo de Copiapó, se produjeron algunas importantes reformas educacionales. El eminente historiador y educador liberal don Miguel Luis Amunátegui, entró a preocuparse de la educación femenina. En medio de las protestas airadas del clero y del conservantismo, creó liceos de niñas y permitió su ingreso a la Universidad. Su decreto del 6 de febrero de 1877 abrió las puertas de la educación secundaria y superior a las mujeres, colocándolas en pie de igualdad con los varones para optar a las carreras liberales.

La reacción obscurantista de los elementos conservadores y clericales frente a la educación femenina científica, bajo la dirección del Estado, quedó bien expresada en un artículo de uno de los mejores periodistas de ese bando, don Zorobabel Rodríguez, en las columnas del diario conservador "El Independiente", donde entre otras cosas, decía: "Los liceos de mujeres a cargo del Estado no serán otra cosa que verdaderos burdeles costeados por los contribuyentes. La palabra es durísima, pero es la única que expresa con exactitud nuestro pensamiento".[70]

ALCANCES DE LA LEY EDUCACIONAL DE 1879

En seguida, el 9 de enero de 1879, se promulgó la ley que organizó la enseñanza secundaria y universitaria. Significó una reforma completa de la ley de 1842, vigente hasta entonces, y una verdadera segunda ley orgánica de la Universidad de Chile. Reafirmó su tuición superior sobre las ciencias, artes y letras, y su Facultad de Filosofía mantuvo la supervigilancia de los establecimientos de enseñanza humanística secundaria.

El historiador Luis Galdames sintetiza sus disposiciones así: "Empieza por enunciar los establecimientos docentes que sostendrá el Estado. Al referirse a la segunda enseñanza, declara que habrá a lo menos un plantel de esta naturaleza en cada provincia. Como se sabe, ya esto se hallaba establecido, pero no por medio de una ley. Contempla, además, el funcionamiento de cursos de instrucción especial, teórica y práctica, como asimismo de los cursos de instrucción superior, científica y literaria. Se confirma la gratitud de la enseñanza en sus grados secundario y superior. Se autoriza a toda persona para fundar

[70] Citado por Amanda Labarca en: "Historia do la enseñanza en Chile", p. 164.

establecimientos de esta especie, con la sola prohibición impuesta a aquellas que hubieren sido condenadas por crímenes o simples delitos. En el Consejo de Instrucción Pública reside la superintendencia de los servicios educacionales. Este Consejo se compone: del Ministro de Instrucción Pública, que la presidirá; del Rector de la Universidad; del Secretario General; de los decanos de las Facultades: del Rector del Instituto Nacional; de tres miembros nombrados por el presidente de la República, y de dos miembros elegidos en claustro pleno por la Universidad".[71]

Las atribuciones del Consejo eran numerosas y variadas. Dictaba los planes de estudios y los reglamentos de los colegios; proponía la creación o supresión de clases; dirigía la administración de los fondos de la Universidad; intervenía en el nombramiento y separación del personal de los establecimientos a su cargo, etc. Detallaba la organización y las funciones del Rector y de las Facultades, y la estructura de la enseñanza secundaria. "Respecto a los exámenes y a la colación de grados, se dispone que serán las facultades de la Universidad las que conferirán los de bachiller y licenciado. El grado de bachiller es previo para obtener el de licenciado. Para poder aspirar a la licenciatura en las facultades de Filosofía, Leyes o Medicina será necesario haber obtenido el grado de bachiller en Filosofía y Humanidades".[72]

La ley de 1879 afirmó el liceo, dentro del sistema nacional de enseñanza, como una etapa de preparación hacia las carreras liberales. Al mismo tiempo quitó el carácter académico a las facultades y dio a la Universidad el estrecho profesionalismo que aún pesa sobre ella. "Con arreglo a la ley del 79, la Universidad fue, pues, casi exclusivamente un conjunto de escuelas de carácter científico y técnico, preparatorias para el ejercicio de las profesiones que requieren estudios prolongados. Los profesores fueron profesionales ellos mismos, antes que hombres de ciencia; los estudiantes no tuvieron otra preocupación que cumplir con los programas de cada ramo para llegar a obtener el título. Los estudios sin aplicación inmediata en la profesión respectiva, o se dejaron de mano o pasaron a ocupar una posición subalterna. No significó esto que la preparación profesional decayese; al contrario, fue tanto más intensa cuanto más necesaria y exclusiva, por lo menos relativamente al estado anterior; lo que esto significaba era que el relieve de la Universidad se distinguió por el profesionalismo".[73]

Los teóricos educacionales de la época señalaron este carácter limitado de la formación universitaria chilena. Así, para Valentín Letelier el fin más elevado de una institución universitaria, "es el de ensanchar constantemente el círculo del saber y de las investigaciones", y por eso juzgaba con acritud a la universidad exclusivamente profesional de la época. Y agregaba: "nuestra enseñanza universitaria está admirablemente organizada para realizar el doble propósito de formar hombres de profesión e impedir que se formen hombres de ciencias, y buena para difundir las doctrinas que se impartan del extranjero es de todo punto inadecuada para estimular las investigaciones originales".[74]

LA EXPERIENCIA DE VALENTIN LETELIER EN ALEMANIA

El gobierno de Domingo Santa María estableció una legación en Berlín y encomendó su jefatura a Guillermo Matta, quien le pidió su cooperación a Valentín Letelier como secretario, designándosele para el cargo el 17 de diciembre de 1881. Antes de partir contrajo matrimonio con Beatriz Matta. Instalado en Berlín dedicó lo mejor de su tiempo al estudio del sistema docente alemán y a los diversos asuntos

[71] Luis Galdames, "La Universidad de Chile", pág. 113.
[72] Luis Galdames, "La Universidad de Chile", pág. 115.
[73] Luis Galdames, "La Universidad de Chile", pág. 117.
[74] Valentín Letelier, "Filosofía de la educación".

relacionados con materias educacionales. Entre 1883 y 1885 envió sus notables informes: “El sistema de Froebel en la educación de los niños”, en el cual exponía la teoría y práctica de los jardines infantiles (insertado en “El Ferrocarril”, del 30 de septiembre de 1883); “Las escuelas de Berlín”, con observaciones sobre su administración escolar, la formación del magisterio y los planes, programas y métodos de estudios; y “La instrucción secundaria y la instrucción universitaria en Berlín”, redactado en colaboración con Claudio Matte Pérez, y abarcando cuestiones como la función docente del Estado, el sistema concéntrico, la preparación del profesorado y las características de las universidades, instituciones dependientes del gobierno en cuanto a su organización y administración, pero libres como centros destinados a descubrir y difundir la verdad.

Los tres informes daban una visión completa sobre el sistema pedagógico alemán y fueron ampliados en varios aspectos por los trabajes de José Abelardo Núñez, quien visitaba en misión de estudio los EE. UU., y Europa, y constituyeron una fuente de inspiración para la reforma de la enseñanza chilena llevada a cabo durante la administración de José Manuel Balmaceda.

Valentín Letelier regresó al país en diciembre de 1885. Se presentó al Certamen Varela y ganó el premio con su trabajo: “De la ciencia política en Chile y de la necesidad de su enseñanza”, en 1886; y también triunfó en el certamen del Consejo de Instrucción Pública, con su ensayo “¿Por qué se rehace la Historia?” En este escrito enjuicia las teorías para explicar los hechos históricos, desde el providencialismo de Bossuet hasta el materialismo de Buckle, y respondía a la pregunta formulada con esta afirmación: “Por qué todavía no ha sido convertida en ciencia”, o sea, por qué el sociólogo no es todavía historiador. Su trabajo premiado en 1886 sirvió de base a una investigación más amplia y que se convirtió en su obra “La evolución de la Historia”, en dos volúmenes, aparecida en 1900, y en la cual se demuestra un acertado expositor del sentido social de la Historia.

LA CONCEPCION DE LA HISTORIA DE VALENTIN LETELIER

Valentín Letelier no dejó una producción historiográfica, pero se acreditó como un notable conocedor de las grandes concepciones de la historiosofía, o filosofía de la historia. Y también se reveló un acucioso y sistemático erudito con la recopilación documental “Sesiones de los cuerpos legislativos de la República 1811-1845”, impresa entre los años 1887 y 1908, obra capital para la reconstrucción de nuestra trayectoria política y jurídica.

La concepción de la historia de Valentín Letelier se sustentó en la filosofía de Comte, aunque su espíritu crítico lo llevó a considerar otras orientaciones del pensamiento histórico y a dar a sus ideas e interpretaciones un sentido relativamente original. El profesor Leonardo Fuentealba es quien mejor ha analizado este aspecto de la actividad intelectual de Valentín Letelier y sintetiza el alcance y el contenido de su posición en las líneas siguientes:

“La concepción de la historia de Letelier se fundamenta esencialmente en la filosofía positivista. Considera el acaecer histórico como un proceso natural determinado por el principio de causación social. La función de la individualidad desaparece prácticamente absorbida por la situación que surge de la acción de las tendencias sociales. El conocimiento del pasado se basa en la lógica de las ciencias positivas y consiste en la aprehensión inferencial de los hechos a través del testimonio histórico. Su valor debe residir en la veracidad antes que en la imparcialidad del historiador. La explicación de los acontecimientos no se obtiene a partir de la motivación sino merced al establecimiento de las conexiones de coexistencia y sucesión que existen entre los mismos hechos. En este sentido, es de fundamental importancia la ley del

desarrollo social o de la filiación histórica, que se fundamenta en el principio de causalidad social. La concepción sociológica de la historia tiene en el pensador chileno un acentuado carácter mecanicista, aun cuando entrevé la importancia del nexo socio-sicológico que distingue el reino de lo social de los otros sectores de la realidad. La historia es una disciplina científica que expone el desarrollo evolutivo del género humano, antes que la marcha de las entidades nacionales. A pesar de que el hombre no hace la historia, Letelier tiene fe en el porvenir de la humanidad".[75]

LA NOBLE PREOCUPACION DE BALMACEDA POR EL ADELANTO DE LA EDUCACION

Con el ascenso de J. M. Balmaceda al gobierno se abrió un período de fecundos avances en la educación. Comprendió las profundas relaciones existentes entre la economía, la educación y el desarrollo material y cultural del país y por eso favoreció el progreso de las distintas ramas de la enseñanza nacional. En su primer mensaje al Congreso, en 1887, manifestó: "la cuestión más seria e interesante que pueda ofrecerse a nuestra contemplación, aquella que resume todo nuestro progreso intelectual, la que influirá más directamente en la formación del ciudadano, del obrero inteligente y del trabajo reproductivo, es la instrucción pública".

Su gran preocupación era la de incorporar el más alto porcentaje de la población en edad escolar a las escuelas. En 1887, de 550.000 niños de 6 a 14 años solo 113.600 estaban inscritos en las escuelas públicas y particulares, o sea, un 20%. Para impulsar la enseñanza primaria creó alrededor de 300 escuelas e hizo edificar cómodos locales; creó la Escuela Normal de Mujeres, y patrocinó la realización, en 1889, de un Congreso Pedagógico para estudiar los problemas de esa vital rama de la educación, y al cual asistieron 200 delegados. Prestó, también, cuidadosa atención al progreso de la enseñanza profesional y durante su mandato se crearon 6 escuelas prácticas de agricultura, 3 escuelas de minas y 1 escuela técnica femenina. Por decreto del 9 de septiembre de 1887 creó el Consejo de Enseñanza Agrícola e Industrial (o enseñanza técnica) para supervigilar y estimular todas las ramas de la enseñanza especial que quedaron dependientes del Ministerio de Industrias y Obras Públicas, constituido por ley del 21 de junio de 1887.

Asimismo, la enseñanza secundaria experimentó un apreciable crecimiento cuantitativo con la creación de ocho nuevos liceos, pero, a la vez, apoyó una nueva y modernísima reforma de sus planes y programas, estableciéndose el llamado "sistema concéntrico", y con el objeto de preparar el personal idóneo fundó el Instituto Pedagógico.

En medio de esta fecunda actividad en favor de la educación del presidente Balmaceda, en 1887, Valentín Letelier, en compañía de Justino Fagalde, presentó a la Sociedad de Instrucción Primaria un plan completo de estudios para una escuela moderna, el cual una vez ensayado sirvió de base a la nueva estructura dada a los establecimientos de primera enseñanza.

En discurso pronunciado en la Universidad de Chile, en presencia de don J. M. Balmaceda, sobre "El Estado y la Educación Nacional", definió en forma brillante el contenido del "estado docente", (reproducido más tarde en su libro de recopilación: "La lucha por la cultura", impreso en 1895).

[75] Leonardo Fuentealba Hernández: "La Filosofía de la Historia en Valentín Letelier", 1961. Es también autor de un excelente "Ensayo biográfico de Valentín Letelier", 1956.

Valentín Letelier defendió con vigor la reforma de la educación secundaria y la fundación y funcionamiento del Instituto Pedagógico, duramente atacada la una como criticado con inconcebible incomprensión el segundo, por las fuerzas conservadoras y retardatarias.

EL PLAN DE ESTUDIOS SECUNDARIOS ANTES DE LA REFORMA DE 1889

Por esa época, además de la influencia filosófica del positivismo comtiano, dirigida a la formación general del hombre, se agrega la gravitación del positivismo científico con sentido económico de Spencer, cuya obra ‘‘La educación intelectual, moral y física”, aparecida en 1861, y traducida al castellano en 1879, produjo gran entusiasmo en muchos educadores chilenos. Por otra parte, entró a ejercer una poderosa influencia la pedagogía alemana, en especial las doctrinas de Herbart, a través de los informes educacionales de José Abelardo Núñez, Claudio Matte y Valentín Letelier. De esta suerte, frente a la realidad de la educación secundaria imperante, se planteó por diversos pedagogos la necesidad de aprobar un nuevo plan de estudios, nuevos programas y métodos, según aquellas teorías pedagógicas y las exigencias nacionales. Las ideas reformistas fueron acogidas por el gobierno de Balmaceda, cuyo Ministro de Educación, don Julio Bañados Espinoza poseía un fuerte espíritu innovador, y entró a patrocinar el establecimiento del llamado sistema concéntrico.

El Plan de Estudios en vigencia era el siguiente:

Sección Preparatoria: Aritmética, 6 horas semanales; Gramática Castellana 6 horas; Geografía Descriptiva, 3 horas; Lectura y Declamación, 6 horas; Caligrafía, 3 horas. Total: 24 horas semanales.

Humanidades, I Año: Gramática Castellana, 6 horas semanales; Aritmética, 6 horas; Geografía Descriptiva, 3 horas; Historia Sagrada, 3 horas; francés, 3 horas. Total: 21 horas semanales.

Humanidades, II Año: Gramática Castellana, 6 horas semanales; Aritmética, 6 horas; Historia de América, 3 horas; francés, 3 horas; Catecismo de religión, 3 horas. Total: 21 horas semanales.

Humanidades, III Año: Gramática Castellana, 6 horas semanales; Geometría, 3 horas; Historia Antigua y Griega, 3 horas; Historia romana, 3 horas; francés, 3 horas; Catecismo de Religión, 3 horas. Total: 21 horas semanales.

Humanidades, IV Año: Literatura, 3 horas semanales; Algebra, 3 horas; Física, 6 horas; Historia Edad Media, 3 horas; inglés, 3 horas; alemán, 3 horas. Total: 21 horas semanales.

Humanidades, V Año: Filosofía, 3 horas semanales; Literatura, 3 horas; Cosmografía, 3 horas; Química, 3 horas; Historia Moderna y Contemporánea, 3 horas; inglés, 3 horas; alemán, 3 horas. Total: 21 horas semanales.

Humanidades, VI Año: Geografía Física, 3 horas semanales; Historia Natural, 3 horas; Filosofía, 3 horas; Historia de América y Chile, 3 horas; inglés, 3 horas; Alemán, 3 horas; Fundamentos de la Fe, 3 horas. Total: 21 horas semanales.

Clases Especiales: Teneduría de libros, 3 horas semanales; Latín I año, 6 horas; II año, 6 horas; III año, 6 horas semanales.

Griego, italiano y dibujo del natural. Estos ramos especiales se cursaban solo en el Instituto Nacional. Las clases de Canto o Música y Gimnasia, que no figuran en el Plan, eran libres. El alemán y el inglés eran optativos.[76]

Al examinar el Plan de Estudios reproducido llama la atención la gran dispersión de materias. Por ejemplo, en lo referente a Historia y Geografía, contemplaba la enseñanza de Geografía Descriptiva en I año; de Historia de América, en el II año; de Historia antigua y griega y de Historia romana, como ramos separados, en IV año; de Historia moderna y contemporánea, en V año, y de Historia de América y Chile y de Geografía Física, como ramos independientes, en VI año. En cada año se estudiaba algún ramo completo, en el cual se daba "examen final", según la expresión de la época: Geometría, en III año; Algebra y Física, en IV año; Cosmografía y Química, en V año; Historia Natural, en VI año.

EL PLAN DE ESTUDIOS CONCENTRICO O GRADUAL APROBADO EN 1889

La nueva reforma entró a modificar profundamente el caótico plan analizado. El 10 de enero de 1889 se dictó el decreto que aprobaba el sistema concéntrico de enseñanza a partir del 19 de marzo de ese año, en algunos liceos de la República. En su artículo 1° expresaba: "El curso de estudios secundarios durará seis años y será común para todos los que aspiren a grados universitarios".

En el artículo 2° exponía el nuevo plan de estudios secundarios, común para todos los establecimientos de instrucción secundaria sostenidos por el Estado.

	Horas semanales		
	I año	II año	III año
Castellano	5	5	5
Historia y Geografía	3	3	3
Matemáticas	6	6	6
Ciencias Físicas y Naturales	3	3	3
Francés	4	4	4
Religión	2	2	2

	IV año	V año	VI año
Castellano	5	5	3
Historia y Geografía	3	3	3
Lógica	—	—	3
Matemáticas	6	3	6

[76] Luis Galdames. "La Universidad de Chile", páginas 137-38.

Ciencias Físicas y Naturales	3	6	3
Inglés o Alemán	4	4	4
Religión	2	2	2

En el artículo 3° se decía: “En cada uno de los seis años del curso se destinarán, además, tres horas semanales a la gimnástica, a la música vocal y al dibujo artístico”. Serían de aprendizaje voluntario el latín, el griego y el italiano (artículo 4°).

La geometría analítica, la filosofía y la historia literaria se enseñarían en lo sucesivo en la Universidad (art. 5°). El sistema concéntrico se fundaba en “la idea capital de que todos los ramos de la enseñanza siguen direcciones paralelas, desde el primero hasta el último año, van ensanchando paulatinamente su esfera y habilitan así al alumno para que, después de haber empezado conociendo las verdades elementales de la ciencia, abrace al terminar el curso la verdad completa en todas sus manifestaciones”.

El plan de estudios concéntricos, o gradual, reemplazó al antiguo sistema de estudiar asignaturas completas y sucesivas, en cada año y con “exámenes finales”; por el de agrupar los ramos que pertenecían a un mismo orden de conocimiento, de manera que su estudio empezara en el primer año y continuara en su desarrollo progresivo hasta el sexto, y todo adaptado al crecimiento de las facultades mentales del niño. En el nuevo plan de estudios se daba más extensión a la enseñanza de los ramos científicos y se iniciaba la de los ramos técnicos.

La reforma de 1889 fue propulsada especialmente por Valentín Letelier y Diego Barros Arana y se tradujo en la introducción de un más amplio humanismo científico. Un decreto del 29 de abril de 1889 creó el Instituto Pedagógico con el fin de preparar en forma científica al nuevo profesorado secundario.

El sistema concéntrico fue resistido por los profesores rutinarios y casi todos los colegios particulares se negaron a aplicarlo. En seguida se desató la sangrienta insurrección oligárquica de 1891, que postergó la aplicación efectiva de la reforma. Y solo en 1893 se hizo extensiva a toda la rama secundaria, con diversos cambios. “Las correcciones hechas al plan del 89 no eran pequeñas. Desde luego, los dos idiomas extranjeros obligatorios se cursaban paralelamente a lo largo de los seis años; la asignatura rubricada “ciencias físicas y naturales”, se desdoblaba en clases separadas de ciencias naturales, física, química, biología e higiene; la geografía y la historia ganaban en horario, como también la lógica, que pasaba a llamarse filosofía y se desarrollaba en los dos últimos años; la clase de religión iba hasta el cuarto año solamente; a continuación de las matemáticas, se introducía en el sexto año una clase especial de contabilidad; y en fin, aparte de otras modificaciones de detalle, se aumentaba a dos el número de las horas dedicadas al canto, la gimnasia y el dibujo en cada uno de los seis años del plan. Las matemáticas, las ciencias físicas y biológicas, la historia y la filosofía dominaban en el conjunto; después venían las letras, con el castellano y los idiomas extranjeros; en seguida, el grupo de los tres ramos técnicos; y al final, la religión. Así el horario se extendía de 29 a 30 horas semanales por curso. Pero la definición de esta cultura científico-literaria estaba en los programas, que eran voluminosos y de un recargo tan desmedido como impracticable. En todo caso, la reforma era trascendental, por más que se la presentara con mucha moderación”. Y más adelante agregaba Luis Galdames: “La cultura general humanista ganaba con esta reforma una victoria decisiva. Iniciada por Bello, propuesta por Domeyko y extendida a la enseñanza de

las ciencias físicas y naturales por Barros Arana, durante su rectorado del Instituto, llegaba ahora al período de la consolidación, con un espíritu de libre examen francamente moderno".[77]

La concepción anterior ganó a su causa a don Valentín Letelier, educador y sociólogo, fundamentándola en 1892 con su notable "Filosofía de la Educación", breviario de la nueva enseñanza secundaria.

LOS ACUERDOS DEL CONGRESO DE EDUCACION PRIMARIA DE 1889

En los mismos instantes en que se debatía y llevaba a la práctica la reforma de la enseñanza secundaria, se celebraba un congreso pedagógico destinado a considerar todos los problemas concernientes a la enseñanza primaria. El Congreso Pedagógico se mandó organizar por decreto supremo del 29 de abril de 1889, a cargo de una comisión dirigida por José Abelardo Núñez, y compuesta por Claudio Matte, Pedro Pablo Ortiz, Domingo Amunátegui Rivera, Federico Johow, Julio Bergter y Rómulo Ahumada Maturana. Abarcó un certamen de temas sobre educación y el congreso mismo, con diez temas de discusión.

Después de nutridos debates, el Congreso llegó a conclusiones bastante sensatas: incorporar la enseñanza de los trabajos manuales en los programas de las escuelas primarias con fines puramente educativos, "porque el fin primordial de la escuela primaria debe ser educar al niño en general", haciéndole adquirir mayores conocimientos y hábitos útiles, y en las escuelas de niñas, organizar de manera sistemática la enseñanza de labores de manos; abandonar el método de lectura llamado de deletreo o silabeo y sustituirlo por el fonetismo, y enseñarse simultáneamente la lectura y escritura, combinando la lectura con la enseñanza objetiva "porque esta última hace intuitiva la instrucción, enriquece el lenguaje y cultiva las facultades del niño según el orden de su natural desarrollo"; la gimnasia debe enseñarse en las escuelas públicas como complemento indispensable de la educación intelectual; la enseñanza de la música en las escuelas primarias se concretará al canto, "que por su gran valor educativo forma una asignatura propia obligatoria"; la enseñanza de la higiene debe figurar unida a otros ramos, especialmente con la historia natural.

Con respecto a les problemas relacionados con la implantación de la enseñanza primaria obligatoria; del aumento de la asistencia y del desarrollo de la enseñanza en los campos, expresó: "El Congreso cree que el medio más eficaz para obtener una asistencia más constante en las escuelas primarias, dentro del régimen actual de libertad escolar, es el mejoramiento de ellas, tanto en lo que respecta a los locales y su ubicación, como a la preparación del preceptorado, métodos de enseñanza, programas, etc.". Y ello, además, facilitaría la implantación de la enseñanza obligatoria. Con respecto a este grave asunto, el Congreso manifestó: "No existiendo aun elementos suficientes para hacer efectiva la enseñanza primaria obligatoria y no siendo posible improvisarlos, el Congreso cree que su implantación absoluta o inmediata, aspiración muy legitima en sí, no es realizable por ahora en el país.

Para aumentar la asistencia a las escuelas y facilitar la implantación de la enseñanza obligatoria, además del mejoramiento y aumento de los locales, mobiliario y útiles escolares; de la mayor preparación del personal docente, perfeccionamiento de los métodos, planes y programas de estudios, "el Congreso cree que contribuiría a aumentar la asistencia escolar la creación de ciertos privilegios para aquellos que hayan frecuentado durante cierto tiempo las escuelas primarias, tales como el de exigencia del certificado escolar para obtener cualquier empleo público u otros análogos". En cuanto a la duración: "El Congreso cree que, por ahora, la obligación deberá durar cuatro años, a contar desde la edad de seis años cumplidos. Cree,

[77] Luis Galdames, "La Universidad de Chile", páginas 140-142.

asimismo, que la implantación de la enseñanza obligatoria debe hacerse gradualmente empezando por las poblaciones urbanas". Respecto al desarrollo de la enseñanza en los campos, cree que podrá conseguirse por el aumento y mejoramiento de las escuelas rurales, fijación de horarios adecuados a las necesidades y hábitos de las diversas localidades y auxilio a los esfuerzos de las particulares creando escuelas siempre que los propietarios y vecinos suministren un local adecuado o contribuyan con cierta suma de dinero a su sostenimiento.

Por existir un gran número de individuos sin haber recibido educación, el Congreso "cree que las escuelas nocturnas de adultos, de uno y otro sexo, son en Chile indispensables, debiendo organizarse y establecerse como parte integrante del sistema general de escuelas y quedar, por consiguiente, sometidas a la dirección y vigilancia de las autoridades escolares establecidas por la ley". Y la escuela nocturna para adultos "debe tener el mismo carácter educador de la escuela primaria y tomar por base el programa de estudios de esta última, con las modificaciones que las circunstancias exigen". Junto a esas escuelas primarias nocturnas de adultos, el Congreso cree también conveniente la creación de escuelas nocturnas de perfeccionamiento "en aquellos centros que ofrezcan mayor número de medios para hacer efectivos sus servicios".

En cuanto al mejoramiento de la preparación profesional de los preceptores, estima que "no debe hacerse distinción alguna entre los graduados antes y después de 1885". Asimismo plantea la conveniencia de establecer cursos de mejoramiento de la preparación pedagógica del preceptorado, y como manera concreta de elevar y dignificar el profesorado, aprobó esta recomendación: "Para asegurar el progreso del preceptorado conviene establecer en la ley disposiciones que propendan a mejorar su condición económica y social y le den garantías de ascenso, fundadas en los conocimientos, en el buen desempeño del empleo y en general en la importancia de los servicios que se hubieren prestado a la instrucción primaria".[78]

Las actividades políticas de Valentín Letelier[79]

Al lado de sus tareas docentes y periodísticas, Valentín Letelier afrontó una intensa actividad política en las filas del Partido Radical. En 1888 salió elegido diputado por Talca y participó en la primera convención radical (el Partido Radical se había organizado en 1863, pero solo un cuarto de siglo más tarde, en noviembre de 1888, celebró su primer congreso doctrinario y programático), pero tuvo una actuación de relieve. En ese torneo el Partido Radical no aprobó ninguna definición ante la "cuestión social" planteada ya, en esos años. Las reivindicaciones populares fueron alzadas como bandera doctrinaria por el Partido Demócrata, fundado en 1887 por Malaquías Concha y un grupo de militantes jóvenes del radicalismo, más algunos dirigentes artesanales y mutualistas.

Al estallar el conflicto entre Balmaceda y el Congreso, el Partido Radical se alineó en la "santa alianza" contra el ilustre presidente. Valentín Letelier se señaló en la oposición, aportando varios libelos

[78] Congreso Nacional Pedagógico. Resumen de las discusiones, actas y memorias presentadas al Primer Congreso Pedagógico celebrado en Santiago de Chile en septiembre de 1839. Publicación oficial dirigida por don J. Abelardo Núñez, presidente de la Comisión directiva del Congreso. Santiago de Chile, 1890. (Incluye, como introducción, el texto del oficio de J. A. Núñez al Ministerio de Instrucción Pública, de fecha 13 de enero de 1830, dándole cuenta de los trabajos del primer Congreso Nacional Pedagógico y de sus conclusiones en los diez temas de discusión sometidos a sus deliberaciones).

[79] OCCIDENTE N°212 noviembre 1969

apasionados en contra del gran mandatario. En su calidad de diputado firmó, el 1° de enero de 1891, el acta de deposición del presidente por la mayoría del Congreso.

Durante los meses de la sangrienta guerra civil redactó su notable libro "Filosofía de la Educación", bajo la inspiración de la filosofía positivista. (En una nota declara que empezó a escribir su libro en enero de 1891, al iniciarse la insurrección congresista; lo continuó en la cárcel, y en mayo dejó el manuscrito en manos amigas, reiniciándolo en septiembre, para terminarlo a mediados de 1892). Desde su aparición fue criticado con elogios en el exterior, con juicios muy favorables de sociólogos de renombre como Luis Bordeau y Adolfo Posada. Su edición definitiva apareció veinte años más tarde, en 1912. (Hemos también manejado una edición argentina de 1927). El escritor mexicano Francisco Larroyo afirma que fue Valentín Letelier "quien logró elaborar una expresión más vigorosa y original de la filosofía positivista, proyectándola, en particular, al estudio de la educación".

"LA FILOSOFIA DE LA EDUCACION" DE VALENTIN LETELIER

En 1895 publicó su libro "La lucha por la cultura", donde reúne diversos artículos políticos y pedagógicos. Sobresalen su discurso "El Estado y la educación nacional", convincente exposición sobre el "estado docente" y los escritos en defensa del Instituto Pedagógico, creado por Balmaceda, y atacado en forma constante y torpe por los personeros del conservantismo y la regresión. "La lucha por la cultura" complementa su "Filosofía de la Educación", obra de teoría general de la educación y de análisis de los múltiples problemas de la enseñanza pública, dentro de un sistema orgánico y coherente, a la luz de una concepción filosófica y científica, la de Augusto Comte. La concepción cientifista y relativista del universo y de la sociedad elaborada por Comte, para intentar una reorganización social, superadora de la anarquía engendrada por la gran revolución francesa, y contrapuesta a la concepción y visión cristianas del mundo y de la vida, tendía a provocar el advenimiento de una nueva época orgánica de la humanidad. Y en tal proceso, la educación alcanzaba una importancia trascendental. Precisamente, Valentín Letelier, en el prólogo (de la 2ª edición, fechado a diciembre de 1911) declaraba que su obra estaba particularmente dedicada a los pueblos de América latina, los cuales pasaban por un período de inexperiencia y relajación: "después de haber conquistado esforzadamente las libertades, encontrándose sin la menor preparación para practicarlas, se han imaginado que ellas les facultaban para violar los más sagrados derechos, y sin temor a las consecuencias de las reacciones se han puesto a falsear las más nobles instituciones. Por falta de educación cívica, han convertido la libertad de prensa en un medio de detracción y diatriba, y el mayor beneficio que sacan de la libertad de reunión es el de poder excitar las pasiones demagógicas. La institución de sufragio universal, que debiera ser base fundamental de la democracia, les ha servido para vincular los cargos electivos, por medio del dinero, a las clases oligárquicas; y la del voto acumulativo no ha dado más fruto que el de fraccionar los partidos reduciendo cada mayoría de gobierno a una simple suma de exigentes y descontentadizas minorías de oposición. En nuestros parlamentos predominan fatalmente las facultades de expresión sobre las de concepción y de acción; en contra de los mejores, prevalecen los más audaces, que en política no son los que tienen más valentía moral sino los que tienen menos escrúpulos jurídicos" ...[80]

[80] En su dedicatoria manifiesta: "A la santa memoria del señor don Manuel A. Matta. Ofrenda de amor, homenaje de veneración, prenda de fidelidad de uno de los suyos". El autor, Santiago, a 22 de junio de 1892. El sumario comprende las siguientes materias: Capítulo I Teoría general de la enseñanza. II Las formas educativas y el régimen escolar. III De la instrucción. IV Caracteres generales de la educación. V Sistemas fundamentales de instrucción general. VI crítica de la instrucción clásica. VII Enseñanza clásica de la historia y de la moral. VIII Sistema integral de educación positiva.

Para los estados hispanoamericanos el deber más importante es el de educar, porque, de acuerdo con Aristóteles, la misma educación que forma al hombre virtuoso forma también al buen ciudadano. Una buena educación corregiría los defectos sociales y culturales expuestos en el párrafo anterior, y su propósito sería "cultivar a la vez el espíritu democrático para extirpar el caciquismo, que bastardea nuestras instituciones, y el espíritu de justicia para contrarrestar el proselitismo, que ampara los más grandes abusos cuando le favorecen y niega los más grandes méritos cuando le contrarían; educar a los ciudadanos para el ejercicio altivo del derecho, pero también para el austero cumplimiento del deber; fomentar el hábito del trabajo, pero a la vez el culto de los ideales humanos; encender en las almas el amor a la patria, pero también el sentimiento de confraternidad entre todos los pueblos; y, en fin, formar caracteres nobles, capaces de toda acción generosa, y corazones puros, predispuestos para todo lo bueno; limpiar de preocupaciones las inteligencias para abrirlas a la verdad, y habituar las voluntades e inspirarse siempre en los móviles más elevados: de ahí la obra que la escuela debe realizar en América".

En punto a educación tenemos necesidades especiales, por lo cual no podemos imitar literalmente los sistemas educativos del viejo mundo, aunque mantengamos el carácter europeo de nuestra cultura. Y manifiesta con claridad: "Si, por ejemplo, la refinada cultura de Europa explica la subsistencia de un plan de estudios generales, cual es el clásico, que atribuye tanta importancia al pulimiento de la forma, yo creo que, para las embrionarias sociedades de América, es preferible otro que, sin descuidar el cultivo de las letras atienda principalmente a la formación del criterio, al desenvolvimiento de la razón y a la educación del carácter y de los sentimientos".

El estudio de la filosofía de la educación se vuelve indispensable, porque de una parte persiste la presión de los sectores oligárquicos de retroceder a la enseñanza retórica, a base de autores griegos y latinos; y, de otro lado, aumenta la influencia de las clases inferiores, las cuales no aprecian sino la instrucción utilitaria, "y condenan por inútil la instrucción general, esto es, la instrucción desinteresada, la única que fomenta la cultura, la única que desarrolla los sentimientos generosos del corazón y los nobles ideales del espíritu".

UNA AFIRMACION DE VALENTIN LETELIER SOBRE EL SOCIALISMO

Valentín Letelier lanza una grave acusación a los socialistas: la de ser enemigos de la educación secundaria y universitaria y, en general, de querer impregnar la educación con una finalidad utilitaria, especializada, de acuerdo con las exigencias del desarrollo económico-industrial. Al parecer Valentín Letelier se deja llevar por una información parcial o por un desconocimiento de la literatura socialista respectiva tomando aspectos aislados de las reivindicaciones de los movimientos socialistas y elevándolos hasta generalizarlos como si fueran las finalidades propuestas a la educación. Por el contrario, el socialismo plantea una concepción humanista integral de la enseñanza.

A juicio de Valentín Letelier, los socialistas reclaman la supresión de la instrucción secundaria y la universitaria porque no la aprovechan directamente; y exigen un carácter más práctico a la primaria con el fin de que los educandos salgan de la escuela habilitados para ganarse la vida. A su prejuicio contra los socialistas agrega otro sobre los Estados Unidos, pues en los países hispanoamericanos "esta bárbara tendencia del socialismo de abajo ha sido alentada por el mal ejemplo que les ha dado la Federación del

IX Clasificación de los conocimientos. X Teoría del plan de estudios generales. XI Teoría de la instrucción primaria y de la instrucción secundaria. XII De la instrucción especial. XIII Teoría de la enseñanza universitaria, XIV De la Metodología. XV De las formas didácticas y de los anormales. XVI Teoría de la instrucción pública.

Norte", donde las escuelas de la iniciativa particular, por los incentivos del lucro, han propendido a convertir la enseñanza en una industria y a imprimirle un carácter utilitario a todos los estudios; generalizando en forma equivocada un aspecto de la educación norteamericana y dejando en la sombra otras extraordinariamente renovadoras y progresistas.

Según Valentín Letelier, ante aquellas supuestas deformaciones introducidas en la concepción docente, "la filosofía de la educación nos arma y nos previene contra semejante tendencia, enseñándonos que la instrucción general no alcanza sus fines si no es desinteresada; que solo la instrucción especial puede ser práctica y habilitar a los educandos para ganarse la vida, y que el triunfo, por fortuna imposible de las reclamaciones socialistas, restablecería la desigualdad que el sistema de instrucción clásica, destinada exclusivamente a los caballeros, había establecido; despojaría a las clases inferiores del derecho que el régimen democrático les ha reconocido a recibir la misma educación, la educación liberal, que las superiores monopolizaron durante dos mil años; sobrevendría incontinenti un rebajamiento de la cultura nacional, y las nuevas generaciones aparecerían más inhábiles que las actuales para gobernar y administrar el Estado. Pero vivimos amagados no solo por la revolución de los de abajo, sino también por la reacción de los de arriba, porque si los socialistas pretenden dar carácter utilitario a todos los estudios, los clásicos no desesperan de darles, restableciendo la enseñanza obligatoria de las lenguas muertas, carácter predominantemente literario".

Los trozos reproducidos demuestran que Valentín Letelier fue un exponente de la concepción liberal del mundo, afiliado ideológicamente a sus más importantes y modernas ramas, la del positivismo de Auguste Comte y la del evolucionismo de Herbert Spencer; y en su aspecto estrictamente pedagógico, influido por los educadores alemanes, en especial Herbart, discípulo del idealismo kantiano.

El socialismo tiende a conseguir el funcionamiento de una educación democrática y humanista integral, y a dar libertad, justicia y dignidad a toda la sociedad y, en forma destacada, al hombre común. En la concepción socialista, la enseñanza humanista-intelectualista, de letras, opuesta a la formación profesional y técnica, propia del liberalismo, es de prosapia aristocrática, dada a grupos de individuos de recursos y dotados de una inteligencia superior. Señala que, para la filosofía liberal, racionalista y laica, solo tiene validez el individuo "en sí", sin nexo con el sistema de relaciones sociales dentro del cual se desenvuelve. Le es suficiente la declaración formal de la libertad e igualdad, aunque en la vida real no tengan vigencia. Su concepción del Estado se limita a concebirlo como un órgano dedicado a proteger la propiedad y el orden público; a velar por el cumplimiento formal de las leyes, el respeto de los derechos ciudadanos y de las libertades promulgadas en la Constitución, sin mostrar la menor atención a la justicia social y a la seguridad económica. El Estado liberal se estructuró sobre principios abstractos elaborados para un hombre aislado de la realidad social, y sus leyes concebidas como estructuras racionales, fijas e inmutables, de una vez para siempre, como si la sociedad fuera inmóvil y no estuviera sujeta a continuos e incesantes cambios, le llevaban a afirmar y a creer como suficiente la formulación de los principios jurídicos para que éstos operasen y asegurasen la justicia, la igualdad y la libertad. Dentro de la concepción liberal, la educación pone acento especial en el desenvolvimiento de los poderes intelectuales y reduce la tarea educativa a transmitir conocimientos elaborados, acumulándose en la mente del niño como en un receptáculo pasivo. La difusión de la educación, así concebida, prepararía hombres conscientes y responsables de sus deberes. Ciudadanos amantes de la libertad y de la democracia.

No es extraño que Valentín Letelier invoque la autoridad de Aristóteles en algunas de sus consideraciones. Aristóteles hacía una distinción marcada en los fines de la educación, y distinguía los fines liberales, o

desinteresados, y los fines mecánicos, cuando los estudios llevaban hacia una ocupación remunerada o impedían el libre ejercicio del intelecto, rebajando el espíritu a un nivel inferior. Establecía una separación entre cultura y trabajo. Varios otros filósofos de la antigüedad esclavista despreciaron el estudio u ocupación, cuyo propósito era ganar dinero. Únicamente los fines liberales de la educación desarrollaban el pensamiento, la inteligencia, y solo con su ejercicio el hombre podía ser libre. De ahí el nombre de estudios liberales, o desinteresados. El Renacimiento reforzó esa concepción al imitar el ideal de vida de la Grecia antigua. En los siglos XVIII y XIX, diversos pensadores afirmaron que la educación debía tener una orientación liberal, en el sentido de cultura general, dirigida a desarrollar armónicamente las facultades del individuo, opuestas a la idea de una especialización profesional.

Las transformaciones económicas y sociales plantearon la necesidad de un cambio en los contenidos tradicionales, literarios, de la educación y de su finalidad desinteresada por otra más realista. Adquieren mayor trascendencia los oficios y las profesiones y alcanza extraordinaria importancia la especialización. Dentro del propio campo liberal, surge una poderosa corriente deseosa de dar a la educación una orientación utilitarista, con marcado acento en lo vocacional, hasta llegar a adquirir el sentido de un realismo económico, opuesto a la tradicional enseñanza liberal, de cultura general, humanista.

La concepción socialista, en el fondo, plantea la conciliación de ambos criterios, en una síntesis de aquellos contenidos liberales y utilitarios; una fusión de la educación general y de la especial, como los momentos diferentes de un mismo proceso, soldándolos en una unidad superior.

El socialismo pretende sustituir el tipo de educación individualista, estratificada en castas, por una educación realmente democrática, es decir, científica, realista, de contenido social, común, funcional y progresista. El desarrollo industrial y científico y la aspiración general al establecimiento de una sociedad auténticamente democrática exigen un avance general de la educación científica y técnica, dirigida a desarrollar la razón, el pensamiento reflexivo y lógico, y a formar el hombre eficiente para el trabajo creador y la convivencia democrática. Es funcional y progresiva, porque sus contenidos y formas surgen y se nutren en las realidades económica, social y cultural de la colectividad y pone al educando en condiciones de hacer y de crear; y porque busca las formas más deseables de convivencia y los procedimientos más adecuados para ajustarse a los cambios sociales; los recursos e instrumentos más valiosos para conducir y perfeccionar el trabajo social. La concepción socialista de la educación pretende modificar el contenido de los programas escolares y los métodos de enseñanza y de aprendizaje, en función de una orientación realista, favoreciendo la iniciativa e impulsos creadores de los alumnos, y sustituyendo el excesivo intelectualismo de los programas y métodos actuales por actividades didácticas de valor social y sicológico.

EL CARACTER DE LA REFORMA DE 1893

La reforma de 1893 fue de gran trascendencia y dio un impulso considerable a la educación secundaria e hizo del liceo el eje de la enseñanza nacional. Barros Arana en su discurso, con ocasión del cincuentenario de la Universidad de Chile, expresó: “En la reforma de la enseñanza secundaria que está ejecutando, busca la mayor propagación de conocimientos generales, aplicables a cualquier ocupación de la vida, así para las carreras de comercio y de la industria, como para el ejercicio de las profesiones científicas y literarias. Este, es verdad, ha sido siempre en principio el objeto de los estudios secundarios; pero el carácter que han tenido éstos a consecuencia de los métodos usados, los habían hecho particularmente teóricos; y si bien se había conseguido corregir en todo o en parte, algunos de los inconvenientes más arraigados de estos

métodos, como el aprendizaje de memoria, faltaba a la enseñanza un rumbo más práctico y de más inmediata utilidad".

La reforma de 1893 amplió el contenido humanista de la enseñanza secundaria, y, en general, toda la educación chilena de la época se encuentra impregnada por esa concepción. La misma enseñanza primaria posee una orientación humanista, con un fin de formación general, que en esa época se acentuó con la incorporación de las asignaturas de dibujo, trabajos manuales y educación física; y en las Escuelas Normales se incluyó el estudio de la sicología.

El humanismo estrecho, predominantemente literario, basado en el estudio del latín y literatura clásica, según lo consagró la reforma de 1843, se amplió con la enseñanza obligatoria de los ramos científicos, en 1867; y se enriqueció con la incorporación de los ramos técnicos y la extensión del espíritu científico, en la reforma de 1893.

De todos modos, las críticas a la enseñanza chilena, sobre todo a la secundaria, fueron severas, tanto las interesadas, estrechas y sectarias, provenientes del sector congregacionista y de la reacción, como las de espíritus avanzados y realistas, que la acusaban de copiar demasiado de cerca la educación humanista alemana a causa de un "embrujamiento alemán", según la frase de Eduardo de la Barra y, por tanto, desvinculada de la realidad chilena y de sus problemas nacionales. En el terreno concreto, hacían ver el recargo de materias, en programas desmesurados y mal ensamblados; la falta de coordinación entre las diversas asignaturas; un agobiador enciclopedismo; y dentro de la estructura educacional, se notaba desconectada de la enseñanza primaria y de la media profesional-técnica y, a la vez, sin armonía práctica con los estudios universitarios.

En los ataques al liceo, unos encuentran que perdió su carácter humanista porque ya no se enseñan lenguas clásicas, en especial, latín. (Así, para Eduardo Solar Correa, en un libro publicado en 1934, el abandono del estudio del latín en el liceo habida significado la muerte del humanismo en Chile y la postración de la enseñanza pública).

Otros encuentran que su falta principal radica en su excesiva orientación humanista, sin dar una preparación adecuada para la vida. Por tal razón, los que abandonan sus aulas se incorporan en su mayoría a la burocracia y generan la empleomanía; y un reducido porcentaje se encamina hacia la Universidad a conquistar un título profesional. Para esos críticos, el atraso económico, el desorden político y el debilitamiento moral de la administración pública, serían los resultados de la errada orientación de la enseñanza secundaria. Y, por ende, una reforma integral a su orientación, planes, programas y métodos modificaría la situación del país.

LA CONSTANTE POLEMICA SOBRE LA FINALIDAD DE LA EDUCACION

De las críticas expuestas, se deduce con claridad que, frente a la enseñanza humanista impartida por el liceo, dirigida a formar el hombre, por medio de una cultura general, es decir una educación liberal, se levantó la concepción de una enseñanza utilitaria que pretende desarrollar las habilidades del hombre haciéndolo apto para el trabajo productor, es decir, una educación vocacional. Esta concepción se reflejó en la organización de la enseñanza media profesional: institutos comerciales, escuelas de minas, escuelas agrícolas, escuelas industriales y escuelas técnicas femeninas.

El estado de la enseñanza chilena, sus complejos problemas, y las posiciones doctrinales en cuanto a su orientación, se analizaron y enfrentaron en el Congreso General de Educación Pública de 1902, llevado a cabo bajo los auspicios del Rector de la Universidad de Chile.

En Chile, desde la independencia, sus principales dirigentes demostraron un marcado interés por crear un sistema educacional eficaz, pero la resistencia tenaz unas veces y la pasividad en otras, de la oligarquía y de la Iglesia Católica, impidieron aquel propósito y retardaron en muchos decenios el avance de la educación nacional. Don Andrés Bello, al comentar la "Memoria", de Lastarria, de 1844, aceptaba su explicación de que los males de la revolución americana fueron consecuencia del estado de atraso causado por el despotismo colonial, y declaraba: "Si no habíamos recibido la educación que predispone para el goce de la libertad, no debíamos ya esperarla de España; debíamos educarnos a nosotros mismos, por costoso que fuese el ensayo; debía ponerse fin a una tutela de tres siglos, que no había podido preparar en tanto tiempo la emancipación de un gran pueblo". Y en esta empresa se distinguieron varios estadistas e intelectuales (Manuel de Salas, Juan Egaña, Camilo Henríquez, José Miguel Carrera, José Miguel Infante, Bernardo O'Higgins, Mariano Egaña, y otros) quienes afirmaron la responsabilidad del Estado, del gobierno, en el desenvolvimiento de la educación. Desde entonces rigieron, y coexistieron, los principios del "Estado docente" y de la "libertad de enseñanza". La constitución de 1833 proclamó en uno de sus artículos la libertad de enseñanza, pero al mismo tiempo se la limitó: libertad para crear colegios e impartir enseñanza, pero fiscalizada por el gobierno a través de sus organismos correspondientes en cuanto a planes, programas, certificados, títulos y grados; y, además, creación de una estructura educacional del Estado, de una enseñanza pública.

La oligarquía, la Iglesia Católica y el Partido Conservador ultramontano miraron con desconfianza el desarrollo de la enseñanza y entraron a defender la "libertad de enseñanza", rechazando toda intervención del estado, porque junto con resistir la expansión de la enseñanza pública, fiscal, anhelaban crear su propia estructura educacional, de carácter confesional, sectaria, con un criterio restrictivo y proselitista, para formar la élite dirigente, que permitiera el mantenimiento de una sociedad aristocrática y católica. Paradojalmente, el Partido Conservador y la Iglesia Católica deseaban la educación sujeta a la ley de la oferta y la demanda, como una mercancía cualquiera, de acuerdo con el criterio del liberalismo económico, bajo la libre iniciativa y la actividad privadas.

El Partido Liberal y los educadores libres, pusieron una profunda fe en la educación; estimaron que democracia y educación eran inseparables y, por lo tanto, no se podía afirmar la una sin la otra. Según el pensamiento liberal, el ejercicio de la libertad se obtiene por medio de la educación y de la cultura. El desarrollo de ambas se traduce en el mejoramiento de las instituciones. Entonces la educación debía ser obligatoria, gratuita y laica. Defiende la libertad de enseñanza, pero controlada y vigilada por el Estado; y tiende a conseguir el mayor avance de la enseñanza fiscal.

La permanente lucha entre los conservadores y los liberales en el plano ideológico y educacional se tradujo en la lenta articulación del país sobre instituciones democráticas formales y en el culto a la norma jurídica, en el apego a lo formal y el predominio de los abogados en la conducción del país.

En cuanto al sistema educacional, se fue articulando por la yuxtaposición de instituciones docentes calcadas de Europa, desconectadas del ambiente atrasado y pobre del país, dándose vida a una mezcla heteróclita de colonialismo escolástico y de humanismo renacentista y dieciochesco europeos. Así se instaló en el país en cuanto a orientación del sistema educacional un humanismo liberal, reducido a las

humanidades clásicas y a un formalismo retórico, gramatical y dialéctico, sin conexión con la realidad y las necesidades de la sociedad nacional. Se desatendieron las sensatas recomendaciones de Manuel de Salas, Antonio Varas, Domingo F. Sarmiento y otros educadores, en las finalidades, planes y programas de la educación chilena. Después de largas y enconadas batallas se consiguió ampliar el contenido de esa educación humanista literaria con la incorporación de la enseñanza obligatoria de los ramos científicos.

La resistencia de la oligarquía y de la iglesia católica a la difusión de la enseñanza en general y la adhesión de los grandes educadores a la concepción humanista liberal se tradujo en el desinterés por la enseñanza primaria (no se estableció su obligatoriedad, no se la dotó de recursos especiales para propagarla, y se crearon las preparatorias anexas a los liceos, con la cual se la dejó exclusivamente para las "clases inferiores"); se menospreció la enseñanza profesional; y se acrecentó la enseñanza secundaria, con una orientación intelectualista y libresca, conectada a la Universidad. Y a ésta se le dio un rastrero carácter profesional.

El establecimiento del sistema concéntrico en 1887 y su consolidación en 1893, fortaleció el liceo y la orientación humanista de su enseñanza; ahondó la separación con las ramas primarias (solo en 1920 se impuso la enseñanza primaria obligatoria) y profesional.

En el Congreso General de Enseñanza Pública, de 1912, se abrió un amplio debate, enfrentándose la corriente intelectualista, defensora de los contenidos literarios y científicos de la educación; y la corriente economista, sustentadora de los contenidos económicos, utilitarios. ¿Se le daba al liceo un tipo de enseñanza general o un tipo de enseñanza especial?

LA COMPRENSION DE LOS PROBLEMAS SOCIALES POR VALENTIN LETELIER

Junto a sus actividades educacionales, Valentín Letelier se preocupa de los problemas sociales del país y verifica una intensa agitación política. En el combativo diario "Le Ley", insertó en 1896 (en su número del 1° de enero) una monografía intitulada "Los Pobres"; de alto interés para valorar sus inquietudes frente al despertar del movimiento obrero; y el 7 de junio, otro "La actitud de los pequeños'', sobre el significado alentador de la incorporación de los demócratas a la Alianza Liberal.

En su ensayo "Los Pobres", comienza afirmando: "La formación de partidos obreros, bajo el nombre de socialistas o democráticos es uno de los fenómenos políticos de más grave trascendencia que se operan en el agitado seno de los pueblos cultos. Hasta hoy, si exceptuamos las épocas revolucionarias, durante las cuales los elementos inferiores han solido aparecer transitoriamente a la superficie, solo habían actuado en la política la clase media y la clase aristocrática..." En seguida examina las causas de la constitución de esos nuevos partidos (en Chile se fundó en 1887 el Partido Demócrata y celebró su primer Congreso en 1889, al conmemorarse el centenario de la revolución francesa. Su líder fue Malaquías Concha. A poco de la publicación de su trabajo "Los Pobres", en 1897, se fundó la "Unión Socialista", organización política proletaria, porque "un partido es un fenómeno político que se produce a virtud de causas sociales", y ellas residen en que "el legislador burgués de nuestros tiempos ha procedido esencialmente como el legislador plebeyo de Roma; ha precautelado muy bien los intereses de su clase; aún se ha empeñado en impulsar el desenvolvimiento de la cultura general, pero no ha estudiado las necesidades de las clases desvalidas, no ha instituido garantías que amparen a los pobres contra los ricos, mira impasible que se aplique al orden social la ley materialista de la selección de las especies, propia del orden biológico, y deja subsistente el derecho plebeyo, el derecho oligárquico o de clase en perjuicio del derecho social, que es el derecho humano por excelencia".

Y en el campo del derecho público las clases gobernantes, aristocracia y burguesía, han establecido un monopolio en su favor, solucionando las necesidades sociales que les interesaban directamente y han dejado "en el mayor abandono aquellas cuya satisfacción interesaba más vivamente que de sus propias necesidades, los burgueses han constituido un Estado burgués, así como los plebeyos, por razón análoga, organizaron un Estado plebeyo. Para justificar el hecho, la burguesía se ha puesto a fabricar artificialmente el derecho. Desde el día en que se acometió la grande empresa de la reorganización del Estado antiguo, inventó doctrinas que enseña en sus cátedras y que difunde por medio de sus diarios, dirigidos a justificar una política negativa y egoísta que da a los burgueses todo lo que les conviene y niega a los proletarios todo lo que necesitan. Aludo a las doctrinas del libre cambio y el individualismo".

LA POSICION REFORMISTA DE VALENTIN LETELIER EN EL SENO DEL RADICALISMO

En cuanto al remedio propuesto por Valentín Letelier, ante la situación expuesta con mucha exactitud en sus análisis sociológicos, solo se limitaba a recomendarle al Partido Radical, su tienda política, preocuparse por el problema para darle solución jurídica y evitar los males del individualismo, a su parecer "doctrina natural de los partidos conservadores, como lo prueba el hecho de que ellos se la hayan apropiado en todos los pueblos católicos". En su párrafo básico expresaba: "Por su posición media entre las clases más egoístas y las más desvalidas, a mi juicio es el partido radical el llamado a salvar la sociedad chilena de las tremendas convulsiones que agitan a la sociedad europea. Proveer a las necesidades de los desvalidos es remover la causa del descontento, es acabar con el socialismo revolucionario, es hacer política científicamente conservadora".

Valentín Letelier llevado por su espíritu sociológico logró superar el liberalismo individualista absoluto del radicalismo clásico, brillantemente personificado por el orador Enrique Mac-Iver, hasta transformarse en el portavoz de un liberalismo social, que le permitió darse cuenta de la hondura del problema social chileno, del despertar de las clases trabajadoras y de su acción por conseguir leyes y reformas en favor del asalariado. Pero no fue socialista. Por el contrario, toda su actividad ideológica y política tendió a impedir la extensión de la doctrina socialista en el seno de la colectividad nacional y a detener la organización de un partido socialista poderoso. De todos modos, vio con claridad que, si el Partido Radical no modernizaba su programa y acogía las reivindicaciones de las clases laboriosas, para darles siquiera una solución jurídica, jamás conseguiría contar con la adhesión de sectores populares. Por eso llegó a exclamar: o el Partido Radical se da un programa socialista mínimo o deja de ser Partido Radical. Entendía ese programa socialista mínimo como un conjunto de reformas sociales, dentro de la estructura capitalista y liberal de la sociedad de su época. Su discípulo F. A. Encina, bastante injusto para calificar su obra educacional, es acertado para caracterizarlo en el plano ideológico-político; y, así, al mencionar su obra docente en la universidad, señala cómo preconizó desde su cátedra de Derecho Administrativo: "un concepto de la acción del Estado que marcaba una reacción contra el Estado gendarme y que recordaba al socialismo de cátedra y a la política social de Bismarck. Era en síntesis un acomodo sensato del régimen individualista, ineludible en pueblos en el grado de evolución social de los hispanoamericanos, con una política social que ampare al débil en la áspera lucha económica de la sociedad moderna. ("Historia de Chile", tomo XX, páginas finales).

En la Convención de 1906, del Partido Radical, logró hacer aprobar una tímida resolución proclamando su deber de no abandonar a los pobres que viven del trabajo diario y de dictar las leyes que los favorezcan; y conseguir de parte del Estado la construcción de casas salubres y la aplicación de una política sanitaria adecuada.

EL CONGRESO EDUCACIONAL DE 1902 Y LA DESIGNACION DE VALENTIN LETELIER COMO RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

En el Congreso General de Enseñanza Pública, de 1902, se produjeron importantes debates en torno a la relación entre la educación humanista y la educación económica. Muchos educadores encontraban que el sistema escolar chileno era todavía de tipo colonial, en el cual se injertaron elementos de la enseñanza francesa, alemana e inglesa, dándole una fisonomía humanista, enciclopedista. Y estos querían agregarles a los contenidos humanistas de tipo literario y científico, los contenidos económicos para vincularlo a las necesidades del desarrollo material del país.

Otro asunto de intensa discusión fue el relacionado con los problemas de la educación moral: si ésta se centraba en lo religioso o en lo social. Cuando se hizo la afirmación de que la moral debía estar apoyada en la fe religiosa, don Diego Barros Arana, Presidente Honorario del Congreso, la refutó en los términos siguientes: "Yo afirmo que la única moral aceptable, la única que puede formar hombres dignos de una República libre y capaces de grandes empresas, es la moral independiente. La moral independiente que da al hombre el dominio de sí mismo, sin sugestiones extrañas, es muy superior a esa moral que lo liga a religiones sectarias, que le imponen la obligación de confesarse, de comulgar, de ir a misa, en una palabra, de ser hipócrita. Yo solo acepto la moral independiente, que es la que he practicado durante toda mi vida; con ella he luchado tenazmente por mis ideas, sin que jamás se me haya acusado de falta de honradez, y, sin embargo, yo declaro bien alto que no tengo creencias religiosas". Se advirtió la preocupación de los grandes educadores por conseguir la adaptación de la enseñanza a las condiciones reales de la sociedad. Valentín Letelier tuvo una destacada actuación y presentó un estudio acerca de las "Bases generales de reorganización de la enseñanza nacional bajo una sola dirección y conforme a las disposiciones contenidas en los artículos 144 y 145 de la Constitución".

El Congreso General de Enseñanza Pública, de 1902, exhibió la patriótica preocupación de los maestros para definir una adecuada política educacional acorde con las necesidades y urgencias de la realidad nacional. Asimismo, demostraron su clara conciencia del valor de la función docente y su espíritu solidario para luchar por su dignificación.

En muchos de los asistentes a dicho Congreso había causado una fuerte influencia el libro del sociólogo Edmond Demolins, aparecido en 1898, "¿En qué consiste la superioridad de los anglosajones?".

Después de aquel Congreso, los altos merecimientos intelectuales, brillantemente expuestos en la docencia, en la política, en la prensa, y en libros medulares, de don Valentín Letelier, le llevaron al cargo de rector de la Universidad de Chile. En el Claustro Pleno del 15 de agosto de 1906 se le eligió para el cargo, y el presidente Pedro Montt extendió su decreto de nombramiento el 22 de septiembre de 1906.

A pesar de su alto e indiscutible poder intelectual y moral se le combatió acremente por el sector clerical y reaccionario. Sus últimas obras capitales: "Génesis del Estado y de sus instituciones fundamentales" (Introducción al estudio del Derecho Público), 1917 y "Génesis del Derecho y de sus instituciones civiles fundamentales" (Estudio de sociología jurídica premiado en el último certamen bienal de la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas), en 1919.

El estudio del pensamiento pedagógico de Valentín Letelier obliga a confrontarlo con el de sus impugnadores y de ello resulta un examen crítico y esclarecedor de las concepciones sobre el significado y el valor de la educación en el siglo pasado y las primeras décadas del actual.

En líneas amplias, dos fueron las grandes posiciones teóricas rivales en el campo señalado: 1° La cristiana-católica y aristocrática; 2° La liberal positivista y democrática.

En torno a Valentín Letelier: La educación, el catolicismo y el positivismo democrático[81]

Fallas y retraso de la educación chilena. Concepciones clásicas y nuevas aspiraciones en la enseñanza.

EL CONTENIDO REACCIONARIO DE LA FILOSOFIA EDUCACIONAL CATOLICA

De acuerdo con la concepción cristiana-católica, aristocrática, la función educativa es una actividad inherente a la doctrina religiosa cristiana; por su intermedio es posible formar al hombre para su vida terrenal y para la existencia divina. La Iglesia Católica, entonces, prescribe principios normativos totales a la función educativa, acentuando el papel conservador de la escuela. Su doctrina oficial se apoya en conceptos y valores antiguos y medievales anticuados, enfatizados como verdades eternas, tomados de pensadores seculares como Aristóteles a teólogos escolásticos como Tomás de Aquino; en el movimiento filosófico tradicionalista, con sus grandes representantes Bossuet, Fenelon, Fleury, Rollin, personeros del "catolicismo ilustrado"; los "providencialistas" Bonald y de Maistre; en el espiritualismo ecléctico de Cousin y Dlamennais; y en el plano propiamente pedagógico, en las ideas de Félix Dupanloup. Y no obstante su ataque al liberalismo, se apoyan en sus leyes económicas de la libre concurrencia, de la oferta y la demanda, para defender una estructura educacional propia.

La filosofía educacional católica es conservadora y reaccionaria, pues concede trascendencia y vigencia a concepciones filosóficas y principios teológicos estructurados hace siglos, sin la menor correspondencia con las exigencias y realidades del presente, en especial el escolasticismo, apuntalado en la fe cerrada y la devoción fanática, y ensombrecido por un dogmatismo esterilizante y una actitud conformista, inculcando siempre las nociones de "lo acabado" y "lo indubitable", jerarquiza el dominio del conocimiento por el empleo de la razón especulativa, sin el uso de la facultad crítica, a través del método deductivo, pasando por encima del conocimiento científico ampliamente inductivo y atacando como enemigos el libre examen y la verdad científica.

Si se adoptara en educación y en política semejante posición se traduciría en el rechazo de la ciencia y en la desaparición de la democracia para imponer el predominio de una aristocracia de espíritus magistrales, mantenedora de privilegios hirientes y tutora de las masas populares, cuando la extensión de la democracia es la demanda más perentoria de la época.

En Chile, los representantes más calificados de la tendencia cristiana-católica aristocrática de la enseñanza fueron: el canónigo Joaquín Larraín Gandarillas, el escritor Zorobabel Rodríguez, el político Abdón Cifuentes y el filósofo del derecho, Rafael Fernández Concha.[82]

---

[81] OCCIDENTE N°213, diciembre de 1969

[82] Ver Joaquín Larraín Gandarillas: "La importancia del estudio de la lengua y literatura latina", discurso de incorporación ante Facultad de Humanidades, el 29 de abril y 6 de mayo de 1863, (publicado en los "Anales de la Universidad de Chile", tomo XXII, páginas 618-646, 1863), y "Examen de varias cuestiones relativas a la instrucción pública", memoria leída en 1873 (publicada en Anales de la Universidad de Chile, tomo LXIII, páginas 503-510, 1883); Abdón Cifuentes, su discurso al inaugurar la Universidad Católica, en 1888, insertado en su libro "Colección de discursos", tomo II, publicado en Santiago de Chile en 1918; Rafael Fernández Concha: "Filosofía del Derecho —

El sacerdote Larraín Gandarillas definió el significado y el valor de la educación en los términos siguientes: "Entiendo por alta educación la que tiene por objeto elevar las facultades del alma humana a toda la plenitud de su desarrollo y de su fuerza. Esa educación es el complemento y la rehabilitación de la obra de Dios. Nuestro noble espíritu fue creado conforme al tipo más perfecto y sublime, a imagen y semejanza de su divino autor. Inteligencia y caridad infinita enriqueció la mente humana con la doble facultad de conocer y amar, para que, aspirando y elevándose sin cesar hacia el conocimiento de la verdad infinita y hacia el amor del Bien Soberano, se asemejara y acercara lo más posible a la perfección absoluta, durante la vida del tiempo, y llegar al término de su destino inmortal por la unión eterna con la sabiduría y el amor increados. Cultivar, perfeccionar las facultades del espíritu humano, es por lo mismo completar la obra de Dios... Pero esa hermosa creatura, en que tan admirablemente se reflejan las perfecciones divinas, quedó desfigurada con la caída primitiva...

Y la educación religiosa no es sino la aplicación inteligente y combinada de los poderosos medios que el cristianismo y la naturaleza humana ofrecen para cultivar, ennoblecer y rehabilitar las facultades del espíritu humano, a fin de que el hombre llene su misión sublime y se haga digno por el culto de la verdad y de la virtud, de la amistad y posesión de Dios. La educación es pues la que forma al hombre, la que lo pone en posesión de su alta dignidad y le asegura su inmortal destino. Mientras más alta y perfecta es la educación, más vigor y desarrollo alcanzan las facultades del alma, y más se eleva y ennoblece el hombre".

EL CATOLICISMO CONSERVADOR, ENEMIGO DE LA EDUCACION DEL PUEBLO

En cuanto a quienes tienen el derecho a recibir educación expresó al discutir el problema de las humanidades: "No las haría muy accesibles a las clases bajas de la sociedad", y justificaba su pensamiento: "¿Qué gana el país con que los hijos de los campesinos y de los artesanos abandonen la condición en que los ha colocado la Providencia, para convertirlos las más de las veces en ociosos pedantes que se avergüenzan de sus padres, que aborrecen su honesto trabajo y que, colocados en una posición falsa, terminan por aborrecer la sociedad?".

La oposición de los dirigentes católicos a la educación popular fue permanente. El jurista Enrique Cood manifestó al incorporarse a la Facultad de Filosofía y Humanidades: "la educación popular no es una panacea para todas las enfermedades sociales, no es justo ni es conveniente sacrificar a ella de un modo absoluto las demás necesidades públicas".[83] (Y en esa misma época, Sarmiento pedía dar educación primaria a todos; Gregorio Víctor Amunátegui proclamaba la necesidad de establecer la educación primaria obligatoria y don Manuel Montt luchaba por obtener la aprobación de una ley que diese recursos especiales para el desarrollo de la educación primaria).

En su discurso de inauguración de la Universidad Católica, en 1888, don Abdón Cifuentes expuso un criterio similar al del sacerdote Larraín Gandarillas: "Los hijos del pueblo que adquieren alguna cultura literaria se levantan a una esfera muy superior a la humilde en que nacieron, desprecian la profesión de sus padres, desprecian a sus padres mismos y pretenden un señorío que nada tendría de malo; que al contrario

Derecho Natural", 2ª edición en 1888, y "Del hombre en el orden sicológico, en el religioso y en el social"; y Zorobabel Rodríguez, artículos de prensa y discursos en los cuales se opuso al Estado docente, a la educación de las mujeres, y en general, a la educación pública.

[83] Ver "Algunas reformas en la educación pública", discurso de incorporación a la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, del 12 de septiembre de 1857, en "Anales de la Universidad de Chile", tomo XIV, páginas 147-157.

cultivaría sus sentimientos de dignidad y pundonor, si no les empujase a la ociosidad y a vegetar en ocupaciones mezquinas y rutinarias, las más de las veces contrarias a las felices disposiciones que les dio la naturaleza".[84]

En los aspectos concretos de la actividad educacional: sobre quienes debían recibir educación y el funcionamiento de una amplia libertad de enseñanza, los dirigentes católicos coincidían con los teóricos del liberalismo extremo y, a menudo, se apoyaban en sus ideas para defender sus posiciones conservadoras y reaccionarias. Para muchos representantes de la Ilustración los estudios superiores debían estar reservados a la nobleza y a los ricos, en situación de pagar los gastos exigidos por esos estudios. Pablo Olavide, el famoso propulsor de la reforma universitaria en España, enemigo de la Iglesia Católica, escribía al respecto: "Ce serait une mauvaise chose pour une Nation que de permettre que le gout des lettres arrache le jeune homme á la charrue, á la boutique ou á l'atelier pour le placer... dans un collège... II ne convient pas á l'Etat que les pauvres se destinent aux études, mais bien plutôt qu'ils suivent la profession de leurs parents afin de constituer les hommes les plus utiles á la société, puisque ce sont eux qui la font vivre".

LOS CATOLICOS SOSTIENEN LA "LIBERTAD DE ENSEÑANZA" APOYANDOSE EN EL LIBERALISMO INDIVIDUALISTA

Los teóricos del liberalismo individualista juzgaron que tal como el alimento, la casa y el vestuario, la educación era algo a conseguirse por la iniciativa individual y a costa del propio individuo. Las verdaderas oportunidades educacionales, entonces, eran sólo accesibles a las clases superiores, a las clases enriquecidas.

La Iglesia Católica compartió ese criterio y defendió la libertad de enseñanza de acuerdo con los postulados del economista liberal Bastiat, para quien "todos los monopolios son detestables; pero el más detestable de todos es el monopolio de la enseñanza". En Chile, respecto del problema de la libertad de enseñanza y el estado docente, la Iglesia Católica combatió intransigentemente la intervención del Estado en el control de la enseñanza. Los pelucones dieron por medio de la Constitución de 1833 una solución ecléctica al problema educacional. Por una parte, adoptaron disposiciones asegurando la libertad de enseñanza y, por otro lado, fijaron la obligación del Estado de atender preferentemente al desarrollo educacional y a su control a través de una superintendencia.

El sacerdote Larraín Gandarillas, en un documento especial, impugnó el Estado docente, por estimarlo contrario a la libertad de enseñanza. Esta se funda, en primer lugar, en el derecho de los padres a educar a sus hijos, pues "el Creador al elegirlos como instrumentos para infundir la vida en los destinados a renovar y perpetuar el linaje humano les impuso el deber y les confirmó el derecho de completar la obra de la creación por medio de la educación moral, intelectual y física de sus hijos"; en segundo lugar, se funda en el derecho de la Iglesia, cuya misión es la de completar la educación moral que reciben los niños en el lugar paterno, porque "la autoridad docente de la Iglesia aventaja inmensamente a la de todas las escuelas y academias, a la de todos los sabios, en cuanto ha sido favorecida con el alto y exclusivo privilegio de poseer y enseñar con infalible certeza las verdades dogmáticas y morales, que imprescindiblemente necesitan conocer todos los hombres". Y, en tercer lugar, la libertad de enseñanza tiene su base en "el derecho de los particulares para comunicar a otro las ciencias que poseen". Además de los derechos indicados, reclaman la libertad de enseñanza, "tres grandes intereses: el interés de los que costean con

[84] Ver su "Colección de discursos", tomo II, páginas 91-92, publicado en Santiago, 1916.

sus contribuciones los colegios del Estado, el interés de los profesores y alumnos de los colegios libres, el interés de la ilustración y la ciencia".[85]

El senador conservador Abdón Cifuentes en un discurso, al reiterar el pensamiento católico respecto de la libertad de enseñanza y en contra de lo que él llamó: "la aduana inquisitorial de los estudios", expresó: "monopolizar la enseñanza en manos del Estado es atribuir a éste su dirección exclusiva, es oprimir a la vez la razón y la conciencia de los ciudadanos". Combatió acremente el estanco intelectual de Chile confiado a una sola Universidad, la Universidad del Estado, la cual tenía en sus manos el monopolio de las profesiones liberales; el de los grados universitarios; de los exámenes generales; y el de los exámenes anuales; el monopolio de los planes de estudios, de los métodos de enseñanza, de los textos y de cuanto se quiera, y terminó exclamando: "¡Nunca se vio un despotismo semejante en ninguno de los pueblos de la tierra!".[86]

LOS CATOLICOS Y CONSERVADORES RECHAZAN EL "ESTADO DOCENTE"

El tratadista Rafael Fernández Concha, con criterio filosófico y jurídico, al analizar las relaciones entre el Estado y la educación particular, estima que la función del Estado en el dominio de la enseñanza es únicamente supletoria de la actividad privada, debiendo realizarse sobre todo en "las sociedades nuevas y atrasadas en cuanto lo exijan las circunstancias y los recursos lo permitan". A su juicio, "para el cultivo y difusión de las luces no menos que para el desarrollo de la industria, la acción privada es, por lo general, preferible a la acción pública en todos sus aspectos".[87]

En su apología de la libertad de la enseñanza y su correspondiente rechazo del estado docente, expone: "El monopolio es funesto en el orden de las ciencias, de las buenas letras y de las bellas artes, porque, así como la libre concurrencia promueve el progreso de las industrias, así también la libre concurrencia en la enseñanza fomenta el cultivo de las luces, aumenta su difusión, las adelanta en métodos, textos y habilidad de los maestros. Es funesto en el orden económico, porque ese monopolio del Estado, impidiendo la multiplicación de los establecimientos particulares de enseñanza, trae un recargo enorme en los gastos fiscales con daño de los contribuyentes que no reciben el beneficio de la instrucción oficial. Es funesto en el orden político, por cuanto lleva a los partidos un asunto que convendría que fuese extraño a sus contiendas, en el cual, para promover el bien común se ha de facilitar el acuerdo de los hombres de buena voluntad. Es funesto en el orden social, por cuanto si el Estado puede ser buen instructor es mal educador; en la instrucción de la niñez y de la juventud la educación no debe separarse de la instrucción; y en aquélla más que en ésta, se cifra la felicidad y la pujanza de los pueblos".

El periodista conservador ultramontano, Zorobabel Rodríguez, discípulo del economista francés, Courcelle-Seneuil, se asilaba en su doctrina liberal para sostener que el Estado no debía intervenir en la dirección de la educación pública, y tampoco en las demás esferas de la actividad nacional. En la Cámara, en 1873, dijo: "Suprimid la Universidad y los colegios oficiales. Por mucho que sea el bien que hagan, siempre es mayor el bien que impiden". Y pocos años después, en 1877, con respecto a la enseñanza femenina secundaria y superior y el libre acceso de la mujer a la Universidad, escribió: "Los liceos de

[85] Joaquín Larraín Gandarillas: "Examen de varias cuestiones relativas a la instrucción pública" —(Memoria leída en 1873)— Anales de la Universidad de Chile, tomo LXIII, páginas 503-510, 1883.
[86] Abdón Cifuentes: discurso acerca de la libertad de enseñanza, pronunciado en el Senado, en diciembre de 1892.
[87] R. Fernández Concha: "Del hombre en el orden sicológico, en el religioso y en el social", tomo II, páginas 103-117.

mujeres a cargo del Estado, no serán otra cosa que verdaderos burdeles costeados por los contribuyentes. La palabra es durísima, pero es la única que expresa con exactitud nuestro pensamiento".

El cavernario pensamiento de Z. Rodríguez correspondía a la actitud oficial del Partido Conservador y de la Iglesia Católica. Un senador de esa colectividad, al oponerse a la enseñanza técnica de las niñas pobres lo hizo con estas frases: ... "En cuanto a los establecimientos destinados a niñas pobres, en los que se enseña a leer, escribir, bordar, etc., sucede cosa parecida. Estas niñas en posesión de tales conocimientos se creen superiores a la esfera de que han salido y se llenan de aspiraciones; más como se encuentran que por su pobreza no tienen cabida en la sociedad y por otra parte desdeñan servir, vienen por resultado a convertirse en brazos inútiles, diré claro: en prostitutas, de lo que tenemos un sinnúmero de ejemplos".[88]

En resumen, la concepción cristiana-católica aristocrática, considera a la educación como una empresa privada, a cargo, fundamentalmente, de la Iglesia Católica, cuya finalidad y misión es la de consolidar el régimen imperante y preparar una élite clerical y política, en la cual reside la suprema sabiduría y la virtud, llamada a mantener a la mayoría bajo su dirección, adiestrada para creer en ella y aceptar su jerarquía, o sea, conformar una sociedad sumisa. Esta posición conservadora considera a la educación únicamente como agente para afirmar el statu quo y preservar los valores del sistema social vigente. Para tal concepción son naturales la división de la sociedad en clases, y la marcada separación de éstas; la posesión de la fortuna en manos de una reducida oligarquía; el goce de privilegios desmesurados por sectores reducidísimos de la comunidad, la dirección política en manos de una minoría. Una escuela informada con tal filosofía es enemiga de toda transformación sociocultural y no puede ser agente en el proceso de cambio; por el contrario, es enemiga abierta de una construcción democrática. Y en la acción educativa. anula, o restringe, la incidencia de los métodos científicos y de las normas democráticas, bases de una actitud y actividad progresista en lo socio-educacional.

LA CONCEPCION POSITIVISTA Y DEMOCRATICA DE LA EDUCACION

Para la concepción liberal-positivista- democrática, de acuerdo con una visión cientificista y relativista del universo y de la existencia humana, opuesta a la concepción cristiana del mundo y de la vida, dirigida a conseguir una reorganización social y moral para superar la anarquía reinante (como consecuencia de la revolución francesa y las conmociones políticas posteriores), fundamentada en la filosofía positivista de Auguste Comte y evolucionista de Herbert Spencer, suponía simultáneamente un cambio de la vida intelectual y por ello la importancia de la educación, asignada por el positivismo, era trascendental.

Los representantes más notables de la filosofía educacional positivista son: José Victorino Lastarria, eminente educador, ideólogo y escritor; según su propia declaración la lectura del "Cours de philosophie positive" constituyó una de sus satisfacciones intelectuales más profundas, y escribió unas notables "lecciones de política positivista"; Diego Barros Arana, formidable educador y máximo historiador nacional, llevó a la práctica el pensamiento comtiano en las reformas introducidas por él en la educación secundaria sobre la atención primordial a los ramos científicos, y proclamó siempre su devoción a la ciencia por sus múltiples beneficios en favor del progreso y de la felicidad del género humano. En su intervención con motivo de celebrarse el cincuentenario de la fundación de la Universidad de Chile dijo: "La ciencia, señores, prepara todos los maravillosos inventos de la industria que desarrollan la riqueza pública y aumentan nuestro bienestar. Destruyendo errores de todo orden, habituándonos al trabajo de observación, y enseñándonos a guiarnos por ésta, desarrolla y fortifica nuestra razón, da firmeza y

[88] Referencias tomadas del libro de Amanda Labarca: "Historia de la enseñanza en Chile", 1939, páginas 159-164.

corrección a nuestros juicios, eleva nuestro carácter y enaltece nuestros sentimientos haciéndonos superiores a las miserias y contrariedades de la vida. La ciencia, por fin, más que todas las otras manifestaciones de la actividad humana, engrandece a los pueblos en el presente, ante el consorcio de las naciones, y les conquista para más tarde la gloria de los fastos históricos de la humanidad. Trabajemos sin descanso para alcanzarla"; Miguel Luis Amunátegui, insigne educador y notable historiador, fue un inteligente adepto a la filosofía de Comte y de Stuart Mill, y a la pedagogía de Spencer, y se señaló especialmente por su acción práctica en pro de la educación femenina; Gregorio Víctor Amunátegui, junto con su hermano, luchó por el establecimiento de la obligatoriedad de la enseñanza primaria y la eliminación del estudio obligatorio del latín en la secundaria; Juan Serapio Lois, educador y publicista; y Valentín Letelier elaboró la concepción educacional más completa y vigorosa de acuerdo con la filosofía positivista.[89]

Los positivistas chilenos se ubicaron en la línea heterodoxa de Emile Littré, y rechazaron la doctrina positivista referente a la religión de la humanidad. A esta adhirieron los hermanos Jorge y Juan Enrique Lagarrigue.

La concepción positivista democrática fue formulada en forma sistemática y ejemplar por Valentín Letelier. Por eso su obra "Filosofía de la Educación", publicada en 1892, nutrió el pensamiento y la actividad de varias generaciones de educadores.

LAS CARACTERISTICAS DE LA EDUCACION SEGUN VALENTIN LETELIER

Las características de la educación, de acuerdo con sus ideas, son las siguientes: 1° Ser eminentemente social, pues la misión primordial de la educación es la de formar el hombre para la sociedad y por ello ha de ser una preparación para la vida. Pero la educación sistemática de las escuelas y colegios es solo una parte de la acción e influencia de la sociedad sobre el individuo. También alcanza gran importancia la educación refleja, que se confunde con el medio social. Señaló con acierto tal hecho y distinguió entre educación sistemática, dada en las escuelas, y educación refleja, ajena al sistema escolar, y resultante de las relaciones de amistad, de la actividad en asociaciones privadas, en colectividades políticas, en sociedades religiosas, en prensa, espectáculos públicos, etc. 2° Debe surgir "de una misma doctrina, que en todas sus partes respete la ley de la unidad", es decir, "que sea integral y perfectamente homogénea"; La filosofía de la educación debe repudiar toda clase de eclecticismo tanto en el campo de la teoría como en el de la práctica. 3° Debe ser orgánica, o sea, constituir un cuerpo cuyas partes estén recíprocamente relacionadas. 4° Debe ser integral, en un doble sentido: de acuerdo con el desenvolvimiento completo de la naturaleza humana y en correspondencia con el conjunto del saber, que se relaciona "con la situación del hombre en el mundo". 5° Debe ser a la vez formal y real, es decir, "no debe circunscribirse a enseñar lo que el maestro sabe, sino que se dirige además a imprimirle al espíritu una forma, a darle una modelación determinada".[90]

---

[89] Ver J. V. Lastarria. "Obras Completas", vol. VI. "Proyecto de ley y discursos parlamentarios", 1908. Miguel Luis Amunátegui. "Obras", vol. I. "Discursos parlamentarlos", 1906. Gregorio Víctor Amunátegui. "El estudio del latín en los cursos de humanidades". (Discurso de Incorporación a la Facultad de Filosofía y Humanidades, el 19 de agosto de 1857). Anales de la Universidad de Chile, 1857, tomo XIV, páginas 221.231. Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui. "De la instrucción primaria", 1853.

[90] El profesor Leonardo Fuentealba H., catedrático en la Facultad de Filosofía y Educación de la U. de Chile, dictó una erudita conferencia sobre este tema, de la cual aprovechamos muchos datos y pensamientos, por coincidir en todo.

La educación, además de sus aspectos técnicos señalados, posee una finalidad política y filosófica. Su finalidad política la formula así: “No menos que a la instrucción de la inteligencia, debe atender la escuela a la educación del carácter, a la formación del gusto, y aun al desenvolvimiento normal de la vida física y de las aptitudes industriales; al mismo tiempo, debe dirigirse a extirpar la causa de la anarquía mental, a educar la democracia para el orden y progreso y a unir a todos los hombres en un sentimiento común de humanidad”. En cuanto a la finalidad filosófica, es más propia de la enseñanza general que de la especial, “porque mientras ésta propende a desarrollar indefinidamente la inagotable variedad de las facultades humanas, la otra propende a restablecer constantemente la perfecta uniformidad de todos los espíritus” ... “Es una tarea filosófica que hace participar a todos los hombres de la comunión de la verdad y, a la vez, una tarea política que forma en los pueblos cultos la clase gobernante que ha de reemplazar a las antiguas, derribadas por la revolución y la cultura”.

Para Valentín Letelier el hecho de no ser la enseñanza igual para todos constituye el defecto principal de las democracias contemporáneas. La escuela no sólo debe abrirse a los hijos del pueblo, como lo deseaba Comte, sino que éstos deben tener acceso a todos los grados y tipos de educación. La escuela debe ser “como una república, sujeta al régimen de la igualdad, república en la que desaparecen las distinciones sociales de la fortuna y la sangre para no dejar subsistente más que las de la virtud y el talento”.

La educación debe generalizarse en los países democráticos, y como resultado inmediato, extender el sufragio. Y por ello “para que la instrucción alcance sus fines, se necesita que sea universal; y para que sea universal, se necesita que sea obligatoria”.

VALENTIN LETELIER PROPICIA UNA EDUCACION CIENTIFICA

Al estudiar la base sobre la cual debía organizarse la educación, tendiente a cumplir sus fines, en el capítulo V de su obra, en torno a los “sistemas fundamentales de instrucción general”, analiza los tres considerados por el pensamiento positivista: el teológico, el clásico (basado en la filosofía metafísica), y el sistema científico de enseñanza. Pero, en la época imperaba uno ecléctico, tradicional, amalgama de los tres sistemas expuestos. (La filosofía teológica sirvió de cimiento a la enseñanza medieval, y después de proporcionarle unidad a los espíritus de su época, cayó en el formalismo y ergotismo; la filosofía metafísica dio origen a la educación clásica; y, luego de contribuir a la investigación racional de la verdad, cayó en el formalismo literario, haciendo de las lenguas muertas y literatura grecolatina el núcleo de los estudios, y la filosofía científica, que no se ha impuesto en forma total y por eso existe una amalgama de los tres sistemas).

Por su heterogeneidad filosófica, la enseñanza tradicional “no prepara al hombre para la sociedad en que ha de vivir”. De ahí su crítica a la educación imperante: no permite a los espíritus “la comunión de una misma verdad”, no atiende debidamente a la “educación del ciudadano”, que le permita comprender sus derechos y deberes. “sin lo cual no puede existir una verdadera democracia”; ha descuidado lo relacionado con la cuestión social, el gran problema de la sociedad contemporánea: ausencia de un "principio orgánico” en las materias del plan de estudios. A su entender el plan de estudios concéntrico es el mejor adaptado a las necesidades actuales de la educación y a los principios de interdependencia y jerarquía que ligan entre sí a los conocimientos humanos, de acuerdo con la clasificación de las ciencias, de Comte. Ante la incapacidad de la educación clásica tradicional para satisfacer las necesidades del mundo contemporáneo, preocupada de la enseñanza del latín y griego, con una “tendencia a curarse más del pulimiento de la forma y de la educación del gusto que del desarrollo y formación de la inteligencia”,

Valentín Letelier propicia la organización de un sistema integral de educación positiva, cuya base debe constituirla la filosofía científica, porque cree, con Huxley, "que la ciencia hace en estos momentos la más grande de las revoluciones que la humanidad haya visto en el curso de los tiempos". En consecuencia, elabora una teoría general de la educación, abarcando sus diversos tipos y grados, desde el jardín de infantes hasta la universidad, y de tal modo, echa las bases de un sistema nacional de educación pública y democrática.

En el capítulo XVI sobre "Teoría de la instrucción pública", estudia los problemas de la instrucción pública y la de los colegios particulares; si la enseñanza es una industria sujeta a la ley de la oferta y la demanda; las relaciones de la enseñanza del Estado y la de la Iglesia; las objeciones contra el Estado docente; la instrucción obligatoria y gratuidad de la enseñanza.

VALENTIN LETELIER DENUNCIA EL CONTRABANDO DE "LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA"

En Chile, los conservadores y católicos han sostenido que la libertad de enseñanza lleva envueltos los siguientes derechos: 1° El de fundar escuelas, colegios y universidades. 2° El de dar validez a los exámenes de los colegios particulares para optar a los diplomas de la Universidad del Estado. 3° El de conferir grados académicos y títulos profesionales con efectos jurídicos. Para V. Letelier esos tres problemas pueden resolverse de las maneras más contradictorias, "sin que la solución afecte en caso alguno a la libertad de enseñanza, la cual especialmente no envuelve otro derecho que el de profesar, desde una cátedra escolar, una parte cualquiera del saber humano sin sujeción a métodos ni doctrinas impuestas por la autoridad". La libertad de enseñanza pide respeto de aquellas partes del saber todavía sujetas a discusión: "Cuando las religiones dominantes exigen que se proscriba toda enseñanza que no respete sus dogmas, lo que en el fondo pretenden es que la sociedad entera, inclusive los disidentes y los incrédulos, tengan sus dogmas por verdades absolutas y definitivas".

"La libertad de enseñanza que pretenden haber conquistado los conservadores se reduce a la libertad de fundar escuelas católicas y, en seguida, en ellas suprimen la libertad de enseñanza, por cuanto la Iglesia niega el derecho de enseñar doctrinas que ella juzga erróneas; y tiene por error toda verdad que no concuerda con la verdad católica". V. Letelier, en forma sistemática y completa, formuló la teoría del Estado docente. En su discurso de 1888, en la Universidad de Chile, expresó que el Estado "no puede ceder a ningún otro poder social la dirección superior de la enseñanza pública". A su juicio "gobernar es educar". Además, la "educación no puede unir todos los espíritus si no es universal, ni puede ser universal si no es pública, ni puede ser pública sino allí donde las tendencias democráticas del pueblo la imponen a las potestades". Es tan absurdo entregar a la iniciativa particular la administración de justicia como entregarle la administración de la enseñanza. Refuta a los adversarios de la enseñanza pública por estar empeñados en adulterar la naturaleza de la educación para convertirla en una industria y someterla a la ley de la oferta y la demanda.

Según los conservadores y católicos, cuando el Estado no interviene la iniciativa particular funda escuelas donde quiera que las necesita, "pero en el hecho —advierte Letelier— ocurre una cosa diferente: las escuelas se abren en las más grandes poblaciones, donde es mayor la cultura y menos la necesidad, y no en las poblaciones más atrasadas, donde es mayor la necesidad por ser menor la cultura. No son éstas, entonces, empresas industriales, sujetas a la ley de la oferta y el pedido. Son empresas morales, sujetas a las necesidades de la cultura.

En general, la enseñanza particular ha hecho muy poco en favor de la cultura popular. En Chile, por ejemplo, la iniciativa particular nada hacía "para fundar aquellas enseñanzas especiales, la de minería, la de agronomía, la de artes y oficios, que todavía no han sido instituidas por el Estado". Sin lugar a duda si se llegara a suprimir la intervención de los poderes públicos, el nivel de la cultura, de la enseñanza, se deprimiría.

Cuando se habla de instrucción pública, se quiere aludir solo al Estado; y cuando se habla de educación privada, se piensa solo en la de la Iglesia. En la realidad, la enseñanza de la Iglesia es una enseñanza pública como lo es la del Estado; y por eso la Iglesia Católica sostiene que le corresponde a ella dirigir por sí sola la enseñanza y condena toda intervención extraña. (Los librecambistas, por otro lado, sólo atienden al aspecto económico y proclaman que el Estado debe abstenerse de enseñar a fin de permitir el desarrollo de la industria docente).

SOLO EL ESTADO PUEDE PROPORCIONAR UNA ENSEÑANZA DEMOCRATICA Y PROGRESISTA

Si fuera suprimida la intervención del Estado, la iglesia dominante en cada nación se adueñaría por completo de la enseñanza. Anota Letelier, "en sustancia, cuando se pide que se devuelvan al pueblo las funciones de la enseñanza, no es una aspiración popular la que se trata de satisfacer; es una aspiración de secta; se pide que la enseñanza se entregue a manos del pueblo, porque las iglesias desean acapararla en su provecho. En otros términos, se demanda en apariencia libertad para constituir en el hecho un privilegio, y so capa de sujetar la enseñanza a la ley de la concurrencia industrial, lo que se quiere es ponerla en manos de la iglesia dominante".

¿Cuál de las dos potestades el Estado o la Iglesia, estaría en condiciones para proporcionar una educación más de acuerdo con las necesidades contemporáneas? La educación ya fue dirigida por la Iglesia, antes de serlo por el Estado, y en sus manos fue escasa y mala. Solo prosperaban las ramas relacionadas con la profesión eclesiástica porque, "cada iglesia se propone de una manera espontánea a plantear, por medio de la enseñanza, el ideal absoluto de sus doctrinas, y propende sin pensarlo a convertir la instrucción general en simple instrucción teológica. Solo el Estado, que es la resultante de todas las fuerzas sociales, puede organizar una enseñanza que no ofenda la conciencia y que abrace en su seno a todos los espíritus. La misma educación que forma al buen ciudadano, —decía Aristóteles— forma también al hombre virtuoso". (Toda la doctrina teológica es discutible, aceptada por unos y rechazada por otros, y por tanto sectaria). Las iglesias propenden a dificultar el progreso político, a obstaculizar el desarrollo de las ciencias; y la potestad religiosa posee una tendencia esencialmente reaccionaria. Entonces "es el Estado, no la Iglesia, quien debe presidir la enseñanza en las progresistas sociedades de nuestro tiempo".

Puesta la enseñanza en manos del Estado, debe crear escuelas, liceos, universidades, establecimientos sujetos a la obligación de dar una misma enseñanza general en todos los grados y a todos los educandos y debe ir a la formación del profesorado. La función docente había estado encomendada casi exclusivamente al cuerpo sacerdotal de cada nación y, por otra parte, como se reducía la enseñanza a dar y recibir lecciones de memoria no se necesitaba preparación alguna para ocupar la cátedra de profesor. En la actualidad, para enseñar se requiere una preparación especial y manejar métodos complicados. En "el estado actual de la pedagogía, la profesión de la enseñanza es una profesión técnica cuyo correcto ejercicio supone serios estudios teóricos y prácticos. Si para dar instrucción general el maestro no necesita más que de la misma instrucción general, para darla en forma conveniente necesita, además, una preparación especial, la preparación pedagógica". El profesor debe poseer conocimientos sólidos y saber

enseñar bien; reunir cualidades de hábil maestro y de perfecto educador; unir estudios teóricos y preparación práctica.

Para formar el profesorado de educación secundaria es preciso poseer un establecimiento especial. El ilustre Domeyko expuso, en 1842, esa idea; más tarde la planteó Valentín Letelier en su informe "La instrucción secundaria y la instrucción universitaria en Berlín", en 1885. En el fecundo gobierno de don José Manuel Balmaceda se materializó, fundándose en 1889 el Instituto Pedagógico, y, sin duda, Letelier fue su más preclaro artesano: promovió la idea, elaboró las bases de su estructura y funcionamiento y le imprimió el espíritu científico y progresista.

Indiscutiblemente, Valentín Letelier elaboró una teoría filosófica de la educación, enraizada en la cultura y las necesidades sociales de su tiempo, como base del sistema nacional de enseñanza, apoyándose en el sistema comtiano y en la moderna pedagogía alemana. El pensamiento pedagógico de Herbart, aportado por los educadores alemanes contratados por el gobierno chileno para impulsar la reforma de la enseñanza secundaria, debió acomodarse dentro del marco de la filosofía positivista y spenceriana, inspiradora de la concepción de Letelier. La tendencia intelectualista de la filosofía educacional de Herbart experimentó la influencia moderadora de la doctrina educativa del gran sociólogo chileno y, también, en el pragmatismo pedagógico norteamericano sustentado por otros educadores.

LAS FALLAS Y RETRASO DE LA EDUCACION CHILENA

Al examinar con objetividad la evolución de Chile, se observa en el plano educacional una sorprendente situación: su avance educacional ha sido lentísimo y su relativo progreso se ha debido, sobre todo, a la actividad abnegada de algunas grandes personalidades clarividentes y a la comprensión de uno que otro gobierno, en medio de los ataques enconados de los personeros de la oligarquía dominante y de la Iglesia Católica, y ante la indiferencia fatalista y resignada de la gran masa ciudadana. En general, la educación chilena ha estado muy en retraso con respecto a las exigencias y necesidades de la nación.

En su contradictorio avance, la educación secundaria alcanzó primacía por su gratuidad: la dedicación a ella de los más grandes educadores; su conexión con la Universidad y las profesiones liberales: y por su clientela del sector social medio. La ha afectado, no obstante, un grave problema de deserción: sus alumnos abandonan las aulas sin cumplir el ciclo completo; y al término de su sexto año, un alto porcentaje de jóvenes no pasa a la Universidad y entra a constituir una plétora de empleados o una masa de sin empleos.

La educación universitaria se ha caracterizado por su marcado profesionalismo y por encontrarse bastante alejada de los problemas nacionales. No ha formado científicos y técnicos y, por eso, en la primera convención estudiantil, verificada en 1920, se dijo; "la Universidad no solo debe estar formada de escuelas profesionales, sino también de institutos de altos estudios científicos, literarios y filosóficos".

La educación profesional era escasa y de muy lento desenvolvimiento. En 1849 se fundó la Escuela de Artes y Oficios, y en 1858, la Escuela de Minas de Copiapó. Mucho más tarde se estableció la enseñanza de la agricultura e industrias. A fines de 1875, por ejemplo, en la Escuela de Artes y Oficios recibieron diploma 11 alumnos: 8 mecánicos, 1 carpintero, 1 fundidor y 1 herrero-calderero.

La obligatoriedad de la enseñanza primaria se adoptó en Europa desde comienzos del siglo XIX; en cambio, en Chile, se dictó con un siglo de tardanza. Los gobiernos oligárquicos se negaron a aprobar recursos especiales para impulsarla. La obligatoriedad y la carencia de recursos frenaron su desarrollo. En los

primeros años de la República estuvo en manos de los conventos y de particulares y una muy reducida cuota del Estado. Andrés Bello propició su difusión y la fundación de una escuela normal de profesores; D. F. Sarmiento, campeón de su fomento, se afanó por implantar "la instrucción primaria a todos dada por todos"; Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui defendieron su gratuidad y su obligatoriedad; Manuel Montt impulsó la aprobación de un impuesto especial para dotarla de recursos adecuados y con ellos asegurar su expansión. La ley de 1860 la organizó de la tuición de la Universidad, pero no se consiguió su avance vigoroso, a pesar del gran crecimiento durante el gobierno de Balmaceda. El funcionamiento de las preparatorias anexas a los liceos, desde 1880, dejó en situación más desmedrada a la escuela primaria, reducida a acoger una porción de la población escolar de origen humilde y pobre. La escuela primaria no ha podido absorber toda la población en edad de recibirla y a raíz de la pobreza general se produce una tremenda deserción de quienes la frecuentan; abandonan la escuela apenas cursados dos o tres años. Por otro lado, se ha ahondado su división social de acuerdo con las clases sociales en pugna; escuela pública para la población proletaria; escuela anexa a los liceos para los sectores medios, y escuela particular pagada para los estratos plutocráticos. No ha existido la escuela primaria única y por esa causa se profundiza la división clasista y el correspondiente antagonismo social.

La obra de Valentín Letelier influyó profundamente en la formación de una conciencia favorable a la obligatoriedad de la enseñanza primaria, y desde comienzos del siglo XIX diversos parlamentarios presentan proyectos de leyes estableciéndola, pero siempre fueron rechazados por la mayoría conservadora. Por otra parte, en esa misma época, la clase obrera organizada pide la extensión de la educación primaria y técnica; exige más escuelas, escuelas nocturnas y dominicales; las mutuales (desde los tiempos de Fermín Vivaceta); las mancomúnales, (por acción de Luis Emilio Recabarren); las sociedades de resistencia (por la actividad de Alejandro Escobar Carvallo), y, más tarde, los sindicatos solicitan, entre sus reivindicaciones, más escuelas y enseñanza popular; y, al mismo tiempo, dan vida a algunas escuelas particulares.

Los congresos de educación general, de 1902, y de educación secundaria, de 1912, tocaron directa o indirectamente el problema de la obligatoriedad de la enseñanza primaria y uno de los más brillantes participantes en esos torneos, el gran educador Darío E. Salas, publicó en 1917 un libro sensacional; "El problema nacional", donde estudió a fondo todas las implicaciones de la educación primaria y la conveniencia urgente de imponerla y atenderla de manera preferente, como base del mejoramiento y de la extensión de la democracia chilena. Su impacto hondo influyó de manera decisiva en la dictación de la ley de instrucción primaria de 1920.

UN BUEN DISCURSO EN EL SENADO DE LA REPUBLICA SOBRE LA OBLIGATORIEDAD DE LA ENSEÑANZA PRIMARIA

En 1919 falleció don Valentín Letelier, y en ese mismo año un personero liberal, llamado a tener la máxima figuración política nacional, Arturo Alessandri Palma, pronunció un largo discurso en las sesiones del 23, 28, 29, 30 de julio y 4 de agosto de 1919, en apoyo del proyecto de ley sobre instrucción primaria obligatoria. El espíritu de su intervención, como representante del Partido Liberal, estuvo informado por las ideas de Valentín Letelier y Darío Salas. Por otra parte, por una curiosa coincidencia, el discurso de A. Alessandri se inició con una refutación de las posiciones individualistas del viejo senador radical, Enrique Mac-Iver, con quien libró años antes memorable polémica don Valentín Letelier, en defensa de un contenido más social del programa y de la acción política del radicalismo. El discurso de Alessandri, además, alcanzó especial trascendencia porque en él expuso muchas de las ideas matrices de su posterior

postulación presidencial, triunfante en 1920, y punto de partida de una nueva era en la trayectoria social y política del país.

A. Alessandri detalló los problemas más graves de Chile, y entre ellos, dio un lugar preferente al relacionado con la instrucción del pueblo, porque la democracia nacional para consolidarse necesitaba un pueblo totalmente instruido. El analfabetismo, de acuerdo con prolijos análisis estadísticos, alcanzaba a un ominoso 43% de su población. En seguida, entró de lleno a refutar a los enemigos de la instrucción primaria obligatoria, quienes, entre otros argumentos falsos para oponerse a la ley en discusión, afirmaban que la educación primaria impartida en Chile era la más cara del mundo. Demostró el senador liberal, cómo, por el contrario, era una de las más baratas del universo, después de diversas comparaciones con varios países adelantados. Chile era uno de los países en el cual se imponía una de las contribuciones más bajas por habitante para atender a los gastos de la instrucción pública.

Un país próspero y una democracia efectiva lo son si se afirman sobre los cimientos indestructibles de una instrucción primaria sólida y eficaz, la cual debe estar orientada en consonancia con el nuevo orden social, con criterio científico al servicio del mejoramiento del individuo y de la colectividad. A. Alessandri sintetizó el objetivo y las orientaciones de la instrucción primaria, en las siguientes líneas: “La educación primaria debe propender a abrir ampliamente los horizontes de la inteligencia humana a la luz de la verdad; debe dar al individuo el conocimiento absoluto de ciertas verdades fundamentales, que son necesarias para la vida. El objeto de la educación primaria es, primeramente, formar al hombre como ser social, prepararlo y adaptarlo para que, como instrumento de la sociedad, pueda desempeñar conscientemente sus funciones; por consiguiente, el individuo debe recibir los conocimientos necesarios para ser un ciudadano en la amplia y absoluta extensión de la palabra, para ser un miembro útil a la sociedad en donde vive. Debe también desarrollar ampliamente todas las facultades individuales, a fin de que el alumno resulte apto para la lucha por la vida, o, en otros términos, la educación primaria debe propender, principalmente, a convertir al hombre en un ser moral apto para el bien y un factor económico eficiente”. En seguida se preguntaba: “¿Cuál es la herramienta de ese gran edificio social que se llama educación popular? Es el profesor, y no podremos tenerlos buenos si no empezamos por fijarles condiciones lucrativas de vida para que puedan subsistir en una forma fácil, aunque modesta, si no les garantizamos la estabilidad en sus puestos, y, sobre todo, si no les garantizamos el imperio de la justicia, es decir, debemos darle seguridad de que no se les postergará por empeños políticos o por favores personales” ...

A propósito de la manera de financiar una amplia educación primaria, recordó lo realizado por la administración de Bulnes lo propuesto por M. Montt en su proyecto de 1849, donde contemplaba una contribución especial directa en proporción a la fortuna, y reprodujo trozos de su discurso defendiéndole en la Cámara de Diputados; y de su mensaje presidencial de 1859, (en él anunciaba el proyecto que pasó a ser ley de instrucción primaria de 1860). También citó fragmentos de intervenciones de Antonio Varas, en 1858, en defensa de la ley de desarrollo de la instrucción primaria.

A. Alessandri propuso formar un fondo para los gastos iniciales de la ley (de instrucción primaria obligatoria), por medio del establecimiento de un impuesto adicional sobre las utilidades líquidas de las sociedades anónimas y colectivas nacionales y extranjeras. En esa época el capital de tales sociedades ascendía a 2.295.106.362 pesos, y calculándole una utilidad líquida mínima de un 10%, representaría una utilidad neta de 299.510.636 pesos, y los documentos oficiales fijaban en poco más de 3.000.000 el impuesto mobiliario que, en total, producía el inmenso volumen de riquezas de aquellas sociedades (o sea, un interés de 1.1/3%). Él era partidario de dar facilidades al capital extranjero, porque ayuda a la

prosperidad nacional, pero, por lo menos, debía existir una igualdad tributaria entre extranjeros y nacionales. Mientras las sociedades nacionales pagaron, en 1919, por contribución de valores mobiliarios, 2.363.666 pesos las sociedades anónimas extranjeras debían pagar, en igual época, y por el mismo capítulo, 262.579 pesos. ("La ley ha establecido que las sociedades anónimas y colectivas extranjeras paguen impuesto mobiliario sobre el valor declarado, y no sobre el capital efectivo y en giro. Resulta, entonces, que una compañía que tiene un capital declarado de dos millones y gira efectivamente con veinte o treinta millones, no paga impuesto sobre el valor efectivo que mueve, como es el espíritu y la mente de la ley, y reduce su pago al simple valor declarado").

Proponía un impuesto de un 5% sobre las utilidades de dichas sociedades, y mencionaba otros impuestos ya contemplados en diversas leyes, posibles de ser agregados al anterior, alcanzando una suma elevada.

EL SENADOR ARTURO ALESSANDRI DEFIENDE LA ENSEÑANZA LAICA, GRATUITA Y OBLIGATORIA

En cuanto a los aspectos doctrinarios de la ley, A. Alessandri expuso con claridad su posición liberal laica y democrática opuesta a la intervención de la Iglesia en la dirección de la enseñanza: "Sostengo que la instrucción que da el Estado debe ser laica, gratuita y obligatoria", de acuerdo con la convención del Partido Liberal, celebrada en 1913, donde se declaró: "El partido afirma la necesidad de establecer la instrucción primaria, debiendo ser gratuita y laica la costeada por el Estado". El Estado es el representante de todos, por lo tanto, tolerante para todos los credos y comuniones religiosas. ''El Estado no tiene por qué enseñar una religión determinada, como no tiene tampoco por qué combatir a ninguna religión". Refuta a quienes dicen "que no puede haber moral sin religión, y que si falta en la escuela la religión falta la base sólida sobre la cual debe construirse la moral educacional". Aunque respetuoso de la conciencia ajena, no acepta aquel criterio, por equivocado. Para él, "la moral es un producto social: es una regla o norma que fluye de la solidaridad social, basada en el orden y el respeto al derecho y a la justicia. La justicia, la solidaridad social y las normas o reglas que de ellas nacen, son impuestas por los acontecimientos: son ellas un producto de la sociedad que se modifica y cambia con los diversos períodos históricos o fases evolutivas de los pueblos"... (Puso diversos ejemplos: la poligamia fue alta expresión moral en los pueblos primitivos e institución moral aceptada por el pueblo elegido de Dios; la venganza personal también fue principio jurídico y moral en las sociedades antiguas; en los primeros siglos del cristianismo era permitido el matrimonio de los eclesiásticos, y únicamente después del Concilio de Nicea, pasó a ser acto inmoral; solo en el Concilio del Vaticano se reconoció la infalibilidad del papa; durante 19 siglos no se consideró inmoral sostener, por los católicos, que el Papa no era infalible). La moral "no es ni ha sido jamás el patrimonio exclusivo de ninguna religión ni necesita de ellas para existir" ... La moral positiva, basada en las realidades sociales, en hechos susceptibles de ser comprobados y ratificados con la experiencia, supera en solidez a la moral religiosa, "que se basa solo en el dogma, en la creencia, que se impone solo por la fe abstracta y que desaparece también con ella". Rechazó algunos artículos de la ley, por medio de los cuales se daba injerencia a los curas en la enseñanza. Los estimaba un retroceso con respecto a la ley de 1879, sobre instrucción secundaria y superior, porque sus disposiciones dejaron la enseñanza religiosa al libre arbitrio del padre o apoderado. ("Pisotear la libertad de conciencia no puede aceptarlo ningún liberal" ... "No es el Estado, ni la enseñanza que da, el responsable de que se desvanezcan y pierdan las creencias religiosas. Culpen de ello al espíritu científico del siglo, a la naturaleza del dogma y a la educación refleja del medio ambiente, que es el más poderoso transformador de ideas, creencias y sentimientos"). Como los liberales de mediados del siglo XIX (y quienes expusieron su pensamiento educacional al discutirse la ley de 1860), no quería mezclar la religión ni el cura en la enseñanza del Estado, porque significaría introducir el sectarismo.

Aunque partidario de la descentralización política y administrativa para impulsar el progreso del país, no la admitía en la instrucción pública y en especial, en la primaria. Tampoco aceptaba la subvención por el Estado a toda escuela particular. En el fondo ella beneficiaría a la escuela confesional ("Lo único que con esto habríamos hecho sería poner la escuela confesional frente a frente de la escuela del Estado, de modo que mientras el Estado estaría contribuyendo al mantenimiento de la escuela confesional, ésta estaría formando prosélitos para un determinado partido político y levantando bandera de combate en contra de la escuela laica" ... "Mientras el cura busca prosélitos para su religión, el profesor laico sólo quiere ciudadanos conscientes, ciudadanos que tengan su alma inspirada, modelada en respetuosos sentimientos de tolerancia, que es bandera de parlamento para todos los cultos, para todas las religiones y para todas las conciencias" ...).

En el proyecto, en el orden doctrinario, encontraba cuatro defectos fundamentales: "la obligación para los padres de hacer una profesión de fe antirreligiosa para excusar de la clase de religión a los niños; el derecho que se concede al cura o sacerdote para ser profesor por ministerio de la ley; la intervención del cura en la Junta Comunal, o sea, en la dirección de la enseñanza; y, finalmente, que toda enseñanza particular debe ser subvencionada por el Estado, subvención que alcanza tanto a la escuela confesional como a la subversiva o a la establecida con fines esencialmente mercantiles"... "La Iglesia debe mantener su influencia exclusivamente dentro del orden moral sin pretender propagar su acción dentro del régimen civil o político de los pueblos, invadiendo o pretendiendo invadir las funciones del Estado. Condenable por todos conceptos es su propósito de buscar la escuela para cimentar en ella su acción política y temporal" ...

Terminaba afirmando que la instrucción primaria, laica, gratuita y obligatoria, cimentada en la tolerancia, era la única fuerza para arrancar al pueblo de su decadencia moral y física: "ella cierra la taberna, clausura el presidio, levanta y purifica", y, además, no podíamos olvidar "que, en la hora presente, por obra exclusiva de la ignorancia consiguiente al analfabetismo, somos una democracia a medias, un simple remedo de democracia, pues esa plaga gangrenosa que corroe nuestro organismo social y que se llama el cohecho electoral, la mercadería humana, hace llegar hasta los más altos puestos electivos del país solamente a los afortunados que cuentan con los medios materiales necesarios para alcanzarlos".

LAS CONCEPCIONES CLASICAS Y LAS NUEVAS ASPIRACIONES EDUCACIONALES

En conclusión, en Chile, hasta 1920, se enfrentaron constantemente dos concepciones educacionales: la católica, aristocrática y reaccionaria; y la positivista, humanista y democrática. La primera, sostenida por la Iglesia Católica y las fuerzas sociales y políticas conservadoras, en el plano filosófico conceptual esgrime las posiciones tradicionales del pensamiento católico escolástico, dogmático y sectario; y en cuanto a la organización y funcionamiento del sistema educacional, se asila en las leyes y principios del liberalismo, propugnando la libertad de enseñanza y la limitación de ella a una minoría. Respecto del contenido de la enseñanza lo reduce a programas escolásticos, dialécticos y retóricos, con desmedro de las ciencias. La segunda concepción, positivista, humanista y progresista, sostenida por los elementos democráticos y las fuerzas sociales medias, en el plano conceptual esgrimen las doctrinas positivista de Comte y evolucionista de Spencer, además de las modernas teorías y experiencias pedagógicas alemanas, francesas y norteamericanas; y respecto de la organización y funcionamiento del sistema educacional rechazan la aplicación de los principios del liberalismo individualista y, en cambio, propician la intervención del Estado, dando vida a una nueva concepción, ecléctica, la del "estado docente", que supone un sistema mixto de

educación fiscal y educación particular, bajo control del Estado. El contenido de la enseñanza lo entienden como humanista, literario y científico.

Como consecuencia del desarrollo económico y social del país y del anhelo de nuevos sectores sociales en orden a solucionar los problemas materiales, en el campo de los educadores democráticos, positivistas y humanistas, aparece una nueva tendencia que, defendiendo el Estado docente y el avance de la educación, anhela darle una nueva orientación y un contenido realista al sistema educacional, impregnarlo con una finalidad economista y nacionalista; y con un alcance utilitario y práctico. Basándose en ciertas ideas de educadores chilenos, como M. de Salas. A. Varas, N. Palacios, F. A. Encina y Luis Galdames, y en el ejemplo de los países anglosajones y de sus educadores como John Dewey, anhelan una educación más realista y pragmática. Se hizo manifiesta en el Congreso Nacional de Educación Secundaria de 1912. Es curiosa la situación producida en Chile, donde muchos de los principios liberales fueron aprovechados por los conservadores y católicos para tratar de fortalecer sus posiciones, y, en cambio, los liberales rechazaron los postulados ortodoxos.

El liberalismo individualista reduce la iniciativa del Estado al mínimo: conservar la propiedad y el orden en favor de los privilegios de los potentados y defenderlo de la agresión exterior, dejando entregadas las funciones sociales (economía, educación, sanidad y asistencia) a la libre iniciativa de las instituciones privadas y de los individuos, determinada por la ley de la oferta y la demanda. Para el liberalismo individualista la educación compete a los particulares y la función docente del Estado es accidental y supletoria, más que necesaria. En esa creencia se afirma la concepción de la libertad de enseñanza, como si ésta fuera una mercancía sujeta a la ley de la oferta y la demanda. Supone la abstención del Estado en materia educacional, dejándola entregada a la actividad de particulares, sectas o partidos, con lo cual se permite o facilita el atraso, la regresión y el obscurantismo. Aunque las libertades burguesas estaban subordinadas a una condición fundamental: la de educación, y el hombre precisa educarse, formarse la inteligencia (ésta no sería algo innato sino cultivado, formada por nuevos hábitos que se adquieren y aprenden) para poder usar eficazmente las nuevas libertades, y de ahí la trascendental importancia de la educación, no se la consideró una necesidad indispensable para el correcto funcionamiento de la nueva sociedad y se la dejó relegada a la iniciativa privada y a quienes tuvieran recursos para conseguirla.

Ante la presión de las masas y de las nuevas aspiraciones el Estado moderno a sus tareas tradicionales de mantener el orden interno, defender la integridad y soberanía nacionales y administrar justicia, agregó la de impartir enseñanza obligatoria. Se convirtió en estado docente. Y pronto agregó otras actividades, como atender al mejoramiento de la salubridad, cooperar y dirigir el desarrollo económico, prestar asistencia social y proteger el trabajo. El Estado entró a reemplazar la obra educativa de la Iglesia, sectas o partidos, limitada, parcial e interesada, por la enseñanza dada a todos. Así, a lo largo del último siglo, la presión de los ideales democráticos y de las clases trabajadoras pudo conferirle al Estado amplias funciones políticas y sociales en defensa de los intereses de todos los miembros de la nación, la protección de las formas de vida en común. En cuanto a su función docente, el Estado democrático pretende asegurar la igualdad de oportunidades y sostiene la educación como su atención preferente y no como una actividad supletoria, según lo proclama el Estado liberal. Sin embargo, también, acepta la cooperación particular y, de ahí, profesa la libertad de enseñanza, condicionada por una política educacional correlacionadora y coordinadora de la función educacional y en la cual cooperan todos los agentes y todas las agencias de educación. Pero se reserva, como mandatario de la colectividad, el derecho inalienable e indelegable a supervigilar y fiscalizar la educación particular, ya sea confesional, filantrópica o mercenaria (comercial).

Como derivación de la posición expuesta, el Estado democrático no puede ni debe entregar el dinero de la nación, por medio de subvenciones, a agencias educacionales sectarias o proselitistas.

Únicamente podría hacerlo a las agencias cooperadoras movidas por altos fines técnicos, experimentales y de progreso. Tampoco debería permitir la división de la enseñanza en ramas o franjas sociales: proletaria, media y burguesa, porque ello es contrario a la esencia de la democracia y negador de la igualdad social y cultural.

Pedro Aguirre Cerda y su gobierno democrático[91]

Pedro Aguirre Cerda nació en Pocuro (departamento de Los Andes), el 6 de febrero de 1879. Sus padres eran agricultores de la región. Hizo sus estudios en las escuelas primarias de Pocuro y Calle Larga y en el Liceo de San Felipe. Más tarde ingresó a la Universidad de Chile, siguiendo castellano, en el Instituto Pedagógico, y Leyes. En 1900 obtuvo el título de profesor de castellano, y en 1904 se recibió de Abogado con una memoria de prueba titulada: "Estudio sobre instrucción secundaria".

Se la dedicó "a los señores don Diego Barros Arana, don Miguel Luis Amunátegui y don Valentín Letelier, los tres más esforzados luchadores por la implantación en Chile de los mejores sistemas de la enseñanza moderna" ... Su primera parte abarca unas breves consideraciones sobre el carácter de la educación secundaria, basadas en la obra de Valentín Letelier: "Filosofía de la Educación"; el estudio de la instrucción secundaria en la época colonial, apoyado en Barros Arana y Fuenzalida Grandón; su desarrollo desde los comienzos de la República hasta 1890; y un extenso análisis del Plan Concéntrico, fin de la enseñanza moderna, método, régimen interno y profesorado. En la segunda parte, propone medidas tendientes a mejorar la calidad y condición del personal docente de la rama secundaria, por cuanto "pocas personas instruidas habrá que ignoren la grande importancia que en toda época se da en las naciones cultas de mejoramiento, siempre necesario, del profesorado nacional".

En su resumen de las medidas para conseguir ese ideal se destacan estas: "4° Los maestros de instrucción secundaria no podrán desempeñar más de veinticuatro horas semanales de clases, durante los diez primeros años, y en ningún caso prestarán más de treinta horas de servicios a la semana. 5° Después del décimo año de servicios, el número de horas de clases se reducirá a dieciocho... 7° Es incompatible el puesto de profesor con cualquier otro empleo o cargo público y con el desempeño de clases en otros establecimientos fiscales. 8° A los treinta años de servicios, el profesor puede jubilar con sueldo íntegro, pero sin premios" ...

El adelantado criterio expuesto en esas proposiciones queda de manifiesto si recordamos que durante la administración de Gabriel González Videla (1946-1952), quien se proclamó discípulo de don Pedro Aguirre Cerda, con el propósito de mejorar las rentas del magisterio secundario elevó su horario semanal de treinta horas de clases a treinta y seis... O sea, se autorizó un aumento de renta a costa de una mayor expoliación intelectual.

Desde 1901 a 1910 desempeñó cátedras en diversos establecimientos: Liceo Manuel Barros Borgoño, Instituto Nacional, y en Visitación de Liceos. En 1910 el Gobierno le designó en comisión a Europa. Estudió Derecho Administrativo y Financiero en la Universidad de París y representó al país en congresos educacionales en Bélgica e Italia. A su regreso se le nombró miembro del Consejo de Educación Comercial.

[91] OCCIDENTE N°214 marzo 1970

Pronto lo atrajo la política y como militante del Partido Radical, resultó elegido, en 1915, diputado por Los Andes. En 1918, por Santiago. En la Cámara defendió con brillo la dictación de la Ley de Educación Primaria Obligatoria. En el año 1918 ocupó, por primera vez, una cartera ministerial, la de Justicia e Instrucción Pública, en el gabinete de don Domingo Amunátegui. En 1919, en compañía del diputado Carlos A. Ruiz, redactó el nuevo programa del Partido Radical. Aprobado por la Junta Central se le ratificó en la Convención reunida en Concepción, en septiembre de 1919.

Con motivo del triunfo presidencial de Arturo Alessandri, fue llamado Pedro Aguirre Cerda a organizar su primer gabinete en calidad de ministro del Interior. En 1921 salió elegido senador por la provincia de Concepción y en 1924 volvió a ser nombrado ministro del Interior. En esta oportunidad le tocó enfrentar los sucesos que culminaron con el pronunciamiento militar del 5 de septiembre de 1924, cuya causa inmediata se originó en la aprobación por el Congreso de la dieta parlamentaria, sostenida por el ministro del Interior. El golpe militar determinó la crisis presidencial y Aguirre Cerda abandonó el país, trasladándose a Europa. Aquí observó y estudió con la atención fija en Chile. Escribió su libro: "El problema agrario", publicado en París, en 1929. En esta obra enfoca lo hecho en los países más adelantados para resolver los variados y difíciles asuntos de la agricultura. Al enfrentar la realidad chilena suministra valiosas sugerencias y expresa algo de innegable valor permanente: "Si... a los pueblos jóvenes nos corresponderá mañana proveer a las grandes naciones industriales de su déficit alimenticio, empecemos desde luego nuestra organización interior y extendamos a nuestras hermanas del pacífico del norte nuestra producción agrícola y su industria derivada, para preparar nuestro futuro engrandecimiento, compensador de otras crecientes importaciones que no podemos evitar... Un impulso colectivo, organizado por todas las fuerzas particulares y del Estado en cooperación, dirigido a la óptima producción interna y a su expansión hacia el exterior en la agricultura y su industria derivada produciría un sentimiento de engrandecimiento común que despertaría legítimas ambiciones de progreso nacional".

El trozo reproducido contiene una verdad medular y no obstante los decenios transcurridos casi nada se ha realizado: la agricultura nacional ni siquiera produce lo suficiente para abastecer nuestro mercado interno, manteniéndose en un atraso increíble.

A su regreso a Chile, Aguirre Cerda prosiguió en sus estudios económicos y, propiciando el desarrollo del país en sus bases materiales, se preocupó de manera preferente por el destino de la agricultura y el desenvolvimiento de la industria y de la educación técnica. En 1933 publicó, en Santiago, su segunda obra: "El problema industrial". Aquí analiza la importancia del avance industrial y, al mismo tiempo, dedica varias páginas al estudio de la enseñanza y sus relaciones imperativas con el incremento económico-industrial del país. En uno de sus capítulos más lúcidos manifiesta:

"No se trata solo de extender la educación primaria, secundaria, especial universitaria. El concepto es más amplio. El Estado y todas las autoridades centrales y locales, la industria, el comercio, la agricultura, la sociedad está impregnada del sentimiento que pasa ya a ser un mito colectivo que sin educación, sin la comprensión de principios científicos, o por lo menos, el respeto por la ciencia y sus investigaciones y experimentaciones, ayudada la perseverancia y la aplicación práctica del saber, no hay posibilidad de alcanzar éxito en actividad alguna, y el ejercicio de la voluntad, unido al interés económico, son estímulos de progreso indefinido en el desenvolvimiento nacional... Si observamos nuestra educación y las exigencias que la vida moderna impone al ciudadano, resalta el desacuerdo entre la orientación educacional y las necesidades sociales. No creemos que los principios directivos de la cultura hayan sido en época alguna, algo nuevo en la educación religiosa, basados en las tendencias que solo aspiren a formar

el ciudadano ideal, plasmado de conciencia, ajenos al medio y sus necesidades... el deber de una colectividad es poner todas las fuerzas de que dispone en del progreso y del engrandecimiento del grupo, y estas finalidades no pueden sino guardar concordancia con las exigencias de la vida en el momento en que la educación se practica. Aplicar un concepto diverso es crear inadaptados, elementos que serán siempre un tono discordante en el medio en que actúan. Y si este medio, como en el momento actual, exige la máxima energía de superación, sería restar fuerzas o crear resistencia, orientar una educación en finalidades ajenas al momento en que se desenvuelve. Es un hecho indiscutible que el concepto económico es el predominante en la época presente y para alcanzarlo se requieren aptitudes que es necesario desarrollar y fortificar dentro de las ideas que pueden contribuir a afirmarlo... En todas las partes la política educacional del Estado no tiene límites, sobrepasa la instrucción sistemática de la Escuela y de la Universidad y se extiende a todas las actividades nacionales... El mundo económico marcha en el sentido de que cada país sea una gran empresa científico-industrial encargada del bienestar económico, sin perjuicio de la libertad espiritual de los ciudadanos" ...

En 1934 presentó al Consejo Universitario un proyecto de creación de la Facultad de Comercio y Economía Industrial. Fue aprobado y designado para ocupar el primer decanato. Al lado de esta labor de publicista y educador participó activamente en la política del país, como miembro señalado del Partido Radical. Sus admiradores lo proclamaron precandidato en la lucha interna para elegir el abanderado de esa colectividad en las elecciones presidenciales de 1938. Venció en forma contundente y el Partido Radical sostuvo su candidatura dentro del Frente Popular, combinación política constituida en 1936, por radicales, socialistas, democráticos y comunistas, y que había demostrado un real poderío en las elecciones parlamentarias de 1937. Esta alianza de partidos democráticos y populares acordó celebrar una gran convención en abril de 1938 con el afán de designar un personero representativo, con posibilidades de éxito, en los comicios de octubre de 1938. Resultó proclamado Pedro Aguirre Cerda, a lo largo de dramáticas sesiones, gracias al apoyo del PS después de retirar la candidatura de su líder, el senador Marmaduke Grove. Desde ese instante la consigna "Todo Chile con Aguirre Cerda", se abrió amplio y esperanzado paso por el país. Y el candidato del pueblo recorrió los más apartados rincones de Chile, llevando la promesa de una nueva política en la República; orientada por el noble propósito de mejorar a las clases laboriosas. Su tema de batalla "gobernar es educar" prendió en el corazón del pueblo, dándole un triunfo sorprendente en vista de las condiciones difíciles de su lucha contra un contendor apoyado en fuerzas sociales poderosas, con recursos financieros inagotables, respaldado por la intervención del Ejecutivo, violentamente adverso al personero democrático.

A pesar de ser un veterano y discutido político y miembro del Partido Radical, conglomerado político integrante en muchas ocasiones de los estériles gobiernos tradicionales, el contenido del programa y el carácter de la alianza del Frente Popular superó recelos, críticas e inquietudes y desató un movimiento de entusiasmo, ardor y esperanza, como no se había visto en el país. Pedro Aguirre Cerda triunfó en las elecciones del 25 de octubre de 1938 por un estrecho margen de votos sobre el representante de las fuerzas de derecha, Gustavo Ross Santa María, pero la amplitud de la victoria fue impresionante, dadas las características y condiciones de la lucha, todas favorables al candidato de la reacción, amparado por el gobierno y una inmensa caja electoral. El 24 de diciembre de 1938 se hizo cargo de la Presidencia con un ministerio de radicales, socialistas y democráticos. La gestión presidencial de Pedro Aguirre Cerda se vio obstaculizada por varios factores graves. En primer término, un terremoto destruyó total o parcialmente a cinco provincias del centro-sur, en enero de 1939, con graves pérdidas de vidas humanas (mil muertos) y daños materiales incalculables. Luego, en septiembre de 1939, estalló la segunda guerra mundial,

traduciéndose para Chile, aparte de las repercusiones políticas, en el cierre de importantes mercados de venta y de compra, muy valiosos para su economía. En seguida, la oposición enconada de las fuerzas derrotadas en 1938, dominantes en el Congreso con una fuerte mayoría, junto a la obstrucción legislativa, llevaron a efecto una serie de maniobras de carácter económico y alentaron hasta un golpe de estado (el fracasado levantamiento del coronel Ariosto Herrera) en contra de la estabilidad del nuevo régimen. Y, además, la heterogeneidad del Frente Popular como combinación de gobierno impidió acelerar el proceso democrático. Sus componentes no evidenciaron un criterio uniforme para enfrentar los numerosos problemas nacionales ni tampoco pudieron traducir el programa del Frente Popular en un plan concreto y definido de realizaciones para intentar modificar la estructura de la nación y proceder a su reordenamiento más justo de sus bases económicas y sociales. De aquí derivó una permanente pugna entre sus componentes y un odioso espectáculo de querellas y rencillas por sinecuras administrativas.

A pesar de lo señalado, el gobierno de Pedro Aguirre Cerda significó una interesante etapa democrática y manifestó un espíritu innovador en varios aspectos. Mantuvo intransigentemente el régimen de libertades públicas, sin limitaciones ni coacciones de ninguna especie. Con el alto objetivo de enfrentar la resolución de los problemas estructurales de la nación creó la Corporación de Reconstrucción y Auxilio, organismo indispensable para obtener la recuperación de las zonas devastadas por el terremoto de enero de 1939 y la Corporación de Fomento de la Producción (Corfo), con el fin de lograr una fuerte expansión de la economía nacional de acuerdo con un plan sistemático y con recursos estables. Desde esa época data la acción constante del Estado, a través de dicha entidad, para instalar la industria siderúrgica, electrificar todo el país, modernizar y mecanizar la agricultura, realizar exploraciones petrolíferas e iniciar la producción de petróleo y derivados; modernizar y mejorar la industria liviana. Por otra parte, en una actitud de verdadero estadista, se preocupó don Pedro Aguirre Cerda por asegurar los derechos de Chile sobre un sector de la Antártida, medida de previsión y largo alcance, concretada más tarde con el establecimiento de bases nacionales en aquella desolada y estratégica región.

En su anhelo por dar cumplimiento real a su lema “gobernar es educar”, reincorporó a la enseñanza al centenar de maestros exonerados por asuntos ideológicos en la anterior administración del presidente liberal-conservador Arturo Alessandri Palma; y se trazó un plan de fomento de la educación primaria, demasiado postergada, contemplando los siguientes puntos: 1° Crear escalonadamente 2.000 nuevas escuelas primarias y 4.000 plazas de maestros, con el propósito de absorber los 300.000 niños al margen de la escolaridad. 2° Ampliar y perfeccionar las escuelas existentes. 3° Iniciar una acción alfabetizadora y de cultura popular en ciudades y campos. 4° Elevar la categoría de las escuelas campesinas con el objeto de impartir una enseñanza de mayor nivel a la población rural. 5° Instalar nuevos tipos de escuelas de capacitación profesional en donde continuarán sus estudios los egresados primarios. 6° Establecer servicios de asistencia social en favor de los alumnos necesitados (hogares infantiles, guarderías, restoranes escolares). 7° Aumentar las escuelas normales. 8° Mejorar la situación económica del magisterio.

Al mismo tiempo, organizó doce escuelas de artesanos en distintos lugares del país, con la finalidad de atraer a los jóvenes obreros al aprendizaje de un oficio; y creó varias escuelas industriales y profesionales. Instituyó establecimientos especiales, de gran utilidad social, como la Escuela Nacional de Artes Gráficas, la Escuela Nacional de Sastrerías y el Museo Pedagógico de Chile, para la conservación y exposición de la literatura didáctica y el material artístico y científico de la enseñanza chilena. Fundó varios liceos técnicos regionales, en Aysén, Río Bueno, San Antonio y Tocopilla. Los sectores avanzados del magisterio plantearon la realización de una reforma educacional profunda, pero en este plano no se intentó nada

trascendental. Aunque se verificó un importante aumento de escuelas primarias y profesionales y de plazas de profesores, no se implantó un plan orgánico para desarrollar la educación y, sobre todo, para articular, unificar y dar un nuevo sentido al sistema educacional chileno desde la escuela primaria hasta la Universidad. Tampoco se consideró la reorganización del Ministerio de Educación y el control de toda la educación por su intermedio.

El Ministerio de Educación prosiguió abrumado por la burocracia y en su gestión predominó un criterio político partidista y personalista para la designación del personal administrativo y docente; tampoco se removió al personal desprestigiado y a los funcionarios perseguidores del magisterio durante la administración de Alessandri. Se permitió la creación por otros ministerios de actividades e instituciones educativas anexas a sus servicios, todo lo cual ahondó la falta de unidad en la organización y orientación educacionales.

El magisterio progresista anhelaba articular las diversas ramas de la enseñanza y renovar los programas; definir una orientación social y económica de la educación; modificar la estructura y orientación de la educación rural, elevándola en sus condiciones materiales y técnicas, y colocándola en estrecha conexión con los trabajos agropecuarios; detener la creación de escuelas preparatorias anexas a los liceos, porque con ellas se debilitaba el espíritu democrático del sistema escolar, agravándose la separación de clases y la desigualdad social. Por lo mismo, se oponía al incremento de los colegios particulares, de instituciones sectarias, las cuales, al amparo de la vacilante política educacional del gobierno, acrecentaban la creación de establecimientos y contribuían a una mayor desarticulación del sistema educacional del país. Al mismo tiempo intensificaban su campaña de desprestigio contra la educación fiscal. También censuraban el disfrute de una excesiva libertad por parte de colegios de colonias extranjeras, contraria a los intereses nacionales, por ayudar a debilitar el sentido patrio de la educación. Finalmente exigía la modernización de la Universidad y creación de instituciones científicas para el estudio de la realidad nacional con el objeto de basar en sus investigaciones la expansión de una auténtica educación chilena, en íntima relación con las necesidades y realidades del país.

Los anhelos descritos han continuado sin solución adecuada hasta el presente. Pedro Aguirre Cerda falleció antes de cumplir tres años de su mandato. A pesar de las limitaciones de su gobierno, dejó un buen recuerdo y tuvo el afecto del pueblo por su espíritu democrático y su afán de provocar un mejoramiento económico del país y de las condiciones materiales y culturales de su pueblo. Sin duda, con su gobierno se inauguró una nueva etapa histórica en la evolución social y política de Chile.

Ensayos recientes sobre la evolución de Chile[92]

El desarrollo capitalista de Chile se ha basado en formas de explotación humana de la mayor crueldad. Su avance económico-social formó al lado de la aristocracia terrateniente, dominadora de grandes masas de inquilinos y obreros agrícolas, una clase capitalista moderna, con un estrato de burguesía minera y fundidora y otros estratos de burguesía bancaria y mercantil; mientras en la base se conglomeró un numeroso proletariado minero, portuario y de la construcción.

El Estado fuerte, de concepción portaliana, pasó de su fase conservadora autoritaria, a otra de gobierno liberal de base social mixta, de terratenientes, banqueros y mineros, cuya porción activa la animaban los capitalistas típicos: mineros, banqueros y bolsistas. La explotación interna de la clase trabajadora provocó

[92] OCCIDENTE N°215 abril 1970

tempranas rebeliones obreras en Chañarcillo (1934), en la zona del carbón, en las minas de cobre del norte chico, en las faenas portuarias (gremio marítimo) y las salitreras.

LA "FICHA-SALARIO" Y OTRAS FORMAS DE EXPLOTACION DEL TRABAJO EN LAS MINAS

La expoliación del proletariado se intensifica por el uso de las fichas-salarios, o sea, moneda privada para cancelar los salarios y adquirir mercancías en el almacén del patrón. El sistema de fichas-salarios les permitía a los propietarios de minas y fundiciones recuperar los jornales, y los obligaba a fabricar su propia moneda, con un doble beneficio: no necesitaban capital efectivo para cancelar los jornales y, por otra parte, ese tipo de salario volvía obligatoriamente a sus cajas. Además, reducían sus necesidades de crédito en dinero, de préstamos de habilitación. Aunque se dictaron decretos prohibiendo el uso de las fichas-salarios, éstas se extendieron a todas las actividades económicas básicas del país. Muchos de los gobernantes se encontraban ligados a negocios mineros.

El investigador Marcelo Segall escribe: "En la medida que el capitalismo chileno se fue desarrollando, aumentó la frecuencia y variedad de las fichas-salarios. Primero, en la plata y en el cobre. Después, en los ferrocarriles particulares. Siguió en los embarques y fletes. Más adelante, en toda la agricultura mayor. Se amplió su uso a las minas de carbón y en sus fundiciones de cobre. Miguel Gallo las usó en Chañarcillo. El marido de su hija Luz, don Matías Cousiño, su más activo heredero, en Lota. Los Matta, en Tres Puntas y Chimbero. Agustín Edwards, en sus fundiciones de cobre. Y todos los nombrados, en el ferrocarril de Caldera a Copiapó".[93]

En un "Informe sobre la provincia de Coquimbo", de Eugenio Chouteau, se descubre la inicua y despiadada rapiña del sistema: "Existe en algunos minerales el sistema de fichas que se ha hecho obligatorio al trabajador. Los sábados se le entrega el número de fichas que sea necesario, las que descuentan con 30 o 40 por ciento. En los negocios de las placillas (caseríos de los minerales), el dinero que recibe a 25 peniques viene a ser una cantidad tan insignificante, que, con esos cuarenta centavos febles, por ejemplo, que ha recibido por cada peso al comprar las mercaderías que necesita, sale perdiendo más de 70 por ciento, lo que es una monstruosidad".[94]

En el imperio industrial de José Tomás Urmeneta, productor de cobre, quien levantó las grandes fundiciones de Guayacán y Tongoy, financió diversas empresas en Coquimbo y en la zona del salitre, se emitió fichas, como ocurrió en todos los establecimientos capitalistas de la época.

El capital bancario de Valparaíso, forjado en la minería argentífera y cuprífera, emigró hacia la zona del salitre. José Santos Ossa y los hermanos Latrille descubrieron salitre en Antofagasta (y en 1870, Díaz Gana y Méndez "Cangalla" descubrieron el mineral de plata de Caracoles) lo cual atrajo inversiones chilenas, que se extendieron pronto a Tarapacá. Al mismo tiempo se trasladaron a esa zona grandes masas proletarias. Por medio de "enganches" inquilinos jóvenes radicados en los fundos y peones de temporada (afuerinos) partieron al norte, a las faenas salitreras. Estos trabajadores no fueron pagados en moneda corriente sino en fichas, las cuales solo eran canjeadas en las "pulperías" de las oficinas salitreras. Los magnates salitreros recuperaban los altos salarios aplicando precios elevados a las mercaderías de la pulpería. Como manifestaba un escritor, a comienzos del siglo XX: "El patrono paga con una mano el salario

[93] Marcelo Segall: "Biografía social de la ficha- salario". Revista "Mapocho", 1964, págs. 1-35. Notable monografía, de alto valor original, sobre el tema.
[94] Publicado en Santiago, en 1887. Citado por M. Segall.

del obrero y con la otra lo recoge, en gran parte, por medio de la pulpería o “quincena". (Mientras tanto, en el centro del país, los terratenientes protestaban contra los enganches, porque debían alzar los salarios agrícolas para retener a los campesinos).

Otro aspecto siniestro del desarrollo capitalista nacional es el del tráfico y explotación de culíes y el rapto, transporte y venta de polinésicos, tahitianos y pascuenses, por capital chileno.

Según el investigador Marcelo Segall, “los culíes fueron trabajadores chilenos sacados de su patria bajo condiciones de esperanza y de engaño, con contratos"... y los polinésicos, “fueron trabajadores raptados con engaño sin ningún costo de las islas del Pacífico, para su explotación en las guaneras".[95]

Gran parte de las riquezas de Perú y Cuba, y en menor grado de Chile, “fue producto de la esclavitud asiática en el siglo pasado". Los más grandes consumidores de culíes fueron las fincas azucareras de Perú y Cuba; y las guaneras de Antofagasta y Tarapacá y de otras regiones del Perú.

Don Benjamín Vicuña Mackenna denunció en 1862 el tráfico de esclavos por barcos chilenos y peruanos no obstante haber sido Chile el primer país americano que abolió la esclavitud. Contrataban indígenas polinésicos y, luego, los vendían por trescientos pesos en las guaneras del Perú. En las islas Chinchas se reunían hasta 80 veleros cargando guano. El régimen de 16 horas diarias de trabajo, por $ 4 mensuales, causaba la muerte o el suicidio de centenares de trabajadores.

La barca chilena “David Thomas” capturó 200 nativos de la isla de Perhyn para venderlos en “El Callao”. “La Eliza Masón” llegó al Perú con 240 hombres y mujeres recogidos en la isla Pay-Pay, por cuenta de la “Sociedad seis amigos del Callao”. El bergantín chileno “Ellen Elizabeth” fue fletado por José Tomás Ramos, de Valparaíso, para una nueva expedición esclavista de Polinesia a Lambayeque. El gobierno peruano comenzó a rescatar y repatriar esos cargamentos humanos y tuvo que hacerlo bajo control naval para impedir que los libertos fuesen arrojados por la borda. La reina Pomaré hizo embargar en Tahití 5 barcos, tres de ellos chilenos: “Eliza Masón”, “Teresa Ramos” y “Rosalía” (este de 230 toneladas, había navegado de Valparaíso a California con harina, mineros y mujeres de placer), condenando a sus capitanes y sobrecargos a diez años de cárcel. En 1860, el H. M. S. Brick detuvo en el estrecho de Mozambique al Clipper “Manuela”, que bajo colores chilenos conducía culíes de Hong-Kong al Caribe. Se probó que los armadores eran cubanos de La Habana y “Sunmy South” el verdadero nombre de la nave. No siempre eran chilenos los buques esclavistas de bandera nacional.

M. Segall reproduce en su estudio un aviso aparecido en “El Copiapino”, de Jotabeche, del 19 de mayo de 1853: “Colonos chilenos... la barca Isabel Quintana... debe llegar a Caldera con 120... Todos vienen obligados a ocho años de trabajos forzosos y los hay de diversos oficios... Sus pedidos a don Manuel Chapitea.”

La traída de los culíes se hacía de acuerdo con contratos válidos por 8 o 10 años, “sobre la base de la deuda por el transporte, los “derechos” pagados a los mandarines y un pequeño anticipo para sus familiares, debían trabajar sin jornal por el plazo estipulado. Cumplido ese lapso, tampoco tenían posibilidad de quedar libres con nuevas “deudas”, adquiridas en las “pulperías” —en calidad de anticipos sobre futuros

[95] Marcelo Segall: "Esclavitud y tráfico de culíes en Chile”. Boletín de la Universidad de Chile. N°75, junio de 1967. Excelente artículo sobre el tráfico de culíes; acerca de sus acciones en beneficio del ejército chileno en la Guerra del Pacífico; y en torno al régimen jurídico del trabajo culi.

trabajos— jamás lograban huir. Se han encontrado hombres encadenados en Tarapacá. El número de suicidas espanta" ...

Entre los traficantes de esclavos señala a José Tomás Ramos, comerciante azucarero y propietario de fincas en el Perú tenía su casa matriz en Valparaíso; a la Casa Artola, que tuvo el control económico del tráfico de culíes en Antofagasta, ("La historia antofagastina de la Casa Artola es casi la historia económica de la provincia en el lapso entre 1828 y la explotación salitrera"), y además practicó el préstamo usurario. En la ciudad misma solo hacía circular fichas y vales a la Casa Chapitea, dedicada al tráfico y a la habilitación. Sus barcos viajaban a China transportando cobre y plata. De retorno traían sedas, té y culíes. A estos los colocaban en la zona de Atacama-Coquimbo; y, sobre todo, comerciaron en esclavos desde las islas Chinchas y Lobos hasta Coquimbo. (Desde 1842 la riqueza guanera de Mejillones produjo rivalidades mercantiles que se proyectaron en conflictos de límites entre Bolivia y Chile).[96]

LAS FORMAS DE EXPOLIACION DEL TRABAJO EN LOS CAMPOS

Por otro lado, la situación en el campo no es menos dramática. Atraso en la explotación del suelo y miseria aterradora en el campesino. Una reciente monografía de uno de los integrantes de un grupo de investigadores dedicados a realizar trabajos en torno al ambiente rural chileno, del Centro de Estudios socioeconómicos, (Ceso), de la Facultad de Ciencias Económicas de la U. de Chile, don Gonzalo Izquierdo F., en "Un estudio de las ideologías chilenas" (La sociedad de Agricultura en el siglo XIX)"[97], aparecido en 1968, esclarece aquella situación. Los agricultores preocupados por el mejoramiento de las labores agropecuarias fundaron la Sociedad de Agricultura, en 1838, pero entró en completa decadencia poco después de 1848; se volvió a fundar en 1856, y duró solo dos años. En 1869, cuando se realizó la primera exposición de Agricultura, se llevó a cabo una tercera fundación. Dicha sociedad exalta la superioridad de la agricultura, porque "la economía rural es la esencia que más se aproxima a la sabiduría"; la vida agraria entraña una vida virtuosa; y por ello debe existir una íntima vinculación del propietario con su tierra. El ausentismo del hacendado es criticado como uno de los males de la agricultura chilena. Hacen ver el atraso técnico en que se encuentra la agricultura chilena durante el siglo XIX (y Claudio Gay, en sus volúmenes sobre "Agricultura", dejó una descripción sobre ese atraso); denuncian el ocio culpable y la decrépita rutina, la resistencia a las innovaciones, el horror al cambio, que afecta a las técnicas agrícolas; inercia atribuida al legado colonial. Al detallar los males de la agricultura chilena, indican: Falta de mano de obra; necesidad de maquinaria y de inmigración; escasez de capital y de créditos; carencia de una legislación agraria; excesivo tamaño de los fundos, lo cual impide el cultivo intensivo; falta de caminos que faciliten la salida de los productos; y ausencia de mercados para la producción agrícola chilena.

Y se suman otras: la carencia de un régimen ordenado, fijo y metódico en la administración de las extensas propiedades, (de ellas apenas se conocen los recursos y productos que son capaces de dar); los terrenos

[96] En su ensayo M. Segall presenta numerosos detalles sobre las faenas guaneras y las rivalidades capitalistas originadas en ellas; y, mismo, suministra interesantes datos sobre la actitud de los culíes en el Perú, cuando el ejército chileno penetró hasta Lima. Los culíes bajo la dirección de un elocuente líder de su libertad, un chino que tomó el nombre de Quintín Quintana, apoyaron a las fuerzas chilenas como a sus libertadores, y se enrolaron en ellas como auxiliares.

[97] La obra posee una amplia bibliografía basada en la documentación de la Sociedad de Agricultura; del Congreso Nacional (sesiones de los Cuerpos Legislativos, 1810-1845, y actas de las Cámaras de Senadores y Diputados de 1846, en adelante); memorias ministeriales, y prensa periódica. Utiliza la colección de "El Agricultor", 78 números de 1838 a 1849; y el "Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura", 25 volúmenes de 1869 a 1894.

cultivados son muchos y se trabajan pocos; el atraso de la agricultura, porque el terrateniente no se preocupa por su modernización, no da importancia al uso de las nuevas máquinas agrícolas.

En el capítulo: "Campesinos y Hacendados", reproduce abundantes testimonios sobre las condiciones de vida del campesinado, caracterizadas por niveles más penosos que los de los siervos medioevales. Viven en absoluta miseria, en la incertidumbre, por lo cual no pueden mejorar sus ranchos, plantar árboles, adelantar el pedazo de tierra en que habitan. Viven embrutecidos como los animales y a causa de la absoluta falta de higiene, la mortalidad infantil es altísima. Grandes miserias, privaciones e injusticias, sin propiedad ni residencia fija, tales son las condiciones en que viven los campesinos chilenos.

El campesino prácticamente no recibe pago en dinero; por ello es víctima de los agiotistas a quienes vende en verde sus productos; está totalmente sometido al amo y otras autoridades y a la iglesia (sin tener ni para subsistir estaba obligado a cancelar el diezmo). No podía interponer queja alguna contra el propietario, porque éste es el juez; entre otros abusos, se le aplicaba la pena de azotes; se le cobran excesivos derechos parroquiales.

Eran explotados y tiranizados tanto por las autoridades como por el patrón. Se describen sus vicios y virtudes: ser desmoralizado y de costumbres bárbaras. Sus vicios más acusados: la embriaguez, la crueldad sanguinaria, el juego desenfrenado, la incuria, la infidelidad para con el patrón, y para los suyos, la falta absoluta de honradez. Es grosero y egoísta, ve en su mujer solo un elemento de placer y de trabajo. Imprevisor y con tendencia a la vagancia.

Algunos le reconocen virtudes: capaz de aprender nuevas técnicas o sistemas de trabajo; apto por su resistencia para realizar faenas pesadas. Y hasta susceptible de ser honrado.

"Las causas que mantienen y originan estos vicios —dice un autor— son variadas: la inseguridad en el goce de sus posesiones, consecuencia de la facultad discrecional que los amos se reservan para hacerlos cambiar de domicilio, sin abonarles cosa alguna por las mejoras realizadas; la falta de estímulo para producir y las dificultades para vender los productos; la opresión por parte de los patrones; la falta de educación moral e intelectual; la mala administración de justicia y la impunidad de los delitos, ya que las autoridades permiten que se continúen los crímenes y malos hábitos y la inmoralidad de las chinganas, escuelas de vicios. Son estas condiciones de vida las que explican ciertas características del temperamento de la mayoría de los trabajadores rurales: la indolencia, la obstinación en conservar las antiguas rutinas, así como también su tristeza, desaliño y su carácter insociable y feroz".

Lo anterior explica también la tendencia al éxodo de parte de la población rural a lo largo del siglo XIX. Sobre todo, se hizo crítico hacia 1870, por encaminarse grandes corrientes emigratorias hacia el exterior de la República (Bolivia y Perú, norte de Argentina y Patagonia).

Se hicieron grandes reclutamientos de obreros para el Perú (minas, salitreras, construcción de ferrocarriles).

Emigración dentro del país, hacia los centros urbanos, y lugares en que se les ofrecía trabajo ocasional.

Suministra algunas informaciones sobre el inquilinaje. El sistema del inquilinaje era considerado justo y necesario. Por la extensión de los fundos y los campos despoblados, sin aldeas, no hay otro sistema aplicable. (Bajos salarios y falta de acceso a la propiedad, ninguna legislación favorable a la colonización por parte de los inquilinos chilenos).

(En el apéndice III, “Sobre inquilinos y peones”, recopila datos sobre condición de los inquilinos, obligaciones, regalías y salarios y sus numerosas categorías y divisiones... En cuanto a salarios, los cálculos fluctúan entre 20 centavos diarios a 75 centavos diarios. Lauro Barros define así el inquilinaje: “El inquilino es en Chile una institución enteramente libre, un contrato entre patrón e inquilino, por el cual el primero se obliga a dar al segundo algunas cuadras de tierra para su siembra y pasto para criar un determinado número de animales en cambio de servicios que el segundo presta a la hacienda, ya con su persona, ya con la de sus hijos u otros brazos auxiliares que busca con este objeto”.

(Tomado de Lauro Barros: “Ensayo sobre la condición de las clases rurales en Chile”.1875).

El hacendado “es a menudo censurado, ya sea por su ausentismo, ya por su falta de interés por desarrollar una actividad laboriosa y creativa en la explotación de sus tierras y su falta de preparación técnica y su incapacidad organizadora. Se le ha criticado por su tratamiento inhumano y despótico de los campesinos. También se ha censurado su apetencia por los grandes dominios territoriales derivada de un falso orgullo y sentido de prestigio social”.

Al principio hubo una actitud paternalista hacia los campesinos, después indiferencia hacia los problemas sociales y actitud interesada, egoísta. Se preocupa cuando se presenta el problema de la falta de brazos para sus labores.

Algunos niegan la existencia de la miseria; sostienen que se le exagera en detrimento del prestigio de los hacendados haciendo con ello peligrar el orden y la estabilidad social. En resumen, la Sociedad de Agricultura, al comienzo como emanación del espíritu reformista de la Ilustración, encarna un liberalismo en el cual subsisten rasgos aristocráticos; el vínculo de fidelidad hacia el señor y la tutela de éste hacia los pobres. Ideas presentadas artificialmente a una sociedad de estructura aristocrática, distante de la posibilidad de incorporar valores propios de una sociedad burguesa.

El estudio de Gonzalo Izquierdo posee un valor indiscutible, pues más allá del análisis de la existencia de la Sociedad Nacional de Agricultura, expone los múltiples rasgos del atraso de la industria agrícola chilena, hondo problema aún sin resolución adecuada.

El desarrollo de la minería como gran industria, el crecimiento del sector urbano y el avance fabril, hace aparecer una importante clase obrera y ayudan a formar una numerosa clase media. (El relativo progreso industrial posee una expresión notable en la “Maestranza y Fundición de Caleta Abarca”, de Lever y Murphy, (primero fue la fábrica “La Caledonia”, de Ricardo Lever y Guillermo Murphy, y luego se llamó “Fundición Chile” en Caleta Abarca). Ahí trabajaban más de 2.000 obreros y se construyeron locomotoras, carros, puentes, barcos. La escampavía “Meteoro” fue el primer buque de acero fabricado en astilleros latinoamericanos del Pacífico. En 1893 entregó 148 carros para los ferrocarriles del Estado; construyó los puentes del Maule, Biobío y otros). Las modificaciones económicas, la formación de una fuerza de trabajo industrial y las terribles condiciones de vida (bajos salarios, mala vivienda, ninguna salubridad, desvalorización de la moneda, inflación...) provocan el choque violento entre asalariados y capitalistas, y de él surge la “cuestión social”.

Las condiciones de vida del pueblo se reflejan en hechos como los siguientes; es alta la tasa de natalidad, un 38 por 1.000, la tasa de mortalidad es de un 31 por 1.000, una de las más altas del mundo; la mortalidad infantil alcanza a un 304 por 1.000, verdaderamente aterradora; las jornadas diarias de trabajo solían ser de 12 y 14 horas y en algunos oficios abusivos, como los textiles, de 16. Los niños de más de 11 años podían

legalmente trabajar y muchos lo hacían. En las grandes faenas mineras imperaban normas odiosas de expoliación del obrero, cuáles eran los sistemas de "fichas" y de "pulperías". Prácticamente no recibían salario en moneda Por otro lado, la desvalorización monetaria era constante y un elemento de prosperidad de los terratenientes y de los exportadores. Todos los analistas de ese fenómeno dejaron sentado que la inflación era una "técnica de explotación oligárquica".

El investigador norteamericano James C Morris, en su reciente y minucioso estudio "Las élites, los intelectuales y el consenso (Estudio de la cuestión social y del sistema de relaciones industriales de Chile)", aparecido en 1967, cita las opiniones de Edwards Ross (expuestas en su libro South of Panamá", New York, 1915), quién "declaraba que los oligarcas poseedores de la tierra perpetuaban en forma deliberada al régimen de papel moneda. En lenguaje que hace evocar a Venegas, Ross argumenta que "El hacendado vende sus productos a Europa en oro y mientras más baja sea la tasa de cambio más obtiene en moneda chilena". Estos pesos despreciados, de los que regularmente recibía una mayor cantidad, le servían muchísimo para cancelar su deuda hipotecaria fija en el país. Más aún agrega Ross, "los salarios de los campesinos no aumentan según la misma razón de depreciación del peso, de manera que el hacendado obtiene una utilidad a costa de sus inquilinos, los que no tienen la menor idea de por qué cada año la vida resulta más difícil". Para resistir la explotación, los trabajadores se empiezan a organizar y desatan huelgas de proporciones.

LA RESPUESTA DE LOS TRABAJADORES A LA REPRESION CAPITALISTA

Las primeras huelgas chilenas importantes datan de la década de 1880, sostenidas por los obreros calificados de las ciudades, portuarios y cuadrillas de construcción de ferrocarriles. En 1890 se produjo la primera gran huelga en la región del salitre, en Tarapacá, que empezó por los portuarios de Iquique y se extendió a toda la provincia, afectando a más de 10.000 obreros. La represión significó, según James O. Morris, 15 muertos y alrededor de 100 heridos. En toda la década de 1890 se contabilizaron alrededor de 300 conflictos.

Según datos de M. Segall, el 26 de febrero de 1882 apareció el primer número del semanario "El Precursor", órgano de los obreros. Se transformó en bisemanal. Publicó en forma de folletín la "Historia de las Sociedades Obreras en Chile", de Francisco Prado. Daba noticias de las huelgas en los países europeos, y de las de sastres y de tipógrafos en Chile. Publicó extractos de sesiones de las sociedades obreras y detalles de sus actividades. En un número rindió homenaje a Fermín Vivaceta, organizador de mutuales.[98] El primer periódico ácrata chileno sería, "el Oprimido", que se editó en 1893 en Santiago y Valparaíso. (En 1890, el 62 por ciento de la población era rural; y en 1895, funcionaban 2.448 establecimientos industriales, con 42.747 operarios).

El investigador Marcelo Segall afirma que detrás del periódico "El Precursor" estaba una organización popular, la "Sociedad Escuela Republicana", cuyos miembros integraban sociedades artesanales y obreras. Habían ingresado al Partido Radical, pero al comprobar el desinterés de esta colectividad por sus anhelos democráticos y populares, se alejaron de sus filas y se organizaron en forma independiente. Orientaron huelgas de diversos gremios; les reunieron "cajas de resistencia", y los defendieron en las páginas de "El Precursor".

[98] En 1870 las sociedades mutualistas eran 13, y en 1900, alcanzaban a 240.

También habría presentado candidatos propios en las elecciones, haciendo triunfar a algunos en los comicios municipales, como al escritor Horacio Lara, en Concepción. Su existencia fue efímera; algunos volvieron al Partido Radical y, luego, orientaron las huestes del Partido Demócrata, que se escindió del radicalismo.

Más adelante se formaron: el "Partido Obrero-socialista Francisco Bilbao", la "Unión Socialista" en octubre de 1897; el "Partido Socialista", en diciembre de 1897; y el "Partido Demócrata-Socialista", en Valparaíso, en 1901.

Con motivo del 1° de mayo de 1893, Luis Peña Lara, miembro del Partido Demócrata, escribió una proclama llamando a los explotados y oprimidos a combatir la organización actual de la sociedad burguesa, (en "El Obrero", de La Serena, del 29 de abril de 1893). En 1897 apareció "El Proletario", órgano de la "Unión Socialista", y en 1901 salió a la luz en Santiago, un periódico "El Socialista".

Desde fines del siglo XIX se desarrollan las uniones de protección al trabajo; luego, las mancomúnales y las sociedades de resistencia. Los conflictos sangrientos estallan con la huelga portuaria de Valparaíso, en 1903. En seguida, en Santiago, en 1905. En este doloroso suceso, según James O. Morris hubo de 200 a 400 muertos y heridos, y cita un párrafo de E. Ross, en el cual expresa: "Se trajo de vuelta a los soldados tan pronto como fue posible y se mató a cuatrocientas personas. La juventud dorada de la capital, a la que se había armado como medida de emergencia, se entretenía imaginando sans-culottes".

En 1906, en Antofagasta, el número de muertos, según el mismo investigador, habría alcanzado a 150 y el de heridos al doble. En 1907, en Iquique, a raíz de la inhumana masacre de la Escuela Santa María perecieron más de 2.000 obreros, de acuerdo con el testimonio de numerosos participantes en el conflicto y de varios otros testigos.

En aquellos años la conciencia de clase y de lucha de los sectores asalariados era débil, y en 1910, apenas llegaban a 65.000 los obreros organizados.

ASPECTOS DE LA CUESTION SOCIAL EN CHILE SEGUN UN INVESTIGADOR NORTEAMERICANO

Nos hemos referido al estudio del investigador norteamericano James O. Morris. Es de positivo mérito, y constituye un minucioso panorama sobre la cuestión social en Chile, al establecer los antecedentes históricos, desde 1900 más o menos, para comprender la naturaleza y significación del sistema de relaciones industriales instituido en 1924. Proporciona material pertinente al desarrollo económico, fuerza de trabajo, organizaciones de los trabajadores, relaciones obrero-patronales y partidos políticos. En seguida, analiza los proyectos de legislación del trabajo de la agrupación conservadora y de la alianza liberal, describiendo la génesis y contenidos de las proposiciones legislativas de las élites en la esfera del trabajo y destacando el papel de los intelectuales en su formulación. El 2 de junio de 1919, siete senadores del Partido Conservador presentaron un proyecto de ley del trabajo; y Arturo Alessandri al año de ser presidente, en nombre de la Alianza Liberal, su combinación de gobierno entregó un extenso proyecto de Código del Trabajo. A continuación, examina la oposición de las élites; en especial evalúa la resistencia presentada a la legislación del trabajo desde las organizaciones claves de los agricultores y empresarios, así como por la Iglesia Católica; asimismo relata la tramitación legislativa de los proyectos en el lustro de 1919-1924; los debates, maniobras, rivalidades políticas y, finalmente, la crisis constitucional que culminó con la intervención de los militares. En la parte final, pone de manifiesto la aceptación del movimiento

revolucionario de los trabajadores, del sistema legal de relaciones industriales, consolidado con el gobierno del Frente Popular.

La bibliografía consultada para redactar su trabajo es inmensa: sesiones del Congreso Nacional; archivos y actas de los partidos políticos. (Conservador, Liberal, Nacional, Democrático, Radical); de varias organizaciones privadas (Sociedad de Fomento Fabril, Sociedad Nacional de Agricultura, Confederación de Trabajadores de Chile); diarios, periódicos (por ejemplo Boletín de la Oficina del Trabajo, de la Sociedad de Fomento Fabril, de la Sociedad Nacional de Agricultura, etc.); publicaciones periódicas diversas, libros, folletos, y memorias de estudiantes universitarios, fecunda fuente original para el estudio de los intelectuales y las leyes del trabajo del año 1924. Consultó con inteligencia los periódicos socialistas, como "La Federación Obrera", 1921-1923, y "El Socialista", 1921- 1923, reemplazados por "Justicia", en 1924-1927.

A través de sus páginas registra innumerables títulos de memorias de prueba en la Facultad de Derecho sobre cuestiones sociales, problemas del trabajo, legislación social, tanto de la Escuela Católica (Juan Enrique Concha, Javier Díaz Lira, Jorge Errázuriz Tagle, Eduardo Pantaleón Fontecilla, Benjamín Vicuña Subercaseaux, Bartolomé Palacios S.) como de otros de tendencias liberales democráticas, o meramente técnicas, (Héctor Holley, Carlos Roberto González, Jorge Gustavo Silva, Moisés Poblete Troncoso, etc.).

Es muy interesante su comentario de las obras publicadas en inglés sobre la situación de Chile, escritas por periodistas y viajeros visitantes del país, como las siguientes: Edwards A. Ross: "South of Panama", 1915; John Reese Stevenson: "The Chilean popular front", 1942; Robert J. Alexander: "Communism in Latin America", 1957; Frederick B. Pike: "Chile and the United States", 1963; Kalman H. Silvert: "Chile: yesterday and today", 1965; Ernst Halperin: "Nationalism and communism in Chile", 1965. (Además cita los trabajos clásicos de Mac-Brides, F. W. Fetter y A. Mac-Leish). En una referencia especial al libro de F. B. Pike, manifiesta: "En su admirable y bien documentado estudio titulado "Chile and the United States, 1880-1962", Pike ha hecho notar que "casi ningún autor chileno de prestigio ha dejado de señalar su percepción del problema social que se agudizaba cada vez más durante el período parlamentario".

La primera voz intelectual que llamó atención sobre él fue, en 1884, Augusto Orrego Luco, en una serie de 5 artículos en "La Patria", de Valparaíso, con el título de "La cuestión social en Chile".

A juicio de James O. Morris, en Chile, el régimen parlamentario, (1891-1924), fue un movimiento innecesario a la intransigencia clasista y a la estática social". Y en cuanto al problema del extremismo del movimiento obrero en Chile, encuentra que no se le ha explicado en forma amplia y libre. Expresa: "Los intelectuales comunistas y socialistas, en particular, describen con gran detalle la naturaleza, el volumen y la cronología de la llegada de la literatura izquierdista a Chile, como si la creciente rebelión de la clase obrera fuese en cierto modo la árida experiencia intelectual" (en nota dice: "véase, por ejemplo, Ramírez, Historia del movimiento obrero en Chile, págs. 141-148, 204, 205 y César Jobet "Ensayo crítico del desarrollo económico social de Chile, págs. 153-154)". Más adelante agrega: "Los marxistas chilenos no han tenido ninguna imaginación para explicar el desarrollo de un movimiento revolucionario en su país". (A su entender Carlos Keller, al tratar la cuestión social en Chile en su libro "La eterna crisis chilena", en 1931, explicó en forma más original la génesis del movimiento revolucionario obrero y político. Para ese autor sería la consecuencia del choque de intereses, emociones y diferencias raciales. La aristocracia rural y los capitalistas no se ocupaban del bienestar de los trabajadores ni de su desarrollo intelectual y moral por lo cual se resistieron y se entregaron al "comunismo").

La explicación racial de Keller (tomada de Palacios y Encina, en Chile, y de pensadores europeos puestos en boga por el movimiento fascista) se limita a ocultar la pugna de clases, tal como la ve la interpretación marxista del proceso histórico y como el propio Morris la aplica correctamente cuando habla de la "intransigencia clasista" de la oligarquía senatorial, enemiga de la legislación social, de la educación primaria obligatoria, del mejoramiento de la salubridad pública, del aumento de los salarios, en general, de la protección al trabajo y al obrero.

Respecto de mi trabajo aludido, por cierto de "ninguna imaginación", me limité a presentar en él la explotación capitalista como básica en la organización y lucha de la clase trabajadora, dirigida a impedirla y suprimirla; a rastrear la formación de una temprana conciencia de clase en una minoría obrera, propiciando la organización independiente del proletariado nacional (uniones socialistas, sociedad de resistencia, mancomúnales, sindicatos clasistas) como única herramienta para conseguir su mejoramiento y victoria; y a señalar la influencia de la presencia obrera y de la literatura revolucionaria (por medio de la lectura comentada, de conferencias, de folletos populares y de la constitución de ateneos obreros) en el desarrollo y endurecimiento de esa conciencia de clase, en la explicación propia y real de los fenómenos sociales, en el perfeccionamiento individual de los líderes, en la agitación de las masas y denuncia de las injusticias del régimen capitalista.

LAS IGLESIAS PROTESTANTES Y LA LUCHA SOCIAL EN CHILE

Otro libro del más alto interés es el de Christian Lalive d'Epenay: "El refugio de las masas". (Estudio sociológico del protestantismo chileno) 1968.

El autor es suizo, de lengua francesa, de confesión reformada y de formación universitaria. Profesor ayudante de Sociología en la Universidad de Ginebra. Contratado en 1965 por el Consejo Mundial de Iglesias para llevar a cabo estudios sobre el tema: "protestantismo y cambio social en América Latina". Su primer fruto es este libro sobre el protestantismo chileno, resultado de casi dos años de estudio y de investigación (trece meses de observación-participación, o sea, asistir y tomar parte en las actividades comunitarias de las iglesias protestantes y penetrar en la vida de las familias pentecostales, tanto de pastores como de fieles; consulta por medio de cuestionarios y entrevistas; y análisis de documentos escritos: documentos de los pentecostales chilenos, obras y artículos sobre el protestantismo en Chile; obras sobre la historia, sociología, economía y política de Chile. Señala la importancia del libro del padre I. Vergara: "El protestantismo en Chile". La encuesta se limitó a tres provincias: Santiago (urbana); Cautín (agrícola y rural); Concepción (mixta).

Es un estudio de las iglesias protestantes dentro de la sociedad chilena, y, en especial, un enfoque más detenido del movimiento pentecostal, forma de protestantismo popular, y que en Chile nació de una disidencia del metodismo.

Al enfocar la influencia del pentecostalismo en la sociedad chilena y si aporta elementos que contribuyan favorablemente al desarrollo del país, "resalta la ambigüedad social del movimiento evangélico: ofrece a las masas populares un lugar donde hallar seguridad y reposo, pero desde el cual renuncian a luchar para derribar y transformar aquello que oprime al pueblo. Es "el refugio de las masas".

La conclusión del capítulo 6: "Significado y consecuencias de la huelga social del pentecostalismo", es ésta: "Radicalizando y espiritualizando el metodismo del siglo XIX, pero conservando, sin embargo, y hasta reforzando, algunos de sus dogmas principales, como el del dualismo carne-espíritu, y el del carácter

inminente pero trascendente y ultraterreno del Reino, situado en el cielo, el pentecostalismo enseña a sus adeptos la huelga socio-política pasiva, limitada por el mandamiento de la sumisión a las autoridades. En sus formas sociales, se presenta como una reconstitución especializada (puesto que es puramente religiosa) de una sociedad moribunda; como el heredero de las estructuras del pasado más que como el precursor de la sociedad emergente. Estos componentes hacen del pentecostalismo, en último análisis, una fuerza del orden más que un elemento de progreso; un defensor del statu quo y no un promotor del cambio. Ahí se encuentra uno de los elementos más sorprendentes y para emitir un juicio personal, más lamentables del pentecostalismo. Este, compuesto de fieles pertenecientes a las capas populares chilenas, desarrolla en ellos una mentalidad que los lleva a alinearse poniéndose al lado del conservantismo. Este es también su punto débil. En efecto, a medida que continúen desarrollándose organizaciones de toda clase, cuyo fin sea la movilización del pueblo y la creación de actitudes favorables al cambio, el fiel se sentirá cada vez más desgarrado entre su iglesia y su país, entre su fe religiosa y sus intereses económicos y políticos. El hecho mismo de que, salvo raras excepciones, el sindicalista activo termine rompiendo con su iglesia, la que también lo rechaza, indicaría que esta tensión juega más en favor del compromiso secular que del religioso.

"En otras palabras —y será sobre este punto que deberán centrar su atención los observadores en los años venideros— la movilización creciente del pueblo chileno, ¿frenará la expansión pentecostal hasta darle un signo negativo? ¿Provocará una mutación del pentecostalismo chileno? ¿Será este frenado de tal modo por el peso de la tradición, que resulte incapaz de reformarse? A nuestro parecer, el choque provocado por la toma de conciencia de las masas chilenas dominará la historia del pentecostalismo en los años venideros".

La obra de Lalive d'Epinay es muy densa y toca muchos aspectos de la realidad chilena, en relación con el problema religioso en su plano evangélico-protestante. Las interrogantes reproducidas tocan certeramente el fondo y el destino del movimiento pentecostal, y nuestros deseos son que encuentren una respuesta positiva de acuerdo con el avance de la conciencia revolucionaria del pueblo chileno, con la radicalización creciente de las distintas capas pobres del país, y también, con una pronta vuelta de los líderes pentecostales a la consideración de aquellos años, en las décadas del treinta y del cuarenta, durante las cuales amplios sectores del protestantismo chileno participaron fructíferamente en el vasto proceso socialista de Chile.

EL ORIGEN Y LA TRAYECTORIA DE LOS PARTIDOS POLITICOS CHILENOS

Un excelente estudio del desarrollo político nacional es el volumen de Germán Urzúa Valenzuela: "Los partidos políticos chilenos. Las fuerzas políticas. Ensayos de insurgencia política en Chile". (Editorial Jurídica de Chile) 1968.

En primer término, describe los grupos políticos desde 1810 a 1891, período en el cual distingue las épocas de los bandos políticos, de los grupos personalistas, del partido oficial único (desde Lircay, en 1830, hasta el decenio de don Manuel Montt) del bipartidismo (partido nacional, fusión liberal-conservadora, (fines decenio de M. Montt y decenio de J. J. Pérez); y de la multiplicación de los partidos (Nacional, Conservador, Liberal, Radical, Demócrata, Liberal-Democrático).

En segundo término, enfoca los partidos, la "cuestión social", y los sucesos más relevantes, con posterioridad a la guerra civil de 1891, hasta las nuevas tendencias del presente. Inserta cuadros sobre la

evolución electoral de los partidos demócrata, liberal, socialista, conservador, falange nacional y radical; las elecciones de diputados de 1925 a 1965; y las elecciones presidenciales de 1932 a 1964.

En la tercera parte analiza "los partidos y tendencias en el siglo XIX". Según el autor, fueron tres las tendencias políticas fundamentales: la conservadora, la liberal y la radical. Las caracteriza y examina en sus mutaciones, entregando una clave explicativa de la mecánica misma de los partidos, el juego de los intereses de clase y el entrecruzamiento de los círculos de presión.

A la tendencia conservadora la define a través de los planos religioso, político y social. El conservantismo posee un carácter confesional; su unión con la Iglesia Católica es estrecha. En cuanto a la tendencia liberal, traza su proceso desde sus comienzos románticos hasta su confusión y mezcla con el conservantismo. (Lo curioso es qué no obstante la lucha ardorosa del liberalismo para laicizar las instituciones, oponiéndose a los conservadores pechoños, en el fondo casi todos sus miembros eran también católicos). En el siglo XX se acentuó la convergencia entre el conservantismo rural y el liberalismo urbano, hasta fundirse en el seno de la oligarquía plutocrática. Y, a raíz de su desastre electoral de 1965, por mantenerse políticamente separados, se amalgamaron en un nuevo único partido: el Partido Nacional.

Respecto del radicalismo lleva a cabo un examen de su constitución inicial, como fuerte grupo de mineros industriales y comerciantes, y profesionales de las carreras liberales; y, luego, su crecimiento y sus cambios en su composición social hasta transformarse en un partido centrista de alta y media burguesías. El desarrollo de la burocracia atrajo un importante sector a sus filas y el incremento de la educación secundaria fiscal permitió la formación de una capa de profesionales que, en gran porcentaje, se hizo radical.

En la primera etapa de la evolución nacional, la vinculación entre los grupos sociales y los partidos fue ésta:

	Partido	Actividad económica	Clase
			Terrateniente
		Agrícola	
		(Soc. Nac. de Agrie.)	
Iglesia Católica —	Partido Conservador		
	— Partido Liberal	Industria	— Alta burguesía
		Comercio	
		Minería	
Masonería —			
	— Partido Radical	Soc. Fomento Fabril	Alta y media burguesía.
		Soc. Nac. Minería	

En la cuarta parte, sobre "el siglo actual y los ensayos de insurgencia en Chile", analiza la incorporación del pueblo a la acción política y aunque su presencia es decisiva, sin embargo, la acción política de izquierda

en Chile está siempre orientada por elementos intelectuales de clase media. Se ha constituido una verdadera oligarquía dirigente de elementos pequeñoburgueses, que orienta la línea "clasista" de los partidos de izquierda, populares, y el elemento obrero no tiene el menor acceso a esas directivas. En cambio, una burguesía altamente intelectualizada y a veces rica, y por lo mismo muy vinculada a los sectores de la derecha económica, domina los cuadros políticos de los partidos de clase media como el Radical y el Democratacristiano".

Dedica un pequeño capítulo al estudio del socialismo marxista. Aparte de algunas notas generales, es un enfoque muy limitado del Partido Socialista. A su juicio, existía una concepción socialista general que inspira las principales corrientes críticas e "insurgentes" nacionales; pero en definitiva se estructura en el Partido Socialista que procura representar los intereses de clase obrera —campesina—. A pesar de sus numerosas divisiones ha conseguido reclutar y representar un importante sector de la ciudadanía, que corresponde a la porción de la clase obrera y campesina, de clase media (empleados, artesanos, profesionales), e intelectuales y estudiantes. A su juicio, las divisiones del PS han sido ocasionadas por causas de personalismo político a pesar de tratarse de una colectividad "doctrinaria". También anota el choque constante del P. S. con el Partido Radical y con el Partido Comunista, no obstante "su unidad". En una observación acertada expresa: "en la actualidad esta entidad pese al crecimiento general exhibido en las elecciones municipales de 1967 atraviesa un grave proceso de crisis y desarticulación interna que puede provocar su fin". La predicción se confirmó al producirse una nueva división, acaudillada por el senador Raúl Ampuero, quien organizó el Partido Unión Socialista Popular. Pero en las elecciones de marzo de 1969 demostró no haber experimentado un grave daño, pues mantuvo su votación y su representación parlamentaria. (El P. U. S. P. perdió todos sus diputados y el propio senador Ampuero resultó derrotado). Su escisión afectó al PS en cuanto lo hizo perder 2 senadores y unos 6 diputados.

Es de lamentar que G. Urzúa V. no haya verificado un examen profundo del socialismo y un estudio del comunismo, de su papel y de su línea política en Chile.

En medio de sus minuciosos detalles desliza algunos pequeños errores. Por ejemplo, en la página 57 dice: "Entre ellos se destaca el Partido Comunista, fundado en 1912, por el líder obrero L. Emilio Recabarren, con el nombre de Obrero Socialista (POS)". En esa época todavía no existían los partidos comunistas, pues éstos se organizaron a raíz de la revolución rusa y del triunfo de Lenin. El PC, se fundó en Chile por Recabarren, en enero de 1922, transformando al POS, en PC, sección chilena de la III Internacional. En la pág. 75 escribe: "También debemos consignar que el Partido Socialista Unificado se transformó entonces en el de Izquierda Comunista". En realidad, el PSU se incorporó a la Acción Revolucionaria Socialista y ésta se fusionó con otros tres grupos, el 19 de abril de 1933, dando vida al Partido Socialista de Chile.

La Izquierda Comunista se desligó del P. C. con motivo de la lucha de Stalin contra Trotsky, que afectó al movimiento comunista mundial. En Chile, la división se produjo en 1931. En la misma pág. 75 agrega: "Un segundo se realiza el 6 de enero de 1933 al estructurarse el Block de Izquierdas, compuesto por radicales, radical-socialistas, demócratas, democráticos y social-republicanos. Este Block de Izquierdas llegó a contar con una representación parlamentaria de 19 diputados y 9 senadores, y se integró para apoyar también la gestión del presidente Alessandri; pero fricciones internas provocaron, al igual que el anterior, su ruptura y fracaso". Hay aquí una evidente confusión, pues el Block de Izquierdas se organizó para resistir la dictadura "legal" de Alessandri, y se constituyó con los partidos Socialista, Radical-Socialista, Democrático e Izquierda Comunista, librando una dura batalla de oposición, en defensa de las libertades públicas y de

las clases populares. Desapareció reemplazado por el Frente Popular, (radicales, socialistas, comunistas, democráticos y C. T. Ch.).

UN ENFOQUE DE AMERICA LATINA Y DE CHILE POR ARNOLD J. TOYNBEE

El historiador Arnold J. Toynbee ha llevado a cabo varias visitas a países latinoamericanos. En 1966 permaneció algunos días en Santiago de Chile, donde dictó una conferencia y, luego, recorrió partes de su territorio. Con sus impresiones recogidas en el año, más otras anteriores, compuso un breve y substancioso volumen titulado: "ENTRE EL MAULE Y EL AMAZONAS", cuya primera edición en español apareció en 1968, en atractivo y primoroso formato, integrando la colección viajeros de la Editorial Francisco de Aguirre, de Buenos Aires.

En sus páginas reúne sus observaciones y reflexiones verificadas en tierras de Argentina, Brasil, Chile, Guatemala, México, Puerto Rico y Venezuela. Formula muchos juicios acertados sobre el medio geográfico, las sociedades, la cultura e idiosincrasia de estos países, formulando una interpretación, con frecuencia, aguda de acuerdo con su característica filosofía de la historia. Para Toynbee la génesis y la marcha de una civilización las condicionan la alianza de dos elementos decisivos: una minoría selecta y un ambiente determinado, ni demasiado pobre ni demasiado exuberante. Ese medio ambiente lanza en forma periódica un desafío a la sociedad, la cual encabezada por su minoría creadora responde, con o sin éxito, tratando de resolver las dificultades y problemas del momento. Si dicha respuesta es victoriosa, el proceso continúa hasta cimentar una civilización. La Historia se compone de "desafío" y "respuesta": desafío del destino y respuesta del hombre; y en su libro "Entre el Maule y el Amazonas" enfoca aspectos importantes del desafío del destino a algunos de los pueblos latinoamericanos, y los alcances de sus respuestas.

El título puede inducir a error, dando a entender un examen especial de nuestro país, por ser el Maule un río del centro de Chile, y en su época precolombina el límite meridional del imperio incásico, en su parte trasandina occidental. No es así. La mayor extensión del libro comenta aspectos de Brasil, Argentina-Uruguay y Guatemala-México. Las referencias a los otros países son muy breves.

El "aperçu" sobre Chile abarca diez y media páginas de notas amables o triviales. Según sus observaciones, mientras la vida oficial argentina todavía posee excesiva formalidad, la de Chile es menos rígida (menos "almidonada"), y sus hombres de Estado son abordables, jóvenes, sin ceremonias, con un desarrollado sentido del humor. En su formación racial Chile se parece a la Argentina y al Uruguay, pero sin alcanzar, quizá, el mismo grado de europeización. En Chile es mayor el mestizaje y no se advierte ninguna discriminación social sobre líneas raciales.

La geografía de Chile es sorprendente, y llama la atención, como algo característico, que Santiago no esté en la costa sino en el valle central a los pies de los Andes occidentales, y, asimismo, su gran carretera de la capital a Puerto Montt, de más de mil kilómetros, no toca en ningún punto del litoral. Chile, latitud por latitud, es cada sección más helada que Europa a causa de los límites refrigeradores: la corriente fría de Humboldt y los Andes. Termina con algunas anotaciones sobre dos puertos chilenos: Coquimbo y Valparaíso, mencionando sus actividades y a los británicos ligados a esas zonas. A su juicio, "Valparaíso es la más interesante de todas las ciudades chilenas para un visitante europeo".

En las páginas finales de su libro, Toynbee expone escuetas consideraciones sobre los problemas y el posible destino de Indoamérica. Al preguntarse si se va a la integración de Latinoamérica en vista de la

marcha mundial hacia la unificación por el progreso siempre acelerado de la tecnología, anota que el proceso de "balcanización" no empezó en aquella península europea sino en el imperio español de Indias. Y los países de América latina han experimentado los inconvenientes y las ventajas de la independencia nacional separada por más tiempo que cualquiera de los países de Arabia o África.

Al evidente deseo actual de Latinoamérica de unificación, sobre todo en el campo económico, se vuelve a preguntar si estarán los pueblos latinoamericanos preparados en el plano político, para hacer algún sacrificio de su soberanía nacional. Su experiencia después de haber visitado once países del continente es que las repúblicas se han apartado más una de otra, como resultado de la independencia soberana separada y por las influencias foráneas. El nacionalismo estrecho se ha convertido aquí en una religión más fuerte y potente que el cristianismo. Existe un visible adoctrinamiento nacionalista (en la escuela, en las fuerzas armadas, etc.), enemigo de una verdadera fraternidad y unidad continentales. Toynbee, ante esa triste realidad, escribe: "Si yo fuera un integracionista latinoamericano, mi primer paso sería arrojar todas las estatuas de San Martín al Atlántico, todas las estatuas de O'Higgins al Pacífico y todas las de Bolívar al Caribe y prohibiría que las reemplazaran, bajo pena de muerte. Las sustituiría con réplicas del Cristo de los Andes y cuadros de la Virgen de Guadalupe, y promovería en forma voluntaria —no impulsiva— el peregrinaje de los niños de la escuela a esos santuarios".

Si a pesar de la tradición nacionalista subsistente llegara a prevalecer el deseo de integración sobre el nacionalismo ¿abriría camino hacia el deseo de unidad mundial o solo serviría para reemplazar el nacionalismo fragmentario del presente por un supranacionalismo más maligno, como ocurrió con la unificación alemana en el siglo XIX? Es una interrogante difícil de contestar, aunque el deseo profundo de los pueblos indoamericanos es actuar en estrecha solidaridad con los demás pueblos subdesarrollados para conseguir la justicia y el progreso en el mundo entero.

Lecturas y recuerdos...[99]

"Se reprochó el dejarse someter al dominio feroz que los recuerdos ejercían sobre él, esas cosas que nos ligan al pasado y nos impiden salir de él. Ese retorno de todas las horas, de todos los instantes hacia cosas muertas que se aterran de uno con el peso asfixiante de su inercia".

Jean Malaquais : "Los javaneses".

I IMAGEN DE LORENZO SAZIÉ HERRERA (1897 - 1967).

Mi primer cargo relacionado con la enseñanza, muy modesto, por cierto, de inspector-bibliotecario, lo conseguí en el Liceo de Hombres de Temuco (establecimiento donde había cursado mis humanidades), gracias al apoyo de su rector, don Lorenzo Sazié Herrera. Dos años desempeñé ese puesto, pero durante cuatro colaboré en su obra directiva y docente.

La Facultad de Filosofía de la U. de Chile estableció una sede de Bachillerato en Tecuco, signo de jerarquía y responsabilidad para el Liceo. Por tal motivo su rector se preocupó en reunir fondos extraordinarios para invertirlos en la adquisición de libros modernos, en historia, literatura, filosofía y ciencias, con el objeto de atender a la preparación eficiente de los alumnos decididos a dar la prueba universitaria.

[99] OCCIDENTE N°217 junio 1970

Don Lorenzo viajó especialmente a Santiago a comprarlos y, luego, juntos organizamos la biblioteca; orientamos a los muchachos, y, en general, servimos con entusiasmo y desinterés a los numerosos postulantes tanto de Temuco como de las demás ciudades del sur del país, que escogieron esa sede para rendir sus exámenes.

Aparte del cumplimiento de mi función burocrática, me dediqué a leer copiosamente, con verdadera avidez, los libros de historia, política y sociología, (en esa misma época iniciaba mi actividad política socialista, como dirigente del PS, en la provincia de Cautín). Don Lorenzo era, también, un lector voraz y con una poderosa sensibilidad social. Así, llevados por una común orientación y por un fuerte anhelo didáctico, de contenido moderno, redactamos un manual titulado: "Desarrollo, estructura y ritmo de las doctrinas sociales. 1760-1935", utilizando la rica biblioteca recién adquirida, más las obras clásicas existentes en los viejos anaqueles del plantel. La elaboración de aquel trabajo nos produjo grandes satisfacciones espirituales, ideológicas, y aumentó nuestra cultura. Al mismo tiempo ayudó a muchos alumnos. Pero no logramos verlo publicado no obstante algunas gestiones realizadas en editoriales santiaguinas. Después perdimos los apuntes y los originales al entregarlos despreocupadamente a nuestros alumnos.

Don Lorenzo Sazié Herrera era profesor de Historia y Geografía, y Abogado. Había recibido su título docente con una brillante memoria sobre "Don Miguel José Lastarria", en 1919. Verdadero educador, por vocación innata, desempeñó cargos de importancia, y fue Director General de Educación Primaria, cargo donde defendió la escolaridad mínima de seis años, amenazada con una reducción a cuatro años por la acometida reaccionaria de Alberto Edwards, ministro del dictador Carlos Ibáñez, en aquella época.

Lorenzo Sazié poseía una atrayente presencia: de estatura por sobre la mediana, delgado, de rostro anguloso, abundante cabellera castaña y hermosos ojos celestes, de gestos nerviosos, conversador chispeante, ingenioso y entretenido; provocaba inmediatamente simpatía. Como se dice corrientemente: "tenía facha de caballero". En su trato con todo el mundo se señalaba por su cortesía natural, su sencillez democrática y su afabilidad.

Auténtico maestro, sobresalía por su conocimiento efectivo de los asuntos pedagógicos; por su fina comprensión del alma de los jóvenes y su noble afán de despertarles el entusiasmo por el estudio y la fe en sí mismos; y su permanente trato alegre, ecuánime y justiciero con sus discípulos, colegas y amigos. En sus clases se caracterizaba por ser un expositor claro, fluido, ameno.

Con todas sus cualidades y su honda simpatía, su inteligencia y su facilidad de expresión, y su incansable afán de "hacer cosas" en beneficio de la comunidad, no alcanzó una figuración merecida de acuerdo con su talento. Tal vez porque no se interesó en la política, campo donde pudo "hacer carrera", dadas sus singulares condiciones humanas y su real inquietud social e ideológica.

Pero ni siquiera en la educación, donde sobresalía por tantas virtudes, conquistó un sitio destacado. Por una paradoja increíble fracasó y se malogró. La provincia, con su medio chato y egoísta, lo derrotó. Su exceso de dinamismo, su deseo de avanzar con rapidez; sus proyectos excesivos, ante la parsimonia de las esferas oficiales y su regateo de los medios, la lentitud burocrática y la tramitación de las autoridades superiores sordas al clamor de los espíritus decididos e innovadores; la falta de interés y de respaldo de la colectividad beneficiada con sus acciones; y la más cercana: la incomprensión de los colegas y la desidia, o incapacidad, del personal administrativo obligado a organizarle en forma correcta los aspectos prosaicos y rutinarios de toda gestión directiva, causaron su caída y su reducción a un cargo modesto en una pequeña

ciudad del centro del país. Tal vez indignado por la injusticia, no trató de conseguir la intervención de sus altas amistades con el objeto de revisar su caso, y se limitó a aceptar con sosiego el extraño desenlace.

Por la elevada situación profesional de su abuelo y de su padre, don Lorenzo Sazié se desenvolvió en un ambiente distinguido, de innumerables relaciones selectas. Un mes de septiembre que nos encontramos en Santiago (no recuerdo el año), me invitó a acompañarlo al Cementerio General a visitar la tumba de don José Manuel Balmaceda. Cuando llegamos, encontramos un grupo de familiares del presidente-mártir. Don Lorenzo fue recibido con gran simpatía. Me presentó a varias personalidades; entre ellas a don Emilio Bello Codecido y a su esposa. Me causó sincera emoción cambiar algunas palabras con la señora Elisa Balmaceda de Bello. Y digo "cambiar algunas palabras" porque la ilustre dama saludó con mucho afecto a don Lorenzo y le hizo varias preguntas. De paso se dirigió gentilmente a mí, acompañante único de don Lorenzo. Me permití expresarle mi admiración por su padre.

Don Lorenzo Sazié Herrera fue un amigo dilecto, generoso, cordial, inteligente y sensible. Y aquellos cuatro años temuquenses, (1933-37), se cuentan entre los más felices de mi existencia. Corresponden a mi iniciación profesional, con un jefe tan brillante y excepcional como Lorenzo Sazié; y a mi iniciación política, de luchador social, con camaradas tan desinteresados y fraternos, como Juan Picasso y Manuel Marín.

La separación de nuestras rutas (él a su pequeño rincón administrativo-docente; yo a la dirección central del socialismo) nos impidió un contacto regular; y, en lo sucesivo, solo tuvimos encuentros breves y muy espaciados. Ocasionalmente conocí a su encantadora esposa y a sus dos hermosas hijas.

Después de treinta años, el 28 de enero de 1967, le visité en compañía de tres amigos, y discípulos suyos: el poeta Carlos Godoy Silva; el catedrático Germán Sepúlveda Durán, y el funcionario del Senado, Luis Sepúlveda Sandoval. Se encontraba en el Sanatorio de San Roque en Valparaíso, grave, sin voz a causa de un cáncer a la garganta. El 14 de ese mes había cumplido 70 años. En "El Mercurio", del sábado 18 de febrero, a un mes de nuestra visita, apareció la noticia de sus funerales el día anterior. Debió fallecer el 15 o 16 de febrero.

La última vez que lo abracé experimenté una emoción trastornante. Dejaba a mí amigo entrañable al borde de la muerte, y en circunstancias de encontrarme yo mismo avisado ya del fin cercano. De golpe me inundó el recuerdo vívido de los años felices de mi vida, a pesar de la extrema pobreza de mi situación material de esa época. Pero eran los años de mi juventud radiante y esperanzada, junto a mi atrayente esposa, a mi hijo pleno de encanto y de gracia; a mi suegro, espíritu sereno y selecto; a mi abnegado padre y numerosos familiares, y rodeado de amigos y camaradas admirables.

A poco de morir don Lorenzo Sazié se incendió totalmente la biblioteca del liceo de Hombres de Temuco. Más de 15.000 libros quedaron reducidos a cenizas. Entre ellos los centenares de volúmenes escogidos y comprados por don Lorenzo, y los cuales leímos, comentamos y resumimos en largas jornadas de ardiente anhelo por conocer y dar a conocer... Falleció, don Lorenzo Sazié (también murieron Juan Picasso y Manuel Marín) y se quemó "nuestra biblioteca". ¡Como si todo hubiera sido un sueño y como si el brillo y la emoción de aquella época feliz solo hubieran existido en mi corazón!

II LA OBRA DE EUGENIO ORREGO VICUÑA SOBRE LA URSS PRE-ESTALINISTA

El primer comentario escrito de un visitante chileno de la Rusia comunista es el de Luis Emilio Recabarren, en su opúsculo "La Rusia obrera y campesina", publicado en 1923.[100] Enseguida apareció el de Eugenio Orrego Vicuña, (1900-1959), "Tierra de Águilas", impreso en 1929.[101]

A raíz de su viaje por la URSS, Orrego se puso a estudiar en forma sistemática la revolución rusa y elaboró un libro extenso "El país de Lenin", de 1932.

Eugenio Orrego desempeñaba funciones diplomáticas en el Japón. Al cesar en ellas debió regresar a Chile, y aprovechó de hacerlo a través de la URSS. A fines de agosto en 1926, en Tokio quedó aprobada su solicitud correspondiente ante las autoridades soviéticas. En octubre llegó a Pekín; el 1° de noviembre a Harbin (Manchuria); y, a continuación, inició su travesía de diez días en ferrocarril, bordeando el lago Baikal y cruzando la estepa siberiana hasta alcanzar la ciudad de Ekaterimburgo (donde fueron asesinados los zares). De ese punto se dirigió a Moscú, y de ahí fue por unos días a Leningrado. "Tierra de águilas", es el relato sencillo de aquel breve periplo. Contiene pinceladas impresionistas trazadas desde el vagón del transiberiano y descripciones de la vida soviética vista por un espíritu joven, curioso y de apreciable sensibilidad estética. Sus temas son numerosos: el culto de Lenin, la academia comunista, los museos de Moscú, el teatro Meyerhold, la casa de León Tolstoy, la tumba de Lenin, notas humanas diversas... En lo político, deja un interesante apunte sobre la caída de Trotsky, en noviembre de 1926. En su visita a Leningrado, describe aspectos de la bella ciudad, más dos evocadores incidentes de la actividad política e ideológica: una nota viva sobre una sesión plenaria en el soviet de Leningrado, donde habló Chicherin, comisario de Relaciones Exteriores; y la relación de un debate en la Filarmónica de Leningrado sobre la inmortalidad del alma, entre Lunatcharsky, comisario del pueblo en Instrucción, y el obispo Badensky, jefe de la iglesia "viviente", con una concurrencia de más de tres mil personas. El obispo era propulsor de una iglesia ortodoxa comunista, y Lunatcharsky, marxista consecuente, defendía el aforismo: "la religión es el opio del pueblo". Ambos eran notables oradores, y por ello la confrontación resultó fascinante.

A su regreso a Moscú, presenció los funerales de Krassin, bolchevique de elevadísima categoría.

"Tierra de águilas" es un conjunto de sensaciones artísticas y emotivas, en una época de transición del proceso histórico soviético, entre los años crueles y heroicos de la época de Lenin y la próxima etapa de tiranía despiadada de Stalin.

"El país de Lenin"[102] le significó al autor cuatro años de investigación. Constituye un amplio intento de comprensión desapasionada del fenómeno soviético. A su juicio era el primer panorama general publicado hasta ese instante sobre el régimen bolchevique y la vida rusa bajo el gobierno comunista. Expone con detenimiento el régimen soviético (la dictadura del proletariado en el gobierno de los soviets, de sus instituciones y sistema constitucional y legal; el socialismo internacional en la Komintern, y sus actividades; la educación soviética en sus concepciones y su técnica; el movimiento sindical y la situación de la clase obrera y de los campesinos bajo el soviet; la codificación soviética (legislación civil y comercial, derecho procesal, código de la familia, penal, del trabajo, agrario y marítimo); y la economía soviética (economía nacional y política económica, el primer plan quinquenal y la consideración general de los siguientes).

[100] Véase: "Obras Escogidas", de L. E. Recabarren, vol. I, págs. 99-186, Santiago, 1929.
[101] "Tierra de águilas". (Un sudamericano en la URSS). Barrington, Buenos Aires-Santiago. 1929.
[102] "El país de Lenin". (Panorama general de la URSS), Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1932. Es un volumen de casi 400 páginas, terminado de imprimir a fines de 1933.

Termina su libro con un post-scriptum: “Perspectiva del desenvolvimiento socialista en América y en el mundo”. Su frase final es ésta: “¡Uníos proletarios e intelectuales del mundo!”

En “El país de Lenin” poseen un alto interés las páginas iniciales, en las cuales enfoca la cultura, literatura y ciencia soviéticas. Presenta un animado panorama de las diversas corrientes creadoras y movimientos literarios a través de sus conversaciones con el profesor y crítico Kogan, presidente de la Academia de Bellas Artes, de Moscú. Con respecto a las concepciones socialistas en torno al arte se refiere extensamente a la obra de Trotsky “Literatura y revolución”. Y a propósito del gran revolucionario y brillante escritor, estudia la pugna ideológica posterior a Lenin. En el capítulo “La oposición en el Partido Comunista de Rusia, (Páginas para la historia de la URSS)”, entregan importantes antecedentes. Menciona el “Testamento” de Lenin, cuya existencia fue negada oficialmente por el gobierno de Stalin. (Con el ascenso de Kruschev volvió a ser reconocida su legitimidad y publicado por el gobierno soviético). Examina la “Plataforma de la Oposición”, citando los libros de Trotsky: “La revolución desfigurada”, “La situación real de Rusia”, “Nuevo rumbo”, “¿A dónde va Rusia?”; de Stalin: “Los errores de Trotsky y la situación de la Unión Soviética”; y de Max Eastman: “La ciencia de la revolución”. (Max Eastman, destacado intelectual norteamericano se convirtió al comunismo leninista y vivió tres años en la URSS. Participó en las pugnas ideológicas desatadas a la muerte de Lenin. Tomó partido por Trotsky y escribió libros capitales para conocer los sucesos reales de esa conflictiva etapa del proceso soviético).[103]

Eugenio Orrego al señalar la contienda Stalin-Trotsky, recuerda la entrevista hecha a este último por Santiago Labarca en Constantinopla.[104] En ella, “Trotsky expresó a un periodista chileno, particularizando: Stalin “cree que es posible limitarse a implantar un socialismo nacional; para mí, ello es imposible y el afianzamiento mismo de la revolución depende de su trayectoria mundial”. A juicio de Orrego, “Stalin, estadista con notables dotes de administrador y figura primordial en la revolución rusa, había llegado a la cumbre del poder a poco de morir Lenin, encarnando un vigoroso programa político de reconstrucción económica”. Pero, también, reproduce la impresión de Trotsky sobre Stalin, en su libro “Mi vida'', enjuiciándolo en estas líneas: “Me repelía (Stalin) por aquellas cualidades que más tarde, iniciada ya la franca decadencia, habían de ser su fuerza: la mezquindad de sus miras, el espiritismo, la terquedad psicológica y aquel especial cinismo de pequeñoburgués a quién el marxismo ha liberado de muchos prejuicios, pero sin alcanzar a sustituirlos por un sistema ideológico bien digerido y compenetrado con la psicología personal... Stalin era la más destacada mediocridad que hay en el partido''.

Atención a estas frases de Trotsky, recordadas por Eugenio Orrego: “Las revoluciones socialistas se desarrollarán sin nuevas guerras; pero las nuevas guerras conducirán a revoluciones socialistas”.

III LAS POSICIONES DE LENIN, STALIN Y TROTSKY SOBRE LA CREACION LITERARIA.

El centenario del nacimiento de Lenin pone de actualidad su papel singular en la revolución rusa y en la edificación del régimen comunista-soviético. Su personalidad y su obra las hemos vuelto a seguir a través del estudio de Louis Fischer y de las biografías de Stalin y Trotsky por Isaac Deutscher.[105]

[103] Páginas 66-104.

[104] Publicada en “El Mercurio”, de Santiago de Chile, en mayo de 1929.

[105] Louis Fischer: “Lenin”. Editorial Bruguera, Barcelona, 1966. Isaac Deutscher: “Stalin. Biografía política”. Ediciones Era, México. 1965; “Trotsky”. I. El profeta armado. II. El profeta desarmado. III. El profeta desterrado. Ediciones Era. México. 1966 y 1968

En esta oportunidad apuntaremos algunas de las ideas acerca de la creación artística y literaria de los tres gigantes soviéticos para comprender el increíble fenómeno de la represión intelectual en la URSS.

La figura de Lenin sobresale de manera indiscutible frente a todos los demás altos dirigentes bolcheviques. Aventajaba a Trotsky, a pesar de su talento profundo, resplandeciente de su capacidad oratoria y de su calidad literaria excepcional. El propio Trotsky lo dejó establecido en líneas conmovidas, a raíz del atentado de Dora Kaplan en contra de Lenin. Escribía Trotsky: "Todo lo que había de mejor en los intelectuales revolucionarios rusos de antaño, su espíritu de abnegación, su audacia, su odio a la opresión, todo ello está concentrado en la figura de este hombre... Apoyado por el joven proletariado revolucionario de Rusia, utilizando la rica experiencia de un movimiento obrero en escala mundial, ha alcanzado su plena estatura... como el hombre más grande de nuestra época revolucionaria..." (Citado por I. Deutscher).

En el proceso revolucionario ruso se alzan muy por encima de sus dirigentes, las figuras de Lenin y Trotsky. El destino de la revolución socialista cambió con la muerte prematura de Lenin y con la derrota de Trotsky. (A León Trotsky le afectó la desaparición de Lenin; su personalidad complementaba admirablemente con la de aquél. Al quedar solo fue vencido por la confabulación de los bolcheviques envidiosos de su ascendiente y del reconocimiento de su capacidad manifestado por Lenin en su "Testamento").

La biografía de Lenin, por Fischer, estudia en forma prolija su trayectoria prodigiosa. La ascendencia de Lenin era euroasiática. Por su padre Ilya Nikoláyevich Ulianov tenía sangre rusa y calmuca; y por su madre María Alexandrova Blank, sangre alemana.

En el capítulo "Lenin en el arte y la literatura", describe sus opiniones y actividades concretas en el campo artístico. Lenin, revolucionario intransigente, en arte y literatura era conservador, de espíritu clásico. Amaba la claridad y le gustaba el realismo tanto en literatura como en pintura. Admiraba a Chejov, Tolstoy y Turguenev, a quienes leyó muchas veces; entre los publicistas, a Herzen y Chemichevsky, de poderosa influencia en su pensamiento. No era modernista. La poesía revolucionaria al estilo de Mayakovsky le pasmaba y la consideraba para chiflados: A "Lunacharsky se le debería azotar por su futurismo" exclamaba, y en su afán por extirparlo se preguntaba: "¿no se puedas hallar anti futuristas de confianza?". No le agradaba el teatro por demasiado teatral, cortó el presupuesto para el Ballet Bolshói, llamándolo "una pieza de pura cultura terrateniente" y para la Opera Bolshói, cuyo "pomposo estilo cortesano" veía como "específicamente terrateniente". Hizo prohibir la venta de libros pornográficos y de libros religiosos. Trató con conmovedora deferencia a Gorki, pero, no obstante, su cultura creía en la censura y en el control.

A raíz del Proletkult, Lenin decía en nota a Bujarín, "la clase proletaria equivale al partido comunista ruso, el cual equivale a su vez, al Estado soviético. ¿No estamos de acuerdo en esto?", frases en las cuales se encuentra resumida la esencia del leninismo. La dictadura implacable del Partido Comunista constituía el dogma fundamental de la teoría y de la práctica leninistas Lenin proclamó siempre la sujeción de la literatura al partido, y Fischer reproduce conceptos de un artículo suyo, de 1905, es el cual expresaba: "La literatura debe convertirse en una parte integrante del trabajo organizado, planificado y unificado del partido socialdemócrata". (Partido Comunista desde 1917). En esta opinión de Lenin se apoyó toda la política represiva instaurada en el campo de las letras por Stalin.

A juicio de Louis Fischer es interesante especular sobre el destino de las doctrinas de Marx si no hubiesen existido Lenin y la revolución rusa, porque el socialismo marxista occidental llevaba un rumbo muy distinto al que tomó con el caudillo soviético. Asimismo, resulta trastornante conjeturar sobre el destino de la revolución rusa si no hubiese existido Lenin, pues fue él, indiscutiblemente, quien la impulsó en forma

extremista y la salvó en medio de los mayores obstáculos. Pero, también, resulta fascinante imaginarse el posible destino de revolución si hubiera vencido Trotsky en vez de Stalin. ¿Le habría impuesto un similar contenido tiránico y totalitario? Deutscher recuerda cómo Trotsky, aborrecedor del Estado-Leviatán, se convirtió en el primer heraldo de su resurrección. (En sus proposiciones del 16 de diciembre de 1919, entre las cuales propugnaba la militarización del trabajo, o sea, el trabajo forzado y, en general, tendía a la instauración del Estado monolítico). Sus ponencias fueron rechazadas, pero una década más tarde las adoptó y aplicó íntegramente, aunque sin nombrar a su autor, el cruel georgiano Stalin. Trotsky, ¿las habría puesto en práctica, reforzando el Estado autoritario forjado por Lenin? ¿Habría mantenido la democracia interna en el partido bolchevique? ¿Habría impedido el nacionalismo propio del "socialismo en un solo país", manteniéndose fiel a su ideario internacionalista?

De todos modos, en el plano artístico y literario, Trotsky poseía un criterio más amplio que el de Lenin, como puede apreciarse en su obra "Literatura y revolución".

A su entender, en las cuestiones de arte y literatura, el partido no debía mandar u orientar. En uno de sus escritos decía: "es muy cierto que uno no se puede regir siempre por los principios del marxismo al decidir si rechaza o acepta una obra de arte.

Trotsky siempre mantuvo una posición de defensa de la libertad de creación intelectual y artística, comportándose como escritor, además de político. Aun en medio de la guerra civil y de su agobiadora responsabilidad militar y política, redactó libros de alta calidad teórica y literaria. Su curiosidad intelectual abarcaba los más diversos campos. Como una expresión de su genio, Deutscher cita un trozo de su discurso del 19 de marzo de 1926, donde a propósito de "Radio, Ciencia, Tecnología y Sociedad", manifestó estas ideas proféticas: "los fenómenos de la radioactividad nos conducen directamente al problema de la liberación de la energía interior del átomo... La principal tarea de la física contemporánea consiste en extraer del átomo su energía latente, en abrir una válvula de modo que esa energía brote con toda su fuerza… Entonces será posible reemplazar el carbón y el petróleo por la energía atómica, que se convertirá en nuestro combustible y fuerza motriz básicos... Refutando a los escépticos exclamó: "Esta no es en modo alguno una tarea imposible, ¡y qué horizonte abrirá su solución!... El pensamiento científico y tecnológico se aproxima al punto de una gran transformación, y así la revolución social de nuestra época coincide con una revolución en la indagación del hombre acerca de la naturaleza de la materia y en su dominio sobre ésta". ("Trotsky", tomo II p. 170).

Más tarde, en sus años de destierro y de lucha contra la desfiguración del sistema socialista por Stalin, siempre sostuvo Trotsky una actitud abierta, interpretativa y creadora acerca de los problemas de la literatura.

En carta a André Bretón y la "Partisan Review", centro del trotskismo literario, aprobando la idea de fundar una Federación Internacional de Artistas Revolucionarios e Independientes, expresa: "Los héroes de la democracia...hacen lo posible por parecerse a los héroes del fascismo... y mientras más ignorante y obtuso es un dictador, más destinado se siente a dirigir el desarrollo de la ciencia, la filosofía y el arte. El instinto de rebaño y el servilismo de la decadencia de la sociedad contemporánea".

En cuanto al "Manifiesto" a los escritores y artistas, firmado por André Bretón y Diego Rivera, fue redactado en su totalidad por Trotsky, y en él sintetiza muchas de sus ideas desarrolladas en "Literatura y revolución".

... “Si la sociedad contemporánea no logra reconstruirse, el arte perecerá inevitablemente como pereció el arte griego bajo las ruinas de la sociedad esclavista... De ahí que la función del arte en nuestra época esté determinada por su actitud frente a la revolución. Pero aquí precisamente la historia les ha tendido una tremenda trampa a las artes. Toda una generación de la intelectualidad “izquierdista ha... vuelto su mirada hacia el este y ha vinculado... su destino no tanto con la clase obrera revolucionaria cuanto, con una revolución victoriosa, que no es la misma cosa. En esa revolución victoriosa no se halla solo la revolución, sino también un nuevo estrato privilegiado... (que) ha estrangulado la creación artística con una mano totalitaria... Aun bajo la monarquía absoluta, el arte cortesano se basó en la idealización, pero no en la falsificación, en tanto que en la Unión Soviética el arte oficial —y allí no existe otro— comparte la suerte de la justicia oficial; su propósito es glorificar al “jefe” y fabricar oficialmente un mito heroico” ...

... “El arte de la época de Stalin quedará como la expresión más notable de la más profunda decadencia de la revolución proletaria... El arte, la cultura y la política necesitan una nueva perspectiva. Sin ésta la humanidad no avanzará... Pero un partido auténticamente revolucionario no puede ni deseará “guiar” al arte, no digamos ya impartirle órdenes... Solo una burocracia ignorante, insolente, enloquecida por su poder arbitrario podría concebir semejante ambición... El arte puede ser el gran aliado de la revolución solo mientras sea fiel a sí mismo”.[106]

La posición de Trotsky respecto del arte y la literatura es la verdaderamente marxista. (Marx amaba a los artistas que permaneciendo fieles a las leyes del arte abrieron nuevos caminos y perspectivas y fueron innovadores: Esquilo, Dante, Diderot, Balzac... y desde su campo específico sirvieron al progreso humano).

El socialismo, según Marx, persigue la eliminación de las clases y de los privilegios, y, al mismo tiempo, persigue el debilitamiento o marchitamiento del Estado. Y, precisamente, el avance del socialismo se mide por el grado de disminución del poder coercitivo del Estado. Lenin recogió y desarrolló la tesis marxista de la extinción gradual del Estado, en su libro “El Estado y la Revolución”. Ahí expone su concepción marxista de la dictadura del proletariado según el modelo de la Comuna de París, o sea, de una democracia directa de trabajadores, cuyos funcionarios serían elegidos y destituidos por votación, con salarios de obreros, a fin de evitar la formación de una burocracia gobernante divorciada del pueblo. Pero en el régimen comunista-soviético ha ocurrido lo contrario: se formó una burocracia dominante, como una nueva capa social privilegiada dueña del Estado, y éste reforzó su poder en forma monstruosa y bajo el gobierno de Stalin. Stalin estimuló la desigualdad, tendiendo a la consolidación de una burocracia, cargada de privilegios, como si esto fuera una conquista del socialismo; a las formas democráticas proletarias, instauró toda una nueva organización jerárquica de grados, rangos, prerrogativas y títulos, claramente diferenciados; el sistema educativo progresista fue reemplazado por otro impregnado de tradicionalismo, nacionalismo, disciplina paternalista, ahogando el espíritu crítico y creador.

En todos los campos el Estado pasó a ser exaltado como el guardián supremo de la sociedad. Y al jefe, depositario automático del poder, se le adoró como padre de los pueblos, fuente de toda sabiduría benefactor de la humanidad y demiurgo del socialismo. Entonces, la tutela burocrática sobre las artes y la literatura resultó indispensable para ayudar a difundir y justificar ese culto del Estado y del jefe, y, a la vez, se hizo insoportablemente tiránica. (La tiranía zarista apareció, entonces, como etapa liberal, benévola, en la dramática historia de la literatura rusa).

[106] Véase “El profeta desterrado”, tomo III de “Trotsky”, por Isaac Deutscher. págs. 390-92.

Con Stalin el régimen concentracionario llegó a su cúspide de terror, crueldad y censura. Su hija Svetlana Alliluyeva, ha escrito sobre él: "Moral y espiritualmente, Stalin era un monstruo que rechazaba el Bien y la Razón para entregarse enteramente al Mal. Rodó hasta su final por el abismo de la mentira, del odio y del orgullo". Pero, a la vez, establece que Stalin no inventó el sistema aplicado por él; se limitó a desarrollar y sostener las teorías y prácticas de Lenin, el verdadero implantador de las estructuras del Estado totalitario y propiciador del terror para acabar con sus enemigos y con cualquier crítica a su conducción política. Aunque, a diferencia de los primeros dirigentes bolcheviques, poseedores de una cultura rusa y europea, Stalin, inculto, ni siquiera sospechaba la existencia de un espíritu europeo. Para gobernar, entonces, se rodeó de colaboradores tan primarios como él, unidos por el común desprecio a los intelectuales, a quienes aborrecían por su carácter cultivado e inteligente.[107]

A juicio de Svetlana, el P.C. no posee un ideal puro, de tendencia humanista, y le acusa de haber sido el ciego y obediente instrumento de las sangrientas purgas y represiones estalinistas. Kruschev trato de liberalizar el sistema, pero pronto fue derribado por la conjura de los reaccionarios de derecha, adictos a los métodos estalinistas, con Suslov a la cabeza. (Y con todo, Kruschev dirigió la intervención militar rusa en Hungría, para aplastar la comuna revolucionaria y democrática, encabezada por escritores, jóvenes y obreros de Budapest).

La persecución odiosa a Pasternak; el proceso contra Siniavsky y Daniel y los posteriores; las amenazas y medidas contra Solzhenitsin, la brutal intervención armada en Checoslovaquia para amordazar al socialismo democrático, encarcelar y humillar a sus personeros, representan el viejo odio estaliniano a toda manifestación del espíritu libre, a la disidencia y a la oposición. Contra la mentira y la represión luchan los grupos de escritores, artistas, científicos y jóvenes, partidarios de los valores de la inteligencia y de un nuevo sistema más humano, realmente socialista. Ente ellos, el caso de Anatoli Kusnetzov conmocionó al mundo. Se asiló en Inglaterra y renunció a vivir en la URSS y a pertenecer al P.C. Tomó esa decisión, porque en sus veinticinco años de labor creadora, ni una sola de sus obras fue impresa tal como la había escrito, pues los editores y censores soviéticos las recortaban y violaban hasta volverlas casi irreconocibles. Así llegó a la conclusión "de la total falsedad estupidez y naturaleza reaccionaria del "realismo socialista". Kusnetzov era el escritor más adulado y elogiado en la URSS porque permite la mutilación de sus obras de acuerdo con el criterio de la censura oficial. Incluso en "Literatúrnaya Gazeta", de Moscú, se le señaló como ejemplo al inconformista Solzhenitsin. Por sus notables cualidades de verdadero escritor soviético, Kusnetzov debía ser imitado por Solzhenitsin. Pero, al fin, Kusnetzov logró huir entonces repudió toda su obra por adulterada y falsa; su patria; sus convicciones, en definitiva, toda su vida soviética.[108] Otro caso notable es el del rebelde Alexander Solzhenitsin. Después de permanecer once años en campos de trabajos forzados, amparado por Kruschev pudo publicar su novela "Un día en la vida de Iván Denisovich", en la revista Novy Mir, de Moscú, en 1962. De inmediato alcanzó una fama extraordinaria. Era una obra de arte y, al mismo tiempo, un documento revelador para todo el pueblo soviético de la abrumadora realidad de los campos de concentración soviéticos. Formó en la generación de escritores de la época del "gran deshielo": Yevtushenko, (poema "Bahi yár''), Tvardovsky, Vosnessensky... En 1963 publicó "La casa de Matriona". Al caer Kruschev se volvió a reprimir a los escritores, y dos novelas de Solzhenitsin no obtuvieron permiso para editarse. Aparecieron en Europa occidental: "El primer círculo" y "El pabellón de

[107] De comentarios de la prensa europea occidental al libro de la hija de Stalin: "En solo un año"
[108] Sus cartas de renuncia aparecieron en "El Mercurio" del 10 de agosto de 1969

cancerosos", en 1968. Aunque el autor desautorizó las ediciones, fue expulsado de la Unión de Escritores de la URSS"; del Partido Comunista, y de toda organización gremial oficial.[109]

Solzhenitsin es un narrador poderoso, colocado en la línea clásica del realismo ruso anterior a la revolución de 1917. El rechazo de sus obras últimas por la censura oficial se debe, sin duda, a su fondo filosófico y moral humanista, propio de un socialismo ético, en abierto antagonismo con la concepción materialista-dialéctica del régimen soviético. Por otra parte, en sus relatos, aunque estrictamente artísticos, se exhala a menudo una denuncia patética de las atrocidades, mezquindades e indignidades del largo gobierno de Stalin, y de rebote, de todo el régimen soviético. Su obra es lo opuesto al desiderátum del "realismo socialista", para el que "lo bello es la realidad soviética".

Mientras tanto, en el comunismo del campo occidental se producen continuos alejamientos de altos teóricos y dirigentes políticos por sus discrepancias con la política exterior soviética y con las tácticas conservadoras-conformistas de los partidos comunistas en las luchas actuales. A las resonantes deserciones de los filósofos Ernst Bloch y Henri Lefevre, se han agregado las de Ernst Fischer, miembro del C. C. del P. C. de Austria, y de Roger Garaudy, principal teórico marxista del P. C. de Francia.

Ernst Fischer expresó, al abandonar las filas del P. C.: "En el seno de la izquierda, nosotros estamos por la libertad de pensamiento, por un pluralismo de ideas, y esperamos precisamente llegar desde este género de premisas a una unidad de acción para una sociedad socialista humana y moderna"; y Roger Garaudy entró a luchar por un nuevo modelo de socialismo "que pondrá en primerísimo plano el único y último fin del socialismo: la plena realización de la personalidad humana y de cada hombre— la creación de un modelo humano de la nueva civilización tecnológica".[110]

En síntesis, el sistema comunista soviético significa fundamentalmente tiranía y anexionismo. La glorificación del Estado y el culto de la personalidad, la persecución política en masa (tanto en el interior de la URSS, como la que esta potencia ha verificado sangrientamente en Hungría primero, y más recientemente en Checoslovaquia y la implacable intervención en el campo de la creación artística y literaria, con la cruel humillación, la cárcel y los trabajos forzados a los escritores (casos Pasternak, Dudíntzev, Siniavsky, Daniel, Solzhenitsin ...) refuta por si mismos la pretensión soviética de haber alcanzado el socialismo.

En razón de todo lo expuesto, hoy día actúan dos clases de socialistas: aquellos para quienes socialismo implica igualdad social y liberación de la explotación y de la miseria; libertad política e independencia de la creación artística y literaria; e internacionalismo, (entre los cuales me cuento); y otros para quienes socialismo significa desigualdad, privilegios, bajos salarios, sindicatos oficiales sometidos al poder,

[109] Alexander I. Solzhenitsin, nació en 1918, descendiente de cosacos. Perdió a su padre siendo muy niño, y lo educó su madre, profesora en Rostov, sobre el Don. En la Universidad de esa ciudad obtuvo un diploma en Matemáticas. Hizo la guerra como artillero, y llegó al grado de capitán. Por una carta en la cual criticaba al "bigotudo", "Stalin", lo arrestaron y lo encerraron en un campo de trabajos forzados durante los años 1945-1956. En la actualidad, continúa como profesor de matemáticas y literatura en Ryazan.

[110] R. Garaudy condenó la invasión de Checoslovaquia por el ejército soviético y publicó sus libros "La liberté en sursis" y "Le grand tournant du socialisme", condenados por "L'Humanité". Ha destacado la importancia histórica de las dos primaveras de 1968: la de Praga y la de París, ambas abortadas; la primera por la invasión del ejército soviético, y la segunda, por la posición reaccionaria del PC francés.

dictadura total, con la cultura dirigida e intervención de las autoridades en el arte y la literatura; y nacionalismo chovinista, hegemónico y brutal.

IV. PRESENTACION DEL PROFESOR LUIS ZUÑIGA.

La aparición reciente de la novela “La mano en el arca”, de Luis Zúñiga, viejo amigo y camarada, nos mueve a entregar un breve esbozo de su personalidad. De importante figuración en el movimiento popular y en las actividades gremiales del magisterio, ahora incursiona en el campo de la literatura con una novela de fondo político, en cuyas páginas vuelca parte de sus observaciones de protagonista de primer plano en las luchas cívicas del país. Su novela “La mano en el arca” se coloca en una línea similar a la de “Hombres”, de Eugenio González; de “Lautaro Cortés”, de Enrique Campos Menéndez; de “A la sombra de los días”, de Guillermo Atías; y de “Mañana los guerreros”, de Fernando Alegría.

Luis Zúñiga Ibáñez nació en 1903. Después de cumplir sus estudios de humanidades ingresó al Instituto Pedagógico de la U. de Chile y ahí obtuvo los títulos de profesor en Castellano y en francés. Desde fines de 1926 y hasta 1929 permaneció en Francia. A su regreso desempeñó tareas docentes y se incorporó a la acción social y política. A raíz de las represiones desatadas por el gobierno de Arturo Alessandri, (1932-1938), se le separó de su cargo en la enseñanza. Pudo subsistir gracias a un modesto empleo en la I. Municipalidad de Santiago. Participó en la fundación del P. S, en abril de 1933; y, a partir de esa fecha, alcanzó una brillante situación en su directiva nacional. El III Congreso General, en enero de 1936, lo designó miembro del Comité Central, y se le reeligió en los congresos posteriores. Entre 1937 y 1942 fue el jefe político del C. C. con una alta responsabilidad en la marcha y orientación del P.S.

Luis Zúñiga pertenece, pues, a la generación fundadora del socialismo chileno actual, notable por muchas cualidades creadoras y, también, por sus claudicaciones al cabo de escasos años de combate. Es uno de sus pocos personeros que todavía mantiene su inalterable fidelidad al socialismo revolucionario y democrático. Figuras de la calidad intelectual y del prestigio político de Oscar Schnake Vergara, Marmaduke Grove, Ricardo A. Latcham, César Godoy Urrutia, Rolando Merino Reyes, Eliodoro Domínguez, Jorge Téllez Gómez, Bernardo Ibáñez, Julio Barrenechea, Manuel E. Hubner, Juan Garafulic, Humberto Mendoza... elevaron al PS al primer plano de la política nacional y le dieron un papel determinante en las contiendas cívicas del decenio de 1932-1942. Pero, desgraciadamente, no perseveraron en su generoso idealismo inicial ni en su ideario estrictamente socialista, y tempranas diferencias doctrinarias, debilidades de conducta y rivalidades personalistas, dividieron, dispersaron a tan fulgurante élite: unos se alejaron de la actividad política y otros ingresaron a colectividades antagónicas al PS, principalmente al Partido Comunista y al Partido Radical.

Luis Zúñiga, miembro destacado de esa generación, ha permanecido siempre en las filas del PS, profundamente estimado y respetado, por sus excepcionales cualidades intelectuales y éticas. Poseedor de una inteligencia penetrante, de extraordinaria capacidad analítica y ordenadora; en su comportamiento cotidiano se señaló por su abnegación, desinterés y modestia. En todo momento demostró admirable objetividad para analizar los hechos y los problemas de la política nacional y las posiciones del socialismo; firme lealtad a los postulados partidarios y al destino de la clase trabajadora, y cordial afecto a sus camaradas.

Aunque liberado de cualquier actividad de “base”, por sus funciones directivas en el C. C., sin embargo, Luis Zúñiga participó asiduamente en las reuniones de la Brigada de Profesores, organismo que, en esa época, gozaba de prestigio doctrinario, con vasta influencia en la conducción y desarrollo del PS. En su

seno no solo se analizaban los problemas gremiales y de la enseñanza chilena; se producían debates teóricos y políticos, los cuales enriquecían doctrinariamente a sus integrantes y, a la vez permitía su actuación fecunda, irreemplazable, en las directivas seccionales y regionales.

Algunos de los mejores educadores del país formaban en aquella combativa y numerosa Brigada: Genaro Torres, César Godoy Urrutia, Manuel Mandujano Navarro, (miembro del CC. durante treinta años); Quiterio Chávez, Eliodoro Domínguez, Guillermo González, Pedro Fernández Riffo, Salvador Fuentes Vega, (de copiosa producción periodística tras diversos pseudónimos); Humberto Díaz Casanueva (poeta y diplomático); Parmenio Yáñez (catedrático universitario e investigador científico); Daniel Naveas (experto sin igual en educación primaria); Lautaro Yankas (escritor fecundo y galardonado en varias ocasiones); Robinson Saavedra Gómez (periodista y poeta); Bernardo Ibáñez (Secretario General de la C.T.Ch.); Agustín Álvarez Villablanca (de copiosa producción periodística); Antonio Zamorano Baier (escritor excelente); Laura Vargas (educadora eminente); Leonilda Barrancas (ilustre y cultísima profesora argentina radicada en Chile); Astolfo Tapia Moore (diputado en varios períodos y sociólogo); Oscar Naranjo, Oscar Carrasco, Héctor Ortega, Adrián Jara, Manuel Astudillo, Ramón Núñez, Lautaro Torres, Mariano Castillo, Hernán Sánchez Aliste, Jorge de la Fuente, Raúl Larraguibel Torres, María Pulgar, Olga Urtubia...

Luis Zúñiga intervenía con brillo en las discusiones de la Brigada de Profesores, en sus cursos de capacitación y en sus círculos de estudios. En uno de estos tradujo sobre la marcha, el volumen de Max Beer: "La doctrina marxista" impreso en una edición de batalla, por una improvisada editorial.

Su actividad intelectual-política alcanzó dilatadas proporciones: redactaba extensas circulares para informar y orientar a los miembros del partido; daba conferencias en las diversas brigadas y seccionales, de la provincia de Santiago; y era el informante básico de todos los torneos partidarios importantes. Al mismo tiempo colaboraba en las publicaciones socialistas; (revistas "Bases" y "Rumbo"; semanario "Consigna"; diarios "Claridad" y "Críticas". Escribía con claridad y elegancia, entregando editoriales, artículos de redacción; informes políticos. Elaboró un libro externo para definir los principios teóricos y gramáticos del PS. Por desgracia, se extravió la mayor parte de los originales y solo se salvó una porción muy reducida impresa en un folleto: "El PS en la política chilena", en 1938.

En esa época la jerarquía intelectual la dirección política del PS no desentonaba con la calidad de su Brigada de Profesores y la soberbia prestancia de su Brigada de escritores. Hemos mencionado algunos de sus más connotados maestros, entre cuales ya eran conocidos por sus obras literarias Eugenio González Rojas (por sus novelas "Más Afuera" y "Hombres"); Humberto Díaz Casanueva, poeta; Lautaro Yankas (autor de cuentos y novelas); Oscar Vera (ensayista, traductor de André Malraux y del libro de P. Louis: "Ideas esenciales del socialismo", de extensa circulación el seno del partido); Mariano Picón-Salas (primoroso ensayista, miembro del socialismo chileno en sus tres primeros años de vida); y Ricardo A. Latcham (ensayista y crítico literario). A esos nombres se agregaba una falange de artistas: Jacobo Danke, Juan Modesto Castro, Rubén Azócar, Julio Barrenechea, Manuel E. Hubner (en 1936 conquistó un alto prestigio con su libro "México en marcha"); Angel Cruchaga Santa María, Roberto Aldunate (Presidente de la Alianza de Intelectuales de Chile); Francisco Coloane, Antonio Rocco del Campo; Juan Godoy y Claudio Indo (Jorge Jobet), del movimiento angurriendista; Leoncio Guerrero, Aldo Torres Púa, Mario Osses, Luis González Zenteno, Héctor Barreto (asesinado por los nazis), Eduardo Molina V, Lucila Durán, (recitadora magnifica)....

El diario “Crítica”, bajo la dirección de Roberto Aldunate, reunió a un grupo selecto de escritores y periodistas: Francisco Coloane, Carlos Barella, Pedro Sienna, Carlos de Baráibar, Armando Jobet, Luis Hernández Parker, Salvador Soto. Además, en el seno de la Brigada de Escritores, o en los periódicos partidarios, participaron figuras relevantes de la izquierda latinoamericana: Manuel Seoane, Magda Portal, Luis Alberto Sánchez, Juan Oropesa, Rómulo Betancourt, José Antonio Arze...

Las Brigadas de Profesores y de Escritores experimentaron idéntico desmoronamiento al sufrido por el aparato político directivo. Muchos se alejaron de la actividad política; otros ingresaron al Partido Comunista, como fueron los casos de Rubén Azocar, Francisco Coloane, Angel Cruchaga.

De los dirigentes políticos nacionales de aquella época, pasados ya muchos años incursionaron en la novela, Juan Garafulic y Luis Zúñiga. Juan Garafulic, médico, de sólida y variada cultura, dotado de un ingenio chispeante, escribía artículos sagaces, con diversos pseudónimos, y encabezaba con acierto y generosidad señorial el Departamento de Relaciones Internacionales. Precisamente, bajo su dirección se llevó a cabo en Santiago de Chile, en 1940, el primer congreso de partidos socialistas y democráticos de América latina.

Años más tarde abandonó las filas socialistas e ingresó al Partido Radical. En esta nueva etapa de su vida, publicó su novela “Quedamos en eso”, prologada por Joaquín Edwards Bello, expresión de su rica experiencia existencial y de su ironía de gran fondo humano.

En cuanto a la novela de Luis Zúñiga: “La mano en el arca” posee un contenido político bien observado. Su personaje principal, con rasgos de “Martin Rivas”, asciende de su modesta condición de abogado integrante del estudio de un bien relacionado profesional oligarca, a una situación privilegiada por sus contactos y respaldos políticos. Transformado en hombre de influencia, con un amplio poder decisional, lo domina la ambición y entra a amasar una fortuna por medios dolosos, entre los cuales la “coima” es el favorito. Junto a su poderío político-económico, desarrolla una fuerte actividad sexual, mezclando el placer con las miras políticas, a base de una querida influyente y una posible esposa de familia acomodada, con intervención poderosa en el gobierno. Todo lo calcula y mide en función de su futuro de hombre de “situación” y, tal vez, “estadista” haciendo gala de un frío cinismo y de un egoísmo vulgar. Es una bien delineada personificación del tipo de clase media modesta, inteligente, y decidido, que, por medio de un título profesional, en este caso de abogado, se vincula al alto mundo de los negocios y de la política, maniobrando con habilidad inmoral para alcanzar cargos de magnitud y dinero abundante. Al lograr éxito se transforma en hombre eficiente, necesario, y “prócer de la democracia burguesa”. Con sentido oportunista se afilia al “Partido Constitucional”, colectividad centrista, democrática y legalista, que juega como balanza entre la derecha oligárquica y la izquierda popular, e indispensable debido a sus principios acomodaticios, para cualquier gobierno representativo de la “mayoría nacional”. Galanteado por la derecha y la izquierda, se une a una o la otra, según las circunstancias, y así dispone de una amplia cuota de gobierno y de presupuesto. Su lema doctrinario podría ser: “la evolución dentro del orden y el presupuesto”, y con un atractivo subyugante para todos los aspirantes a un cargo o una situación en la burocracia o en la politiquería profesional. Es un retrato certero de la realidad social-política del país en los últimos decenios; el retrato bien perfilado de una clase ambiciosa y demagógica (la clase media), de un partido (en el suceder histórico, dos o tres partidos históricos pueden estimarse esbozados en el Partido Constitucional), y de un sistema político (el régimen democrático-burgués, capitalista-individualista). A veces pareciera trasladarse el clima de la novela al decenio de arribismo y descomposición de 1940-50,

causante de toda una interminable secuela de caudillismo, mesianismo y falsas revoluciones: de la "escoba", de "los gerentes" y "en libertad".

La novela de Luis Zúñiga bien estructurada, en planos sencillos, incita a la reflexión, sobre todo en estos instantes de tanta pasión demagógica y ante el término de una experiencia política terriblemente decepcionante.

Experiencia y posición educacionales[111]

En 1969, al cabo de treinta y cinco años de actividades, me alejé de la enseñanza. En tan prolongado lapso pude conocer varias generaciones de educadores y de jóvenes estudiantes y compenetrarme del anárquico sistema pedagógico nacional. Mi experiencia no fue satisfactoria, porque demasiados factores negativos pesaron en el desempeño de mis funciones, y entre ellos mi propia incompetencia profesional. No obstante, guardo un buen recuerdo, en el cual se mezclan la admiración y el afecto, de una selecta minoría de colegas, educadores genuinos y escritores calificados; y de una multitud de discípulos inteligentísimos y simpáticos. A pesar de mis defectos y limitaciones en la realización de las delicadas, y a menudo tediosas, labores docentes, en general conté con el aprecio de mis jefes, compañeros y alumnos, en virtud de algunas modestas cualidades humanas favorables para una sana convivencia cotidiana, indispensable en la marcha regular de un conglomerado humano cualquiera, comprometido en el desarrollo de una empresa colectiva. Los numerosos certificados de mis diversos jefes, solicitados para enfrentar los concursos reglamentarios, acreditan mi afirmación anterior. Siempre resultaron óptimos, tal vez demasiado generosos, para describir y justipreciar mi condición humana y mis posibles méritos intelectuales y morales. Me produce honda satisfacción un breve documento emanado del cuerpo docente del Liceo de Aplicación, por su carácter espontáneo, y comunicado por el Rector de ese importante establecimiento escolar, don Pedro Contreras Valderrama, abnegado educador y cultísimo orientador de la juventud liceana:

"Liceo de Aplicación de Hombres N°3

Santiago

Señor

Julio César Jobet Burquez

Recreo

Estimado colega y amigo:

En el último Consejo de Profesores se dio a conocer en forma oficial su renuncia y traslado a Valparaíso como profesor de Historia y Geografía, con lo cual el Liceo no contará más con su valioso concurso en las labores docentes. A pesar de su alejamiento, siempre será recordado por sus compañeros de trabajo y por el Rector que suscribe, como el amigo leal y sincero. Por estos sentimientos, el Consejo pidióse dejara constancia en el Acta Oficial de su labor docente en este Colegio, reiterarle el afecto de sus compañeros de labores y desearle en el nuevo ambiente de sus actividades, tenga el éxito que merece por sus condiciones humanas y su profundo sentimiento de escritor e investigador.

[111] OCCIDENTE N°218 julio 1970

El Liceo de Aplicación, siempre tendrá el agradecimiento sincero por su labor de inquietud cultural en él desarrollada, por su ecuanimidad, lo que lo ha hecho merecedor a figurar siempre matriculado en la lista de sus buenos servidores.

Saluda atentamente al amigo

Pedro Contreras Valderrama

Rector

Santiago, 8 de septiembre de 1960".

Mientras llevé a cabo mis tareas docentes me dediqué con cierta regularidad al examen de la evolución histórica de la enseñanza en nuestro país, con el objeto de precisar sus relaciones reales con la estructura económica y social, y con las aspiraciones y necesidades de la nacionalidad. Un reflejo de esas investigaciones, y de mis inquietudes al respecto, lo constituye el volumen: "Doctrina y praxis de educadores representativos chilenos", (Editorial Andrés Bello). En once capítulos, analizo diversos aspectos del proceso educativo, de las filosofías docentes en pugna, y de las posiciones teóricas de algunos eminentes pedagogos. (Se titulan: I Rasgos generales de la enseñanza durante la Colonia. II El iluminismo católico y el liberalismo en la enseñanza de la segunda mitad del siglo XVIII. III Don Manuel de Salas, puente entre la Colonia y la república. IV Don Andrés Bello, orientador de la enseñanza de su época. V Valentín Letelier y su filosofía democrática de la educación nacional. VI Las concepciones pedagógicas de los polemistas del congreso educacional de 1912: Francisco A. Encina, Enrique Molina, Luis Galdames y Darío E. Salas. VII Las contradicciones socioeconómicas y educacionales de crisis chilena. VIII Augusto Pinto, alto valor del movimiento libertario chileno. IX Aspectos de la actividad intelectual y política de Ricardo A. Latcham. X Francisco Salazar, educador de visión renovadora. XI La personalidad ideológica de Eugenio González y su rectorado en Universidad de Chile).

La complejidad del problema educacional chileno ha radicado en la obstinada negativa de la clase dominante para extender la escuela a toda la población, en el predominio de concepciones educacionales atrasadas y reaccionarias, defendidas por el sector social privilegiado, en la carencia de recursos financieros y en la desconfianza permanente hacia el profesorado, por considerársele elemento anárquico y disociador. Como reacción a las actitudes señaladas, ha surgido una posición moderada, sostenida por quienes le asignan un carácter exclusivamente técnico. A nuestro parecer es un planteamiento equivocado. El problema educacional posee un carácter social, político y técnico. Las mentalidades técnicas y los técnicos son indiferentes a cualquier política social dada y, en general, sus sentimientos y valores son los de los grupos de poder existentes. Los técnicos conciben su papel simplemente como el de equipar y hacer practicables las políticas definidas por los políticos. El político señala las metas, los fines, los objetivos; y los técnicos, a base de conocimientos especializados, indican los diferentes medios para llegar a esos fines. El problema educacional debe ser resuelto por una política educacional con una orientación socio-ideológica de avanzada, y de acuerdo con los resultados de la ciencia pedagógica y de las investigaciones del medio ambiente nacional y del niño y joven chileno. En seguida, los técnicos se encargarán de llevar a la práctica esa política educacional. Por mi parte, me adherí a una concepción socialista de la educación, cuyos rasgos más sobresalientes expongo en este artículo.

II

Un duro obstáculo para el avance educacional ha sido la posición conservadora, sostenida, en el pasado, por la Iglesia Católica y los grupos privilegiados. Considera a la educación como agente para consolidar el statu quo y preservar los valores del sistema social vigente. Acepta y enfatiza verdades eternas y se apoya en valores antiguos y medievales, desde pensadores seculares, como Aristóteles, a teólogos como Tomás de Aquino. Concede autoridad y actualidad a principios estructurados hace siglos, desvinculados de las aspiraciones del presente. Su aplicación en educación y en política se traduciría en la desaparición de la democracia para imponer, en cambio, el predominio de una aristocracia de espíritus magistrales, mantenedora de privilegios irritantes y tutora de las masas populares.

La posición conservadora se apoya en concepciones filosóficas y teológicas enemigas del libre examen y de la verdad científica; defiende las jerarquías según el modelo medieval de universidad; aboga por la "libertad de enseñanza", lejos del control del Estado; pero, al mismo tiempo, reclama el uso de los dineros públicos, por medio de subvenciones, para el mantenimiento de sus escuelas confesionales.

La posición conservadora-clerical ha sido actualizada por nuevos filósofos con algunas acomodaciones a la época de profunda revolución industrial, científica y técnica en que vivimos. Pero en su esencia, se abstiene de considerar previamente los problemas sociales para darle una solución de justicia y libertad, que permita eliminar los privilegios y las clases sociales. A pesar de sus nuevas formulaciones se opone a una auténtica democratización de la economía y del Estado.

A partir del Renacimiento se extiende la posición liberal humanista, opuesta a la conservadora clerical. Mientras los conservadores clericales acatan el absolutismo teocrático, los liberales individualistas afirman un absolutismo seglar. Sin embargo, en el fondo ambas poseen el común denominador de su creencia básica en un mundo preestablecido e inmutable, con sus desigualdades e injusticias. La concepción del liberalismo individualista del Estado de "laissez faire, laissez aller", sirve a la concepción conservadora para defender un sistema educacional propio, para afirmar un anhelo de "libertad de enseñanza", con el propósito de extender una organización docente opuesta al Estado y a la enseñanza pública.

En la teoría la concepción liberal humanista se afilia a principios metafísicos y recurre a normas y valores del pasado para resolver problemas actuales, apuntalando situaciones de injusticia y de retraso. Aunque alejada del absolutismo, teológico, se apoya en el Renacimiento y en el desarrollo del liberalismo burgués, con pensadores como Comenius, Locke, Herbart, y se ensancha del iluminismo del siglo XVIII al movimiento científico del siglo XIX, con Comte, Spencer y otros. En la práctica, el liberalismo humanista, no pasó de ser un conservantismo moderado, y para él, la escuela es una institución destinada a preservar valores heredados y a ajustar el hombre a la sociedad de clases.

Destruido el orden feudal y aristocrático y puestas las bases del Estado moderno, con el sufragio universal, el mandato temporario y la responsabilidad de los elegidos ante los electores se pensó haber creado las condiciones suficientes para una nueva civilización y justicia. Sin embargo, a pesar de tales reformas políticas, el liberalismo conformó en lo económico-social, una sociedad de explotación del trabajo humano y de lucro, idéntica a cualesquiera de las sociedades anteriores fundadas en la desigualdad humana.

En lo educacional, los teóricos del liberalismo individualista juzgaron que la educación debía ser obtenida por la iniciativa individual y a costa del propio individuo, como el alimento, el vestuario y la vivienda. Entonces, las verdaderas oportunidades educacionales fueron accesibles solamente a las clases superiores o a los enriquecidos con las nuevas realidades económicas. De ahí que los liberales individualistas, aunque adeptos a una concepción aparentemente opuesta a la de los conservadores clericales, sirven en la

realidad concreta, con sus ideas y programas, a los intereses económicos y políticos más reaccionarios. Para ambas concepciones, la tarea educacional consiste en preparar una élite política o clerical en la cual reside la suprema sabiduría y la virtud, y en mantener a la mayoría adiestrada para creer en esa minoría privilegiada.

III

La oposición a las concepciones conservadora-clerical y liberal-humanista (conservadora moderada), se ha desarrollado la concepción democrática integral, progresista, que se opone a toda especie de autoritarismo y de aristocratismo; rechaza cualquier forma de absolutismo dogmático (político, social, racista, religioso o filosófico); y, en cambio, pone plena confianza en los poderes naturales del hombre. Considera a la educación como motor para el progreso social, y como fuente de nuevas ideas renovadoras y el estímulo de mayores cambios sociales y culturales en el statu quo imperante.

La concepción democrática integral en la formulación de su credo utiliza las contribuciones de la antropología, biología, sicología, sociología e historia y cuestiona el intelectualismo puro, aislado del juego de la vida, y combate la pasiva sumisión humana a fuerzas misteriosas y omnipotentes, causante de una de las más perniciosas alienaciones del hombre, posee total confianza en la educación como el mejor de los instrumentos culturales por medio del cual podemos convertirnos en agentes y dominadores de los cambios sociales. En el pasado las sociedades usaron las escuelas solo como medio de reproducir inalterada la herencia social existente y preservar intacto el orden establecido, rechazando los intentos de asignar a las escuelas una tarea de investigación social y una perspectiva de cambio. En el presente, los cambios infraestructurales en constante flujo imponen la revisión y experimentación continuas de las ideas básicas en filosofía y educación, dado que estas son expresiones de formas de vida, de la infraestructura. Antecedentes de esta concepción educacional se encuentran en Bacon, Diderot, Rousseau y Dewey. Ahora pesa en esta concepción democrática integral, el impacto de la nueva revolución industrial y de la ciencia y el avance del sistema político en un sentido cada vez más multitudinario.

En Chile se ha desarrollado una concepción educacional democrática, lentamente y a través de luchas ardorosas en contra de la posición conservadora-clerical. Ha partido de una doctrina formulada y recogida en la Constitución de 1833, llamada del “Estado docente”. En aquel documento se reconoce la libertad de enseñanza, junto a la intervención del estado en su desenvolvimiento, elaboración de planes y programas, control de exámenes y otorgamiento de títulos. La educación es atención preferente del Estado. Esta doctrina, opuesta a la concepción liberal rígida, al estado del “laissez faire, laisser aller”, y al monopolismo de la educación confesional, ha permitido en Chile un proceso educacional muy sui generis. Su perfeccionamiento, y por cierto la eliminación de privilegios dados a la enseñanza particular por abdicación de las autoridades encargadas de velar por el buen funcionamiento del Estado docente, redundará en beneficio del afirmamiento y avance de una estructura educacional moderna, progresista, sin los peligros del liberalismo y del estatismo absolutos.

IV

Frente a la concepción del liberalismo individualista, y a la concepción del Estado democrático integral, de servicio social, se levantó desde la primera guerra mundial la concepción estatista, la estatolatría, para la cual antes que la libertad y la justicia priman la autoridad y la jerarquía representadas por el Estado. Su primera forma fue la del colectivismo estatista en la Rusia comunista, surgida en 1917, y pronto desviado

hacia un capitalismo de Estado, y un despotismo estatal, bajo el régimen de Stalin, quien estableció el llamado "culto de la personalidad", reedición histórica del absolutismo zarista.

A continuación, aquella fórmula estatista encontró una aplicación extrema en la concepción fascista-nazista, de Mussolini-Hitler, nacida en el interior del régimen demo-capitalista, como oposición radical al liberalismo político.

Según las concepciones totalitarias, los individuos, las agrupaciones, la nación misma son solo medios, o instrumentos, para los designios supremos del Estado, convertido en fin absoluto. Los antecedentes del Estado totalitario se encuentran en Hegel, apologista del Estado prusiano, y alcanzó su máxima expresión política en los regímenes autocráticos de Mussolini, Hitler, Stalin y Franco. La segunda guerra mundial destruyó los regímenes de Mussolini y Hitler; y, a consecuencia de la muerte de Stalin, se inició un levísimo cambio en la URSS. Por lo menos su oprobiosa tiranía fue denunciada y con ello se inició la descomposición del estalinismo. Pero todavía en los regímenes comunistas el Estado domina la sociedad, la nación. En cuanto al fascismo sobrevive un tanto atenuado en la España franquista y el Portugal de Oliveira Salazar. En los sistemas totalitarios, existe el más completo monopolio de la educación, orientada de acuerdo con los propósitos contingentes del grupo dominante, dueño del Estado, al servicio de sus consignas, lemas y prejuicios racistas, clasistas, nacionalistas e imperialistas, antidemocráticos y antihumanos.

El caso del régimen comunista es dramático. Surgió como resultado de una revolución popular, contra el absolutismo zarista, contra el despotismo corruptor; pero en el curso de escasos años se transformó en un sistema dictatorial, más tiránico que el propio zarismo. Sus dirigentes defienden su concepción autoritaria, de monopolio estatal, como el resultado correcto de la aplicación de las tesis marxistas de la dictadura del proletariado. Sin embargo, Marx habló de la dictadura del proletariado en oposición a la dictadura de la burguesía y al traducirse en un nuevo régimen político, como el gobierno del proletariado, con un sistema de democracia directa y de debilitamiento del Estado, porque se trasladan muchas de sus funciones clásicas a organismos de base, del pueblo mismo, actuando directamente.

En cuanto a la educación, Marx fue enemigo de entregarla exclusivamente al Estado y defendió una particular concepción de libertad de enseñanza. Al colectivismo de la producción correspondería el colectivismo de la enseñanza; y como el Estado, apenas triunfante la revolución socialista, iniciaba su extinción, su marchitamiento, las funciones educacionales pasaban a manos de la colectividad, o sea, de sus órganos básicos, de democracia directa.

En su trabajo "Crítica del programa de Gotha" dice: "¿La educación puede ser igual para todas las clases? ¿Las clases altas pueden ser obligadas por la fuerza a conformarse con la modesta educación que da la escuela pública, la única compatible con la situación económica, no solo del obrero asalariado sino también del campesino? Asistencia obligatoria para todos. Instrucción gratuita (el que los centros de instrucción superior sean "gratuitos" significa, en realidad, que a las clases altas se les pagan sus gastos de educación a costa del fondo de los impuestos generales. Eso de "educación popular a cargo del Estado" es absolutamente inadmisible, ¡una cosa es determinar por medio de una ley general, los recursos de las escuelas públicas, las condiciones de capacidad del personal docente, las materias de enseñanza, etc., y velar por el cumplimiento de estas prescripciones legales mediante inspectores del Estado, como se hace en los Estados Unidos, y otra cosa, completamente distinta, es nombrar al Estado educador del pueblo!

Lejos de esto, lo que hay que hacer es substraer la escuela a toda influencia por parte del gobierno y de la iglesia".[112]

La doctrina educacional de Marx sería consecuente con sus teorías sociopolíticas. En efecto, en la sociedad burguesa, escindida en clases antagónicas, entregar la enseñanza al Estado es dejarla bajo la dirección y tuición de la clase dominante, de la burguesía, en contra de las clases trabajadoras. Y en un régimen socialista, entregarla al Estado es un contrasentido, pues éste debe iniciar su extinción y, en cambio, afirmarse las formas de democracia directa, del pueblo, y en manos de éste debe quedar la enseñanza, con un control genuinamente democrático.

Quedaría por aclarar la situación educacional en la larga etapa de transición del sistema burgués capitalista al régimen socialista popular.

V

En el extenso período de descomposición del régimen demo-burgués y de aparición auroral del régimen socialista, debido al mismo ascenso poderoso de las clases trabajadoras y las conquistas democráticas conseguidas se va modificando profundamente todo el sistema sociopolítico, y el Estado va tomando un nuevo carácter, dejando de ser estrictamente clasista, burgués, para transformarse en un estado de servicio social, expresión de los intereses y aspiraciones de toda la comunidad.

Para esta etapa, de duración indefinida, el socialismo contemporáneo ha elaborado una posición educacional realista, de acuerdo con las nuevas necesidades sociales, científicas y culturales.

El socialismo posee una idea más social del hombre y una concepción más real de la colectividad; y por ello tiende a hacer más democrática a la democracia. (Que por lo demás, en su formulación hecha por Lincoln: democracia es el poder del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, no ha cristalizado jamás, aun en un régimen democrático consecuente). No basta reconocerle al individuo su igualdad y libertad en la constitución, dejándolo abandonado a sus propias fuerzas sin un mínimo de seguridades económicas, sociales y educacionales. No puede vivir con dignidad ni ejercer sus derechos políticos ni disfrutar de las libertades, si permanece aplastado por el temor, la inseguridad y la miseria. El socialismo, en su esencia, levanta el viejo ideal de dar libertad, justicia y dignidad humana al hombre común. Plantea un nuevo concepto del Estado, involucrando estos rasgos: es socialista y democrático, exalta la personalidad humana y las potencialidades individuales y, al mismo tiempo, afirma los derechos de la humanidad, e impugna todo totalitarismo. En el fondo exalta la ecuación individuo-colectividad como interdependientes; reconcilia hombre y comunidad, para afianzar la libertad y el progreso, la justicia y el bienestar.

Una educación democrática, y socialista, junto con educar y capacitar al individuo para desempeñar un rol útil en la colectividad, debe ayudar a la comunidad a desarrollar formas superiores de vida.

Para el liberalismo individualista, la libertad de enseñanza no es más que la aplicación de la teoría general del liberalismo económico, pero la enseñanza no es una rama de la industria, a la cual se le pueda imponer el régimen de la libre concurrencia, de acuerdo con el criterio capitalista de aplicar la libertad a las cosas y a los negocios. (La Iglesia Católica y el conservantismo se afilian a los principios del liberalismo para

[112] "Crítica del programa de Gotha", pág. 28. En el tomo II de "Obras Escogidas"; de Marx- Engels. Ediciones en lenguas extranjeras. Moscú.

defender la libertad de enseñanza y por su aplicación instaurar la enseñanza confesional particular, en oposición a la pública, del Estado). La enseñanza es obligatoria y debe ser gratuita, porque satisface necesidades de orden social y moral. La enseñanza es un servicio público, o sea una organización jurídica de derechos y obligaciones superiores a la voluntad transitoria de un gobierno particular, que resulta de la aplicación de prerrogativas y recursos del poder público a la satisfacción de una necesidad colectiva. Su extensión y trascendencia son vitales para la nación, y es al Estado de servicio social, representante de la colectividad, a quien corresponde asegurar la solidaridad entre las diversas partes de la comunidad, y por medio de la educación impulsar la convergencia y armonía de todos los esfuerzos creadores al servicio de los intereses colectivos del pueblo y del progreso de la nación. El nuevo Estado sería el único capaz de asegurar una enseñanza libre, igual para todos, sin discriminación de clases, riqueza o religión; de mantener un sistema democrático de educación pública que pueda contribuir al trabajo productivo, al desarrollo económico y al progreso científico y técnico del país, al mejoramiento espiritual y ético del hombre y la sociedad; a la emancipación económica y al fortalecimiento de la comunidad patria.

VI

Para el socialismo, la educación se define y se entiende como un proceso de desarrollo, uno múltiple a la vez, de desenvolvimiento interior y de integración a la comunidad, de adaptación social. Es un proceso integral que acoge los intereses y las necesidades de todos los niños y adolescentes, y en un ambiente de libertad y comprensión se propende al desenvolvimiento de una personalidad armoniosa. O sea, debe ser enfocada como un todo, desde la infancia a la edad adulta, para dar a todos, un mínimo de conocimientos teóricos y prácticos, indispensables para vivir en una comunidad industrial moderna. A la vez debe desarrollar todos los aspectos del hombre, equilibrando la tendencia actual a la especialización y a la fragmentación de la vida y de la personalidad humana; desenvolver la personalidad individual y la personalidad social: la capacidad de pensar y actuar con independencia, el sentido de las responsabilidades sociales y del servicio de la comunidad. En resumen, formar hombres capaces de cumplir las diversas tareas ineludibles en la vida plena de la sociedad. Debe ser igualitaria, preocupándose de todos los niños y persiguiendo la justicia social, para eliminar las diferencias clasistas e impedir la formación de castas separadas; debe dar posibilidades de formación superior universitaria o de otro tipo, a todos quienes posean condiciones o capacidad de sacar provecho de los diversos dominios de la enseñanza superior científica, técnica o literaria.

En cuanto a su naturaleza, la educación debe ser neutra-laica, como los demás servicios públicos del Estado moderno, en particular el Ejército y la Magistratura. No puede ser confesional, como anhelan los católicos, pues es un servicio público, ante el cual el derecho del padre no es un derecho natural ni es una libertad absoluta, porque el niño no puede ser sometido en su proceso educativo a una sola y parcial influencia. Ello supone terminar en un totalitarismo educativo, atentatorio de la libertad del niño; y, además, tal anhelo va contra la unidad nacional al abrir camino a la multiplicación de los establecimientos de enseñanza (al lado de las escuelas católicas, estarían las protestantes, la judía, la socialista, la comunista, la librepensadora, etc.). La verdadera libertad de enseñanza es ante todo la enseñanza de la libertad. Es decir, educación dada en una atmósfera de libertad que prepare al joven en su rol de ciudadano, dirigida a desarrollar su razón y hecha bajo el signo del libre examen.

VII

Como estructura de servicio público el monopolio de la enseñanza por el Estado pareciera ser su expresión lógica, pero esa posición es peligrosa, por cuanto la enseñanza debe estar protegida de la arbitrariedad del poder ejecutivo. (Hemos visto cómo Marx se oponía al monopolio estatal de la enseñanza). La escuela, según André Philip, "no debe estar sometida a una forma política particular o a una ideología especial. El Estado no es el depositario de la verdad, de la cual el maestro sería el sacerdote; existen en materia de enseñanza derechos y deberes superiores a la voluntad pasajera del Estado". (En los sistemas totalitarios, en los cuales la enseñanza sufre un completo monopolio, la raza, la nación, o la clase aparecen como nuevas deidades bárbaras a las cuales son sacrificadas las personas). A juicio de A. Philip, la educación excede las funciones y la autoridad del Estado nacional, pues se trata de formar un hombre y no solo un ciudadano. La educación debe orientarse hacia un humanismo de carácter universal que engloba lo nacional, pero lo sobrepasa. Comparto el pensamiento del sociólogo francés, ya citado, y paso a resumirlo.

El hombre no es un individuo aislado; participa en la vida social a través de múltiples organismos, aunque todos de base personal. La sociedad es un todo de todos: un todo de libertades. El hombre está sometido a la sociedad, subordinado en lo político y en lo económico, pero la desborda en lo intelectual, artístico y religioso. El hombre está al servicio del grupo, pero éste no alcanza su fin más que sirviendo al hombre. Es preciso, entonces, darle al servicio de la enseñanza cierta independencia. Ningún poder público debe poseer la autoridad de impedir el desarrollo de verdades nuevas; la exposición de teorías contrarias a su política particular, o a sus intereses momentáneos.

En síntesis, en cuanto a la naturaleza, del servicio público de la enseñanza, debe rechazarse la idea confesional, y afirmar la laicidad del servicio público, en una obra de educación positiva en colaboración con la educación complementaria dada fuera de la escuela, pero en nexo con ella, por organismos familiares o sociales; mantener, por preferible, la coexistencia; una escuela pública predominante y un sector privado, en cuanto permita mejorarla o acrecentar el rendimiento del servicio público de la enseñanza. Es decir, debe admitirse cierto grado de libertad de enseñanza, pero desde que ésta se transformara en obstáculo al buen funcionamiento del servicio público no podría mantenerse. Pero, en la escuela primaria es ineludible el monopolio. En la escuela privada debe exigirse competencia a los profesores y asegurarse su defensa; estar integrados en el plan nacional de educación, con idénticos programas, análogos textos, y libertad en sus métodos educacionales; y el actuar con lealtad republicana y democrática.

¿Debe el Estado subvencionar la enseñanza particular? No tiene ninguna obligación, porque no existe ningún derecho de ningún organismo privado a una ayuda financiera, a una subvención. Solo por libre voluntad del Estado puede dar la ayuda financiera a escuelas de carácter internacional, o de experimentación.

El servicio público de la enseñanza exige la laicidad de la escuela, el monopolio de la rama primaria, la coexistencia de un sector privado al lado del público; la ayuda a aquél, en caso de calidad excepcional; un magisterio sometido a estricta disciplina, con preparación pedagógica alta, y con remuneración suficiente. El maestro está limitado en su función docente, en cuanto no puede enseñar nociones falsas, (contrarias a las ciencias), ni inmorales, (contrarias a las creencias comunes propias de una civilización), o sectarias y vulgares, (emplear formas odiosas para calificar a quienes no participan de ciertas opiniones); pero su libertad, como ciudadano debe ser amplia y garantizada por la ley: libertad en su vida privada y política (pública) para expresar todas las opiniones fuera de clase. Y aún libertad de conservar cierta elección en el interior mismo de la enseñanza.

Testimonios sobre la otrora naciente república de Chile[113]

El francés Julián Mellet en "Viajes por el interior de la América meridional", narra sus peregrinaciones por Uruguay, Argentina, Chile, Perú, Ecuador, Colombia y Cuba, durante la época de la lucha por la independencia. En 1814, estaba en Chile, donde presenció la derrota de los patriotas y el restablecimiento del sistema colonial por el victorioso jefe español Mariano Osorio. En cerca de cincuenta páginas resume sus visitas por Santiago, Quillota, Valparaíso, Illapel, Combarbalá, Andacollo, Coquimbo, La Serena, Vallenar y Copiapó. Sus opiniones sobre el país son muy favorables. Alaba su paisaje, la fertilidad de su tierra, la riqueza de sus minas y la cordialidad de su gente.[114]

Al estudiar la lucha por la independencia, nos preguntamos de dónde se obtenían recursos para financiarla. La historia responde que del rico mineral de plata de Agua Amarga. Precisamente, Julián Mellet, cuando arriba a San Antonio de Vallenar, una de sus primeras visitas es a esa mina, ubicada a ocho leguas de la ciudad. La describe situada en un cerro escarpado, rodeado de cabañas habitadas por tres mil mineros. La hermosura de su metal era tan notable, que sus trozos de plata "se creerían trabajados por algún escultor". ¿Cómo se encontró el rico mineral? Según Mellet, "solamente fue descubierto en 1810, por un esclavo mulato, llamado José María Ríos; él y su mujer eran esclavos de M. Carahu, francés establecido en Coquimbo, y por este feliz descubrimiento encontró los medios de recobrar su libertad; hoy día es extremadamente rico. Personalmente he conocido a M. Carahu, el hombre de quién hablo".

Agua Amarga, como más tarde Arqueros, Chañarcillo, Tres Puntas... financiaron la constitución de la República oligárquica. Desde un punto de vista sociológico, contiene impresiones muy interesantes el cuadro trazado por Mellet sobre las costumbres criollas. He aquí trozos significativos: "es preciso convenir que no hay nada que reprocharles, desde el punto de vista del trabajo y de la industria; poseen todas las artes a la perfección; ¡lástima que sean tan ligeros e inconsecuentes en sus tratos comerciales, especialmente con los extranjeros!; aunque políticos, son de carácter muy afable. Su manera de vivir es muy sencilla; los que no están ocupados en el comercio se levantan muy tarde, lo mismo que las mujeres; quedan en seguida a brazos cruzados hasta que les viene la fantasía de ir a fumar un cigarro con sus vecinos. A menudo hay diez a doce en las puertas de una pulpería (especie de almacén donde se vende vino, aguardiente y otros licores; como también telas, ropas y objetos de quincallería). Después de charlar, fumar y hecha la mañana, es decir, bebido aguardiente, montan a caballo y van a dar una vuelta no por el llano, sino por las calles, antes de retirarse a sus casas. Si les viene en ganas, bajan del caballo, se juntan a la compañía que encuentran, charlan dos horas sin decir nada, toman mate, vuelven a subir a caballo; es muy raro, en general, que un habitante se pasee a pie; se ven en las calles tantos caballos como hombres. La caza abunda en los contornos de la ciudad; pero los habitantes no son cazadores: ese ejercicio los fatigaría mucho... Las mujeres son encantadoras, de muy alegre carácter. Aunque por naturaleza son hermosas, han adoptado la moda de pintarse, moda que siguen estrictamente. Cantan acompañándose muy bien con la guitarra, instrumento que hombres y mujeres tocan con bastante gusto. Son inclinadas al tocado y se visten con elegancia; son amables a pesar de la altivez que les sienta a maravillas...". Sus elogios de la mujer son repetidos, pero se lamenta de su mala costumbre de beber aguardiente y fumar...

II

[113] OCCIDENTE N°220 septiembre 1970

[114] El volumen de J. Mellet lo imprimió Editorial del Pacífico.

La magna obra de Eduard Poeppig: “Un testigo en la alborada de Chile (1826-1829)” constituye un minucioso relato de su permanencia en este país, donde recorrió a fondo dos dilatadas regiones: todo el valle de Aconcagua, desde el océano Pacífico, entre Valparaíso y Quintero, hasta Los Andes, pasando por Santiago; y la del Biobío, Laja, desde la bahía de Talcahuano y Concepción, hasta la Sierra Velluda y el Volcán Antuco, a cuyo cráter ascendió en peligrosísima jornada, y casi le costó la vida.

En su densa descripción alternan los detallados datos de carácter científico (de geología, climatología, zoología, botánica) con las más variadas noticias socioeconómicas, socio-antropológicas, políticas, culturales. Observó con atención la naturaleza, la existencia de sus habitantes, sus costumbres típicas y en faenas laborales, la situación institucional y política de la época; y adelantó predicciones acertadas sobre el porvenir de la nueva nación.

Se relacionó con innumerables personas de todos los sectores sociales y de las más diversas actividades. Ello le permitió formarse un juicio cabal acerca de la entraña vital del pueblo chileno, de sus defectos y de sus grandes virtudes, y, por ende, de sus perspectivas reales de avance y progreso. En general rehuyó el mundo oficial, por su alejamiento del auténtico pulso nacional, para mantener el más duro y estrecho contacto con los sectores vivos de la producción, del trabajo, de la administración, de la frontera (en lucha permanente con los aborígenes insumisos) ... En ocasiones no desdeñó participar en algunas citas protocolares, pero a regañadientes, porque le eran fastidiosas tanto como a los protagonistas, muchos de los cuales, en su fuero interno, se aburrían, o se reían, a pesar de su solemnidad exterior. A propósito de uno de esos actos políticos, Poeppig, escribe con maliciosa pluma: “Los funcionarios y un gran número de ciudadanos, que parecían muy orgullosos en sus brillantes uniformes, se dirigieron en solemne procesión al monumento de la Constitución, a pesar de haber sido cambiada tres veces desde la erección de la columna. De acuerdo con la llamativa costumbre de los sudamericanos, se pronunciaron largos discursos, sin contenido, floridos y carentes de significado...”[115] Poeppig salió de Baltimore el 26 de noviembre de 1826. A comienzos de enero de 1827 avistó las costas de Patagonia; luego cruzó el Cabo de Hornos; y en los días iniciales de marzo pasó frente a la boca occidental del estrecho de Magallanes. A mediados del mismo mes entró a la bahía de Valparaíso, después de 110 días de navegación. Permaneció en Chile dos años, pues en mayo de 1829 se embarcó en dirección al Perú.

El sabio alemán vuelca constantes elogios sobre la bella y majestuosa naturaleza chilena y describe con simpatía el carácter y modo de ser de los chilenos de las distintas capas sociales. Pero, al mismo tiempo, apunta observaciones francas, críticas, en torno a instituciones y realidades caducas, reveladoras de un atraso socioeconómico y cultural impropio en un pueblo tan enérgico; y también anota con precisión sus defectos resaltantes, agravados por la casi increíble miseria imperante.

Al desembarcar en el principal puerto chileno, exclama: “De ninguna manera Valparaíso corresponde a las expectativas que se podrían cifrar en atención a lo que parece prometer su bello nombre. El sitio mismo es el menos adecuado para construir una ciudad destinada a concentrar el comercio marítimo de un gran país” ... El puerto no pertenece a los más seguros, y la conformación de la comarca impide edificar una ciudad extensa. Faltan el agua y la leña; y la comunicación con el interior es difícil. La construcción de una

[115] La obra de Eduard Poeppig ha sido traducida por Carlos Keller e impresa por Editorial Zigzag, en 1960. Es un hermoso volumen de casi quinientas páginas, adornadas con algunos valiosos dibujos originales del autor, y otros artísticos, delicados y sugerentes bocetos, de Juan Mauricio Rugendas. Una serie de bellísimas fotografías del erudito traductor, Carlos Keller, captando en la actualidad los paisajes descritos o diseñados por Poeppig, completan el atrayente e instructivo libro.

buena carretera requerirá inversiones cuantiosas. ("Solo en uno o dos lugares se conservan pequeñas arterias de agua, alrededor de las cuales se aglomera el pueblo desde las primeras horas de la madrugada hasta la noche. Mientras las mujeres de las clases más bajas lavan en ellas, semidesnudas, su ropa, y se conducen allí las mulas y los caballos para apagar la sed por un día; el aguatero llena sus barriles con el mismo elemento ensuciado, para venderlo caro en las calles de la ciudad. Solo la clase pudiente está en condicionas de ocupar a un mozo exclusivamente para traer el agua desde lugares más apartados...". "Todavía en tiempos de Frezier, las quebradas, ahora casi desprovistas de vegetación, estaban cubiertas por una densa formación de arbustos, y es además seguro que la misma serranía pelada, que solo alimenta arbustos degenerados y aislados, estaba poblada hace tres siglos y medio por los mismos bosques tupidos que aún se encuentran en los cerros a escasa distancia de la bahía de Quintero. Una destrucción desconsiderada, como todavía se practica en este país tan seco y pobre en leña, ha tenido como consecuencia que dejaran de correr los arroyos y que los aguaceros invernales lavaran la capa de tierra vegetal de las rocas graníticas...").

Sobre la superficie actual, dice Poeppig, la población ya no tiene cabida, "y mientras el pobre vive en un desaseo indescriptible por falta de espacio, el comerciante y los habitantes de mayor renta, pagan sumas extraordinarias por viviendas relativamente incómodas... Las viviendas populares en las quebradas y callejuelas del arrabal siguen siendo, como antaño, ranchos bajos e incómodos, con techos a veces solo cubiertos con juncos. Algo ruda en sus maneras de vivir, una gran familia realiza en ellas sus múltiples negocios en una sola gran pieza pelada, que se abre sin zaguán a la calle" ...

Observa que "solo el chileno de las clases populares conserva fielmente sus costumbres nacionales". Y entre ellas la afición a la bebida y a las chinganas. El populacho frecuenta la infinidad de chinganas "de la categoría más baja y sucia" del barrio del Almendral; y el campesino venido a vender sus productos, al final de su jornada, toma el camino que "lo conduce frente a una chingana, como se las encuentra en todas las salidas del arrabal, y rara vez un chileno de esa clase pasará sin apearse" ...

Poeppig afirma que en virtud de la independencia se advierte una nueva mentalidad de progreso; ya desaparecen los miserables ranchos y la gente criolla se vincula más a los negocios y empresas, hasta entonces en manos de británicos y franceses, sobre todo; y con seguridad, "Valparaíso no se asemejará en lo más mínimo al caserío desaseado y repugnante que vieron los primeros extranjeros llegados después de iniciarse la revolución" ... Tal avance es indispensable si no quiere ser superado por otros centros, por cuanto: "cuando Chile tenga en el futuro la suerte de aumentar su población y de incrementar su industria bajo un gobierno consolidado, de modo que sea posible usar sus recursos con más dedicación que en la actualidad, los puertos sureños, sobre todo la segura y hermosa bahía de Talcahuano, surgirán como peligrosos rivales de Valparaíso, y es posible que lleguen a predominar por la importancia de su comercio" ...

Poeppig cuenta la llegada a Valparaíso de dos navíos rusos en los mismos instantes de su arribo, en marzo de 1827. Primero tocó puerto la corbeta "Moller", y poco después, la "Siniavin". Se dirigían a las posesiones rusas en las costas del noroeste de América. El sabio alemán realizó una excursión de caza y de exploración con un grupo de jóvenes oficiales moscovitas de la "Moller", por los cerros y valles de los alrededores de Valparaíso. Visitaron una hacienda y pernoctaron una noche al aire libre. La "Siniavin" bajo el mando del culto capitán Lüttke, se quedó quince días en el puerto, con el objeto de verificar estudios científicos. Estableció su base de operaciones en tierra y para ello arrendó una amplia casa en el Almendral, equipándola en forma adecuada. Poeppig participó en todas sus actividades, pues tuvo la suerte de

encontrar dos sabios alemanes en ese buque; el médico y botánico Dr. Merten, y el zoólogo, barón Friedrich von Kittlitz. Llevaron a cabo numerosas excursiones a distintos puntos de la comarca vecina, y una de dos días, a Quillota.[116]

Al describir sus excursiones por el valle de Aconcagua, Poeppig llevó a cabo simultáneamente, un enfoque de régimen económico-social de Chile. Las actividades económicas fundamentales del país habían sido la minería y la agricultura, y en ellas no lograron una aplicación y una recompensa remunerativa las clases populares, porque sus posibilidades de desarrollo se vieron entrabadas por su falta de recursos y por la imposibilidad de sacar provecho de la tierra en pequeñas explotaciones, como dominio independiente, impedidos por el predominio de los mayorazgos y el latifundio. ("Los mayorazgos solo fueron derogados por el Congreso y la Constitución de 1828, y ellos fueron la causa que explica, por una parte, el desaseo, la pobreza y la falta de cultura de los campesinos más pobres, como, por otra, el gran descuido de la tierra, aun en provincias muy fértiles" ...).

De ahí la situación muy oprimida de las clases bajas; no se hacía nada para estimular que ellas desarrollaran la industria, asegurándoles una utilidad adecuada, y escribe: "Sostener la opinión de que el pueblo chileno manifieste una inclinación a una incorregible inactividad es tan injusto e inhumano como es unilateral la afirmación de que solo una pequeña parte del suelo sea susceptible de ser cultivada...".

En Chile ha faltado "un campesinado independiente propiamente tal, este nervio que da poder a todo país civilizado". Su causa se encuentra en "el oprobioso sistema del feudalismo y en el dominio de grandes territorios entregados a las familias más antiguas del país". El hacendado y el mayorazgo únicamente se interesaban por radicar un gran número de familias en su propiedad "ligadas a él por medio de la relación del vasallaje"; y quienes constituían "una especie de adscritos a la gleba, a quienes se les podía exigir servicios de mayor o menor monto". Les daban un pequeño pedazo de tierra, situado en las zonas más peladas; ahí podían edificar un sencillo rancho; solo en casos excepcionales se les permitía cultivar los frutos del país en cierta cantidad, pero quedaban sometidos a toda suerte de arbitrariedades. El hacendado determinaba la cantidad que un tal inquilino podía producir o vender libremente, porque él "estaba siempre muy interesado en conservar un monopolio dentro de un gran radio, lo que explica las injustas limitaciones a que fueron sometidos los inquilinos toleradas por el gobierno". El inquilino se comprometía a prestar diversos servicios, "acerca de cuya extensión faltaban reglas fijas en el Código Civil". Por lo demás, la administración de justicia era partidista en todos los litigios entre hacendados e inquilinos. Los pobres se encontraban desamparados. "Las condiciones en que vivían los inquilinos explican que sus posesiones fueron siempre inciertas, pues aun cuando la ley prohibía que se les despidiera sin más trámites (al menos, no se lo podía hacer antes de haber cosechado el inquilino lo que había sembrado), estaban expuestos a este peligro cada semestre"... Poeppig comenta que del sistema mayorazgo-

[116] En esos años algunos barcos rusos cruzaban el Cabo de Hornos para alcanzar sus posesiones en Alaska (vendidas a los Estados Unidos en 1867) y, por tanto, se detenían en el litoral chileno, como en este caso descrito por Poeppig. Un primer testimonio moscovita sobre el extremo meridional del continente americano es el del sabio Platón Alexandrovich Chitkachr: "Un viaje a través de las pampas de Buenos Aires", en el cual dedicó un corto capítulo a Chile. Estuvo en Valparaíso y Santiago, en 1837, de paso hacia Mendoza. Cruzó los Andes por el valle del Maipo. Sus impresiones son muy halagadoras para Chile. Anota: "Chile debe su prosperidad a su gobierno, superior a todos los de Hispanoamérica, a sus leyes, que son fundamentales, y a su administración, que es la más honesta de todas las antiguas colonias españolas... El orden subsiste en Chile con consentimiento, la convicción personal y vocación a la institucionalidad y por la aversión a la anarquía". (Tomado de una crónica de Enrique Bunster, en "El Mercurio", del 10 noviembre de 1968).

latifundio, “se ha derivado seguramente con razón, la manifiesta inclinación que tiene el chileno por la vida errante, su preferencia de vagar sin ocupación, a menudo sujeto a grandes privaciones, sin plan y sin sentido. Se explican por la misma razón la pobreza y el desaseo de las viviendas de la clase inferior en el campo...”. No tenían aliciente para construir buenas casas, plantar árboles, constituir familia permanente...

La Iglesia Católica poseía extraordinaria riqueza, como en toda América del Sur, (aunque la iglesia chilena era solo un pariente pobre en comparación con la peruana) y cobraba el oneroso diezmo, dura carga para la clase más pobre de los campesinos. (“Los hacendados tienen a su cargo la cobranza del diezmo que deben pagar sus inquilinos, lo que ha motivado que existan en los fundos toda clase de enredos, de engaños mutuos, de espionaje permanente de parte de unos y de embustes de parte de otros, como también mucha injusticia... Se estima que el total del diezmo que grava a los productores se eleva a la suma de un millón, siendo percibidos al final por las cajas del gobierno apenas 300.000 pesos fuertes”).

El chileno demuestra preferencia por la ganadería, porque satisface su inclinación hacia una vida libre e independiente, y su predilección por todo lo aventurero, violento y valiente; (“el chileno, sobre todo, el de las clases bajas, es de carácter muy enérgico y libre, y porque la ganadería puede ser desempeñada con más ventajas que los cultivos y sus productos: cueros, charqui, grasa, sebo, han tenido buenos precios y seguro mercado.[117]

La lechería es casi totalmente desconocida; el cultivo de las hortalizas se encuentra escasamente desarrollado y las plantaciones de árboles frutales están casi más descuidadas. Por esto el hombre del pueblo se conforma con una comida muy sencilla, predominando en ella las leguminosas.

A raíz de su paso por Santiago, anota que la población se encuentra concentrada en esa ciudad, y donde “el desaseo en las viviendas de las clases bajas y de los artesanos más pobres parece ser aún mayor que en Valparaíso”. Además, “Santiago es considerado como un lugar relativamente malsano, lo que se explica, por una parte, por la falta de aseo público y, por otra, por las influencias climáticas, acerca de las cuales todavía faltan investigaciones precisas”.

Como juicio de conjunto, Poeppig, dice de Chile: “Ningún país de la extensa América disfruta en igual grado que Chile de las ventajas que benefician a un Estado por disponer de una población homogénea y no contar con la presencia de castas. Si esta joven república supeditó con mayor rapidez que ninguna otra de sus numerosas hermanas el estado anárquico de la lucha revolucionaria, y si ya alcanzó con una celeridad sin parangón en aquel continente, un grado superior de civilización y orden, se lo debe en primer lugar a la circunstancia de contar con muy pocos “ciudadanos de color”... Chile se encuentra libre de todos los males que resultan de la incorregible aversión de las diferentes castas, pues su población no está integrada ni por intranquilos negros ni por indígenas inservibles para muchos fines políticos. Debe agregarse como ventaja, ya en sí suficiente para compensar todas las demás, la uniformidad de la lengua en todas las provincias”. (El castellano es la lengua de todas las clases, e incluso en el sur, donde viven los mapuches).

[117] Un dato de Poeppig que se ha repetido en estos últimos años. En 1827-32 hubo una sequía sin precedentes en las provincias boreales y centrales de Chile. Solo en Copiapó-Coquimbo, en 1831, habrían muerto 515.326 animales (76.943 vacunos, 9.920 caballares, 5.193 mulares, 8.319 asnales, 203.376 ovejunos y 211.575 cabríos), de hambre, debido a que todo el territorio no ofrecía una sola matita verde. Agrega Poeppig: “Aun cuando el número quizás sea algo exagerado, debido a que algunos hacendados tenían interés en aparecer los más perjudicados posible, la pérdida fue en todo caso extraordinaria y sensible”.

Destaca, asimismo, la reorganización política de Chile y la consolidación de un régimen de orden y progreso. Cuando estuvo en Chile comprobó el cansancio existente en la población por la agitación revolucionaria; el fracaso de la Constitución de 1828 por ser un instrumento netamente teórico, y luego, el estallido de la guerra civil y el restablecimiento de la tranquilidad en 1830. Dice: "Triunfó el partido de los pelucones o estanqueros quizás para el bien del país, pues a pesar de haber sido acusado de tener simpatías por los principios españoles anteriores a la revolución, le pertenece la gran mayoría de las personas ilustradas y pudientes, y está sin duda mucho más preparado para hacerse cargo del gobierno que el partido contrario, que es demagógico, ignorante y está compuesto principalmente por militares inútiles, es decir, por elementos muy análogos a los que gobiernan desde hace años en Buenos Aires y Lima, con resultados funestos y provocando un espantoso desorden.

Restablecida la autoridad y la confianza pública, terminado el juego con las revoluciones, los gobernantes comprendieron que la salvación del país, y la propia, consistía en imponer una administración justa y honrada y ordenar las finanzas. Se refiere en forma elogiosa a Diego Portales "un personaje de gran categoría, ilustrado y realmente meritorio, jefe del partido de gobierno".[118]

Poeppig dedica varias páginas a describir las riquezas mineras de Chile en plata y cobre. Aunque muy importante la minería de la plata, sobre todo después del descubrimiento da las fabulosamente ricas minas de Copiapó (Chañarcillo y otras), encuentra más lucrativa la explotación del cobre, por su carácter de "verdadera rama de la industria del país". Supone una ocupación más segura por la abundancia de yacimientos. (Poeppig manifestaba que él mismo encontró minerales cupríferos en los Andes de Antuco).

Aquella enorme riqueza benefició solo a unos pocos, y la masa de trabajadores yace en condiciones miserables. He aquí el cuadro esbozado por el sabio alemán: "La suerte del obrero minero no es envidiable, pues su durísimo trabajo es retribuido con un jornal de dos a cuatro reales por día, de acuerdo con su categoría. Además, se le entrega una ración de fréjoles, higos o harina y que comprende una o dos veces a la semana algunas libras de charqui. Su trabajo es muy pesado, pues, por una parte, el interior de las minas se encuentra en un estado que, por lo general, no le permite usar libremente todos sus órganos y, por otra, el servicio se realiza sin interrupción durante quince días o un mes, con la única excepción de algunos días festivos muy solemnes" …

Su situación se agrava porque "lo que ganan con gran esfuerzo en muchos días lo derrochan durante los días festivos en pocas horas en el juego y la bebida"; y también experimentan una expoliación por parte

[118] Muchas de las observaciones de Poeppig fueron confirmadas por otros viajeros posteriores. Por ejemplo, el cirujano norteamericano Willlam Ruschenberg en su libro "Theree years in the Pacific", quien pisó suelo chileno en 1832, subraya la existencia negativa de grandes mayorazgos. Le tocó visitar un fundo en Colina, de cincuenta millas cuadradas, donde vivían cuatrocientas familias, de dos mil quinientas a tres mil almas, y ahí trabajaban ciento veinte yuntas de bueyes roturando la tierra con arados idénticos a los del tiempo del Imperio Romano. A pesar de su atraso, la hacienda producía veinticinco mil dólares en trigo: "Estas grandes haciendas han sido un obstáculo para el progreso del país, porque la ley de España para mantenerlas intactas colocaba todos los bienes raíces en manos de unos pocos individuos, haciendo que se heredasen de padre a hijo ad Infinitum…Si esa institución era explicable en una Monarquía con el fin de mantener una aristocracia, no tenía razón de ser en una república. (La Constitución de 1828 los disolvió, pero, Portales los restableció y solo desaparecieron en 1856). Expone diversos juicios muy elogiosos para los chilenos; en especial admira su hospitalidad. Pero anota algunos defectos graves: entre ellos, el de la diaria y prolongada siesta de 2 a 6 P.M. Respecto de su carácter, manifiesta: "Son inconstantes y sus afectos enteramente superficiales; sus sentimientos son inestables; se entusiasman con facilidad, pero con igual veleidad vuelven a ponerse indiferentes" … (Datos tomados de la crónica de E. Bunster en "El Mercurio", del 10 de noviembre de 1968).

de los dueños de las minas, pues: “el obrero está obligado a comprar en la pulpería de la mina todo lo que necesita para la vida, pagándole los mismos precios de antes; por ejemplo, dos o tres reales por la vara de tocuyo, que se puede comprar ahora en todas partes por un real. El dinero que sobra a fines de mes lo invierte en bebidas que consume en la misma pulpería, mantenida por el mismo patrón, y de esta manera los mineros son siempre muy pobres y se caracterizan por costumbres muy desordenadas”.

Poeppig recorrió detenidamente la región del Biobío-Laja y llegó a los Andes, escalando el volcán Antuco, en arriesgada ascensión al cráter, lo cual casi le cuesta la vida. Su evocación de la naturaleza es fascinante y provoca admiración y nostalgia su registro de las estupendas especies de los bosques sureños (robles, laureles, lingues, raulíes, coigües, mañíos, araucarias...), ahora casi desaparecidas por los incendios bárbaros. Asimismo, es extraordinariamente vivida su descripción de la zona de Antuco-Sierra Velluda-río Laja, laguna de Laja-volcán Antuco, (en los últimos años actualizada por la construcción de la planta hidroeléctrica del Abanico). El viaje mismo de Poeppig fue azaroso tanto por las dificultades naturales, de una región salvaje, casi sin caminos, como por el estado de guerra, o guerrillas, de esos años: ataques de bandas de pehuenches, moluches y de los bandidos Pincheira... El sabio alemán triunfó de todos los obstáculos y dejó páginas insuperables, plenas de belleza, y al mismo tiempo, documentales.

Muchas de sus apreciaciones han resultado proféticas. “Tan apropiadas para la agricultura como para cualquiera otra clase de industrias, estas provincias llegarán a constituir en el futuro la base del poderío del país, y en ellas ocurrirá también una mayor aglomeración de la población...Su afirmación de que Chile podrá ser el emporio del Océano Pacífico del Sur, y su intermediario, ofreciendo los mejores puntos de “contacto”, para fomentar el intercambio de productos entre el mundo oriental y el occidental, cobra palpitante actualidad y realidad.

Señala la excepcional bondad de la bahía de Talcahuano y el futuro promisorio de Concepción. Piensa en su desarrollo y funda esperanzas en el establecimiento de buenas escuelas para aprovechar y ampliar las excelencias de los chilenos del sur, superiores en energía y perseverancia y por su espíritu tolerante... “Hasta los tiempos más recientes, han faltado escuelas en el campo; solo han sido creadas como una consecuencia de la última revolución. El joven podía estudiar en Chillán o Concepción dialéctica, lógica y filosofía aristotélica, pero jamás algo importante para la vida activa, nada de todo aquello que necesitaba y tiene que saber en primer lugar el ciudadano en un país joven”.

En las páginas finales de su voluminoso libro, Poeppig, insiste en sus juicios favorables para el destino de Chile, por la riqueza de su tierra y las grandes aptitudes de su pueblo, y “el hecho de haberse constituido en Chile, después de las revoluciones, mucho antes que, en otras partes de la América del Sur, una organización política bien consolidada, es sin duda una prueba de que sus ciudadanos supieron reconocer y conservar con precisión lo que más le convenía...”.

El pueblo se caracteriza por su capacidad de pensar en forma tranquila y lógica; su rapidez para asimilar los modelos extranjeros útiles, su capacidad de inventiva y perseverancia, su rechazo a la superficialidad; y “afortunadamente los chilenos no son ni ateístas ni pechoños”. Rechaza las afirmaciones de otros viajeros según las cuales no se encontrarían en Chile mujeres fieles y muchachas virtuosas, cometiendo el error de juzgar a todo el país por las condiciones reinantes en Valparaíso. Para Poeppig, son casi sin excepción de aspecto hermoso, dotadas de muchos bellos talentos, de gran viveza, y entre ellas es rara la desenfrenada inclinación al lujo, que no vacila en medios para satisfacerla...

El chileno es, en general, serio y prudente, y solo en estado de ebriedad hace manifestaciones de violencia y recurre al empleo del cuchillo. Entre sus defectos anota, precisamente, la ebriedad y la pasión por el juego.[119]

Notas en torno al catecismo político cristiano y dos testimonios sobre Chile en la época de la Independencia[120]

I

A mediados de 1810 circuló el notable panfleto Catecismo Político Cristiano, firmado por José Amor de la Patria; a principios de 1811 provocó estupor la proclama de Quirino Lemachez (Camilo Henríquez); y en los días iniciales de 1812 salió a luz La Aurora de Chile, el primer periódico chileno.

La Editorial Francisco de Aguirre, de Buenos Aires, ha lanzado un tomito con los documentos indicados y el editorial del primer número de La Aurora de Chile.[121]

La misma empresa editora, en su colección viajeros de antaño, ha reimpreso dos libros importantísimos para el conocimiento de la situación de Chile en los años de la gesta emancipadora y de algunos sucesos políticos y militares decisivos: Cartas de un tipógrafo yanqui, de Samuel B. Johnston, y Diario de un joven norteamericano, de J. E. Coffin.

La lectura de los tres volúmenes apuntados nos permite adentrarnos en el fascinante tema de las causas de la independencia y en varios aspectos de su agitado desarrollo.

---

[119] Otro testimonio sobre Chile tan notable y valioso como el ya reseñado, es el de Paul Trentler: "Andanzas de un alemán en Chile, 1851-1863", traducido por Carlos Keller e impreso por Editorial del Pacifico. Describe sus exploraciones y visitas por Atacama (en un instante de auge desbordante a raíz de la explotación de la mina de plata de Tres Puntas); Valdivia (y desde ahí emprendió expediciones al interior de la Araucanía y a la zona de colonización germana en Osorno y Llanquihue); y por las comarcas centrales del país (Valparaíso, Santiago, Talca, Constitución). Su apasionante visión de la realidad cotidiana de Chile en un periodo de singular progreso, completa de manera fascinante, por lo amena y sorprendente, la obra de los historiadores de la administración de Manuel Montt. Su descripción animada y colorista de Copiapó y la fiebre de la plata, posee un interés extraordinario. Asimismo, alcanzan profunda importancia sus noticias en torno al mundo araucano en vísperas de su pacificación definitiva por las fuerzas republicanas.
La opinión de Paul Trentler sobre Chile es muy favorable y halagadora. Lo considera una república modelo y a su pueblo el más hospitalario y viril. Exalta el orden de su vida política, su seguridad, su magnífico clima, sus riquezas mineras variadas y sus extensos terrenos aptos para cultivos agrícolas. Quienes se establezcan en Chile encontrarán en él su segunda patria y su felicidad.

[120] OCCIDENTE N°221 octubre 1970

[121] "Catecismo Político Cristiano. Dispuesto para la instrucción de la juventud de los pueblos de la América Meridional". Prólogo y notas de Manuel Acuña Peña. (Contiene, además: "Problema Editorial N°1 de la Aurora de Chile", escritos por Camilo Henríquez). Colección Antártica, Editorial Francisco de Aguirre. Buenos Aires, 1969.
En esta misma colección Antártica, con volúmenes tamaño Pocket, se han reeditado "Recuerdos del Pasado", de Vicente Pérez Rosales, y "Pequeña historia magallánica", de Armando Braun Menéndez. Y su última impresión: "Ciencias Sociales", de los profesores Manuel Acuña Peña y Manuel Cifuentes Arce, en una inteligente y útil selección de textos escogidos de diversos historiadores y sociólogos sobre los aspectos fundamentales del desenvolvimiento de Chile desde el movimiento de la independencia nacional hasta la coyuntura social y política de 1920. Constituye una novedosa y objetiva radiografía de la evolución de Chile a través de textos calificados por su crítica e interpretación originales, desprovistas de todo retoque escolar y oficial.

En cuanto al Catecismo Político Cristiano se plantea un asunto previo: ¿quién es su verdadero autor, oculto en el seudónimo de José Amor de la Patria? Se le atribuyó al doctor Juan Martínez de Rozas, pero el investigador Luis Montt entró a dudar de su paternidad, por cuanto el famoso jurista había permanecido en Concepción todo el año de 1810, lejos de las agitaciones políticas de la capital, donde se divulgó el libelo. El historiador Domingo Amunátegui Solar llegó a idéntica conclusión y, al mismo tiempo, rechazó como posibles autores a Juan Egaña, a Manuel de Salas, a José Antonio de Rojas (prisionero en El Callao), y a Camilo Henríquez, llegado al país a fines de 1810. A su juicio, el autor sería el guatemalteco Antonio José de Irizarri, joven y buen escritor, a la sazón en el país. En 1943 el historiador Ricardo Donoso expuso una nueva hipótesis: el Catecismo habría sido redactado en la segunda mitad del año de 1811, no en 1810, por el doctor chuquisaqueño Jaime Zudáñez, (1772-1832). Su afirmación la aceptó Francisco A. Encina, incorporándola en su "Historia de Chile", pero sin mencionar al formulador de la teoría; recientemente el escritor R. A. Inostroza también la hace suya en su obra "El ensayo en Chile desde la colonia hasta 1900", aparecida en 1969. Otros eruditos han declarado insostenible la hipótesis de Ricardo Donoso, porque el documento en cuestión se refiere al nombramiento de Elío como gobernador de Chile y recomienda celebrar un cabildo abierto con el objeto de designar una Junta de Gobierno, ambos sucesos de 1810. Zudáñez arribó al país después del 18 de septiembre.

El Investigador Aniceto Almeida ha enunciado, en 1957, la última teoría: después de desechar a todos los candidatos tradicionales y de rechazar a Zudáñez, propone a un nuevo redactor: al argentino Bernardo de Vera y Pintado, (1780-1827), instalado en Chile en 1799. En noviembre de 1799 obtuvo el grado de doctor en Teología, y, en 1807, igual grado en la Facultad de Leyes.[122]

El texto definitivo del vibrante opúsculo se habría redactado entre el 11 de julio y el 18 de septiembre de 1810.

El Catecismo Político Cristiano empieza por distinguir y definir las clases de gobierno existentes, y se pronuncia en favor de la forma republicana y democrática, porque en ella manda el pueblo por medio de sus representantes; en "las repúblicas el pueblo es el soberano, el pueblo es el rey, y todo lo que hace lo hace en su beneficio, utilidad y conveniencia; sus delegados, sus diputados o representantes mandan a su nombre, le responden de su conducta y tienen la autoridad por cierto tiempo. Si no cumplen bien con sus deberes, el pueblo los depone y nombra en su lugar a otros que correspondan mejor a su confianza". Ataca a la monarquía y al despotismo, y de paso execra a Napoleón como tirano y usurpador. Los pueblos si actúan libremente, sin coacción, prefieren el gobierno republicano, y si alguna vez eligen uno monárquico, el rey tiene su autoridad del pueblo. Cuando "los pueblos han instituido un gobierno, sea monárquico o republicano, no lo han instituido para hacer la felicidad de una sola persona o familia, cual es el rey; lo han instituido en beneficio del pueblo y para hacer su dicha. El pueblo que ha conferido a los reyes el poder de mandar puede como todo poderdante revocar sus poderes y nombrar otros guardianes que mejor correspondan a la felicidad común".

Respecto de la situación de España, con su rey cautivo, y una Junta Suprema en el poder, se pregunta si ella ha tenido autoridad para mandar en América. Su respuesta argumenta: "Los habitantes y provincias de América solo han jurado fidelidad a los reyes de España y solo eran vasallos y dependientes de los mismos reyes, como lo eran y han sido los habitantes y provincias de la Península. Los habitantes y

[122] Véase Aniceto Almeida Arroyo: "En busca del autor del Catecismo Político Cristiano", en Revista Chilena de Historia y Geografía, N°125, año 1957.

provincias de América no han jurado fidelidad ni son vasallos o dependientes de los habitantes y provincias de España. Los habitantes y provincias de España no tienen pues autoridad, jurisdicción y mando sobre los habitantes y provincias de la América; ellos y ellas no han podido trasladar a la Junta Suprema una autoridad que no tienen", por lo tanto, la Junta Suprema no ha podido mandar legalmente en América. Los americanos "son de derecho hombres libres, y no esclavos como lo han sido los españoles de Europa. Los americanos han podido y han debido formar sus juntas provinciales, como las han formado las provincias de España". ¿Cuál es el camino por seguir por las Américas en el caso anormal por que atraviesan? Ante la situación anómala de la monarquía española y la amenaza de una invasión extranjera ("los virreyes, los presidentes y los gobernadores, os entregarán vilmente a los franceses, si creen, como no lo dudan, que por estos medios infames han de conservar su autoridad, sus empleos, sus honores y rentas"), "convocad, carísimos hermanos, un Cabildo abierto, formado por vosotros mismos en caso necesario, y allí hablad, acordad y decidid de vuestra suerte futura con la energía y dignidad de hombres libres: haced lo que han hecho en Buenos Aires; formad desde luego una Junta Provisional que se encargue del mando superior, y convocad los diputados del Reino para que hagan la constitución y su dicha".

Aconseja formar un gobierno propio, a nombre del rey Fernando, y dejar al tiempo y las circunstancias el porvenir, pero teniendo presente siempre la redacción de una "constitución impenetrable en el modo posible a los abusos del despotismo y del poder arbitrario", y por descontado "ni reyes intrusos, ni franceses, ni ingleses, ni Carlota, ni portugueses, ni dominación alguna extranjera; morir todos primero, americanos, antes que sufrir o cargar el yugo de nadie".

AI referirse a la proclama del 14 de febrero de 1810, del nuevo Consejo de Regencia, donde se eleva "a la dignidad de hombres libres" a los españoles americanos y se les insta a designar diputados a las Cortes, el inflamado Catecismo denuncia la falacia de aquella decisión peninsular y, entonces, traza el sombrío panorama de América bajo el despotismo español, en páginas apasionadas, muchas veces reproducidas, porque constituyen el mejor cuadro de las causas del movimiento emancipador. Entresaco algunos párrafos sugerentes: "¡Carísimos hermanos! No os dejéis burlar con bellas promesas y confesiones arrancadas en el apuro de las circunstancias: vosotros habéis sido colonos, y vuestras Provincias han sido colonias y factorías miserables... La Metrópoli ha hecho el comercio de monopolio, y ha prohibido que los extranjeros vengan a vender, o vengan a comprar a nuestros puertos, y que nosotros podamos negociar en los suyos, y con esta prohibición de eterna iniquidad y de eterna injusticia nos ha reducido a la más espantosa miseria... La Metrópoli nos carga diariamente de gabelas, pechos, derechos, contribuciones e imposiciones sin número, que acaban de arruinar nuestras fortunas... La Metrópoli quiere que no tengamos manufacturas, ni aun viñas, y que todo se lo compremos a precios exorbitantes y escandalosos que nos arruinan: toda la legislación de la Metrópoli es en beneficio de ella y en ruina y degradación de las Américas, que ha tratado siempre como una miserable factoría... La Metrópoli abandona los pueblos de América a la más espantosa ignorancia, ni cuida de su ilustración, ni de los establecimientos útiles para su prosperidad...". Tal ha sido el sistema invariable del gobierno español. Con sarcasmo el Catecismo comenta la proclama del Consejo de Regencia cuando afirma que los americanos no son colonos ni sus provincias son factorías, pero nada alude a la petición de éstos de tener el comercio libre con las naciones del orbe y eliminar el monopolio. Así declara "que debéis gozar de los mismos derechos y privilegios que los españoles europeos, pero no dice que tengáis manufacturas, y que los americanos sirvan en América todos los empleos y dignidades, como es de eterna equidad y justicia, y como los sirven en España los españoles". Llama a no dejarse engañar y seducir, y adormecer, con los fingidos halagos de las autoridades y peninsulares, pero si os veis elevados a la dignidad de hombres libres por un don gracioso de vuestros

opresores, “salid, pues, de la horrible situación en que habéis estado, hablad, discurrid y pensad con la dignidad, con la fuerza y energía de hombres libres…

El sombrío cuadro de la realidad americana presentado por el Catecismo Político Cristiano expresa el espíritu crítico y de rebelión predominante en amplios sectores de la burguesía de este continente. Aunque diversos historiadores hispanistas han tratado de demostrar su exageración e inexactitud, el hecho cierto es que así lo sentían y veían la situación las minorías cultas y dinámicas de los elementos criollos. Son numerosos los documentos y testimonios al respecto. Por ejemplo, en una publicación escrita en Lima, centro del despotismo, en 1816, e impresa en forma anónima en 1818, en Buenos Aires, atribuida al peruano José de la Riva Agüero, se resumen en veintiocho puntos “las causas que dan los americanos” para repudiar la dominación española. Su título es “Manifestación histórica y política de la revolución de la América y más especialmente de la parte que corresponde al Perú y Río de la Plata”.[123] Su detalle resulta muy similar al dado por el Catecismo. Los primeros puntos manifiestan: 1° Que los intereses de la Península están diametralmente opuestos con los de la América: que para que aquélla prospere es preciso que ésta permanezca en cadenas. 2° Que la América permanezca gobernada despóticamente sin observancia a ley alguna, expuestos sus habitantes a los diarios ultrajes y violencias de los ministros, virreyes y demás mandarines; que unos en la distancia y otros cercanamente no la miran sino como a su patrimonio, y a sus moradores como rebaños de ovejas. 3° Que el monopolio de la Península les impide del todo el comercio libre, y le pone las mayores trabas al expendio de sus preciosos frutos. 4° Que habiendo llegado al extremo de aborrecimiento y odio entre españoles y americanos, reflejen sobre aquéllos solamente las utilidades del comercio o monopolio; y éstos tienen que comprar sus efectos a un precio excesivo y recargado, sin dejarles siquiera a algunos particulares el lucro de comisionista. 5° Que casi todos los empleos militares, políticos, de hacienda y eclesiásticos están ocupados y servidos por españoles; excluyendo tácitamente con esto de ejercer los cargos principales. 6° Que los enjambres de empleados, que envían de España a América, particularmente en estos últimos tiempos que son las gentes más idiotas, inmorales, corrompidas, y sobre todo venales; de suerte que no hay buena administración de justicia, imparcialidad en los juicios, ni rectitud en sus dictámenes”. Y sigue exponiendo todas las situaciones injustas, los atropellos y abusos, y los privilegios de los españoles; y en el 12. “Que toda ilustración pública es prohibida, y se castiga a los que han leído obras filosóficas, de instrucción pública, etc., para los que la Inquisición tiene preparadas sus cárceles, y el gobierno sus cadalsos”.

Los enemigos más enconados de la independencia fueron, aparte de los funcionarios de la Monarquía, de la burocracia peninsular, un sector de la aristocracia criolla, ligado por privilegios y títulos nobiliarios al régimen metropolitano, y la Iglesia Católica. La casi totalidad de los sacerdotes condenó con violencia las doctrinas juntistas e independentistas como “luciferinas” y perversas. Y dado el poder material y espiritual de la Iglesia, su influencia resultó casi imbatible. En América, 7 arzobispados, 35 obispados, más de 600 conventos regulares y unos 50.000 frailes y clérigos constituían el poderoso ejército de la iglesia católica. A su inmenso poder espiritual agregaba un aplastante poder financiero, asentado en sus cuantiosas riquezas y en un sistema de préstamos a los particulares, amén del diezmo y de las utilidades de sus haciendas. Jorge Juan y Antonio de Ulloa, en sus “Noticias secretas de América”, informe de su viaje por el sur del continente, entre 1735 y 1744, señalaron con asombro la enorme riqueza material de la Iglesia, con un clero numeroso y ávido, junto a su dominio espiritual incontrolado. A guía de ejemplo indican que,

[123] Tomado de la obra del publicista argentino Carlos Sánchez Viamonte: “Las instituciones políticas en la historia universal” aparecida en 1958.

además del clero secular a cargo de las cinco parroquias de Lima, en esa ciudad había no menos de 19 conventos de hombres y 15 de mujeres (entre ellos, 4 de dominicos, 4 de franciscanos, 3 de agustinos y 4 de la Compañía de Jesús, y los jesuitas mantenían 6 colegios con absoluto control de la educación).

El Papado respaldó con firmeza la posición colonialista y monárquica del clero americano. El Papa Pío VII expidió el 30 de marzo de 1816 una encíclica para exhortarlo a inspirar en la grey el odio a los movimientos revolucionarios y recomendar la fidelidad a Fernando VII, "vuestro rey católico, para quien nada hay más precioso que la religión y la felicidad de sus súbditos". Más tarde el Papa León XIII dirigió, el 24 de septiembre de 1824, una encíclica contra la libertad de América, y vuelve a atacar la independencia hispanoamericana a punto de consumarse.

Solo algunos clérigos, por excepción, apoyaron el movimiento juntista y la lucha por la independencia, pero la Iglesia Católica como entidad estuvo siempre del lado de la Monarquía. Por eso, a raíz del pronunciamiento del 4 de septiembre de 1811, José Miguel Carrera se presentó en la sala del Congreso con un pliego de peticiones a nombre del pueblo reunido en la plaza, y entre otras concesiones le arrancó ésta: que los frailes, ni otras personas que no fueran de probada adhesión al actual sistema, pudieran ser electos diputados, ni formar parte activa ni pasiva en el gobierno". (Miguel Luis Amunátegui, en su obra sobre Manuel de Salas, tomo III).

En Chile, entre esos escasos clérigos decididos partidarios de la independencia, se destaca Camilo Henríquez, formado en el ideario enciclopedista, amigo de la ilustración del pueblo, enamorado de los grandes ideales de progreso, justicia y libertad. Precisamente, a comienzos de 1811 conmovió a los santiaguinos la proclama de Quirino Lemachez, (seudónimo de Camilo Henríquez) en la cual defiende la independencia de Chile y perfila su definido ser nacional. En ella escribe: "pero sean cuales fueren los deseos y las miras que acerca de nosotros forme todo el universo, vosotros no sois esclavos; ninguno puede mandaros contra vuestra voluntad. ¿Recibió alguno patentes del cielo, que acredite que debe mandaros? La naturaleza nos hizo iguales; y solamente, en fuerza de un pacto libre, espontánea y voluntariamente celebrado, puede otro hombre ejercer sobre nosotros una autoridad justa, legítima y razonable. Mas no hay memoria de que hubiese entre nosotros un pacto semejante… (En el primer editorial de La Aurora de Chile, bajo el título de "Nociones fundamentales sobre los derechos de los pueblos", desarrolla su concepción política partiendo de un principio básico: "que la autoridad suprema trae su origen del libre consentimiento de los pueblos, que podemos llamar pacto, o alianza social... Los contratantes son el pueblo y la autoridad ejecutiva. En la monarquía son el pueblo y el rey... El pacto social exige por su naturaleza que se determine el modo con que ha de ejercerse la autoridad pública; en qué casos, y en qué tiempos se ha de oír al pueblo; cuándo se le ha de dar cuenta de las operaciones del gobierno; qué medidas han de tomarse para evitar la arbitrariedad; en fin, hasta dónde se extienden las facultades del Príncipe. Se necesita pues un reglamento fundamental; y este reglamento es la constitución del Estado. Este reglamento no es más en el fondo que el modo y orden con que al cuerpo político ha de lograr los fines de su asociación").

Chile constituye una poderosa unidad nacional dentro del conjunto americano; posee una marcada autonomía geográfica, recursos materiales vastos y una población laboriosa y viril, y por eso era "un absurdo contrario al destino y orden inspirado por la naturaleza, ir a buscar un gobierno arbitrario... a la otra parte de los mares". Ante una tan bien delineada personalidad histórica, geográfica y humana, declara: "está pues escrito, ¡oh pueblo! en los libros de los eternos destinos que fueseis libres y venturosos por la influencia de la constitución vigorosa y un código de leyes sabias: que tuvieseis un tiempo, como lo

han tenido y lo tendrán todas las naciones, de esplendor y de grandeza; que ocupaseis un lugar ilustre en la historia del mundo, y que se dijese algún día, la República, la Potencia de Chile, la Majestad del pueblo chileno".

Para Camilo Henríquez, en la actividad social y política, "la salud del pueblo es la ley suprema", y es estadista ejemplar aquel que a la ilustración del entendimiento une las virtudes patrióticas: "el deseo acreditado de la libertad; la disposición generosa de sacrificar su interés personal al interés universal del pueblo en el momento en que se constituye un hombre legislador por el voto y la confianza de sus conciudadanos, deja de existir para sí mismo, y no tiene más familia que la gran asociación del Estado".

Diversos historiadores al analizar las ideas políticas que motivaron el movimiento juntista americano y, luego, el sentido democrático de sus pretensiones de independencia nacional, tratan de restarle importancia a la influencia de los pensadores anti absolutistas del siglo XVIII y también a las revoluciones norteamericana y francesa. Para ellos, todo el cuerpo doctrinario de ese gran proceso de rebelión estaría contenido en las tradiciones libertarias hispánicas (perdidas con los Austrias y los Borbones), en la escolástica y en varios pensadores jesuitas. Tal visión es unilateral y antihistórica. Sin duda aquellas lejanas tradiciones pudieron estar presentes, como asimismo el liberalismo peninsular dieciochesco, pero el ideario explosivo y galvanizador lo suministró el rico y vertiginoso pensamiento enciclopedista francés y, en general, las ideas revolucionarias, científicas y filosóficas, del siglo XVIII.

En los escritos de Camilo Henríquez se aprecia la influencia de las concepciones de Montesquieu y de Rousseau. E igual cosa se advierte en la producción intelectual de otros próceres americanos. Por ejemplo, en un escrito del dirigente argentino Mariano Moreno, para explicar la revolución de mayo, en Buenos Aires, manifiesta: "Las Américas no se ven unidas a los monarcas españoles por el pacto social, que únicamente puede sostener la legitimidad y decoro de una dominación. Los pueblos de España consérvense enhorabuena dependientes del rey cautivo, esperando su libertad y regreso: ellos establecieron la monarquía y envuelto el príncipe actual en la línea que por expreso pacto de la nación española debía reinar sobre ella, tiene derecho a reclamar la observancia del contrato social en el momento de quedar expedito para cumplir por sí mismo la parte que le competa. América en ningún caso puede considerarse sujeta a aquella obligación; ella no ha concurrido a la celebración del pacto social de que derivan los monarcas españoles los únicos títulos de la legitimidad de su imperio; la fuerza y la violencia son la única base de la conquista, que agregó regiones al trono español; conquista que en trescientos años no ha podido borrar de la memoria de los hombres las atrocidades y horrores con que fue ejecutada, y que no habiéndose ratificado jamás por el consentimiento libre y unánime de estos pueblos no ha añadido en su abono título alguno al primitivo de la fuerza y violencia que la produjeron. Ahora, la fuerza no induce derecho, ni puede nacer de ella una legítima obligación que nos impida resistirla, apenas podemos hacerlo impunemente, pues, como Juan Jacobo Rousseau, una vez que recupera el pueblo su libertad por el mismo derecho que hubo para despojarle de ella, o tiene razón para recobrarla, o no la había para quitársela".[124]

II

[124] "Sobre la misión del Congreso", en "Escritos políticos y económicos", de Mariano Moreno.

A partir de la declaración de la libertad de comercio arribaron a Chile barcos ingleses y norteamericanos con armas y mercaderías; personajes contratados para servicios diversos; viajeros, mezcla de exploradores y turistas; marinos y soldados reclutados como "voluntarios", en las fuerzas armadas en formación.

Después de la permanencia del cónsul Joel R. Poinsett, desde 1817, actuaron varias misiones norteamericanas en Chile, con agentes como T. Bland, J. B. Prevost, W. G. Worthington, T. Robinson y M. Hagan, (estudiadas por el historiador Eugenio Pereira Salas). Pero fueron los ingleses quienes dominaron el comercio internacional chileno y el cabotaje; facilitaron un empréstito cuantioso; enviaron oficiales notables y, entre ellos, al extraordinario almirante Thomas Cochrane; y muchos ciudadanos ingleses se radicaron en Chile acaparando las exportaciones a Europa y siendo los únicos importadores de manufacturas; asimismo se ligaron a las actividades mineras en especial a la producción de cobre en Coquimbo, enviando miles de quintales del metal rojo a las Islas Británicas. En Valparaíso se constituyó una importante colonia inglesa, compuesta de "gringos de mirar algebraico", según una expresión de Jotabeche.

De entre los testimonios de aquella época provenientes de ingleses y norteamericanos, en este artículo nos referiremos a los dejados por dos ciudadanos de la nación de Washington.

Samuel B. Johnston partió de Nueva York a fines de julio de 1811, con otros dos tipógrafos, para tomar a su cargo en calidad de regente, en Santiago, la imprenta encargada por Mateo Arnaldo Hoevel, y en la cual se imprimió "La Aurora de Chile". Después de cuatro meses de navegación desembarcó en Valparaíso. Permaneció en el puerto diez días y, en seguida, se trasladó a la capital.[125]

El 12 de febrero de 1812 imprimió el prospecto de La Aurora de Chile, y al día siguiente salió a luz el número uno. El periódico dejó de publicarse el 1° de abril de 1813, siendo reemplazado por "El Monitor Araucano". (Su primer número es del 6 de abril de 1813). Samuel B. Johnston abandonó sus labores de tipógrafo y obtuvo el nombramiento de teniente de fragata, embarcándose en El Potrillo. Un complot impidió la primera acción naval patriota, siendo apresados sus oficiales, varios de ellos norteamericanos. Fueron llevados a El Callao y ahí encarcelados cinco meses. Una vez liberado Johnston, un buque de su bandera lo trajo de nuevo a Valparaíso; y del puerto se dirigió a Santiago a comienzos de diciembre de 1813. A Samuel B. Johnston se le concedió la ciudadanía chilena, pero no se le pagaron sus sueldos como marino. Decidió volver a su patria; se embarcó en la fragata de guerra Essex, comandada por David Portar, con el grado de teniente de infantería de marina. La Essex fue atacada en las afueras de la bahía de Valparaíso por la Phoebe, bajo las órdenes directas del comodoro inglés James Hillyar, a cargo de una escuadrilla en el Pacífico. Después de dos horas de sangriento combate, la Essex se vio obligada a rendirse. Johnston resultó ileso; permaneció un mes más en Valparaíso y el 27 de abril de 1814 se hizo a la mar en dirección a su tierra. A pesar de sus gestiones no logró obtener del gobierno de Chile un solo centavo por sus servicios navales.

---

[125] Samuel B. Johnston: "Cartas de un tipógrafo yanqui. En Chile y Perú durante la guerra de la independencia". Traducción, prólogo y notas de José Toribio Medina. Editorial Francisco de Aguirre. Colección Viajeros de Antaño. Buenos Aires, 1967.
La nueva edición es la tercera en español. El libro está formado por un conjunto de once cartas. En ellas Samuel Burr Johnston relata sucesos de Chile y del Perú, donde estuvo preso cinco y medio meses. Son apuntes de viaje condensados en forma de cartas a un supuesto amigo. El prólogo de José Toribio Medina entrega amplios detalles de la persona de S. B. Johnston y de su odisea de casi tres años en nuestro país.

Sus impresiones de Chile son muy interesantes. A partir de sus primeras páginas exalta el aspecto pintoresco de Valparaíso, el carácter hospitalario de los chilenos y la benignidad del clima. Se sorprende de la costumbre local de dormir prolongada siesta y del manejo por todos los varones del cuchillo, que "responde a todas las necesidades domésticas y es, generalmente hablando, su sola arma de ataque o de defensa". En Santiago le provoca admiración la recoba, o mercado, "tanto por su abundancia, como su baratura. En ella diariamente se presenta la más excelente vianda y caza, y los viernes, el pescado. Un cordero entero puede comprarse por unos treinta y siete y medio centavos; la carne de vaca, por dos centavos la libra; un par de patos gordos o pollos, por doce y medio centavos; y las verduras y frutas, en la misma proporción: la fruta es siempre más crecida que en nuestro país, y el melón moscatel, sobre todo, es exquisito". Enumera algunas construcciones elegantes: el templo de Santo Domingo, hermoso edificio de piedra de cantería, con dos torres, la Aduana, el palacio del Cabildo y la casa de La Moneda. Al referirse a la nueva catedral, toda de piedra, lanza un venablo a los frailes: "hace cincuenta años que se empezó y sospecho que se necesitará de otros cincuenta para que esté acabada del todo, pues los sacerdotes están siempre pidiendo limosnas para terminarla, y no dudo que ya habrán colectado la suma suficiente para costearla cuatro veces". El autor no oculta su antipatía por los frailes y por los españoles. Al hablar del gobierno de los Carrera y de sus medidas, recuerda la ocupación de los conventos de San Miguel y Santo Domingo, cuyos claustros pasaron a servir de cuarteles, porque ambas comunidades poseían "sendas hermosas heredades, a donde pudieran retirarse para continuar en ellas sus prácticas devotas y su holgazanería, como pudieran en la ciudad". De los peninsulares expresa: "siendo los españoles harto conocidos por su ignorancia y carácter sanguinario". En otra parte se refiere a la prepotencia hispánica, por sus "términos altisonantes, harto característicos de los peninsulares".

Sus referencias a los Carrera y a la dictadura de don José Miguel, son favorables, pues "aunque usurpadores, no eran déspotas". Describe varias leyes dictadas, consultando los intereses del país, y reproduce el reglamento constitucional de 1812. Respecto de José Miguel Carrera, su conducta ha sido generalmente aprobada, en cambio la manera cómo obtuvo su cargo era condenada por muchos buenos patriotas. Su opinión se inclina de lado del apuesto caudillo: "aunque su pasión capital es la ambición, todavía, no puedo menos de admirar sus talentos de hombre de estado y de militar, hallándome persuadido de que es el único ciudadano de este país que en las actuales circunstancias está llamado con justos títulos a gobernarlo".

A su juicio, la amenaza más seria para el destino de Chile, en ese instante, residía en sus divisiones internas: "existen más partidos y disensiones internas de las que buenamente podría enumerar. En primer lugar, el país se encuentra dividido en dos grandes partidos: el que se intitula de los patriotas y el de los realistas. El primero de éstos es, sin duda alguna, el más numeroso, pero se halla subdividido en muchas parcialidades. Entre los partidarios de los Carrera y los de la familia Larraín existe un antagonismo tan arraigado como entre cualquiera de ellos y los realistas, y sería difícil de resolver cuáles son los más fuertes. A su turno, Concepción tiene su facción, como existe una también en Coquimbo. Ahora bien, los realistas solo tienen un punto de mira: la restauración del antiguo régimen: la autoridad del Rey".

Anota los beneficios reales provenientes de la instauración de la libertad de comercio, tanto por la llegada de las manufacturas europeas, como por la abierta competencia comercial, eliminándose los inconvenientes del monopolio. Por eso, "la revolución, que en un principio fue considerada por muchos como un ensayo peligroso, recibe ahora su más calurosa aprobación, y si no fuera por las discusiones internas de familia, los patriotas podrían considerar hoy la independencia como un hecho inamovible y desafiar las maquinaciones de los realistas". Sin embargo, a veces, esa libertad de comercio se ejercitaba

contra los intereses de los propios patriotas americanos. Lima, centro del absolutismo monárquico, dependía de Chile respecto del trigo y por eso "fue materia de admiración para mí ver que los chilenos permitiesen que se llevase trigo a Lima, cuando el virrey hacía la guerra a Buenos Aires (y, en consecuencia, a los principios que habían abrazado) estando estrechamente aliados con esa provincia". ¡Por una incomprensible paradoja el hacendado patriota de Chile labraba sus campos para proveer con el pan a los enemigos de su país!

Samuel B. Johnston expone datos curiosos sobre la primera escuadra nacional, formada por un buque limeño del cual se apoderó y llamó La perla, armada de 24 cañones, tripulada por 120 hombres, al mando de José Vicente Barba, chileno; y un bergantín norteamericano comprado por el gobierno patriota, y bautizado "El Potrillo", con 20 cañones, 90 tripulantes, de los cuales 23 americanos e ingleses, al mando de Edward Barnewall, norteamericano.

La suerte no acompañó a la flotilla. Una conspiración fraguada en Valparaíso provocó un motín de las tripulaciones en contra de sus oficiales patriotas, dominándolos. Los insurrectos se llevaron las naves al Callao, a comienzos de mayo de 1813. Johnston y sus compañeros americanos pasaron dolorosas penurias y pudieron regresar a Chile, en noviembre del mismo año, al cabo de casi seis meses, A pesar de sus gestiones ante el gobernador del puerto, Francisco de la Lastra, no consiguieron el pago de sus sueldos ni ningún tipo de indemnización. ¡Volvieron a su patria renegando de la ingratitud y tacañería de las autoridades chilenas!

Johnston se quedó algún tiempo más, y suministra otros datos de interés sobre el proceso político nacional. Así describe la intervención del comodoro Hillyar para establecer la paz entre los patriotas y los peninsulares, y, por supuesto, contemplando ante todo los intereses ingleses. Con cierta ironía recuerda que las condiciones ofrecidas por el Virrey a Chile significaban la sumisión del país a cambio de las ventajas de comerciar con las Islas Británicas. Por otro lado, diseña un retrato, cargado de desprecio, de De la Lastra al ser designado Director Supremo. Español radicado en Valparaíso, casado con dama criolla acaudalada, "se estuvo disfrutando de completa ociosidad, que tanto agrada al temperamento del alma española", emparentado con los Carrera, gobernador del puerto, y cuando aquellos estuvieron caídos, se convirtió en ardiente partidario del grupo Larraín" ...

Por esta época, según Johnston, la influencia norteamericana es reemplazada por la inglesa, y "cuando el partido de los Larraín subió al poder, comenzaron los ingleses a gozar del favor del Gobierno y a ser considerados como oráculos de sabiduría". Lanza varias pullas contra la intromisión inglesa y emite juicios elogiosos a los Carrera, sus amigos en desgracia.

Samuel B. Johnston partió de Chile sin haber recibido un solo centavo del gobierno en pago de sus servicios prestados y sufrimientos padecidos por su causa, al igual que los miembros americanos de la dotación de El Potrillo.

Su carta undécima, y última, es una apreciación de conjunto de Chile, y en ella describe la población, el clima, las producciones, los usos y costumbres, el comercio y las manufacturas, con una serie de felices observaciones. Pasamos a resumir algunos de sus detalles. La población alcanzaba, según se creía, a un millón de almas, excepción hecha de los indios no domesticados. La mitad de esa cifra la componían los indios civilizados, sometidos, y conocedores del castellano. Ellos formaban el cuerpo de trabajadores de última clase; ninguno sabía leer o escribir. Un cuarto de la población se componía de los nacidos en España o de sus descendientes puros. Eran los nobles e hidalgos, comerciantes y tenderos, privilegiados. Lo

restante era producto de una mezcla, generalmente artesanos. El número de negros era muy escaso. Las "diversas clases sociales se mantienen religiosamente en su ser, a fuerza de antiguos prejuicios, venerados todavía y profundamente acariciados". Tales prejuicios, "han contribuido a robustecer el sistema de opresión con que han sido gobernados e influido mucho para retardar el avance de la revolución".

El clima de Chile resulta el más agradable del mundo y el país entero es una deliciosa tierra; pero su estado económico es muy atrasado, "y pues los que se dedican al cultivo de la tierra no son los propietarios del suelo, es de suponer sin esfuerzo que no son por extremo cumplidores de sus obligaciones; y tal es la infancia en que se halla en este país el estado de las artes, que ni siquiera conocen ese inapreciable instrumento del labrador que se llama el arado, en cuyo reemplazo usan una rama grande de árbol de muchos ganchos aguzados, que arrastran por el terreno en que se proponen sembrar el trigo". Por otro lado, abundan las minas de oro, plata, cobre, hierro, plomo y estaño.

Los chilenos, esto es, "los que descienden de los españoles son un pueblo vigoroso y alegre, del todo exento de la tiesura y formalismo que caracteriza a los peninsulares. Son por extremo hospitalarios, especialmente con los extranjeros, y un aspecto decente y un comportamiento cortés bastan a asegurar siempre una franca acogida". Le llama la atención su costumbre de descansar en la tarde: "duermen invariablemente la siesta durante dos o tres horas... Es dicho corriente que a esa hora solo se hallan despiertos los ingleses y los perros". En cuanto a las mujeres, las encuentra hermosas y elegantes: "las mujeres chilenas poseen por regla general, grandes atractivos personales... La belleza extrema es la suprema aspiración de la mujer chilena, pero el entendimiento se descuida por completo".

En lo cultural, "el estado de las letras en Chile es muy mísero, estando casi todo el saber relegado en el país a los eclesiásticos". De ahí "la influencia que poseen los eclesiásticos sobre el ánimo del pueblo ha contribuido por mucho a retardar la marcha de la revolución. Esta clase social es muy afecta a la causa realista, por efecto del poderoso lazo que se llama interés". A juicio de S. B. Johnston, los frailes veían en la ilustración del pueblo y en la revolución un golpe asestado a su grandeza y a su poder, porque eran "perfectamente sabedores que la libertad de discusión en materias políticas debía forzosamente conducir a ciertas dudas en las creencias religiosas". Combatieron la revolución y amenazaron con las penas del infierno a los partidarios de la libertad, "negándose a absolverlos si no abjuraban de sus principios políticos".

No se habría establecido jamás una escuela para mujeres, y solo a raíz de la revolución se pudo hacerlo. En Santiago, con 50.000 habitantes, únicamente funcionaban 8 escuelas, con 650 alumnos. Estaba prohibida la introducción de libros y se desconocían los instrumentos de física y química. Por eso Johnston aplaude la labor del gobierno independiente en pro de la ilustración general, el establecimiento de la imprenta y la creación de escuelas. No obstante, el progreso de la instrucción, "todavía tiene grandísima influencia la superstición sobre la mente de los chilenos".

A pesar de los defectos señalados, "Chile, bajo un gobierno independiente, aventaja en mucho a las otras colonias españolas, y está llamado a que se le considere con preferencia por el comercio emprendedor o manufacturero de los Estados Unidos".

El país presenta condiciones propicias: materia prima abundante, trabajo manual muy barato, mercado amplio abierto a toda clase de mercaderías; y es uno de los países más hermosos, "habitado por un pueblo cortés y generoso".

J. E. Coffin llegó a fines de agosto de 1817 a Talcahuano, en el Cantón. El barco fue incautado por las autoridades españolas, dueñas del puerto. Otro tanto le ocurrió al Beaver, también espléndido navío norteamericano. Las autoridades del Rey se apoderaron del dinero a bordo y de sus cargamentos de fusiles, telas, y otros elementos, en beneficio de sus fuerzas en reorganización. Coffin permaneció varias semanas embarcado, sin poder bajar a tierra, y desde cubierta presenció el ataque de las tropas patriotas a la fortaleza de Talcahuano. A raíz de su derrota pudo descender y recorrer el campo de batalla, comprobando lo sangriento de la acción. Encuentra inexplicable la demora de los chilenos en resolverse al asalto, dando tiempo a los realistas para fortificar por completo toda la península.[126]

Pocos días después de su retirada, ancló la expedición de Mariano Osorio, compuesta por una fragata y nueve transportes, con cuatro mil hombres de tropas regulares. Pronto se puso en marcha hacia el norte, triunfando en Cancha Rayada y siendo derrotado en forma definitiva en Maipú, el 5 de abril de 1818. Osorio huyó al Perú y dejó en manos de Sánchez la misión de retardar el avance patriota y la consolidación de su dominio en la zona del Biobío.

Al quedar Coffin en libertad para moverse, recorre Talcahuano, visita Concepción, se interna a Hualqui, y determinado por los sucesos de esos dos años, deambula por los territorios aledaños al Biobío y llega hasta Los Ángeles. Su diario se nutrió con variadas impresiones sobre el clima, el paisaje, las producciones, las costumbres y el grado de civilización de esa fértil comarca. Sus observaciones son, con frecuencia, duras y sombrías, acusando un generalizado atraso, lindante a menudo con la barbarie. Sin embargo, en el fondo, late siempre su real afecto por el país y su gente; exalta muchas bellezas naturales y muchas cualidades positivas de su población. Y si anota rasgos de incultura y primitivismo, se los explica por el imperio de un régimen de absolutismo, monopolio y opresión, ajeno a los intereses y al destino de este pueblo.

Le asombra el poco gusto en la manera de construir: las casas son de adobe, sin cristales en las ventanas, a menudo con piso de tierra, y, en general, las viviendas son “abominablemente, insufriblemente”, desaseadas y las pulgas hormiguean por todas partes. Sus moradores ignoran “todos los adelantos modernos de la economía doméstica hogareña”; el “amueblado de sus viviendas es basto, tosco, incómodo y falto de elegancia, aun entre los más ricos del país. En cuanto a las cocinas y sus útiles, da lástima ver la deficiencia que tienen; ni hogares, chimeneas, palas, tenazas, ni asadores: de hecho, nada de cuanto entre nosotros se considera de absoluta necesidad para cocinar con esmero; siendo esto prueba de su ingenio, pues, a pesar de todo, guisan bien en el campo y en la ciudad y poseen gran variedad de viandas muy sabrosas”.

En distintas ocasiones insiste en la suciedad de las casas y de las personas. Las mujeres “el aseo esmerado de la persona no lo conocen y apenas si gastan alguna limpieza”. A veces hasta llevan algún “animalito” (piojo) en sus ropas, pasan por ser ardientes, fieles y afectuosas, pero aun las más serias presentan cierto

[126] J. E. Coffin. “Diario de un joven norteamericano. Detenido en Chile durante el período revolucionario de 1817-1819”. Traducción, prefacio y notas de José Toribio Medina. Editorial Francisco de Aguirre. Buenos Aires, 1968. (Es la tercera edición en español). En su prólogo, J. T. Medina presenta los datos esenciales sobre Coffin y su escrito, y esboza un noticioso panorama de las correrías de los corsarios y de las narraciones de los viajeros extranjeros durante la colonia, en nuestro país.
En cuanto al diario de Coffin, Medina lo califica de testimonio único “sobre los sufrimientos experimentados por las familias en aquella época de trastornos políticos; sobre el estado de las artes y de la agricultura; sobre la instrucción del pueblo, las creencias religiosas y hábitos políticos, y aún a veces relatando detalles e incidencias de sucesos históricos de gran valía, que no es posible encontrar en los documentos”.

aire descocado y sin pudor. Muchas “hubieran sido hermosas a no ser por la pésima dentadura que tenían, defecto que es aquí muy común”. Asimismo, “la gente del pueblo no tiene nada de limpia: la cocinera se secará el sudor de la frente con cualquier cosa y la grasa de las manos en el pañuelo que lleva al cuello. El poncho del aldeano le sirve al mismo tiempo de moquero y de toalla, en el día, y por la noche para taparse y abrigarse”.

Existe diferencia de clases y un marcado orgullo de la clase alta, por ser blanca y también se advierte la mezcla de razas, provocando una extraña amalgama de refinamiento y de barbarie, en donde se confunden lo suntuario y lo tosco, lo de calidad y lo primitivo. Los campesinos “son universalmente hospitalarios y de buen natural y siempre ofrecen cuanto tienen”. La agricultura y la crianza de animales eran sus ocupaciones habituales. El cultivo del trigo (en algunas partes rendía el ciento treinta por uno), de la vid, (alta producción de vino), y de los frutales. Sus instrumentos de trabajo resultaban muy elementales. Sus arados “se componen de dos pequeños palos atravesados uno en otro en un ángulo de cuarenta y cinco grados y están hechos de la manera más sencilla y tosca”. En cambio, “el ganado es notablemente hermoso, grande, fuerte, bien formado y de vistosa piel...”. Los caballos son airosos, de buenas formas, ligeros y mansos. Se puede comprar un magnifico par de bueyes por diez o quince pesos y una buena vaca por cuatro pesos. El cuero resulta la materia prima más utilizada por los campesinos, pues “casi todos los artículos de uso doméstico se hacen de cuero, el que les sirve, sin curtir, para casi todo su traje, para zapatos, sogas, cáñamo, hilo, sacos, barriles, botellas, etc. “No obstante la importancia del ganado en la vida de los campesinos, no lo cuidan en forma y los animales enflaquecen en invierno porque los establos no se conocen, ni el heno se guarda, dejando que el pasto que tapiza fértiles campiñas madure y se pudra sin que nadie se dé el trabajo de cogerlo. Suplen el escaso forraje de los meses de invierno (o, mejor dicho, de los del otoño) con la paja del trigo mezclada con granos”.

Todos, hombres, mujeres y niños, son excelentes jinetes. Los campesinos poseen una gran habilidad para manejar el lazo.

Coffin describe varias costumbres arraigadas en el pueblo chileno: la celebración de velorios de “angelitos”, (la primera vez que presenció uno le causó horror y repulsión); los bailes de fandango (cueca); extendida diversión de “contar cuentos”, asombrándole la facilidad y memoria de los narradores. Los aldeanos y campesinos son alegres, “y en las horas de descanso las gentes están sentadas en los corredores o debajo de los árboles frutales de la huerta, la guitarra siempre a mano y siempre listos para acompañarse a cantar o a bromear con cualquier amigo que pasa”.

Acerca del abastecimiento manifiesta que los mercados son sucios y poco provistos, a excepción de las frutas y legumbres. Respecto de la carne, “el método ordinario de matar en Talcahuano y en las aldeas es degollar el animal en plena calle y despresarlo a medida que se presentan los vecinos a comprar”.

El dinero es relativamente escaso y por eso el afán de adquirirlo y su influjo son muy apremiantes. Los jornales son bajísimos: un peón recibe doce y medio centavos al día cuando él solicita trabajo, y veinte centavos cuando se le busca. La situación económica es pobrísima, pues los chilenos “carecen de todas las facilidades de la industria o del comercio: sin instituciones bancarias, sin papel moneda, guarda cada uno su caja de hierro, y pasa por de más importancia el que posee el cofre más pesado”. Por otra parte, “en pequeña escala, todos son comerciantes, puesto que constantemente lo pasan en negocios y regateos... En la ciudad, las casas, casi sin excepción alguna, tienen como anexo un pequeño despacho en que el

propietario, cualquiera que sea su estado o condición social, ofrece en venta por temporadas los artículos que produce...".

Respecto de la educación, ésta casi no existía. No poseían escuelas ni libros, ignoraban de la manera más absoluta la situación geográfica, las producciones, la población y las riquezas de cualquier país, aun de España. Escribe: "con excepción de la lectura y escritura, en la que lo hacen bastante mal, y de las cinco reglas fundamentales de la aritmética, no hay entre ellos nada que se parezca a educación o literatura, y aun aquéllas se consideran propiamente de lujo y no esenciales. Durante más de seis meses he buscado inútilmente un diccionario y una gramática española, sin lograr siquiera averiguar dónde podré encontrar algunos de estos libros".

El absolutismo y monopolio de una minoría ha causado tan grave daño y por tal razón exclama: "el libre comercio con el extranjero es uno de los objetivos capitales que persiguen los patriotas, y si la revolución triunfa ¡qué campo tan vasto de adelanto se abre a la nación!".

Los chilenos aman entrañablemente a su país; y en sus relaciones se encuentran bastante vida, alegría, franqueza y cortesía, "pero sin mezcla ni apariencias de delicadeza, aseo, cuidado del traje, de las formas, o de un lenguaje cortesano" ... aunque "en todas sus diversiones se nota una curiosa mezcla de franqueza y cortesía, de familiaridad y a la vez de seria urbanidad".

Un resumen de los juicios y de las observaciones de J. E. Coffin sobre Chile austral, (Biobío-Concepción), se encuentra en las líneas siguientes: "Piensan que su país es la tierra de promisión bajo todos conceptos, y los demás, como los otros metales comparados con el oro, y en esto me siento inclinado a pensar como ellos, porque ciertamente, en cuanto a belleza y salubridad del clima, fertilidad del suelo, como paisaje y variedad de producciones no hay región en el mundo que le sobrepase. Sus montañas son sublimes y a la vez pintorescas sobre toda ponderación, sus campiñas fértiles y dilatadas, sus ríos anchos y hondos, sus ganados hermosos y nobles, con excepción de su soberano el hombre que, ajeno a estas bellezas y condiciones naturales, anda siempre soterrado escudriñando las entrañas de la tierra. Con respecto a su manera de vivir, dudo de que hayan experimentado cambio alguno durante los tres últimos siglos. Han ido en aumento, pero no han adelantado.

Y en verdad, ¿cómo podrían adelantar? si por acaso se ve aparecer en alguno un principio de afición a las letras o a instruirse, queda siempre segado en flor, porque no tienen prensa ni libros. Jamás salen del país... Comienzan en verdad, ahora a adquirir ciertas nociones de independencia como nación; pero en cuanto a la verdadera libertad e igualdad, a la protección y seguridad que el gobierno debe proporcionar al pueblo, y el apoyo que éste, en cambio, debe prestarle; en lo tocante a tales derechos y obligaciones generalmente hablando, ni aun el más ilustrado de todos tiene la noticia más mínima, como las mulas y bueyes que manejan a voluntad en sus campos, no la tienen respecto a sus derechos y obligaciones en lo tocante al hombre. Confieso que jamás hasta ahora había podido formarme una idea cabal de la mansa y degradante sumisión a que el despotismo y la ignorancia unidos pueden reducir el género humano".

Crónicas sobre sucesos de la historia de Chile[127]

La región de Magallanes ha sido teatro de acontecimientos sorprendentes. Literariamente nos fascinó con la novela del doctor Juan Marín: "Paralelo 53 Sur"; con los relatos de Antonio Berzovic; y con los cuentos

[127] OCCIDENTE N°222 1970

estupendos de Francisco Coloane. Nos impresionó en la misma forma un ensayo de Domingo Melfi: "El hombre y la soledad en las tierras magallánicas". Desde el punto de vista histórico nos han ilustrado las obras de Armando Braun Menéndez, erudito investigador de su pasado y miembro de las familias colonizadoras y pudientes de aquellas comarcas. Su serie publicada en Buenos Aires, compuesta por los volúmenes: "Pequeña historia patagónica", 1936; "Pequeña historia magallánica", 1937; y "Pequeña historia fueguina", 1939, reúne una numerosa cantidad de crónicas sobre aspectos relevantes del desenvolvimiento del extremo sur chileno-argentino y nos suministra una visión objetiva y sugerente de las características geográficas, humanas, económicas y sociales del desolado, pero riquísimo, territorio meridional, a través de hechos singulares.

La Editorial Francisco de Aguirre publicó una nueva producción del historiador Armando Braun Menéndez: "Fuerte Bulnes", en 1968. Es un detallado estudio histórico de la expedición chilena enviada a tomar posesión efectiva del estrecho de Magallanes y a fundar el Fuerte Bulnes, como manifestación concreta de la soberanía nacional. Previamente sintetiza el período comprendido entre el descubrimiento del estrecho y la época de la navegación a vapor. Relata el fracaso estremecedor de la primera tentativa de colonización (fundaciones de Nombre de Dios y Real Felipe, en 1584); el descubrimiento del cabo de Hornos; el paso de los corsarios, filibusteros y piratas ingleses y holandeses; el arribo de expediciones científicas francesas e inglesas; la situación del estrecho de Magallanes al producirse la emancipación; y el interés por su dominio de parte de las potencias europeas, en especial las amenazas directas de franceses e ingleses, dueños de posesiones en el Pacífico. Es muy notable su exposición de las preocupaciones de O'Higgins para ocupar materialmente esa zona vital. El presidente Manuel Bulnes cumplió el insistente anhelo del prócer.

En los capítulos dedicados a la preparación y salida de la expedición, desde Chiloé, abisma la falta de medios materiales y náuticos del país. A pesar de todo, la empresa se llevó a cabo, y en ella descuellan Domingo Espiñeira, intendente de Chiloé, infatigable promotor y ejecutor inmediato de la hazaña; Juan Williams, marino hábil e intrépido; Bernardo Eunom Philippi, sabio naturalista alemán, avecindado en Chile, hombre de un coraje y de una decisión admirables. No es exagerado exclamar que los afanes y las acciones de aquellos dirigentes resultan épicos. En una pequeña goleta, la "Ancud", de apenas treinta toneladas de desplazamiento, construida con grandes dificultades en la isla, desafiaron distancias inmensas, obstáculos geográficos desconocidos y tempestades sobrecogedoras. Todo lo superaron y llegaron al estrecho, donde fundaron el Fuerte Bulnes, en 1843.

En las páginas acerca de la toma de posesión del estrecho y el levantamiento del fuerte, y de sus años de vida entre 1843 y 1847, asombran la tenacidad y el valor de los pocos chilenos que llevaron a cabo esa dilatada empresa e iniciaron la colonización de tan lejanos y rudos territorios. La crónica del Fuerte Bulnes se abrió el 15 de noviembre de 1843, al regresar al centro del país la goleta "Ancud". En el lugar recién conquistado quedaron once personas, al mando del teniente primero Manuel González Hidalgo. En enero del año siguiente partió hacia allá una fuerza colonizadora con el primer gobernador, el sargento mayor Pedro Silva. Poco después lo reemplazó el oficial de idéntico grado, José Justo de la Rivera; y de nuevo Pedro Silva, ascendido a coronel. El último gobernador del Fuerte Bulnes fue el sargento mayor José de los Santos Mardones, quien comprobó su ubicación inconveniente, por lo cual no prosperaba, y decidió su traslado, en 1847, a un mejor emplazamiento, en el lugar denominado Punta Arenas. Desde entonces Punta Arenas pasó a ser el principal puerto del extremo sur y correspondió su instalación a la cuarta fundación en el estrecho: Nombre de Jesús y Real Felipe, en 1584, Fuerte Bulnes, en 1843, y Punta Arenas, en 1847.

La toma de posesión del estrecho de Magallanes por el gobierno chileno fue oportunísima, pues persistía el peligro constante de la penetración europea en él. Apenas se había establecido el Fuerte Bulnes hubo un incidente con un barco francés que trataba de crear una base. Pero, además, la situación se tornaba grave por el aislamiento de Chile en aquellos años, a raíz del resentimiento del Perú y la actividad de la tiranía de Rozas en la Argentina. El historiador Antonio Iñiguez Vicuña recuerda, por otra parte, una amenaza de invasión a la Argentina, por Inglaterra y Francia, con la adhesión del Brasil, monarquía esclavista y anexionista. Brasil habría invitado a las dos potencias europeas ‘“para apoderarse de las desiertas costas de la Patagonia”, y fundar colonias, o poblaciones, desde la boca del Río Negro hasta el cabo de Hornos. Se proponían los tres socios repartirse los territorios de Uruguay, Argentina y Patagonia, y crear una monarquía en Argentina. La visionaria decisión del presidente Manuel Bulnes puso término a la inseguridad y afirmó para siempre la soberanía chilena.

Punta Arenas ha sido teatro de sucesos casi increíbles. Uno de ellos alcanzó contornos trágicos, por sus etapas crueles y sangrientas. Fue el de la tristemente famosa rebelión del teniente Miguel José Cambiazo. A raíz de su éxito inicial dio vida a una efímera dictadura bárbara y despiadada, muy conocida por la relación histórica de Benjamín Vicuña Mackenna sobre el abominable personaje. Un relato notable, por sus detalles vividos, es el del capitán norte americano Charles H. Brown, participante directo en aquel hecho y actor decisivo en el apresamiento del feroz Cambiazo.[128]

Charles H. Brown era comandante del “Florida”, magnífico barco de 200 toneladas, de Nueva Orleans. Comerciaba entre este puerto y el Pacífico, a través del estrecho de Magallanes. A fines de octubre de 1851 se hallaba en Valparaíso, en tránsito hacia Río de Janeiro, con escala en Punta Arenas. Presenció el motín del 28 de ese mes. El gobierno chileno le ofreció una buena paga si transportaba a la ciudad austral un cargamento de presos políticos y reos rematados, quienes debían cumplir sus condenas en ese lejano lugar. El capitán Brown aceptó el trato, refrendado por Mr. Benjamín Shaw, uno de los propietarios de la nave, y quien viajaba en ella. Partió el 3 de noviembre hacia Punta Arenas.

Mientras tanto, en dicho puerto, había estallado una rebelión general de confinados, reos y soldadesca, bajo la dirección del demoníaco teniente Miguel José Cambiazo. Este se designó jefe de un gobierno provisorio de Magallanes, promulgando decretos (entre ellos los pertinentes para designarse coronel y, luego, general de división) y ordenanzas terribles, con penas de fusilamiento, horca y descuartizamiento, para castigar cualquier desobediencia a sus órdenes. El gobernador de la zona, el ilustre y talentoso marino Bernardo Muñoz Gamero, se ocultó con el fin de tratar de encontrar recursos que le permitieran someter a los revoltosos.

Cambiazo creó una bandera, de paño rojo, con una calavera cruzada por dos fémures, en blanco, y con esta inscripción: “Conmigo no hay cuartel”. Bajo tal pirática enseña dio comienzos a desmanes vituperables. En tal momento fondeó el bergantín-goleta “Florida”. Cambiazo se apoderó de él y apresó a su tripulación. A partir de este hecho, el capitán Charles H. Brown empezó su relato que abarca hasta la

[128] Capitán Charles H. Brown: “Insurrección en Magallanes. Relación de su apresamiento y escapada de los penados chilenos”. Narrado por E. H. Appleton. Prólogo de Armando Braun Menéndez. Traducción, prefacio y notas de José Toribio Medina. Editorial Francisco de Aguirre. Buenos Aires. 1967. (Corresponde a la tercera edición en castellano). El erudito prólogo de Armando Braun detalla el origen y desarrollo de Punta Arenas; la sublevación de Cambiazo, y sus acciones hasta el momento de la llegada del barco de Charles H. Brown. En su prefacio, José Toribio Medina describe los azares por los cuales el "Florida” llegó a Punta Arenas y se transformó en protagonista fundamental del sangriento reinado de Cambiazo.

derrota y muerte del facineroso amotinado. Cambiazo cometió crímenes y vejámenes innumerables, en corto tiempo. Capturó el bergantín inglés "Elisa Cornish", de Liverpool; hizo fusilar a Mr. Benjamín Shaw, uno de los dueños del "Florida", al capitán Talbot, del "Elisa Cornish", y a un joven de dieciocho años, hijo del dueño de esa nave. En el barco inglés se cargaba un tesoro de oro y plata, de unos 90.000 a 100.000 pesos, del cual se incautó Cambiazo. En seguida, cayó en sus manos el gobernador Benjamín Muñoz Gamero, delatado por algunos habitantes, fusilándolo en forma cobarde.

El capitán norteamericano Charles H. Brown escapó de la muerte porque el rebelde lo necesitaba. Era el único hombre capaz de guiar el barco en el cual pensaba huir. En definitiva, después de diversas peripecias (una de las más curiosas fue la llegada al puerto del barco de guerra inglés "Virago". Ante la imposibilidad de capturarlo, Cambiazo atendió bien a sus jefes y oficiales. No se dieron cuenta de la verdadera situación reinante y fueron engañados burdamente), Brown logró con un grupo de fieles marinos norteamericanos y chilenos (reconoce sobre todo el apoyo del capitán Pedro Avalos) reducir a Cambiazo y a sus feroces lugartenientes y someter a sus forajidos seguidores. Brown reconoce que Cambiazo era un hombre muy hermoso, en plena juventud, pero de carácter fanfarrón y vano. En sus ojos se revelaban sus bajas pasiones. Jamás miraba de frente, y sus miradas tenían algo de felino y furtivo.

Cambiazo fue fusilado y descuartizado en Valparaíso. Charles H. Brown, de tan valerosa actuación en el apresamiento del criminal, no obtuvo la menor compensación de parte del gobierno chileno. Ni siquiera un abono por las reparaciones de su nave y el pago del transporte de los presos desde Valparaíso a Punta Arenas. Se vio obligado a vender su barco en malas condiciones para pagar a sus tripulantes.

El libro de Charles H. Brown se lee como si fuera una apasionante novela de piratas. Sus datos y testimonio son del más profundo interés para esclarecer el desarrollo de todo el período tiránico de Cambiazo. De acuerdo con su versión no se aprecian en el funesto insurrecto rasgos de carácter político, o pensamientos sobre la situación del país y del período revolucionario imperante. Por lo tanto, no resulta acertado vincular su sublevación y su breve y turbulento reinado en Magallanes a motivos e ideales políticos, o a posiciones de lucha contra cualquier injusticia social o represión política.

***

La guerra del Pacífico ha sido estudiada por muchos investigadores. Es clásica por su documentación, objetividad y estilo la magistral obra de Gonzalo Bulnes. Pero, aparte de los nutridos volúmenes de los historiadores profesionales, posee un atractivo subyugante la lectura de los testimonios directos de los participantes en la conflagración: jefes militares, dirigentes políticos, corresponsales de guerra, observadores extranjeros… Precisamente, he leído el interesante relato del oficial francés M. Le León, acerca de las batallas decisivas en aquella contienda bélica: Chorrillos y Miraflores. Son recuerdos densos, expuestos en un estilo claro y preciso, con la sobriedad de un militar entendido en el asunto y la comprensión de un ciudadano de una nación de impresionante tradición guerrera. La obra se publicó en Francia en 1883 y solo ahora se la tradujo al castellano, e impresa por la Editorial Francisco de Aguirre.[129]

Comienza con un breve resumen de las causas de la guerra del Pacífico, o "guerra del nitrato", y de sus acciones hasta fines de 1880. En seguida explica su incorporación al cuartel general de las fuerzas chilenas

[129] M. Le León. Teniente de navío. "Recuerdos de una misión en el ejército chileno. Batallas de Chorrillos y Miraflores. Con un resumen de la guerra del Pacifico y notas". (Traducción del original por José Luis Molinari). Editorial Francisco de Aguirre. Buenos Aires, 1969.

en su ataque a Lima. Durante dos meses vivió con diferentes fracciones del ejército de Chile, siguiendo los ejercicios, las marchas, los embarques y desembarcos, y algunos reconocimientos. Acompañó paso a paso al general en jefe, Manuel Baquedano, durante las dos grandes batallas. Por sus relaciones cordiales con los jefes y oficiales obtuvo comunicaciones confidenciales y por su reconocimiento detenido de los lugares de los combates, pudo discutir en el terreno mismo los sucesos ocurridos. Así anotó cada incidente con la hora precisa y estudió con desapasionamiento las fases de las batallas. Señala el esfuerzo bélico de Chile (desde febrero de 1879 a enero de 1881, sesenta mil hombres pasaron bajo banderas, y se produjeron doce mil bajas, entre muertos, heridos y enfermos); describe la composición del ejército, su organización, armamento y acciones. Asimismo, expone la profundidad de las defensas peruanas en la zona de lucha. Después de esbozar los planes de ataque chilenos y la partida de Lurín, el 12 de enero por la noche, proporciona excelentes capítulos en torno a las peripecias de las batallas de Chorrillos y Miraflores, donde resalta el heroísmo de las tropas chilenas, y la valerosa resistencia de las fuerzas peruanas, las que a veces contratacaron e introdujeron momentáneo desorden en las filas nuestras.

Su relato siempre acusa una frialdad técnica, pero en algunas oportunidades chispazos emotivos ponen calor humano. AI abandonar el campamento de Lurín con el objeto de enfrentar al enemigo, comprueba que “los soldados parecen decididos y contentos” de marchar hacia el fin por largo tiempo perseguido, y entrega este apunte colorista: “Al partir, ponen fuego a las ramadas (cabañas de hojas) desecadas. El valle parece por completo en llamas y el humo cubre el paisaje hacia lo lejos. Los cartuchos desparramados por el suelo estallan por millares. Este cuadro pintoresco y salvaje nos prepara a las escenas de Chorrillos”. Un cuadro punzante del ejército en marcha: “La extensión arenosa, surcada por largas filas negras de soldados, toma un aspecto lúgubre bajo los rayos lunares. Los ruidos sordos de los pasos en la arena y las voces sofocadas turban confusamente el silencio de la noche. Los espíritus más débiles se dejan invadir por una impresión melancólica por el aspecto solemne y triste a la vez de esta masa humana en la que la muerte va a hacer bien pronto una amplia cosecha. Las conversaciones mantenidas en voz baja tienen un acento más grave que la víspera. Se experimenta simpatía para con los compañeros de camino, y que tal vez no se les verá nunca más. Las horas pasan con una lentitud desesperante en la espera de lo desconocido, y el alba, a pesar de todo, tarda mucho en aparecer...”.

Después de la toma de Lima, el 19 de enero, M. Le León, se despidió del general Baquedano. El oficial francés expresa su reconocimiento y su simpatía a los oficiales chilenos por sus relaciones amistosas. Antes de cerrar su crónica agrega un extenso y noticioso capítulo sobre todos los aspectos técnicos del ejército chileno, en cuanto a estructura, funcionamiento, calidad de su armamento y equipamiento.

Sus líneas finales son dignas de recordación: “La guerra del Pacífico ha revelado un pueblo guerrero, el de Chile, cuya opinión ha estado constantemente en favor de la continuación de la lucha y de la expedición contra Lima. Los hombres están habituados a soportar grandes fatigas, por la naturaleza de sus ocupaciones (agricultura, minas, comercio marítimo). La cría del caballo, muy extendida, hace que se encuentren un gran número de buenos jinetes. Reina en toda la nación un sentimiento profundo de la superioridad de la raza, de las costumbres, y de la organización, sobre las de sus vecinos del norte. Todos están orgullosos de su país, que marcha desde largo tiempo por las vías del progreso, no obstante, la desigualdad real de clases. Ahora su orgullo está sobrexcitado. Desde hace varios años el poder se transmite regularmente entre las manos de presidentes civiles. Aunque siempre tendiendo a limitar la influencia militar, el gobierno conservará ciertamente un ejército más numeroso y lo perfeccionará. La marina, ya suficiente, debe ser notablemente reforzada... En suma, se está en presencia de una nación con la que tienen que contar las naciones extranjeras”.

Una interesante obra histórica sobre el período de 1848 – 1851[130]

En 1905 apareció, en esta capital, el volumen de Antonio Iñiguez Vicuña: "Historia del período revolucionario en Chile. 1848-1851". La obra quedó trunca según el plan expuesto en el preámbulo. Comprendía cuatro partes: 1. Gobierno de los conservadores. 2. Reacción liberal. 3. Propaganda revolucionaria. 4. Revolución de 1851. El único volumen publicado abarca las dos primeras partes, con más de quinientas páginas. Se encuentra precedido por una introducción titulada: "Idea histórica sobre la revolución francesa de 1848". Aquí analiza la revolución de febrero en París, causante de la caída del rey Luis Felipe de Orleans; el gobierno provisorio subsiguiente, y la proclamación de la segunda república. Es un relato detallado de los diversos momentos de la revolución en su aspecto político y del papel de sus más connotados dirigentes de acuerdo con la versión corriente de aquel suceso. No obstante, a su juicio, la causa más honda del fenómeno revolucionario sería ésta: "el fondo inapercibido de la verdadera razón del estallido revolucionario, fue la miseria del pueblo. Hasta allí no llegaban las miradas de los gobernantes, ni la acción de la sociedad, en general. Ha sido un error, confirmado repetidas veces en la historia de las diversas formas de gobierno que ha pasado Francia desde 1789, atribuir del todo a la influencia de los sistemas filosóficos propalados, de las teorías políticas sustentadas en las controversias por los propagandistas de reformas, los grandes conflictos y las terribles crisis, que, en gran parte, solo acusan el hambre y las premiosas necesidades de la vida. Esto es lo que ha levantado siempre la ola del furor popular, para ahogar en sangre gobiernos, ya sean monárquicos o republicanos. He ahí una lección severa que conviene no olvidar".

La revolución francesa de 1848 tuvo una considerable influencia progresista en Hispanoamérica. Entre otros alcances, habría extendido una general oposición a los gobiernos despóticos de caudillos militares, propendiendo al régimen de los gobiernos civiles; habría ayudado a estimular el desarrollo de la instrucción popular; a fortalecer un nuevo espíritu de investigación científica; y a despertar un deseo general de conocimientos literarios y profesionales; habría gravitado en las reformas liberales de la legislación colonial; y se habría reflejado en el impulso a las empresas industriales, en las rápidas comunicaciones comerciales, poniéndola (a Hispanoamérica) en mayor contacto con las naciones europeas, saliendo así de su aislamiento y cambiando con ellas sus producciones y riquezas.

El tormentoso año de 1848 francés repercutió profundamente en Chile, sobre todo en el seno de una juventud ardiente, imbuida de liberalismo y ansiosa de llevar a cabo reformas. El gobierno de los conservadores enfrentaba un fuerte sacudimiento político e ideológico. Con el triunfo de Lircay se inició el período conservador constituyente, en la presidencia del general Prieto; le sucedió el gobierno del general Bulnes, con el cual se inauguró un período conservador reformista, paralelamente al movimiento intelectual de 1842. Supone un lapso de transición con respecto al desarrollo de la segunda mitad del siglo XIX. En 1848 la prensa independiente hizo cargos al gobierno por la abrumadora centralización administrativa y pronto se desató una fuerte oposición al régimen. Los fuegos se concentraron en el ministerio Vial-Sanfuentes. No obstante su obra progresista, (decreto del 21 de marzo de 1848, suprimió la contribución del diezmo; decreto del 23 de marzo, sobre protección a la industria nacional, desgraciadamente sin aplicación posterior; intentó organizar una marina mercante dependiente del gobierno para transportar los productos nacionales a los puertos europeos, pero que resistencias invencibles impidieron la materialización del proyecto respectivo, "dando así una ventaja positiva... a las casas extranjeras, que necesitan nuestros productos para pagar en retorno, y con grandes utilidades, las

[130] OCCIDENTE N°223 diciembre 1970

mercaderías importadas"; firmó el 27 de mayo de 1848 un contrato con Mr. Juan Mouat para construir el primer ferrocarril del país, entre Caldera y Copiapó. Desgraciadamente, Juan Mouat, de Valparaíso, no pudo cumplir con la concesión obtenida del Supremo Gobierno; y la llevó a la práctica, a partir de 1849, Guillermo Wheelwright a través de una sociedad de particulares, con un capital de 800.000 pesos suscrito por trece personas), provocó una enconada resistencia por su autoritarismo y su nepotismo.

Antes de la constitución de 1833, el ministro del Interior lo era también de Relaciones Exteriores, Justicia, Culto e Instrucción Pública, y solo había dos más: Hacienda y Guerra y Marina. La ley del 19 de febrero de 1837 separó del Ministerio del Interior, las carteras de Justicia, Culto e Instrucción Pública. El ministro Camilo Vial, sin preocuparse de los preceptos constitucionales, concentró en sus manos casi la totalidad de las funciones ministeriales, como ministro del Interior, de Hacienda, y de Guerra, por fallecimiento del titular, general Borgoño. El otro único ministro era Salvador Sanfuentes. Camilo Vial, por otro lado, nombró a tres de sus hermanos en altos cargos: uno, intendente de Talca; otro, administrador del estanco, y un tercero, oficial mayor del Ministerio de Hacienda. Los partidarios del ministro Vial excusaban dicha situación, porque no se podía culparle de haber ejercido influencia en ella.

Se inició el debate parlamentario y en él causó sensación el diputado por Copiapó, Miguel Gallo, cuando arremetió contra el Ministro Vial. Un párrafo indica el tono de su discurso: "El señor ministro del Interior, que, a sus inmediatas relaciones de familia con el Excmo. señor Presidente de la República, añade el poder e influencia que le dan los ministerios reunidos en sus manos, ejerce una preponderancia excesiva en el gabinete. Esa preponderancia de poder es funesta; es la causa de ese sistema de nepotismo que ha puesto en planta el Ministerio. Se ve en todas partes altos empleos ocupados por individuos de la familia del señor ministro.

El despotismo es el primero da los agentes revolucionarios. Y en los instantes del conocimiento de las luchas e ideas de los republicanos francesas, en 1848, el despotismo nepotista del Ministerio Vial daba alimento a los jóvenes imbuidos de liberalismo democrático para desencadenar una violenta pugna contra el gobierno. Se formó una corriente opositora dentro del viejo partido pelucón; y, por otro lado, se esbozó la constitución de una fuerza liberal moderna, de un partido liberal definido.

La penetración avasalladora de las ideas democráticas francesas estremeció a los espíritus y estimuló la iniciación de una campaña reformista. "El Progreso", en su editorial del 27 de mayo, llegó a expresar: "de hoy en adelante no podemos ser sino republicanos a la francesa. En la Francia está el foco de toda luz; de allí partirán los dulces reflejos que han de guiar nuestros pasos al sendero de la perfección".

Aparecieron "La revista de Santiago", de estudios literarios y políticos; y "La Reforma", como órgano de una oposición liberal al régimen imperante. "El Mercurio", de Valparaíso, atacaba abiertamente al ministerio Vial.

De todos modos, en medio de ese despertar modernista, el poder de la sociedad tradicional y de la iglesia católica, aparecía incólume. Iñiguez exhiba un botón de muestra del fanatismo imperante administrado por la iglesia: el escándalo causado por un matrimonio mixto (entre el representaba diplomático norteamericano Mr. Seth Barton, protestante y divorciado, y doña Isabel Astaburuaga, católica e integrante de la sociedad alta chilena). La intervención y presión de las autoridades de la iglesia provocó divisiones familiares, dificultades diplomáticas en el Gobierno y conflictos con las directivas eclesiásticas. El caso ocurrió en 1848. El batallador arzobispo de Santiago, Rafael Valentín Valdivieso llegó a escribirle a doña Isabel Astaburuaga, una vez casada, que abandonara a su esposo so pena de excomunión. Y lo hacía

porque no podía “mirar con indiferencia la situación desventurada en que se halla su alma”. Luego se preguntaba: “¿Dejaré que, seducida por los halagos de las comodidades terrenas, marche usted por el camino de su eterna perdición? No, mi señora; aunque usted haya querido sustraerse a mis cuidados paternales...”. Le reprochaba haber dado un gran escándalo y la conminaba a abjurar de sus yerros, a abandonar la senda de muerte por donde marchaba y echarse en los brazos de la Santa Iglesia. ¡Todo un capítulo de increíble fanatismo obcecado, cruel y antihumano!

En las elecciones del 26 de marzo de 1849, triunfó el gobierno, pero también algunos conservadores moderados, que resistían el absolutismo nepotista del Ministro Camilo Vial, representante de los pelucones, partidarios del régimen autoritario, dueños del poder durante veinte años. En los resultados de las elecciones y las turbulencias políticas de la época repercutían además las manifestaciones de una crisis económica mundial, con asiento en Inglaterra, y de un trastorno económico nacional, con dificultades en la producción y el comercio, escasa compensación para el trabajo de los agricultores e industriales, disminución de las rentas de la aduana y una enorme masa de brazos sin trabajo.

En las elecciones de 1849, provocó sensación la victoria en Valparaíso, de Manuel A. Tocornal sobre el candidato oficial Pedro Francisco Lira, a pesar de la labor interventora de Fernando Urízar Garfias, designado director del movimiento eleccionario. Se denunció, también, como abusiva la actitud interventora de los intendentes de Colchagua, Domingo Santa María, y Aconcagua, Ramón García.

El grupo conservador moderado, acaudillado por Manuel A. Tocornal, Antonio García Reyes y José Joaquín Pérez, con el propósito de dar a conocer sus ideas sacó a luz “La Tribuna”, desde el 19 de mayo de 1849. En su primer número esbozaba su programa político en los siguientes términos: “La Tribuna” ha reconocido y acatado los gobiernos anteriores, que fueron necesarios y dieron a Chile respeto y crédito en el exterior. Aplaude a esos hombres y a sus imitadores que consolidaron la paz. La pacificación ha terminado. Las tendencias anárquicas han desaparecido por completo... En 1829 fue la gran preocupación matar a la anarquía. En 1849 la gran política es procurar el progreso. Entonces se pedía orden. Hoy se pide libertad en el orden. Las administraciones lo hacen todo. El pueblo nada. No hay iniciativa popular. Los liberales sucumbieron. Los pelucones no tienen unidad ni objeto, perdieron su cabeza en Portales; su palabra, en Egaña; su cálculo, en Rengifo; su corazón, en Irarrázaval. Reina la convicción de ser completamente inútil pretender contra el Gobierno un triunfo, por legítimo que sea, para ser representados en Cámara y Municipalidades. El excesivo poder del gobierno ha abatido al pueblo, y se ha declarado impotente para luchar y hacerse oír. El derecho de elegir los funcionarios públicos ha pasado del pueblo al Gobierno. Este es el dispensador, de este parte la venia para los nombramientos dignos de un gobierno absoluto. La Constitución es una farsa en este sentido. Los agentes de la autoridad se han formado la conciencia de que su principal misión es sofocar la opinión de los gobernados. El Gobierno se reproduce a sí mismo; por su influencia, reproduce las Cámaras. No hay propiamente corporaciones deliberantes, sino consultivas y de mera forma. El sistema representativo no conserva ni una sola de sus condiciones intrínsecas. “La Tribuna” protesta contra este orden de cosas. Contra los derechos escritos que no se practican... Pidamos el reinado sincero de la ley y de la democracia. Moderemos la influencia omnipotente del Gobierno. Aborrecemos las asonadas, execramos las revueltas, tenemos horror a la sangre. La regeneración de los pueblos debe ser obra blanda de la razón y de la justicia. La reforma administrativa por los medios constitucionales, he aquí nuestro propósito”.

Entretanto, en el seno de la Cámara de Diputados, se producen acalorados debates. En la sesión del 8 de junio de 1849, el diputado oficialista José Joaquín Vallejos, se opuso a la aprobación de los poderes de los

nuevos representantes Juan y Carlos Bello, por no ser chilenos. José Victorino Lastarria, tomó la defensa de los dos jóvenes. En su intervención, ante las frecuentes pullas de Vallejos, con un tono de impaciencia y de enojo, le dijo: "que ya era tiempo que abandonase ese espíritu envidioso de provinciano, pequeño e inconveniente ante el congreso ilustrado de 1849", en cuyo seno se contaba con las más altas capacidades del país. Vallejos le replicó: "el señor diputado ha pronunciado un erudito y brillante discurso para ofenderme, sin haberme convencido. El señor Lastarria ha hecho ostentación del ingenio que luce siempre. Yo no trato de herirlo" ... Lastarria al oír hablar de su ingenio en tono de burla, le interrumpió, exclamando: "Sí lo tengo, señor, y lo luzco". Lo cual provocó agitación en la barra, silbidos y gritos de aprobación.

En verdad, Vallejos se comportó mezquino al declarar que no divisaba razón para tener extranjeros en la Cámara, infringiendo la Constitución del Estado, pues se trataba de los hijos de don Andrés Bello, a quien se le había otorgado la nacionalidad chilena. En definitiva, la Cámara aprobó los poderes de Juan Bello, y rechazó los de Carlos Bello.

A raíz de una moción presentada por Manuel A. Tocornal y Antonio García Reyes para hacer expedita la responsabilidad de los intendentes y gobernadores por los abusos que cometiesen en el ejercicio de sus funciones, en la misma sesión apuntada, se dispuso una nueva alineación en el seno de la Cámara. Lastarria manifestó su adhesión a los ministros recién caídos (Camilo Vial y Salvador Sanfuentes) y entró a formar en el grupo de sus amigos fieles. Al mismo tiempo, Lastarria presentó una moción pidiendo la derogación absoluta de la ley de imprenta promulgada en 1846, para restablecer la dictada el 4 de diciembre de 1828, en el período pipiolo.

Los hechos anotados llevaron al presidente de la República a aceptar la renuncia de Vial Sanfuentes y a componer un nuevo gabinete. Designó a los personeros de los conservadores moderados: José Joaquín Pérez, Interior y Relaciones Exteriores; Manuel A. Tocornal, Justicia, Culto e Instrucción Pública; Antonio García Reyes, Hacienda; y Pedro Nolasco Vidal, Guerra y Marina.

La Cámara aprobó una nueva ley de imprenta de acuerdo con un proyecto elaborado por Lastarria; absolvió a los intendentes de Colchagua y Aconcagua, acusados por sus atropellos en las elecciones de marzo; y se preocupó de la abolición del tribunal del Consulado, de la abolición de la pena de muerte por delitos políticos, (proyecto del diputado presbítero Eyzaguirre); y reforma de la ley de elecciones (proyecto de Lastarria, en julio de 1849, y calificado de antirrepublicano por "La Tribuna"), todo lo cual originó debates violentos y dividió en dos partidos furiosos a la Cámara. Aumentó día a día la oposición al ministerio de junio (Pérez-Tocornal), hasta transformarse en mayoría. Era una mayoría abigarrada en la cual se confundieron parientes y partidarios del exministro Vial, liberales y presbíteros. Muchos de sus integrantes fueron elegidos por el brazo interventor del ministro Vial. Su grupo dirigente se componía de: José Santos Lira, presidente de la Cámara; José V. Lastarria, presbíteros José Ignacio Víctor Eyzaguirre y Francisco de Paula Taforó; Manuel Eyzaguirre, Marcial González Ibieta, Francisco Echaurren L., Ramón y Rafael Vial, hermanos del exministro Camilo Vial; Salvador y Vicente Sanfuentes, y Fernando Urízar Garfias. Sus enemigos, para rebajar la calidad de la fracción liberal, la apodaban "la mayoría consanguínea" (a causa de los numerosos parientes del exministro Camilo Vial), y en el Municipio, donde también constituían la mayoría, simplemente la bautizaron "la gavilla Vial". Asimismo, hablaban despectivamente del grupo de los "presbíteros", formado por I. V. Eyzaguirre, F. de P. Taforó y Federico Errázuriz Z, quien había cursado Teología y recibido órdenes menores.

En medio de tantas mociones y de tantos proyectos, que abolían o modificaban las leyes establecidas, el diputado Manuel Montt presentó una moción para dictar una ley de instrucción primaria. Decía:

... “el mejor bien social para el mayor número de individuos no puede lograrse sin una instrucción primaria competente, que al mismo tiempo que ilustre y perfeccione el juicio, despierte la actividad y habilite para sacar partido de nuestros recursos personales y mejorar nuestra condición con un trabajo inteligente: una institución que dirigida a reforzar el sentimiento religioso, a grabar en el corazón los deberes de una conducta moral y virtuosa, disminuya y prevenga los delitos y haga que un espíritu más fraternal y justo presida a las relaciones de los miembros de la sociedad”.

En estas luchas políticas de 1848-49, los pelucones y pipiolos, según las denominaciones del período de la anarquía política, experimentaron transformaciones profundas. Conservadores autoritarios, interventores de elecciones, pasaron a ser liberales, y en el seno de los conservadores intransigentes aparecen grietas ocasionadas por la actitud frente a la iglesia católica. Entonces se crearon nuevas agrupaciones partidistas.

El conservantismo autoritario dio paso a un conservantismo moderado, liberalizante, que participa del antiguo régimen en cuanto al mantenimiento sin flaquezas del gobierno centralizado, y que tomaba del renacimiento liberal sus propósitos de fomentar la educación pública y acelerar el progreso general del país. Esta corriente reunió en su seno a pelucones y a muchos pipiolos, y al caer el Ministerio Vial tuvo sus personeros en José Joaquín Pérez, Manuel A. Tocornal Grez y Antonio García Reyes. En 1851 elevó a la presidencia de la República a don Manuel Montt, quien afirmó la concepción conservadora autoritaria y, al mismo tiempo, estimuló un gran desarrollo material y educacional. Por otra parte, desde el punto de vista socioeconómico, se apoyó en los nuevos grupos capitalistas: acaudalados industriales y banqueros, interesados en el mantenimiento del orden público para desenvolver sus negocios; profesionales, especialmente abogados, que tentaban la fortuna política; elementos de la administración pública, cumplidores de sus funciones, laboriosos y modestos; y otros elementos dispersos, de ideas conservadoras. De esa suerte se conformó un partido gobiernista, decidido defensor de las prerrogativas del Estado, y unidos sus miembros por una fidelidad personal al presidente Manuel Montt y su ministro Antonio Varas, independiente de los conservadores pelucones adheridos ante todo a los intereses y posiciones de la Iglesia Católica. Su divisa del mantenimiento del orden por una autoridad severa e intransigente y el respeto irrenunciable a las prerrogativas del Estado frente a la iglesia produjo la escisión y separación definitiva de las fuerzas conservadoras, en dos partidos: el Partido Nacional, o Montt- varista, y el partido Conservador, ultramontano, o pechoño.

Frente a las fuerzas conservadoras se reconstituyó una agrupación liberal, que unió a los antiguos pipiolos con parte de los pelucones y a la juventud reformista influida por la revolución francesa de 1848. Para cohesionar estos elementos y robustecer la oposición al gobierno, nació la idea de fundar el Club de la Reforma. Se organizó el 28 de octubre de 1849, con una asistencia de 150 personalidades. El naciente liberalismo opositor se adelantó a proclamar la candidatura presidencial, aún no terminado el año 1849, del senador Ramón Errázuriz Aldunate. (La elección presidencial se debía verificar en septiembre de 1851).

En todo este proceso político tuvieron mucha injerencia diversas tertulias políticas, a las cuales asistían personalidades y jóvenes de gran figuración más tarde. Iñiguez Vicuña detalla, sobre todo, las dos tertulias más concurridas: la de un círculo de pelucones en casa del senador José Manuel Ortúzar; y la de antiguos pipiolos y liberales en casa de don Bernardo del Solar. Las mansiones de estos próceres se encontraban en la calle Compañía. El autor entrega la nómina de sus concurrentes asiduos.

Por los azares y meandros de la lucha política, durante la administración de Manuel Montt, se formará una combativa coalición de los viejos conservadores autoritarios y pechoños con los liberales reformistas en contra del gobierno sostenido por el Partido Nacional.

Los conflictos de 1848 coincidieron con una grave crisis económica nacional. Diversos arbitrios propuestos por el Ministro Vial no fueron acogidos, como un proyecto de reforma del sistema de impuestos para aumentar las entradas fiscales e impulsar las obras públicas; un proyecto de protección al desarrollo industrial, amparándola contra la competencia extranjera... La agricultura se encontraba postrada, porque si las cosechas eran deficientes para el consumo interno, el precio solía remunerar los trabajos de solo algunos afortunados. Si se lograba un excedente de producciones y todos abundaban en pingües cosechas, no había a quién venderlas, sino en muy pequeñas cantidades. Por tal razón no se podían acometer grandes empresas agrícolas. En estas circunstancias se abrió el mercado de California. Este permitió enviar cargamentos de trigo, harina y otros frutos del país; impulsó la extensión de las siembras de trigo e impulsó la industria molinera. En 1850 la producción de trigo sobrepasó el millón quinientos mil quintales, y se exportaron más de quinientos mil, al precio de 20 duros, pesos de plata, el quintal.

Al mercado abierto en California se agregaron una serie de descubrimientos mineros en el norte, todo lo cual permitió la recuperación y el avance de la nación. Arqueros, Tamaya y otros minerales, en Coquimbo; Chañarcillo, Tres Puntas, Lomas Bayas, en Copiapó, levantaron inmensas fortunas y, a la vez, dieron trabajo a miles de obreros. Matías Cousiño, Miguel Gallo, Francisco Ignacio Ossa, Tomás Urmeneta, José Wadington, Rafael Garmendia, Juan García, Ramón y Vicente Subercaseaux, Apolinario Soto, Francisco Echeverría y José Tomás Ovalle, en Atacama; y las familias Amenábar, Marín, Munizaga, Solar, Vicuña, Cordovez, Herreros, en Coquimbo. La audacia, la suerte y el trabajo se entremezclaban en la constitución de esas fortunas. Y también la especulación y la usura, practicadas con asiduidad, y por muchos de los connotados nuevos ricos. Así, por ejemplo, la familia Edwards, no mencionada por Iñiguez Vicuña, levantó una poderosa fortuna, utilizando algunos procedimientos lindantes con lo delictivo. El viajero Paul Trutler, en su libro “Andanzas de un alemán en Chile. 1851-1863”, dice sobre el origen del poderío económico del “clan Edwards”: “el señor Wilhelm Schmitt, de Hamburgo, que era contador del primer banquero llamado don Agustín Edwards, y ganaba 10 mil pesos al año en su cargo por sueldo y participación, me informó los brillantes negocios que aquél hacía. Prestaba dinero a elevados intereses, incluso sumas de consideración, a menudo al 5 por ciento mensual, con garantía de las “barras” de las minas, lo que le permitía hacer un magnífico negocio si los pagarés no eran cumplidos en forma puntualísima, pues las “barras”, representaban frecuentemente un valor doble o cuádruple de la deuda. De esta manera, el señor Edwards había ganado ya en pocos años más de un millón de dólares y llegado a ser dueño de valiosas barras. Su fortuna aumentaba ahora en proporciones colosales. En especial, ganaba enormes sumas por la compra de minerales de oro, plata y cobre robados, por los que pagaba, generalmente, la cuarta parte de su valor. Habría ganado de esa manera mucho más si no le hiciera competencia otra casa banquera, la de Ossa y Escobar, que también lograba utilidades de algunos centenares de miles de pesos al año”.

A pesar del desarrollo económico costó bastante instalar bancos con el objeto de facilitar el proceso financiero. Por lo menos, el primer intento de organizar un banco, en 1849, fracasó. La escasez de dinero impedía acometer empresas industriales, y los pocos prestamistas cobraban un doce por ciento de interés anual, demasiado subido para alentar cualquier negocio. Ante esa realidad, Santiago Arcos, el “gallego” Arcos de la época de la dictadura de O’Higgins, trató de dar vida a un banco de emisión, lo que ocasionó alarmas y resistencias entre los capitalistas y comerciantes extranjeros y entre los prestamistas nacionales. ¿Cuál era la razón de tan áspera oposición? Dice Iñiguez Vicuña: “Si eran comerciantes extranjeros, temían

la disminución de sus ganancias, porque el oro que exportaban a discreción iba a ser reemplazado en gran parte por una moneda fiduciaria que circularía en forma de billetes, y los capitalistas que aumentaban sus fortunas por medio de un interés usurario, no podían contar en adelante con rentas tan cuantiosas. Los industriales, por el contrario, creían que el único medio de sacar de una postración desesperante al país inteligente y trabajador era crear capitales basándolos en el crédito, para dar impulso a todos los negocios y aumentar el poder productor, pagando por ellos un bajo interés, y aplicándolos de preferencia a la explotación de la tierra y a las faenas mineras, que tantos millones de pesos produjeron poco más tarde".

El ministro Camilo Vial aceptó a referéndum el proyecto de banco presentado por Antonio Arcos. Más tarde, el nuevo ministro de Hacienda, Antonio García Reyes, también lo aceptó. El 26 de julio de 1849 se dictó el decreto supremo que accedía a su solicitud. Se decía en una parte: "IV Que el establecimiento de Bancos puede contribuir a facilitar el desarrollo de la industria nacional y dar facilidades al giro; V Que el gobierno debe prestar su protección a todo lo que contribuye a aquellos interesantes objetos; VI Que D. Antonio Arcos, siendo el primero que se ha propuesto establecer un Banco en Chile, tiene que luchar con los inconvenientes de toda institución nueva y que es justo prestarle por este motivo una consideración especial". En la parte resolutiva, el artículo 6° expresaba: "Si dentro del término de diez años se creyese conveniente establecer un Banco Nacional de Gobierno, en el círculo de sus atribuciones, daría preferencia al Banco de Chile e igualdad de circunstancias, sobre cualquier otro establecimiento que se preste a tratar con él sobre aquel particular".

Se desató una tenaz ofensiva en contra del proyectado banco, a pretexto de desconfianza a Antonio Arcos, en vista de sus turbios negociados durante la época de O'Higgins, pero, en el fondo, quienes la alentaron con mayor vigor fueron los capitalistas extranjeros y los prestamistas nacionales de Santiago y Valparaíso, o sea, aquellos a quienes se refería el Ministro Vial en este párrafo: "nuestras industrias todas, están agobiadas por el interés usurario que los banqueros particulares cobran por los capitales"... El proyectado Banco de Chile de Arcos y Cía. bajaba a un 6 por ciento de interés, el beneficio de sus operaciones.

Al final del largo asunto, Arcos solo pudo establecer un banco particular que fracasó. Liquidó su empresa y sus ganancias fueron menores que las de los prestamistas, que no se decían banqueros.

La fundación del Club de la Reforma, el 28 de octubre de 1849, con el objeto de cohesionar la oposición liberal al gobierno, según Iñiguez Vicuña, significó la concentración de las distintas tertulias enemigas del gobierno y así habría quedado fijado en la designación de su directorio: Presidente, Salvador Sanfuentes, representaba la tertulia de la casa del exministro Vial; vocales: Santiago Pérez Larraín, tertulia pipiola de la casa de don Bernardo del Solar; Manuel Eyzaguirre, tertulia de su hermano el presbítero José Víctor Eyzaguirre, vicepresidente de la Cámara de Diputados; secretario: Manuel Recabarren, tertulia de los literatos y tribunos populares, de los jóvenes partidarios de la regeneración política y social del país, reunida en torno a Santiago Arcos y, luego, de Francisco Bilbao.

La agrupación de agitadores y escritores que impulsó la actividad reformista y "la revolución como una necesidad en Chile" estaba compuesta, principalmente, por Santiago Arcos, Juan Nepomuceno Espejo, Francisco y Manuel Bilbao, Paulino del Barrio, Eusebio Lillo, Manuel Recabarren y Juan Nicolás Álvarez, (había fundado "El Diario Político", y en 1849, dirigía "El Serenense").

Los más temibles eran Santiago Arcos y Francisco Bilbao. Se les señalaba como a los "herejes" y "sansimonianos", recién llegados de Europa. A Bilbao se le recordaba por su actuación valiente en 1844. En aquella oportunidad el pueblo lo condujo en triunfo por la calle Estado, donde un sombrerero francés

le colocó “un sombrero sansimoniano” envuelto en cinta tricolor. Bilbao y Arcos conquistaron la voluntad de la juventud santiaguina y “fueron los dueños, como los Gracos en la antigua Roma, de enormes masas populares”.

Según Iñiguez Vicuña, “Francisco Bilbao y Santiago Arcos usaban diariamente el frac con botones de metal dorado, del corte llamado de Robespierre; sombreros de felpa de copa baja, como los que usaba Camilo Desmoulins, y pantalones blancos ajustados, como los que introdujeron los convencionales que proclamaron los más avanzados principios republicanos. Largas cabelleras, en forma de melena, cubrían sus cabezas hacia atrás, como las de los filósofos y poetas románticos, entregados a profundos pensamientos. En la fisonomía de Francisco Bilbao había una expresión de bondad atrayente. En su mirada, cierta suavidad y dulzura como la que caracteriza a un filántropo animado del espíritu de hacer el bien, y poseído de sentimientos de caridad por la humanidad doliente. Santiago Arcos expresaba la intrepidez y la audacia. Insinuante, cortés, irreprochable en sus maneras, fino y culto en sus expresiones. Era el hombre atento y cortesano en los salones; galano escritor, y tribuno apasionado y vehemente en presencia de la muchedumbre. Se encontraba en su elemento tanto en los devaneos y pasatiempos de la galantería social, como pronunciando sus arengas públicas en las asambleas populares” ...

Según Iñiguez Vicuña, creía Arcos que la oratoria política en las asambleas consistía en el arte de uniformar las voluntades, y la buena dirección de un club en la concentración de su espíritu en un corto número de individuos. Reproduce una alocución suya a la concurrencia con motivo de la divulgación de algunos acuerdos importantes del Directorio. Habría expresado el impetuoso revolucionario: “Esta sociedad reformista no alcanzará su fin si la dirección es de todos, ni el directorio podrá ejecutar un plan sin guardar secreto. Aquí queremos saber todos lo que el Directorio hizo y lo que va a hacer. Este club no es logia, pero el Directorio debe mantener reserva, secreto, cuando lo crea conveniente. Ya se ha pensado, es la hora de la acción. Debemos mirar en el Directorio tres cuerpos animados por un solo espíritu. Los clubes franceses son dóciles al espíritu de sus directorios. La palabra inglesa club, tiene el significado de esfera o círculo. Un club político es la concentración de muchas voluntades para formar un solo espíritu y determinar un propósito de bien público. Su acción se extiende también a otras esferas armónicas, y se comunica con ellas por medio de lazos de unión que mantienen continua correspondencia. La discordia es la peor de las enfermedades que pueden aquejar a este cuerpo. La discordia lo hace estéril, y entonces está próximo a disolverse como todo cuerpo orgánico que en la naturaleza pierde el equilibrio de su vida. Un club político es síntesis de una idea generalizada. La corporación necesita concentrarse más aún, para crear en su seno propio un espíritu que represente, dirija y resuelva, con el nombre de directorio. En Chile no existen los clubes políticos. En Francia los miembros de un club someten su voluntad a un Directorio, y éste obra según su criterio”.

Para demostrar la importancia de su advertencia, se acercó a una pizarra y escribió significando al directorio 1, 1, 1, = 3, y encerró el número tres en un triángulo como símbolo de esa unidad. En seguida, para hacer patente la inconveniencia de divulgar todo acuerdo, de no guardar secreto, de averiguarlo todo, borró las comas y dio a leer, 111=111, comparando esta cantidad con la de los socios de un club en que no se guarda secreto, porque cuanto se determina y ejecuta es del dominio de los ciento once asociados.

Hasta aquí llega el volumen de Iñiguez Vicuña. Según su plan, las partes dedicadas al examen de la agitación de la Sociedad de la Igualdad, al motín del 20 de abril de 1851, a la lucha electoral y la revolución de fines de ese mismo año, no las publicó.

Santiago Arcos Arlegui tuvo una participación primordial en la propaganda revolucionaria de 1850 y a sus esfuerzos se debió la existencia de la Sociedad de la Igualdad desde abril hasta octubre de 1850. Un mes después de la disolución de dicho organismo político social, Arcos fue apresado y desterrado del país. Cuando ya se encontraba en viaje fuera del país, apareció un folleto suyo, titulado La Contribución y la Recaudación, impreso por la Imprenta del Comercio de Valparaíso, calle de la Aduana, en diciembre de 1850.

El folleto es, hoy día, pieza bibliográfica difícil de encontrar. Gabriel Sanhueza tuvo en su poder un ejemplar y expone algunas referencias de su contenido en su biografía del agitador, publicada en 1956, con el título injusto de "Santiago Arcos, comunista, millonario y calavera". De acuerdo con los datos de Sanhueza, en ese opúsculo, Arcos propone una nueva forma de impuesto. Previamente, en la introducción, manifiesta: "Un malestar inmenso pesa sobre las sociedades humanas. El pobre, condenado a un trabajo monótono y repugnante, vive embrutecido. El rico ve su fortuna amenazada por cada proletario que pasa por su puerta. La desigualdad de las condiciones mantiene entre los hombres una guerra incesante. Las diferentes clases que forman la sociedad se odian. El odio trae consigo la inquietud. No hemos sido creados para el dolor. Si el hombre sufre es porque aún no ha acertado con la forma social que le está reservada".

Sus puntos de vista los afirma en la autoridad de Saint-Simon, Blanc, Proudhon, Owen y Fourier. A Charles Fourier lo llama "el coloso intelectual del siglo XIX".

Respecto del derecho de propiedad escribe; "Entre los salvajes no hay más propiedad que la que proviene del trabajo inmediato. El indispensable son sus flechas, sus laques, su lanza; pero la tierra no está dividida: es de todos". En las monarquías "el individuo poseerá mientras no se le ocurra al monarca desposeerlo. Otro tanto ocurre en las aristocracias. El que no pertenece a la clase privilegiada puede poseer, pero su derecho es igualmente condicional. Solo en la democracia el derecho de propiedad es y puede ser un verdadero derecho. Así, vemos que las democracias... son las que presentan una sociedad más adelantada, más feliz, más fuerte".

G. Sanhueza anota que se refiere también a los precios, al salario, y a su desvalorización en relación con la oferta del trabajo, y así cuando disminuyen sus posibilidades, llegan para los trabajadores "la emigración, la cárcel, las epidemias". Para Arcos, la riqueza no puede confundirse con un estéril amontonamiento de oro y plata; "la riqueza de las naciones es el bienestar de que gozan los individuos". Ataca a la monarquía y a las aristocracias, porque únicamente tratan de hacer pagar al pueblo cuanto sea posible. En cambio, la democracia "es el poder en manos de todos. Bajo la democracia no debe haber individuos ni clase privilegiada, ni debe el rico reprimir al pobre, ni el pobre oprimir al rico. El poder debe hacerse sentir lo menos posible, es decir, dejar a cada individuo la mayor suma posible de libertad individual... Bajo el sistema democrático solo el gasto autorizado por la representación nacional, hija del voto universal, puede ser considerado como gasto necesario".

En seguida se refiere a la contribución, necesidad ineludible y obligación general. Después de diversas consideraciones presenta un intrincado proyecto de ley referente a los impuestos, partiendo de un hecho indiscutible: que la declaración de renta sea obligatoria, incluso para los asalariados.

El prólogo de esta publicación de Santiago Arcos, en Chile, está firmado por el ilustre político y escritor argentino, entonces residente en nuestro país, don Bartolomé Mitre. Lo elogia en su espíritu general, porque es el voto de un corazón republicano y refleja "el espíritu de la nueva generación que se levanta proclamando la reforma pacífica, es el último golpe dado a las instituciones coloniales, y es más que todo

el eco de una gran revolución que en este momento agita al mundo". Y agrega; "producto de una idea fecunda, impregnada de un santo amor de justicia y libertad y madurado por una meditación sincera y honrada, el libro del señor Arcos es más que todo el resultado del buen sentido aplicado al fomento de la prosperidad pública". En cuanto a sus conclusiones, Mitre advierte una falla, y la sintetiza en este reparo: "el vicio esencial del proyecto consiste en estar basado sobre el impuesto del capital, en vez de apoyarse en el impuesto de la renta; de haber elegido por fuente de contribuciones el beneficio eventual en vez del beneficio realizado, o, en otros términos, haber gravado el trabajo en vez de la economía, y el emolumento, el salario o la renta profesional en vez del provecho del capital".

Con motivo de su destierro Santiago Arcos alcanzó hasta California. A su regreso se le encarceló y, luego, se le expulsó definitivamente. Se radicó en Mendoza, y más tarde en Buenos Aires. En sus días de cárcel redactó su famosa "Carta a Francisco Bilbao", impresa en Mendoza, en 1852. Gabriel Sanhueza la reproduce íntegra en su libro ya mencionado. Para el conocimiento de la actividad de Santiago Arcos en su breve permanencia en Chile, su patria, y en especial, el funcionamiento de la Sociedad de la Igualdad, su creación política, y el contenido crítico y programático de su "Carta a Bilbao", se puede consultar mi libro: "Santiago Arcos Arlegui y la Sociedad de la Igualdad. Un socialista utopista chileno". Santiago, 1942.

El porvenir del hombre, curioso ensayo de Pedro Félix Vicuña[131]

Don Pedro Félix Vicuña Aguirre (1805-1874) fue un hombre acometedor de múltiples empresas; político liberal, revolucionario, fundador de diarios y miembro del Congreso Nacional. En 1864, como diputado por La Serena, propuso en la Cámara de Diputados reformar la Constitución para crear un Banco del Estado y un Tribunal de Minería. En 1867, siendo diputado por Ovalle, logró la aprobación de su proyecto sobre abolición de la prisión por deudas. En 1870 salió elegido senador. También incursionó en las letras y dejó un libro notable por muchos conceptos: "El porvenir del hombre", publicado en 1858.

Nuestro propósito no es trazar la biografía de Pedro Félix Vicuña. Únicamente esbozaremos una síntesis de las principales ideas expuestas en su curioso ensayo. Posee bastante actualidad por su contenido de crítica social y de intento, a su vez, de reforma institucional. En sus páginas se pueden espigar innumerables observaciones agudas, felices y previsoras en torno de la situación de Chile, en el examen de sus problemas, en la formulación de las aspiraciones de los nuevos sectores sociales y el avizoramiento justo de su porvenir.

En las densas páginas introductivas de "El porvenir del hombre"[132] detalla los numerosos síntomas de disolución social de la civilización cristiana, radicados todos en el despiadado individualismo dominante. Al mismo tiempo, señala el descontento creciente de las multitudes trabajadoras, anhelantes de un cambio y de un mejoramiento de sus condiciones de vida, y en tal búsqueda, su adhesión a innumerables doctrinas reformistas y utópicas y, en especial, a las ideas socialistas y comunistas.

Ahondando en su análisis de la estructura de la sociedad encuentra una marcada desigualdad económica y social, una explotación intensa del trabajo, un predominio inmoral del capitalismo, no obstante, los profundos procesos de transformación iniciados con la gran revolución francesa. Precisamente, la raíz del mal observado por Pedro Félix Vicuña reside en la adulteración de aquella extraordinaria jornada

[131] OCCIDENTE N°224 marzo 1971

[132] "El porvenir del hombre o relación íntima entre la justa apreciación del trabajo y la democracia". Valparaíso, imprenta del Comercio, 1858. Introducción, páginas V-XXIX. Veinte capítulos, en 266 páginas.

revolucionaria de 1789. Las clases medias "levantaron contra la nobleza el grito de igualdad y lanzaron contra los privilegiados sangrientos anatemas. Estas mismas clases, allanados los estorbos de su elevación, y llegando al colmo de sus aspiraciones, han procurado por todos los medios a su alcance, poner un dique a esa misma igualdad, que ellos generalizaron y sostuvieron con tanto valor como heroísmo... La igualdad quedó siempre en el oído del pueblo, cuyo brazo se armó a nombre de ella. En los combates la igualdad era la bandera, en los momentos del triunfo se embriagaba al pueblo con ella y éste se dormía a la sombra de sus laureles, para despertar encadenado. Elevadas estas clases medias al poder y a la riqueza por los esfuerzos populares, se unieron a las viejas aristocracias y a los reyes, para contener a los mismos que ellas habían conmovido e impulsado".

El pueblo, a pesar de su miseria y de su trabajo forzado, ha sabido comprender la situación de injusticia predominante y movido por sus necesidades avanza hacia la revolución, a través de luchas sin cuartel. El pueblo y la aristocracia han desatado la contienda en que "o retrogradamos a la barbarie, o se hace oír y respetar el derecho, que no es más que la justicia y la razón combatiendo pasiones e intereses privados".

La dominación de los ricos, cuyo móvil más activo es la usura, y su unión al despotismo para sostener su posición, ha desencadenado la agitación popular en una acción continua, pública y privada, y cuyo grito de guerra son el socialismo y el comunismo. Los recuerdos "de las ideas y combates con que las clases medias se elevaron sobre la antigua nobleza están... muy recientes para que el pueblo los pueda olvidar. Si, para subir, su grito fue la libertad e igualdad, estos mismos derechos invoca hoy el pueblo, y para animar sus esperanzas, y excitar su valor, añade el comunismo que debe espantar a la riqueza. En la revolución francesa, a nombre de la igualdad se confiscaban los bienes de los nobles y del clero, y se repartían entre los más activos promotores de aquel movimiento; el comunismo es una revolución que obrando del mismo modo será aún más funesta, desde que los despojos de la victoria los tomará el más fuerte, y no habrá autoridad que haga la repartición".

Ante la perspectiva catastrófica planteada, Pedro Félix Vicuña se propone la tarea de exponer los principios y las medidas para impedir el estallido en Chile de un proceso revolucionario destructivo. Ante todo, estima urgente establecer la democracia, entendida como un régimen de exacta y justa apreciación del trabajo; de respeto a la propiedad dentro de los límites derivados de los derechos del trabajo, "que siendo el productor de las riquezas tiene una mayor parte en su distribución que el capital y la tierra, que solo son sus agentes". A su juicio, la fuerza niveladora de una verdadera democracia hará desaparecer el abuso de la propiedad territorial y del capitalismo transformados en autoridad política; ni su interés gobernará a la sociedad ni formará la ley; y, por lo tanto, tampoco subsistirán los privilegios de las aristocracias: "dar a cada uno lo que es suyo, es el principio moral y religioso que debía servir a la economía política de base fundamental, después de reconocida la parte del trabajo en la creación de la riqueza; así la humanidad no habría tenido que pasar por esta nueva feudalidad de la riqueza".

Pedro Félix Vicuña abona la justeza y la sinceridad de sus proposiciones con la trayectoria de abnegada lucha de su existencia. Lo manifiesta en estas líneas: "Mis tendencias democráticas, mis ideas y mis sentimientos han sido superiores a mis intereses, y en 30 años bastante he sufrido por la causa que, hoy como antes, defiendo con igual fe, pero la perfección de la sociabilidad humana es para mí la primera necesidad de nuestro ser, y sin el más gran respeto a la propiedad nunca llegaríamos a obtenerla. El abuso de ésta, la competencia que ha establecido para anular al trabajo y su espíritu de dominación es la reforma más difícil; los viejos hábitos forman costumbres, y estas costumbres, sostenidas por el interés, sea cual fuere la nulidad de su base, forman derechos que, aunque sean falsos y contradictorios con el mismo orden

de la sociedad, se sostienen y defienden con ese fanatismo inherente al principio aristocrático de perecer antes que ceder."

Comprende lúcidamente la dificultad de su empresa en vista de los intereses consolidados en instituciones poderosas; los sectores privilegiados bien organizados y con miras exclusivamente egoístas; y el pueblo en una agitación constante, dispuesto a todo y decidido. En las páginas finales de su obra traza un cuadro bien sombrío de antagonismo crepitante en la sociedad actual: "Si extendemos nuestra vista por todas las profesiones, que no necesitan del trabajo material de nuestro brazo, hallaremos la asociación sosteniendo el equilibrio, que conserve su importancia y los haga valer como cuerpos organizados, en los que el interés y la voluntad de muchos impone en la sociedad y los hace respetables. El clero, a pesar de su misión espiritual, es una corporación cuyos privilegios, dando a su asociación un carácter imponente, asegura su importancia material y política. Los militares, los empleados, las academias, las universidades, todos por su asociación, se hacen respetar y deben a su organización la posición que ocupan; no es posible, pues, que solo el pobre pueblo quede luchando aisladamente contra la fuerza de todas esas asociaciones que rodeadas de privilegios y protegidas por las leyes, lo explotan y esquilman, elevándolo sobre su miseria y sus ruinas. Las pretensiones a la asociación han despertado las alarmas de todos los que elevados sobre el pueblo temen no solo su número, sino los cambios y revoluciones que esta asociación debe traer. El comunismo y el socialismo son su grito de guerra; y la asociación popular y la fuerza aparecerán donde se oigan estos acentos, porque ellos son incentivos demasiado poderosos y levantan esperanzas de otro modo inconcebibles. Para el pueblo, el comunismo es el instinto de la necesidad de organizarse; él cree sencilla su teoría, porque lo halaga y le ofrece cambiar su condición; no hay que darle lecciones para hacedle consentir que todo lo que Dios creó es común para todos los hombres, él lo acepta sin discusión, y va lleno de entusiasmo a sellar con su sangre la santidad de este dogma, que su miseria y opresión hacen más sublime y elocuente" (pp. 249-250).

La situación cobra mayor gravedad porque "las aristocracias perecen, pero voluntariamente jamás abandonan los privilegios ni la posición que han alcanzado; la razón, la ciencia, una revolución que asoma, nada cambiará sus resoluciones: el hombre ama más su elevación, su interés, sus comodidades que la vida; el pobre a quien todo falta, en busca de estos bienes aventura también gustoso su existencia, y la lucha de una regeneración quién sabe hasta dónde llegue, recordando la Francia de 1793".

II

En el pensamiento de Pedro Félix Vicuña los trastornos de la sociedad y la marcha hacia la revolución se deben a dos factores bien definidos: "El abuso de la propiedad de un lado, y del otro el comunismo, son los dos campeones de esta revolución en que caminamos. El abuso ha encadenado al trabajo y ha hecho siervo al productor por medio de la competencia. Asilado el propietario del poder, dueño del capital y de la tierra, su voluntad y su interés han sido una ley para el resto de la sociedad, lo que ha levantado tan altas barreras entre el pobre y el rico que parecen ineficaces todos los esfuerzos de la razón y del convencimiento para poder acercarlos. Esta barrera que el abuso aristocrático trabaja por eternizar, el pobre intenta destruirla por el comunismo, aún más terrible que aquellos abusos".

Los abusos del capital y de la propiedad han provocado la degradación del pueblo al mantenerlo sumergido en la miseria en forma permanente. La clase privilegiada, dueña de la propiedad y del capital por su organización y su poder, ha prolongado el principio feudal, un feudalismo plutocrático, como sostén de la jerarquía social y política. Al igual que aquél, defiende la legitimidad de su poder como emanación de Dios

y ha establecido reglas y sistemas políticos en su exclusivo beneficio. Frente a esa realidad, “el comunismo no ha sido una invención superior a toda fuerza y organización de la riqueza; el pensamiento es colosal, quizá el efecto lógico de las necesidades del pueblo; pero es al mismo tiempo bárbaro y destructor; él marcha de frente a despedazarlo todo, para reorganizarlo de nuevo. ¡Despedazadlo todo! ¿Y lo que el hombre ha creado en tantos siglos es por acaso inútil?, ¿los grandes descubrimientos y sus extraordinarios progresos en las ciencias, en las artes, en la política y en la moral, pueden ser nulos para nuestra regeneración y felicidad? No hay que dudarlo, el comunismo es el hijo legítimo del abuso de la propiedad y del capital; es una consecuencia de la miseria y del hambre mirando el banquete de los ricos; es la excitación que produce el espectáculo de la hartura, la prodigalidad, el lujo, el orgullo y la insolencia en aquellas almas independientes, que no se someten al yugo de la ignorancia e incapacidad, que conocen sus derechos, y que no ven otro recurso para aniquilar el privilegio y desterrarlo de la tierra que la ruina de la organización que existe. Sin duda que, desapareciendo el abuso de la riqueza, el comunismo quedaba en el mismo acto anulado”.

El defecto fundamental de la sociedad actual es el de valorizar al hombre por el interés personal, la ambición, la codicia y la tiranía. El trabajo, entonces, ha sido considerado una mercancía sujeta a la competencia establecida por el capital y la propiedad, por lo cual el valor del trabajo ha sido anulado, rebajado, mientras por otro lado se le ha utilizado exclusivamente como la base del engrandecimiento y la opulencia del capital y la propiedad. Pedro Félix Vicuña pretende que en adelante el trabajo sea valorizado por la sola ciencia, y escribe: “La economía política que reconoce al trabajo como la causa y origen de todo lo que tiene valor, solo al hombre, que hace este trabajo, lo ha entregado a la competencia y rapacidad de sus opresores. Mis deducciones en esta parte, otorgando al brazo del hombre un valor proporcionado a su producto y relativo con su existencia y sus necesidades, establecen sus derechos, y donde el derecho se manifiesta, la contradicción cesa y los abusos desaparecen. El derecho es la razón y la justicia, es además el consentimiento general de la humanidad entera, deducido de principios aceptados sin excepción de clases y privilegios. ¿Quién se atreverá a negar que solo el trabajo es el que produce? ¿No es éste el principio elemental de la ciencia económica? ¿No están uniformes en esta verdad aristocracias y pueblos? Si el hombre es el que ejecuta el trabajo, es incuestionable que él crea la riqueza y es su dueño. Este es el principio que servirá de base a la regeneración de nuestra especie, y el solo que podrá evitar la revolución social que se elabora en toda la tierra, principalmente en los pueblos más adelantados por su civilización.”

Siendo el trabajo el productor de toda riqueza, él debe absorber la principal atención de los gobiernos, porque “la democracia sin la apreciación exacta del trabajo y sin la justa retribución de lo que él produce no es más que una forma política, pero jamás una realidad. Las naciones vivirán siempre en esta oscilación revolucionaria, necesidad de su presente condición, inspiración de su espíritu de mejora y de progreso, mientras el brazo del pueblo no produzca lo que necesita para salir de la deplorable situación a que lo ha reducido la propiedad territorial y el capital. Esto no puede dejarse a las combinaciones individuales. Entre las clases que hoy componen nuestra sociedad, la propiedad y el capital son permanentemente reaccionarios por su creencia y organización, por su interés y su ambición, del mismo modo que el pueblo es revolucionario por instinto y necesidad”.

Con el objeto de impedir tanto la revolución como la reacción, debe la autoridad política consagrar su desvelo a proporcionar al trabajo los elementos que constituyen la producción, especialmente el capital al más bajo interés, recursos y protección para cooperar al monto de una producción nacional suficiente

para llenar las necesidades de todos. Y, por otro lado, es indispensable la organización del trabajo en defensa de los trabajadores, de la producción y del consumo.

En las contiendas sociales la autoridad no puede permanecer indiferente: debe tomar parte. Aunque "anticiparse al desarrollo de la opinión, hacer reformas que no reclama la sociedad misma, es exponer muchas veces la mejor causa", asimismo "obstruir a esa misma opinión todo camino, crear instituciones que se opongan a su curso natural, contener con la fuerza la expresión enérgica de las convicciones e intereses públicos es también anticipar los acontecimientos". Esta es la situación prevaleciente en la América española, "donde la autoridad, la aristocracia y el clero se han unido para detener la impetuosa corriente de la civilización y la democracia". De tal suerte, la autoridad no tiene más seguridad que la fuerza militar; la aristocracia es odiada por su espíritu de dominación y por el monopolio de los intereses; y el clero, sin pensar en su verdadera misión, se declara enemigo de la civilización y de la democracia.

Por el contrario, en una verdadera democracia, la autoridad debe abrir y ensanchar los caminos para facilitar el funcionamiento de las instituciones, proteger los derechos de los ciudadanos y extender la libertad de prensa. Por otra parte, "que el sistema electoral sea libre es el camino de sondear la opinión y de irla encaminando a las reformas pacíficas que deben sobrevenir. Que la propiedad y la riqueza no sean poder social ni político, estableciendo de hecho el principio de la igualdad, dando siempre la preferencia al mérito y la virtud. Que la legislación favorezca al trabajo del hombre, que el gobierno señale al salario una justa retribución, o bien que él imponga en todas las obras públicas que se hacen de su cuenta. Que cesen todos los servicios gratuitos de los inquilinos y se promuevan los arriendos por largos períodos, o bien los gobiernos compren una cierta cantidad de terrenos para repartir entre las víctimas de la propiedad, echando las bases cada año de tres o cuatro poblaciones en la República. Que ningún servicio religioso sea pagado sino por la renta pública. Que la usura desaparezca, estableciendo desde luego el crédito público bajo las mismas bases indicadas en este escrito. Por último, que el sistema municipal sea ensanchado, para encaminarse a los grandes destinos a que la condición futura de la humanidad lo llaman".

El conjunto de las reformas pacíficas detalladas abriría un camino ordenado al avance del país, evitando las revoluciones que de otro modo sobrevendrán.

Las reformas señaladas por Pedro Félix Vicuña, al aplicarse, significarían progreso, justicia y una mayor igualdad. Sin embargo, todas ellas suponen siempre el respeto a la propiedad, porque, no obstante, los abusos engendrados por ésta, el autor considera como primera condición de la sociabilidad el respeto de la propiedad por ser el móvil más poderoso de todo progreso y de la civilización. La propiedad es, además, premio del trabajo, del orden, la economía y la virtud. Pero, sin duda, la propiedad tiene sus límites, derivados del derecho del trabajo, "que siendo el productor de las riquezas tiene una mayor parte en su distribución que el capital y la tierra, que solo son sus agentes".

En la producción de la tierra señala tres caminos para asegurar al trabajo agrícola una retribución justa y equitativa, de acuerdo con la trascendencia de su papel: salario proporcionado a las necesidades del trabajador y de su familia, sin ninguna ocupación gratuita, y término de la servidumbre colonial del inquilino (y este sería el primer paso, en Chile, para alejar la revolución social); arriendo de la tierra por un largo período de años, dando seguridades al trabajador de que los adelantos y mejoras hechos en la propiedad le pertenecen; expropiación de la tierra en el caso de obstinarse los propietarios en sus antiguos

e injustos derechos (las autoridades tienen el derecho indiscutible de tomar la propiedad reclamada por el bien público, avaluándola y pagándola).

En la producción industrial considera de vital importancia liberar a la industria de la tiranía del capital a través de la organización del crédito y de la creación de un banco nacional que baja los intereses hasta un mínimo y concentre todo el crédito del país, lo cual traería la ruina y desaparición de la usura, "y la nulidad de esa clase funesta que, sin producir nada, ha levantado su solio sobre los escombros y ruinas de la industria".

Respecto del porvenir industrial de Chile, Pedro Félix Vicuña formula una aguda observación, antecedente del programa expuesto por el doctor Nicolás Palacios y adoptado por el historiador Francisco A. Encina en las líneas siguientes: "En mi concepto, Chile está llamado a ser un pueblo fabril e industrial, antes que agricultor, por la extensión limitada de su territorio de cultivo, mientras que abunda en minas de todas clases y tiene las primeras materias para las más ricas manufacturas. Los metales, las lanas, el lino, el cáñamo y todas las industrias que la misma agricultura proporciona ocuparán siempre triples brazos que el cultivo de la tierra. Los capitales que impulsen estas industrias a un bajo interés es lo que el crédito público debe proporcionarnos, y sus beneficios serían del mismo modo extensivos a la agricultura, que jamás llegará a su perfección mientras no encuentre fondos a un rédito más bajo que los actuales."

Las medidas indicadas en el trabajo agrícola; el desarrollo industrial; el crédito organizado por el banco nacional, producirían un avance prodigioso en el país y alejarían los peligros de las revoluciones sociales en fermentación.

Pedro Félix Vicuña se jacta de plantear un pensamiento absolutamente original en cuanto a erigir el crédito en un poder independiente, establecido como el complemento del equilibrio político; y formar del crédito público la principal o la sola renta de la nación: "este es un descubrimiento de la más alta importancia para la felicidad de las naciones y para aliviar la condición del pobre. Esta institución obrará sobre la sociedad en un doble sentido, apropiándose el producto que hasta hoy ha sido exclusivo de la usura, lo que terminaría esta vergonzosa aristocracia que hoy regentea en la tierra y facilitando a la industria el capital que necesita al más bajo interés posible. Asimismo, partiendo la acción del crédito de una sola mano, el sistema monetario sería uniforme y perfectamente garantido por la sociedad entera".

El autor extiende su mirada más allá de Chile y contempla la grave situación de América latina. Frente a ella sugiere la necesidad de dar forma a una confederación de los estados hispanoamericanos, como el único remedio a sus infortunios, pero esa confederación no puede ser la de los gobiernos existentes, pues ninguno de ellos expresa la opinión y la voluntad nacionales. La unidad de tales gobiernos solo traería nuevas cadenas a la democracia. Una confederación posible debería ser de pueblos libres, cuyas instituciones sean iguales, donde hayan desaparecido las formas decrépitas e injustas y, por el contrario, se hayan verificado las reformas ya señaladas. La "confederación debe, pues, principiar por nuestra reforma interior, por alejar nuestras divisiones, por uniformar nuestros intereses y opiniones, y hacer compacta y fuerte en nuestro propio suelo la acción política".

III

En el capítulo primero, titulado "El cristianismo es la causa y móvil de la revolución social a que se encamina la sociedad", expone la filosofía democrática y la organización popular del cristianismo primitivo como un remedio eficaz y válido para reformar la sociedad e impedir la amenaza de una revolución universal. Si,

en verdad, en su trayectoria histórica la religión cristiana se vio obligada a acomodarse con el principio monárquico o tiránico dominante, y el jefe de la iglesia, el Papa, también pasó a ser rey, los principios del evangelio permanecen siempre vigentes para servir de base a sociedad igualitaria y justa. El evangelio "está abierto para la humanidad entera, la servidumbre está proscripta, la igualdad proclamada como también la fraternidad, y todas las virtudes que preparan el triunfo del principio democrático. La igualdad es algo más que la libertad, es la democracia, que no reconoce superiores ni clases privilegiadas. La autoridad de los más sobre los otros, que es una necesidad del orden social, es una delegación del principio de soberanía de que cada uno es parte, presentándose el pueblo a la vez como legislador y súbdito en todos los arreglos". El cristianismo, en su doctrina y en su práctica auténtica, ha sido una causa constante de la revolución amenazante del orden social y político injusto, combatida con todas sus fuerzas por los reyes y las aristocracias: "el peligro es inminente desde que el cristianismo a más de una religión que abraza al ser moral es un código político, que arregla los intereses materiales de la humanidad. Él ha combatido desde su nacimiento la tiranía y la desigualdad de clases; él ha transigido con las épocas, pero nunca ha dejado de resonar su voz omnipotente protegiendo la virtud, la confraternidad, el amor mutuo, la caridad, llevando a tal extremo su principio democrático, que ha preferido la pobreza a las riquezas, la humildad a la elevación, para hacer resaltar la igualdad de todos los hombres, no solo en el cielo que está abierto para todos con una misma gloria, sino en esta tierra, donde nadie tiene más títulos de poder y dominio sobre otro hombre, que los que él delegó por el bien de la sociedad misma".

Critica por equivocadas y parciales a las teorías y utopías surgidas para lograr la regeneración de la humanidad; solo el cristianismo tal como se encuentra definido en los evangelios, señala el único camino para imponer y realizar la revolución de nuestro tiempo. A su juicio las doctrinas socialistas y comunistas son quiméricas y les enrostra además su irreligión. El dogma revolucionario no puede ser otro "que la democracia, santificada por la religión en su carácter material y moral. Si el evangelio con su doctrina ha impulsado la igualdad del género humano, si sus principios tan sencillos y a la vez tan sublimes han destruido la servidumbre, formado la familia, armonizado la sociedad, elevado la dignidad de la mujer, y dado a la virtud un carácter celestial, comprimiendo la explosión de nuestras pasiones ¿cómo podríamos sin ella alcanzar esta reforma universal, a que la humanidad entera es arrastrada? La religión es la fuente de donde el pueblo puede derivar sus derechos, ella es la sola base en que pueda reposar el nuevo edificio social que aquel cambio extraordinario debe producir".

P. F. Vicuña a través de su posición filosófica y política y de su programa concreto de reformas inmediatas para transformar la sociedad, se presenta como el genuino precursor del movimiento democristiano actual. Su reivindicación apasionada del cristianismo como concepción del mundo y de la sociedad; su defensa de la religión como normativa de las relaciones sociales y particulares; su abierta repulsa a las teorías socialistas y comunistas; su exaltación del trabajo y del pueblo; su repudio a la aristocracia, al privilegio y a la usura; suponen más o menos las mismas líneas de la "revolución en libertad" y el "populismo" de la Democracia Cristiana, con su catolicismo, su comunitarismo y su anti marxismo.

Reconoce que los gobiernos reaccionaran alarmados por los progresos democráticos que conspiran contra ellos por medio de la corrupción y de la violencia y enarbolando la amenaza de las acciones y teorías socialistas contra la sociedad, y de tal modo "el comunismo y el socialismo son hoy un grito de la tiranía para defender la propiedad, y la antigua organización en que descansa el orden social... Los que gozan de privilegios sociales, los que abundan en riqueza y bienestar, y los que explotan el poder y aspiran a la dominación, hacen denodados esfuerzos para asegurar su posición, y en su alarmante actuación, quisieran apagar la llama democrática, de donde creen ha salido este vértigo que amenaza el orden social, tal como

ellos lo conciben" Aquí en América, esos privilegiados aplauden las matanzas de París por Cavaignac y Lamoriciére, los cadalsos de Hungría, las derrotas de Italia y los bombardeos de Sicilia, los golpes de Estado de Luis Bonaparte, porque con tales hechos creen asegurada su posición, quieren comprender la causa honda de la inquietud del pueblo: el imperio de desigualdad y de la injusticia; el contraste de la opulencia y el lujo de unos pocos con la degradación y la miseria de los más, la primacía de la explotación del trabajador y del poder de la usura. En esa realidad reside la propagación de las nuevas teorías, utopías y fantasías, "los sansimonianos, los socialistas, los comunistas, los cartistas, los igualitarios, los utilitarios y la larga lista de utopías que germinan en Europa, y han pasado hasta nosotros no expresan más que un solo pensamiento, y es que las viejas instituciones necesitan de una radical reforma. La anarquía de todos estos reformadores nace de la falta de principios, de donde deducir sus derechos, de la corrupción de sus doctrinas y de la falta de un principio religioso, que sirva de base al nuevo edificio que se proponen levantar; pero cada uno ha puesto su contingente de ideas, estando todos uniformes en la triste condición la mayoría de nuestra especie, que sinceramente quisieran arreglar".

P. F. Vicuña se basa en las conquistas de la ciencia económica para criticar y condenar la desigualdad imperante. A su juicio Adam Smith logró la explicación del fenómeno del origen y la distribución de las riquezas cuando demostró que el único productor de las riquezas era el trabajo y, por tanto, éste es lo principal, y la tierra y el capital lo accesorio.

Pero sin disminuir la trascendencia del trabajo, "la propiedad, no obstante, los defectos de su actual organización, es el primer principio constitutivo de nuestra sociabilidad". Partiendo de ese reconocimiento previo elabora su nueva fórmula de solución de los problemas de la sociedad. No es la propiedad en sí la causante de la desigualdad social; lo es el conjunto de sus privilegios al darle un poder desmesurado, lo que ha instaurado una completa desigualdad e injusticia sociales: "la ilimitada libertad de la propiedad, abandonada a sus solos instintos y a su propio interés, naturalmente debía explotar el trabajo del pobre, establecer la competencia, que debía traer la baja de los salarios, y la acumulación de los capitales en las reducidas manos, que tenían el dominio de la tierra y reunían la moneda circulante". Es una realidad innegable que "de abuso en abuso la propiedad y el capital han llegado hasta a apropiarse todos los beneficios del trabajo ajeno, por el monopolio de la tierra y del dinero". Y esa situación ha determinado la expoliación y la servidumbre del trabajador: "desde que el propietario y el capitalista han entrabado al trabajo, asignándole el salario que les ha acomodado, el que muchas veces no alcanza a satisfacer las imperiosas necesidades del individuo, muy fácil les ha sido después someter al hombre mismo, cuyo brazo no podía moverse sin la acción del capital, o la voluntad del propietario de la tierra".

Sin embargo, a pesar de la importancia de la propiedad, "el mayor capital de la humanidad es el hombre mismo". Solo el trabajo es valor y riqueza; pero el capital aprecia al hombre como una mercadería, que sube y baja en valor según su escasez o abundancia. Por eso, una vez que el hombre sea representado en lo que él legítimamente vale, el capital será casi inútil. Esa sencilla verdad traerá una revolución pacífica en la humanidad y a ella no podrá oponerse el privilegio, "por más que sienta la ruina de sus provechos actuales y la destrucción de su importancia social". La propiedad es un poder, por cuanto el trabajo y la industria en la presente organización de la sociedad necesitan de capital o de la tierra para producir. En su actual estructura la propiedad domina todo: ha esclavizado a los trabajadores, ha subido los créditos del capital o el arriendo de la tierra; ha puesto a los trabajadores del campo bajo la absoluta dependencia de los propietarios, distribuidores a la vez del capital y de la tierra. Así, la dominación y el orgullo de los propietarios se ha acrecentado y se ha basado en la servidumbre de la mayoría, y se han constituido en un poder social abrumador de su influencia: "este abuso ha llegado al punto que la miseria de la gran mayoría

de la humanidad y sus necesidades físicas, como el hambre y la desnudez, la han conducido a la degradación moral más absoluta, cuando las luces y la religión le señalan derechos que ella ha conquistado por su brazo y su sangre".

En su análisis de la sociedad marca con palabras de fuego la injusticia social, derivada de la extensión opresora y de sus innumerables privilegios de la propiedad, tal como se ha organizado a lo largo de los siglos, pero, al mismo tiempo, él no es enemigo de la propiedad. Por el contrario, la considera el pilar básico de una sociedad cristiana, igualitaria y democrática. Pero debe poseer otra estructura y ser el resultado del trabajo directo de los individuos, por cuanto el trabajo es el fundamento legítimo y decisivo de todo lo creado. Se opone al socialismo y al comunismo porque tales doctrinas tienden a su destrucción y, por ende, al retroceso de la civilización. Su posición resulta difícil y según lo confiesa, se prestará a erradas condenaciones: "descubriendo el cáncer de nuestra sociabilidad me haré sospechoso a los que, fanatizados por su poder y condición, no aceptarán ninguna mejora que afecte su orgullo; del mismo modo me atraeré el encono de los que deliran por el futuro comunismo, que solo traería a la tierra la barbarie, desapareciendo la civilización, obra de tantos siglos, de tanta constancia, saber y heroísmo..."

A su entender la aristocracia privilegiada supone un peligro tan grande como el representado por las utopías revolucionarias: "sea el orgullo de la posición que ocupa la propiedad, sea el poder que siempre ha ejercido por sus privilegios establecidos en la legislación civil, en que jamás tuvo el pueblo la más ligera parte, o bien por los temores del violento trastorno, que han preparado el comunismo, el socialismo y demás doctrinas reformistas, la aristocracia ha aceptado el despotismo de los gobiernos, trabaja por llevar al mundo a un retroceso moral, despertando la antiguas preocupaciones, apagando en la educación el manantial de las luces, conspirando militarmente contra las mismas instituciones que ha aceptado, formando de la sociedad entera un campo, donde una policía costosa y cruel ejerce un espionaje, como si una conspiración estuviese al estallar. Para esto un aumento de rentas públicas excesivo, desproporcionado con la riqueza nacional, un recargo de trabajo para el pobre, sobre el que recae la alza en el precio de las mercaderías y de los alimentos, un aumento de deuda nacional, obtenida con espantosas usuras, levantan la renta de los capitalistas, o preparan cuestiones con gobiernos extranjeros fuertes y poderosos, que aceptan como propios los intereses de sus súbditos, reclamando el pago de ellas o indemnizaciones, en que intervienen los cañones de sus buques, con los que no se escasean amenazas, y se transige al fin con desdoro del honor e interés nacional".

Al analizar la propiedad de la tierra, advierte cómo a pesar de haberse duplicado el valor de los productos de la tierra, sin que la población haya aumentado una décima parte, el salario es el mismo de la época colonial para los inquilinos. El salario no ha tenido la progresión de todos los valores agrícolas, y por eso "la condición de nuestros inquilinos es más triste que en cualquiera otro país civilizado". Aún más, la servidumbre del inquilino resulta odiosa, porque el peón sin familia, sin hogar, que divide su tiempo entre la embriaguez, el juego y el trabajo, ha alcanzado un aumento de salario, el triple del ganado por un padre de familia: "¡Dios mío! ¿Qué es un inquilino entre nosotros? La mujer y sus hijos ¿qué comen y visten? ¿Cuál es su asilo doméstico, cuáles sus muebles, sus utensilios, sus comodidades?... Solo el que ha vivido en nuestros campos, el que ha visto filosóficamente la morada de estos infelices sabe sus sufrimientos".

El terrateniente prefiere explotar al inquilino y ahí reside el origen de su riqueza: "El propietario ha comprendido muy bien que su verdadero interés más que en los productos de la tierra está en la apropiación que se hace del trabajo de su inquilino".

En el capítulo VI, “Necesidad de un cambio radical en nuestra actual organización, que establezca el valor del trabajo en su relación exacta con la propiedad y el capital”, desarrolla sus proposiciones reformistas en beneficio del trabajo.

Si la tierra y el capital son productos de un anterior trabajo para sus actuales poseedores, o bien el fruto de economías e industrias de sus antepasados, tienen ambos un derecho incontrovertible, que no se puede anular, y por ello merecen una retribución proporcional al trabajo que su acumulación ha costado. Pero la explotación del trabajo ajeno, subiendo el valor de la tierra y los intereses del capital es un abuso. El propietario y el capitalista organizaron el monopolio para defenderse y excluir toda intervención de la sociedad: “Sin propiedad, capital y trabajo, no habría sociedad ni leyes, pero hasta hoy solo el capital y la tierra están organizados. El trabajo lo hace el brazo del pobre y éste nunca se sienta en el banco de los legisladores, para que algunas leyes lo pusieran a cubierto de la opresión y el monopolio... Del monopolio de la tierra y del capital a la dominación política, no había más que un solo paso, que era el de la asociación de los pocos contra los muchos. Esta asociación adquiere nuevo poder por la unidad de intereses y de ideas; y este poder establecía los códigos a su vez, en que el brazo del pueblo entraba por nada en su confección, si no es para sujetarlo a la degradación en que hasta hoy día ha permanecido. La riqueza aparece entonces como un poder, una autoridad social, cuyos privilegios están consignados en todos los códigos que nos transmitió nuestra metrópoli. La necesidad de una nueva legislación que aprecie al hombre al menos como capital o máquina es entonces absoluta, sin la que no podríamos dar un paso adelante, sin engolfarnos en el caos de una mayor tiranía que la organizada hasta aquí, o precipitarnos en el comunismo, aún más funesto”.

Es preciso eliminar los abusos de la propiedad de la tierra y del capital; hacer desaparecer la tiranía de los bancos particulares. Los bancos han sido privilegios otorgados a individuos o asociaciones que explotan el crédito público, uniéndose con la riqueza y la autoridad; y los capitalistas se suman a los terratenientes, manteniendo una tasa de interés en desproporción funesta con los productos de la industria. Ha aparecido una nueva aristocracia de especuladores y usureros, sometiendo la industria a la acción opresora. Son “sibaritas improductivos” que llevan a la política el mismo egoísmo, las mismas especulaciones y usuras promovidas en sus negocios.

Propone varios remedios para supera tales ignominias, colocando al trabajo en un sitial superior y dando vida a una democracia justa. El trabajo saldrá de su desastrosa condición, “si se eleva en proporción de su verdadera importancia una vez emancipado del cruel pupilaje del capital. La democracia no hallará estorbos en su marcha, los privilegios no podrán existir, la desigualdad social no vendrá de las instituciones, sino de la virtud; del mérito, de la inteligencia, y del trabajo; la riqueza si se quiere será goce, comodidad, placer, pero nunca poder social ni político; la tiranía se alejará insensiblemente de la tierra, a la par que el crédito extienda su influencia, concentre sus relaciones, y ligue al ciudadano con el Estado”. Entre los remedios para armonizar el valor de la tierra con el trabajo, lo principal es el de la subdivisión de la propiedad, “que el legislador debe establecer en cuanto sea compatible con el respeto que se le debe, como base de armonía y orden social”. Respecto al capital explotador y usurario, que lejos de favorecer la producción la arruina, debe desaparecer a través de la organización del crédito público por medio de un banco nacional, con toda la autoridad necesaria para oponerse al desorden actual y capaz de derribar el despotismo y levantar la democracia a la altura de su verdadero destino. La estructura, recursos, autoridad suprema e independencia del banco nacional deben estar aseguradas por la constitución misma de la república, como un verdadero cuarto poder del Estado. (“Con un banco organizado sobre estas bases la nación tendría los medios de acudir con la sola representación de sus valores por medio del crédito, a la

suma total de todas sus necesidades, ya facilitando, los cambios por medio de los billetes circulantes, bien proporcionando capital a todas industrias").

P. F. Vicuña dedica varios capítulos de su obra al análisis de los efectos perniciosos de la usura en la producción, la organización del crédito, la creación del Banco Nacional, la realidad financiera en los EE. UU. e Inglaterra; y en los últimos, se preocupa de la protección al trabajo y a la industria, como primer móvil de los poderes representantes de la sociedad; y a la relación íntima entre la justa apreciación del trabajo y la democracia.

En un trozo de conjunto queda resumida su posición: "Se ha llamado democracia hasta a los gobiernos militares que ha tenido América, mezcla confusa y heterogénea de nuestras viejas costumbres coloniales, de la administración y legislación española, de la aristocracia feudal, que dejó existente la conquista, todo confeccionado con un poco de ilustración, con formas democráticas, y una palabrería de progreso, instituciones y libertad, que solo han servido para detener el vuelo de los más ricos y hermosos países de la tierra. La democracia, como ya lo he dicho, no existirá sino cuando el trabajo obtenga su verdadera importancia, y el pueblo valga por lo que produce; cuando cese la usura, cuando desaparezcan los privilegios, cuando el crédito proporcione todos los capitales que la industria necesite y principalmente cuando este crédito sea una institución nacional, un verdadero poder político independiente de los otros poderes organizados, y pueda él solo concentrar y dirigir cuanto tiene relación con las rentas y la hacienda pública. Sin esto la democracia es imperfecta, aún en los gobiernos que más se acerquen a sus verdaderos principios; su dominio y su existencia serán transitorios, siendo a poco andar reaccionadas por los gobiernos, o el principio aristocrático, siempre expedito para aceptar todas las combinaciones, que traigan consigo la desigualdad social".

DOS TROZOS ANTOLOGICOS DE P. F. VICUÑA:

... "La caridad pública es un baldón para un pueblo industrioso, es el sendero de la degradación, el incentivo del ocio, la nulidad de todo noble sentimiento, de toda inspiración generosa. La caridad pública convertida en ley es una enfermedad crónica, un ejemplo funesto a toda la sociedad, es el máximum de estas dolencias a que puede llegar una nación" ...

... "El lujo es una pasión que se desarrolla entre nosotros no en relación de nuestras ganancias, ni de la renta constante de la propiedad. La idea de aparecer ricos, desde que la riqueza es un poder político, ha invadido a todas las clases; la ostentación de la riqueza es entonces un impulso aristocrático, que nuestra sociedad ha recibido de la organización política establecida entre nosotros... Este es un mal epidémico que de las clases ricas desciende a la media y también hasta el pobre, y para sostenerlos, en los hombres se hace necesario el servilismo y la degradación, y en las mujeres la prostitución. Las naciones donde se generaliza el lujo se corrompen, el patriotismo y la virtud desaparecen, los capitales los absorbe el comercio extranjero, y caminan a una postración absoluta, si algún acontecimiento no las vuelve al buen camino…"

El ensayo filosófico-social en Chile[133]

El profesor Raúl Armando Inostroza ha elaborado un excelente panorama sobre el ensayo en Chile desde la Colonia hasta 1900".[134] De acuerdo con sus investigaciones, el ensayo en Chile, como en otros países

[133] OCCIDENTE N°226 mayo 1971
[134] Editorial Andrés Bello, 1969.

hispanoamericanos, corresponde a una "literatura de ideas", en que el autor pone un sello personal y toca asuntos que se refieren al espíritu humano, a las realidades materiales, y a los problemas sociales o políticos que afectan al país o a la América entera. La expresión más importante se encuentra en el ensayo de carácter filosófico. En verdad en Chile, el ensayo ha sido cultivado en forma amplísima. Sus principales escritores, sean novelistas, poetas, historiadores o sociólogos, han sentido inclinación por la forma ensayística, dejando valiosas expresiones de tal índole. En la obra del profesor R. A. Inostroza se delimita claramente el ensayo al de contenido filosófico-social, y dedica nutridas páginas a sus más esclarecidos representantes. Su trabajo es erudito y ponderado; y constituye una buena información sistemática sobre un tema poco considerado por los analistas de la literatura chilena. Nos limitaremos a reseñar los resultados de su labor y, luego, a exponer en forma sucinta la obra de algunos curiosos pensadores del siglo XIX olvidados por la crítica.

A juicio del autor, los antecedentes del ensayo chileno se encuentran en la producción de los cronistas y teólogos de la época colonial, pues "en los libros que dedicaron al estudio de la tierra chilena y sus habitantes, o a la manifestación de sus inquietudes acerca de Dios y el Universo, existen páginas brillantes que caben muy bien en el terreno del ensayo", como ocurre con Alonso de Ovalle, (1603-1651), Diego de Rosales (1603-1677), Miguel de Olivares, (1672-1786), y Felipe Gómez de Vidaurre, (1748-1818), autores de relaciones históricas sobre el reino de Chile. Pero las máximas figuras intelectuales de la Colonia son: Manuel de Lacunza, (1731-1801), y Juan Ignacio Molina, (1740-1829). El primero con su obra "La venida del Mesías en gloria y majestad", uno de los más extraños y originales ensayos teológicos escritos en América. Su gravitación sigue estimulando estudios y provocando polémicas, todo lo cual ha dado origen a una inmensa producción en su torno, inscribiéndose en ella defensores y detractores apasionados. El lacunzismo posee hasta el presente una asombrosa vitalidad y, en Chile, ha impulsado la publicación de varios estudios calificados. El profesor Inostroza resume algunos aspectos de su pensamiento y de su influencia en las páginas 47-55 de su monografía. El segundo, el abate Molina, publicó "Ensayo sobre la historia natural de Chile", ''Ensayo sobre la historia civil de Chile" y "Memoria de historia natural". Molina alcanzó una inmensa notoriedad por el valor científico de su obra. Su ensayo "Analogía de los tres reinos de la naturaleza", incluido en su "Memoria", contiene ideas pre evolucionistas, las cuales le acarrearon dificultades ante la curia romana. En la actualidad sus ideas son objeto de un examen cuidadoso y, con tal motivo, su figura ha emergido con mayores títulos de admiración en el mundo de las ideas. En nuestro país se le han consagrado numerosos estudios de mérito.

Otro sabio digno de mención es el dominico fray Sebastián Díaz, doctorado en Teología en la Universidad de San Felipe. Lo absorbió la enseñanza y redactó una extensa obra para ilustrar a sus alumnos: "Noticia general de las cosas del mundo".

En esta parte ilustrativa de los antecedentes del ensayo filosófico chileno se advierte una omisión. No se nombra al teólogo franciscano Alonso de Briseño, (1587-1669), cronológicamente el primer pensador chileno. Su fama como comentador de los tratados de Duns Scoto, se propagó por América y Europa y se le denominó el "segundo Scoto".[135]

A fines de la Colonia y durante el período de la revolución emancipadora jugaron un papel de extraordinaria trascendencia en cuanto a la difusión de las nuevas ideas, propias del despotismo ilustrado

[135] Lo estudia Walter Hanish Espíndola en su monografía: "En torno a la filosofía en Chile (1594-1810)", aparecida en 1963.

y del pensamiento renovador de los filósofos y enciclopedistas franceses, los ilustres patriotas José Antonio de Rojas (permaneció años en Europa y coleccionó una escogida y "luciferina" biblioteca, con todas las obras audaces de la época, de crítica a la sociedad feudal-absolutista y al sectarismo de la Iglesia Católica. Rojas facilitó sus volúmenes a muchos criollos distinguidos, y, luego, dirigentes de la revolución liberadora); Juan Martínez de Rozas, (profesor en la universidad de San Felipe y, a continuación, figura prominente en la sociedad de Concepción, también propagandista de las nuevas ideas libertarias); Manuel de Salas (1754-1841), hombre de empresa y filántropo, que vivió siete años en España, donde adquirió una valiosa biblioteca. En Chile fundó la Academia de San Luis, plantel educacional reformista, y redactó varios memoriales notables acerca de la atrasada realidad y permanente crisis del país, a las autoridades españolas. En esos informes lúcidos se encuentran páginas precursoras de la literatura ensayística sobre los problemas económicos y sociales de Chile a lo largo de la República. Juan Egaña, (1768-1831), representante del catolicismo ilustrado, cultivó el ensayo filosófico. A la par de su conocimiento de los filósofos griegos y de los padres de la iglesia cristiana, acogió innumerables ideas de los filósofos franceses del siglo XVIII. En su trabajo "Ocios filosóficos y poéticos", en la parte titulada "Conversaciones filosóficas", discute problemas de orden metafísico, educacional y político, y resulta como un ensayo de condensación de sus concepciones filosóficas y políticas. El profesor Inostroza esboza en las páginas 65-75 una síntesis de su variado quehacer ideológico, a menudo lindante con el utopismo.

Durante el proceso mismo de la emancipación algunos documentos célebres poseen el carácter de verdaderos ensayos políticos. Así sucede con el "Catecismo Político Cristiano", primera manifestación coherente y valerosa del pensamiento político chileno. De autor desconocido, se redactó en el invierno de 1810, con el fin de estimular a la formación de una Junta Nacional de Gobierno. Entraña una crítica certera y ruda de los males del sistema colonial y una formulación aguda de la actitud que debían afrontar los patriotas ante la situación anómala de la monarquía española. Por otra parte, varios de los escritos de fray Camilo Henríquez, (1769-1825), director de "La Aurora de Chile", (12 de febrero al 19 de abril de 1813) y de "El Monitor Araucano" (abril de 1813 a septiembre de 1814), empezando por su famosa proclama de 1811, (bajo el pseudónimo de Quirino Lemachez), coinciden con las características del ensayismo filosófico-político.

En un capítulo especial registra los nombres más sobresalientes de aquella generación de educadores, cuya alta misión se tradujo en la preparación de una selecta falange de escritores la famosa generación de 1842. Brillan maestros como Andrés Antonio de Gorbea, José Passamán, Carlos Ambrosio Lozier, Juan Antonio Portés, Hipólito Beauchemin, José Joaquín de Mora, Andrés Bello, Simón Rodríguez, Antonio Vendel-Heyl, Lorenzo Sazié, Ignacio Domeyko y tantos más. Renovaron los contenidos y los métodos de la enseñanza, diversificaron y extendieron los conocimientos, influyendo en las reformas posteriores que permitieron la organización moderna de las ramas primarias, colegial (secundaria) y superior, (fundación de la Universidad de Chile), de la educación nacional.

Entre los maestros chilenos cita en forma especial a Ventura Marín, (1806-1871) y José Miguel Varas, (1807-1833), y, más tarde, Ramón Briseño, (1814-1910). Ventura Marín dejó un ensayo filosófico: "Elementos de la filosofía del espíritu humano"; J. M. Varas escribió "Lecciones elementales de moral", y junto con V. Marín "Elementos de ideología"; y Ramón Briseño redactó su "Derecho natural o Filosofía del Derecho". Son buenos ensayos en el campo de la literatura didáctica de elevado rango.

Entre los profesores extranjeros, abrió una profunda huella José Joaquín de Mora (1783-1864), (y su esposa doña Francia Delauneux, insigne educadora), no obstante, su estadía de solo tres años. Sus

lecciones cultísimas, de espíritu liberal, se grabaron en el espíritu de sus jóvenes discípulos de manera indeleble. Simón Rodríguez (1771-1854), el ilustre profesor de Simón Bolívar, educador auténtico y viajero empedernido vivió un decenio en Chile, entre 1832 y 1842, en Concepción, Santiago y Valparaíso. Aquí, en nuestro país, publicó el "Tratado sobre las luces y virtudes sociales",[136] y reimprimió su "Sociedades americanas en 1828", aparecida primeramente en Arequipa. Simón Rodríguez es un pensador audaz y desconcertante, tanto por la originalidad de sus ideas como por su forma extraña, arbitraria, de presentarlas. Pero por encima de todo, brilla su incansable actividad educacional. El profesor Inostroza fija su silueta, en algunos rasgos esenciales, en siete páginas, (las 84 a 91). Andrés Bello (1781-1865), venezolano-chileno, y uno de los más eminentes pensadores hispanoamericanos y su obra es incomparable. En las páginas 93-106, el profesor Inostroza analiza su formación, en Venezuela e Inglaterra, su arribo a Chile, su largo magisterio y su inmensa producción escrita. Se detiene en sus concepciones sobre educación y su rectorado de la Universidad de Chile. A continuación, lleva a cabo una justa apreciación de su pensamiento filosófico, formado por el estudio de Bacon, Descartes, Locke, Berkeley, Condillac, los utilitaristas ingleses desde Bentham a James Mill. Sus inquietudes filosóficas las condensó en su libro "Filosofía del entendimiento". Se demuestra ecléctico y a una especie de "realismo espiritualista". Representa una transición entre el tradicionalismo y las nuevas ideas de su época. El año 1842 abrió una época o etapa de formidables proyecciones en el desenvolvimiento intelectual de Chile. La publicación de revistas y periódicos, la presencia activa de una pléyade de jóvenes hispanoamericanos, con predominio de los argentinos (principalmente Domingo F. Sarmiento, Vicente Fidel López, Bartolomé Mitre, Juan Bautista Alberdi), quienes ayudaron a sacudir el ambiente amodorrado imperante; el funcionamiento de la Universidad de Chile; las enseñanzas de maestros eminentes, españoles y franceses; la gravitación del romanticismo y de las revoluciones liberales francesa, provocaron "el despertar de los espíritus", a través de actividades literarias, de polémicas por la prensa y de escritores juveniles.

La generación nacida al calor de las polémicas de 1842, el ensayo filosófico-social tiene sus más altos representantes en Francisco Bilbao, (1823-1864); Santiago Arcos, (1822-1874), Jenaro Abasolo, (1833-1884), y Justo Arteaga Alemparte, (1834-1881). Figura aparte, como maestro y líder, José Victorino Lastarria, (1817-1888). Su semblanza de Bilbao, (páginas 115- 126), incorpora los datos indispensables de su noble existencia y describe con claridad las facetas más coherentes de su pensamiento. Discípulo de Andrés Bello, por quien siempre manifestó un profundo afecto y sincera veneración, se radicó por largos años en Francia, y ahí se compenetró de los escritos de Rousseau, Lamennais, Michelet y Quinet. Alternó regularmente con Lamennais y Quinet. Bilbao exhibe un pensamiento metafísico y utópico, de profeta y soñador; como escritor resulta confuso y obscuro. En cambio, fue un estupendo orador. Sin duda, su credo libertario y su actitud de rebeldía contra los dogmas y las injusticias, confirió a su personalidad un atrayente carisma, que no ha podido ser menoscabado por sus tenaces enemigos, conservadores y sectarios. Bilbao se rebeló contra el pasado colonial hispánico, por asimilarlo a esclavitud y retraso. Tomó como modelos a Francia, Inglaterra y Estados Unidos para afirmar su devoción republicana y democrática y tratar de abrir un nuevo camino de igualdad, libertad y progreso. Al combatir el espíritu feudal de la Colonia culpa al catolicismo de haber formado la conciencia absolutista, defensora del despotismo y la reacción. Como dice el profesor Inostroza "según Bilbao, los gobiernos, después de la Independencia, no trataron de poner en práctica el principio de igualdad y no contaron con el apoyo del pueblo. Creía poder llevar a cabo la renovación espiritual por medio de la educación, despojando a las conciencias de la tradición española que era, según él, símbolo de esclavitud". Bilbao ataca lo español en cuanto aparece

[136] Valparaíso, Imprenta El Mercurio, 1840

ligado al catolicismo dogmático y fanático; pero también se levanta contra Francia, donde se encuentran las fuentes ideológicas de su vida, cuando esa potencia amenazó la república y la libertad de México. En su escrito "La América en peligro", (1862), clama por una resistencia solidaria contra la invasión, degradante para las naciones americanas, y repudia el servilismo espiritual impuesto por Francia y, en general, Europa, a Hispanoamérica. (Por otro lado, ya en 1856, en su ensayo "El congreso normal americano", había propuesto un "congreso federal de las repúblicas" para lograr la unión de los "Estados Des-unidos de la América del Sur", con el objeto de impedir cualquier dominación foránea y defender con éxito los principios democráticos y republicanos). En su libro "El evangelio americano", (1864), intentó exponer la filosofía popular del derecho y de la historia americana. Para Bilbao, el fondo, la esencia del verdadero gobierno debe ser la libertad; y la forma, su organización, ha de ser la igualdad. Expuso muchas medidas concretas con el propósito de realizar la democracia. Entre otras, la separación de la Iglesia y el Estado, la institución del matrimonio civil, la enseñanza de la moral universal en las escuelas, como substituto del dogma religioso, la generalización del derecho a voto, la extensión de las libertades individuales...

El profesor Inostroza recuerda un discurso pronunciado por Bilbao en noviembre de 1858, al abrir sus sesiones el Liceo Argentino de Buenos Aires, en el cual analizó algunas de las grandes concepciones de la filosofía de la historia y criticó las doctrinas de Bossuet, Vico, Hegel y Cousin, porque dieron vida a sistemas cerrados, providencialistas, causantes de la justificación del éxito, de la adoración de la fuerza, de la veneración de todos los malvados "que se han enseñoreado de los pueblos, pero con la condición de que hayan sido grandes en el mal". En cambio, a juicio de Bilbao, la ley de la historia se reduce a "la conquista de la libertad en la conciencia, en los hechos, y en la universalidad de los hombres".

Santiago Arcos, educado en París, era un conocedor de la literatura socialista en boga y admirador de Saint-Simon, Owen, Blanc, Proudhon y Fourier. A éste le denomina "el coloso intelectual del siglo XIX". Se distinguía como un hombre de variada cultura, de ingenio brillante, rápido; escritor novedoso, concreto y preciso; agitador y organizador. Su obra política, en su breve estada en Chile, se redujo a su participación en el Club de la Reforma, en torno al cual se formó el nuevo Partido Liberal; y a la fundación de la Sociedad de la Igualdad, organismo popular y democrático, de avanzada social, con una vibrante existencia entre los meses de abril y noviembre de 1850. Desapareció por una supresión drástica ordenada por el gobierno.

A fines de 1850 apareció su trabajo "La contribución y la recaudación", prolongado por Bartolomé Mitre. Lo escribió con el propósito de exponer un proyecto de racionalización de los impuestos; mejorar la situación de los pobres y eliminar la desigualdad social, o sea, implantar un sistema realmente democrático. Arcos reconoce la existencia de clases sociales antagónicas y la desigualdad de las condiciones mantiene entre los ciudadanos una guerra incesante, provocando un odio y una inquietud generalizados. Ataca a las aristocracias privilegiadas y a la monarquía porque oprimen al pueblo y tratan de hacerlo pagar cuanto sea posible. En cambio, defiende la democracia, porque es la forma de gobierno donde el poder está en manos de todos. En la democracia no hay personas ni clases privilegiadas y, por tal razón, presenta "una sociedad más adelantada, más feliz, más fuerte". En 1852 se le desterró definitivamente del país. Mientras se encontraba en la cárcel escribió su famosa "Carta a Francisco Bilbao". En ella somete a implacable crítica la realidad económica, social y política de Chile. Subraya la profunda desigualdad imperante, el atraso y el fanatismo, y, a la vez, condena a los partidos conservador y liberal por ser ambas expresiones de los intereses de la clase propietaria, totalmente ajenos a las necesidades de los pobres. Propone la expropiación y reparto de los latifundios entre los desheredados y la constitución de una nueva agrupación política republicana y democrática, como vehículo de las aspiraciones de las

multitudes laboriosas y del progreso de Chile. El país no será próspero y justo mientras no se haga efectiva en sus instituciones la consigna de Pan y Libertad para todos.

Aunque Arcos es dueño de un pensamiento social y político más avanzado y radical que el de Bilbao, ambos agitadores se complementaron en su actividad en Chile y hablaron un lenguaje común, democrático y socialista, pero tal vez, como lo ha afirmado Leopoldo Zea, (en su trabajo "Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica. Del romanticismo al positivismo"), era "un socialismo romántico e individualista, un socialismo burgués".

Jenaro Abasolo, ingeniero civil, es un pensador original, admirador de Bilbao y de Lastarria, conocedor del positivismo francés y, también, de los principales filósofos alemanes. Entre sus obras inéditas quedaron ensayos sobre Kant, Fichte, Schelling y Hegel. El profesor Inostroza lo enfoca certeramente y esboza una excelente semblanza ideológica del curioso pensador en las páginas 128-139.[137]

Según Abasolo, le corresponde al hombre americano hacer su propia obra, porque actuar y pensar bajo el modelo europeo es renunciar a su destino propio. En todo se copia a Europa y por eso no sale de la América Hispana una palabra nueva, alguna idea o iniciativa atrevida. Es preciso elevar y perfeccionar la individualidad humana; pues el nuevo mundo espiritual debe consistir en el ideal aplicado como conciencia y como ley. Es preciso libertar a la idea de las condiciones orgánicas y elevarla al imperativo de justicia y de fraternidad. En América del Sur junto con desarrollar esta nueva individualidad hay urgencia de impulsar las energías latentes de su personalidad. Los americanos deben ser ante todo americanos; deben buscar la originalidad y ser un verdadero nuevo mundo. En su libro más importante: "La personalidad política y la América del porvenir", publicado por sus hijos en 1907, expone sus concepciones, con gran riqueza de ideas. Se demuestra republicano y demócrata, pero su comprensión de la democracia es curiosa, porque la somete a algunas limitaciones. A su entender el sufragio no puede ser dado al populacho vil e ignorante, sino a los individuos capacitados, con un verdadero amor al pueblo. A la aristocracia de la familia, o nobiliaria, y a la aristocracia de la riqueza debemos oponer una aristocracia de competencia, del saber y de la virtud. Piensa que, si diera derecho a voto únicamente a la parte selecta del pueblo, dominarían en la República los hombres de elevado espíritu y de corazón generoso, al servicio desinteresado de todo el pueblo, en vez de imponerse los financistas, los usureros y los ricos.

Entre sus medidas concretas para dar vida a un régimen justo y progresista, aconseja la formación de una clase de pequeños propietarios y así evitar la explotación de la clase trabajadora; entre las injusticias sociales le irrita particularmente el poderío del latifundista, quien ha formado su fortuna mediante falsificaciones y sobornos y, en cambio, defiende a los pequeños y medianos agricultores; propone la separación de la iglesia y el Estado; la enseñanza obligatoria sin catecismo (precisamente, admira a Lastarria y lo proclama el primero de los políticos modernos en Chile, pero le critica el haber aceptado el errado principio de que la instrucción no debe ser obligatoria, porque no se debe violar la libertad individual ni aún para hacer el bien. Abasolo sostiene lo contrario: debe obligarse a los ciudadanos a aceptar la instrucción obligatoria, con el propósito de que se vuelvan seres inteligentes y responsables, ciudadanos capaces de cumplir con sus deberes y en la escuela se debe hacer confraternizar a los niños

[137] En mi libro "Los precursores del pensamiento social de Chile", indiqué que las obras inéditas de Jenaro Abasolo, descritas por su hija Flora Abasolo, se habían extraviado. Por suerte no ha ocurrido así. La mayor parte de ellas se encuentran en poder del escritor Marcelo Segall, y otra porción está en manos de su descendiente, el doctor Jorge Abasolo S. Además de sus estudios sobre filósofos alemanes dejó un interesante Diario. Se hacen gestiones para conseguir su publicación, íntegra.

pobres y ricos, en una patria sin castas ni privilegios). Abasolo es enemigo de la enseñanza abstracta, académica, propone una enseñanza básica que le sirva joven para la vida; los estudios elevados quedarían para los espíritus mejor dotados, deseosos de perfeccionarse; por su parte, sugiere la instalación de planteles donde se dé importancia a las ciencias y otros dedicados al estudio preferente del arte y las letras en general. En todo sistema el educacional rechazar los métodos pasivos, porque lo más valioso es estimular al alumno a dar de sí todo lo que pueda. En la Universidad, los alumnos "deber adquirir una idea general o una visión amplia de todas las ciencias, para lo que es menester dar gran importancia al estudio de la filosofía de las ciencias, a evitar el aprendizaje exclusivo de una especialidad, que a la larga esteriliza fatiga a un talento tanto más cuanto más poderoso es".

Al analizar la personalidad de América y comparar la del norte y la del sur, atribuye el atraso de esta última a su origen hispánico, a sus instituciones añejas, caducas. Como los liberales del siglo XVIII, Bilbao, Lastarria..., es antiespañol. Para superar su lamentable estado económico-social es partidario de la confederación de América latina, con un poder central, bajo el cual estarían subordinados todos los países. La unión de Hispanoamérica permitiría su engrandecimiento y su bienestar, la resistencia y rechazo de cualquier invasión de las potencias extracontinentales; se resolverían las cuestiones de límites en forma pacífica y se evitarían las dictaduras militares, desvirtuadoras del régimen republicano democrático.

Para Abasolo, el gobierno popular es el más apto para producir hombres de abnegación y de talento verdadero; el único resuelto para impedir a los tiranos. Las limitaciones propuestas al derecho de sufragio las insinúa como una manera de impedir la perversión práctica de la forma democrática, a causa de la ignorancia terrible del pueblo bajo. En lo religioso, es detractor decidido del catolicismo; es racionalista y no acepta los dogmas; reconocía en Cristo el lado más bello de la verdad, pero no la verdad completa, y combatía a la Iglesia Católica "porque veía en ella un aliado del despotismo y una traba para su concepto de libertad". Por otra parte, "su espíritu creyente en Dios no puede tolerar el positivismo y critica la ley de los tres Estados de Comte sosteniendo que la ciencia experimental viene formándose desde los tiempos prehistóricos, que el sentimiento religioso se perfecciona y se engrandece hasta tener la estatura colosal de un Lamennais, y que a la vieja metafísica de la Edad Media sucede una metafísica regenerada y poderosa. Las doctrinas positivistas para Abasolo son vanas y sin verdades: vanas, porque su erudición versa sobre cosas que no engrandecen el alma sensible, y sin verdades, porque son incapaces de elevarse a la idea de lo infinito y de lo eterno que son los caracteres de la verdad"

En resumen, la personalidad americana puede alcanzar un nivel superior "mediante el desarrollo de una educación apropiada y el cultivo de los principios de la moral y la justicia. El americano debe buscar la originalidad en literatura, en ciencias, en política, para lo cual debe romper con el pasado, con la tradición, con lo caduco. No le concede participación en política al "populacho que grita y vocifera". El verdadero pueblo es el que está dotado de virtud y de talento. El único medio de elevar la masa al rango de pueblo y de nación consiste en impulsar las energías latentes de su personalidad. Mientras tanto, hay que formar una minoría selecta que sea capaz de dirigir a la masa por el camino del bien y del progreso".

El profesor Inostroza al comparar a los tres pensadores reseñados, expresa: Abasolo "como Arcos, aconsejaba la formación de pequeños propietarios para evitar la explotación de la clase trabajadora. Como Bilbao, le asignaba a la educación una trascendental importancia, y pensaba que por medio de ella se podía llevar a cabo la transformación social que anhelaba. Como Bilbao, como Lastarria y como Arcos, rechazaba el pasado colonial, culpándolo del atraso en que estaba sumida la América latina. En Abasolo hay más

sistematización, mayor orden en las ideas que en Bilbao. Aunque idealista, metafísico y soñador como éste, es, sin embargo, más concreto en sus afirmaciones y llega a conclusiones más precisas".

Justo Arteaga Alemparte es autor de ensayos vigorosos en los cuales critica la sociedad y las instituciones. Conquistó merecida fama como redactor en "El Ferrocarril", entre 1859 y 1866, y en 1871 a 1877. Fundó "La Libertad" y sostuvo su periódico desde fines de 1866 hasta 1870. Acometió la empresa de sacar "Los Tiempos", que circuló de fines de 1877 hasta comienzos de 1882. Junto con su hermano Domingo Arteaga Alemparte dejó una obra clásica en la literatura chilena; "Los constituyentes de 1870", galería magistral de retratos y semblanzas de los componentes del congreso nacional de ese año.

En su periódico literario "La semana", (mayo de 1859 a junio de 1860) publicó numerosos ensayos políticos y sociales, notables por su contenido ideológico y por su esmerada forma literaria. Asimismo, redactó su pequeño periódico personal: "Diógenes", nutrido de observaciones agudas, pensamientos y reflexiones originales sobre personajes y sucesos de la política patria. Escribió también varios folletos. Dos poseen alto mérito: "La España moderna" y "La alianza fantástica", aparecidos en 1866, en torno a la amenaza monarquista en contra de Chile y de Hispanoamérica.

En esos opúsculos acuña juicios de permanente valor. Así, por ejemplo, respecto de la situación política de la madre patria escribe: "Gobernar es en España tener siempre un fusil apuntado contra el pueblo". (En este siglo, a partir de 1939, es el sistema vigente en ese país). En cuanto al creciente poderío yanqui emite estas acertadas consideraciones: "La raza norteamericana está fatalmente condenada a ser dominadora. Su temperamento se resiste a admitir los iguales, los amigos; solo comprende los siervos o los enemigos... Extermina todo lo que le resiste. Es preciso ceder o caer, abdicar o morir. Es una raza que tiene algo de la inundación: fecunda, pero ahoga".

El profesor R. A. Inostroza estudia extensamente a los dos representantes más notables del positivismo en Chile, los escritores José Victorino Lastarria (1817-1888), y Valentín Letelier (1852-1919); y al ilustre pensador portorriqueño Eugenio María de Hostos (1839-1903), vinculado a Chile en dos períodos de su existencia, (en el segundo permaneció diez años y llegó a ser rector del liceo Miguel Luis Amunátegui).

En esta parte de su interesante trabajo se echa de menos la figura de otro positivista de relieve, Juan Serapio Lois, (1844-1913), autor de una obra de categoría en la literatura de influencia comtiana en nuestro país, sus "Elementos de Filosofía Positiva", de la que apareció una segunda edición en dos volúmenes en 1906.

En cuanto a los positivistas ortodoxos, menciona a los hermanos Jorge Lagarrigue (1854-1894), propagador fervoroso de la religión de la humanidad; Juan Enrique Lagarrigue (1852-1927), continuador infatigable de la obra y de la propaganda de su hermano Jorge; y Luis Lagarrigue (1864-1949), verdadero apóstol de las doctrinas positivistas. (De él hemos leído un trabajo sobre la cuestión social y sus ensayos "Incorporación del proletariado a la sociedad moderna. Nociones positivistas sobre el trabajo, la producción, el salario, el capital y la propiedad", de 1921; y "La propiedad, positivismo y comunismo", de 1925).

El profesor Inostroza afirma que "Lastarria y Letelier aceptan el positivismo en cuanto significa libertad y progreso, pero rechazan el carácter de religión que los ortodoxos desean darle a la nueva doctrina. Los positivistas chilenos seguían a Augusto Comte en sus planes de reorganización de la sociedad, en sus ideas de la subordinación de todos los principios al dominio del conocimiento científico. La teología y la

metafísica debían ser desplazadas por la ciencia positiva, la cual ejercía en Chile lo mismo que en otros países, un dominio tiránico sobre los espíritus, tanto o más fuerte que la antigua teología".

Lastarria comenzó siendo romántico admirador de Herder y Quinet; en seguida, adepto a las doctrinas de Bentham; y a continuación a las de Comte, Littré y Spencer. Lastarria inició su carrera de escritor e ideólogo con su famoso discurso en la inauguración de la Sociedad Literaria, en 1842, y con la redacción de su memoria histórica "Investigación sobre la influencia de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile", en 1844. El espíritu de esta obra anima también a su "Historia constitucional del medio siglo", de 1853. Y como paladín de la democracia, pretende regenerar el porvenir rehaciendo la filosofía de la historia "porque no basta estudiar los acontecimientos, sino que es indispensable estudiar las ideas que los han producido, pues la sociedad tiene el deber de corregir la experiencia de sus antepasados para asegurar su porvenir". (Cita tomada de sus "Obras Completas", vol. VII, p. 4).

La actividad de Lastarria como profesor, animador de sociedades literarias, escritor y político es inmensa. Con la fundación del Club de la Reforma, en 1849, contribuyó a la reconstitución del liberalismo y a la formación del Partido Liberal.

En sus dos memorias históricas indicadas, Lastarria combate el sistema colonial configurado por España, y le achaca el origen de muchos de los males sociales del país: el atraso general, la falta de industria y el desprecio por el trabajo manual, la intransigencia religiosa, la pereza.

En 1865 publicó "La América", vibrante defensa de nuestro continente frente a las amenazas invasoras de la Europa monárquica. Es "un valioso aborte al conocimiento de las formas republicanas de los países hispanoamericanos. Además, contribuye a echar luces sobre los errores cometidos por los gobiernos americanos y sobre los males que han entorpecido el progreso de la civilización democrática". En 1874 salió a luz su gran obra "Lecciones de política positiva". En ella hace una exposición del método positivo. Sigue a Comte en sus doctrinas filosóficas y sociológicas, pero no creía en el positivismo convertido en religión de la Humanidad. El profesor Inostroza sintetiza algunas las ideas de Lastarria en este párrafo: "Para conocer los principios de la organización política hay que conocer la organización social y para tener idea exacta esta organización se necesita comprender la evolución de la Humanidad y las leyes de su progreso. Las fuerzas que actúan en la evolución de la Humanidad son la inteligencia, el sentimiento y la libertad o libre albedrío. El progreso social es el movimiento completo de la sociedad en todas las esferas que constituyen lo que podría llamarse su interés colectivo. El sentimiento constituye un elemento conservador en la vida humana y lucha por aferrarse a las cosas que le son caras. En cambio, la inteligencia es el elemento innovador y progresivo y se esfuerza siempre por mejorar la condición de la Humanidad. El hombre participa en la sucesión de causas y efectos en virtud de los actos espontáneos de la libertad. El sentimiento, la inteligencia y la libertad son las tres fuerzas que actúan en la evolución de la Humanidad reglando y determinando su procedimiento". Lastarria era partidario de un gobierno democrático, o self-government o sea de un gobierno del pueblo por el pueblo, con la menor intervención posible del Estado. La intervención del Estado en los asuntos particulares le parecía una aberración; precisamente abogaba por el establecimiento de un nuevo régimen que repudiara el Estado absoluto con sus dogmas teológicos y su fuerza física. Analiza las diversas libertades: la libertad personal, la de pensar, y de asociación, y la igualdad ante la ley. Los "ideales democráticos podrían llevarse a cabo solamente dentro de un sistema liberal basado en la justicia y no en la fuerza que emplea la política conservadora para combatir a quienes se le oponen. El Estado debe ser de extracción popular, pero lo primordial es que sea justo. El pueblo al elegir a sus representas puede equivocarse; por esto es necesario, según Lastarria, dar el derecho a

sufragio a los más capacitados. Incluyó también a las mujeres entre los ciudadanos con derecho a voto. Debe haber igualdad de derechos, pero esta igualdad debe ser únicamente igualdad de oportunidades. La reforma política debe ser como una corrección previa a la social y debe realizarse radical y completamente con el objeto de hacer desaparecer los resabios del antiguo régimen. La reforma social en cambio debe ser gradual, creciente y como efecto de la relación entre el régimen político y el progreso constante de la civilización".

Valentín Letelier experimentó la influencia de las "Lecciones de política positiva" de Lastarria; y las explicaciones de Littré de la filosofía comtiana (vertió al castellano dos estudios del sabio francés bajo el título de "Opúsculos de Filosofía Positiva", en 1878); y, luego entró al estudio profundo de las obras de Comte. Aceptó el contenido estrictamente científico de ellas, sin prestar la menor atención al aspecto místico-religioso. Al terminar su examen de la concepción de Comte partió a Alemania, donde permaneció tres años.

Hizo profundas observaciones, sobre todo en el campo de la reforma educacional. Aquella estada en Alemania le condujo a dedicar una parte considerable de su actividad y de sus desvelos a la elaboración de una concepción moderna de la enseñanza y a la implantación en Chile de un sistema educacional de acuerdo con sus principios científicos y los adelantos logrados en los países cultos de Europa.

En 1892 apareció su obra magna: ''Filosofía de la Educación". En ella verifica una severa crítica a la enseñanza tradicional o clásica, mezcla de principios teológicos y metafísicos, y propugna una educación científica, concebida como una función social orientada a satisfacer las necesidades de nuestro tiempo; y la única que encierra una sola verdad, porque para ella no tiene validez sino los fenómenos susceptibles de ser comprobados por la observación y la experiencia. Las verdades científicas son valederas en cualquier parte de la tierra y para cualquier individuo. Con las verdades científicas no son posibles los sectarismos de ninguna especie. Por otra parte, la ciencia, según Letelier, lleva a cabo una acción moral al eliminar toda superstición, causa de los peores males de la Humanidad. Por ello es indispensable librar, separar, la moral de la teología.

La moral positiva, basada en los conocimientos científicos, basta para servir de eficaz guía de conducta en las relaciones naturales de la sociedad.

En un plan de estudios bien concebido deben contemplarse las diferentes ciencias y también las artes útiles, de aplicación práctica, en relación con las necesidades impuestas por el medio donde el individuo actúa. Además, respecto de la instrucción especial, debe impartírsele primero al joven una instrucción general antes de llevarlo a una temprana especialización. Porque una especialización exagerada, despojada de toda instrucción general, no puede producir sino hombres egoístas, incapaces de interesarse en algo desprovisto de lucro, de pronto enriquecimiento. Respecto de la Universidad, ha de "hacer ciencia" y debe poseer una completa libertad, tanto para realizar sus investigaciones científicas como para mantenerse ajena a todo credo político o religioso. Su función es doble: docente y social. Docente, porque en sus aulas se forman los profesionales; social, porque cada individuo modelado en ella da después un nuevo impulso a la sociedad, gracias a la "eficiencia social" adquirida en su seno. La Universidad da origen a una élite, a una "aristocracia espiritual, por cuanto corona la capacidad, el talento y la virtud".

Otro de sus grandes libros es "La evolución de la Historia", aparecida en 1900. Aquí rechaza la explicación de los hechos históricos por la intervención de fuerzas divinas, la providencia, como lo sostenía Bossuet.

En cambio, dedica atención a la concepción de Condorcet, a su teoría del progreso; y a las de Montesquieu y Buckle.

En general, se afana por tratar los hechos históricos desde un punto de vista científico.

Valentín Letelier llevó a cabo, también, una intensa actividad política en el seno del Partido Radical. Se preocupó por estudiar el fenómeno de la aparición de la clase obrera en demanda de reivindicaciones propias, y dando vida a colectividades populares. Publicó una monografía sobre el tema: "Los Pobres", y luchó porque su agrupación política, el Partido Radical, se hiciera portavoz de reformas sociales en favor del proletariado, abandonando su rígido individualismo. En ese intento polemizó con el famoso orador Enrique Mac-Iver.

Bilbao, Arcos, Lastarria, Abasolo y Letelier han influido en muchos escritores, filósofos-sociales, cuya obra se desarrolló en la primera mitad del siglo XX. El pensador y educador Enrique Molina (1871-1964) ha destacado la importancia del ideario de Letelier en su primera formación filosófica y sociológica; asimismo se aprecia en Ramón Briones Luco (1872-1949), político radical, autor de "Origen del matrimonio y del divorcio", (saludada con gran entusiasmo por Letelier cuando apareció en 1902); en Alejandro Venegas Carús, (1871-1922); Roberto Espinoza, (1869-1931); Pedro Aguirre Cerda, (1879-1941); Tancredo Pinochet Lebrún, (1879- ?); Luis Galdames, (1881-1941); Darío E. Salas, (1881-1941); Agustín Venturino.[138]

El doctor Nicolás Palacios, (1854-1911), admiró las obras de Lastarria y Letelier, aunque se dejó avasallar por los pensadores racistas europeos; Francisco A. Encina, (1874-1965), fue discípulo de Letelier y en su juventud se expresó favorablemente de sus ideas y de sus enseñanzas, y algún eco se encuentra en sus obras sociológicas: "Nuestra inferioridad económica" y "La educación económica y el liceo". Más tarde, de paso, en su caudalosa "Historia de Chile, se refiere despectivamente al ilustre pensador. Asimismo, se advierte su influencia en Alberto Cabero, (1874-1955).

---

[138] Respecto de Agustín Venturino no he podido fijar las fechas de su nacimiento y de su muerte. Inició su carrera de publicista con "El Radical", en 1912, quincenario sociológico impreso en Santiago. A continuación, sacó a luz "La Educación", en 1914, órgano de la Escuela y Biblioteca Lois, de Iquique. Entregó un par de ensayos sobre la obra y la personalidad de Juan Serapio Lois, y varios opúsculos en torno a la presencia e influencia de los ingleses, franceses e italianos en Chile. Llevó a cabo, a lo largo de muchos años, viajes por los distintos países de América y por España. Entre 1927 y 1935 aparecieron sus grandes obras sociológicas: "Sociología primitiva chileindiana con comparaciones mayas, aztecas e incásicas", Barcelona, 1927; "Sociología primitiva chileindiana. La conquista de América y la guerra secular austral", Barcelona, 1928; "Sociología chilena con comparaciones argentinas y mejicanas", Barcelona, 1929; "Sociología general americana. (Estudio experimental hecho en 15 países del continente)", Barcelona, 1931; y "Sociología general: la Interdependencia", La Coruña, 1935.
Agustín Venturino fue un sociólogo viajero, y para conocer sus andanzas, sus observaciones y la repercusión de sus teorías, son muy útiles su extensa nota explicativa inserta en el primer volumen de su "Sociología chileindiana", páginas 5-12; y su aclaración colocada en su "Sociología general", páginas 13-22. En ellas suministra detalles de su periplo investigativo por los países de América, España y Portugal; su paso como conferencista por veinte universidades del continente y de Europa; sus múltiples relaciones intelectuales con profesores, rectores y gobernantes; informaciones sobre sus teorías y obras en diarios y revistas; y reproduce fragmentos de juicios y especialistas europeos y norteamericanos acerca de sus volúmenes publicados.
En la mayor parte de sus actuaciones fue ayudado por su esposa doña Alicia Lardé, escritora salvadoreña. Su "Sociología General" fue prologada por el profesor universitario francés, Gastón Bichad, Presidente de Honor del Instituto Internacional de Sociología, de París. Sus libros han merecido referencias calificadas en diversos manuales de Sociología. Agustín Venturino es acreedor de un estudio serio por parte de los especialistas chilenos, que rompa el silencio sobre su curiosa y densa producción sociológica.

Los pensadores señalados dejaron hondas huellas en los ensayistas liberales como Luis Arrieta Cañas (1861-1961), quien se dio a conocer con un discurso sobre Lastarria, en sus funerales; Ricardo Dávila Silva, (1873-1960), y Valentín Brandau, (1886-1960).

En cuanto a las omisiones de consideración apuntadas en la obra del profesor R. A. Inostroza, merecen una referencia especial: Rafael Fernández Concha, (1832-1912); Juan José Bruner, (1825-1899); Pedro Félix Vicuña, (1805-1874); Martin Palma, (1821-1884), y Eduardo de la Barra, (1839-1900).

Rafael Fernández Concha, abogado, parlamentario, escritor y miembro de la Iglesia Católica, presenta el punto de vista católico ortodoxo en cuestiones filosóficas, sociológicas, educacionales y políticas. Dejó dos obras importantes: "Del hombre en el orden psicológico, en el religioso y el social" y "Filosofía del Derecho o Derecho natural" (con moderna edición, en dos volúmenes, y prólogo de Jorge Iván Hübner, en la Editorial Jurídica, en 1960). La obra de Fernández Concha requiere un estudio serio, porque supera a las obras ocasionales de otros miembros, (por ejemplo, en los problemas educacionales planteó la posición católica en dos intervenciones extensas en la Facultad de Humanidades el sacerdote Joaquín Larraín Gandarillas, y en diversos discursos el político Abdón Cifuentes, quien, además, llevó a cabo una aplicación práctica de tales postulados; Zorobabel Rodríguez, periodista, hizo otro tanto junto con atacar a Bilbao en una diatriba conocida; en el plano literario, siguió sus normas el crítico Pedro Nolasco Cruz; en las cuestiones sociales, Juan Enrique Concha, autor de "Cuestiones obreras", de 1899, y "Conferencias de economía social", de 1918; y en época reciente, un criterio moderno, el sacerdote Guillermo Viviani, sociólogo de calidad, en diversas obras, pero, en especial, en su notable "Sociología Chilena. Nuestro problema social", de 1926. En lo filosófico, el más alto exponente, en nuestra época, ha sido Clarence Finlayson, (1913-1954).[139]

José Juan Bruner es un pensador alemán que se radicó en Chile y durante cincuenta años desempeñó una amplísima labor profesional y cultural. Estudió medicina en su país de origen y formó parte de una misión científica alemana enviada a Nueva Zelandia, Oceanía y costa occidental de América del Sur. Llegó a Valparaíso en 1848. Se trasladó a La Serena y ahí se casó con Carmen Escobar Rey de Castro. Pasó a Santiago, ejerció de médico e hizo carrera universitaria, creó una nueva escuela de homeopatía y obtuvo

[139] Clarence Finlayson nació en Valparaíso y se suicidó en Santiago. Sus padres eran de origen escocés. Estudió Filosofía en el I. P. de la Universidad de Chile. En 1939 obtuvo una beca en la U. de Notre Dame, de los EEUU y a partir de esa época enseñó y dictó conferencias en diversas universidades norteamericanas, en México, Panamá, Colombia y Venezuela. Es un notable filósofo, continuador vigoroso y original del sistema aristotélico-tomista. Al desarrollar el tomismo logró aportaciones considerables a su cuerpo doctrinario. Escribió: "Aristóteles y la filosofía moderna" 1936; "Analítica de la contemplación", 1937 "Dios y la Filosofía y el problema de Dios" 1939; "Intuición del ser o experiencia metafísica", 1939; y "Hombre, mundo y Dios" También se demostró un profundo crítico literario en sus estudios sobre Gabriela Mistral, Pablo Neruda y otros grandes poetas. Para Finlayson, la persona no se manifiesta como algo acabado, sino como un conjunto de virtualidades, indispensables de desarrollar, cuyo objetivo es el Infinito: "el hombre es un ser trascendente que constantemente huye de su propia limitación". Dios es el fin del hombre y es imposible entenderlo sin relación con el Ser Supremo. Fue un brillante pedagogo, un educador. La educación es imprescindible para el perfeccionamiento del hombre. Rechazaba una concepción puramente pragmática y una excesiva especialización. Defendía los valores espirituales del hombre, por eso "la falta de una visión universal en la educación es el gran error o pecado de educación contemporánea. El estudiante y el profesional tienden a la especialización desmedida. La única profesión que no se práctica es la profesión de hombre".
Desde Alonso de Briseño, el primer chileno, comentarista original de Duns hasta Clarence Finlayson, profundo aristotélico-tomista, de esta época, existe una línea filosófica católica de innegable interés, no estudiada ni siquiera por sus adeptos.

un premio en Madrid por su trabajo “El organismo humano en frente de la naturaleza circundante”, publicado en aquella ciudad en 1863.

J. J. Bruner era un liberal, de la derecha democrática hegeliana, defensor de la ciencia de la razón, del progreso, de la libertad pensamiento y de la igualdad ante la ley. Trató de darle una forma moderna a la medicina; defendió la enseñanza del latín (dominaba diez idiomas), junto s su amigo Justo Florián Lobeck, humanista, catedrático en la U. de Chile. Escribió artículos en el diario arzobispal “El Independiente”.

Según el escritor Marcelo Segall, el pensamiento filosófico de Bruner, expuesto en dos obras importantes: “La Substancia inmortal del organismo humano”. 1879; y “La experiencia y la especulación”, 1886, posee relativa originalidad al aportar un punto de vista nuevo, casi metodológico, dentro de la escuela hegeliana. Creó un matiz entre kantiano y leibniziano de la dialéctica hegeliana, que denominó substancialismo, especie de vitalismo hegeliano.[140]

Su pensamiento converge al ciclo dialéctico de la idea-razón hegeliana, pero modificado por sus convicciones científicas y por sus conceptos de “substancialismo”. Múltiples veces explica como la idea la razón, se materializa en la naturaleza y se aliena en el hombre para así tomar conciencia de sí misma y llegar a ser la idea absoluta, la razón absoluta, el espíritu absoluto.

Tanto su cristianismo como sus convicciones de histólogo experimental lo empujaban a pensar en una substancia divina y en una substancia biológica. Expresamente declara: “El substancialismo no tiene nada que hacer con aquel materialismo craso que toma la materia inconsciente por causa de la inteligencia y que niega la inteligencia divina como la causa prima y única del universo”. En su obra sistemática “La materia y la especulación” trató de fijar el rol de la substancialidad en la delimitación entre ciencia y filosofía, o sea, entre la experimentación pura y la especulación filosófica. Trató de evitar que su substancialismo se confundiera con la tesis materialista y, a la vez, no se le redujera a una simple divagación espiritualista o una teología. La posición de Bruner tiene dos aspectos centrales: el finalismo divino —la organización de la naturaleza está programada— y la aceptación del evolucionismo darwiniano. Se podría establecer cierto parangón con Teilhard de Chardin por su finalismo evolucionista, es decir, ambos tendrían un común denominador: la aceptación del cambio biológico unido a “la hipótesis del Creador”.

Aunque cada día es más discutible el finalismo —la substancia divina motora—, y más válido el evolucionismo, la posición intermedia de Bruner es interesante y, para su tiempo, significa un avance en el campo de las ideas.

Existen otros casos similares al de J. J. Bruner, de pensadores germánicos que se radicaron en Chile y entregaron obras calificadas, conquistándose un sitio de excepción en el pensamiento nacional. Son los de Guillermo Mann, (1874-1948), autor de un excelente ensayo: “Chile luchando por nuevas formas sociales”,

[140] Este resumen de las concepciones de J. J. Bruner está hecho sobre la base de los estudios de Marcelo Segall, y en especial, de su ensayo “José Juan Bruner y su tiempo”, aparecido en la revista “Humboldt” N°37, de 1969. Segall es un investigador de inagotable curiosidad intelectual y muy erudito en todo lo relacionado con el desarrollo económico-social y el movimiento de las ideas en Chile. Ha realizado notables “excavaciones históricas” sobre el tráfico de culíes; del sistema de "ficha-salario” en las diversas faenas de la producción nacional; en torno al paso por Chile de “quarante-huitards” y “communards” ... Asimismo, ha estudiado pensadores casi desconocidos en las esferas académicas, como Abasolo, Bruner y otros, y ha detectado las más leves huellas hegelianas en el quehacer filosófico chileno.

en 2 vols. en 1936, y del sabio George F. Nicolai (1875-1964), quien escribió en nuestro país varias de sus obras y, entre ellas, su formidable tratado polémico: “La Miseria de la dialéctica”, en 1940.

Pedro Félix Vicuña, hombre de empresa y liberal de convicciones arraigadas, publicó en 1858, en Valparaíso, su curioso libro: “El porvenir del hombre”, merecedor de una atención reparadora. Advierte peligrosos síntomas de disolución social: egoísmo, inmoralidad, impotencia del sentimiento religioso para contener el desborde de los vicios, los cuales son festejados si nacen de la opulencia y concentración cada vez mayor del individualismo. Tales defectos concluirán con la actual sociabilidad humana, si no se les remedia, por cuanto ésta solo puede mantenerse o restablecerse por la armonía de todos sus asociados, garantizada por derechos aceptados y reconocidos. El general desorden social explica el florecimiento de innumerables doctrinas reformistas y de las utopías que plagan la tierra proponiendo soluciones variadas a la triste condición de nuestra especie. La dominación de los ricos, cuyo móvil más activo es la usura, y su unión al despotismo para sostener su posición, ha desencadenado la agitación del pueblo, en una acción continua, pública y privada, y cuyo grito de guerra es el socialismo y el comunismo. A juicio de P. F. Vicuña, los trastornos de la sociedad y la marcha hacia la revolución se deben a los abusos de la propiedad y del capital, porque han conducido al pueblo al pauperismo y a la degradación. Desgraciadamente, el hombre ama más sus intereses y elevación social que la vida misma, por lo cual el trabajo del hombre es anulado por la competencia establecida por el capital y la propiedad. El hombre ha sido hasta hoy valorizado por el interés personal, la codicia, la ambición y la tiranía. El autor pretende en su libro exponer los principios por medio de los cuales, y en adelante, se valorice la sola ciencia. Y ésta reconoce al trabajo como la causa y origen de todo lo que posee algún valor. Siendo el trabajo el productor de la riqueza, él debe absorber la principal atención de los gobiernos. Precisamente, para P. F. Vicuña, la democracia no es sino la exacta apreciación del trabajo. La democracia, “sin la apreciación exacta del trabajo, y sin la justa retribución de lo que él produce, no es más que una forma política, pero jamás una realidad. Las naciones vivirán siempre en esta oscilación revolucionaria, necesidad de su presente condición, inspiración de su espíritu de mejora y de progreso, mientras el brazo del pueblo no produzca lo que necesita, para salir de la deplorable situación a que lo ha reducido la propiedad territorial y el capital. Esto no puede dejarse a las combinaciones individuales. Entre las clases que hoy componen nuestra sociedad, la propiedad y el capital son permanentemente reaccionarios por su creencia y organización, por su interés y su ambición, del mismo modo que el pueblo es revolucionario por instinto y necesidad”.

No obstante, los abusos engendrados por la propiedad, P. F. Vicuña considera como primera condición de la sociabilidad el respeto de la propiedad, por ser el móvil más poderoso del progreso y de la civilización y, además, premio del trabajo, orden, economía y virtud. Pero la propiedad tiene sus límites derivados de los derechos del trabajo, “que, siendo el productor de las riquezas, tiene una mayor parte en su distribución que el capital y la tierra, que solo son sus agentes”.

Según P. F. Vicuña, la fuerza niveladora de la democracia hará desaparecer el abuso de la propiedad territorial y el capital. Propone medidas concretas para asegurar al trabajo agrícola una retribución justa y equitativa, de acuerdo con su papel en la producción de la tierra. Terminar con el hecho de ser el terrateniente más bien un explotador del inquilino que de la tierra. Como dice Vicuña: “El propietario ha comprendido muy bien que su verdadero interés más que en los productos de la tierra está en la apropiación que se hace del trabajo de su inquilino”. En cuanto a la industria, para libertarla de la tiranía del capital, plantea la organización del crédito y la creación de un Banco Nacional, que baje los intereses hasta un mínimo y concentre todo el crédito del país. A propósito, en su concepto, “Chile está llamado a ser un pueblo fabril e industrial, antes que agricultor, por la extensión limitada de su territorio de cultivo,

mientras que abunda en minas de todas clases, y tiene las primeras materias para las más ricas manufacturas". Por otro lado, propicia la extensión y libertad del sistema electoral. Y frente a la grave situación de América latina, defiende la necesidad de constituir una Confederación de los estados hispanoamericanos, pero no como obra de los gobiernos existentes, pues ninguno de ellos expresa la voluntad nacional, sino por gobiernos libres.

A su juicio, los pueblos marchan a la igualdad social y la nivelación económica: "los pueblos bastándose a sí mismos no pagarán entonces este enjambre de comisionistas, corredores y otros agentes del capital, que tanto recargan los valores, antes de llegar a las manos del consumidor. Cuando seamos productores a la vez seremos comerciantes y navegantes, y no como ahora subalternos agentes de las factorías extranjeras, que se han establecido entre nosotros.

Termina su nutrido ensayo con palabras bien claras acerca del dilema actual de la sociedad: o la reforma y la civilización o la barbarie precursora de un nuevo feudalismo, y expresa: "El pueblo con las nuevas ideas y teorías ha perdido su antigua elasticidad de someterse a todo; ha agotado sus recursos y fuerzas productoras, ha tocado el último extremo, que es el pauperismo, peor que la servidumbre, igual al hambre, desnudez y desesperación: los extremos se tocan, la revolución está encima, es preciso que la autoridad la contenga. El interés es sordo, el espíritu de dominación inflexible, solo el poder político puede salvar los pueblos y naciones de un retroceso que de otro modo es inevitable. Limitar la acción destructora de la usura por medio del crédito, y señalar una renta justa y natural al producto de la tierra, ha sido el remedio que he indicado, pero la organización del trabajo por medio de gremios, que le aseguren un salario racional, y lo liberten de la competencia, es el complemento y garantía de la gran obra, a que son llamados los gobiernos ilustrados, que deben salvar al mundo de la revolución que lo agita".

El mismo año de 1858 salió a luz otro curioso ensayo social, bajo la inspiración del cristianismo original y el socialismo utópico, formando un notable contraste con algunas de las tesis de P. F. Vicuña, pero concordante en la crítica acerba al sistema imperante. Es el libro de Martín Palma: "El cristianismo político o reflexiones sobre el hombre y las sociedades". Si él ataca a la propiedad y le achaca todos males humanos. Aunque coincide en sus ataques a la sociedad dominante con Vicuña, se aparta en cuanto al análisis de las causas originadoras de los señalados.

Martín Palma ocupa un sitio en literatura nacional como novelista popular. Publicó folletines extensos: "Los secretos del pueblo" (donde intercala discursos de regeneración y reformas sociales, una digresión sobre la propiedad, glosando Proudhon); "La felicidad en el matrimonio"; "Los misterios del confesionario", de tendencia anticlerical.

Su ensayo, "El cristianismo político reflexiones sobre el hombre y las sociedades", fustiga el régimen imperante y denuncia las desigualdades sociales, en líneas como las siguientes: "Sin embargo no faltan hipócritas o ilusos que nos digan: el proletario tiene su libertad, nadie le impide que se forme y crezca, abierto le está el camino, y los escalones del poder se encuentran a su alcance; pero más que una mentira audaz y de cuya falsedad el mundo entero es testigo. Echad una ojeada rápida pero imparcial sobre la tierra. Ved los males y miserias que aquejan por todas partes a esa porción oprimida y responded si el pobre es libre…". A juicio de Martin Palma, sobre la desigualdad se han construido todos los elementos de nuestra sociedad. El derecho ha legitimado la fuerza, la injusticia, la opresión y el privilegio; el derecho ha consagrado la explotación, el egoísmo, la miseria. La propiedad tal como está constituida es una institución nefasta, no "otra que el bandalaje autorizado por la ley, el robo sancionado por la fuerza, legitimado por

la ignorancia, conservado por un malentendido egoísmo... Las sumas acumuladas por el poderoso son el sudor y sangre vertido por los poros del proletariado... La propiedad y el capital impone la ley y hacen a la humanidad el sitio por hambre; y esa propiedad y ese capital ¿qué otra cosa es, sino la acumulación del sudor humano convertido en oro, transformado en despotismo para unos, en miseria y humillación para otros?". Del régimen de propiedad emanan las desigualdades sociales y la carencia de libertad para la gran mayoría; el imperio de la libertad supone la destrucción de la tiranía de la nobleza, de la tiranía del privilegio, de la tiranía de la religión, de la tiranía del capitalista, de la tiranía de la miseria, en fin, que encadena al hombre a su despacho, obstruyéndole el paso con una barrera insuperable" Reflejo de una sociedad defectuosa, las instituciones políticas "solo representan la servidumbre humana, porque son la encarnación viva del despotismo. A su entender, debe realizarse "la felicidad del hombre en este mundo" por la reconstrucción total de la estructura social, en la cual se eliminen todos los males señalados".

Ambos ensayos, el de M. Palma y de P. F. Vicuña, exhiben un idéntico afán por esclarecer los males sociales y presentar soluciones nuevas, revolucionarias para su época.

Los diversos escritores analizados, como Lastarria, Bilbao, Arcos, Abasolo, P. F. Vicuña, Martin Palma, Letelier, han influido en los grandes ensayistas sociales de comienzos de este siglo; N. Palacios, A. Venegas, Tancredo Pinochet, R. Espinoza, Luis Arrieta, V. Brandau, y otros ya citados. Y en algunos no nombrados: Jorge Gustavo Silva, (1881-1967), autor de "La cuestión social y la legislación de Chile", de 1927, y "Nuestra evolución político-social", de 1931; Carlos Dávila, (1885-1955), periodista, con un libro formidable en el análisis pragmático de los problemas del continente americano y de las relaciones entre los EEUU y la América latina, su grueso volumen: "Nosotros los de las Américas".

El último de los ensayistas omitidos por el profesor R. A. Inostroza, y de real influencia intelectual, es Eduardo de la Barra, con su libro polémico: "Francisco Bilbao ante la sacristía". Su obra merece un estudio especial y lo realizaremos en un artículo próximo.

Algunos críticos literarios de este siglo experimentaron también la gravitación del pensamiento de los ideólogos mencionados en estas notas. Por ejemplo, Armando Donoso, (1888-1946), autor de un excelente estudio acerca de "Bilbao y su tiempo", y de una recopilación de la obra dispersa de Alejandro Venegas (su maestro en el liceo de Talca), precedida por un largo ensayo interpretativo de la personalidad del ilustre educador y sociólogo; Domingo Melfi, (1890-1946), comentador inteligente y entusiasta de la producción de varios de los pensadores citados y, a su vez, redactor de monografías sagaces en torno a los problemas sociales y éticos de la crisis chilena, como: "Sin Brújula" e "Indecisión y desengaño de la juventud"; Eugenio Orrego Vicuña, (1900-1959), quien publicó el primer examen sistemático de la experiencia revolucionaria rusa, en su denso libro "En el país de Lenin", aparecido en 1932; y Ricardo A. Latcham, (1903-1965), con numerosos artículos y ensayos sobre los asuntos sociales y el enfoque de personalidades de avanzada ideológica y, al mismo tiempo, protagonista brillante en las luchas políticas de 1931-1932 en adelante.

Las interpretaciones fundamentales de la revolución francesa. De Jules Michelet a Daniel Guerin[141]

La revolución francesa es uno de los acontecimientos más trascendentales de la historia universal. De ahí el interés de innumerables investigadores por analizarla en sus diversos detalles y presentar aspectos

[141] OCCIDENTE N°227 junio 1971

inéditos. Por otra parte, se han sucedido distintas interpretaciones, tanto de su carácter y contenido como del papel de sus grandes caudillos, de acuerdo con las nuevas condiciones sociales y políticas de la época desde la cual se la juzga, y con las posiciones ideológicas de los historiadores.

Michelet, Taine y Aulard enfocaron primordialmente el proceso político revolucionario y definieron la gran revolución como la obra de los filósofos; es decir, como un hecho esencialmente ideológico, "ningún hombre siente la grandeza de la revolución hasta que lee a Michelet, ni su horror hasta que lee a Taine". El criterio político-ideológico para examinar y calificar la revolución francesa guarda relación con la extraordinaria labor de los formidables escritores del siglo XVIII en la crítica del "antiguo régimen" y en la exposición de la nueva ideología liberal. Los pensadores franceses, en especial, mantuvieron una sistemática ofensiva ideológica en contra del régimen feudal-absolutista.

Las ideas avasalladoras del siglo XVIII, por su calidad crítica e innovadora, provenían de la burguesía, la clase más fuerte y organizada, poseedora del dominio económico y de una firme conciencia clasista. "Las ideas dominantes de una época no han sido nunca sino las ideas de la clase dominante" ... En aquel siglo, la burguesía alcanzó su hegemonía y su pensamiento se extendió a la sociedad entera. No existía ningún otro conglomerado social capaz de oponérsele y, por eso, la burguesía proclamaba sus ideas como verdades eternas. Frente a ella no se podía lanzar otra verdad de clase. Los teóricos de la burguesía, en el siglo XVIII, como los fisiócratas, los enciclopedista, Diderot, Montesquieu, Rousseau y Voltaire socavaron los fundamentos del sistema feudal-absolutista y pusieron en descubierto sus contradicciones, errores y prejuicios. Al mismo tiempo plantearon, con inigualada elocuencia, nuevas concepciones, de acuerdo con el profundo desarrollo de la sociedad.

A propósito de esos brillantes ideólogos, escribió una página penetrante Federico Engels en su "Anti-Düring". Vale la pena reproducirla: "Los grandes hombres que en Francia prepararon las cabezas para la revolución que había de desencadenarse, adoptaron ya una posición directamente revolucionaria. No conocían autoridad exterior de ningún género. La religión, la observación de la naturaleza, la propiedad, el orden público; todo lo sometían a la crítica más despiadada, todo cuanto existía había de justificar los títulos de su existencia en el foro de la razón o renunciar a seguir existiendo. A todo se aplicaba como rasero único la razón pensante... Todas las formas anteriores de la sociedad y del Estado, todas las ideas tradicionales fueron arrinconadas en un desván como irracionales; hasta allí el mundo se había dejado gobernar por puros prejuicios; el pasado no merecía más que conmiseración y desprecio. Hasta entonces el mundo había estado envuelto en tinieblas; en lo sucesivo, la superstición, la injusticia, el privilegio y la opresión serían desplazados por la verdad eterna, por la eterna justicia, por la igualdad basada en la naturaleza y por los derechos inalienables del hombre. Hoy sabemos ya que ese reino de la razón no era más que el reino idealizado de la burguesía; que la justicia eterna vino a tomar cuerpo en la justicia burguesa; que la igualdad se redujo a la igualdad burguesa ante la ley, que los derechos esenciales del hombre, proclamados por los racionalistas, tenían por cifra la sociedad burguesa y que el de la razón, el contrato social de Rousseau no nació ni podía nacer a la vida, que bajo la forma de una república democrática burguesa. Los grandes pensadores del siglo XVIII, lo mismo que sus antecesores, no podían transponer los límites que les había fijado su época".

Por eso, sin dejar de reconocer la importancia de las ideas de los filósofos del siglo XVIII en la dirección de la revolución francesa, resulta más concordante con la realidad vital buscar en el desarrollo económico y en los trastornantes cambios anexos, la causa última y determinante de aquel trascendental acontecimiento histórico.

Entre los primeros historiadores de la revolución francesa, Luis Blanc, orientó sus investigaciones en aquel sentido y es el brillante precursor del grupo de hombres eruditos dedicados a considerar en forma preferente las cuestiones sociales y económicas. En 1847, aparecieron los volúmenes iniciales de la "Historia de la revolución francesa" de Michelet y de Blanc y ambos autores constituyen la primera y más rica fuente para su estudio integral. Ellos suministraron una base de apoyo fecundo a Jean Jaurès y a Pedro Kropotkine.

En la segunda mitad del siglo XVIII la Francia absolutista se encontraba en vísperas de una revolución económica; estaba "preñada por el capitalismo industrial" y a él llevaba el desenvolvimiento de las fuerzas productivas. Pero el atrasado régimen de la producción, y, sobre todo, su expresión jurídica anticuada frenaba ese desarrollo. La superestructura política congregaba las viejas relaciones sociales semifeudales y absolutistas, originando una contradicción insoluble, causante de las crisis permanentes del sistema. En una palabra, se veía "madurar el conflicto gigantesco que no se resolverá sino en 1789 por la revolución burguesa clásica".

***

Iniciamos este breve examen de las más importantes interpretaciones de la revolución francesa con la obra de Jules Michelet, (1798-1874).[142]

Michelet ha narrado con seriedad investigativa, con entusiasmo poderosamente evocador y con generosidad comprensiva los grandes hechos de la revolución francesa. Describe en forma conmovedora los abusos del antiguo régimen: los privilegios desmesurados, casi increíbles, frente a la trágica miseria de las multitudes desposeídas. Asimismo, ha sido pionero, entre los historiadores, en la búsqueda y exaltación del pueblo anónimo como factor decisivo en el estallido y en el desarrollo de la revolución; y en señalar la influencia y el poder de las ideas renovadoras al penetrar en la conciencia de las masas. Lo dice expresamente: "no somos de los que exageran la influencia individual. Para nosotros el fondo esencial de la historia está en el pensamiento popular", (vol. I, p. 713). Su reconstrucción histórica tiende a destacar y poner en claro "la fecunda y calurosa vida que radica en el instinto del pueblo" y "la alta vida de luz que brilla en la filosofía", (vol. II, pág. 182). Reiteradamente sostiene que tanto la revolución como Francia fueron salvadas por las masas desconocidas.

Desde las elecciones para designar los representantes a la Asamblea de los Estados Generales quedó definida la situación de Francia: "de un lado la nación, del otro el privilegio". La lucha sería dura y sangrienta, porque: "¡El privilegio convertido en derecho era más fuerte que la túnica de Neso, que no se podía sacar sin arrancar la carne misma!".

El pueblo odiaba a los privilegiados y desconfiaba de los políticos tanto como de los ricos. Precisamente, denominaba Pacto del Hambre a la alianza de los ministros y políticos con los especuladores, banqueros, negociantes y proveedores. Más adelante, llamó "bandas negras" a los grupos de agiotistas, acaparadores y desalmados.

[142] Jules Michelet."Historia de la revolución francesa" 3 vols. (Editorial Argonauta - Buenos Aires, 1946).
Utilizamos esta edición castellana, aunque su traducción es mediocre. Se advierten erratas y con muchas transcripciones equivocadas. (Por ejemplo: "cordeleros" en vez de "franciscanos"; "paisanos", por "campesinos"; "cordoneros" por "zapateros"; "bajos azules" por "medias azules", y muchas otras).

Entre los elementos privilegiados y obscurantistas, Michelet denuncia continuamente la actualidad fanática, odiosa y contrarrevolucionaria del clero. Al defender la obra de la revolución de los ataques de la clerigalla y de los escritores católicos, recuerda los crueles e inútiles crímenes de la Iglesia Católica. Al comparar el terror con la Inquisición, escribe: "¿Qué son los seis mil guillotinados del Terror delante de los millones de hombres ahogados, colgados, descuartizados y de la piramidal carnicería, de los montones de carne quemada que la Inquisición alzó hasta el cielo? Solo la Inquisición de España hace constar en un monumento auténtico que quemó en dieciséis años veinte mil hombres... Mas ¿por qué hablar de España, olvidando los albigenses, a los vaudenses de los Alpes, o los protestantes de Francia, a los de Flandes, o la espantosa cruzada de que fueron víctimas tantos pueblos que el Papa entregó al fuego y a la espada? El fanatismo sombrío del catolicismo provocó la San Bartolomé, en Francia, y él llevó a Luis XIV a eliminar, en 1685, a los hugonotes, obligando a proscribirse a 600.000 personas.

La Iglesia Católica fue proclive, por otra parte, a practicar la crueldad y extender el tormento; "la Iglesia de la Edad Media fue fecunda en invenciones para aumentar el sufrimiento, para hacerlo más doloroso y penetrante, encontró escogidos procedimientos de tortura, medios ingeniosos para hacer que sin morir se saboreara largo tiempo la muerte" ... Por eso, desde los comienzos de la revolución, una cosa era clara y segura para todos los espíritus: la inutilidad del clero y el incontestable derecho de la nación sobre los bienes eclesiásticos. De ahí el general consenso para despojar de sus inmensos bienes materiales, al clero. Cita a Fauchet, quién en un discurso condenó a los falsos sacerdotes porque "han consagrado el despotismo, han hecho de Dios un cómplice de los tiranos" ... Exclaman los defensores del clero: "Dad al César lo que es del César". Pero ¿qué hay que darle al César?... La libertad no es del César; es de la naturaleza humana" ...

Según Michelet, las asambleas de la revolución poseyeron una fe singular en la potencia de las ideas; creían que la verdad una vez encontrada y formulada en leyes, era invencible. Sus primeros conductores, imbuidos de derecho romano hacían "de la propiedad un derecho anterior, superior a la ley, a la sociedad, de suerte que la sociedad perecería, pero no podría tocar la propiedad sacrosanta. ¡Extraño respeto a las cosas, a las cuales se inmolan las personas! Por este respeto a la propiedad perecerían los propietarios como los demás en el naufragio común". Olvidaban que la propiedad no es más que un accesorio del hombre. Los conductores de la Francia revolucionaria temían más por la propiedad que por la seguridad general: "todos querían la propiedad y la querían sagrada, aun los mismos que no eran aún propietarios. Estos contaban con serlo mañana", T. I, p. 546). La libertad no estaría asegurada sino al abrigo de la propiedad; no pensaban en la igualdad de bienes, y solo comprendían la igualdad ante la ley.

Aunque Michelet confiesa no ser partidario de exagerar el papel y valor de las individualidades, traza minuciosos retratos de las distintas personalidades revolucionarias. Su afán comprensivo y justiciero lo lleva a destacar y subrayar las cualidades de innumerables dirigentes opacados por otros autores. Describe paso a paso las actuaciones, la evolución de su pensamiento político, y el fin trágico de todos los más altos líderes de la revolución. Entre éstos, no le fue simpático Robespierre, al revés de Blanc, para quien se señaló desde sus primeras acciones como un hábil y previsor político. Al comienzo de su estudio, Michelet considera a Robespierre como "el más calculador de los hombres, y recuerda el juicio de Buzet, quien, en el fondo, lo calificaba de ambicioso egoísta porque "piensa demasiado en sí mismo para amar la libertad". (T. I., pág. 789). A Danton lo destaca por su audacia y su habilidad, aunque siempre se comportaba prudente, aun en medio de sus mayores arranques de audacia.

Al hablar con simpatía del ilustre Condorcet hace ver cómo el profundo filósofo se proclamó republicano desde temprano, luchando con valor "por establecer la República". En cambio, Danton y Robespierre hablaron siempre sin declararse en pro o en contra de ella. Y ya cuando muchos defendían la República, Robespierre decía en los Jacobinos, el 13 de julio de 1790: "se me ha acusado de ser republicano, haciéndome con ello mucho honor: no lo soy. Si me hubieran acusado de ser monárquico, me hubieran deshonrado, pues tampoco lo soy". Sus líneas sobre Madame Roland son atrayentes. Se llamaba Manon Philpon, de cuna plebeya, hermosa e inteligente, logró una poderosa influencia en el selecto círculo de los dirigentes y oradores girondinos. A pesar de los afectos, no tuvo debilidades y fue virtuosa; su gran capacidad de trabajo y su sentido del deber fueron guardianes de su virtud.

Es hermoso su retrato de Vergniaud. Nació en Limoges, y se educó en Burdeos, por apoyo de Turgot, intendente de Limosin. Un carácter noble por naturaleza, por encima de todo interés conservó siempre un alma profundamente humana, permaneció extraño al espíritu de disputa que todo lo rebaja. Se le acusaba de indecisión e indolencia. Orador estupendo, la dignidad y armonía de su palabra reflejaba un alma equilibrada, habitante de las más altas y puras regiones; y en medio de cóleras sublimes, de tribuno, dejó oír siempre algún acento de naturaleza o de piedad. (T. II, págs. 123-124). Espíritu abierto, libre, sinceramente partidario de la libertad y de la razón. En uno de sus tantos y notables discursos, al advertir las tendencias dictatoriales en el seno de la Convención, dijo: "Jamás he creído que, contra los curas, debíamos adoptar procedimientos inquisitoriales en vez de hablar en nombre de la libertad y de la razón". (T. III)

Danton fue, a su juicio, un verdadero genio práctico de la revolución. Ante todo, hombre de acción y tribuno incomparable, también demostró magníficas condiciones de conductor de hombres. Manejaba toda la gama de seres, desde fanáticos, intrigantes, héroes, hasta los más bajos elementos de la sociedad, todos al servicio de la revolución. Audaz y astuto. En los momentos de peligro actuaba con decisión y coraje. Así, se opuso a abandonar París, cuando lo amenazaban las tropas extranjeras. (En esa oportunidad también lo acompañó Vergniaud, porque "era en París donde se necesitaba asegurar el triunfo de la libertad o perecer por ella"). No obstante, Danton representaba los anhelos e intereses de la pequeña burguesía. En su discurso del 18 de agosto, después del triunfo de la insurrección del 1° de agosto, se definía así: "Todos mis pensamientos no han tenido más objeto que la libertad política e individual, el mantenimiento de las leyes, la tranquilidad pública, la unidad de los ochenta y tres departamentos, el esplendor del Estado, la prosperidad del pueblo francés, y no la igualdad imposible de bienes, sino una igualdad de derecho y felicidad". (Tomo II, p. 230, su retrato; y p.353 cita anterior).

Danton simbolizó el genio revolucionario y el de la salvación pública, pero, al mismo tiempo, fue un denodado defensor de las propiedades. En la Convención pidió declarar que toda propiedad territorial e industrial sería eternamente defendida. En uno de sus discursos expresó estas frases: "Suprimamos la tiranía de la riqueza sobre la miseria. Por deudas nadie debe ir cárcel. Que no se alarmen los propietarios" Nada deben temer. Que respeten a la miseria y ésta respetará a la opulencia". (T. III, p. 67).

Su posición derivaba de su ideología burguesa. En su vida personal era correcto y no tenía vicios: ni bebedor ni jugador, ni amigo del lujo. Amaba las mujeres. Poseía escasa fortuna: una casa y algunos pedazos de tierra en Arcis, que ensanchó muy poco. Era muy hospitalario y sus innumerables amigos siempre encontraban se mesa preparada para atenderlos. No es extraño, entonces, que haya derivado hacia una posición política conciliadora y fuera acusado de "indulgente".

A su gran amigo Camilo Desmoulins lo presenta como a un brillante y periodista, un tanto atolondrado y manejador de la calumnia. Recuerda sus ataques llenos de mala fe contra Brissot y los brissotins, bajo la inspiración de Robespierre; (azuzado por éste, escribió los panfletos "Brissot desenmascarado" e "Historia de los brissotins", pues en esa época su pluma de periodista voluble estaba dirigida por Robespierre, su camarada de colegio, y más tarde sería enviado a la guillotina por él, junto a Danton, hundido por un monstruoso informe de Saint-Just, escrito en gran parte por mano de Robespierre); su libro perverso en contra del simpático revolucionario alemán Anacharsis Cloots, ayudando con ello a enviarlo a la muerte, junto con las atroces calumnias empleadas por Robespierre. (Cloots se limitó a exclamar: "¡Francia: te matan tus hombres!".

En sus numerosas referencias a Marat analiza la compleja personalidad del combativo periodista, animado siempre de un profundo sentimiento revolucionario y solidario de las clases humildes. Marat propiciaba la dictadura popular. Respecto de modo de ser y de lo estrambótico de su vestimenta, anota: "No sabían todo lo que había de ambicioso en aquel descuido y de soberbio en aquella suciedad". Según Michelet, "Marat estimaba y despreciaba a Robespierre como a un parlanchín, un pobre hombre, muy lejos de la altura de audacia que caracteriza al gran hombre de Estado". (T. II, p. 228). Marat denunció a los girondinos por sus actitudes burguesas y les daba el sarcástico calificativo de "hombres, de estado"; a su juicio, no eran revolucionarios. Asimismo, desconfiaba de Robespierre; le desagradaba el fariseísmo de sus posiciones y lo acusaba de tender a la Inquisición.

La opinión de Michelet sobre Hebert era despectiva: "Hebert, el infame Père Duchesne, aquel excremento del periodismo, bajamente ocupado en servir todas las malas pasiones del pueblo". Hebert, Collot d'Herbois, Panis, eran retóricos lacrimosos y, bajo su filantropía escondían un fondo de rencor y de veneno. Sus alusiones a Robespierre son innumerables. (En el t. II, desde la pág. 702, esboza su retrato y el de sus seguidores). Según Michelet, toda la vida de Robespierre fue un trabajo de cálculo, de esfuerzo, una tensión ininterrumpida de la voluntad. En la Asamblea Constituyente se declaró contra la pena de muerte, contra la ley marcial y toda medida violenta de salud pública, porque repugnaban a sus sentimientos. En su seno no se definió en favor de la República; y en la Asamblea Legislativa, adoptó el partido de la paz, tesis esencialmente impopular, y se fortificó en la idea democrática. Partidario del pueblo, menos en su vulgaridad grosera y en los vicios compañeros de la miseria. "La mediocridad que fue su ideal en política, en fortuna, en costumbres y en todo, era recordado sin cesar en sus frases morales y sentimentales, especie de homilías y diatribas; aún lo era más en su persona, en sus costumbres, en su aspecto". "Todo en Robespierre daba la idea de un rentista mediocre, el tipo mismo que el gran demócrata tenía en el espíritu: el hombre de tres mil libras de renta". (P. 710).

En Robespierre residían, a su juicio, todos los elementos del verdadero Tartufo político. En sus discursos abundaba la hipocresía y aludía interminablemente a su yo. Reservaba siempre un pasaje para sus méritos y sufrimientos, "y con tanta regularidad que se esperaba este pasaje con los pañuelos preparados". Parecía en la tribuna "un triste bastardo de Rousseau, concebido en un mal día". Lo presenta bilioso, pronto a derramar su hiel y su envidia, "entreteniéndose en vagas y tenebrosas denuncias". En una época en que la calumnia se empleará con una audacia y una fuerza como no se encuentra en ninguna época, Robespierre aparecía como el jefe de todos los odios y de todos los descontentos. Los girondinos al echarle en cara el ser el ídolo del pueblo, lo engrandecían indebidamente. Para Michelet, "con menos genio que otros muchos, menos corazón y bondad, representa Robespierre la continuación, la persistencia de la revolución, la perseverancia apasionada de los Jacobinos" ... (En el tomo II, p. 183-85, reproduce un formidable discurso de Brissot atacando a Robespierre, en el cual lo dejaba muy malparado, porque nada

representaba y nada destacado había hecho para permitirse criticar, censurar y dar pautas. Al mismo tiempo realizaba una notable defensa del filósofo republicano Condorcet. A raíz de ese discurso, el temor, la hiel y la envidia de Robespierre se desbordaron ampliamente en el seno de los Jacobinos. Brissot fue un escritor y teórico burgués moderado; y llevó, sin embargo, una vida casi indigente. En medio de un gran poder, en 1792, y cuando podía dar los más lucrativos destinos, no tenía más que un viejo vestido. Desmoulins, azuzado por Robespierre, lo atacó cruelmente; inventó el verbo "brissoter" con el sentido de "intrigar" y lo zahirió, aunque Desmoulins no manejaba todavía "la calumnia como Robespierre"). Robespierre había nacido para cura, "tenía el espíritu de cura, ambicionaba la dominación de las almas". Porque en Robespierre había un cura, como en Saint-Just un tirano, su gobierno mató la República.

La Convención formada por 745 miembros, se escindió en los grupos girondinos y de la Montaña, los cuales abarcaban 245 diputados; y la llanura o pantano, con 500 diputados, quienes siguen a uno u otro de los partidos.

El partido de la Gironda reunía a los representantes de la burguesía. Sus miembros, todos grandes oradores, eran adeptos a un formalismo diametralmente opuesto al espíritu revolucionario. Constituía una verdadera enfermedad suya el espíritu legislador (un girondino legista llegó a decir: "Perezcamos legalmente") y el espíritu periodista. Abundaban en palabras elocuentes y brillantes y proporcionaban demasiados escritos, materia de disputas, siempre discutibles y engendradores de odios.

Los Girondinos poseían muchos hombres de talento, elocuentes, pero no actuaban ni dejaban actuar; se perdían disputando, pronto su agrupación pasó a ser el centro del moderantismo, que impedía la venta de los bienes de los emigrados y la política financiera audaz; aunque votó leyes severas, no permitió elegir los medios para ponerlas en práctica; tuvo el defecto de la tolerancia mal entendida. En general, su política fue ciega e impotente.

La Montaña era un tanto heterogénea. En su seno actuaban organizados los Jacobinos: en ella se fundieron los Franciscanos. Michelet al analizar los jacobinos, distingue entre éstos y la Montaña. Numerosos y esclarecidos montañeses no fueron jacobinos y afirma "ninguno de los actos solemnes de la revolución surgió de los jacobinos". Entre esos montañeses independientes se destacaron Cambon, verdadero dictador financiero de la Convención; Lázaro Carnot, el gran organizador del ejército de la República, de sus planes de campaña e incluso fue el vencedor verdadero de la difícil batalla de Wattignies; era profundamente honrado y sensible; Thibaudeau, y otros.

En cuanto a los Jacobinos, distingue una primera generación jacobina. (Duport formó el primer club político y los trasladó a Versalles, con el nombre de Club Bretón. Al traerlo a París, se estableció en el convento de los Jacobinos. Junto a Duport, se distinguieron Barnave y los hermanos Lameth). En seguida, una segunda generación jacobina, mixta, de monarquistas orleanistas y periodistas republicanos. Actúan Brissot, Laclos (el novelista de "Las relaciones peligrosas") y Robespierre, quien prevaleció. La tercera generación jacobina, desde el 92, fue republicana y revolucionaria. Al grupo de Robespierre, Couthon, Lebas y Saint-Just, se agregaron algunos franciscanos. En esa etapa se había democratizado y radicalizado.

En su lucha con los girondinos, los jacobinos no trepidaron en propiciar y tomar medidas duras, revolucionarias, y arrastrar tras de sí a la mayoría de la Convención. Para Michelet la Montaña era superior a los Jacobinos; elogia el coraje y patriotismo de sus miembros y de la Convención. Cuando un diputado de derecha pregunta: "¿Habéis hecho un pacto con la victoria?" —"No, más bien con la muerte", respondió Basire, sentado junto a Danton. Entre los montañeses abundaban los ateos; otros eran panteístas (Danton

sentía a Dios en la naturaleza, la mujer y el amor); Cloots, el orador del género humano, lo sentía en el alma del pueblo, en la Humanidad, en la razón universal. La Montaña era una mezcla de creencias y de ideas.

Junto a Danton, Desmoulins, el intrépido Lacroix, el elocuente y abnegado Philippeaux, Cloots, estaba la fracción más exaltada de los franciscanos, dirigentes de la Comuna, encabezada por Chaumette, Hebert, Monoro; y detrás de ellos, se movían los agitadores populares, como el excura Jacobo Roux, Varlet, Leclerc...

Los jacobinos, conducidos por Robespierre, adoptaron una política centrista, se convirtió en la esperanza de los jacobinos, llamados por él al poder; y, al mismo tiempo, en la esperanza de los propietarios, quienes vieron en él a su defensor de los amigos del pasado y de los curas por su fórmula del ser supremo, acuerdo neutral entre la filosofía, el cristianismo y la revolución. Atacó a los "indulgentes" como Danton y Desmoulins, y a los "intrigantes", como Hebert, Ronsin y Vincent (los hebertistas no representaban ninguna doctrina ni idea, y solo se preocupaban de sus intereses).

El grupo de los "rabiosos" (les enrages), lo constituían unos fanáticos, de fuerza desconocida, ligados al bajo pueblo, propiciadores de una idea radical vaga que al fijarse adoptaba la forma de una revolución dentro de la revolución. Sus dirigentes, Roux, Leclerc (amigo de Chalier) Varlet redactaban el periódico "La sombra de Marat".

En cuanto a la oposición entre girondinos y jacobinos, ambos no fueron sino polemistas políticos, los lógicos de la revolución; poco distanciados en sus principios, forman como la escala de la revolución política. El más avanzado de los Jacobinos, Saint-Just, no osó tocar la religión, ni la educación, ni el fondo mismo de los derechos sociales; apenas se entrevé lo opina sobre la propiedad.

La política de exterminio de Robespierre angostó la base de sustentación popular y levantó en su contra a los sectores mayoritarios de la Montaña, y tras de ellos, de la Convención artesanos de su caída fueron Fouché (antipático, frío, calculador, sucesor de Collot en las crueldades cometidas en Lyon) y Tallien, un bribón, un tonel de fondo. Nada honra tanto a Robespierre como el hecho de ser los autores de su caída los dos hombres más malos de Francia Tallien y Fouché. Pero Robespierre fue quien mató a Chaumette y Cloots, o sea a la Comuna de París; y quien mató Danton y Desmoulins, la voz de la República y la vida de la Montaña. Al segar a Danton se creó el reconocimiento de los reyes; al destruir a Chaumette, el altar de la razón, se creó la gratitud del clero. "¿Quién sino la derecha y el centro dieron a Robespierre la fuerza de la dictadura?", Michelet y, a su entender, la revolución clásica sucumbió con Robespierre. Respecto al interés de algunos gobiernos hacia su labor, agrega: "Todos los gobiernos son hermanos, y Robespierre fue un gobierno".

* * *

La extensa obra de Luis Blanc (1811-1882) posee méritos sobresalientes.[143]

[143] Luis Blanc: "Historia de la Revolución francesa". José Codina. Barcelona. S/f. 3 vols. (Con más de 3.200 páginas). Es minuciosa y muy erudita en su relato pormenorizado. Utiliza los discursos en las asambleas; la prensa y folletería de la época; las crónicas y exposiciones de contemporáneos, etc. Formula muchos puntos de vista origínales, ensanchadores de la comprensión, y visión del proceso revolucionarlo; aporta datos, sugerencias, críticas e interpretaciones nuevas; y traza admirables retratos de los personajes.

En excelentes capítulos iniciales analiza la corrupción de la clase dominante, con el famoso "asunto del collar" como una de sus manifestaciones más típicas; el insoluble problema del déficit y la bancarrota financiera general; la personalidad mediocre de Luis XVI; el ascenso de la burguesía; la situación de la propiedad y la iglesia antes de la revolución; los alcances del nuevo poder de la época; el periodismo. En seguida, se introduce en el estudio del proceso revolucionario a partir de la reunión de los estados generales. Aquí, Blanc expone originales puntos de vista y esclarece muchos sucesos y actitudes de los personajes de primer plano. Así, por ejemplo, hace ver con nitidez cómo durante la época de la Asamblea Constituyente – la burguesía, lejos de pretender derribar el trono, procuró resguardarse a la sombra de la monarquía. La destrucción del feudalismo se debió, fundamentalmente, por la insurrección campesina, mientras la burguesía maniobraba para prolongarlo en su beneficio. El rey encontró en la burguesía a sus más fieles servidores, cuando la nobleza renegó de él. De esa manera cesó de ser rey de los nobles para transformarse en el rey de los propietarios. (Creó las guardias nacionales; reprimió el levantamiento de los campesinos; y ametralló al pueblo de París en el "Campo de Marte" ...).

Respecto de las relaciones entre la iglesia y los revolucionarlos, muchos de ellos eran sinceros cristianos. Blanc comenta: "Empero la alianza entre la religión y la libertad no podía ser duradera sino con la condición de volver al cristianismo primitivo, de rechazar los dolorosos comentarios que habían convertido el santo evangelio en un tejido miserable de contradicciones, y el código del linaje humano regenerado en doctrina para el uso de los tiranos sagrados y de los tiranos profanos. La sangre y el llanto vertidos durante dieciocho siglos, la prolongada represión del pensamiento, la esclavitud antigua conservada en nuevas formas, millones de cristianos que se arrastraban pobres y envilecidos en derredor del patíbulo del Crucificado, signo de la redención universal, todo eso dimanaba únicamente de la criminal alteración. ¿Por qué no se tomaba al fin la lámpara que Dios nos ha dado, la razón, para leer el texto de ese libro en medio de la lobreguez tendida sobre el mundo? El que convidó a ello con más ardor fue Fouchet". (T I, p. 335).

Entre sus retratos, traza uno muy completo de Mirabeau. Destaca su talento incomparable, pero, a la vez, descubre su dualidad criminal, al venderse a la Monarquía; desde aquel instante pronuncia discursos revolucionarios, y combate a la monarquía, en el seno de la Asamblea Constituyente; y secretamente aconseja al rey medidas de entorpecimiento y de oposición para resistir las resoluciones de la Asamblea Nacional; y por ello, recibe cuantiosas cantidades de dinero, exhibiendo una sucia venalidad.

En toda su extensa y bien documentada obra exalta el genio de Robespierre, no ocultando su admiración y preferencia. Lo distingue y eleva desde su oscura participación en la Asamblea Constituyente, aunque en sus comienzos no era republicano. (En el vol. II, p. 553, Robespierre se defiende de la acusación de republicano, manifestando: "La palabra república no significa ninguna forma particular de gobierno; corresponde a todo gobierno de hombres libres"). Hace un paralelo entre la doctrina de Robespierre y los jacobinos (Rousseau-Robespierre) y la doctrina de Condorcet y los girondinos (Voltaire-Condorcet), para subrayar la superioridad de la de Robespierre por más humana, fraternal, justiciera y social. La doctrina de Robespierre quedó contenida en la declaración de los derechos del hombre que hizo adoptar en los jacobinos; y la de Condorcet incluida en el preámbulo del proyecto de Constitución presentado a la Asamblea Constituyente. (Condorcet se había declarado republicano ardoroso desde los momentos iniciales de la revolución, sin vacilaciones).

Blanc recuerda cómo el republicanismo fue tardío en el Club de los Jacobinos. En efecto, sus orígenes aparecen conservadores: los diputados bretones Le Chapelier y Glaizen, más Barnave, Mirabeau, Petion y Sieyès fundaron en Versalles el "Club Bretón"; al trasladarlo a París, se denominó "Amigos de la

Constitución" y funcionó en un local de la orden de les Jacobinos, de donde tomó el nombre de "Club de los Jacobinos", y a él se agregaron Buzot, el abate Grégoire, Lanjuinais y Robespierre. Pronto se radicalizó el pensamiento de Robespierre y se hizo ardiente republicano. Durante la Convención, el Club de los Jacobinos pasó a ser el eje de la República y Robespierre su líder más respetado.

Blanc analizó magistralmente la oposición de los girondinos y de los montañeses, y así lo reconoce Kropotkine. En el fondo, su enfrentamiento podía resumirse así: "Vosotros queréis la libertad sin la igualdad, dice la Montaña, y nosotros queremos la igualdad, porque sin ella no podemos concebir la libertad. Como hombre de estado que sois, queréis organizar la República para los ricos; nosotros que somos hombres de estado, queremos leyes que saquen al pobre de su miseria, y hagan de todos los hombres, en un bienestar universal, ciudadanos felices y defensores ardientes de una república universalmente adorada".

El conservantismo llevó a los girondinos a actitudes antipopulares y a contactos y transacciones vituperables con la monarquía; alentaron a Dumouries, general inteligente y cínico, protagonista de un juego doble, el cual finalmente lo llevó a la traición;[144] en momentos decisivos, atacaron con insistencia y ceguera torpe a Danton y a sus seguidores, achacándoles faltas no cometidas por aquél. Todo ello los llevó a su perdición.

En cuanto a la lucha de Robespierre en el seno de la Convención, una vez vencidos los girondinos, al atacar a los moderados, señalaba que su sensibilidad hacia los opresores no era más que bárbara intolerancia hacia los oprimidos. (Además, a los indulgentes los asimilaba a los elementos corrompidos, que profitaban de la revolución). A los rabiosos los consideraba "intrigantes"; y a los ateos los combatía por su corolario político, la anarquía. No aceptaba el ateísmo como dogma social. En tal sentido, para él, el ateísmo era aristocrático. No se oponía a que cada cual fuera libre de profesar "la opinión que le pareciera más conforme a la verdad". Afirmaba la existencia de un ser supremo, porque ese "es el sentimiento del pueblo francés, que ni es adicto a los curas, ni a la superstición, ni a las ceremonias religiosas; pero que lo es a la idea de un poder incomprensible, espanto del crimen y sostén de la virtud". (La crueldad y la tiranía como sistema establecido y permanente son patrimonio de los reyes, de los déspotas; así como la inquisición y la censura lo son de los curas; y ambos, tiranía e inquisición, lo son de los reyes y curas).

Es de gran importancia la exposición de Blanc sobre la opinión de Robespierre tendiente a consolidar la República en la justicia, la unidad y la fraternidad; pero al mismo tiempo, encontró la cerrada oposición en la actividad terrorista, criminal, de Tallien, en Burdeos; de Barras y Fréron, en Marsella y Tolón; de Collot d'Herbois y Fouché, en Lyon; (se dedicaron a ametrallar con ferocidad; en cambio Couthon había impulsado una política conciliadora y pacificadora); de Carrier, en Nantes... Dice Blanc: "Con esta comparación a la vista, se podrá decidir quiénes fueron los terroristas, si los que hicieron el 9 de Termidor, o los que lo sufrieron". Enseguida, el terrorismo posterior al 9 Termidor alcanzó caracteres increíbles de crueldad y venganza. Recuerda Blanc: "Que el terror blanco sobrepujó mucho al terror rojo en ferocidad, y que hizo mucho mayor número de víctimas; que los sostenedores de la buena causa", monárquicos fanáticos o girondinos convertidos... fueron los que desencadenaron sobre Francia aquellas caballerías

[144] Michelet describe con claridad la traición de Demouriez, ambicioso, desapegado de las ideas, y, únicamente interesado por ligarse a las personas, a través de la amistad, y en vista a sus fines políticos caudillescos. En cambio, habla muy bien de Francisco Miranda, lugarteniente de Demouriez, y a quien trató de envolver en sus traiciones y perderlo. Pero Miranda se comportó valerosa y virilmente. Blanc también destaca a Miranda, como a un sincero y valiente republicano amigo de Pétion y los girondinos. Comete el error de darle por nacido en el Perú (!).

realistas de bandidos y aquellas compañías termidorianas de asesinos, conocidas con los nombres de Hijos del Sol y compañeros de Jehová" Detalla los espantosos crímenes y asesinatos colectivos de republicanos en diversas ciudades de Francia.

En el terror rojo lucharon las facciones de Hebert, partidarios del terror puro simple; de Robespierre, partidario del terror y de la justicia al mismo tiempo, (revolución serena, firme, justa e indulgente con respecto a quienes se podían calificar como extraviados); y de Danton partidario de la clemencia, llevada hasta confundir a los patriotas con los contrarevolucionarios y, en el fondo, de practicarse desarmaría tanto a la revolución como al terror.

En sus misiones, Couthon, Robespierre y Saint-Just se comportaron en forma ecuánime, libertando a las ciudades de la tiranía de los terroristas feroces como Carrier (el de los anegamientos en Nantes), Freron, Fouché, Collot d'Herbois, Tallien, más tarde triunfadores el 9 Termidor quienes en nombre de la clemencia y el fin del terror y la eliminación del tirano, abrieron la era del terror blanco. Asimismo, los hebertistas (Hebert, Ducroquet, Momoro, Ronsin, Saumur, Vincent) eran terroristas implacables. También lo eran Billaud, Varenne, de convicciones aceradas, relativamente independientes, pero con conexiones en las diversas fracciones.

La lucha de Robespierre y Saint-Just, en medio de tan encontradas pugnas, se tornó sangrienta y terminó por debilitar a su base de apoyo y provocar su caída. Saint-Just era un revolucionario sincero y valiente. Expresaba: "Cuando se desea el bien, se tiene derecho de ser osado, inflexible, inquebrantable... ¿Qué queréis, los que no pedís virtud para ser dichosos, los que no queréis el terror para los malos y los que sin virtudes encaminái s el terror contra la libertad?... Pues, tened entendido que pereceréis todos los que corréis en busca de la fortuna buscando otro bienestar distinto al del pueblo".

En un discurso notable hizo el retrato del hombre revolucionario: "Un hombre revolucionario es inflexible, pero es sensato, frugal y sencillo... es enemigo de toda mentira, de toda indulgencia, de toda afectación. Como su objeto es ver triunfar la revolución... no la ultraja jamás, la ilustra, y celoso de su pureza, se observa cuando habla, por respeto a ella. Pretende menos colocarse al nivel de la autoridad, que es la ley, que ser el igual de los demás hombres, y sobre todo de los desgraciados…Aunque sensible, es intratable para los malos. Persigue a los culpables, y defiende la inocencia delante de los tribunales…La probidad no es una delicadeza de la imaginación, sino una cualidad del corazón…Concluyo diciendo que el hombre revolucionario es un modelo de probidad y buen sentido". (pág. 572-573 III vol.). Y en otro agregó: "El descanso de los revolucionarios está en la tumba".[145]

Poco antes de Termidor, en los instantes mismos que se acusaba de dictadura a los robespierristas, y de tirano a Robespierre, estos por boca de Saint-Just proponían en de la Convención Nacional, la adopción de medios para que el gobierno, sin perder su impulso revolucionario, no pudiera inclinarse a la arbitrariedad, favorecer la ambición y oprimir o usurpar la representación nacional.

Asimismo, en vez de disminuir el poder del Comité de Salvación Pública e inmolar su poder a la acción de un solo individuo, Saint-Just, decía: "debéis considerar como un acto de tiranía toda deliberación del Comité que no esté firmada por seis miembros". (Cuando Garnier del Aude, le lanzó el insulto: "La sangre de Danton te ahoga", Robespierre respondió: ¿Es a Danton a quien queréis vengar? ¡Cobardes! ¿Por qué

[145] Saint-Just, como Danton, decía: "La audacia es toda la política de una revolución"

no le defendisteis?"). Vencidos, todos los robespierristas se mostraron unidos e intrépidos. Robespierre exclamó: "La República está perdida, pues triunfan los bandidos").

Más tarde, los republicanos del 9 Termidor vieron cómo el monstruo por ellos mismos desencadenado amenazaba con devorarlos, pues, no solo perseguían a los terroristas, sino también deseaban acabar con los republicanos. El terror blanco "fue una San Bartolomé sistemática, organizada contra los republicanos"; el arma cruel de la contrarrevolución.

Blanc estudia con detenimiento la insurrección popular de París del 1°-4 pradial (20-23 de mayo de 1795),[146] los crímenes de los chuanes, (secuela de la guerra de la Vandée); el aplastamiento de los emigrados en Quiberón, y el rebrote de la guerra de la Vandée, (Charette); la traición de Pichigru, (oposición a reunir todas fuerzas republicanas, negativa a secundar al ejército del Sambre et Meuse, y por su inacción, mientras se batían los otros ejércitos); y la lucha entre los termidorianos y los realistas, con la victoria de los primeros, (jornada del 13 vendimiado).

La última sesión de la Convención se celebró el 4 de Brumario, 26 de octubre de 1795, después de tres años, un mes y cuatro días de vida. (El 5 fructidor, 22 de agosto, la Convención habla votado la Constitución llamada del año III. En la "declaración de los deberes", preámbulo de dicha Constitución, decía en su artículo 8°: "Todo el orden social descansa sobre el mantenimiento de la propiedad", lo cual equivalía a declarar extraño el orden social a quien no era propietario; a privar a los pobres de los derechos de ciudadanos).

En la "insurrección del hambre", jornadas del 1°-4 pradial, los ciudadanos de los arrabales se reunieron en la Municipalidad y constituyó una junta insurreccional. Su manifiesto era un resumen de los agravios del pueblo contra los termidorianos y una especie de programa: "insurrección del pueblo para obtener pan y reconquistar sus derechos". El pueblo, considerando que el gobierno le hace morir inhumanamente de hambre, y que las promesas que no cesa un momento de repetir son engaños y mentiras... considerando que el pueblo es culpable consigo mismo y con la generación futura si no se apresura a asegurar su subsistencia y a recobrar sus derechos; considerando que el gobierno es usurpador, injusto y tiránico cuando hace arrestar arbitrariamente, trasladar de calabozo en calabozo y de pueblo en pueblo, y asesinar en las cárceles a los que tienen bastante valor y virtud para reclamar pan y los derechos comunes; considerando que un gobierno usurpador y tiránico no funda sus criminales esperanzas y su fuerza sino sobre la debilidad, la ignorancia y la miseria del pueblo; considerando que un gobierno tan atroz solo puede subsistir mientras se tenga la debilidad de temerle y obedecerle;... considerando que la insurrección es para un pueblo y para cada porción de un pueblo oprimido el más sagrado de los derechos, el más indispensable de los deberes, una obligación de primera necesidad,...El pueblo decreta lo siguiente: Artículo 1° Hoy, sin más tardar, los ciudadanos y ciudadanas de Paris, se presentarán en masa en la Convención Nacional para pedir: 1° Pan. 2° La abolición del gobierno revolucionario, por cuanto cada partido ha abusado de él sucesivamente para arruinar, oprimir y reducir a la miseria al pueblo; 3° La proclamación y establecimiento de la Constitución democrática de 1793. 4° La destitución del gobierno actual, su reemplazo instantáneo por otros miembros sacados del seno de la Convención Nacional y la prisión de todos los componentes de los comités del gobierno, como culpables del crimen de lesa nación y de tiranía contra el pueblo..."

[146] En los capítulos "Insurrección del hombre", págs. 977-996; y "Furores de la Contrarrevolución", págs 997-1027.

Solicitaban numerosas reivindicaciones más, de acuerdo con el espíritu de las ya reproducidas, como ser, renovación de todas las autoridades, convocación de una asamblea nacional legislativa, en reemplazo de la Convención Nacional, etc. La bandera del pueblo era: "pan y Constitución democrática de 1793".

Las masas invadieron la Convención y obtuvieron la aprobación de varias medidas revolucionarias apoyadas por los compañeros leales al pueblo y al espíritu democrático de la Convención (Bourbotte, Gouyon, Romme, Dusquesnoy...). Mientras los montañeses hacían decretos, los comités de gobierno reunían fuerzas y respaldados por el ejército dominaron la situación. Tallien encabezó la represión y en un discurso virulento pidió el exterminio de los insurgentes y dejó escapar esta frase decidora: "Pongamos todos manos a la obra, y terminemos prontamente la revolución".

El 2 de pradial las masas de los arrabales de San Antonio y San Marcelo se levantaron como un solo hombre y marcharon sobre la Convención; rechazaron a sus fuerzas defensivas (y éstas hicieron causa común con los insurrectos), pero otras secciones se agruparon en torno a aquélla, se sucedieron negociaciones y la Convención aceptó muchas peticiones para engañar a las masas: "el pueblo creyó haberlo ganado todo, y todo lo perdía. Emprendió la vuelta a los arrabales, satisfecho con haber obtenido promesas que no debían cumplirse, y dejando en los calabozos a los varones generosos que por él se habían comprometido"

El 3 de pradial fueron llamadas las tropas a reprimir la insurrección. Desde pradial, como observó un historiador alemán, "el gobierno fundó su existencia sobre el ejército".

Las jornadas de pradial significaron "el último esfuerzo de la revolución agonizante: inaugurábase la era de los furores contrarrevolucionarios. Desde aquel momento no conoció ya freno el espíritu de persecución, y el de venganza se divorció completamente de todo sentimiento de pudor". Empezó el reinado de la muerte, amenazando incluso a montañeses de servicios inmortales como Carnot. Se salvó porque un miembro dijo: "Carnot organizó la victoria". Billaud Varenne y Collot d'Herbois fueron deportados a Guayana; Maux y Rhul se suicidaron; Barére escapó sin ser molestado en su comarca. Collot d'Herbois murió al año de emigración. Billaud Varenne falleció en 1819. Se mantuvo siempre republicano y revolucionario. En dos puntos cambió sus opiniones: no se podía perdonar haber contribuido a la muerte de Danton y a la caída de Robespierre. En los fragmentos conservados de su historia de la revolución en Santo Domingo estampó estas líneas: "Danton y sus amigos eran gente hábil, patriotas invencibles en la tribuna y en la acción pública... No tenían como nosotros las manos puras de tráficos y rapiñas, es cierto; amaban demasiado el lujo, pero poseían un corazón noble y revolucionario... Tengo la íntima convicción de que el 18 de Brumario hubiera sido de todo punto imposible si Danton, Robespierre y Camilo Desmoulins hubiesen permanecido al pie de la tribuna..."

En París, probados y valerosos montañeses sufrieron la pena de muerte: Bourebote, Ducroy, Duquesnoy, Gouyon, Romme, Sourbrany, y otros en provincias.

Enfoques novedosos de la Revolución Francesa[147]

Kropotkine - Tarlé - Jaurès - Mathiez - Leroy - Lefebvre – Guerín

A principios del siglo XX salió a luz la amplia investigación de la revolución francesa del escritor ruso, príncipe Pedro de Kropotkine (1842-1921), obra de alta erudición y calidad interpretativa.[148] Kropotkine

[147] OCCIDENTE N°228 julio 1971

[148] Pedro Kropotkine: "Historia de la revolución francesa". Editorial Américalle. Buenos Aires, 1944.

fue un sociólogo y un eminente teórico del anarquismo. Sin ser historiador profesional llevó a cabo estudios e investigaciones sobre el proceso de la revolución francesa a lo largo de un cuarto de siglo y, en 1909, apareció simultáneamente en francés e inglés, su grueso volumen en torno al gran acontecimiento. Es un ensayo clásico por su originalidad interpretativa y los nuevos caminos abiertos para el examen y comprensión de aquel trascendental suceso. A juicio de varios expertos fue el primero en hacer una verdadera historia de la acción e iniciativa del pueblo en el fenómeno revolucionario abierto en 1789.

Según el erudito belga Henri See, "Kropotkine ha visto bien que el ideal de la burguesía, ideal que había elaborado la filosofía francesa del siglo XVIII, y que predicaba ante todo la emancipación de la persona humana bajo todas sus formas, no dejaba de responder a las necesidades económicas de esa clase social. Se trataba, para ella, de realizar la organización de un Estado centralizado y bien ordenado; para ello había que abolir todos los poderes locales y proclamar la libertad de todas las transacciones comerciales y de las operaciones industriales. Pero ese laissez-faire, soñado por los patrones, iba a tener por corolario la prohibición para los trabajadores de asociarse. Eso debía significar la libertad para el patrón de explotar al trabajador privado de libertad. Pero esas opiniones egoístas se disimulaban, ante los ojos mismos de quienes debían aprovecharse de ellas, bajo el manto de las ideas admirables de libertad y emancipación que suscitaban el entusiasmo de todos los que habían de hacer la revolución. En cuanto al pueblo, éste tenía sobre todo aspiraciones que correspondían a sus necesidades "ideas confusas desde el punto de vista positivo", pero muy claras, al contrario, en su negación. Y son estas aspiraciones, estas ideas, las que van a empujarle a la acción; es la necesidad de la tierra, y de una tierra emancipada de toda traba, la que suscitará las insurrecciones campesinas, sin las cuales la Revolución, aun la burguesa, no habría triunfado". Resume H. See la obra de Kropotkine así: "Ha comprendido el sentido profundo de los acontecimientos revolucionarios; ha visto que los hechos políticos no hacen a menudo más que recubrir los hechos económicos y sociales mucho más significativos. Las luchas de los partidos y de los personajes políticos no aparecen en el primer plano; el gran actor es el pueblo. Ha puesto admirablemente en claro la idea de que el triunfo de la revolución, incluso de la revolución puramente burguesa, no ha sido posible más que gracias a las insurrecciones populares... Los historiadores profesionales, por eruditos que sean, leerán y meditarán con provecho la obra de este gran espíritu, que, en muchos aspectos, e incluso en un dominio que no era de su especialidad, se nos aparece como un iniciador".

Kropotkine supo distinguir los diversos elementos constitutivos del pueblo: las masas populares urbanas y las diversas capas campesinas; y supo señalar cómo la presión de los barrios obreros de París, de las grandes ciudades, y la de los sectores campesinos, impuso a los legisladores aquellas medidas distintivas de la revolución francesa: la abolición del poder absoluto, la abolición de la servidumbre y la destrucción de la gran propiedad nobiliaria y de la Iglesia; en una palabra, la eliminación del régimen feudal y sus privilegios. Mostró en forma insuperable el alcance de los movimientos populares que precedieron a la revolución y a lo largo de todo su desarrollo. Sin la sublevación de los campesinos, comenzada en el invierno de 1789, y que llegó, con flujos y hasta 1793, la caída del despotismo no habría sido acompañada de un cambio tan profundo, político, económico y, sostiene Kropotkine que la burguesía francesa, sobre todo la alta burguesía industrial y comercial, habría pactado de buena gana con la realeza y la nobleza, a fin de llegar al poder; la mayor parte dirigentes deseaba una transacción con el antiguo régimen, pero lo impidió la sublevación general de las masas oprimidas; de los campesinos para entrar en posesión de la tierra y libertarla de las obligaciones feudales que pesaban sobre ella; la de los obreros de los barrios parisienses para destruir la monarquía absoluta e imponer medidas sociales en favor de los desheredados.

Sin la presión popular, sin los descamisados, sin los campesinos sin tierras, las instituciones del gobierno revolucionario habrían capitulado ante los privilegiados y la monarquía.

Los estudios de Kropotkine se verifican cuando se había adelantado mucho en sus investigaciones sobre la historia política y la lucha de los partidos por dominar el poder, y la acción de las grandes personalidades, sobre todo por Michelet y Aulard; pero el examen de los aspectos económicos y sociales de la Revolución y de sus luchas de clases, no se había realizado en la misma medida que la política, con la única excepción de la gran obra de Jean Jaurès y su equipo, quienes iniciaron la tarea de poner a la luz aquellos aspectos.

Las líneas iniciales de la obra de Kropotkine expresan el contenido esencial de su investigación: "Dos grandes corrientes prepararon e hicieron la Revolución: una, la corriente de ideas —ola de ideas nuevas sobre la organización política de los Estados— procedía de la burguesía; otra, la de la acción, manaba de las masas populares, de los campesinos y de los proletarios de las ciudades, que querían obtener mejoras inmediatas y tangibles en sus condiciones económicas. Cuando esas dos corrientes se encontraron en un objetivo común, cuando se prestaron durante algún tiempo un apoyo mutuo, se produjo la Revolución".

Las ideas del pueblo eran confusas desde el punto de vista positivo, pero muy claras en sus negaciones: odio del pueblo contra la aristocracia ociosa, holgazana, perversa, mientras reinaba la miseria; odio al clero, ligado a la aristocracia y no al pueblo a quien debía la vida; odio a todas las instituciones del antiguo régimen, las cuales privaban al pobre de los derechos humanos; odio al régimen feudal y a sus tributos, porque reducían al labrador a un estado de servidumbre respecto del propietario territorial cuando la servidumbre personal había sido abolida; desesperación del campesino al ver, en esos años de escasez, la tierra inculta en poder del señor y sirviendo de recreo a los nobles, mientras el hambre reinaba en ciudades y aldeas. Esos odios y esas ansias suscitaron el espíritu de rebeldía desde 1788 y sostuvieron las incesantes insurrecciones durante 1789-1793. Ellas permitieron a la burguesía derribar el antiguo régimen y organizar un nuevo gobierno representativo. En resumen, según Kropotkine, "la abolición de los derechos feudales y la readquisición de las tierras comunales, usurpadas a los municipios rurales desde el siglo XVII por los señores laicos y eclesiásticos; tal es la esencia misma, el fondo de la Gran Revolución, que impulsó el levantamiento de los campesinos. A tal propósito se unió la lucha de la burguesía por sus derechos políticos. Sin eso, la revolución no hubiera tenido jamás la profundidad que alcanzó en Francia. Ese gran levantamiento de los campos, que comenzó en enero de 1789 (y aún en 1788) y que duró cinco años, fue lo que permitió a la Revolución realizar el inmenso trabajo de demolición que le debemos. Eso es lo que le permitió plantar los primeros jalones de un régimen igualitario, desarrollar en Francia el espíritu republicano, que nada ha podido aniquilar después, y proclamar los grandes principios del comunismo agrario que veremos surgir en 1793. Ese levantamiento, en fin, es lo que constituye el carácter propio de la Revolución Francesa y lo que la distingue profundamente de la revolución de 1648-1657 en Inglaterra".

La burguesía se apoyó en el pueblo para obtener derechos constitucionales y subyugar a la alta nobleza; pero apenas sintió la fuerza del pueblo hizo todo lo posible para dominarlo y reducirlo a la sumisión. Se aterrorizó cuando vio al pueblo armarse en pocos días de picas y emprender acciones combativas, y se apresuró a legislar para asegurar que el poder político que se escapaba de manos de la Corte no cayera en las del pueblo. (De ahí la división entre ciudadanos activos y pasivos, idea propuesta por Sieyès, el abogado del Tercer Estado, a la Asamblea Constituyente, y según la cual solo los ciudadanos activos tomarían parte en el gobierno; en tanto los pasivos, la gran masa del pueblo, quedaban excluidos de todos los derechos políticos. Y de tal manera, la igualdad de los derechos de todos los ciudadanos, proclamada en la Declaración de los Derechos del Hombre, apenas lanzada, se la violaba vilmente). Por esta razón, durante

dos años, desde el verano de 1790 hasta el de 1792, toda la obra de la Revolución quedó en suspenso. Se llegó al grado de poder preguntarse si en realidad triunfaría la revolución o la contrarrevolución. Kropotkine traza este cuadro verdadero de la revolución: El 4 de agosto de 1789: abolición, en principio, del régimen feudal; abolición de la mano muerta personal, del derecho de caza y de la justicia patrimonial. Del 5 al 11 de agosto: reconstitución parcial de ese régimen por actos que imponen el rescate de todos los tributos feudales de un valor cualquiera. Final de 1789 y principios de 1790: expediciones de los municipios urbanos contra los campesinos insurrectos y muerte de éstos en la horca. Febrero de 1790: memoria del Comité Federal manifestando que la jaquería se extendía. Marzo y junio de 1790: leyes draconianas contra los campesinos que no pagaban los tributos feudales o propagaban su abolición. Los levantamientos se reproducen con mayor energía. Junio de 1791: nueva confirmación de ese decreto. Reacción desatada en toda la línea. Continúan las insurrecciones de los campesinos. Hasta junio de 1792, en la misma víspera de la invasión de las Tullerías por el pueblo, y en agosto de 1792, después de la caída de la monarquía, la Asamblea no dio los primeros pasos decisivos en contra de los derechos feudales. Y, por último, hasta julio de 1793, después de la expulsión de los girondinos, no se pronunció la abolición definitiva, sin rescate, de los derechos feudales.

En el proceso de profundizamiento de la revolución tuvo una influencia inmensa la insurrección popular del 10 de agosto. Provocó el derrumbamiento de la monarquía y abrió la posibilidad de llegar a un sistema igualitario; el rey y su familia quedaron presos; se convocó a una nueva asamblea, la Convención, y las elecciones se harían por sufragio universal, pero siempre en dos grados; se tomaron algunas medidas contra los curas que se negaban a reconocer la Constitución y contra los emigrados (según Michelet, los emigrados alcanzaron a 29.000 y la mayor parte eran propietarios); se dio orden de poner en venta los bienes de los emigrados, secuestrados en virtud del decreto del 30 de marzo de 1792; se impulsó con vigor, por los voluntarios descamisados, la guerra contra los invasores. Por otro lado, el asalto espontáneo de las masas populares produjo las “matanzas de septiembre”. No fueron preparadas por el Municipio y Danton, como afirman los historiadores reaccionarios.

Con la Convención se entró en un período trastornante: la monarquía dejó de existir el 21 de enero de 1793, y el 17 de julio de 1793, la ley cesó de reconocer en Francia los derechos del señor feudal, la servidumbre del hombre al hombre. El lapso más importante de toda la revolución es el comprendido entre el 31 de marzo de 1793 y el 27 de julio de 1794, (9 Termidor del año II de la República).

En el seno de la Convención dominaron al comienzo los girondinos (menos de 200 diputados), quienes representaban y defendían los intereses de la burguesía industrial, comercial y propietaria, constituida en el nuevo régimen. Eran “los hombres de Estado”, instruidos, elegantes, políticos finos y elocuentes; poseían amor al orden y odiaban al pueblo bajo. Para ellos lo esencial consistía en afirmar el régimen burgués y, según la frase de Brissot, “la conservación de las propiedades”. Podían definirse como unos “sibaritas de la revolución”. Cayeron vencidos por su carácter conservador y su tendencia a hablar demasiado. (Michelet, anotó, con mucha agudeza, que la Gironda peroraba, pero no hacía nada).

La “Montaña” se constituyó como partido político en su lucha con la “Gironda”.

En ella sobresalían “jacobinos” como Robespierre, Couthon, Saint-Just; “franciscanos”, como Danton, Desmoulins y Marat, y los revolucionarios populares del Municipio, como Chaumette y Hebert. Los montañeses anhelaban destruir la monarquía y el realismo, aniquilar la fuerza de la nobleza y del clero, abolir el feudalismo y afirmar la república.

La “llanura” o “pantano”, (unos 500 miembros de la Convención) se formó con los indecisos, sin convicciones, pero conservadores por instinto, y mayoría en todas las asambleas representativas. Primero sostuvieron a los girondinos y, enseguida, por miedo apoyaron el terror rojo. A continuación, hicieron el golpe de Termidor y desencadenaron terror blanco.

Actuaron otros grupos, aunque sin constituir partidos, como los llamados “anarquistas”, quienes querían la tierra para todos, la “ley agraria”, según se decía entonces; y la igualdad económica o, de acuerdo con el lenguaje de la época, la nivelación de las fortunas”. Los “rabiosos” o comunistas populares, combatían la libertad de comercio, por conducir a la monopolización de los productos por especuladores y, por tanto, el agio y el enriquecimiento de unos pocos. Propagaban la idea de nacionalizar y comunalizar el comercio y de organizar el cambio de productos al precio de costo. (Ideas inspiradas de las doctrinas de Godwin y Owen, de Fourier y Proudhon). Entre sus dirigentes se destacaron: Jacques Roux, excura, Varlet, obrero de los arrabales, de París, Leclerc, Chalier, revolucionario de mucha influencia en Lyon; Lange, también lionés; Dolivet...

Michelet analiza el carácter especial de la revolución en Lyon, centro industrial, por cuanto ahí aparecieron los primeros socialistas. Ange o Lange, quien esbozará el año 93 los primeros trazos del falansterio y la doctrina societaria, desarrollada más tarde por Fourier, también oriundo de Lyon; Chalier, preconizador de la lucha entre pobres y ricos, o sea, de la guerra social. Chalier fue vencido por la burguesía lionesa y guillotinado (su muerte espantosa, pues la cuchilla erró tres veces y su cabeza debió ser separada con un hacha). Su amigo Leclerc se trasladó a París y ahí continuó la propaganda comunista con Roux, Varlet y Rosa Lacombe portavoz de las mujeres revolucionarias. El patriota italiano Buonarotti, último descendiente de Miguel Angel obtuvo de la Convención un decreto en favor de Chalier.

Kropotkine dedica un capítulo de su obra a examinar el movimiento comunista en la revolución francesa, (páginas 425). A juicio del gran escritor ruso, en el comunismo de la revolución francesa se encuentran los tres aspectos del comunismo libertario: el comunismo de la tierra, el comunismo de la industria, y el comunismo del comercio y del crédito. En Sylvain Marechal se halla una vaga noción hacia lo que se llamó más comunismo anarquista. Asimismo, Jacques Roux predicaba el comunismo en los barrios obreros y ejercía cierta influencia en los “franciscanos”. Menciona a Boissel autor de “Le catéchisme du genre humain pour l’établissement essentiel et indispensable du véritable ordre moral et de l’éducation sociale des hommes”, publicado en 1789, en París. En “El catecismo humano” se exponen ideas comunistas. A fines de julio de 1793 apareció una obra de Pedro Dolivier, cura de Mauchamp titulada: “Ensayo sobre la justicia para servir de principio generador al único orden social que puede asegurar al hombre todos sus derechos y todos sus medios de felicidad”. Kropotkine también menciona a Lange, precursor de Fourier y a Chalier, de Lyon; al joven obrero Varlet compañero de Jacques Roux y de Rosa Lacombe. Es curioso su enfoque de Babeuf. A su juicio, Babeuf a juzgar por sus escritos, “solo fue el oportunista del comunismo de 1793”. Distingue, precisamente entre el comunismo de la época de la Convención, y el de la conspiración de Babeuf. Expresa: “sus concepciones, como los medios de acción que proponía, empequeñecían la idea. En aquella época se comprendía que un movimiento hacia el comunismo sería el único medio para asegurar las conquistas de la democracia, y Babeuf trataba, como muy bien dice uno de sus apologistas modernos, de deslizar el comunismo en la democracia. Cuando se había, evidenciado que la democracia perdería sus conquistas si el pueblo no entraba en liza, Babeuf quería la democracia, primeramente, para introducir poco a poco en ella el comunismo. En general, era tan estrecha y antinatural su concepción del comunismo, que creía llegar a él por la acción de algunos individuos que se apoderaran del gobierno por medio de una sociedad secreta; llegaba hasta poner su fe en un individuo

que tuviera la firme voluntad de introducir el comunismo y de salvar el mundo. Ilusión funesta que ha sido luego sostenida por ciertos socialistas durante el siglo XIX, y nos dio el cesarismo, la fe en Napoleón o en Disraeli, la fe en un salvador, que persiste hasta nuestros días".

Aunque la Convención adoptó algunas medidas de carácter igualitario, ante todo defendió los intereses de la burguesía. Kropotkine encuentra verdad en la observación de Buonarotti de que el temor a la inclinación de Robespierre a adoptar medidas favorables a los instintos igualitarios del pueblo contribuyó a su caída, el 9 de Termidor. (En una frase expresó: "lo superfluo de los artículos de consumo es lo único que puede ser objeto de comercio, porque lo necesario pertenece a todos"). Pero Robespierre no se decidió a emprender tal política igualitaria y se consumió en luchas ideológicas: atacó violentamente, el culto a la razón; combatió la temeridad de proscribir el culto católico y se pronunció por el mantenimiento de la libertad de cultos; defendió la idea de un Ser Supremo; y trató a los descristianizadores de traidores y de agentes de los enemigos de Francia.

A Robespierre, según Kropotkine, se le reconoció como el hombre del justo medio revolucionario, colocado a igual distancia de los exaltados y de los moderados, al hombre que ofrecía a la burguesía la mejor garantía contra los excesos del pueblo, era "un hombre de gobierno, que usa el lenguaje de todos los gobiernos, no un revolucionario".

El golpe de Termidor significó el triunfo de los elementos contrarrevolucionarios; y el directorio, establecido como su consecuencia, se transformó en la bacanal de la burguesía. En la época de la reacción termidoriana fueron ejecutados los últimos montañeses, valerosos defensores del pueblo, al cual movilizaron en los levantamientos del 12 germinal y 1° pradial del año III, (1° de abril y 20 de mayo de 1795).

Kropotkine señala el peligro de un mero reformismo, porque "una reforma es siempre un compromiso con el pasado", en cambio, "un progreso realizado por vía revolucionaria es siempre una promesa de nuevos progresos". Y agrega: "una revolución debe tender al bienestar de todos, de lo contrario será necesariamente sofocada por aquellos mismos a quienes haya enriquecido a expensas de la nación. Cada vez que una revolución determina un cambio de fortuna, no debería hacerlo en favor de los individuos, sino siempre en favor de las comunidades".

En resumen, con todas sus contradicciones, la revolución francesa abolió la servidumbre y el poder absoluto; confirió las libertades personales al individuo; produjo un traspaso y una extensión de la propiedad de la tierra; y legó principios socialistas y comunistas. (El socialismo moderno tomó sus ideas fundamentales de las en boga en los años de 1789 a 1794 en el pueblo francés y que éste trató de poner en práctica durante el año II de la República).

Al final de su obra, Kropotkine se pregunta: ¿quién tomará sobre sí la tarea gloriosa y terrible de la próxima gran revolución? A su juicio podía ser Rusia y escribe estas notables líneas: "Pero si Rusia lleva su revolución más allá de una simple limitación del poder imperial, si toca revolucionariamente la gran cuestión de la propiedad territorial, ¿hasta dónde llegará? ¿Sabrá y podrá evitar la falta cometida por las asambleas francesas, y dará el suelo, socializado, a quienes quieran cultivarle con sus brazos? No lo sabemos. La respuesta a esa pregunta pertenece al dominio de la profecía". ¡Resultó una acertada profecía!

***

Entre los historiadores rusos contemporáneos ha dedicado su atención al estudio de la revolución francesa Eugenio Tarlé. Excelente biógrafo de Napoleón y Talleyrand publicó una monografía: "La clase obrera en la revolución francesa. (Germinal y Pradial)". Analiza las últimas acciones de las masas populares de los arrabales de París. Según su propósito confesado, ha tratado de colmar el vacío en la bibliografía del gran acontecimiento, respecto del período siguiente a la reacción de Termidor (27 de julio de 1794), en el cual se produjeron los levantamientos del 12 germinal y 1° pradial del año III, (1° de abril y 20-23 de marzo de 1795). Recuerda que en el trabajo de Albert Mathiez sobre la reacción termidoriana solo dedica unas pocas líneas a esos movimientos; y la obra de Lefebvre: "Los termidorianos", se basa por entero en Mathiez. Únicamente suministra piezas inéditas sobre el tema la obra de Jules Claretie: "Los últimos montañeses", publicada en 1867.

Tarlé no menciona a su compatriota Kropotkine, quien se refiere a aquellos sucesos, aunque en forma breve; y tampoco cita a Luis Blanc, omisión de bulto, tal vez determinada por razones ideológicas, (su condición de socialista reformista, pequeñoburgués, ha debido ser el motivo de su rechazo por parte de Tarlé, comunista-marxista-estalinista), acucioso analista de esos levantamientos. En su vasta obra dedica un par de excelentes capítulos a las jornadas de pradial, denominándolas "la insurrección del hambre".

Según Tarlé, entre otros trabajos soviéticos, es importante el del profesor de Odessa, Dobroliuski: "Termidor", muy concienzudo.

***

En los años de 1902 a 1905 salió a luz la "Historia Socialista de la Revolución Francesa", de Jean Jaurès, (1859-1914). Notable político socialista y orador parlamentario incomparable, secundado por hombres de ciencia enciclopédica, como Lucien Herr y Charles Andler, orientó los estudios de la revolución francesa en el sentido económico-social, sin dejar de considerar la importancia del movimiento filosófico. Jaurès en su historia socialista de la revolución dirige la investigación hacia el plano de los fenómenos económicos y sociales como decisivos en el estallido y peripecias del gran acontecimiento, pues, "las condiciones económicas, las formas de la producción y de la propiedad son el fondo mismo de la historia". Pero, a la vez, señala la importancia de las causas ideológicas, teorías políticas y filosóficas, en su gestación y desenvolvimiento. De todos modos, al factor económico-social le otorga el mayor rol. En su concepción histórica tiende a conciliar necesidad y libertad y aplica una síntesis del determinismo histórico de Marx y del idealismo de Michelet. En las líneas introductivas de su inmensa obra, al explicar su concepción de la historia y su método histórico, manifiesta: "Procuraremos, pues, en esta historia socialista, no prescindir de nada cuanto constituye la vida humana. Trataremos de comprender y traducir la evolución económica fundamental que gobierna las sociedades, la ardiente aspiración del espíritu hacia la verdad total y la noble exaltación de la conciencia individual que desafía al padecimiento, a la tiranía y a la muerte. Extremando el movimiento económico es como el proletariado se emancipará, convirtiéndose en humanidad. Es necesario que adquiera clara conciencia, en la historia, del movimiento económico y de la grandeza humana.

Aventurándonos a sorprender al lector con la disparidad de tres grandes nombres, quisiéramos escribir esta modesta historia bajo la tupida inspiración de Marx, Michelet y Plutarco".

A pesar de su declarado idealismo se preocupó, hasta en sus menores detalles de la historia económica de la revolución, mejor que cualquier marxista confeso. Ha sido uno de los primeros en descubrir la trama económica y social sobre la cual se ejerce la acción del hombre y de los sistemas.

Desde la aparición del magistral estudio de Jaurès, la revolución francesa se nos presenta como el coronamiento de una larga evolución económica y social en donde el poder de la burguesía, llegado a su madurez, se impuso y logró su lógica consagración hasta transformarse en la dominadora del mundo. La gran revolución no tuvo un carácter socialista, pero de ella, sin embargo, salieron en el siglo XIX la democracia francesa y la democracia europea. Su obra fundamental consistió en el orden económico y social, en romper las antiguas formas de producción, en destruir los antiguos moldes que se oponían al desarrollo industrial; y en lo político consistió en abolir los privilegios de la nobleza y del clero, en poner fin a la monarquía de derecho divino y en proclamar los derechos del hombre y del ciudadano. Y no podía hacer más, cuanto el socialismo exige un estado de evolución económica, un desarrollo de las fuerzas productivas, un perfeccionamiento de la técnica y una conciencia de las clases trabajadoras, que no existían en 1789-1793.

La revolución francesa se inspiró en ideas del liberalismo económico e hizo más por salvaguardar los derechos de la propiedad en vez de proteger los del hombre, incorporando a la burguesía al estado y a la riqueza en beneficio de la cual se lograron nuevos privilegios. El drama de la revolución francesa, según lo nota Jaurès reside en esta contradicción: a pesar del derrocamiento de las clases feudales y de la transformación del individuo en ciudadano, lo esencial de los privilegios antiguos fue mantenido. Sin embargo, Jaurès no ve solo en ella una obra burguesa, aunque ella haya sido la principal beneficiaria, sino también una obra de emancipación humana, de la cual el socialismo será la culminación.

Jaurès señaló un nuevo método y abrió una etapa fecunda en la reinterpretación del proceso revolucionario de 1789 y su huella ha sido seguida por los diversos historiadores que después de él se han preocupado de tan magno acontecimiento. Y ninguno desconoce el rigor científico de su obra, su cuidado escrupuloso del documento, el estudio y la clasificación clarividentes de los hechos, la crítica proba y minuciosa de los textos y su perspicacia para coger el sentido correcto de la evolución.

El investigador más afortunado sistemático continuador de Jean Jaurès ha sido el profesor de la Universidad de París, Albert Mathiez, autor de una magnífica obra de conjunto: "La revolución francesa".[149]

Las verdaderas revoluciones, afirma Mathiez no se limitan a cambiar las formas políticas y el personal gobernante, sino a transforman las instituciones y desplazar la propiedad. Resultan de una larga y obscura gestación hasta estallar al conjunto de circunstancias fortuitas. Tal vez el contenido profundo de la revolución francesa se preparó a lo largo de un siglo a causa del divorcio cada día más hondo entre la realidad y las leyes, entre las instituciones y las costumbres. Los productores sobre quienes reposaba la vida de la sociedad acrecentaban incesantemente su poder, pero el trabajo de acuerdo con la legislación y los prejuicios, se consideraba una tarea de vileza. Ser noble, suponía obligatoriamente la calidad de parasito e inútil. El nacimiento y la ociosidad conferían privilegios cada vez más irritantes en contra de quienes laboraban y poseían la riqueza y estaban excluidos del gobierno.

El sistema feudal reposaba sobre la propiedad territorial y la servidumbre, aunque ésta desaparece con el tiempo, pero la gleba emancipada permaneció unida al señor por el lazo de las rentas feudales, especie de arrendamientos perpetuos, percibidos en especie — terrazgos —, o en dinero — censos. Durante la época

[149] Hemos manejado la edición castellana publicada en la Colección Labor, en una mediocre traducción. (Por ej. Traduce "masses" en su significado de "caudales" o "haberes", simplemente por "masitas").
Mathiez escribió varias obras sobre el apasionante tema: "En torno a Danton", "En torno a Robespierre", "La vida cara y el movimiento social bajo el Terror" y "La reacción termidoriana".

de la revolución casi las dos quintas partes del suelo de Francia se encontraban ya en manos de propietarios campesinos, aunque rara vez eran, desde un punto de vista legal propietarios absolutos: pagaban un censo anual por su tierra y quedaban sujetos a la jurisprudencia feudal de su señor y expuestos a cargos y tributos vejatorios, pero gozaban de la seguridad de su posesión y podían pasarla a sus hijos. Los mayorazgos aseguraban la existencia del patrimonio feudal, aunque creaban el problema de los segundones, quienes pasaban a constituir, cuando no encontraban plaza en el clero o en la milicia, una plebe nobiliaria, que detestaba a la alta nobleza y a la burguesía rica.

La alta nobleza tenía por núcleo a las 4.000 familias cortesanas, (en una población de 20.000.000). Vivían en la Corte y ocupaban los puestos elevados del ejército, alto clero y gobernaciones, consumiéndose la mitad del Presupuesto de la Nación. (Sus bienes eran enormes. Por su venta durante el Terror se sobrepasó la suma de 4.000 millones). La nobleza de toga, casi tan rica y orgullosa compró las mejores tierras y aspiraba a dirigir el Estado, y vivía en constantes conflictos con la nobleza de sangre y con el Rey y sus ministros.

A pesar del régimen corporativo, de las aduanas interiores, de los derechos de peaje y similares, de las diferencias de peso y medidas, la industria y el comercio aumentaban considerablemente. En la cuantía del comercio Francia ocupaba un lugar inmediato después de Inglaterra. Dueña del monopolio de su producción colonial, la posesión de Santo Domingo le proporcionaba la mitad del azúcar consumida en el mundo; su industria sedera no tenía rival y en Lyon solamente ocupaba 65.000 obreros; sus vinos, aguardientes y confecciones se vendían en el mundo entero; la metalurgia también se había desarrollado en escala apreciable, (en centros como Mont Cenis, Creusot, Baja Alsacia); en Marsella, Nantes, Burdeos, El Havre, Rúan, el gran tráfico marítimo y comercial levantó fortunas numerosas, (el armador Bonaffé de Burdeos, per ejemplo, poseía en 1791 una flota de 30 navíos y una fortuna de 16 millones); los bancos se multiplicaban y los capitales comenzaban a agruparse en sociedades por acciones. De tal manera en frente de los privilegiados y de los funcionarios en posesión del Estado, se levantaban las nuevas fuerzas nacidas del comercio y de la industria. De un lado, la propiedad feudal y de la tierra; de otro, la propiedad mobiliaria y burguesa; en el choque de ambas residirá la razón del estallido revolucionario.

En vísperas de la revolución, Francia aparecía como un país floreciente y en pleno auge, aunque también existía una gran miseria. Máximo Leroy, en una interesante obra estampa datos al respecto: a fines de la década de 1780-90 pululaban 118.884 indigentes en París; 30.000 mendigos en una población de 650.000 personas; 3.000.000 de pobres de una masa de 18 millones de franceses. El pueblo, al decir de Mercier, era “flojo, pálido, pequeño, achaparrado y formaba la clase más miserable”, según la frase de Necker. Pero esta miseria podría provocar revueltas y motines, nunca originar una gran conmoción social. Esta surgió del desequilibrio de clases. Mientras la burguesía aumentaba su influencia y poseía la mayor parte de la riqueza, progresando sin cesar, las clases privilegiadas se arruinaban y debilitaban. Sus consumos y derroches provocaron la bancarrota y quiebra del Fisco, dando el motivo inmediato de la Revolución. Su mismo desarrollo hacía sentir a la burguesía las inferioridades legales a que seguía condenada y su ningún rol político. La revolución solo podía venir de arriba y la clase revolucionaria era la burguesía. La clase trabajadora, en ese entonces débil y sin conciencia de su poder, no podía tomar la iniciativa y menos su dirección. La industria se encontraba en sus comienzos, y los centros industriales muy dispersos. Casi no existían grandes grupos coherentes; y las corporaciones, divididas en hermandades rivales, se querellaban por razones mezquinas en vez de formar un frente contra los patrones. La pequeña industria domiciliaria se mantenía como la forma predominante de la producción industrial de la época. Y las pocas grandes fábricas ocupaban, en su mayor parte, a campesinos, que consideraban su salario fabril como ayuda o

complemento de sus recursos agrícolas. En cuanto a los campesinos constituían las bestias de carga de la sociedad francesa: diezmos, censos, terrazgos, prestaciones personales, impuestos reales, servicio militar, todas las cargas pesaban sobre ellos. Vivían una existencia miserable, oprimidos y explotados. Obreros y campesinos no eran capaces de discernir sobre la necesidad y medios de subvertir el orden social. Al lado de los campesinos se alineaba el bajo clero. Pobre y menospreciado, veía la miseria horrible del pueblo frente al derroche de los privilegiados, incluso el alto clero. Por tal razón no predicaba la resignación, sino más bien ponía indignación en los corazones campesinos.

En la cúspide de esta estructura social heterogénea y bamboleante, el rey Luis XVI actúa vacilante. Infeliz y mediocre, el trabajo intelectual le fatigaba, durmiéndose en el Consejo. Al mismo tiempo había vivido lamentables sucesos domésticos y se desacreditaron él y su esposa, la frívola y coqueta María Antonieta. Así la Monarquía estaba profundamente desprestigiada.

Otro historiador notable de la Revolución francesa, especializado, sobre todo, en el estudio de los problemas campesinos, es Georges Lefebvre, quien los ha abordado en numerosos trabajos y ensayos como: “Questions agraires au temps de la Terreur”, “Les thermidoriens” y en su obra de conjunto: “La révolution française”, (Collection Peuples et Civilisations), 1963.

Dentro de la Revolución tuvo una autonomía propia el levantamiento campesino, tanto por su origen (la masa rural fermentó espontáneamente bajo la influencia de la crisis y de las esperanzas surgidas con los Estados Generales) como por sus procedimientos, (hasta el 14 de julio la burguesía no había tocado los diezmos ni los derechos feudales. En cambio, los campesinos se empezaron a levantar desde marzo de 1789 contra sus señores y rechazaban los censos con gran descontento de los burgueses). Los campesinos queman los castillos, eliminan a sus propietarios y destruyen las cédulas reales en virtud de las cuales cobrábanse los innumerables derechos señoriales. La rebelión se dirigía, además, en contra de los acaparadores de mercancías, de los impuestos y de los malos jueces: en una palabra, en contra de todos quienes explotaban a la población y lucraban con su trabajo. La burguesía contemplaba con temor al Cuarto Estado, pues no podía dejar expropiar a la nobleza sin temer por sí mismas, dueña, en gran parte, de las tierras nobles y que recibía de los campesinos rentas señoriales. Por eso la burguesía, unida a la nobleza, inició la represión en contra de los campesinos. Estos contaron con los obreros como aliados. Se desató una verdadera guerra de clases, que agitó constantemente a los campos.

El levantamiento campesino fue autónomo, también, por sus crisis, (las revueltas agrarias se repitieron hasta 1793) y por sus resultados, por cuanto sin él puede asegurar que la Constituyente no habría hecho mellas profundas al régimen feudal y es muy dudoso que lo hubiese abolido sin indemnización. Los campesinos resistieron la legislación clasista de la Constituyente durante los tres años de su gobierno. En la Convención, en 1793, lograron la eliminación total de todas las rentas y pagos feudales, y el otorgamiento al campesino de la propiedad libre y sin reservas de su posesión: se le promovió de una especie de arrendatario hereditario a la situación de propietario legal y absoluto.

Si la revolución campesina fue autónoma por sus tendencias anticapitalistas, en contra de todos los privilegiados: nobles, burgueses, hacendados; la revolución, finalmente, por medio de la burguesía, hizo entrar a la agricultura en el cuadro de la producción capitalista con la libertad personal del individuo, la libertad de la producción y circulación y la movilidad de la propiedad. En vez de fortificar a la comunidad precipitó su disolución introduciendo en ella el egoísmo individual; acentuó y confirmó la diferencia entre

los campesinos acomodados y el proletariado agrícola, sujetando más al jornalero al salario fijado por el hacendado, y preparó el éxodo del campesino pobre hacia la ciudad.

Una obra de extraordinario interés, sobre la revolución francesa es la de Daniel Guérin: "La lutte des classes sous la Première République. Bourgeois et Bras nus 1793-1797", en dos volúmenes.[150] Este trabajo significa una interpretación marxista. Karl Marx había sacado de la revolución francesa su idea de la "revolución permanente" y proyectó escribir una historia de la Convención. Su discípulo Karl Kautsky publicó un folleto de vulgarización sobre los orígenes del proceso revolucionario. Existen otros ensayos de este mismo carácter, como por ejemplo el capítulo respectivo en la "Historia de la época del capitalismo industrial" de Efimov y Freiberg; y un cuadernillo de la "Historia del movimiento obrero" de Duneker, Goldschmidt y Wittvogel. También han estudiado desde el punto de vista marxista algunos historiadores soviéticos. Entre los franceses Daniel Guérin realiza concienzudamente este propósito, en su obra indicada.

En su estudio somete a una severa crítica previa a los historiadores anteriores más importantes. Así, para él, Luis Blanc historiador socialista, permanece siempre en camino trillado de la democracia Jean Jaurès, más socialdemócrata que socialista, "no ha roto el cordón que lo une a la democracia burguesa y permanece "materialista con Marx y místico con Michelet". Los conflictos de clases le parecen menos importantes que las luchas de los partidos, y es injusto con respecto a los "Enragés", ("rabiosos") a quienes Marx consideraba como los representantes principales del movimiento revolucionario. A la vez habría comprendido mal a los Hebertistas y Babuvistas.

Respecto a Albert Mathiez, a pesar de estar familiarizado con algunos aspectos del materialismo histórico y ser autor de páginas clásicas sobre muchos episodios de la revolución "no quiere admitir que la lucha de clases forma el fondo de la historia" y Por amor a Robespierre y odio a Danton, (defendido antes con encarnizamiento por Aulard), ha desvirtuado algunos, de los sucesos más significativos de la revolución. Mathiez es "culpable de haber reducido el acontecimiento más grande de los tiempos modernos al nivel de asquerosos enredos, de turbias intrigas de una quinta columna". En cambio, Georges Lefebvre, historiador de gran corazón, adelantó en muchos aspectos la historia del conflicto revolucionario francés.

Por los antecedentes mencionados, Daniel Guérin aporta una visión de la Revolución diferente de la de sus predecesores. A pesar de atacar a Jaurès, una frase de este historiador define su intento: "De la verdad por sobre todo, es de lo que tiene necesidad el proletariado que lucha".

En el libro de Guérin no se da tanta importancia a la resurrección de las grandes figuras, sino al estudio del movimiento de masas. Desde la caída de los girondinos hasta la ejecución de Babeuf nos muestra cómo se han combinado una revolución burguesa y un embrión de revolución proletaria, por cuanto en este período revolucionario las dos corrientes han cabalgado siempre la una sobre la otra.

El proletariado inorganizado de 1793, los Sans Culottes", llamados "les bras nus" por Michelet, se oponen a los pequeños burgueses, quienes parecían tan próximos a ellos. Mientras los historiadores burgueses y aún el mismo Jaurès, cortan la historia en fajas rígidas: feudalismo, revolución burguesa, revolución proletaria, y no ven su entrecruzamiento, Guérin trata de demostrar cómo en el seno de la fase burguesa se preparan y se manifiestan movimientos proletarios. Según Guérin, a Jaurès "el comunismo de Babeuf se le aparece por momentos como una excrecencia anacrónica más bien que como el término lógico de la

[150] Gallimard, 1946. Nueva edición aumentada en 1968.

Revolución... Al contrario, el marxismo auténtico descubre, disimulados en el árbol espeso de la revolución burguesa, jóvenes retoños de otra lucha de clases, de otra revolución, prolongación y fin último de la que comenzó en Francia en 1789". Esta yuxtaposición de dos tendencias revolucionarias en el seno de la revolución francesa tiene, como en todos los acontecimientos históricos, causas económicas: "La Francia de 1793 era, desde el punto de vista de la evolución de las formas de producción y de propiedad, una combinación heteróclita de elementos retrógrados y de elementos modernos, de elementos retrasados sobre la revolución burguesa y de elementos que tendían a saltar la revolución burguesa". Son los "bras nus" quienes han forzado la mano de la burguesía para tomar la Bastilla; para trasladar la reyecía de Versalles a París; para hacer sancionar por el Rey la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano; para actuar en la insurrección del 10 de agosto y en las masacres de septiembre; para ejecutar a Luis XVI, para castigar a los Girondinos. Y por temor al torrente revolucionario, la Montaña, amante del orden, frenó bruscamente la descristianización. Una vanguardia proletaria exigente y agresiva obligó a la burguesía a conducir la revolución hasta el fin. En 1793 Guérin cree poder reconocer una línea de acción puramente proletaria en su violencia antiparlamentaria expresada en el dramático conflicto que opuso a la Comuna del año II a la Convención y su apogeo se produjo en las jornadas de septiembre de 1793 cuando los "ventres-creux", (los "estómagos vacíos") arrancaron a los montañeses medidas económicas de excepción: la fijación del máximum, la pena de muerte contra los acaparadores, la creación del ejército revolucionario destinado a inspirar un sano terror a los ricos hacendados. Para Guérin, fue Robespierre quien domesticó la comuna, dispersó las sociedades populares, contuvo las alzas de salarios y reprimió las huelgas. Se demostró un hombre de orden, un pequeño burgués tentado por la dictadura, más cerca de Thiers que de Bonaparte. Su opositor, Hebert, según Guérin, solamente sirvió ocasionalmente los intereses de los "bras nus", pero en el fondo era un burgués demagogo en busca de ventajas políticas; él y sus partidarios consideraban a la revolución únicamente como una carrera y no, según decía Jaurès, "como un ideal y una carrera a un tiempo".

Hebert y sus acólitos, en cuanto tomaron conciencia, en septiembre de 1793, del peligro suscitado por ellos, a raíz de la violencia de las reivindicaciones sociales de los oprimidos, buscaron cómo derivar esa cólera hacia otro plano y así empezaron la campaña de descristianización. El éxito de esta campaña fue fulminante y la explosión de odio anticlerical en un principio, después francamente antirreligioso, sobrepasó la esperanza de los hebertistas. Pero Robespierre en su discurso en los Jacobinos, el 21 de noviembre de 1793, hizo una declaración de guerra a los descristianizadores. He aquí para Guérin, el viraje capital, pues de ahí data el sobresalto burgués, el reflujo revolucionario, y una a una, van a ser perdidas las conquistas sociales del proletariado. Robespierre había rehusado aplicar la Constitución de 1793, y por eso el 20 de mayo de 1795, en el período de la reacción termidoriana los elementos populares amotinados invadiendo la Convención gritaban a los diputados: "¡Váyanse todos! ¡Nosotros mismos vamos a formar la Convención!". Robespierre y la burguesía revolucionaria querían "una dictadura por arriba" y los "bras nus" reclamaban "una revolución por abajo" en los clubes y en la Comuna. He ahí todo el drama de la revolución.

La interpretación de Daniel Guérin aporta un indudable enriquecimiento sobre los relatos anteriores de la revolución francesa. Tal vez su visión está limitada, porque para él el marxismo ortodoxo constituye la única llave de la historia. Por tal motivo enfrenta el estudio y explicación de la historia con un espíritu a priori, con ideas preconcebidas, que empleadas sistemáticamente terminan por esterilizar la historia en vez de diversificarla. Sin embargo, a pesar de su punto de vista estrecho y sectario, al pretender renovar la explicación de los hechos históricos, aclara uno de los aspectos más obscuros y menos considerados de

la revolución francesa. Por otra parte, la seriedad de su inmenso trabajo realizado y su generosa pasión por los desheredados confieren originalidad a sus puntos de vista y hacen indispensable su lectura.

Según el criterio orientador en la investigación histórica representa un punto de vista opuesto al de Guérin el sustentado por Máximo Leroy, digno de conocerse, por lo menos en su planteamiento general. Lo formula en el prefacio y en la introducción de su notable obra: "L'Histoire des idées sociales en France", (Tomo I.: "De Montesquieu a Robespierre"). Según Leroy, "la historia enseña que persiste la constante de un terrible duradero humano bajo las fluctuaciones de la moda, del lenguaje, de la ambición, del saber". Pues bien, "es ese duradero que tenemos que conocer en su detalle, en su horrible detalle terrorista, rojo o blanco, detalle tan a menudo atroz y desesperante".

M. Leroy busca en la historia las enseñanzas derivadas "del duradero psicológico" y no de las tesis partidarias sociales políticas. Leroy no es marxista; posee una formación prudoniana. A su juicio los marxistas, a pesar de sus pretensiones para sustituir el socialismo utópico de Saint-Simon o de Fourier por un socialismo científico, no son menos utópicos que sus antecesores: "la utopía de Saint-Simon o de Fourier radica en la descripción de sus instituciones del porvenir; ellos habían sido utópicos, sobre todo Fourier, por sus planes. La utopía de Marx radica en el rol que él ha creído que jugarían las circunstancias económicas en tanto que creadoras revolucionarias del porvenir".

A Leroy le repugna cualquier sistema y dogmatismo simplificador y evita todo fanatismo político y social. Para salir de la utopía, para despejar, sin mutilarla, la realidad de una época, la historia debe ser pluralista y tener en cuenta los diversos aspectos del espíritu humano. La búsqueda histórica constituye "una obra de ensanchamiento espiritual que conviene perseguir con una especie de piedad humana, para no perder nada de la experiencia de quienes nos han precedido en las vías dolorosas de la historia". Es enemigo de la tendencia a esquematizar, a caricaturizar lo real, a penetrar por fractura en la interpretación de los hechos.

La revolución de 1789 no fue un movimiento socialista, como algunos escritores han manifestado. El único movimiento de esa tendencia fue la Conspiración de los Iguales, acaudillada por Gracchus Babeuf, en 1797, en contra del Directorio, pero aplastada con dureza.

Los propietarios, la burguesía y los campesinos acomodados sacaron provecho de la revolución. Precisamente los rasgos distintivos de la revolución agraria elaborados durante ese proceso fueron la emancipación de la agricultura de las restricciones de un feudalismo anticuado y la transformación del campesino cultivador en propietario independiente. Desde la revolución, la unidad de propiedad agraria en Francia es pequeña, y se transformó en un país de campesinos propietarios. Mientras el número de propiedades agrícolas es de 5 y medio millones, el número de trabajadores agrícolas es de 3 y medio millones. De otra parte, nada ganó el trabajador industrial, obrero sin propiedad; ni siquiera se le permitió asociarse, (la Ley Chapelier declaró ilegales las asociaciones de los trabajadores, situación reforzada por el Código de Napoleón), ni tampoco la estéril libertad que la Declaración de los Derechos del Hombre afirmaba ser suya por ley natural. La ley controlaba sus movimientos por medio de reglamentos y prohibía estrictamente su asociación. Se enfrentaban indefensos a sus patrones en las disputas industriales. La revolución consagró solamente el triunfo de la burguesía, de sus reivindicaciones, de su dominio, de sus idearios filosófico, económico y político: el liberalismo, concretado en el régimen democrático burgués.

Las fases principales y los grandes caudillos de la Revolución Francesa[151]

La revolución estalló en 1789 y duró hasta 1799, cuando Napoleón Bonaparte asumió el poder, a raíz del golpe del 18 Brumario. Su momento culminante ocurrió en los años de 1793-1794, declinando a partir del 9 termidor (27 de julio de 1794).

Durante su primera fase, desde junio de 1789 hasta el 10 de agosto de 1792, dominó la gran burguesía. Se esforzó por hacer pactar la revolución con el Antiguo Régimen y declaró la guerra a las masas populares; campesinos, en abierta rebelión contra los privilegios feudales; y obreros de las ciudades, que protestaban por la escasez de alimentos y el encarecimiento de la vida.

El documento más difundido de la Revolución francesa, y la síntesis teórica del anhelo del pueblo en esa grandiosa jornada, es la "Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano", publicada en 1789, En uno de sus acápites dice: "Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos. Las diferencias sociales no pueden tener más base que el bienestar general... El fin de todas las relaciones entre los ciudadanos es la conservación de los derechos naturales e inalienables del hombre. Estos son: la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia contra cualquier opresión".

En la segunda etapa, desde el 10 de agosto hasta el 9 termidor, (1792-1794), el poder fue ejercido por la pequeña burguesía revolucionaria, políticamente organizada en el Club Jacobino, comandado por Marat, Danton y Robespierre. Durante este período, la tarea de la pequeña burguesía consistió en eliminar todas las supervivencias feudales y crear las condiciones políticas que permitiesen a los poseedores desarrollar libremente sus actividades. En su contienda por desplazar el feudalismo para implantar el liberalismo, frente a la nobleza nacional y la reacción europea, los jacobinos representaron el papel de partido revolucionario.[152]

En la tercera fase, a partir de la reacción termidoriana, de nuevo entran a predominar los elementos de la alta burguesía. A lo largo del curso de la revolución, los grandes comerciantes, industriales y propietarios, presentaron un frente común para hacer fracasar la obra revolucionaria en favor de las reivindicaciones populares. Por eso, a pesar de la destrucción del feudalismo, la condición socioeconómica de los grandes sectores laboriosos no mejoró.

El directorio consagró abiertamente la victoria de la burguesía y con ella se impuso el capitalismo. A raíz de su triunfo, la agricultura entró en el cuadro de la producción capitalista, acentuándose la diferencia entre el propietario agrícola y el proletariado agrario, amarrado éste al salario que consentía en pagarle el gran hacendado, o bien lo desplaza hacia las ciudades y las fábricas. Por otra parte, el desarrollo de la industria sobre la base capitalista hizo de la pobreza y de la miseria de las masas obreras la condición vital de la sociedad mercantilista contemporánea. Con mucha razón expresa Albert Mathiez, al resumir los resultados de la revolución: "Puede decirse que el pueblo pagó las costas de la revolución junto con los clérigos y los emigrados. La burguesía que estuvo a punto de ser desposeída en el año II, terminó por afirmar su poder gracias a la inflación. Gracias a la inflación adquirió casi por nada la tierra del clero y de

[151] OCCIDENTE N°229 agosto 1971

[152] El año 1948, apareció, editado por Hachette, el libro de Jacques de Castelnau "Le Club des Jacobins", (1789-1795). En él analiza detenidamente la existencia de este poderoso partido, enfocada como la historia de la ascensión popular francesa hacia la cima de la libertad y como una especie de prefacio del socialismo contemporáneo. En una etapa de la vida no se puede ser sino Jacobino, y el propio Napoleón se jactaba, con cierto orgullo, de haberlo sido en su juventud.

los emigrados. Gracias a la inflación venció a sus enemigos del interior y del exterior. Gracias a la inflación proveyó sus usinas de guerra. Gracias a la inflación, en fin, domesticó por un siglo a las clases populares".

LA REBELION ARISTOCRATICA COMO ANTECEDENTE

Mathiez y Sagnac, entre otros, han demostrado que la responsabilidad inmediata de la revolución recae sobre los mismos privilegiados por negarse a aceptar los sacrificios que el poder real pretendió imponerles y hubo de arrancarles con la convocación de los Estados Generales. La reacción aristocrática, gracias a la venalidad y el favor del Rey, fortalecida en número e influencia por los burgueses enriquecidos, invadió los parlamentos, consejos, clero, Ejército y Administración. Deseaba organizar un gobierno semejante al de Inglaterra donde el Rey, desde 1688, compartía el poder con la nobleza, alto clero y burguesía rica. Montesquieu representó esa tendencia aristocrática de corte inglés. La oposición nobiliaria a las medidas del Rey sugeridas por algunos de sus ministros (los preámbulos de los decretos de Turgot, Malesherbes, Calonne, Brienne y Necker, contenían una recia crítica de los abusos del régimen), al retener en sus manos todos los poderes públicos, comenzó la revolución. La aristocracia judicial, por ejemplo, se enfrentó constantemente al Rey usurpándole parte de su autoridad y produciendo una verdadera rebelión noble en contra de la Monarquía y de revés, levantó la burguesía. La revolución fue en sus principios, aristocrática y no burguesa. Que abortó y preparó el camino a la revolución burguesa es un hecho incuestionable.

LA ELECCION DE LOS ESTADOS GENERALES

Le revolución se inició con la campaña para elegir los miembros de los Estados Generales. Coincidió con una grave crisis económica, pues se había paralizado gran parte de la producción industrial ante la competencia victoriosa de las mercaderías inglesas que entraban al país en gran cantidad desde el Tratado de Comercio de 1786. El pan escaseaba y encarecía, y sin embargo los graneros de los privilegiados estaban repletos.

La elección no se hizo de acuerdo con las formas antiguas (en 1614 había sido la última reunión de los Estados Generales), sino por un Reglamento Electoral fijado especialmente; complicado, pero bastante liberal. La base del proceso electoral residía en las parroquias o aldeas, las corporaciones y los barrios: luego, la asamblea de la población, (pueblo o lugar); enseguida, la asamblea de bailía secundaria y, finalmente, la asamblea de bailía principal. Junto con elegir a sus representantes se les proveía de un "Cuaderno de Quejas y Peticiones". En las asambleas de los privilegiados la lucha fue viva entre la minoría liberal y la mayoría retrógrada; entre la nobleza cortesana y los hidalgos de provincia; entre el alto y bajo clero.

En el Tercer Estado, unido en su ataque a la aristocracia, había una gradación diversa en sus reivindicaciones, según fuesen enunciadas por la burguesía, los artesanos o los campesinos. Aparecían nítidamente diferenciados los intereses de clase. Mientras no se presentaban reivindicaciones propiamente obreras, los campesinos atacan directamente y a fondo el feudalismo Jean Jaurès reproduce en su "Historia de la Revolución", páginas enteras de estos "Cuadernos", muy reveladores al respecto. La burguesía, propietaria ya de una buena parte de la tierra, se solidariza en la defensa de los derechos sobre ésta con la clase feudal, en contra de los campesinos pobres y desposeídos. En el otro plano, los anhelos de industriales y comerciantes son objeto de estudios precisos. Es decir, la clase próxima a tomar la dirección de la revolución siente plena conciencia de su fuerza y de sus derechos.

Sin embargo, del examen general de los “Cuadernos de Quejas y Peticiones” se desprende una condena unánime al absolutismo. Nobles, sacerdotes y plebeyos coincidían en reclamar una Constitución erigida para limitar los derechos de la realeza y establecer una representación nacional con la facultad de hacer leyes y votar los impuestos. El amor a la liberación, los odios a la arbitrariedad inspiraban todas las reivindicaciones.

LOS MOVIMIENTOS CAMPESINOS

El 14 de julio cayó la prisión de la Bastilla por un levantamiento del pueblo parisiense armado. Desde ese instante también las masas campesinas extendieron su insurrección, visible desde marzo en diversas regiones de Francia, (en Maçon y Beaujolais incendiaron 72 castillos). Fueron atacados violentamente por la burguesía encargada de la represión, aliada a la nobleza, y rechazados los grupos campesinos más numerosos, apresados sus dirigentes y muchos condenados a muerte.

Desde los comienzos de la revolución, el levantamiento de las masas rurales fue general y actuó con autonomía, provocando considerable sobresalto en el seno de la Asamblea Nacional constituyente. Se sintió aterrada por esa violenta explosión campesina. A consecuencia de ella, el 4 de agosto las clases privilegiadas procedieron a despojarse de sus derechos merced al ardiente empuje de los menesterosos, y fueron algunos de los nobles más ricos quienes propusieron abolir los derechos feudales. La burguesía era partidaria de represión, afirmando, con el objeto de desprestigiar el movimiento campesino, que en los propios círculos reales había partido la instigación a los desposeídos a lanzarse en contra de las propiedades, y así vengarse de la derrota de la monarquía.

En el fondo la burguesía defendía el derecho de propiedad en general y las propiedades suyas adquiridas en grandes proporciones. Más tarde, cuando se enfrió su entusiasmo, la Asamblea Nacional constituyente trató de limitar sus concesiones y distinguir entre aquellas cargas feudales impuestas al campesino contra su voluntad y aquellas, como los censos feudales, resultado de un libre contrato celebrado entre él y su señor. Ante esta actitud, los campesinos acusaron a los burgueses, dueños de vastos feudos, de haberlos engañado y traicionado. Las primeras cargas feudales fueron suprimidas sin compensación, pero se obligó al campesino a redimir las segundas. En la práctica fue abolida está distinción por la presión de los movimientos campesinos que resistieron tenazmente la posición clasista de la Asamblea Nacional Constituyente. Esta, por medio de las guardias nacionales burguesas y aprovechando la desunión campesina, mantuvo la situación indicada hasta 1793 cuando la Convención Nacional hizo tabla rasa de todas las rentas y pagos feudales, aboliendo totalmente el feudalismo, para transformar al campesino en propietario libre. La revolución abolió también la pesada carga del diezmo (más de 100 millones de francos anuales) y redujo enormemente el gravamen de la contribución. Además, la renta de la tierra confiscada al clero y la nobleza les permitió aumentar y redondear su patrimonio territorial. De tal modo, Francia se transformó en una república de campesinos propietarios, siendo la pequeña propiedad la unidad básica de su economía agraria.

LA PERMANENTE EFERVESCENCIA PROLETARIA

Un problema permanente de la revolución, agravado en los años 1792, 1793 y fue el del encarecimiento de la vida y la escasez de subsistencia. Ese hecho provocó el levantamiento tanto de las masas rurales como del pueblo de las ciudades en contra del gobierno de la burguesía. Ese movimiento de masas provocado por la miseria y el hambre, a pesar de carecer de una organización y dirección propias, logró modificar la voluntad de los hombres del momento. Pero tan pronto como el enemigo exterior haya sido

vencido y los aristócratas estén reducidos, la burguesía se volverá contra el proletario con el fin de aniquilarlo a su vez. La levadura del movimiento popular fue la inflación. La masa reclamaba la vuelta de la reglamentación abolida, de las declaraciones de la venta obligatoria en los mercados y de las requisiciones, como una imposición de los pobres contra los ricos, y a manera de represalia, para solucionar el problema angustioso del encarecimiento del pan y de la disminución del poder adquisitivo de las entradas fijas, a causa de la guerra, de la especulación y el lucro. Una sublevación permanente inquietó los campos. En las ciudades, los obreros y menesterosos trataron de obtener el reajuste de sus salarios, la fijación de los precios y la represión de los acaparadores y de los especuladores.

En el fondo de la revolución se produjo una lucha de clases constante. El pueblo se levantó contra los propietarios e industriales en mayoría en la Asamblea Nacional Constituyente, luego en la Asamblea Legislativa, y aun en la Convención. De ahí la insurrección del pueblo en contra de esos organismos en diversas oportunidades, imponiendo nuevas formas políticas. El "máximum general" aprobado durante la Convención, o sea, la fijación de los precios a los artículos de primera necesidad, amén de otras medidas económicas radicales, acarrearon la organización del terror, o sea, la centralización del poder para imponer una legislación enderezada a herir los intereses particulares en favor de las masas pobres.

LAS REIVINDICACIONES DE LA BURGUESIA

En 1789, la burguesía y la masa del pueblo aspiraban a un régimen social mejor, basado en la igualdad y la justicia, por medio de la supresión de los privilegios y la modificación del sistema feudal. La burguesía grande y pequeña "odiaba a los privilegiados más que a los privilegios y veía con alegría cómo la masa popular atacaba la desigualdad; es que la mayor parte de ellos no aspiraba sino a hacer de la igualdad un medio para conquistar el poder". (Luis Madelin).

La burguesía, durante todo el proceso de la revolución, debió atender, por un lado, a contener la corriente aristocrática y, por otro, la corriente popular, a fin de llevar al éxito sus propias reivindicaciones. Los campesinos acomodados, los propietarios y los burgueses ricos defendían sus intereses y en función de ellos luchaban por que el poder cayera en sus manos. Pero los clubes, organismos políticos burgueses, se encontraron pronto sometidos a la tendencia avanzada, eliminando progresivamente a los elementos moderados. Fueron los clubes los que, después de Varennes, orientaron a la oposición hacia el régimen republicano y patrocinaron las reformas más atrevidas.

La revolución impuso en Francia el liberalismo económico y político. Las clases poseedoras, detentoras de la tierra, la industria y el comercio, detestaban la reglamentación monárquica, limitándose sus beneficios, e impedía sus especulaciones. "Tal vez creían con sinceridad en las virtudes de la libre concurrencia; pero, en todo caso, comprendían que la libertad económica multiplicaría su poder". (Albert Mathiez).

Muchas de las reformas económicas solamente aprovecharon a la burguesía. Las clases pobres eran hostiles a la libre venta y a la libre circulación. Al derecho de propiedad el instinto popular oponía el derecho a la vida; pero los grandes propietarios y burgueses ricos proclamaron la libertad absoluta de la venta y circulación de granos, eliminando la reglamentación. En muchos lugares el pueblo se rebeló e hizo el reparto de granos y harinas. Pero las buenas cosechas en 1789 y 1790 favorecieron las medidas del liberalismo burgués. La desastrosa cosecha de 1791 hizo cundir la agitación y el proletariado ciudadano y campesino hubo de tomar por su cuenta la vieja reglamentación de la monarquía.

LA CONSTITUCION DE 1791

Según la Constitución de 1791, con apariencias monárquicas, Francia se convirtió de hecho en una república burguesa. Suprimía los privilegios fundados sobre el nacimiento, pero respetaba y consolidaba los fundados sobre la riqueza. La "Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano" proclamaba que la Ley es la expresión de la voluntad general, y daba a todos los ciudadanos el derecho de concurrir a su formación, pero la Constitución, respecto del derecho electoral, dividía a los franceses en dos clases: pasivos, excluidos del derecho de sufragio, porque no tenían propiedad, y activos, o propietarios, quienes únicamente podían participar en la vida pública. Los proletarios eran "máquinas de trabajo" a quienes se juzgaba carentes de libertad y posibles instrumentos de los aristócratas. Los ciudadanos activos fueron en 1791 cuatro millones y cuarto, quedando tres millones de pobres fuera de los derechos de ciudadanía. Significaba un retroceso en relación con el criterio empleado en la elección del Tercer Estado para los Estados Generales. Entonces solo se habría exigido en ella para ser elector la circunstancia de aparecer inscrito en la lista de contribuyentes. A la aristocracia del nacimiento sucedía la aristocracia de la fortuna.

A la Constitución censitaria de 1791 se agregó otra medida en beneficio de la burguesía. El 14 de julio de 1791 la Constituyente votó la Ley Chapelier. Reprimía severamente, como delito, la coalición de los obreros para imponer un salario uniforme a los patrones. La confiscación y venta de los bienes del clero, igualmente, ayudó al fortalecimiento de la clase mencionada. Permitió la liquidación de dichos bienes el asignado. Se convirtió en un arma política: aceleró la venta y la hizo irrevocable, hasta permitir a la revolución vencer a sus enemigos interiores y exteriores. Como arma financiera no escapó a los peligros de la desvalorización, pero era recibido su valor nominal en el pago de los bienes nacionales. El adquirente ganaba la diferencia entre su valor nominal y su valor real en el mercado, muy inferior. Por esa razón existió un vivo deseo por cambiarlo en un valor sólido y permanente: la tierra. La burguesía urbana adquirió la mayor parte de los lotes puestos en venta; en menor escala los aristócratas y los campesinos, adquirentes de pequeñas parcelas, ligándose por ello a la revolución. El poderío de la burguesía sufrió un serio quebranto en las jornadas del 9 y 10 de agosto de 1792, al triunfar una insurrección popular acaudillada por el Municipio de París. La comuna insurreccional popular triunfante el 10 de agosto, se organizó al margen de los clubes y de los líderes. Desde el fin de la Asamblea Legislativa a raíz de la insurrección victoriosa, hasta el 20 de septiembre, o sea desde la toma de las Tullerías y la prisión de Luis XVI en el Temple hasta la reunión de la Convención, se desenvuelve un período en el cual contienden el poder legal y el poder revolucionario, surgido de las acciones victoriosas del 9 y 10 de agosto. Esta lucha continuó en el seno de la Convención, disputándose la mayoría. El partido de la Montaña será esencialmente el partido del antiguo municipio revolucionario de París y el partido de la Gironda se formó por los diputados que nutrieron las filas de la izquierda en la Asamblea Legislativa y, luego, pasa a constituir el ala derecha de la Convención.

GIRONDINOS Y MONTAÑESES

Los girondinos representaban los intereses de los comerciantes de Burdeos en especial, y de la burguesía toda. Se manifestaron contrarios al destronamiento del Rey y a la insurrección popular; partidarios de la legalidad enemiga de las medidas excepcionales, revolucionarias, propiciadas por el Municipio de París, y cuyos puntos principales eran, en el dominio económico-social, las reglamentaciones, las declaraciones de mercaderías, las requisiciones, el curso forzoso del asignado, en una palabra, la limitación de la libertad comercial; en el dominio político, la vigilancia de todos los adversarios del régimen considerados como sospechosos, la creación de jurisdicciones excepcionales; la suspensión de la libertad individual, la concentración del poder por la subordinación estrecha de las autoridades, programa realizado íntegramente durante el Terror, a juicio de Michelet, los girondinos pertenecían a la burguesía semi

constitucional y semi republicana; poseían respeto profundo a la propiedad y les dominaba el miedo a la revolución popular. Despreciaban al pueblo humilde, andrajoso. A entender de Kropotkine, ellos preferían "¡antes el rey traidor y la invasión extranjera que el triunfo de la revolución popular!"

Los girondinos comprendían un gran número de propietarios y de ciudadanos instruidos: tenían el sentimiento de las jerarquías sociales, que querían concretar y fortificar. Sentían una repugnancia instintiva hacia el pueblo grosero e inculto y consideraban el derecho de propiedad casi absoluto e intangible. Creían incapaz al pueblo y reservaban a su clase el monopolio gubernamental. Todo cuanto intentaba poner trabas a la acción de la burguesía propietaria les parecía mal. Profesaban el liberalismo económico más completo. El Estado más perfecto para ellos era aquel que intervenía menos en la actividad de los individuos".

Los montañeses, por el contrario, representaban a las clases bajas, a quienes sufrían la crisis provocada por la guerra, habían derribado el trono y logran derechos políticos merced a la insurrección. De criterio realista, estaban cerca de la verdad de las cosas, porque comprendían que la situación de Francia reclamaba medidas extraordinarias: al derecho de propiedad oponían el derecho de la vida; al interés individual, el interés público; comprendían cómo a pretexto de los principios se pudieran poner en parangón una clase y la Patria. Estaban prestos a recurrir, en caso de necesidad, a supresiones de la libertad y propiedad particulares, o individuales, si así lo exigen los superiores intereses de la masa. La relación entre los girondinos y montaña producía una verdadera lucha de clases con programas definidamente antagónicos.

El Municipio y la Montaña defendían los intereses de las clases populares, artesanos, obreros, consumidores, combatientes en la guerra, y quienes azotaban sus consecuencias: encarecimiento de la vida, paro forzoso, desequilibrios de salarios.

La Asamblea Legislativa y su heredero, el partido de la Gironda, representaban a la burguesía poseedora y comerciante movilizada en defensa por sobre todo de sus propiedades e intereses, amenazados por las confiscaciones y limitaciones severas. Sin embargo, la mayor parte de los montañeses, como los girondinos, tenía origen burgués. La política de clase por ellos inaugurada no surgía plenamente de las entrañas del pueblo. Fue una política de circunstancias, una manera plebeya, dice Carlos Marx, de acabar con los reyes, los sacerdotes, los nobles, con todos los enemigos de la revolución. La oposición entre girondinos y montañeses se tornará dramática en el seno de la Convención. En la Montaña, los jacobinos constituían una minoría audaz y decidida. Pero el Club de los jacobinos no fue el iniciador y cabeza de todos los movimientos revolucionarios de París y de las provincias. La evolución de Robespierre y de los jacobinos hacia el republicanismo fue lenta y siempre combatieron "la ley agraria" y la nivelación de las fortunas. Temían llamar a la fogosidad revolucionaria del pueblo. En cambio, Marat se entregó por entero a la causa popular, y, por eso, Robespierre odiaba en Marat su orden revolucionario, su desconfianza de los políticos y su desprecio a los ricos.

La convención fue elegida por sufragio universal, participando los ciudadanos activos y pasivos. Concurrieron a las urnas pocos actuando solamente una minoría decidida.

Sainte Claire Deville en su obra "La Commune de l'an II", ha realizado un estudio destinado a investigar la real intervención del pueblo en las jornadas de esa época. Según este escritor, la Comuna no expresaría exactamente la soberanía del pueblo, sino más bien la dictadura de un puñado de dirigentes y agitadores. A las asambleas de sección las frecuentaba un reducido número de ciudadanos y en los diversos escrutinios

no se alcanzaba a juntar un décimo de los votantes. Es preciso rebajar en mucho "los movimientos de masas mencionados tan frecuentemente. Una minoría activa, enérgica y audaz conducía la revolución y en esta época, dentro de ellos, los "hebertistas" y los "rabiosos" lograron una mayor inspiración e influencia".

La mayor parte de los diputados elegidos pertenecían a la burguesía o eran propietarios ligados a la Revolución. Solo figurados dos obreros. Resultaron elegidos en gran número los girondinos más conocidos por su obra. El pueblo pedía una política económica drástica, pues en su sentir los ricos que no abandonaban sus hogares para ir a la guerra debían indemnizar a quienes partían para defender sus bienes. Los girondinos no comprendían esto y sostenían una estricta política de clase. Su jefe Brissot, decía: "Todo hombre que hable de Ley Agraria y de reparto de tierras, es un decidido aristócrata, un enemigo público, un malvado al que se ha de exterminar".[153]

LAS LUCHAS Y PELIGROS DE LA CONVENCION

Los jacobinos querían limitar los abusos del derecho de propiedad subordinándolo al interés público, aunque sin pensar en suprimirlo. Marat denunciaba la excesiva riqueza y la desigualdad social como fuentes de esclavitud de los proletarios. A juicio de Robespierre, nada se hacía en favor de la libertad si no se disminuía la extrema desigualdad de fortunas. Más adelante, Saint-Just dirá: "Ni ricos ni pobres. La opulencia es una infamia". Los trabajadores y multitudes hambrientas solamente podían oponer su miseria al lujo insolente de los nuevos ricos, que hacían de él provocativa gala. Afluían quejas de todas partes en contra de los proveedores, especuladores y financistas, verdadera raza de rapiña.

La pugna interna, derivada del proceso económico-social se agravó cuando la guerra se intensificó y amenazó a Francia. Por la acción de los mercaderes de la City y Pitt, su intérprete, se constituyó la primera coalición contra Francia. Sola frente a las más grandes potencias de Europa defenderá su independencia y las numerosas ventajas obtenidas con la revolución. Ante la alianza de las potencias absolutistas la revolución apeló a la solidaridad de todos los hombres amantes de la libertad. La Convención Nacional "declara, en nombre de la nación francesa, que acordará fraternidad y ayuda a todos los pueblos que quieran recobrar su libertad y encarga al Poder Ejecutivo de a los generales las órdenes necesarias para que presten socorro a estos pueblos y defiendan a los ciudadanos que hayan sido vejados o puedan serlo por haber defendido la causa de la libertad".

Consagraba la solidaridad de todos los revolucionarios y se aventuraba a provocar una guerra universal de carácter social. Entraba a propagar su evangelio por la fuerza de las armas, a pesar de haber repudiado el militarismo y las conquistas.

La organización de la primera coalición estimuló a los reaccionarios franceses en su lucha contra el gobierno, pero la levadura de la contrarrevolución fue el sentimiento religioso herido. La lucha religiosa dobló las fuerzas del partido aristocrático y significó la formación de un partido anticlerical. Antes de las elecciones de la Convención se había ordenado la deportación de los sacerdotes refractarios (decreto del 26 de agosto) y tal vez unos 25.000 se encaminaron al extranjero. La primera coalición devolvió la energía a los realistas, quienes incubaron la insurrección de La Vendée, a pretexto de la leva de los 300.000 reclutas para enfrentar la invasión extranjera. La rebelión realista y clerical tomó el carácter de una cruzada; los

[153] Sin embargo, había alcanzado celebridad por sus "Recherches philosophiques sur la propriété et le vol".

revoltosos se batieron con fanatismo por su Dios y por su Rey.[154] Sus concepciones políticas, sociales y religiosas, y sus medidas prácticas tendientes a consolidar su dictadura, quedaron registradas en una serie de documentos redactados desde fines de 1793 hasta mediados de 1794. Entre ellos alcanzaron especial significación los informes de Robespierre ‘‘sobre los principios del gobierno revolucionario”, (del 25 de diciembre de 1793); “sobre los principios de moral política que deben guiar la Convención Nacional en la Administración interior de la República”, (del 5 de febrero de 1794); y, “sobre las relaciones de las ideas religiosas y morales con los principios republicanos”, (del 7 de mayo de 1794); en los informes de Saint-Just, “sobre las conspiraciones contra el pueblo francés y la libertad”, (del 13 de marzo de 1794); y “sobre la política general de la República”, (del 15 de abril de 1794); de Billaud Varenne, “sobre la teoría del gobierno democrático”, (del 20 de abril de 1794); y de Couthon, “sobre el Tribunal Revolucionario”, (del 11 de junio de 1794).

LAS MEDIDAS RADICALES DE LA CONVENCION

Por otra parte, la miseria creciente, a causa de la desproporción entre los salarios y los precios, la desvalorización de los asignados y la carestía constante agravaron las condiciones de vida de las masas y produjeron perturbaciones y motines. Uno de sus dirigentes escribió: “Es imperioso hacer que el pobre pueblo pueda vivir si queréis que os ayude a realizar la revolución”. De esta inquietud económica se aprovechaba la reacción, y sumada a los motivos políticos y religiosos indicados, dio origen a la formidable insurrección vendeana.

Michelet, a lo largo de su estudio, señala la participación incansable del clero en los intentos para destruir la revolución; “la fuerza de la contrarrevolución, nunca lo diremos bastante, estaba en los curas”, y trató de restablecer la feudalidad. Cuarenta mil pulpitos y cien mil confesionarios trabajaban en tal sentido, contando con un ejército aliado formado por los mendigos, en su mayor parte activo y robusto. De trescientas mil almas residentes en la Vendée, cincuenta mil vivían de la limosna, sin hacer nada, especialmente de la limosna del clero, dependían de él y hubieran muerto por él, antes que trabajar. El cura lo fue casi todo en la sangrienta y fanática guerra de la Vendée. Aprovechó las antiguas supersticiones locales e hizo, “aparecer” la Virgen entre las espesas brumas de los bosques sombríos y los setos impenetrables para instigar a la rebelión contra la República. Por eso la Vendée se inició como un movimiento popular campesino, estimulado y dirigido por el clero y alguno nobles. Sus principales jefes fueron hombres obscuros, como Cathelinesu, artesano y sacristán; Stofflet, viejo soldado, hijo de un molinero; Charette... Se transformó en una guerra salvaje, de una crueldad bestial, a causa del feroz fanatismo insuflado por los curas. La situación se salvó por la acción de numerosos héroes republicanos anónimos. (Por ejemplo, el hojalatero liejés Meuris, radicado en Nantes, de 33 años, quien con 500 hombres detuvo en Nort, punto esencial en la defensa del gran puerto de Nantes, durante un día a las fuerzas insurrectas vendeanas. Solo sobrevivieron 30 de aquellos héroes. La caída de Nantes habría permitido la entrada de los nobles y de los ingleses y el derrumbe, tal vez, de Francia. Por eso Napoleón dijo: “Su salvación dependía de la de Nantes ¡Cuánto debe la Francia al batallón inmortal y al hojalatero Meuris!” (Meuris murió en un duelo estúpido a manos de un girondino nantés).

[154] El punto de vista católico sobre la revolución francesa ha sido expuesto recientemente, con seriedad por André Latreille en su obra: “L’Eglise catholique et la Révolution Française”, a base de una documentación abundante, en parte obtenida de las fuentes del Vaticano. No obstante, no agrega mayores datos a los ya presentados en este aspecto.

Los realistas hicieron de la Vendée una leyenda poética y no pasó de ser un sanguinario drama. Y esa guerra se hizo por un increíble fenómeno de la injusticia, de ingratitud y de incomprensión absurda. Combatieron a los republicanos, que les daban tierras y derechos, por defender a los curas y nobles, que pretendían restablecer sus privilegios y el sistema feudal. Feller, citado por Michelet, quien condenaba "el juramento execrable de igualdad reprobado por Dios y contrario a la autorizó legítima que Él ha establecido. ¡Libertad, es decir, licencia, libertinaje, un monstruo del desorden! ¡Soberanía del pueblo! ¡Palabra seductora inventada por el demonio!".

Para aplastar la rebelión vendeana y conjurar la insurrección federalista, secuela de la derrota de los girondinos, en varias provincias, y utilizada por el realismo, en el interior; y para hacer frente a los ataques del exterior, la Convención encaminó hacia la implantación del terror, es decir, hacia la dictadura y la supresión de las libertades. El partido revolucionario será una minoría ardiente, celosa y enérgica. Tenía necesidad de la dictadura y de la violencia, pero amparaba sus actos en la imagen de la patria, a la que pretendía defender y salvar. En medio de la situación política anárquica, llena de artimañas estériles y de zancadillas, el pueblo se consumía en vanos esfuerzos para asegurarse el pan cotidiano y la justicia revolucionaria actuaba con lentitud, sensible a la influencia y a las presiones. Hebert escribió en el "Père Duchesne "lo he dicho más de una vez: la revolución ha cambiado las cosas y los hombres han continuado siendo los mismos y, desgraciadamente, los jueces son únicamente hombres".

De esta realidad surgió la petición de que se ponga el terror a la orden del día. El pueblo tenía hambre y, cansado de esperar, decidió "salvarse por sí mismo". El terror fue impuesto por un movimiento popular auténtico, cuya expansión solo se puede explicar por las privaciones materiales soportadas largos meses y por los peligros políticos internos y externos ya mencionados.

Se crearon organismos especiales; se creó el Tribunal Revolucionario; se constituyeron los Comités de Vigilancia, proveedores del Tribunal Revolucionario. Para atraerse a las masas y aplastar le rebelión federalista, la Montaña votó tres grandes leyes:

1. La ley del 3 de junio sobre modo de venta de los bienes de los emigrados. Debían ser divididos en pequeñas parcelas, cuyos adquirientes podían pagar en diez años; 2. Ley de 10 de junio, reglamentando el reparto de los bienes comunales. Debía hacerse de modo igualitario por cabeza de habitante; 3. Ley de 17 de julio. Abolió sin indemnización todas las deudas feudales, (los últimos pergaminos feudales debían ser destruidos). Estas leyes completaron la ruina del sistema señorial y liberaron definitivamente la tierra.

El 27 de julio se dictó un decreto contra el acaparamiento. Todos los artículos de primera necesidad quedaron bajo la mano de las autoridades. Votaron el curso forzoso del asignado; la fijación del precio máximo del trigo; el aumento de sueldo de los funcionarios; la imposición de un empréstito forzoso de 1.000 millones, haciéndolo pesar sobre las clases acomodadas, de acuerdo con el lema: "los ricos deben pagar", por cuanto "la clase pobre ha hecho constantemente sacrificios; lo ha sacrifico todo, hasta su sangre; ha sido pródiga con la libertad. Es tiempo de que el rico egoísta comparta las cargas que el pobre ha soportado solo". Y, finalmente, votó una Constitución liberal y democrática.[155]

[155] Véase el análisis de Gérard Walter en su "Historia del Terror", (1793-1794), aparecida hace algunos años. Walter desmenuza en la primera parte de su libro los diversos aspectos de la obra de los revolucionarios y los obstáculos encontrados a su paso; la acción constante del pueblo para aliviar su miseria; los graves problemas de la escasez de subsistencia, provocada especialmente por los acaparadores; alza constante del precio de los artículos de primera necesidad por el agio; la venalidad de la justicia; la formación de una vasta burocracia revolucionaria, etc. En la

Carnot dijo con respecto al Terror, que “fue una dictadura de necesidad”. Los dirigentes no la preveían ni la deseaban; se la impuso para salvar a la patria amenazada por los más tremendos peligros.

En julio de 1793 se tornaba grave la situación en la frontera norte; la reacción se mostraba insolente; fueron asesinados Marat y Chalier, (en Lyon), y otros; la situación de las masas era aflictiva, de donde extraían su fuerza los “rabiosos” o exaltados, y su agitación permanente, conducidos por Hebert, Roux, Leclerc, Varlet.

LA DICTADURA DE ROBESPIERRE

A consecuencia de las luchas mencionadas subió al poder el jefe de los jacobinos, Robespierre. A este respecto dice Mathiez: “Lo que aporta al Comité no son solamente sus raras cualidades personales, su sangre fría y su valor, su aguda clarividencia, su verbo elocuente, sus notables facultades de organizador, su absoluto desinterés; es aún algo más que todo eso. Robespierre es, después de la Constituyente, el revolucionario más popular entre la clase de los artesanos y las gentes humildes, de quienes posee toda la confianza. Es el jefe indiscutible de los “descamisados”, sobre todo después de la muerte de Marat”. Quienes ligaron su suerte a la revolución y no tenían otra alternativa que vencer o morir, estaban detrás de él.

Robespierre inauguró una política democrática y nacional, debiendo luchar contra la reacción y contra les exaltados. Y esa lucha tuvo lugar en medio de grandes desastres militares y de la escasez y carestía en el interior. Frente a los exaltados no temía su política social e hizo votar leyes populares para solucionar el problema de las subsistencias y reprimir el agio y la especulación; pero combatía en ellos su demagogia y su alianza con elementos sospechosos para provocar anarquía y violencia. Los acusó de “intrigantes”, término sibilino en el cual envolvía a los agentes realistas y a los “rabiosos”. En honor a la verdad, los “rabiosos” se preocupaban especialmente del problema del trabajo y de los salarios para los obreros, “la clase más sinceramente ligada a la revolución y que conviene, por consecuencia, considerar más”. Eran los intérpretes más genuinos de las reivindicaciones de las masas y constituían una oposición popular al partido dueño del Poder. Robespierre los acusa de “intrigantes”, a fin de desprestigiarlos, y para eliminar su acción se redujeron las asambleas revolucionarias, aunque éstos burlaron la disposición constituyendo “sociedades populares”.

La constante lucha de la reacción; la oposición de los rabiosos y de los hebertistas, hizo permanente el Terror, organizándose la vigilancia y represión de un modo constante por medio de la Ley de Sospechosos, (17 de septiembre). Esa ley mereció bastante discusión respecto del contenido del término “sospechoso”, pues se prestaba para que los odios personales oprimieran a los buenos ciudadanos. Igualmente consiguió la fijación de las tasas de los artículos de primera necesidad (máximo) y su obtención arrancándolos de manos de los cultivadores; y dio un gran impulso a la defensa nacional para sostener la guerra a ultranza: creación de nuevos ejércitos, armamentos, organización de la ayuda de los sabios, asociándolos al Estado, como Monga, Bertholet, Fourcroy, Chaptal, Perier, Vardermonde, Hassenfratz; y al ejército revolucionario para purificar la República de los conspiradores y acaparadores.

LOS EXCESOS DEL TERROR

segunda parte estudia la repercusión del Terror en los pequeños lugares rurales, ciudades de provincia y centros industriales de las distintas comarcas de Francia.

El gobierno revolucionario se convirtió en la dictadura de un partido ejercida en provecho de una clase, la de los consumidores modestos, (artesanos, pequeños propietarios y pobres), conducida por hombres de la burguesía que habían ligado su suerte a la revolución y, sobre todo, por aquellos a quienes dentro de esa clase enriquecía la fabricación de guerra.

Desde octubre de 1793 fueron guillotinados los girondinos, la Reina María Antonieta, Felipe Igualdad, Madame Rolland, Bailly, Barnave, los generales Custine, Brunet, Houchard, Lamoliére, Biron, Dillon, Dubayet, Harville.[156] En Lyon se cometieron carnicerías: 1.667 sentencias de muerte, (Comisión Parein); en Nantes se llevaron a cabo terribles represiones: el ciudadano Carrier hizo ahogar a 2.000 y fusilar a 4.000 vendeanos.

Para mantener este Terror inmisericordioso de Robespierre debió aplastar el partido de los Indulgentes, (Danton, Desmoulins, Delacroix, Philippeaux, Westermann), desprestigiado porque a él se unieron bribones corrompidos y venales agiotistas mezclados en obscuros asuntos de dinero y especulaciones; complotadores relacionados con agentes de las potencias extranjera y con los aristócratas, como Chabot, (el capuchino Chabot, parlanchín incansable, dio motivo para la creación del verbo "Chaboter", en reemplazo de "Jaboter", es decir, charlar locuazmente), Basire, Fabre d'Eglantine, Delaunay, Heraut de Sécheelles. Los indulgentes al reclamar clemencia para hombres indignos se desacreditaron y no lograron detener el Terror cayendo, a su vez, barridos por él.

Los hebertistas y los rabiosos fueron acusados de ateísmo, a raíz de su campaña de descristianización y, también, por su campaña en favor de las reivindicaciones de las masas con medidas extremas dirigidas a herir el derecho de propiedad, defendido intransigentemente por la Convención. Los revolucionarios seguidores de Robespierre no eran ateos. Aun los más alejados de los dogmas cristianos, no creían que el Estado pudiera prescindir de un credo y de un culto. No podían desentenderse de las conciencias y estimaban necesario ligar la moral política enseñada en las ceremonias cívicas, (amor a la libertad, a la razón y a la patria), con una moral filosófica generadora de las virtudes privadas. Una convicción general sostenía la fe en Dios como el fundamento de la sociedad. El pueblo francés reconocía el Ser Supremo y la inmortalidad del alma, pero eliminaba a los sacerdotes. Robespierre quería la reconciliación de todos los franceses alrededor del culto sencillo y puro del Ser Supremo y la Naturaleza. Para él Naturaleza y Dios se confundían, de acuerdo la filosofía de su maestro Juan Jacobo Rousseau.

JULIO CESAR JOBET Premio Municipal en Ensayo, 1971[157]

Nuestro colaborador Julio César Jobet, de vasta labor como publicista y como profesor, ha sido galardonado con el Premio al mejor Ensayo, por la Municipalidad de Santiago.

Pocas veces se ha hecho una distinción tan merecida. Trabajador infatigable, Julio César Jobet ha adquirido sólido prestigio a través de largos años con su labor de investigador, de sociólogo, de crítico de las formas sociales en vigencia.

Entre las muchas obras que ha escrito recordamos su conjunto de Ensayos intitulado "DOCTRINA Y PRAXIS DE LOS EDUCADORES REPRESENTATIVOS CHILENOS" en la que hace acuciosas biografías o estudios acerca de Manuel de Salas, Andrés Bello., Valentín Letelier, Francisco Encina, Enrique Molina, Luis Galdámez,

[156] Kleber y Marceau, heroicos generales de la revolución, se encontraban ligados por una admirable fraternidad y decían: "Combatamos Juntos, juntos seremos guillotinados".
[157] OCCIDENTE N°230 septiembre 1971

Darío Salas, Ricardo Latcham y Eugenio González Rojas, el exsenador y Rector de la Universidad de Chile, que hoy desempeña el cargo de presidente del Consejo Nacional de Televisión.

Sus publicaciones en la Revista "Occidente" han merecido siempre los mejores comentarios. Últimamente ha estado escribiendo acerca de la Revolución Francesa y de sus hombres más destacados. Los enfoques han sido de grande interés y muy novedosos dentro de lo que pueden ser períodos y hombres de la Historia tan densamente comentados.

La entrega de los premios municipales de este año se hará en una ceremonia que se llevará a cabo en noviembre próximo.

Los problemas de Chile vistos por un escritor norteamericano[158]

Hubert Herring, (1889-1967), profesor en establecimientos Universitarios de los EE. UU., visitó los distintos países del hemisferio occidental y conoció directamente sus asuntos y, a la vez, entabló relaciones personales con sus diversos personeros prominentes. La Editorial Francisco de Aguirre, de Buenos Aires, ha impreso en un atrayente volumen la parte dedicada a Chile de su obra "Good neighbords", de 1941 con el título de: "Chile en la presencia de don Pedro Aguirre Cerda", en 1971.

I

Hubert Herring dejó varios volúmenes sobre Latinoamérica. Era un experto en la evolución histórica y los problemas sociales de los países de este nuevo continente. Los recorrió todos y manifestó una fina perspicacia para enfocar y entender su realidad socioeconómica y política: y exhibió una amable simpatía y buena voluntad para describirla, dar a conocer sus necesidades urgentes e insinuar medidas innovadoras en una línea de legítimo progreso. Estuvo en Chile en los momentos más inquietantes del gobierno de don Pedro Aguirre Cerda, hace treinta años. Su testimonio lo dejó escrito en estas sugerentes páginas. Constituye un acertado diagnóstico del atrasado y mísero estado del país, como consecuencia de la secular dominación de una oligarquía terrateniente-plutocrática, en el instante del traspaso del poder político de manos de esas fuerzas burguesas y reaccionarias a las de la coalición de Frente Popular anhelosa de imponer cambios en la anticuada estructura material y social de la nación, y cuya victoria pudo lograrse, precisamente, en razón del profundo descontento de la ciudadanía ante la anticuada política conservadora imperante hasta octubre de 1938.

El Frente Popular abrió una nueva etapa en el proceso histórico chileno, marcada por el propósito de llevar a cabo una real democratización y un efectivo progreso del país. Desgraciadamente, los gobiernos demagógicos y vacilantes, a lo largo de treinta años, retrasaron la aplicación de las principales medidas creadoras contempladas en los programas agitados entonces por las multitudes trabajadoras, con el fin de sacar a Chile del atraso, de la dependencia y del primitivismo imperantes.

La lectura del estudio de Hubert Herring es oportuna, pues supone una anticipada justificación histórica del triunfo de la Unidad Popular y de la instalación del gobierno de Salvador Allende, enderezado a romper la vieja estructura económica y social subsistente y a dar paso a las amplias fuerzas creadoras de la nacionalidad.

[158] OCCIDENTE N°231 octubre 1971

En 1940, cuando Herring estuvo en Chile, se sintió atraído por la acción política de dos jóvenes líderes: Eduardo Frei y Salvador Allende, quienes serían los personeros representativos de las dos tendencias que se han disputado la hegemonía en el proceso social chilena del último decenio. Consultó el libro de Frei: "Chile desconocido", y, por su influencia, estimó que Chile no podía desoír sus críticas a la aristocracia "que vive preocupada por la cultura europea e indiferente ante la miseria del país". Al mismo tiempo, dejó estampada la limitación infecunda futura de la actividad de Frei, al definir el compromiso contradictorio de su tienda política, la Falange Nacional, integrada por unos cuantos millares de devotos católicos, "hijos de buenas familias que han descubierto las nuevas ideas y quieren salvar al país dentro de la fe y del conservadorismo".

Respecto de Salvador Allende, "el incansable Ministro de Salud Pública, de 32 años", anota cómo "este joven doctor" le "habló de los obstáculos que se oponen a la evolución social y al mejoramiento de la salud" ... Por ejemplo, Chile poseía el índice más alto de mortalidad infantil del mundo; el porcentaje más subido de niños ilegítimos; una elevadísima mortalidad general; una mortalidad por tuberculosis siete veces mayor que en Estados Unidos... Hubert Herring leyó y utilizó el libro de Salvador Allende: "La realidad médico-social de Chile".

La favorable impresión dejada en el ánimo del autor con la definida personalidad del Doctor Allende se refleja en sus recuerdos fundamentales de nuestro país. Entre ellos le será inolvidable el Chile "de Salvador Allende, que no descansará hasta que todos los niños chilenos tengan, leche" ... ¡Admirable profecía, cumplida por el doctor Allende en 1970, al llegar a la Presidencia de la República en hombros de la mayoría del pueblo!

Hubert Herring presentía las características geográficas típicas, las singularidades raciales, los rasgos más acentuados de la estructura económico-social, los aspectos relevantes de la evolución política y de los partidos de Chile. Sería largo sintetizar sus sagaces consideraciones en cada uno de esos campos. De todos modos, algunas de sus afirmaciones esenciales merecen ser conocidas. A su juicio, el fundo, la hacienda, determinó las formas singulares económicas, sociales y políticas de Chile: "la propiedad de la tierra trazó la línea de separación entre las clases sociales. Quienes la poseían eran los elegidos; quienes no, pertenecían a otra casta" ...

Unos cuantos centenares de hombres poseen la mayor y mejor parte de la tierra desde los días de la conquista hasta el presente, trabajada por millares de peones e inquilinos sumidos en la miseria y la opresión. Los hacendados se han enriquecido desmesuradamente. He aquí un trabajo, en el cual reside una contundente explicación de la urgencia impostergable de la reforma agraria: "Grandes extensiones, riego asegurado y mano de obra barata, permitieron al propietario enriquecerse sin que necesitara ocuparse personalmente. Los grandes fundos casi nunca fueron trabajados por sus propios dueños, ni lo son hoy todavía. El propietario pasa la mayor parte del tiempo en la ciudad, dejando a cargo de un administrador el cuidado de sus cultivos y de los animales. El propietario siempre ausente, apenas ha empezado a vislumbrar los métodos agrícolas modernos. La mano de obra es barata, la maquinaria, cara. Si la tierra todavía da para cubrir el presupuesto ¿por qué preocuparse? ¿Por qué empeñarse en abonar, en rotar los cultivos y en pensar en aprovechar cada pedazo cultivable? Tal preocupación y tal tarea no son dignas de su estatus. Esas son las sombras que oscurecen el cielo de las haciendas". Dedica varias páginas notables a describir la miseria y servidumbre de los campesinos, peones e inquilinos. El contraste de su tristísima existencia con la de sus elegantes y poderosos patrones y con las de los animales finos (las caballerizas y establos "eran infinitamente mejores que las casas de los inquilinos"), le asombran y

conmueven. La miseria reinante en el campo empuja a sus pobladores jóvenes a abandonarlos para ir a trabajar a la ciudad.

Por otra parte, anota las perniciosas bases sobre las cuales se desenvuelve la minería del cobre y del salitre, pilares de una "prosperidad dañina", porque solo deja una limitada tributación (aprovechada por los terratenientes para mantener su atrasado sistema agrario y liberarse de impuestos), en vista de estar casi exclusivamente en poder de los capitales extranjeros. A pesar de la terrible situación, ningún gobierno se ha atrevido a tocar los pocos cientos de terratenientes opresores del campo y del trabajador de la tierra. En resumen, para Hubert Herring, la razón de la pobreza hay que buscarla en el suelo y en las minas. Existe una ingente riqueza bajo tierra, pero la propiedad y la explotación está en manos extranjeras y la participación de los chilenos se reduce al cobro de algunos sueldos y al pago de algunos impuestos. Hay tierra cultivable, pero no suficiente" ... (Y ésta se encuentra acaparada por unos pocos terratenientes y mal aprovechada).

Por las razones indicadas, ha imperado una democracia formal, ignorando el problema del pueblo: "la tranquilidad de que ha gozado el pueblo no se ha debido tanto al espíritu democrático como al hecho de que los pocos centenares de propietarios han mantenido al resto de la población bajo su control. Control que también fue ejercido en las elecciones. Los gobernantes chilenos hasta las agitaciones políticas de los últimos tiempos han pertenecido siempre a la alta clase social, que tiene fundos, es católica y conservadora".

Para Herbert Herring, los peligros afrontados por Chile son los derivados de su proletariado que padece hambre, de un pueblo dividido en injustas clases, de una economía mal balanceada, del predominio del conservador intransigente, en un mundo de ambiciones imperialistas. Para remediar los males del país, propone el desarrollo industrial, en vista de sus excelentes factores favorables, pero independizándose de la subordinación a otras naciones para la industrialización de sus materias primas.

Termina su interesante examen con estas frases: "Es difícil predecir el curso que seguirá la política chilena, pero no se pueden ignorar ciertos elementos de violencia: desenfrenado conservadorismo, profunda miseria, depresión económica agudizada por la guerra".

II

En su estudio de Chile destaca sus formas geográficas, con un litoral de más de 4.000 kilómetros, mirando en dirección a Australia y Asia; y sus originalidades raciales. El pueblo chileno no presenta diferencias raciales, como otros, porque el aborigen se integró al blanco. Chile no comerció con esclavos negros: "Chile es un país blanco, con mezcla de sangre india y española Hay división de clases, pero no de razas, su nacionalidad es mucho más característica y definida que la de Perú, Bolivia o Brasil". Sin embargo, aunque es blanco con una alta cuota de sangre española, y dentro de ella, un importante porcentaje vasco, y más la proveniente de millares de inmigrantes alemanes, franceses, ingleses, italianos, suizos, yugoslavos..., en los "rostros de los chilenos de alta o baja esfera social llevan estampada la impronta araucana". H. Herring insiste: "la sangre araucana persiste en los rasgos y en la piel, en la vengativa desconfianza y en la amarga rebeldía de las masas. La impronta española aparece en los rostros de hombres y mujeres y en el celoso mantenimiento del antiguo régimen feudal. Chile inició su vida independiente fusionando al ibero con el indio, con lo que cada uno tenía de mejor y de peor".

A su juicio, en Chile hay tres clases sociales muy desiguales: la clase alta, cuyos componentes poseen apellidos, dinero, tierras; la media, formada por elementos que tratan de adquirir apellidos, hacer dinero y comprar tierras; y la baja, donde se agrupan quienes no poseen nada y luchan afanosamente por ganarse el sustento diario. La mayor parte de los chilenos realizan un trabajo duro y mal remunerado y pertenecen a la clase baja.

La población activa del país puede clasificarse así: 1° Unas 5.000 familias ricas que "viven con lujo y comodidad, con buenas casas en la ciudad y en los lugares de veraneo", (unos tres mil grandes terratenientes; algunos centenares de extranjeros dueños del alto comercio, bancos y fábricas). 2° Unas 5.000 familias de clase media altas, (abogados, comerciantes grandes y gerentes de empresas, muchos con apellidos extranjeros). 3° Unos 200 o 300.000 miembros de clase media mal remunerada, (empleados, maestros, profesionales a sueldo). 4° Unos 600.000 obreros de fábricas, minas, puertos y transportes. 5° Alrededor de 600.000 trabajadores agrícolas (inquilinos y peones).

Su estudio de los salarios y de las condiciones de vida de los trabajadores revela una situación tristísima. En la ciudad, la mayor porción vive en barracas y chozas; en Santiago, por ejemplo, se computan 3,3 personas por habitación, y sin servicios sanitarios. Respecto de la capital de Chile anota: "La pobreza de Santiago salta a la vista del viajero en cuanto baja del tren. La miseria de Santiago es la del hombre vencido que no espera nada". (No obstante, su fealdad y pobreza, "Santiago se apodera de nuestro corazón como ninguna otra ciudad de América. Se la añora cuando se la deja y cuando se vuelve se la sigue queriendo. No es fácil saber por qué...") Su detalle de la existencia de los campesinos chilenos es conmovedor e indignante a la vez. Afirma, primero, "el inquilino es una institución netamente chilena... Sin él las grandes propiedades con sus inmensas extensiones y el elegante abandono de sus dueños, no hubieran podido subsistir... El inquilino es un ciudadano legalmente libre pero económicamente esclavo, que sigue sosteniendo el campo chileno ..." En seguida, a raíz de sus visitas a varios fundos, pudo comprobar el denigrante trato "normal" dado a esos trabajadores; sus escasos salarios, la pésima calidad de su vivienda, (en una ocasión pudo apreciar la proporción siguiente: mientras una familia de inquilinos de seis personas disponía de una rancha de dos habitaciones de pésima calidad, la casa del patrón era espaciosa, rodeada de parque, con frescos corredores, veintidós dormitorios y una docena de comedores y salones; en otra oportunidad, en un fundo importante, vio las tristes casuchas campesinas de siempre, y, en cambio, las caballerizas de los animales de raza, "las construcciones eran sólidas, habían sido recientemente revocadas y pintadas y tenían los techos en excelente estado. Eran infinitamente mejores que las casas de los inquilinos". Asimismo, el cuidado de los animales alcanzaba proporciones exquisitas, y se los alimentaba "como si fueran niños". (Por supuesto como niños de ricos, pues los niños de los campesinos carecían de toda atención).

Según Herbert Herring "los inquilinos chilenos son considerados los mejores trabajadores de Sudamérica. La mezcla española y araucana ha dado una raza dura y tenaz", pero el trato recibido ha sido infame y so pretexto de ser borrachos, imprevisores, "derrochadores" de sus salarios, se les mantiene en la más inicua explotación. De tal forma se ha cavado un abismo de separación entre los patrones y los inquilinos. Unos cuantos centenares de hacendados poseen la mayor y mejor parte de la tierra desde los días de la conquista hasta el presente, trabajada por millares de inquilinos y peones sumidos en la miseria y la opresión: "el inquilino chileno, el peón que vive en la hacienda, es, al menos teóricamente, un hombre libre, aunque en la práctica esté atado al patrón por necesidad económica y por costumbre, tal vez más fuerte que la ley. Es libre, libre como un pájaro abandonado, libre para morir de hambre o para caer del nido y desaparecer. Y con ligeras variantes, ésta es todavía la situación actual".

En resumen, por la trascendencia del fundo chileno, ha sido él quien ha determinado la estructura económica, social y política vigente en el país. El dominio de la hacienda y de una reducida capa terrateniente impuso los rasgos típicos del sistema económico; la fisonomía social de una profunda desigualdad de clases y la falsa democracia registrada en el papel, en las cláusulas formales de una Constitución liberal, pero inexistente en la práctica.

Los terratenientes dueños del poder político del Estado, desviaron la energía nacional hacia la minería del cobre y del salitre. La historia económica de Chile es la historia del cobre y del nitrato. La posesión exclusiva del salitre proporcionó durante medio siglo una nociva opulencia al país; y, una vez agotado el salitre, ha sido el cobre el sostenedor de la "riqueza" nacional.

Herbert Herring, al respecto, anotó: "Esta abundancia de la renta nacional liberó a los hacendados de cantidad de impuestos, prolongando hasta la consumación de los siglos el régimen de la agricultura feudal. La política se convirtió por otra parte en negocio lucrativo, aumentando en forma incontrolada el número de devotos al servicio del país, y el dinero fácilmente ganado postergó la modernización de la agricultura y el desarrollo de la industria. Todo considerado, cabe preguntarse hasta qué punto esos cien millones de toneladas de nitrato han sido beneficiosos para Chile".

En cuanto a la industria del cobre, a pesar de su tremenda gravitación en el sistema financiero de la nación, "está casi exclusivamente en poder de capitales extranjeros.

Las tres principales minas, pertenecientes a compañías norteamericanas, produjeron en 1938 el 92% del volumen total... Prácticamente todo el cobre se exporta a los Estados Unidos".

Además, las fábricas pertenecen en su mayor parte a capitales extranjeros. Para superar la atrasada y dependiente estructura económica de Chile, H. Herring propone su desarrollo industrial, basándose en los magníficos factores favorables. Anota que a los empresarios chilenos les parece preferible un desarrollo lento, pero liberada la industria de compromisos extranjeros: "Chile ha comprendido que debe independizarse de la subordinación a otras naciones para la industrialización de su materia prima. Los esfuerzos están todavía en los comienzos, pues la economía no debe estar exclusivamente supeditada a la exportación un poco aleatoria de los minerales

En cuanto a la realidad política, expone un buen esquema de los partidos políticos, con agudas observaciones. Analiza la derecha (conservadores, liberales, falangistas, agrarios y demócratas); de centro, radicales, democráticos y vanguardia popular socialista); y de izquierda, (socialistas, socialistas de trabajadores y comunistas). En la derecha, aunque los conservadores "han sido gente anticuada, intolerante, solemnemente clerical", salvaron a Chile de las dictaduras tenebrosas, como en los países latinoamericanos. En el centro jugando un papel reformista el Partido Radical, "nueva agrupación política reclutada entre los miembros más emprendedores de la emergente clase media, a la que se están uniendo elementos extranjeros recientemente llegados al país". Una combinación de colectividades derechistas y del partido Radical dio estabilidad, en sus comienzos, al gobierno de Arturo Alessandri Palma: "Su segunda administración, de 1932 a 1938, se caracterizó por su intransigencia hacia la izquierda. Más viejo y sabio, gobernó con mano firme. No permitía interferencia de perturbadores ni dio a la clase pudiente motivos de queja".

Por lo tocante a la izquierda, Herbert Herring deja al descubierto la ceguera de las fuerzas conservadoras al emplear las denominaciones de "agitadores" y "comunistas" para identificar a las nuevas agrupaciones

políticas nacidas con el propósito de abrir las puertas del progreso nacional. Al referirse al nacimiento de los comunistas, y en general, de los partidos marxistas, acusados de ser los promotores de toda agitación, y dependientes de Moscú, expresa que, también, podría explicarse tal aumento en función de los suburbios de Rancagua, de los inquilinos del Valle Central, del hambre de los rotos de todo el país, de la miseria generalizada.

Por lo demás, de su análisis de las elecciones del 25 de octubre de 1938, en las cuales triunfó el Frente Popular, se desprende la justeza de su explicación del desarrollo del movimiento popular por las causas señaladas.

Por otro lado, dedica una mirada a la actitud y al papel de la Iglesia Católica en el proceso chileno: "La Iglesia, piedra angular de la América latina, ha vivido tranquila en Chile a la sombra de la extrema derecha. Heredera de los resabios del feudalismo colonial, protegida a ultranza por las principales familias para las que son sinónimos religión, moralidad y respeto a la propiedad, constituye un baluarte levantado contra la innovación ... Durante mucho tiempo la Iglesia obstaculizó la implantación de la enseñanza laica..."

Sin embargo, ha evolucionado con mayor sensibilidad frente a los problemas sociales y "la Iglesia Chilena, a pesar de su natural moderación, está a la vanguardia del catolicismo en América".

Sin duda, los asuntos económicos y sociales son gravísimos en Chile; el atraso y la miseria demasiado profundos, pero su evolución política ha resaltado por su espíritu cívico, orden y apego a la ley. Así lo sintetiza H. Herring en estas frases: "Educado en los principios conservadores, Chile ha seguido con extraordinaria fidelidad el espíritu de la Constitución. Es cierto que estos mismos conservadores han obligado a los obreros a ir a las urnas y han supervisado sus votos, que el gobierno no ha sido auténticamente representativo, que ha existido compra de sufragios y que ha habido y sigue habiendo corrupción en las oficinas públicas, pero no es menos cierto que las instituciones políticas chilenas se han desempeñado con admirable dignidad. La última prueba la dieron los conservadores al ceder el poder al Frente Popular en la primavera de 1938".

Propósitos igualitarios de Robespierre[159]

Robespierre y Saint Just luchaban por crear una república igualitaria, sin ricos ni pobres. Sus concepciones políticas, sociales y religiosas, y sus medidas prácticas tendientes a consolidar su dictadura quedaron registradas en una serie de documentos redactados desde fines de 1793 hasta mediados de 1794. Entre ellos alcanzaron especial significación los informes de Robespierre "sobre los principios del gobierno revolucionario", (del 25 de diciembre de 1793); "sobre los principios de moral política que deben guiar a la Convención Nacional en la administración interior de la República", (del 5 de febrero de 1794); y "sobre las relaciones de las ideas religiosas y morales con los principios republicanos", (del 7 de marzo de 1794); en los informes de Saint Just, "sobre las conspiraciones contra el pueblo francés y la libertad", (del 13 de marzo de 1794); y "sobre la policía general de la República", (del 15 de abril de 1794); de Billaud Varenne, "sobre la teoría del gobierno democrático", (del 20 de abril de 1794); y de Couthon "sobre el Tribunal Revolucionario", (del 11 de junio de 1794).

Para castigar a los enemigos de la revolución hicieron votar un decreto según el cual las propiedades de las personas reconocidas como enemigas de la República serían confiscadas. Saint Just deseaba utilizar el

[159] OCCIDENTE N°232 noviembre 1971

secuestro de los bienes de los sospechosos en un vasto plan de reforma social: entregar y repartir aquellos bienes entre los indigentes a fin de transformarlos en pequeños propietarios a expensas de los despojados por enemigos de la república. Se formaron listas de patriotas indigentes y se hizo la calificación de los detenidos sospechosos, con el objeto de llevar a la práctica dicha medida. Después de los bienes del clero, de los bienes de los emigrados, la revolución se apoderaba de todo lo perteneciente aun a los enemigos. La venta de las dos primeras categorías había aprovechado a quienes tenían con qué comprar. Ahora se iban a distribuir gratuitamente los bienes de la nueva categoría a los patriotas indigentes. Había 300.000 sospechosos, o sea, trescientas mil familias amenazadas de expropiación. Esta realidad se volvió contra Robespierre y ayudó a su caída. No fue comprendido ni seguido ni aún por los posibles beneficiados. Las masas analfabetas y miserables hacia quienes inclinaba su solicitud eran meras espectadoras de los acontecimientos y de medidas no comprendidas en su contenido y alcance.

Durante la Convención y el Terror existió una lucha constante contra la vida cara y contra los acaparadores. Los consumidores, ante el fracaso del gobierno para impedir esta realidad, acusan al "Máximum", (ley que tasaba las mercaderías de primera necesidad), de haber determinado la escasez de las subsistencias, entrabado y arruinado el comercio y lanzado al pueblo a la miseria.

II

El empréstito forzoso de 1.000 millones fue también escamoteado en sus bases, con discriminaciones sibilinas. Los obreros se concertaron y lucharon por lograr la requisición de las fábricas; al final de cuentas se benefició con las diversas medidas tomadas una ínfima minoría de traficantes y especuladores. Saint Just decía: "Las leyes son revolucionarias, quienes las ejecutan no lo son". El pueblo medio permaneció escéptico y desalentado, sobre todo después de cuatro años de crisis, trastornos e incertidumbres sin lograr nada efectivo. Por otro lado, una tremenda burocracia revolucionaria agobió a la República, con muchos elementos incapaces, holgazanes y prevaricadores, los cuales desacreditaron al gobierno. En octubre de 1793, Saint Just decía: "La República es presa de veinte mil necios que la corrompen, que la combaten, que la sangran". Se dictaron leyes para impedir esos males, pero no lograron el efecto perseguido. No se pudo suprimir los abusos, regenerar la administración, inspirar el desinterés y la abnegación. El mismo Saint Just afirmaba: "Si se echa a un bribón de una oficina entra a otra".

LA REACCION TERMIDORIANA

Todos estos problemas y trastornos crearon una oposición fundamentada en el miedo, pues la guillotina funcionaba sin cesar. El 9 Termidor surgió, en gran parte, de la oposición resultante del temor a nuevas amenazas de depuraciones insinuadas por Robespierre y Saint Just, afectando a bribones y terroristas crueles, dirigidos desde la Convención por Fouché, Tallien y Barras; y de la resistencia de prestigiosos montañeses a la dictadura arbitraria en el seno del comité de Salvación Pública, como Billaud Varenne, Carnot y Colliot d'Herbois. Además, el Terror se había deshonrado al transformarse en un vulgar puñal para herir a los mejores ciudadanos, debido a la desunión y a las pasiones individuales imperantes sobre el bien público y las necesidades nacionales. Así se produjo una verdadera orgía de sangre. El 9 Termidor no fue solamente fatal para la consolidación de la democracia en el interior del país; también prolongó la lucha en el exterior y precipitó a Francia en una política conquistadora que le haría aborrecible ante los demás pueblos y, finalmente, la agotaría. Por otra parte, la no resolución de los problemas económicos de las masas aseguró el éxito de ese golpe. "Ciertamente, la imagen de la Revolución Francesa vista como una especie de combate perpetuo entre aquellos "que no tenían nada" y aquellos "que lo tenían todo", es muy

simplista e ingenua, pero es verdad el hecho de que la opinión popular encontraba escandalosa la conservación intacta de las gruesas fortunas en una época en que el pueblo oía periódicamente alabar su heroísmo, su abnegación y su virtud, que permanecían siempre sin recompensa, y de lo que resultaban choques periódicos bastante violentos que debían finalmente ser fatales a uno de los adversarios", (Gerald Walter).

Hija de la guerra y de sus sufrimientos, arrojada a la fuerza a un terror contrario a sus principios, la República, no obstante, sus prodigios, no era en el fondo sino un accidente. Apoyada en una base cada vez más estrecha, no fue comprendida incluso por aquellos a quienes quería incorporar a su vida. Las leyes más rigurosas son impotentes para cambiar de un solo golpe a la naturaleza humana y el orden social. La república igualitaria, sin ricos ni pobres, era imposible. No se borran veinte siglos de anarquía y de esclavitud en algunos meses. Robespierre y Saint Just, al querer prolongar la dictadura para crear instituciones civiles y destruir el imperio de la riqueza, lo comprendían bien. Es un ejemplo memorable de los límites a la voluntad humana en su lucha con la resistencia de las cosas.

LOS GRANDES CAUDILLOS

Los dirigentes de la revolución francesa, como Mirabeau, Danton, Marat, Robespierre y Saint Just, han merecido numerosas y completas biografías. El comienzo y el término de la revolución lo representan muy bien dos políticos corrompidos, de origen noble, al servicio de la burguesía y de sus ideales: Mirabeau, el orador más notable de la Asamblea Constituyente; y Barras, el principal artesano de la reacción termidoriana y del Directorio.

Mirabeau ha sido estudiado magistralmente por Louis Barthou; recientemente por Pierre Dominique: "Mirabeau", (publicado por la editorial Flammarion); por Antonina Vallentin: "Mirabeau avant la révolution", (publicado en la Casa Grasset); y por Jean-Jacques Chevalier: "Mirabeau: un grand destin manqué", (publicado en la Casa Hachette).

Mirabeau es el político por excelencia, de gran inteligencia, fría y realista, y de costumbres depravadas. Incapaz de separar sus intereses particulares de los de la nación. Feo y picado de viruelas, tenía sin embargo un gran poder de seducción y las mujeres ocupan un lugar enorme en su existencia. Parte de su vida la pasó encarcelado, (Chateau d'If, Chateau de Joux, Vincennes), o en el destierro, (Holanda e Inglaterra), acosado por los acreedores y por su padre.

El vasto estudio de Jean-Jacques Chevalier, de acuerdo con el epígrafe tomado de Sainte Beuve, "es la primera gran figura que abre la era de las revoluciones", estudia en forma minuciosa la existencia del ciudadano Mirabeau y el proceso colectivo de la Revolución en los años de 1789 hasta comienzos de 1791. Analiza prolijamente la actuación política de Mirabeau desde el mes de enero de 1789, cuando la apertura de los Estados Provinciales de Aix-en-Provence, hasta su muerte en marzo de 1791. Mirabeau encarna al hombre de acción y al político típico, sujeto de compromisos y oportunista: comprado por la Monarquía, intrigaba para impulsar la revolución. Su rol desempeñado y su gran influencia a pesar de sus condiciones amorales tuvieron por base su indudable talento político y su extraordinaria elocuencia.

Al ser asalariado por la Corte, vivió en la mayor abundancia. Sus amigos le reprochaban sus gastos escandalosos y uno de ellos exclamaba: "Mirabeau está muy mal aconsejado; se diría que tiene temor de pasar por hombre honrado".

Mirabeau fue considerado siempre un orador excepcional y un penetrante observador político. No obstante, raras veces improvisó.

Para hablar, según él mismo declaró, se precisaba "conocer muy bien el asunto". Sus discursos eran escritos y esa labor la realizaba un nutrido cuerpo de secretarios, quienes se los redactaban enteros, limitándose él a revisarlos, a ponerle el calor adecuado con la magnificencia de brillantes imágenes y de algunas llamas verbales.

Luego, los leía en la tribuna con una acabada ciencia de los gestos y de las actitudes, y con una dicción perfecta, como la de los actores más consumados. Entre sus secretarios, o "faiseurs", sobresalían el provenzal Pellenc, jefe de su oficina personal; y el ginebrino Reybaz, experto en economía y finanzas. Lo mismo sucedía con sus notas políticas entregadas a la Corte y, la más notable: la nota número cuarenta y siete, "Resumen de la situación de Francia y medios de conciliar la libertad pública con la autoridad real", la trabajó todo su equipo de "faiseurs", Pellenc a la cabeza. Mirabeau solo corrigió e insertó palabras y trozos, propios de su estilo impetuoso, para dejar la marca de su garra poderosa.

Solo en contadas y memorables ocasiones improvisó, movido por el desarrollo del debate.

Alcanzó fama, en este aspecto, su discurso en defensa del plan del Primer Ministro Necker. Con él permitió su aprobación en forma unánime.

El rival más notable de Mirabeau fue Barnave, orador magnífico, quien no leía, e improvisaba con brillo, firme dialéctica y poderosa lógica. Era el mejor "debater" de la Asamblea Nacional Constituyente.

Barras, ubicado en la época del fin y degeneración del movimiento revolucionado, un hombre corrompido, podrido en vicios, conocedor de vinos, mujeres y elegancia, traidor y mentiroso, se vendía a todos ya todos engañaba.

Las siluetas trazadas por Albert Vandal ("L'avénement de Bonaparte") y Funck- Bretano ("Scénes et tableaux de la Révolution") concuerdan en presentarlo como a un vulgar enredador y agiotista; era un alma vil en un cuerpo bello y varonil; coimero y ladrón, entró a la revolución tan pobre como Job y al final del Directorio se revolcaba en oro. Fue un político sin escrúpulos, experimentado y desvergonzado; pero actuaba con prontitud y decisión, no con discursos ni guiado por una doctrina sino movido por sus exclusivos intereses particulares y su provecho personal.

En cuanto a Danton, el tribuno más poderoso de la época, propugnador de la audacia permanente para enfrentar a los enemigos de la revolución, ha sido estudiado en numerosas biografías. Es valiosa y valiente la de Albert Mathiez. Tal vez la más completa es la de Louis Madelin (autor, también, de un estudio sobre Fouché, en dos volúmenes, el siniestro policía durante el Terror y bajo la tiranía napoleónica).[160]

Georges Jacques Danton fue el "atleta fe la revolución" y salvó a Francia en el verano de 1792 (meses de agosto a octubre). (En un discurso de comienzos de 1791 exclamó: "La naturaleza me ha dado formas atléticas y la fisonomía áspera de la libertad"). En esos dos meses culminantes de su carrera política de cinco años, se demostró un hombre de estado, un alma intrépida y fuerte, y de una elocuencia irresistible. En su famoso llamado a la nación francesa, en la noche del 19 al 2 de septiembre de 1792, lanzó estas frases famosas:

[160] Reeditado por Hachette en su colección "Figures du passé".

“El toque a rebato no es una señal de alarma; es el toque de carga sobre los enemigos de la patria. Para vencerlos, necesitamos audacia, más audacia, siempre audacia, y Francia está salvada”.

Sin embargo, Danton, agitador extraordinario, poseyó un carácter típicamente burgués, hecho de realismo conservador y oportunista. Proclamó sin rodeos el dogma de la propiedad eterna (“declaremos que todas las propiedades territoriales, individuales e industriales, serán mantenidas eternamente”. Discurso del 21 de septiembre en la Convención, y en plena revolución aumentó discretamente su propiedad en Arcis-sur l'Aube) y propició siempre “tender a la igualdad de derechos, no a la igualdad imposible de bienes”.

En su época fue acusado de venalidad, pues había rendido cuentas obscuras en el manejo de cuantiosos fondos cuando estuvo a la cabeza del gobierno revolucionario como Ministro de Justicia. Pero tales suposiciones, lanzadas por los girondinos, y los contrarrevolucionarios, solo respondían al odio político partidista. De todos modos, asilándose en su generosidad, lo rodeó una camarilla de aprovechadores arribistas (“les fripons”), desacreditándole bastante, sobre todo en su lucha contra Robespierre, y ayudando a su caída.

Robespierre, el “incorruptible”, poseyó cualidades opuestas a las de Mirabeau y Barras. Revolucionario sincero, dominado por una exigencia de pureza y una sed de integridad política, sacrificó todo al interés público. Afirmaba: “En el sistema de la revolución francesa lo que es inmoral es impolítico, lo que es corrompido es contrarrevolucionario”. Robespierre vivía sobriamente y murió pobre, tal cual había entrado a la lucha. Deseó ardientemente instaurar un orden político más fecundo y, ante todo, regenerar al individuo y al género humano. Robespierre encarnó fielmente el espíritu de rebeldía del pueblo francés en contra del feudalismo y personificó al partido Jacobino. Llego a ser un apasionado y honesto defensor de los derechos del pueblo y denunció en forma valiente la hipocresía de las instituciones y de las leyes de su época, al servicio exclusivo de los poderosos. En la Asamblea Nacional Constituyente, en un discurso del 5 de abril de 1791, expresó esta frase, como resumen de su pensamiento, “las leyes mismas no son más que instrumentos en las manos de los ricos para oprimir a los pobres”; y en una intervención en el Club de los Jacobinos, el 28 de octubre de 1792, deslizó esta reflexión certera: “Observad esa eterna propensión a ligar la idea de sedición y de pillaje con la de pueblo y de pobreza”. En el Club de los Franciscanos, un 20 de abril de 1791, manifestó: “El pueblo no pide sino lo necesario; no quiere más que justicia y tranquilidad; los ricos lo pretenden todo; lo quieren invadir y dominar todo. Los abusos son la obra y el dominio de los ricos; son los azotes del pueblo; el interés del pueblo es el interés general; el de los ricos es el interés particular”.

Según su biógrafo Albert Mathiez, sería Robespierre el primer apóstol del socialismo de Estado. La biografía más completa sobre Robespierre es la de Gérard Walter.[161] Poseyó una inflexible decisión revolucionaria y una de sus máximas favoritas era ésta: “Debe existir una voluntad”. Es el autor de la bella frase de la declaración de los derechos del Hombre: “El objeto de la sociedad es la felicidad común”. Fiel discípulo de Rousseau y admirador de las nuevas ideas democráticas a menudo tuvo frases de desprecio para las formas de vida de los filósofos. Por ejemplo, las siguientes opiniones acidas: “Eran algunos hombres estimables y un mayor número de charlatanes y ambiciosos. Declamaban contra el despotismo y estaban pensionados por los déspotas”. “Hacían tantos libros contra la Corte, como dedicatorias para los

[161] Publicada en Gallimard, en 1936. La reeditó totalmente rehecha, con asombrosa abundancia de datos, en dos volúmenes. “Robespierre”. T.I La Vie. T.II L'Oeuvre. N.R.F., 1961.

reyes, discursos para los palaciegos y madrigales para las damas: eran tan orgullosos en sus escritos como serviles en las antecámaras".

Uno de sus tantos biógrafos, al tratar de definir su personalidad compleja, estampó un juicio sugerente: "Si algo es cierto acerca de él, es su plena seguridad de haber triunfado en la empresa de conciliar las cosas aparentemente más opuestas. Creía en la libertad, a pesar de preconizar una política de intimidación; amaba al pueblo, aunque despreciaba a los individuos; no era partidario de la pena de muerte, no obstante haber ordenado algunas ejecuciones; odiaba el militarismo a pesar de lo cual quería una guerra nacional, y creía en una Providencia Todopoderosa con una inquisición vengativa y sin tregua para todos sus opositores".

Hasta los últimos instantes de su vida demostró un coraje excepcional y no cesó en su prédica sobre la virtud revolucionaria. El 9 Termidor, en la Convención Nacional, próxima su caída, mostrando su declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, exclamaba: "Cuando el gobierno viola los derechos del pueblo, la insurrección es para el pueblo el más sagrado y el más indispensable de los deberes"; y ante la certeza de su derrota a manos de los elementos corrompidos y siniestros de aquella asamblea, gritó: "¡Pido la muerte; que se me libre del espectáculo del crimen!"

La personalidad de Saint Just ha sido motivo de notables trabajos, como los de Jean Gratien: "Denores de Saint-Just", donde traza una semblanza biográfica y reproduce algunos de sus mejores escritos; de C. J. Gignoux: "Saint-Just" (ediciones La Table Ronde), completo análisis de su acción y de su obra; de Albert Ollivier: "Saint-Just est la force des choses" (ediciones Gallimard). Saint-Just, amigo y colaborador inseparable de Robespierre, se caracterizó por su intrepidez revolucionaria. De hermosa estampa física, dueño de una oratoria sentenciosa y cortante, de glacial presencia unida a una impenetrable sangre fría y de un valor a toda prueba, no rehuyó la muerte; por el contrario, cuando el odio de la mayoría de la Convención Nacional se volcaba en contra de Robespierre se colocó de inmediato a su lado para compartir su suerte, para dirigirse al cadalso.

A pesar de su juventud (murió guillotinado a los veintisiete años), alcanzó una inmensa celebridad. Ejemplo de austeridad y de energía, magnífico organizador y conductor de masas, representó con frecuencia el pensamiento extremo del partido jacobino. Republicano fervoroso, sintetizó su credo en esta frase: "La primera de todas las leyes es la conservación de la República". Quería una república igualitaria, y en su escrito "instituciones Republicanas", imprimió una frase lapidaria: "II ne faut ni riches ni pauvres... l'opulence est une infamie".

En discursos notables, en el seno de la Convención Nacional, expresó su credo revolucionario, en lo social y político. He aquí algunas de sus sentenciosas frases: "El revolucionario sabe que para que la revolución se afirme, es preciso ser tan bueno como se era malo antes... Un revolucionario es un héroe de buen sentido y probidad... Es necesario que Europa se entere que no queréis un desgraciado ni un opresor en el territorio francés. Que este ejemplo fructifique sobre la tierra; que propague sobre ella el amor a la virtud y a la felicidad. La felicidad es una idea nueva en Europa". (3 de marzo de 1794). En un discurso anterior, del 26 de febrero, acuñó un par de frases, sintetizadoras de su actitud política: "Osez! Ce mot renferme toute la politique de votre révolution" y "Ceux qui font des révolutions a moitié n'ont fait que se creuser un tombeau".

Su biógrafo Enmanuel Aegerter termina su semblanza con estas líneas precisas: "Fue una inexorable voluntad al servicio de la justicia absoluta" ... En todas las horas de trastornos y de duda, cuando una audaz

revisión de los valores sociales engendra en demasiados espíritus el escepticismo primero, la vacilación después; cuando una civilización se disuelve por falta de principios, Saint-Just indica el único medio de salvación: querer implacablemente y hasta la muerte. Querer la justicia".

Marat poseía un indomable espíritu de clase y por eso ha atraído la atención de los revolucionarios posteriores a su época, y, entre ellos, la de Carlos Marx, quien admiraba su férrea voluntad e intransigencia revolucionarias. En su famoso periódico "El amigo del pueblo", escribió el 7 de octubre de 1790: "Lo repito, la clase de los infortunados, que la riqueza insolente designa bajo el nombre de canalla, es la parte más sana de la sociedad, la única que, en este siglo de lodo, ama todavía la verdad, la justicia, la libertad; la única que, consultando siempre el buen sentido y abandonándose a los impulsos del corazón, no se deja ni cegar por sofismas, ni seducir por las zalamerías, ni corromper por la vanidad".

A juicio de Marat un profundo y perpetuo antagonismo de clases domina las relaciones de la sociedad en su interior, y por ello el problema de la desigualdad social es el más grave y urgente de resolver entre todos los que se presentan al legislador. El primero de los derechos para conquistar por el oprimido es el de "asegurar su existencia material", por cuanto, ante todo el hombre debe subsistir. La igualdad y la justicia se pueden conseguir, únicamente, por el camino de la lucha de clases. Los pobres se encuentran obligados a reivindicar a mano armada, contra los ricos, les derechos sagrados de la naturaleza. Marat deseaba el desaparecimiento de "esas instituciones odiosas que hacen que algunas clases del pueblo sean enemigas de otras".

En su juventud, Marat publicó una obra donde ya formuló una severa crítica a la sociedad feudal absolutista: "Las cadenas de la esclavitud". Advertía la suerte al parecer inevitable del hombre, de no poder ser libre; "por todas partes los príncipes marchaban al despotismo y los pueblos a la servidumbre". En ese despotismo general, todas las religiones le ayudaban, pero no conocía ninguna que lo favoreciera tanto como la cristiana. Sin embargo, anotaba un hecho auspicioso: la permanente rebelión de las masas desheredadas y así exclamaba: "on voit la liberté sortir sans cesse des feux de la sédition".

Entre las biografías consagradas a Marat, se han impreso en Chile las de Barthou y Walter y G. Martin ("Marat, el ojo y el amigo del pueblo"). Entre las más recientes es excelente la de Jean Massin.[162]

La visión moderna de Marat es muy distinta a la tradicional presentándolo como a un hombre sediento de sangre. No hay tal. Lo temible en su actividad eran su posición clasista, al lado de los desvalidos, y su inquebrantable espíritu revolucionario. Sus ideas iban más allá de las reivindicaciones burguesas. Así escribía: "Sin duda, el fruto de vuestro trabajo os pertenece; pero la agricultura necesita del suelo y ¿bajo qué título os apropiáis un rincón de esta tierra que fue dada en común a todos sus habitantes? ¿No creéis vosotros que después de una repartición equitativa de todo, os podéis asignar vuestra parte? Además, después de esta repartición, no tendríais derecho sobre el terreno que cultivasteis, sino sobre la parte necesaria a vuestra existencia".

El 30 de junio de 1790, escribía en "El amigo del pueblo", ante el conservantismo y el oportunismo de la Asamblea Nacional Constituyente, estas frases: "¿Qué habremos ganado con destruir la aristocracia de los nobles, si ella es reemplazada por la aristocracia de los ricos?". Para destruir la injusticia y los privilegios no temía la aplicación de medidas represivas y lo manifestaba en abril de 1793, con motivo de la creación del Comité de Salvación Pública, con estas frases: "Es por la violencia que se debe establecer la libertad y

[162] "Marat". Le Club Français du livre, 1960.

ha llegado el momento de organizar momentáneamente el despotismo de la libertad para aplastar el despotismo de los reyes". Su desconfianza hacia las medidas conciliadoras le hacía expresar el 20 de junio de 1793: "Pretender agradar a todo el mundo es propio de un loco; pero pretender agradar a todo el mundo en tiempo de revolución es propio de un traidor".

El fecundo investigador Gérard Walter en su "Hebert et le Pére Duchesne" ha tratado la vida del discutido panfletista con mucha indulgencia.

En la extrema izquierda de los revolucionarios franceses, actuaban agitadores de profunda sensibilidad social, propiciadores de medidas económicas radicales en beneficio de las masas trabajadoras, como Varlet y Roux. Varlet, en la "Déclaration solennelle des droits de l'homme dans l'Etat Social", aprobada por el Consejo General de la Comuna, el 8 de junio de 1793, proponía la siguiente reivindicación: "Que los bienes acumulados a costa de la fortuna pública por el robo, el agio, el monopolio, el acaparamiento, se hagan propiedades nacionales". Jacques Roux, al frente de una delegación de los barrios populares, pedía en el seno de la Convención Nacional, el 25 de junio de 1793; una actitud más decidida en contra de los ricos, y disertaba con energía: "La libertad no es más que un vano fantasma cuando una clase puede hambrear impunemente a la otra. La igualdad no es más que un vano fantasma cuando el rico, por el monopolio, ejerce el derecho de vida y de muerte sobre su semejante. La República no es más que un vano fantasma cuando la contrarrevolución opera día a día por el precio de las mercancías, al cual los tres cuartos de los ciudadanos no pueden alcanzar sin verter lágrimas. Pronunciaos, pues, una vez más. Los descamisados, con sus picas, harán ejecutar vuestros decretos". Y en un discurso con motivo del juicio de Luis XVI, exclamaba: "Le modérantisme perd la chose publique, il creuse pas á pas le tombeau de l'esclavage".

Otro gran dirigente, aunque de figuración no tan brillante como la de los mencionados, merecedor, de una semblanza más detenida debido a sus hechos e ideas, es Gracchus Babeuf. En París, en una colección histórica titulada: "A la lumière des textes oubliés", cuyo objeto, es la reedición de obras olvidadas o desconocidas, se ha publicado el ensayo de Babeuf: "Le problème social paysan pendant la Révolution", con introducción, notas y comentarios de Jean Auger Duvignaud.

François Noel Babeuf nació en Saint Quentin, el 23 de diciembre de 1760. Desde temprano trabajó para proveer a sus necesidades, haciéndolo en casa de un feudista en Noyon y Roye. Esa clase de personas se dedicaba al mantenimiento y vigilancia de los derechos patrimoniales, feudales y de los censos.

Después abrió por su cuenta un estudio parecido en Roye. En su correspondencia con Dubois de Fosseux, (secretario de la Academia Real de Bellas Letras de Arras, de la cual Maximiliano Robespierre formaba parte), le confiesa que educa a sus hijos en los principios de Juan Jacobo Rousseau, y el 21 de marzo de 1787 le propone el tema siguiente, para un concurso: "Con la suma general de los conocimientos adquiridos ¿cuál sería el estado de un pueblo cuyas instituciones sociales fueran tales que reinara indistintamente entre cada uno de sus miembros individuales la más perfecta igualdad, que el suelo que habitara no fuera de nadie, sino que perteneciera a todos; que, en fin, todo fuera común, hasta el producto de todos los géneros de industrias?". En 1789, por su instigación fueron quemados los archivos feudales de Roye y él redactó los "Cuadernos de Quejas y Peticiones" de la bailía, donde se reclamaba la abolición de los feudos, el rescate de los censos, la supresión del derecho de mayorazgos, la substitución de los impuestos de diversa naturaleza existentes por una contribución única y, finalmente, la creación de una educación nacional. Publicó "Le Cadastre Perpetuel", ("El Catastro Perpetuo"), cuyo discurso preliminar es

un verdadero programa político y financiero. Fue encarcelado en Roye por hacer adoptar peticiones en contra de las ayudas y las gabelas; llevado a París salió en libertad por la intervención de Marat. En Noyon sacó a luz "Le Correspondant Picard" ("El Corresponsal Picardo") y por él sufrió una nueva prisión, en 1791. En 1792 se le eligió administrador de la Somme y después del distrito de Montdidier, donde se vio envuelto en un asunto obscuro, en 1793. Al ser condenado se fugó; arrestado más tarde se le puso en libertad, en julio de 1794.

Después de Termidor fundó "La Liberté de Presse", ("La libertad de prensa"). Lo persiguieron y volvió a ser arrestado al cabo de cinco meses de clandestinidad, en febrero de 1795. Lo transformó en "Le tribun du peuple", ("El tribuno del pueblo"). El mismo cambió su nombre Camine por "Gracchus". Fue transferido a Arras. Aquí empezó a preparar la Conjuración de los Iguales. Amnistiado, volvió a publicar su diario, y en él atacó la Constitución del año III, pues los conjurados deseaban la Constitución de 1793. Fundó la "Société de la réunion des amis de la République" más conocida con el nombre de "Sociedad del Panteón", cuyo objetivo era el de derrocar el Directorio y fundar la República de los Iguales, o sea, establecer en verdad un gobierno popular.

El Directorio hizo cerrar la Sociedad del Panteón por Bonaparte en persona. Entonces Babeuf lanzó primero una memoria o panfleto: "¿Se debe obediencia a la Constitución de 1795?", ("Doit-on obéissance a la Constitution de 1795?") y después la Sociedad entregó "El Manifiesto de los Iguales", que exigía una última revolución para establecer la comunidad de bienes. (Publicado en la primavera de 1796, y redactado por Sylvain Marechal, incluía la célebre frase: "La revolución francesa no es sino la precursora de otra revolución mucho más grande, mucho más solemne, y que será la última"). Una excelente organización, cuya red secreta abarcaba los doce distritos de París, preparaba la insurrección contra el Directorio. Descubierta por la traición de un afiliado, el capitán Grisel, quien la denunció a la Policía, fueron detenidos sus dirigentes, entre ellos el diputado Drouet (famoso por haber arrestado a Luis XVI en Varennes); pero éste logró escapar. Los implicados eran sesenta y cinco (dieciocho de ellos ausentes). El proceso duró nueve meses, durante los cuales los acusados se defendieron con valor. Babeuf fue ejecutado el 27 de mayo de 1797. Siete fueron deportados, entre ellos Buonarotti, descendiente del gran artista del Renacimiento, e historiador de esta frustrada insurrección.

Las ideas de Babeuf son muy avanzadas y es el primero que expuso un programa verdaderamente comunista. Todo el mundo debía tener medios para satisfacer sus necesidades; aspiraba a la destrucción de las grandes fortunas y a la abolición del derecho de herencia. Según Babeuf, "la tierra no es de nadie. Todo lo que el individuo acapara más allá de lo que necesita para su alimento es un robo social". A fin de conseguir una nueva sociedad, sin desigualdades, era necesario, en primer término, establecer una administración común; luego, la propiedad particular debía suprimirse; cada hombre debía ser destinado a la industria que conoce, teniendo el deber de depositar el fruto de su trabajo en el almacén común. Para realizar estas medidas se crearía un simple mecanismo de distribución, una administración de subsistencias, que llevando un registro de todos los individuos y de todas las cosas haría repartir estas últimas con la más escrupulosa igualdad, depositándolas en el domicilio de cada ciudadano. Con tales medidas desaparecerían todas las miserias y las injusticias. La inquietud económica, en general, según Babeuf, "perpetua de cada uno de nosotros, sobre nuestra suerte del día siguiente, de nuestra vejez, de nuestros hijos", sería eliminada definitivamente. Otros personajes secundarios, en cuanto a figuración, pero de ideas muy interesantes, son Buonarotti y Lange. Buonarotti fue compañero de Babeuf en la jefatura de la "Conspiración de los Iguales". Sus convicciones eran avanzadas. Distinguía claramente dos épocas en la revolución: la primera, de 1789 a 1792, en la cual se proponía únicamente establecer una

Monarquía constitucional con un gobierno burgués; la segunda, comenzada en 1793, se caracterizaba por la lucha entre poseedores y desposeídos. De este análisis partía para considerar la necesidad de derrocar al Directorio, con el propósito de organizar, tan pronto cayera, una Asamblea Nacional, con la finalidad de controlar el poder y dictar una Constitución Socialista para Francia. Escapó de la guillotina, con motivo de su arresto junto a Babeuf. Será el historiador de este frustrado movimiento. Lange, de origen alemán, fue un crítico perspicaz del proceso revolucionario. Atacó rudamente la Constitución de 1791, por estar dirigida a defender los intereses de la burguesía, considerándola atentatoria al principio de la igualdad de todos los hombres ante la ley, en vista de la división en ciudadanos activos y pasivos, es decir, entre poseedores y trabajadores, otorgándole derecho a sufragio solamente a los activos.

Siendo funcionario municipal de Lyon, en 1792, propuso todo un sistema de nacionalización general de las subsistencias, en un folleto titulado: “Medios simples y fáciles para lograr la abundancia y el justo precio del pan”.

Michelet considera a Lange y a Babeuf como los precursores del socialismo moderno. Lange fue, además, el creador de las primeras cooperativas agrarias, con el objeto de terminar con el hambre del pueblo, evitando la perjudicial acción de los acaparadores y especuladores. Recomendaba para concluir con los intermediarios, encarecedores de la producción, la organización de una vasta red de cooperativas agrarias. Con estas ideas, Lange influyó notoriamente en Fourier y Owen, caracterizados socialistas utopistas. La Revolución de 1789 no fue un movimiento socialista. El único movimiento de esa tendencia, la Conspiración de los Iguales, acaudillada por Babeuf en 1797, contra el Directorio, resultó aplastada. Solo los propietarios, la burguesía y los campesinos acomodados sacaron provecho de la revolución. Precisamente, les rasgos distintivos de la revolución agraria, elaborada durante ese proceso, fueron la emancipación de la agricultura de las restricciones de un feudalismo anticuado y la transformación del campesino cultivador en propietario independiente. Desde la revolución, la unidad de propiedad agraria en Francia es pequeña, y se transformó en un país de campesinos propietarios. El número de propiedades agrícolas llegaba a la cifra de cinco y medio millones, y el número de trabajadores agrícolas a tres y medio millones. Por otra parte, nada ganó el trabajador industrial, obrero sin propiedad, pues ni siquiera se le permitió asociarse, (La Ley Chapelier declaró ilegales las asociaciones de trabajadores, situación reforzada por el Código de Napoleón y por otra Ley, en 1834); ni tampoco se benefició con la estéril libertad que la Declaración de los Derechos del Hombre afirmaba ser suya por ley natural. La ley controlaba sus movimientos por medio de reglamentos y prohibía estrictamente su asociación. Así se enfrentaba indefenso a sus patrones en las disputas industriales. La revolución consagró solamente el triunfo de la burguesía, de sus reivindicaciones y de su dominio, de su ideario filosófico, económico y político: el liberalismo, concretado en el régimen democrático-burgués.

CRONOLOGIA SINTETICA DE LA REVOLUCION FRANCESA

1751 aparición del primer tomo de la “Enciclopedia”.

1755 publicación del “Discurso sobre la desigualdad”, de Rousseau; y “El Código de la naturaleza”, del abate Morellet.

1762 aparición de “El contrato social”, de Rousseau.

1780 publicación de “Búsquedas filosóficas sobre la propiedad y el robo”, de Brissot.

Año 1789

5 de mayo. Primera sesión de los Estados Generales.

17 de junio. El Estado Llano se constituye en Asamblea Nacional.

20 de junio. Juramento del Frontón.

27 de junio. Reunión de los tres estados en Asamblea Constituyente.

14 de julio. Toma de la Bastilla. Comienzo de la emigración.

20 de julio al 6 de agosto. Sublevaciones campesinas en contra de los derechos feudales. El "gran pánico".

4 de agosto. La Asamblea Constituyente, en forma unánime, aprueba la abolición de los privilegios feudales.

20-26 de agosto. Se decreta y vota la "Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano".

15 de septiembre. Sale a luz el primer número de "El Amigo del Pueblo", de Marat. (Durará hasta el 21 de septiembre de 1792).

5-6 de octubre. Invasión del palacio de Versalles e instalación de la familia real en las Tullerías.

12 de octubre. Se crea la "Sociedad de los amigos de la Constitución", transformada luego en "Club de los Jacobinos", donde entró a destacarse Robespierre.

19 de octubre. La Asamblea Constituyente celebra sus sesiones en París. Su principal animador es Mirabeau.

Año 1790

27 de abril. Se crea la "Sociedad de los amigos de los derechos del hombre". Se transformará en el "Club de los Franciscanos", en cuyo seno se distinguirán Danton y Marat.

14 de julio. Fiesta de la Federación.

24 de agosto. El rey acepta la Constitución civil del clero.

26 de agosto. Aparece el panfleto de Marat: "C'est un beau rêve, gare au réveil".

4 de septiembre. Circula un nuevo panfleto de Marat: "L'affreux réveil".

30 de octubre. La Asamblea Nacional Constituyente exige a los eclesiásticos el juramento cívico en respuesta a una protesta de los obispos.

Año 1791

28 de febrero. Hebert publica "Le Père Duchesne".

2 de abril. Muerte de Mirabeau.

20 de junio. Aparición de "L'esprit de la révolution", de Saint-Just.

20-21-25 junio. A raíz de la prohibición del Papa del Juramento cívico, el Rey rompe con la Asamblea y huye de París. Es reconocido y detenido en Varennes. Conducido a la capital es suspendido de sus funciones.

17 de julio. La guardia nacional reprime sangrientamente una reunión popular en el Campo de Marte. Se produce la escisión entre monarquistas y republicanos.

14 de septiembre. Luis XVI, restablecido en sus atribuciones por la Asamblea, acepta la Constitución.

30 de septiembre. La Asamblea Constituyente se disuelve.

Año 1792

12 de marzo. Formación de un ministerio girondino.

20 de marzo. Declaración de guerra a Austria.

13 de junio. Ministerio Bernardo. (Fuldense. De tendencia realista, los "fuldenses" o "bernardos" eran monarquistas constitucionales), en reemplazo de los girondinos.

11 de julio. Se proclamó la patria en peligro.

9-10 de agosto. Se constituye una "Comuna insurreccional", en París, con sede en el Municipio. Es atacado y tomado el palacio de las Tullerías y exterminado los suizos de la guardia real. La Familia real es encerrada en el Temple. Con la caída de la realeza se alza el poder revolucionario del Municipio de París.

2-6 septiembre. Masacre de 1.000 detenidos políticos en las prisiones de París.

20 septiembre. Victoria de Valmy. El ejército prusiano retrocede. La Asamblea Legislativa cede su lugar a la Convención.

30 septiembre. Primer número de "Lettres à mes Commettants", de Robespierre.

Octubre. Creación del Comité de Seguridad General.

Año 1793

21 de enero. Ejecución de Luis XVI. Michelet decía de Luis XVI, alemán por su madre, "tenía lo que es común a los individuos de su raza: una aparente bondad, sensibilidad sanguinaria y lágrimas fáciles".

9 de marzo, creación de los representantes en misión.

10 de marzo. Creación del Tribunal Revolucionario.

18 de marzo. Comienzo de la insurrección de la Vendée.

28 de marzo. Creación del Comité de Salvación Pública. Se decreta la pena de muerte contra los partidarios de la "ley agraria".

3 de abril. Dumauriez se pasa a los enemigos de Francia.

2 de junio. Arresto de los girondinos.

8 de junio. Varlet entrega su "Déclaration solennelle des droites de l'homme dans l'Etat Social".

24 de junio. Proclamación de la Constitución de 1793.

13 de julio. Asesinato de Marat. Aplastamiento de insurrecciones girondinas y realistas

5 de septiembre. Implantación del terror a consecuencia del peligro existente.

11 de septiembre. Ley sobre el “máximum” de los granos.

17 de septiembre. Ley sobre los sospechosos. (Entre agosto y septiembre, al implantarse el terror, se tomaron diversas medidas de excepción: levantamiento en masa, empréstito forzoso, colocación fuera de la ley de los sacerdotes refractarios y de los emigrados, además de las citadas: leyes sobre el “máximo” y los sospechosos).

16 de octubre. Ejecución de María Antonieta.

31 de octubre. Ejecución de 21 diputados girondinos.

10 de noviembre. Fiesta de la razón.

5 de diciembre. Camille Desmoulins publica el primer número del “Vieux Cordelier”.

Año 1794

24 de marzo. Ejecución de los hebertistas, emigrados de todos los cultos religiosos.

28 de abril. Se suicida el filósofo republicano Condorcet.

5 de abril. Ejecución de los Dantonistas. Dictadura de Robespierre, y comienzo del “gran terror”.

8 de junio. Definición del Ser Supremo.

10 de junio. Fiesta del Ser Supremo.

27-28 de julio. Caída y ejecución de Robespierre. Fin del terror, durante el cual fueron ejecutados, solo en París, 2.695 personas (9-10 de Termidor del año II).

Año 1795

1° de abril y 20 de mayo. Represión de insurrecciones jacobinas populares.

Junio-julio. Los emigrados que intentan un desembarco en Quiberon, son masacrados.

22 de agosto. Constitución del año III.

6 de octubre. Bonaparte aplasta una insurrección realista.

26 de octubre. Se disuelve la Convención y se instala el Directorio, dirigido por Barras.

30 de noviembre. Gracchus Babeuf publica “Le manifeste des plébéiens”.

En la Primavera de 1796 apareció “Le manifeste des égaux”, de Sylvain Maréchal.

El Directorio, expresión de la república burguesa, gobierna en medio de una creciente impopularidad. Debió reprimir levantamientos jacobinos y aplastar la “Conspiración de los iguales”. El 27 de mayo de 1797 hizo ejecutar a Gracchus Babeuf y algunos de sus partidarios, enunciadores de una teoría comunista.

El Directorio cayó el 9 de noviembre de 1799 (18 Brumario del año VIII) por un golpe militar de Bonaparte, con motivo del cual el Consulado reemplazó al Directorio y puso fin a la primera República Francesa.

Las “Pequeñas Historias" del investigador Armando Braun Menéndez[163]

La Editorial Francisco de Aguirre, de Buenos Aires, ha publicado nuevas ediciones de las obras del historiador Armando Braun Menéndez. Todas ellas en primorosa presentación material: calidad óptima de papel, escogido tipo de letra, ilustraciones artísticas (dibujos, fotografías, retratos) y portadas de singular belleza. En cuanto al contenido científico, poseen el más alto valor histórico por su investigación minuciosa, la presentación acabada de los sucesos estudiados y la precisión estilística. En general, el escritor Armando Braun Menéndez, se distingue por ser un escrupuloso y novedoso investigador de los acontecimientos producidos en el extremo austral de América; un tenaz compulsador de archivos para obtener y agotar los documentos originales con los cuales enriquecer el acervo fáctico regional o aclarar los aspectos controvertidos del pasado de la inmensa comarca meridional. Por otro lado, sus investigaciones y hallazgos los ha relatado con insuperable poder de síntesis.

El escenario majestuoso donde ocurren los hechos narrados en cada uno de sus libros le confiere a su producción entera un atractivo excepcional, propio de las subyugantes novelas de aventuras. Una tierra fantástica y las acciones de seres intrépidos determinan una conjunción admirable de la naturaleza sorprendente y el hombre superior, generando aventuras portentosas. Descubridores y adelantados españoles, corsarios y navegantes ingleses, contrabandistas y hombres de ciencias franceses, colonizadores y marinos chilenos y argentinos, aventureros de todas layas, emprenden y llevan a cabo hazañas prodigiosas y, también, crímenes horrendos. A menudo nos topamos con hombres extraordinarios, cuyos valores morales, engendrados en una larga lucha con el mar, se colocan en la línea de las grandes virtudes exaltadas por el genial escritor polaco-inglés Joseph Conrad.

En una crónica anterior nos referimos a su excelente libro “Fuerte Bulnes”, aparecido en 1968, prolijo estudio de la toma de posesión por Chile del Estrecho de Magallanes, el 21 de septiembre de 1843, y de la creación del Fuerte Bulnes, en 1844. En seguida leímos, con mucho interés, sus obras: “El reino de Araucanía y Patagonia”, (la curiosa aventura del francés O. Antoine de Tounens, proclamándose rey de la Araucanía y de la Patagonia chilena). Esa obra me ha sido particularmente grata, pues nací en la región de las correrías de Orllie Antoine y fui amigo de los descendientes del cacique Lemunao, fiel partidario del aventurero francés), y “Cambiazo”, “El último pirata del Estrecho”, (monografía en torno al siniestro personaje y a su sangrienta sublevación, en Punta Arenas, donde dominó por medio del terror, entre noviembre de 1851 y enero de 1852. Cometió crímenes incalificables y, entre ellos, el asesinato del Capitán de Fragata, Benjamín Muñoz Gamero, fusilado cobardemente el 3 de diciembre de 1851).

A continuación, nos hemos devorado su serie de “pequeñas historias”: “Pequeña historia magallánica”, 5ª edición, 1969; “Pequeña historia fueguina”, 5ª edición, 1971; “Pequeña historia patagónica”, 4ª edición, 1971; y “Pequeña historia austral”, 1ª edición, 1971. El autor prepara, además, una “Pequeña historia antártica”.

En su “Pequeña historia magallánica” describe las cuatro fundaciones magallánicas: las dos españolas, (Nombre de Jesús, el 11 de febrero de 1584; y Real Felipe, el 25 de marzo de 1584), utilizando los propios documentos de don Pedro Sarmiento de Gamboa, protagonista de aquella empresa; y el texto es una descripción animada de sus increíbles peripecias y de su inmerecida desgracia final; y las dos chilenas,

[163] OCCIDENTE N°235 abril 1972

(Fuerte Bulnes, en 1844 y Punta Arenas, en 1849. Punta Arenas tomó su nombre de la denominación dada al lugar, Sandy Point, por el comodoro inglés John Byron).

También reúne varias crónicas de la antigua Punta Arenas. Particular interés posee la relacionada con el lamentable asesinato de Bernardo Eunom Philippi, por los indios guaicurires, en octubre de 1852. Philippi integró el grupo fundador de Fuerte Bulnes, y se destacó como un notable explorador de todo el extremo austral de Chile. De origen prusiano se radicó en nuestro país, y alcanzó el grado de teniente-Coronel de Ingenieros militares.

El capítulo final de esta pequeña historia magallánica, titulada "El abrazo del Estrecho", esboza las semblanzas del general Julio A. Roca y de don Federico Errázuriz Echaurren, y suministra los detalles de su trascendental reunión en Magallanes, donde su abrazo amistoso consolidó la paz entre Chile y Argentina.

En "Pequeña historia fueguina" narra detenidamente la actividad evangelizadora de diversos misioneros en la Tierra del Fuego, (capitán Alien F. Gardiner, reverendos Richard Matthews, George Packenham Despard, Waite H. Stirling, Tomás Bridges, y del salesiano José Fagnano); y las trágicas peripecias de esas distintas misiones, entregando noticias sobre los indios yaganes y onas.

En un extenso capítulo estudia la discutida personalidad del ingeniero rumano Julius Popper, (1857-1893), mezcla de explorador, hombre de ciencias, escritor y aventurero. Recorrió Tierra del Fuego y explotó faenas auríferas; emitió un sello de correos y moneda, como expresión de su poder omnímodo en aquellos desolados parajes. El historiador A. Braun Menéndez destruye muchas apreciaciones erradas sobre el famoso hombre de acción, que fue también un connotado caballero de mundo, por su extensa cultura, talento, ingenio y amenidad. Su aporte como explorador de Tierra del Fuego es innegable y dejó escritas muchas páginas brillantes. La semblanza de Popper supone una reivindicación del personaje y coincide en su juicio con el historiador Boleslao Lewin, autor de "Popper: un conquistador patagónico", obra reveladora de la verdadera trayectoria vital del profesional rumano. Popper falleció de un ataque al corazón a la temprana edad de 36 años.

En el capítulo final, expone los logros de la división expedicionaria argentina a Tierra del Fuego, comandada por el Comodoro Augusto Lasserre, y que hizo efectiva la soberanía argentina en esa región, con el levantamiento de diversas bases, las cuales hicieron posible el desarrollo de la capital del territorio fueguino argentino: Ushuaia.

"Pequeña historia patagónica" es un conjunto de relatos acerca de acontecimientos curiosos en la Patagonia. Primeramente, describe los esfuerzos de España para reconocer los contornos del litoral y de la tierra patagónica, a partir del descubrimiento del Estrecho por Magallanes (1519-1522), hasta 1810. Menciona las expediciones de García Jofré de Loayza, (1525-1537); Sebastián Cabot, (1526-1530); Simón de Alcazaba, (1534- 1535); Alonso de Camargo, (1539-1541); Ladrillero, (1557-58); Sarmiento de Gamboa, (1579-80 y 1581-1596); Bartolomé García y Gonzalo Nodal, (1618-1619); y las diversas expediciones científicas, sobre todo la trascendental de Alejandro Malaspina, (1789-1794). Luego narra los mitos, leyendas y fábulas de Patagonia, (los gigantes, la ciudad encantada de los Césares, el plesiosauro...) y, finalmente, trata en forma extensa las vicisitudes del primer ensayo de colonización en Santa Cruz por el industrial francés, radicado en Argentina, Ernesto Rouquaud; y las empresas del capitán Luis Piedra Buena.

"Pequeña historia austral", la más reciente obra de Armando Braun Menéndez supone un cuadro de conjunto sobre los viajes y los navegantes españoles, ingleses y franceses en los mares del Sur. Empieza

con una descripción técnica de la carabela, la nave descubridora y protagonista de portentosas hazañas marineras. Dedica un notable capítulo al examen de la vida y los viajes del arrojado marino español Pedro Sarmiento de Gamboa, quién realizó dos periplos al Estrecho de Magallanes. Otro, nutrido de nombres, condensa la participación de los marinos ingleses, corsarios, filibusteros y científicos, desde Francis Drake a Shackleton. Desfilan Cavendish, Hawkins, Dampier, Anson, Narborough, Byron, James Cook, Fitz Roy, Weddel, Ross, etc... Un excelente capítulo está destinado a exaltar la notable contribución de los navegantes franceses: un descubridor como Bethancourt, científicos de la talla de Feuillé, (visitó América del Sur, entre los años 1707 y 1712, y pasó dos años en Chile. Aquí se informó de su clima, geografía física, historia natural, situación económica-social, y dejó un primer estudio científico sobre nuestro país, cuando apareció su obra, en París, en 1714); Frézier, (llegó en 1712 a Chile y siguió al Perú hasta 1714). De regreso a Francia publicó su "Relación del viaje al Mar del Sur, a las costas de Chile y el Perú", en 1716; colonizador como Bougainville, científicos como La Pérouse, Feycinet, Duperrey, Dumont D'Urvillr, D'Orbigny, Charcot...

En la parte final analiza la expedición científica, en los años 1881-82, al archipiélago de Tierra del Fuego, por el capitán de fragata francés Louis Ferdinand Martial, bajo los auspicios de la Academia de Ciencias de su patria. De sus largas, minuciosas y notables investigaciones, salió a luz una voluminosa obra, en varios volúmenes, titulada: "Mission scientifique du cap Horn". (1882-1883).

Tal es, a grandes rasgos, el contenido valiosísimo de las obras del historiador Armando Braun Menéndez, de constante y ejemplar laboriosidad.

Notas en torno a Santiago Arcos, Fermín Vivaceta, Alejandro Escobar y Luis Emilio Recabarren[164]

I

La sorprendente existencia de Santiago Arcos Arlegui mereció la atención del brillante periodista Gabriel Sanhueza, que le dedicó un estudio muy completo, nutrido de datos e interpretaciones novedosas. Su volumen "Santiago Arcos, comunista, millonario y calavera" se basa en una sólida documentación obtenida en los archivos de Santiago y de Buenos Aires, y está escrito con amenidad y galanura. Reconstruye con exactitud la época y el ambiente de las azarosas actividades del curioso personaje; traza su minuciosa biografía, asunto difícil por su carácter enigmático, a menudo contradictorio; y reproduce íntegra su famosa carta-manifiesto a Francisco Bilbao, fechada en la cárcel de Santiago, a 29 de octubre de 1852, y en la cual propicia una reforma agraria radical al estilo de la gran revolución francesa, como único remedio para sacar a Chile del régimen semifeudal prevaleciente en el campo, y causa de la miseria de los trabajadores de la tierra y del atraso general del país.

El denso ensayo de Gabriel Sanhueza deja en el espíritu una agradable impresión de simpatía hacia las actuaciones y las ideas de Santiago Arcos Arlegui. Su relato es rico en sucesos originales, en finos matices interpretativos, donde se han disuelto los datos documentales, las referencias eruditas, en una animada y certera evocación histórica, realmente artística. De vez en cuando recurre, con sobriedad, a la intuición para sugerir el sentido correcto de los acontecimientos o el carácter de los personajes, sin abusar de una exagerada "sensibilidad cerebral", al estilo del frondoso y desbocado Francisco A. Encina; o a discretas

[164] OCCIDENTE N°236 mayo 1972

interpretaciones psicológicas, apoyándose en Adler y Jung, con el sano propósito de explicar actitudes complejas o desconcertantes. Por las razones expuestas resulta incorrecto el calificativo de "comunista, millonario y calavera" asignado a su notable personaje, por insinuar rasgos de Santiago Arcos en abierta contradicción con su verdadero modo de ser. Nada tuvo de calavera, pues, según el propio autor, vivió entregado a una honda pasión: "servir a su manera a los demás, ser útil en los más variados y opuestos menesteres".

Al examinar la permanencia de Santiago Arcos en Francia, donde se educó, suministra un buen bosquejo de la realidad social de ese país en la década del 40, enfocando las ideas socialistas de Saint-Simon, Cabet, Proudhon y Fourier. Al hacerlo se encontró con algunas novedades; entre otras, la influencia notable de esos pensadores en el cuerpo doctrinario de Marx-Engels. Observa oportunamente: "Igualmente Santiago Arcos y Marx leyeron el Manifiesto de la Democracia, de Víctor Considerant, aprovechado en muchos de sus acápites en el Manifiesto Comunista de 1848, y del que también saldría, aunque irreconocible, la carta que Arcos le envió a Bilbao en 1852".

Tengo a mano el número 3 de la magnífica revista bimestral "Le contrat social", correspondiente a julio de 1957. Ahí se reproduce el trabajo de Tcherkezov, publicado en "Les temps nouveaux", de mayo-junio de 1900, donde compara 38 extractos del Manifiesto Comunista, con el Manifiesto de la Democracia, de Víctor Considerant, cuya primera edición es de 1843, y la segunda de 1847. La similitud es impresionante.

Queda en claro la enorme contribución del socialismo de Considerant, discípulo de Fourier, al famoso opúsculo de Marx-Engels.

Gabriel Sanhueza detalla las alternativas de la inquieta existencia de su personaje: describe la época de los "girondinos chilenos", del Club de la Reforma y de la Sociedad de la Igualdad, fundada gracias a la iniciativa de Santiago Arcos. A este respecto anota el contrasentido siguiente: "Al mismo tiempo que el gallego (el padre de Santiago Arcos) fundaba la primera organización típicamente capitalista que hubiese en Chile, su hijo menor creaba, antes que ninguno otro, una organización de corte definidamente socialista". ¡Mientras Antonio Arcos intentaba dar vida al primer Banco en Chile, su vástago Santiago Arcos Arlegui creaba el primer organismo político democrático, popular y revolucionario, la famosa Sociedad de la Igualdad!

En la página 75 se desliza un juicio que no guarda consonancia con las investigaciones del propio autor: "No fue Santiago Arcos socialista, sino durante breves años de su vida; tampoco fue un luchador que permanentemente arriesgara persecuciones y padecimientos por defender una causa. La supongo una afirmación contradictoria, porque él mismo señala la decisión de Santiago Arcos de no participar en negocios de bolsa y banca, de no mezclarse en los tenebrosos asuntos de su padre y así, cuando dejó de depender obligatoriamente de sus mayores "prefirió renunciar a una vida regalada a sentar plaza de agiotista". (En otra página había afirmado descubrir como leitmotiv de su existencia, su "resistencia permanente y sin tregua que, en la medida de sus fuerzas, opuso a las actividades financieras de su progenitor"; y ser el primero, en Chile, en preocuparse del destino de las clases desvalidas y de su agrupación en una entidad propia, de avanzada). Por su valiente campaña en defensa de los derechos del pueblo, de su cultura política y correspondiente organización independiente, fue perseguido, encarcelado y expulsado, no pudiendo regresar jamás a su patria; vivió pobre en Argentina, aunque vinculado a las primeras personalidades de la política, y sinceramente estimado y respetado.

Por otro lado, destaca como Santiago Arcos estuvo siempre en compañía de hombres meritorios, (Federico Errázuriz y Domingo Santa María, presidentes de Chile; Mitre y Sarmiento, presidentes de Argentina;

Barros Arana y Vicuña Mackenna; Mansilla y Zapiola, y muchos otros), y sus opiniones le fueron siempre muy favorables y elogiosas. Solo en nuestros tiempos los historiadores de tendencias reaccionarias lo han atacado con dureza. Entre éstos, Francisco A. Encina, quien con su manifiesta irresponsabilidad frente a los personajes de tendencias democráticas, lo define de "astuto, falso y sin ningún sentido moral, como su padre". El juicio reproducido carece de valor, por provenir de un escritor mitómano un tanto "desconformado cerebral".

Gabriel Sanhueza analiza dos trabajos de Santiago Arcos: su folleto "La contribución y la recaudación", publicado a fines de 1850, y en el cual cita a Saint-Simon, Blanc, Owen, Proudhon y Fourier, lo llama "el coloso intelectual del siglo XX"; y su "Carta a Francisco Bilbao", documento excepcional que "hace que su autor merezca un lugar en la historia chilena menos subalterno que el que hasta ahora le ha correspondido". En esta extensa carta aborda temas como el de la reforma agraria, la separación de la Iglesia del Estado, la asistencia y previsión sociales, y la necesidad de crear un partido político popular.

Para Gabriel Sanhueza toda la vida de Santiago Arcos "no ha sido otra cosa que un continuo afanarse sin resultado, un preocuparse por cosas e ideas, cuyo valor vio perpetuamente desvirtuado. Generoso de espíritu, apasionado por ideas sociales que hablaban de concordia y fraternidad, a causa de ellas solo había experimentado el rigor de su propia carne".

En Argentina, donde vivió por más de un decenio, Santiago Arcos publicó los opúsculos "Las fronteras y los indios" y "De la utilidad de los Bancos en los pueblos de la República Argentina", ambos en Buenos Aires, en 1860. Más tarde, al radicarse en París, en esa ciudad imprimió, en 1865, su estudio histórico "La Plata", en francés. Es un grueso volumen dedicado a presentar la evolución histórica de las provincias argentinas desde los tiempos de la dominación de los incas del Perú hasta 1862.

Además, según referencias del escritor argentino Héctor Pedro Blomberg, el desconcertante y movedizo chileno le envió a su amigo el general Lucio V. Mansilla, un conjunto de brillantes y amenas crónicas de viaje por España, publicadas bajo el título general de "Sin tumbo ni propósito", en el diario La Tribuna, de Buenos Aires, alrededor de 1870.

En 1974 se cumplirá el primer centenario del fallecimiento de Santiago Arcos Arlegui, y por tal motivo, sería un justo y oportuno homenaje reimprimir en un volumen esas crónicas y los opúsculos citados, con una introducción que reuniera los testimonios de Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna y José Zapiola, de Chile; y los juicios de los célebres argentinos Bartolomé Mitre, en su correspondencia; Lucio Y. Mansilla y Domingo F. Sarmiento, en sus memorias. Se lograría un libro interesantísimo por la presentación de una atrayente personalidad precursora en el campo ideológico y político nacional.

II

La figura de Fermín Vivaceta Rupio, (1829-1890), no ha sido recordada como lo merece no obstante el mérito ejemplar de su laboriosa existencia. En su tiempo, el educador, historiador y político liberal, don Miguel Luis Amunátegui, lo denominó "un héroe de la paz"; y figuró como uno de les amigos dilectos de varias de las grandes personalidades de su época y, entre ellas, José Manuel Balmaceda, Ignacio Domeyko, José Tomás Urmeneta y Diego Barros Arana.

El conocimiento de los hechos principales de su trayectoria humana se obtiene en algunas obras importantes. José Bernardo Suárez, notable educador del siglo pasado, en su volumen "El Plutarco del joven artista", aparecido en 1872 inserta una carta de Fermín Vivaceta al autor en la cual le suministra

interesantes datos de su vida; en la monografía de Tristán Cornejo y Pantaleón Véliz S., "Memoria histórica de la Sociedad de Artesanos la Unión", publicada en 1889, entrega noticias sobre la actividad mutualista de Vivaceta; Arturo Blanco A. le dedicó un estudio biográfico: "Vida y obras del arquitecto don Fermín Vivaceta", en 1924; y más recientemente, Raúl Torres Martínez, su "Semblanza de Fermín Vivaceta", en 1953. La fecunda acción en el terreno de la arquitectura ha sido prolijamente expuesta y analizada por don Alberto Wood Le Roy en su monografía: "Fermín Vivaceta. Seminario-Tesis para optar al título de arquitecto". (Instituto de Historia de la Arquitectura), 1956.

Fermín Vivaceta Rupio, nació en Santiago, en 1829 y falleció en Valparaíso, el 21 de febrero de 1890. Su padre Fermín Vivaceta era de origen argentino y su madre, Juana Rupio, humilde mujer del pueblo. Enviudó pronto y a pesar de su pobreza se esforzó con tenacidad admirable en darle educación a su hijo. Este completó sus estudios primarios y a los trece años ingresó, en calidad de aprendiz, a un taller de ebanistería para iniciarse en carpintería y como mueblista. A los diecisiete años se incorporó a los cursos nocturnos de dibujo lineal y matemáticas para artesanos, dependientes del Instituto Nacional. Por influencia de su maestro don José Zegers cambió su oficio de ebanista por el de constructor de edificios y él le enseñó los ramos esenciales de arquitectura. Por decreto del 17 de noviembre de 1849 se creó una clase de arquitectura en el Instituto Nacional y para servirla el gobierno contrató al arquitecto francés Claudio Brunet Debaines. Sus cursos se iniciaron en 1850, y Fermín Vivaceta, a los 21 años, se matriculó y pasó a ser uno de los alumnos fundadores. El plan de la nueva rama de estudios consultaba tres años de duración, pero él permaneció cuatro y medio años. Se destacó por su concentración y obtuvo un segundo premio (el primero lo ganó Daniel Barros Grez) y una mención honrosa. A causa de un decreto de reorganización de la Facultad de Matemáticas, en 1853, prolongó su permanencia hasta 1854 en la Escuela de Arquitectura. Luego, un decreto del 4 de septiembre de 1854 declaró que no se necesitaba título para ejercer las profesiones de ingeniero de minas y civil y de arquitecto. Respaldado por él abandonó la escuela y se entregó de lleno al ejercicio de su profesión. Desarrolló su labor entre los años 1854 y 1882, en Santiago y Valparaíso. Aunque Fermín Vivaceta no recibió su título de arquitecto, y el mismo jamás se dijo, o firmó, arquitecto, lo fue en los hechos por su vasta labor y porque el decreto supremo de 1854 equivalía prácticamente al título de arquitecto. (Es el primer arquitecto chileno, aunque el primer título de "arquitecto general de la República" se le otorgó a Ricardo Brown, por decreto supremo del 4 de septiembre de 1862).

La nutrida obra arquitectónica de Fermín Vivaceta ha sido estudiada y detallada por el señor Alberto Wood Le Roy desde sus trabajos de ebanistería (por ejemplo la puerta principal de la iglesia de San Agustín, de su concepción y realizada en madera de ciprés, por sus propias manos; y, según el mencionado autor todo el frontis y las torres de la misma iglesia serían también obra suya); y construcción, como la iglesia de Vera Cruz, proyectada por Brunet Debaines, en 1852, y su construcción dirigida por Fermín Vivaceta, y a partir de la muerte de aquél, en 1856, a su cargo por entero; el frontis del Portal Tagle (o Portal McClure), edificio según los planos de Brunet Debaines y, a su fallecimiento, al quedar inconcluso, lo continuó Vivaceta, y en 1864 se terminó el frontis según planos de su creación. Se le demolió en 1930 para construir el actual pasaje Bulnes; la casa central de la Universidad de Chile, cuyos planos originales de Lucien Ambrose Henault fueron notablemente modificados por Fermín Vivaceta (respecto de la fachada y en la proporción general de la planta, construida en 1863); y sus numerosas obras de arquitectura, como iglesias (iglesia del Carmen Alto, en bello gótico, proyectada y edificada por él, en 1865, en Alameda esquina Carmen, y demolida; la capilla Ossa, o capilla de Chuchunco, en Chiloé esquina Victoria, se conserva bastante transformada; la torre de la Iglesia de San Francisco, proyectada y construida por Vivaceta, en 1858;

numerosos altares, púlpitos y reparaciones en iglesias de Santiago y de Valparaíso, (en enero de 1864 se le designó arquitecto director de los trabajos a ejecutarse en la Iglesia Catedral, hasta septiembre de 1867); templo masónico de Valparaíso de tres pisos, en estilo corintio, construido en 1872 y uno de los edificios más famosos de Vivaceta, destruido en el terremoto de 1906; frontis y torre de la iglesia del Espíritu Santo, en Valparaíso, en 1880, su última obra, pues mientras vigilaba sus faenas, el 4 de mayo de 1882, le sobrevino un ataque de hemiplejía, postrándolo hasta su fallecimiento en 1890. El frontispicio se demolió para construir un edificio de departamentos. Construyó grandes casas habitaciones, como las de Domingo Matte; de Carlos McClure; de Francisco Videla, y otras, todas demolidas; y, en Valparaíso, las de Emeterio Goyenechea, de tres pisos; de Antonio Subercaseaux y de Macario Ossa, todas destruidas por el terremoto de 1906; solamente subsiste la de Francisco Ossa, levantada en 1870, de dos pisos por calle Prat y de tres por Cochrane, a causa del desnivel, (hace frente a las calles Prat, Urriola y Cochrane), pero ha experimentado muchas transformaciones. Otras obras: el mercado central de Santiago, por lo menos el segundo cuerpo, con frente a 21 de mayo, San Pablo y Puente, y rodea el cuerpo central, (sus torres poseen las características de los diseños de F. Vivaceta). En una crónica del señor B. Herrmann sobre la iglesia de Apoquindo atribuida a Toesca, descubrió que los minaretes colocados sobre las torres son de Fermín Vivaceta maestro de obras. En los años de 1872 y 1875, F. Vivaceta ideó el trazado de un camino para unir todos los cerros al sur del puerto de Valparaíso con el propósito de crear nuevos barrios obreros en la parte alta. El camino que era conocido como el "camino de cintura", ahora se llama Avenida Alemania. En 1877 estudió la posibilidad de urbanizar los cerros del puerto desde Avenida Argentina a Playa Ancha con el mismo fin de organizar poblaciones obreras. Como investigador puso en práctica una mezcla llamada "conglomerado", algo parecido a lo conocido en el presente como "mármol reconstituido".

En su creación arquitectónica cultivó exclusivamente los estilos clásico y greco- romano, a excepción de su iglesia gótica del Carmen Alto.

En el plano político se distinguió como miembro del Partido Liberal. Fue un admirador de Francisco Bilbao y se le designó integrante de la comisión destinada para repatriar los restos del ilustre tribuno. En 1870, apoyó a José Tomás Urmeneta, representante de la burguesía progresista; en 1875 fue partidario de Benjamín Vicuña Mackenna; y en 1881, de don Domingo Santa María.

En su actividad social resplandecen dos preocupaciones: 1° Impulsar la enseñanza y elevar el nivel del pueblo, y desde 1858 integró la junta directiva de la Sociedad de Instrucción Primaria, donde trabajó con su amigo y protector don José Tomás Urmeneta. Estimuló la creación de escuelas nocturnas para obreros. 2° Propulsar la asociación mutualista. El 5 de enero de 1862 celebró su primera sesión la Sociedad Unión de Artesanos (hoy día "Artesanos la Unión"), con 162 socios, presidida por F. Vivaceta. El 20 de julio de 1862 inauguró la escuela nocturna dependiente de la sociedad llamada más tarde "Benjamín Franklin" y, hoy día, Fermín Vivaceta. En Valparaíso dio conferencias sobre el mutualismo y con 48 compañeros fundó, el 6 de enero de 1877, una sociedad cooperativa con el nombre de "Asociación de Trabajadores". En ese mismo año apareció impresa en un folleto una de sus disertaciones, titulada "Unión y fraternidad de los trabajadores sostenidas por las Asociaciones Cooperativas".

En general, Fermín Vivaceta, proletario-artesano, al ascender en la escala social se ocupó de la situación de los obreros y artesanos de la construcción y de otras actividades y los organizó en gremios-asociaciones mutualistas y, a la vez, estableció escuelas nocturnas para los mismos. Es un notable precursor del movimiento mancomunalista y del sindicalismo obrero. Las ideas de la época sobre justicia y solidaridad social, y de unión de los elementos del trabajo, tan en boga entonces en Europa, encontraron en Chile

amplia acogida y comprensión en la actividad de Fermín Vivaceta. Por eso se encuentra ligado a los orígenes difíciles y valerosos del gremialismo chileno.

III

El 26 de noviembre de 1966 falleció en Santiago, el viejo dirigente obrero Alejandro Escobar Carvallo. Había nacido el 27 de febrero de 1877. En tan larga trayectoria vital dedicó dos decenios a la organización del movimiento obrero nacional, con resultados fructíferos, y por ello su nombre se encuentra indisolublemente ligado a la época heroica del despertar de los elementos más resueltos, y de mayor conciencia de clase, de las masas trabajadoras, y a la difícil labor para constituir las primeras agrupaciones sindicales y políticas del proletariado chileno.

Alejandro Escobar Carvallo participó eficazmente en la creación de la "Unión Socialista", en 1897; en la formación de varias sociedades de resistencia, orientadas por los ideales anarcosindicalistas; de ateneos obreros y escuelas nocturnas; en el funcionamiento de la primera colonia tolstoyana (de obreros, en 1903); en el sostenimiento de numerosos periódicos y revistas populares.

Según sus memorias, publicadas en esta revista, he aquí algunos breves datos de su quehacer proletario. En su primer capítulo, "Chile, a fines del siglo XIX"[165], aportó interesantes datos directos sobre el saqueo de Santiago por las turbas "congresistas", en 1891. Son las impresiones visuales de un muchacho de catorce y medio años. Al mismo tiempo realiza un pequeño análisis de las verdaderas causas de la insurrección oligárquica, de las clases sociales y partidos, y del clima moral a fines de 1891. En seguida describe sus primeras amistades literarias y sus contactos iniciales con la clase obrera y cómo entró en relaciones con los escritores socialistas argentinos. Deja en claro la importante influencia de José Ingenieros, Juan B. Justo y Leopoldo Lugones en la difusión del pensamiento socialista en un sector obrero chileno. En el segundo capítulo, "Inquietudes populares y obreras a comienzos del siglo"[166], expone el proceso de la constitución de la Unión Socialista, cuya inauguración pública se llevó a cabo en calle San Pablo 213, entre Libertad y Esperanza, el domingo 17 de octubre de 1897. Los asistentes fueron repentinamente atacados por agentes de la policía y unos doscientos garroteros contratados en el barrio Matadero por Santos la Cristala, famoso regente de una cancha de riñas de gallos. La investigación de los dirigentes del nuevo partido descubrió a dos elementos ligados a la policía, quienes la mantenían informada de todas sus actividades. Uno de ellos era nada menos que Germán Larrechea, hijo del famoso miembro de la Sociedad de la Igualdad, del mismo nombre, compañero de Arcos y Bilbao. El delator resultó ser militante del Partido Conservador. (A propósito del asalto experimentado por los integrantes de la "Unión Socialista", es del caso recordar el atropello idéntico sufrido por la Sociedad de la Igualdad, en agosto de 1850, urdido por la policía con la complicidad de matones comandados por Isidro Jara, apodado "el chanchero". Los procedimientos policiales de aquellos años no variaban en sus propósitos y tácticas).

Después de su acción para dar vida a la Unión Socialista, adhirió al credo anarquista y orientó sus esfuerzos hacia la estructuración de sociedades de resistencia y a la publicación de revistas y periódicos, con la ayuda de obreros de alto nivel intelectual y de escritores y artistas de avanzada (como "La Antorcha", "El Ácrata", "El Paro", "La Agitación", "Les Nuevos Horizontes", "Panthesis", y otros).[167]

[165] "Occidente", N°119, Julio-agosto de 1959.
[166] "Occidente", N°120, sept.-oct de 1959
[167] "Occidente", N°123, mayo-junio de 1960. Capítulo V: "El movimiento Intelectual y la educación socialista".

En 1904, Alejandro Escobar estuvo en Casablanca, y junto con Valentín Cangas, fundó el periódico "Tierra y Libertad". En sus páginas sostuvo una polémica con Luis Emilio Recabarren, en los números de julio y agosto, importante, para fijar los pensamientos anarquista y socialista de ambos líderes y sus posiciones frente a la lucha política del proletariado.

Alejandro Escobar Carvallo describe con pormenores de primera mano los grandes movimientos sociales de Valparaíso, en 1903; Santiago, en 1905; Antofagasta, en 1906; e Iquique, en 1907, en el tercer capítulo de "La agitación social en Santiago, Antofagasta e Iquique".[168]

Muchos de los prolijos detalles de la huelga de 10.000 trabajadores del puerto de Valparaíso y de la concentración de 20.000 ciudadanos, el domingo 22 de octubre, en la Alameda de Santiago, y la posterior lucha con la policía y la "guardia blanca", más la represión del Ejército, que se encontraba en maniobras fuera de la capital, no han sido dados por ningún historiador. Asimismo, las alternativas de la huelga del personal del ferrocarril de Antofagasta a Bolivia y de la represión desatada en el mitin del domingo 6 de febrero, y de la tremenda masacre de Iquique, a fines de 1907. En la gran huelga de Iquique su comité directivo estuvo formado así: presidente, José Briggs; vicepresidentes, Manuel Altamirano y Luis Olea Castillo; tesorero, José Santos Morales; secretarios, Nicanor Rodríguez y Ladislao Córdova, y 20 delegados representando a otras tantas oficinas salitreras. Se destacó en su dirección Luis Olea Castillo, a quien se dio por muerto, pero, según Alejandro Escobar, logró escapar y ausentarse de Chile, para morir oscuramente, abandonado, de fiebre amarilla en Guayaquil. Únicamente los parlamentarios demócratas denunciaron la horrenda masacre de Iquique. Malaquías Concha y Bonifacio Veas la condenaron y dieron espeluznantes detalles: "Sobre 10.000 obreros sin armas se disparó con ametralladoras, no por espacio de treinta segundos, como dice el parte oficial, sino que la espantosa carnicería duró, por lo menos, tres minutos. Se formaron montañas de cadáveres hasta el techo de la Escuela Santa María. Y esto, señores diputados, en un país de libertad, en un país con instituciones que aseguran las garantías individuales". (La Discusión, de Chillán, del 12 de enero de 1908).

Alejandro Escobar publicó en "La Reforma", de Santiago, en los meses de enero y febrero de 1908, algunos artículos con el título general: "En la tierra del salitre". En ese mismo año dio a luz su trabajo "El problema social en Chile".

En el capítulo IV, "La organización política de la clase obrera a comienzos del siglo"[169], describe su ingreso al Partido Demócrata y sus peripecias por tratar de llevarlo a adoptar la doctrina socialista. El Partido Demócrata había crecido, no obstante, sus frecuentes renuncios doctrinarios y su anarquía interna. Sobre todo, en vísperas de sus congresos afloraban diversas corrientes rivales. Sus líderes principales eran Malaquías Concha, Angel Guarello y Zenón Torrealba, éste, dirigente obrero, quien encontró entre sus prosélitos a Luis Emilio Recabarren. Pero Torrealba, según Alejandro Escobar, a pesar de su extracción obrera, era un enemigo acérrimo del socialismo y de la lucha obrera de resistencia. Para él, el movimiento obrero debía concretarse únicamente al mutualismo y la instrucción popular de las escuelas nocturnas, recabando para cumplir dichos propósitos la ayuda del Estado. El Partido Demócrata llegó a ser fuerte electoralmente, (en 1915, hizo elegir cinco diputados, pero obtuvo 60.000 sufragios, cifra enorme en vista del reducido electorado, del cohecho y la intervención de las autoridades en favor de los partidos de la

[168] "Occidente'', N°121, nov-dic., de 1959.
[169] "Occidente". N°122, marzo-abril de 1960.

oligarquía) y, a menudo, algunos de sus representantes denunciaban los abusos de la clase capitalista y la situación de miseria de las clases trabajadoras.

Alejandro Escobar Carvallo describe un supuesto acuerdo entre él, Luis E. Recabarren y Lindorfo Alarcón, realizado en Tocopilla, en octubre de 1905, para luchar por transformar las huestes demócratas en el Partido Socialista Chileno. Para cumplirlo, Escobar Carvallo abandonó su posición anarquista e ingresó al Partido Demócrata y, al mismo tiempo, despachó una carta política a sus amigos libertarios de Antofagasta, Valparaíso y Santiago, invitándolos a seguir su actitud. Habría aparecido dicho documento en el diario "La Vanguardia", redactado por Arturo Laborda. Varios respondieron afirmativamente y se incorporaron a sus filas. En las elecciones de marzo de 1906, Recabarren salió elegido diputado por Antofagasta, pero la Cámara le anuló su victoria después de indignas maniobras.

A raíz de su eliminación y de una condena arbitraria por una supuesta intervención en la huelga de febrero de 1906. Recabarren prefirió abandonar el país. Estuvo en Argentina y pasó a Europa, visitando España, Francia y Bélgica. Aprovechó su estada para inscribir el Partido Democrático Chileno en la Oficina de la II Internacional Socialista, en Bruselas, pero solo fue una acción simbólica, pues no tenía credenciales para verificar tal acto. El viaje le fue de fecundo provecho, a juicio de Alejandro Escobar, porque "en el curso de su larga gira de varios meses, Recabarren estudió y comprendió profundamente la doctrina socialista, según pude apreciarlo más tarde" ...

Al relatar las vicisitudes de su actividad en las convenciones del Partido Demócrata con el propósito de llevarlo al socialismo, aunque sin éxito, recuerda la organización en su interior de una escuela socialista de la cual formaron parte todos sus antiguos compañeros y muchos elementos jóvenes, entre ellos, Manuel Hidalgo Plaza, Carlos Alberto Martínez, Ricardo Guerrero, Nicasio Retamales, Evaristo Ríos, Policarpo Rojas Solís. Ante la imposibilidad de empujar el Partido Demócrata al socialismo y frente a medidas persecutorias de la directiva oficial, decidieron dar vida a un Partido Socialista, donde se agruparán los miembros de esa tendencia y los integrantes de la escuela socialista, en septiembre de 1911. Según su testimonio, no se incorporó, porque solicitó consentimiento para continuar en las filas del Partido Demócrata, con el objeto de librar una nueva batalla para incorporarlo al campo socialista, de acuerdo con el plan de Tocopilla, de 1905. El estudiante de Leyes, Luis Zuloaga, redactó la ''Declaración de Principios", el "Programa" y el "Reglamento", del nuevo partido, publicándose tales documentos en un folleto. La creación del Partido Socialista en septiembre de 1911 fue comunicada a Valparaíso, Talcahuano y a Recabarren. Los de Valparaíso organizaron la agrupación departamental y, sacaron a luz un periódico redactado por el poeta Zoilo Escobar. Asimismo, los de Talcahuano crearon una asamblea. En Magallanes se fundó el Partido Socialista Chileno. En esos instantes el gobierno disolvió la corporación municipal de Santiago, llamando a nuevas elecciones, y en ellas el Partido Socialista presentó la candidatura de Manuel Hidalgo, quien triunfó en forma brillante, en marzo de 1913.

Mientras tanto, en Iquique, Recabarren dividía el Partido Demócrata, presentándose como candidato a diputado en oposición al personero oficial Pedro Segundo Araya, en las elecciones de marzo de 1912. Recabarren alentó su fracción y su candidatura con "El Despertar de los Trabajadores", pero ambos fueron vencidos y por ello se expulsó del Partido Demócrata a Recabarren. Habría sido con motivo de estos sucesos que Recabarren no obstante estar en comunicación con Alejandro Escobar, llevado por el propósito de ser el conductor de una nueva agrupación política revolucionaria, en vez de organizar la seccional Tarapacá del PS, echó las bases del Partido Obrero Socialista, en julio de 1912, con "Principios" y "Programa Mínimo" propios. Alejandro Escobar, en enero de 1913, emprendió una gira por Tacna-

Tarapacá, durante la cual dio conferencias sobre socialismo y reanudó sus relaciones con Recabarren. Estuvo en el salón de la Mancomunal de Trabajadores de Pisagua; en la "Casa del Pueblo", recién fundada por Recabarren, en Iquique; en la agrupación demócrata de Tocopilla, y en Antofagasta, donde ingresó como redactor al diario "El Industrial", dirigido por Edmundo Fuenzalida.

Alejandro Escobar expone la labor enorme de Recabarren en Iquique. Además de dar vida exitosa a su imprenta y al diario "El Despertar de los Trabajadores" y fundar la "Casa del Pueblo", había organizado una cooperativa de panadería y arrendado un edificio de dos pisos y media cuadra de largo, instalando ahí un salón cinematográfico, todo ello por cuenta de la cooperativa de obreros. Emite este juicio sobre él: "Su inteligencia práctica y su gran capacidad de organización, unidas a su don natural de gentes, hacían de Recabarren un verdadero conductor de pueblos. A esto cabe añadir su acrisolada honradez en el manejo de los bienes de la comunidad y su vida austera y sobria, de un verdadero apóstol". En este viaje habló con Recabarren para crear un solo Partido Socialista, con representación de todas las asambleas organizadas, en una Convención Nacional. Esta tuvo lugar en Santiago, en 1915, y a ella asistió el diputado socialista argentino Ramón Morey.

Según A. Escobar, él habría proseguido su plan de vaciar el Partido Demócrata al socialismo, pero fracasó en las sucesivas convenciones por la supremacía de Malaquías Concha, no obstante conseguir la aprobación de que el Partido Demócrata constituía un "partido de lucha de clases" y que las convenciones de 1924 y 1926 ordenaron al Directorio General emprender la reforma doctrinaria y cambiar su nombre por el de Partido Socialdemócrata. Con fecha 1° de marzo de 1927 publicaron un folleto: "Reforma doctrinaria y programática del partido", identificándolo con el socialismo marxista de la II Internacional de Ámsterdam. En 1928 se alejó de la directiva y entró a servir la dictadura de Ibáñez en calidad de gobernador. En resumen, no logró nada práctico en favor de su plan de Tocopilla y, al mismo tiempo, se divorció del movimiento obrero y socialista. Por eso hemos afirmado, previamente, que la importancia de Alejandro Escobar es considerable durante dos decenios, entre 1895 y 1915. En cuanto a sus afirmaciones sobre la creación de un Partido Socialista en 1911, antes del Partido Obrero Socialista, de Recabarren, sería necesario emprender la investigación correspondiente para verificar si son efectivas o si se deben a una confusión natural y propia de la edad y de la distancia de la época de aquellos hechos.

Con todo, la actitud de Alejandro Escobar Carvallo en esos años y su fecunda actividad de organizador y escritor, merecen respeto y son dignas de recuerdo. Por lo demás, posee, como consecuencia, un sitio inamovible en la historia del movimiento obrero chileno. Es en virtud de este leal reconocimiento que le hemos dedicado estas modestas líneas.

IV

En las obras capitales de la Historiografía chilena no se entregan datos importantes ni noticias sistemáticas sobre la formación y desarrollo de la clase obrera y de su movimiento social, político e ideológico, ni tampoco acerca de sus principales representantes. Únicamente existen monografías parciales realizadas por militantes o por estudiosos ocasionales, pero no por historiadores de preparación adecuada y con la amplitud de miras requerida por una investigación científica. A ese tipo de trabajos pertenecen algunos de Moisés Poblete Troncoso, ("La organización sindical en Chile y otros estudios sociales", 1924); de Jorge Gustavo Silva, ("Nuestra evolución político-social, 1900-1930", 1931); de Luis Heredia, ("Cómo se construirá el socialismo", 1936); de Aristodemo Escobar Zenteno, ("Compendio de legislación social y

desarrollo del movimiento obrero", 1940); de Oscar Álvarez Andrews, ("Teoría y práctica del sindicalismo", 1940).

En cuanto a estudios especiales consagrados al tema señalado, se destacan los de Marcelo Segall: "El desarrollo del capitalismo en Chile", de 1953, en el cual dos capítulos se dedican al examen específico del movimiento obrero y del pensamiento de avanzada; de Hernán Ramírez Necochea: "Historia del movimiento obrero en Chile", de 1956, en donde analiza extensamente el siglo XIX; de Luis Vitale: "Historia del movimiento obrero", de 1962, ensayo panorámico de excelente contenido.

Por otro lado, numerosos estudiantes de Historia del Instituto Pedagógico y de Derecho, de la Universidad de Chile, han terminado sus estudios redactando memorias sobre aspectos de la evolución económico-social y de las condiciones de vida y luchas de la clase trabajadora, algunas de real calidad investigativa y científica. Entre ellas, son características el ensayo de Tulio Lagos Valenzuela: "Bosquejo histórico del movimiento obrero chileno", 1940; de Osvaldo Arias Escobedo, su monografía "La prensa obrera en Chile", impresa en 1970 por la Universidad de Chile de Chillán; y de Jorge Barría Serón, "Los movimientos sociales de principios de siglo, (1900 a 1910)", y "Los movimientos sociales de 1910 a 1926", (la aparición de ambas monografías refundidas en un solo volumen constituirá una obra magistral e indispensable para el conocimiento pormenorizado y la comprensión justa de ese explosivo período del movimiento obrero y de la realidad social de Chile). J. Barría ha continuado en sus investigaciones en torno al proceso obrero sindical chileno y en 1971 circuló su denso ensayo "El movimiento obrero de Chile. Síntesis histórico-social".

El organizador de la clase obrera chilena, Luis Emilio Recabarren Serrano, no ha merecido una biografía completa y seria, no obstante, su profunda gravitación e influencia en la elevación de las clases trabajadoras nacionales al primer plano de la actividad social y política del país. Únicamente se señalan la biografía novelesca de Fernando Alegría, cuya segunda edición apareció con el título "Como un árbol rojo", en 1970; y el ensayo de J. C. Jobet, "Recabarren y los orígenes del movimiento obrero y del socialismo chilenos", en 1955.

El mejor, trabajo de conjunto realizado sobre la personalidad y acción del ejemplar líder obrero, lo ha llevado a cabo una investigadora norteamericana, S. Fanny Simon: "Recabarren and the labor movement in Chile" Su autora permaneció largo tiempo becada en nuestro país, revisando con minuciosidad sajona todo lo vinculado con la figura de Recabarren. Se relacionó con sus familiares, y de ellos conoció datos íntimos de la vida doméstica, cotidiana, del incansable dirigente; obtuvo numerosos documentos inéditos guardados por ellos, (cartas, recortes, manuscritos, folletos, fotografías); investigó la prensa de la época, los debates del Congreso Nacional, las distintas obras impresas, las encuestas y estadísticas oficiales; leyes, folletería... Y todo ese inmenso material lo elaboró en un volumen sólido, equilibrado y justo. Comprende 312 páginas de texto y 19 páginas de bibliografía, mecanografiadas. En 11 capítulos analiza detenidamente la realidad económica, social y política de Chile en la época de la niñez y juventud de Recabarren, (desde 1870 a 1891); describe los comienzos de la organización sindical y política de la clase obrera nacional, (mutuales, mancomúnales, sociedades de resistencia. condiciones de trabajo, política del Partido Demócrata, grupos socialistas de fines del siglo XIX) y la constitución del Partido Obrero Socialista, en 1912, y de la Federación Obrera de Chile; enfoca con amplitud el turbulento movimiento social y político de 1920, el "año de los subversivos"; explica la manera cómo el comunismo llegó y se estructuró en el país; examina la obra de legislador de Recabarren en la Cámara de Diputados, (1921-1924); expone los contornos de la crisis social de 1924-25, cuando se produjo el inesperado suicidio del extraordinario

conductor proletario; sintetiza su legado ideológico, político y sindical; y finaliza con un substancioso capítulo dedicado al movimiento obrero posterior a Recabarren, desde 1925 a 1957.

Entre los muchos documentos inéditos utilizados por S. Fanny Simón, menciona un discurso manuscrito de Recabarren, de 9 de noviembre de 1902, donde estampa esta confesión: "Con 26 años cumplidos, no me encontraba capaz de hacer discursos improvisados". Nos permite comprender algo muy propio del líder: su ejemplar constancia y laboriosidad para cultivarse y perfeccionarse; su lento ascenso hacia la cultura y el dominio de la palabra escrita y hablada. F. Simon da cuenta, además, de su diario inédito, con recortes y comentarios, donde suministra muchos detalles sobre sus actividades en Tocopilla, en los primeros años del siglo XX. Este diario se encontraba en poder de Teresa Flores, la compañera de don Reca. Fanny Simon frecuentó a distintos colaboradores de Recabarren, quienes le facilitaron diversos papeles de valor y también visitó a dirigentes anarquistas de aquellos años. Alejandro Escobar Carvallo, quizás el más importante, le prestó una copia de su trabajo acerca del "nacimiento del socialismo en Chile".

S. Fanny Simon analiza el pensamiento de Recabarren, basándose en sus folletos "El pensamiento y la acción", de 1911 (en realidad el título exacto es: "La huelga de Iquique en diciembre de 1907. La teoría de la igualdad", escrito en 1910); "Socialismo", de 1912; y "Si triunfa el socialismo", no impreso, y cuyo manuscrito, de puño y letra de Recabarren, consultó la autora. A través de su examen traza algunas sobrias consideraciones en torno a sus ideas y, con este motivo, estudia la actitud del Partido Comunista frente a las posiciones de Recabarren. Verifica un buen análisis de las tornadizas tesis del PC. A partir de 1926, cuando fue llamado a bolchevizarse, es decir, a disciplinarse en las orientaciones de la III Internacional y a abandonar el bagaje ideológico de Recabarren, quien, según aquel organismo, no había ido más allá de los límites de la "democracia burguesa", y su herencia entonces constituía un "lastre" para la penetración en el Partido Comunista de Chile del "marxismo-leninismo", según la interpretación oficial de la etapa estalinista. Asimismo, enfoca la polémica de Recabarren con Alejandro Escobar C., a través de la cual precisó sus puntos de vista frente a la violencia, al anarquismo y la esterilidad de las luchas intestinas en el movimiento obrero.

En los años recientes se ha acrecentado el interés por describir el desarrollo económico-social de Chile, su movimiento obrero y el papel de sus principales personeros. Y, entre éstos, de la figura señera de Luis Emilio Recabarren (1876-1924). Los escritores Julio César Jobet, Jorge Barría y Luis Vitale publicaron en 1965 un tomo de obras escogidas de Recabarren, reuniendo sus opúsculos "Los albores de la revolución social en Chile", "Ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana" y "La Rusia obrera y campesina". Este primer volumen lleva un ensayo introductivo de Jobet sobre la trayectoria vital del líder obrero. Los mismos autores imprimieron en la Editorial Quimantú, en 1971, un nuevo volumen de "Obras Selectas", agrupando los folletos: "La huelga de Iquique. La teoría de la igualdad", "Lo que da el gremialismo", "El Socialismo" y "Ricos y Pobres". El volumen incluye, además, los trabajos del profesor Jorge Barría: "El legado de Recabarren" y una "Bibliografía de Recabarren"; y del escritor J. C. Jobet "El pensamiento político de Recabarren". En 50 páginas lleva a cabo una densa síntesis de la actividad y de las ideas sociopolíticas del líder obrero. En su texto se desliza un error, debido a la omisión de un par de líneas del original. En la página 10, línea 36, dice: "El Partido Nacional, agrupación de los conservadores clericales...", y debe decir: "El conservantismo sostenedor del gobierno y de las prerrogativas del Estado, pasó a denominarse Partido Nacional, o "montt-varista"; y el sector partidario de los privilegios de la Iglesia Católica, Partido Conservador. El Partido Conservador, agrupación de los pelucones clericales..." Y en la página 59, línea 34, se omitió el vocablo "exponente". (Debe decir: "es el más alto exponente de la clase trabajadora").

De las obras citadas, el ejemplo de Recabarren reside en su lucha incansable para organizar el proletariado y darle conciencia de sus derechos y responsabilidades; en su labor practica de estructuración sindical y política; en la creación de la prensa obrera y su afán por educar y elevar a sus compañeros de trabajo; en su profunda honestidad personal, abnegación y coraje. Y su legado en cuanto a las ideas se sintetiza en su adhesión sincera al programa socialista revolucionario y democrático, opuesto de manera irreductible a todas las formas de tiranía. Fue un alentador incansable de la fórmula de la emancipación de los trabajadores y de su participación directa en un gobierno de nuevo tipo, para realizar la justicia y la libertad. Lo que hoy día se denomina la emancipación y autogestión de los trabajadores.

Enrique de Gandía y su "Nueva historia de América"[170]

No conocemos la personalidad intelectual, de historiador e investigador, de Enrique de Gandía. Al final de su libro examinado suministra una lista de obras con 65 títulos, lo cual indica una notable fecundidad, pero no tenemos noticias del valor científico de su producción.

La de su "Nueva Historia de América" sorprende por su desorden abigarramiento y prurito egolátrico. Casi 500 páginas las dedica al estudio de la independencia y menos de 100 páginas a la evolución republicana hasta el año 1946. Un capítulo final de 50 páginas, lo destina a enfocar la interpretación de la historia de América. Aquí se presenta como un liberal y un demócrata, defensor de la libertad en contra de la reacción y el oscurantismo, pero su modo de entender el liberalismo democrático es bastante curioso: lo asimila al hispanismo tradicionalista. Por otra parte, combate las teorías del materialismo histórico y considera interpretación reaccionaria a aquella que sigue las directivas trazadas, hace un siglo, por algunos notables historiadores liberales de América. Según de Gandía, para esta interpretación "reaccionaria", hubo revolución e independencia en busca de libertad. A su entender los papeles donde se habla de revolución e independencia de todo poder extranjero se refieren a los poderes extranjeros de Francia e Inglaterra, no al de España.

De tal suerte, en ninguna parte de América se habría declarado una independencia estatal nacional. En síntesis, de acuerdo con de Gandía: "la independencia que los historiadores reaccionarios confunden con formación de nuevas naciones no es más que el autogobierno del pueblo por medio de las Juntas, como había dado el ejemplo España… Los americanos no realizaron ninguna revolución... Las juntas españolas nacieron de la revolución contra Napoleón. Del mismo modo nacieron las americanas. Nuestra revolución "americana, bonaerense, Caraqueña, etc., fue una revolución en contra de Napoleón como la española, madrileña, sevillana, valenciana, barcelonesa, etc.".

Caracteriza la lucha de la emancipación y el desarrollo republicano como el resultado de una pugna entre las fuerzas espirituales del liberalismo y del absolutismo con notorias contradicciones, y reiterando en forma insistente sus grandes descubrimientos. Se proclama adepto fervoroso de la concepción ideológica de la historia. Comprende la Historia como exclusivo choque de ideas y las luchas sociales como pugna de principios políticos. Así lo afirma en párrafos donde no brilla la modestia: "La historia de las ideas conocida en forma superficialísima, por los historiadores americanos y nunca aplicada a nuestra historia continental y local de un modo exclusivo, ha iluminado panoramas históricos insospechados. Hemos sido los primeros en llevarla a estos estudios y confesamos que sus visiones han transformado por completo la vieja historia

[170] OCCIDENTE N°238 julio 1972

de nuestra América. Reclamamos todas las prioridades en este sentido... Podemos estar seguros de haber creado en la Argentina, una nueva escuela histórica".

Agrega, de Gandía, que la aparición de esta nueva escuela histórica de las ideas habría llenado de inquietud a los viejos historiadores, porque ven en peligro sus escritos y no "conciben que plumas independientes y libres logren barrer un siglo de interpretaciones históricas equivocadas y en su lugar coloquen una nueva y verdadera historia".

A través de sus diversos capítulos dispara los más peregrinos juicios y cae en las más jocosas contradicciones. He aquí una de bulto: "en 1789, en Francia, no hubo verdadera revolución… No fueron revoluciones ni la francesa ni las sudamericanas... En Francia, la gran revolución de los tiempos modernos es la que hizo Napoleón" Sin embargo, algunas páginas más adelante anotan: "En 1810 y en años posteriores tampoco nadie combatió a la revolución francesa. Lo que se combatió es a Napoleón y Napoleón no es la revolución francesa… Napoleón es, realmente, la antítesis de la revolución". ¡A menudo encontramos análisis como el reproducido! Tampoco hubo revolución de la independencia en América latina sino lucha por la libertad... Y esta libertad por la cual se combatió, no era la proclamada por los filósofos del siglo XVIII, por los realizadores de la emancipación norteamericana y la revolución francesa. Eran la libertad y la democracia medievales de los escolásticos, sostenidas luego por los Austrias, pues Carlos V y Felipe II son los creadores de las más transcendentales ideas de democracia y libertad. Los revolucionarios de 1810 se levantaron en contra del absolutismo borbónico, por haber ahogado aquellas tradiciones libertarias y en contra del despotismo de Napoleón. Para de Gandía, la época en la cual predominaron las ideas de democracia y libertad fue la Edad Media y el país donde se asilaron aquellas ideas trascendentales fue España. Y la fuerza de estas ideas medievales y españolas determinó los principales acontecimientos de los tiempos modernos: la revolución de Cromwell, la revolución norteamericana y la revolución francesa. ¡Solo en España no originaron ninguna revolución porque ahí, con los Austrias, brillaba la más "pura libertad y democracia"!

De Gandía se proclama liberal y para él, el liberalismo del siglo XVIII y sus concepciones "fueron ideas sobre el Estado y los derechos de las personas; mejor dicho: viejas ideas medievales de democracia e igualdad que derrocaban a las nuevas teorías absolutistas impuestas en distintas partes de Europa".

A la luz de este liberalismo medieval enfrenta el examen del movimiento de la emancipación americana. Niega la revolución, pues "la lucha de la independencia, en América, no fue en realidad por la independencia, sino por la libertad". La revolución de la independencia no se originó, afirma, por causas económicas, aunque reconoce que las restricciones comerciales impuestas desde España hacían desear a los americanos un pleno liberalismo económico. De todos modos, proclama con rotundez: "No podemos seguir diciendo que las causas económicas hicieron la independencia de América en general ni de ninguna parte en particular". A menudo emite observaciones un tanto cómicas. Por ejemplo, ésta: "Revolucionario no es quien mantiene el orden establecido sino quien va en contra de ese orden. La revolución no la hicieron por tanto los llamados revolucionarios de la independencia hispanoamericana. La hicieron los absolutistas Barbones introduciendo el concepto de derecho divino donde siempre se había respetado el derecho natural del hombre".

De Gandía insiste en forma continua sobre esta idea central: España fue una democracia y la única monarquía absoluta europea era Francia; los revolucionarios americanos luchaban por lo que siempre habían poseído, los viejos principios democráticos españoles, los cuales se estaban perdiendo con la

llegada de los Borbones, quienes habrían suprimido la antigua democracia y el antiguo sentido de justicia y de libertad de los Austrias".

Ideas similares desarrolla Jaime Eyzaguirre en su obra "Ideario y ruta de la emancipación chilena", en su afán de exaltar el régimen colonial español, restarle toda influencia al pensamiento liberal del enciclopedismo francés y revalidar las ideas de los teólogos medievales y de los tratadistas jesuitas, a pesar de no haber cristalizado tales ideas en instituciones reales. Su valor es únicamente formal, como ocurre con el contenido jurídico de la Legislación de Indias, sin aplicación efectiva en ningún instante.

De Gandía y Eyzaguirre olvidan que el absolutismo fue un fenómeno político general a toda Europa y resultado de las exigencias de una época histórica bien determinada.

En España se consolidó con la obra de los Reyes Católicos y los Austrias, dándoles un contenido particularmente reaccionario e intolerable. Es verdad que el absolutismo y la intolerancia no fueron rasgos constantes del carácter español y durante largos períodos vivieron en paz las tres religiones: católica, judaica y musulmana. Más tarde, las expulsiones en masa de judíos y moriscos, inspiradas en móviles religiosos; el desarrollo y permanencia de la Inquisición y la ferocidad de la persecución de los protestantes; la destrucción de los fueros y libertades de Castilla y Aragón; el mantenimiento de monopolios abusivos y agotadores, dan a la historia de España de los siglos XV y XVI un carácter sombrío de fanatismo y crueldad. Los Reyes Católicos concibieron la unificación de España con la subyugación de todas sus regiones en lo político y lo religioso. Unidad monárquica, absolutismo político y tiranía religiosa fueron los pilares del despotismo de los Reyes Católicos, al igual que los Valois en Francia y los Tudor en Inglaterra. Pero al revés de estos últimos, llevaron a cabo una política económica desastrosa, agravada por los Austrias, a causa de su descomunal ignorancia en materia tan decisiva y al predominio de los factores religiosos en su acción. Por otra parte, los Austrias gastaron sus recursos y energías en destruir las libertades internas y en eliminar las fuerzas económicas creadoras de España (judíos, moriscos y burguesía urbana) y, al mismo tiempo, en asumir el papel de potencia contrarrevolucionaria frente a las profundas transformaciones que se operan en la Europa occidental. La ascensión de la burguesía, el advenimiento del capitalismo, la reforma protestante, la extensión del humanismo y el renacimiento, expresiones de una verdadera revolución, encuentran su oposición más implacable en la España de los Austrias obstinados en sostener el absolutismo y la intolerancia religiosa. Por eso se decía en Castilla, en aquellos años: "dos Santas y un Honrado traen el reino acabado" eludiendo a la Santa Inquisición y a la Santa Hermandad y al Honrado Consejo de la Mesta, cuyos privilegios de paso para la trashumancia de los ganados perjudicaban a la agricultura y a los campesinos.

En cuanto al sistema colonial, el Gobierno de los Austrias aisló a América por medio de las leyes del monopolio comercial y las restricciones a la navegación y a la presencia de extranjeros en sus dominios. Solo desde Sevilla, y más tarde de Cádiz, se mantiene un precario contacto con América. En el plano administrativo, el monopolio de los cargos en favor de los peninsulares, y en el religioso, el inmenso poder de la Inquisición (creada en América por Real Cédula de 1569), reforzaban el despotismo.

En cuanto a la educación superior, las Universidades copiadas de las de España únicamente ofrecían Teología y nada que pudiera contribuir al adelanto intelectual y material de las colonias. Este régimen cerrado mantenía a América en el atraso y la ignorancia.

A pesar de las trabas, América experimentó un desenvolvimiento apreciable, su población crece, y un activo contrabando permite vender a buen precio muchos de sus productos y, a la vez, adquirir variadas y

útiles manufacturas. Los Borbones, en el siglo XVIII, verifican diversas reformas beneficiosas para el desarrollo de las colonias americanas, pero no llegan a permitirles comerciar con las demás naciones. Ya en esta época, el impulso natural de las fuerzas productivas de América pugnaba por romper los escollos de la política monopolista. Como lo expresaba don Manuel de Salas, "la falta de libertad comercial limitaba la producción y cortaba el vuelo a la industria privando de trabajo a sus pobladores". Únicamente el contrabando remediaba en parte la aflictiva situación. El atraso industrial de España le impedía abastecer a América; sus productos eran caros, pocos variados y de inferior calidad a los de las grandes naciones europeas, como Inglaterra y Francia: al mismo tiempo, su escaso poder comprador para los productos de sus dominios no significaba ningún incentivo. En esta situación, el contrabando era una necesidad. Franceses e ingleses compraban a buen precio y vendían productos excelentes y baratos. En este sentido el contrabando fue un elemento revolucionario en el seno de la sociedad colonial, pues ayudó de manera práctica a la formación de una conciencia separatista. Los miembros más dinámicos de la aristocracia y de la burguesía llegaron a la convicción de que sus países encontrarían un mejor porvenir fuera que dentro del imperio español. El interés económico de los países capitalistas europeos, y en especial de Inglaterra, estimuló las aspiraciones de progreso y libertad de las naciones americanas. Así sus intereses y anhelos coincidieron plenamente. La "Representación de los hacendados del Río de La Plata", redactada por Mariano Moreno, en 1810, expresa con nitidez el avance de la mentalidad capitalista y liberal de las clases poseedoras criollas. Decía: "es notorio que todos los frutos que produce el cultivo de la tierra son las verdaderas riquezas de un país y que en esto consiste la subsistencia, el aumento del poder de los pueblos y del soberano. El deseo de ganancias es el estímulo más vivo para animar a los hombres al trabajo, para fomentar la industria y conseguir las empresas más arduas. Este deseo que es el que procura la abundancia no debe amortiguarse, sino aliviarse con libertades que sean compatibles con la justicia y la pública utilidad"

Desconocer tales antecedentes y centrar el problema de la independencia en distingos jurídicos para negar la revolución, como lo hacen de Gandía y los historiadores de su misma tendencia hispanista reaccionaria, es miopía partidista y tendenciosa. Del mismo modo, la reducción de sus búsquedas y presuntos "hallazgos" al plano político y jurídico limita, parcializa y oscurece su obra. De Gandía como Eyzaguirre desconocen todas las grandes investigaciones modernas, serias y vastas, según las cuales lo económico y social posee una importancia decisiva en el movimiento emancipador.

Con motivo de la visita de la expedición científica, francesa organizada en 1735, por los sabios astrónomos La Condamine, Bouger y Godín, y de la cual formaron parte los sabios españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa éstos dejaron un documento impresionante sobre el estado calamitoso de la América española, que contradice todas las apologías interesadas del sistema impuesto por los peninsulares y, por el contrario, explica el estallido de las frecuentes rebeliones de los pueblos aborígenes y el descontento de los criollos y sus anhelos de vinculación directa al mundo de la época, en pleno desarrollo y progreso. En su detalle amargo se encuentran las causas de la posterior gesta emancipadora.

Dicha expedición tuvo por objeto averiguar el verdadero valor de un grado terrestre sobre el Ecuador, a fin de que cotejado con el que resultase tener el grado medido al mismo tiempo por Clairant, Maupertuis y otros matemáticos, enviados para tal fin al norte de Europa, se infiriese de uno y otro la figura de la tierra y quedase de una vez decidida la cuestión del sistema copernicano. De esta expedición nos quedaron las famosas "Noticias secretas" de Jorge Juan y Antonio Ulloa. Fueron editadas en Londres, en 1826, por David Barry. El editor inglés, quien había viajado por América y conocido su auténtica situación, encontró el informe de los Ulloa en los archivos españoles y estimó indispensable su publicación con el propósito de

dar a conocer lo que había sido la administración española durante tres siglos y de su exposición justificar la revolución de la independencia y sus efectos auspiciosos para el destino de estos países, Jorge Juan y Antonio Ulloa, concluida la parte científica de la comisión, se dedicaron a informar del verdadero estado político de los países americanos de acuerdo con instrucciones del Marqués de la Ensenada, primer secretario de Estado del Rey Fernando VI. Recorrieron las costas de Nueva Granada, provincia de Quito, reinos del Perú y Chile. Del cuadro trazado por los sabios resaltan la cruel opresión de los indios y criollos y las extorsiones de sus corregidores, curas y hacendados. El régimen español estuvo constantemente empañado por crueldades innecesarias, determinadas por una codicia y una avaricia insaciable. El informe famoso expone un panorama sombrío de ese régimen, dejando al descubierto el atraso de estos pueblos y la dureza de las autoridades españolas, de la iglesia, y de los terratenientes con las masas. Es el más enérgico mentís a los glorificadores del sistema colonial.

Estas diversas expediciones científicas, en el siglo XVIII, impulsaron la formación de una conciencia nacional y estimularon el naciente sentimiento de libertad. Singular trascendencia en el sentido indicado alcanzó la de los sabios Alejandro Humboldt y Amadeo Bonpland, de 1799 a 1804, a raíz de la cual exploraron las Antillas, Venezuela, Nueva Granada, Ecuador, Perú, Centroamérica y México.

La visión exclusivamente política de la Historia contribuye a falsificarla y a ponerla al servicio de la razón de Estado o de las ideologías en boga, en vez de serlo al servicio de la verdad. Esa tendencia lleva a desfigurar los hechos históricos, como ocurrió con los fascistas y sucede, en la actualidad, con los comunistas y los católicos. Jaime Eyzaguirre, por ejemplo, de acuerdo con muchos historiadores reaccionarios, participa de esta aberración: el Santo Oficio fue una institución admirable, filantrópica, hasta simpática. (El notable crítico español Andrenio, al mencionar la “Historia de los Heterodoxos”, de Menéndez Pelayo, recuerda que al hablar de Luis de Usoz, editor de los protestantes españoles, le supone animado de las “mismas feroces pasiones que acompañaron hasta la hoguera al bachiller Herrezuelo, a Julianillo Hernández y a don Carlos de Sessé”, y comenta Andrenio, los feroces eran los quemados y no los tostadores de carne humana, con la hipocresía de la entrega al brazo secular…”).

El historiador de Gandía es, a menudo, un verdadero charlatán de la historia. Sus juicios contienen una apreciable cantidad de extravagancia. Con frecuencia incursiona en la época contemporánea para prodigarse en aterradoras originalidades. Proclamándose liberal, demuestra una gran admiración por Mussolini y lamenta su fracaso, no obstante ser “uno de los genios de los tiempos modernos”. Agrega, Mussolini, por su talento literario, filosófico e histórico, por su voluntad y por su habilidad de hombre de Estado y de diplomático, será considerado en el futuro, como una mentalidad superior a la de Napoleón, y en todos los puntos a la de Hitler” ... ¡A cada paso exhibe de Gandía un curioso liberalismo de tipo totalitario!

De Gandía se esfuerza a lo largo de su mamotreto por presentarse como un historiador, novedoso y original, pero su cacareada concepción histórica, a pesar de su vocabulario estridentista, es la tradicional de los hispanistas reaccionarios, rellenas de contradicciones y de malabarismos formales para ocultar el anquilosado y podrido régimen colonial. Pertenece, al igual que Jaime Eyzaguirre y Francisco A. Encina, en nuestro país, al grupo de historiadores preocupados de exaltar la España absolutista, atrasada, intolerante y enemiga de la democracia. Desde que se consolidó la independencia de América y se estructuró la República, se originó en España un movimiento hispanista tendiente a reivindicar y sobrestimar su obra en la formación de las naciones latinoamericanas. A raíz del triunfo de la reacción clérico-castrense en la guerra civil de 1936-39, se intensificó, porque sus características se avenían perfectamente con el régimen

fascista de Franco. Sus rasgos comunes son: Tradicionalismo hispanista, procatolicismo, anti yanquismo y visión romántica del pasado imperial y colonial. Con Franco sus pretensiones han sido las de estrechar vínculos con América latina y tratar de imponer sus atrasadas concepciones a través de una elevada exportación de curas y el estímulo a historiadores del estilo de los mencionados.

Bilbao ante la sacristía, por Eduardo de la Barra[171]

Esta obra polémica es la respuesta a una diatriba de Zorobabel Rodríguez en contra del ideólogo Francisco Bilbao. La refutación de Eduardo de la Barra es un modelo de erudición, lógica e ironía. Aparte del conocimiento profundo de la obra del tribuno, a quien defiende, y de la personalidad y posición del autor atacante, exhibe una amplísima cultura histórica, social y filosófica, expresada en un estilo límpido y brillante. No obstante, su tono polémico constituye un verdadero manual del pensamiento liberal decimonónico chileno. No es una producción pasajera, circunstancial, sino una obra permanente y valiosa.

En su primera parte traza una noticiosa semblanza biográfica de Francisco Bilbao, describiendo los hechos más relevantes de su corta y generosa existencia, las cualidades acusadas de su personalidad humana y sus concepciones filosóficas, sociales y políticas.

En sus partes segunda y tercera examina los dos grupos de asuntos tratados por Zorobabel Rodríguez en su crítica al quehacer de Bilbao: el filosófico-religioso, y el político-social. A juicio de Eduardo de la Barra esos dos grupos propuestos por el exégeta ultramontano pueden dividirse en cuatro grandes cuestiones, y serían las siguientes: 1° Cuestión filosófica: la soberanía de la razón. 2° Cuestión religiosa: la divinidad de Jesús y el alcance y originalidad de su doctrina, radicalmente opuesta a la enseñanza y a las obras católico-ultramontanas. 3° Cuestión política: el catolicismo (no el cristianismo) es radicalmente incompatible con la democracia y destructor de la soberanía de las naciones, y de la libertad individual. 4° Cuestión social: origen del socialismo y del comunismo, sus tendencias, su nueva forma.

Francisco Bilbao se dio a conocer en plena juventud y obtuvo una celebridad temible. Cursó en forma destacada, en el Instituto Nacional, sus humanidades y algunos ramos de Derecho. Sus creencias y doctrinas a los veinte años se podían sintetizar en las frases siguientes: “No veía un Dios en Jesús de Nazaret; pero lo amaba como al más justo de los hombres y lo respetaba como al más profundo de los filósofos moralistas. La doctrina evangélica era la norma a que ajustaba sus acciones. La conciencia era su única guía, y su razón la única autoridad, la única base de criterio que aceptaba. Ansiaba la salvación y regeneración del pueblo y, para conseguirlo, quería que ejerciera ampliamente su soberanía. Su amor al pueblo y la fascinación que sobre él ejercían los escritores franceses lo inclinaron al socialismo... Aunque amante del orden, detestaba todo despotismo, fuese político, religioso o social. De bella figura, franco, abierto, entusiasta, la pureza de su alma solo podía compararse con la elevación de su espíritu. Sincero y abnegado, sentía tan profundamente las desgracias del pueblo y amaba tan de veras a su patria, que, desde sus primeros años, se consagró a servirla con todas sus fuerzas, casi sin aguardar más premio que el cáliz de la amargura que le hicieron beber hasta las heces. Tal es el hombre a quien la calumnia persigue aún más allá de la tumba”.

El joven Bilbao saltó a la más controvertida popularidad con motivo de la publicación de su artículo “Sociabilidad Chilena”. Desató las iras de las fuerzas reaccionarias, y el gobierno intervino para sancionarlo. El fiscal Máximo Mujica acusó su escrito “como blasfemo, inmoral y sedicioso en tercer grado”. Blasfemo,

[171] OCCIDENTE N°239 agosto 1972

porque se ocupaba de crítica histórica y religiosa; inmoral, porque denunciaba la mala organización del matrimonio y condenaba los enlaces de conveniencia; sedicioso, porque señalaba los errores de la Constitución de 1833 y, al mismo tiempo, pedía su reforma. En su defensa, Bilbao, rechazó con ardor tales cargos, y les decía a los miembros del jurado, "no soy blasfemo, porque amo a Dios; no soy inmoral, porque amo y busco el deber que se perfecciona; no soy sedicioso, porque quiero evitar la exasperación de mis semejantes oprimidos". A pesar de su notable defensa, el jurado le condenó en tercer grado como blasfemo e inmoral; el juez le impuso una multa de 1.200 pesos, (el pueblo partidario la pagó en el acto y colocándolo sobre sus hombros lo paseó en triunfo por la ciudad a los gritos de "viva la libertad de pensamiento", "abajo el fanatismo", "viva el defensor del pueblo"). Las autoridades continuaron persiguiéndoles: se le expulsó del Instituto Nacional, y su artículo fue quemado por mano del verdugo. Con motivo de los odios desencadenados en su contra se alejó del país y en octubre de 1844, en Valparaíso, se embarcó para Europa, junto con los hermanos Francisco y Manuel Antonio Matta. A fines de febrero de 1845 llegaron a Francia. En ese país estudió astronomía, química, geología, matemáticas y economía política; escuchó los cursos de Lamennais, Quinet y Michelet, quienes pasaron a ser sus amigos predilectos.

Al refutar a Zorobabel Rodríguez, escribe de la Barra: "Todavía dice que de las lecciones de Quinet siempre conservó Bilbao "la idea extravagante de un cristianismo sin Iglesia, sin Papa, sin redención, sin nada, en fin, de aquello que en realidad lo constituye". ¿Podría decirnos, el señor Rodríguez, en qué se diferencia este cristianismo, esta idea que él llama extravagante, del cristianismo de los Apóstoles en el momento cuando escuchaban el sermón de la montaña? Entonces no había Iglesia, ni Papa, ni redención y supongo que los discípulos del Cristo eran cristianos. "cristiano es entonces todo aquel que acepta y cumple la doctrina moral del Cristo, como es cartesiano el que sostenga las teorías de Descartes".

Bilbao, además de sus estudios y de sus contactos con las altas personalidades filosóficas y políticas francesas, presenció las revoluciones sociales de 1848, en París, las cuales causaron una fuerte impresión en su espíritu y en su pensamiento.

Regresó a Chile a comienzos de 1849 y entró a ligarse al naciente liberalismo reformista para enfrentar al partido retrógrado, defensor del espíritu colonial. Como lo recordara Lastarria: "el partido conservador tiene por principal misión la de restablecer en la civilización y en la sociabilidad de Chile el espíritu español, para combatir el espíritu socialista de la civilización francesa". El liberalismo reformista aglutinó a los restos del pipiolismo vencido en Lircay, a los conservadores moderados y a los jóvenes de la nueva generación oposicionista surgida con el movimiento intelectual de 1842, todos unidos en el común propósito de la reforma de la Constitución autocrática de 1833.

A propósito, Lastarria, el más importante líder de aquel movimiento reformista, estampó en La América, según cita de Eduardo de la Barra, sus finalidades esenciales: "Habían proclamado que la soberanía nacional tenía su fundamento en la justicia, que solo en ésta, debía el poder que la ejerce, buscar la sanción de sus actos, y que el ejercicio del poder político no podía tener otro objeto que la aplicación del derecho, es decir, de la justicia a la perfección y desarrollo de las facultades y de las relaciones del hombre y de la sociedad. Habían pedido la verdad y la libertad del sufragio conforme a la Constitución. Sosteniendo que la igualdad "es el derecho igual que todos tienen al goce de su vida, al desarrollo de sus facultades físicas, intelectuales y morales, al uso y protección de sus derechos civiles y políticos: a no tener más obligaciones ni cargas que las que estos derechos les imponen, y a que no se establezcan excepciones o privilegios que excluyan a unos de lo que concede a otros, en iguales circunstancias"; pedían la abolición de los mayorazgos, las de los fueros y tribunales excepcionales, monopolios, privilegios, y la igual repartición de

las contribuciones, adoptando para esto una sola base. Reconociendo que “la libertad no consiste sino en el uso del derecho”, reclamaban la reforma de las leyes que autorizan la prisión discrecional de los ciudadanos, y el formal establecimiento del derecho o libertad de permanecer y transitar, de asociarse para todos los fines de la vida, de profesar una creencia religiosa, o un culto cualquiera, de publicar por la prensa sus opiniones, sin censura previa ni enjuiciamiento posterior, de peticionar a las autoridades, y de aprender y enseñar sin restricciones”.

En las palabras reproducidas se encuentra bien expuesto el abstracto programa de principios y de las reformas políticas formales exigidas por el liberalismo opositor.

El liberalismo reformista fracasó y el Club de la Reforma, que lo agrupaba se desintegró. Bilbao se unió, entonces, a Santiago Arcos Arlegui, y ambos impulsaron la Sociedad de la Igualdad, fundada por la actividad de Arcos y diversos artesanos. (Eduardo de la Barra, equivocadamente, declara a Bilbao su fundador y principal impulsor, y en ninguna parte menciona a Santiago Arcos, su verdadero creador y sostenedor). A raíz de su experiencia y participación destacada en la Sociedad de la Igualdad, lo define como igualitario antes que liberal, porque, entonces, “juzgaba que la regeneración social debía partir de las clases obreras, campo virgen y vigoroso donde era más fácil sembrar la semilla que traía en su corazón. Allí no había arraigadas ideas que zapar, ni tradiciones, ni mezquinos intereses que vencer; en cambio, allí estaba la parte más robusta del pueblo que era necesario redimir de la ignorancia y curar de los dolores que la afligen, de las injusticias que la azotan y de las opresiones que la doblegan, impidiendo su natural desarrollo. Él quería ser el salvador de esa gran parte de la familia chilena, y asegurarle un porvenir más próspero y feliz”.

Frente a la apreciación despectiva de Rodríguez sobre la Sociedad de la Igualdad, organismo en el cual todos sus miembros “eran ignorantes”, le responde: “figuraban en la Sociedad las mejores inteligencias de aquella época, y lo que de más florido en saber tenía la juventud de la capital”.

Disuelta la Sociedad de la Igualdad, Francisco Bilbao pasó al destierro en el Perú. Ahí participó en sus luchas políticas, con variadas vicisitudes, hasta ser expulsado, junto con sus dos hermanos, en 1854. Los tres hermanos buscaron un nuevo asilo en Guayaquil; y a raíz de la victoria de Ramón Castilla, les fue suspendida la proscripción del Perú. En ese período escribió sus ensayos: “Gobierno de la libertad” y “Mensaje del proscrito”. Llevó a cabo un segundo viaje a Europa. Encontró a Francia sumida en el despotismo, bajo la bota de Napoleón III. Se desencantó del viejo continente. En él solo vio un peligro para las repúblicas de América, por cuanto una nueva Santa Alianza reaccionaria pretendía privar de su libertad a América. Señaló, entonces, la urgencia de la unión americana como único medio de salvación. Lanzó su discurso “Congreso Federal de las Repúblicas”.

En abril de 1857, Bilbao, regresó y se estableció en Buenos Aires, donde llevó a cabo una obra intensa. Se alistó en el Club Literario, y abrió sus actividades con su famoso discurso, “La Ley de la Historia”. Formó el Club Racionalista, se afilió a la masonería. Redactó su notable folleto: “La América en Peligro”, denunciando el viejo plan reactualizado por la nueva Santa Alianza voraz, dirigido a reemprender la reconquista de América. Veía y denunciaba a la Monarquía, tratando de ahogar a la república. Bilbao falleció el 19 de febrero de 1865.

Eduardo de la Barra transcribe algunos párrafos de las cartas de Lastarria, enviadas a él, desde Buenos Aires, donde habla de los últimos momentos del apóstol. Dice:... “Francisco Bilbao, nuestro compatriota, aquel filósofo profundo, gloria de América, que ultrajan los clérigos de Chile y que insultan hasta los

liberales de allá, tratándolo de loco en “La República”, y tratando de borrar así una de las mejores glorias nacionales, Francisco Bilbao, muerto en la flor de su edad, dio aquí varias veces ocasión a manifestaciones espléndidas de aquella libertad y de esa elevada ilustración de los argentinos, que ojalá nunca decline, y se mantenga siempre en vigor...” Luego le cuenta haber permanecido largas horas con Bilbao en la última noche de su vida, y le describe detalles conmovedores. Le manifestó en un momento: “Esta noche muero, háble me Ud. de la muerte” ... En un momento, Bilbao le habría expresado: “Lo que hace sensible la muerte... es lo que se deja acá. Yo, sufro al dejar a mi mujer y siento un dolor inconsolable al morir sin ver a mi Chile, a mi patria, a quien hubiera consagrado mil vidas... Dele Ud. mis adioses... Ella será mi última palabra... ¡Un favor! Que me entierren envuelto en el tricolor chileno...” Y Lastarria agrega: “Así se hizo. La bandera de Chile fue su mortaja y cuando yo veía sus pliegues conmoverse con la brisa, al depositar el ataúd en una bóveda de la Recoleta, me imaginaba que aún palpitaba de amor patrio el corazón de mi amigo”.

II

En la segunda parte, “Filosofía y Religión", de la Barra somete a una crítica profunda las consideraciones de Z. Rodríguez, según las cuales si el apasionado tribuno veía una incompatibilidad irreductible entre la democracia y el catolicismo se debía a su ignorancia y a su desconocimiento del catolicismo. A lo largo de más de cien páginas desenvuelve su análisis crítico para concluir que es el acusador sectario quien desconoce los orígenes, cuerpo doctrinario y finalidades del cristianismo; que el catolicismo no es el cristianismo; y en cuanto al racionalismo, éste es una posición filosófica que en religión se perfila en el sistema “que tiene por objeto fundar todas las creencias religiosas en principios emanados de la razón, sin necesidad de recurrir a una revelación sobrenatural”, o sea, se llama racionalismo en teología la doctrina de aquellos que, rechazando la revelación, solo admiten como medio de conocimiento la razón.

Después de su erudito examen de las doctrinas católicas y de las interpretaciones de Bilbao, quienes le acusan de ignorancia resultan desconociendo su propia religión. Por lo demás, nunca se opuso al cristianismo; lo acató y exaltó. Combatió únicamente el catolicismo ultramontano, por ser obscuridad para la inteligencia, al querer y pretender ofuscar la razón y confiscar sus fueros. Por eso, para Bilbao, “el catolicismo no es el cristianismo”.

Al comentar la posición de Bilbao en defensa del libre examen, recuerda una frase ramosa del canónigo sevillano Blanco White, verdadera profecía: "la América no se emancipa del todo mientras no acepte el libre examen”. Y también reproduce unas líneas de Lamennais, en carta a Bilbao, escrita poco antes de morir el ilustre sacerdote. Son éstas: “tenez pour certain qu’il n’y a rien á espérer de l’Amérique espagnole, tant qu’elle restera asservie á un clergé imbu des plus détestables doctrines, ignorant au-delà de toutes bornes, corrompu et corrupteur” El ataque de Bilbao al dogmatismo es sostenido y en la misma forma al clericalismo arrogante y obscurantista.

En la tercera parte prosigue el análisis de materias vinculadas a la religión. Aquí enfrenta la gran cuestión, pesadilla de los ultramontanos sometidos al ambiente de la república democrática: ¿hay antagonismo entre la democracia sostenida por la libertad y la iglesia, perseguidora tenaz de esa misma libertad? El catolicismo, tal como lo entienden y defienden Zorobabel Rodríguez y los ultramontanos, es incompatible con la democracia. Su estudio sobre el contenido y alcance de la democracia y la libertad es a fondo y, para él, solo la democracia es el medio adecuado y favorable al progreso material, intelectual y moral, esto es, le civilización. La civilización necesita de condiciones naturales para realizarse. Ellas “se encuentran en la

justicia, en el uso igual y pleno de los derechos políticos y civiles. En otras palabras, la Libertad es el motor de todo progreso". Entre todos, el progreso material es aquel que menos contraría a los enemigos de la libertad y el menos capaz de emancipar, porque, si bien abre la puerta al progreso intelectual y éste al moral, puede conseguirse sin libertad, y aún hasta sirviendo de base a intolerables despotismos, enemigos de las garantías personales, de la justicia, y proclives, en cambio, a servir a los privilegias y a favorecer a la corrupción y al servilismo; en otro plano, el progreso intelectual, es la llave de los otros, y marcha sin detenerse jamás: "Lo que hoy piensa el sabio, la nueva verdad, el nuevo invento, son herencia segura para los hombres de mañana, quienes acrecentarán el caudal antes de transmitirlo a las generaciones postreras".

El progreso moral encuentra aún mayores obstáculos. "Vencer los malos instintos, domar las pasiones, y obrar el bien por el bien, necesita de una enérgica voluntad, y exige estar constantemente sobre sí mismo para corregirse y mejorarse; de ahí proviene que el crecimiento de las virtudes es difícil y lento, como obra individual. No se adquiere sin una lucha, contra el torrente de las pasiones que se precipitan en sentido contrario, y que tantos estímulos encuentra en su camino. Si es difícil y lento en cada individuo, lo es igualmente en la sociedad, o reunión de individuos. El hombre y la sociedad encuentran en sí mismos los elementos de desarrollo el uno, y de progreso, la otra".

Únicamente los gobiernos democráticos, basados en la libertad y la virtud, pueden permitir un progreso armónico general. La democracia parte del reconocimiento de un hecho esencial: "todos los hombres tienen igual necesidad de vida y de desarrollo, y de consiguiente, deben tener iguales derechos y deberes en general". Al exponer estos argumentos, Eduardo de la Barra recuerda una frase de Carlos Marx: No hay derechos sin deberes; no hay deberes sin derechos. A su juicio, ni gobernantes ni gobernados debieran jamás olvidar esa profunda máxima del jefe de la Internacional. Y al término de su radiografía de los principios de la democracia y de las actitudes de la Iglesia Católica, del jesuitismo, en los diversos planos, filosóficas, religiosas, sociales y políticas, llega a una conclusión inobjetable: "el catolicismo romano es radicalmente incompatible con la democracia". De esta suerte subraya los conceptos de Bilbao en aquel terreno, abonando su justeza, su exactitud. Tal como él lo proclamara, de acuerdo con los grandes pensadores liberales, es fundamental para la vigencia de la democracia y del progreso, la libertad de pensamiento. Y el catolicismo-jesuitismo, encadenan el pensamiento a creencias dogmáticas y sectarias, las cuales oprimen la libertad.

Eduardo de la Barra pulveriza el folleto de Z. Rodríguez como producto de una fantasía apoyada en la pasión y en la ignorancia. Termina su larga vivisección con una ironía maciza sobre las escasas condiciones literarias creadoras de su contrincante, y escribe: "En la Cueva del loco Eustaquio jamás descubrí un novelista, debo confesarlo; pero si lo descubro en este trabajo, en que la ficción es tan perfecta que muchos la habrán tomado por realidad".

En la tercera parte sobresale el capítulo sobre socialismo. Según el criterio de Eduardo de la Barra, los elementos formativos del tejido de la Historia son dos: primero, el uno constante, que es la ley ineludible del progreso a que está sujeta la humanidad; y segundo, el otro variable, que es la espontánea voluntad humana, la cual sienta sus premisas como quiere, para que de ellas se desprendan las consecuencias lógicas. En el encadenamiento de los sucesos históricos que se combinan y engendran mutuamente siguiendo, en conjunto, una ley fija de desenvolvimiento, dentro de él la evolución política ha precedido a la evolución social. Primero, se aseguran las legítimas relaciones entre los gobiernos y los gobernados, de

manera que cada hombre y cada grupo logre la plenitud de las condiciones de su natural desarrollo; y, luego, se arreglan las relaciones de los gobernados entre sí, objeto de la ciencia social.

La gran revolución francesa proclamó los derechos del hombre y cuando recién comenzaba a dar la solución del problema político conforme a la libertad, fue interrumpida en su trabajo por la irrupción de las hordas andrajosas del pauperismo, pidiendo justicia, porque sentían hambre y sed, y exigían pan para sus hijos. A las masas de descamisados se unieron los grupos de trabajadores azotados por la injusticia, que no entienden de derechos, porque solo habían conocido los deberes impuestos por la servidumbre. Atribuyen sus desgracias a la desigualdad de clases y, por eso, creen que en cuanto todos los hombres sean iguales, todos serán felices. En "esa erupción igualitaria y antiliberal se operó una contagiosa dislocación del pensamiento. El espectáculo de la miseria y de las profundas llagas sociales por ella abiertas, fue una verdadera tortura para muchos corazones generosos. Había ansiedad por hallar un pronto alivio, y los planes y proyectos y sistemas salvadores se sucedían los unos a los otros, y aunque hijos todos de un noble deseo, inútiles eran desde que les faltaba el sello de la razón. Aquellas visiones comunistas iban a estrellarse en oleadas contra la roca de la severa realidad, y, antes que reducirse a la práctica, caían rotas en espumas, aumentando la desesperación de la época. Sueños impotentes que nada salvaron, y que perdieron las más grandes y fecunda de las revoluciones".

Entre esos hombres de corazón figuran Babeuf, Saint-Simon y Fourier, jefes de escuelas socialistas, dedicados a resolver el urgente problema de la miseria popular. Saint-Simon, el progresista, gran admirador de la ciencia, al principio pide para el pueblo las tierras nacionales desamparadas, así como el austero Babeuf pide los bienes comunales para repartirlos entre los necesitados; y Fourier, mientras tanto, sueña un idilio virgiliano, una larga serie de arreglos agrícolas y comunidades fraternales, que él llama la armonía.

Los sueños y errores del comunismo o socialismo revolucionario, según Eduardo de la Barra, son tres: 1°, aceptar la igualdad absoluta, como base de su sistema, cuando ella solo puede existir ante el derecho; 2°, atacar el derecho de propiedad, estímulo del trabajo; 3°, aniquilar la personalidad humana, alma de la democracia, imponiendo al hombre por la fuerza, reglamentos de felicidad.

Los sueños y vicios indicados tienen una filiación histórica y, por tal razón, lleva a cabo un escueto esbozo de esos antecedentes del comunismo. Empieza con Platón y su utopía fantástica en su "República", compuesta de santos y regidas por filósofos. En seguida la comunidad de Platón fue reproducida por Tomás Moro en su Utopía, y en los sistemas de Campanella y Morelly. (Eduardo de la Barra apunta que la Iglesia habría amamantado el comunismo, preparándolo a lo largo de siglos con su palabra y con su ejemplo. Y cree encontrar elementos comunistas en las doctrinas de los padres de la Iglesia, en los ideales místicos de las comunidades religiosas, aisladas del mundo; en la Compañía de Jesús, donde el hombre sacrifica conciencia y voluntad para que el organismo conquiste la tierra; en las Misiones paraguayas, etc. Por otra parte, recuerda otras asociaciones monstruosas, como la comunidad política de Esparta y el gobierno patriarcal de los incas peruanos).

En el siglo XIX el socialismo francés del 92, del 30 y del 48, el inglés de Roberto Owen (con su Sociedad Cooperativa de New Lanark, y su New Harmony en los EE. UU.), el alemán de Weitling, se extienden mucho, pero es el francés el de mayor trascendencia. Saint-Simon "dividía la sociedad en tres órdenes: sabios, artistas e industriales, donde cada uno tomaba su colocación y rango según su capacidad, y cada capacidad era servida según sus obras". En la asociación libre imaginada por Fourier la base la constituía el grupo, o

falange, verdadera comuna, habitante de un falansterio, donde la propiedad era colectiva, y los productos se dividían entre los participantes directos de la producción: el capital, el talento y el trabajo. Pierre Leroux, Cabet, autor de Icaria; Luis Blanc, imaginador de los talleres administrativos; Proudhon, "azote de los comunistas", pero por sus ideas respecto de la propiedad vinculado a ellos. (De la Barra recuerda que Aristófanes dice en una de sus obras, "La propiedad es un robo; el comunismo extirpará este abuso", y la famosa frase del poeta griego es atribuida a Proudhon. A juicio de Eduardo de la Barra, en los ensueños sansimonianos o furieristas la aspiración es realizar la felicidad del hombre sobre la tierra, pero todos abrazan la igualdad y desconocen la libertad.

De todos modos, el socialismo aparece bajo una nueva faz, y hoy se llama la Internacional, que ''responde a una necesidad de vida de los obreros, y en su porfiada lucha, vencerá, aunque desquicie el mundo". En ella hay hombres como Karl Marx, de quien es la bellísima fórmula: no hay derechos sin deberes, ni hay deberes sin derechos". La Internacional es igualitaria, "cree que su salvación está en nivelarlo todo; pero hay dos maneras de nivelar: o rebajando la montaña o colmando el llano; o echando abajo al rico y al noble, o elevando al pueblo por la educación y la libertad. Ni los de arriba ni los de abajo cederán: los unos defienden sus derechos de propiedad y sus privilegios; los otros, su vida y sus derechos, aunque todavía no los reclaman; así, pues, el choque es inevitable. Si triunfa la Internacional, o si se aumenta el salario, al fin se convencerán esos obreros que no todo es el pan del cuerpo, y que necesitan el pan del espíritu. Entonces serán los sostenedores de la libertad".

Sin duda, una de las fuerzas de que se vale el hombre para progresar es la asociación, y la asociación es la base del socialismo. La asociación empleada para realizar el fin natural del hombre es buena, pero si es para contrariarlo es perniciosa. Como la libertad solo es capaz de rechazar este fin, esa asociación, si no se basa en la libertad, es incapaz de realizarlo. Luego, la escuela socialista liberal es la única buena".

La frase socialista liberal a primera vista es un contrasentido, pero De la Barra la acuñó para indicar que el socialismo sin la libertad es imposible de llevarse a cabo, porque la sociedad no progresa sino por los caminos de la libertad. La misma igualdad, para ser implantada y dar frutos, debe serlo a través de la más amplia libertad. El socialista Carlos Rosselli, asesinado por los fascistas, en la década del 30, en el siglo actual, propuso idéntico camino en un libro, titulado, precisamente, "El Socialismo Liberal".

El socialismo liberal es el opuesto al socialismo totalitario. Aquel criterio fue sostenido por Francisco Bilbao, y de ahí surgen las consideraciones de Eduardo de la Barra. Ese socialismo-liberal constituyó su auténtica posición frente al hombre y a la sociedad. Estas líneas suyas son la clave para comprenderlo: "La esencia del verdadero gobierno es la libertad. La manifestación del verdadero gobierno es la libertad. La libertad sin la igualdad es privilegio. La igualdad sin la libertad es la nivelación de los esclavos". (En "Obras Completas", edición de Manuel Bilbao, tomo II, pág. 319).

Francisco Bilbao no podría, entonces, pertenecer a una escuela que deseche la libertad, para hacer de la igualdad una panacea social. Por otra parte, tampoco atacó el derecho de propiedad, distinguiéndose en este plano de su amigo Santiago Arcos Arlegui.

En resumen, Bilbao no tiene nada de común con los socialistas revolucionarios franceses en concepto de Eduardo de la Barra, y así responde a Z. Rodríguez, quien lo colocó entre aquellos. Pero, por otro lado, tampoco nada tiene que ver con los liberales. Por eso, en definitiva, de la Barra lo califica como socialista-liberal, es decir, defensor de la justicia y de la libertad para todos.

Las doctrinas de Bilbao aparecen un tanto utópicas y lejanas, sobre todo si se las enfocaba en relación con la situación de su época, pero, con todo, al examinar esa terrible realidad de atraso y miseria, de su entraña sufriente podrían brotar las fuerzas capaces de provocar un cambio si se las canalizaba a través de una organización política revolucionaria y popular. Precisamente, una vibrante página de Eduardo de la Barra, refiriéndose al estado de Chile, contiene una profecía que se cumple en estos tormentosos días actuales.

"¿Qué es lo que pasa en Chile? Todo lo absorbe un gobierno de mano fuerte, que gobierna en provecho de la oligarquía de ricos que lo rodea. Sus adversarios no siempre están seguros de encontrar justicia, y si viven es como de prestado. Con frecuencia se usurpan sus derechos, se les atropella, y se les niega desde el voto electoral hasta el agua para apagar la sed. No hablemos de las inicuas injusticias cometidas contra los indios de Arauco, porque ese prolongado crimen social, no es un elemento inmediato del problema que planteamos. ¿Pero, qué acontece con el huaso y el artesano? En Chile, el roto, ese yanqui sudamericano, ese héroe del trabajo, como lo llama Santiago Estrada, es el eterno perseguido, que jamás encuentra amparo ni descanso. Lo persigue el patrón y el subdelegado, y el inspector y el celador; lo persigue el sargento cívico, lo abruma la contribución exorbitante, lo acosa el policial, como a una bestia bravía. Como si esto no bastara, ahí está todavía el cura inexorable, que vive de él y lo esquilma desde que nace hasta que muere. Araña devoradora, lo envuelve en las redes de la superstición y de la ignorancia, y le chupa la sangre, sin ofrecerle jamás ni un solo consuelo real, ni un solo alivio. Lo aterroriza con el infierno y condena a los suyos al purgatorio para hacerse pagar el engaño en misas.

"Si el roto no se quita el sombrero ante el subdelegado, si no acude a la faena del amo, si falta al cuartel, si no entrega su calificación, si no deja que le seduzcan a su hija, si oculta las primicias, irá al cepo. Si reclama será azotado, y a veces hasta la muerte. Sin ninguna garantía, sin hallar jamás justicia, sin poderse lamentar siquiera, explotado y perseguido ¿qué hace ese hombre? Emigra, ansioso de hallar algo mejor, y los que lo ven alejarse, lo atribuyen simplemente a su carácter aventurero. Las costas del Pacífico están pobladas casi exclusivamente de estos emigrados voluntarios, que otras veces van a sentar sus reales allende los Andes. Siempre la despoblación de un país es un síntoma de malestar que estudian los estadistas; pero que está muy lejos de preocupar a nuestras lumbreras ministeriales. Mientras en Buenos Aires hay días que se reciben dos mil colonos, aquí emigran los mejores trabajadores de América.

"Al pueblo chileno en general, le faltan condiciones de vida; sale a buscarlas en el extranjero, donde las más de las veces se le odia cuanto se le teme, y se le diezma impunemente, si es que las enfermedades no se encargan de la obra de destrucción. ¿Qué hará entonces? ¿Resignarse a morir? ... Antes se entregará en los brazos de la Internacional ¿Qué es un sueño? Abrid los ojos previsores... ¡La Internacional está en Chile!".

El libro de Eduardo de la Barra en torno a las ideas de Francisco Bilbao es riquísimo en toda suerte de análisis y bastante novedoso en su presentación de las doctrinas socialistas, casi desconocidas en esa época (1872) en Chile.

José Antonio Torres, en su obra "Oradores Chilenos", retrata a Bilbao de esta manera: "Tiene Bilbao las cualidades que constituyen los grandes oradores: presencia interesante, franca, bondadosa; una mirada llena de fuego, voz clara y llena, acción precipitada, fuerza de expresión. pasiones vehementes, alma ardorosa, inspiración, valentía, arrojo, espontaneidad; un lenguaje florido, siempre nuevo, para expresar sus pensamientos llenos de originalidad: por momentos suele ser alambicado, pero desciende luego y se pone a la altura de sus oyentes; improvisa sobre cualquier materia con una facilidad extraordinaria,

admirable, hiere en el acto la cuestión difícil que sea; su talento es un fino escalpelo que desmenuza prolijamente los asuntos que trata sin que su palabra haya tropezado, sin que sus pensamientos se hayan confundido"

Alfonso Calderón, poeta, crítico y novelista[172]

Alfonso Calderón nació en San Fernando, en 1930. Hizo sus estudios de humanidades en los liceos de Los Ángeles y Temuco. Enseguida los de Castellano en el Instituto Pedagógico, U. de Chile. Residió largos años en La Serena enseñando en su Liceo de Hombres. En la actualidad es profesor investigador del Departamento de Español de la U. de Chile y subdirector de la Escuela de Periodismo de la UC. Con anterioridad integró el Instituto de Literatura Chilena, cuya labor se concretó en la publicación regular de un erudito Boletín y en la edición crítica de la "Histórica relación del Reino de Chile", del padre Alonso de Ovalle, impreso en 1969.

Alfonso Calderón se inició en las letras con un cuaderno de poesías: "Primer consejo de los arcángeles del viento", impreso en Temuco, en 1949, y del cual, según su irónico testimonio, se tiraron 500 ejemplares y demoró diez años en regalar la totalidad de la edición. Un decenio más tarde, en La Serena, publicó sus volúmenes "El país jubiloso", 1958; "La Tempestad", 1961; y "Los cielos interiores", 1962. Su poesía ha sido caracterizada por su hondura conceptual y nostálgica. Ha abandonado momentáneamente la poesía para dedicarse a la crítica. Y en este campo se ha impuesto como un exégeta erudito, original y sagaz. Su producción se ha distribuido en varias revistas de categoría, especialmente en ATENEA y ERCILLA. Una creciente popularidad rodea su nombre debido a sus compilaciones y selecciones de los autores chilenos más representativos, dueños de un copioso haber de artículos y ensayos en diarios y revistas. Un fino muestrario del padre Diego de Rosales; varios volúmenes de Joaquín Edwards Bello y Ricardo A. Latcham; un nutrido tomo de Mariano Latorre, bastan para confirmar lo expresado. Mantiene inédito un completo análisis de la obra poética de Gabriela Mistral.

NUESTRO DISCIPULO EN HUMANIDADES

Alfonso Calderón fue nuestro alumno en el Liceo de Hombres de Temuco (formador de tantos escritores señeros, entre otros; Pablo Neruda, Juvencio Valle y Daniel Belmar), donde desempeñé la cátedra de Historia Universal y de Chile. Lo evoco nítidamente como un muchacho atento, tranquilo, y en sus ojos azules una juguetona chispa risueña, a veces irónica. En la memoria releo con toda claridad sus trabajos escritos, siempre sintéticos, con una letra fina y menuda. En una oportunidad, en sexto año, al observarle el desarrollo escuetísimo de su prueba, me manifestó que trataba siempre de colocar únicamente lo esencial en los temas propuestos, de acuerdo con la fórmula de Gracián: si lo bueno breve, dos veces bueno. Su respuesta me reveló un espíritu escogido y vivaz, distinto del de la abigarrada masa de muchachos. A esa altura trabamos una relación personal más estrecha y así pude cerciorarme de su inquietud literaria, de sus extensas lecturas, de su afán de saber y de expresarse con propiedad. En esos años, mientras servía mi cátedra, también escribía unas provincianas crónicas literarias en "El Diario Austral". Calderón las leía y me conversaba sobre ellas con estimulante comprensión. Era el único de mis discípulos interesado por esa labor mía, ajena a lo meramente escolar. Hubo, pues, entre nosotros, una cordial amistad, resultado de una común ebullición intelectual, cultural. Y desde aquellos eglógicos tiempos temuquenses se ha mantenido firme, y en mí se ha acrecentado por una profunda simpatía a su

[172] OCCIDENTE N°240 septiembre 1972

ministerio crítico, a su ordenado espíritu investigador y a sus calificadas realizaciones literarias. Alfonso Calderón ocupa un sitio de privilegio entre mis numerosos discípulos destacados, que más allá del profesionalismo brillante y bien remunerado, o de los afortunados negocios mercantiles, resplandecen en los dominios del arte literario y de la política, por su originalidad creadora, o por su fuerte personalidad de líder, y con quienes mi alma idealista, batalladora y esperanzada se confunde en una entrañable comunión de ideas y en una actitud moral frente a la vida.

Alfonso Calderón ha sido un trabajador infatigable y se ha formado una cultura extensa, no obstante, su juventud. Por su espíritu crítico o independiente y erudito, y por su comprensión profunda del fenómeno literario, al cual rinde respetuosa lealtad (sabe distinguir claramente la órbita de lo artístico y el plano de la acción ideológica y política), ha conseguido una amplia audiencia en el público lector y en las esferas especializadas. Su modo de ser llano, laborioso, distante de los cenáculos literarios y de sus compromisos estériles, sobrecargados de cháchara insidiosa o proyectista, le ha evitado la mala fe de los colegas de oficio, tan bien definida por Stendhal en una frase lapidaria: “el odio del literato es casi tan peligroso como el odio del cura”.

Alfonso Calderón ha enfrentado la novela y ha entregado su primera creación en ese género; “TOCA ESA RUMBA, DON AZPIAZU”, (en la Colección Cormorán, de la Editorial Universitaria). El propio autor la ha definido como “la Anábasis, o retirada de sí mismo”. Es un sorprendente relato del tiempo pasado “que ya no puede resucitar”, con vertiginoso ritmo de rumba. Aunque presenta su mundo personal, su color, ideales, irreverencia picaresca y sensibilidad son extensibles a toda su generación. En su descripción rechaza la cronología corriente y, en cambio, presenta su abigarrado, denso y rico torbellino interior en su contradictoria unidad presente, en la que cada nuevo suceso se inserta en la caótica multiplicidad de las evocaciones constantes de la niñez, adolescencia y juventud. Resulta un texto extraño y fascinante. Revuelve las impresiones, juicios y observaciones de su niñez y adolescencia en provincias (Lota, Valparaíso, Los Ángeles, Temuco), y de su juventud en el Internado Barros Arana e Instituto Pedagógico, U. de Chile, envueltas por el amor, el gozo, la ironía y la tristeza. La novela conforma un mundo prodigioso de anécdotas curiosas, de detalles costumbristas, de juicios audaces y de innumerables caracteres humanos de primera importancia o marginales, en un tono incisivo, gracioso, sarcástico y tierno, en una línea quevedesca-rabelesiana y, a menudo, drolática e irreverente. Como dramático fondo de la experiencia individual narrada, cruza la tremenda situación internacional y sus repercusiones en el país: el siniestro avance del fascismo, la fervorosa lucha del Frente Popular en favor de la democracia, la segunda guerra mundial. De repente surgen inolvidables referencias a figuras imperecederas: Marmaduke Grove, Pedro Aguirre Cerda... (“¿Quién manda el buque? ... ¡Marmaduke!”; el “viejito de Pocuro, del abrigo arrugado y el periódico en el bolsillo, puño en alto”).

En la novela de Calderón abundan las páginas excepcionales: la descripción del paisaje humano de Los Ángeles (la visión rabelesiana de don tanque Lagos, las visitas del diputado Barrueto, los retratos de “Sabotaje”, de Irma la morena...), en las páginas 53-64; la estupenda evocación barroca de la mansión de los Cousiño, en Lota, páginas 81-83; el panorama dionisíaco de una porción del Internado Barros Arana, páginas 94-97; las dilatadas referencias al ambiente del Instituto Pedagógico, en las cuales se mezclan el afecto y el rechazo, la ironía y el sarcasmo, en las páginas 98-102 y 124-128. Aquí aparecen nombrados los principales profesores: Doddis, Orez, Rosales, Uribe y otros. Con admirativa simpatía presenta a Ricardo A. Latcham, quien a veces “la hacía de oro”, en su condición de “monárquico de izquierda”, y por ese gran hombre valía la pena aguantarse en el establecimiento; y una cómica alusión al dinámico maestro Juan Gómez Millas, “que bajaba de un avión para cambiarse de camisa y partir en el otro a Benarés”.

La novela abunda en breves y regocijados retratos, como son los de Marquitos, del loco Aguilar, del abuelo Santiago, del padre Anselmo...

Su escepticismo acerca de la enseñanza oficial lo condensa en esta frase: “En los colegios se prohíbe hablar de religión y política sobre todo si no es a favor de la Iglesia y el Gobierno establecidos”.

En definitiva, una gran novela, originalísima, que responde al lema del autor, diluido en sus páginas: “Escribir es una posesión... el abrazo imborrable para sujetar la vida”.

Notas en torno a la trayectoria de dos partidos democráticos centristas[173]

La monografía del investigador norteamericano Peter G. Snow sobre la historia y doctrina del Partido Radical constituye una visión panorámica de la evolución política chilena, y, dentro de ella, el radicalismo.[174]

¿Cómo nació el Partido Radical? En el gobierno de José Joaquín Pérez, (1861-1871), actuó la fusión liberal-conservadora. Un reducido grupo de liberales no aceptó esa alianza política, y continuó independiente. Sus integrantes pasaron a llamarse radicales. Estos “eran básicamente los liberales doctrinarios, que se negaron a comprometer los principios de los clubes de reforma, la creciente facción anticlerical del partido, que no podía soportar la perspectiva de unión con los ultracatólicos conservadores”. Frente a un partido Conservador totalmente clerical; a un partido Nacional, conservador laico, y a un partido Liberal burgués, partidario de la libertad de conciencia, se formó el Partido Radical, liberal ortodoxo, anticlerical y partidario de la reforma constitucional.

En los decenios del gobierno conservador, pelucón se produjo un avance económico importante y una apreciable transformación social. Una nueva clase nació frente a la aristocracia poseedora de las tierras agrícolas, constituida por los acaudalados dueños de minas en el norte, los elementos del alto comercio de las ciudades, y los nuevos terratenientes del sur del país. La insurrección de 1859, acaudillada por los mineros Pedro León y Angel Custodio Gallo, tradujo el descontento de esos nuevos sectores sociales frente al gobierno autoritario y dictatorial de Manuel Montt. Sofocada aquella revuelta, los dirigentes vencidos se dieron a la tarea de fundar una agrupación política liberal democrática. Fue el Partido Radical, cuya primera asamblea se organizó en Copiapó, en 1863.

Peter G. Snow define así la realidad social del Partido Radical: “En rigor, la composición original del partido fue una mezcla de aquellos liberales que se negaron a aceptar la fusión y otros que pronto se desilusionaron de ella; de elementos de la clase media de Santiago, Valparaíso y Concepción, especialmente profesores, oficiales menores y comerciantes resentidos con las tendencias aristocráticas

[173] OCCIDENTE N°245

[174] Peter G. Snow: “Radicalismo Chileno. Historia y doctrina del Partido Radical”. Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1972.
Utiliza una bibliografía seleccionada donde ocupan un sitio preponderante las obras clásicas en torno a los partidos políticos chilenos y a las ideas políticas en general (de Domingo Amunátegui Solar, Alberto Edwards y Eduardo Frei, Sergio Guilisasti, René León Echaiz, Ricardo Donoso), y los más importantes estudios del proceso histórico del Partido Radical, (Angel Custodio Espejo, Florencio Duran Bernales, Yerko Koscina Peralta, Francisco Barría Soto). Es un ensayo muy claro, ordenado y sugerente.

de los liberales; de algunos segmentos de la clase terrateniente del sur y propietarios de minas del norte que estaban descontentos con el dominio político del área de Santiago, y de masones que buscaban un partido anticlerical". El Partido Radical en sus comienzos fue la agrupación de los acaudalados mineros del norte y terratenientes del sur, más ciertos elementos intelectuales. En esa época, la burocracia y profesionales formaban en las filas del Partido Nacional y, en menor proporción, en las del Partido Liberal, cuya base social estaba constituida por la aristocracia y grupos de la nueva plutocracia burguesa. Los primeros representantes del radicalismo en el Congreso Nacional fueron Manuel A. Matta, Angel Custodio Gallo, Juan N. Espejo, Ricardo Claro y Manuel Recabarren. El crecimiento del radicalismo fue lento; en 1888 tenía sólo siete bancas en la Cámara de Diputados; y, en ese año, a un cuarto de siglo de distancia de la fundación de su asamblea inicial, celebró su primera convención nacional.

De acuerdo con las ideas de Manuel A. Matta, el Partido Radical perseguía la realización de una reforma constitucional, establecimiento de la educación laica, la libertad de sufragio y la descentralización administrativa. Idénticas ideas postulaba Pedro León Gallo, quien insistía, además en la separación de la Iglesia y el Estado. Respecto de la reforma constitucional, pretendían disminuir las prerrogativas presidenciales y aumentar las atribuciones del Parlamento, es decir, debilitar el poder Ejecutivo y conseguir el fortalecimiento poder Legislativo, del Congreso Nacional; supresión del Consejo de Estado, autonomía provincial, elección popular de los jueces, libertad electoral y extensión del sufragio. Por otra parte, propiciaban la libertad de cultos (conseguida con la ley interpretativa de 1865); abolición del fuero eclesiástico; secularización de los cementerios, casamiento civil, (reformas logradas durante el período del Presidente Santa María), y separación de la Iglesia y el Estado.

El programa del radicalismo sancionado por la primera convención nacional, del 26 de noviembre de 1888, se inclinó por el régimen parlamentario, y combatió el centralismo gubernativo, la extralimitación de los poderes públicos y la intervención en las elecciones; aspiraba al funcionamiento de una educación dada por el Estado, y con una finalidad social y moral; el respeto al derecho de sufragio, a la libertad individual, a la autonomía del municipio y la constitución de asambleas provinciales, la supresión del Consejo de Estado; la separación de la Iglesia y el Estado; la independencia del Poder Judicial en su generación, constitución y funcionamiento; la enseñanza primaria, gratuita, laica y obligatoria; la adopción de un plan de estudios concéntricos y la implantación de una enseñanza general más científica; el mejoramiento de la condición legal de la mujer; el funcionamiento de una administración pública eficiente, competente y reducida a las necesidades estrictas del país, con las debidas garantías de estabilidad y ascenso de su personal. Respecto del avance material, recomendaba el fomento y el estímulo de la industria y la protección de la Marina Mercante nacional. Finalmente, en el plano social, el mejoramiento de la situación de los proletarios y obreros.

En la insurrección aristocrática de 1891, el Partido Radical estuvo en contra de Balmaceda, pues era partidario del sistema parlamentario. A partir del triunfo de los congresistas alcanzó un evidente poderío, pero su actividad política no significó ventajas para el proceso profundo de la nación, y no tuvo una comprensión práctica de la "cuestión social". Se sumergió en las estériles luchas doctrinarias con los conservadores clericales. Por la acción principista de Valentín Letelier y el apoyo a sus posiciones de parte de las nuevas promociones de origen social modesto, el Partido Radical aprobó algunas recomendaciones programáticas en favor de una reforma favorable a las clases trabajadoras. Valentín Letelier sostuvo una larga polémica con el líder radical más influyente, el orador Enrique Mac Iver, adepto a la concepción individualista y liberal de la sociedad. Valentín Letelier se había formado en la doctrina positivista de Comte y poseía una amplia cultura sociológica. No era socialista y, precisamente, para impedir el desarrollo de

las doctrinas socialistas en el seno de las clases populares, propiciaba la atención del radicalismo hacia los problemas obreros. En su monografía "Los Pobres" había escrito: "que la causa de los pobres debía ser la causa del radicalismo". En la convención de 1906 contendieron ambos líderes y se impuso el criterio social de Letelier. El nuevo programa propiciaba una mayor igualdad social y, por lo tanto, una acogida a las reivindicaciones de la clase trabajadora; facilidades para la vivienda popular, mejoramiento de la higiene pública y de las condiciones sanitarias en las ciudades. No consideró el estado de los trabajadores del campo y no propició ninguna reforma agrícola por temor a indisponer a los propietarios terratenientes, con elevada influencia en la conducción del partido. El radicalismo dentro del sistema parlamentario no pudo contener sus desbordes palabreros ni la rotativa ministerial, contribuyendo a la esterilidad de aquel régimen. Los pronunciamientos militares de 1924 y 1925, pusieron término al corrompido e ineficaz período parlamentarista. La Constitución de 1925 solucionó algunos de los aspectos políticos de la crisis nacional e incorporó en sus artículos muchas de las ideas defendidas por el radicalismo: separación de la Iglesia del Estado, y aseguró la libertad de conciencia; abolió el Consejo de Estado; estableció la elección directa y un tribunal calificador de elecciones; consideró la educación como atención preferente del Estado; estableció las asambleas provinciales. Pero dicha constitución no se aplicó; los militares asumieron el Poder y la dictadura del general Carlos Ibáñez (1927-1931), liquidó los partidos políticos, las organizaciones obreras y las libertades públicas. Un grueso sector de radicales colaboró con Ibáñez y le ayudó a imponer el llamado Congreso Termal, o sea, el parlamento designado por la dictadura sin elecciones populares. A la caída de Ibáñez resurgió el radicalismo integrado en el movimiento civilista de fines de 1931, en brazos del cual, precisamente, llegó a la Presidencia de la República, por primera vez, un ciudadano radical, el abogado Juan Esteban Montero. A través del movimiento civilista, el Partido Radical se alió con la derecha oligárquica y, por ello, el gobierno de Montero fracasó ante su imposibilidad de resolver los graves problemas económicos del país y cercenar los privilegios de la oligarquía nacional y del imperialismo dueño de las materias primas chilenas.

Chile experimentó una grave anarquía política y una desorientación ideológica. Brotaron innumerables agrupaciones democráticas junto a los partidos históricos. Se produjo una fuerte radicalización en las ideas ante el avance de las clases obreras, y el socialismo penetró caudalosamente en el espíritu de las masas. El Partido Radical sufrió la influencia de esa marea popular y socialista y sus sectores de clases medias (profesionales, empleados, pequeños agricultores, pequeños comerciantes, jóvenes) entraron a esgrimir consignas socializantes. En su Convención Nacional del 19 de diciembre de 1931, a dos meses de la elección de su primer presidente de la República en alianza con toda la extrema derecha y la Iglesia Católica, acordó un programa de extrema avanzada; que partía del reconocimiento de la división de la sociedad en clases antagónicas; una, dominante, explotadora, y otra dominada, expoliada. El Partido Radical se colocaba al lado de las clases oprimidas, y proclamaba que el régimen capitalista, fundado en el individualismo y la propiedad privada, causante de la división de la sociedad en clases antagónicas, debía ser reemplazado por un sistema en el cual los medios de producción sean colectivizados y el principio individualista reemplazado por la solidaridad social. Como medio para llegar a ese cambio en el régimen social, el Partido Radical exaltaba el proceso evolutivo que comenzará, en Chile, con la expropiación a un precio justo, de las mayores fuentes de producción hasta que haya colectivizado a todas ellas. Repudiaba como forma de cambio del régimen todos los tipos de dictadura, ya fueran estas militares, capitalistas o proletarias.

Para Peter G. Snow la nueva posición del radicalismo resultó de sus transformaciones internas en la composición social e intelectual, iniciadas desde fines del siglo XIX. Si en verdad el Partido Radical había sido fundado como el portavoz de las aspiraciones de mineros acaudalados y terratenientes sureños, "a

fines del siglo, un elemento más joven y progresista obtuvo el control del partido y los radicales comenzaron a abogar por un cierto cambio económico y social. En ese momento, la clase media de Chile creció rápidamente en volumen y en conciencia política; este sector social aparece dando el mayor apoyo electoral a los radicales, asegurándoles con ello una posición de cierta importancia política". El Partido Radical se desplazó hacia la izquierda para atraer a los sectores asalariados, a las masas trabajadoras, y así disputarles a los nuevos partidos marxistas el respaldo de la clase obrera, pero su actitud quedó "más en sus palabras que en sus actos". Y más adelante, después de la declaración de la Convención de Viña del Mar, como anota P. G. Snow, "mientras los programas del partido incluían declaraciones sobre la lucha de clases bajo el sistema capitalista y la necesidad del establecimiento del socialismo, ninguno de los presidentes radicales ni de los legisladores hicieron esfuerzos concertados para implantar estos programas".

El Partido Radical nació con un programa liberal, y no obstante sus acuerdos socializantes posteriores, siempre permaneció leal a él. Por eso, a pesar de su reconocimiento de la lucha de clases y de su solidaridad con las clases desvalidas, en 1931, al año siguiente se unía con la derecha tradicional, dándole la victoria a Arturo Alessandri, otorgándole facultades extraordinarias para reprimir a la oposición democrática, organizándole las Milicias Republicanas, fuerzas armadas civiles destinadas a sofocar cualquier resistencia a la política de Alessandri-Ross.

Después de tres años de estrecha colaboración con la extrema derecha llevó a cabo un nuevo viraje y adhirió al Frente Popular, entrando a ligarse con los partidos obreros, en brazos de quienes llegó a la presidencia de la República Pedro Aguirre Cerda, con quien se inició la era de los presidentes radicales (1938-1952). En ese período empezaron con una alianza marxista y terminaron en una coalición conservadora. No obstante, algunas medidas y reformas democráticas importantes, el radicalismo no consiguió llevar a cabo, o impulsar enérgicamente, una política de reformas económicas y sociales básicas.

Peter G. Snow al enfocar la situación política del Frente popular cuando asumió el gobierno, recuerda que Pedro Aguirre Cerda no tenía mayoría en el Congreso. La Derecha tuvo siempre un firme control del Senado. Asimismo, no cesó una abierta pugna entre el Partido Socialista y el Partido Comunista a causa de las repercusiones del pacto nazi-soviético, que llevó al partido Comunista a adoptar una posición ambigua y confusa en política internacional. Las contradicciones del gobierno obligaron a Aguirre Cerda a mantener relaciones discretas con la oposición reaccionaria. Snow afirma: "en julio de 1940, los dirigentes radicales firmaron un pacto secreto con los conservadores y liberales. En compensación al respaldo de estos partidos derechistas a algunas legislaciones sociales y económicas, los radicales debían persuadir al presidente a que diera plena libertad de acción a la extrema derecha que debía reforzar la remoción del ministro del Interior radical".

Sin duda se refiere a las facilidades y garantías que el Gobierno otorgó a la combinación de derechas para su participación en las elecciones de marzo de 1941 y a la intervención del ministro del interior en su favor y en el del Frente Popular, (partidos Radical, Democrático y Comunista), y de la persecución al Partido socialista, que lo rompió en noviembre de 1940, afrontando sólo los comicios de 1941.

Por lo demás, el gobierno del Frente popular no intentó nada en el terreno de la reforma agraria e impidió la sindicalización campesina como concesión a la clase terrateniente y a la Derecha.

El 2 de febrero de 1942 fue elegido presidente de Chile, Juan Antonio Ríos, apoyado por los partidos obreros, el Agrario y la Falange Nacional. Asumió el 2 de abril, y en octubre de 1942 se constituyó la Alianza

Democrática, continuación del Frente Popular, por cuanto se conformó sobre idénticas bases. Snow menciona algunas de las contradicciones y dificultades del gobierno en plena Segunda Guerra Mundial. Su pugna permanente con la izquierda por su negativa a romper con el eje fascista y su hostilidad con su propio partido. A principios de 1946 se hizo cargo del poder Alfredo Duhalde Vásquez, debido a la grave enfermedad de Ríos. Las luchas internas provocaron una división y se formó el Partido Radical-Democrático bajo el comando del senador Florencio Durán Bernales. A raíz del fallecimiento de Juan A. Ríos se verificaron elecciones presidenciales el 2 de septiembre de 1946, y en ellas venció Gabriel González Videla, apoyado por los Partidos Radical y Comunista. Se distinguió nítidamente el despliegue propagandístico del P.C. y su capacidad de organización y penetración, contribuyendo de manera decisiva al triunfo del personero radical. Snow recuerda las palabras del vencedor pocas horas después de la ratificación, por el Congreso Nacional, de su victoria. G. González V. declaró en esa oportunidad: "Les aseguro que no hay poder humano o divino que sea capaz de romper los lazos que me unen al Partido Comunista y a su gente". Pero muy pronto por la presión del Partido Liberal, integrante del gobierno de "unidad nacional", y de los acontecimientos de la guerra fría, los comunistas perdieron sus cargos en el gabinete y, algún tiempo más tarde a raíz de las huelgas desatadas por su instigación, fueron colocados en la ilegalidad. El 3 de septiembre de 1948 se puso en vigencia la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, bajo un gobierno de "concentración nacional". La única oposición al gobierno radical derechista, la sostuvo el FRAS, combinación de pequeños partidos democráticos (Falange Nacional, Radical-Democrático, Agrario-Laborista y Socialista Popular). En las elecciones municipales de 1950, el Partido Radical se situó como la primera fuerza política, con 146.840 sufragios. Su rival más cercano, el partido Liberal, obtuvo 102.178 votos. En las elecciones presidenciales de 1952, su caudillo Pedro E. Alfonso Barrios salió derrotado con un tercer lugar. La sorpresa la dio el candidato Carlos Ibáñez del Campo, con una victoria inesperada e impresionante, con un 46,7%; Matte sacó un 27,7%; Alfonso un 19,9% y Allende, un 5,4%. Ibáñez triunfó en brazos de un descontento general en contra del desgobierno y de la esterilidad de los partidos políticos; enarboló como símbolo de su campaña una escoba, con la cual barrería de la Moneda la incapacidad, el desorden y la frivolidad.

En las elecciones presidenciales de 1958, el Partido Radical con su candidato Luis Bossay Leiva descendió a un cuarto lugar. Venció Jorge Alessandri, quien había sido Ministro de González Videla y representaba los intereses del gran capital, con un 31,6%; en segundo lugar, se situó Salvador Allende con un 27,2%; en tercero, Eduardo Frei Montalva, candidato de la Democracia Cristiana, con un 20,9%; Bossay un 15,7%, y Zamorano, 3,5%. El Partido Radical se incorporó a la gestión gubernativa de Jorge Alessandri e integró el llamado Bloque Democrático, formado para enfrentar las elecciones de 1964. Significó una conjunción de fuerzas de la derecha, de los partidos Conservador y Liberal, y a la cual se sumó el radicalismo, de cuyas huestes se levantó el personero representativo, el senador radical Julio Durán Neumann. El Frente Democrático se desintegró al darse cuenta de la imposibilidad de superar al movimiento popular, conducido por Salvador Allende. El Partido Radical se vio obligado a ir sólo en los comicios de 1964. Salió derrotado, porque su masa electoral se plegó al candidato de la reacción y el centrismo, Eduardo Frei, quien logró una aplastante victoria con el 56,1% de la votación contra un 38,9% de Allende. Durán sacó un 5%.

La victoria de Frei tuvo consecuencias políticas trastornantes. La Democracia Cristiana se transformó en la agrupación política más poderosa; los Conservadores y Liberales desaparecieron, y sus restos dieron vida a un nuevo conglomerado, el Partido Nacional; el Partido Radical experimentó una seria conmoción interna. En su seno se impuso una corriente extrema, de orientación socialista, democrática y laica, que

eliminó de sus filas a varios altos dirigentes. Tal medida originó una división, de la cual surgió el Partido de la Democracia Radical.

Peter G. Snow termina su ensayo, con estas palabras: “Los radicales se encuentran ya encerrados en una red de partidos con una posición ideológica más claramente definida; en los próximos años pueden encontrarse totalmente atrapados en esta red. Hoy, quizás, por primera vez en el siglo, es posible prever la total disolución del partido, en gran parte responsable del curso seguido por la política chilena en el siglo XX”.

El vaticinio de Snow ha resultado certero. El Partido Radical se incorporó a la combinación izquierdista denominada de la “Unidad Popular” y contribuyó a la victoria en las elecciones presidenciales de 1970, cuyo abanderado, el socialista Allende, conquistó la Presidencia de la República. El radicalismo asumió tres carteras en el primer gabinete de la UP, pero a los pocos meses, experimentó una nueva división: se separaron varios senadores y diputados y formaron el Partido de Izquierda Radical. De esa manera quedó escondido en tres grupos. Dos se integraron en la concentración de las fuerzas opositoras al gobierno de la UP, y uno siguió en esa combinación, y afiliado a la Internacional socialista.

Las elecciones parlamentarias del 4 de marzo recién pasado evidenciaron la decadencia del radicalismo chileno.

En la actualidad, el radicalismo experimenta las consecuencias de su trayectoria en un período de clara radicalización de la política, de profunda movilización de las masas, y de poderosa gravitación de otra colectividad centrista, con fuertes bases de masas, el Partido Demócrata Cristiano.

Ante los nuevos desplazamientos políticos, las medidas económicas en desarrollo y la pugna violenta de clases, el destino del partido Radical aparece incierto y, tal vez, pueda tener razón P. G. Snow en su última observación reproducida.

II

Los católicos militantes se agruparon en el Partido Conservador, organizado en 1857, durante el gobierno de Manuel Montt, (1851-1861). Un desacuerdo irreductible con el gran presidente y su ministro Antonio Varas por el asunto de las relaciones de la Iglesia Católica y el Estado provocó a división de los viejos pelucones. Los conservadores laicos, partidarios de defender las prerrogativas del Estado sobre la Iglesia, formaron el Partido Nacional, o “montt-varista”; y los conservadores ultramontanos, o “pechoños”, sostenedores de las aspiraciones absolutistas de la Iglesia dieron vida al Partido Conservador. Este expresó en forma tajante los intereses y los privilegios de los terratenientes de la oligarquía plutocrática, de la Iglesia y de ciertos grupos populares católicos. El partido Conservador permaneció inconmovible en su posición retardataria en medio de las grandes revoluciones mundiales, los progresos científicos, los cambios en la estructura económico-social y en la mentalidad de la sociedad, cuyas repercusiones llegaban hasta nuestro ambiente nacional, y de las intensas y cotidianas peticiones de las multitudes populares del país. En 1932, por boca de su presidente, Héctor Rodríguez de la Sotta, reafirmó su adhesión al liberalismo capitalista y a la concepción aristocrática de la sociedad, ridiculizando las grandes conquistas democráticas del siglo: el sufragio universal, la igualdad jurídica, la aspiración a resolver la “cuestión social” con un nuevo criterio de equidad y solidaridad humanas. Mantuvo su cerrada filosofía y praxis reaccionarias hasta su desaparición final.

Algunos militantes, guiados por las nuevas concepciones socialcristianas expuestas en las Encíclicas, y ante el espectáculo de la miseria de las clases obreras, se afanaron por crear asociaciones caritativas y de protección mutua utilizando el sector popular devoto al catolicismo, integrante del Partido Conservador. Otros reducidos grupos, con una nueva conciencia social-católica trataron de animar una colectividad que contemplara las reivindicaciones de los trabajadores y luchara por darles satisfacción. Pero no pasaron más allá de intentos efímeros y sin trascendencia. A la caída de la dictadura de Ibáñez actuaron con eficacia dos sacerdotes de sensibilidad social, los jesuitas Fernando Vives Solar y Jorge Fernández Pradel. El primero, fundó una Liga Social y tuvo un discípulo excepcional, el líder sindical Clotario Blest. El segundo, dirigió reuniones de estudios y discusiones filosóficas y sociológicas, con estudiantes universitarios católicos. Discípulos suyos fueron Manuel Garretón Walker, Bernardo Leighton Guzmán, Eduardo Frei Montalva, Radomiro Tomic Romero, Alejandro Silva Bascuñán, Jorge Rogers Sotomayor, Manuel F. Sánchez, y otros.[175]

Los jóvenes católicos actuaban en la Asociación de Estudiantes Católicos (ANEO, fundada en 1915 por Eduardo Cruz Coke y Emilio Tizzoni), y, desde 1928, bajo la dirección espiritual del sacerdote Oscar Larson; y, también, en la Acción Católica, fundada en 1928 por el Papa Pío XI como baluarte contra el comunismo y el socialismo. Del seno de las diversas tendencias imperantes entre los jóvenes católicos surgió con fuerza una corriente partidaria de ingresar a la lucha política en defensa del programa socialcristiano. Desde el Centro de Derecho de la Universidad Católica, bajo la presidencia de Bernardo Leighton, en 1930-31, un grupo se lanzó al ataque de la dictadura de Carlos Ibáñez y, enseguida, se ligó al Partido Conservador atraído por la poderosa gravitación de Rafael Luis Gumucio Vergara. No obstante, la definición liberal y capitalista del partido Conservador en su Convención de 1932, los jóvenes católicos-sociales Garretón, Leighton, Frei, Tomic, entraron al Partido Conservador. Desde 1934 sacaron a luz un periódico representativo de sus concepciones ideológicas, “Lircay”. El 12 de octubre de 1935, con asistencia de 2.000 delegados, se constituyó el Movimiento Nacional de la Juventud Conservadora. Este rechazaba tanto al liberalismo como al socialismo, inclinándose en favor de un Estado nacional y fuerte, organizado sobre bases corporativas. Se oponía a la democracia liberal y a la dictadura fuera fascista o comunista; propiciaba la justicia social, pero ni individualista ni socialista; aceptaba la propiedad como un hecho, y a la cual tuviera acceso el mayor número de personas. Debía considerársela siempre en su función social.

En su Convención del 12 de octubre de 1937, el Movimiento Nacional de la Juventud Conservadora, acreditó su poderío reuniendo a varios miles de delegados. El gobierno de Alessandri le había reconocido su influencia al nombrar, en marzo de 1936, a su dirigente Bernardo Leighton, ministro del Trabajo. El Movimiento Nacional de la Juventud Conservadora se transformó en Falange Nacional. Un sector de la

[175] El estudioso norteamericano George W. Grayson, redactó una prolija monografía: "El Partido Demócrata Cristiano Chileno”. Editorial Francisco de Aguirre. Buenos Aires, 1968. Es un minucioso examen de las raíces históricas de la democracia cristiana y de su itinerario político hasta colocarse como el más poderoso partido político chileno. La bibliografía consultada por G. W. Grayson es amplísima: las obras clásicas en torno al avance republicano; toda la producción de los escritores de la Democracia Cristiana chilena; su literatura periodística; y llevó a cabo numerosas entrevistas a sus más destacados dirigentes y mandatarios. El autor ha dedicado una específica atención a las obras de Eduardo Frei: “La política y el espíritu”, “La verdad tiene su hora”; de Alberto Hurtado Cruchaga: “Humanismo social”; de Ricardo Boizard: “La democracia cristiana en Chile”; de Julio Silva Solar y Jacques Chonchol: “Hacia un mundo comunitario”, “Condiciones de una política social cristiana”; de Jorge Ahumada: “En vez de la miseria”; de Jaime Castillo Velasco: “Las fuentes de la democracia cristiana”; de Alejandro Magnet: “El padre Hurtado”; de Jacques Chonchol: “El desarrollo de América Latina y la reforma agraria”

Juventud Conservadora se opuso a la Falange Nacional y la combatió con dureza. En las decisivas elecciones presidenciales de 1938, la Falange Nacional no apoyó oficialmente, como movimiento, la candidatura reaccionaria de Gustavo Ross Santa María, aun cuando rechazaba violentamente al Frente Popular y a los partidos marxistas. La actividad política de la Falange Nacional estaba dirigida a impedir el crecimiento del socialismo y del movimiento popular revolucionario, pero en el caso de la candidatura de Ross decretó libertad de acción de sus integrantes. Sin duda todos votaron por Ross, porque en ellos era más fuerte la adhesión a su programa antimarxista y anti izquierdista, que su apoyo o rechazo a un personaje circunstancial y transitorio. Su líder Manuel Garretón, a propósito de los comicios de 1937, exclamaba: "Queremos conquistar Chile entero a una causa que es de redención y justicia. Los Frentes Populares no son sino el arma de que se vale el comunismo internacional para sembrar la desorientación y la anarquía. Hay que cerrar el paso al Frente Popular para evitar a Chile el desorden y la revolución de España y la desmoralización de Francia". En definitiva, la Falange Nacional trabajó por la candidatura presidencial de Gustavo Ross, personero del alto capitalismo y de la reacción, porque "el triunfo de las derechas dará la base de orden que permita iniciar una obra renovadora". Después de los comicios, Manuel Garretón reconoció que la Falange Nacional votó por el candidato de la reacción "para evitar una victoria del Frente Popular y la extensión del marxismo".

Con todo, a fines de noviembre de 1938, se produjo la ruptura entre la Falange Nacional y el Partido Conservador, al no aceptar su reorganización decretada por la Junta Ejecutiva Conservadora, en defensa de su plena autonomía. En diciembre de 1938, la Falange Nacional se transformó en un partido político independiente, como un movimiento católico-social, enemigo del marxismo y del fascismo, con un programa reformista inspirado en las tradiciones del cristianismo social y en las concepciones de algunos católicos inconformistas como León Bloy, E. Mounier y Jacques Maritain.

En la época del gobierno de Frente Popular, la Falange Nacional sostuvo una posición independiente, de crítica levantada, constructiva, y de respaldo a las medidas de avance. En 1941, en las elecciones parlamentarias, sacó 15.553 sufragios y eligió 3 diputados. En el decenio de 1942 a 1952 adoptó una posición de centroizquierda, de colaboración con el radicalismo. En el gobierno de Juan A. Ríos varios dirigentes falangistas asumieron importantes cargos administrativos y Eduardo Frei fue Ministro de Obras Públicas, desde mayo de 1945 a enero de 1946. En las elecciones parlamentarias de marzo de 1945, obtuvo 5 diputados. En las presidenciales de 1946, apoyó la candidatura del doctor Eduardo Cruz Coke por su acusada tendencia social cristiana. En la administración de Gabriel González Vidala participó en la constitución del FRAS, (Falange Nacional, radicales-democráticos, agrario-laboristas y socialistas populares), bloque democrático creado para impedir la dictadura, y se opuso a la dictación de la Ley de Defensa permanente de la Democracia, promulgada el 3 de diciembre de 1948. A la caída del llamado gobierno de "concentración nacional", la Falange Nacional se incorporó al gabinete llamado de "sensibilidad social", con dos ministros: Bernardo Leighton, en Educación; e Ignacio Palma Vicuña, en Tierras y Colonización. Culminó su alianza con el radicalismo al apoyar en 1952 la candidatura presidencial de Pedro E. Alfonso. Después de la contundente derrota del Partido Radical y del triunfo del general Carlos Ibáñez, en brazos de una espontánea rebelión anti partidos políticos, contra la corrupción e ineficacia de la política tradicional, la Falange Nacional orientó sus miras hacia la constitución de un vasto movimiento demócrata cristiano. En 1953 se fundó la Federación Socialcristiana (a base de la unidad del partido Conservador y de la Falange Nacional, y del ingreso del Partido Nacional Cristiano, ibañista), con el propósito de luchar por la conquista del poder político y el establecimiento de un orden socialcristiano. Después de intensas gestiones, el 28 de julio de 1957, se organizó oficialmente el Partido Demócrata

Cristiano. Libró su primera gran contienda en las elecciones presidenciales de 1958, con su abanderado Eduardo Frei Montalva. El nuevo conglomerado celebró su convención nacional en mayo de 1959. Su crecimiento fue rápido y en las elecciones municipales de abril de 1963 se colocó en el primer lugar de los partidos políticos chilenos, con 452.987 sufragios, en un total de dos millones. Logró el 22,7% de la votación nacional. En las presidenciales de 1964, al desmoronarse el Frente Democrático, conjunción reaccionaria de los partidos históricos, el candidato de la Democracia Cristiana, Frei, pasó a ser el líder de todas las fuerzas centristas y derechistas, atemorizadas por el ascenso amenazador del Frente de Acción Popular. Levantando un programa reformista, con algunas medidas audaces, y un sugestivo lema de "revolución en libertad" venció en forma arrolladora. Frei consiguió el 56% de la votación, frente a un 39% de Allende y un 5% de Durán. En el fondo, el temor al comunismo, al marxismo, convirtió a la Democracia Cristiana en una alternativa de la Derecha para oponerla al frente socialista-comunista. La propaganda electoral de la Democracia Cristiana sobrepasó en virulencia crítica al sistema capitalista, a la de la izquierda, y planteó puntos de vista programáticos casi similares a los del FRAP.

El Partido Demócrata Cristiano conquistó una enorme clientela electoral en la masa marginal (de las poblaciones callampas, o poblaciones marginales), en las mujeres y entre los campesinos, ayudado eficazmente por la caridad católica internacional, la institución de los paquetes Cáritas y la acción directa del clero.

La Democracia Cristiana agita una fuerte propaganda antimarxista recogiendo la inalterable tradición vaticanista.

Sus miembros más dotados teóricamente han estudiado el conjunto doctrinal marxista con objetividad, pero siempre lo han criticado como una concepción errada e inferior al cristianismo. Se puede apreciar ese criterio en el ensayo de Julio Silva Solar: "A través del marxismo" y, sobre todo en la obra colectiva de Jean Ives Calvez, José Miguel Ibáñez Langlois, Roger Vekemans, Máximo Pacheco Gómez, William Thayer Arteaga y Jaime Castillo Velasco: "El marxismo, teoría y acción", de 1964.

En cuanto a los pilares de la "revolución en libertad" orientada a provocar cambios estructurales y a derribar instituciones obsoletas, son los siguientes: comunitarismo, o sea, una vía no capitalista de desarrollo, para llegar a la instalación de un régimen económico, social y político superior, equidistante del capitalismo y del comunismo, y en el cual se afirme una economía mixta, que englobe sectores privados, públicos y cooperativos; reforma agraria profunda, que elimine el latifundio y extienda la pequeña y mediana propiedad organizadas en asentamientos, cooperativas, etc., y con el propósito de formar 100.000 propietarios en el sexenio de gobierno; chilenización, como medio de convertir a la nación chilena en socia de la producción y comercialización mineras, en especial del cobre, hasta llegar a la recuperación de las riquezas mineras del país. Las corporaciones extranjeras deberían vender parte de sus acciones al gobierno e invertir mayor cantidad de sus ganancias en Chile; promoción popular, es decir, desarrollo de la comunidad e integración de las clases desamparadas en la sociedad nacional, de tal modo de lograr el avance económico y social de las áreas estancadas del país. Por la promoción popular, cada comunidad podría plantear y resolver los problemas locales por medio de organizaciones cívicas, como las juntas de vecinos.

La Democracia Cristiana monopolizó íntegramente el gobierno. Además del control del Ejecutivo y la administración pública, era la primera fuerza en el Senado y dominaba completamente la Cámara de Diputados, (82 bancas, en un total de 147). Sin embargo, realizó un mal gobierno: desordenado,

demagógico y derrochador. Quedaron en descubierto sus profundas contradicciones económicas y sociales internas y una tremenda avidez de poder, con una fuerte tendencia totalitaria. Su fracaso determinó una primera escisión: un grupo de dirigentes y militantes de avanzada conciencia social-renovadora, partidario de una vía no capitalista de desarrollo para instaurar una sociedad comunitaria, dio vida al MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitaria), que se incorporó a la Unidad Popular. En el desprestigio de la Democracia Cristiana influyeron diversos factores derivados de sus contradicciones internas y de su apetencia absorbente y excluyente en la administración pública, plagada con sus millares de "asesores"; en su incurable palabrería "revolucionaria en libertad"; y en su real actuación represiva frente a las masas. No obstante definirse como entidad popular y apelar continuamente al pueblo, además de tratarse entre ellos de "camaradas", apenas se movilizó con energía fue repelido con la clásica violencia impuesta por la clase dominante tradicional.

El 23 de noviembre de 1967, estalló una huelga general y las fuerzas policiales le dieron un trágico desenlace. El 9 de marzo de 1969, fuerzas de carabineros desataron una cruel represión en Puerto Montt; masacraron a 8 pobladores y dejaron numerosos heridos.

En la campaña presidencial de 1970, su candidato Radomiro Tomic levantó un programa muy avanzado de reformas económicas y sociales profundas, casi idéntico al de la Unidad Popular. Por otra parte, su candidatura se presentó como izquierdista popular, al lado de la cual debería unirse todo el movimiento renovador. Se planteaba casi la obligación histórica y moral de la izquierda revolucionaria de plegarse la postulación de la Democracia Cristiana.

En 1964, Eduardo Frei había vencido con el apoyo de toda la reacción; ahora, Radomiro Tomic aspiraba a triunfar con el sostén de toda la revolución. La Democracia Cristiana se presentaba, entonces, como el partido-movimiento predestinado a conducir a Chile, y a quien se estaba en la responsabilidad de apoyar. La posición demagógica de la DC, era característica de una agrupación centrista, contradictoria y oscilante, en la cual se acoplan demagógicas formulaciones progresistas con efectivos compromisos reaccionarios; empleando una palabrería populista, socializante, para dirigirse a la clase trabajadora, con el propósito de atraerla electoralmente y conseguir su apoyo, pero, a la vez, con un temor histérico a su movilización profunda y a sus exigencias de clase, y decidida a reprimirla con las fuerzas armadas al tornarse amenazadora.

La candidatura de Tomic mantuvo una línea agresiva de lucha abierta, contra la Derecha, acusándola por su egoísmo, su incapacidad histórica y su obsolescencia política. Su gestión clasista había creado una trágica realidad nacional. Precisamente, en una publicación que causó estupor e indignación en la Derecha, la Democracia Cristiana hizo este balance de la dominación oligárquica en el país durante más de cien años:

"1° Entregaron las materias primas al capitalismo extranjero; 2° pagados con libras esterlinas derrocaron a un mandatario patriota que quiso poner la riqueza salitrera al servicio de Chile; 3° crearon y mantuvieron un régimen feudal en el campo, con los campesinos como esclavos; 4° Dilapidaron en Europa las fortunas que amasaron en Chile con el sudor de un pueblo condenado así al subdesarrollo; 5° Perpetraron toda clase de escándalos y negociados; 6° sembraron el país de poblaciones callampas; 7° Llevaron al pueblo al más alto grado de desnutrición según los investigadores internacionales; 8° Endeudaron el país en más de mil ochocientos millones de dólares; 9° Mantuvieron a los trabajadores en el analfabetismo y el alcoholismo para explotarlo mejor; 10° Restringieron las libertades públicas con leyes oprobiosas, con

estados de sitio y facultades extraordinarias; 11° Se adueñaron del crédito público y privado para utilizarlo en su propio provecho; 12° Provocaron la quiebra de la agricultura, obligando al país a importar alimentos por cientos de millones de dólares; 13° Las ganancias de sus negocios las depositaron en el extranjero sustrayéndose al progreso del país; 14° La única vez que hicieron un esfuerzo apreciable en construcción de viviendas destinaron un tercio de los recursos a los sectores modestos y los dos tercios restantes para los poseedores de fortunas; 15°Carecieron de genio creador para movilizar los recursos materiales y humanos del país en beneficio de la población".

Era un cuadro de los resultados de la dominación secular de una clase oligárquica explotadora, parasitaria y derrochadora. Cabría agregar que desvalorizaron la moneda para favorecer sus intereses de deudores al Fisco y de exportadores, con lo cual debilitaron el país, encarecieron la vida, disminuyeron el poder adquisitivo de sueldos y salarios, intensificaron la expoliación de los trabajadores, facilitaron la penetración imperialista y aumentaron de manera sostenida la miseria general de las clases populares y de la nación; y, además, fueron incapaces de montar una industria pesada que elaborase sus variadas materias primas; y de crear una Marina Mercante poderosa, de acuerdo con su favorable posición marítima.

La candidatura presidencial de Tomic resultó triturada entre las postulaciones de extrema derecha y de izquierda. Históricamente, la campaña de Tomic impidió el éxodo de la mayoría de la Democracia Cristiana hacia la candidatura de Alessandri. La burguesía votó por el personero de los capitalistas, pero importantes sectores de la mediana y pequeña burguesía, junto a núcleos populares, lo hicieron por Tomic, y esa división facilitó la estrecha victoria de Allende. Tomic tuvo la entereza de reconocer de inmediato el triunfo del candidato de la Unidad Popular, e influyó en la Democracia Cristiana para que tomara una actitud similar y le diera sus votos en el Congreso Pleno.

La agudización de las contradicciones de la D.C. se tradujo en la separación de sus filas de un grupo de sus miembros. Ellos, más una porción del MAPU, (entidad que adhirió a la doctrina marxista y radicalizó su posición socio-económica, situándose en un plano muy cercano al Partido Socialista en cuanto a la concepción revolucionaria de la gestión del Gobierno y de la finalidad de la Unidad Popular), organizaron la Izquierda Cristiana, como una entidad renovadora, y ajena a cualquier sectarismo ideológico, clasista, político, dentro de la más absoluta lealtad a un auténtico movimiento popular, dinámico, unitario y creador.

En un enfoque de conjunto sobre la composición social de la Democracia Cristiana, se comprueba que si su núcleo dirigente es de extracción media, por su educación, status profesional y su pertenencia a la Iglesia Católica, se ha unido estrechamente a los sectores pudientes, burgueses, y ha entrado a defender los intereses del alto capitalismo moderno; mientras en su base militan sectores obreros, campesinos, pobladores y jóvenes con intereses opuestos, antagónicos a los del estrato predominante en la conducción del partido; un economista y sociólogo ha caracterizado de la siguiente manera la composición de la DC: Su principal núcleo social se afinca en la zona intermedia de la estructura social del país, y sus dirigentes oscilan entre los sectores medio y alto de la clase media; y su militancia se ubica en la baja clase media y en los estratos superiores de la clase popular. Los núcleos de media y alta clase media del partido Demócrata Cristiano no germinaron bajo el amparo del Estado; se han formado en el desarrollo económico moderno; profesionales, técnicos, pequeños y medianos empresarios, empleados calificados, obreros expertos y juventud universitaria. Su origen, entonces, posee menos relación con la plutocracia que las fracciones conservadoras del radicalismo. Pero en sus filas se agrupa, también, un importante estrato de

la derecha económica. Se proclama partido no confesional, pero todos sus dirigentes, de los diversos niveles, son católicos devotos, y es apoyado por la gran mayoría de la Iglesia y las relaciones entre la DC y la Iglesia son estrechas. Sus militantes no sólo son enemigos del marxismo y de la masonería, también se oponen a las reformas, destinadas a purificar la vida familiar. Así combaten el divorcio y una política anticoncepcional científica y sensata.

De su composición social heterogénea brotan sus posiciones ambiguas, confusas y, a menudo, demagógicas.

La Democracia Cristiana se ha confederado con el Partido Nacional y con la Democracia Radical y demás, grupos conservadores del antiguo radicalismo, librando una fuerte campaña general en contra del régimen, combinando la resistencia civil con la oposición. parlamentaria, (a menudo, obstrucción parlamentaria, aprovechando su situación mayoritaria en el senado y en la Cámara de Diputados), y con la lucha callejera de masas, desatando acciones diversas, marchas, concentraciones, campañas de prensa, radio, acusaciones a los funcionarios del gobierno en el Parlamento. Su combativa actitud culminó en el paro de cuatro semanas en octubre de 1972; la paralización de faenas de los gremios empresariales y colegios profesionales bloquearon al gobierno y lo obligaron a incorporar a las Fuerzas Armadas al gabinete, abriendo una nueva etapa en la situación política nacional. Por su condición de partido mayoritario, la Democracia Cristiana juega un papel clave en el destino de la política y democracia chilenas. En las elecciones parlamentarias del 4 de marzo demostró un vigoroso crecimiento; obtuvo más de un millón de sufragios, y cincuenta diputados.

Los girondinos chilenos, de Benjamín Vicuña Mackenna[176]

En este año 1974 se cumple el primer centenario de la muerte de Santiago Arcos Arlegui, el curioso ideólogo compañero de Francisco Bilbao y de la pléyade de jóvenes reformistas y románticos, definidos por el historiador Benjamín Vicuña Mackenna como "los girondinos chilenos". La presente crónica tiene por objeto recordar este aniversario y a los integrantes de la generación de Santiago Arcos, a través del comentario del testimonio histórico de B. Vicuña Mackenna.

Para un conocimiento detallado de los sucesos políticos de aquella época y de las acciones e ideas de Arcos, se puede consultar mi libro: "Santiago Arcos Arlegui y la Sociedad de la Igualdad", publicado en 1942.

La crónica histórica Los girondinos chilenos, de don Benjamín Vicuña Mackenna, es una animada evocación del interesante período de 1841-51, durante el cual se incorporó a la actividad política, con apenas dieciocho años. Lo hizo con un impetuoso entusiasmo militante, imbuido del espíritu reformista propio del romanticismo social y literario llegado de Francia, y, a la vez, como historiador en ciernes, dispuesto a entregar un testimonio directo utilizable en una reconstrucción ulterior. Precisamente registró aspectos de aquella turbulenta época en su "Diario desde el 28 de octubre de 1850 hasta el 15 de abril de 1851".[177] Más tarde, ya escritor de fama, la narró como protagonista e historiador en Los girondinos chilenos y Cosas

[176] OCCIDENTE N°254 marzo 1974
[177] Publicado en la Revista Chilena de Historia y Geografía, tomo I N°2, 3 y 4

de Chile: Francisco Bilbao, reminiscencias singulares;[178] y en una obra de aliento, su notabilísima Historia de la jornada del 20 de abril de 1851.[179]

El lapso señalado ha sido estudiado por los más calificados historiadores nacionales, como Diego Barros Arana, Isidoro Errázuriz (en su luminoso ensayo sobre el movimiento y la lucha de los partidos desde 1823 hasta 1871); Antonio Iñiguez Vicuña (en su poco conocida monografía acerca del período revolucionario de 1848-1851); Alberto Edwards, Luis Galdames y Francisco Antonio Encina. Pero las obras de Benjamín Vicuña Mackenna poseen el encanto de lo vivido intensamente y descrito de manera fascinante, además de su calidad historiográfica.

En Los girondinos chilenos recuerda en forma elocuente la poderosa gravitación del pensamiento y del proceso revolucionario francés, cuya culminación fue la gesta republicana de 1848, en la juventud chilena, en su sensibilidad y en sus acciones políticas reformistas. Lo proclama así: "la habíamos visto venir, la estudiábamos, la comprendíamos, la admirábamos; nos asimilábamos a sus hombres por la enseñanza de ellos recibida, a sus acontecimientos por la prensa diaria, a sus aspiraciones por la república, que era la fraternidad a través de los mares y las razas".

Esa revolución europea "era casi una revolución chilena", debido a su influencia avasalladora en la nueva generación, ansiosa de cambios políticos y sociales. Después de veinte años de gobierno conservador autoritario, y ya consolidado el régimen civil y republicano, se deseaba iniciar una era de reformas democráticas. A la cabeza de ese anhelo se encontraba una falange ilustrada, generosa y entusiasta, formada intelectualmente por sabios maestros.

Al mismo tiempo el país se desarrollaba en lo económico, sobre todo por la expansión de las faenas mineras; y, en lo social, se constituían nuevos sectores, con intereses y anhelos distintos de la oligarquía terrateniente tradicional. Las transformaciones económicas y sociales, el avance de la educación y la estabilidad política estimulaban a los jóvenes a luchar por la liberalización del sistema imperante a través de la adopción de reformas diversas, y de tal modo conseguir un progreso más acelerado. El arsenal teórico, las ideas y el ejemplo provenían de Francia. Primero, la revolución liberal de 1830 y el romanticismo literario y social; enseguida, el movimiento democrático en pugna con la monarquía de julio y la revolución republicana de 1848 provocaron un desbordante entusiasmo en la juventud culta chilena.

La disposición en favor del pensamiento, la literatura y la política de Francia experimentó una efervescencia trastornante al conocerse en Santiago el libro de Alfonso de Lamartine: Historia de los girondinos, aparecido a principios de 1847, y a cuyo impacto se sumó pronto el estallido de la revolución republicana, democrática y popular de febrero de 1848.

En Chile la lectura de la Historia de los girondinos fue coetánea con la llegada de las noticias de la revolución de febrero y del destacado papel de Lamartine en su proceso. De acuerdo con el testimonio de Vicuña Mackenna, la obra del poeta y político francés vendióse en seis onzas de oro, "precio hoy de una biblioteca", agrega.[180]

---

[178] En Relaciones Históricas, 2 volúmenes, 1877 y 1878.

[179] Santiago, 1878.

[180] La onza de oro valía 17 pesos y 2 y ½ reales. El valor del peso moneda de plata era de 8 reales; el real, 12 y ½ centavos; y el medio real, 6 y ¼ centavos.

La repercusión ideológica y política de Francia era explicable, porque constituía el más fecundo laboratorio de doctrinas y obras en el campo del pensamiento, de la ciencia, de la creación artística y de la actividad sociopolítica. A partir de 1830 el liberalismo había llegado a ser la fuerza ideológica dominante en Francia, aunque escindido en dos corrientes: la de los monárquicos constitucionales y la republicana. La revolución de aquel año, iniciada como una protesta contra las ordenanzas de Polignac, culminó en las sangrientas jornadas del 27, 28 y 29 de julio, "las tres gloriosas", y elevó al trono a Luis Felipe I. Significó el triunfo de la solución orleanista, intermedia contra el absolutismo caduco de Carlos X y contra el creciente sentimiento republicano. La "monarquía de julio" renunció al liberalismo de sus comienzos; aplastó las insurrecciones republicanas y enfrentó con dureza la agitación socialista. Se apoyó en la alta burguesía manufacturera y financiera, nueva aristocracia de los negocios, reprimiendo y expoliando en forma despiadada a la clase obrera. Al mismo tiempo se extendieron las ideas de reforma social y aumentó el descontento de los sectores intelectuales. Al ideario liberal se agregaron el pensamiento católico insurgente, contrario a la doctrina oficial y al viejo clero galicano y realista; el pensamiento social de los sansimonianos y las diversas teorías socialistas.

En 1825 falleció el conde de Saint-Simon. Sus discípulos divulgaron sus ideas en economía, sociología y religión, como un nuevo credo renovador. Inventor del vocablo "industrialismo" para caracterizar la época abierta en el siglo XIX, de profundos avances científicos, económicos y técnicos, sus doctrinas influyeron en la afirmación de la primacía de lo económico sobre la política, en la consideración de los fenómenos sociales. Un genial discípulo suyo, Augusto Comte, acuñó el vocablo "sociología" para designar una ciencia nueva; y su obra Curso de Filosofía Positiva, publicada entre 1830 y 1842, formará una escuela filosófica y política de proyección universal. Por esos mismos años, Pierre Leroux lanzó a la circulación la palabra "socialismo", para designar una teoría opuesta al individualismo; Luis Blanc proclamó "la organización del trabajo"; la encantadora Flora Tristán se transformó desde 1843, con la aparición de su opúsculo "La Unión Obrera", en fervorosa propagandista del movimiento feminista y del unionismo obrero; Charles Fourier y Victor Considerant expusieron sus teorías sobre la armonía de los intereses y de las clases, y la necesidad de organizar la sociedad; Esteban Cabet imprimió su "Viaje a Icaria", breviario de los postulados del comunismo utópico, y entre 1840 y 1848 agotó cinco ediciones; Lamennais pasó del catolicismo liberal al socialismo cristiano, en sus Palabras de un creyente, de 1834; Pierre-Joseph Proudhon publicó en 1840 su opúsculo, en el cual afirmaba que "la propiedad es un robo", dando uno de los lemas revolucionarios más efectivos del siglo XIX; Federico Engels entregó en 1844, Situación de las clases trabajadoras en Inglaterra, balance del pauperismo engendrado por el desarrollo capitalista en su principal bastión; Carlos Marx, instalado definitivamente en Londres, lanzó en 1848, El Manifiesto Comunista dirigido a una clase obrera todavía en formación. (El historiador y economista suizo Sismondi ya había descubierto al "proletariado" y, a su juicio, su miseria era el fruto de la prosperidad económica).

Según los ideólogos socialistas las revoluciones surgían a causa de las graves crisis periódicas del sistema económico capitalista, a las cuales el liberalismo político y jurídico no daba adecuada solución. Los liberales resultaban rebasados por las peticiones de las masas populares (el presidente de la Cámara de Diputados, bajo el gobierno de Luis Felipe I, un señor Sanzet respondía a aquéllas: "Estamos encargados de hacer leyes y no de dar trabajo a los obreros"), y por eso los hondos problemas agrarios e industriales, de subsistencias y de trabajo, dieron un carácter social a las revoluciones de 1848. Nació la prensa obrera; se formaron clubes y sociedades secretas; se organizaron agrupaciones femeninas y asociaciones de extranjeros en París, reclamando la organización del trabajo y apoyando la agitación socializante. Barbés y Blanqui, desde la "Societé de Saisons", fomentaban las demandas en pro de la revolución social.

Además, el romanticismo social se manifestó en la novelística de Georges Sand y Eugene Sue, y, desde 1840 existió un arte social y florecieron escritores y poetas sociólogos. Alrededor de 1843, Víctor Hugo esbozó Los Miserables, publicado veinte años después, en 1862.

El vasto panorama reseñado tuvo su desenlace en la revolución de febrero de 1848. Abdicó Luis Felipe I y se estableció la segunda república. En el gobierno provisional desempeñó un papel de primera magnitud el autor de la Historia de los girondinos. El poeta Alfonso de Lamartine respaldó con la acción revolucionaria su obra de interpelación histórica, a menudo de mera ficción, y, por ello la influencia del libro aumentó en alto grado.

La revolución de 1830 fue liberal; en cambio la de 1848 tuvo un carácter social. En ella entraron en juego reivindicaciones económicas, agitaciones obreras, doctrinas socialistas y aspiraciones republicanas. Se inició con una fase burguesa que provocó la caída del ministro Guizot, el 23 de febrero; y se agudizó con una fase obrera, a raíz de la masacre del "Boulevard des Capucines", en la noche del mismo día, determinando el levantamiento de barricadas y encuentros sangrientos. Abdicó Felipe I y se proclamó la República, en la noche del 24 de febrero. A continuación, el gobierno provisional no pudo superar sus contradicciones internas, en especial el antagonismo entre los partidarios de la República fundada en el sufragio universal como suficiente para que el pueblo pudiera transformar su condición; y los partidarios de una reforma, social profunda; de la organización del trabajo (Albert y Blanc); y de la participación decisiva de los obreros en el gobierno. (Barbés, Blanqui y Raspail). Las contradicciones anotadas desembocaron en las jornadas de mayo-junio de 1848, y en ellas los moderados, espoleados por el "temor social" derrotaron a los republicanos, demócratas y socialistas. El general Cavaignac tuvo a su cargo la misión de aplastar a los sublevados.

La represión debilitó al nuevo régimen y permitió la imposición de la república plebiscitaria de Luis Napoleón Bonaparte, orientada al restablecimiento del imperio. Al romanticismo social sucedió el "miedo social". La alta burguesía pasó a dominar sin contratiempo, y como lo anunció Lamennais, se entró a vivir en medio de "las saturnales de la reacción"

En Los girondinos chilenos, Benjamín Vicuña Mackenna esboza previamente los sucesos políticos del año 1849, cuando se inició el ataque a la excesiva centralización del poder político en manos del Ejecutivo. Las elecciones de congresales y municipales en marzo y abril fueron intervenidas por el ministro del Interior, don Camilo Vial, pero, de todos modos, salieron triunfantes cuatro diputados independientes, y también algunos municipales no oficialistas. En el seno de la Cámara de Diputados se desató una lucha doctrinaria, formándose una fuerte oposición liberal reformista; asimismo en el Municipio. El ministerio Vial-Sanfuentes cayó a mediados de junio, siendo reemplazado por otro presidido por don José Joaquín Pérez e integrado por dos de los triunfadores contra la intervención de las autoridades, los señores Manuel A. Tocornal y Antonio García Reyes. No obstante, el carácter moderado del nuevo equipo gubernativo encontró una resistencia obstinada en la Cámara de Diputados, donde se organizó una mayoría adversa, resultado de la unión de los elementos adeptos al exministro Camilo Vial y de los jóvenes liberales, dirigidos por don José Victorino Lastarria. Como anotaba Benjamín Vicuña Mackenna, de haberse aplicado el esquema partidista de la revolución francesa a la realidad política de ese instante, el ministerio Pérez-Tocornal representaba el espíritu girondino; y Lastarria y sus seguidores, el de los montañeses.

La oposición liberal se enardeció con diversas victorias, aunque sin consecuencias prácticas, porque sus acuerdos eran rechazados en el Senado. A fin de robustecer su acción y enfrentar las elecciones

presidenciales de 1851, levantó la candidatura de don Ramón Errázuriz, personaje sin ningún relieve político y de tendencia conservadora, lo cual apareció como una inconsecuencia doctrinaria; y fundó el Club de la Reforma (denominado el "club de la patagua" por sus enemigos, a causa de una metáfora botánica de Rafael Vial en el día de su inauguración, el 29 de octubre de 1849).

El Club de la Reforma se desintegró muy pronto. Lastarria trató de evitar su disolución y de conjurar la crisis de la oposición de acuerdo con un diagnóstico preciso formulado en su Proyecto de reorganización del Partido Liberal. En él expresó: "La oposición no existe, y no existe porque carece de fuerzas y de opinión. La oposición carece de fuerzas: 1° Porque no tiene dirección, no tiene un caudillo. 2° Porque no tiene organización. 3° Porque no tiene fondos. 4° Porque no tiene unidad. No tiene tampoco opinión: 1° Porque no tiene un sistema. 2° Porque no inspira interés. 3° Porque no tiene relaciones". Como remedio, Lastarria exigía: "1° Que el señor Errázuriz se ponga al frente de la oposición. 2° Que se organice la dirección de la oposición. 3° Que se forme un fondo de cualquier manera. 4° Que se proponga echar abajo la dominación de veinte años de los conservadores, con su política restrictiva y egoísta. 5° Que se oriente la prensa en ese sentido".[181]

Ante el fracaso del Club de la Reforma, Santiago Arcos y Francisco Bilbao dieron vida a la "Sociedad de la Igualdad", agrupación política integrada por artesanos, obreros y jóvenes liberales. Su fórmula de admisión exigía aceptar: "1° La soberanía de la razón como autoridad de autoridades. 2° La soberanía del pueblo como base de toda política. 3° El amor y la fraternidad universal como vida moral". La "Sociedad de la Igualdad" funcionó del 19 de abril hasta el 7 de noviembre de 1850; tuvo un himno oficial, "La Igualitaria", compuesto por don Eusebio Lillo; y un diario, El Amigo del Pueblo, dirigido también por Lillo. (Cuando la censura lo suprimió con motivo de la publicación del escrito de Bilbao: Los Boletines del Espíritu, fue reemplazado por La Barra). La "Sociedad de la Igualdad" mantuvo una intensa agitación política, celebrando reuniones públicas permanentes, con gran asistencia de pueblo, en los cuales pronunciaban discursos los más connotados oradores de la oposición. Paralelamente trató de impulsar la cultura popular por medio de cursos regulares, sobre diversas materias de interés inmediato, y conferencias variadas.

En el seno del nuevo organismo convivieron los jóvenes liberales "girondinos" con numerosos elementos de las clases laboriosas, hecho sin precedentes en la marcha política del país, y motivo de los más asombrados comentarios. Para don Agustín García Reyes, los igualitarios constituían "la hez de los fraques y las chupallas".[182]

Después de sus concentraciones, los igualitarios improvisaban desfiles con centenares de participantes, encabezados por Francisco Bilbao, portador de un árbol de la libertad, y los liberales más ardorosos, como Errázuriz, Ovalle, Ugarte, Rafael Vial y otros. Su audacia los llevó a apoderarse de la Alameda "y en especial del sofá que ocupaban habitualmente Montt, Garrido, etc." y a dirigir insultos durísimos a varios de sus cofrades".[183]

---

[181] Lastarria anotó los sucesos de esa época en su ''Diario desde junio de 1849 hasta marzo de 1852". (Publicado en la Revista Chilena, tomos I y II. Recientemente se hizo una edición, a cargo de don Raúl Silva Castro, en la Editorial Andrés Bello). Lastarria se refiere también al mismo período en algunas páginas de sus "Recuerdos Literarios".

[182] Carta de don Antonio García Reyes a don Manuel A. Tocornal, del 21 de octubre de 1850, reproducida en J. C. Jobet, "Santiago Arcos Arlegui y la Sociedad de la Igualdad", Santiago de Chile, 1942.

[183] Id. del 8 de noviembre de 1850. (Reproducida de la misma obra ya citada de J.C.J.)

En medio de aquellas peripecias, el libro de Alfonso de Lamartine era comentado e imitado, y, según Vicuña Mackenna, entonces los jóvenes liberales adoptaron los nombres de los más destacados revolucionarios franceses. Menciona a los siguientes: Lastarria era Brissot; Francisco Bilbao, Vergniaud; Marcial González, Pethion; Pedro Ugarte, Danton; Francisco Marín, Robespierre; Eusebio Lillo, Rouget del Lisle; Manuel Recabarren, Barbaroux; presbítero José Ignacio Víctor Eyzaguirre, abate Sieyès; presbítero Francisco de Paula Taforó, abate Gregoire; Domingo Santa María, Louvet; Juan Bello, Ducos (y también Camilo Desmoulins); Rafael Vial, Fondréde; Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, los hermanos Teodoro y Carlos Lameth; Manuel Bilbao, Saint Just; y Santiago Arcos, Marat. No recordaba los nombres revolucionarios de Federico Errázuriz, Manuel Guerrero y José Miguel Carrera Fontecilla. Afirma la existencia de una madame Roland, pero sin identificarla.

Varios de los "girondinos chilenos" se vestían a lo "revolución francesa". Por ejemplo, Francisco Bilbao y Santiago Arcos "usaban diariamente el frac con botones de metal dorado, del corte llamado Robespierre; sombrero de felpa de copa baja, como los que usaba Camilo Desmoulins, y pantalones blancos ajustados como los que introdujeron los convencionales que proclamaron los más avanzados principios republicanos. Largas cabelleras, en forma de melena, cubrían profundos pensamientos".[184]

Los "girondinos" e igualitarios mantuvieron un ataque virulento contra la candidatura presidencial oficialista de don Manuel Montt. En un momento el gobierno estimó que sus campañas y desbordes podrían alterar el orden público, procediendo a disolverla y a apresar a sus dirigentes. Una consecuencia de la represión desencadenada fue el motín del 20 de abril de 1851, aplastado por las fuerzas armadas leales al poder constituido.

La candidatura de Manuel Montt se impuso en forma arrolladora y el significado de su postulación quedó bien definido en el famoso folleto de Sarmiento en su favor: "¿A quién rechazan y temen? ¡A Montt! ¿A quién sostienen y desean? ¡A Montt! ¿Quién es entonces el candidato? ¡Montt!".

La clausura de la "Sociedad de la Igualdad" y el fracaso del motín del 20 de abril dispersaron a los girondinos e igualitarios. Los primeros salieron desterrados, en su mayor parte, y los segundos permanecieron en prisión. Algunos participaron junto al general José María de la Cruz, rival de Manuel Montt y derrotado en las urnas, en la guerra civil de 1851, que liquidó en forma sangrienta aquella contradictoria etapa de nuestra historia.

Don Benjamín Vicuña Mackenna dedica las últimas páginas de su crónica Los girondinos chilenos a un análisis histórico-estético del cuadro del pintor Monvoisin "La última cena", inspirados en páginas de la obra de Lamartine; y a exponer una breve apreciación crítica sobre el valor científico de la historia de los girondinos que no era propiamente una obra histórica, sino más bien una leyenda; o, según un juicio citado por Vicuña Mackenna, "es la más irregular de todas las historias, pero al mismo tiempo el más interesante de todos los poemas". Y, tal vez, por esa razón ejerció una influencia tan profunda y trastornante en la juventud de mediados del siglo XIX, romántica y soñadora.

Ensayos históricos sobre la Colonia y la independencia[185]

En su erudito, volumen "La conciencia política chilena durante la Monarquía" (1958), el historiador Néstor Meza se propuso esclarecer la conciencia política de los chilenos durante el largo período colonial. Su

[184] Antonio Iñiguez Vicuña: "Historia del período revolucionario en Chile, 1848 -1851". Santiago de Chile, 1905.
[185] OCCIDENTE N°255 abril-mayo 1974

estudio se apoya en una amplísima investigación de fuentes originales y en el análisis de las grandes obras de la historiografía clásica. Presenta interesantes y novedosos puntos de vista, aunque, con frecuencia, cuesta aprehender en su exacta formulación o significado, sus propósitos interpretativos.

Para explicar el origen de su concepción, o más bien el carácter de su creación histórica, reseña los aportes y criterios anteriores a su monografía. Así, Miguel Luis Amunátegui en "Los precursores de la independencia de Chile (1870-72)", con respecto a esa conciencia política, "asentó la existencia de un rendido sentimiento de fidelidad al rey", elemento esencial del hombre americano por su idea inalterable de ser súbdito de los monarcas castellanos. ("El inmenso prestigio logrado por la autoridad real a expensas de la dignidad de los vasallos, fue el vínculo que aseguró por siglos a España la posesión del mundo que había conquistado" ...). Crescente Errázuriz, en su "Historia de Chile" durante los gobiernos de García Ramón, Merlo de la Fuente y Jaraquemada (1908), destacó "la intervención popular en las resoluciones reales que tocaban al pueblo"; Julio Alemparte en "El Cabildo de Chile Colonial", (1940), fue el primero en destacar la función representativa de los cabildos. Afirmó: "Los reyes no estaban en España sino en las Indias; los verdaderos soberanos, en cierto modo, eran los señores coloniales. En Castilla estaba el cetro, la potestad oficial, la ordenación jurídica; pero la auténtica soberanía que es la que surge del dominio efectivo de las tierras y de la masa de los habitantes estaba en mano de los señores". Estos aceptaban o rechazaban leyes y cargos y dominaban en los cabildos de los cuales se servían para la defensa de sus intereses. Según Alemparte, "los Cabildos eran una institución representativa genuina y directa de las ciudades ante la Corona y no obstante ser una delegación real, funcionaban en la práctica como un poder aparte dentro de la unidad monárquica". Juan Manzano Manzano en su libro, "La incorporación de la India a la Corona de Castilla", (1948), mostró que las Indias pertenecían a la Corona de Castilla; eran un reino de ellas y, por lo tanto, en él imperaba, el derecho castellano. Reiteró su afirmación en su nuevo trabajo "La adquisición de las Indias por los reyes católicos y su incorporación en los reinos castellanos", (1952); y su tesis la aceptó y fundamentó Mario Góngora, en su obra "El Estado en el Derecho Indiano", (1951). A juicio del historiador Jaime Eyzaguirre, en su monografía "Presupuestos jurídicos y doctrinarios de la Independencia", (1949), la frecuencia de la resistencia a las leyes, los movimientos populares y aún la deposición de algún gobernador, se fundaban en la doctrina de que el pueblo constituía el fin del poder, defendida por los teólogos españoles, Francisco Vitoria y Francisco Suárez. Además, la unión entre los reinos españoles y americanos era personal, es decir, el vínculo entre ellos lo establecía la persona del rey. Reeditó su pensamiento en su libro "Ideario y ruta de la independencia de Chile", (1955).

Según Néstor Meza, los diversos historiadores poseían una parte de verdad, porque cada uno había descubierto, y exagerado, un aspecto de la compleja conciencia política, por ser ésta una realidad múltiple y cambiante. Si Amunátegui había descubierto el momento del poder y la autoridad; Alemparte, el de la sociedad y la libertad; Eyzaguirre, la conciencia provincial y la existencia de un derecho público; en cambio, él ha procurado aprehender esa conciencia en su actualización; en los juicios y actitudes sostenidas ante situaciones concretas. Su trabajo no constituye una historia política de Chile desde el siglo XVI hasta comienzos del siglo XIX, se limita a la descripción de la conciencia política (y por eso no aparece el relato cronológico de los actos). Y en esa forma contribuye a la comprensión de las grandes historias que "si bien son ricas en erudición son pobres de pensamiento".

En sus capítulos sobre el rey y la administración en los siglos XVI y XVII clarifica la función gubernativa del rey, junto con explicar la concepción del origen popular del poder real y el concepto de rey católico. Respecto a la situación y actuación política del cabildo, éste ejercía funciones reales para el mejor gobierno del pueblo y, a la vez, poseía una función representativa, pero, "para los conquistadores de Chile y para

los chilenos, hasta los primeros años del siglo XIX, el gobierno no era actividad exclusiva del rey", quien poseía virtualmente todas las condiciones para gobernar en beneficio de los vasallos. El rey les había concedido el derecho a representarle en cuanto le atañía y un órgano de expresión: el cabildo. Pero ellos tenían plena conciencia de que el derecho de representación y el cabildo eran concesiones hechas por el rey. Especial interés reviste el capítulo dedicado al origen del patriotismo y a su expresión en Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán. A comienzos del siglo XVII la patria se circunscribía a la república de cada una de las ciudades integrantes de la gobernación. Un nuevo contenido, más amplio, del concepto, de hijo de la patria fue dado por F. Núñez de Pineda y Bascuñán (nacido en San Bartolomé de Chillán) en su libro "Cautiverio feliz y razón de las guerras dilatadas de Chile", por lo demás muy representativo del criterio de los vasallos de la época. Según éste la patria abarcaba el reino. La sociedad en que se había nacido y la cual más directamente se pertenecía, no era ya la ciudad sino el conjunto de todos los vasallos sujetos a las autoridades que, subordinadas al Rey, les gobernaban. A ellos aplicaba la solidaridad y los tradicionales conceptos de bien común y pública utilidad. En la actividad de los vasallos de Chile para suprimir la rebelión indígena de 1655, veía Núñez de Pineda y Bascuñán una heroica manifestación de amor a la patria. Los servicios prestados por la población en ese entonces lo fueron al rey y, también, "servicios a la patria". Y su patriotismo le obligaba a lamentar que el reino estuviera gobernado por extranjeros y advenedizos, quienes, sin vínculos ni afectos, solo procuraban lucrar sin considerar las consecuencias dañinas de su conducta. Su amor a la patria se demostraba compatible con el amor a la monarquía. La patria se insertaba en la monarquía. Por eso su libro iba encaminado "al bien común de la patria y a sus mayores adelantos", pues "como hijo fervoroso de esta dichada patria", se sentía obligado a descubrir los motivos de la prolongación de la guerra de Arauco. Ahí denunciaba al rey los abusos de poder, las injusticias y la avidez del lucro de los gobernadores; y las postergaciones sufridas por los vasallos y los perjuicios causados al reino.

Son de particular valor los capítulos sobre patria y monarquía en el siglo XVIII, el fortalecimiento de la dignidad del pueblo y la concepción ilustrada de la función del poder real. Analiza con mucha finura el carácter conflictivo del sentimiento patrio por la aspiración de los chilenos a ocupar los cargos públicos y a independizarse de la autoridad virreinal. A partir de 1806, "la nobleza sintió con más urgencia la necesidad de ejercer sin contrapeso la representación del rey y de mantener las bases jurídicas sobre las cuales ésta descansaba; el derecho a ser preferida en la provisión de los cargos capitulares y la independencia del cabildo", (pág. 305).

En la segunda mitad del siglo XVIII, el Dr. José Perfecto de Salas, fiscal de la Real Audiencia, en nota escrita al gobernador Jáuregui sobre la necesidad de restaurar el Convictorio Carolino, enunció por primera vez la teoría ilustrada del poder real. Más adelante, Manuel de Salas y Juan Egaña, afirmaron la concepción ilustrada sobre la función del Estado. La actividad de los gobernantes y demás funcionarios debía tender a promover racionalmente el engrandecimiento del reino. Según J. P. de Salas, dados los poderes amplísimos con los cuales el gobernador estaba investido por el soberano, debía restaurar el Convictorio y superar los obstáculos que se opusieran "al engrandecimiento de este felicísimo reino".[186]

Al tratar, el historiador Néstor Meza, las repercusiones de la invasión de los ingleses en el Río de la Plata y la invasión de Napoleón Bonaparte a España, adelanta consideraciones y puntos de vista desarrollados brillantemente en su nuevo libro: "Actividad política del reino de Chile entre 1806 y 1810". Cuando se supo

[186] El Informe de J.P. de Salas lo Incluyó José Frontaura Arana en "Historia del Consultorio Carolino". Apéndice N°4. Recientemente lo reprodujo Ricardo Donoso en "Un letrado del siglo XVIII, don José Perfecto de Salas".

oficialmente la usurpación de Bonaparte, en septiembre de 1808, se agudizó el temor de que el reino fuera sacado de su quicio histórico y pasase a formar parte de otra potencia. Ante tal evento, Juan Martínez de Rozas, creía necesaria su independencia y su pensamiento lo compartían otros políticos distinguidos. Según ellos, el reino poseía el derecho a decidir su destino y a ejercer el reconocimiento de las autoridades que se constituyeran en nombre del rey. Juan Egaña, Juan Antonio Ovalle, Manuel Cotapos, propiciaban la creación de una junta gubernativa, sustraerse de las autoridades de la península, y dirigir su futuro en la crisis de la monarquía, es decir, determinar su destino con libertad. La idea "de que el cabildo representaba al pueblo y el alcance que tenía esa representación en la circunstancia en que vivía la monarquía, fue expresada por el procurador general de la ciudad, José Miguel Infante el 14 de agosto de 1810, con motivo del reconocimiento del consejo de regencia. Sostuvo, entonces, Infante, que "cada uno de los señores regidores se veía constituido padre de la patria y que reunidos todos tenían la potestad misma del pueblo", la cual en esas circunstancias debía ejercerse para conservar indemnes los derechos del rey y del reino.[187]

A la asamblea del 18 de septiembre fueron invitados 14 españoles (había 1.900 en la ciudad) y 423 patricios, en total 437 ciudadanos.

Por otra parte, Néstor Meza, sintetiza el pensamiento de Manuel de Salas y de Juan Egaña, los dos más altos representantes de los ideales de la ilustración en Chile. Desde su regreso de España, don Manuel de Salas se propuso modificar la situación del reino en crisis, a causa de la errada política de tres siglos de dominación, y cuyos resultados se resumieren en despoblación, ignorancia, vicio y miseria popular. No se quedó en la crítica y propuso una serie de medidas para superarla, porque la tarea del político responsable se traducía en procurar la felicidad de la sociedad gobernada. Los medios básicos para conseguirla, a su juicio, eran la difusión de las ciencias exactas y la rectificación económica. Cifraba las mayores esperanzas en el estudio de las ciencias útiles para descubrir y explotar las riquezas, mejorar la agricultura y la minería, y desarrollar la industria.

En síntesis, según Manuel de Salas, "además de una política educacional que difundiera las ciencias útiles, el estado, debía realizar simultáneamente una política de fomento de las industrias, de mejoramiento técnico y de creación de mercados".

Aunque Manuel de Salas contó con una favorable audiencia en los gobernantes locales, para la realización de sus proyectos (y así lo reconoce cuando los califica: "el justificado Benavides, el activo O'Higgins, el benéfico y recto Avilés, el sabio, noble y virtuoso Muñoz de Guzmán..."), no encontró ninguna ayuda en la Monarquía.

La misma concepción del gobernante tuvo don Juan Egaña. La expuso con claridad en el discurso leído en el homenaje tributado a García Carrasco con oportunidad de su designación en propiedad como gobernador del reino. En él describió las cualidades del político y detalló las diversas obras importantes exigidas por el reino.[188] Asimismo, estampó su concepción ilustrada y progresista, en su "Memoria" elevada a don Mateo de Toro y Zambrano, en agosto de 1810, extendiéndose sobre el objetivo de la acción

[187] Págs. 305-306. El documento lo tomó de "Actas del Cabildo de Santiago". Acta del 14 de agosto de 1810. Col. Historiadores de Chile, tomo XXIX, págs. 35-36.

[188] Discurso compuesto por Juan Egaña y pronunciado por don José Gregorio Argomedo, en el recibimiento de García Carrasco, como vice patrono de la Universidad de San Felipe, el 15 de noviembre de 1807. Col. de Historiadores de la Independencia de Chile, tomo XVIII; 4.

gubernativa, y sobre la necesidad de implantar la educación industrial y científica, mejorar la agricultura y el comercio.[189]

La conclusión del erudito e interesante volumen de Néstor Meza es la siguiente: "Al término de esta exposición podemos afirmar que los chilenos de los siglos XVI, XVII, XVIII y comienzos del XIX tuvieron un claro concepto de la finalidad del poder público y de sus límites, una dignidad y una forma de libertad. Esto determinó entre ellos y el poder, relaciones caracterizables por la libertad para solicitar del Estado lo que estimaban necesario y era del resorte de éste otorgar y para reclamar de sus resoluciones en justicia, con lo que ponían a salvo su dignidad. Hemos llegado al convencimiento de que fue el funcionamiento de este régimen lo que mantuvo a estos vasallos en la monarquía hispanoamericana. Sin embargo, me parece insuficiente el pensamiento de que la independencia fuese deseada por la sola alteración de este juego a partir de 1813. Creo más bien, que los historiadores liberales tuvieron alguna razón al atribuir esta determinación a la penetración de ideas extranjeras: era preciso que entre estos hombres hubiera quienes se sintieron ahogados en "la libertad española" y la consideraron como despotismo, quienes consideraron que la justicia del rey no era ya, justicia, que lo que se entendía por la dignidad era solo abyección y que la libertad, la justicia y la dignidad verdadera no podrían encontrarse más en el seno de una monarquía con la cual los hombres libres no podían tomar ningún compromiso. Por fin, a raíz del estudio de la conciencia política chilena durante la monarquía he modificado la consideración de esa historia, respecto de nosotros, he comprendido que, por la vigencia en ella de los conceptos descritos, de algún modo le debemos nuestro ser político".

II

El problema de la reforma agraria pone de actualidad un libro de gran interés del historiador Mario. Góngora del Campo: "Origen de los 'inquilinos' de Chile Central". Es un estudio de las instituciones y de historia social realizado con espíritu científico y basado en la abundante documentación existente en los archivos chilenos y en otros papeles de los archivos españoles; no se apoya en la literatura ni en documentación impresa, lo cual le asigna una evidente novedad. En su ensayo investigativo critica la tradicional afirmación de existir un vínculo directo entre la encomienda y el inquilinaje.

El primer historiador en dejar un cuadro de los inquilinos fue Claudio Gay, en su "Historia física y política de Chile", (págs. 117-120 y capítulos VIII, IX, X, XI y XII). Su imagen es la del inquilinaje ya maduro. Se trata del alquiler de pequeñas porciones de tierra de secano a labradores pobres. La relación se contrae libremente, por pactos verbales fijados por la costumbre, y suele variar de región a región. El inquilino posee plena libertad de movimiento, aunque se marca espontáneamente una tendencia hereditaria. Inicialmente sus deberes eran menores que los actuales (1830-40) y en esa época estaban obligados a ayudar en el rodeo para separar y marcar los animales de la hacienda, a llevarlos a la engorda para la matanza, a limpiar las acequias, trillar el trigo, acompañar a caballo al dueño, y efectuar otros pequeños trabajos, generalmente pagados. Los más acomodados tenían mayor terreno y ganado, e incluso inquilinos propios, y en tal caso estaban forzados a proporcionar a uno de éstos como peón permanente para la hacienda, pagándole su salario, pero las raciones se daban por cuenta del propietario. El arrendatario o inquilino paga siempre un canon, y por todo trabajo que excede al convenio o a la costumbre, recibe un salario en dinero, pan, charqui, y papel para cigarros. Para sembrar su pequeño lote debe alquilar yuntas

[189] Reproduce el párrafo sobre, enseñanza industrial y científica de dicha "Memoria", insertada por don Manuel Antonio Talavera, en Revolución de Chile. Colección de Historiadores de la Independencia de Chile. Vol. XXIX, pág. 128.

de bueyes y arados y adquirir la semilla, cayendo en manos de prestamistas usurarios, quienes les compran luego a precios ínfimos la cosecha. La venta anticipada de la cosecha "en verde" significa a veces la pérdida de todo el grano. El arrendatario suele poseer ganado menor, dos o tres vacas, caballos de servicio; el propietario se preocupa por que esos animales no aumenten más allá de cierta medida. El contrato puede terminar con ocho días de aviso; el inquilino tiene derecho a coger sus cosechas, pero nada recibe si ha plantado árboles o verificado alguna mejora. Gay señala una y otra vez las diversidades regionales y la existencia, a menudo, de costumbres abusivas. Por ejemplo, la obligación de trabajar personalmente el arrendatario todo el año en la hacienda a un bajo jornal, y además suministrar otro trabajador, también pagado por debajo del salario corriente. El dueño abona muy raramente en dinero, de jornales, tanto el inquilino como a los peones, prefiriendo distribuir especies acumuladas en la pulpería. (En la época de Gay la mediería recién se desarrollaba experimentalmente en algunas haciendas).

Gay describe con riqueza las otras categorías de trabajadores de las haciendas, todas ellas basadas en el salario: mayordomos, capataces, pastores (vaqueros, ovejeros), peones o jornaleros, arrieros. Algunos de ellos reciben cabañas y tierras; los peones también poseen a veces una tierra, asemejándose entonces a los inquilinos. La reciben gratuitamente, o por módico canon, pero sigue dominando en ellos el rasgo vagabundo. Al lado de su descripción, Gay, ensaya una explicación histórica y dejándose llevar por una vaga reminiscencia, cree que el inquilinaje procede de los indios de encomiendas. Después de abolidas se habrían quedado en las haciendas, sin poder constituirse en trabajadores enteramente libres.

Barros Arana, en su "Historia General de Chile", (tomo VII, páginas 32-33 y 465-67), vincula el inquilinaje con la abolición de las encomiendas, y esos indígenas quedados en las haciendas se mezclaron con los mestizos, núcleo grueso de la población rural. El inquilinaje sería una última evolución de la encomienda. Domingo Amunátegui Solar, en "Las encomiendas de indígenas en Chile", (tomo I, pág. 241, y tomo II, pág. 260), identifica el inquilino con el indio de estancia, radicado en propiedades españolas. Interpola la denominación inquilino en su resumen de las disposiciones de la tasa de Esquiladle, de 1620, que hablaban de esos indígenas, pero tal identificación es errónea. Francisco A. Encina, en su "Historia de Chile", (tomo V, páginas 176 y 276), abandona toda vinculación a la encomienda e interpreta al inquilinaje como forma peculiar de mestizos. Tocan de paso el inquilinaje, Julio Heise González en "Las tasas y ordenanzas sobre el trabajo de los indios en Chile"; y Guillermo Feliú Cruz y Carlos Monge Alfaro en "Las encomiendas según tasas y ordenanzas".

En cuanto al desarrollo de su investigación sobre el origen y constitución del inquilinaje, he aquí un resumen de los resultados alcanzados por Mario Góngora.

Las pequeñas tenencias de los indígenas dentro de las chacras y estancias de los españoles, multiplicadas a expensas de los pueblos, constituyeron durante los siglos XVI y XVII la forma más utilizada. ¿Su procedencia? Yanaconas peruanos a comienzos de la conquista; yanaconas chilenos, descendientes de los extraídos de sus pueblos por cautiverio; indios "de servicio personal" (trasladados por grupos de sus pueblos a las estancias de sus encomenderos); araucanos cogidos en la guerra, esclavos, y después de su emancipación "indios de depósito"; indios de distintas regiones vecinas; indios de diversas clases concertados o asentados mediante salario a servir en la tierra por plazos renovables de un año. Bajo cualquiera de estas formas, el indio trasladado a las heredadas de los españoles recibía en ella una tenencia a fin de que se procurara su alimentación. El dueño de la estancia se aliviaba así del suministro de raciones y trataba de fijar una fuente de trabajo dentro de su propiedad. Es este el sentido básico de la formación de la clase de los indios de estancia. El indio de estancia estaba sujeto a desarraigos impuestos

por los propietarios. No se formó, pues, una clase de pequeños tenedores sólidamente plantados en un lugar; sino grupos de tránsito. El tenedor era fundamentalmente un trabajador rural carente de plena libertad de movimiento, sujeto a servicio personal o a tributo, y objeto, por tanto, de un régimen compulsivo o tutelar. La tenencia aparece como un mero apéndice de la obligación de trabajar.

Cuando en el siglo XVII las tierras del centro del país ya están repartidas en mercedes y tienden a convertirse en compactas estancias, las nuevas adquisiciones deben proceder de compraventas, dotes, herencias, donaciones y demás formas del derecho privado. Los excluidos de la capa de los grandes propietarios y sin capitales para la compra de tierras ya no pueden tener tierras propias. Entonces se da una forma de tenencia, que las fuentes del siglo XVII llaman "préstamo" o "empréstito", y otras veces "arriendo", o sea, pedazos de una estancia. Pero esa tenencia no constituye propiedad y los favorecidos deben cumplir determinadas tareas de confianza dentro de la estancia (custodiar sus límites, cuidar de los ganados lejanos, que no se extravíen, etc.).

El préstamo es una institución que sigue a la época de las mercedes de tierras y antecede al proceso de creciente valorización del cultivo, y se encuentra ligado al escaso valor del suelo. Pero en el siglo XVIII, al adquirir desarrollo el cultivo cerealista, aumentar la población y el comercio, y afirmarse una nueva estratificación social, se originó un cambio. Las tenencias aumentan en cantidad e implican un rasgo de mayor dependencia: el vínculo personal. En el futuro será el predominante en la relación del tenedor del propietario.

A comienzos del siglo XVIII, las tenencias se multiplican, pero como "arrendamientos". El arrendamiento domina sin contrapeso sobre el antiguo préstamo. El préstamo basado en el escaso valor de la tierra y en la ventaja de tolerar un disfrute gratuito, fue reemplazado por el arrendamiento, que no solo implicaba un canon, sino también un complejo de deberes, cada vez más pesado al avanzar hacia el mayor desarrollo comercial de la agricultura chilena. Este tipo de arrendatario se denominará inquilino. El vocablo inquilino se generaliza a mediados del siglo XVIII, y significando etimológicamente "habitante", vino a designar a quien puebla precariamente un campo del cual no es dueño.

El cultivo cerealista dio una concentración y potencia a la difusa vida de la antigua estancia pastoril, provocando una valorización de la tierra y una necesidad más intensa de servicio. Aumentan los tipos de trabajadores rurales: los esclavos, los peones, y esta forma mixta de tenedor de la tierra y de vaquero, que es el inquilino.

En cuanto al régimen de los indios, desde principios del siglo XVIII, se produjo el crecimiento del peonaje a expensas de la encomienda. Los aborígenes llegan a ser jornaleros libres y además rompen los marcos del estatuto indígena. Decaen las encomiendas y el yanacona, o indio libre, para eludir el pago del tributo al Rey "se amestiza". En la primera mitad del siglo XVIII desaparece un factor capital de la primera estructura colonial, la clasificación de los aborígenes como orden o casta separada sujeta a un tributo especial al encomendero o al Rey. Se inician formas nuevas: predominio del alquiler concertado y filtración del indio hacia el mestizaje legal. Hay un aumento de la población y la formación de una capa de trabajadores libres que, legalmente, ya no son "indígenas".

En el siglo XVII la tierra era trabajada por indios de estancia; de ellos unos sirven en la propiedad del encomendero, y otros, en la de un vecino, quien se encarga de pagar a aquél el tributo. En el siglo XVIII, todos los indios —que dejan pronto de serlo legalmente— se convierten en peones libres. De éstos, unos

son estables, otros de temporada. La población indígena formada en las estancias, en parte perdura en ellas, en parte, emigra dando así origen a ambos tipos de peonaje.

Como cuadro jurídico institucional, el peonaje estable es el sucesor directo de los antiguos indios de estancia. Como ellos, el peón, percibe salario y una tenencia anexa; pero difieren en que el peón del siglo XVIII tiene entera libertad de movimiento. El arrendatario, en cambio, como figura jurídica, no es sucesor del indio de estancia, pues no está sujeto a trabajo permanente sino a ciertas faenas convenidas, y el gravamen principal sobre su tenencia es el pago del canon.

En el siglo XVIII, entonces, se constituye un ciclo normal de peonaje e inquilinaje.

Mario Góngora, reproduce del fiscal de la Audiencia, Martín de Jáuregui, su Dictamen en la Junta de Poblaciones, de 1745. En ese documento anota la inestabilidad del peonaje, pondera la extensión desmesurada de la gran propiedad chilena y afirma la utilidad de un mayor número de propietarios, por la apetencia de tierras observada en el medio. Cita los testimonios del siglo XVIII que insistían en la miseria del arrendatario por su falta de sentido de la propiedad. Más tarde Salas y Lastarria agregan la comprobación del exceso de trabajo en las faenas de la hacienda. A Mario Góngora tales opiniones le parecen no solo pruebas de la sensibilidad "ilustrada", sino también la efectividad del crecimiento de las obligaciones del arrendatario (inquilino), en la segunda mitad del siglo. Menciona, además, la parte inédita de un proyecto de Miguel de Lastarria, en la cual se describe la aversión de los hacendados al tráfico y a los caminos y su afán de conservar la ruralización completa y dar entrada a sus haciendas a los peones precisos, nada más. Y éstos, como son expoliados, caen en manos de prestamistas, están sujetos a despido voluntario del dueño y a ver quemada sus cabañas, si no parten en seguida.

(El atraso y la ignorancia rayaban en le increíble y, por tal razón, el reino de Chile permanecía secuestrado del resto del mundo seis meses en el año, por causa del tiempo y de la falta de comunicaciones. Al respecto. Miguel Luis Amunátegui dio a conocer un artículo del 31 de agosto de 1822, de don Manuel de Salas, en el cual el ilustre patricio recuerda sus pasos por los Alpes, los Pirineos y los Andes, y respecto de estos últimos señala los peligros e incomodidades de su cruce, y por ello destaca la obra magnífica de Ambrosio O'Higgins, a menudo incomprendida, en su afán de mejorar las comunicaciones y el progreso urbano del reino. Respecto del camino de Santiago a Valparaíso escribe Manuel de Salas: "Acaso la molicie presentó a la suspicaz metrópoli esta obra con los colores con que tiznó la del camino a Valparaíso, exponiendo que facilitaba las invasiones enemigas" ...).

Del resumen expuesto se desprende la calidad indudable del ensayo del historiador Mario Góngora y su riqueza de puntos de vista novedosos. Es un estudio de indispensable lectura para comprender el desarrollo social de la cuestión agraria en nuestro país; de las relaciones de opresión y de expoliación predominantes en el campo chileno; y, por tanto, de su debilidad productiva, de su incapacidad para entregar los alimentos suficientes exigidos por la población. Aunque es una investigación histórica desprovista de toda finalidad política actual, supone una condenación de la atrasada realidad agraria del latifundio, de la pobreza del campesino, porque toda la renta de la agricultura cae en manos de una reducida oligarquía latifundista, dedicada, más bien, a explotar el trabajador en vez del agro.

Respecto de la afirmación de Mario Góngora de que el inquilinaje nada tendría que ver con las encomiendas y otras instituciones de la Conquista, porque procede en realidad del segundo momento de la historia colonial, cuando se estratifican, hacia arriba los terratenientes; hacia abajo los españoles pobres

y los diversos tipos de mestizaje y castas, el sabio Alejandro Lipschutz[190] la refuta, pues la historia colonial de Chile, como toda la de Hispanoamérica, emana de la Conquista, y de ella surgen, como sus fases evolutivas, los factores determinantes de la estratificación clasista. No se puede, entonces, separar como momentos distintos, sin relación, que "nada tienen que ver" el uno con el otro, por ser unos, propios de la Conquista, y otros, de los siglos posteriores.

Los "mestizos rurales" que se transforman en inquilinos son, seguramente, los descendientes de los indios otrora campesinos libres, pero que pierden sus tierras por causa de la encomienda, que significa tributo y servicio personal en favor del encomendero. De qué otra parte podría provenir sino de los indios tributarios, serviles, impedidos de atender su propio terruño. (O sea, la fuente originaria de todo es la encomienda y la servidumbre correspondiente).

¿Y hacia donde se habrá re estratificado la mayoría de estos mismos indios o mestizos, sino hacia el inquilinaje? De la zona central, zona del mestizaje e inquilinaje, y también zona de desaparición, previa o simultánea, de la comunidad indígena. A veces será el yanacona o indio libre, el cual para evadir el pago del tributo al Rey se "amestiza", huye y deja de vivir como indio en su vestimenta y condición, como escribe Góngora. "Por cierto, 'los españoles pobres y los diversos tipos de mestizajes y castas', en su calidad de tenedores de tierras son (legalmente) hombres sueltos, libres de tributo y de toda fijación legal, pero siempre se habrá tratado de individuos cuya suerte como inquilino de hacienda emanaba de la coyuntura señorial creada por la encomienda, aun cuando ella ya hubiera cesado de existir. Y en tal coyuntura socioeconómica y política no basta con la 'libertad' legalmente prometida. No pudo haber libertad para los mestizos rurales y tampoco para los españoles más pobres. Igual que en nuestro tiempo, a pesar de los siglos que nos separan de la encomienda como institución legal".

El encomendero subsiste, pero hoy día se llama hacendado, latifundista, terrateniente.

Ensayos históricos sobre la Colonia y la independencia[191]

III

"El Cabildo en Chile Colonial", del historiador Julio Alemparte, es una obra erudita, resultado de una minuciosa y seria investigación.[192] Su objetivo es describir la tradición municipal castellana, sus consejos; la legislación toral con la igualdad ante la Ley de todos los vecinos aforados, la seguridad personal, el derecho a ser juzgados por sus jueces en arreglo al fuero, la inviolabilidad del domicilio, el derecho de propiedad y hasta la tolerancia religiosa; (por eso, según el tratadista Hinojosa el concejo medieval sería "el precursor del Estado moderno"); la fundación de ciudades y cabildos en América, la organización y régimen municipales; las burguesías, cabildos y Gobierno; la regulación económica y aparte de sus funciones políticas y económicas, sus variadas atribuciones. En su parte final examina los cabildos y la independencia.

A juicio de Julio Alemparte, los cabildos, como todos los demás organismos de la estructura institucional y el régimen jurídico establecidos por los españoles en América "no fueron sino la aplicación a ésta del derecho de Castilla". Los conquistadores y colonizadores españoles se adueñaron de las riquezas agrícolas

[190] Alejandro Lipschutz, "El problema racial de la conquista de América y el mestizaje", 2ª edición, 1967.
[191] OCCIDENTE N°256 junio-julio 1974
[192] Julio Alemparte: "El Cabildo en Chile colonial. (Orígenes municipales de las repúblicas hispanoamericanas)". 2ª edición, 1966. Ver Occidente número 255.

y mineras del nuevo mundo, sometiendo a su férula, legiones de trabajadores indígenas y mestizos. Tal poder, y riqueza, pasó a manos de sus descendientes criollos, separados por un océano del Rey, pudieron conservar sus derechos fundamentales, aumentarlos, y constituirse en influyentes burguesías que, con el Rey y la Iglesia, pueden considerarse como las tres grandes fuerzas políticas del imperio español. Con el correr de los años, los cabildos fueron los órganos representativos genuinos de las burguesías criollas. Con más títulos que las autoridades oficiales, (virreyes, reales audiencias...), son los intermediarios auténticos entre los señores coloniales y el Rey. Por eso, cuando cae el Rey legítimo, son ellos los que reasumen la soberanía y dan origen a las célebres "juntas", en un movimiento que los hace remontarse a sus viejos orígenes democráticos y anti absolutistas.

La lejanía del poder central permitió a las burguesías criollas, burlar los mandatos reales contrarios a sus intereses, según la fórmula "se obedece, pero no se cumple".

Julio Alemparte, a través de todo el curso de su erudito volumen, trata de deshacer la "leyenda negra" sobre el régimen colonial de España, difundida por los grandes historiadores liberales del siglo XIX; Diego Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui, Benjamín Vicuña Mackenna, según quienes al exterminio de los indígenas; la tiranía y el marasmo político, la extorsión económica sobre todos los vasallos, la ignorancia y la censura inquisitorial, constituían los rasgos característicos del sistema imperial hispánico.

Después de un período de luchas sangrientas, los nativos de América fueron sometidos y reducidos a servidumbre. Sobre ellos, y sus hijos mestizos más teñidos de sangre india, se enseñoreó el pueblo español. Así en América hispana, surgió una clase social formada de individuos de sangre española pura, o poco mezclada con gotas de sangre india, la cual llegó a ser dueña de estos países, con todos los privilegios y el poder. Los indios, no obstante, los severos mandatos expedidos por los monarcas, para procurar la protección y buen tratamiento de los aborígenes, vivieron siempre en pesada servidumbre. Los indios y mestizos pobres formaron la clase trabajadora y expoliada. Alemparte, insiste en que los grupos dominantes, primero los grandes capitanes y sus bandas, y después, los encomenderos feudatarios, señores de campos y ciudades, eran en el hecho, los verdaderos dueños de América, y que las leyes reales solo se cumplían en cuanto no afectaban sus intereses fundamentales. Lo establece expresamente respecto de los indígenas: "Es muy sabido que, a través de todo el coloniaje, se dictaron centenares de leyes protectoras de los indios, las cuales, dicho de un modo general, nunca fueron cumplidas, Únicamente, fue determinante el interés de los terratenientes y mineros. De todos modos, la masacre de los naturales no fue total. Así, a juicio de Humboldt, en víspera de la Independencia, sobrevivían ocho millones de indígenas de pura raza, y los conquistadores habían mezclado su sangre con la de los indios, dando vida a una vasta capa mestiza.

Alemparte defiende el régimen español, porqué instaló "la igualdad de sangre, de cultura, de tradiciones, de lengua, que establecía un paralelismo natural entre los españoles de aquí y los de la metrópoli, se completó y consagró con la jurídica..." agregando, "ni la misma revolución de la Independencia, puede oponerse como objeción. En parte considerable ese movimiento, típicamente español, fue como el reflorecimiento o desenlace de una lucha trabada en la Edad Media, entre las burguesías representadas por los concejos y el poder real. Considérese, además, que la revolución, no solo estalló en América, sino también, en la metrópoli, y que, en ambas secciones del mundo español, lucharon las burguesías liberales en contra del absolutismo. Recuérdese, en fin, para que se vea hasta qué punto fue esa, una guerra civil, que hubo muchos españoles peninsulares, que en las Indias combatieron en las filas patriotas y, al revés, muchos españoles-americanos, esto es, criollos, que se enrolaron en las huestes reales".

La visión de Alemparte del régimen español, antes de entrar a examinar el movimiento de la independencia, es ésta: “En síntesis, lo creado en América, a través de los siglos XVI a XVIII, no fue propiamente un sistema colonial con un déspota a la cabeza, que tiranizara y esquilmara a los “pobres colonos”, sino un régimen esencialmente español, trasplantado y moldeado por españoles y que, en razón de la lejanía del poder supremo, detentado en esos siglos por dos casas extranjeras, pudo desarrollarse aquí con más libertad y más de acuerdo con las auténticas tradiciones de las villas y pueblos de España. Mucho más que la Corona, en efecto, fueron los conquistadores y colonizadores, quienes elaboraron el régimen y, naturalmente, lo hicieron en su provecho, por mucho que el príncipe a su vez, persiguiera también el suyo. Así —ya lo hemos visto—, parte importante de la legislación de Indias, no fue sino la sanción real de lo estatuido en ellas mismas por concejos, capitanes generales, universidades, etc. En todo, era el derecho de Castilla el que regía; y aquello que perjudicaba a los señores, quedaba por lo común en el papel. Repitámoslo una vez más. Los viejos fueros y libertades hispánicas trasplantados en un mundo nuevo y además rico, por hombres audaces y fuertes, no podían dar el fruto tan mísero de que se habla en los textos; lejos de ser colonos infelices y obedientes que temblaban a la voz del Rey, los españoles que pasaron a América, no “desmintieron la altivez tradicional de su raza”.

Según Julio Alemparte, la revolución de la independencia, no “fue el alzamiento de los criollos contra una insoportable tiranía, sino la toma del poder por una clase que, en virtud de su alta situación, se creía con derecho a una mayor o total injerencia en el Gobierno”. Y dentro de ella, la fuerza y madurez, política de ciertos grupos criollos, y no su inferioridad e inexperiencia, constituyeron el factor más activo de la revolución. El anhelo de gobierno propio, la pugna contra las autoridades peninsulares, no surgieron como resultados de las ideologías revolucionarias del siglo XVIII. Fue la culminación de un proceso con raíces profundas y lejanas, latente durante toda la Colonia.

En resumen, “el gran motor de la Independencia fue un sentimiento natural, auténticamente español, que llevaba a los criollos a querer completar su absoluto dominio en América. Para esto había que desembarazarse de gobernantes y funcionarios que venían de la metrópoli, y, consiguientemente, había que romper con la Corona, centro de gobierno demasiado lejano y por lo mismo poco idóneo. Fenómeno bien comprensible, la Independencia no fue, pues, fundamentalmente, un movimiento contra un “despotismo”, ni tampoco, el fruto de ideologías extranjeras. Fue sencillamente, la lógica coronación de la obra de España en América”.

El conflicto esencial en la base del movimiento emancipador se produjo por la existencia de poderosos grupos de origen español que, habituados a conducirse en el hecho, casi como dueños y señores durante tres siglos, resolvieron asumir la plenitud de la soberanía, una vez que el trastorno dinástico de España, le dio oportunidad de hacerlo. Solo una parte criolla, la resistió y se integró a las fuerzas monárquicas. Pero otros factores contribuyeron a producir la independencia. Entre ellos; la revolución de la Independencia de EE. UU., que se constituyó en Repúblicas, el contrabando francés, inglés y norteamericano, (Frezier, cuenta que a principios del siglo XVIII, vio una vez reunidas en el puerto de Concepción quince naves francesas; y Eugenio Pereira Salas, prueba que entre 1788 y 1809, unos 250 barcos norteamericanos tocaron las costas chilenas); la expulsión de la Compañía de Jesús, pues, muchos de sus miembros a través de escritos y actividades prácticas, propiciaron la Independencia. El jesuita peruano, Juan Pablo Viscardo y Guzmán, en famosa carta, llamó a los criollos a rebelarse contra España. El historiador mexicano, Carlos Pereira, cita trozos en los cuales llama al continente más grande, más rico, más poderoso, más poblado que España, a no depender de aquel reino tan remoto, menos aún “cuando está reducido a la más dura servidumbre...el valor con que las colonias inglesas de la América han combatido por la libertad, de que

ahora gozan gloriosamente, cubre de vergüenza nuestra indolencia. Nosotros, le hemos cedido la palma con que han coronado las primeras, al nuevo mundo de una soberanía independiente". En el caso de Chile, la adquisición a bajo precio de las extensas propiedades de los jesuitas fortaleció a la aristocracia criolla. Mateo de Toro y Zambrano, compró la hacienda Rancagua, en 90.000 pesos, a 9 años plazo; Juan Martínez de Rozas, adquirió con iguales ventajas los fundos del Sur de aquella Compañía.

La lucha por la independencia tuvo el carácter de una guerra civil entre absolutistas y liberales, abarcando la Península y América. La constitución liberal de 1812, de Cádiz guía de las de América, "fue una inyección de sangre del siglo XVIII francés, en los órganos de la vieja democracia castellana", (Marx escribió: "Una reproducción de los antiguos fueros, inspirada..., en la revolución francesa y adaptada a las exigencias de la sociedad contemporánea").

Mientras tanto, los absolutistas manejaban al populacho y lo hacían gritar ¡"Viva la inquisición"! ¡"Cadenas queremos!", "Viva el Rey absolutamente absoluto", y pedir la cabeza de los republicanos presos, a la caída del Gobierno liberal de Riego.

En la lucha por la Independencia, de un lado estuvo la burguesía liberal, y del otro, la burguesía realista y conservadora. La burguesía liberal y letrada, es hija del siglo XVIII. Sus doctores y letrados fueron los agitadores y los guias del proceso revolucionario. Sinceramente creían que todo lo anterior era despótico, injusto, sombrío y querían desterrar el atraso, la desigualdad, el despotismo, la ignorancia, y sobre las bases de la Independencia, la libertad, la justicia, el trabajo, fundar un mundo mejor: "la Diosa Razón y la idea del progreso, eran sus guías".

El liberalismo americano, poseyó un espíritu antimonárquico más profundo que el europeo, y por eso se constituyó en repúblicas, tanto en los EE. UU., como en la América hispana, a causa de una resonancia más honda de los pensadores de la época.

Ricardo Levene[193], anota la influencia de Rousseau en Juan Picornell, autor de "Derechos del Hombre y del ciudadano, con varias máximas republicanas y un discurso preliminar dirigido a los americanos"; (Madrid, 1797); en Antonio Nariño, traductor de la "Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano de 1789", (Bogotá, 1793); y, según, sus propias palabras, los 17 artículos de la "declaración", le valieron "otros tantos años de prisión y de trabajos". En Chile, conocieron "El Contrato Social"; Manuel de Salas, José Antonio de Rozas, Juan Egaña y Camilo Henríquez. En Argentina, Mariano Moreno hace el panegírico de Rousseau, a quien llama "hombre inmortal". Inspirado por sus teorías, escribió en "La Gaceta de Buenos Aires", sobre "los falsos doctores, empeñados en hacer a Dios, autor y cómplice del despotismo, han querido hacer dar al César, la libertad que no es suya, sino de la naturaleza". En el libro de Levene, se llega a muchas conclusiones similares a las de Julio Alemparte, aunque en otras se le opone. Alemparte, posee un criterio más liberal democrático; y Levene, es conservador, colocado en una línea hispánica, con muchos puntos de contacto con historiadores como E. de Candia y J. Eyzaguirre. Ante todo, señala a los humanistas, teólogos, juristas y economistas españoles de los siglos XVI, XVII y XVIII, precursores en varias ramas de las ciencias jurídicas y creadores de la ciencia del Derecho Indiano. Los teólogos del siglo XVI fueron defensores de los indios; los juristas del siglo XVII, fueron los abogados de los españoles americanos, que reclamaban la igualdad efectiva, sancionada en la ley, con los españoles europeos; y los

[193] Ricardo Levene: "El mundo de las ideas y la revolución hispanoamericana de 1810", 1956.

economistas del siglo XVIII, reconocieron libertades fundamentales en el orden económico y comercial, pero los españoles europeos residentes en Indias, se oponían a todas las concesiones.

En aquel fondo teórico y ese medio, se originaron las ideas emancipadoras, genuinamente nacionales y sobre ellas, se recibieron y adoptaron las ideas universales de la soberanía del pueblo y la libertad, propagadas por los filósofos liberales del siglo XVIII. Por otra parte, la revolución de 1810 fue antecedida por revoluciones indígenas y por movimientos políticos, que la prepararon y es el hecho magno de nuestra Historia; supuso la cancelación del periodo de formación de nuestras naciones, y en tal sentido, el fin de una época; y el principio de la organización de sus estados bajo la forma republicana. Y se rebelaron los indígenas, los negros, los criollos, que tomaron la dirección del movimiento, y los mestizos, quienes contribuyeron más largamente a formar los contingentes de los ejércitos.

A juicio de R. Levene, en Hispanoamérica, el poder comunal, representaba la soberanía naciente del pueblo como lo había representado en Castilla y León. Las leyes de Indias aspiraban a realizar el ideal de la unidad del mundo hispanoamericano y significaron la creación de un sistema de derecho original. En definitiva, Levene, concluye... "afirmo concretamente, que las ideas exteriores penetraron en el inmenso ámbito, en que se desarrolló la gesta emancipadora de 1810. Pero las influencias inglesas, norteamericanas y francesas, actuaron en carácter de factores coadyuvantes de los factores propios, constituyendo estos últimos a modo de fuerzas vigorosas de unidad y de integración de las nacionalidades independientes y libres de América hispánica.

Levene había anotado antes, la penetración de los pensadores racionalistas en la enseñanza universitaria hispanoamericana: "los establecimientos universitarios de España e Indias, en mucho influyeron para formar la conciencia revolucionaria después de la reforma de Carlos III, de breve duración, al incorporar a las Facultades de Derecho, las enseñanzas del Derecho Natural y de Gentes inspiradas en Grecio, Puffendorf, Montesquieu y Rousseau". Por tal razón, muchas de las universidades de Indias, hijas de la Universidad de Salamanca, fueron centros de saber, donde se formaron las generaciones que lucharon por la Independencia y la libertad. En parte, el juicio reproducido es justo. Pero el historiador Levene, cae en contradicciones o emite afirmaciones insólitas, como ésta: "La Iglesia Católica, estuvo con la revolución desde el primer momento, y se contó con el clero criollo, para realizar el gran cambio, habiéndose producido en América hispánica "una feliz revolución en las ideas". No sabemos, cuáles puedan ser los fundamentos de tan peregrino acerto. La Iglesia estuvo desde el primer momento, en contra del movimiento emancipador y la Santa Sede, lanzó dos o tres bulas condenándolo. Únicamente sacerdotes aislados, se pusieron valerosamente junto a los caudillos partidarios de la Independencia.

La caracterización e interpretación de las causas y del proceso de la Independencia hispanoamericana, continúa preocupando a los historiadores y éstos, siguen proponiendo nuevos puntos de vista. Cerramos estas notas, con el planteamiento del brillante escritor boliviano, Carlos Montenegro, en su libro "Nacionalismo y Coloniaje"[194]. Al estudiar el proceso emancipador en la región del Alto Perú, escribe estas sorpresivas líneas: "Es un hecho, que la revuelta no tuvo por causa determinante, ni las condiciones de la producción, que siendo todo lo grávida que se quiera, no actuaron revolucionariamente en el curso de tres siglos, ni el acicate de la lucha de clases, pues los explotados y los explotadores, uniéronse entonces, para derrocar a la autoridad. La sola luz de la teoría materialista histórica parece por lo mismo, insuficiente para esclarecer el contenido real de la revolución chuquisaqueña, así como el de los otros levantamientos

[194] Ediciones Pleamar, Buenos Aires, 1967.

populares del Alto Perú. Las doctrinas democráticas de Grecia y las inspiraciones liberales de la Revolución Francesa tuvieron en tales hechos, una participación todavía más reducida, que la de los factores económicos y clasistas. No hay huella concreta ninguna, del pensamiento demo-revolucionario europeo en los documentos de la época. La filosofía política anglo-francesa de aquellos tiempos, no influyó mucho ni poco en esa etapa de nuestra Historia. Cabe más bien, subrayar que el pueblo abominaba entonces de ella, y, en modo especial, de todo lo francés. El ateísmo jacobino y el imperialismo napoleónico, detestados en las colonias de España, despertaron esta genérica hostilidad contra Francia. Las tropelías de Bonaparte habían ahogado los primitivos clamores de Libertad, Igualdad y Fraternidad, que en tales días no sonaban a hueco solamente sino a barbarie. Para el oído americano, eran como un alarido de soldadesca tiránicas y rapaces, de hordas degolladoras que capitaneaba un usurpador enemigo de la libertad".

Según Carlos Montenegro, la ideación revolucionaria en Alto Perú no obedece a estímulos de libros extranjeros, menos aún a los de la cultura absolutista suministrada en los institutos coloniales. El sentimiento de la Independencia económica señala el comienzo de toda rebelión autonomista. La oposición de los criollos al dominio de España tuvo en gran parte, la mira de establecer un régimen propio, menos gravoso para sus intereses.

El sentimiento público reaccionaba en masa contra la reducida, pero insaciable burocracia chapetona. El antagonismo de estos intereses y los de la autoridad peninsular, más la burocracia española en las colonias, hízose, por lo tanto, antagonismo político. El orden social, no se rompe sino, al empuje conjunto de todas las clases transitoriamente fusionadas por el descontento. La revolución amalgama así las fuerzas, que, por su naturaleza económica, son inconciliables en estado de paz.

En la proclama de la Junta Tuitiva de la Paz, del 16 de julio de 1809, se sintetizan en forma admirable, los sentimientos adversos al dominio extranjero, como lo destaca Carlos A. Villanueva, en su "Historia de la Independencia americana". En ella se dice: "Hasta aquí hemos tolerado una especie de destierro, en el seno mismo de nuestra patria; hemos visto con indiferencia, por más de tres siglos, sometida nuestra primitiva libertad al despotismo y tiranía de un usurpador injusto, que, degradándonos de la especie humana, nos ha reputado por salvaje y mirado como esclavos. Ya es tiempo de sacudir tan funesto yugo... Ya es tiempo de organizar un sistema nuevo de Gobierno, fundado en los intereses de nuestra patria... Ya es tiempo, en fin, de levantar el estandarte de la libertad en estas desgraciadas colonias, adquiridas sin el menor título y conservadas en la mayor injusticia y tiranía".

Consumada la revolución, el poder pasó a manos de los criollos, y las clases populares restituidas a su primitiva condición de capa dominada. Las funciones de la autoridad realista, vale decir, el privilegio de sojuzgar a la masa, pasaron íntegras a poder de la aristocracia criolla. Los intereses de las capas populares eran ajenos, y adversos a los intereses defendidos por la capa criolla, transformada en clase dominadora, a raíz del triunfo del movimiento de Independencia nacional.

La obra histórica de Jaime Eyzaguirre y las cuestiones de límites chileno-argentinas[195]

I

[195] OCCIDENTE N°257 agosto-septiembre 1974

El escritor Jaime Eyzaguirre realizó desde la cátedra, y por medio del libro, una importante y amplia labor de divulgación de su pensamiento conservador, católico e hispanista. Como profesor de Historia del Derecho y de Historia Constitucional de Chile, en la Universidad de Chile y miembro de la Universidad Católica, tuvo un vasto escenario donde verificar su influencia y penetración ideológicas a través de cursos regulares, conferencias, revistas y textos didácticos. Asimismo, con regular periodicidad publicó los resultados de sus dilatadas investigaciones históricas en ensayos, biografías y monografías diversas.

Sin duda, Jaime Eyzaguirre cumplió su empresa misionera con devoción y eficacia. Su actitud de revisionismo histórico, apoyada en una paciente erudición formalista, no tendió al esclarecimiento científico de la historia, sino a la divulgación de interpretaciones antojadizas, de juicios unilaterales y a la exaltación de doctrinas e instituciones retrógradas, con un inagotable tesón sectario. Su continuada labor docente y publicitaria tendió a menoscabar la fuerte tradición demoliberal laica y a debilitar la influencia del pensamiento racionalista y critico francés en el desenvolvimiento y progreso de Chile.

En su obra histórica confluyen los trabajos originados en su posición ideológica militante y los realizados por mandato de sus relaciones sociales. A los rimeros pertenecen “Fisonomía Histórica de Chile” e “Ideario y Ruta de la Emancipación Chilena”; y, a los segundos, las biografías sobre el Conde de la Conquista y Federico Errázuriz Echaurren. Todos sus trabajos expresan sus puntos de vista aristocratizantes, católicos, hispanistas, anti racionalistas, pero mientras los primeros resultan de sus búsquedas libremente emprendidas, en los segundos se advierte de manera evidente que afloran de una tarea de encargo, respaldada por los descendientes de aquellos personajes, deseosos de glorificarlos, a pesar de sus méritos reducidos o discutibles, para enaltecerse a sí mismos. ¿Son tan atractivas por un supuesto valor político o ideológico, las figuras del Conde de la Conquista y de Federico Errázuriz Echaurren, hasta merecer la espontánea y entusiasta dedicación de un escritor fundamentalmente militante y proselitista, de la categoría de Jaime Eyzaguirre? Creemos, sinceramente, que no. La razón de fondo en tales investigaciones residió en la solicitud particular de exaltar, por orgullo y vanidad familiares, antepasados de opacas actuaciones políticas.

Si las obras ideológicas de J. Eyzaguirre están limitadas por sus concepciones religiosas estrechas, aunque perfectamente legítimas, sus ensayos biográficos señalados están desfigurados por su carácter apologético de cronista oficial, y en el caso de su panegírico de Errázuriz Echaurren, además, por su empeño en zaherir y menoscabar la egregia personalidad liberal de Diego Barros Arana.

El examen de los ensayos citados permite comprender con claridad el propósito histórico de Jaime Eyzaguirre. So pretexto de reparar la leyenda negra aspiraba a rehabilitar integralmente el período del colonialismo hispánico como resultado de una fantástica fascinación, erudita por la legislación de Indias y de sus artífices; repudió el enciclopedismo francés, negándole influencia importante en la formación ideológica de los caudillos de 1810 y en el proceso de emancipación hispanoamericano y, al mismo tiempo, sacó del polvoriento arsenal de la escolástica medieval los elementos doctrinarios y jurídicos de aquel suceso; desconoció a la revolución de 1810 todo carácter popular y democrático y toda inspiración en las revoluciones norteamericana y francesa.

En general, glorificó el absolutismo español, presentándolo como democrático y popular. Exaltó el monopolio, la encomienda, la mita y el Santo Oficio, durante la Colonia. En el movimiento de la independencia desestimó los factores económicos y sociales y subestimó la influencia de las ideas revolucionarias europeas y americanas del siglo XVIII. En su análisis del desenvolvimiento republicano,

elevó a los conservadores reaccionarios; condenó a los personeros reformistas y redujo la acción de los arquetipos de mentalidad liberal, demócrata, como Bilbao, Lastarria y Barros Arana.

Varios de sus puntos de vista son idénticos a los del pretencioso y extravagante historiador argentino Enrique de Gandía, en su voluminosa obra: "Nueva Historia de América. Las épocas de libertad y anti-libertad desde la Independencia". El historiador mencionado combate las teorías del materialismo histórico, porque está firmemente convencido "que no son los hechos económicos los que crean las ideas, sino las ideas las que determinan los sistemas económicos". Considera interpretación reaccionaria de la independencia de América a la que afirma que hubo revolución e independencia en busca de libertad. Los americanos no realizaron ninguna revolución, porque no fue un movimiento en contra de España, de Fernando VII, sino en contra de Napoleón. Fue una guerra civil entre los partidarios de las Juntas y los partidarios del Consejo de Regencia, la cual terminó por llevarnos a la formación de nuevas naciones. A su juicio "todo lo que cae fuera de este marco no tuvo importancia, no tuvo trascendencia alguna, en la constitución de nuestros orígenes nacionales: ni la revolución francesa, ni la política inglesa, ni los supuestos, falsos, intentos de independencia anteriores a 1810, que nunca pasaron de protestas movidas por otros fines, ni las causales de orden económico. Todo esto es letra muerta para el verdadero estudio de nuestros orígenes políticos". Para de Gandía, "los conquistadores españoles son el ejemplo más perfecto de conquistadores idealistas", y, en el siglo XVI, "brilló en España la más pura libertad y democracia" y solo con la llegada de los Borbones" la antigua democracia y el antiguo sentido de justicia y de libertad, de los Austrias, fue sustituido por un absolutismo que convirtió a los reyes en verdaderos autócratas" ... Es decir, la época de mayor intolerancia, de guerras por razones de fanatismo dogmático, de destrucción de los sefarditas, moriscos, comuneros de Castilla y Aragón... lo fue en defensa de la justicia y de la democracia. ¡Carlos V y Felipe II fueron reyes populares y libertarios!

Jaime Eyzaguirre sostiene el mismo predicamento y, según él, durante los Austrias la comunidad conserva prerrogativas que han de valer ante el soberano; en cambio, a partir de la subida de los Borbones, éstos tratan de absorber la plenitud de la soberanía sin dejar resquicios a la intervención del pueblo. El alegato histórico de Eyzaguirre es, con frecuencia, absurdo. Según presenta las "encomiendas" éstas constituyeron un modelo de justicia y de bondad y no podemos menos que emocionarnos ante el minucioso cuidado de la Corona y de las autoridades de América, para proteger la salud corporal y espiritual de los indios, aunque reconoce que las encomiendas tropezaron en Chile con grandes obstáculos, pues el aborigen era aventurero y trashumante, amante de la libertad anárquica, "extraño a la idea de un trabajo racionalizado e imprevisor por naturaleza, no comprende tampoco las ventajas que el derecho y la cultura hispanos le ofrecen, y en todo esto solo divisa un medio del conquistador para exigirle el pago de un tributo que desea rehuir".

Eyzaguirre resume con honda satisfacción; "el sentido ético-jurídico que encarnan las encomiendas y los contratos de trabajo y la suma de principios morales que reglan el campo económico, delatan la alta visión en que ha puesto su mira el hombre de cultura hispana". El trozo reproducido sintetiza su apología del formalismo escolástico, pues son innumerables los documentos donde se demuestra hasta la saciedad cómo las disposiciones de las leyes de Indias no se aplicaron y, por el contrario, el trabajo forzado, la mita, impuesto de manera bárbara por los ávidos y codiciosos conquistadores, casi exterminó la población indígena en muchas regiones de América. Eyzaguirre exalta del mismo modo la labor evangelizadora de la Iglesia y su amor por los aborígenes, aunque no menciona a aquellos numerosos sacerdotes y misioneros que gastaron sus energías en luchar por el mejoramiento efectivo de las condiciones de vida, del trato de los indios expoliados de manera terrible por los encomenderos. (Eran, según Encina, frailes

desconformados cerebrales en quienes “un sentimiento místico ahogaba el sentido de la realidad”, y por eso no merecen la atención de los historiadores hispanistas). En párrafo donde aplaude a los miembros de la Iglesia, dice Eyzaguirre: “Ellos, al componer las primeras gramáticas de las lenguas autóctonas, salvan la barrera que impedía el intercambio y conocimiento entre indígenas y españoles y con la llave del idioma en la mano penetran en el alma de los naturales, acudiendo a mil recursos de la pedagogía para hacerles entender en forma clara los misterios del dogma católico y los adelantos del orbe europeo”. Serían los creadores de la educación, logrando tales resultados que, en un colegio de Cali, “los indios llegan a representar comedias en latín elegante”.

En la Colonia, aparte de los indios reducidos a encomiendas, había otros que alquilaban sus servicios a los grandes terratenientes. Estos eran los "inquilinos”. Según Eyzaguirre a ese sistema jurídico se acoge "desde el primer momento la población mestiza. Su falta de espíritu constructivo y lo imprevisor de su naturaleza impiden que se haga propietaria; sin la audacia para correr el albur del trabajo independiente prefiere asegurarse la subsistencia recurriendo al amparo de un propietario agrícola, a quien ofrece sus servicios en calidad de inquilino. De manera que va quedando ella ligada, poco a poco, a la explotación de la tierra y sometida a un régimen paternalista, que, si en algo coarta su libertad, está lejos de parecerse a la servidumbre europea todavía en boga”.

¡Delicioso e idílico cuadro! La falta de audacia del inquilino y del peón es la generadora de la gran propiedad agrícola y de la servidumbre; y de su desmedrada situación. Así, de manera amable y bonachona, describe y explica las diversas instituciones económicas injustas y las relaciones sociales opresivas existentes a lo largo del desarrollo nacional.

Al enfrentar la explicación del movimiento de emancipación, como Enrique de Gandía, trata de demostrar que el régimen colonial no consideró a las tierras del nuevo mundo como meras factorías de explotación sujetas a un sistema jurídico degradante y de inferioridad y que el espíritu de libertad anidó profundamente en el mundo de la cultura hispánica y no fue necesario, entonces importarlo de los Estados Unidos o de Francia. De acuerdo con estos historiadores, las Indias no eran factorías de explotación sino provincias autónomas, ligadas a España, en la persona del Monarca y los dirigentes criollos se apoyaron en ese distingo jurídico para propiciar el movimiento juntista; y sacaron de los teólogos de la Compañía de Jesús y de la escolástica las teorías sobre la generación popular de la soberanía opuestas a las teorías del origen divino de la realeza, para afirmar sus propósitos de autonomía. Según Eyzaguirre, “no hacía falta pues, que se buscaran fuera del acervo del mundo hispánico los conceptos de libertad, soberanía popular, limitación del poder real”. O sea, Locke, Paine, Jefferson, Rousseau, el enciclopedismo... ya se encuentran en las tesis de la escolástica. Algunos escrúpulos le obligan a reconocer que si en los inicios del movimiento de 1810 tuvo cierto papel la ideología francesa revolucionaria sería el de modesto coadyuvante. En 1810 y 1811 la idea de total independencia de España solo anidó en escasos cerebros. Por ejemplo, en José Antonio de Rojas, en Juan Martínez de Rozas y Camilo Henríquez, bebida en la literatura de la “ilustración”, Raynal y Rousseau; en Carrera y O’Higgins bebida en sus viajes a Europa, donde tuvieron contacto con sociedades secretas liberales. Si la filosofía francesa fue apenas influyente en los primeros momentos del proceso revolucionario, en la segunda etapa se hace notar de manera más efectiva, cuando se aspira a una total independencia, en los años 1812 y 1813.

A Jaime Eyzaguirre no le preocupó estudiar la situación económica y social de la época; los intereses materiales contrapuestos; las pugnas comerciales; la presión del capitalismo europeo; las aspiraciones de la aristocracia agrícola-ganadera y de la incipiente burguesía, deseosas de romper las trabas, monopolios

e impuestos, con el objeto de intercambiar libremente, obteniendo en el ideario demoliberal la justificación ideológica y política a sus intereses y anhelos. Todo su desarrollo descansa en el análisis minucioso, erudito, de la literatura sobre la legislación de Indias y de los teólogos y moralistas jesuitas.

Su denso volumen "Chile Durante el Gobierno de Errázuriz Echaurren, 1896-1901", no fue elaborado en virtud de un interés absorbente surgido de motivos ideológicos, políticos o religiosos compartidos. Resultó el fruto de una petición de familia, la cual mandó confeccionar la obra con el propósito de destacar a uno de sus antepasados, facilitando los papeles privados y estimulando un trabajo de mero taracea y no de historiador. Usó un vocablo grato al fantasioso y pintoresco escritor Francisco A. Encina, en reconocimiento a sus muchos términos predilectos que impuso. Por ejemplo, Eyzaguirre expresa que Errázuriz Echaurren reclamaba el poder "por su instinto aristocrático del mando", y su vocación era la política por "imperativo de sangre", "instinto aristocrático castellano-vasco, e "imperativo de sangre goda" son elementos esenciales en la intelección histórica y en el estilo del hacendado-historiador.

La obra mencionada de J. Eyzaguirre apenas circuló, mereció serios reparos por su parcialidad y por su espíritu estrecho de partido. Don Horacio Walker Larraín, en su folleto "La Cuestión de Limites con Argentina durante la Administración Errázuriz Echaurren", al referirse a la misión de su padre, don Joaquín Walker Martínez, rectificó en varias apreciaciones al historiador Eyzaguirre, y suministró antecedentes del más alto valor para la correcta comprensión de aquellas complicadas negociaciones y, en las palabras preliminares, al enfocar el valor del estudio de Eyzaguirre, manifestó: "cuando se recorren las páginas de su nuevo libro, el lector se forma el juicio de estar frente a un apologista y no ante un historiador. En efecto, para el señor Eyzaguirre no hay reparos que poner a la administración Errázuriz Echaurren. Por un extraño privilegio, todo habría sido acertado de parte de ella: su actuación en la política interna, en la educación pública, en la administración de justicia, en el movimiento científico y cultural, en las obras públicas y, sobre todo, en la conducción de las relaciones con la República Argentina, Perú y Bolivia".

El libro de J. Eyzaguirre es, sin embargo, valioso en el amplísimo examen consagrado a las relaciones exteriores de Chile con los países limítrofes, apoyándose en el archivo personal del Presidente Errázuriz, utilizado por primera vez; pero, según comentó Ricardo Donoso, con la erudición y seriedad en él acostumbradas, lo mueve un espíritu preconcebido: achacarle a Barros Arana la pérdida de la Patagonia, en circunstancias que al firmarse el tratado de 1881, Barros Arana no tenía ningún, cargo de representación popular ni de responsabilidad política. Para Eyzaguirre, ni el presidente de la República, ni el Gobierno, ni la Cámara que aprobaron y sancionaron el tratado del 23 de julio de 1881, tienen responsabilidad. ¡Solo Barros Arana es el responsable!

J. Eyzaguirre pretendió también culpar a Barros Arana de la entrega de la Puna de Atacama, por el acuerdo del 17 de abril de 1896, acogido por todos los hombres públicos de la época como un paso decisivo hacia la solución de la cuestión de límites, por medio del arbitraje. Quien negoció, a espaldas de todos, su entrega, fue el propio presidente Federico Errázuriz Echaurren. Y las eruditas alegaciones de Barros Arana sirvieron siempre de base a todas las actitudes de Chile en defensa de sus intereses, y cuando se las abandonaban, perjudicaban al país.

Con razón, Ricardo Donoso, en un extenso ensayo "Omisiones, errores y tergiversaciones de un Libro de Historia", (Atenea, número de julio-septiembre de 1957), emitió este juicio desfavorable sobre la obra citada: "no mueve la pluma del autor la pasión de la verdad, sino el entusiasmo de panegirista, que lo inclina a dejar en el tintero hechos de notoria trascendencia, que pesaron como una losa sobre la autoridad

moral de aquel Gobierno; no lo estimula sino el afán persistente de justificar una política internacional claudicante y tortuosa, dirigida por un espíritu enfermizo. Una nota persistente sí que circula a través del libro como un "leitmotiv" orientador: la ojeriza apasionada contra don Diego Barros Arana, que perturba en tal forma la pluma del escritor, hasta llevarlo a suscribir tergiversaciones notorias e inaceptables. Se diría que el propósito fundamental del libro obedece, no a exaltar la personalidad del señor Errázuriz, sino a deprimir la acción del señor Barros Arana".

En el señor Eyzaguirre, como en todos los historiadores conservadores, está ausente el análisis serio de los problemas sociales de la época. Suministra algunos escasos datos, en especial sobre la actitud de la Iglesia o de algunos personeros católicos aislados, frente a las inquietudes de la naciente clase obrera, no obstante existir en ese periodo una notable actividad de las clases trabajadoras: se fundaron los primeros grupos socialistas y varias sociedades de resistencias; aparecieron diversos periódicos; se libraban rudas polémicas entre socialistas y anarquistas hasta reflejarse en publicaciones extranjeras; estallaron importantes huelgas, etc. De toda esta tumultuosa agitación de una clase en desarrollo, no hay rastros en la obra del señor Eyzaguirre. Tampoco lleva a cabo una crítica justa de la estructura económica del país, de su atraso básico, y de su condición semifeudal y semicolonial. Nada. Su estudio primoroso lo dedica en forma excluyente a las cuestiones de límites, con un despliegue abogadil y escolástico, para menoscabar a Barros Arana y, en cambio, encumbrar al frívolo F. Errázuriz Echaurren; y como si toda la densa vida de la nación hubiera estado subordinada a ese problema. De las inmorales maniobras monetarias, de los abusivos contratos de entrega de las reservas salitreras al imperialismo inglés; de los derroches fastuosos de los grandes terratenientes despreocupados del progreso agrario del país, en fin, de los trascendentales asuntos de la existencia misma de la nación no se divisan rastros de mención o de análisis en una obra tan copiosa. Es la demostración más concluyente de la ceguera histórica de un historiador laborioso y erudito para acumular nimiedades y frivolidades familiares y ataques sectarios injustos, en la exclusiva órbita de la política oligárquica, de los círculos aristocráticos cerrados y de las controversias jurídicas y parlamentarias entre las almas benditas del Congreso.

II

En su libro "Chile Durante el Gobierno de Errázuriz Echaurren, 1896-1901". Eyzaguirre dedica la totalidad de su esfuerzo al análisis minucioso de las relaciones internacionales, centradas en las cuestiones de límites con los países vecinos: Perú, Bolivia y Argentina.

En materia de límites la bibliografía chilena es vastísima y rica en investigaciones capitales, pero de fatigosa lectura debido a la complejidad de sus asuntos. Miguel Luis Amunátegui, Diego Barros Arana y Carlos Morla Vicuña, escribieron obras clásicas por su documentación y rigor histórico, sobre todo en relación con las fronteras con Argentina.

La obra de Jaime Eyzaguirre exhibe su acostumbrada investigación minuciosa, pero, a la vez, demuestra una reiterada parcialidad. A cada paso deja en descubierto su propósito de exaltar al presidente Federico Errázuriz Echaurren y denigrar al historiador Diego Barros Arana, su más inflexible contendor. Asimismo, rebaja a otros distinguidos servidores públicos, como es el caso de Joaquín Walker Martínez. Utiliza una bibliografía inmensa, donde alternan fuentes directas (archivos oficiales y correspondencias privadas) con innumerables obras diversas. De entre los archivos privados, dispuso del de F. Errázuriz E., dado a su examen por los descendientes del discutido mandatario, deseosos de conseguir la redacción de una obra favorable a su administración. Jaime Eyzaguirre se entregó con entusiasmo al panegírico del mediocre

mandatario y, al mismo tiempo, a la diatriba de sus contrarios. Por eso, el valor de su trabajo, aunque grande en cuanto al intento de presentar un cuadro detenido, claro y completo de los engorrosos pleitos de límites con Perú, Bolivia y Argentina, es discutible en su reiterado afán de menoscabar las actuaciones de Barros Arana. Tan abierta parcialidad no podía dejar de provocar protestas y polémicas. Apenas salió su volumen, mereció una refutación de don Horacio Walker Larraín. Este distinguido hombre público, en su folleto "La Cuestión de límites con Argentina durante la administración Errázuriz Echaurren", junto con señalar su carácter de "libro de encargo" y de panegírico, lo rectifica en diversos puntos y esclarece la actuación patriótica de su padre, el diplomático Joaquín Walker Martínez. En seguida, el historiador Ricardo Donoso, erudito biógrafo de Barros Arana, en un largo y fundamentado ensayo, aparecido en "Atenea", y recogido en un folleto: "Omisiones, errores y tergiversaciones de un Libro de Historia", lo refuta en varios aspectos y reivindica a Diego Barros Arana.

En realidad, aparte todo espíritu sectario, es demasiado evidente que, a Jaime Eyzaguirre, como "biógrafo comprometido" le preocupa fundamentalmente elevar a las nubes a F. Errázuriz Echaurren y, luego, en su calidad de católico militante y proselitista, zaherir por todo, y a cada instante, a Diego Barros Arana, anticlerical batallador e inflexible. Resulta, entonces, un tanto pueril achacarle siempre posiciones dudosas y endosarle a él, exclusivamente, la culpa de la pérdida de los terrenos trasandinos. En cambio, los altos políticos (congresales, ministros, dirigentes de partidos) que aprobaron y firmaron los acuerdos entreguistas, aparecen limpios de toda responsabilidad o como patriotas arrollados por fuerzas superiores o como virtuosos ciudadanos amantes de la paz y de la fraternidad americana. Solo Barros Arana es el culpable, el hombre de perversas intenciones antipatrióticas, de enfermiza vanidad y de ignorancia avasalladora. En unas cuantas líneas de su "Geografía Física", copiadas de Darwin, se encuentra la causa decisiva de la pérdida de la Patagonia.

Con tal criterio, el estudio del problema de límites con Argentina se demuestra enfocado casi, exclusivamente, como parte del pleito interno de Chile entre el conservantismo católico y el liberalismo laico, representado por Barros Arana, y trasladado hasta el presente en un deliberado intento de proseguir idéntica pugna.

Si alguna culpabilidad afecta a Barros Arana, ella no es mayor que la de todos los demás participantes en estas negociaciones ni tampoco es separable del espíritu predominante en la clase gobernante del país, en esa época. Reducir a una, dos o tres individualidades, la responsabilidad del desenlace de los asuntos patagónicos y de la Puna es infantil, cuando toda la clase dirigente nacional demostró la más completa indiferencia y el mayor desinterés por aquellos territorios, pues su mentalidad era incapaz de elevarse sobre la Cordillera de los Andes. Vivió confinada en el estuche del valle central, solo deslumbrada por el norte minero. Ni siquiera demostró preocupación por el extremo sur del país ni vocación marina ante los ilimitados horizontes del Pacifico, incitando a la aventura y el comercio. En este aspecto, únicamente, exhibió esporádicos esfuerzos y las hazañas marineras son el resultado de la actividad del pueblo, abandonado a sus propios esfuerzos. Incluso entregó el dominio de su litoral a las flotas mercantes europeas. Ante una realidad tan escueta y verídica ¿es digna de confianza una empresa tan vasta y reiterada como la de Encina, Eyzaguirre y otros historiadores conservadores y católicos, para achacar la pérdida de aquellos territorios desconocidos, a la opinión marginal de un historiador o a la acción limitada, ocasional, de un perito, subordinado de autoridades gubernativas numerosas? Una clase gobernante que ni siquiera fue audaz para desarrollar su estrecho territorio y aún hasta época reciente no había sido capaz de colonizar Chiloé, Aisén, Rio Baker, etc. no puede ser liberada de su tremenda incapacidad histórica. Todo el esfuerzo para disimular su carencia de previsión, de audacia y de responsabilidad, tras el sacrificio

de Barros Arana, en el papel de chivo expiatorio de este pleito, es absurdo e inútil y solo expresa esa hipócrita mentalidad casuista y leguleya de la aristocracia castellano-vasca.

Por lo demás, el mismo Jaime Eyzaguirre suministra antecedentes que explican con claridad la actitud del gobierno ante la Patagonia y precisan el motivo de su entrega definitiva. Por ejemplo, en la página 91, al enviar el gobierno de Chile a Diego Barros Arana, en 1876, a Buenos Aires, en las instrucciones del Ministerio de Relaciones Exteriores, don José Alfonso, se contemplaba prácticamente la entrega del territorio en litigio: "Nuestro vivo anhelo por un arreglo que aleje para siempre posibles desavenencias con la República Argentina nos llevarla hasta circunscribir nuestras pretensiones en Rio Gallegos, abandonándole todo el vastísimo territorio que se extiende al norte de la desembocadura de ese río y de una línea paralela al grado 50 que cortase en el interior la tierra patagónica".

Y en la página 93, escribe: "La guerra contra el Perú y Bolivia, en que el país se halló envuelto a partir de 1879, dio alas a la República Argentina, no solo para desechar un nuevo pacto de arreglo que ya contaba con la aprobación de Chile, sino también para insinuar veladamente una posible ruptura con el mismo. La necesidad de alejar este peligro y de asegurar al país la terminación de la guerra en el norte sin nuevas y graves complicaciones, llevaron al Gobierno a consentir en 1881 en un tratado que fijaba como límite hasta el paralelo 52° la Cordillera de los Andes y mantenía para Chile la soberanía del Estrecho con prohibición de artillarlo. La Patagonia quedaba así definitivamente entregada a la Argentina".

Los dos párrafos indican, por una parte, la conciencia de los gobernantes chilenos de que la Patagonia debía entregarse y por eso nunca se preocuparon de llevar a cabo actos de soberanía en la zona, mientras Argentina los multiplicaba año a año; y por otra, que la causa inmediata de su entrega fue la guerra del Pacífico. Y es lo justo. Sin embargo, Jaime Eyzaguirre, siguiendo la tradición de los historiadores conservadores, como José Miguel Irarrázabal Larraín culpa siempre a Barros Arana. Al dar cuenta de la celebración del acuerdo de 1881, donde no tuvo participación el ilustre historiador liberal, le dispara esta acusación; "El amor propio del señor Barros Arana se veía a la postre satisfecho. Solo que esta victoria personal se confundía con la pérdida para la patria de un inmenso territorio a que, por títulos históricos, tenía derecho y que reservaba para el futuro impensadas sorpresas económicas".

A Jaime Eyzaguirre, como a los historiadores enemigos de Barros Arana, no le hace la menor fuerza la actitud de las autoridades chilenas demostrada desde la época de la independencia de completa indiferencia por aquella comarca. Las constituciones diversas y, fundamentalmente, la de 1833, establecen que la Cordillera de Los Andes es el límite oriental de Chile, eliminando sin el menor escrúpulo a la Patagonia. Al tomarse, más tarde, posesión del Estrecho de Magallanes no llevó a cabo ningún intento para establecer bases permanentes en el litoral patagónico. Esta mentalidad anti patagónica se explica no solo por los juicios errados emitidos por Lastarria, Barros Arana y Vicuña Mackenna, sino por la actitud general de la clase gobernante, para la cual la Cordillera de Los Andes era una barrera demasiado abrumadora para pretender la Patagonia como una posesión armónica con nuestro territorio; en cambio, su articulación natural con Argentina era indiscutible. Por otra parte, si en verdad don Miguel Luis Amunátegui publicó dos opúsculos exponiendo los títulos de Chile a aquella zona y refutando a publicistas argentinos, lo cierto es que solo cuando apareció su gran obra, en 1879, "La Cuestión de Límites entre Chile y la República Argentina" se conocieron en toda su amplitud los antecedentes históricos que Chile podía esgrimir en su defensa. Pero las contingencias de la guerra del Pacífico llevaron a la firma del tratado de 1881, aprobado por el Congreso y muy bien recibido en el país, con el cual se liquidó la disputa de

fondo. A continuación, se desataría el problema de la determinación del límite, con variadas discusiones y alternativas durante veinte años.

A partir del tratado de 1881, por el cual se cedía la Patagonia y se establecía la manera de fijar los límites definitivos, Diego Barros Arana, en calidad de perito chileno, entró a actuar con el argentino Francisco Moreno, para proceder a la fijación de los límites. El tratado establecía que la línea limítrofe debía pasar por las cumbres más altas que dividiesen las aguas. O sea, no se tomaban en cuenta las más altas cumbres absolutas sino aquellas colocadas en el nacimiento de los ríos y separando la vertiente oriental de la occidental. Tal era el principio del "divortium aquarum" defendido en forma intransigente por el perito chileno. La interpretación incorrecta del perito argentino se basaba en la defensa de las más altas cumbres absolutas, con lo cual pretendía llegar hasta el Pacifico en una extensa zona de los canales.

Después de agotadoras reuniones y debates, Barros Arana logró negociar el Protocolo de 1893, aclarando la futura actuación de los peritos. Al narrar estas gestiones, Jaime Eyzaguirre aprovecha para suponerle nuevos errores a Barros Arana, insistiendo en ciertas disposiciones que se prestarían para interpretaciones dudosas, pero, al hacerlo, soslaya o no insiste en forma suficiente en las disposiciones de fondo, todas sosteniendo la tesis esencial de Chile, según las cuales se reconocía la división de las aguas como "la condición geográfica de la demarcación" y los peritos tendrían el principio de la división de las aguas como "norma invariable de sus procedimientos". O sea, el protocolo negociado por Barros Arana obtuvo una victoria al establecer que la Argentina no podía pretender partes de la costa del Pacífico.

En cuanto al asunto de la Puna de Atacama, da de nuevo pretextos a Jaime Eyzaguirre para reiterar sus ataques a Barros Arana y exaltar, en cambio, a Errázuriz Echaurren, haciendo girar la solución del problema en torno a las dos figuras, criterio desde ya erróneo. Los factores condicionantes de la resolución final fueron numerosos y complicados; títulos muy débiles de Chile sobre el territorio en cuestión, por lo cual diversos políticos lo estimaban un "mal pleito" (Chile ocupó el territorio en litigio a raíz de la guerra del Pacifico y mientras lo ocupaba "teóricamente" Bolivia, a quien pertenecía desde antiguo, lo cedió a Argentina a cambio de otros territorios en litigio, es decir, Argentina adquirió la Puna a título oneroso y por eso, hizo cuestión de honor de su posesión y no estaba dispuesta a perderla por ningún motivo); situación económica crítica e imposibilidad de resistir una carrera armamentista con Argentina; pérdida de la supremacía militar ante Argentina al adquirir este país dos acorazados, rompiendo el equilibrio naval; indiferencia de la opinión pública por este territorio y una conciencia arraigada en numerosos hombres públicos y de gobierno que un fallo arbitral sería desfavorable para Chile, de tal suerte que no solo se perdería la Puna sino se sentaría un antecedente pésimo sobre la retención por Chile de la costa boliviana (Antofagasta). Por eso existía una idea predominante en cuanto a la entrega de la Puna a cambio de la aceptación por Argentina del arbitraje en el resto de la frontera.

Aprovechando el clima indicado, Federico Errázuriz Echaurren y Julio Roca concertaron, a espaldas de los peritos, un acuerdo por medio del cual el asunto de la Puna quedó entregado al veredicto del representante norteamericano en Buenos Aires, Mr. Buchanan. Su decisión favoreció a Argentina, pero, de todos modos, dejó un pedazo en poder de Chile y su fallo fue bien recibido por toda la opinión chilena al concluir una querella confusa y enemiga de la amistad con Argentina.

A pesar de su renuncia y de las vejaciones del gobierno de F. Errázuriz Echaurren, Diego Barros Arana siguió colaborando, llevado solo por su ardiente patriotismo, en los asuntos de límites y escribió un libro con todos los antecedentes doctrinarios alegados por Chile y que sirvió de presentación ante el árbitro inglés:

“Exposición de los derechos de Chile en el Litigio de Limites”, obra de enorme erudición y claridad. (Antes había escrito “La Cuestión de Límites entre Chile y la República Argentina”, 1893, donde demostraba en forma irrefutable que el “divortium aquarum” constituía el límite con Argentina).

En definitiva, la Patagonia se perdió a causa de la ninguna preocupación de los gobiernos chilenos por realizar actos efectivos de soberanía en ese territorio y, en seguida, por la situación de incertidumbre al finalizar la guerra con Perú y Bolivia. La Puna se perdió por la angustiosa crisis económica del país frente al poderío real y creciente de Argentina.

Desgraciadamente, el país vecino no se ha conformado con lo obtenido y siempre está realizando actos agresivos en contra de Chile, porque en el fondo persiste en su aspiración de llegar al Pacifico y dominar nuestras variadas y abundantes materias primas, indispensables para complementar su economía agropecuaria con un gran desarrollo industrial, al objeto de jugar un rol hegemónico en América Hispana.

Don Joaquín Walker Larraín expresó, en 1901, un juicio de validez actual sobre las permanentes fricciones limítrofes con Argentina: “Todo esto se debe al candor imperdonable de la Cancillería chilena: a ese famoso espíritu de confraternidad que nos lleva a someternos a las imposiciones de la política argentina en obsequio a una paz que solo nosotros mantenemos con lealtad”.

En 1958 apareció una verdadera refutación a J. Eyzaguirre: la obra de Oscar Espinoza Moraga, “La Postguerra del Pacifico y la Puna de Atacama”, (1884-1899) realizada también de acuerdo con una inmensa documentación. Es un estudio escrupuloso y exhaustivo, animado por un elevado y valeroso sentido crítico. Su bibliografía es inmensa; utiliza fuentes directas esenciales, como ser, correspondencia del Ministerio de Relaciones Exteriores, y las de numerosos personajes de la alta política; los archivos secretos de la Cámara de Diputados y del Senado y los archivos privados de muchos distinguidos hombres públicos; los artículos de la “Revista de Derecho, Historia y Letras”, de Buenos Aires, entre los años 1898 a 1923, y una cantidad sorprendente de obras diversas.

El autor es, pues, un estudioso de vasta preparación y competencia. La lectura de su amplia investigación permite seguir en sus innumerables detalles las complicadas negociaciones sobre la Puna y formarse un juicio cabal del rol verdadero de los diversos protagonistas del asunto. Su claridad y desarrollo metódico suministran un conocimiento adecuado del oscuro litigio. Aunque la obra no está informada por algún propósito deliberado de exaltar o rebajar a un determinado ciudadano, su desenvolvimiento lógico deja en descubierto la frivolidad del presidente de la República, Federico Errázuriz Echaurren y de algunos de sus amigos y consejeros y, al mismo tiempo, libera de la culpabilidad tradicional de otros señalados ciudadanos zaheridos por una crítica partidista, como sucede, con Barros Arana y Joaquín Walker Martínez. Aunque sin proponérselo, el libro de Oscar Espinoza Moraga es una verdadera respuesta a la apasionada exaltación de Federico Errázuriz Echaurren, y a la diatriba de Diego Barros Arana, hecha por Jaime Eyzaguirre.

Al revés de lo manifestado por este historiador, los análisis minuciosos de Oscar Espinoza Moraga demuestran una definida, actitud entreguista del presidente Errázuriz y una firme actitud de defensa de Barros Arana, perito en las negociaciones y de Joaquín Walker, enviado extraordinario ante el gobierno argentino. La única excusa para la actuación del presidente radica en que la inmensa mayoría del país no deseaba la guerra ni la paz armada, respaldando toda solución conciliatoria. En general, su actitud expresaba el temor de la clase aristocrática del país a un conflicto más grave y del cual era participe la Cancillería chilena. Pero el arreglo, no logró poner término a las pretensiones argentinas, pues el gobierno

del “país hermano’’ no demuestra su intención fraternal de arreglar en forma definitiva las cuestiones de límites con el alto propósito de mantener la paz, la tranquilidad y la confianza entre ambas naciones.

En varias páginas deja en claro la actitud entreguista del presidente. En trozo de la página 248-49, donde reproduce algunas líneas de la obra “La Cuestión de Limites…” del ministro argentino Norberto Piñero, éste escribe: “Con su característica llaneza de “huaso colchagüino”, que quiso imprimir en todos sus actos públicos, le afirmó una vez más que estaba convencido de que esa región era argentina "pero deseaba que se le facilitase el medio de entregarla y de llegar así a la solución del único punto pendiente de la cuestión de límites”. O sea, F. Errázuriz E., gastó sus principales esfuerzos en deshacerse cuanto antes de la Puna y celebró reuniones secretas para el efecto con el ministro argentino Francisco Moreno, en casa del historiador José Toribio Medina, amigo de ambos.

Los juicios de Oscar Espinoza Moraga constituyen una réplica poderosa a Jaime Eyzaguirre, para quien el culpable de todo es D. Barros Arana. Así como afirma que el tratado de 1881 fue una victoria personal de Barros Arana a costa del patrimonio nacional, el arreglo del asunto de la Puna de Atacama constituyó “el mayor despecho” para Barros Arana, porque no fue él quien la entregó, sino F. Errázuriz E. Expresa que, si bien él no creía que Chile pudiera invocar título de reivindicación en esa zona, el hecho de haber logrado el Presidente un entendimiento sobre el problema, por mediación del perito Moreno, a espaldas de don Diego, constituyó “un golpe de gracia a su amor propio... una ofensa a su dignidad y un crimen de lesa patria” (págs. 236-37).

¡Don Diego no tiene escapatoria posible con los argumentos tendenciosos de Jaime Eyzaguirre!

Se impone una comparación entre los conceptos de Jaime Eyzaguirre y los de Oscar Espinoza sobre las personalidades de Federico Errázuriz y Diego Barros Arana.

En la página 237 de su obra, Eyzaguirre detalla los motivos del resentimiento del ilustre historiador con el presidente, y de paso trata de limpiarlo de algunas acusaciones sobre su conducta crapulosa. Escribe: “sardónico e implacable, se solazaba en recordar los tiempos de estudiante de don Federico en el Instituto Nacional, su desaplicación y las argucias de que se valía para sacar adelante sus exámenes. Luego se detenía en contar chascarros sobre la vida nocturna del señor Errázuriz, presentándolo como un libertino despreocupado por entero de sus graves deberes de mandatario”. Según Eyzaguirre, el presidente, a pesar de saber todo, por tratarse de un funcionario útil, no tomaba medidas en su contra y “dada su natural socarronería criolla acabó por reír ante las anécdotas, verdaderas o apócrifas, que don Diego corría de su persona, y por contrastarlas con la gravedad y omnisciencia del historiador, a quien por eso bautizó con el nombre de “Taita Dios”.

En cambio, el historiador Oscar Espinoza Moraga, escribe (páginas 249-250): “Como la mayoría de los hombres públicos en esa época, Federico Errázuriz, pensaba que la Puna de Atacama, desde el punto de vista jurídico, era un pleito perdido para su país. Influían, como hemos visto, en esta posición, Carlos Walker Martínez y Pedro Montt, que tenían sobre su persona un ascendiente muy grande. A esta idea se unía la creencia generalizada en el escaso o ningún valor económico que esa región tenía; desde luego se creía que no valía el sacrificio de arriesgar la estabilidad política y la paz americana. Persona amiga de la diversión y de la vida agradable, el jefe del Estado tenía una marcada tendencia a no tomar en serio los problemas. Los que en el trajín diario de sus altas funciones debía conocer, solía resolverlos con una salida ingeniosa, que le permitía no estudiarlos con la profundidad necesaria. Cuando en el círculo íntimo de sus amigos se refería a los personajes de la política que por alguna razón no concordaban con sus planes,

acostumbraba a lapidarlos con un mote desdeñoso o ridículo. Era común oírlo expresarse de Barros Arana, que siempre hizo pesar su fuerte personalidad y no toleró que el presidente se ingiriera en los asuntos periciales, con el despectivo calificativo de "Taita Dios". No menos duras eran las expresiones que a sus espaldas tenía para su vicepresidente Elías Fernández Albano y para el propio Emilio Bello Codecido.

Y más adelante, al describir la detención de las negociaciones del presidente a raíz de un fuerte ataque de parálisis, emite francos conceptos sobre la vida crapulosa de Federico Errázuriz y entrega datos sobre sus correrías culpables. Es decir, las acusaciones de Barros Arana a este respecto no eran falsas, sino exactas y del dominio público. Textualmente manifiesta el historiador Oscar Espinoza: "Hombre de mundo, que había hecho de su existencia una juerga continua, a la que ni las delicadas tareas de gobernante habían puesto valla, había ido empeorando paulatinamente su ya resentida salud". Y anota que la prensa de oposición publicaba los "itinerarios nocturnos de S.E."; su entrada en el célebre restorán "La Tour Eiffel" y muchos otros.

En resumen, según el historiador Oscar Espinoza Moraga, el gobierno chileno habría actuado con notoria debilidad en el asunto de la Puna de Atacama y el Presidente Federico Errázuriz Echaurren habría negociado por su propia cuenta su entrega, dejando en una posición inconfortable al perito, Diego Barros Arana quien, frente al perito argentino Francisco Moreno, sostenedor de la soberanía de su país a la Puna porque el Altiplano se la había transferido en virtud de un tratado vigente, alegaba con decisión "que los derechos de Chile arrancaban de la ocupación militar durante el año 1879", por lo cual ante el Derecho Internacional, Bolivia no podía haber cedido un territorio que no estaba poseyendo.

En fin, hemos realizado estas largas consideraciones sobre las obras citadas para exhibir ante los lectores la disparidad de opiniones sobre una materia tan engorrosa como son las cuestiones de límites, pero, al mismo tiempo, para destacar, cómo aún tras ellas algunos historiadores deslizan sus posiciones ideológicas sectarias, militantes y reñidas con la estricta verdad histórica, pretendiendo menoscabar a grandes figuras del pensamiento liberal del país, con un afán revisionista al servicio de beligerantes dogmatismos dañinos para el avance social del país y para el progreso efectivo de su cultura.

A pesar de su insistente fobia contra el historiador Barros Arana en cuanto a la responsabilidad de éste en la entrega de la Patagonia, don Francisco A. Encina, en los últimos tomos de su "Historia de Chile", ha expuesto un criterio más ecuánime respecto del gran erudito que el de los historiadores conservadores como Jaime Eyzaguirre, no obstante apoyarse Encina en la obra de José Miguel Irarrázabal sobre la Patagonia.

A juicio de Encina, a Barros Arana le cupo la peor parte de las culpas por su afición por la geografía física puramente libresca y de segunda mano, bajo la influencia de Charles R. Darwin, al igual que todos los intelectuales y políticos chilenos. Con muy escasas excepciones: "los gobernantes chilenos de esa época eran legistas, jueces, profesores, eruditos, geógrafos de escritorio, cerebros, en suma, deformados por el saber libresco, incapaces de pensar directamente la realidad, ni darse cuenta de que el gran biólogo que fue Darwin más tarde, cuando recorrió la Patagonia oriental, solo era un joven poeta sensitivo y fantástico, como lo había sido su gran abuelo..."

Bajo su avasalladora influencia los más destacados intelectuales eran desfavorables al valor de la Patagonia; así el Presidente Pinto pensaba "que ningún hombre cuerdo pretendía en Chile el dominio de la Patagonia"; Vicuña Mackenna poseía un criterio abiertamente contrario al valor y a la posesión de la Patagonia, etc.

Pero Barros Arana, acumuló, más tarde, los ataques por la pérdida de aquel territorio, acusándose a su manual didáctico como el causante de haber formado una mentalidad contraria a la, defensa de la vasta región: "Su texto de geografía física, en esta parte, (sobre la Patagonia), simple copia de Darwin, no pasado realmente por el tamiz que simuló, para darle autoridad, impuso a los políticos y a los intelectuales chilenos el concepto falso de la Patagonia que los movió a creerla una comarca desértica y estéril, un peso muerto para el progreso del pueblo chileno del cual convenía desprenderse. Las responsabilidades de todos los americanistas, inclusive las de Vicuña Mackenna, Matta, Lastarria, Arteaga Alemparte, desaparecieron, sustituidas por la de Barros Arana, convertido en cabro emisario ..." Así surgió el cargo de ser Barros Arana el responsable del fracaso de las negociaciones encaminadas a resolver la cuestión de límites, Desapareció la larga cadena de imprevisiones y traspiés, que empiezan en 1810 con Martínez de Rozas, sin más interrupciones que la fundación del Fuerte Bulnes en 1843, el tratado de 1856, de Varas, y el paso de don Adolfo Ibáñez por la Cancillería. Se esfumó de la conciencia la situación creada hacia 1876 por los errores acumulados en más de medio siglo de historia, y que hacía imposible, no solo la reivindicación pacifica de la Patagonia, sino también todo arreglo equitativo. Desapareció la pesada responsabilidad del Presidente Pinto, cuyo pacifismo a todo trance alentaba las exigencias argentinas, la falta de sagacidad del ministro Alfonso y la influencia adversa de los americanistas y pacifistas chilenos... Todas estas responsabilidades se descargaron sobre Barros Arana..." Barros Arana fue erigido en único culpable de un fracaso "en el cual, salvo su malhadada Geografía Física, no tenía más culpa que otro americanista o pacifista cualquiera..."

Reconoce que el ministro Alfonso, le ordenó a Barros Arana aceptar el arbitraje en los términos propuestos por la Cancillería argentina, porque Barros Arana era contrario a él. A su juicio, aunque Barros Arana carecía de experiencia diplomática era más sagaz que Pinto y Alfonso. Además, en sus meses de residencia en Rio de Janeiro, desarrolló un golpe de vista internacional que lo levantó muy por encima de Pinto y demás hombres que gobernaban.

… "El fracaso de la misión de Barros Arana al Plata, lo mismo que la pérdida de la Patagonia fue el resultado ineludible del complejo conjunto de factores que hemos pasado en revista a lo largo de las historias de los gobiernos de Bulnes, Montt, Pérez, Errázuriz Zañartu y Pinto. Cuando se confió a Barros Arana la misión al Plata, ya el gobierno y los elementos dirigentes de Chile habían abandonado las expectativas a la Patagonia ..." "La Patagonia, el Estrecho y Tierra del Fuego, constituyeron una entidad independiente del Virreinato del Plata, y la Corona Española la anexó a Chile. Pero, la Patagonia, geográficamente, hacia parte del Virreinato.

Pero Chile hizo abandono y renuncia tácita de sus derechos coloniales a la región trasandina. Martínez de Rozas en su discurso, al inaugurar el primer Congreso Nacional el 5 de julio de 1811; Rodríguez Aldea, en las Constituciones de 1818 y 1822, encerraron el territorio nacional entre el desierto de Atacama y el Cabo de Hornos, las cumbres de Los Andes y el Océano Pacífico, dejando afuera la Patagonia, más de la mitad del Estrecho y Tierra del Fuego, y el desierto de Atacama, hasta el grado 23 por el norte. Lo prosiguieron Juan Egaña, Mora y Mariano Egaña al copiar el artículo de la Constitución de 1822 en las del 1823, 1828 y 1833. (El hecho de no mencionar el Océano Atlántico, en vez de la Cordillera de Los Andes).

Los padres de la Patria… "al renunciar espontáneamente a los límites que la Real Cédula que creó el Virreinato de Buenos Aires y el mapa de Cano y Olmedillo asignaron a la Capitanía General de Chile, para encerrar nuestro territorio entre la cordillera y el mar, el desierto y el Cabo de Hornos; las diversas constituciones, al confirmar esta renuncia; y el ministro Irarrázaval y la comisión encargada de estudiar la

ocupación de Magallanes, al declarar que no todo el Estrecho pertenecía a Chile, habían creado la disputa de límites con la República Argentina. Rozas, que hasta 1830 creía que el límite sur del virreinato del Plata era el señalado por el mapa de Cano y Olmedillo, extendió las miras ya que no podía extender las manos a toda la Patagonia, la mitad del Estrecho y la Tierra del Fuego.

"Varas logró resucitar los derechos de Chile en el tratado de 1856, pero el presidente Pérez y sus ministros, al arrumbar la advertencia de los peligros que entrañaba el aplazamiento del arbitraje, y desmedrada posición en que quedó Chile después de la guerra con España, engendraron en el pueblo argentino el propósito de eludir el arbitraje pactado y de incorporar de hecho al territorio nacional toda la Patagonia, la mitad del Estrecho y la Tierra del Fuego".

Chile a fines del gobierno de don Bernardo O'Higgins[196]

En el notable Diario de Mary Graham[197] se exponen sagaces observaciones en torno a la realidad chilena en la época del nacimiento de la República y muchos antecedentes reveladores relacionados con las causas del descontento generalizado en contra de la dictadura del general O'Higgins, que provocó su caída y destierro.

En general, demuestra un interés sincero por todo lo que la rodea, proveniente de un inagotable afán de conocer y comprender: actos, opiniones, formas de vida, paisajes, tipos humanos son expuestos o descritos con fidelidad y cálida simpatía. Sus bocetos de los paisajes poseen un lirismo criollista, como en las mejores páginas de Mariano Latorre o Luis Durand; el detalle de costumbres populares, de las reuniones y veladas de las clases altas, del interior de los hogares, de las comidas, de los trajes..., es de extraordinario valor y le confiere a su obra un permanente encanto, entre pintoresco y melancólico. Todo lo ve y lo anota con simpática objetividad, sin aspereza ni molestia, aunque "se encuentra menos bienestar en un palacio de Chile que en la choza de un labrador de Escocia".

El Diario de Mary Graham posee un carácter histórico singular por su inteligente y afectuosa comprensión de Chile y sus gentes en aquella difícil época, no obstante que en ella ya iba creciendo "ese egoísmo que mira con frialdad o disgusto todas las cosas que no concuerdan con los propios gustos o ideas y que solo ve las tristes realidades de las cosas" ...

Nos dejó una obra imperecedera sobre nuestra patria, al nacer la República, porque supo ver y relatar las verdaderas realidades de las cosas y de la existencia, con finura y perspicacia.

---

[196] OCCIDENTE N°260

[197] Mary Graham (1785-1842): Diario de mi residencia en Chile (28 de abril de 1822-13 de marzo de 1823). Utilizamos la reciente edición impresa por la Editorial Francisco de Aguirre, de Buenos Aires. La autora acompañaba a su esposo el capitán Thomas Graham, comandante de la fragata británica Doris, que falleció a la altura del Cabo de Hornos. Su esposa continuó hasta Valparaíso para darle allí cristiana sepultura. Llegó a ese puerto el 28 de abril de 1822, fecha en que inició su valioso Diario. Permaneció casi un año en el país; recorrió la zona de Valparaíso, la hacienda de Cochrane, en Quinteros, y Santiago y sus alrededores. Se relacionó con los diversos sectores de la sociedad chilena y trabó amistad con numerosas personalidades de la revolución republicana. Dejó siluetas inolvidables de O'Higgins, Zenteno, San Martín y Cochrane. Este último, su amigo admirado, la presentó en los más altos círculos sociales y políticos, lo que le permitió frecuentar los hogares chilenos más distinguidos. Mary Graham era una mujer de excepcional cultura y conocimiento del mundo, viajera curiosa y escritora muy bien dotada. Su Diario la exhibe dueña de un alto espíritu de observación, descriptivo y analítico, con un sostenido afecto a Chile y sus gentes.

Mary Graham estuvo a favor de la causa de la independencia americana e hizo votos porque se asegurara en las excolonias de España la libertad civil, con todas las ventajas que de ella derivan. En cuanto a Chile, en particular, admiró su situación geográfica y expresó continuos juicios elogiosos acerca de sus gentes. Hija de una potencia marítima, estampó un juicio inapelable para los gobernantes chilenos: "Chile es un país tan esencialmente marítimo, separado como se halla su territorio por los Andes de los países del Este y por el desierto de Atacama de los países del Norte, que, si yo fuera legislador, dirigiría toda mi atención y todo mi interés hacia el mar" ...

En la notable obra de Mary Graham encontramos valiosos datos sobre la situación política en la administración de O'Higgins. El 24 de diciembre de 1822 se refiere a la primera reunión de la Asamblea Constituyente y a la lectura de un Mensaje del Director Supremo, señalando la situación anormal de la Marina por estar impaga, al igual que el Ejército, y comenta: "...Pero Chile se considera seguro y el Ministro Rodríguez, procediendo conforme al principio de que la riqueza individual hace la prosperidad pública, está haciendo especulaciones privadas en compañía de su amigo el comerciante Arcos, comprando con el dinero del Gobierno todo el tabaco y los alcoholes que existen en el mercado antes que se hagan efectivos los pesados derechos con que se trata de gravar esos artículos en el nuevo reglamento".

En otros párrafos, cuando manifiesta los inconvenientes que resultan de la falta de moneda divisionaria, expone los abusos a que se presta y la causa que demora su acuñación: "A fin de suministrar a los clientes una cantidad inferior a un medio o a un cuartillo, los dueños de pulperías dan en cambio de pesos o reales, pagarés o vales; pero, aun cuando el artículo comprado valga cuatro reales y otro tanto el vale, el dueño de la pulpería no lo cambia por dinero sino por mercadería, de suerte que en resumidas cuentas toda la moneda del pobre parroquiano queda en poder de aquél, a lo que se agrega la posibilidad de que un campesino, que no sabe leer ni escribir, rompa el vale como un papel inútil. Muchas y rápidas fortunas se han formado con estos vales, y la pérdida que ellos representan para los pobres es superior a cualquiera de las contribuciones directas impuestas por el Gobierno. Algunos ricos comerciantes, amigos o parientes del ministro, han aprovechado este estado de cosas, y se han establecido un buen número de pulperías costeadas por ellos bajo el nombre de agentes subalternos. Y esta es probablemente una de las razones de la demora en acuñar la indispensable moneda divisionaria".

Insiste en acumular elementos de juicio respecto de los malos manejos del ministro Rodríguez, causante del desprestigio del Gobierno y del general O'Higgins, ajeno a ellos, pero demasiado confiado en la gestión del turbio político. El 2 de octubre de 1822 escribe: "Hoy... casi me han abrumado con detalles acerca de los nuevos reglamentos de comercio, los impuestos que van a crearse y los monopolios del ministro Rodríguez y su socio Arcos. Además de los alcoholes y tabacos que compraron hace tiempo con el dinero del Gobierno, han monopolizado ahora las telas de algodón, los paños y otros artículos de vestir, y sólo sus agentes o pulperos pueden suministrarlos a los parroquianos. Esto, agregado a la falta de moneda divisionaria y al uso de vales por tres centavos, sólo pagaderos o, más bien, canjeables por artículos de sus tiendas, causa graves e injustos daños" ...

Todos los manejos dolosos del ministro Rodríguez quedan en descubierto en los testimonios dados por Mary Graham, y que fueron de efecto decisivo en la constitución de una mayoría opositora a la dictadura del general O'Higgins, hasta estimular la insurrección en su contra y, como consecuencia, su abdicación y expulsión del país. Por ejemplo, con respecto al pago de los marineros hubo un bochornoso incidente, frente al cual se plantearon puntos de vista opuestos de San Martín y de Cochrane. Por resolución del ilustre almirante, se le pagó a bordo de sus barcos, con el objeto de que no los abandonaran y se disolviera,

prácticamente, la escuadra. De todos modos, en el fondo de ese pago, jugaban los intereses espurios del ministro Rodríguez y de su socio Arcos: Se les dieron "pagarés por veinticinco pesos, de los que solo reciben cuatro en dinero; están obligados a invertir el resto en los almacenes que, con este fin, ha establecido Arcos en el puerto".

Los chanchullos y las especulaciones del binomio Rodríguez-Arcos desataron el repudio general que llegó hasta el ejército de Freire, en Concepción, el que sufrió de manera directa las consecuencias perjudiciales de las estafas de Arcos; y donde el pueblo le obligó a ponerse en marcha con el objeto de derrocar a Rodríguez y a su inicua administración. El movimiento no iba dirigido contra O'Higgins, patriota desinteresado y bien intencionado...

La admiración de Mary Graham por O'Higgins es firme. Señala su actuación patriótica, desprovista de ambición personal; la encuentra sensata y clarividente en cuanto a los peligros del poder absoluto, de la intolerancia, del atraso y fanatismo imperantes. Se desprende de sus notas que el descontento contra la administración de O'Higgins se explicaría por sus choques con el Senado, y la forma misma de gobierno que, no obstante ser republicano, y su Director Supremo ser de tendencias democráticas, funcionaba como una oligarquía despótica, agravada por la aspiración del Senado a declarar sus cargos perpetuos y hereditarios, en contra de la opinión de O'Higgins, en quien, fatalmente, cayó el ejercicio de todo el poder para superar la resistencia senatorial. Y, por otro lado, por la excesiva confianza del Director Supremo en el ministro Rodríguez, despótico e inclinado a amparar especulaciones ilícitas y a participar en ellas. Asimismo, deja en evidencia la culpabilidad del obispo de Santiago, por su absolutismo fanático en cuestiones religiosas: "…es un hombre ambicioso y fanático —escribe refiriéndose a él—, aparentemente vinculado al actual gobierno por varios lazos, de los cuales, sin duda, el más fuerte es la sociedad de Arcos, casado con una sobrina suya, con Rodríguez. Tiene, empero, más fuertes vínculos con los que hacen oposición a O'Higgins, ya como partidarios de los desdichados Carrera, ya como descontentos".

Mary Graham fue recibida por O'Higgins y su familia. Su descripción de aquella entrevista es animada y sugestiva. Manifiesta que la madre del Director Supremo, doña Isabel, y su hermana, doña Rosa, le acogieron con cortesía y exquisita amabilidad, y también el recibimiento que le brindó O'Higgins fue para ella muy halagador. Escribe: "Él es modesto, llano, de modales sencillos, sin pretensiones de ninguna clase. Si ha realizado grandes hechos, los atribuye a la influencia del amor patrio que, como él dice, puede inspirar a un hombre corriente los más nobles sentimientos. Habló con mucha franqueza sobre la actual condición de Chile; me dijo que no dudaba que yo estaría sorprendida del atraso del país en muchas cosas, e hizo especial mención de la falta de tolerancia religiosa, o más bien, de la pequeñísima proporción en que ha sido posible concederla sin alterar la tranquilidad pública, dado el estado general de cosas... Insistió mucho en la necesidad de la instrucción pública, y me habló de las escuelas lancasterianas y otras recientemente establecidas en Santiago y otras ciudades de Chile".

Del general O`Higgins traza una silueta bien delineada: "El Director —anota— vestía como de costumbre su uniforme de general; es bajo y grueso, pero muy activo y ágil; tiene ojos azules, cabellos rubios, tez encendida y sus facciones algo toscas no desmienten el origen irlandés; al mismo tiempo sus pies y manos son pequeños, signos de su procedencia indígena. Doña Isabel representa mucho menos edad de la que tiene, y aunque de baja estatura es muy hermosa. En doña Rosa se reproducen en mayor escala los caracteres físicos del director".

En su anotación del 15 de octubre de 1822, nos deja un estupendo retrato de San Martín. La visitó en compañía del gobernador de Valparaíso, J. I. Zenteno y un grupo de personalidades. En su notabilísima semblanza escribe: “Los ojos de San Martín tienen una peculiaridad que había visto una sola vez, en una célebre dama. Son obscuros y bellos, pero inquietos; nunca se fijan en un objeto más de un instante, pero en ese momento expresan mil cosas. Su rostro es verdaderamente hermoso, animado, inteligente, pero no es franco... Hablamos del Gobierno, y sobre este punto, creo que sus ideas distan mucho de ser claras y decididas... El deseo de gozar de la reputación de libertador y la voluntad de ser un tirano forman en él un extraño contraste. No ha leído mucho, ni su genio es de tal índole como para impresionar por si solo”. Durante la conversación, que recayó sobre generalidades diversas, con citas históricas, ejemplos, etc., San Martín y Zenteno trataron de impresionar a su simpática anfitriona. Por ello, ésta escribe de que se alegró que el té interrumpiera las “pedantescas disertaciones, de las que no habría tomado nota si no hubiera intervenido en ellas San Martín. Pero el paréntesis del té no contuvo la locuacidad de éste y habló sobre lenguas, medicina, enfermedades, antigüedades, etc.” Le explicó su alejamiento del Perú: “Me dio a entender —dice— que se había cerciorado de que el pueblo era ahora bastante feliz y no necesitaba ya de su presencia, agregando que después de haber llevado una vida activa, anhelaba descanso; que se había retirado de la vida pública, satisfecho de haber cumplido su misión, y que sólo había traído consigo el estandarte de Pizarro” ... “Su posesión —dijo— ha sido considerada siempre como el signo del poder y la autoridad: yo lo tengo ahora”; y al decir esto se irguió cuan alto era y miró a su alrededor con un aire de soberano”.

Fue el único momento en que se reveló tal cual era, acota Mary Graham, y agrega: “El resto fue en parte una charla superficial sobre toda clase de asuntos para deslumbrar a los menos inteligentes y, en parte, una manifestación de la impaciencia de ser el primero, aún en la conversación corriente, que le ha arrogado su largo hábito del mando”.

“Sus modales —prosigue la autora— son, en verdad, muy finos y elegantes... y no vacilo en creer lo que he oído acerca de que en un salón de baile hay pocos que le aventajen... En suma, esta visita no me ha dejado una impresión muy favorable de San Martín. Sus puntos de vista son estrechos y, si no me equivoco, egoístas... No tiene genio, sin duda alguna, sino cierta dosis de talento, ninguna instrucción y sólo un ligero barniz de conocimientos generales, que luce con habilidad...” Saca ventaja de su bella figura y de la suavidad de sus modales, pero “su falta de sinceridad y corazón, que se revelan aún en un rato de charla, cierran las puertas a toda intimidad y, mucho más, a la amistad”. En el fondo, poseía una buena dosis de vanidad que asoma cuando habla de Napoleón “como de su modelo o, mejor dicho, su rival”. Mary Graham cree que en su visita se propuso impresionarla en su carácter de extranjera y, sea lo que fuere, parece que habló “para hacer ostentación de sí mismo”.

Las notas de Mary Graham sobre el perjuicio que al gobierno de don Bernardo O’Higgins causaron las especulaciones de Rodríguez y Arcos, las corrobora el viajero francés Lafond de Lurcy, quien, en un párrafo particularmente sugerente manifiesta: “Abandoné la capital de Chile descontento con el Director Supremo. Muchas leyes fiscales habían despertado la mala voluntad del comercio en general. O’Higgins no veía sino el interés de su país, pero otras personas que le rodeaban estaban animadas de intenciones mucho menos puras, y no se ignoraba que éstas obtenían de él todo lo que deseaban. Un negociante muy hábil, don Antonio Arcos, exoficial español emparentado con la familia del Obispo, pues, estaba casado con una de sus sobrinas, había sabido granjearse el aprecio y la amistad de la hermana del director, doña Rosa O’Higgins, y atraerse el apoyo del Primer Ministro. Nada tenía de extraño entonces que se dictasen leyes y decretos que beneficiaban algunos intereses particulares. Se acaparaba una mercadería y, sin

buscar un pretexto, se la gravaba con un derecho exorbitante. Tales fueron las causas de la fortuna de don Antonio Arcos y de la expulsión de O'Higgins; Este, no vacilamos en decirlo, dejó el país pobre, mientras que aquellos, o más bien aquel que había lanzado al Gobierno por esta vía funesta se retiró a Europa, con inmensas riquezas. Arcos fue obligado a irse de Santiago en los instantes de la efervescencia popular, pero como la mayoría de las casas de comercio ligadas con los hombres del poder se encontraban comprometidas con su fuga, obtuvo un salvoconducto que le permitió arreglar sus negocios. Estos hechos se verificaron mucho después de la época a que se refiere este relato".[198]

Lafond de Lurcy insiste en que las especulaciones comerciales causaron el descontento en contra del gobierno de O'Higgins, y así, la pugna del Director Supremo con su Consejo de Estado lo indispuso con el partido aristocrático, "y al mismo tiempo el partido liberal estaba ofendido con el gobierno por los favores que éste dispensaba a las especulaciones del señor Arcos".

Por otra parte, al igual que Mary Graham, Lafond describe con mucha simpatía y entusiasmo la hospitalidad de los chilenos y la belleza y distinción de sus mujeres. En un juicio de conjunto, expresa: "Chile es no solamente uno de los mejores países de la América sino del mundo, por la bondad del clima y la rara fertilidad del suelo. El calor jamás es excesivo, ni el frío riguroso. En el verano los grandes calores son atemperados por las brisas del mar a lo largo de las costas, y en el interior, por la mayor elevación del suelo. En Chile, donde se vaya, puede tenderse uno en el suelo sin temor de tigres, víboras, serpientes, escorpiones ni otros animales peligrosos. En una palabra, es un país que no se abandona jamás sin pesar y sin que se desee volver".

Los testimonios de Lafond de Lurcy y Mary Graham, coinciden en muchos puntos en cuanto a la situación política de Chile, y en lo tocante a su realidad natural y social. A pesar del fracaso de O'Higgins, la escritora británica no pierde su esperanza en el seguro destino de Chile y dice: "Creo, sin embargo, que los hombres, como todas las cosas, surgen cuando se les necesita. Hay aquí elementos para la formación de un Estado; pero, antes de lograr lo que constituye esencialmente un Estado, es necesario formar hombres".

De paso registra uno de los defectos graves del chileno, y de la nación. A raíz de una conversación, en la biblioteca, con el diputado Albano, éste, al pasar delante de los libros de leyes, le dijo: "He aquí nuestra gran plaga. Treinta y siete mil de estas ordenanzas están todavía vigentes y los comentarios sobre ellas forman por lo menos el triple de este número..." Y agrega Mary Graham: "Los chilenos son excesivamente litigantes. Consideran un título de honor tener un pleito". (Los pleitos duran años y arruinan más familias que todas las demás causas de ruina juntas...).

Algunas de sus observaciones sobre los entretenimientos del pueblo, la belleza de las mujeres y el aspecto de los hombres son muy justas. Vale la pena reproducirlas:

Visita las chinganas, al suroeste de Santiago, donde el bajo pueblo se "reúne... todos los días festivos y parece gozar extraordinariamente en haraganear, comer buñuelos fritos en aceite y beber diversas clases de licores, especialmente chicha, al son de una música bastante agradable de arpa, guitarra, tamborín y triángulo, que acompañan las mujeres con canciones amorosas y patrióticas..."

[198] Gabriel Lafond de Lurcy: "Viaje a Chile". Traducido de la edición francesa de 1853 por el escritor Federico Gana G. Editorial Universitaria, 1970

Refiriéndose a cosas femeninas, agrega que "jamás había visto tantas mujeres hermosas en un solo día como aquí en el día de hoy. No me atrevo a asegurar que hubiera entre ellas alguna de extraordinaria belleza, pero sí puedo afirmar que no había ninguna fea..."

Con respecto al tipo masculino, escribe: "A juzgar por lo que hasta ahora he visto, en Chile, el tipo masculino es más feo y tosco que el femenino, que, en general, sobresale por su belleza y distinción", para remachar: Las chilenas "poseen una cortesía natural y sencilla y maneras afectuosas que me encantan".

Despedida melancólica[199]

I

He sido colaborador entusiasta de "Occidente", desde comienzos de 1949, animado por la acogida gentil, y sin limitaciones, de sus distinguidos directores, los escritores, catedráticos y periodistas Armando González Rodríguez, Enrique Amagada Saldías, Germán Sepúlveda Durán, Sergio Carrasco Torrealba y Roberto Aldunate.

En sus páginas densas, se han insertado numerosos artículos y ensayos míos sobre los más variados temas, escritos en su mayor parte en el tranquilo ambiente de la simpática comuna de Ñuñoa, a la cual estoy ligado desde mis lejanos tiempos de estudiante universitario, cuando viví en casa de mi generoso e inolvidable tío Adriano Jobet Angevin, en la calle Monseñor Eyzaguirre, entre las actuales avenidas Dublé Almeyda y José Domingo Cañas. El encanto de Ñuñoa ha sido reconocido por muchos escritores. Mary Graham en su famoso "Diario", lo señaló en estas líneas, fechadas el 5 de septiembre de 1822; "Ñuñoa, pintoresco pueblo... es un lugar lindísimo, lleno de huertos y jardines y rodeado de sementeras de trigo. El espléndido circulo de montañas que lo rodea, especialmente los nevados Andes, hacen resaltar más aún la belleza de los floridos campos de Ñuñoa".

En tan atrayente lugar he investigado, meditado y escrito mis modestos estudios, que "Occidente", con tanta benevolencia ha publicado. Por tal razón mi agradecimiento es profundo e imborrable. Y ello me ha estimulado a perseverar en mis colaboraciones. Pero ha llegado el momento de guardar silencio y abandonar la pluma. La mala salud y el desaliento, el cansancio y el tedium vitae, me impiden proseguir en tan grata labor...

El 18 de enero de 1973 cumplí 61 años, y ya mi salud era muy delicada a causa de un agudo estado nervioso y una alta hipertensión. Pasé el verano en condiciones precarias, aunque logré terminar algunos trabajos comenzados; el 6 de abril en la mañana, mientras me duchaba, una terrible trombosis me colocó al borde de la muerte, aniquilándome física y espiritualmente con la parálisis de todo el lado izquierdo de mi cuerpo, después de varios días de intensa lucha me salvé y comencé una lenta y prolongada rehabilitación. Aunque me recuperé, y logré quedar sin defectos y con una mente todavía lúcida, sin desconformaciones cerebrales, como diría el historiador Encina, mi capacidad de trabajo y mi entusiasmo intelectual decayeron notablemente; el espectro de la muerte en cualquier momento me canceló todo anhelo creador. "La inteligencia humana se nutre tan esencialmente de futuro, que en el instante en que toda posibilidad de porvenir queda abolida, cuando cada impulso del espíritu choca indistintamente contra la muerte, ya no hay pensamiento posible". Este juicio tan exacto de Martin du Gard, ilustra dolorosamente mi situación después de aquella terrible enfermedad, a la que se agregó, en mi caso, la influencia

[199] OCCIDENTE N°263 noviembre 1975

trastornante del malsano ambiente político de la época, insoportable, absurdo, con su permanente estado de preguerra civil. Se me cerró toda posibilidad de porvenir y de pensamiento creador; mi personalidad quedó bloqueada, y mis impulsos espirituales anonadados, por la enfermedad, el desgaste físico y el fracaso de la política democrática popular a la cual adherí en mi juventud.

Desde aquel día, y meses siguientes, del año 1973, "ya no luché... me abandoné a la opresión de la muerte, y la intensidad con que se me aparecía en ese momento la inutilidad de la vida, la vanidad de todo esfuerzo, hasta me provocaban una voluptuosa, exaltación: ¿Por qué querer? ¿Esperar qué? La vida es irrisoria. ¡Nada, absolutamente nada vale la pena, en cuanto uno conoce la muerte! Me sentía herido en lo más íntimo. No tenía ambición, ni ansia alguna de dominar, ni deseo de realizar nada, Y no me imaginaba que ya pudiera curarme de esta angustia, recuperar cierto sosiego ni siquiera, tenía la veleidad de creer que, si bien la vida es breve, el hombre dispone a veces del tiempo para poner un poco de sí mismo al abrigo de la destrucción, que a veces le es acordado el levantar por encima de la ola que lo arrebata un poco de sueño, para que algo suyo flote aún después de haber desaparecido".

Luego, ante los dramáticos hechos de septiembre, viví semanas de pavor y me transformé en un ser desalentado, sufriente y titubeante, sumergido en mi estoicismo natural, intrínseco, y afirmado en mi pública y reiterada posición humanista, anti totalitaria; en mi sincero idealismo político democrático; en mi elevada conducta ética, hecha de honorabilidad y rectitud cotidiana, ajeno siempre a cargos y actividades oficiales, a sinecuras bien rentadas.

El hundimiento del régimen político tradicional, en 1973, ha significado, el desaparecimiento de toda una "belle époque" de la república liberal. El fallecimiento de representativos personeros, como los ex senadores y ex ministros Horacio Walker Larraín, Eduardo Cruz Coke, Jaime Larraín García-Moreno, o el ex ministro José Tohá; y el deceso de Pablo Neruda, premio Nobel, señalan en lo político y en lo literario, el término de un lapso resplandeciente, y a él se agregan los fallecimientos de los estupendos escritores Manuel Rojas, Benjamín Subercaseaux, del fecundo erudito Guillermo Feliú Cruz; del maestro sin par Luis Alberto Puga, del novelista Reinaldo Lomboy, del folletinista Jorge Inostroza; de los periodistas Aníbal Jara Letelier y Luis Hernández Parker; de los pintores Camilo Morí, Marcos A. Bontá. Asistimos a la liquidación de todo un periodo histórico, político, literario y artístico, y de cuyas ruinas habrá de brotar otra fase, con otros dirigentes, otros ideales y otra sensibilidad. Pero los de mi generación, y yo mismo, ya no nos reconocemos en ella, ni podemos jugar algún papel, Hemos perecido moral y espiritualmente en la catástrofe. Únicamente podemos pensar y desear que la nueva época sea superior, mejor, para bien de nuestra amada patria. Solo la nostalgia de aquel mundo desvanecido y el contacto con algunos escasos sobrevivientes de prestigio y de calidad auténtica, nos permiten subsistir y gozar de algunos momentos de felicidad... El sentimiento de soledad y de tristeza se agudiza al caminar por las calles derrumbadas, los edificios característicos demolidos; al notar la ausencia de tantos amigos desaparecidos en la tormenta; y el predominio de compatriotas desconocidos, indiferentes o desconfiados de los viejos, acusados de ser los causantes del trastorno ocurrido ...

II

En mi trayectoria de ensayista, con una docena de libros y decenas de ensayos esparcidos en diversas revistas nacionales y extranjeras, he recibido innumerables críticas, tanto adversas como favorables. En "Occidente" N°225, de abril de 1971, su culto director y dilecto amigo Roberto Aldunate, reprodujo un extenso y elogioso artículo de R.A. Latcham sobre mi "Ensayo crítico del desarrollo económico-social de

Chile"; recogió varias referencias de tratadistas norteamericanos en tomo a algunos trabajos míos; y reprodujo también, después de hacerlo traducir, un brillante artículo del catedrático Michael F. Jiménez, acerca de mis libros "Ensayo critico..." y "Los precursores del pensamiento social de Chile".

Al aparecer mi volumen "Doctrina y Praxis de los educadores representativos chilenos", en Editorial Andrés Bello, "El Mercurio", del 3 de octubre de 1971, le dedicó una breve crónica, en la cual expresa: "Se puede discrepar de algunas apreciaciones subjetivas del autor, pero no se puede ignorar una de las obras o ensayos más completos y valiosos escritos en los últimos años, en esta materia que toca tanto lo histórico como lo educacional, lo social e incluso lo económico desde su punto de vista doctrinario y muchas veces de gran objetividad. Este ensayo está dividido en once grandes capítulos que se leen con verdadera sorpresa por lo ameno y claridad de exposición... Creemos, como anotación final, que esta obra de Jobet debe ser conocida ampliamente en los círculos históricos y educacionales del país, ya que ayudará a formar opinión sobre diversos puntos que aún hoy son nebulosos y aparecen como controvertibles en alto grado".

Mientras permanecía hospitalizado en dura lucha con la muerte, apareció en "La Nación", del 12 de abril de 1973, un elogioso articulo para calificar mi obra y muy benévolo respecto de mi condición humana. El autor de ese artículo, discípulo agradecido, manifiesta conceptos halagadores como los siguientes: "En las obras de J.C. Jobet palpita un afán reiterado de escrupulosa investigación y una constante búsqueda interpretativa original, aplicando su metodología adquirida en sus estudios en el departamento de Historia del Instituto Pedagógico de la U. de Chile, y sus concepciones socialistas... J. C. Jobet ha heredado muchas de las tradiciones humanistas y libertarias del pensamiento francés y, sobre todo, su pasión por buscar y proclamar la verdad. Por su influencia se ha señalado como un intelectual socialista de criterio independiente y espíritu crítico, incapaz de someterse a una regimentación partidista sectaria o a un reglamento dogmático y esterilizador. Ante los fieles de la militancia ciega y obtusa, meramente consignista, le ha perjudicado (o favorecido) su actitud amable, dialogadora, a menudo distraída y lejana, reveladora de la agudeza y de la indiferencia del intelectual asiduo de los libros, del solitario austero e idealista. Además, ha sido tímido, aunque su timidez no ha provenido de una falta de valor físico, de coraje, sino de una especie de pudor que le ha impedido cualquiera intrusión y toda manifestación en pro de la conquista de cargos administrativos o políticos. Su inteligencia alerta le indica a cada instante la insuficiencia, o unilateralidad, de sus conocimientos, no obstante, sus ordenadas y prolongadas investigaciones y lecturas. En ese sentimiento delicado radican su amplia tolerancia ideológica y una cierta piedad para considerar al prójimo y su carencia de ambición, de soberbia, de vanidad".

En "La Nación", del domingo 5 de noviembre de 1972, bajo el título de "La obra ensayística de Julio César Jobet" se hizo una síntesis de las referencias nacionales y norteamericanas (de los círculos universitarios de los EE. UU.) a mi obra. Por ejemplo, es interesante lo expuesto por el catedrático Michael P. Jiménez, a fines de 1970, en el seno del Latín American History Colloqium, enfocando el contenido de mis libros "Ensayo crítico...", que, a su juicio, es un examen provocativo de los orígenes del subdesarrollo chileno, a través de la revista al proceso nacional desde la era portaliana hasta la década del 40; y "Los precursores del pensamiento social de Chile". Respecto de este trabajo expresa el profesor norteamericano que Jobet "pinta fascinantes retratos de las personalidades intelectuales y políticas de quienes trataron de establecer una nueva identidad política y social para la nación chilena", y complementa su ensayo sobre la estructura social y económica de la sociedad patria. Ajuicio de Michael F. Jiménez, este libro de Jobet sirve para afirmar una tradición intelectual de izquierda y evoca el estudio de Edmund Wilson, titulado "To the Finland station" sobre la tradición revolucionaria y el surgimiento del socialismo en Europa, En varios sentidos sería la historia de la creación de una nueva ideología chilena. Termina su largo comentario con

estas palabras: “Las obras de Jobet han de considerarse como un catalizador en la creación de una nueva identidad para el pueblo chileno. Somete la realidad social chilena a un acucioso examen y cómo encuentra que le falta una ideología, procede a configurarla con la esperanza de que inspire confianza en el pasado y sirva como guía para el futuro...”.

En el artículo mencionado se reproduce una referencia muy notable a la situación de los estudios históricos en Chile, y al papel de F. A. Encina y J.C. Jobet, en dicho campo. En efecto, en la obra “Latín America: a guide to the historical literature”, Charles Griffin, editor, University of Texas Press, Austin, Texas, 1971, (publicación oficial de la “Conference on Latin America History”, organización de los historiadores de América Latina, de los Estados Unidas. El redactor de la parte correspondiente a Chile es el profesor Robert Burr) en la página 527 se manifiesta que ha surgido en Chile, un revisionismo histórico cuya inspiración fundamental busca reorientar los estudios históricos reflejando la triple influencia de las ideas extranjeras, de los conflictos internos y de un creciente nacionalismo. Como puntos focales de tal revisionismo, estarían Francisco A. Encina y Julio César Jobet. El primero representa la posición aristocrática, basada en la filosofía intuitiva de Bergson y la concepción histórica de Spengler a través del escritor chileno Alberto Edwards, que acusa a los historiadores del país como meros compiladores de hechos; y pide, en cambio, una evocación de la forma y el significado de la experiencia chilena de acuerdo con la intuición y el estilo. Julio César Jobet, en un campo opuesto, representaría el punto de vista socialista, y en un ensayo acerca de las características de la historiografía chilena escrito en 1949, anotaba la situación de haber sido la historia de Chile escrita por miembros, o allegados, de la pequeña oligarquía gobernante y siempre con el propósito de sostener las pretensiones de una clase y asegurar su posición. Por eso, afirmando que la fuerza motriz de la historia es la lucha de clases sociales, llamaba a los historiadores de la nueva generación a una doble tarea: investigar la realidad social y económica del pasado y crear las condiciones necesarias para establecer en Chile una verdadera democracia. Y agrega que, en 1951, suministró un modelo valioso ilustrando esos puntos de vista con su “Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile”.

En realidad, es demasiada elogiosa la referencia al ensayista Julio C. Jobet, y exagerada la afirmación de ser el representante destacado de una nueva posición capaz de oponerse a la obra inmensa del historiador F.A. Encina. Yo no soy propiamente, un historiador, como lo he declarado y sostenido; únicamente soy un ensayista, con una interpretación revisionista de la evolución republicana de Chile, y una decidida intención de ligar el movimiento democrático izquierdista de mi país a fuentes ideológicas nacionales, reivindicando para ello a todos los grandes valores intelectuales del país, e investigando cuidadosamente la evolución de las ideas, del pensamiento, en Chile.

III

El sorprendente fenómeno Encina es desconcertante. Se le invoca como autoridad en historiografía y no ha realizado investigaciones originales; únicamente utilizando a Diego Barros Arana y a José Toribio Medina, como pilares, y a todos los demás historiadores clásicos del país, ha llevado a cabo una refundición de sus obras, disfrazada con una interpretación polémica, echando mano a métodos intuitivos, psicologistas, y a una curiosa y pintoresca terminología.

F.A. Encina proclama en forma insistente su adhesión a la concepción genética de la Historia, sin precisar su verdadero alcance y manejándola con una cómoda elasticidad para cubrir sus arbitrarias interpretaciones. En el Prólogo al tomo vigésimo de su “Historia de Chile”, aparecido en 1951, afirma que con su concepción genética ha sustituido “los maniquíes plutarquianos tan caros a la infantil mentalidad

hispanoamericana, por hombres de carne y hueso, con la consiguiente indignación de sus deudos, de sus admiradores y de los cuerpos o gremios a que pertenecieron" (pág. XVI). Cuando estudia las administraciones de Aníbal Pinto y Domingo Santa María, "en respuesta a la historia plutarquiana que nos presenta a todos los hombres del pasado como modelos de inteligencia, sensatez y civismo ..." él describe sus debilidades y fallas, pone al descubierto su indigencia mental, su falta de imaginación y su inercia cerebral, y, además, exhibe que "las consecuencias de la ancianidad, de la sífilis con su cortejo imprevisible de repercusiones sobre el intelecto, las congestiones y los derrames cerebrales no contaban más que la indigencia intelectual, la bebida o los accesos de locura en el criterio de los hombres que dirigieron la Guerra del Pacifico ..."

Completaba su concepción genética antiplutarquiana con el recurso de los palimpsestos, que los define así: "Se ha denominado palimpsesto a los cambios que se producen en la personalidad humana al advenimiento de la madurez cerebral y al atardecer de la vitalidad genésica, generalmente determinada por estímulos sobrevivientes, (t. XX, pág. 38). Para redondear su concepción genética antiplutarquiana agrega estas palabras: "Contrariamente a la creencia de Carlyle, la humanidad no ha marchado empujada por un corto número de hombres superiores; han sido los movimientos de masas, los grandes impulsos gestados en el subconsciente colectivo, los que, para aflorar, se han encamado en algunas grandes figuras de la historia", (Prólogo al tomo XX, pág. 15).

El criterio expuesto en las líneas reproducidas es correcto, pero F. A. Encina no lo aplica en forma consecuente en sus interpretaciones. Es antiplutarquiano para atacar y denigrar a las grandes figuras que le son antipáticas por razones personales, partidistas o ideológicas; y, en cambio, cae en el culto al héroe, según el modelo de Carlyle, de manera desmedida, parcial y, a veces, desorbitada, cuando retrata a los escasos personajes de su devoción ... Por otra parte, en abierta contradicción con su concepción genética antiplutarquiana, persiste en elevar a sus obscuros familiares y en asignarles un rol histórico preponderante en circunstancias de que fueron elementos rústicos, de escaso poder cerebral, que se distinguieron solo como caciques lugareños y los que obtuvieron cargos parlamentarios fue en virtud de sus cuantiosos intereses pecuniarios, y por el apoyo de las autoridades, de los gobiernos; en el desempeño de sus funciones no demostraron la menor capacidad intelectual o política.

Eran meros subalternos de altos dirigentes políticos de relieve. Es visible y reiterado su afán de otorgarle un sitio destacado a su tío José Manuel Encina, senador por Maule, en virtud de su dinero y de sus conexiones políticas con don Domingo Santa María. Para conseguir su propósito de colocar en primer plano a su tío, narra extensamente una oscura intriga política, como expresión típica de los hábitos políticos de la época, de acuerdo con datos privados de la familia Encina, en especial del propio protagonista. En esa intriga habría participado don Domingo Santa María y José Manuel Encina. El asunto es tan poco convincente que, al final de todo manifiesta: "Réstanos solo añadir que Santa María negó siempre su participación en esta intriga..." (?). Sin embargo, con motivo de ella, escribe líneas como las siguientes: "A esta altura entró en juego el senador José Manuel Encina, de quien, como ya sabemos, dirían los contemporáneos que cuando el presidente Errázuriz Zañartu, tenido por el político más astuto que hasta hoy ha tenido Chile, iba de ida, don José Manuel venía de vuelta..." (O sea, don José Manuel Encina habría sido el político más astuto que tuvo Chile en el siglo XIX).

Y después de la fantástica afirmación, menudean las alusiones hiperbólicas al talento del decisivo personaje: "Santa María y Encina eran demasiado inteligentes para divisar en Varas un rival" ... "Pero Encina se reía de las ilusiones cifradas en la popularidad que la guerra pudiera dar a Santa María...". "Encina

estaba admirablemente colocado para producir este entendimiento... etc. Prodiga las alusiones al poder y a la influencia del senador José Manuel Encina. Por ejemplo: “Hacia el final de la administración Errázuriz, los tejemanejes de José Manuel Encina lograron, no borrar el abismo pasional que separaba a Errázuriz y a Santa María, que eso era superior a las fuerzas humanas, pero sí suavizar algo las laderas y abrir en ellas senderos disimulados del lado de Santa María”. “El horror castellano-vasco al gesto era en Santa María muy vivo. José Manuel Encina y otros miembros de su camarilla, recordaban los accesos de hilaridad que le causaban el romanticismo y la teatralidad de Balmaceda y la soberbia intelectual entre desdeñosa e insolente de Aldunate...”. Muchas de sus interpretaciones se basan en testimonios de su prodigioso tío. Así relata: “Si hemos de creer a un autor que era la sagacidad misma y que estaba muy interiorizado en los manejos ocultos de la política, el senador por Maule. José Manuel Encina...”. Y, a menudo, esos testimonios de sus parientes o de amigos de sus familiares, el historiador Francisco Encina las obtuvo a corta edad, gracias a su precocidad genial. (En el tomo XVII, pág. 250, dice en una nota: “Lo que Bulnes basa en una sospecha, lo oímos al propio Vergara en 1886 en Talca, y más tarde nos lo confirmaron Luis Pereira y Carlos Walker Martínez...”. En 1886, F. A. Encina tenía 12 años, pero ya era confidente de grandes personajes, como Vergara, Baquedano, etc.

Asimismo, prodiga elogios a su pariente Blas Encina, a quien define de manera muy curiosa: “Hace unos ochenta años Blas Encina, un raro que tuvo la ocurrencia de pensar la vida al margen de los conceptos estereotipados y la cordura de no escribir nada, comentando con Ignacio Zenteno Gana, algunos conceptos de Scherer, llamó a la historia el hospicio del mundo intelectual”, (Prólogo al tomo XX). De ese mismo pariente escribe: “Un reformista, cuya aguda penetración psicológica perduró en el recuerdo de sus íntimos hasta que con Isidoro Errázuriz desapareció el último de ellos, con motivo de la elección de Balmaceda para presidente del Club de la Reforma dijo: “Nos hemos dado un presidente monttino con sobrepelliz reformista. (Salida de Blas Encina, diputado reformista al Congreso Constituyente de 1870, y fallecido poco más tarde, relatada por Ignacio Zenteno Gana a Adolfo Armanet)”.

El plutarquismo familiar de don Francisco Antonio Encina, es abiertamente antagónico a su pretendida concepción genética, y se enlaza con su adhesión sistemática a una explicación del proceso histórico por causas racistas (en el factor raza incluye los móviles clasistas y los psicológicos). El tronco Encina es castellano y por ello el clan Encina sobresale dentro de la aristocracia castellano-vasca. Esta es el demiurgo fundamental en el proceso de evolución histórica de Chile, a pesar de las severas críticas prodigadas en su contra, a causa de su indigencia de imaginación creadora, su apego al formalismo jurídico y a la palabrería hueca. En un juicio de conjunto respecto de la aristocracia castellano-vasca, manifiesta: “Muchas veces hemos subrayado en el curso de esta historia su extrema dureza cerebral, que tomándola casi impermeable a las influencias intelectuales le daban una cordura negativa, y una estabilidad que contrasta con el espíritu movedizo y novedoso del elemento meridional, abierto en exceso a las sugestiones de los libros no controlados por la piedra de toque de la realidad y a las limitaciones insensatas”.

Tanto el elemento castellano-vasco como el elemento meridional han demostrado poseer una admiración beata por las doctrinas foráneas, con un simplismo mental primario que las desnaturaliza y caricaturiza, como ocurrió con las enseñanzas del liberalismo económico de Courcelle-Seneuil en el siglo pasado; o como ha sucedido en años recientes con diversas complejas doctrinas sociopolíticas.

IV

En resumen, la existencia es dura, la condición humana muy débil, su sentido difícil de abarcar, y a medida que pasan los años "el tedium vitae" nos corroe intensamente. A manera de consuelo y explicación, termino esta despedida melancólica con algunas frases del biólogo francés Jean Rostand en su libro "El hombre y la vida", Para este notable sabio: "Los hombres, de ordinario, se merecen los unos a los otros", y "el psicoanálisis nos ha enseñado que el hombre es un lobo no solamente para el prójimo sino para el mismo...".

El filósofo Aristóteles dijo que el hombre es, esencialmente, un animal político. Al respecto el sabio francés escribió un par de observaciones dignas de reflexión: "En política, no se mancilla la mentira de ayer sino para adular la mentira de hoy". "En política, los insensatos pueden arreglárselas de tal modo que sean los sabios los que estén equivocados...". "O se anula uno aislándose, o se envilece agremiándose...".

Jean Rostand expresa que, al recordar sus orígenes, el hombre se mira con demasiada complacencia: "Este nieto de pez, este sobrino segundo de babosa tiene derecho a cierto orgullo de advenedizo, pero ¿hasta dónde llegará en su dominio de las fuerzas materiales? Su éxito ha sido grande, pero su reino irrisorio entre los astros innúmeros no es para tranquilizarlo...". ¿Qué suerte puede él predecir a su obra, a su esfuerzo? ¿Qué quedará un día de todo esto, sobre el miserable grano de barro en que vive? La especie humana pasará como han pasado los dinosaurios y los estegocéfalos. Poco a poco la pequeña estrella que nos sirve de sol abandonará su fuerza iluminadora y calentadora... Entonces, de toda la civilización humana y sobrehumana —descubrimientos, filosofía, ideales, religiones— nada subsistirá. No quedará de nosotros ni siquiera lo que queda ahora del hombre de Neanderthal, del que algunos despojos, al menos, ha encontrado asilo en los museos de su sucesor. En este minúsculo rincón del universo será anulada para siempre la ridícula aventura del protoplasma...".

Nota sobre Oscar Schnake Vergara. A propósito de las "Memorias" del ex presidente de la República don Gabriel González Videla[200]

Las copiosas "Memorias" del veterano político radical, don Gabriel González Videla, constituyen un inapreciable arsenal documental para los estudiosos de la evolución histórica de Chile en este siglo. Su análisis exigiría un estudio extenso. Por el momento, únicamente, queremos reproducir su juicio sobre un dirigente socialista, amigo directo y maestro, el exsenador, exministro de Estado y exembajador, Oscar Schnake Vergara, retirado de la vida política activa desde hace varios años.

En general, las "Memorias" de don Gabriel González sobresalen por su ecuanimidad en la apreciación de los hechos y en el retrato de las personas. Es un mérito señalado en esta época de sectarismos desenfrenados. Su juicio sobre Oscar Schnake, es muy acertado y elogioso. En el vol. 1, cap. XII, donde trata de la elección de Aguirre Cerda en la Convención de Izquierda, escribe: "La verdad era que en mi fuero interno tenía depositada toda mi esperanza y fe en la capacidad y condiciones extraordinarias de líder político del secretario general del Partido Socialista, Oscar Schnake. Caudillo auténtico del socialismo, era el mejor conductor de hombres que había conocido, de recia personalidad y profundas convicciones, hablaba a las masas en un nuevo y vibrante lenguaje, que seducía, en contraste con las monótonas y áridas consignas del Partido Comunista. Reservado, introvertido, nada prometía, ni entraba en compromisos ni en cábalas políticas. Como un general en jefe antes de dar la batalla, estudiaba el terreno, apreciaba las

[200] OCCIDENTE N°265 marzo 1976

fuerzas del enemigo, sacaba sus conclusiones estratégicas para aplicarlas en el lugar y en el momento precisos, todo en el mayor misterio" ...

Es indudable que Schnake gozó de una influencia avasalladora durante un par de decenios en la política nacional, y en el seno del socialismo chileno formó centenares de discípulos, casi toda la oficialidad de la agrupación, alcanzando los contornos de un verdadero maestro. Por su inteligencia penetrante, su elevada sindéresis para definir situaciones y personas; por su absoluta imparcialidad y objetividad en el análisis de los diversos problemas y las cambiantes posiciones; por su desprendimiento personal, su sencillez democrática para actuar, para escuchar con paciencia inalterable a los más variados miembros del partido, de las distintas regiones del país; para consultar con modestia y exponer sus puntos de vista con hondo calor humano los juicios y resultados de sus reflexiones y concepciones alcanzó una insuperable e indiscutida autoridad política y moral, y una ciega, confiada y apasionada obediencia. Era consultado en todos los asuntos; se le proponían las infinitas cuestiones propias de la organización, metas y desarrollo de un vasto movimiento popular; y siempre se aceptaban con afecto y respeto sus sugerencias, consejos o resoluciones.

Ayudaban a su alta influencia intelectual y espiritual tanto su profunda cultura y su rica experiencia ciudadana, como su presencia física simpática, original, característica: sobresalían su risa espontánea y juvenil, su gran melena romántica, (en confianza lo denominábamos "el chascón"), su oratoria fervorosa, encendida y vibrante, cargada de resonancias libertarias, idealistas, generosas.

Un estupendo retrato de su aspecto en los años iniciales de su jefatura político-socialista es el que dejó la pluma magistral de Eugenio González, también representante esclarecido, eminente, de la generación de 1920, amigo y compañero de Oscar Schnake, al delinear el perfil del principal personaje de su novela "Hombres". He aquí ese notable retrato, que corresponde, creemos, a la figura física, intelectual e idealista de Schnake en su juventud: "Algo a la vez ascético y sensual daba carácter a su rostro enmarcado por largas melenas, rostro en el que una pensativa y bondadosa mirada anticipaba la cordialidad de su espíritu libre de compromisos, comprensivo hasta el extremo de no sentir el odio. Daba, una impresión de paz espiritual, de tranquila pereza, de armonía interior. Al verlo venir, con su andar un poco inseguro, lento y abstraído, como deteniéndose ante la sombra de sus propios ensueños, uno sentía la evidencia de una energía secreta que por el hecho mismo de ocultarse era más fecunda" ...

Oscar Schnake tuvo un ascendiente universal por sus cualidades humanas y políticas; su trato tan fraternal con las gentes, su carencia de ambiciones personales, y su devoción íntegra a una causa, la de los trabajadores manuales e intelectuales, le colocaron en el primer puesto del movimiento socialista democrático y en lo más hondo del corazón de sus miembros. Su trabajo tesonero, su austeridad, y estoicismo en el quehacer cotidiano, privado y público; su abnegación y sobriedad invariables, resplandecían como un ejemplo para todos. Poseyó un carisma sorprendente, provocando la adhesión y la confianza más completas, haciendo prosélitos, formando discípulos calificados, asegurando la organización nacional de su partido y despertando un alto respeto en sus adversarios políticos. Así fue el artesano decisivo en la fundación del PS de Chile en 1933, y luego, en su organización disciplinada y responsable y uno de los más brillantes conductores del movimiento popular democrático chileno en las décadas del 30 y 40. Su concepción socialista democrática le suministró una visión total del mundo y de la sociedad, y la aplicación de su método científico a la realidad nacional le llevó a la formulación de un programa renovador del país y a una posición nacionalista, alejada de las internacionales que en esos años

se disputaban el control de las masas populares. Por el contrario, para él fue una meta práctica y fecunda una línea bolivariana bien definida y claramente compatible con una genuina chilenidad.

En su bien entendido nacionalismo moderno se preocupó por la búsqueda constante de fuentes ideológicas chilenas, originales, para la creación de una amplia y auténtica izquierda chilena, con perspectivas americanistas, y repudió cualquier nexo o sujeción a las internacionales europeas, que pretendían impartir e imponer normas universales, desligadas de los problemas, de las tradiciones y de la idiosincrasia nacionales.

Así lo dejó estampado en líneas repletas de emoción: "Nuestra orientación es profundamente realista. Pretendemos conocer la realidad chilena, interpretarla en su mecanismo económico y social... Pretendemos movilizar al pueblo entero hacia una acción de independencia económica de Chile. Queremos poner todo lo bueno de nuestra tradición histórica, política y social al servicio de esa acción; despertar la sangre, los gustos, los afectos, despertar lo heroico que ha fecundado estas tierras latinoamericanas, para darle un valor moral traducido en voluntad, espíritu de sacrificio y solidaridad a nuestra acción. Vamos impulsando la acción de todo un pueblo hacia su liberación. Por eso queremos darle un contenido nacional que abarque nuestra manera de trabajar, gozar, sufrir y sentir, para hacer un pueblo nuevo en todas sus facetas. Somos los instrumentos de la revolución que Chile necesita para hacer su historia dentro de la historia de Latinoamérica y de la Humanidad en estos días preñados de un futuro grandioso" ...

Hoy día, Oscar Schnake, así como Eugenio González, maestros queridos y admirados, alejados de la vida cívica activa, viven aislados, visitados de vez en cuando por algunos de sus fieles discípulos, como el que escribe estas líneas. En nuestras reuniones únicamente recordamos con nostalgia; evocamos melancólicamente sucesos y compañeros; un velo de tristeza cubre nuestras acciones pasadas y nuestras esperanzas de entonces, porque fuimos idealistas que soñamos en la posibilidad de cambiar la vida, y "más que eso, el corazón del hombre", y fracasamos...

Las líneas finales de la citada novela de Eugenio González se aplican con exactitud a nuestras experiencias: "Habían luchado, tratando de embriagarse en una acción incesante, quizás para huir de la verdad de sus corazones. Pero llega un momento en que se hace necesario enfrentarse con lo que hay de más íntimo en la propia alma, mirar la vida interior en su patética desnudez, y entonces, nada existe que pueda evitar el derrumbe de los ensueños imposibles, la renuncia, un poco orgullosa, a lo que no nos pertenece, el conocimiento de que es la soledad nuestro reino y nuestro destino".

Recuerdo de Mariano Latorre y de su obra[201]

Se cumplirá pronto un nuevo aniversario de la desaparición del gran escritor Mariano Latorre Court. Falleció en Santiago, el 10 de noviembre de 1955.

Fue mi amigo dilecto y lo traté durante largos años con afecto y respeto. Tuve el agrado de presentarle, en Temuco, a mi querido y admirado novelista Daniel Belmar (y Mariano lo recordó en el prólogo a "Coirón", la bellísima producción de Belmar, que entusiasmó al maestro criollista). Es mi deseo sincero que Daniel Belmar obtenga, muy merecidamente el Premio Nacional de Literatura y evoco con punzante nostalgia la prodigiosa existencia de Mariano Latorre; su encantadora, fascinante personalidad; escucho

[201] OCCIDENTE N°268 agosto-septiembre 1976

su contagiosa risa y veo su picaresco parpadeo, en tanto sus ojos verdes-azules, tan vivos, chispeaban de diablura, y que tan hondo penetraron en el corazón de nuestro pueblo y en la entraña de nuestra patria.

A Mariano Latorre tuve la suerte de conocerlo mientras era alumno del Instituto Pedagógico, al incorporarse a su personal docente con motivo de la jubilación de don Julio Vicuña Cifuentes, en 1930. Más tarde nos hicimos amigos y nunca dejó de visitar mi hogar en Temuco o en Santiago, para conversar y rendir honores a algún guiso preparado por mi esposa, también oriunda de la región del Maule (nació en Cauquenes, con familiares en Talca y Parral, a varios de los cuales frecuentó Mariano). Todos los veranos pasaba por el "mapu" a tomar bachillerato o a visitar a alguno de sus innumerables amigos quienes se disputaban el honor de invitarlo a sus predios, donde Mariano intimaba en la comprensión profunda de sus faenas, paisaje y existencia humana. En Santiago mantuvimos con la cordialidad de siempre esas relaciones tan atrayentes y fecundas, Mariano Latorre ha sido una de las personalidades de mayor simpatía y encanto en su trato y de más calidad espiritual y atractivo literario que he conocido. Y tuve la suerte, a través de varios decenios de intensa vida política, docente y periodística, de alternar con una impresionante cantidad de figuras de alta jerarquía intelectual y humana.

Mariano era insuperable como amigo y compañero. Su alegría traviesa, sus conversaciones sabrosas e inagotables, sus animados relatos de incidentes y anécdotas, sus comentarios inteligentes de lecturas y sus retratos certeros, cáusticos o maliciosos, de personajes de la política o del mundo literario, su generosidad sin par, lo hacían un ser brillante, ingenioso, simpático, excepcionalmente humano. A pesar de sus dotes intelectuales extraordinarias y de sus vastísimas amistades, no quiso nunca usufructuar de prebendas ni tampoco llevar una existencia rumbosa.

Aunque soy un "intelectual", atraído fundamentalmente por las cuestiones sociales, la política y la historia, y poseo ante todo una inquietud ideológica, la literatura de Mariano Latorre me interesa y conmueve. Se entronca a mi origen campesino, a mi infancia y adolescencia nutridas en la tierra araucana, en medio de estas campiñas ubérrimas, de ríos, volcanes y bosques, tan bien descrita en sus diversas obras. Mi condición de descendiente de colonos franceses radicados en la Frontera, y moldeado en esas duras y fascinantes realidades las encuentro reflejadas con arte insuperable en las producciones de Mariano Latorre y de Luis Durand. Las leo y releo con placer nutriendo mi vertiente rural fronteriza, de profunda adhesión a mi tierra magnífica. De aquí mi comprensión de los sentimientos creadores de Mariano Latorre, descendiente de español y francesa (su madre era bordelesa como mi abuela Berta Angevin Ménard) y mi admiración ilimitada por su obra literaria empapada de amor a la tierra natal. Al mismo tiempo explica mi amistad. Era sabio y perspicaz, preocupado por todos los problemas de la cultura y de la política. Con él se podía conversar sobre todos los temas de interés para un hombre de esta época, con provecho y deleite.

A Mariano Latorre se le considera el jefe del criollismo. ¿Cómo lo entendía Latorre? En el verano de 1950, de regreso de una permanencia en la comarca del río Puelo, en casa de Julio Silva Lazo (autor de Hombres del Reloncaví), con el deslumbramiento aún vivo de su paisaje impresionante, donde "junto al misterioso alerce milenario que raya los altos cerros, platea la copa olorosa de los ulmos", lo entrevistamos para la revista TRAVESIA. A la pregunta sobre su concepto del criollismo, en calidad de jefe de esa escuela literaria, nos expresó: "No creo que merezca el título de jefe del criollismo literario, incluso creo que no existe jefe del criollismo. Criollismo es, sencillamente, la interpretación total de la vida chilena, la de la ciudad y del campo. Criollismo es la raza chilena en sus reacciones características y así es criollo un gran terrateniente como el notario de un pueblo chico. Es lamentable que a los críticos literarios se les haya ocurrido pensar que solo son criollistas los escritores rurales. Es lástima, querido amigo, que la palabra criollismo se haya

vulgarizado en esta forma tan limitada. A no sé quién, tengo la idea que, a Salvador Reyes, se le ocurrió anteponer imaginismo a criollismo. Esto es una tinterillada literaria..."

En su interesante conferencia: "Algunas preguntas que no me han hecho sobre el criollismo", insiste en su mismo concepto y lo sintetiza de esta manera: "Escritores criollistas son los intérpretes objetivos o psicológicos de la vida chilena en los campos o en las ciudades".

Mariano Latorre nació en Cobquecura, pequeño puerto de la provincia de Maule, tierra de campesinos y de marinos, el 3 de enero de 1886. Descendía de vascos españoles y de franceses. Cursó sus estudios de humanidades en liceos de provincia y a su término ingresó en el Instituto Pedagógico, donde se graduó en la asignatura de castellano. Durante casi medio siglo ejerció un fecundo magisterio, formando varias generaciones de profesores en el amor al idioma castellano y a la cultura latina. Junto a su labor docente realizó su vastísima creación literaria. Novelista, cuentista y ensayista, publicó una veintena de obras notables, conquistándose un privilegiado sitio como clásico de la literatura chilena e hispanoamericana. Apenas publicó sus dos primeros libros, Cuentos del Maule y Cuna de Cóndores, se consagró como un escritor innovador, profundamente original. Respondía con singular talento al llamado secular de José Victorino Lastarria, dando vida a una literatura genuinamente nacional, por la descripción minuciosa y poética de su paisaje nativo y por la rica galería de tipos y escenas, características de su pueblo. Su fecunda obra literaria constituye el más bello y amoroso registro del variado paisaje chileno y de la compleja idiosincrasia de su habitante, atestiguando una devoción vernácula inagotable y ejemplar. En ella exhibe extraordinarias condiciones de narrador, dueño de un estilo animado, rico en vocablos nuevos, de gran colorido y poder evocador.

Mariano Latorre trató de abrazar a Chile en sus diversos aspectos geográficos sociales y anímicos, desarrollando sus argumentos en las distintas regiones de su extenso territorio con el propósito de dar una visión artística total del país. Chile, país de rincones, es el título sugestivo de una excelente antología de sus cuentos más logrados, queriendo expresar con él el carácter particularísimo de su endiablada topografía física y espiritual y que el autor deseó aprehender e interpretar íntegramente. Y a quien se lamentaba de no existir una novela representativa del país, le respondía: "Observación superficial, improvisada por el crítico, acuciado sobre el tema sobre el cual debe escribir, porque ni Don Segundo Sombra, ni Doña Bárbara, ni La Vorágine, son novelas totales de Argentina, Venezuela o Colombia. Son aspectos de la vida de esos países, que coinciden con un problema de esa nacionalidad en un instante del tiempo. Y es lo que desorienta a los críticos chilenos, que quieren aplicar esos problemas, olvidando su diferencia geográfica y convirtiendo así un error en una verdad indiscutible. La síntesis de la vida chilena en una sola novela es imposible y menos en un personaje. El huaso es el valle central; el roto, de todo Chile. El uno es conservador; el otro anárquico".

En 1912 salió a la circulación su primer libro: Cuentos del Maule; en 1918, Cuna de Cóndores; y en seguida, se suceden Zurzulita, Ully, Chilenos del Mar, On Panta, Hombres y zorros, Mapu y Viento de Mallines, que se imprime en 1944. En este año recibió el Premio Nacional de Literatura, en reconocimiento de su larga y honda producción novelesca. Prosigue su labor hasta llegar a Isla de pájaros, su última publicación, aparecida poco antes de su muerte.

Toda la obra de Mariano Latorre se nutre en un amor entrañable a su patria y en un sincero afán de comprensión del hombre chileno a través del análisis detenido de su ruda psicología. En su espíritu se impuso de manera avasalladora el llamado profundo y mágico de su tierra. Desde joven su temperamento

buscó los medios de expresión que narrasen la vida y los conflictos del hombre y el medio de su país y de su tiempo, con una honradez literaria admirable, sin desviarse de su propósito a pesar de los ataques enconados de una crítica extranjerizante. La lectura de los grandes escritores naturalistas europeos, sobre todo de Zola, lo afirmaron en su actitud. En hermosas páginas nos ha confesado su lento proceso de descubrimiento de Chile y cómo la tierra nativa penetró hondamente en su espíritu, revelándosele sin intervención de nadie: "Este primer contacto con una tierra a medio cultivar y con un hombre aún no realizado psicológicamente, quedó en mi memoria como una semilla que perdió, primero, su áspera cutícula y germinó luego, borrando las influencias europeas de mi temperamento. Fue, en la primera época, una embriaguez sensorial y, más adelante, un razonar de todos los momentos despojando de cortezas adventicias la idea primigenia, germinadora".

En el mismo escrito, Mariano Latorre, analiza inteligentemente el problema del criollismo y del imaginismo en la literatura chilena, rechazando sus tradicionales contenidos impuestos por críticos perezosos y simplistas; análisis de mucho interés para lograr un necesario esclarecimiento de la famosa contienda literaria y para la exacta ubicación del novelista. Se pregunta: "¿Soy criollista? ¿Tenía la intención de crear una escuela de este tipo?" Responde: "Nunca se me ocurrió una cosa semejante... No he pintado jamás huasos, en el sentido estricto de la palabra. Ni me atrajo el cuadro de costumbres que abunda en Jotabeche, en Blest Gana y en Baños Grez. En una palabra, estuve siempre lejos del pintoresquismo rural. Si hay en algunas de mis novelas o cuentos escenas de costumbres es porque el asunto y el medio lo exigían. Mi intención, al acercarme al mar, al campo, a las cordilleras de la costa y de los Andes, a las selvas del sur, a la vida de las colonias alemanas de Quilaco y Pucón..., fue una intención heroica, la de interpretar, la lucha del hombre de la tierra, del mar y de la selva por crear civilización en territorios salvajes lejos de las ciudades".

Mariano Latorre es un escritor realista y nacionalista. Supo incorporar las diversas regiones del país a la literatura, por medio de una observación directa, plena de fidelidad, del hombre y del paisaje autóctonos, con un sentimiento poético profundo, lijándolos en imágenes y metáforas eternas. Sus obras se singularizan por la pintura sensual, deleitosa del paisaje ("muchas veces, mirando los cerros vestidos de azulada bruma, decía como Joaquín Mir: ¡Ay si pudiera abrazar esa colina!,) y por el estudio penetrante del tipo racial propio del país, de su extraña psicología, de ese "zorro astuto y malévolo", que lleva dentro. Arrieros, hombres de mar, agitadores, campesinos enganchados en las ciudades del Norte, colonos del Neuquén, indios, misioneros, bandidos, hombres "que se desplazan de su medio nativo para buscar otra forma de vida, independiente, creada por ellos mismos y lejos de la tiranía del patrón..." desfilan por sus páginas vibrantes y esa "vida mejor o peor, insegura o estable, a veces coronada por el triunfo y en muchos casos por trágicas derrotas..." constituye el drama esencial en la producción novelística de Mariano Latorre. Para él, Chile es un país en transformación, cuyo interés apasionante reside en su presente, no en la tradicional adoración fanática de un pasado superado. Tierras vírgenes se incorporan a la civilización; desaparecen selvas, reemplazadas por campos de cultivo; se levantan pueblos y se forman y moldean nuevos tipos humanos. Es necesario, entonces, recorrer el país, estudiarlo, aprisionarlo en su cambiante rostro. Por eso, al comprobar el divorcio existente entre la realidad de la nación y la enseñanza de la época, ajena a tan vasto proceso de cambio, se propone explorarlo en toda su extensión, adentrarse en su seno. Así lo explica en notables líneas: "Y al observar esta, disparidad entre una enseñanza sin savia y un pueblo que era superior a ella, se despertó en mí un afán casi místico de viajar por todos los rincones de mi tierra, conocer paisajes y hombres por mis propios ojos y no a través de libros o referencias y por último, verterlo

en novelas, cuentos o ensayos y darlo a conocer a los propios chilenos y a los estudiantes que, por vivir en él, no se habían enterado que existía".

He aquí la finalidad de fondo en la amplia creación literaria de Mariano Latorre: captar la existencia nacional con sus diversos tipos humanos en todas sus actividades y peripecias, e incorporar el verdadero y sorprendente paisaje circundante, en un lenguaje poético, de gran lirismo. Ricardo A. Latcham, crítico culto y perspicaz, en su discurso de recepción del novelista en la Facultad de Filosofía y Educación, expresó algo que lo define certeramente: "Es raro encontrar en Chile un individuo de tan entrañada vocación literaria, con decisión, más firme para entregarse a los impulsos temperamentales y por encima de la conveniencia o el medio. Ni político ni hombre de negocios, siempre fue un artista, un modelador de fantasías, un maestro que prefirió la enseñanza socrática a la muerta superficie de los textos. Ha desempeñado, entre todos los chilenos, la más egregia función del escritor: descubrir, exaltar y reproducir el alma de su tierra y de su pueblo".

Mariano Latorre, como hombre, era el prototipo del gran amigo cordial, chispeante, ingenioso. Huía de las ceremonias aburridas y de los actos oficiales solemnes; no podía soportar a los seres vanidosos, hinchados y huecos, cuyo único mérito radicaba en la posesión del dinero o de cargos debidos a las aventuras políticas. Rehusó toda gloria y figuración artificiales; prefirió la amistad de la gente sencilla y culta y siempre se sintió atraído por las personas inteligentes, originales, fuera en el campo de la creación literaria o artística, o en las luchas sociales, e ideológicas. En acto académico destacado expresó un rasgo exacto de su carácter: "Nunca me sedujeron las ceremonias académicas y si he de ser franco, ninguna clase de ceremonias... Creo que el escritor y también el profesor (ambas disciplinas han constituido mi vocación) debe afrontar la vida con una máxima simplicidad, sin ambiciones de gloria ni de poder..." Mariano Latorre supo vivir de acuerdo con su confesión, alejado de las recompensas oficiales y de las sinecuras burocráticas, con absoluta independencia. El encanto de su amistad residía en su inteligencia alerta, en su cultura amplísima y en sus cualidades de hombre libre, digno, de firme vocación literaria y de agudo espíritu polémico y batallador.

Mariano Latorre fue, además, un sincero demócrata, defensor de la justicia y de la libertad, y un profundo admirador de las tradiciones culturales de Occidente. Se adentró en el corazón de su pueblo y éste supo comprender la exactitud de las líneas del gran escritor acerca de los personajes de sus libros: "Un profundo amor por esos desheredados me hizo escribir con sincera emoción, y si algo he hecho que valga la pena, se lo debo a ellos y a su heroísmo sin recompensa. Y confieso que para ellos y para los que aman a esa porción tan rica de vitalidad y de tesón inquebrantable, de nuestra raza, he escrito la mayoría de mis libros".

Notas cordiales sobre "Evolución de la poesía chilena" de Francisco Santana[202]

I

El erudito estudioso de la literatura nacional, Francisco Santana, publicó una voluminosa monografía, que había obtenido el "Premio juegos literarios Gabriela Mistral", de la Ilustre Municipalidad de Santiago.[203]

[202] OCCIDENTE N°271 mayo-junio 1977
[203] Francisco Santana: "Evolución de la Poesía chilena". Nascimento, 1976.

Francisco Santana se inició en la creación literaria con un bello libro de poemas, “Cauces de la voz”, pero en seguida dedicó su curiosidad creadora al examen de la literatura patria, exhibiendo desde entonces una encomiable capacidad de investigación, orientada por un riguroso método de análisis histórico y por una objetiva y escrupulosa actitud de comprensión e interpretación de los autores y sus obras. Ha dado a luz variados ensayos y opúsculos destacando o reivindicando a valiosos escritores postergados o insuficientemente conocidos. Por la seriedad de su producción ha alcanzado indiscutible autoridad como crítico, bibliógrafo y sabio intérprete.

Su nueva obra es un trabajo minucioso, terso, informado, ecuánime, donde queda trazado un rico panorama de la creación poética de Chile, desde sus lejanos inicios con Alonso de Ercilla y Pedro de Oña hasta la actual década del 70. Presenta un bosquejo completo, denso, de la poesía chilena, pleno de sugerencias interpretativas, de acertados juicios críticos, de atinadas y equilibradas semblanzas humanas. De inmediato se aprecian, en esta singular monografía, dominio del proceso histórico; conocimiento directo y simpático de las obras y de la vida de los poetas; manejo seguro de las mejores críticas y estudios de las distintas épocas y de la actualidad. Su labor de erudito y su sensibilidad de creador y ensayista confieren un extraordinario valor a su libro. A la riqueza de datos se une la originalidad de enjuiciamiento. Anota una extensa bibliografía, con una indicación especial y nutrida de ensayos sobre poesía chilena en diversas revistas; y de antologías de poesía chilena. Asimismo, agrega varios apéndices ilustrativos, en los cuales menciona los Premios Nacionales de literatura; los de la I. Municipalidad de Santiago, y los “Pedro de Oña”, de la I.M. de Ñuñoa. Incorpora, también, una utilísima lista de las revistas literarias de los siglos XIX y XX. Finalmente, un índice de nombres y seudónimos facilita la consulta de este notable volumen.

II

Francisco Santana es un escritor “cautiniano”, de Temuco, egresado de su magnífico liceo, en cuyas aulas se formaron numerosos escritores notables. A su cabeza figura Pablo Neruda, Premio Nobel de Literatura en 1971. El gran vate cursó sus preparatorias y humanidades, entre 1910 y 1920, en dicho plantel. El liceo de hombres de Temuco alcanzó en diversos períodos un brillo excepcional. Ha tenido rectores de superior calidad docente, como Tomás Guevara, historiador de nota, autor de varias obras importantes sobre los mapuches y el proceso de “civilización de la Araucanía”, Marco Aurelio Letelier, Lorenzo Carvacho, Lorenzo Sazié Herrera, etc. En sus salas de clases, aparte de Pablo Neruda, recibieron su cultura humanística escritores e investigadores como Juvencio Valle, premio nacional de literatura; Norberto Pinilla, Gerardo Seguel, Oscar Vera Lamparpin, Carlos Monreal Bello, Héctor Croxatto Rezzio, Daniel Belmar Ríos, Luis Vulliamy, Jorge Jobet (Claudio Indo), Mario Osses Sáenz, Altenor Guerrero, Teófilo Cid, y muchos otros. En él terminaron sus humanidades, el médico y musicólogo Ramón Campbell Batista; el poeta y sabio crítico Alfonso Calderón, etc.

Fui compañero con F. Santana en los años de 1923 a 1928, lapso en que completé mis humanidades. Estuvimos unidos por una entusiasta adhesión al fútbol y a la literatura; y creo que él, como yo, experimentó la influencia del extraordinario profesor de Castellano y Filosofía, don Hermógenes Astudillo Herrera, educador brillante, (llegó a ser Rector del Liceo de Temuco y, luego, del “Manuel Barros Borgoño”, de Santiago. Falleció en 1976). Desde aquellos lejanos años formativos hemos mantenido una constante relación intelectual. Abarca más de medio siglo prodigioso en la accidentada evolución nacional. Por tal motivo celebro con alborozo la publicación de su valioso libro. Admiro su alta calidad intrínseca como ensayo erudito y fino; y, a la vez, ante el éxito del compañero, siento la alegría de la sincera amistad, forjada en los puros años de la infancia y adolescencia; en las comunes raíces nutricias de la Frontera.

En los años de nuestra permanencia en el Liceo de Temuco tuvimos un equipo selecto de profesores. Entre ellos a Víctor Hernández Concha, Eduardo Peña, Gustavo Labatut, Osvaldo Latorre Pizarro, Roberto Jobet Angevin, Pedro Enrique Alfonso, Antonio Zamorano Baier, Esteban Doña, Fernando Navarrete Lira, Froilán Yáñez de la Barra, Fidel Iturra, Oscar Vera...

En los tres años del 2° ciclo de humanidades, nuestro profesor de Castellano fue don Hermógenes Astudillo Herrera. Hombre joven, muy atildado en el vestir; fluido y entusiasta en la exposición de sus clases, en un lenguaje esmerado, correctísimo. Se nos presentó como un profesor innovador, culto, comprensivo. Nos recomendó como texto auxiliar el "Idioma Patrio", de Eduardo Solar Correa y Emilio Zizzoni; y las antologías, o crestomatías, de la literatura española de Pinochet Lebrun. AI mismo tiempo, porque los programas de entonces se centraban, exclusivamente, en el estudio de España, nos exigió la lectura obligatoria de las críticas literarias semanales de Omer Emeth, en "El Mercurio"; y de Alone, en "La Nación". De ellas debíamos recortar, y pegar en un cuaderno especial, las relacionadas con libros chilenos. Tuve un interés subyugante por las clases de Castellano y cumplí al pie de la letra las exigencias y recomendaciones de mi admirado profesor.

En esos años, bajo su influencia, constituimos un pequeño grupo de compañeros aficionados a leer y aprender poesía. Nos reuníamos todas las tardes en la plaza Brasil, o "del manzano", situada frente al liceo, y cerca del cerro Ñielol, adonde concurríamos en verano. Leíamos incansablemente las antologías de poesía chilena: "Selva Lírica", de Julio Molina Núñez y Juan Agustín Araya; "Parnaso Chileno", de Tobías Vera M; "Nuestros poetas", de Armando Donoso y "Poetas de Hispano América", de Eduardo Solar Correa.

La plaza "del Manzano" fue el lugar preferido para dar expresión a nuestras primeras inquietudes literarias, al amor por la lectura con las correspondientes opiniones sobre la vida y la obra de los diversos escritores estudiados; y a los comentarios de las clases de nuestro gran profesor; y en torno a la impresión producida por los artículos de Omer Emeth y Alone, a quienes se sumaron otros críticos y autores. Esa romántica plaza provinciana se transformó en el escenario y cauce inicial de nuestros proyectos y sueños literarios.

Mi hermano Jorge Jobet la ha evocado en su poema "Viaje en el crepúsculo", (de su libro "Introducción al Sentimiento"). Algunos de sus versos:

"Bajo el pino constante de la plaza, en el banco escolar, leo mis sueños.

Esta plaza de pueblo es solo mía del imán poderoso de mi ensueño.

¡Si la gente supiera lo que esconden sus modestos arbustos y su fuente!

Ella es puerto de extrañas emociones. Mar revuelto surcado de veleros..."

En ella también soñó y atesoró finos sentimientos Francisco Santana, como en las laderas del Ñielol, en las orillas del río Cautín, en las campiñas aledañas. Fondo sentimental volcado en su bello libro "Cauces de la voz".

La lectura de la monografía de F. Santana me ha permitido ordenar mis impresiones dispersas acerca de la poesía chilena y situar a los egregios poetas, de obra calificada y perdurable. Aunque el balance resulta completísimo, advierto una explicable y comprensible limitación, la ausencia de aquellos numerosos poetas auténticos, pero cuyos poemas circulan sueltos, no reunidos en volumen. Los cautinianos tenemos entre otros, los casos de dos poetas queridos, tanto por su excepcional condición humana, como por su obra de honda sensibilidad lírica, pero no recogida en libro. Ellos son Armando Benavente y Carlos Godoy

Silva. El primero, Armando Benavente, ha sido un estupendo periodista, autor de crónicas y vibrantes "carteles", en los diarios de Temuco, con el seudónimo de Pablo de Alón. Como poeta ha obtenido numerosos premios en diversos concursos locales. Ha sido amigo entrañable de los escritores de la Frontera y guarda novedosos apuntes con recuerdos y retratos de todos ellos, (de Pablo Neruda, Juvencio Valle, Gerardo Seguel, Daniel Belmar, Julio Barrenechea, Oscar Weinberg Sánchez...).

Carlos Godoy Silva, oriundo de Victoria, y exalumno del liceo de hombres de Temuco, ha producido una gran cantidad de bellísimos poemas, señalados por su frescura y gracia lírica. Uno es clásico e inolvidable para los temuquenses. Comienza así: "Temuco austral y puro, capital de la lluvia, tesorero del viento"... Por otra parte, recuerdo a muchos compañeros de las luchas cívicas de la década del 30, famosos dirigentes universitarios y prometedores líricos. En las fervorosas concentraciones públicas de 1931-32, después de los encendidos discursos en defensa de la democracia civil y de las libertades públicas, se les pedía que recitasen sus poemas. El más notable, Julio Barrenechea, deslumbrante orador y fino poeta, emocionaba al vasto público tanto con sus arengas como con sus poemas "Amor Universitario", "Tertulia con las estrellas", y otros, que formaron su primer libro: "Mitin de las Mariposas". René Frías Ojeda, Astolfo Tapia Moore, y varios más escribieron y publicaron versos, pero no perseveraron en el cultivo de la poesía, absorbidos por la política, al revés de Julio Barrenechea, quien supo conciliar ambas actividades, llegando a ser diputado elocuente, en dos períodos parlamentarios, y, a la vez, publicar varios volúmenes, que le alzaron hasta la conquista del Premio Nacional de Literatura en 1960. En la misma época indicada, participaron en esas asambleas inolvidables, Roberto Meza Fuentes, vate ya famoso, de extensa y rica producción lírica; Augusto Santelices, poeta, muy "avanzado" y recitador de hilarantes parodias... En la revista "Mástil" aparecieron muchas poesías de diversos líderes estudiantiles, o compañeros de ruta, que luego no continuaron en esa actividad. Recuerdo, por ejemplo, al "flaco" Eduardo Ugarte Herrera, autor de algunos finos versos, pronto dedicado por entero a la organización política.

Un caso muy curioso ha sido el de Eliodoro Domínguez, oriundo de Lautaro, (Cautín), conocido en todo el país en su condición de dirigente del magisterio y orador de gran jerarquía. (Fue senador por la agrupación de Atacama y Coquimbo, durante ocho años). Se inició como poeta vanguardista junto a Rosamel del Valle, Humberto Díaz Casanueva, Gerardo Seguel, Homero Arce... Se alejó de los círculos literarios para dedicarse a la lucha gremial y política, pero siempre mantuvo su vocación lírica, y en años recientes, maduro y cargado de una riquísima experiencia vital, ha publicado tres libros de poemas de honda calidad lírico-existencial.

F. Santana no lo registra en su "evolución de la poesía chilena". Asimismo, no menciona a Pablo García, autor de "El estrellero inútil", porque ha dedicado su esfuerzo creador al cuento, la crítica y la novela, donde ha alcanzado una singular y merecida notoriedad. Ambas omisiones, entonces, son explicables. Y si yo las enumero, es solo por haber gozado del privilegio de conocerlos y ser su amigo. No lo es, pues por un reparo erudito, resultado de una investigación especializada.

IV

Es apasionante recorrer la producción lírica nacional a partir de mediados del siglo XIX. Desde la actividad de la generación romántica en el movimiento literario de 1842 y la propaganda liberal a través del Club de la Reforma y la Sociedad de la Igualdad, se inicia la transformación intelectual y política de Chile, por una senda democrática, civilista y constitucionalista.

En el ámbito de la poesía sobresalen Salvador Sanfuentes, Mercedes Marín, Guillermo Matta, Guillermo Blest Gana, Eusebio Lillo, José Antonio Soffia, Eduardo de la Barra, Pedro Antonio González... Desde fines del siglo XIX se suceden los grandes vates, con el nombre señero de Diego Dublé Urrutia, (premio nacional de literatura en 1958); Francisco Contreras, Antonio Bórquez Solar, Carlos Pezoa Véliz, Manuel Magallanes Moure, Jorge González Bastías, Carlos R. Mondaca, Carlos Préndez Saldías, Víctor Domingo Silva, (premio nacional en 1954); Pedro Prado, (premio nacional en 1949); Max Jara, (premio nacional en 1956); Daniel de la Vega, (premio nacional en 1953), Angel Cruchaga Santa María (premio nacional en 1948); Juan Guzmán Cruchaga (premio nacional en 1962); Pablo de Rokha, (premio nacional en 1965).

F. Santana dedica páginas certeras, equilibradas, muy informativas y orientadoras, a los grandes de la poesía lírica chilena, y que lo son de la lírica universal: Vicente Huidobro; Gabriela Mistral, Premio Nobel en 1945; y Pablo Neruda, Premio Nobel, en 1971.

A continuación, analiza los altos poetas como Rosamel del Valle, Juvencio Valle, (premio nacional en 1966); Julio Barrenechea, (premio nacional en 1960); Roberto Meza Fuentes, Humberto Díaz Casanueva, (premio nacional en 1971); los diversos movimientos poéticos vanguardistas; la nutrida generación de 1938, de mucha trascendencia en el proceso intelectual, social y político de Chile, pues corresponde a un amplio momento histórico del país y del mundo. Entre sus innumerables poetas, son muy representativos Oscar Castro, fallecido, prematuramente, en 1947; Nicanor Parra, premio nacional en 1969. En ella constituyen grupos originales los surrealistas y los angurrientistas. Uno de los promotores de este último movimiento fue mi hermano Jorge Jobet, conocido entonces por su seudónimo de Claudio Indo, jumo con Juan Godoy Corvalán, cuentista y novelista; Fernando Alegría, novelista y crítico; Víctor Franzani, poeta; Abelardo Barahona, Pedro de la Barra, y otros.

Claudio Indo publicó muchos poemas en diversas revistas, sobre todo en “Ercilla”, en la cual fue también cronista y entrevistador literario. En 1938 viajó a los EE. UU. Allá se radicó un par de años, y publicó su libro “Un hombre apunta su imagen”. De regreso entregó un extenso y polémico diario de viaje, que abarcó un número completo de la revista “Multitud”, dirigida por Pablo de Rokha. Jorge Jobet (Claudio Indo) es autor de numerosos ensayos sobre literatura y arte, y de muchos artículos críticos (sobre Mariano Latorre, Luis Durand, Eugenio González, Clarence Finlayson, etc.). A fines de 1976 apareció su nuevo libro “Los granos y las Hojas”, en dos volúmenes, en editorial Nascimento. Posee una inmensa obra inédita.

Reseñar el libro de Santana, es tarea demasiado prolija. Baste con afirmar, como término de esta elemental crónica, que su libro constituye un irremplazable itinerario del proceso poético chileno; base fundamental para su conocimiento pormenorizado, y para su ampliación apoyándose en los abundantes materiales bibliográficos y críticos suministrados en él. Insinuamos a F. Santana, que dedique sus esfuerzos investigativos, a la redacción de una monografía sobre los escritores de la Frontera, nuestra tierra, (ahora la 9ª Región, antiguas provincias de Malleco y Cautín) en vista de su trascendental aporte a la literatura nacional. En torno al eje Angol-Temuco, ha brotado el más rico y original venero poético del país. Pedro de Oña, Diego Dublé Urrutia, Pablo Neruda, Juvencio Valle, Miguel Arteche, Jorge Jobet, Eliodoro Domínguez, Teófilo Cid, Jorge Teillier, Luis Vulliamy, Francisco Santana, Omar Cerda, Aldo Torres Púa, Gerardo Seguel, Robinson Saavedra Gómez, Altenor Guerrero, Carlos Poblete, Pablo Guíñez y otros. Asimismo, novelistas, ensayistas, tratadistas, como Luis Durand, Diego Muñoz, Antonio Acevedo Hernández, Daniel Belmar, Darío Salas, Oscar Vera, Norberto Pinilla, Alberto Baltra Cortés, Mario Osses, Julio Durán Cerda; artistas como Israel Roa; científicos como Héctor Croxatto. Sería un justiciero tributo a

nuestro terruño, realizado por un experto crítico e historiador literario, y también significará un brillante homenaje a la celebración del primer centenario de la fundación de Temuco, el 24 de febrero de 1981.

Cartas y lecturas estimulantes[204]

Frente a los inexplicables sucesos mundiales, a menudo pongo en duda la capacidad del hombre para vivir en paz. Pareciera que ya no se trata de causas surgidas de rivalidades nacionales, de antagonismos políticos, ideológicos o religiosos, sino de motivos más hondos y complejos originados en la esencia de la naturaleza humana, egoísta, y cruel, inapta para forjar una sociedad justa, libre, fraternal. En una nueva lectura de la fascinante "novela-rio", "Los Thibault", de Martín du Gard, encuentro este párrafo sugestivo, digno de una meditación permanente: "Hemos creído que la Humanidad adulta se encaminaba hacia una época en que la cordura, la medida, la tolerancia, se disponían a reinar por fin en el mundo... Época en que la inteligencia y la razón iban a regir por fin la evolución de las sociedades humanas ... ¿Quién sabe si a los ojos de los historiadores futuros no pareceremos unos ingenuos, unos ignorantes que se forjaban enternecedoras ilusiones sobre el hombre y su aptitud para la civilización. Tal vez cerremos los ojos frente a algunos datos humanos esenciales. Tal vez, por ejemplo, el instinto de destrucción, la necesidad periódica de derribar lo que hemos edificado penosamente sea una de las leyes esenciales que limitan las posibilidades constructivas de nuestra naturaleza, una de esas leyes misteriosas y falaces que el hombre cuerdo debe conocer y aceptar..."

Es como para desesperar ante la imposibilitad de acuerdo y armonía demostrada por los individuos y las sociedades, haciéndonos vivir en constante temor e incertidumbre.

En medio del caos circundante, en mi postrer etapa vital, desalentado y solitario, únicamente encuentro alivio y esperanza en la relectura de los escritores predilectos, como Aristófanes, Rabelais, Montaigne, Cervantes, Erasmo, Voltaire, Balzac, Stendhal, Larra, Pérez Galdós, Dickens, Azorín, Baroja, Chejov, France, Istrati, Lawrence, Huxley, Gorki, Simenon, Silone, Azuela, Camus, Malraux, O 'Henry, Hemingway. Scott Fitzgerald, Hamsun, Simone de Beauvoir, Plivier.

Asimismo, una fuente de intenso disfrute intelectual y afectivo es el contacto epistolar con numerosos investigadores norteamericanos y europeos, interesados por la evolución político-social de Chile y por sus escritores de criterio renovador, con quienes he trabado fructíferas relaciones de amistad desinteresada e idealista.

En esta crónica me refiero a las cartas de dos queridos amigos norteamericanos, muy interesados por la trayectoria político-institucional de Chile, por su democracia liberal pluralista que lo destacó como una nación ejemplar en la América Latina durante los siglos XIX y XX, Ellos son Brian J. Godfrey y P. W. Drake. ambos catedráticos en los EE. UU. y visitantes de Chile, y de otras naciones latinoamericanas. Brian J. Godfrey es un muchacho alto y vigoroso, apuesto y gentil: sencillo y fuerte; amistoso, profundamente interesado por la cultura y el progreso. Posee el característico idealismo pragmático de los anglosajones, con un elevado propósito de conocer en forma directa y comprender la realidad social, política y cultural de América Latina; de profundizar en el estudio de sus tradiciones, problemas e idiosincrasia, para ayudar de manera práctica en las soluciones adecuadas y estrechar las relaciones con U. S. A.

LA VIDA IDEALISTA DE B. J. GODFREY

[204] OCCIDENTE N°275, marzo-abril de 1978

Brian habla y escribe correctamente el castellano y aprende el portugués. Ha visitado México, Costa Rica, Chile, Perú, Bolivia, Argentina, Paraguay, Brasil y Colombia. Admirable amigo de algunos días, me parece serlo de toda una vida, por las conversaciones nutridas, ricas en observaciones y sugerencias: por la similitud de muchas inquietudes y anhelos; por el común afecto caluroso y el rápido entendimiento en los asuntos esenciales de la vida y la cultura.

Reproduzco una carta suya como una muestra objetiva de su espíritu generoso: de sus preocupaciones y planes constructivos para llenar su rica vida activa, su noble vocación americanista e internacionalista. Asimismo, como un ejemplo representativo de la nueva generación norteamericana ansiosa por ayudar a la creación de un mundo pacífico, progresista; y en él, al mejoramiento de América Latina.

Por otra parte, la carta que paso a reproducir es una respuesta creadora, a algunas angustias e interrogantes que nos planteamos aquí, en Santiago de Chile, en momentos turbios y desalentadores para nuestros ideales democráticos.

"Buenos Aires, 19 de diciembre de 1975".

"Aquí me ha sido muy grato tener noticias suyas. ¡Qué bueno saber que Ud. y Elisa se encuentran bien!, a pesar de la pesadilla que ha sufrido Chile. He pensado en Uds. a menudo, y siempre he recordado su espontánea amistad en Chile y la correspondencia mantenida de todo corazón después".

"Su claridad de pensamiento, dedicación personal y sentido humano me sirven de inspiración y tengo que manifestarle el hondo respeto en que le mantengo siempre. Nuestras conversaciones en Chile realmente constituyeron una magnífica culminación de mis estadías allí, y una experiencia esencial en mi desarrollo intelectual y en mi orientación personal. La gira de estudios que estoy realizando hace un año, tiene como objetivo investigar la colonización actual en el interior del continente, especialmente entre el Ecuador, el Perú, Bolivia, Paraguay y Brasil. Ha sido una oportunidad valiosa para ampliar mi conocimiento de la América Latina, y agradezco mucho haber tenido la suerte de poder viajar, conocer y estudiar por medio de una beca que no impone limitación alguna. Es de la fundación Watson, no del gobierno".

"Estoy escribiendo un informe sobre el tema de la colonización actual, como un proceso de migración interna, mediante la cual se incorporan nuevas tierras a la explotación económica. Es un tema muy interesante, porque todos los países, encabezados por el Brasil, se están expandiendo en forma violenta hacia el interior. El proceso tiene implicaciones tanto internas como internacionales. En síntesis, estoy ubicando la colonización dentro de un análisis global de la política de desarrollo seguida por los países mencionados, destacando los siguientes puntos: relación entre colonización y frustración de la reforma agracia en los países andinos, Paraguay y Brasil, como una especie de "válvula de escape" para tratar de aliviar la presión demográfica y social de los campesinos y no tocar la estructura agraria vigente".

"Esta investigación obedece a mi anhelo de conocimiento de los problemas de nuestro continente, y a una orientación internacionalista muy clara. Y con ella tenderé a contribuir a la solución de los problemas en común que tenemos todos los pueblos del mundo. Por otra parte, buscaré un trabajo donde pueda desempeñar un papel más positivo en cuanto a servicio social. La idea de ser un planificador social me atrae como un campo práctico donde poder contribuir, pero tendría que volver a los EE. UU. a especializarme y seguir esa carrera. Tengo que utilizar mis experiencias en América Latina, en especial en Brasil, a mi juicio el país más dinámico en la América Latina actual. Con los problemas tan interrelacionados a nivel internacional, tenemos que llegar a una convivencia mundial basada en una justa relación

económica y social como fundamento de un nuevo orden político democrático. Esta convicción es el resultado de mi búsqueda personal y trataré, en lo sucesivo, de profundizarla y realizarla a través de una acción práctica".

"Espero que Ud. y Elisa sigan bien, y tengan la mejor suerte posible. Siempre los recordaré como buenos amigos y les agradeceré su plena conciencia humana, sin restricciones de nacionalidad. Les saludo con un estrecho abrazo, su amigo",

"Brian "Juan" Godfrey"

Otro amigo norteamericano admirable por sus condiciones personales de inteligencia, caballerosidad y simpatía; y por su ejemplar labor de investigación y exposición de la realidad histórico-social de Chile, es P. W. Drake, que ha visitado varias veces a nuestro país.

LAS INVESTIGACIONES HISTORICAS DE P. W. DRAKE

P. W. Drake nació en Northfield, Minnesota, el 23 de Enero de 1944. Estudió en las universidades de Ohio y Stanford, entre 1962-66 y 1966-71. En la actualidad es profesor asociado con pertenencia permanente de Historia, en la Universidad de Illinois.

Junto a su labor como catedrático, P. W. Drake ha escrito artículos y ensayos; ha dictado muchas conferencias y ha participado en reuniones de estudios y en organismos culturales. Redactó un documentado libro sobre sus investigaciones del proceso socio-político chileno, con el título de "Socialismo y populismo en Chile, 1932-1952", minucioso y escrupuloso examen del lapso más crepitante y, a veces, turbulento, en la evolución de Chile; lapso en el cual se formaron las colectividades modernas, y se gestaron hondas transformaciones socio-económicas y políticas de extraordinaria trascendencia nacional, todo lo cual le confirió a Chile una fisonomía original, de gran repercusión en Hispanoamérica.

P. W. Drake ha continuado sus búsquedas históricas sobre nuestro país tratando de descubrir las fuentes de las ideas y de las organizaciones corporativas, funcionales, en la historia nacional, y abarcar su desarrollo. En el fondo supone un estudio de los gremios, asociaciones, colegios, sindicatos; y de aquellos movimientos políticos ligados a tales organizaciones, como el P. Agrario, P. Unión Republicana; el ibañismo, el agrario-laborismo, el Nacismo, la Falange Nacional, etc.

En la actualidad ha adelantado bastante en una investigación sobre la influencia norteamericana en la economía chilena; en especial de la Misión Kemmerer.

En tal aspecto ha reunido bastante material: celebró entrevistas con el hijo de Mr. Kemmerer; con el integrante de aquella misión F. W. Fetter, autor de la notable monografía "La inflación monetaria en Chile". P. W. Drake me ha escrito varias cartas interesantes, repletas de datos y sugerencias relacionados con sus estudios acerca del desenvolvimiento histórico de Chile...

La carta que, a continuación, reproduzco posee un valor humano, por su intimidad cordial y su sencillez, y como expresión de la lucha universal que todos los hombres de pensamiento, educadores e investigadores, libramos con éxitos y derrotas, en las distintas partes del mundo civilizado, para labrarnos la base profesional que nos permita mantenernos, sostener una familia, y abrirnos un futuro digno.

"Urbana, 29-XI-76".

"Queridos amigos Julio y Elisa:

“Muchísimas gracias por sus cartas de principios de noviembre. Por el apoyo generoso de Ud. y otros historiadores, tuve éxito en mi promoción académica (profesor asociado con pertenencia permanente): y en la aceptación formal de mi libro sobre la historia del populismo y el socialismo en Chile, por una editorial universitaria. Uds. pueden imaginarse la gran celebración que tuvimos en nuestra casa cuando nos llegaron ambas buenas noticias. Ni el libro ni la promoción habrían sido posibles sin la ayuda enorme, desde hace siete años, de los Jobet”.

“Ahora puedo concentrarme en mi nuevo proyecto de investigación sobre la influencia norteamericana en las economías de Sud América después de la primera guerra mundial, a través de las misiones bancarias y monetarias del famoso profesor Kemmerer, en Perú, Bolivia, Chile. Su carta de algunos meses atrás sobre la importancia de un estudio como el que intento, y el interés de sus sugestiones acerca de esa investigación histórica, me han decidido a perseverar en él”.

“Susan y yo deseamos que los Jobet se encuentren bien. Susan está feliz con sus estudios de Leyes; Josh (su hijo mayor) es un fanático partidario del jardín de infantes: y Elisabeth ya empezó a andar. La familia, pues, marcha normalmente. Estamos muy contentos con la victoria de Carter, aunque no era nuestro candidato demócrata preferido pero lo importante, ahora, es que Carter cumpla sus promesas electorales. sobre todo, en los asuntos internacionales. Todavía aparece como un hombre un poco misterioso y no logramos captar en forma perfecta lo que hará como Presidente. Esperamos que signifique un cambio real, profundo. Al respecto tenemos mucho optimismo”.

“Le repito mis agradecimientos por su amistad, su confianza y su apoyo. Siempre están Uds. en nuestros mejores y más afectuosos recuerdos”.

“Abrazos cariñosos de Paul y Susan”.

P. W. Drake ha sentido un profundo interés por la historia de Chile y la examina escrupulosamente. Sus investigaciones son minuciosas; pero es muy singular su capacidad para resumir en un breve y coherente enjuiciamiento los aspectos sobresalientes de su ritmo.

UN ENJUICIAMIENTO HISTORICO DE CHILE

A su entender lo más señalado en el avance republicano chileno es su estabilidad política desde 1830, una vez terminada la lucha por la emancipación y el subsiguiente aprendizaje turbulento, político; su apego a la norma jurídica y su tradición parlamentaria, con la actuación regular de grandes partidos políticos, lo que aseguró el funcionamiento de su régimen civilista y legal. La creación portaliana tendió, precisamente, a fortalecer el poder civil y legal de acuerdo con una constitución autoritaria, como lo fue la de 1833, sometiendo a las Fuerzas Armadas a la fiscalización del gobierno, y limitándolas al cumplimiento de sus labores profesionales relacionadas con la seguridad nacional. Así se estableció a firme el imperio del gobierno civil sobre el poder militar.

El sólido régimen portaliano sufrió en 1891 una grave crisis política; la sangrienta guerra civil que derrotó a Balmaceda y lo llevó al suicidio. Chile se vio afectado por las graves pérdidas materiales y humanas de esa contienda; por la división y persecuciones propias de la lucha, y por la ávida penetración del capitalismo internacional que entró a saquear sus riquezas y a transformar su economía en factoría del extranjero.

A partir de ese año de 1891, Chile comenzó a estancarse con graves problemas internos: debilitamiento de la autoridad presidencial ante la institucionalidad del sistema parlamentario, que se tradujo en la esterilidad gubernamental: enriquecimiento de sectores privilegiados y progresiva marginalidad de las masas; inflación irreductible; sistema agrícola ineficiente: economía minera monocultora y primitiva: empobrecimiento generalizado. Se acusó cada vez más rudamente la contradicción entre su alto desarrollo político y cultural, y su doloroso atraso económico.

Por la situación expuesta, las últimas décadas de la evolución política chilena se caracterizan por el intento de llevar a cabo amplios cambios socioeconómicos innovadores, manteniendo la democracia. Y el régimen liberal chileno toleró varios experimentos "revolucionarios", impuestos por la vía electoral, antes de sucumbir en una pavorosa tragedia institucional. Chile ya no podía avanzar, porque su estructura económica era muy anticuada, con una pequeña economía dependiente, con un mercado interno limitado, subordinado a la minería para la mayor parte del presupuesto fiscal, y limitado por un sistema agrario ineficiente a causa del latifundismo y del minifundismo. Era exportador de materias primas a precios bajos, e importador de productos manufacturados a precios elevados y desfavorables; e inflación constante que, desde la década del 60, toma un ritmo creciente, terminando en el decenio con un 35% para alcanzar en corto plazo un carácter caótico.

Después del fracaso de la "revolución de la escoba" del General Carlos Ibáñez, encabezando un amplio movimiento populista de repudio a la politiquería infecunda y a los políticos profesionales, a los cuales había que barrer para reabrir el progreso de la nación, se reinstaló en la Moneda la "derecha moderna", con su personero el ingeniero e industrial don Jorge Alessandri Rodríguez, experimentado político, aunque negara serlo. Llevaría a cabo una "revolución de los gerentes", asesorado por un equipo de ejecutivos y técnicos de las altas finanzas e industrias, sin resultados positivos.

A continuación del fracaso del gobierno de Alessandri triunfó el Partido Demócrata Cristiano acaudillado por el abogado Eduardo Frei Montalva, empuñando la bandera de una "revolución en libertad", con el apoyo masivo de las fuerzas de centro y derecha. A pesar de algunas espectaculares medidas y proyectos, no logró un éxito rotundo, y ello permitió la estrecha victoria constitucional de la Unidad Popular, comandada por el doctor Salvador Allende Gossens, socialista, quien intentaría imponer "la vía pacífica hacia el socialismo". En sus tres años de gobierno se produjo el colapso del edificio constitucional de Chile por la polarización política irreductible en ideas extremas; el deterioro económico gravísimo: y una verdadera preguerra civil, de una violencia intolerable.

Gobierno chileno y salitre inglés, (comentario al libro de Harold Blakemore)[205]

La Editorial Andrés Bello ha publicado en un único volumen la erudita monografía del historiador inglés Harold Blakemore: "Gobierno chileno y salitre inglés, 1886-1896 — Balmaceda y North", en esmerada traducción de Sofía Varela. En su prefacio el autor manifiesta que la inició hace más de veinte años, cuando investigó la revolución de 1891 para una disertación de doctorado en la Universidad de Londres. La interrumpió al seguir una carrera distinta, pero la reanudó por su interés en la historia chilena, y como una contribución a su mejor comprensión.

[205] OCCIDENTE N°277, julio-agosto de 1978

De la conjunción de su método de investigación, estrictamente científico, con su actitud espiritual de calurosa simpatía por el tema y hacia Chile, resultó una obra extraordinaria y trastornante para quienes nos hemos preocupado por ese complejo y doloroso período, pues esclarece situaciones muy confusas y polémicas; destruye mitos arraigados y perjudiciales para la exacta y verídica interpretación de la época y de los conflictos suscitados, que condujeron a la sangrienta guerra civil de 1891. Su amplísima investigación rastrea en las fuentes documentales chilenas e inglesas; maneja todas las obras clásicas sobre el período; y aporta elementos originales, novedosos, obtenidos en el estudio de la prensa nacional y en la británica; en la numerosa correspondencia diplomática oficial y particular; y en los archivos privados de las grandes empresas comerciales comprometidas.

Su metodología empleada con absoluta objetividad, no se deja torcer por ideología determinada alguna, ni por un afán partidista de demostrar una tesis preconcebida. Realizada con escrupulosa seriedad, une a su honestidad interpretativa una equilibrada visión del acontecer histórico de la época, con frecuencia desvirtuado por el apasionamiento ideológico y político. En resumen, la obra de Blakemore enriquece y ensancha el conocimiento y la comprensión de los acontecimientos de aquel decenio dramático.

El propósito esencial de la obra de H. Blakemore es el análisis de la relación entre las empresas salitreras británica y la política chilena durante el gobierno de Balmaceda; y la aprehensión correcta del pensamiento socioeconómico del gran Presidente, para establecer el alcance de sus ideas sobre la intervención estatal en la economía y en torno a su supuesto nacionalismo económico, orientado a recuperar el patrimonio nacional enajenado por el predominio de una posición de laissez-faire.

En este aspecto, enfrenta en forma polémica, con frialdad, las afirmaciones de los historiadores chilenos, en especial los de orientación marxista, para quienes Balmaceda aparece como un Presidente con ideas claras, definidas, sobre la intervención estatal en la economía y como un nacionalista económico que estaba decidido a imponer una política democrática, la justicia social y el crecimiento económico basado en la propiedad nacional de los recursos básicos del país. O sea, un verdadero estadista antiimperialista. A juicio de H. Blakemore, los hechos, correctamente estudiados demostrarían que la actitud de Balmaceda hacia las empresas salitreras contenía muy poco de nacionalismo económico y de intervención estatal. Su acción concreta se reducía a una meta más pragmática y limitada: la de frustrar un posible monopolio de la producción salitrera de Tarapacá, en manos de John Thomas North; o sea, impedir la “northización” de la provincia de Tarapacá, a la cual se oponían, igualmente otras empresas británicas. H. Blakemore insiste con muchas pruebas, extraídas de documentos y proposiciones innegables, que Balmaceda era partidario de la libre empresa, de acuerdo con su filosofía liberal; y ni siquiera se oponía de manera tajante a las empresas de North, como a las de los demás empresarios. Combatía el afán de control monopólico, modalidad intentada por North.

El Presidente Balmaceda hizo una distinción clara entre los intereses de North y los de otros empresarios británicos; trató de usar las diferencias entre ellos para sus propios fines. Los antagonismos entre North y otras firmas inglesas eran profundos. Por ejemplo, la casa comercial Anthony Gibbs e hijos, la más importante era enemiga tenaz de North, uno de sus representantes llegó a manifestar que “el monopolio de la Nitrato Railways (de North) estaba pesando cruelmente sobre el capital británico invertido en las industrias salitreras”.

Balmaceda no se declaró enemigo del capital foráneo, pero veía con inquietud el poder creciente del capital y control británicos sobre la industria salitrera, fuente fundamental de financiamiento de su propio

programa interno; y era insoportable la posición monopólica, en Tarapacá. del especulador North. Lo dejó establecido en su viaje al norte, a comienzos de marzo de 1889, en los diversos discursos de su recorrido. En ellos manifestó que el monopolio del salitre no podía ser empresa del Estado, cuya misión era solo garantizar la propiedad y la libertad; ni tampoco debía ser obra de particulares, ya fueran nacionales o extranjeros. El Presidente Balmaceda, era partidario de la libertad industrial, estaba dispuesto a rechazar cualquier monopolio, del Estado, como de la coalición de grandes capitales para instaurar de hecho un dominio excluyente dirigido a aplastar a los industriales de modestos recursos. Aunque señaló con claridad los peligros de un monopolio extranjero del salitre, recalcó que, dentro de la economía de libre empresa de Chile, el capital y la empresa foráneos tenían su lugar. Reiteró, entonces, su confianza en la empresa privada, como el motor básico del desarrollo. Insistió en su posición, cuando North, en su viaje a Chile, a fines de marzo de 1889, lo entrevistó en Santiago, (le concedió tres entrevistas).

Según crónica de "El Ferrocarril" y apuntes del periodista Russell, dichas entrevistas fueron correctas y cordiales. El Presidente Balmaceda habría declarado que deseaba dar todas las facilidades para la entrada del capital extranjero con el fin de explotar los recursos del país, y no tenía la menor intención de hacer la guerra a los negocios establecidos.

A juicio de H. Blakemore, la lucha política a fines de 1890 y la guerra civil de 1891, tienen su origen en el conflicto insoluble entre Balmaceda y el Congreso acerca del control de la maquinaria electoral. Ese asunto dominó completamente los hechos. La desconfianza mutua y la lucha entre los poderes Ejecutivo y Legislativo ocuparon el plano fundamental y determinante de la situación política chilena. La oposición, atrincherada en el Congreso Nacional, estaba convencida que Balmaceda usaría al máximo sus poderes para ganar las elecciones de 1891, y el problema de la oposición era cómo impedírselo, pues la maquinaría gubernamental para controlar las elecciones resultaba avasalladora.

Respecto de North, quien, para los marxistas es la encarnación, del imperialismo inglés, su papel no fue tan decisivo como se afirma. (Sin embargo, reconoce cómo numerosos testimonios concuerdan en manifestar que, en un momento muy delicado para los congresistas, carentes de recursos financieros para llevar a cabo sus operaciones contra el gobierno, él habría facilitado 100.000 libras esterlinas, suma que les permitió sostenerse hasta el momento de empezar a percibir los derechos aduaneros del salitre de Tarapacá. Aunque no ha sido posible probar de manera irrefutable tal hecho, el rumor existió; y, además, varios personajes diplomáticos, del periodismo y la política, lo declararon en su época). De igual modo, no podría sostenerse la acusación referente a la corrupción de los hombres públicos chilenos por el oro de North. No fue un hecho extraño, sino legítimo, que muchas compañías británicas contrataron abogados chilenos como asesores legales. El problema reside en que esos abogados eran a la vez dirigentes políticos, influyentes en los círculos opositores del Congreso: "A primera vista podría parecer más que una notable coincidencia el que los dos portavoces principales de la oposición en 1890 estuvieran además contratados por firmas extranjeras como asesores legales" (Julio Zegers, en la Cámara de Diputados; y Eulogio Altamirano, en el Senado).

En todo caso, a juicio de muchos ciudadanos responsables, muchos de esos abogados habían considerado, ante todo, sus intereses particulares, y no su deber hacia Chile; porque fueron comprados por el oro extranjero. Es un asunto delicado y controvertido. Y fue puesto de nuevo, en el tapete de las discusiones cuando, en 1897, se entregó el informe de la comisión investigadora de los asuntos de la Nitrate Railways Co., en el cual se condenaban los métodos comerciales de North. Entre 1887-1895, se le pagaron más de 96.000 libras esterlinas, y no se encontraron comprobantes de destino de ese dinero, que aparecía bajo el

concepto de gastos legales, pérdidas y compensaciones en Chile. Según testimonio de Harvey, se habían usado para pagar a los abogados de la compañía en Chile. Todo eso produjo estupor en Santiago y obligó a J. Zegers, el abogado principal de North, a escribir varias cartas en "El Ferrocarril", dando su versión de la historia.

Sin duda, las simpatías de la comunidad británica en Chile, incluyendo la escuadra británica, las casas comerciales y las industrias salitreras inglesas, estuvieron casi por completo del lado de la revolución, en contra del Presidente Balmaceda, porque según ellos la causa de los congresistas era justa y Balmaceda un tirano ambicioso. (Decenas de adictos importantes al Congreso, incluso el general Emil Korner, luego comandante del Ejército Congresista, pudieron escapar de Santiago-Valparaíso y trasladarse al norte, en barcos ingleses).

No es posible, entonces, disminuir o disfrazar la poderosa influencia del capital, de los empresarios británicos y del propio gobierno inglés, (a través de sus funcionarios diplomáticos y marinos), en la insurrección de 1891, en favor de la oposición congresista. Es muy difícil mostrar en forma contundente la parte material, financiera, de su ayuda, porque las huellas se borran, o se ocultan de manera impenetrable. Pero de la misma descripción prolija de H. Blakemore, basada en la exhibición de los abundantes cambios de notas y de comunicaciones entre el gobierno chileno y los empresarios ingleses y de extractos de la correspondencia de las autoridades diplomáticas y comerciales inglesas, se desprende un constante proceder intervencionista con presiones desfavorables para Balmaceda.

Ideas y Política de la Independencia de Chile (Comentario del libro de Simon Collier)[206]

El libro de Simón Collier: "Ideas y política de la independencia chilena, 1808-1833", [207] fue publicado en inglés en 1967, como resultado de una investigación llevada a cabo en Chile y en Inglaterra entre los años 1961 y 1965. En el propuso describir de manera minuciosa e imparcial el conjunto de ideas y actitudes políticas que se generó en Chile durante la época de la independencia y la génesis de la república. Por tal motivo, no constituye una nueva narración los acontecimientos de la gesta liberadora, suficiente y brillantemente realizada por la numerosa legión de altos historiadores nacionales; es un análisis profundo y completísimo de la mentalidad política de los grandes autores criollos que llevaron a cabo el proceso de la emancipación y, luego, dieron forma a la república soberana. Entonces, el énfasis del libro se ha puesto en "la historia de las ideas" y en ello reside su enorme interés y su auténtica originalidad.

De acuerdo con las propias palabras del autor, la obra se divide en tres partes: "en la primera, se intenta una descripción de los orígenes del movimiento criollo en contra de la metrópoli española y de las primeras etapas de la revolución separatista: la crisis de 1808-10 y Patria Vieja. La segunda parte, contiene un análisis descriptivo de las ideas políticas y actitudes mentales paralelas que formaron la base de la ideología reaccionaria de la época, y que fueron captadas por la gran mayoría de los aristocráticos dirigentes criollos, tanto políticos y militares como intelectuales y polemistas. En la tercera parte, se examinan las etapas ulteriores de la revolución, es decir los varios ensayos políticos desde el gobierno de Bernardo O'Higgins hasta la instauración del régimen de Diego Portales, cuya grandiosa gestión gubernativa y reorganizadora, marcó el final del período revolucionario". "Si bien Portales suprimió una

[206] OCCIDENTE N°278, septiembre-octubre de 1978
[207] Editorial Andrés Bello. Santiago de Chile. 1977

parte importante de la herencia liberal de la revolución de la independencia, es innegable que gracias a sus esfuerzos se afianzó la estabilidad política e institucional de la república, la cual permitió, a lo largo de los años, un desarrollo más fuerte, más sólidamente cimentado, de las aspiraciones liberales legadas por la independencia".

Esta obra de S. Collier es notable. Aparte de la amplitud de su investigación resaltan su afán de comprensión y veracidad, su objetividad, la claridad, solidez y riqueza de su desarrollo. Sus fuentes bibliográficas son muy extensas: todas las grandes obras sobre el lapso señalado; innumerables folletos y panfletos, variados artículos; diversas colecciones de copias y manuscritos de los archivos nacionales y de la Cancillería, en Londres. Un aspecto singular de su investigación radica en su prolijo estudio y manejo de los abundantes y efímeros periódicos de la época, muy expresivos de las ideas y de las polémicas ardorosas de aquellos turbulentos años. El rescate minucioso y serio de su contenido, por S. Collier, significa un admirable aporte para la exacta comprensión de sus acontecimientos, debates y disputas, con lo cual ha enriquecido la descripción e interpretación del trascendental período.

II

Simón Collier esboza con certeros trazos la personalidad, con sus virtudes y defectos, de Bernardo O'Higgins; y comenta los propósitos relevantes de su obra de estadista. Algunos errores desafortunados no empañan su diligente actividad para llevar a cabo un ambicioso programa de reformas, el cual recordaba en varios aspectos un despotismo ilustrado del siglo XVIII. A su juicio, O'Higgins aceptó el parecer general de los luchadores por su independencia, en cuanto al significado de la revolución liberal y republicana: "su visión no fue un ápice menos ferviente ni menos utópica que la de sus contemporáneos". Primeramente, creía necesario un gobierno fuerte, enérgico, para conducir el país a través de condiciones peligrosas, e implantar un programa de reformas radicales. Estaba consciente de la necesidad de aplastar la "anarquía", y en carta a San Martín (del 27 de julio de 1817), le decía: "Ese pueblo requiere palo de ciego; es muy revolucionario; pero luego que suena el chicote no hay quien chiste". Creía muy difícil establecer un sistema de gobierno representativo, en el futuro inmediato, pero era el objetivo indudable que se debía tener siempre en vista, y escribía al respecto: "solo un gobierno vigoroso y enérgico podría mantener la tranquilidad y el orden, y preparar el espíritu público a recibir en tiempo las instituciones convenientes".

O'Higgins, consecuente con sus concepciones políticas trató siempre de fundar su régimen de gobierno en el consentimiento popular, y de compartir su autoridad de un modo constitucional; y, por eso, en la carta de 1818, bajo su inspiración, se designó un Senado Consultivo para ayudar al Director Supremo a gobernar. Así la primera autoridad de la nación tuvo un constante fiscalizador en dicho Senado. En definitiva, O'Higgins fue un libertador y un reformador.

En el capítulo final de su obra, S. Collier analiza la reacción conservadora, que entre los años 1829 y 1833, dio vida al "estado en forma" propio del régimen portaliano, con un gobierno fuerte, enérgico, impersonal y con poder para hacer cumplir las leyes.

Portales fue un hombre de acción, de hechos, no inclinado a los principios abstractos. En su personalidad sobresalían su considerable astucia como hombre de negocios y su implacabilidad absoluta, como estadista. A su eficiencia empresarial unió una gran capacidad de administrador. En lo privado fue alegre, vividor, frívolo; en lo público fue un austero servidor del Estado.

A juicio de Collier, “la injerencia política de Portales en la revuelta de 1829 se debe ver como resultado directo de su enojo con la verbosidad liberal del periodismo de entonces y de su disgusto por los frecuentes desórdenes que parecía acompañamiento inevitable del liberalismo”. Asimismo, a “Portales parece haberle interesado poco la cuestión constitucional. Era profundamente escéptico con respecto a las leyes escritas y su eficacia; probablemente los estimó de importancia secundaria... El legalismo doctrinario de Mariano Egaña a menudo irritó a Portales”. A este respecto es muy sugestiva la anécdota de don Ramón Barros Luco, que relata Manuel Rivas Vicuña en su “Historia política y parlamentaria de Chile”, (Vol. I). El experimentado político, en una oportunidad, le habría dicho: "Mire usted, don Manuel, frente a la Moneda está Portales con la Constitución del 33 en la mano, y la gente cree que fu su obra. Portales no tuvo arte ni parte en la Constitución; se reía de ella y la llamaba cosas de Egaña... En cambio, este, su verdadero autor, no tiene estatua.”

El régimen portaliano rechazó en práctica la ideología liberal tan cara a la revolución chilena. Su reacción “redundó en un orden social que conservó una semejanza notable con el de la Colonia, pero, también, significó la victoria de los eficientes elementos empresariales de los cuales Portales era su representante más dinámico; y de los pelucones tradicionalistas”. Según Collier ese ingrediente mercantil de la contrarrevolución desatada 1829, hizo al nuevo régimen adoptar una política deliberada de desarrollo económico que puede considerarse progresista. S. Collier recuerda que Manuel Rengifo, inteligente restaurador de las finanzas del país, resumió los aspectos sobresalientes de su política financiera, al escribir que ella apuntaba a estimular la empresa “para que prospere la industria, se forme la riqueza y el pueblo vaya adquiriendo de día en día... un bienestar siempre creciente que mejore por grados su condición social”...

O sea, la solución política portaliana de gobierno fuerte, enérgico, impersonal, que puso fin al crónico desorden público e impuso atinadas medidas financieras, fue ventajosa para el avance económico del país.

En este sentido, Portales y su régimen, no se habrían traducido en una restauraron del antiguo régimen colonial, que el movimiento de la independencia trató de cambiar. En este campo, las opiniones son divergentes, encontradas y polémicas. Por ejemplo, en mi libro “Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile”, que el historiador S. Collier cita con gentil comprensión, digo que la creación política de Portales “significó la instauración de las formas coloniales bajo la estructura republicana”. El escritor Aníbal Pinto Santa Cruz en su enjundioso estudio “Chile, un caso de desarrollo frustrado”, niega mi afirmación, porque “no parece una tesis acertada. La verdad podría ser exactamente la inversa: que Portales estableció o delineó formas republicanas para la estructura económico-social el “viejo régimen”, que en esencia no cambió un ápice en su paso al estatuto de la Independencia... Portales fijó un molde o armazón ajustado a los intereses de la clase dominante la de los terratenientes y sus allegados urbanos, pero ¿podría haber sido de otra manera? ¿Existían acaso otras clases, otros grupos sociales capaces de disputar o de compartir el poder?” ...

Lo manifestado por el economista Aníbal Pinto, es exactamente, lo que yo expreso en mi ensayo y, por ello, como reconoce S. Collier es difícil refutar el veredicto moderno de que en la República Conservadora el Estado pasó a ser “el instrumento fuerte de la clase latifundiaria”.

Por otra parte, no es posible desconocer que las formas políticas y jurídicas, la institucionalidad, impuestas por el sistema portaliano, fueron conservadoras y represivas, dando origen a una atmósfera, en Chile, después de 1830, de temor y estremecimiento, (como escribía el cónsul británico de la época: “la libertad

personal está insegura, se desconocen el Humanitarismo, el Honor, la Justicia y la Misericordia, aunque los garantiza la ley constitucional"). Aunque se aprecia un notable impulso económico, por las atinadas medidas de gobierno, el descubrimiento de ricos minerales, la actividad empresarial de los nuevos estratos comerciantes, mineros, fundidores, y más adelante, bancarios; y la prodigiosa presencia de una falange admirable de pioneros, "cuyo espíritu de empresa admite parangón honroso con sus casi legendarios homónimos de América del Norte"; también es verdad que el marco político administrativo, era rígido, opresor, atrasado: autoritarismo inflexible, estados de sitio frecuentes, agobiador predominio intolerante de la Iglesia católica, desaparición de la prensa libre; censura severa (don Andrés Bello escribió valerosos artículos en su contra, pero no consiguió su eliminación, no obstante la justeza y peso de sus argumentos); escasa enseñanza, por la resistencia frenética de la clase terrateniente a su extensión y popularización, (don M. Montt no obstante su prestigio de estadista y su rigor de gobernante no pudo obtener la aprobación de una ley que diera recursos regulares para el fomento de la educación primaria); en general, predominaba una excesiva concentración de la propiedad agraria y desmesurados privilegios de los mayorazgos y de la Iglesia Católica; y un agobiador oscurantismo.

La magnífica realidad de esta densa obra de Simón Collier, tan metódica y esclarecedora, nos hace esperar con vivo interés su próxima investigación en torno a la trayectoria de Chile durante los tres decenios "conservadores" (1831-1861).

En vista de la calidad indiscutible de su actual monografía, pensamos que su nuevo estudio en torno a la "República en forma", como la denominará el spengleriano historiador Alberto Edwards, será brillante y novedosa. En ella S. Collier podrá examinar con detenimiento las concepciones y la actividad creadora de los diversos estadistas que realmente forjaron el "régimen portaliano", como M. Egaña, M. J. Gandarillas, M. Rengifo, J. Tocornal, Andrés Bello.

Visto y vivido en Chile[208]

El libro del escritor peruano, aprista desterrado en Chile durante años, Luis Alberto Sánchez, "Visto y vivido en Chile. Bitácora chilena 1930-1970", surgió de un pedido de Pablo Neruda al autor, su amigo, a mediados de 1970, en una visita a la capital del Perú. L. A. Sánchez terminó de redactarlo en noviembre de 1975. Constituye una animada y entrañable evocación de la literatura y la política chilenas, y una vertiginosa crónica de su dilatada y fructífera participación en nuestra vida nacional durante varios decenios. Es un panorama denso, noticioso, cautivante de la vida intelectual y política de Chile en aquel período. Al mismo tiempo, supone un cálido homenaje de afecto, gratitud y comprensión a su gente, escritores, políticos; a sus formas de vida, tradiciones e instituciones. L. A. Sánchez pasó a ser un asesor literario y jefe de propaganda, desde mediados de diciembre de 1934, de la Editorial Ercilla. Le conocí en 1936, en su oficina de calle Agustinas 1639, rodeado de libros y montones de manuscritos. Los revisaba para resolver su impresión; traducía novelas y obras diversas del francés; redactaba manuales utilísimos además de libros eruditos. Su producción y labor eran asombrosas. Mi primera visita tuvo por objetivo entregarle el manuscrito, para su consideración técnica, de una obra de pretencioso título: "Desarrollo, estructura y ritmo de las doctrinas sociales", elaborada conjuntamente con el brillante abogado y catedrático de Historia, don Lorenzo Sazié Herrera, eximio educador, ya fallecido. No pudo publicarse y se nos extravió.

[208] OCCIDENTE N°280 marzo-abril 1979

Con motivo de estas visitas estreché relaciones de amistad con L. A. Sánchez y los apristas, anudadas sobre todo por las comunes inquietudes políticas socialistas y americanistas.

L. A. Sánchez expresa: “Mis mejores amigos fueron, sin duda, políticamente, los socialistas”. Y, precisamente, la influencia de la teoría y programa apristas en los orígenes y comienzos del P.S. de Chile (década del 30), fue profunda. Más adelante se amplió en múltiples contactos, debates y torneos. Así, tuvimos un éxito perdurable con la celebración del primer congreso americano de partidos socialistas y afines, en 1940, en cuyo comité organizador participaron Manuel Seoane y L. A. Sánchez, apristas; Rómulo Betancourt, de Acción Democrática, de Venezuela; Eliodoro Domínguez y Juan Garafulic, del P.S. de Chile. (El doctor Juan Garafulic, Secretario de Relaciones Internacionales del Comité Central del P.S., tuvo una actuación destacada. Falleció en septiembre de 1978, siendo miembro del Partido Radical.) Me correspondió integrar la numerosa delegación socialista chilena.

Luis A. Sánchez menciona a todos los grandes dirigentes del socialismo chileno y también a sus más jóvenes promesas, con rasgos certeros y ecuánimes. Para él, la figura más prominente fue la de Oscar Schnake: “El ‘Chascón' Schnake se caracterizaba por su bondadosa sonrisa; si ha habido hombres intrínsecamente cordiales pero cautos, decididos pero serenos, de oratoria vibrante, aunque razonada, ése era Schnake. Desde el primer instante fue nuestro compañero entre los socialistas, y lo ha seguido siendo después del 73. Actuó en las buenas y en las malas. Nunca creyó en la sinceridad de los comunistas y los tuvo a raya. Los comunistas, a quienes detestaba, intrigaron contra él hasta fatigarlo y lograr que se alejara del país y, en cierto modo, del partido. Pero en aquel año de 1935, en plena lucha contra los nacistas y los oligarcas, Schnake, ex miembro del gobierno de Grove fue el pilar teórico de su partido”. (Schnake falleció en abril de 1976.)

A continuación, nombra a Marmaduke Grove, ex coronel de Ejército; a Salvador Allende Gossens (no Grossman; su apellido materno era francés), Manuel E. Hubner, Carlos A. Martínez, Eliodoro Domínguez, Bernardo Ibáñez, Julio Barrenechea, Astolfo Tapia, Ricardo A. Latchman, César Godoy Urrutia... Varios de ellos abandonaron las filas socialistas.

Ha tenido L. A. Sánchez la amabilidad de recordarme en líneas generosas y comprensivas. Por lo demás, siempre fue muy gentil conmigo. Cuando apareció mi primer libro: “Santiago Arcos Arlegui y la Sociedad de la Igualdad”, le dedicó un excelente artículo en la revista “Hoy”.

En su obra actual me evoca en este párrafo, que me conmueve: “También socialista y más asiduo visitante mío por ser más definido militante, Julio César Jobet se dedicó casi exclusivamente a la historia de las ideas socialistas en su país. Jobet vivía en la Avenida Vicuña Mackenna, frecuentaba las bibliotecas sin faltar a los locales del partido. Su insistencia, ya se sabía, podía resistir cualquier embate. En compañía de su esposa, tomaba notas, preparaba textos. Se le podría considerar un poco beato de la teoría socialista en Chile. Le faltaba gracia, pero no conocimiento, y, a la postre, eso acaba siendo más importante que aquello, aun cuando no tan atractivo”. Cierto, a mi preocupación por comprender y divulgar las doctrinas socialistas rechazando todo dogmatismo y sectarismo perniciosos, agregué una dedicación esencial: la de buscar y exponer las fuentes ideológicas chilenas para sustentar una moderna izquierda nacional, terreno en el cual creo haber aportado alguna contribución de valer, destacando a personajes notables desconocidos o preteridos por la crítica partidista, interesada, hasta alcanzar cierta originalidad y gracia atractiva.

Las relaciones entre los apristas y socialistas fueron siempre cordiales y permanentes. A través de ellas experimentamos una innegable y saludable gravitación del ideario aprista.

En efecto, los viejos socialistas, discípulos de Oscar Schnake, Eugenio Matte Hurtado y Marmaduke Grove nos mantuvimos siempre fieles al nacionalismo revolucionario, al antimperialismo, al americanismo bolivariano en el marco de una concepción socialista democrática. Al mismo tiempo, no abdicamos de la adhesión sensata al marxismo, aceptado como método de interpretación de la realidad; pero de su complejo pensamiento y de su explosivo mensaje solo conservamos la admiración a su clasificadora crítica del régimen capitalista; a su intrépido y lúcido análisis de lo social, de las realidades políticas e ideológicas; a su intransigente método para comprender las contradicciones de la vida, de las luchas sociales, de los mitos y prejuicios forjados contra el hombre, la sociedad y la libertad como son, en la actualidad el "culto de la clase obrera", supuestamente homogénea y unida; el "culto de partido", infalible y exclusivo vocero de la clase; el "culto del Estado", omnipotente dominado por el "culto de la personalidad", nueva versión cruel e inhumana de las viejas tiranías absolutistas.

Luis Alberto Sánchez recuerda muy oportunamente tales fructíferas conexiones e influencias y escribe: "La presencia de nuestros compañeros era algo natural en toda asamblea socialista. Así llegamos hasta la guerra de España, y seguimos unidos, y vino el Frente Popular, y nos juntamos más. Y habríamos seguramente sintonizado hasta hoy, si el extremismo verbal de algunos y la terca campaña sovietizante de Fidel Castro no determinaran en Allende un brusco y radical cambio de actitud que experimentó...".

Los peruanos (apristas), los venezolanos (adecos) y los españoles republicanos jugaron un papel estupendo en el avance ideológico y político en sentido democrático y americanista de Chile en las décadas del 30 y 40. Históricamente fue superior al jugado en la evolución republicana de Chile, en el siglo XIX (1842), por los exiliados argentinos y otros hispanoamericanos.

En la monografía de Luis A. Sánchez ocupa un sitio de privilegio la descripción de la vida literaria chilena a través de la actividad editorial de la empresa Ercilla, y el retrato cuidadoso de sus grandes escritores, más la enumeración cordial de muchos otros.

Tuve la suerte de encontrarme tres o cuatro veces con L. A. Sánchez y su esposa en casa de Delia del Carril y Pablo Neruda, en la Avenida Irarrázaval, de Ñuñoa. Yo había conocido a Neruda en Temuco en 1936, en casa de mi inolvidable amigo, el doctor Manuel Marín Rojas, admirador incondicional de Neruda y médico generoso de su padre. El Dr. Marín era presidente del Ateneo Literario de Temuco, organismo en torno al cual circulaba la limitada inquietud cultural de la capital de la Frontera.

En 1937-38, en Santiago, concurrí a la casa de Neruda a petición suya, para revisar un material histórico reunido por Antonio Rocco del Campo y para ayudar a la preparación de algunos artículos políticos, todo lo cual se utilizaría en la revista "Aurora de Chile", dirigida por el genial vate.

Precisamente en el número de septiembre de 1938, en pleno gobierno fuerte de Alessandri y en recia lucha presidencial, el artículo de fondo de la página editorial, redactado por mí, fue censurado por las autoridades, por lo que salió trunco, aunque Neruda, en señal de protesta, lo rellenó con estrofas de la Canción Nacional.

En aquella combativa época del Frente Popular llevó a cabo una notable labor en el campo literario y artístico la "Alianza de Intelectuales de Chile para la defensa de la Cultura", bajo la conducción preponderante de Alberto Romero, Roberto Aldunate y Pablo Neruda. En ella formamos filas todos los escritores, periodistas e intelectuales democráticos de izquierda.

Luis A. Sánchez relata innumerables sucesos de la época y emite juicios correctos sobre la personalidad y obra de Augusto D'Halmar, Joaquín Edwards Bello, Vicente Huidobro, Pablo Neruda, Gabriela Mistral, Alberto Romero, Benjamín Subercaseaux…y detalla aspectos o anécdotas de la vida de algunos extraordinarios pensadores, periodistas, escritores de mucha influencia en Chile. Así, por ejemplo, recuerda con rasgos originales la formidable actividad del sabio alemán George F. Nicolai, autor de valiosos estudios, entre ellos de su extraordinaria obra polémica "La miseria de la dialéctica", del profesor español Eleazar Huerta, crítico erudito y fino, "uno de los renovadores del buen gusto literario en el país"; de los estupendos ensayistas venezolanos Mariano Picón Salas y Felipe Massiani; del argentino Alberto Ghiraldo, animador de una tertulia con republicanos españoles y a la cual me llevó Victoriano Allende Simon; del laborioso y polemista periodista español Carlos de Baraibar, uno de los animadores del diario socialista "Crítica" y más tarde redactor prolífico de "El Mercurio"; pilar, asimismo, de la sección chilena del "Congreso por la libertad de la cultura", decididamente anticomunista... Entre las damas recuerda a Blanca Luz Braun, mujer fascinadora y la más hábil propulsora de la constitución del Frente Popular en Chile, tanto por su talento personal como por su amistad con los líderes Justiniano Sotomayor, del Partido Radical, y Ricardo A. Latcham, del Partido Socialista... A raíz de la segunda guerra mundial se colocó al lado de los aliados, contra el fascismo y contra las consignas comunistas del inicuo pacto nazi-soviético...

La intensa vida intelectual chilena descrita por Luis A. Sánchez se entrelaza con la enorme actividad editorial de la empresa Ercilla. Junto con satisfacer las apetencias de lectura de las novedades literarias del mundo contemporáneo, sus sucursales, en las diversas ciudades del país, se transformaron en verdaderos centros de inquietud cultural y de impulso al conocimiento e intercambio de ideas, libros y al desarrollo de una nueva sensibilidad ideológica y política.

En Temuco, junto al "Ateneo" ya mencionado, jugó un papel preponderante. En su amplio local, situado en pleno centro de la ciudad, calle Arturo Prat, nos juntábamos todos los elementos "intelectuales" de la villa del Ñielol. Era dirigida por un simpático y amistoso aprista, V. R. Heredia, trujillano como Víctor Raúl Haya de la Torre, cuya labor era reforzada a menudo por las visitas inspectivas de Luis López Aliaga, portador siempre de las últimas novedades continentales y capitalinas. Nos reuníamos a hojear libros y a conversar los abogados Juan Picasso, espíritu culto, travieso, de inagotable ingenio y generosidad; Francisco Santibáñez, gran señor, que venía de Pitrufquén; el Dr. Manuel Marín, el abogado Federico Klein, los poetas Aldo Torres Púa, Oscar Weinberg Sánchez, Gonzalo Mera; el rector del Liceo de Hombres, Lorenzo Sazié Herrera, distinguido, alegre, espiritual, de superior tradición profesional y familiar.

Cuando visitaba la región en ejercicio de su cargo parlamentario, Julio Barrenechea, político y poeta, con su inseparable cronista Armando Benavente (Pablo de Alón), poeta, periodista y amigo incomparable, no faltaban los personajes extraños, pintorescos: un naturista fanático, un enciclopédico español misterioso, un atrayente escultor montenegrino, un pastor metodista de gran sensibilidad social.

En 1949 llevé a Luis A. Sánchez al Alcín, la academia literaria del Instituto Nacional, donde dictó un par de notables conferencias acerca de la novelística hispanoamericana, con asistencia de alumnos distinguidos y de los maestros Ulises Vergara, Clemente Canales, César Bunster, Ernesto Boero. En esos mismos días daba un ciclo de charlas el extraordinario pensador, político y compañero inolvidable, José Antonio Arze, boliviano, quien falleció prematuramente a raíz de un atentado criminal en su patria.

Entonces concurrí a la residencia de Luis A. Sánchez en calle La Tranquera, corta vía perpendicular a Vicuña Mackenna.

Y recuerdo siempre la imagen de mi primera visita: se abre la puerta; me recibe con su acostumbrada cordialidad; me hace pasar al living-comedor, muy sobrio, destacándose en él la máquina de escribir sobre una mesa, una silla frente a ella. L. A. Sánchez, en ese momento, perseguido y refugiado una vez más; en dificultades de todo orden, como respuesta a la injusticia y al abuso escribía solo en su departamento anacorético. ¿En contra de los gobernantes trogloditas autores de su exilio, con espíritu de venganza? ¡No!, meditaba y escribía optimista sobre su patria. Me dio a leer la primera página, bellísima, con la cual iniciaba su retrato del Perú; un retrato pletórico de amor patrio y de esperanza. No logro evocar y describir con acierto el profundo simbolismo de aquel instante, que para mí era como la cifra y compendio de la vida, de la obra y de la personalidad egregia, ejemplar, de Luis A. Sánchez.

Ahora en "Visto y vivido en Chile", se exhibe como el cronista inteligente, franco, cordial y veraz de un cuarto de siglo de la historia apasionante de un Chile pleno de idealismo, de confianza en el porvenir, cuyo trágico y sangriento término nadie podía imaginar. Su libro es cautivante, evocador, aunque la nostalgia y la melancolía nos invaden y nos vuelve al viejo Heráclito, porque es un registro del incesante flujo universal, de la incontenible inestabilidad de las cosas, de los seres, de la vida. Y en ese fluir inexorable han desaparecido tantos amigos, compañeros, maestros, discípulos... La soledad y el aislamiento nos rodean y preparan para el fin definitivo en un ambiente abominable que no ha sido el nuestro... Por eso es menester, como lo proclamaba Heráclito, que "el pueblo luche por la ley, así como por los muros de su ciudad", a fin de regresar a la normalidad, a la libertad, a la democracia, donde no existen jamás el abuso del fuerte contra el débil; la expoliación del rico contra el pobre; la prepotencia del armado contra el inerme; la arbitrariedad del poder contra el que lo soporta.

Querido amigo Luis Alberto Sánchez, adiós.

Breve Semblanza de Eugenio González Rojas[209]

El 28 de agosto recién pasado murió Eugenio González Rojas, ciudadano eminente y ejemplar en la vida cívica de Chile. Su fallecimiento ha provocado pesar y consternación entre sus innumerables amigos y admiradores de su variada actividad de educador, político y escritor. Una tristeza trastornante ha sobrecogido los corazones de sus millares de discípulos, colegas y camaradas. Vastamente conocido a lo largo del país y de Hispano-América por su egregia personalidad de educador, artista y pensador, constituía una honra de la avanzada cultura de Chile democrático y liberal. Representante admirable de la romántica generación de 1920, caracterizada por su idealismo, su pasión libertaria y su espíritu creador, reunió en su persona esos altos atributos, destacándose en toda su fecunda existencia por su humanismo integral. Resaltaban su profunda versación filosófico-social; su apostura moral; su sindéresis para actuar y para expresarse sobre los acontecimientos y las personas; su estoicismo frente al sufrimiento, la ingratitud y la adversidad. A todos los que le conocieron impresionó y subyugó por su armonía y equilibrio espirituales; por su ataraxia propia del sabio humanista, virtuoso y justo.

Tuve el alto honor de ser uno de sus fieles seguidores y su invariable amigo agradecido. En estos últimos años, ambos jubilados y aislados, con la salud quebrantada, lo visité con regularidad en su casa de calle Cauquenes N°136, en Ñuñoa, conversando, en cada jornada, largas y gratísimas horas acerca de los sucesos que nos había tocado protagonizar; de las personas conocidas, o representativas del acaecer patrio, de las realidades y perspectivas de la sociedad nacional y del mundo. Al evocarlo en aquellas tardes,

[209] OCCIDENTE N°269 octubre-noviembre 1976

en su acogedora biblioteca, las imágenes se agolpan en mi mente y en mi atribulado corazón. Recuerdo conmovido su cordialidad amable y risueña, sus sabrosas anécdotas, sus inteligentes reflexiones de sus variadas lecturas; sus siempre certeras y novedosas opiniones; la profundidad y sensatez de sus ideas, de sus posiciones filosóficas, políticas, literarias.

Las breves líneas de este artículo únicamente pretenden hacer pública mi gratitud hacia el amigo inagotablemente generoso y el maestro incomparable.[210]

Eugenio González Rojas alcanzó temprana notoriedad como profesor de Castellano del Internado Nacional Barros Arana y, luego, de Filosofía y Sociología en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. De este establecimiento de enseñanza superior llegó a ser Director y Decano de la Facultad de Filosofía y Educación. Su gravitación profesional se remontó más allá de las fronteras nacionales, y estuvo al frente de una trascendental y fecunda misión educacional en Venezuela. Salió elegido, por amplia mayoría de la comunidad universitaria, Rector de la Universidad de Chile; y su rectorado alcanzó brillante relieve. Frente a la Universidad propició un amplio régimen de democracia en su vida cotidiana y en su funcionamiento, puesta al servicio de la cultura, de la formación del hombre, porque, a su juicio, debía ser radicalmente humanista. De tal manera prosiguió y enriqueció la gran tradición iniciada por Andrés Bello y continuada por Diego Barros Arana, Valentín Letelier... Ante las nuevas exigencias del avance social e intelectual, aspiró a su reforma y democratización. Dejó elaborado un proyecto de nuevo Estatuto Orgánico de la Universidad, discutido y aprobado después de recoger las opiniones expuestas en las distintas Facultades, en el Consejo Universitario, y para ser elevado al Gobierno y al Parlamento.

En un juicio de conjunto, sobre tan delicada materia, manifestó: “Una real democratización de la Universidad solo será posible en forma cabal cuando se democratice la educación nacional en su conjunto, lo que supone, a su vez, cambios auténticamente revolucionarios en las estructuras básicas, económicas, sociales y políticas”.

Eugenio González Rojas ha sido el exponente de mayor jerarquía, en el plano de las ideas, del socialismo democrático chileno. Ocupó el cargo de Ministro de Educación durante la breve república socialista, acaudillada por el tribuno Eugenio Matte Hurtado y el excoronel Marmaduke Grove Vallejo, en junio de 1932. En seguida participó en la fundación y organización del Partido Socialista de Chile, en abril de 1933, y llegó a ser su Secretario General Ejecutivo en 1947-48. Lo representó en el Senado de la República entre los años 1949 y 1957.

Como personero socialista y hombre de pensamiento se señaló por su amplísima y matizada cultura social y filosófica, por su independencia intelectual rechazando todo fanatismo sectario, y toda subordinación a consignas dogmáticas, esterilizantes y a las conveniencias tácticas oportunistas; rehuyó los halagos interesados y efímeros, demostró siempre sabiduría, cordura en sus acciones y en sus juicios; moralidad severa en el ejercicio de sus funciones; rectitud de procedimientos y entrega completa al servicio de la justicia y de la verdad.

Una expresión de respeto a su quehacer político y de admiración a su alta valla intelectual partió de uno de sus contendores ideológicos en el Senado, el combativo representante del Partido Liberal, don Raúl

[210] En mi libro “Doctrina y Praxis de los educadores representativos chilenos”. Editorial Andrés Bello, 1970, dedico un capítulo al estudio de “La personalidad Ideológica de Eugenio González Rojas y su rectorado de la Universidad de Chile”.

Marín Balmaceda. En efecto, el senador Marín, al terminar el mandato senatorial de Eugenio González Rojas, pronunció un discurso de adhesión a quien calificara de caballeroso y talentoso antagonista que actuó sin odios ni resentimientos y utilizó siempre un lenguaje singularmente castizo y hermoso, dando elevación y seriedad a todos los debates en que tomó parte; y aclaraba el senador Marín que le rendía su homenaje casi sin conocerlo, guiado, exclusivamente, por un acto de justicia. Decía en forma textual: "No es, pues, un sentimiento de amistad el que me mueve a rendirle este homenaje de despedida, sino el reconocimiento a su cultura, su caballerosidad y a su alta apostura moral en el desempeño de su representación popular".

Para Eugenio González Rojas, el Partido Socialista de Chile, representó desde su fundación y primeros decenios de vida la auténtica doctrina socialista, que recogía para superarlos, y no para destruirlos, todos los valores históricos de nuestra herencia cultural como un positivo aporte a la nueva sociedad que debería erigirse sobre la actual, en bancarrota por el predominio de instituciones y privilegios obsoletos. Como método para triunfar propiciaba la organización disciplinada y responsable, la educación social y política de las clases trabajadoras y de la ciudadanía en general. A su juicio la violencia terrorista era un factor reaccionario, opuesto a todo desarrollo fecundo, creador. Apuntaba que la violencia terrorista, en definitiva, no aportaba ningún rol histórico, decisivo; era contraproducente y generadora de los peores regímenes totalitarios, contrarios al hombre y a su libertad. Frente a la demagogia violentista y al verbalismo terrorista, de los últimos años, como humanista se afirmaba en su creencia que solo la elevación del nivel cultural y de conciencia del pueblo podría con métodos democráticos crear una sociedad más justa y feliz. La educación del pueblo para el ejercicio de la libertad tenía que hacerse en un ambiente de libertad.

Eugenio González denunció toda opresión, todo privilegio, toda injusticia. Creía en la Humanidad; poseía una profunda devoción democrática; un apego indiscutible a la libertad y a la tolerante discusión de los asuntos; creía que solo en la paz y la justicia pueden lograrse resultados duraderos y fecundos para el progreso social, económico y político humano. Para él llegaría un día en que se establecería una sociedad donde el pueblo soberano reemplazaría los conflictos por la cooperación, la ignorancia por el conocimiento, y la miseria y la fealdad, por el bienestar y la belleza.

Además de educador, político idealista y pensador, Eugenio González fue un artista eximio. Desde joven demostró una honda vocación de escritor; en las páginas de "Claridad" y de otras revistas, como "Índice", dejó innumerables colaboraciones, tanto con su nombre como con los pseudónimos de Ariel y Juan Cristóbal. Artículos críticos, prosas líricas, ensayos, y sus novelas "Más Afuera", "Hombres", "Destinos" "Noches", hicieron conocido su nombre como escritor de mérito, original y de cuidado estilo. Un jurado literario nacional seleccionó su extensa novela "Años" para competir en un famoso concurso americano, pero, luego, Eugenio González la destruyó, salvándose algunas tres o cuatro páginas insertadas en la revista "Babel". En literatura admiraba a los escritores rusos (Dostoievski, Tolstoi, Chejov); a los nórdicos (Ibsen, Hamsun), franceses (Balzac, Zola, Maupassant, A. France, Román Rolland, Barbusse, Martin du Gard, Simenon), ingleses (Dickens, Huxley, Lawrence, Georges Orwell), españoles (Pérez Galdós, Azorín, Ortega y Gasset, Baroja). Poseía una alta admiración por Stendhal y su creación novelística influyó en su propia obra artística. Le parecía muy certera esta observación stendhaliana: "la originalidad y la verdad de todo está en los detalles", deslizada en la novela "Luciano Leuwen", que leyó en la edición española con el título de "Un oficial enamorado", sugerido al editor por Baroja, admirador también de la fórmula mencionada. Integrante de la generación más notable y brillante de escritores nacionales, fue admirador y amigo de todos ellos.

A Eugenio González le fascinaba la Historia y era un lector incansable de toda clase de obras históricas. Conocía a fondo a Burkhard, Ferrero, Huizinga, Spengler. Sentía gran admiración por la creación de J. Jaurès, cuya concepción historiográfica sobre la revolución francesa, inspirada bajo la influencia de Marx, Michelet y Plutarco, le parecía acertada y equilibrada para aprehender el real suceder del pasado.

En estos últimos años habla leído con deleite y sentido crítico, la "Historia de Chile", de F. A. Encina, más las réplicas originadas por ella; y la formidable empresa histórica de A. J. Toynbee. En una de nuestras conversaciones sobre los problemas de la historia le comenté que, en una ocasión, al cruzar uno de los patios del edificio central de la U. de Chile, me topé con un hombre alto, corpulento, de cabellera rala, albísima, de ojos azules, muy vivos, y de inmediato me había dado cuenta de que era Arnold J. Toynbee. Lo había seguido algunos minutos, llamándome la atención su rostro sereno, su actitud calmada, reflexiva, que daban a su conjunto humano un atractivo singular, provocando una inmediata simpatía. Eugenio, junto con subrayar su interés por la producción del sabio inglés, recordó que lo conoció en 1966, cuando bajo su rectorado, vino a Santiago de Chile, a dictar dos conferencias invitado por el Instituto Internacional de la U. de Chile. Los conceptos formulados por Toynbee en una de esas conferencias le inquietaban intensamente, en relación con nuestra participación de cierta importancia en los acontecimientos históricos de nuestra patria en varios decenios dramáticos. Toynbee se formuló la pregunta de si podía escribirse Historia sobre los sucesos que transcurren durante nuestra propia existencia, de los cuales somos parte, protagonistas o testigos. Como la Historia es, fundamentalmente, un relato de los acontecimientos pasados; una reconstrucción con una debida perspectiva y fría objetividad, basada en el documento; escribir sobre el presente del historiador, presionado por los intereses y las pasiones del momento, resulta una audacia; pero, a la vez, es lícito y útil hacerlo, y hasta imperioso, como una obligación moral, siempre que se respete la verdad y se realice con autenticidad. En este caso, el historiador está dentro de la historia contemporánea, junto a los hechos, afectado por ellos, sintiendo la vibración directa y cercana de los grandes actores, conociendo sus actividades, ideas, gravitación y las reacciones de las masas. De tal manera, el historiador contemporáneo de los sucesos puede entregar una visión personal y un testimonio insuperable del acontecer, y suministrar la clave de muchos hechos, iluminar una época, si procede con probidad y veracidad.

Estas consideraciones de Toynbee, recordadas por Eugenio González, lo eran a propósito de la obligación moral que, tal vez, pesaba sobre nosotros en cuanto a dejar un relato, un testimonio, de las experiencias trastornantes en que, en los últimos años de la existencia patria, nos tocó participar y presenciar con alguna cuota de responsabilidad. Pero, en definitiva, todo lo actuado y conocido marchitó nuestro pensamiento, entristeció nuestras vidas y anuló cualquier anhelo de escribir. Por otra parte, nos ensombreció un marcado pesimismo frente a la Historia y sus posibles enseñanzas. A fin de cuentas, la Historia nada enseña, y el azar y la fatalidad tienen una gravitación desmesurada en el destino humano.

Diccionario Político Institucional de Chile. Germán Urzua V.[211]

La Editorial Ariete, de reciente fundación, ha publicado en su colección de ensayos la obra del abogado y catedrático universitario Germán Urzúa Valenzuela, "Diccionario Político Institucional de Chile".

[211] OCCIDENTE N°283

El autor es un experto en la investigación y conocimiento de la evolución sociopolítica e institucional de nuestro país. En 1968 la Editorial Jurídica le imprimió su excelente y erudita monografía: “Los partidos políticos chilenos. Las fuerzas políticas. Ensayos de insurgencia política en Chile”.

El nuevo trabajo de Germán Urzúa es metódico, sintético; muy útil para poseer una visión correcta e informada del proceso republicano chileno, y de su correspondiente mecanismo funcional, tendiente siempre a un mejoramiento de su constante avance liberal-democrático y social moderno.

Este manual de G. Urzúa se caracteriza por su objetividad y sencillez, dando cuenta de todo lo esencial de la evolución política chilena; y son notables su acierto y claridad en cuanto a la explicación de los asuntos constitucionales; del régimen de garantías públicas; del sistema y funcionamiento de los partidos políticos, tanto de los llamados históricos, tradicionales, como de los nuevos y recientes, donde se estructuran las fuerzas sociales surgidas de los grandes cambios económicos, socio-ideológicos del presente siglo. Son muy ilustrativos sus breves comentarios de los principios teóricos y programáticos de todas las agrupaciones importantes; asimismo, los cuadros electorales con los resultados de cada uno de ellos; y de las campañas eleccionarias en las cuales se designaron los presidentes de la República.

En síntesis, el tratadista Germán Urzúa ha realizado un aporte esclarecedor al conocimiento de la historia político-institucional de nuestra patria, al alcance de toda clase de lectores, como profesionales, estudiantes de la enseñanza media y superior, dirigentes políticos, y, en general, de los ciudadanos interesados en el examen de la tradición y del presente de Chile. En tal sentido reside su mérito relevante y oportuno.

Ante su éxito innegable, creemos que en una segunda edición podría Germán Urzúa agregar la referencia a algunas instituciones no estrictamente políticas, pero de gran trascendencia en la organización y educación de los obreros y empleados, como han sido la Federación Obrera de Chile (FOCH), la IWW (Trabajadores Industriales del Mundo); la USRACH (Unión Social Republicana de Asalariados de Chile); la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH); la Central Única de Trabajadores (CUT); y otras. Asimismo, tal vez, sería de interés que considerara algunas materias económicas de fuerte gravitación en las luchas políticas y en la actividad institucional, como lo fueron la existencia y circulación de la “ficha-salario”; la ley que introdujo “la inconvertibilidad del billete”; la permanencia inalterable de la “inflación”; la acción avasalladora de la “penetración imperialista”; factores todos del empobrecimiento y atraso de los trabajadores nacionales y del país en su conjunto; y, por tanto, factores negativos, asfixiantes, en el verdadero progreso de Chile.

En un plano estrictamente erudito sólo podemos anotar algunas escasas omisiones, según nuestro parecer no muy seguro. Por ejemplo, al nombrar el Club de la Reforma, faltaría la mención de su primer funcionamiento, en 1849 (sus Estatutos fueron aprobados en sesión del 24 de octubre de ese año, “para propagar por la prensa y la palabra las ideas democráticas”). También sería justa una mención detenida de la institución de los “mayorazgos”; y una referencia a los “girondinos chilenos”, según el acertado y entusiasta testimonio del historiador B. Vicuña Mackenna, por la alta influencia de la joven generación política, denominada así, en la organización del Partido Liberal, en la limitación del autoritarismo presidencial y en el avance democrático nacional.